HISTORIA UNIVERSAL

Segismundo Augusto, rey de Polonia
Facsímile reducido de un grabado en cobre de Virgilio Solís (1514-1562)

EDICIÓN ILUSTRADA

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR PROFESORES ESPECIALISTAS, BAJO LA DIRECCIÓN DEL EMINENTE HISTORIÓGRAFO

GUILLERMO ONCKEN

Catedrático de la Universidad de Giessen

NUEVA EDICIÓN REVISADA Y PUESTA AL DÍA POR PROFESORES DE LAS UNIVERSIDADES DEL REINO

TOMO VIGÉSIMO

RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

HASTA EL SIGLO XVII

POR EL DOCTOR C. SCHIEMANN, ARCHIVERO DEL ESTADO EN RIEVAL

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUM. 255

1919

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

HASTA EL SIGLO DÉCIMOSÉPTIMO

INTRODUCCIÓN

La presente obra, parte de la HISTORIA UNIVERSAL por descripciones parciales, trata de la historia de Rusia hasta Iván el Terrible, en sus partes 1.ª a 5.ª; continuación de éstas serán la historia de Polonia y de Livonia (partes 6.ª y 7.ª), y otras dos partes, 8.ª y 9.ª, comprenderán Iván el Terrible y su época, las cuales nos conducirán, por medio de un ligero extracto, hasta el siglo XVII.

El autor en las primeras partes de su trabajo ha tenido que luchar con no pocas dificultades. Estando el punto donde reside algo distante del camino real, se ha visto obligado a hacer muchos viajes con el objeto de proporcionarse el material de libros necesario; y sin la amabilidad con que así la Academia imperial de Ciencias como la Biblioteca de la universidad de Dorpat le enviaron algunas obras, no le hubiera sido posible llegar al término deseado.

Al tratar la historia de Rusia no es posible apoyarse en ningún trabajo reconocido como obra maestra cuyos resultados puedan reproducirse. Cierto que los grandes trabajos de Karamsin, Solowjew, Kostomaroff y aun la obra alemana de Strahl-Herrmann, contienen algunas descripciones encadenadas y trazadas de una manera perfecta; cierto también que la investigación moderna se ha dedicado a especialidades que están consignadas en innumerables revistas, y la publicación de materiales archivados ha abierto nuevos horizontes; pero, en cambio, nadie se ha cuidado de estudiar los grandes períodos completos de la historia rusa.

El que tratara de seguir las huellas de aquellos especialistas y examinar sus resultados tendría que intentar formarse una opinión propia sobre los puntos no desenmarañados todavía. Dada esta falta de un manantial ruso crítico y de trabajos cronológicos importantes—dejando aparte el trabajo especial de Bonnell,—esta parte de la tarea debía ser en extremo difícil, por lo cual no se oculta al autor que su trabajo, desde muchos puntos de vista, no está en condiciones de satisfacer a los verdaderamente exigentes. La confección completa de esta parte de la historia rusa exige fuerzas superiores a las de un solo hombre y plazo más dilatado que algunos años.

Igualmente difícil era coleccionar en un trabajo legible, como con razón exige una historia universal, los trabajos que estaban aislados. El que haya estudiado la historia de los principados rusos sabrá cuán opuesta es a una descripción concreta la exposición confusa de sucesos mutuamente condicionados y cuánta dificultad ofrece presentar como es debido los acontecimientos principales, si se dejan a un lado o simplemente se apuntan hechos de menor importancia.

Hasta qué punto ha conseguido el autor estar en lo justo bajo este concepto, podrá juzgarlo el lector. El mejor criterio nacerá de la facilidad o dificultad de retener en la memoria lo que se haya leído.

No se puede exigir que esta obra sea perfectamente completa, pues el espacio

reducidísimo que se ha concedido al autor y que éste aún se ha visto obligado a traspasar, a pesar de haber procurado limitarse a lo más preciso, se opone a ello. De manera que cuando se vea narrado con harta concisión uno u otro hecho, téngase en cuenta que el autor ha procedido así a sabiendas. Esto no pocas veces ha tenido que hacerlo con gran sentimiento, y se observa más en la última parte, en la cual la abundancia de manantiales exigía mayor espacio.

Esta misma limitación se ha de ver en la designación de fuentes y en las citas. No se citan muchas veces los trabajos de Bestuscheff, Solowyeff, Karamsin, etc., de continuo utilizados, y, sin embargo, al llegar a este punto ha de tenerse presente la observación de que Karamsin no debe ser pasado nunca por alto, pues cuanto más profundamente se estudia la historia rusa, tanto más se aumenta el respeto que este historiador ruso se merece.

También es para el autor un deber grato dar desde estas páginas las gracias al bibliotecario municipal de Riga, G. Berkholz, y al académico de San Petersburgo, Kunik, por el apoyo que en su trabajo le han prestado.

Reval, marzo de 1884.

DOCTOR C. SCHIEMANN.

PARTE PRIMERA

HISTORIA DE RUSIA HASTA YAROSLAO

CAPITULO PRIMERO

PRIMITIVA HISTORIA DE LOS ESLAVOS

La historia de los pueblos del Norte y del centro de Europa arranca del momento en que se pusieron en contacto con los griegos y romanos o con aquellas naciones a las cuales pasó la herencia de la antigüedad clásica. El contacto con la civilización rasgó el velo que envolvía a las poblaciones celtas, germánicas y eslavas, mucho tiempo después que éstas, pequeñas en su origen, sentaran sus reales en los territorios que hoy les son propios.

Los sucesos anteriores a este contacto pertenecen a lo que llamamos historia primitiva o prehistoria, por más que no se nos oculte que con este nombre se designen estados de cultura de muy diversa índole, en manera alguna envueltos en obscuridad.

Las celtas, por ejemplo, nos presentan ya en el siglo IV antes de Jesucristo, y todavía más en posteriores tiempos, las huellas de una civilización antigua y con caracteres muy propios, que en un corto espacio de tiempo fué absorbida por Roma y que, a pesar de esto, siguió conteniendo y abrigando los gérmenes de una cultura verdaderamente humanitaria.

Los germanos, en cambio, se encontraban por aquel tiempo en el más ínfimo grado de civilización, y cuando seiscientos años después notamos las primeras huellas visibles de las poblaciones eslavas, las hallamos aproximadamente con el mismo grado de civilización que los germanos de César. En todos ellos no sería justo retroceder hasta el período en que eran «salvajes.» Ese período, si ha existido, está tan lejano que no tenemos medio alguno para llegar hasta él, cabiendo aplicar aquí las bellas palabras de Jacobo Grimm (1): «Me resisto a creer que la vida de muchos siglos haya transcurrido en medio de una profunda y repugnante barbarie... En todas las épocas del mundo, aun en las más remotas, ha existido una noción de dicha y santidad que ha garantizado a los pueblos más nobles su moral y su derecho.»

Lo que de la primitiva historia de los pueblos eslavos sabemos, lo debemos al estudio comparado de los idiomas, pues la moderna arqueología no ha podido todavía confirmar etnográficamente los importantes descubrimientos que en la antigua Rusia lleva hechos. Gracias a aquel estudio los pueblos eslavos han sido clasificados entre los arios. El tesoro de palabras que es común a todos los pueblos arios o indo-germánicos nos conduce al período de nuestro más remoto pasado, que ha recibido la denominación de período ario común.

La antigua unidad de idioma de los indo-germanos de Europa nos conduce a un posterior desenvolvimiento, al paso que la colección de palabras de la unidad de lenguaje eslavo-alemana nos ofrece un nuevo estudio. Al separarse de los germanos, los eslavo-letos formaron un pueblo con igual idioma, del cual salieron los eslavos y los leto-lituanos; de manera que la suma de todas las palabras comunes a todos los idiomas eslavos nos lleva a una época en que todavía no se había consumado la separación de los eslavos en grupos de pueblos aislados.

La historia de aquellas variaciones graduales no se hace accesible a nuestros ojos, como no se hace accesible el crecimiento de una planta. La memoria de los pueblos no nos ha dejado huella alguna de ellas, y únicamente podemos trazar a grandes rasgos los estados de

(1) *Mitología alemana*, I, pág. VIII.

cultura tales como se encontraban al terminar cada una de aquellas épocas que se cuentan por siglos, apoyados en el estudio comparado de los idiomas y después en el de la mitología comparada (1).

Para conseguir un resultado seguro respecto del sucesivo desarrollo que tuvieron los eslavos antes de ser conocidos en la historia, debemos trazar una rápida descripción de los cuatro más importantes de estos períodos.

El idioma que fué común a todos los arios demuestra claramente que este pueblo primitivo alcanzó en su patria originaria cierto grado de cultura. En él encontramos palabras que expresan los fundamentos de la moral, los estrechos lazos de familia y los más próximos grados de parentesco. Las palabras padre, madre, hombre, mujer, hija, hijo, nieto, adolescente, virgen y viuda demuestran la existencia del matrimonio, que se disuelve por la muerte, sin que la costumbre exigiera de la mujer que siguiera en la muerte al marido. La poligamia y la esclavitud de las mujeres son cosas desconocidas de los indo-germanos: al padre de familia se le llama *pati* y a la madre *patniâ*. El orden social es el propio de la vida pastoril, pero la vivienda no es la tienda del nómada, sino la casa cerrada por una puerta. El clan y los lazos de familia constituyen grandes grupos a cuyo fondo se encuentra el *vikpati*, o señor del clan. También existe la palabra *râgan* para designar al rey.

El pacto y la institución *(dharma* y *dhâ-man)* son expresiones jurídicas primitivas, junto a las cuales se han colocado derivaciones menos seguras. Los animales domésticos han sido ya domados: el buey, la cabra, el caballo, el cerdo y el perro son conocidos en todos los pueblos arios con los mismos nombres. Los enemigos de los rebaños son el lobo y los osos, y de los animales de caza útiles encontramos sólo la liebre y quizás la corza manchada. También se entrevé la agricultura en sus primitivas formas: cultívanse algunos cereales, y se conocen algunos instrumentos de labranza. El molino de mano, donde el trigo se convierte en harina, y las palabras cocer y asar las encontramos asimismo en al antiguo idioma ario. Una bebida dulce, cuya base era la miel, sazonaba la comida, que se componía de carne, leche, caldo y frutos pulverizados y preparados para la cocción.

La sal era conocida y utilizada con frecuencia. La gente no iba desnuda: las palabras que expresan las acciones de tejer, entrelazar, coser y ceñir nos dan un indicio del vestido de nuestros primitivos antepasados. Como industrias más antiguas, ejercíanse las de la alfarería y carpintería: se cruzaban los ríos y los lagos por medio de embarcaciones movidas por remos: el mar les era todavía desconocido.

Existen también expresiones para la guerra y para la lucha; pero de armas sólo conocían la espada, la flecha y el arco, y de metales sólo el oro, la plata y el cobre. Contábase por decenas desde 1 hasta 999; dividíase el año en tres estaciones, y se observaban los cambios regulares de la luna. Si añadimos a esto que existía un culto a la luz, culto común entre los arios, en el cual se conocía la idea de un padre cielo y quizás la de una madre tierra y se comprendía la noción de la inmortalidad, y que el idioma conservaba la imagen de un clima templado, habremos agotado, en conjunto, todo cuanto sabemos acerca de este período ario común.

Vino la separación de los pueblos, los cuales con sus carros de dos ruedas, tirados por bueyes o por caballos, se dirigieron unos al Sur y al Este y otros al Norte y al Oeste. No se sabe en qué época se llevó a cabo esta separación. Si seguimos al grupo occidental, que se nos presenta como reunión de pueblos europeos con unidad de idioma, observamos que se ha realizado un progreso innegable en la civilización; se han hecho necesarias expresiones especiales para la vida de familia y las relaciones de parentesco, tales como abuelo, cuñado, sobrino; dentro del Estado, junto al rey encontramos el municipio, que considera como extranjeros a los que no pertenecen a él; se ha encontrado una expresión para la «ley,» y el que se apodera de la propiedad de otro «roba» *(klap*, robar.) La cría de ganado se hace por el sistema antiguo, y el número de animales domésticos no se ha aumentado más que

(1) Véase A. Fick: *Diccionario comparado de los idiomas indogermánicos*, segunda edición, y *La antigua unidad de lenguaje de los indogermanos de Europa* (Gottingen, 1873). – J. Schmidt: *Relaciones de afinidad de los idiomas indogermánicos*, Weimar, 1872. La obra de Geitler (*Estudios lituanos*, Praga, 1875) ha podido ser utilizada al final de este trabajo. El libro de Schrader: *Comparación de idiomas e historia primitiva*, no ha llegado a mis manos.

con el pato, pero los nombres de estos animales se han aumentado y sus razas han adquirido designaciones propias. La explotación de las colmenas, que ya de antiguo se venía haciendo, ha tomado mayor vuelo, pero el principal progreso se ha realizado en la agricultura.

Ya hemos visto cómo el pueblo primitivo había dado en ella los primeros pasos. En la época en que los europeos se separaron formando los dos grupos septentrional y meridional, se consumó la conversión de «los pastores domiciliados» en agricultores, que cifraban su sustento en los campos y sólo en segundo término en la ganadería. Hiciéronse entonces plantaciones de mijo, trigo, cebada y avena, y se comenzó el cultivo de huertos, que adquirió bastante importancia. El guisante, la habichuela, la adormidera, el rábano, el ajo y el cáñamo fueron cultivados en grande escala. Las mencionadas plantas y los nombres de los árboles y de los animales nos permiten fijar aproximadamente la residencia geográfica de aquellos arios europeos. El olmo, el aliso, el avellano, el roble, el pino, el sauce, el chopo y la haya; el ciervo o el alce, el lince y la tortuga, y los animales marinos la langosta y la foca, prueban que hemos de buscar esta residencia en el Este y centro de Europa y que estaba junto al mar, desconocido de los pueblos arios primitivos. La vajilla era en parte de piedra y en parte de madera y de metal; para los objetos de metal encontramos junto a los nombres antiguos otros nuevos.

Por lo que se refiere a la manufactura, los trabajos en cuero y el arte de tejer parecen haber hecho algunos progresos. También se ha aprendido a obtener la cola y la pez. Por último, como arma de defensa encontramos ya el escudo, y junto al arco y a la espada vemos como armas ofensivas la lanza y la pica. Los progresos realizados en todas estas esferas son demasiado patentes para que nos detengamos en llamar sobre ellos la atención. Parécenos natural que después de la separación de los celtas y grecoitálicos adquiriera un desarrollo proporcionado el pueblo que mantenía la unidad de idioma eslavo alemán. Sin fijarnos en detalles, podemos consignar lo más importante de este desarrollo.

La idea religiosa nos presenta la divinidad con el calificativo de «regidor,» *valdharia*, de lo cual se desprende la noción de una intervención divina en los destinos humanos. La agricultura ha adquirido un nuevo grano en el centeno *(rugha);* el laboreo del campo y la cría de ganado se hacen de un modo más racional: el manzano y el ciruelo silvestre son considerados ya como árboles frutales; el fresno, el arce y el abedul indican la residencia en el Norte; el castor, el erizo y la cigüeña tienen ya sus nombres vulgares. La culebra era anteriormente conocida.

Un importante progreso se ha hecho con el conocimiento del hierro y con la aptitud guerrera de los pueblos, que se ha aumentado con este descubrimiento. No permanecieron tampoco estacionados la industria y los utensilios del hogar, pero más importante que ningún otro es el desarrollo de la vida jurídica. La voz *kantaria*, centuria, nos parece demostrar una división del pueblo que busca su derecho *(rekta)* en los debates judiciales *(tengha)* y cuyo medio de prueba es el juramento *(aita)*. En este período se han conservado las antiguas denominaciones de *raga* (rey) y *vikpati* (jefe de familia): el comercio y el tráfico parecen haberse aumentado notablemente; junto a las antiguas palabras que significaban permutar, merced y alquiler, encontramos una nueva, *vadh*, que significa «cancelar una hipoteca.»

El período que sucede a la separación de los germanos, es decir, el de la unidad de idioma leto-eslavo, merece, para el objeto que nos proponemos, ser estudiado con alguna mayor detención, pues constituye la base fundamental de la cual ha de partir nuestra exposición de la cultura de los eslavos desde su aparición en la historia. Lo que nos dicen las fuentes históricas, en el sentido estricto de la palabra, es en parte incompleto y en parte inexacto y sujeto a la crítica de la tradición oral.

Por lo que directamente se refiere a la idea religiosa, pocas variaciones encontramos: la idea de Dios continúa siendo la misma, mas parece haberse avivado la tendencia a investigar la voluntad divina. En la unidad de idioma eslavo alemán encontramos ya una expresión para indicar la adivinación o sortilegio, *saita*. Entre los leto-eslavos, además de conservarse esta palabra, encontramos la voz *kera*, sortilegio, y *zvaisdininka*, astrólogo. La palabra *szventikia*, santo, demuestra que se creía que algunos hombres se acercaban más que otros a la divinidad.

La base de la vida del Estado seguía siendo la familia, cuyas ramificaciones

se expresan con mayor número de palabras y cuya propagación de arriba abajo forma la *gens domestica*, *szaima*, que tiene su cabeza en el jefe de familia, *viszpati*.

Las expresiones centuria y hermandad, muy comunes también entre los eslavogermanos, demuestran la existencia de alianzas especiales. En cambio ha desaparecido la palabra *raga*, rey. La gente vivía en aldeas *(kaima)*, que se unían probablemente en pequeñas corporaciones públicas, como lo prueban las palabras *valsti* (soberanía, reino), *valdya* (poder), *valdâria*, el que allí gobierna. El *thing*, hoy *tenka*, círculo de piedras en cuyo interior se celebraban las asambleas de los pueblos del Norte, había sido tomado de los períodos anteriores, y las relaciones que nacían de la propiedad originaron las palabras *sebra*, el partícipe, *talka*, el jornalero, *misdâ*, el salario. *tâti*, el ladrón.

El comercio había prosperado también. Después de la demanda, *praszna*, se concierta el precio: *parkyâ*, la deuda que se garantiza con una prenda (*vad*, cancelar una hipoteca), es anotada en una tabla de madera, *ramba*. Falta todavía una palabra para expresar el dinero: *maina*, la permuta, caracteriza el sistema de comercio.

En la aldea natal se encuentra la residencia *(maisa)* y la casa *(visz)*. La habitación común se denomina *salitva*. La casa se cierra por medio de la puerta *(dver)* y el pueblo por medio del portal, *varta*, vigilado por el portero, *vartininka*. La construcción de una casa es sumamente sencilla: la estaca y la tranca *(gemba* y *tranka)* y la viga son pulidas por medio del hacha *(bardu)*, del escoplo *(skapa)* y de la sierra *(pinkla)*: la construcción abarca las paredes, el suelo *(tela)*, el techo *(luba)* y el cobertizo formado probablemente con troncos. Es posible que se hiciera también uso de la pez *(pikya)*, de la brea *(smala)* y de la cal o arcilla *(mala)*.

Sabemos que había puertas, pero ignoramos qué nombre se daba a las ventanas; algo podemos también decir acerca del menaje interior: el horno *(apna)*, la silla *(klampi)*, la mesa *(skomia)*, la cama *(lages)*, son conocidas, y como utensilios encontramos la cesta *(kasia)*, el vaso *(pada)*, el vaso con ansa *(ansa)*, el odre *(maisa)*, la taza *(lanzkâ)*, la cuchara *(lizika)*, el tamiz *(seita)*, el filtro *(sendra)* y la sartén *(skvarda)*. En ninguna vivienda faltaba el molino de mano *(gernâ)*, con el cual la mujer convertía el trigo en harina; *maleyâ* significa molinera, y no hay palabra que signifique molinero.

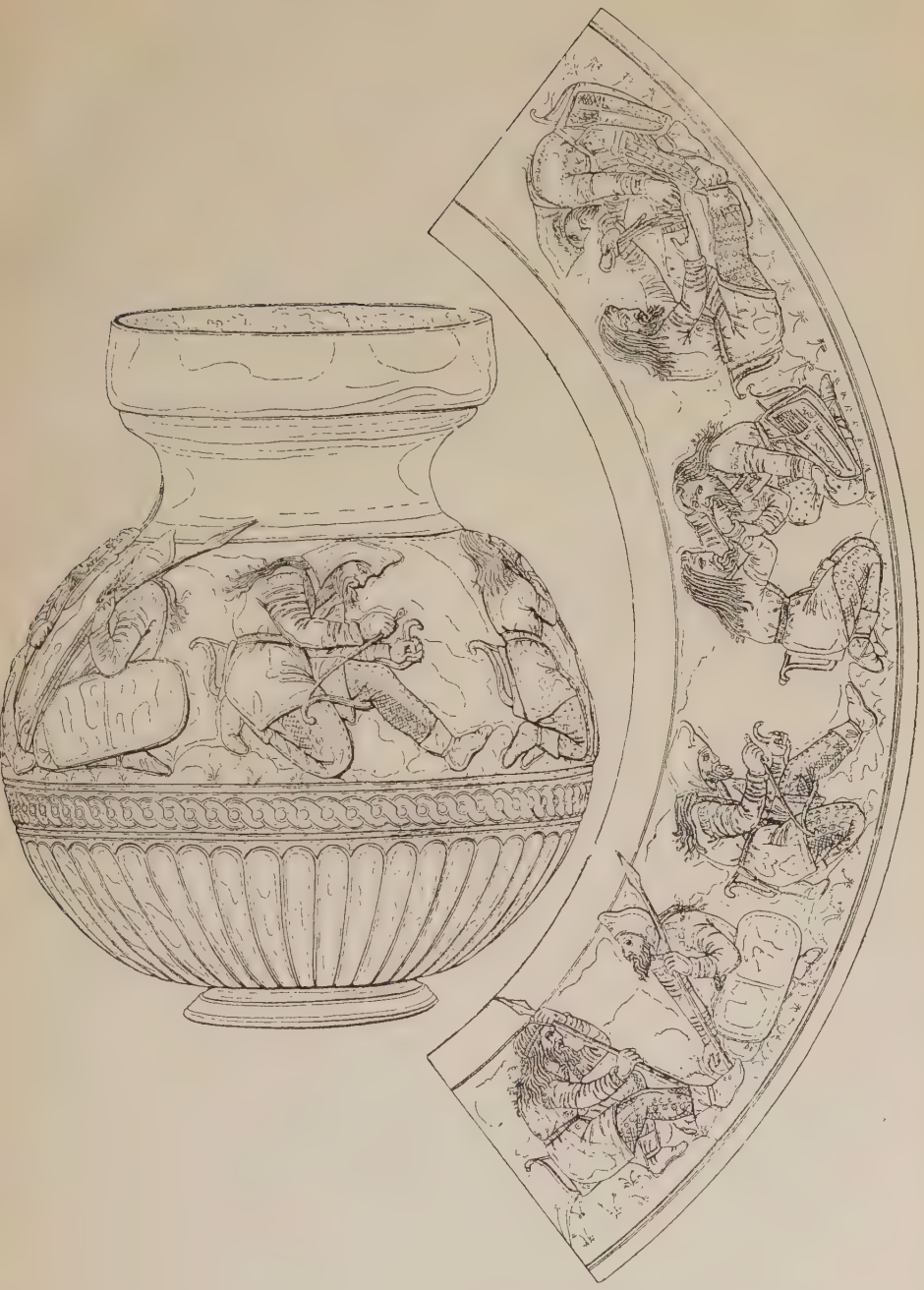
Era también incumbencia de la mujer hilar *(giâ)* y tejer *(penati)* el lino *(lina)*, el cáñamo *(kanapyâ)* y la lana de carnero *(velna)*. Algunas palabras, como *tan* (hacer tejidos), *pana* (tejido), *masga* (malla), *szeiwa* (espolín o lanzadera pequeña), son prueba de la actividad industrial. Para golpear la ropa blanca tenemos también la palabra *plak*. Utensilios más importantes todavía eran la cuerda *(lenkia)*, el cordel *(seila, veroyâ)*, entretejidas *(plekteti)* con cortezas *(lunka)* o con hilaza de sauce *(viti*, cosa torcida, *vitia*, el sauce). Como ocupación más difícil, al hombre correspondía el coser *(su, siu, siuva*, el cosido, *sinvikia*, el que cose).

Para alumbrarse se utilizaba, como siguió utilizándose durante muchos siglos, la madera resinosa *(darva)*. Al salir del hogar se entraba en el cercado *(garda)* con sus edificios accesorios, como la cuadra *(stana)*, el cuarto de baño *(perti)*, en el cual se calentaba el cuerpo, como ahora, por medio del vapor *(para)* y luego se le golpeaba con una borla (golpear *par perti)*. La palabra *szaltinis*, la fuente, es también leto-eslava.

Otra industria importante era la de la fragua *(utria)*, de cuyos utensilios conocemos el martillo *(kuya)*, la cuña *(vagya)* y la *dalbta*, instrumento para agujerear las chapas de hierro: a esta industria correspondía también la fabricación de armas y de objetos de adorno. Ya hemos visto que el conocimiento del hierro arranca del período anterior. El oro, la plata y el cobre eran naturalmente conocidos, y a ellos se agregó el plomo *(alva)*. Los leto-eslavos no conocieron, según parece, la llamada época del bronce: para obtener el bronce les faltaba el estaño, y los objetos de bronce que se encontraron en algunos sepulcros procedían del Asia, según ha demostrado I. R. Aspelin (1).

Para designar el cardenillo, enemigo mortal del hierro, se inventó la palabra *rudya*. Las armas son las mismas del período anterior, la flecha *(strela)*, el arco *(lanka)*, denominándose *stralya* el acto de arrojar las flechas: la cuerda del arco se llama *temptiva*. Hay una palabra, *kelpa*, que significa arco y al propio tiempo lazo. Para designar la lanza sólo

(1) *Polewoi otscherki*, pág. 54 (ruso).



Vaso de plata de los escitas.—(Museo imperial de San Petersburgo)

encontramos una palabra, *lankya;* en el período anterior había tres. El puñal, *karda*, era cuidadosamente afilado, como lo prueba la palabra *nagi*, que significa filo.

Como armas defensivas encontramos el escudo *(skuta)* y el yelmo (con la doble expresión de *kalma* y *szalma)*. Los nombres de cosas de guerra son, con corta diferencia, los mismos del período anterior; en cambio, encontramos una nueva palabra (*karya*) para designar el ejército. La agricultura permanece estacionada como en el anterior período; pero de la existencia de un sistema más racional para la cría de ganados son prueba las palabras *szaina*, heno, y *skara*, estiércol, la cual no por eso demuestra el uso del estiércol como abono; también se ha aprendido a poner al caballo una brida, *zambâk-la*. De las enfermedades del ganado eran conocidas la morriña *(sausya)* y el muermo (*smarka);* de las del hombre conocíanse la tos *(kasâ)*, el estornudo *(kus)*, la papera o el bocio *(gelga)* y la diarrea *(trauda);* como palabras genéricas encontramos *mara*, muerte, peste, y *vaya*, enfermo.

De importancia geográfica para fijar aproximadamente la residencia del pueblo leto-eslavo son los nombres de cosas de la naturaleza y las denominaciones de los animales y de las plantas entonces conocidas. Por lo general, unos y otras despiertan en nosotros la idea de un país bajo y húmedo: únicamente *garba*, cresta de montaña, indica una cosa elevada; pero al lado de ella encontramos *lanka*, lecho de un río; *lenda*, el valle; *pensura*, la arena; *bala* y *lakma*, pantano, laguna; *lugya*, charco; *lugina*, pantanoso, y *luta*, inmundicia.

También sorprenden los diversos nombres con que se designa el agua, *api*, *ura*, *wada:* hay, además, *azara*, el estanque, *spaina*, espuma, y *vilna*, la ola. Las palabras *szal*, helar; *szarma*, escarcha; *grada*, granizo; *leda*, hielo; *krusa*, témpano; *snaiga*, nieve; *szavara*, viento del Norte, demuestran la existencia de un invierno frío. Con esta situación concuerdan también los nombres de plantas.

No encontramos la haya, pero en cambio encontramos el abedul, el álamo, el fresno, el tejo, el abeto, el arce, el tilo, el pino, el sauce y el roble. De árboles frutales sólo encontramos el *abala*, manzano silvestre; *krausia*, el peral silvestre, y *slivâ*, el ciruelo silvestre. La fruta del manzano y del peral silvestres servía ya de alimento a aquellos pueblos, que nos han dejado la lista de sus manjares en los llamados *restos culinarios*. De animales fieros conocíanse el *velka*, el lobo; *epra*, el jabalí; *luszi*, el lince, y *lapa*, el zorro, existiendo la palabra *sveri* para designar la fiera: de animales de caza encontramos el ciervo *(alni)*, la marta *(kauna)*, el castor *(bebru)*, el alce *(brenda)*, la ardilla *(vavarya)* y la nutria *(udra)*.

El gorrión, el cuervo, la corneja, el tordo, la golondrina, la calandria, el cuco, la grulla, el pato silvestre, el cisne y el águila representaban el orden de las aves. Es indudable que se conoció la familia silvestre de las gallináceas *(tatara)*, pero no se puede asegurar lo mismo respecto de la gallina doméstica. Fick afirma que la gallina *(kakata)* pertenecía al idiotismo leto-eslavo; pero la prueba de esta palabra la encuentra solamente entre los eslavos-kirges, no entre los letos o lituanos. Debemos, pues, seguir a Hehn, el cual demuestra que los eslavos y los lituanos se habían separado en la época en que la gallina fué introducida en el centro y el Norte de Europa.

En este punto adquirimos una fecha muy interesante. «No habiendo aparecido—dice Víctor Hehn en su obra: *Plantas de cultivo* y *animales domésticos*—la gallina en Grecia hasta mediados del siglo VI antes de Jesucristo, no podemos fijar su llegada al interior de Europa antes del siglo quinto.» Por lo tanto la fase del desenvolvimiento de los leto-eslavos que estudiamos debió de ser anterior a la guerra persa.

Dos peces conocidos por los eslavo-letos merecen especial mención, a saber: el esturión *(esztra)* y el salmón *(laszi):* ambas palabras faltan en el idiotismo eslavo-alemán, que sólo conoce el nombre genérico *ghu* para designar al pez, nombre que corresponde al *zuvi* leto-eslavo. El esturión se ha limitado a ciertos lugares en todas las epocas: en lituano se llama *erszketras*, en prusiano *esketres*, en eslavo-kirge *jesetru*, en ruso *osetr*. Ahora sólo podemos tratar de dos clases de esturiones, a saber: del pequeño esturión *(Acipenser ruthenus)* y del gran esturión *(Acipenser huso):* los dos vivían en el mar Negro y el primero también en el Caspio y subían por los distintos ríos que en ellos desembocaban: los ríos del mar Glacial ártico, del Báltico y del mar del Norte, eran también visitados por ellos, aunque este último por un número muy exiguo: pero los puntos principales de pesca eran el Danubio, el

Dniéster, el Dniéper, el Don, el Volga y el Ural.

El salmón, en cambio, sólo subía por los ríos que desembocan en el mar Glacial y en la parte Norte del Océano Atlántico, inclusos el Báltico y el mar del Norte. Como la *angarya*, anguila, no sube por las corrientes del mar Caspio ni por las del mar Negro, y como el cuarto pez que conocieron los leto-eslavos, o sea la lota (*ruba*), se encuentra en todas partes y no puede ser tomado en consideración para fijar una demarcación geográfica, de aquí que tengamos que buscar el centro de las residencias eslavo-léticas en el territorio comprendido entre el Báltico, el mar Glacial, el mar Negro y el mar Caspio, lo cual concuerda perfectamente con las plantas y animales mencionados (1): correspondía, pues, a los 55 y 58° de latitud Norte, y su límite debía ser, al Sur, la zona de la haya.

Terminaremos estas consideraciones echando una ojeada a los medios de alimentación de los leto-eslavos. El arte de asar, de cocer al horno, de hervir, había-se naturalmente conservado. Los alimentos principales eran la carne, el pan y la leche; encontramos también nombres especiales para la grasa, el jamón, la manteca, el queso, la sopa, la cebada perlada, jugo, sal, miel y cerveza o hidromiel. La palabra *pâtu*, el banquete, demuestra que se hacía mucho consumo de esta última bebida. Si añadimos que de los colores se distinguían el negro, el rojo, el gris y el azul, habremos expuesto todo cuanto se deduce del material de palabras de este período.

Hemos estudiado la primitiva historia de los eslavos hasta la época en que se nos presentan como pueblo unido. Puede, según parece, afirmarse que como tal se apoderó de las llanuras del centro de Europa que se extienden a lo largo del Don, del Dniéper y del Vístula hasta el mar Báltico, y que estaban limitadas al Norte por las tribus finesas, al Oeste por las leto-lituanas y germanas y al Sur por los escitas y sármatas (2). Al mencionar este último pueblo, tocamos una de las más difíciles cuestiones etnográficas. Algunos han querido ver en los escitas a los antiguos eslavos, presentando como prueba especial el tipo eminentemente ario de los escitas representados hábilmente en el célebre vaso de plata de Nicópolis, que se encuentra en el Ermitaje imperial de San Petersburgo.

Pero hoy está probado que los escitas son de origen iranés. Cabe, sin embargo, abrigar la sospecha de que en los posteriores escitas de Herodoto haya que buscar elementos leto-eslavos, o mejor eslavos puros, antes de llegar a los fineses, que habitaban el Norte. La complicadísima cuestión relativa a la etnografía y sucesión de los pueblos en las costas septentrionales del Ponto puede resumirse en los siguientes términos:

1.° El período iranés (escitas, sármatas, alanos, roxolanos, yazigios y aun algunos pueblos rara vez nombrados, como los aorses, sirakos, etc.).

2.° El episodio godo, que duró 150 años, al cual sobrevivieron los alanos acorralados al Este y los yazigios, que se mantuvieron en el Oeste.

3.° El período turco (hunos, búlgaros, avaros, chazares, pechenegos, polowzes), hasta la invasión de los mogoles, que no dejó sin embargo en aquellos territorios una verdadera masa de pueblos mogoles. En el intermedio vemos a los magiares como única emigración finesa (3).

(1) Geitler menciona entre los peces el *zobrys*, el serto, y habla además del *zebris*, el toro silvestre o *auroch*, y el *kertus*, la musaraña. No me parece muy seguro que *sykis*, en ruso *sig*, el *salmo lavaretus*, sea leto-eslavo.

(2) Véase Gregorio Krek: *Introducción a la historia de la literatura eslava*. Gratz, 1874.

(3) Según una nota manuscrita del bibliotecario municipal G. Berkholz, de Riga, el estudio de Bonnell, *Documentos para la antigüedad de Rusia*, tomo I, *Herodoto, sus antecesores y algunos escritores posteriores* (San Petersburgo, 1882), ha arrojado nueva luz sobre la obscura cuestión escita. Bonnell ha llegado al mismo resultado que nosotros, aunque por distinto camino: al terminar su obra dice: «Los escitas y saurómatas pertenecen a un pueblo iranés que dos mil años antes de Jesucristo fué empujado, por otro pueblo ario, desde el Asia central hasta el Volga, y que desde el Don y durante muchos siglos (hasta fines del sexto antes de Jesucristo) conquistó todos los países que se extendían al Oeste hasta el Istro (Danubio) y al Sur hasta el Cáucaso. Este mismo pueblo iranés se conservó en toda su pureza en los escitas reales o propiamente libres. Los saurómatas fueron probablemente un pueblo mestizo producto de los enlaces que los verdaderos escitas contrajeron con las mujeres de los vencidos cimerios que habitaban al Es e de la laguna Meotis, es decir, de los señores y guerreros de esta tribu. Los cimerios tenían antiguas relaciones de parentesco con los escitas, pues en su origen eran celtas y en parte antecesores de los leto-eslavos. Los escitas propiamente dichos y los saurómatas (a lo menos una parte de éstos) pueden ser considerados como ascendientes de los germanos (especialmente los verdaderos escitas de los godos); pero otra parte de la población del imperio escita, a pesar de ser conocida con el nombre genérico político de esci-

Como es natural, en el nuevo período de la unidad del idioma eslavo encontramos el mismo material que caracteriza los anteriores períodos de desarrollo. Por regla general, el progreso no es muy importante desde la separación de los leto-lituanos. La cría de ganados y el cuidado de las colmenas constituyen con la agricultura la ocupación del pueblo, apareciendo, sin embargo, en el perfeccionamiento declarado las cualidades que tenían los eslavos para el cultivo del suelo; y que posteriormente degeneraron.

Ya encontramos nombres especiales para las distintas partes del instrumento aratorio; el árbol y la parte que arrastra del arado tienen sus expresiones propias, y para los cereales hay un nombre genérico, *shito*. La roturación del suelo sigue siendo la misma. En la lista de manjares, tal como la ha conservado el idioma, no encontramos ninguna comida nueva, pero en cambio se ha perfeccionado la distribución de las casas. En lo alto de la escalera se encuentra la puerta que da acceso al vestíbulo, del cual están separadas las habitaciones.

Hay palabras para designar la ventana, el hogar y la mesa: el techo y su vértice tienen nombres especiales: el patio, la cuadra y la era subsisten tales como se llamaban entre los leto-eslavos, apareciendo por vez primera la bodega *(pivnica)*.

También se nos presenta en aquel período eslavo común la forma primitiva de fortificación, el *grad*, o sea un espacio cercado por empalizadas y por una trinchera *(okop)*, de donde nació después el nombre de ciudad *(gorod)*. En cuanto a la vida militar, no notamos reforma alguna.

Gracias al conocimiento del idioma, puede estudiarse más a fondo la constitución de la familia en aquella época. Los habitantes de una aldea forman el parentesco nacido de los lazos de la sangre, o sea la familia, cuyos individuos llevan el mismo nombre y poseen en común los mismos bienes. Al frente de estos parientes se encuentran los ancianos, elegidos, que disponen las emigraciones a las comarcas no ocupadas, cuando las ocupadas no son suficientes a causa del aumento de población. Un círculo de estas familias, que siempre permanecen unidas entre sí, constituye la tribu *(plemjä)*, a cuyo frente está el anciano elegido de entre los ancianos de las diversas familias.

La tribu lleva también un nombre especial, generalmente un apelativo, que designa al propio tiempo la comarca por ella habitada. La unión de estas tribus constituye el pueblo, la comunidad *(narod)*, tal como la encontramos en la época histórica.

En este período no vemos la agrupación de varios pueblos unidos para formar una gran nación; pero la comunidad de idiomas, de creencias y de derecho debió de mantener vivo el sentimiento de cohesión. Las nociones de derecho y de ley se encuentran ya extendidas, partiendo del primitivo desenvolvimiento que les dieron los arios europeos; entre los eslavos vemos un tesoro común de derechos consuetudinarios que llegan hasta el período de la unidad del idioma eslavo y cuyas fórmulas más antiguas se conservan todavía hoy en parte. Es verdaderamente singular que falten las denominaciones de heredero y propiedad, pero la constitución de la familia eslava (posesión en común) las hacía superfluas.

Así como en el período leto-eslavo encontramos huellas de un culto de la Naturaleza incompleto y lleno de generalidades sin poder fijar las figuras de los dioses, en lo sucesivo podremos apoyarnos en bases sólidas. El contraste entre las fuerzas bienhechoras y las destructoras se nos presenta ya claro. *Bog* y *Bes* (este último imagen del posterior diablo del cristianismo) están frente a frente: a ambos se ofrecen sacrificios, al uno en acción de gracias, al otro como preservativo.

Estos sacrificios no son ofrecidos por sacerdotes, sino por los ancianos, que en la esfera religiosa asumen también la representación de las familias y de su desenvolvimiento. El lugar adonde van a parar las almas *(duscha)* de los muertos se llama *rai* (hoy paraíso). No está probado que tuvieran idea de la existencia de un lugar de tormento. A este período pertenece, al parecer, la idea cosmogónica de la formación del mundo, según la cual Dios atrajo la arena del mar a la superficie para formar la tie-

---

tas o sármatas, debe ser contada entre los celtas y leto-eslavos, a causa de la preponderancia en ella de los cimerios.» Para las pruebas y detalles hemos de acudir al excelente trabajo de Bonnell, que desgraciadamente no ha llegado a nuestras manos hasta después de terminada la presente obra. No obstante, nos parece muy atrevida la afirmación de que los escitas reales sean antecesores de los germanos.

Jarrón de plata de Nicópolis, con escenas de la vida de los escitas en la parte superior
(Museo imperial del Ermitaje en San Petersburgo)

rra que, por consiguiente, flota sobre las aguas (1).

La naturaleza misma de las cosas hizo que dentro del extenso espacio ocupado por los eslavos nacieran poco a poco dialectos que acabaron por formar dos grupos claramente definidos en la lengua eslava, a saber, el del Norte-Este-Sur y el del Oeste. A consecuencia de diferencias posteriores dentro de estos dos grupos principales, formóse un nuevo idioma eslavo, cuyo orden cronológico no ha podido ser fijado todavía. Este procedimiento podrá llevarse a cabo cuando la historia comience a arrojar su luz sobre los eslavos.

CAPÍTULO II

LA EMIGRACIÓN DE LOS PUEBLOS ESLAVOS

Mientras los demás pueblos del grupo de lenguas indoeuropeas conquistaron en tiempo relativamente remoto nuevos territorios después de rudas luchas, los eslavos extendieron sus dominios casi sin luchas y sin ruido, desarrollándose en pobladas tribus que, al presentarse en la escena de la historia, causaron por su número la admiración de sus contemporáneos.

La primera vez que vemos positivamente mencionados a los eslavos es en Plinio y en Tácito, el primero de cuyos autores nos da la breve noticia de que, según algunos cuentan, las costas del Océano del Norte, desde el Este hasta el Vístula, estaban habitadas por los sármatas, wenedos, esciros e hirros. El texto del pasaje demuestra que otro autor anterior había hecho mención de los wenedos y que de esta fuente sacó Plinio su noticia.

Quién fuera este otro autor, imposible es decirlo, pero debió de ser un geógrafo cuya existencia no puede retrotraerse más allá de la época de Augusto. Tácito fija la residencia de los wenedos entre la de los pencinos y la de los finnes. El nombre de wenedos, wenetos o windos es la denominación que los germanos daban a sus vecinos eslavos: una explicación satisfactoria de la primitiva significación de este nombre no se ha dado hasta ahora (2); en cuanto al nombre de *serbes*, que significa *pueblo*, era el que a sí mismos se daban los eslavos.

El nombre de *antes* con que se ha querido designar a los eslavos no correspondía a éstos, sino a dinastas asiáticos, de origen probablemente cherkesio, que dominaron en el siglo VI a los eslavos que habitaban al Norte del mar Negro (3).

La denominación de «eslavos,» hoy generalmente usada, que en su forma indígena más antigua fué *Slowané*, *Slowené* con las formas accesorias *Slowenci* y *Slowáci*, es de derivación algo dudosa. Enfrente de las explicaciones comunes que se fundan en la significación de las voces *slowo* (palabra) y *slawa* (gloria), puede también tener razón Schafarik cuando dice que *eslavo* puede designar un nombre geográfico o rechaza las explicaciones etimológicas más o menos dudosas que hasta ahora se han dado. Hasta el siglo IX después de Jesucristo no se dió el nombre general de eslavos a los pueblos que hasta entonces fueron conocidos con muchos nombres tan poco seguros por su derivación como poco fijos desde el punto de vista geográfico.

De cuán grandes son las dificultades que se presentan en este punto al que trata de estudiar la antigüedad eslava, es buena prueba la circunstancia de que las pocas noticias histórico-geográficas fidedignas que se han conservado hasta el siglo IX después de Jesucristo, constantemente se ven interrumpidas por lagunas de muchos siglos. Así es que de Plinio y Tácito se pasa a Jordanis y a Procopio, y más de quinientos años después a Nestor, el cual, por fin, nos hace entrar en un terreno relativamente seguro. Todo lo demás es incompleto e incoherente. Daremos a conocer los más positivos resultados de las investigaciones sin entrar para nada en las controversias particulares.

En los primitivos tiempos, es decir, desde el año 500 antes de Jesucristo hasta el siglo II de la Era cristiana, se extendieron los eslavos desde sus antiguas residencias, cuyo centro era la orilla del alto y medio Dniéper, hacia el Norte, en donde las poblaciones finesas, mal

(1) Véase Jirecek: *Historia de los búlgaros*, Praga, 1876, pág. 103.

(2) Rossler (*Época de la colonización eslava en el Danubio*) se decide por la opinión de que eran *weidenden*, habitantes de las grandes anchuras, es decir, del país llano.

(3) Véase Kunik: *Las noticias de Al-Bekri y de otros sobre Rusia y los eslavos*, I, pág. 147. San Petersburgo, 1878 (rusa).

organizadas y poco fuertes en la actual Rusia, les abandonaron casi sin resistencia aquellos territorios. Durante los cuatro siglos siguientes, es decir, desde el tercero al séptimo, además de su movimiento progresivo, aunque lento, hacia el Norte, hubo otros dos movimientos, de Norte a Sur, y de Este a Oeste y Sudoeste, que podemos seguir en cada una de sus fases.

Ya en el siglo III los eslavos del Vístula habían ocupado todos los territorios del Oder; entre los años 454 y 495 avanzaron por el Elba, y poco tiempo después se posesionaron de las comarcas del Danubio. La *tabula Peutingeriana* (1), aquel mapa del imperio romano que quedó terminado durante el primer tercio del siglo V, nos muestra a los VENADI SARMATÆ en las comarcas que se extendían detrás de los Carpacios, y posteriormente a los VENEDI más hacia el Este en las cercanías del mar Negro: desde el Norte llegaron a éste probablemente durante el siglo V. Casi al propio tiempo, después de la destrucción del imperio de los hunos, la corriente de la emigración eslava se extendió desde el Ponto y desde el Vístula hacia el Oeste.

Esta fué, como perfectamente se ha hecho notar, la señal del desbordamiento de los eslavos, que penetraron en el país comprendido entre el Elba y el Saale y avanzaron hacia las costas occidentales del Báltico, mientras otras poblaciones eslavas atravesaban, ya antes de mediados del siglo VI, el Danubio, comenzaban a posesionarse de la Mesia y de la Panonia y ponían en grave aprieto al imperio bizantino. Empujados a su vez por los avares y búlgaros, hubieron de refugiarse en la parte meridional de la península de los Balcanes. Ya Procopio (en el siglo VI) menciona nombres eslavos de lugares en aquellos países, que pronto se vieron cubiertos hasta el Peloponeso de elementos eslavos; y en el siglo X la inundación eslava llegó a un punto tal que vemos al mismo emperador Constantino Porfirogénito lamentarse de que toda la Grecia fuese eslava y bárbara (2).

Desde los territorios del Danubio colonizaron los eslavos una parte de la actual monarquía austriaca: la alta Austria, la Estiria y la Carintia—de la palabra eslava *goroten*, es decir, país montañoso, se formó *Carnatum*, y Carintia—fueron al parecer, después de la retirada de los longobardos, rápidamente ocupadas por los eslavos, que avanzaron por un lado hasta el Tirol y por otro hasta el Friul, junto a Istria. Desde las faldas de los Carpacios fueron ocupadas la Moravia, y probablemente desde el Norte la Bohemia, por emigrantes eslavos, cuyas ramificaciones se extendieron por los territorios alemanes de los bávaros, francos, turingios y sajones, llegando hasta los países helvéticos (3).

Estos pueblos eslavos no se nos presentan nunca libres desde el punto de vista político. Sometidos primero a los godos, luego a los hunos y por último a los avares, su papel en la política era absolutamente pasivo, y así como la emigración de los pueblos alemanes de todas las tribus nos ofrece una larga serie de heroicos caudillos, de las tinieblas de la antigüedad eslava apenas llega hasta nosotros el eco de un guerrero ilustre.

Basta poner en parangón a los Ardagasto, Musok y Piragasto con los germanos Ermanarico, Alarico, Teodorico, Albuino y Clodoveo para ver la gran diferencia que entre unos y otros existía (4).

La falta de iniciativa, nacida del carácter de toda la raza, la carencia de una organización militar y la ninguna división de clases, explican perfectamente el hecho.

La primera figura notable que nos ofrece la antigua historia eslava es Samo, que libertó a los eslavos bohemios del casi insoportable yugo de los avares y que en su reinado de treinta y cinco años fundó un Estado poderoso, cuyo centro era Bohemia y cuyos límites eran al Norte el Havel, al Oeste el Meine y Rednitz, y al Sur y al Este los Alpes estirios y los Carpacios. Samo, que gobernó desde 627 hasta 662, no era, sin embargo, eslavo, sino franco, oriundo probablemente de los países en donde nace el Ems (5). Acompañado de algunos co-

(1) Citamos la *tabula Peutingeriana* no sin ciertos escrúpulos, pues las fuentes de esta tabla son quizá el mismo *quidam* que sirvió de base a la noticia dada por Plinio en su *Hist. Nat.*, IV, 97.

(2) V. la obra de Herzberg: *Historia de Grecia desde la desaparición de la antigua vida hasta el presente*, I, Gotha, 1876. Herzberg pone en su verdadero punto la cuestión de la eslavización de Grecia.

(3) Véase Riezler: *Historia de Baviera*, I, Gotha, 1878.

(4) Véase Rossler, pág. 124.

(5) *Fredegar*, c. 48. *Natione Francus, de pago Sennonago;* el *go*, como observa con razón Schafarik, significa comarca. *Sennonago*, en mi sentir, es el mismo que el pastor Haide. Hasta ahora no

merciantes guerreros, se agregó a los eslavos de Bohemia y fundó un reino que, como posteriormente lo demostró la experiencia, sólo podía subsistir unido por la influencia de su persona. Por esto la tradición eslava olvidó su nombre; «la fama de Samo murió con él,» al paso que el yugo de los avares subsistió durante algunos siglos.

Estos avares, dice la primitiva crónica rusa, lucharon contra los eslavos, martirizaron a los dulebios en Bohemia y Moravia, que eran eslovenos, y violaron a sus mujeres. Cuando un avar quería hacer alguna expedición no enganchaba a su carro caballos ni bueyes, sino que hacía que tirasen de él tres, cuatro o cinco mujeres: de esta manera martirizaban a los dulebios, pues los avares eran de fornido cuerpo y estaban poseídos de orgullo. Dios los exterminó por su soberbia: todos ellos perecieron, ni uno solo se salvó, habiendo pasado a ser un refrán ruso la frase: «Todos murieron como los avares, de los cuales no quedaron ni la raza ni la herencia.»

El reinado de Samo, por lo demás, sólo temporalmente quebrantó el poder de los avares, pues a su muerte recobraron su antigua importancia, y hasta siglo y medio después, es decir, en 796, no destruyó Carlomagno el fundamento de su poderío. En cambio, las victorias de Samo contribuyeron indudablemente a facilitar la misión de los chorbatos o croatas y de los servios, que a principios del siglo VII colonizaron los territorios del Sur de la Panonia y de la Dalmacia. Así terminó a fines del mismo siglo la emigración de los pueblos eslavos.

De las tribus que conservaron los países del Este, es decir, la actual Rusia, nada sabemos que se refiera a este larguísimo período: sólo se sabe positivamente que los muchos pueblos que por la puerta Caspia y por las estepas del Sur de Rusia penetraron en la Europa occidental les causaron poco daño, pues no hicieron más que rozar las fronteras meridionales y orientales de los territorios ocupados por los eslavos. El progreso de la emigración lo que hizo fué cortar definitivamente el período de la unidad de idioma eslavo y dar vida a los pueblos, distintos por su política e idioma, que en los siglos VIII y IX encontramos en las habituales residencias, por ellos consideradas como herencia de su raza.

se ha encontrado ninguna aldea de este nombre. Los investigadores eslavos, entre ellos modernamente Krek, sostienen todavía su origen eslavo.

Schafarik ha demostrado también cuán poco crédito merece el *Anonym. de Conv. Carant.*, que es la única fuente que dice que Samo era eslavo *(Samo quidam nomine, Sclavus)*, II, página 417, nota 2.ª

CAPITULO III

RESIDENCIA DE LOS ESLAVOS DURANTE EL SIGLO IX (1)

Los pueblos eslavos se subdividen en dos grupos principales, uno que comprende los del Este-Sur y otro los del Oeste.

Al primero pertenecen:

1. La sección rusa.
2. La sección búlgara.
3. La sección iliria.
   - (a) Los servios de allende el Danubio.
   - (b) Los croatas.
   - (c) Los eslavos de Carintia o sea los windos (eslovenzes).

Al grupo del Oeste corresponden:

1. La sección léquica
   - (a) Leques o polabos.
   - (b) Silesios.
   - (c) Pomeranios.
2. La sección checo-eslovática.
   - (a) Checos.
   - (b) Moravos.
   - (c) Eslovacos.
3. La sección polábica: los eslavos de la Alemania del Norte.

Comenzaremos por las tribus del Oeste.

Bajo el nombre de polabos se comprenden todos los pueblos eslavos habitantes al Oeste del Oder, del Bober y de las montañas de cobre a ambos lados del Elba: tenían por fronteras al Norte el Báltico, al Oeste la orilla derecha del Saale, desde sus fuentes hasta su afluencia al Elba, desde allí la corriente del Elba por Stecknitz y Trave hasta Lubeck, el lago Plöner y el canal de Eider hasta Kiel. Schafarik, en cuyas noticias fundamos nuestra narración, cuenta entre los tres grupos principales nada menos que cuarenta y siete tribus, ocupando un territorio de 1.200 millas cuadradas aproximadamente. Los polabos, el más guerrero de todos los pueblos eslavos y el enemigo más mortal de sus vecinos los sajones, viéronse envueltos desde el tiempo de Samos, cuya soberanía

(1) Véase Schafarik, II, pág. 50.

Jarrón de plata de Nicópolis, con escenas de la vida de los escitas en la parte superior
(Museo imperial del Ermitaje en San Petersburgo)

reconocieron, en continuas luchas que terminaron, después de tres siglos y medio, con su completa ruina. Enrique el León fué el que acabó para siempre con la independencia de aquellas tribus, que fueron rápidamente germanizadas.

Los eslavos chéquicos ocuparon casi las mismas residencias que hoy tienen, a saber: los bohemos y moravos dentro de sus fronteras naturales, los eslovacos al Noroeste de Hungría, y al Sur de ellos, hasta el lago Platter, otras tribus eslavas afines. Estos pueblos tuvieron un período de esplendor muy corto, mientras floreció el imperio de la Gran Moravia bajo los reinados de Rastislav y Swatopluck. A la muerte de éste, acaecida en 897, inicióse un período de decadencia que hizo caer a los moravos y a sus vecinos del Sur en la servidumbre de Hungría, mientras la Bohemia seguía su propio camino bajo la dependencia de Alemania.

Los eslavos de la sección léquica (nombre que no lo aceptamos sino con ciertas reservas) confinaban al Oeste con las tribus polábicas, al Sur con la selva bohema, con las minas moravas y con los Carpacios, al Este con el Vístula y el Narew y al Norte con el Báltico. La porción de territorio comprendida entre el Vístula y el Oder fué ocupada por los pomeranios, y de las comarcas que se extendían entre el Oder, el Bober y las montañas bohemo-moravas se posesionaron los silesios; de suerte que para la Polonia propiamente dicha quedaron los territorios limitados por el Oder y el medio Vístula con la cuenca del Narew y del Bug central.

La historia de las poblaciones que constituían este grupo comprenderá una parte especial de nuestro tratado, pues fueron reunidas en el reino polaco.

De los grupos de eslavos ilirios, los servios se establecieron en la afluencia meridional del Save y del Danubio hasta el Timok; su historia es la misma de la Grecia de la Edad media: el apogeo de su poderío se encuentra a mediados del siglo XIV, es decir, en la época del zar Duschán, pues a éste estaban sometidas toda la Macedonia, la Albania, la Tesalia, la Bulgaria y la Grecia. Los croatas formaron, a principios del siglo IX, dos Estados, de los cuales el dálmata confinaba al Este con el país de los servios, al Norte con una línea que aproximadamente iba desde la actual Zengg hasta la desembocadura del Unna, y al Oeste con el mar Adriático, a excepción de algunos territorios municipales. El país de los croatas panonios estaba situado al Norte del anterior, en la cuenca del Kulpa y entre las corrientes media y baja del Save y del Drave.

La historia de ambos reinos se confunde con la de los francos, bizantinos, venecianos y húngaros.

Los eslavos korutánicos, designados por los escritores contemporáneos con el nombre de windos, vivían al Norte de los croatas, en Estiria, Carintia, Carniola y ambas Austrias hasta el Tirol y la Baviera (desde las fuentes del Drave hasta Salzach, siguiendo la corriente de éste hasta su desembocadura, y luego desde el Inn hasta el Danubio, al Norte de éste desde Passau hasta Viena) y a fines del siglo VIII de tal manera fueron sojuzgados por los francos, que desde entonces no volvieron a gozar de independencia. El nombre genérico de eslavos, derivado de esas tribus por aquel mismo tiempo, significó también siervos, esclavos, designación que desde Alemania fué aceptada por los pueblos romanos, que hicieron de ella las expresiones *sclave*, *sclavus*, Σκλάβος, *slave*, *slaef, esclave, esclavo, schiavo*.

Los búlgaros, «resto del ejército de los hunos que se componía de diversos pueblos» (1), llevan el nombre de un pueblo turco, denominación con la cual Schafarik designa a todos los eslavos que antiguamente se habían extendido por la Moldavia y la Valaquia, por Transilvania y el Sur de Hungría, por la orilla izquierda del Danubio, desde el Pruth hasta la desembocadura del Drave, por la derecha desde las bocas del Danubio, el Sur de Tracia, Macedonia, Albania, Tesalia y Grecia hasta el Peloponeso y las vecinas islas.

Que los búlgaros del Danubio son de origen turco ha sido recientemente demostrado, desde que en la lista de príncipes búlgaros de Popoff se ha conseguido aclarar los datos de la época de sus gobiernos que habían sido consignados en idioma extranjero. W. Radloff, en las Memorias de la Academia imperial de Ciencias, ha estudiado filológicamente aquellos números y ha fijado con toda seguridad su origen turco. A Kunik corresponde el mérito de haber estimulado y facilitado el descubrimiento (2).

---

(1) Kunik en la obra: *Caspia*, de Dorn, página 238.

(2) Véase la obra; *Caspia*, de Dorn, pág. 238, y la *Al-Bekri*, de Kunik, pág. 118. En esta última

Las comarcas de la península de los Balcanes colonizadas por los eslavos desde fines del siglo V hasta mediados del VII, que reconocieron la supremacía de los emperadores bizantinos, fueron sojuzgadas por los búlgaros, originariamente establecidos a orillas del Don y del Volga. Estos turcos, sin embargo, se convirtieron en el transcurso de dos siglos en eslavos y, lo propio que había acontecido en Rusia, tomaron el idioma y hasta cierto punto la nacionalidad de los vencidos, dando en cambio a éstos su nombre. Este movimiento terminó allá por el año 860.

El bulgarismo desapareció por completo desde el punto y hora en que ambas naciones abrazaron el cristianismo y se unieron formando un todo homogéneo. Desde el siglo VIII, el nombre de Bulgaria ha sido el más comúnmente usado, a pesar de haberle precedido el de Esclavonia, que luego fué abandonado. La historia de los eslavos búlgaros, que en la época de la invasión de los búlgaros constituían siete tribus y que habían llegado a aquellos territorios meridionales procedentes de sus primitivas residencias del Noroeste, no entra a formar parte de nuestro trabajo.

Como último grupo de pueblos eslavos quedan, pues, los eslavos rusos, que deben ser estudiados más detenidamente.

CAPITULO IV

ANTIGUA RESIDENCIA Y TRIBUS DE LOS ESLAVOS RUSOS

De las grandes llanuras que se extienden en dirección al Oeste delante del Ural, los eslavos rusos ocuparon la parte occidental, sin comunicarse directamente con el mar. Hacia el Norte y hacia el Sur, a los 60 y 50° respectivamente de latitud Norte, los límites que formaban al Sur constituían un triángulo cuyo vértice inferior descansaba en los Carpacios en el punto correspondiente a Aluta (47° de latitud Norte), mientras que la frontera oriental se extendía desde la desembocadura del Wolkoff en el lago Ladoga, junto a Oka, un poco más abajo de la actual Rjäsan, hasta la desembocadura del Ugol en el Dniéper (49° de latitud Norte).

Hacia el Oeste, las fronteras venían escalonadas, a lo largo del Peipus gradualmente hacia el Sur hasta los 55° de latitud aproximadamente; luego se dirigían al Oeste hasta la última curva del Niemen, descendían por el Bug hasta Brest Litowsk y terminaban en la eminencia occidental, tocando desde Ferro

Una *mujer de piedra* (estatuas colosales que suelen coronar túmulos). — El ejemplar que representa el grabado se encuentra en el jardín público de la ciudad de Novocherskask.

y a los 40° de longitud Este en los Carpacios. De propósito renunciamos a fijar más exactamente estos límites, como hace Schafarik (I, I, II, pág. 52), y para más pormenores nos remitimos a su obra; en cambio es preciso estudiar más detenidamente las condiciones geográficas de este país. Dada su extensión (150 millas de largo y una anchura que varía entre 50 millas al Norte y 140 al Sur), las diferencias climatológicas no son suficientes para originar distinciones nacionales marcadas.

El detalle más importante es la pre-

---

obra vienen impresas, juntamente con los comentarios de Kuuik, la lista de los príncipes búlgaros y la aclaración de los números hecha por Radloff.

ponderancia del bosque en las comarcas septentrionales, mientras que al Sudoeste hasta los 50° y al Sudeste hasta los 55° se extiende la tierra negra con sus abundantes cereales hasta confinar, más hacia el Sur, con las estepas (1). Las tribus eslavas, que habitaban el país cerrado por las fronteras descritas, se apoderaron, pues, de un territorio dentro del cual no había un solo río completo. En todas direcciones había vías fluviales, cuya alta y media corriente bañaba aquellos territorios, pero cuya desembocadura estaba fuera de ellos y era poseída por tribus extranjeras.

En el Sur, en el Este, en el Norte y en el Nordeste lograron con el tiempo ocupar estas desembocaduras, pero al Oeste los alemanes supieron conservar, tras largos siglos de lucha, las costas marítimas. La lucha para conquistar aquellas corrientes constituye la historia rusa en sus manifestaciones exteriores: la unión de las tribus eslavas del país hasta formar un solo todo y la eslavización de los territorios conquistados nos muestran la senda del desarrollo interior.

De gran importancia para el desenvolvimiento de los eslavos rusos fué el hecho de que los obstáculos naturales que se interponían entre los diversos ríos eran relativamente más pequeños que en la actualidad. La abundancia de bosques era causa de que se aumentara proporcionalmente el caudal de agua de los ríos, de suerte que éstos eran navegables en una extensión mayor que hoy; además una porción de afluentes que hoy en parte se han convertido en pantanos y en parte han perdido su caudal, ofrecían cómoda navegación a las embarcaciones de poco calado de aquel tiempo. Así, por ejemplo, como afluentes del Desna se contaban el Snow (2) y el Woster, habiéndose encontrado cerca de sus respectivas fuentes los restos de grandes embarcaciones.

Todavía en el siglo XIII podía navegarse por el Dniéster en ambas direcciones, de arriba abajo y de abajo arriba, y de las nueve cascadas que hoy se cuentan en este río, Constantino Porfirogénito sólo nos menciona siete, dejando de citar las de Surski y Lochanski, omisión que no puede achacarse a casualidad, sino que se explica por la mayor altura en que se encontraban las aguas del Dniéper durante el siglo X. Las líneas de separación de las aguas constituían las fronteras naturales que mantenían entre sí separadas a las distintas poblaciones eslavas: aquellas alturas cubiertas de bosques vírgenes recibían el nombre de Wolok. Las embarcaciones eran conducidas en carros desde una a otra corriente. Por lo demás, la palabra *wolok* fué después el término técnico con que se designó la lengua de tierra que separaba el territorio de los afluentes septentrionales del Volga (Mologa, Scheksna, Kostroma, Unscha y Kama) de las cuencas del Ladoga y del Onega y del mar Blanco.

Lo que se encontraba al otro lado de este límite se llamaba y se llama todavía Sawolotsche, es decir, la comarca de allende el *wolok*. El Volga, el Dniéper, el Duna, el Don y los afluentes del lago Ilmen, encerrados dentro de los límites antes descritos, envolvían a las tribus rusas en la época en que nos las describe la crónica rusa más antigua, la del llamado Nestor. La crónica, coleccionada a principios del siglo XII probablemente por Silvestre, abad del convento de San Miguel, en Widubez (Kieff), contiene indudablemente otras partes esenciales; pero por lo que se refiere a la distribución geográfica de las diversas tribus presenta la misma descripción que en 1110 hacían los contemporáneos. Según ella, los eslavos rusos se dividían en los siguientes grupos:

Los eslovenos del Wolkoff y del lago Ilmen ocupaban los territorios situados más al Norte; después de ellos, y al Sur, estableciéronse los kriwitsches en las fuentes del Dniéper, del Duna y del Volga, y—como ramificación de esta tribu, que contaba con mayor población que las demás — los polotschanos se fijaron en la orilla derecha del Duna, junto a la desembocadura del Polota en el mismo río. Entre el Dniéper, el Duna y el Pripet estaban los driagowitsches; a ambas orillas del Sosch los radimitsches, junto a los cuales encontramos a los seweryanes, en el Dniéper desde el Dena hasta el Sula, y los polyanes, con su capital Kieff, cuya fundación remota se confunde con los tiempos mitológicos, en el medio Dniéper.

Los drewlyanes habitaban la cuenca del Pripet; al Oeste de éstos, junto al Bug, los bushanes; entre el Bug y el Styr los dulebes, y por último, al pie de los

(1) Véase Yljin: *Atlas estadístico del Imperio ruso*, San Petersburgo, 1874.

(2) El Snow forma actualmente el pantano de Samglai. Véase Barsow: *Rasgos fundamentales de la geografía histórica rusa* (en ruso); San Petersburgo, 1873.

Carpacios, los croatas, y casi en el territorio de las estepas, junto al Dniéster y al Prut, los ulitiches y los tiwerzes. Las extremas avanzadas de Nordeste junto al Oka eran los territorios de los wyatitsches, los cuales, según la crónica, descienden de los leques, es decir, de una rama eslavo-occidental. En la época en que se coleccionó la crónica rusa más antigua, es decir, a principios del siglo XII, ción poco favorable que las antiguas fuentes bizantinas nos hacen, por ejemplo, respecto de las habitaciones de los eslavos.

Lo de las sucias cabañas de zarzos y arcilla, diseminadas a mucha distancia unas de otras, de que nos hablan las referidas fuentes, está desmentido por las denominaciones más antiguas de la casa y de las partes de ésta. Síguese de aquí

Túmulo cerca de Alexandropol, en el distrito de Iekaterinoslaff.—(Perímetro, 150 pies; altura, 10 brazas; diámetro de la planicie de la cúspide, 6 brazas)

existían todavía grandes diferencias en las culturas de estas distintas tribus.

«Los polyanes, dice la antigua crónica, tenían las costumbres de sus antepasados; eran callados y de carácter manso y profesaban gran respeto a sus padres y parientes: conocían también el matrimonio y sus ceremonias. Los drewlyanes vivían como animales: los unos mataban a los otros y comían toda clase de inmundicias: entre ellos no existía el matrimonio, sino que robaban a las jóvenes que habían de ser sus mujeres.»

De la misma manera describe la crónica a los radimitsches, wyatitsches y seweryanes, deduciéndose de ella que realmente existía gran contraste entre las poblaciones de la región selvática del Norte y los habitantes de los templados y fértiles territorios del Sur. Pero si aceptamos que los eslavos del Este y del Norte tenían casi el mismo desarrollo que los del Oeste, lo que hemos aprendido del estado de cultura de los eslavos puede indudablemente aplicarse a ellos; de suerte que debe rectificarse la descripuna modificación esencial, a saber: que la organización en familias, que tan ruda conmoción había experimentado en el Danubio, comenzó a adoptar paulatinamente la constitución municipal, de tal suerte que sólo en algunas tribus encontramos, en la época warágica, las huellas de la constitución familiar, siendo una de ellas la de los polyanes, de los cuales dice la crónica; «Vivían para sí y gobernaban sobre su raza y cada uno de ellos vivía con su familia en una aldea.» Lo propio puede decirse de los drewlyanes y quizás también de los nowgorodes.

En estas tribus encontramos también príncipes indígenas (knjasja), que eran los más ancianos de las familias de la tribu y que no supieron asegurarse una importancia duradera. En cambio, es positivo que en el siglo IX había entre los eslavos rusos propietarios particulares que por su posición más favorecida sobresalían entre la masa de sus compañeros de municipio, y de los cuales nacieron posteriormente los soyares rura-

les (1). En conjunto, la aldea-municipio constituía el núcleo de toda la organización política y administrativa de las tribus eslavas de Oriente: era aquélla una sociedad jurídica y económica especial y completamente aislada: el municipio, propietario del suelo, lo repartía entre sus miembros, es decir, entre los jefes de las familias de que se componía, y la asamblea de estos jefes era la corporación que juzgaba y resolvía todas las cuestiones que al común se referían.

De esta manera podemos entender las relaciones bizantinas que, al parecer, se contradicen mutuamente y que refieren que los eslavos carecían de gobierno y no obedecían a un solo hombre, mientras por otra parte hablan de un gobierno popular procedente de la antigüedad, y dicen «que discutían en común todos los asuntos y tenían a su frente muchos pequeños príncipes.»

En la naturaleza misma de las cosas está que una Constitución que hubiera de satisfacer las necesidades de un municipio había de adquirir otro carácter en cuanto la colonización fuera en aumento y tomara ya caracteres de ciudad. Las primeras ciudades se nos presentan en el Nordeste y en el Sudoeste de Rusia. A fines del siglo IX gozaba ya Kieff fama de grande y populosa ciudad; además de ella nos habla Constantino Porfirogénito de Nowgorod, Smolensko, Ljubetsch, Chernigoff, Wyschegrad y Wititscheff. En tiempo de Igor pueden contarse ya más de veinte ciudades rusas. La cuestión del origen de las ciudades rusas ha hecho nacer una vasta literatura y ha promovido en los modernos tiempos una animada contienda (2).

La dificultad principal estriba en la explicación del llamado geógrafo bávaro, explicación que desde Karamsín y Schafarik han intentado muchos aclarar sin haber podido dar con una solución satisfactoria. El «geógrafo bávaro,» escritor del siglo IX o X, al hacer la descripción de los eslavos del Norte cuenta más de veinte pueblos distintos con más de 3.760 ciudades, a las cuales da unas veces el nombre de *civitates* y otras el de *urbes*, sin que sea posible establecer una distinción real entre ambas denominaciones; de suerte que no queda más recurso que entender por una y otra palabra lugares de residencia de autoridades.

Hoy la cuestión de aquellas antiguas ciudades rusas se ha resuelto de la manera siguiente: bajo el nombre de *grad*, antigua forma del moderno *gorod* (ciudad), se entendía antiguamente todo espacio cercado, ya por medio de empalizadas, ya por un muro de tierra. Existía, pues, una distinción entre ciudades de tierra y ciudades de madera. Estos cercados fueron debidos a la necesidad de encontrar en tiempo de guerra una defensa, siendo de notar que cada municipio en los puntos fortificados tenía una «ciudad;» únicamente en los territorios que ofrecían con sus bosques y pantanos inaccesibles natural defensa, la necesidad era menor, y por esto las selváticas y pantanosas comarcas del Norte necesitaban y tenían menos ciudades que las comarcas completamente abiertas del Sur.

Muchos restos de montones de tierra nos permiten estudiar la extensión y la situación de las antiguas residencias eslavas: estos montículos son conocidos con el nombre de *gorodischtsche* (3), y en un principio fueron tenidos por lugares de sacrificio. Unas veces presentan una forma circular, otras se ofrecen como un doble baluarte angular con distintos montones y obras avanzadas; algunos son perfectamente regulares y carecen de toda abertura, otros son en un punto más altos que en otro y tienen varias aberturas: todos son de poca extensión (ciento ochenta a trescientos pasos de circunferencia y nunca más de ochenta de diámetro); raras veces se han encontrado *gorodischtsches* de mayores ni de menores dimensiones.

Unas veces se encuentran en puntos apartados, otras en espacios abiertos, junto a los ríos; ora los vemos en las faldas de las cordilleras, ora en medio de los pantanos y de los espesos bosques. Si se cava el terreno, se nos presenta la superficie cubierta de escombros y estiércol, y en esta capa, lo propio que debajo de ella, se encuentran vasijas, cenizas, carbones, huesos de animales y toda clase de utensilios domésticos, tales como llaves, cerrojos y clavos, y entre ellos también algunos objetos de adorno. El

(1) Véase Polewoi: *Bosquejos de la Historia de Rusia* (en ruso), pág. 116.

(2) Véase Samokwassoff: *Las antiguas ciudades de Rusia* (en ruso), San Petersburgo, 1873, y Leontowitsch, en la crítica que de esta obra hizo en el *Diario de los documentos de Estado* (en ruso), tomo II, 1875. Además véase Polewoi, pág. 119.

(3) Los dibujos se encuentran en los *Trabajos del primer Congreso arqueológico de Moscou* (en ruso), tomo II, y en Polewoi, pág. 121.

emplazamiento de estos *gorodischtsches* no parece obedecer a ningún plan fijo, sino que se levantaron probablemente a medida que lo exigían las necesidades.

Distintas de estos baluartes de tierra eran las ciudades de madera, que fundadas en su origen para un objeto mercantil, no fueron cerradas y cercadas hasta después de pasado algún tiempo, de manera que también pudiesen servir de defensa. Levantadas en mejores sitios, junto a las vías mercantiles, fueron atrayendo a las poblaciones rurales, que encontraban en ellas puntos de venta y de defensa y que por necesidad hubieron de depender en cierto modo de ellas. La extensa esfera de relaciones que de este modo se formó exigía una organización de la vida social y política, a la cual sirvieron de fundamento las formas introducidas en los municipios rurales, que fueron con el tiempo insuficientes para las ciudades.

Los asuntos que se referían al interés común de la ciudad eran resueltos por el Wetsche, que tenía mucha semejanza con la asamblea que formaban los miembros de los municipios rurales. La necesidad, sin embargo, de un poder que junto con el Wetsche resolviera las cuestiones, se dejó sentir en estas ciudades más imperiosamente que en ninguna otra parte y favoreció el desarrollo del poderío, en su origen muy limitado, del Knyäs, o príncipes. Estos eran nombrados por elección y su dignidad ni era vitalicia ni hereditaria. El Knyäs no tenía un séquito de guerra permanente: la consideración de que gozaba era puramente personal, y por esto no entraremos en la cuestión de detalles. Con seguridad puede afirmarse que no tenía el poder legislativo, sino que estaba en manos del Wetsche.

Acerca de la organización política de aquel antiguo período de la historia de Rusia poseemos muy escasas noticias. Por esto nos causa mayor impresión lo que falta que lo que en ella se encuentra. Lo que más sorprende es la falta de una organización militar. En los momentos de peligro empuñaba las armas para defenderse el que podía y quería; los demás huían a las plazas seguras que poseían la tribu o los compañeros de municipio. Tampoco puede probarse la existencia de una división por clases entre los eslavos que vivían en los países de la Rusia actual, y todo cuanto acerca de ella se diga, no se apoya sino en meras suposiciones.

Lo único que con cierta seguridad se sabe es que ya con anterioridad al siglo IX un animado comercio recorría en Rusia el camino que desde el golfo de Finlandia llevaba a Grecia, pasando por el lago de Ilmen, el Duna, el Dniéper y el mar Negro.

En este tantas veces mencionado camino que iba desde el país de los warages hasta Grecia estaban situadas las antiguas ciudades de madera, y por él llegaban, no sin tener que salvar muchos peligros, los productos y géneros del Sur para ser cambiados por las telas crudas del Norte. Como en aquella época no podía hacerse el comercio sin arrostrar ciertos peligros, el comerciante era al propio tiempo guerrero, y en aquellas relaciones mercantiles, en las cuales por medios guerreros se hacía un tráfico pacífico, hemos de buscar seguramente los más importantes gérmenes de la civilización de la antigua Rusia.

¿Quién descubrió aquel camino? A nuestro modo de ver, no hay fundamentos bastantes para negar el honor de este descubrimiento a los eslavos, por más que sea indudable que ya antes de mediados del siglo IX algunos normandos llegaron por él hasta Constantinopla. Las embarcaciones piratas y mercantes que, al decir de fidedignos testimonios rusos, recorrieron durante el siglo X y aun antes el mar de Azof y el mar Caspio y bordearon el Cáucaso y las costas de Persia, no pertenecían a los eslavos, sino a los escandinavos.

Nos detendremos un momento para estudiar las ideas religiosas de los eslavos rusos. Por regla general, los encontramos a un nivel muy bajo de desarrollo religioso. Todos los demás pueblos arios, inclusos los eslavos occidentales, son superiores a ellos desde este punto de vista. Entre ellos no hallamos ni la clase sacerdotal, ni imágenes, ni siquiera tipos sensibles de dioses. El progreso que en esta esfera hicieron los eslavos en la época en que se dividieron en pueblos y en tribus es de escasísima importancia.

Los viajeros árabes casi todos convienen en que los eslavos de Rusia adoraban el sol: los escritores bizantinos y las noticias anteriores al siglo IX refieren que entre ellos existía la creencia en un Ser Supremo que regía los destinos del mundo. Hasta cierto punto puede asegurarse que este dios se llamaba Swarog y era una personificación de la ley y del cielo, y que sus hijos eran el sol y el fuego. Si fuera posible unir los dos grupos,

diríase que el culto al sol de los árabes era la adoración de Swarog (1).

También Perun, el dios del trueno, y Weles, el dios de los rebaños, mencionados por la antigua crónica, deberían ser puestos en relación con el sol (2); mas para esto se ofrece una gran dificultad, porque es muy probable que Perun y Weles no fuesen dioses de los eslavos, sino de los warages, los cuales los habrían en tal caso impuesto a sus súbditos. No encontramos, pues, una mitología rusa propia.

El agua fué sagrada y se consideraba que, de la misma manera que los bosques, estaba poblada de seres, a los cuales se ofrecían sacrificios porque se les creía en relaciones con los hombres. El agua, el fuego y la tierra estaban íntimamente enlazados con la idea de la muerte. Los russalki, sombras de los muertos, flotaban por encima de las aguas, y los cadáveres eran echados al fuego para facilitarles por este medio el ingreso en el reino de la muerte. Acerca de los usos seguidos en los entierros, poseemos detalladas noticias que nos permiten entrar respecto de este punto en algunos pormenores.

La cremación de los cadáveres no era el único sistema de enterramiento, pero sí el más usado. Formábase para ello una alta hoguera y se quemaba en ella el cadáver; recogíanse los restos de los huesos y las cenizas en una vasija de barro y se levantaba sobre ella un túmulo de tierra: algunas veces la vasija era colocada sobre una columna en mitad del camino. Con el difunto eran también quemados los esclavos, una mujer y los animales domésticos que había poseído. A la cremación precedía un banquete y algunas veces también luchas y otros juegos en honor del difunto. Estas antiguas noticias de las fuentes a que hemos acudido han sido confirmadas y completadas por sucesivas excavaciones.

Había dos clases de cremación: o se quemaba el cadáver junto al sitio en que se había levantado el túmulo y luego se colocaba la vasija con los huesos y cenizas sobre él, echando encima una capa de tierra de dos o tres pies de espesor, de suerte que la colina podía alcanzar una altura de siete pies, o se levantaba la hoguera sobre un montón de tierra redondo en su base; sobre ella se colocaba el cadáver vestido y adornado, las armas, los utensilios domésticos y de juego, el arnés, algunas monedas, pan y los animales degollados junto a la pira, y se pegaba fuego al montón. Sobre las cenizas se echaba una capa de tierra de dos a diez pies de altura y en el centro de la superficie superior se colocaba la vasija con los huesos de los animales sacrificados: después se echaba una nueva capa de tierra, de manera que la colina podía llegar a tener una altura de 22 pies (3).

Ibn Fadhlán, escritor árabe cuyas observaciones datan del año 921 al 922, nos ha dejado una descripción de uno de estos entierros. Su narración sólo presenta una dificultad y es la de que de ella no podemos deducir la nacionalidad del difunto. Dice que éste era un ruso, pero aun cuando bajo este nombre pudiera entenderse un escandinavo, hemos de suponer que el entierro se verificó por el procedimiento eslavo (4).

Dice el citado autor: «Se me decía que ellos (los rusos) hacían con sus jefes cosas de las cuales la cremación es lo de menos. Deseaba verlo de cerca, cuando se me notificó la muerte de uno de sus magnates: colocáronle en su tumba y le encerraron por espacio de diez días hasta que sus vestiduras estuvieron cortadas y cosidas. Cuando se trata de un pobre, le ponen en una pequeña canoa y le pegan fuego. En cambio, cuando muere un rico, reúnese toda su hacienda y de ella se hacen tres partes: una se entrega a la familia, otra se destina a vestidos

(1) Véase Polewoi, pág. 128, y Bestuscheff Rjumin: *Historia de Rusia*, traducida al alemán por T. Schiemann, Mitau, 1874, cap. II.

(2) Véase sobre esto y sobre las demás formas de la divinidad tomadas de los persas o de los fineses la obra de Stasoff: *Observaciones acerca de los rusos hechas por Ibn Fadhlan*, pág. 287 (en ruso).

(3) Véase Samokrassoff: *Historia del derecho ruso* (en ruso), tomo I, pág. 198; Varsovia, 1878.

(4) Stasoff (*Observaciones sobre los rusos por Ibn Fadhlan, en el Diario del ministerio de Instrucción pública*, tomo CCXVI, cuaderno II, páginas 281-315) quiere demostrar que los rusos descritos por Ibn Fadhlan no eran escandinavos ni eslavos, sino un pueblo mezcla de finés y de turco. En contra de esto se levanta hoy Golubowski en *Las noticias de Ibn Fadhlan sobre los rusos, en las comunicaciones (iswestija) de la universidad de Kieff*, 1882, cuaderno 6, y sus razones son tales que bien puede considerarse como salvada la memoria de Ibn Fadhlan. Ouwaroff en su excelente obra *Los merios* dice: «Debemos añadir que bajo la denominación de rusos o de mercaderes rusos los autores árabes entendían probablemente todos los individuos, sin distinción entre su verdadera nacionalidad, que les visitaban procedentes de las comarcas del Nordeste, habitadas por los eslavos o por pueblos de otra raza.»

para el muerto, y la tercera sirve para comprar la bebida espirituosa que deberá consumirse el día en que la mujer se entregará a la muerte y será quemada con su señor. Los rusos se entregaban al placer de la bebida de una manera escandalosa, bebiendo día y noche, dándose con frecuencia el caso de morir uno de ellos con el vaso en la mano. Cuando fallece uno de sus jefes, su familia pregunta a sus mujeres y niños: «¿Cuál de »vosotros quiere morir con él?» Una de ellas o uno de ellos contesta «yo,» y apenas pronunciada esta palabra, se les ata y ya no les es permitido retractarse, pues aunque quisieran no se les consentiría volverse atrás. Las más de las veces son las mujeres las que a ello se prestan. Cuando murió el personaje de que he hablado, preguntóse a sus mujeres: «¿Cuál de vosotras quiere morir con él?» Una de ellas contestó «yo.» Entonces fué confiada a otras dos que debían vigilarla continuamente y acompañarla adondequiera que fuese, lavándole de cuando en cuando los pies. La gente comenzó entonces a ocuparse en las cosas del difunto, en cortar sus vestidos, y en hacer todos los preparativos necesarios. La muchacha, en tanto, bebía continuamente y estaba alegre y de buen humor.

»Cuando llegó el día en que el cadáver y la joven debían ser quemados, me dirigí al río, en donde estaba su canoa: ésta se encontraba ya en tierra: cuatro grandes troncos angulares de calendsch (1) y de otros árboles estaban convenientemente dispuestos para ella, y alrededor había grandes figuras de madera. Entonces cogieron la canoa y la colocaron sobre la pira. La gente iba de un lado a otro pronunciando palabras que yo no entendía. El cadáver se encontraba a bastante distancia encerrado en su tumba, de la cual no había sido todavía sacado. Luego trajeron un banco, lo metieron en la canoa y lo cubrieron con paños pespunteados y acolchados, con telas de oro griegas y con almohadones de la misma tela. Después llegó una vieja, llamada el ángel de la muerte, y colocó en el banco los objetos indicados; ella era la que cuidaba de coser los vestidos, de hacer todos los preparativos y de dar muerte a la joven. Yo la vi: era un demonio de mirada sombría y cruel.

(1) Según Frähn, probablemente el abedul; *Relaciones de Ibn Foszlan y de otros árabes acerca de los rusos de la antigüedad.* San Petersburgo, año 1823.

»Al llegar todos a la tumba, separaron la tierra de la madera, apartaron ésta y sacaron el cadáver con las mismas vestiduras que llevaba al morir. Entonces vi que a causa del frío de la tierra aquel cuerpo se había vuelto negro. Con él habían sido encerradas en la tumba una bebida espirituosa, algunas frutas y un laúd que fueron sacados con el cadáver: a excepción del color, el difunto en nada había variado. Entonces le pusieron unos calzoncillos, unos pantalones, unas botas, una túnica (kurbak) y un caftán de brocatel de oro con botones dorados, y le colocaron en la cabeza un gorro también de brocatel de oro con pieles. Luego le condujeron a la tienda levantada en la canoa, le envolvieron con el cobertor acolchado, le apoyaron en el almohadón, y colocaron junto a él bebida, las frutas y la albahaca: también le fueron presentados pan, carne y cebollas: después tomaron un perro y cortándolo en dos pedazos lo arrojaron a la canoa: luego pusieron junto al cadáver sus armas, trajeron dos caballos, que hicieron galopar hasta que el sudor cubrió sus cuerpos, y con sus espadas les cortaron las carnes y las arrojaron también a la canoa. Asimismo fueron degollados y tirados a la canoa dos bueyes, lo propio que un gallo y una gallina. La muchacha destinada a morir iba en tanto de un lado para otro y penetraba en una de las tiendas que por allí había. El que la habitaba le decía: «Di a »tu señor que sólo por amor a él hago »esto.»

»Cuando llegó la tarde, la muchacha fué conducida a un cadalso que habían levantado y que tenía una especie de balcón saliente; apoyó los pies en las palmas de las manos de los hombres, subió, se asomó a aquel balcón y habló algunas palabras en su lengua: luego la bajaron y la volvieron a subir como la vez primera; bajó y subió de nuevo por tercera vez, repitiendo la misma operación que en las dos veces anteriores. Después hicieron llegar a sus manos una gallina, a la cual cortó la cabeza, arrojándola luego y siendo recogida por los de abajo, que la pusieron en la canoa. Pregunté entonces al intérprete qué era lo que había hecho aquella muchacha y me contestó: la primera vez ha dicho: «Mira, aquí veo a mi padre y a mi ma»dre;» la segunda: «Mira, ahora veo a »todos mis antepasados muertos,» y la tercera: «Mira, allí está mi señor; está »sentado en el Paraíso. El Paraíso es tan

»hermoso, tan verde. Con él están hom-»bres y niños; me llama, por esto me voy »con él.» Después de esto la llevaron a la canoa, arrancándose ella misma los brazaletes y entregándose a la mujer que se llama ángel de la muerte y que debía matarla: quitóse luego los aros que rodeaban sus piernas y los entregó a las dos muchachas que la habían servido y que se denominaban hijas de la muerte. En seguida fué subida a la canoa, pero no entró en la tienda. Presentáronse entonces algunos hombres con escudos y bastones y le dieron un vaso de bebida espirituosa que ella tomó y apuró después de haber cantado.

»Mi intérprete me dijo que con esto se despedía de sus amores. Acto continuo le dieron otro vaso: ella lo tomó y entonó una larga canción. La vieja le dijo que se apresurara a beber y a entrar en la tienda en que yacía su señor. La muchacha, sin embargo, estaba espantada y vacilaba; penetró en la tienda, pero sacaba la cabeza entre ésta y la canoa. Acto continuo la vieja la cogió por la cabeza, obligándola a entrar en la tienda, donde también penetró ella. Entonces los hombres comenzaron a golpear con los bastones los escudos, para impedir que se oyeran los gritos, que podían espantar a las otras muchachas y hacer que éstas en cualquier otra ocasión no quisieran ofrecerse a morir con su señor. Después penetraron seis hombres en la tienda y juntos y separados cohabitaron con la muchacha, tendiéndola luego junto a su señor: dos de ellos la cogieron por los pies y otros dos por las manos, y la vieja, llamada el ángel de la muerte, le ató al cuello una cuerda, que cogieron dos de aquellos hombres para arrastrarla, tomó un cuchillo de ancha hoja y lo sepultó entre las costillas de aquella muchacha, saliendo, después de hecha esta operación, de la tienda. Los dos hombres la estrangularon con la cuerda hasta que quedó completamente muerta. Entonces el pariente más próximo del muerto se presentó completamente desnudo, tomó un pedazo de madera, le prendió fuego y se adelantó hacia la canoa con la tea en una mano y con la otra mano en las nalgas, hasta que ardió la leña hacinada debajo de la canoa.

»Los demás asistentes acudieron entonces con teas y otras maderas; cada uno llevaba un pedazo que ardía en su parte superior y lo arrojó a aquella hoguera. Las llamas se apoderaron en seguida de ésta y después de la canoa y de la tienda y del hombre, de la muchacha y de lo demás que dentro de ésta había. Entonces se levantó una violenta tempestad que avivó la llama y atizó el fuego. A mi lado se encontraba uno de los rusos, a quien oí hablar con mi intérprete, que junto a él se encontraba. Pregunté al último qué era lo que le había dicho el ruso y me contestó: «Vosotros los ára-»bes, me decía, sois un mal pueblo, pues »tomáis al ser más querido y respetado »de todos los seres y lo sepultáis en la »tierra, en donde es comido por los repti-»les y los gusanos. Nosotros, en cambio, »lo quemamos en un instante, de suerte »que directa y rápidamente se va al Pa-»raíso;» y luego añadió con estrepitosa risa: «El amor que su Señor le profesa »hace que sople el viento y que sus res-»tos desaparezcan en un momento.» En efecto, no había pasado una hora y la canoa, la hoguera, la muchacha y el difunto, todo había quedado reducido a cenizas. Junto al río, en el sitio en donde había estado la canoa, levantaron una especie de colina circular en cuyo centro colocaron un gran tronco de haya, en el cual grabaron el nombre del muerto y el del rey de los rusos. Luego todos se retiraron.»

Además de la cremación existía, como lo han demostrado las excavaciones, la antigua forma de enterramientos que con la adopción del cristianismo era la que debía prevalecer. Intimamente enlazados con las ideas religiosas estaban probablemente los ricos tesoros rituales de la poesía popular, de las maldiciones, de los conjuros, de los hechizos y de todas aquellas canciones que han conservado hasta hoy su importancia.

Por último, las dotes musicales de aquellos eslavos del Este, que lo mismo llevaban instrumentos de percusión que de viento, se hallan atestiguadas directamente por los árabes. También hay indicios de que, por lo menos en la Rusia meridional, se usaron desde muy antiguo los signos de la escritura. Acerca de la figura y del traje de los eslavos, los árabes nos proporcionan buenas noticias, pintándoles como un pueblo fuerte, de elevada estatura, cabellos rubios y barba roja.

Eran muy solicitados como esclavos y se nos refieren casos en que algunos libertos eslavos alcanzaron cerca de los califas elevadas posiciones. El traje de los hombres consistía o en una media túnica corta o en una capa gruesa, echada de tal manera sobre el hombro iz-

quierdo, que el brazo derecho quedara libre para el manejo de las armas. La cabeza estaba cubierta por un gorro; alrededor del cuello llevaban adornos de oro y plata y en una oreja un aro.

El adorno de las mujeres consistía en muchas cadenas que colgaban sobre el pecho y en perlas de cristal, que constituían un productivo artículo de comercio de los árabes; las verdes eran las más estimadas. Las mujeres llevaban también un cuchillo que pendía de un anillo

Sepulcro de piedra, encontrado en Kraszeowkutsk

de metal precioso o común, según la posición que ocupaba el hombre.

De suerte que los eslavos rusos se nos presentan como un pueblo dividido en varias tribus, sedentario y dedicado a la caza, a la agricultura y al comercio. Encontrándose desde el punto de vista político en el grado de transición entre el Estado de tribus y la constitución municipal, carecía de un poder central colectivo y tenía una organización militar deficiente. Dada la hostilidad que reinaba entre las diferentes tribus y dentro de éstas entre las diversas familias, los eslavos no se encontraban en condiciones de oponer una enérgica resistencia a los invasores extranjeros. La religión carecía también de organización y de carácter nacional. La principal defensa del país consistía en su posición geográfica y en las tribus de sangre eslava que sufrían por sus compañeros del Este los ataques que desde el Occidente se les dirigían. La estepa del Sur, con sus pueblos nómadas, sólo era peligrosa a causa del bandolerismo, y su importancia era negativa, porque cortaba el camino hacia el mar Negro: las tribus finesas del Noroeste y del Norte en parte fueron acorraladas y en parte entraron con las otras en amistosa alianza. Más peligrosos eran los guerreros normandos, que llegaron procedentes de allende los mares, y el Estado civilizado de los cazares, que se habían posesionado del territorio del Volga. En la época en que comienza la historia de Rusia encontramos las tribus eslavas del Norte dependientes de los normandos y las del Este sojuzgadas por los cazares turcos. Parecía que la independencia política se iba perdiendo poco a poco cuando los eslavos fueron salvados por los que, al parecer, eran sus más terribles enemigos, por los normandos.

CAPITULO V

LOS VECINOS DE LOS ESLAVOS

Los fineses, los turcos y últimamente los lituanos fueron los que se apoderaron del territorio que estaba destinado a formar con el tiempo parte del imperio ruso. Dejando a un lado los lituanos, que entraron posteriormente en la historia de los eslavos rusos, comencemos por tratar de los otros vecinos de éstos, es decir, de los fineses y de los turcos.

Ya hemos visto que el desenvolvimiento de los eslavos desde el Dniéper hacia el Norte y Noroeste había hecho retroceder, casi sin lucha, a los colonos fineses que antiguamente habían ocupado todo el Norte de la actual Rusia y una parte importante del territorio del Volga casi hasta los límites de las estepas. A modo de cuña habían ido los eslavos

penetrando en el territorio, de manera que produjeron el aislamiento entre las diversas soberanías finesas. De una parte de éstas, los actuales estes, trataremos en otro lugar, por ser la única tribu finesa de la actual Rusia que, prescindiendo de los habitantes de la Finlandia—antiguamente pertenecientes a Suecia,—y gracias a la soberanía de la orden teutónica, no perdieron su nacionalidad y alcanzaron el grado de cultura que les permitió pasar, sin grandes dificultades, a la civilización del Occidente de Europa. De las demás tribus finesas unas entraron a formar parte de la nacionalidad rusa y otras desaparecieron sin dejar huellas permanentes de su existencia.

Entre estas tribus, hoy extinguidas, sobresalían los biarmios, que habitaban en el territorio comprendido entre el mar Blanco, el Ural y el Volga y tenían sus más apartadas factorías de un comercio importante en las desembocaduras del Dwina y del Petchora. Mucho antes del descubrimiento de la Groenlandia, cuando la Islandia comenzaba a adquirir población numerosa, llegaron a aquellas comarcas los wikingos escandinavos. Los dientes de hipopótamo y las pieles constituían, al parecer, los principales artículos de comercio del país. En tiempo del rey Alfredo el Grande, Otter fué el primero que visitó aquellos territorios, siguiendo después otros muchos sus huellas para comerciar o robar, o para ambas cosas a la vez. Desde este punto de vista, es muy gráfica la narración de los wikingos Karli y Torer-Hund, que en tiempo de Olao el Santo dirigieron sus naves hacia el país de los biarmios, se hicieron pasar por comerciantes, compraron pieles y se marcharon aparentemente con el objeto de tranquilizar a los habitantes, pero en realidad para aprestarse a una expedición de rapiña que emprendieron bajo la dirección de Torer. Este les había referido los tesoros que contenían las tumbas de los biarmios y el templo de su dios supremo, Jumala.

Por esto emprendieron la expedición, haciendo en las cortezas de los árboles señales que marcaran el camino seguido, hasta llegar al prado en que se levantaba, detrás de una alta cerca de madera, el citado templo. Los centinelas de éste se habían retirado. Torer saltó la cerca, abrió la puerta y los wikingos penetraron en el templo y abrieron las tumbas, en las que encontraron mucho oro. En el templo había una estatua de Jumala, cuyas rodillas sostenían un plato lleno de oro, del cual se apoderó Torer: Karli, a su vez, cortó la cabeza de la divinidad para apoderarse del collar de oro que la adornaba (1). El ruido que movieron atrajo a los guardas, los cuales tocaron los cuernos, y los wikingos a duras penas pudieron escapar de la persecución. Karli fué luego muerto por sus propios compañeros con ocasión del reparto del botín. Dícese que el templo de Jumala estaba en el sitio en donde hoy está situada Cholmogori.

Hasta muy entrado el siglo XIII se repitieron estas expediciones a Biarmia: la historia posterior de esta comarca forma parte de la de Nowgorod. Las demás tribus finesas, tales como las de los weses, meres, muromes, chermisos, etcétera, tienen escasa importancia histórica y ninguna de ellas supo oponer firme resistencia al empuje de los eslavos. Todas ellas vivían conforme al sistema de tribus; conocían los rudimentos de la agricultura; se dedicaban a la caza y a la pesca; estaban, desde el punto de vista religioso, al nivel del shamanismo; eran famosos y temidos como hechiceros, y sólo consiguieron cierta significación civilizada allí donde el país estaba cruzado por caminos mercantiles o allí donde por haberse confundido con la nacionalidad eslava dieron a ésta un carácter especial. Acerca de su organización militar y política carecemos de datos fidedignos. De mucha mayor importancia son los dos reinos turcos de los cazares y de los búlgaros.

Las noticias que acerca de los cazares poseemos proceden casi exclusivamente de los escritores árabes de los siglos VIII al X. Establecidos en sus orígenes entre el mar Caspio y el mar Negro, relacionados a consecuencia de sus guerras con los armenios, viéronse sojuzgados por los hunos; pero, una vez que desapareció la supremacía de éstos, se presentan como tribu más poderosa y guerrera que antes, contra la cual el imperio persa apenas pudo defenderse levantando baluartes de tierra y murallas de piedra. En el siglo VII parece haber llegado esta tribu al apogeo de su poderío.

Los cazares estuvieron íntimamente relacionados con el imperio bizantino; sus princesas ocuparon el trono imperial de Constantinopla; los búlgaros del Volga fueron por ellos sometidos y en

(1) Véase *Ant. Russes*, I, 448.

su poder cayeron una gran parte de la Crimea y la ciudad de Kieff, que era la más importante de cuantas en el Sur tenían los eslavos. Parecían, pues, destinados a ser el lazo de unión entre la Europa y el lejano Oriente; pero su poder en el Sur vióse muy pronto quebrantado. La conquista de Persia, llevada a cabo por los sucesores de Mahoma, debilitó su situación en el mar Caspio, cuya cuenca habían dominado hasta entonces por completo. Después de una lucha de setenta años quedó la supremacía por el califato, y el establecimiento de 14.000 árabes en Derbent aseguró a éstos la tranquila posesión de la costa meridional del Caspio. Los cazares se indemnizaron en cierto modo de esta pérdida extendiéndose hacia el Norte y Oeste. Las tribus eslavas de los polyanes, seweryanes, radimitsches y wyatisches reconocieron su supremacía y les pagaron tributo.

Peligrosos vecinos eran para ellos los pechenegos, que cada día avanzaban más por las estepas del Sur de Rusia y contra los cuales sólo con el auxilio de los bizantinos pudieron conservar sus posiciones. Fuera de la fortaleza fronteriza de Sarkel o Belaja Wesch, que fué construída para resistir los ataques de aquellos nómadas, las ciudades más importantes de los cazares eran Semender e Itil: ambas estaban situadas cerca del mar Caspio, la primera entre Derbent y el Volga y la segunda en el sitio en que hoy se alza Astraján. Estas dos ciudades distaban entre sí unas ocho jornadas de caravana y estaban íntimamente unidas por sus intereses mercantiles. Cinco distintas vías comerciales conducían a Itil. Por tierra, los países de allende el Cáucaso se comunicaban con Semender, mientras las diversas ciudades comerciales del mar Caspio enviaban por mar sus productos a Itil.

Las expediciones de caravanas procedentes de Kwarizm, Bukhara y Nawaranasr mantenían el tráfico con la India, mientras desde el Norte y el Oeste unas vías, desde el Volga, cruzaban la Bulgaria y la Rusia de Kieff y otras arrancaban de las costas del mar Negro para terminar en Itil después de cruzar el Don, de pasar por Sarkel y de descender por el Volga. La vida que allí se observaba era muy especial. La población seminómada vivía en parte todavía en aquellas chozas que aún hoy encontramos en Kirguizia; únicamente los ricos poseían casas de arcilla y sólo el shahkan o jefe superior tenía altos edificios de ladrillos. Junto al shah-kan encontramos al beg, su gobernador, y las relaciones que entre uno y otro existían han sido perfectamente comparadas con las que hasta hace pocos años mediaban en el Japón entre el ziogun y el micado.

El shah-kan era el jefe supremo de la religión; el beg tenía a su cargo la defensa y dirección militares del país. Bajo dos conceptos tuvieron los cazares una posición verdaderamente excepcional: por una parte fueron el único pueblo del cual sepamos que abrazó la fe judía (durante el reinado del zar Bulan, en el siglo VIII), y las cartas del rabino Chasdai Ibn-Schafrut al shah-kan cazar José, hijo de Aarón, y las contestaciones de éste son una de las fuentes más importantes para la historia moral de este notable pueblo (1). Además, a los cazares corresponde la gloria de haber sido el primer pueblo europeo de la Edad media que tuvo un ejército permanente, compuesto de los larssiei, mercenarios, y contingentes mahometanos pagados por la parte acomodada de la población, cuyo número se elevaba a 12.000 hombres. La importancia que alcanzaron los cazares fué debida, además de las excelentes condiciones geográficas del territorio que poseían, a la temprana organización de formas políticas fijas.

En el recodo que forma el Volga, al Norte del país de los cazares, habitaban los búlgaros del Volga o búlgaros de plata, muy afines de los actuales chuwacos. Los búlgaros del Volga eran un pueblo comercial fuerte: de origen turco, que consideraron como objetivo de sus expediciones las caravanas del interior del Asia, de Chiwa y Bukhara, y cuyos productos eran enviados al Norte, es decir, a Biarmia. El viaje en caravana desde Itil al país de los búlgaros duraba un mes, y hecho en embarcaciones por el Volga, dos meses.

Los búlgaros aventajaban a los cazares en espíritu emprendedor, y las descripciones que de ellos nos hacen los escritores árabes demuestran que también estaban por encima de los pueblos del Norte de Europa en punto a elementos de civilización. Su capital, Bolgar, con-

(1) Esta correspondencia es del año 960 y hasta ahora sólo la conocíamos en extracto. El conocido viajero Abraham Firkowitsch fué el primero que en 1870 encontró un texto completo, el cual ha sido después publicado en alemán por el doctor A. Harkavy, que le añadió un apéndice explicativo. *Revista rusa*, 1874, págs. 69 a 97.

taba 10.000 habitantes y en ella había casas de madera. Ya en el siglo x acuñaron monedas—las más antiguas monedas búlgaras que conocemos datan del año 949—que fueron una imitación de las árabes, de las cuales sólo se diferenciaban por el nombre de los zares búlgaros. Los búlgaros se subdividían en tres tribus, los vérsula, los isegel y los búlgaros propiamente dichos, y constituían, según el testimonio, no muy fidedigno, de Kardisi, 50.000 familias (1).

En el año 922 el zar Almusch abrazó el islamismo, convirtiéndose con él una gran parte de su pueblo, y a esta circunstancia debemos las interesantísimas, y para la historia rusa importantísimas, noticias de Ibn Fadhlan, que vivió en Bolgar como embajador de los califas. Los búlgaros eran agricultores y se dedicaban a la cría de ganado, pero su ocupación principal era el comercio: las pieles, los huesos de mammut y los dientes de hipopótamo, productos mercantiles del Norte, eran por ellos exportados a Asia, de donde a su vez importaban las ricas telas, las piedras preciosas y las ya citadas perlas verdes.

Acerca del comercio que hacían con el Norte tenemos interesantes noticias, que debemos a Ibn Batuta, noticias que aun cuando son de origen posterior describen detalladamente las primitivas costumbres. «Quise penetrar en el país de las tinieblas, dice este narrador, que se encuentra a cuarenta jornadas en el interior de Bulgaria, pero desistí de una empresa que, además de ser en extremo difícil, me ofrecía pocos resultados. Por dicho país sólo se viaja en pequeños trineos tirados por grandes perros: débese esto a que el suelo está cubierto de nieve, sobre la cual resbalan los pies del hombre y las patas de los animales; y los perros, en cambio, tienen uñas y sus patas, por lo tanto, no resbalan sobre el hielo.

»Por esos desiertos sólo viajan los grandes comerciantes, cada uno de los cuales lleva por lo menos cien trineos con comestibles, bebidas y leña, pues allí no se encuentran árboles, ni piedras, ni viviendas. Un perro que ha recorrido varias veces la comarca sirve de guía a la caravana: el precio de un animal de éstos es de unos mil dineros. A su cuello se engancha un trineo, del cual además tiran otros tres perros. Este perro-guía va delante; los demás le siguen: el amo nunca le pega ni le riñe. Después de haber comido se ha de dar de comer a los perros, y si no se hace así, el perro-guía se incomoda y hace sucumbir a sus amos.» Aun cuando en esto pueda haber algo de fantasía árabe o de poca veracidad búlgara, debe darse crédito a lo de los trineos arrastrados por perros.

También poseemos buenos datos sobre el comercio que los búlgaros hacían con los pueblos del Ural. Acerca de su organización política sólo sabemos que al frente del pueblo estaba el zar, y que a él estaban sometidos muchos pequeños príncipes, probablemente jefes de tribus. Luchaban comúnmente a caballo, tenían afiladas armas y llevaban cotas de malla (2).

También eran de origen turco los pechenegos, que a fines del siglo ix se apoderaron de las costas septentrionales del mar de Azof y del mar Negro. Contábanse de ellos trece tribus, que se distribuían en ocho distritos y obedecían a príncipes hereditarios (3). Reunidos en tiempo de guerra bajo la dirección de un caudillo único, eran especialmente temidos como jinetes audaces y veloces que aterraban a sus enemigos con sus dardos y flechas. Este pueblo era nómada, semisedentario, y su civilización se diferenciaba apenas de la de las demás hordas de jinetes asiáticas.

Sólo nos falta ya estudiar a los vecinos occidentales de los eslavos rusos, a las tribus lituanas, de las cuales podemos decir que todo cuanto cabe afirmar respecto de los elementos de cultura de los idiomas leto-eslavos puede aplicarse a ellas. Nada más puede decirse de ellas en aquel antiguo período. Las fuentes que tenemos datan del siglo xiii y son en gran parte poco veraces. A lo sumo puede aplicarse a éstas la relación que a fines del siglo ix hizo Wulfstan de los prusianos, pues las diferencias entre los diversos grupos de un pueblo son tanto más insignificantes cuanto de más antiguo se hace arrancar su historia.

La condición de los prusianos y la de los lituanos podrían confundirse a no

(1) Véase sobre esto Kunik: *El origen de los búlgaros*, en su *Al-Bekri*.

(2) Véase Galitzin: *Historia universal de las guerras de la Edad media*, traducida al alemán por Streccius, tomo I, pág. 175; Cassel, 1880.

(3) Encontramos un nuevo y excelente trabajo sobre los antiguos habitantes de las estepas meridionales de Rusia en las comunicaciones de la universidad de Kieff, 1883, de Golebowski: *Pechenegos, torkes y polowzes hasta la invasión de los tártaros* (en ruso).

haber la circunstancia de que los primeros habitaban las costas y los segundos nunca tuvieron la vecindad del mar. Más adelante volveremos a tratar de ellos; pero ahora basta observar que cuanto se ha dicho respecto del ilustrado sacerdocio y del sistema divino muy perfeccionado de los lituanos pertenece a la esfera de la fábula histórica. Divididos en muchas tribus, al frente de las cuales se encontraban pequeños príncipes, no intervinieron en los sucesos del mundo hasta que tuvieron que defender su nacionalidad y sus creencias contra los ataques exteriores y se vieron obligados a reunirse, impulsados por la necesidad, en un solo Estado. Mas para esto transcurrieron algunos siglos todavía.

CAPÍTULO VI

LOS WARAGO-RUSOS Y FUNDACIÓN DEL ESTADO RUSO (1)

A los elementos que tomaron posesión fija y permanente del suelo de la actual Rusia y que estuvieron en relaciones más o menos fecundas en resultados con las tribus eslavas del país, vino a juntarse uno nuevo en los warago-rusos escandinavos. Desde tiempo inmemorial, como hemos visto, existía un camino que conducía desde los territorios del golfo de Finlandia hasta el mar Negro, pasando por el lago de Ilmen y por Wolkoff y descendiendo por el Dniéper. Este camino facilitaba el comercio entre Constantinopla y los eslavos y entre éstos y los pueblos encandinavos del Norte. Los audaces habitantes de Suecia y Noruega, conocidos en el Occidente con el nombre de normandos, dirigieron sus primeras empresas guerreras contra sus vecinos fineses y eslavos.

Por mar las escuadrillas de los konunges marítimos se lanzaron sobre las costas del mar Báltico, donde las excavaciones recientemente hechas descubren indubitables vestigios de su paso, mientras por otra parte el recuerdo de aquellas expediciones de héroes vive en las *Sagas* del Norte. *Austrvegr* (el camino del Este) llegó a ser la expresión técnica para significar el viaje al país de los fineses, al de los eslavos del golfo de Finlandia y a las comarcas del interior. Los huéspedes escandinavos, mal mirados por los fineses y los eslavos, daban el nombre de *gardar* a las residencias de aquellos eslavos del Norte: conocían también ciudades como *Aldeigiaborg,* en las orillas del Wolkoff, poco antes de la desembocadura de éste en el lago Ladoga; *Holmgardr,* la Nowgorod escandinava, *Kaenugardr* y Kieff.

Mikligardr, denominación que el antiguo Norte daba a Constantinopla, es también un nombre cuya etimología demuestra que llegó procedente de Rusia a la Escandinavia. Los eslavos daban a aquellas tribus escandinavas el nombre que a ellos les habían aplicado los fineses, y que todavía en su boca sirve actualmente para designar la Suecia, a saber: *Rus.* Los escandinavos, de los cuales debía nacer el Estado ruso y que enviaron al Norte el excedente de sus guerreros, habitaban, como lo demuestran las formas conservadas, en *Upland,* el *Sodemannland* (Sudermania) y *Oestergotland* (Ostrogotia), es decir, las costas orientales de Suecia al Norte y al Sur del lago Malar.

En estas comarcas, como en el Norte de Escandinavia, a los hombres que por un voto de adhesión y lealtad entraban en relaciones de servicio con un caudillo se les daba el nombre de *vaeringr,* en plural *vaeringjar* (en antiguo sueco *wareng),* denominación que los eslavos del Este transformaron en *wariag* y que en el año 860 usaban siempre para designar a los guerreros del Norte. De aquí nació la idea de que eran de las orillas del mar y de que en su mayor parte descendían de origen sueco. Cuando mucho tiempo después aquellos hombres entraron como guardias de corps al servicio de los emperadores y de las emperatrices de Constantinopla, perfeccionóse, durante el último cuarto del siglo x, en el idioma popular griego (el *coine dialectos)* el nombre *warang,* el cual después se aplicó a todos los que entraban al servicio de Grecia (2).

Estos rusos y waregos o varangos, o

(1) Renunciamos a entrar en la controversia acerca del origen de los warago-rusos. La lucha que todavía existe entre normandistas y antinormandistas se ha resuelto, a nuestro modo de ver, en todos sus puntos principales. A Kunik le cabe la gloria de haber dicho sobre esto la última palabra recientemente en una serie de artículos magníficos, en la *Caspia,* de Dorn. Modernamente se ha presentado al público alemán esta cuestión en una forma muy bella por el profesor de Copenhague, doctor B. Thomsen, en su obra *El origen del Estado ruso,* tres conferencias (traducida al alemán por Bornemann, Gotha, 1879).

(2) Véanse los trabajos de Kunik sobre esta cuestión en la *Caspia.*

si se quiere waragо-rusos, fueron los fundadores del actual imperio ruso. La más antigua tradición, que, como hemos visto, nos transcribe Nestor, difícilmente podría pasar ya hoy por verdad histórica.

Tampoco pueden considerarse exactas las fechas que nos transmitieron los cronistas, y que desde entonces han sido generalmente aceptadas. En realidad sólo puede decirse con fijeza que después que a mediados del siglo IX el torrente escandinavo se revolvió con nueva fuerza contra los establecimientos fineses y eslavos del lago Ladoga, se realizó la conquista de este país por muchos extranjeros (1). Contra el enemigo común se levantaron las tribus finesas y eslavas, que estaban unidas por una alianza cuyas condiciones no pueden hoy determinarse, y que lograron arrojarle de su país.

Pronto, sin embargo, entraron en ellas la discordia y la lucha, y aquellas tribus acordaron, no sabemos de qué manera, buscar sus príncipes allende los mares. Al efecto enviaron embajadas a los warangos, «especialmente a los rusos,» y llamaron a su auxilio a tres hermanos, que acudieron allí con sus respectivas familias. Eran éstos *Hrurekr, Sikniutr* y *Porvardr,* nombres que los eslavos transformaron en *Rurik, Sineus* y *Truwor,* y se establecieron en las principales ciudades de las tribus que les habían llamado, a saber: en *Ladoga, Bjeloosero* e *Isborsk.*

Este acontecimiento puede, según un cálculo aceptable, fijarse en el año 862 como fecha de la fundación oficial del imperio ruso, a pesar de haber ocurrido probablemente mucho antes el llamamiento de los waragos. La tradición refiere que los tres hermanos trabajaron después unidos para robustecer su soberanía. A los dos años, empero, habían fallecido Sineus y Truwor, quedando como soberano único Rurik (2).

Entretanto su situación se había fortalecido de tal manera que pudo pensar en hacer avanzar el centro de su soberanía más hacia el Sur, en dirección a Nowgorod, junto al lago Ilmen. En su consecuencia fortificóse delante de la antigua Nowgorod por medio de una ciudad de madera (que después fué residencia de los príncipes y posandnikes de Nowgorod), venció la resistencia que los habitantes eslavos de la antigua ciudad oponían a sus incómodos vecinos y distribuyó el país y los habitantes entre sus compañeros.

Como noticia directamente transmitida tenemos la de que por este sistema ocupó a Rostoff, Bieloosero y Polozk. Además sabemos que puso en estado de defensa el lago Ladoga, deduciéndose de esto que Nowgorod llegó a ser realmente el centro de su imperio, el cual por el Norte confinaba con el reino de los cazares, y por el Sur avanzaba hasta el Wolok, que separaba la cuenca del Duna de la del Dniéper. En ésta penetraron también en tiempo de Rurik los waragos, bien que no por comisión directa de éste: en efecto, dos de sus hombres, caso de que la empresa no tuviera un carácter independiente, llamados Hoskuldr y Dyri, en eslavo Askold y Dir, se establecieron en la ciudad de Kieff, entonces ocupada por los cazares, y, apoyados por los contingentes waragos que cada día se les unían, comenzaron a dominar en este punto, que era quizás el más antiguo de la vida municipal de los eslavos, entre la tribu de los polyanes, que habían realizado grandes progresos en la senda de la civilización.

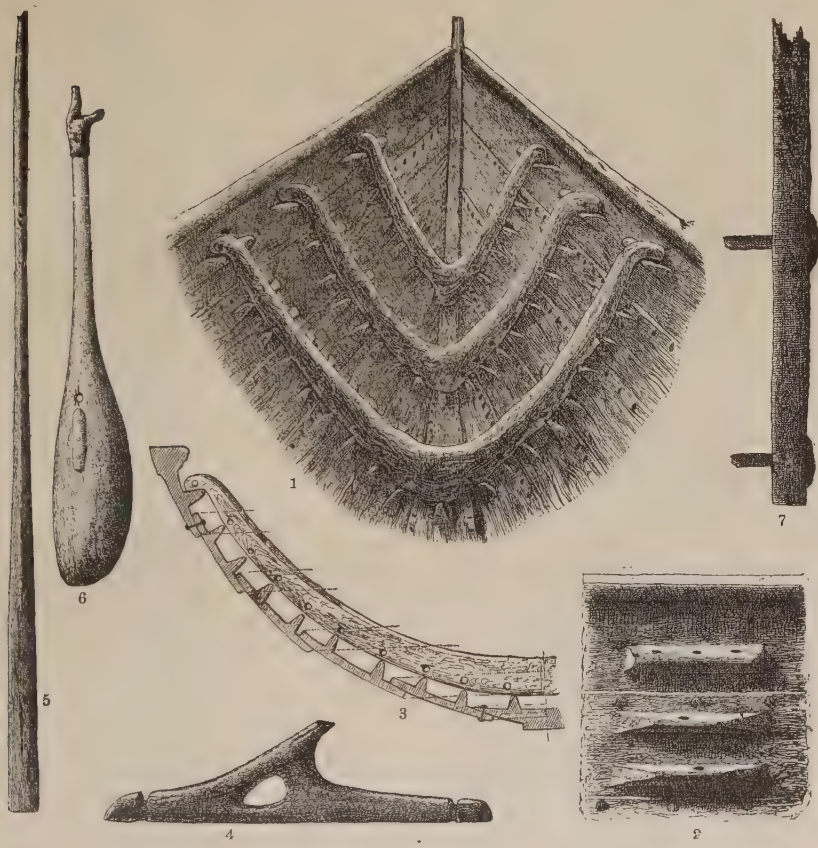
Durante el verano del año 865 sintiéronse con fuerzas bastantes para emprender con 200 embarcaciones cuando menos (según noticias de los venecianos 360), que suponían 14.000 guerreros de tripulación, una expedición pirática contra Constantinopla. Esta primera expedición dirigida contra el imperio bizantino es importante bajo dos conceptos: en primer lugar porque constituye el primer suceso cronológico fijo de la historia de Rusia, y en segundo porque con esta empresa los rusos penetraron por vez primera en la esfera histórica de los bizantinos.

No es posible seguir en todos sus de-

(1) ¿Habían tenido estos escandinavos su residencia al Norte del lago Ladoga? Esta hipótesis tiene la ventaja de solventar muchas dificultades y adquiere el mismo grado de verosimilitud que las opiniones hoy aceptadas.

(2) El reinado de éste y los de los príncipes que inmediatamente le sucedieron no nos ha sido transmitido con la debida veracidad histórica. La tradición verbal que enlaza cosas independientes entre sí y una artística construcción cronológica perturban las ideas. Rurik gobernó 17 años y sus dos inmediatos sucesores 33 cada uno, es decir, casi el doble: los cinco primeros príncipes reinaron en junto 110 años. Acontecimientos tan importantes como el bautizo de Olga están erróneamente fechados por los cronistas, como se desprende de testimonios bizantinos. Aquel primitivo período de la historia rusa no descansa en un fundamento de verdadera tradición.

talles el curso de la expedición. Askold y Dir penetraron, al parecer, en la Propóntide por el Bósforo y saquearon la isla del Príncipe. Después, en vista de la ausencia del emperador Miguel III, se dirigieron a Constantinopla, en cuyo puerto penetraron sin dificultad alguna. Sin embago, había podido avisarse al emperador del peligro que a su capital amenazaba, y Miguel regresó y penetró, no sabemos cómo, en la ciudad. Esta no se salvó por la audacia de los griegos, sino por un milagro de la Virgen, la cual hizo que se levantara una tempestad que destrozó a los piratas paganos obligándoles a emprender la fuga. No es verosímil que los rusos hubiesen pensado en conquistar la ciudad, pues para esto eran harto escasas sus fuerzas y sobrado sólidos los muros de Constantinopla. Era su expedición únicamente una correría para alcanzar botín y para arrancar un tratado de comercio como el que posteriormente les fué ofrecido.



Detalles de una barca de los wikingos: 1, uno de los extremos visto por dentro; 2, las tablas vistas por la parte interior; 3, corte transversal; 4, ganchos para apoyar el remo; 5, remo; 6, timón; 7, pedazo de tabla de roble con clavos de hierro.

Askold, según parece, se convirtió al cristianismo; por lo menos, más adelante se levantó una iglesia en el sitio en que estaba sepultado su cadáver. La consecuencia más inmediata de esta expedición fué que el patriarca griego Focio pudo a fines del año 866 instituir un obispado en Kieff, de suerte que esta ciudad fué el primer punto de la actual

Rusia en que se sembró el germen del cristianismo.

La diferencia esencial entre la ocupación de Kieff por los dos wikingos y sus compañeros y el establecimiento de la tribu de Rurik en el Norte consistió en que Askold y Dir no supieron despertar en la población eslava, en medio de la cual vivían, la conciencia de la comunidad de intereses, al paso que en el Norte los waragos, con fuerza material y constancia muy distintas, persiguieron el objeto de unir en un solo imperio las tribus eslavas.

Cuando falleció Rurik en 879, dejó un hijo menor de edad llamado Ingvarr o Igor, en nombre del cual se encargó del gobierno, no como tutor, sino como soberano con derecho propio, su anciano pariente Helgi, en eslavo Oleg. Este es un personaje histórico que, a pesar de su carácter legendario, puede ser estudiado. Durante tres años vivió en Nowgorod para robustecer su consideración en los territorios conquistados por Rurik y hacer los preparativos necesarios para una grande empresa.

Acompañado no sólo por sus compañeros los waragos, sino también por los contingentes que le facilitaron las tribus eslavas y finesas, de los chudos, meres, weses, eslavos de Ilmen y kriwitsches, dirigióse al Sur y se estableció en el territorio de los Kriwitsches del alto Dniéper. Su ciudad Smolensko fué puesta en estado de defensa, confiándose su guarda a uno de los hombres del príncipe. Hecho esto, descendió por el Dniéper y penetró en el país de los seweryanes, cuya ciudad Liubetsch pasó, de la misma manera que Smolensko, a poder de Oleg. Sólo una ciudad importante quedaba por conquistar en el Sur, la ciudad de Askold y de Dir, Kieff, la ciudad que confinaba con las estepas y que constituía el término del gran camino que conducía a los waragos a Constantinopla.

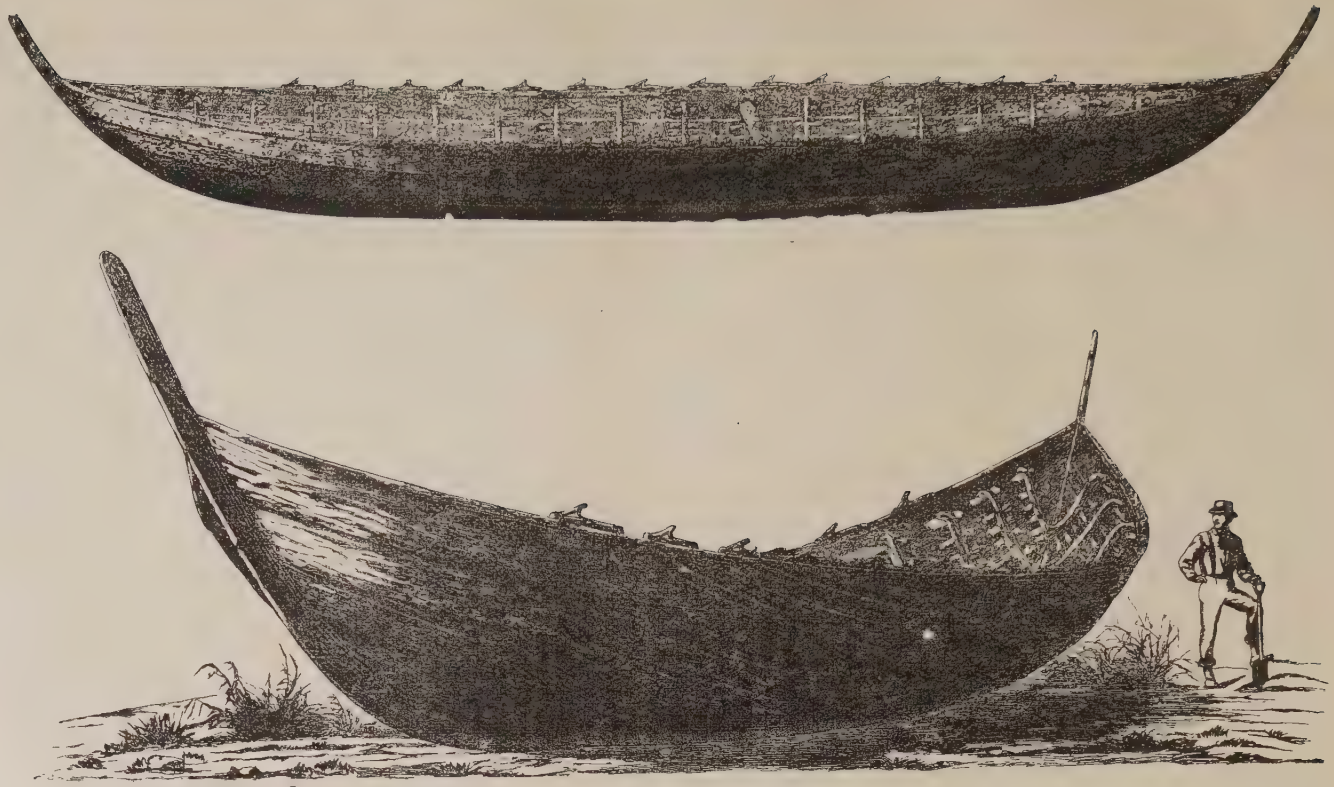
La ocupación de Kieff era para Oleg una necesidad, pues no podía permitir que por ella se le cerrara el camino que le llevaba al Sur. Con astucia logró atraerse a Askold y a Dir, a los cuales hizo dar muerte, «pues — tales fueron las razones que el cronista pone en su boca — vosotros, les dijo, no sois príncipes ni descendéis de familia de tales, y en cambio de príncipe es mi sangre y aquí está el hijo de Rurik.» Esto aconteció en 882, de modo que la soberanía de Askold duró unos veintidós años. La ciudad y los compañeros de los ejecutados no se atrevieron a oponer resistencia alguna, de suerte que Oleg se apoderó de Kieff y resolvió fijar en ella su residencia.

Tratóse inmediatamente de asegurar el territorio conquistado en el Sur, rodeándolo de puntos fortificados, de obras de defensa por la parte de las estepas, y de normalizar las relaciones con los demás eslavos y fineses que reconocieron acto seguido la nueva soberanía. A todos ellos se les impuso un tributo: Nowgorod tuvo que pagar 300 *griwni*, o sean 150 libras de plata, para los mercenarios waragos a quienes estaba confiada la defensa de las fronteras septentrionales, y a los cuales se dió después el nombre de *gridi*, guardias de corps, denominación del antiguo Norte, cuya significación principal indicaba la residencia, la patria con la idea accesoria de las relaciones del servicio.

Después de rudas luchas con los drewlyanes, que hubieron de resignarse al fin a pagar un tributo, libertó Oleg a las tribus de los swerYanos y de los radimisches del yugo de los cazares y los agregó a su imperio. En extremo enérgica fué la lucha con los dulebes, khorwates, ulitsches y tiwerzes, de los cuales estos últimos no fueron del todo sojuzgados y los ulitsches no lo fueron en manera alguna. Esto no obstante, Oleg se encontró en una posición tan firme que pudo pensar en intentar una gran empresa contra el exterior. Constantinopla, codiciado objetivo de todos los hombres del Norte, se ofrecía ante sus ojos, por lo cual decidió proseguir la empresa intentada por Askold y Dir reuniendo para ello todas las fuerzas que pudo proporcionarse en el país por él conquistado.

El momento elegido no podía ser más favorable. El aletargado emperador León VI había dejado decaer la marina griega y poco antes su armada había sido completamente derrotada por el pirata León de Trípoli delante de Tesalónica: por otra parte los búlgaros acosaban enérgicamente al imperio. Cuando Oleg, en 907, se presentó en el Bósforo con 2.000 embarcaciones (1), cada una

(1) La embarcación de los wikingos del siglo IX fué hallada durante el verano de 1880 en las cercanías de los baños de Sandefiord, en una tumba gigantesca. Esta embarcación, hecha de madera de roble, tiene 25 metros de largo por 5 de ancho: dispuesta para remos y para vela, tiene 20 costillas y 16 remos por banda. Véase Wérner: *La*



Barca de los wikingos, encontrada en el terreno pantanoso de Moor-Nydam (Schleswig-Holstein) en el mes de agosto de 1863
Longitud máxima, 77 pies; anchura máxima, 10 pies. Es de madera de roble y tiene 14 remos por banda

de las cuales llevaba 40 hombres de tripulación, los bizantinos se contentaron con cerrar el puerto.

Oleg hizo llevar a tierra sus embarcaciones, saqueó e incendió todos los alrededores de la ciudad y se preparó a poner sitio a ésta. Según cuenta la tradición popular, conservada en la antigua crónica, mandó aparejar los remos y las velas de sus embarcaciones y con ellas se dirigió por tierra, con gran espanto de sus enemigos, a la ciudad. Entonces los de Constantinopla resolvieron comprar la paz con los rusos. Después de varias tentativas para envenenar con manjares a Oleg y a los suyos, tentativas que se frustraron por la previsión y las precauciones del príncipe, se ajustó un tratado cuyas cláusulas principales aseguraban el pago de doce griwnes, o sean seis libras de plata por cada embarcación, y de un impuesto especial para aquellas ciudades rusas en que se encontraban de gobernadores los hombres de confianza de Oleg, y además la libertad de tráfico mercantil entre los rusos y Constantinopla.

Los mercaderes rusos obtuvieron el derecho, durante una permanencia de seis meses, de sacar víveres de la ciudad, visitar los baños y proveerse para su regreso de víveres y utensilios náuticos. Por su parte, los griegos no pusieron más que una sola limitación, que fué la de que se señalara a los rusos, para sus viviendas, un espacio determinado entre las murallas de la ciudad y el Bósforo, en el sitio en que se levantaba el convento de San Mamés. Además sólo se les permitía entrar en la ciudad sin armas, en grupos que no pasaran de cincuenta personas y acompañados de un funcionario imperial; debían penetrar en ella por una puerta especial, y en cambio podían ejercer allí el comercio sin tributo alguno.

Este tratado, convenido de palabra, fué jurado ante la cruz por el emperador León y por su coemperador Alejandro: Oleg y los suyos prestaron el juramento por sus dioses, Pirún y Weles. La tradición describe, con ocasión de la partida de Oleg, un rasgo genuinamente escandinavo. El vencedor había hecho poner su escudo en las murallas de la humillada ciudad; él y los rusos habían partido aparejando velas de seda; los eslavos de su ejército habían recibido velas menos preciosas, pues eran de muselina, pero éstas pronto las desgarró el viento, de manera que hubieron de echar mano de las de lino, «pues los eslavos no podían navegar con velas finas.»

Así regresó Oleg a su patria cargado de botín: el tratado con Constantinopla fué utilizado con tanto afán, que a los cuatro años fué necesario fijar más exactamente las condiciones estipuladas. Para esto envió Oleg, en 911, a los griegos una embajada compuesta de catorce personas (1). Este notabilísimo tratado, único que se consigna en la historia de los primeros tiempos de la Edad media, fué convenido entre Oleg, sus magnates y todos los rusos por un lado, y el emperador bizantino entonces reinante, León VI, Alejandro y Constantino Porfirogénito por otro: de él se hicieron dos ejemplares extendidos en pergamino y con tinta encarnada, y en los idiomas griego y eslavo o lengua del Norte (2).

El tratado comprende tres cosas: primeramente se comprometen ambas partes a conservar mutuamente la paz y la amistad, y fijan las condiciones para los castigos que habrán de aplicarse a los que con sus actos de violencia (asesinato o robo) perturben el buen acuerdo. Seguían luego algunas condiciones en virtud de las cuales los rusos se obligaban a prestar auxilio a los náufragos griegos, y por último, había algunas cláusulas relativas al rescate de los prisioneros de guerra y eslavos, a los siervos fugados o arrebatados y a la herencia de los rusos que fallecieran en Grecia estando al servicio del emperador bizantino, cuestiones todas que adquirían im-

vida marítima de los primitivos tiempos germánicos, en los cuadernos mensuales de Westermann, 1882, octubre. Una segunda embarcación de esta clase ha sido hallada enterrada en Moor Nydam, junto a Est-Satrup, en el Sundewit, y se encuentra actualmente en el Museo de antigüedades patrias de Kiel (Schleswig-Holstein). «La embarcación acaba en punta por ambos extremos, de manera que sin virar puede ir hacia adelante y hacia atrás y es utilizable, a pesar de su longitud, no sólo en el mar, sino también en los ríos de escasa anchura. El timón cuelga de uno de los costados. Las tablas de la quilla son muy delgadas, para que el buque pueda fácilmente ser transportado á tierra...»

(1) De ellos había cinco escandinavos, Carlos, Farulfr, Vermundr, Hróleifr y Steinvidr (la etimología de este último nombre no es segura): estos cinco hombres habían jurado el tratado en 907. Además de éstos, figuraban Ingjaldr, Gudi, Hróaldr, Karni, Fridleifr, Hróarr, Angantyr, Thróandr y Befastr. Vermundr (Welmud) y Steinvidr (Stemir) han sido erróneamente considerados como eslavos por los historiadores rusos.

(2) No se explica con la debida claridad por qué se redactó el tratado en este último idioma.

portancia a causa del tráfico mercantil y cuya regulación interesaba a ambas partes.

Extraña en extremo es la cláusula octava del tratado relativa al auxilio que había de dispensarse a los náufragos: «Cuando la tempestad arroje sobre costas extranjeras una embarcación griega, y se encuentren en ellas rusos, éstos deberán ponerla en seguridad con toda la carga, cuidando de expedirla nuevamente al país cristiano y de guiarla por sí mismos en los puntos peligrosos. Cuando la embarcación, ya a causa de tempestad, ya por otro cualquier obstáculo, no pueda regresar al lugar de su procedencia, nosotros rusos prestaremos auxilio a los marineros y pondremos en salvo los géneros que conduzca cuando el suceso acaezca cerca de los territorios griegos. Si este desastre acontece a una embarcación griega—aquí parece que en el texto original faltan las palabras «más bien cerca de Rusia,»—la conduciremos a Rusia y venderemos su carga. El importe de lo que se haya vendido y la embarcación los entregaremos íntegramente cuando vayamos a Grecia, o cuando seamos enviados en embajada al emperador, o cuando vayamos a hacer nuestras compras como mercaderes. Si un ruso mata a algún marinero de la embarcación o roba algo de ésta, se aplicará al delincuente la pena antes establecida (1).»

Esta cláusula, que, como todos los otros puntos del tratado, era consecuencia de hechos anteriores y conducentes a su objeto, nos sorprende porque supone un tráfico activo, del cual la tradición no nos da cuenta, entre las embarcaciones rusas y las costas perfectamente conocidas por los buques griegos, mientras que por otra parte está probado que las expediciones de Rusia y a Rusia, tales como se verificaban desde los tiempos de Askold y de Dir, es decir, desde el año 865, se hacían por la corriente del Dniéper.

Es también digno de notarse que en este tratado se emplea por vez primera la palabra «Rusia,» en vista de lo cual hemos de suponer que Oleg mantenía excelentes relaciones con los pechenegos, que en su tiempo se habían posesionado del territorio poco antes abandonado por los madyares. Que en Constantinopla produjo gran satisfacción el resultado del convenio, nos lo demuestran los ricos presentes que sus embajadores llevaron consigo cuando en 912 volvieron a Rusia.

El anciano Oleg, entretanto, había visitado los lugares que habían sido el punto de partida de su poder, a saber: Nowgorod y Ladoga. Durante el otoño de 912 murió este caudillo, no sabemos dónde, pues Ladoga y Kieff se disputan la honra de conservar sus restos mortales.

A él corresponde la gloria de haber reunido en un solo imperio a las distintas ramas eslavas. La leyenda se ha apoderado de su persona, y así en la tradición rusa como en la escandinava se nota su influencia.

El gobierno pasó sin dificultad alguna a Ingvarr, en eslavo Igor, hijo de Rurik, que contaba entonces, a dar crédito a los cronistas, 35 años. En 903 habíase casado con Helga, en eslavo Olga, escandinava oriunda de Pleskau y descendiente de familia de príncipes. La tradición nos ha conservado algunos datos acerca de su persona, pero no nos da una idea completa de su gobierno. Mientras vivió Oleg, se dió a conocer muy poco: educado en la obediencia de sus ancianos parientes, sin iniciativa propia, no hizo tentativa alguna para adquirir renombre, y aun después de haber sido proclamado soberano, sintió la necesidad de la tutela.

La dirección de los asuntos interiores, especialmente la percepción de los tributos que debían pagar las tribus eslavas, fué por él confiada a uno de sus consejeros, Svenald o Sveinaldr, según la forma que en el Norte tenía su nombre. Después que Igor hubo sometido a medias a los drewlyanes y ulitsches, obligándoles a pagar un tributo, Svenald acabó de subyugarlos, y después de tres años de sitio logró apoderarse de la ciudad de Pseresyetschen y obtuvo de Igor en recompensa todo el importe del tributo que hubieron de satisfacer aquellas tribus. Hay indicios de que los hombres que rodeaban a Igor no estaban conformes con la influencia ni con las riquezas de Svenald, y por esto buscaron en empresas exteriores, que se llevaron a cabo sin la cooperación de Igor, el medio de satisfacer su afición a las aventuras, a los peligros y al botín.

En 914 una escuadra compuesta de 500 embarcaciones rusas saqueó las costas

(1) La mejor transcripción del texto la encontramos en la *Crestomatia del derecho ruso*, de Wladimirski-Budanoff, libro 1.°, segunda edición, Kieff, 1876, págs. 1-9 (en ruso): allí encontramos también notas muy instructivas.

de Persia, expedición de rapiña que nos ha descrito con gran riqueza de detalles el árabe Massudi. Otras hordas combatían por aquel tiempo en Italia, y a algunas las encontramos también al servicio de los bizantinos. De esta suerte el imperio ruso enviaba sus ejércitos fuera de su territorio. Esto explica perfectamente que comenzaran entonces los pueblos de las estepas a tomar la ofensiva contra el imperio ruso.

Una invasión que emprendieron en el año 915 terminó, sin embargo, con un tratado de paz que, según todas las probabilidades, aseguró a los rusos el libre paso por las estepas. Desde entonces y durante un cuarto de siglo carecemos de noticias: es probable que en un principio continuara el comercio con el imperio bizantino; pero luego surgieron algunos obstáculos que motivaron un rompimiento definitivo, por lo cual volvió a hacerse temible el ejército ruso en el exterior por el año 941. En esta ocasión, Igor se puso al frente de sus tropas.

No nos es dado fijar el número de fuerzas con que se emprendió esta campaña contra el imperio bizantino; las fuentes que hemos consultado calculan unas veces en 10.000, otras en 1.000 las embarcaciones, y, sin embargo, esta última cifra puede también ser exagerada. Atengámonos a la relación que Liudbrand nos ha dejado apoyándose en la narración de su suegro, que fué testigo presencial de la expedición. «El rey Inger, dice, se presentó con 1.000 embarcaciones, y quizás con mayor número, delante de Constantinopla» el día 11 de junio, según se desprende de otra narración. «El emperador Romano recibió consternado esta noticia, pues había enviado toda su escuadra contra los sarracenos para defender las islas. Después que este disgusto hubo apartado durante muchas noches el sueño de sus ojos, y mientras Inger saqueaba todas las costas, se le dijo que podía aún contar con unas quince embarcaciones medio podridas que por lo viejas no habían sido utilizadas. En cuanto se hubo enterado de esto, llamó a los marinos y les dijo: «Inmediatamente habéis de poner en condiciones de servicio esas embarcaciones abandonadas y las dotaréis no sólo en la proa, sino también en la popa y en los costados, de las armas de cuyas bocas sale el fuego.»

Conforme a este mandato, aprestáronse las embarcaciones, en las cuales puso el emperador las personas más hábiles, y se hicieron a la mar inmediatamente para salir al encuentro del rey Inger. Cuando el rey Inger las vió en alta mar dió orden a su gente de que no las echara a pique, sino que las apresara haciendo prisioneras a las tripulaciones. Pero el Dios bondadoso y compasivo, que no sólo protege, sino que da la victoria al pueblo que le venera, le dirige sus preces e implora su auxilio, aplacó los vientos y apaciguó las olas, pues de lo contrario les hubiera sido muy difícil a los griegos lanzar el fuego.

Cuando los rusos vieron esto se arrojaron desde sus barcos al mar, porque preferían morir entre las olas a perecer abrasados por el fuego. Algunos que iban armados con corazas y cascos se hundieron en seguida en los abismos para no volver a salir más a la superficie: otros que se habían echado a nado fueron alcanzados por el fuego, y sólo escaparon de aquella catástrofe los pocos que lograron llegar a la playa, y aun éstos fué porque las embarcaciones de los rusos, de poco calado, pudieron navegar por sitios en donde había poca agua, cosa que no les era dado hacer a las de los griegos, cuyo calado era mayor.

Inger regresó a su patria después de haber sufrido muchas pérdidas: los griegos vencedores volvieron llenos de alegría a Constantinopla, llevando consigo un gran número de prisioneros, a los cuales Romano mandó decapitar en presencia del embajador del rey Hugo, que era a la sazón mi suegro.» Esta derrota, en la cual los rusos pudieron por vez primera experimentar los estragos del fuego griego (1), no fué tan funesta como quiere suponer Liudbrand, pues hasta después no sufrieron el golpe que había de aniquilarlos, según se desprende de testimonios de origen bizantino.

Alejándose de Constantinopla en dirección a las costas del Asia menor, donde se dedicaron al saqueo, fueron en aquel punto alcanzados y de tal manera derrotados que a duras penas pudieron huir a Tracia, sufriendo allí una tercera derrota que acabó por completo con el poderío de los rusos, cuyos miserables restos, conducidos por Igor, regresaron a su patria (2). Este fracaso movió a

(1) Sobre el fuego griego, véase Galitzin, I, 1, pág. 100, donde según la relación de Marco Greco se da noticia de su composición.

(2) μόλις σὺν δέκα λέμβοις ἐς τὸν Κιμμέριον ἀνέκετο Βόσπορον (apenas diez barcos pudieron salir del Bósforo Cimerio).—León Diácono (edición Hase, pág. 63) exagera quizás la derrota.

Igor a hacer grandes esfuerzos, disponiendo que entre las tribus eslavas y finesas de su imperio se hicieran los preparativos para una segunda expedición, que había de hacerse con grandes elementos. Sus buques surcaron el mar Báltico hasta llegar a las comarcas escandinavas, y una vez allí invitaron a la juventud del país aficionada a la guerra a tomar parte en las empresas de Igor.

Imposible nos es fijar cuántos respondieron a este llamamiento, pero puede decirse que sólo fué una parte de la juventud aventurera, pues el resto, fuese por no tener mucha confianza en la dirección de Igor, fuese por la esperanza de conquistar mayor botín, se dirigió a Oriente, cruzó el Caspio y remontando el Kur, hasta llegar a Berdaa, se apoderó de esta ciudad. Después los escandinavos derrotaron al ejército musulmán que les salió al encuentro, y dejando sus embarcaciones en la desembocadura del citado río, se encaminaron a Mavagha, al Sur del lago Tabris.

Una peste, producida por el abuso de los frutos de aquellos países meridionales, les obligó a emprender la retirada. Entretanto, Igor y sus tropas se dirigieron al Sur llegando hasta el Danubio, donde Igor recibió a los embajadores del emperador Romano I, cuyos presentes le movieron a regresar a su patria. Un tratado que al año siguiente (945) se firmó con una embajada de Constantinopla, restableció las relaciones amistosas entre ambos imperios (1). Con este motivo se nombraron tres embajadas: primero fueron a Kieff los embajadores griegos para concertar los preliminares; después una embajada rusa, compuesta de cincuenta personas, de las cuales veinticinco eran individuos de la familia real y de las principales familias rusas y el resto comerciantes, fué a Constantinopla y concertó la redacción definitiva del tratado; y por último, acompañados de una embajada griega, regresaron a Kieff los embajadores rusos, y se juró en esta ciudad por ambas partes contratantes el tratado. Este, cuya autenticidad, por algunos combatida, está ya demostrada, es importante bajo muchos conceptos.

(1) Véase Kunik: «La expedición de los normandos rusos en 944 a los países situados a orillas del mar Caspio, según Nizami, Ibn-el-Athir y Ainy» (*Boletín de la Academia de San Petersburgo*). Kunik opina que los normandos se separaron del ejército de Igor después que éste hubo resuelto regresar a su patria.

En conjunto, encontramos en él reproducidas las cláusulas concertadas en tiempo de Oleg, copiadas textualmente en algunos puntos del nuevo tratado, con la particularidad de que en éste se ve la influencia de la mejor situación en que se encontraban los bizantinos. De los comerciantes y embajadores que fueron a Constantinopla se exigieron algunas garantías: la venta de ciertas telas quedó prohibida; la pesca en la desembocadura del Dniéper quedó asegurada a los habitantes de Cherson (en la Crimea), y los rusos—y esto es de importancia especial—se obligaron a auxiliar, cuando fuese necesario, al emperador y a defender el territorio de Cherson contra los ataques de los búlgaros del Danubio. Estos ataques se hacían desde las estepas, pues la tradición no nos habla de los búlgaros como potencia marítima.

Por último, las cláusulas relativas al rescate de los prisioneros fueron más favorables para los griegos que para los rusos, pues así como los griegos debían pagar por cada uno diez, ocho o cinco monedas de oro, según la edad del rescatado, los rusos se obligaron a satisfacer diez monedas por cada uno indistintamente. En extremo característico, a la par que testimonio fehaciente de la antigua historia de las costumbres de Rusia, es el modo de prestar el juramento definitivo, que a continuación traducimos tomándolo del texto mismo del primitivo tratado:

«Todos nosotros hemos suscrito nuestra conformidad en dos pergaminos: de éstos, el uno es para el emperador griego, y nosotros, griegos, lo hemos jurado y suscrito con nuestros nombres; el otro lo hemos firmado como embajadores y huéspedes. Los que marchen con los embajadores griegos han de entregar el primero al gran príncipe ruso y a sus gentes, los cuales al recibirlo han de jurar cumplir fielmente todo aquello que hemos tratado y firmado en el pergamino, robusteciendo nuestra firma el juramento. Y nosotros, que somos bautizados, hemos jurado en la catedral de San Elías ante una cruz cumplir todo lo escrito y no infringir ninguna de las condiciones convenidas. Al que de nosotros falte a lo pactado, sea cristiano o no bautizado, y aunque sea el mismo príncipe, Dios le retire su protección, que sea siervo en esta y en la otra vida y muera víctima de sus propias armas. Los rusos no bautizados han de dejar sus escudos, sus espadas desenvainadas y sus collares en el

suelo y jurar lo que viene consignado en el pergamino, a saber: que Igor, todos los boyardos y las gentes del territorio ruso cumplirán eternamente el tratado. El que obre en contra de lo convenido en el pergamino, sea príncipe o súbdito ruso, bautizado o no bautizado, muera atravesado por su propia espada y sea maldecido por Dios y por Pirún porque ha quebrantado su juramento. El gran príncipe Igor quiera ser justo, nos conserve su amor y no destruya el tratado mientras el sol alumbre y el mundo exista en el presente y en los futuros tiempos.»

Además de las noticias más arriba expuestas con ocasión de la muerte de Askold, encontramos aquí la más antigua prueba de la introducción del cristianismo en Rusia, a pesar de que éste había echado hacía mucho tiempo sus raíces en Kieff, como lo prueba la catedral que en esta ciudad existía consagrada a San Elías.

Como el tratado de 911 no contiene todavía manifestación alguna que demuestre la existencia del cristianismo en Rusia, debemos suponer que la religión cristiana se desarrolló durante el período del año 911 hasta el 945. De la etimología de los nombres de los embajadores antes citados que debían jurar el tratado, se deduce que los rusos cristianos mencionados en el que nos ocupa no eran eslavos.

Igor disfrutó muy poco tiempo de los resultados del trato amistoso con los griegos. Incitado por su séquito, penetró en el territorio de los drewlyanes para percibir de ellos un tributo y para restablecer su autoridad, que durante mucho tiempo había sido desconocida. Existen noticias directas de que hubo de apelar a la fuerza para conseguir el objeto que se proponía, y los drewlyanes sólo se sometieron a la superioridad de aquellos hombres tan diestros en el manejo de las armas. Cuando Igor, después de haber licenciado el grueso de su ejército, volvió allí por segunda vez para percibir el impuesto, que debía ser repartido entre pocos, los drewlyanes se reunieron bajo las órdenes del príncipe de su tribu, Mal, indudablemente eslavo, y le derrotaron y mataron en el otoño del año 945, junto a Korosten (1).

Igor dejó una viuda, Olga, y un hijo menor de edad, Swiatoslao, en nombre del cual su madre (2) gobernó hasta 964, sin que se le opusiera resistencia alguna.

Al lado de ella, sin que aparentemente tuvieran intervención directa en el gobierno, encontramos como tutor de Swiatoslao a Asmundr, en eslavo Asmud, y como general al conocido Sweinaldr, ambos escandinavos; de manera que Swiatoslao, a pesar de su nombre eslavo, fué educado según las ideas normandas. No obstante la poca confianza que nos merecen las fuentes a que acudimos, puede afirmarse con seguridad que Olga fué una soberana enérgica y excelente. Después de haber tomado sangrienta venganza de los drewlyanes y de haberles hecho pagar un tributo, procuró restablecer las relaciones tributarias que tan embrolladas se encontraban durante el reinado de Igor.

Con este objeto emprendió un viaje circular por su imperio y organizó con mucho acierto la administración de la casa real. La crónica nos refiere las medidas que adoptó para asegurar la caza real, que producía grandes beneficios en aquella época en que las pieles constituían uno de los principales artículos de exportación de Rusia. Merece ser notado también el hecho de haber ido ella en persona a Nowgorod y Pskoff para robustecer la cohesión con el Norte que durante tanto tiempo había quedado interrumpida, para lo cual se presentó, no como princesa de una tribu, sino como soberana de todo el país.

La crónica, que coloca esta expedición de Olga en el año 940, nada dice de la reina durante los diez años siguientes,

(1) Hoy Iskorosk, junto al Uscha, afluente de la orilla derecha del Dniéper.

(2) También en este punto son origen de dificultades los datos de la crónica. El matrimonio de Olga se realizó en 903 y el nacimiento de Swiatoslao acaeció en 942, de manera que, según estas fechas, Olga le habría dado a luz 39 años después de haberse casado. Por otra parte, no se menciona ningún hijo mayor de este matrimonio, ni es probable que hubiese nacido. Aceptando, según refiere un manuscrito de la crónica, que Olga al casarse contara sólo 10 años, hubiera dado a luz a Swiatoslao a los 50 años de edad, se hubiera hecho cargo del gobierno a los 53 y habría sido bautizada a los 64. Swiatoslao fué declarado mayor de edad a los 22 años. Estas fechas son sorprendentes y difícilmente podemos darles crédito. También sorprende la avanzada edad a que llegó, según la crónica, Svenaldr o Svenaldo: en 914 le encontramos de vaivoda de Igor en la guerra contra los drewlyanes, de suerte que había de haber ya llegado a la edad viril: con el mismo cargo luchó contra aquella tribu en 977, cuando debía de contar más de 80 años. Toda la relación que hace la crónica del reinado de Olga está plagada de leyendas y en sus detalles abundan los errores históricos.

de suerte que pasa por alto su campaña de Constantinopla. Debemos, pues, aceptar el hecho de que se han confundido en la crónica sucesos de muchos años. Desde el último tratado de Igor, Rusia había vivido en paz con el imperio bizantino, y pacíficamente también se dirigió Olga en 957, acompañada de numeroso séquito, a Constantinopla, donde, por sus propios deseos, recibió el bautismo de manos del patriarca Teofilacto y en presencia del emperador, que hizo las veces de padrino (1), adoptando el nombre cristiano de Elena, que era el de la emperatriz.

Ocioso sería discutir acerca de los motivos que indujeron a Olga a abrazar el cristianismo: tenemos razones para creer que en Kieff, donde, como hemos visto, existía una comunión cristiana de no escasa importancia, había aprendido a conocer las doctrinas cristianas. Sin embargo, el hecho de su conversión dió mucha fuerza al elemento cristiano en Rusia, y así como hasta entonces había habido en Kieff una gran tolerancia desde el punto de vista religioso, a la sazón comenzaron a presentarse señales de un antagonismo cada día más marcado entre paganos y cristianos. Olga no consiguió conquistar para las nuevas doctrinas a su hijo, que a la sazón contaba quince años, antes bien hubo cierta separación entre madre e hijo, motivada por la oposición que la corte de Swiatoslao hacía al cristianismo, religión que no se avenía con el espíritu guerrero de los wikingos, cuyos elementos recibían renovación constante de Escandinavia.

En 964, Swiatoslao, que se hallaba ya en su pleno desarrollo, comenzó sus campañas guerreras contra sus vecinos del Este, mientras la administración interior del imperio seguía, al parecer, confiada a Olga (2). Su propósito era hacer desaparecer las últimas huellas de la supremacía que los cazares habían ejercido sobre las tribus eslavas. Los wiatisches les pagaban todavía un tributo, y por esto emprendió Swiatoslao una campaña contra los cazares que destruyó los fundamentos del poder de estas tribus. Después de haber hecho sentir el suyo en el territorio de Oka y del medio Volga—país de los wiatisches—se dirigió con su ejército contra el reino de los cazares, debilitado ya por los ataques de Oleg y recientemente quebrantado por intestinas discordias.

Sorprende en extremo ver cuán rápidamente se derrumbó aquella gran potencia oriental y cuán poca resistencia opuso a las embestidas de Swiatoslao. Este se apoderó de su capital, Belaja-Wesch o Sarkel, pasó el Don y sometió a los jases y kasoges, que habitaban al Noroeste del Cáucaso. Sin embargo, antes de dirigirse contra el núcleo de las fuerzas enemigas reconcentradas en el Bajo Volga, se encaminó de nuevo al Norte, asoló el país de los búlgaros del Volga y saqueó su capital Bolgar. Después bajó por el río hasta llegar a su desembocadura, saqueó las dos ciudades de Kaserán e Ikil (en el territorio que hoy ocupa Astracán), y siguiendo siempre la orilla occidental del mar Caspio llegó hasta Semender, que sufrió igual suerte.

Las derrotas experimentadas por los cazares fueron tales que por espacio de cincuenta años desaparecieron por completo del horizonte político: sólo en Crimea y en el Cáucaso se conservaron posteriormente algunos restos de este pueblo (3). La comarca que se extiende a la desembocadura del Kubán, donde se erigió luego el principado de Tmutarakán,

(1) El año y sitio en que fué bautizada Olga no constan con certeza: a dar crédito a los datos cronológicos y a las relaciones comunes, se llevó a cabo el bautizo con cierta reserva. Las fuentes griegas que describen los festejos con que fué recibida Olga en Constantinopla, no hablan del bautizo, antes bien lo suponen realizado con anterioridad, de manera que podría creerse que se verificó en Kieff y que la tradición popular relacionó este suceso, llevado a cabo secretamente por consideración a los paganos, con el viaje a Constantinopla, verificado en 957. Probablemente la fecha más exacta del bautizo es el año 954, pues el monje Jacob, escritor ruso original y antiquísimo descubierto hace 30 años, dice en su historia de Wladimiro y de Olga que ésta fué quince años cristiana y fija su muerte en 969.

Véanse sobre esto las investigaciones de Colubinski en su *Historia de la Iglesia rusa*, tomo I, pág. 65. Su tentativa de presentar a Igor como un decidido protector del cristianismo y hasta quizás como «interiormente cristiano,» no ha tenido hasta ahora feliz resultado.

(2) El cronista hace coincidir con esta fecha la abolición decretada por Olga del «principal,» impuesto que Tatischeff y sus sucesores consideraron como un indicio del *jus primae noctis*. Pero, según todas las probabilidades, este era un mero impuesto sobre las bodas. Véase Schmidt, *Jus primae noctis*, págs. 220-225; este autor nos parece ir demasiado lejos cuando quiere combatir todo el pasaje de la crónica.

(3) Véase Harkavy: *Una correspondencia entre Córdoba y Astracán en tiempo de Swiatoslao;* véase también la cuidadosa descripción del territorio de los cazares hecha por el kakán José, el cual exagera, al parecer, la influencia ejercida por aquellas tribus en el Oeste.

tuvo también que someterse, con lo cual los wiatisches del Oka sufrieron la derrota decisiva. De esta suerte cayó en poder de Swiatoslao todo el territorio de las tribus eslavas, desapareciendo así un peligro eventual al Este y pudiendo pensar Swiatoslao en dirigir sus ataques contra el Sur, que era el objetivo de su ambición y de la de sus cortesanos. La fijación de la fecha de esta campaña ofrece sus dificultades: los escritores orientales la fijan en el año 968, la crónica rusa en 967. En 968, Swiatoslao, como luego veremos, se encontraba a orillas del Danubio.

La misma Constantinopla ofreció el pretexto para esta empresa (1). El emperador Nicéforo Focas impetró, por conducto del patricio Calociros, el auxilio de Swiatoslao contra los búlgaros del Danubio, cuya soberanía pensaba destruir por medio de un ataque combinado del Norte y del Sur. Mediante el pago de una suma considerable, que la tradición hace subir hasta quince quintales de oro, dejóse convencer el príncipe ruso, a quien, en 968, vemos descender por el Dniéper al frente de un ejército de 60.000 hombres y dirigirse desde allí por mar hasta el Danubio. Los búlgaros, que en número de 30.000 se aprestaron a defender su país, fueron derrotados, siendo conquistadas rápidamente un gran número de ciudades búlgaras.

De especial importancia fué la toma de Pereyaslawetz y Drster, hoy Silistria, que era entonces una importante fortaleza: la situación de Pereyaslawetz no puede fijarse con exactitud, sólo cabe decir que la ciudad se encontraba junto al Danubio, probablemente al Este de Drster, en el punto en que comienza el delta del río. La situación de Swiatoslao fué más favorable todavía cuando cayó en su poder una parte de Bulgaria y cuando falleció (30 de enero de 969) el zar Pedro, que había sabido inclinar el ánimo de Nicéforo hacia una solución pacífica. El príncipe ruso en tales circunstancias resolvió conservar los territorios conquistados y se afirmó más en este intento con las promesas de Calociros, que soñaba con la esperanza de apoderarse de la corona bizantina mediante la protección de Swiatoslao.

(1) Véase, para lo que sigue, Galitzin: *Historia guerrera universal*, vertida al alemán por Stretius, I, págs. 226-234, e Iricek: *Historia de los búlgaros*, Praga, 1876, págs. 185-189. Como fuente histórica véase a León Diácono, a quien citamos según la edición de Hase.

En esto llegó una embajada con la noticia de que los pechenegos tenían sitiada a Kieff y que la ciudad donde se encontraban encerrados la madre y los hijos de Swiatoslao necesitaba pronto auxilio por la falta de víveres que en ella se dejaba sentir. El príncipe no hizo más que dejar una guarnición en cada una de aquellas dos ciudades, las más importantes de cuantas había conquistado, Pereyaslawetz y Drster, y, atravesando las estepas, se dirigió precipitadamente a Kieff. El momento era supremo, pues sólo apelando a la astucia el vaivoda Pretitsch había logrado poner en salvo a Olga y a sus nietos. Pero los pechenegos fueron completamente derrotados por Swiatoslao antes de que resolvieran retirarse a las estepas y firmar la paz.

La tradición rusa refiere con gran riqueza de detalles este suceso, aquí apuntado ligeramente, y las siguientes frases demuestran el descontento que en los súbditos producían las empresas exteriores de su príncipe: «Tú, Knjaz (príncipe)—decían,—buscas países extranjeros y andas errante sin cuidarte de los tuyos. ¿No te compadeces de tu patria, ni de tu madre, que ya es anciana, ni de tus hijos?» Pero la Bulgaria continuaba siendo el blanco de sus más ardientes deseos: su patria no le gustaba; de suerte que en 969 decía a su madre y a sus boyardos: «No me gusta permanecer en Kieff; quiero vivir en Pereyaslawetz, junto al Danubio, porque aquél es el centro de mi país, porque allí se reúne todo lo bueno, los tejidos, el oro, el vino y la fruta de Grecia, la plata y los caballos de Bohemia y de Hungría, las pieles, la cera, la miel y los esclavos de Rusia.» A duras penas Olga, que sentía aproximarse la muerte, pudo inducirle a permanecer algún tiempo más a su lado; pero cuando murió y fué enterrada cristianamente, según sus deseos, Swiatoslao hizo los preparativos necesarios para su última campaña.

Había contraído matrimonio—el nombre de su esposa no ha llegado hasta nosotros—y tenía dos hijos legítimos, Yaropolk y Oleg: además, de una esclava llamada Maluscha, tenía otro hijo, llamado Wladimiro. Maluscha había sido camarera de Olga y era hija de Malko de Gubetsch y hermana de Dobrinya. Por su influencia los de Nowgorod decidieron ofrecer su principado a Wladimiro, después que Yaropolk y Oleg se hubieron negado a aceptarlo. Swiatoslao

dividió su imperio entre estos tres hijos, de manera que dió al mayor el territorio cuyo centro era Kieff; al segundo el país de los drewlyanes, y al tercero el principado de Nowgorod, que se le había ofrecido expresamente. Los tres hermanos debían de ser a la sazón muy jóvenes, pues su padre no contaba más que veintiocho años: Yaropolk podía tener a lo más trece años. Por esto hubo de establecer para ellos una especie de tutela: de Wladimiro fué, naturalmente, tutor su tío Dobrinya (Dobriña); los tutores de los otros dos no están mencionados, pero no es inverosímil que dirigiera al primogénito, durante su menor edad, el vaivoda Blud.

El anciano y experto Sveinaldr, que era la persona más caracterizada para desempeñar este cargo, acompañó a Swiatoslao en su segunda campaña a Bulgaria, que duró por espacio de dos años. No se sabe a punto fijo el cargo que Sveinaldr ejercía en el ejército del príncipe, no pudiendo haber desempeñado el de teniente general, pues León Diácono dice expresamente que los dos que en categoría venían después del rey eran como segundo Ikmor, en la antigua lengua del Norte Ingimar, y como tercero Sfenkel, probablemente Sveinkell (1).

Swiatoslao no se había reservado para sí territorio ni súbdito alguno en Rusia: sólo pensaba en Bulgaria, a la cual ya no quería conquistar para el emperador bizantino, sino para sí propio. Cierto que en los bizantinos encontró unos enemigos muy distintos de los búlgaros, a los cuales tan rápidamente había sojuzgado en la anterior campaña, y era además una circunstancia funesta para él la de no tener ninguna línea de retirada. Entre Bulgaria y Kieff se extendían las estepas, y aun cuando al emprender el ataque se encontraba en paz con los pechenegos, ¿quién podía asegurar que aquel pueblo de jinetes se mantendría fiel a ella, sobre todo si el oro de la corte bizantina le inducía a quebrantarla?

El día 10 de diciembre del año 969 fué asesinado en Constantinopla el emperador Nicéforo Focas, y su asesino, el armenio Juan Zimisces, excelente general, se encontró desde entonces al frente del Estado. Ya Nicéforo había firmado una alianza ofensiva y defensiva con los príncipes búlgaros Boris y Romano, apenas tuvo noticia de que Swiatoslao intentaba posesionarse de la Bulgaria, y Zimisces estaba decidido a no tolerar que este príncipe se apoderara impunemente de un solo palmo de terreno. Dos embajadas, enviadas a Swiatoslao para inducirle a que se retirara, no obtuvieron resultado alguno. Iba, pues, a verse si el valor de los rusos podía más que el arte militar de los bizantinos.

La guerra fué, en un principio, favorable a Swiatoslao. Pereyaslawetz, que en el entretanto había sido recuperada por los búlgaros, fué reconquistada por él después de una feliz travesía por el Dniéper, el mar Negro y el Danubio, y al poco tiempo logró apoderarse de otras muchas ciudades, pues supo arraigar hábilmente en el ánimo de aquellos habitantes la creencia de que no quería sino libertarles del yugo de los griegos. Asimismo consiguió tomar a sueldo a algunos húngaros y pechenegos, de manera que pudo atravesar los Balcanes al frente de un ejército de 30.000 hombres.

Bardas Skleros, cuñado del emperador y general de los bizantinos, hombre que a sus dotes militares unía una fuerza hercúlea y a quien estaba confiada la defensa de Tracia, se retiró hasta Arcadiópolis (actualmente Lula-Burgas) y libró a Swiatoslao, en el otoño de 970, delante de las puertas de la ciudad, una batalla que terminó con la derrota de los rusos y obligó a su príncipe a pasar de nuevo los Balcanes.

Las circunstancias de haber sido Bardas llamado en aquel momento para sofocar una sedición que había estallado en Capadocia y de haberse confiado la dirección de las operaciones militares al inepto Juan Kurkuas salvaron a Swiatoslao de una completa ruina. Tranquilamente pudo entonces dirigirse al Norte y de él habría dependido apoderarse de los pasos de los Balcanes si hubiese tenido un poco de prudencia; pero ésta era precisamente la cualidad que le faltaba.

Dejó transcurrir el año 971 entreteniéndose en expediciones de rapiña por la Macedonia que a nada conducían, mientras Zimisces hacía los mayores preparativos para acabar con él. Por dos lados distintos pensaba Zimisces atacar a Swiatoslao: una fuerte escuadra compuesta de pequeñas embarcaciones estaba destinada a conservar la línea del Danubio para cortarle la retirada, mientras los territorios del Sur de Andrinó-

(1) Obra citada, págs. 92 y 93. Véase León Diácono, pág. 83: τρίτην ἔχων τιμὴν παρὰ Σκύθαις μεταξὺ Σφενδοσλάβου. ἐκεῖνος γὰρ ἁπάντων κατῆρχεν.

polis estaban destinados a ser la base de las operaciones de los bizantinos.

Bardas Skleros, que entretanto había apaciguado la Capadocia, fué nuevamente enviado al teatro de la guerra y con un ejército escogido de 28.000 hombres, la mitad de ellos caballería, atravesó tranquilamente, durante la primavera del año 972, los pasos de las montañas, arrojándose en seguida sobre Pereyaslawetz, donde el warango Sfénkel tenía bajo su custodia al rey búlgaro Boris, y apoderándose de ella a pesar de la heroica resistencia de la guarnición, que en su mayor parte fué pasada a cuchillo. Sfénkel, con algunos hombres de su ejército, marchó a reunirse con Swiatoslao. Lo peor de todo para éste fué que Boris con su mujer y sus hijos había caído en poder de los griegos y firmado un tratado de amistad y alianza con Zimisces. No pudo, pues, sostenerse por más tiempo la ficción de que Swiatoslao había ido a libertar a los búlgaros del yugo de los griegos.

En tan apurado trance mostró aquel bárbaro, que tal era Swiatoslao a los ojos de los bizantinos, una actividad sorprendente: en efecto, se corrió hacia Drster, reclutó soldados de todas partes y al poco tiempo se encontró al frente de un ejército de 60.000 hombres, sintiéndose ya entonces con fuerzas bastantes para hacer frente a los griegos. El día 23 de abril se encontraron ambos ejércitos, probablemente en el territorio de la actual Kutschuk-Kainardschi: luchóse con gran valor por ambas partes; doce veces, dicen los griegos, la victoria pasó de unos a otros combatientes, hasta que por último Swiatoslao fué acorralado en Drster, poniéndose entonces nuevamente de manifiesto cuán funestas eran para él la falta de caballería y la imperfección de su armamento. Swiatoslao era más bien guerrero que general.

Por espacio de tres largos meses se defendió contra las fuerzas superiores de los griegos que se habían reforzado con la escuadrilla del Danubio, hasta que al fin el hambre y las pérdidas que los repetidos ataques habían hecho sufrir a su ejército, reduciéndolo considerablemente, le determinaron a jugar el todo por el todo en una última y desesperada lucha.

La tradición nos ha conservado el texto del discurso con que inflamó los ánimos de su ejército, discurso que lleva impreso el sello de la sinceridad. «Ya no podemos dirigirnos a ningún lado—dijo a los suyos,—voluntaria o forzosamente hemos de oponer resistencia al enemigo; así no deshonraremos a Rusia, porque pereceremos aquí y los muertos no deshonran. Si huímos, quedaremos deshonrados: por esto no queremos huir, sino que nos sostendremos con energía. Yo iré delante de vosotros, y cuando caiga mi cabeza, entonces podréis pensar en vosotros mismos (1).» Sus guerreros exclamaron entonces: «Allí donde caiga tu cabeza, allí caerán también las nuestras.»

Así comenzó la última lucha decisiva que los griegos nos narran con prolijos detalles, pues entre ellos despertó también gran admiración el heroísmo de Swiatoslao. La victoria estuvo largo tiempo indecisa: Swiatoslao fué herido por el atleta griego Anemaches y arrancado de su caballo; pero los suyos volvieron a libertarle.

Una tempestad, durante la cual el viento azotaba con inusitada furia los rostros de los rusos, obligó a éstos a emprender la retirada, creyendo que contra ellos se volvía la cólera del dios tonante; pero la retirada acabó de consumar el desastre, pues cayeron en una emboscada y sólo una ínfima minoría logró hallar su salvación detrás de las murallas de Drster. Swiatoslao se había salvado, pero 15.000 de sus hombres habían quedado sin vida en el campo de batalla. No tenía esperanza alguna de librarse del alcance de los griegos, en vista de lo cual decidió solicitar la paz, y Zimisces honró el valor del enemigo permitiéndole salir libremente, dándole víveres, renovando con él los antiguos tratados de comercio y prometiéndole inducir a los pechenegos a que le permitieran a él y a los suyos regresar a su patria.

Los griegos creyeron que debían aquella difícil victoria a un milagro de San Teodoro Stratelatos. Swiatoslao, acompañado de 22.000 hombres, según cuenta de los griegos al señalar a los rusos los víveres, emprendió la retirada con el corazón traspasado de dolor. El codiciado

(1) También León Diácono reproduce el discurso de Swiatoslao: el sentido es el mismo, aunque las palabras son diferentes; según él terminó diciendo: οὐδὲ γὰρ ἔυιμον ἡμῖν φεύγουσιν ἐς τὴν πατρίδα φοιτᾶν, ἀλὰ ἢ νικῶντας ζῆν, ἢ εὐκλεῶς τελευτᾶν, ἔργα ἐπιδεδειγμένοις γενναίων ἀνδρῶν (pero no siendo costumbre nuestra volver huyendo hacia la patria, a falta de victoria «una gloriosa muerte puede servir de ejemplo a los hombres bien nacidos»).

reino del Danubio se le había escapado cuando tenía su propio imperio dividido entre sus hijos: tenía, pues, que renunciar a volver a ver Kieff. En la desembocadura del Dniéper tuvo noticia de que los pechenegos le esperaban más arriba, en las cataratas del río: esta línea, tan importante desde el punto de vista estratégico, había caído en poder del enemigo durante la ausencia de Swiatoslao.

La postración en que se encontraba su aniquilado ejército no le permitía intentar atravesar por entre los contrarios. En la esperanza de que le llegarían socorros de Kieff, decidió esperar en Bjeloberesch; pero pasó el invierno, el hambre diezmó sus tropas, los caballos fueron muertos, sus cabezas se vendían por media griwna y el deseado auxilio no llegaba. Sveinaldr aconsejó entonces que se abandonaran las embarcaciones y se atravesara el campamento enemigo tomando por ocultos senderos, pero Swiatoslao no pudo resolverse a ello y, al llegar la primavera, subió por el Dniéper y fué asesinado por el príncipe pechenego Kurja: sólo pudo salvarse el anciano Sveinaldr, a quien Swiatoslao había enviado por tierra.

Esto aconteció a fines de febrero o de marzo del año 973. Los pechenegos forraron de oro el cráneo de Swiatoslao y lo hicieron servir de vaso en sus orgías (1). La vida y el fin de este príncipe ruso son los de un aventurero. No fué un soberano reinante, sino uno de aquellos wikingos del Norte que habían hecho algunos siglos antes sus correrías: era un héroe, no un general, pero su persona es en extremo simpática.

La tradición rusa hace de él la siguiente descripción: «Apenas hubo llegado a la edad viril, comenzó a reunir muchos y valientes ejércitos, pues era muy valeroso. Con la ligereza de la pantera recorría los países y recogía guerreros. Cuando estaba en campaña no llevaba coche alguno, ni siquiera una marmita: no cocía carne, sino que comía carne de caballo cortada en pedacitos pequeños, o caza o carne de buey tostada sobre carbones. Tampoco usaba tienda de campaña, sino que extendía una manta de caballo y la silla le servía de almohada. De la misma manera vivían sus guerreros.» Los griegos nos han dejado también una descripción del héroe. Después de firmada la última paz, Zimisces y Swiatoslao celebraron una entrevista en la orilla derecha del Danubio, en cuya ocasión los griegos tuvieron espacio para examinarle detenidamente. Era de mediana estatura, de ojos azules y pobladas cejas; su nariz era chata y la boca adornada con un gran bigote; su barba era poco espesa y de su cabeza pendía rizada cabellera: tenía ancho cuello y los demás miembros del cuerpo eran proporcionados. Su aspecto era siniestro y salvaje: de una de sus orejas pendía un anillo compuesto de un rubí y dos perlas: su blanca túnica sólo por su limpieza se diferenciaba de la de sus guerreros.

En Rusia apenas llamó la atención la muerte del príncipe: éste y sus hombres eran como extranjeros para el imperio, y los lazos de unión habían permanecido rotos durante tanto tiempo, que nunca llegaron a tener los rusos conciencia de que su muerte fuera una verdadera pérdida. Los tres hijos de Swiatoslao hacía años que ejercían una soberanía por nadie combatida: Yaropolk gobernaba en Kieff, Oleg en el país de los drewlyanes y Wladimiro en el Norte, entre los eslavos del Ilmen y sus vecinos fineses.

Los tres príncipes eran menores de edad: Yaropolk podía contar a lo sumo quince años y aun quizás no los tenía. Sweneld se reunió con él y, según parece, pronto alcanzó gran influencia con el antes mencionado vaivoda Blud (2): su hijo, Lyut, figuraba entre los compañeros del joven príncipe, el cual, después que aquél fué muerto en 974 en la caza por los hombres de Oleg, entabló una lucha con su hermano (3).

Tres años después, en 977, ocurrió el rompimiento: Oleg fué derrotado y pereció ahogado cuando intentaba volver a su residencia (4): en la precipitación de la fuga había sido arrojado desde un puente. Entonces el país de los drewlyanes quedó unido al de Kieff sin que ocu-

(1) La cronología de la muerte de Swiatoslao ha sido objeto de controversia. Kunik y Wassiliewski creen que el año 973 es incontestable. Véase: *Sobre el año en que murió Swiatoslao*, a Igorewitsch (en ruso), San Petersburgo, 1876.

(2) No se sabe si el nombre Blud es del Norte o eslavo: en el primer caso se pronunciaría *Lyótr* o *Lyútr*, en el segundo significaría «el cruel.»

(3) Que no fué el mismo Oleg quien mató a Lyut, como refiere la crónica, se desprende del hecho de contar el primero 14 años a lo más (en 974), mientras que el segundo debía de ser mucho mayor.

(4) El cronista llama a este lugar Wrutschai: es la actual Owrutsch, junto a un afluente del Uscha, que desemboca en el Pripet.

rriera ulterior resistencia. Wladimiro, atemorizado por la ambición de su hermano, emprendió la fuga, de manera que Yaropolk quedó en Rusia como único soberano.

El imperio tuvo dos años de paz, durante los cuales había ido creciendo Wladimiro, el cual había encontrado un refugio allende los mares, entre los warangos. Desde allí, al tercer año, en 979, acompañado de un gran número de mercenarios warangos se dirigió a Rusia y al momento se apoderó de Nowgorod: el gobernador que en esta ciudad había puesto Yaropolk huyó, y Wladimiro, que tenía a su lado a su tío Dobrinya, pudo reclutar entre los habitantes, chudos y kriwitsches, un gran ejército.

Sin embargo, antes de decidirse a ir abiertamente en son de conquista contra su hermano, intentó asegurarse de la alianza de Rogwolod, príncipe de Polozk. Rogwolod, o en forma escandinava Raguvaldr, era un príncipe normando independiente, no unido por ningún lazo de parentesco con la familia de Rurik, y cuya soberanía había sido fundada, no sabemos cuándo ni cómo, en el Dwina medio, entre las tribus eslavas de los polotschanos (1).

El hermano mayor también había buscado alianzas por este lado, pidiendo la mano de Rogneda, en escandinavo Ragnheid, hija de Rogwolod. Al ver Wladimiro desestimada la misma petición que hizo por su parte — pues la orgullosa princesa le echó en cara su linaje, haciéndole decir que no quería casarse con el hijo de una criada, sino que prefería a Yaropolk, — dirigióse con todas sus fuerzas contra Polozk, mató al príncipe y a sus dos hijos y tomó a Rogneda por mujer. Después, sin detenerse, marchó contra Yaropolk, el cual, no sintiéndose con fuerzas bastantes para resistir el ataque de su hermano, le esperó, siguiendo los consejos de su vaivoda Blud, detrás de las murallas de Kieff.

Blud, sin embargo, halagado con la promesa que le hizo Wladimiro de concederle el primer puesto en su corte, se decidió a hacer traición a su señor. Para esto comenzó por inducir al príncipe, que tenía en él confianza ciega, a que saliera de Kieff y se encerrara en Rodna, y cuando Wladimiro, después de penetrar en la primera de estas dos ciudades, puso cerco a la segunda, le aconsejó que se entregara incondicionalmente a su hermano. A pesar de las amonestaciones de uno de sus fieles servidores, que comprendía la traición de Blud, Yaropolk entregóse a Wladimiro y fué asesinado por dos warangos, que habían sido apostados con este fin a la entrada del aposento del príncipe. Wladimiro quedó, pues, soberano único en Rusia.

(1) No me parece inverosímil que esta soberanía fuese de fecha reciente: en tiempo de Rurik no existía. También causa sorpresa el hecho de que no se haga en ninguna parte mención de la toma de la ciudad por Oleg. Este, en su expedición de Nowgorod a Kieff, avanzó de una manera tan sistemática que de fijo no hubiera consentido en que a sus espaldas hubiera un reino normando independiente. De aquí nace la hipótesis de que aquella soberanía nació en tiempo de Swiatoslao, en que la Rusia estaba entregada a sí misma.

CAPÍTULO VII

WLADIMIRO EL SANTO

Motivos tenemos para creer que, en la lucha entre Yaropolk y Wladimiro, el primero no se vió del todo apoyado por los suyos a consecuencia de su inclinación hacia el cristianismo: su carácter vacilante le impidió además atraerse al partido cristiano, que indudablemente existía en Kieff, y sucumbió por la tibieza de sus disposiciones y por la falta de confianza en sí mismo. Nunca le vemos obrar por iniciativa propia: primero es Sweinaldr quien le induce a declarar la guerra a Oleg, luego toda su conducta se inspira en los consejos de Blud.

Wladimiro es el reverso de la medalla: cierto que también estaba bajo la dirección de un hombre, pero Dobrinya había educado al joven príncipe en principios de independencia, y la permanencia de éste en Escandinavia, durante tres años, contribuyó poderosamente a formar su carácter. En primer lugar era acérrimo partidario de los antiguos dioses, y tan luego como la derrota de su hermano reunió en sus manos todo el poder del Estado ruso, pensó en mostrar su gratitud hacia las antiguas divinidades que le habían conducido a la victoria, renovando sus templos y consagrándoles ferviente veneración. Por esto comenzó a levantar en Kieff, que fué su residencia, estatuas en honor de sus dioses: cerca de la torre que habitaba el príncipe alzábanse en una colina las estatuas de las divinidades siguientes: un Pirún, de madera, con la cabeza de plata y los bigotes de oro; Chors, Daschbog, Stribog, Simargla, Mokosch, dioses que seguían en importancia a Pirún y de los cuales sólo conocemos el nombre.

Casi puede creerse que los príncipes normandos fueron los primeros que indujeron a los rusos a levantar estatuas a sus dioses; por lo menos no hay noticia de que éstas existieran antes. El culto introducido por Wladimiro reviste un carácter sanguinario, completamente ajeno al modo de ser de los eslavos (1): era una tentativa para dar al incoloro sistema religioso de sus súbditos una dirección que les pusiera en condiciones de combatir los progresos del cristianismo. En todos los períodos de transición encontramos igual fenómeno. Pero precisamente este procedimiento robusteció al cristianismo, y las víctimas que a Pirún se sacrificaban, los hijos que le debían ser ofrecidos, fueron los últimos que sucumbieron en Rusia ante los dioses paganos.

La resistencia se manifestó en algunas ocasiones: un warango cristiano, a cuyo hijo había tocado por suerte ser víctima propiciatoria, rechazó y colmó de insultos a los enviados de Wladimiro, que trataron de llevarse al niño; y aun cuando la bárbara multitud asesinó al padre y al hijo, el aguijón quedó clavado y el valor de que dieron pruebas las víctimas cristianas no fué olvidado.

El príncipe se mantenía aferrado a sus dioses al mismo tiempo que se entregaba con exceso a los placeres del amor. Además de sus cinco esposas legítimas, tenía, cual otro Salomón, ochocientas concubinas: trescientas en Wischegorod, trescientas en Belgorod y doscientas en la aldea de Berestoff, lugares todos situados en las cercanías de Kieff. Sabía desembarazarse con fuerza y astucia de sus enemigos. Los warangos le estorbaban: habíansele sublevado y, no habiendo podido saquear a Kieff, pedían una suma que ascendía a dos griwnes por cada ciudadano de la capital. Wladimiro supo contenerlos, se atrajo a sus caudillos dándoles territorios y súbditos y tomó con los demás una actitud tan amenazadora que los warangos se dieron por muy satisfechos con que se les permitiera dirigirse libremente a Grecia. Entonces el príncipe ruso envió por delante al emperador una embajada, diciéndole: «Los warangos se dirigen a tu país; no les dejes permanecer en la ciudad, pues causarán en ella los males que aquí han producido: distribúyelos en distintas comarcas y no permitas que ninguno regrese a mis territorios.»

Wladimiro se hizo reconocer rápidamente en todas partes: los wiatisches fueron los primeros sojuzgados y obligados a pagarle tributo; luego, en el mismo año 981, arrebató a Polonia una parte de las plazas fuertes del país de los korwates, de las cuales los polacos se habían apoderado aprovechándose de las debilidades de los anteriores reinados: Peremischl y Cherwen volvieron a ser rusas, aun cuando Wladimiro se vió obligado después a emprender una serie de campañas para conservar su posesión, de tal suerte que la lucha se prolongó, con algunas interrupciones, hasta los primeros años del reinado de Boleslao.

La tradición se encuentra al llegar a este punto tan confusa que no nos es posible seguir en sus pormenores esta lucha. De excepcional importancia fué también una campaña que Wladimiro emprendió en el territorio selvático de los yatwiagos de Lituania, los cuales, al decir de la crónica rusa, fueron sojuzgados, siendo conquistado su territorio. Esto no obstante, en el siglo XIII volvemos a encontrarlos en completa independencia. Según todas las probabilidades, no fué aquélla más que una expedición para tomar venganza de la invasión que los yatwiagos habían llevado a cabo en el vecino territorio de los dryagowisches. Después de haber descansado las armas por espacio de tres años, dirigióse Wladimiro contra los radimitsches, tribu que se había apoderado del corazón de la antigua Rusia, es decir, del territorio del Dniéper medio, al Norte de Kieff.

Sorprende que las distintas tribus eslavas, que a pesar de soportar hacía veinte años la soberanía normanda todavía pagaban a disgusto el tributo al extranjero, no supieran unirse para organizar una resistencia común. En todos los ámbitos del imperio estallaron sublevaciones durante el período que estudiamos, pero siempre los warangos consiguieron irlas dominando una tras otra, y apoyados por Nowgorod y Kieff, es decir, por las tribus de los slowenos y de los polyanes, que siempre se mantuvieron fieles, continuaron siendo los dueños de la situación.

Los radimitsches, que habían dejado escapar la favorable ocasión que pocos años antes se les había ofrecido, sintie-

(1) Véase Stassoff: *Observaciones sobre los rusos de Ibn-Fadlhan* (en ruso). *Diario del ministerio de la Ilustración popular*, CCXVI, cuaderno 2.°, pág. 287.

ron entonces solos todo el peso del poder militar de los eslavo-warangos, sufriendo junto al Pischtschán, afluente del Sosch, una derrota que quebrantó para siempre su resistencia. Esta derrota reanimó al parecer en Wladimiro el afán por las guerras, pues en el siguiente año ya le vemos haciendo aprestos para la lucha, que esta vez había de ser con los búlgaros del Volga y del Oka. El y su ejército emprendieron el camino fluvial, mientras que los mercenarios turcos les seguían a caballo por las márgenes del río.

La suerte le fué también favorable en esta campaña, pero por consejo de Dobrinya, que seguía dirigiendo a Wladimiro, se firmó la paz. Ignoramos cuáles fueron las condiciones en ella estipuladas; lo único que sabemos es que ambas partes juraron respetarla «hasta que las piedras nadaran y el lúpulo comenzara a sumergirse en el agua.» Esto no obstante, hubo después otras dos campañas contra los búlgaros, y sólo a fines del reinado de Wladimiro pudo firmarse el tratado de comercio que debía ser de más larga duración.

Todas las empresas hasta entonces realizadas por el príncipe revelan un plan muy bien meditado. A fines del año 987 había asegurado las fronteras de su imperio y restablecido la tranquilidad en el interior, siendo en esta fecha soberano exclusivo de toda la herencia dejada por su padre. No tenemos razón alguna para creer que la interesantísima conducta seguida posteriormente por Wladimiro, su expedición a Kherson y su ingreso en el cristianismo, hecho que se relaciona con aquella expedición, fuesen resultado de la buena fe o de una inspiración repentina; antes bien, las narraciones contenidas acerca de ello en la tradición rusa demuestran que sólo se nos refiere el final de una serie de sucesos, cuya cohesión no podemos comprender del todo.

Como cierto puede considerarse lo siguiente: Wladimiro, por medio de los elementos paganos, había conseguido ser soberano absoluto de Rusia; educado en Nowgorod, donde subsistía en toda su fuerza el paganismo, en oposición a lo que vemos en Kieff, pudo, durante su permanencia en Suecia, conocer fijamente el culto de los dioses del Norte, que se mantenía todavía en vigor en aquellos países. De aquí el celo que mostró en los comienzos de su reinado; pero pronto cambiaron las cosas.

La nueva residencia, Kieff, estaba minada por los elementos cristianos; había en ella una iglesia cristiana que podía presentar sus mártires; allí se levantaba la bendita tumba cristiana de su abuela Olga, «que fué la más sabia de las criaturas;» allí, por último, dadas las relaciones mercantiles que con el imperio bizantino existían, llegaban las relaciones de los mercaderes rusos, que regresaban a su patria, describiendo el lujo del culto de Constantinopla, que contrastaba poderosamente con las formas primitivas del culto tal como se usaba entre los eslavos rusos.

Hay que agregar a esto que Wladimiro se había visto obligado a licenciar a los warangos paganos, con cuyo auxilio había fundado su soberanía. Una tradición contenida en las sagas del Norte, cuya veracidad no puede negarse en absoluto, refiere las luchas que hubo de sostener contra Suecia, que desde el Norte procuraba ensanchar sus conquistas; de suerte que se hacía ya una campaña contra aquellos elementos entre los cuales se había conservado más puro el paganismo. Wladimiro se vió, pues, obligado, por la fuerza de las circunstancias, a buscar su más firme apoyo entre los eslavos, y especialmente entre los polyanes de Kieff, que eran los que más se habían dejado influir por el cristianismo.

La tentativa hecha para regenerar el paganismo podía considerarse como fracasada, y el mismo príncipe no podía ya evitar el adquirir un conocimiento más inmediato de las doctrinas cristianas. La tradición rusa ha envuelto la historia preliminar de la conversión de Wladimiro en una especie de aureola legendaria, refiriendo con sobrada candidez que se le presentaron representantes de las religiones judía, mahometana, católico-romana y bizantina, cada uno de los cuales se esforzó por conquistarle para sus respectivas creencias. Añade que el representante de la griega fué el que con su elocuencia y con la descripción del juicio final produjo mayor impresión en su ánimo.

No tomó, sin embargo, una resolución definitiva, sino que dijo: «Quiero esperar un poco y enterarme de las doctrinas de los demás.» Después de esto, según refiere la crónica, convocó a sus boyardos y a los más ancianos de la ciudad—lo cual es más extraño,—exponiéndoles sus dudas y decidiendo, por consejo de los concurrentes, enviar emi-

sarios que por sí mismos pudieran apreciar lo que valía cada una de las distintas religiones. En su consecuencia partieron diez hombres, los cuales se dirigieron primero al país de los búlgaros, luego al de los alemanes y, por último, a Constantinopla—no visitando a los cazares judíos, lo cual no deja de ser extraño,—cuyo lujoso culto causó en ellos impresión profunda.

La descripción que le hicieron indujo a Wladimiro a abrazar la religión cristiana, y sólo le asaltaron dudas respecto del lugar en que, con los suyos, debía ser bautizado. Al año siguiente, 988, dirigióse contra Kherson, que pertenecía al emperador bizantino, puso sitio a la ciudad y recibió de un traidor el consejo de cortar el agua que la abastecía, medio seguro para obligarla a la rendición. El príncipe ruso había prometido que si el éxito coronaba su empresa, recibiría el bautismo en Kherson.

La ciudad capituló y Wladimiro envió embajadores a los emperadores bizantinos, Basilio y Constantino, solicitando la mano de su hermana, la cual le fué concedida a condición de que se hiciera cristiano. Al entrar en Kherson enfermó de tal manera de los ojos que se quedó sin vista, y no la recobró hasta que por consejo de su esposa, la princesa Ana, hubo recibido las aguas del bautismo. Este suceso ocurrió en la iglesia de la Madre de Dios, de Kherson, y la ciudad fué por él devuelta a los griegos como dote a cambio de la zarina.

Tales son los rasgos fundamentales de la tradición, cuyos detalles legendarios saltan desde luego a la vista. Las embajadas a los distintos países no fueron enviadas: el milagro de la curación repentina de Wladimiro ha sido por vez primera referido por autores posteriores. Esto está comprobado por el hecho de que el metropolitano Hilarión, que escribió en aquella época, nada dice acerca de las embajadas. En cambio es histórica la expedición a Kherson, como lo son también los hechos con ella enlazados de la conversión y del casamiento de Wladimiro con Ana, hija del emperador Romano II.

También es muy verosímil que Wladimiro considerara la victoria conseguida en su campaña contra Kherson en cierto modo como un juicio de Dios, que había de inducirle o desviarle de las nuevas creencias. El hecho, sin embargo, no ha sido puesto en claro hasta que el barón Rosen descubrió recientemente la crónica de Yahya de Antioquía: el cronista escribió en tiempo de Yaroslao, hijo de Wladimiro, y puede por esto ser considerado como contemporáneo de aquellos sucesos.

Wladimiro, al emprender la campaña de Kherson, eligió un momento favorable, pues los emperadores bizantinos Basilio y Constantino VIII se encontraban en situación muy apurada a consecuencia de la sedición promovida en Capadocia por Bardas Focas, que se había hecho proclamar contraemperador. Para salvar la capital y el trono no les quedó a aquéllos más recurso que implorar el auxilio de Wladimiro, el cual envió un ejército de 6.000 hombres, que, conducido a Constantinopla en embarcaciones griegas, dió a Basilio la victoria contra los insurrectos.

La batalla de Abidos, librada en 13 de abril de 989, puso fin a la sublevación. Kherson no había sucumbido todavía. La aparición de un terrible cometa y de una aurora boreal, que, según la tradición, anunciaron la caída de Kherson, permiten fijar fechas exactas. La aurora boreal se vió en Egipto el día 7 de abril de 989, y el cometa, que brilló por espacio de veinte días en el firmamento, desapareció el día 27 de julio del propio año: la ciudad debió, pues, de capitular lo más tarde el día antes de esta fecha y siempre después del 7 de dicho mes. Después de la toma de Kherson, Wladimiro, embriagado por la victoria, envió a Constantinopla dos embajadas y pidió la mano de la princesa Ana. Esta le fué concedida, y entonces él, como regalo de novio, devolvió a los griegos la ciudad conquistada, concediéndole en cambio los bizantinos las regalías y el título de *Basileos* (rey), que hizo grabar acto continuo en sus monedas de oro y de plata.

No puede determinarse a punto fijo si la princesa Ana llegó a Kherson durante el verano del año 989 y si Wladimiro recibió el bautismo en dicho año o en 990. El hecho de que los emperadores griegos se decidieran a dar por esposa a un bárbaro la princesa Ana se explica perfectamente por lo que nos refiere Yahya (1). El matrimonio de su herma-

(1) Según relación epistolar del académico Kunik. El pasaje de Yahya referente a este punto dice así:

«Y se levantó abiertamente Barcas Focas y se hizo proclamar emperador el miércoles, día de la Santa Cruzada (14 de septiembre de 987)... Y se agotaron sus tesoros (los del emperador Basilio), y la necesidad le obligó a enviar una embajada al

na Ana con el príncipe ruso ofrecía la perspectiva de una paz duradera con Rusia, y sobre todo la inmensa gloria de conquistar a todo un pueblo para el cristianismo. Esta última consideración debió de ser de gran peso, sobre todo entonces, cuando se acercaba el año 1000. Constantinopla no volvió a ser molestada por Rusia, y con la conversión de su peligroso vecino consiguió mucho más de lo que con todos sus ejércitos habría logrado.

La princesa Ana, que, según cuenta la tradición, se embarcó con las lágrimas en los ojos, pudo unir al sacrificio que hacía la esperanza de una eterna recompensa. Wladimiro había procurado perpetuar su memoria en Kherson fundando en esta ciudad una iglesia, después de lo cual regresó a su patria llevando consigo reliquias, una esposa y un buen número de sacerdotes griegos. Llegado que hubo a Kieff, dedicóse con celo a derrocar los antiguos dioses y a abrir ancho campo al cristianismo.

El hecho nos ha sido transmitido por la antigua crónica, que lo ha tomado de la tradición que todavía se conservaba en el pueblo, y merece que a él dediquemos algunas palabras. Las estatuas de los dioses fueron en parte hechas pedazos y en parte quemadas: a la de Pirún, sin embargo, divinidad tan venerada por las creencias populares, mandó atar a la cola de un caballo, y de la altura en que era venerada fué de esta suerte bajada al valle y colocada junto al Dniéper: en este punto había doce hombres dispuestos con palos que la levantaron en alto y la arrojaron a la corriente del río, en cuyas márgenes, hasta llegar a las cascadas, había hombres de confianza que la empujaban río adentro cuando la corriente la lanzaba a la orilla, y no permitían a los desconsolados paganos que se acercaran a la imagen de aquella divinidad.

Por fin ésta se perdió de vista, pero al llegar a las estepas de los pechenegos el viento la arrojó a la orilla, la cual desde entonces y durante más de un siglo llevó el nombre de orilla de Pirún. Wladimiro, acto continuo, mandó dar un pregón en que se decía que el ciudadano, pobre o rico, que a la mañana siguiente no se encontrara en la margen del Dniéper sería considerado como enemigo. «Cuando las gentes oyeron esto se alegraron y dijeron: si esto no fuese algo bueno, no lo hubieran aceptado el príncipe y los boyardos. A la otra mañana presentóse en el Dniéper Wladimiro acompañado de los sacerdotes, de la zarina y de los que había llevado de Kherson, y muchos circunstantes se reunieron y se metieron en el río, con agua hasta el cuello unos y hasta el pecho otros, entre ellos los niños. Algunos sostenían a estos últimos: los adultos andaban dentro del agua y los sacerdotes rezaban de pie sus oraciones: daba gozo verlos. Cuando todas aquellas personas hubieron sido bautizadas, cada cual regresó a su casa.»

Así dice la antigua crónica: sin embargo, por otros conductos sabemos que la conversión al cristianismo no se realizó sin alguna resistencia y los más fanáticos partidarios de los dioses paganos huyeron de Kieff, refugiándose en las estepas o en las vecinas selvas. La ciudad de Kieff, el príncipe y sus hombres fueron los únicos que se convirtieron en seguida: el resto de Rusia continuó durante mucho tiempo afecto al paganismo.

Aun cuando en Kieff fueron destruídas las estatuas de los dioses y en los sitios en que antes estaban se levantaron templos cristianos; aun cuando los hijos de las principales familias de la ciudad fueron instruídos en las nuevas doctri-

---

emperador de los rusos, que era su enemigo, para suplicarle que le auxiliara en tan apurado trance. Y él aceptó, y ambos firmaron un tratado de parentesco, casándose el zar de los rusos con la hermana del emperador. Resuelta la cuestión del matrimonio, presentáronse las tropas rusas y se reunieron con el ejército griego. El emperador Basilio y su hermano Constantino, al frente de su ejército y del de los rusos, se encontraron con Bardas Focas junto a Abidos y le derrotaron completamente, y Focas fué muerto el sábado, 13 Nizán (abril)...» Impreso en la obra: *El emperador Basilio, campeón de los búlgaros. Extracto de la crónica de Yahya de Antioquía*, publicada por el barón Rosen, en San Petersburgo, en 1883, pág. 22.

Con esta relación concuerda la opinión de Golubinski, obra citada, pág. 103. De las noticias publicadas por el monje Jacob resulta que Wladimiro se apoderó de Kherson dos años después de haber sido bautizado, hecho que, como el bautismo de Olga, fué tenido al principio en secreto: de suerte que la toma de aquella ciudad se llevó a cabo, según esta cuenta, en 987. La expedición había sido emprendida «para llevar al país cristianos y sacerdotes que le instruyeran.» La cronología de Jacob no es muy fidedigna, pues a dar crédito a la observación de éste, reproducida por Golubinski, de que Wladimiro fué bautizado diez años después del asesinato de Yaropolk, el hecho del bautismo habría acaecido en 988, fecha que en manera alguna puede ser exacta. Que el bautismo de Wladimiro fué un hecho enlazado con sus relaciones con Grecia se demuestra por haber tomado el nombre de Wassili, que se refiere claramente al del emperador Basilio.

nas, quedaba mucho por hacer antes de que pudiera calificarse de cristiana a la nación rusa.

También ofrecía sus dudas saber si en todas partes se prestaría el pueblo tan fácilmente a seguir los mandatos y el ejemplo del príncipe: esto dependía en gran parte de la actitud que tomara Nowgorod. Pero Wladimiro no había perdido el tiempo: de Constantinopla había llegado el metropolitano Miguel para desempeñar en Kieff las funciones de jefe supremo espiritual de la Iglesia rusa, y se acordó proceder sistemáticamente y comenzar por conquistar para la causa del cristianismo las poblaciones que se encontraban situadas en la vía fluvial que iba desde Kieff hasta Nowgorod.

En este punto son muy incompletos los datos que tenemos acerca del curso de los sucesos. El metropolitano Miguel pasó por Nowgorod y llegó hasta Rostoff, pero falleció en 991 ó 992. En los esfuerzos que para el logro de su empresa hizo auxilióle poderosamente Dobrinya, el cual tuvo que apelar algunas veces a la fuerza de las armas, pues ya era de esperar que el Norte no se sometería voluntariamente a las nuevas doctrinas. La primera conversión de Nowgorod fué puramente nominal, de suerte que cuando Leontias, el sucesor de Miguel (992-1004), griego oriundo de Kherson, nombró a Joaquín primer obispo de Nowgorod, ocurrieron en esta ciudad algunas sangrientas sediciones: la casa de Dobrinya fué destruída, asesinada su esposa, y sólo apelando al fuego y a la espada pudo restablecerse el orden.

Entonces las estatuas de los dioses fueron derribadas, como antes lo habían sido en Kieff, y la población recibió a la fuerza el bautismo (1). También se presentó Wladimiro, con el propósito de convertirlas, en las comarcas del Oeste del Dniéper; pero, como era natural, la admisión del cristianismo fué en ellas tan sólo aparente. Los territorios del Este y del Noroeste continuaron siendo durante mucho tiempo paganos. Con todo, se había dado el primer paso decisivo, y la desaparición completa del paganismo no podía ya ser más que cuestión de tiempo. En Rusia, como en todos los países donde penetraba el cristianismo, los gérmenes de la civilización comenzaron a echar raíces.

Con las Sagradas Escrituras impusiéronse en aquel país el arte de leer y el de escribir, que habían ya adquirido carta de naturaleza entre los búlgaros eslavizados desde los tiempos de Cirilo y de Metodio. La tradición pretende que los primeros sacerdotes fueron búlgaros, pero si así fué, éstos debieron de poseer necesariamente el idioma eslavo. También vemos a Wladimiro procurando instruir a algunos indígenas para que en lo sucesivo enseñaran al pueblo. Supo asimismo dar a la celebración de los días de fiesta cristianos un carácter que compensaba al pueblo de los banquetes con que se solemnizaban los sacrificios paganos; y la tradición popular, tal como ha llegado hasta nosotros, no sólo en la crónica, sino en las canciones populares, describe con cierta fruición los banquetes que daba no sólo a su corte, sino a todo el pueblo.

Todas las semanas los hombres de su séquito y los ancianos de la ciudad de Kieff comían a la mesa que Wladimiro les tenía preparada en su palacio, aun en las ocasiones en que estaba ausente de la capital. Existía una cohesión íntima entre Wladimiro y su drushina. No era este príncipe un héroe militar en el sentido en que lo había sido su padre: a la dureza que mostró, como hemos visto, en los comienzos de su reinado, sucedió posteriormente cierta suavidad, y hasta podemos decir cierta idea sentimental de la misión que como soberano le estaba confiada.

Horrorizábale tener que aplicar la pena de muerte, y cuando el bandolerismo tomó inusitado incremento en su imperio, los obispos tuvieron que recordarle los deberes que como soberano sobre él pesaban. Ante tales excitaciones, se resolvió a volver a poner en vigor aquella pena, que había substituído por el pago de una multa. El clero comenzó entonces a ejercer especial influencia en la dirección de la política interior y exterior.

Su corte, el clero y en tercer término los ancianos de la ciudad compartieron el influjo en el ánimo del príncipe. En el exterior procuróse mantener la paz, lo cual en Polonia sólo se consiguió en parte, como en otro lugar veremos; en cambio fueron amistosísimas las relaciones que entre él y Bohemia y Hungría existieron. Respecto de Roma, encontramos las relaciones envueltas en

(1) Los datos contenidos en la crónica de Joaquín, aun cuando de época posterior, son aprovechables, porque en ellos se dibujan indudablemente las huellas de una antigua tradición verdadera.

cierta obscuridad; pero de todos modos no son justos los que en Wladimiro presienten el antagonismo entre el cristianismo oriental y el occidental. Las fuentes históricas rusas dedican escasa atención al Occidente; para ellas el interés principal estriba en las luchas con los salvajes vecinos del Sur, es decir, con los pechenegos.

En el año 992 encontramos a las tropas de Wladimiro enfrente del ejército de los pechenegos en las cercanías de Peresyaslawl. Un desafío debía decidir la lucha, pero ningún ruso se atrevía a medir sus fuerzas con el atleta que como campeón habían elegido sus enemigos, hasta que un anciano se ofreció a presentar como adalid a su hijo menor, que no había salido de su casa y a quien hasta entonces nadie había podido vencer. Presentóse el joven, y después de haberse ensayado delante de Wladimiro en un toro bravo, comenzó el desafío en presencia de ambos ejércitos.

Los dos adversarios se lanzaron uno contra otro y se agarraron en furiosa lucha. La victoria estuvo durante mucho tiempo indecisa, hasta que, por último, el ruso consiguió estrangular con sus férreas manos a su adversario. Los pechenegos emprendieron la fuga y Wladimiro fundó la ciudad de Pereyaslawl (1) en el sitio donde había tenido efecto la lucha, para perpetuar la memoria del hecho de haber pasado en aquel sitio a los rusos la fama de que hasta entonces habían gozado los pechenegos.

Esta narración tiene un carácter indudablemente legendario, pues Pereyaslawl existía ya en tiempo de Oleg. El hecho de esta lucha recuerda la de David y Goliat. A pesar de todo, la narración tiene un tinte característico.

Durante tres años la paz no fué turbada, pero luego en 995 y 997 ocurrieron otras dos terribles invasiones de los pechenegos, a los cuales Wladimiro sólo a duras penas, con grandes pérdidas y muchos esfuerzos, pudo contener. Hacíase necesario buscar un remedio persistente creando una línea de fortificaciones, y con este objeto se fundaron ciudades junto a los ríos Desna, Osta, Trubesch, Sula y Stugna, que fueron pobladas con esforzados guerreros del Norte, es decir, con nowgorodes, kriwitsches, chudos y wyatisches. La línea fortificada de la orilla izquierda del Dniéper era, pues, cuádruple, al paso que en la derecha sólo en Stugna se construyeron fortificaciones.

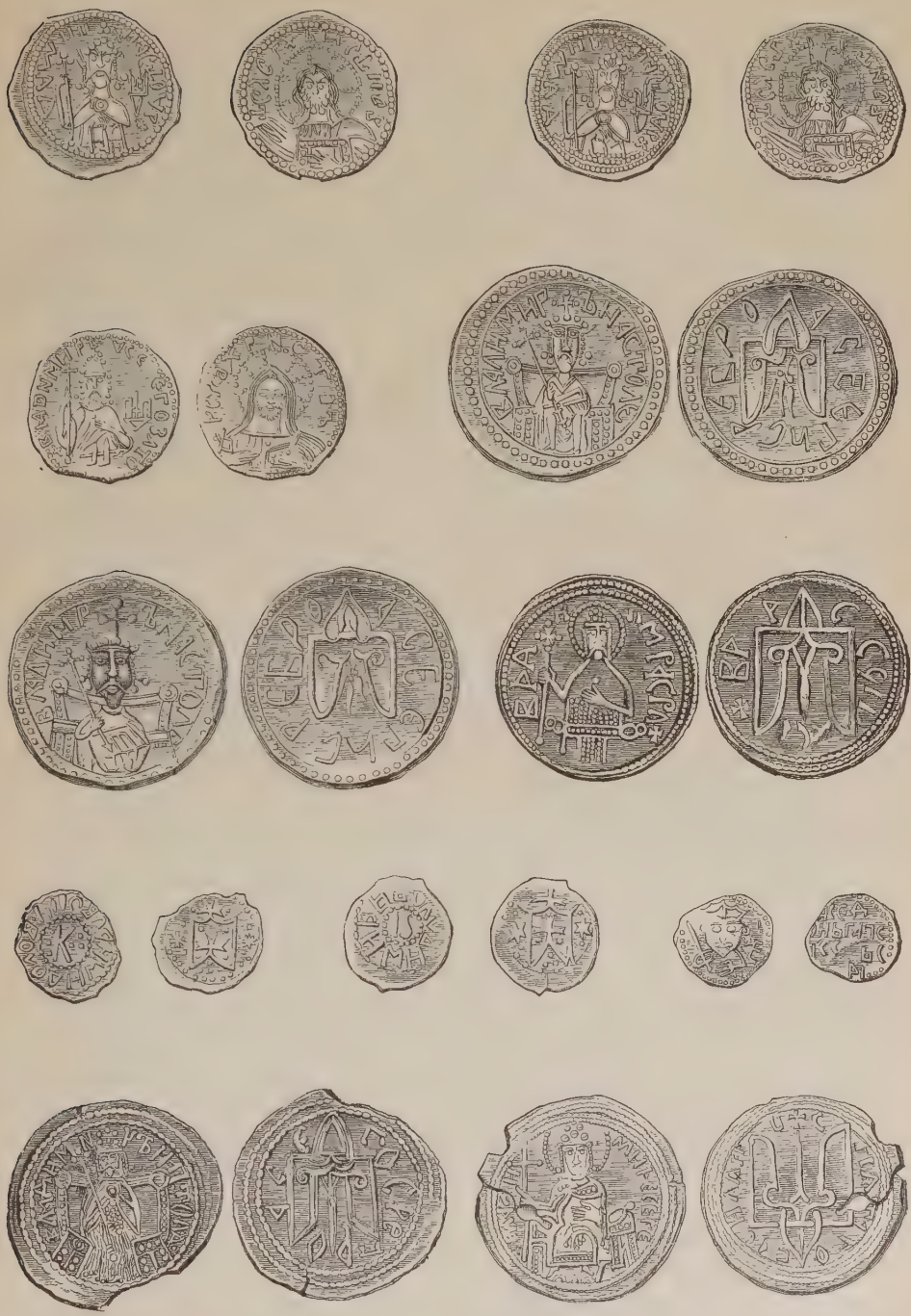
De aquí se deduce que el peligro no procedía del Este y que sólo podía vivirse con seguridad hasta el Chernigoff. Hízose, pues, una simple traslación de los elementos del Norte al Sur, traslación que después se repitió más o menos voluntariamente. De estas fundaciones las más importantes fueron las de Wassilyeff (hoy Wassilkoff) junto al Stugna, cuyo nombre se deriva del de Wassili, que fué el que adoptó Wladimiro al convertirse, y Byelgorod, junto al Dniéper.

Una carta del arzobispo Bruno de Querfurt nos ofrece un testimonio interesantísimo de las relaciones que entre rusos y pechenegos existían. El arzobispo Bruno envió, durante el invierno de 1008, al emperador Enrique II una memoria acerca de su misión, en la cual, hablando de la visita que hizo a Wladimiro y de su permanencia entre los pechenegos, dice lo siguiente (2): «Después de haber permanecido inútilmente un año entre los húngaros, me dirigí al país de los pechenegos, que son los más crueles de todos los paganos. El príncipe *(senior)* de los rusos, señor de extensos territorios y de inmensas riquezas, me retuvo un mes a su lado, procuró disuadirme de mi intento y cuidó de mí como si yo fuera un hombre que me precipitara voluntariamente en los brazos de la muerte, diciéndome que no debía visitar a un pueblo insensato, en cuyo seno no iba a conquistar alma alguna y sí sólo a buscar la más vergonzosa de las muertes.

»En vista de que nada podía conseguir de mí, y de la visión que referente a mí había tenido, me acompañó durante dos días con su ejército hasta las últimas fronteras de su imperio, límites cercados por él con una larga y fuerte empalizada para defenderlos de los ataques de su inquieto enemigo. Una vez allí, echó pie a tierra mientras nos adelantábamos mis compañeros y yo y nos siguió él con su ejército. De esta manera salimos por la puerta. Yo llevaba la cruz, que estrechaba entre mis brazos, y ento-

(1) Es decir, la fama ha pasado de los pechenegos a los rusos.

(2) Véase Giesebrecht: *Historia del período del imperio alemán*, II, págs. 667-670. El texto por él publicado descansa en una colección de Jaffé que utilizó el original existente en Kassel. La relación de Hilferding, utilizada por los historiadores rusos, no es muy fidedigna.



Once monedas de Wladimiro (anverso y reverso).—Las dos primeras son de oro y las demás de plata

né el conocido cántico: «¡Pedro, si me »amas, guía mi rebaño!»

»Terminado éste, el príncipe nos envió a uno de sus magnates, que nos hizo, en su nombre, la observación siguiente: «Te »he acompañado hasta el punto donde »acaba mi imperio y comienza el del ene»migo. Te suplico por amor de Dios que »no me prives de tu joven existencia: sé »que mañana antes de las tres sufrirás, »sin provecho y sin motivo, una amarga »muerte.» Yo le hice contestar: «Quiera »Dios abrirte las puertas del paraíso de »la misma manera que tú nos has abierto »el camino que ha de conducirnos a los »paganos.»

»Después de esto emprendimos la marcha y caminamos durante dos días sin que nadie nos causara daño alguno: al tercero, era viernes, estuvimos tres veces, por la mañana, al mediodía y a las nueve, con la cerviz doblada para ser sacrificados, pero siempre salimos sanos y salvos de las manos de nuestros enemigos. Al domingo siguiente llegamos a los territorios de una gran tribu, en donde se nos concedió un plazo de gracia, hasta que por medio de correos fué convocada toda la tribu a una gran asamblea. A las nueve del domingo siguiente la asamblea nos hizo comparecer, y nosotros y nuestros caballos fuimos azotados. Una multitud inmensa con los ojos inyectados de sangre se lanzó sobre nosotros, promoviendo una espantosa gritería. Mil hachas y mil espadas que se levantaban sobre nuestras espaldas amenazaban despedazarnos.

»Hasta que llegó la noche fuimos de esta manera martirizados, y llevados de aquí para allá: por fin los más ancianos nos arrancaron violentamente de las manos de la muchedumbre, y después de haber oído nuestras explicaciones, comprendieron que eran pacíficas las intenciones que al ir a verles llevábamos. De esta suerte y por la milagrosa voluntad de Dios y de San Pedro vivimos por espacio de cinco meses en aquel pueblo, recorrimos sus tres territorios, y si bien no llegamos al cuarto, los más nobles de éste nos enviaron embajadas.

»Después de haber conquistado treinta almas para el cristianismo, firmamos con el soberano una paz como nadie fuera de nosotros hubiera podido conseguir, según propia opinión suya. «Esta paz,» decían, «la hemos firmado por ti; si, como »prometes, es duradera, todos nos conver»tiremos al cristianismo; pero si el prín»cipe ruso no la respeta, entonces no pen»saremos en el cristianismo, sino en la »guerra.» Esto hizo que yo visitara de nuevo al príncipe ruso, que, por amor de Dios, asintió a todo y dió a su hijo en rehenes. Nosotros consagramos obispo a uno de los nuestros y junto con el hijo del príncipe lo establecimos en el centro del país. De esta manera, y con gran gloria y alabanza del Dios del Salvador, un contingente cristiano se enseñoreó del más malo y más cruel de todos los pueblos paganos de la tierra.»

Desgraciadamente aquí se interrumpen las noticias que referentes a Rusia debemos a Bruno, el cual se dirigió después a Prusia, en donde sufrió el martirio (1009). Su relación es para nosotros tanto más importante, cuanto que es la única verdaderamente contemporánea que acerca de Wladimiro poseemos. Por regla general se desprende también de ella aquella dulzura de carácter de que nos habla la tradición rusa, y también le vemos en el círculo de su drushina. Las noticias acerca de la fortificación del país son por demás notables (1).

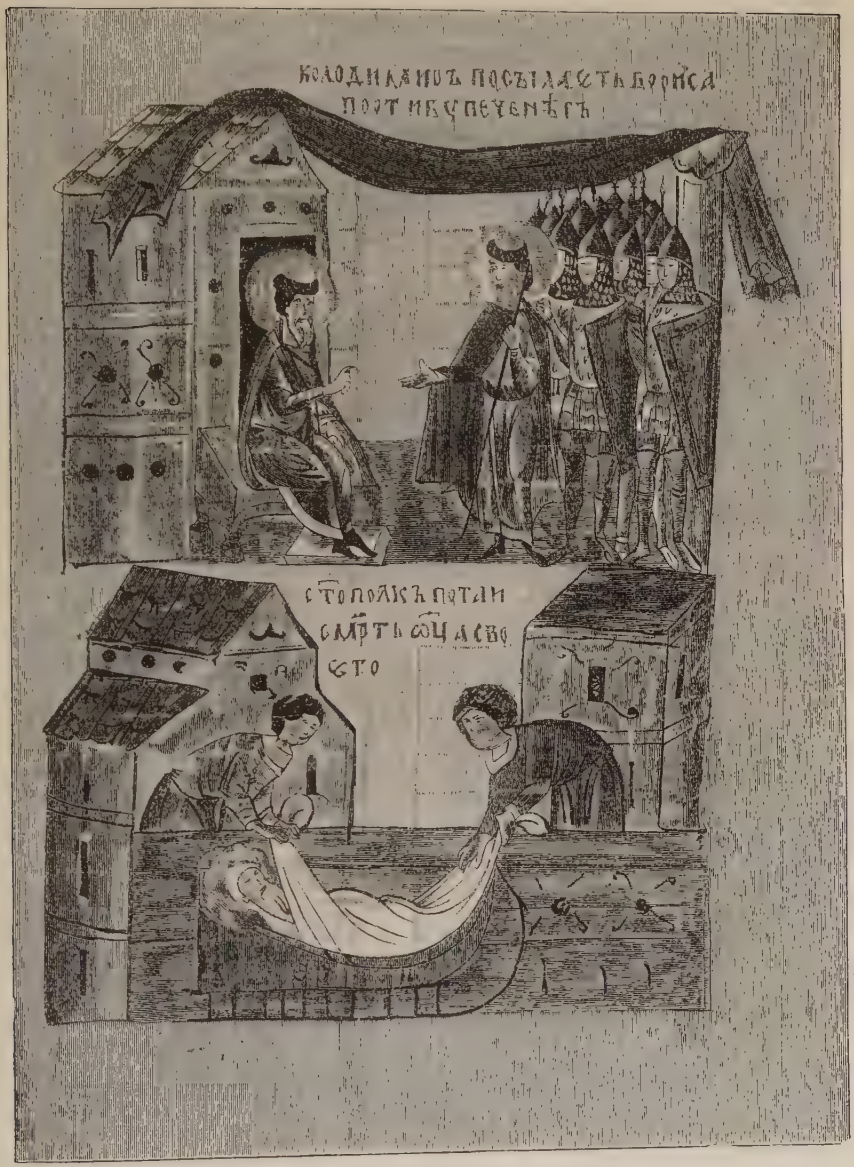
La fortificación se levantó en el territorio que limitan por un lado el Sugna y el Krasnaya y por el otro el Ros (2). Los restos del baluarte se distinguen todavía en la actualidad: es una línea de fortificación denominada en el lenguaje popular baluarte de serpiente, que se extiende desde Tripole en la confluencia del Krasnaya y del Sugna en la orilla derecha del Dniéper, hacia el Oeste, por una línea de diez y ocho millas alemanas hasta la aldea de Bielki (3). Las dos colinas que a la salida del rastrillo se encontraban eran sin duda alguna mojones fronterizos, que levantaron por una parte Wladimiro y por otra los pechenegos.

No deja de causar cierta sorpresa el hecho de que Wladimiro diera en rehenes a uno de sus hijos. La tradición rusa sabe de esto tan poco como de la conversión de los pechenegos: que la actividad de Bruno produjo sus resultados, nos lo demuestra el hecho de que hasta el año 1015 reinó la paz entre aquellos pueblos vecinos. Wladimiro, poco antes de su muerte, tuvo el pesar de ver que su hijo Yaroslao, que se encontraba en Nowgorod, se negaba a pagarle el tri-

(1) *Sepes*, según dice el texto latino, no era entonces, según opinión de Giesebrecht, una empalizada, sino un cercado de madera que unía los castillos de la frontera.

(2) Véase Barsoff: *Geografía*, pág. 117.

(3) Barsoff, obra citada, págs. 118, 202 y 204.



Página de un manuscrito adornado con miniaturas que trata de la historia de Boris y Gleb.—Representan éstas, según las inscripciones, la superior a Wladimiro enviando a Boris contra los pechenegos, y la inferior a Swiatopolk junto al cadáver de su padre: él y su esposa lo levantan del trineo en que yace.

buto anual. Mientras hacía los preparativos para poner a raya al rebelde, enfermó gravemente, falleciendo en 15 de julio de 1015, a la edad de 55 ó 56 años.

No puede afirmarse con certeza que desde luego se le calificara de santo; hasta el año 1254 no lo encontramos como tal, y sabemos que en 1263 fué celebrado el aniversario de su muerte. Su cuerpo fué enterrado en el décimo templo por él construído, levantándose su tumba de mármol al lado de la de su esposa, que había fallecido cristianamente antes que él. Al ser destruída Kieff por los mogoles quedó la tumba de Wladimiro sepultada entre las ruínas, siendo descubierta en 1635 y sacados de ella los restos mortales cuando el metropolitano Pedro restauró el templo.

Actualmente se conservan la cabeza en la iglesia del convento subterráneo de Kieff, un hueso de la mano en el templo de Santa Sofía. de la misma ciudad, y un fragmento del cráneo en el de Uspen, en Moscou.

No es cosa fácil trazar una imagen clara de la persona del difunto príncipe, pues mientras algunos dicen que fué uno de los soberanos rusos más sanguinarios, otros le envuelven, como santo de la Iglesia, en una aureola ideal. En la mente del pueblo se conservó la memoria de sus buenos últimos años, olvidando el salvajismo desenfrenado de que dió pruebas horribles durante los diez y seis primeros de su reinado. Según parece, la conversión al cristianismo operó en el ánimo de Wladimiro un cambio notable, no muy ventajoso desde cierto punto de vista, pues su energía y su afán por las empresas guerreras disminuyeron considerablemente, adquiriendo en cambio predominio en él los rasgos característicos de su plan espiritual.

A pesar de todo, este último período fué el más importante de todos los de su reinado. El mero hecho de su conversión al cristianismo fué de trascendencia suma, pues por él entró en Rusia en contacto permanente con la civilización de Occidente, gracias a sus no interrumpidas relaciones con Constantinopla, en virtud de las cuales durante mucho tiempo todas las elevadas dignidades eclesiásticas fueron provistas en sacerdotes griegos. Estos se mantuvieron unidos a la cristiandad, y con la influencia que sus doctrinas ejercieron en el pueblo y en el príncipe, consiguieron paulatinamente dar al Estado un tinte cristiano.

Con el cristianismo penetró también en la sociedad eslava del Este la idea de la unidad desapareciendo los antagonismos de tribu, y la familia real, que hasta entonces había conservado un carácter escandinavo antiguo, fué eminentemente nacional. Esta unión de las distintas tribus fué motivada por las colonias que Wladimiro estableció en el Sur con habitantes del Norte; por el ingreso, cada día más numeroso, en el séquito del príncipe de elementos escandinavos puros, y por el heroísmo nacional que nació con la lucha contra los pechenegos, entablada en defensa de la patria.

Si no se ha encontrado canto alguno en loor de las hazañas de Swiatoslao y de sus compañeros, débese a que el pueblo se mostraba frío y casi puede decirse hostil a sus empresas. En cambio Wladimiro sólo había atravesado una vez las fronteras propiamente rusas; pero había fundado ciudades, se había mostrado partidario de la vida municipal, y también había hecho acuñar monedas, copiadas de las bizantinas, en cuyo anverso se leía la inscripción: «Wladimiro en el trono,» y en el reverso la de: «Esto es plata (1).»

De ellas encontramos un hermoso ejemplar en el museo de Dorpat, en cuyo anverso se ve la figura exacta hasta las rodillas del gran príncipe: éste está sentado en un trono, cuyos redondos brazos se ven a ambos lados de la imagen; cubre su cabeza una corona formada por seis grandes perlas, de la cual penden dos hilos de perlas que le llegan hasta la barba. Además la cabeza está rodeada por una aureola de santo formada también por perlas, que arranca de la barba. El rostro ostenta un bigote y se distingue por una barba saliente. En su mano derecha tiene un cetro y la izquierda se apoya en el pecho (2).

Wladimiro dejó trazada para mucho tiempo la senda que debía seguir su pueblo, y si los hechos no fueron tan favorables como hubiera podido creerse, débese esto, prescindiendo de la especialidad del carácter popular eslavo, a las constantes luchas de los soberanos que le sucedieron, sostenidas para alcanzar la hegemonía, y a la existencia de los principados parciales.

También en este punto los comienzos revelan la acción de Wladimiro.

---

(1) Véase Tolstoff: *Las más antiguas monedas rusas del gran principado de Kieff;* San Petersburgo, 1882 (en ruso).

(2) Véase el *Boletín de sesiones de la Sociedad étnica de Dorpat*, 1882, pág. 242.

CAPÍTULO VIII

INMEDIATOS SUCESORES DE WLADIMIRO

Wladimiro, además de sus muchas concubinas, tuvo seis o siete mujeres legítimas, de las cuales tres, o quizás cuatro, eran escandinavas, a saber: Olawa, la infeliz Rogneda, Adelia y Malfrida; las otras eran una griega, y otra, y quizás dos, checas, pero todas ellas tuvieron que ceder el puesto a la hermana del emperador griego. De Rogneda sabemos que Wladimiro, después de haberse casado con Ana, quiso darla por esposa a uno de sus magnates, pero ella prefirió encerrarse en un convento, donde tomó el nombre de Anastasia. La suerte de las demás esposas de Wladimiro nos es desconocida.

De todos estos matrimonios habían nacido hijos, y también Ana dió a Wladimiro dos, Boris y Gleb, el mayor de los cuales, que a la muerte de su padre contaba ya veintiséis años, debía ser el único heredero legítimo del trono, en el caso de que se consideraran como nulos los otros matrimonios. Wladimiro mostraba cierta predilección por los hijos de su esposa cristiana, pero no podía resolverse a rechazar en absoluto a los otros. Las relaciones que mediaban entre él y sus dos hijos mayores no eran muy cordiales: Swiatopolk, hijo de una griega y yerno de Boleslao de Polonia, había permanecido durante algún tiempo en la cárcel por haber contraído con Polonia alianzas sospechosas, pasando después a desempeñar el gobierno de Nowgorod; Yaroslao, hijo de Rogneda, se rebeló abiertamente contra su padre; y Mstislao, hijo de Adelia, se encontraba en Tmutarakán, en el lejano Oriente: de los otros siete hijos habidos de mujeres paganas, dos habían muerto y los demás no tenían importancia alguna. A pesar de estas circunstancias, Wladimiro, al fallecer en Berestoff, después de una larga enfermedad, no había dispuesto nada respecto de la sucesión al trono. Pero podemos deducir la opinión que prevalecía entre los que rodeaban al príncipe del hecho de haber tenido en secreto la noticia de su muerte a fin de que Swiatopolk, que se encontraba en Kieff, no tuviera ocasión de apoderarse de la corona por un rápido golpe de mano. Desgraciadamente, Boris, a quien todos deseaban elevar al trono, había comenzado una campaña contra los pechenegos; y así Swiatopolk, aprovechándose de su ausencia y antes de que pudiera regresar, se proclamó soberano en Kieff. La drushina de Wladimiro, que acompañaba a Boris, dió la soberanía a éste, el cual, no queriendo luchar contra su hermano, reconoció los derechos preferentes de edad y disolvió su ejército.

Swiatopolk se mostró desagradecido con él, pues le mandó matar, y supo astutamente deshacerse también del hijo segundo de Ana, que se encontraba en Murom. Ambos hermanos fueron santificados como mártires por la Iglesia rusa. Al tener noticia de estos horribles

Moneda de plata de Swiatopolk

asesinatos, un tercer hermano, llamado Swiatoslao, que residía en el país de los drewlyanes, junto a Kieff, emprendió la fuga, pero fué alcanzado por los asesinos pagados por Swiatopolk, los cuales le dieron muerte en los Carpacios. Según la historia de Boris y Gleb, el plan de Swiatopolk consistía en asesinar a todos sus hermanos y proclamarse luego soberano único de Rusia (1).

Por análogos medios habían fundado recientemente sus soberanías otros príncipes eslavos vecinos, como, por ejemplo, Boleslao el Valiente, en Polonia, y Boleslao el Rojo, en Bohemia: ¿por qué, pues, no podía imitar su ejemplo Swiatopolk? En su conciencia hubo de tranquilizarle en cierto modo la idea de que entre todos sus hermanos no tenía ninguno que lo fuera también de madre. No fué culpa suya si no pudo llevar su plan completamente a cabo. Con la misma rapidez con que había descargado sus golpes sobre sus hermanos, cundió la noticia de tales horrores por el país, permitiendo que los restantes se pusieran oportunamente en guardia. Yaroslao recibió una embajada de su hermana Preslawa y se dirigió inmediatamente

(1) Crónica según el manuscrito de Hypatius, edición de la comisión arqueográfica, pág. 98.

hacia el Sur, después de haber puesto término a una colisión sangrienta que estalló entre sus mercenarios warangos y los nowgorodes. Seguido por 40.000 nowgorodes y por unos 1.000 ó 6.000 warangos, siguió la vía fluvial de Kahnen hacia Kieff. En las cercanías de Ljubetsch, al Norte de Chernigoff, se encontraron los dos hermanos, Swiatopolk bien preparado. Las fuerzas del Sur y las del Norte se encontraban frente a frente, los nowgorodes enfrente de los de Kieff y los warangos enfrente de los pechenegos. La corriente del Dniéper separaba los campamentos de los dos ejércitos, ninguno de los cuales se atrevió, durante cuatro días, a iniciar el ataque (1).

Por fin Yaroslao, aprovechando una noche en que el ejército de Swiatopolk celebraba un banquete, pasó a la otra orilla del río, y a pesar de la consiguiente sorpresa estalló un reñido combate. Lo que más favoreció a Yaroslao y decidió la batalla fué el hecho de que Swiatopolk no pudo utilizar la caballería pechenega, separada del resto de las tropas por un lago, viéndose él mismo arrojado con sus soldados a otro lago cuya helada superficie se rompió al peso de los fugitivos. A duras penas pudo Swiatopolk huir a Polonia, mientras Yaroslao penetraba en Kieff sin encontrar resistencia alguna a su paso. Las tropas de Nowgorod fueron licenciadas, regresando a sus hogares colmadas de presentes.

Difícil era asegurar si Yaroslao se encontraba en estado de conservar su soberanía: cierto que no tenemos noticia de que el fratricida Swiatopolk dejara partidarios en Rusia, pero en cambio constituían un peligro sus alianzas con Polonia. Boleslao el Temerario había logrado tener una fuerte posición política: en el mismo año en que murió Wladimiro (1015) había conseguido hacer retirar al emperador Enrique II al otro lado del Elba y derrotar su retaguardia en los pantanos del Bober. Desde entonces había trabado íntimas relaciones con Swiatopolk, y en sus intereses entraba reponer a éste en el trono de Kieff. Esto sentado, ya se comprenderá que Yaroslao se adhiriera sin vacilar a aquella gran coalición por medio de la cual, en 1017, Enrique II pensó destruir el poder de Boleslao. El plan consistía en atacar a Polonia al Oeste por el emperador, al Norte por los liutitzes, al Sur por los bohemos y al Este por Yaroslao. Pero también en aquella ocasión quedó dueño de la situación el audaz rey de Polonia, teniendo, en definitiva, que contentarse Enrique con el restablecimiento del *statu quo ante bellum,* que consignó en la paz de Bautzen. El emperador nada pudo hacer por Yaroslao, que había sido completamente derrotado a orillas del Bug.

Los pechenegos, aliados de Polonia, se presentaron delante de Kieff, ante cuyas puertas trabóse una sangrienta lucha, durante la cual una parte de la ciudad fué reducida a cenizas. Este hecho, junto con la derrota sufrida por Yaroslao en Polonia, acabó con su fuerza de resistencia, y Boleslao, por consiguiente, hizo entrar a Swiatopolk en Kieff el día 14 de agosto de 1017. Entonces pudo apreciarse por vez primera en estos territorios lo que era la dominación polaca. Swiatopolk fué bastante vil para permitir que una hermana de Yaroslao, hija de su propio padre, pasara a ser concubina de Boleslao: no supo tampoco contener los excesos de los polacos, de suerte que estalló en Kieff una revolución que movió a Boleslao a salir de la ciudad. Sin embargo, el rey de Polonia dejó la mitad de su ejército en Rusia en guarniciones y destacamentos y regresó a su patria con los tesoros de Yaroslao, con un gran número de prisioneros y con los boyardos que había tomado en rehenes. Durante su marcha, y en virtud de una cesión formal que le había hecho Swiatopolk, se apoderó de las ciudades cherweinches conquistadas por Wladimiro.

Yaroslao, entretanto, había huído a Nowgorod, desde donde quería dirigirse por mar al país de los warangos; pero los de Nowgorod le retuvieron a la fuerza, poniendo a su disposición todas sus tropas, creando impuestos para la guerra e induciéndole por todos estos medios a que intentara de nuevo una campaña contra Swiatopolk. Para Nowgorod hubiera sido un verdadero suicidio político proceder de otra manera, pues así como podían esperarlo todo de uno de estos príncipes, la victoria definitiva del otro significaba para ellos la pérdida de la independencia, que con justicia se les había concedido en recompensa de los servicios prestados a la familia real. Tan arraigada estaba en su conciencia

(1) En este punto seguimos la excelente relación de la Eymundar-Saga. Según las crónicas rusas, los dos ejércitos estuvieron tres meses sin atacarse.

la idea de que Yaroslao era el príncipe indispensable para ellos, que destruyeron las embarcaciones por éste dispuestas para hacerse a la mar.

Swiatopolk no se creyó con fuerzas bastantes para oponer una resistencia eficaz a los grandes aprestos que en el Norte se hacían; y como, a lo que parece, la retirada necesaria de Boleslao había creado cierto antagonismo entre los dos cuñados, intentó pedir el auxilio de los pechenegos. En el año 1019 trabóse sangriento combate junto al Alta, en el mismo sitio en que había sido asesinado Boris, quedando en definitiva la victoria por las esforzadas tropas del Norte. Swiatopolk emprendió la fuga y pereció —atormentado por Satanás, en ignoradas comarcas, entre el país de los chetches y el de los leches,—según dice la crónica; pero ésta era una expresión proverbial con que se designaba lo desconocido (1).

La tradición de la Saga del Norte dice que pereció a manos de Eymundo, wikingo, cuya realidad histórica no puede precisarse, a pesar de que la *Eymundar-Saga* es un germen de tradición histórica y de que en ella se mencionan las relaciones que entre aquel príncipe y los mercenarios warangos existían. Estos supieron conservar su libertad y hablaron con altanería a su príncipe, convencidos como estaban de lo necesarios que le eran. También se pusieron de acuerdo entre sí para su provecho, pues cuando Yaroslao, creyéndose ya seguro después de haber vencido a Swiatopolk, se mostró negligente en el pago de sus sueldos a los mercenarios warangos, se pusieron al servicio de su sobrino Briatchislao, que residía en Polozk, el cual en 1021 emprendió con éxito una campaña de rapiña contra Nowgorod.

Monedas de plata de Yaroslao

La tradición rusa dice que en aquella lucha resultó vencedor Yaroslao, a pesar de lo cual vemos que firmó con Briatchislao una paz para él desventajosa. La explicación de este hecho tan extraño se encuentra en la *Eymundar-Saga*. Los warangos derrotados consiguieron apoderarse de Ingegerda, la esposa más influyente de Yaroslao, y como precio de su rescate exigieron el reconocimiento de la situación territorial de Briatchislao y la cesión de las ciudades de Witebsk y Uswjat. Desde entonces, y durante todo el tiempo que duró su reinado, Yaroslao mantuvo las más cordiales relaciones con el Norte escandinavo. Poco después volvemos a ver algunas tropas warangas a sueldo de Yaroslao, y a ellas hubo sobre todo de agradecer el salir relativamente bien de la lucha que al poco tiempo tuvo que sostener contra su hermano Mstislao, que le aventajaba en energía y en dotes militares.

(1) Véase: *Antiquités russes*, II, *Eymundar-Saga*, pág. 171.

De los hermanos todavía vivos de Yaroslao, Sudislao residía en Pskoff y Mstislao en Tmutarakán: uno y otro, según las ideas de aquel tiempo, tenían el derecho de pedir un nuevo reparto del imperio, pues los territorios que habían pertenecido a los demás hermanos no debían pasar exclusivamente a poder del primogénito, sino que debían repartirse entre todos los restantes en virtud de los principios que regían en materia de herencias. Pero como Yaroslao no daba indicios de acceder a sus deseos y antes por el contrario se apresuraba a dirigirse en persona a Nowgorod para poner las cosas en orden, de manera que Sudislao, rodeado por los territorios de su hermano, no podía pensar en adquisición alguna, Mstislao acudió desde el Este con numeroso ejército para sostener por medio de la fuerza sus pretensiones.

El principado de Tmutarakán, que le había correspondido, comprendía la actual península tamánica, junto al mar de Azoff, y las comarcas arrebatadas a los cazares que estaban situadas al Norte de aquella península. Mstislao consiguió formar con los cazares y los kasoges, que habitaban en el Cáucaso, un ejército con el cual esperaba obtener a la fuerza el reparto del imperio. En 1023 salió de sus territorios y pensó en apoderarse de Kieff por medio de un golpe de mano. Esta ciudad, sin embargo, se mantuvo fiel a Yaroslao, de suerte que Mstislao tuvo que retroceder hasta Chernigoff, donde reclutó en el país de los sweryanes hombres para la lucha que intentaba contra su hermano.

Este solicitó el auxilio de Escandinavia; y Hakón, a quien la crónica rusa por una mala inteligencia llama Yakún el ciego, se lo concedió de tal manera que Yaroslao no creyó necesario reunir más fuerzas. Junto a Listwen, al Norte de Chernigoff, trabóse el combate entre los dos hermanos. Mstislao había colocado en la vanguardia a los sweryanes y a sus mejores tropas, dejando de reserva para un caso de apuro a los cazares y kanoges, lo cual le valió la victoria. Los warangos y los sweryanes lucharon con denuedo, pero cuando entró en combate Mstislao con las tropas de refresco, la victoria se decidió a su favor. Aprovechando la obscuridad de una noche tempestuosa, lograron escapar Yaroslao y Hakón.

A los contemporáneos causóles cierta impresión el hecho de haber perdido este último su preciosa capa, cuajada de bordados de oro. Yaroslao no se detuvo hasta llegar a Nowgorod, y ni siquiera se atrevió a dirigirse a Kieff cuando Mstislao le envió un mensaje diciéndole que no luchaba por la soberanía, sino que se contentaba con los territorios de allende el Dniéper. De manera que Yaroslao hizo de Nowgorod su residencia temporal, enviando a Kieff a uno de sus magnates. Dos años después, en 1026, se encaminó al frente de muchas tropas hacia Kieff, firmándose entonces un convenio entre ambos hermanos sobre la base de las primitivas exigencias de Mstislao, cuya residencia fué desde entonces Chernigoff, distante diez y ocho millas geográficas de Kieff, y cuyos dominios se aumentaron con los territorios que se extendían al Este del Dniéper.

Desde entonces reinó la concordia entre ambos hermanos, y la potencia rusa pudo extenderse considerablemente. Los hames, de origen finés, que habitaban al Sur y al Este del lago Onega, fueron sometidos, emprendiéndose además una campaña en los territorios del Báltico ocupados por los estes, cuya excelente situación motivó la fundación de la ciudad de Yuryevo, en el año 1030. Según todas las probabilidades, en aquel sitio se levantaba un castillo de los estes, que fué ensanchado y recibió una guarnición rusa. Los rusos se mantuvieron allí unos treinta años, hasta que en 1060 se sublevaron los estes y pusieron fuego a la ciudad. En el mismo punto en que ésta se levantaba fundóse en el siglo XIII, con carácter definitivo, la ciudad alemana de Dorpat.

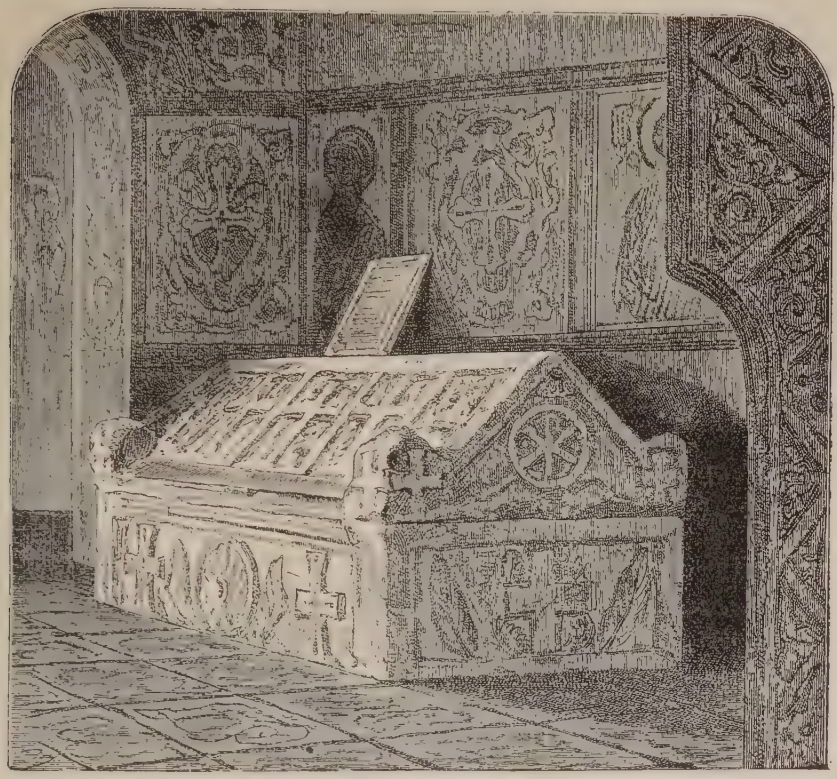
Yaroslao consiguió también en el Oeste indemnizarse de las pérdidas que la guerra con su hermano le había ocasionado. Yaroslao y Mstislao, que esta vez reunieron sus fuerzas, aprovecharon las luchas que con motivo de la sucesión al trono estallaron a la muerte de Boleslao el Temerario (1025) para reconquistar las ciudades cherwenisches. También penetraron hasta muy adentro de Polonia, regresando a su patria con muchos prisioneros, a quienes Yaroslao estableció en la comarca del Ros (1), para cuya seguridad hizo construir algunas fortificaciones. Poco tiempo después, es decir, en 1034, falleció Mstislao, «hombre robusto, de bronceada tez y grandes ojos, valiente en la lucha y bondadoso en la paz, amigo fiel de los que le seguían y

(1) Afluente de la orilla izquierda del Dniéper, al Sur de Kieff.

liberal en tierras, manjares y bebidas.» Se le ha comparado con Swiatoslao, y verdaderamente encontramos en él algo de aquella afición a la lucha que lanzó a su abuelo a tantas aventuras.

Con la muerte de Mstislao, Yaroslao quedó soberano único de Rusia. Su hermano Sudislao de Pskoff fué por él encarcelado y no recobró la libertad hasta la muerte de Yaroslao. Este tuvo que luchar de nuevo para mantener el temor que las armas rusas inspiraban. Los pechenegos se presentaron delante de Kieff, y cuando Yaroslao, que se encontraba en Nowgorod para dejar allí establecido a su hijo Wladimiro, acudió con tropas warangas y nowgorodas al auxilio de aquella capital, le costó una sangrienta lucha, que se trabó hasta en el interior de la ciudad, la victoria que obtuvo sobre los agresores. La derrota de éstos fué completa, y ésta fué la última expedición de rapiña que contra Rusia emprendieron.

Los años siguientes fueron empleados en luchar para asegurar las fronteras occidentales, y durante ellos vemos a los rusos en lucha con los lituanos, jatwages y masowios, y como estos últimos combatían al propio tiempo contra Polonia, Yaroslao firmó una alianza con Casimiro, rey del país. Acerca de los detalles de estos sucesos estamos muy mal informados, pudiendo sólo decir que ninguna de estas empresas tuvo resultados duraderos. De mucha mayor importancia fué el último choque ocurrido entre Rusia y el imperio bizantino. Desde que Wladimiro abrazó el cristianismo las relaciones entre ambos Estados habían sido sin interrupción cordialísimas, y un animado tráfico mercantil llevaba a los



Supuesta tumba de Yaroslao en la iglesia de Santa Sofía, en Kieff

mercaderes rusos, siguiendo la corriente del Dniéper, hasta Constantinopla.

En el año 1042 probablemente ocurrió una disputa entre comerciantes rusos y bizantinos, disputa que se convirtió en verdadera colisión y que acabó con la muerte violenta de un ruso de alta categoría. Yaroslao, a quien las crónicas griegas califican en esta ocasión de hombre colérico e inquieto, irritado al tener noticia del hecho, confió a su hijo Wladimiro la misión de tomar venganza de los griegos. Para ello se hicieron grandes aprestos: los bizantinos contaban con 100.000 hombres y, si la expedición se hacía por mar, con 2.500 embarcaciones, y el *Codex Voskresenius*, que en este punto copia la forma auténtica de la tradición rusa, habla también de «muchas tropas warangas y rusas (1).»

La dirección de esta campaña fué confiada, además de Wladimiro, al vaivoda Wyschata (2), y cuando la expedición pasó las cascadas del Dniéper y hubo llegado por mar hasta el Danubio, dividiéronse las opiniones de los rusos y de los warangos acerca del camino que debía seguirse. Mientras los primeros querían ir por tierra, los segundos pretendían seguir por mar. Wladimiro, contra el parecer de Wyschata, se decidió por la opinión de los warangos, renaciendo entonces el antagonismo entre los eslavos, poco acostumbrados al mar, y los expertos marinos normandos.

El emperador Constantino Monomaco hacía la guerra de mala gana: según una expresión de un autor moderno, aquel hombre indigno subió al trono con la esperanza de que sería para él lecho de rosas y fuente de placeres, y en efecto: tanto él como la depravada emperatriz Zoa, que le había elevado hasta ella, se vieron favorecidos por una suerte sin ejemplo, que les protegió también en la presente ocasión. Dos veces ofreció Constantino la paz a la escuadra rusa, que había avanzado hasta el faro que se levantaba a la entrada del Cuerno de Oro, al Norte del palacio imperial, pero sus ofertas fueron rechazadas con desprecio; Wladimiro pedía para cada hombre de su escuadra tres libras de oro, lo cual constituía una suma imposible de satisfacer.

Entonces el general imperial Basilio comenzó el ataque con siete brulotes, y el fuego griego fué nuevamente funesto para las embarcaciones rusas. Además, una tempestad que se levantó desde el Este arrojó a los buques rusos sobre la costa, donde se lanzó sobre ellos la caballería bizantina, de suerte que Wladimiro, sin verdadera lucha, sufrió una derrota completa, de la cual a duras penas lograron escapar el príncipe y su vaivoda. Los restos de la gran escuadra emprendieron la retirada: los bizantinos, sin embargo, dieron tiempo a los rusos de reunirse: unos 6.000 hombres se habían salvado en tierra, pero o no pudieron acogerse a las embarcaciones que habían resultado ilesas del combate, o mostraron aversión al falaz elemento. Wyschata se puso al frente de ellos para conducirlos a Rusia. Es probable que los que siguieron el camino de tierra fuesen los eslavos, que antes se habían opuesto a que la expedición siguiera por mar, y nos inclina a creer esto el hecho de que Wyschata los calificó de séquito suyo. Sin embargo, no pudieron pasar de Warna, donde fueron atacados por los bizantinos y sucumbieron ante la superioridad de sus fuerzas. Los prisioneros, entre los cuales se contaba Wyschata, fueron conducidos a Constantinopla, donde a muchos de ellos se les privó cruelmente de la vista.

Wladimiro y su escuadra, compuesta en su mayor parte de warangos, tuvieron mejor suerte: los buques que en su persecución habían sido enviados fueron por él derrotados, cayendo cuatro de ellos en poder suyo, de manera que pudo regresar a su patria semitriunfante: el honor se había salvado.

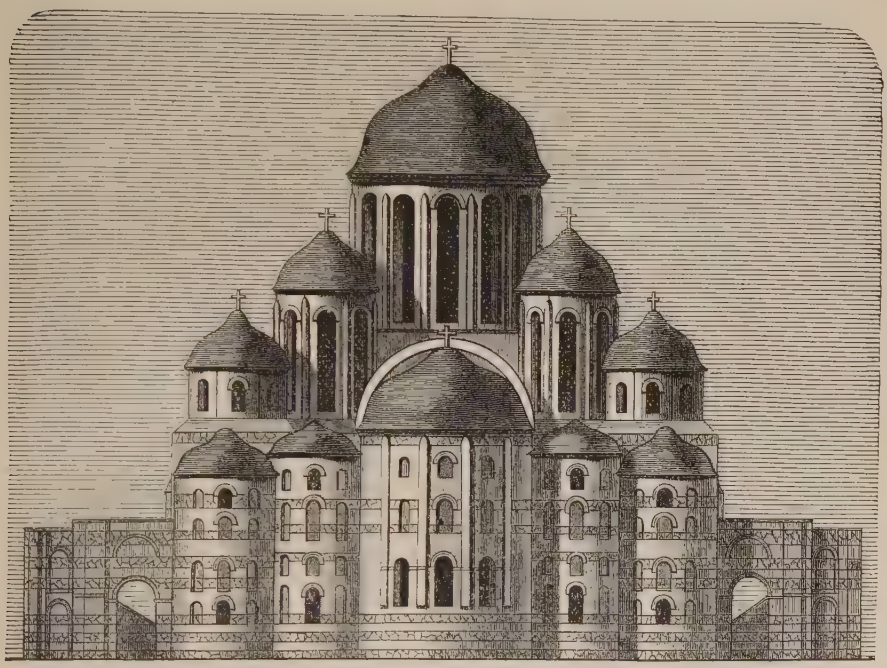
Tres años pasaron antes de que ambas potencias pudieran ponerse de acuerdo para firmar la paz; pero al cabo ésta devolvió a su patria a los infelices prisioneros y restableció las antiguas relaciones mercantiles. La expedición de Wladimiro tuvo una consecuencia de gran importancia: poco después de haberse firmado la paz con los bizantinos, falleció el metropolitano ruso Teopompo, y Yaroslao dejó vacante por espacio de cuatro años la dignidad que aquél desempeñaba.

En 1051 convocó a los obispos rusos a un sínodo para elegir nuevo metropolitano: la elección recayó en un ruso, Larión, es decir, Hilarión, fundador del convento subterráneo de Kieff y hombre por todos respetado. Este hecho inició

(1) Véase: *De la expedición de Kunik en la Caspia, de Dorn*, págs. 32-40, y además Stritter: *Mem. pop.*, II, 1019.

(2) Las relaciones del hijo de este general, Jan Wyschatitz, fueron la fuente adonde acudió el llamado Nestor. Véase Kunik, obra citada, nota 11.

la emancipación de la Iglesia rusa de la tutela en que la había tenido Constantinopla. Durante los últimos años de Yaroslao no ocurrió suceso alguno de importancia: este príncipe falleció en 19 de febrero de 1054, después de haber tenido el dolor de ver morir a su primogénito Wladimiro, que se encontraba en Nowgorod.



Iglesia de Santa Sofía, en Kieff

Su reinado es notable bajo muchos conceptos y su persona no ha sido hasta ahora debidamente apreciada. Por de pronto, es digno de notar el hecho de que durante su gobierno se renovó y fortaleció el elemento normando en Rusia y de que su retrato está pintado con más vivos colores en la Saga del Norte que en las crónicas rusas. Yarisleifr, tal era la forma que en el Norte tenía su nombre, y su esposa Ingigerdr, hija de Olao, rey de Suecia, desempeñan un papel importantísimo en la tradición escandinava.

Además de la citada Eymundar-Saga que nos describe los primeros tiempos de su reinado, encontramos informes en las sagas del rey Magnus el Bondadoso de Noruega y de Haraldo Hardrada: la primera refiere (1) que Yaroslao y la reina Ingegerda disputaron en una ocasión sobre cuál palacio era más hermoso, si el de Yaroslao o el de Olao de Noruega: habiendo aquélla sostenido con energía que era mejor este último, Yaroslao levantó la mano contra ella, y sólo se reconcilió después de haber obtenido la promesa de que educaría en su corte a un príncipe noruego. Por esto fué llevado a Kieff el joven Magnus, que posteriormente fué rey de Noruega, el cual se hizo hombre en la corte rusa, mostró desde muy temprana edad valor y decisión y llegó a ser el favorito de Yaroslao.

Cuando, a la muerte de Olao, se apoderó del trono noruego Swein, a quien la saga confunde con Canuto, estalló un rompimiento entre ambos Estados. Yaroslao consiguió apoderarse de un mercader de Noruega llamado Carlos, el

(1) Véase: *Ant. russes*, II, págs. 2-18.

cual, habiendo sido puesto en libertad ante las vivas instancias de Magnus, se hizo partidario de éste. A su regreso a Noruega, Carlos, a fuerza de grandes peligros y de toda clase de aventuras, consiguió no sólo que un gran partido del jarl noruego se inclinara a Magnus, sino que se enviara a Kieff una embajada que obtuvo de Yaroslao la proclamación del príncipe como rey.

La saga de Haraldo Hardrada es un idilio amoroso (1). El rey Olao había casado a su hija Ingegerda con Yaroslao, y de este matrimonio nació una hija llamada Isabel o Ellisif, la cual fué amada por un noble noruego, descendiente del rey Haraldo de hermosa cabellera, llamado Haraldo Hardrada. Para ser digno de ella fué Haraldo en busca de aventuras, encaminándose a Constantinopla, donde fué jefe de los warangos, distinguiéndose por sus heroicas hazañas en Sicilia, África y Asia, de cuyos puntos regresó, coronado de gloria, a Constantinopla y después a Kieff, cuyo rey Yaroslao no le negó ya la mano de su hija. Luego volvió a Noruega, cuyo trono ocupó.

Si se reunen las noticias contenidas en la Eymundar-Saga, la más importante desde el punto de vista histórico, y las que esparcidas se encuentran en las skringlas indígenas, se verá ante todo que en tiempo de Yaroslao estaba fuertemente arraigada en la conciencia de todos la idea de la homogeneidad entre las familias reales del Norte y de Kieff. Los destinos de ambos grupos de Estados se confunden y Rusia especialmente sintió entonces la influencia de los elementos normandos.

La persona de Yaroslao no está muy favorecida en la Eymundar-Saga, pues ésta ensalza en primer término a su héroe Eymund y deja, por decirlo así, entre sombras a aquel príncipe. Según ella, Yaroslao mostró falta de arrojo y decisión, y más que por iniciativa propia procedió siempre movido por ajenos impulsos. Pero aun de esta descripción se desprende el rasgo fundamental de su carácter, que era una inteligencia fría que le preservaba de obrar movido por la impresión del momento. También nos le describe esta saga como avaro y aficionado a lo suyo, mientras que las demás sagas le pintan liberal y pródigo. Todas las tradiciones del Norte concuerdan en que su esposa Ingegerda ejerció sobre él gran influencia, y la poesía popular rusa refiere el hecho sorprendente de que esta princesa tenía su séquito militar propio:

> Por lo que Iván Godinowitz
> Toma de mis hombres de armas
> Cien héroes rusos, del príncipe,
> Y otros cien de la princesa (2).

La tradición rusa no reconoce en él ningún rasgo de heroísmo decidido, al paso que ve su ideal en su hermano Mstislao. En cambio, tenemos en Yaroslao un político frío que va directamente a su objeto. Con el auxilio de los normandos conquistó y conservó su trono, y de ellos dependió en sus empresas militares. Su séquito desempeñó también un papel importante; otros elementos encontramos en su corte que merecen llamar nuestra atención.

El clero se nos presenta en primer término, pues el príncipe estimaba a los monjes, conocía la Escritura y procuraba que sus súbditos pudieran robustecer en las fuentes mismas sus creencias. Hizo educar a trescientos hijos de habitantes de Nowgorod de alta categoría, y tenemos datos positivos para creer que los cuatro Evangelios fueron vertidos al eslavo por orden suya, conservándose de ellos un códice que data de 1056 y que es la copia de un antiguo manuscrito (3). También la historia de los apóstoles y la de los profetas podían ser leídas en eslavo, lo propio que otros libros del Antiguo Testamento.

La propagación del cristianismo hizo notables progresos, sobre todo porque las doctrinas que sólo exteriormente habían sido aceptadas comenzaron a infiltrarse en el ánimo del pueblo, y los muchos templos y conventos construídos por Yaroslao constituyeron otros tantos centros de vida religiosa. Ya en el año 1037 había hecho construir en Kieff la iglesia de Santa Sofía, que era una imitación de la de Constantinopla, y durante su reinado dispuso además la construcción de otros dos templos de piedra, a saber: el de San Jorge y el de Santa Irene. Durante los gobiernos de Wladimiro y de Yaroslao se edificaron unas sesenta iglesias, de entre las cuales merecen especial mención la de Santa Sofía, en Nowgorod, y la del Salva-

(1) Véase: *Ant. russes*, II, págs. 19-60.

(2) Véase Solowieff, I, pág. 245.

(3) Esta copia fué sacada para el possadnik de Nowgorod, Ostromir. Véase la *Descripción de los manuscritos de la biblioteca sinodal de Moscou*. Moscou, 1855 (en ruso).

dor en Chernigoff, ambas de estilo bizantino.

Muchas imágenes y reliquias, en su mayor parte procedentes de Grecia, ofrecían a la piedad ídolos tangibles; Boris y Gleb fueron los dos primeros santos nacionales de Rusia. Como hemos visto, no se sabe a punto fijo cuándo fué proclamado santo Wladimiro, pero hay ciertos indicios para creer que ya en tiempo de Yaroslao se había inaugurado el culto del «igual de los apóstoles.» También parece que Yaroslao se hizo famoso por haber fundado muchas escuelas, pero en este punto las noticias que poseemos son incompletas.

La existencia de escuelas en Kursk está demostrada y de creer es que las había también en las otras grandes ciudades. Por lo demás, se tendría una opinión equivocada si se creyera que a la muerte de Yaroslao todo el imperio ruso era cristiano, pues muchos siglos después todavía encontramos, al Este y al Nordeste, comarcas paganas habitadas por tribus finesas. En los países del Oeste, en las fronteras habitadas por tribus estlituanas y finesas, no se intentó misión alguna.

En Rusia no observamos ni el celo de las misiones y de la fe cristiana de Occidente con su fanática abnegación, ni los excesos a que daba lugar. En la historia rusa no encontramos persecución alguna contra los paganos, y se cuentan muy pocos sacrificios de misioneros. El reinado de Yaroslao cierra una larga fase del desarrollo de las tribus eslavas y finesas de la actual Rusia. El período normando termina con él, y en los doscientos años transcurridos desde los tiempos de Rurik se formó entre aquellas tribus la conciencia de la cohesión nacional y religiosa, que tiene su expresión en las formas políticas fijas que no vemos en anteriores épocas y en una cierta uniformidad en la manera de pensar.

En la actualidad se presenta a nuestros ojos una existencia eslava común, pues el elemento normando fué disminuyendo de día en día bajo la dirección de unos príncipes oriundos del Norte, pero identificados con el idioma y las costumbres eslavas, unidos todos por las mismas creencias, que, con algo de paradoja, califican de «verdaderas.»

De modo que en vez de unas tribus de origen eslavo, sin más lazo de unión que el idioma y un culto poco desarrollado, encontramos un pueblo, el ruso, que ha alcanzado tal grado de desarrollo que puede emprender ya una política nacional propia.

Cabe ahora preguntar si los príncipes que perdieron su nacionalidad primitiva para aceptar la del pueblo en que dominaban se encontraron en condiciones de conservar la antigua forma del Estado asentada sobre bases eslavas, y de introducir en ella nuevas y fructíferas ideas políticas.

La contestación a esta pregunta constituye la historia de Rusia durante el período de los príncipes particulares.

PARTE SEGUNDA

RUSIA EN TIEMPOS DE LOS DIVERSOS PRÍNCIPES PARTICULARES

CAPITULO PRIMERO

LOS HIJOS DE YAROSLAO

Si dirigimos mentalmente una mirada al desarrollo que adquirió Rusia durante el período de los warangos, y nos preguntamos por qué esta nación fué durante doscientos años un Estado unido, observaremos que por regla constante cada soberano dejó, en un principio, un solo hijo. Cuando este hecho cesó de realizarse, como aconteció a la muerte de Wladimiro y de Yaroslao, los hermanos sobrevivientes lucharon por la soberanía, terminando esta lucha con la ruina de todos menos uno, el cual quedó como soberano único, pues estaba fuera de toda duda que sólo los descendientes de Rurik podían formular pretensiones sobre la soberanía de Rusia. La idea de una división del imperio hecha de manera que el hijo primogénito fuese soberano y los demás príncipes particulares, había ya sido concebida por Swiatoslao y fué puesta en práctica después de la muerte de Wladimiro; pero Yaroslao fué el primero que la elevó a sistema, sin dejar por esto bien fijadas las condiciones en que se había de distribuir la herencia.

La antigua crónica nos conduce junto al lecho de muerte de Yaroslao, el cual, al decir del cronista, hizo llamar a sus hijos, les dirigió ciertas advertencias y dijo: «Pronto dejaré de existir en este mundo: sois hijos de un mismo padre y de una misma madre, y es preciso no sólo que os llaméis hermanos, sino que os améis de corazón. Sabed que las contiendas os han de causar desgracias personales y han de ser funestas para la gloria y la grandeza del imperio que han fundado nuestros padres y antepasados. Vivid unidos y en paz, y de esta suerte aumentaréis vuestro poderío.

»Ysiaslao, vuestro hermano mayor, ocupará mi puesto y se sentará en el trono de Kieff: someteos a él como os habéis sometido a vuestro padre. A Swiatoslao le doy Chernigoff; a Wsewolod, Pereyaslawl, y a Watscheslao, Smolensko (1). Conténtese cada uno de vosotros con su parte: si no lo hacéis así, vuestro hermano mayor haga justicia entre vosotros, defendiendo al oprimido y castigando al culpable.» De estas indicaciones no puede deducirse un sistema de derecho político, pues a cada punto nos encontramos con problemas insolubles, cuya resolución había de corresponder al porvenir. Unicamente puede afirmarse con certeza que allí donde se notó un vacío se apeló al derecho de familia, y que no existía la idea de una situación jurídica.

El mayor de la familia entraba a ocupar el puesto del padre y si moría sucedíale el que en edad venía después de él. Hasta qué punto llegaban las atribuciones que el derecho consuetudinario concedía al primogénito, nos lo demuestra la posterior experiencia. Una idea casi proverbial de los derechos del primogénito nos la da la siguiente expresión: «El más joven cabalgaba detrás del mayor, tenía a éste por señor, dependía de su voluntad y tenía en él fija la vista.» En esta idea vemos que el «gran príncipe» residente en Kieff era soberano de toda la Rusia y disponía de todos los principados particulares cuando quedaban vacantes: era juez y general supremo; cada uno de sus hermanos podía, sin embargo, esperar ser alguna vez su sucesor—siguiendo el orden de ancianidad, si nos es lícito emplear la expresión moderna.—Con la muerte de los hermanos mayores, los menores se acercaban

(1) Un quinto hijo llamado Igor recibió el de Wladimir en Wolhynia.

cada vez más al trono de gran príncipe, pasando de Smolensko a Pereyaslawl, de allí a Chernigoff, para llegar por fin a Kieff.

Pero hay que tener en cuenta que sólo tenían derecho a ocupar el trono de Kieff aquellos cuyo padre hubiera ocupado este puesto supremo: de suerte que los hijos del que moría sin haber llegado a él perdían la expectativa, quedaban legalmente excluídos del concurso de príncipes y, si alguien no los expulsaba, permanecían con sus hijos y nietos en el territorio en que habían permanecido en vida de su padre. El idioma ruso tiene para este caso frecuente una expresión propia: los de esta manera excluídos reciben el nombre de *isgoi*. Los esfuerzos por ellos llevados a cabo por destruir la injusticia de esta disposición contribuyeron no poco a dar un carácter sanguinario y desconsolador a este período de la historia rusa que estamos estudiando. Buena parte tuvieron también en esta situación otras circunstancias: la posición que ocupaba el príncipe que residía en Kieff no era, desde el punto de vista material, tan superior a la de los demás príncipes que su fuerza le permitiera imponer en todas partes su voluntad.

Esta superioridad se basaba, por el contrario, en una noción ideal de un poder paternal que en realidad sólo fué aceptado mientras ofreció ventajas a todos; de modo que cuando los intereses chocaban entre sí, desaparecía el ideal y el Gran príncipe se veía obligado a contraer ciertas alianzas si, cumpliendo lo previsto por Yaroslao, quería castigar la injusticia y amparar la debilidad. Cualquier contienda que surgiera debía ser decidida por medio de las armas: todos contra uno, o coalición contra coalición, todavía cabía calificar de guerra civil la lucha que sostuvieran los príncipes rusos entre sí; pero no hubo ninguno de éstos que, en caso de necesidad, se avergonzara de pedir auxilio a sus vecinos de las estepas, a Polonia o a Hungría. El mal estaba en el sistema, y las tentativas que se hicieron para mejorarlo por medio de tratados y de disposiciones legales no produjeron resultado alguno, pues siempre el egoísmo particular sabía traspasar los límites que le habían sido trazados.

La exposición de la historia de Rusia en tiempo de los príncipes particulares no corresponde a una historia universal; mas para comprender los sucesos posteriores es preciso estudiar las primeras etapas del movimiento que en los tiempos de los hijos y nietos de Yaroslao preparó la completa desorganización del imperio.

Yaroslao, como hemos visto, tenía cinco hijos que le sobrevivieron: al primogénito dejó el trono de Gran príncipe y a los demás los principados de Chernigoff, Pereyaslawl, Smolensko y Wladimir en Wolhynia (1).

De la familia real quedaban todavía algunos miembros varones: en primer término tenemos al infeliz Sudislao, hijo de San Wladimiro, que por espacio de veintidós años permaneció encerrado en la cárcel, de la cual salió en 1058 y falleció a los cinco años en un convento. Este personaje sólo es considerado en la historia porque, según las teorías de aquel tiempo, a él correspondía el trono de Gran príncipe, como heredero legítimo. Pero no tenemos noticia alguna de que ni él ni nadie en su nombre formulara tal pretensión. Era, pues, un hombre completamente inofensivo. No sucedió lo mismo con un nieto de Yaroslao, llamado Rostislao.

Su padre Wladimiro había fallecido en 1052 siendo príncipe de Nowgorod, de suerte que el hijo no tenía derecho alguno al trono de Gran príncipe y debía, por tanto, contentarse con Rostoff. Sin embargo, como estaba dotado de energía y poseído de ambición, sus tíos, los hijos de Yaroslao, no podían menos de vigilarle. Por último, también había descendientes de Wladimiro en Polozk, que no tenían derecho alguno al trono de Kieff. Ysiaslao, hijo de Wladimiro y de Rogneda, había fallecido en 1001, cuando aún vivía su padre: su nieto Wseslao se había ido encontrando poco a poco estrecho en Polozk, de manera que pugnaba por ocupar un lugar más elevado y era, por tanto, un elemento de intranquilidad. Bastaba, pues, arrojar

(1)

Yaroslao				
Ysiaslao de Kieff	Swiatoslao de Chernigoff	Wsewolod de Pereyaslawl	Watscheslao de Smolensko	Igor de Wladimir
I	II	III	IV	V

Los números romanos indican el orden por el cual desde Wladimir (V) se pasaba a Kieff (I).

una chispa a esta multitud de combustibles para que ardiera toda la Rusia.

En cuanto una defunción produjera una vacante y comenzara por consiguiente el movimiento que aproximaba a Kieff a los más apartados, debían necesariamente formularse pretensiones que de no ser satisfechas encenderían la lucha. Durante dos años todo marchó perfectamente, hasta que falleció Watscheslao, príncipe de Smolensko. Según el orden establecido, Igor de Wolhynia tenía que pasar a Smolensko, y podía considerarse como una gran concesión hecha a Rostislao el hecho de hacerle pasar desde Rostoff, que había sido agregada a Pereyaslawl, al principado de Wolhynia, ocupado hasta entonces por Igor, pues esto equivalía a ser reconocido por sus tíos como un igual suyo. Con esto Rostislao sentaba el pie en el primer peldaño de la escalera que conducía a Kieff. La cuestión estribaba entonces en si se le permitiría ir más allá.

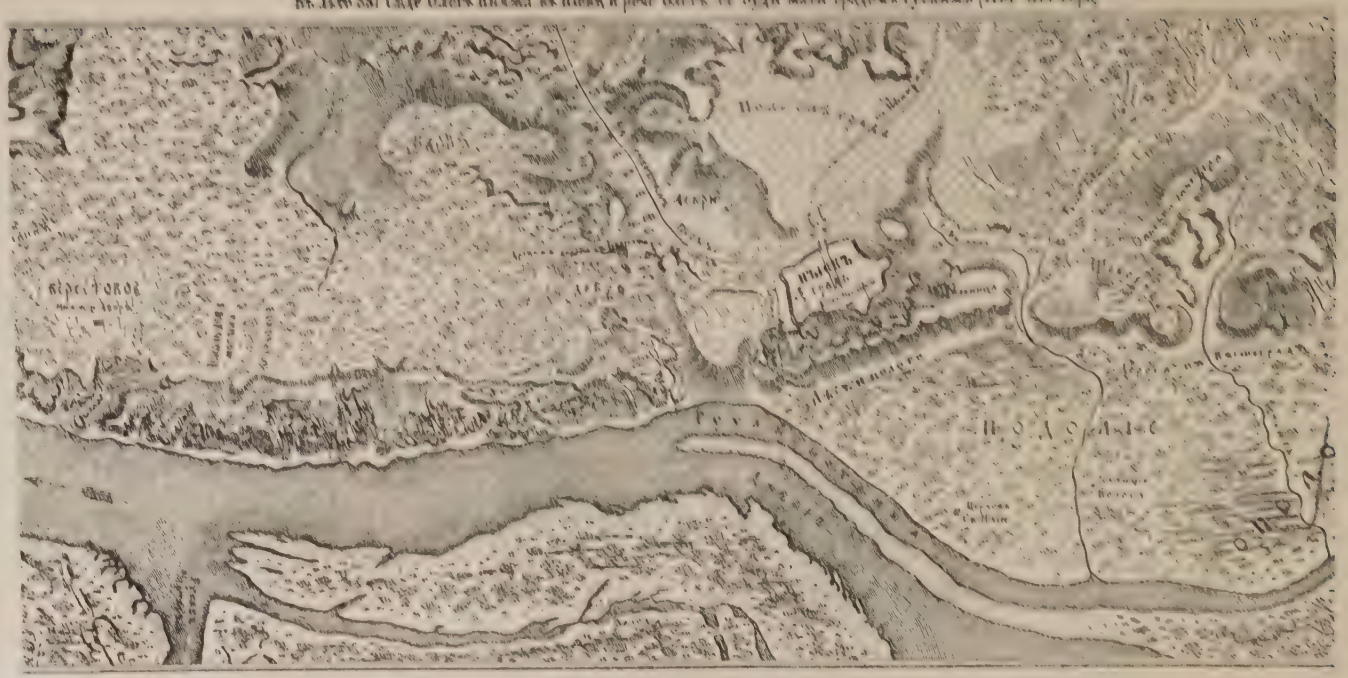
El punto de capital importancia debió resolverse cuando en 1060 falleció Igor, pues en este caso, si Rostislao tenía los mismos derechos que los hijos de Yaroslao, debía entrar en posesión del principado de Smolensko. Mas no sucedió así, por lo cual Rostislao se vió impelido a luchar en defensa del derecho que se le negaba. Ignoramos qué motivos le indujeron a mostrarse resignado a su suerte por de pronto; quizás el principal fué que no se consideró con fuerzas bastantes para resistir la coalición de sus tres tíos, especialmente desde que éstos vivían en amistosas relaciones con el príncipe de Polozk. El caso es que se contuvo por espacio de cuatro años, hasta que en 1064, acompañado de algunos notables de Nowgorod e indudablemente, aunque no lo dice la crónica, por su *drushina* (corte), salió de su principado, y cruzando la Rusia, desde el extremo occidental hasta el oriental, se dirigió a Tmutarakán, comarca en la cual reinaba como príncipe Gleb, hijo de Swiatoslao de Chernigoff, cuyo ejército, encontrándose en condiciones de inferioridad respecto de Rostislao, fué completamente aniquilado.

Cierto que al año siguiente Swiatoslao hizo reintegrar a Gleb en sus territorios, pero Rostislao, que había huido al acercársele su tío, se apoderó nuevamente de Tmutarakán, apenas hubo éste vuelto la espalda. No cabe duda alguna que la idea de Rostislao era procurarse en aquel territorio militar los recursos suficientes para apoyar sus pretensiones. Aquel hombre inquieto y emprendedor llegó a inspirar cuidado a los bizantinos, los cuales se desembarazaron de él por medio del veneno (3 de febrero de 1066), haciendo así desaparecer un obstáculo que turbaba la paz de Rusia. Este suceso es harto característico y merece ser referido con las mismas palabras con que lo narra la antigua crónica: «Rostislao ocupó el Tmutorokán y percibió tributos de los kassoges y de otros territorios. Los griegos le temían y enviaron a Kotpán para que realizara un plan astuto. El emisario llegó adonde se encontraba Rostislao, se granjeó su confianza y fué honrado por él. Encontrándose en cierta ocasión Rostislao bebiendo con su drushina, díjole Kotpán: «Príncipe, quiero beber a tu salud.» a lo cual contestó aquél: «Bebe.» El griego apuró la mitad del vaso, entregando la otra mitad al príncipe para que bebiera, pero al propio tiempo metió el dedo en el vaso y derramó en él un mortal veneno que tenía debajo de la uña y que a los ocho días produjo la muerte de Rostislao. Kotpán fué muerto por los habitantes de Kherson por haberse alabado de este hecho.»

Con este asesinato, sin embargo, no quedó completamente asegurada la paz.

Un nuevo pueblo procedente del Asia había invadido las estepas del Sur de Rusia, a saber, el de los polowzes rusos, que debía poner a Rusia en más grave aprieto del en que la habían puesto antes los pechenegos al dirigirse hacia el Occidente. Wsewolod de Pereyaslawl fué el que sufrió los primeros embates, habiéndose visto obligado a firmar con ellos la paz (1055), es decir, a comprar con presentes su retirada. Los polowzes permanecieron algunos años sin moverse, pero cuando los tres hijos mayores de Yaroslao y el príncipe de Polozk, con sus ejércitos reunidos, hubieron derrotado a los torkes, afines de aquéllos, se presentaron como vengadores y derrotaron por completo a Wsewolod, que les salió al encuentro. A pesar de esto no quisieron ir más allá y regresaron con su kan Sokal a las estepas. Esto aconteció en 1061. El antagonismo que estalló entre los príncipes rusos debía conducirles de nuevo hacia el Norte.

Ya hemos visto de qué manera Wseslao había hecho causa común con sus tíos para combatir a los torkes: según parece, esperaba de sus tíos una recompensa, que éstos le negaron. Entonces



Primitivo plano de Kieff

aparentó acudir a sus propios esfuerzos y saqueó el territorio de Pleskoff, pero como no pudo tomar esta ciudad se lanzó contra Nowgorod y se enseñoreó, al parecer, por algún tiempo de esta capital. Tan peligroso consideraron los príncipes del Sur de Rusia el proceder del audaz *isgoi*, que Ysiaslao, Swiatoslao y Wsewolod consideraron necesario unirse contra él. Wseslao se defendió enérgicamente, pero al fin fué derrotado, y como todavía conservaba en su poder el Norte, sus tíos apelaron a la astucia. Al efecto le propusieron una negociación pacífica y le garantizaron su seguridad y libertad por medio del juramento solemne usual de besar la cruz. Pero cuando Wseslao, con sus dos hijos, pasó el Dniéper en las cercanías de Smolensko, Ysiaslao atacó a su desprevenido adversario, y apoderándose de él le condujo a Kieff, donde se le respetó la vida, considerando suficiente su encarcelamiento.

Entonces intervinieron por segunda vez en la contienda los polowzes, y derrotaron de tal manera a los hermanos, que Swiatoslao tuvo que refugiarse en Chernigoff e Ysiaslao y Wsewolod se vieron obligados a huir a Kieff, pensando esperar tras las fuertes murallas de ambas ciudades los ataques de aquellos nómadas, y sufriendo con paciencia la desolación que llevaron a todo el país llano. Los ciudadanos de Kieff no pensaron, sin embargo, de igual modo, sino que reuniéndose tumultuosamente la *wetsche* o asamblea de la ciudad hizo un llamamiento a las armas, y como Ysiaslao no aprobara tal proceder, los ciudadanos pusieron en libertad a Wseslao y a los suyos, que se consumían en los calabozos. Ysiaslao no pudo, pues, permanecer por más tiempo en Kieff, donde temía la venganza de Wseslao, y en su consecuencia huyó a Polonia.

Los de Kieff reconocieron como príncipe a Wseslao (1068), con cuyo hecho quedó por completo destruído el orden de sucesión establecido por Yaroslao. Un príncipe sin derecho alguno había llegado a ocupar el trono de Kieff, y su posición era tanto más fuerte, cuanto que a la dignidad de Gran príncipe unía la posesión del principado de Polozk. Wseslao no tuvo necesidad de salir contra los polowzes, pues éstos, derrotados entretanto por Swiatoslao, se habían visto obligados a huir de nuevo a las estepas. Los príncipes de Chernigoff y Pereyaslawl no hicieron preparativo alguno para poner en aprieto al nuevo soberano; pero Ysiaslao había encontrado en Polonia el deseado auxilio, de suerte que antes de siete meses se presentó Boleslao, sucesor del Temerario, al frente de su ejército para reponer en el trono a Ysiaslao. Wseslao aparentó, en un principio, querer oponerle resistencia, pero en el momento decisivo huyó a Polozk, pues su situación ofrecía realmente muchos peligros.

En efecto, tenía delante al ejército polaco con Ysiaslao, cuya deslealtad conocía, y a sus espaldas se encontraban sus otros tíos, que, como era natural, habían de proteger al proscrito. No menos crítica era la situación de los habitantes de Kieff; así es que enviaron una embajada a Swiatoslao y a Wsewolod diciéndoles que si no les garantizaban el perdón de Ysiaslao pegarían fuego a la ciudad y huirían con sus mujeres e hijos a Constantinopla. El ansiado perdón les fué concedido a medias, es decir, Ysiaslao prometió, pero faltó a lo prometido en cuanto vió de nuevo el poder en sus manos. Había ofrecido no castigar por sí mismo, pero por esto creyó poder consumar su venganza valiéndose de otra persona, y su hijo Mstislao fué quien por él se vengó de los que habían contribuído a la liberación de Wseslao.

Al poco tiempo se presentó el Gran príncipe acompañado de Boleslao de Polonia, los cuales entraron como vencedores en Kieff en marzo de 1069. Entonces se reprodujeron los mismos sucesos que dos generaciones antes habían ocurrido con motivo de la toma de Kieff por Boleslao el Temerario. Los polacos se portaron en la ciudad como si fuesen señores de ella. Por espacio de un año los de Kieff se vieron sometidos a tal opresión que al fin cayendo sobre los polacos, diseminados por los distintos barrios de la ciudad, les asesinaron, obligando a Boleslao a huir como en otro tiempo había huído su antepasado. El único provecho que Polonia sacó de esta expedición fué la toma de Peremischl.

El antiguo orden de cosas quedó, al parecer, restablecido en Rusia cuando después de largas luchas y de las correspondientes negociaciones Wseslao consiguió entrar de nuevo en posesión de Polozk. Pero la mala fe y la deslealtad del Gran príncipe no permitían alentar esperanzas de paz y de seguridad. En Chernigoff y en Pereyaslawl se aseguraba que Ysiaslao había entablado con Wseslao de Polozk negociaciones atentatorias al derecho que los demás her-

manos tenían al trono del Gran príncipe. Ysiaslao, desde la retirada de los polacos, no había ocultado sus ambiciosos designios: era, pues, preciso ganarle por la mano, y en efecto, Swiatoslao y Wsewolod se presentaron a las puertas de Kieff cuando menos les esperaba de enero de 1075. Enrique se mostró dispuesto a enviar a Swiatoslao una embajada, a cuyo frente puso a Burchard, arzobispo de Tréveris, cuya hermana Oda se había casado con el Gran príncipe. Como era de esperar, los emisarios del rey nada consiguieron.

Puerta de Oro, de Kieff, después de las excavaciones, levantada en 1073 por Yaroslao (quizás sólo estaba dorada la cúpula).—En 1240 empezó a arruinarse, en 1750 quedó cubierta de tierra y en 1802 fué desenterrada. Su altura es de 14 a 30 arschines y fué construída con cemento griego.

Ysiaslao. Este, hallándose malquisto de los ciudadanos, apeló por segunda vez a la fuga, a consecuencia de lo cual Swiatoslao se sentó en el trono de Gran príncipe, pasando Wsewolod a ocupar el de Chernigoff (1073).

Ysiaslao no perdonó medio alguno para reconquistar la posición perdida; había llegado felizmente a Polonia con sus tesoros, pero Boleslao no se mostró inclinado a emprender por él una segunda aventura, y se contentó con «indicarle el camino.» Más favorable se le manifestó Enrique IV de Alemania, con quien se reunió en Maguncia en el mes

La crónica rusa nos refiere este suceso en los siguientes términos: Ysiaslao enseñó al rey sus tesoros, y, según parece, no le impresionaron mucho las manifestaciones de los alemanes, los cuales le dijeron que el oro, la plata y las telas preciosas poco valían si no se hacía uso de tales riquezas para reunir hombres valientes alrededor del príncipe. El cronista considera de suficiente importancia el hecho de habernos transmitido la noticia de que los antiguos príncipes warangos pensaban y obraban de esta manera. Por lo demás, Ysiaslao no esperaba nada de esta embajada, que llegó

a Kieff durante el verano de 1075; por lo mismo, ya antes había dado un paso que hubiera podido producir las más trascendentales consecuencias. Desde Alemania había enviado a Roma a su hijo Yaropolk para que se avistara con el papa Gregorio VII.

De este viaje sólo tenemos noticia por una carta de Gregorio, y su trascendental significación no ha sido bien comprendida hasta ahora. Yaropolk se presentó en Roma para, de acuerdo con Ysiaslao, implorar del Papa que de sus propias manos les confiriera la soberanía de Rusia (1); de modo que no se trataba, como se ha creído comúnmente, de la simple reposición de Ysiaslao, sino de la investidura de su hijo. Gregorio accedió a la súplica, diciendo: «Le hemos conferido el gobierno de vuestro imperio en nombre de San Pedro... para que San Pedro os proteja a vos, a vuestro imperio y vuestros bienes... y os conserve hasta la hora de vuestra muerte la paz, el honor y la fama...»

Al propio tiempo envió algunos legados que auxiliaran con sus consejos y sus actos al Gran príncipe y le explicaran el contenido de la carta.

Que Gregorio sólo podía prometer su apoyo con la condición de que Ysiaslao y los suyos reconocieran la supremacía de la Santa Sede, es tan evidente que no necesita ulterior explicación. También está fuera de duda que aquellos legados tenían el mandato de procurar la introducción del catolicismo en Rusia en cuanto Ysiaslao ocupara de nuevo el trono de Kieff. Gregorio manifiesta que a este objeto les había dado importantes instrucciones verbales (2).

Todo esto hubiera podido ser de gran trascendencia: el rompimiento entre la Iglesia bizantina y la romana era de fecha muy reciente. El 16 de julio de 1054, cuando los legados del Papa depositaron en el altar de Santa Sofía de Constantinopla la bula en que se excomulgaba a los cristianos bizantinos, puede considerarse como fecha decisiva de tal rompimiento. Rusia había abrazado el cristianismo: sesenta años antes se había consumado la separación, y no parecía idea tan absurda la de que el joven cristianismo del país pudiera adherirse a la Iglesia latina; mas para que esto sucediese era preciso que todo el imperio estuviera bajo una sola y fuerte mano, y que existiera la tradición de una familia real unida a la Santa Sede.

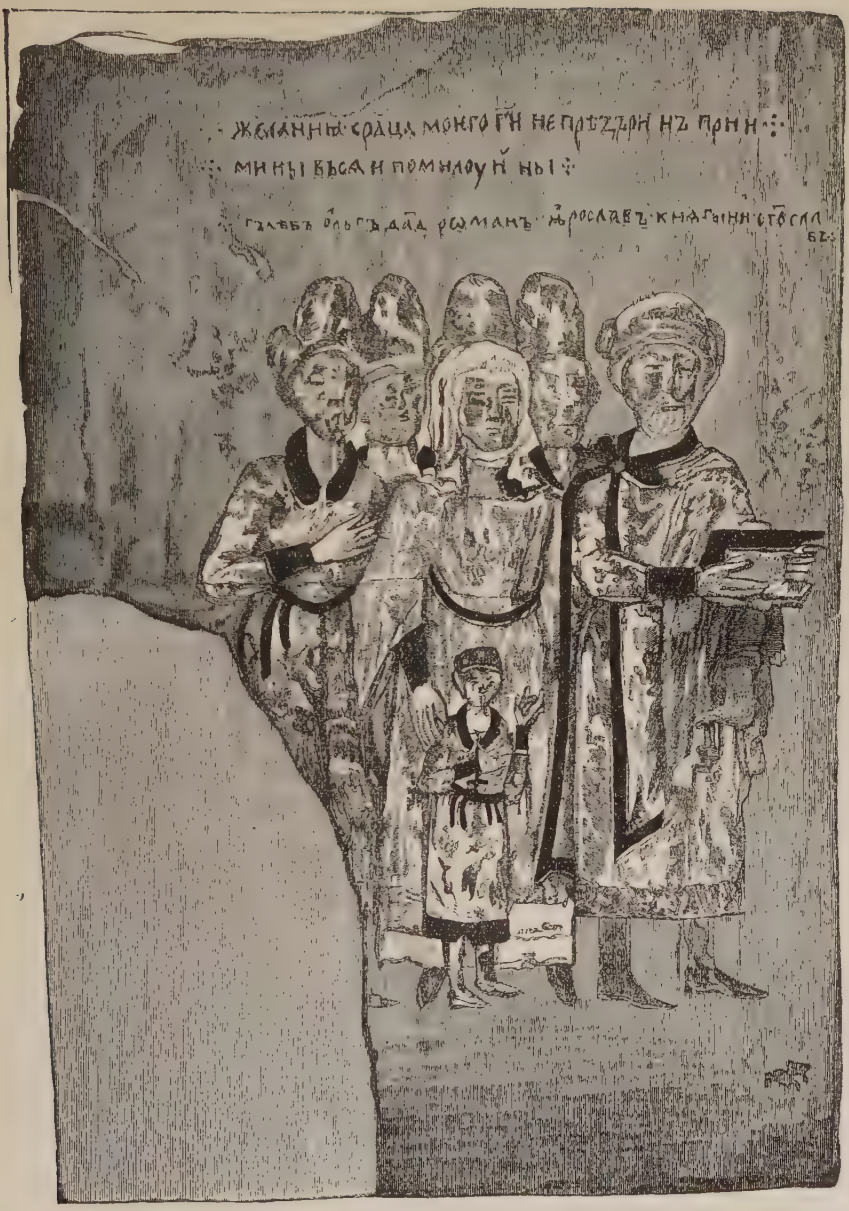
El orden de sucesión vigente en Rusia se oponía a esta continuidad, y desde este punto de vista tenía gran importancia el acto de que el Papa instituyera a Yaropolk sucesor de su padre, pues con ello se destruía el orden anteriormente establecido y con la omisión hecha por el pontífice de los demás hermanos se preparaba la fundación de la soberanía única. Este plan, de haberse podido llevar a efecto, hubiera producido una verdadera revolución en el suelo del imperio ruso. Son harto incompletos los datos que acerca de la historia de Ysiaslao poseemos para poder decir cuáles fueron los motivos que le indujeron a abandonar la senda emprendida. Es probable, sin embargo, que la variación de conducta fuese debida a las diversas circunstancias que entonces se presentaron. En aquel propio año (1076) falleció su hermano Swiatoslao (3); sus hijos se indispusieron por capricho con Boleslao de Polonia, el cual se inclinó de nuevo a Ysiaslao, y a la sazón ocupó el trono de Kieff Wsewolod, persona cuyo bondadoso carácter no hacía imposible una inteligencia.

Cuando Ysiaslao, en enero de 1077, penetró con algunas tropas polacas en Wolhynia, salióle ciertamente al encuentro Wsewolod; pero los hermanos se pusieron de acuerdo conviniendo en que Wsewolod dejaría a Kieff y volvería a Chernigoff y en que Ysiaslao ocuparía por tercera vez el trono de Gran príncipe (junio de 1077). Ya se comprenderá que en este convenio se aseguraba la sucesión a Wsewolod, de manera que vinieron al suelo todos los planes de Yaropolk. Ya no volvió a hablarse tam-

(1) *Regni vestri gubernacula sibi ex parte beati Petri tradidimus.* Véase Jaffé: *Monumenta Gregoriana*, pág. 198 (II, 74).

(2) *Qui et ea quae in litteris sunt diligenter vobis exponent et, quae minus hic scripta sunt, viva voce explebunt... quidquid vobis dixerint ex parte nostra, patienter audiatis atque indubitanter credatis, et quae ibi* (¿en dónde? ¿quizás en Kieff?) *ex aucthoritate apostolicae sedis negotia tractare voluerint et statuere, nullorum malo ingenio turbare permittatis.*

(3) En el convento de Woskresen se conserva un códice escrito en pergamino en 1073, en cuya primera página vemos pintados con oro y colores a Swiatoslao, a su esposa y a sus hijos. «El menor es un niño, los demás son adultos; el gran príncipe lleva bigote: todos visten largas túnicas, ceñidas por medio de un cinturón; cubren sus cabezas con altos gorros azules, y la princesa lleva además una toca. El gorro de Swiatoslao es más bajo: sobre la túnica lleva éste un manto real: sus botas son verdes.» Karamsin: *Observaciones sobre la historia rusa*, tomo II, pág. 85 (edición en ruso).



Swiatoslao y su familia.—Miniatura del *Yskornich* de Swiatoslao, del año 1073, monumento el más antiguo de la escritura rusa. Escritura con colores metálicos sobre pergamino blanco: se conserva en el convento de Woskresen. Están retratados en la miniatura el gran príncipe, su esposa Oda y sus hijos Gleb, Oleg, David, Román y Yaroslao. Hay, además, pintados tres animales a modo de dragones. La inscripción contiene los nombres de los retratados y las palabras del Salmo LIII: «¡Señor, no desprecies los deseos de mi corazón!» etc.

poco de la conversión de Rusia al catolicismo y de la influencia del Papa. La solución de todo continuó, pues, como antes, reducida a los odios intestinos y a las luchas entre los jóvenes pretendientes.

Wseslao de Polozk no había renunciado a sus ambiciosos planes, pues aun cuando había tenido que desistir de gobernar en Kieff, que dominaba el camino del Sur, quería a toda costa apoderarse de Nowgorod, que era la llave del mar de los warangos. En este principado reinaba entonces aquel Gleb a quien Rostislao había expulsado de Tmutarakán. La joven generación de príncipes rusos cambiaba con más frecuencia que la antigua el asiento de su soberanía, pues hoy se encontraba en el extremo Noroeste, en las fronteras asiáticas, y mañana en el Norte bárbaro, adonde la impulsaban siempre su ambición y su provecho. El plan de Wseslao fracasó a consecuencia de las tres campañas que contra él emprendieron los príncipes del Sur de Rusia.

La ciudad y el principado de Polozk fueron devastados, dándose en aquella ocasión a conocer por vez primera un príncipe que, algunos años después, debía influir de un modo decisivo en los destinos de Rusia, a saber: Wladimiro Monomaco, hijo de Wsewolod y yerno del último rey anglosajón, Haraldo. En un principio su aparición no fué muy famosa: Wladimiro fué el primer príncipe ruso que tomó a sueldo mercenarios polowzes para que le ayudasen a devastar el país del valiente Wseslao. La suerte que posteriormente cupo a éste no puede deducirse con exactitud de la crónica; cabe únicamente afirmar que murió como príncipe de Polozk, en 1101, y que su memoria vivió durante mucho tiempo en el corazón del pueblo. Este príncipe fué tenido por hechicero, y el canto de la campaña de Igor refiere que en una noche hizo el camino de Kieff a Tmutarakán y que en Kieff oyó el sonido de las campanas del templo de Santa Sofía de Polozk. Con cierta seguridad puede afirmarse que los sucesos últimamente referidos debilitaron su energía y le obligaron a pasar en paz el resto de su vida.

Culpa del Gran príncipe fué si al poco tiempo se encendió en Rusia una nueva guerra civil. Ya hemos referido la muerte prematura de sus hermanos Wiascheslao e Igor: ambos habían dejado, como Swiatoslao, hijos menores de edad, pero mientras los de este último habían recibido ya en vida de su padre principados particulares, los de aquéllos se habían visto desposeídos de todo. Era, pues, natural que procuraran tomar a la fuerza lo que les era negado. Boris, hijo de Wiascheslao, se apoderó de Chernigoff, pero no pudiendo mantenerse en esta ciudad huyó a Tmutarakán, que era el refugio de todos los descontentos, y donde su primo Román, hijo de Yaroslao, le dispensó amistosa acogida. La enemistad que tenía a su tío el Gran príncipe subió de punto cuando llegó de Nowgorod su hermano Gleb. Ysiaslao le había expulsado de sus posesiones, y probablemente de acuerdo con el otro tío viviente, Wsewolod, había arrebatado también sus dominios al otro hermano, Oleg, que como príncipe reinaba en Wladimir de Wolhynia. Los dos tíos distribuyeron entre sus propios hijos los territorios conquistados.

La guerra que entonces estalló fué funesta para el gran príncipe. Los sobrinos obtuvieron las primeras ventajas de la lucha, pues Wsewolod fué derrotado por ellos y por ellos fué conquistada Chernigoff; pero no pudieron resistir la alianza de los tíos, reforzada por el apoyo de Wladimiro Monomaco, que a la sazón residía en Kieff. El día 3 de octubre de 1078 libróse junto a Chernigoff la batalla decisiva, en la cual, después de una desesperada lucha, fueron derrotados los sobrinos. Boris pereció en el combate y Oleg huyó a Tmutarakán; pero también Ysiaslao fué herido mortalmente, recibiendo así el castigo de su injusticia. La crónica refiere extensamente la tristeza que su muerte produjo, pero esto ha de entenderse más bien por las circunstancias de su fallecimiento y por el hecho de haber sido, después de Yaroslao, el primer Gran príncipe que sucumbía en una guerra civil.

El reinado de Wsewolod, que duró desde 1078 hasta 1093, fué para Rusia más funesto que el de su hermano, pues ni supo contentar a los sobrinos ni dominar a los descontentos. El hecho de no haber concedido principados más que a sus propios hijos y a los de Ysiaslao le indispuso con los demás. En efecto, los hijos de Swiatoslao y de Igor y los de su sobrino Rostislao estuvieron constantemente en lucha contra él. Los polowzes y los cazares, aliados con los sediciosos, devastaron el país. Una tentativa que en 1084 hizo el príncipe para apoderarse de Tmutarakán, foco de don-

de salían incesantemente las llamas, fracasó por completo: además se enemistó con Yaropolk, hijo de Ysiaslao, a quien había mirado con cierta consideración, y el cual se vió obligado a huir a Polonia, de donde regresó cuando su principado de Wolhynia había sido ya enteramente devastado.

Poco después este príncipe fué asesinado, sospechándose que no fueran enteramente ajenos a su muerte los hijos de Rostislao, que acogieron y defendieron al asesino. En medio del general desorden, el anciano Wseslao de Polozk desenvainó nuevamente la espada y puso fuego a Smolensko. Críticos por demás eran los momentos por que atravesaba la Rusia. El Gran príncipe seguía enfermo en Kieff y su hijo Wladimiro Monomaco había recibido el encargo de acudir allí donde por cualquier accidente pudiera presentarse un peligro. Así lo hizo el joven, con tanto valor y habilidad que el gran príncipe pudo al fin conseguir la ansiada supremacía. No es necesario descender a detalles, mereciendo tan sólo ser mencionada una tentativa que hizo Wiberto de Ravena, siendo papa en 1089 con el nombre de Clemente III, para unir, no para someter, la Iglesia ruso-griega con la latina.

El entonces metropolitano de Kieff, Juan II, griego, contestó a ella con una carta, notable por la habilidad diplomática con que estaba escrita. Esta carta, bajo la apariencia de un celo cortesano, contenía una negativa formal, enumeraba los errores de la Iglesia católica y emplazaba al Papa para ante el patriarca. Por lo demás, Juan envió al pontífice una embajada, cuyo presidente, un griego llamado Teodoro, regresó en 1091 de Roma portador de varias reliquias. Inocencio III quiso, cien años después, resucitar el plan de su antecesor, que había sido suspendido porque las luchas entre el emperador y el pontificado habían desviado de Rusia la atención de la Santa Sede.

CAPITULO II

WLADIMIRO MONOMACO

Cuando en 13 de abril de 1093 falleció a la edad de sesenta y siete años Wsewolod, el último de los hijos de Yaroslao, no se había aún resuelto ninguna de las cuestiones principales de las cuales dependía el porvenir de Rusia. No se había conseguido establecer con carácter fijo un derecho de sucesión universalmente reconocido, ni se había logrado ventaja alguna de importancia sobre los enemigos del exterior, especialmente sobre los polowzes. En cambio, durante los últimos años del reinado de Wsewolod su imperio se había visto invadido por los nómadas y sobre él habían caído además otras desgracias, tales como grandes sequías, incendios de bosques y una peste horrorosa que ocasionó, sólo en Kieff, 7.000 víctimas (desde mediados de noviembre de 1091 a 1.° de febrero de 1092), a cuyos males hay que agregar un eclipse de sol y un terremoto, que llevaron el espanto a los ánimos.

La gente dirigía al porvenir miradas de angustia y de temor; Wsewolod había sido el hijo predilecto de Yaroslao, pero su reinado justificó muy poco las esperanzas que en él había cifrado su padre. Aquel gran príncipe dejó dos hijos, Wladimiro Monomaco y Rostislao, a quienes correspondieron respectivamente Chernigoff y Pereyaslawl. El trono de Kieff lo ocupó Swiatopolk, hijo de Ysiaslao, pues su hermano mayor Yaropolk había sido, como hemos dicho, asesinado.

Fácil le hubiera sido a Wladimiro ceñirse la corona, pues además de ser el más popular de los príncipes rusos, había alcanzado gran fama con la victoria obtenida sobre los polowzes, a quienes había derrotado dos veces en vida de su padre; pero este príncipe quiso respetar el derecho de primogenitura. Por eso Swiatopolk gobernó desde 1093 hasta 1114, por cierto no para bien de la nación rusa, la cual experimentó todos los males que sobre ella atrajeron los saqueadores bárbaros y las guerras intestinas. El cronista ensalza a Wladimiro por su moderación, pero hubiera sido mejor que, despreciando la organización antigua, se hubiese proclamado sucesor de su padre.

Swiatopolk era un hombre de carácter duro y violento, a quien faltaban en un momento dado la serenidad y la perseverancia. Al comenzar su reinado ya se distinguió por una lamentable violación del derecho de gentes, haciendo encarcelar a los embajadores de los polowzes que se habían presentado en su corte para firmar con él un tratado de paz. Como era natural, los ofendidos contestaron con una expedición guerrera tan formidable, que Wladimiro y Rostislao, que habían acudido con sus ejércitos al auxilio del gran príncipe, aconsejaron a

éste que a todo trance comprara la retirada del enemigo.

Sus consejos fueron desoídos y el día 23 de mayo de 1093 libróse la batalla en Trepol, junto al Stugna. Swiatopolk con los de Kieff formaba el ala derecha, y aun cuando lucharon en un principio valerosamente, tuvieron al cabo que emprender la fuga. Vana era entonces ya la resistencia del centro y del ala izquierda: las fuerzas allí concentradas fueron arrojadas al Stugna, que había experimentado una gran crecida, y en cuyas aguas Rostislao pereció ahogado a la vista de su hermano. Wladimiro y Swiatopolk lograron a duras penas salvarse, huyendo éste a Kieff y aquél a Chernigoff.

Cuando al siguiente año Swiatopolk quiso atacar a los polowzes, fué por éstos tan completamente derrotado, que sólo él y dos de sus acompañantes pudieron llegar sanos y salvos a la capital. El enemigo obligó a la ciudad de Tortschek a capitular y regresó a las estepas con muchos prisioneros y rico botín. De importancia secundaria son los hechos de haber el gran príncipe comprado la paz a los polowzes y de haberse casado con la hija del kan de éstos, Tugor, pues en aquel mismo año volvieron a invadir el imperio, mandados esta vez por un príncipe ruso, Oleg, hijo de Swiatoslao, que durante aquel tiempo había vivido en Tmutarakán y consideró aquel momento oportuno para conquistarse un principado y hacer valer sus indiscutibles derechos.

Oleg descendía del hijo segundo de Yaroslao y la residencia de su padre había sido siempre Chernigoff, donde se encontraba entonces Wladimiro Monomaco, descendiente del hijo tercero de aquél. Los padres de ambos habían revestido la dignidad de Gran príncipe: Oleg, por tanto, no era un *isgoi* y no quería dejarse tratar como tal. Era, pues, lógico que dirigiera sus ataques contra Chernigoff y contra Monomaco. ¿Qué resistencia había de oponerle éste? Todavía no se había repuesto de las pérdidas de la batalla del Stugna y su drushina había quedado reducida a cien personas, contando las mujeres y los niños. Esto no obstante, resistió durante ocho días, después de los cuales se le permitió salir libremente de la ciudad para dirigirse a Pereyaslawl, donde pasó tres malos años, atacado de continuo por los polowzes.

Oleg se estableció en Chernigoff, observando una conducta orgullosa y hostil a sus parientes. Era inminente un rompimiento, y Oleg ofreció el pretexto negándose a tomar parte en una campaña combinada contra los polowzes y haciendo que su hermano David invadiera la ciudad de Smolensko. Entonces estalló una lucha general que duró tres años y que se propagó por todo el imperio, desde Nowgorod hasta Murom y desde ésta hasta las estepas. Wladimiro Monomaco y sus hijos hicieron también por esta vez proezas, pero Oleg y sus hermanos David y Yaroslao no cedían un palmo de terreno sin empeñar ruda lucha. Un hijo de Monomaco sucumbió en 1096 en una batalla, pero los otros dos hijos hicieron sufrir a Oleg la derrota definitiva. Las fuerzas de Oleg no quedaron tan agotadas que pudiera darse por terminada la guerra, pero los sentimientos conciliadores de Monomaco le inclinaron a ceder. La carta que, profundamente afectado por la muerte de su hijo, dirigió a Oleg, ha llegado hasta nosotros.

«Te escribo porque tu ahijado de bautismo (Mstislao, hijo de Monomaco) me obliga a ello, pues me ha enviado uno de sus hombres con una carta en la cual me dice que nos unamos y firmemos la paz; que la suerte de su querido hermano se ha consumado, que no queramos tomar venganza, sino dejarlo todo en manos de Dios, ante cuyo tribunal hemos de comparecer, y que no causemos la ruina de Rusia. Esta resignación de mi hijo me ha enternecido, me ha hecho temer al Señor y pensar: Si mi hijo, a pesar de su juventud y de su bondad, se muestra sumiso y lo deja todo en manos del Señor, ¿qué podré hacer yo, el más pecador de todos los mortales?

»Siguiendo, pues, los consejos de mi hijo, te escribo esta carta y quiero saber por tu contestación si los aceptas también o los desprecias. Te he escrito y espero de ti que te mantendrás tranquilo y que interrogarás a tu conciencia. Nuestro Señor no es un hombre, sino el Dios Todopoderoso: lo que El quiere lo crea en un momento, y a pesar de esto ha sufrido insultos, ultrajes y golpes, El que es señor de vida y muerte. ¿Qué somos nosotros, hombres pecadores? Hoy vivimos y mañana moriremos; hoy nos vemos llenos de honores y de gloria y mañana nos veremos sepultados y nada sabremos.

»Hermano, piensa en nuestros padres. ¿Qué llevaron consigo sino lo que por sus almas hicieron? A ti te correspondía,

hermano, dirigirte a mí con estas palabras. Cuando a mis ojos fué muerto mi hijo, que lo es tuyo, cuando tú viste correr su sangre, cuando viste su cuerpo que se marchitó como flor apenas abierta y que tendido en el suelo parecía un inocente cordero sacrificado, hubieras debido pensar: ¡Ay, qué he hecho! Por orgullo mundano he manchado mi alma con un pecado, anegando en lágrimas a un padre y a una madre. Y hubieras debido hacer penitencia delante de Dios y enviarme a mi nuera, que ninguna culpa había cometido: yo la hubiera abrazado, llorando a su esposo y el día de sus bodas: éste hubiera sido mi cántico de bodas, pues por mis pecados ni he visto sus primeras alegrías, ni sus desposorios.

»A Dios ruego que me la envíes cuanto antes: ella vivirá conmigo, como la tórtola que posada en el árbol llora muerto a su amado, y Dios puede consolarme. Medita el camino que han seguido los hijos de nuestros padres: la justicia de Dios les ha alcanzado. Si tú hubieras obrado como querías, apoderándote de Murom y no ocupando a Rostoff, nosotros nos hubiéramos retirado; pero juzga por ti mismo, ¿qué es lo que se convino, que tú vendrías a mí o que yo iría a ti? Si tú hubieses dicho a mi hijo: «Con»vente con tu padre,» yo me hubiera diez veces convenido contigo. Que un hombre perezca en el campo de batalla no es extraño, pues nuestros antepasados murieron de esta suerte; pero él (Ysiaslao, el hijo muerto de Monomaco) no debía haber buscado lo desconocido, sumiéndome a mí en la tristeza. Así se lo dejaron hacer, por su desgracia, los jóvenes que le acompañaban.

»Si tú quieres humillarte ante Dios y firmar conmigo la paz, yo escribiré una carta leal y enviaré con ella un emisario o pope; entonces tú podrás disfrutar tranquilamente de tus territorios y dirigir tu corazón a nosotros, que viviremos mejor de lo que hasta ahora hemos vivido: yo no soy enemigo tuyo ni quiero de ti tomar venganza. En Starodub no quise tu sangre, pero tampoco quiero consentir que mi hermano la haga derramar. Si miento, que Dios y la Santa Cruz me castiguen. Si mi pecado consiste en haber ido contra ti en Chernigoff, cuando eras amigo de los paganos, me pesa haberlo cometido.

»Ahora están contigo tu ahijado de bautismo y su hermano menor, que comen el pan de su tío: tú posees tu territorio (Murom). Decide, pues, y si quieres mátalos, que en tu poder se encuentran; pero yo no quiero nada malo; quiero solamente lo que sea bueno para nosotros, que somos hermanos, y para Rusia. El territorio de tu padre, que quieres conquistar, nuestra bondad te lo hubiera dado delante de Starodub. Dios me es testigo de que a este objeto nos pusimos de acuerdo con tu hermano, pero nada podía sin ti resolverse. Nada malo hemos hecho y sólo le dijimos: Envíanos a tu hermano y podremos reconciliarnos. Si alguno de nosotros no quiere dar la salud y la paz a los cristianos, que Dios no conceda en el otro mundo paz a su alma.

»No te escribo impulsado por la necesidad, pues la suerte me es propicia; sólo te escribo por amor de Dios, porque mi alma es para mí lo más caro que tengo en este mundo.»

La entrevista de los príncipes, que tan ardientemente deseaba Monomaco, se realizó por fin en plena paz, reuniéndose en Ljubetsch, en el territorio de Chernigoff, en la orilla izquierda del Dnieper. A ella concurrieron el Gran príncipe Swiatopolk, Wladimiro Monomaco, Oleg y David, hijos de Swiatoslao, David, hijo de Igor, y Wassilko, hijo de Rostislao, los cuales convinieron en que el Gran príncipe conservara a Kieff y Turoff y Wladimiro a Pereyaslawl, Smolensko y Rostoff, recibiendo su hijo Mstislao a Nowgorod. Todo el territorio de Chernigoff con sus anexos fué cedido a Oleg, David y Yaroslao, hijos de Swiatoslao.

De suerte que la mayor parte de los territorios del imperio correspondieron a los hijos del anterior Gran príncipe. Faltaba todavía contentar a tres *isgois,* entre ellos los hijos de Rostislao, Wolodar y Wassilko: de éstos, el primero recibió a Peremischl y el segundo a Terebowl, concediéndose por fin a David, hijo de Igor, los territorios de Wladimir de Wolhynia. Polozk continuó perteneciendo a Wseslao, que no formuló otras pretensiones.

La entrevista celebrada por los príncipes en Ljubetsch proporcionó durante mucho tiempo la paz al asolado Norte de Rusia, pero fué causa de una gran catástrofe en el Sur. Entre los hijos de Rostislao, Wassilko había heredado el espíritu guerrero de su padre, y tenía formados grandes proyectos. Ya en época anterior había probado su talento militar en la guerra contra Polonia; y a la

sazón, cuando parecían definitivamente terminadas las luchas con los tíos, pensó en llevar a cabo un plan de gran trascendencia. Había tomado a sueldo un número considerable de nómadas, y con ellos quería primero dirigirse contra Polonia, luego contra los búlgaros y por último contra los polowzes.

No había creído necesario dar cuenta de sus proyectos a sus vecinos el Gran príncipe y David de Wolhynia, pero este último los sospechó, y creyendo que entre Monomaco y Wassilko existía una conjuración, supo convencer al Gran príncipe de que cualquier demora podía traer consigo un peligro, y resolvió, de acuerdo con él, inutilizar al adversario. A este efecto, Wassilko, que hacía sus devociones en Kieff, fué llamado al palacio del gran príncipe y, una vez en él, infamemente encadenado y conducido a Belgorod, donde se le privó cruelmente de la vista. No habiendo manera de sujetar a aquel hombre vigoroso, comprimiéronle el pecho con tablas y de esta suerte le fueron arrancados uno tras otro los ojos.

La Rusia entera prorrumpió en un grito de horror y de indignación: Monomaco llamó a sí a los hijos de Swiatoslao y todos juntos con sus ejércitos reunidos marcharon sobre Kieff. En vano procuró el Gran príncipe echar toda la culpa de lo sucedido sobre David de Wolhynia: únicamente la intercesión del metropolitano y de la viuda de Wsewolod, madre de Monomaco, pudieron hacer que se mantuviera la paz, pero el gran príncipe tuvo que obligarse a ser él mismo el vengador de Wassilko. David, que era indudablemente quien más culpa tuvo en aquellas crueldades, entregó a Wassilko a Wolodar y en 1099 vióse precisado, ante los ataques del Gran príncipe, a huir a Polonia.

Cuando el Gran príncipe, después de haber ocupado los territorios de David, quiso muy injustamente atacar al hijo de Rostislao, fué derrotado por Wolodar y firmó una alianza con el rey Kolomán de Hungría. Entonces las alianzas sufrieron un cambio radical: David se unió con el hijo de Rostislao y con Boujak, kan de los polowzes, y derrotó por completo, en Peremischl, al Gran príncipe y a su aliado. La guerra, que se hizo más terrible por las continuas irrupciones de los polowzes, parecía hacerse interminable, pues David llevaba en ella la ventaja, cuando Monomaco convocó un segundo congreso de príncipes. En agosto de 1100, reunidos aquéllos en Uwetitschi, en el territorio de Kieff, se convino en otorgar a David Igorewitz algunas ciudades y en dar la Wolhynia a Yaroslao, hijo de Swiatopolk. En cuanto a los hijos de Rostislao, conservaron la libre posesión de sus territorios.

De esta suerte quedó por mucho tiempo restablecido el orden, bien que la dirección de la política rusa apenas estaba ya en manos del Gran príncipe, pues siempre se nos presenta Monomaco como su verdadero inspirador. El fué quien unió las fuerzas de los príncipes del Sur de Rusia para luchar contra los polowzes: entonces se nos ofrece una serie de campañas que en sus detalles han sido confundidas por las crónicas rusas. Por regla general, la ventaja estuvo de parte de los rusos, pero no sabemos que éstos tomaran disposición alguna que condujese a inutilizar para siempre a sus inquietos enemigos. Estos, a pesar de la victoria conseguida por los rusos, les parecieron tan peligrosos, que los príncipes emparentaron con aquellos paganos.

Ya hemos visto que el Gran príncipe fué quien dió tan vergonzoso ejemplo: la idea de que tales matrimonios eran atentatorios al honor nacional había desaparecido. Monomaco y los dos hijos de Swiatoslao, Oleg y David, casaron en 1107 a sus hijos con las hijas del enemigo, y a pesar de ello tuvieron que seguir luchando contra él en los siguientes años.

En 1111 se inició una verdadera campaña contra aquellas correrías, que no obedecían a plan alguno, y Monomaco fué quien la dirigió. El ejército ruso, después de haber atravesado el Dniéper y el Worskla, penetró en el interior del país enemigo, llegando hasta el Don. Los rusos se apoderaron de dos ciudades polowzes, de las cuales una, Sugrow, fué reducida a cenizas; después pasaron el Don, y en 24 y 26 de marzo lucharon denodadamente: el primer día de combate terminó con una de aquellas victorias que nada deciden y de las cuales está llena la crónica, pero el segundo fué de verdadera importancia.

Los rusos se encontraban a orillas del Sula, el último de los grandes afluentes que recibe el Don antes de precipitarse en el mar de Azoff, ocupando posiciones poco favorables: envueltos por los polowzes, trabaron sangrienta lucha, decidiéndose la batalla por el hecho de que Monomaco y David, que se mantenían en la reserva con el núcleo de sus dru-

shinas, cayeron sobre el extenuado enemigo, que huyó precipitadamente poseído del mayor espanto.

La tradición rusa dice que los ángeles se adelantaron al ejército ruso y cegaron a sus adversarios. «¿Cómo habíamos de oponer resistencia?—decía un polowze hecho prisionero;—delante de vosotros cabalgaban unos con relucientes armaduras que os ayudaban.»

En la narración de los cronistas se refleja aquel entusiasmo religioso que entonces animaba a todo el Occidente de Europa, pero pronto dejó de notarse, sin que de él quedara huella alguna. Poco después (16 de abril de 1113) falleció Swiatopolk. Su reinado había sido agitado y funesto, pues había originado incesantes luchas en el Norte, en el Nordeste y en el Noroeste, y en cambio nada había creado con carácter duradero. Sólo la persona de Wladimiro Monomaco salvó al imperio de una total ruina. Swiatopolk había sido poco amado, y menos aún lo fueron sus hijos, que, ambiciosos e injustos como su padre, oprimieron al pueblo.

Un solo príncipe contaba con las simpatías de toda la Rusia, Wladimiro Monomaco. De derecho no le correspondía el trono de Gran príncipe, sino a su primo Oleg de Chernigoff, hijo de Swiatoslao, y Monomaco parecía resuelto a reconocer este derecho. Como no hacía preparativo alguno para ir a Kieff y como Oleg se mantenía, en tanto, a la expectativa, estalló en dicha capital una sublevación que, dirigida en un principio contra los judíos, de quienes se había valido el difunto Gran príncipe para sus fines fiscalizadores, amenazaba tomar mayores proporciones.

Los de Kieff declararon que no querían por soberano a nadie más que a Wladimiro, el cual, en vista de ello, se resolvió a aceptar.

Wladimiro II Monomaco gobernó desde el año 1113 hasta el 1125: no referiremos los detalles de su reinado, cuya parte esencial estriba en el hecho de que con su subida al trono de Kieff quedó excluída la familia de Swiatoslao, es decir, los Olegwitz, como entonces se decía, o sean los descendientes de Oleg. El nuevo Gran príncipe consiguió dominar sobre una gran parte de Rusia y prosiguió con fortuna las luchas contra los polowzes, contra los fineses del Norte y del Este y contra los polacos del Oeste. Durante su reinado las estepas quedaron purgadas de polowzes, de tal suerte que, según la tradición, éstos fueron acorralados hasta el Cáucaso.

Las relaciones que mantuvo con el imperio bizantino no han sido todavía claramente explicadas. Hijo de una princesa bizantina, había conseguido casar a su hija María con León, hijo del infeliz emperador Romano Diógenes, que en 1071 había sido cegado y desterrado a una isla. León había intentado alzarse contra Alejo Comneno, pero en 1116 fué envenenado por el emperador. Entonces sostuvo las pretensiones de su hijo Basilio, Monomaco, abuelo de éste, el cual envió al Danubio un ejército, que tuvo que regresar a su patria sin haber conseguido nada.

Una tradición posterior, conservada por influencia de Moscou, refiere que el emperador Alejo, para recompensar a los rusos por las devastaciones que habían llevado a cabo en Tracia, envió al Gran príncipe una diadema y las insignias de la coronación, y que el portador, Neophit, metropolitano de Efeso, ciñó la diadema al Gran príncipe y le nombró zar, es decir, emperador.

Los contemporáneos nada saben de esto, siendo además inverosímil en sí mismo el hecho de que Constantinopla cediera a un Gran príncipe, que no era muy peligroso adversario, un título por cuya exclusiva posesión tan codiciosamente había velado aquel imperio. Sábese, en cambio, positivamente, que seis años después de aquella supuesta campaña, es decir, en 1122, una nieta de Wladimiro Monomaco se casó con un príncipe griego de la familia de Romano.

Monomaco manifestó su mayor actividad guerrera durante los reinados de sus antecesores. Al hacerse cargo del gobierno contaba ya sesenta y un años, y procuró evitar todas aquellas luchas que podían ser eludidas y sólo apeló a la fuerza, tratándose de los demás príncipes, cuando fué de absoluta necesidad para la conservación de su supremacía. En este sentido procedió en Minsk, en Nowgorod y en Wladimir de Wolhynia. Mientras las circunstancias lo permitieron fué príncipe pacífico y a él deben atribuirse un sinnúmero de medidas organizadoras de gran importancia, entre las cuales pueden citarse las disposiciones legales, aceptadas luego por toda la Rusia, sobre los intereses usurarios y sobre los semilibres o *zakupi*.

La nación rusa había sufrido lo que no es decible a consecuencia de las ince-

santos guerras civiles y de las continuas irrupciones de los polowzes (1). Consecuencia de estas calamidades había sido una miseria completa que alcanzaba más especialmente a la gente poco acomodada. Como a ésta no le era posible reproducir el cultivo en su devastado pedazo de tierra, se lanzó sobre los bienes de los ricos, que habían querido reducir a aquellos labradores a una servidumbre completa, o pidió dinero prestado, con lo cual se aumentaron rápidamente sus deudas, y hubo de verse también reducida a la esclavitud.

En este estado encontró las cosas Wladimiro, cuyo primer cuidado fué arreglar esta cuestión de manera que ninguna de las dos partes resultase perjudicada. Comenzó por regular las usuras y los intereses. Los judíos, que habían llegado a constituir en Kieff una verdadera potencia durante el reinado de Swiatopolk, habían hecho subir el interés del dinero al inusitado tipo de 120 por 100: Monomaco lo rebajó al 20 por 100 y ordenó que el que antes de la publicación de la nueva ley hubiese pagado tres veces los tercios del interés de su deuda quedaba libre de ella: disposición justa, pues en este caso el acreedor se había reembolsado del capital con más un interés de 20 por 100.

Al propio tiempo desterró de Rusia a los judíos; pero esta medida, como era de esperar, no fué de carácter duradero. Más difícil de resolver era la cuestión de los *zakupi* o semilibres, pero él la arregló, considerando en principio como libre al *zakup* (2) y dando validez al contrato a que estaba ligado: el *zakup* podía adquirir propiedad libre y no estaba sometido a la jurisdicción de su señor. La situación jurídica y material de esos semilibres fué fijada de tal suerte que ya no dependieron del capricho de sus señores: únicamente cuando se escapaban eran declarados siervos del todo.

También se determinó la parte de responsabilidad que incumbía al siervo en la propiedad de su amo, lo que debía pagar y la porción de cosecha que le correspondía: de esta suerte el señor no podía explotar a los semilibres que estaban sumidos en la miseria ni oprimirles hasta obligarles a ser siervos privados de todo derecho: medida benéfica y justa por la cual nunca será bastante alabado el gran príncipe.

El sentimiento humanitario que de tales disposiciones se desprende está muy por encima de las tendencias de los príncipes rusos contemporáneos de Wladimiro, y nos explica por qué el pueblo conservó tan duradera y cariñosa memoria suya. El mismo espíritu presidió en el testamento de este Gran príncipe, que reproducimos extractado, por considerarlo un documento importantísimo desde el punto de vista de la historia de la civilización rusa.

«Al aproximarse mi fin—escribe Wladimiro Monomaco en su testamento,—doy gracias al Todopoderoso por haber prolongado mis días: su mano me ha guiado hasta en mi vejez. Vosotros, queridos hijos míos, observad las doctrinas que este documento contiene. Si vuestro corazón no las aprueba, no condenéis mis intenciones; decid sólo que he hablado sin razón.

»El temor de Dios y el amor a los semejantes son la base de todas las virtudes. Alabad al Señor, queridos hijos, y amad a los hombres. Ni los ayunos, ni el retiro, ni la vida monástica os salvarán; sólo os salvará el ser bondadosos. No olvidéis a los pobres: cuidad de su sustento y pensad que todo es de Dios, que sólo temporalmente os lo ha prestado. No enterréis ningún tesoro, porque esto no es cristiano; sed padres de los huérfanos, oid vosotros mismos en el tribunal a las viudas y no permitáis que el fuerte perjudique al débil. No matéis ni al culpable ni al inocente, pues la vida del cristiano es sagrada.

»No pronunciéis en vano el nombre de Dios, y si solemnizáis un juramento besando la cruz, no lo quebrantéis... No abandonéis a los enfermos y no os repugne ver a los muertos, pues todos hemos de morir. Estimad las bendiciones de los sacerdotes y no los alejéis de vuestro lado; mostraos bondadosos con ellos, que así rogarán por vosotros. No seáis orgullosos, pensad que somos mortales: hoy vivimos y mañana podemos yacer en la tumba. Aborreced la mentira, los excesos y los placeres, pues son funestos para el cuerpo y para el alma. Respetad a los ancianos como a vuestro padre y amad a los jóvenes como hermanos vuestros.

»En vuestro hogar, atended a todo y no os fiéis de los criados y empleados; de lo contrario, vuestros huéspedes hablarán mal de vuestra casa y de vuestra

(1) Chlebnikoff: *El Estado y la sociedad en los tiempos anteriores a los mogoles;* San Petersburgo, 1872, pág. 241 (en ruso).

(2) *Zakup* es una palabra eslava que significa monopolio, compra al por mayor.—(*N. de R.*)

comida. En la guerra, sed activos, para que de vosotros puedan tomar ejemplo vuestros vaivodas. Durante la guerra no os entreguéis a los banquetes ni a los placeres; no os retiréis a descansar sin haber puesto en sus respectivos sitios a los centinelas de noche, pues un hombre puede entrar de repente en vuestra estancia; no depongáis nunca las armas y montad precipitadamente a caballo. Cuando viajéis por vuestros territorios, no permitáis que vuestros hombres injurien a las personas; allí donde os detengáis, dad de comer y beber a vuestros huéspedes.

»Honrad sobre todo a vuestros convidados, así a los nobles como a los plebeyos, así a los mercaderes como a los embajadores, y si no podéis hacerles regalos, procurad contentarlos con manjares y bebidas, pues los convidados nos hacen en el extranjero una buena o una mala reputación... Amad a vuestras mujeres, pero no os dejéis dominar por ellas. Conservad los bienes que os pertenezcan y aprended lo que no sepáis: mi padre sabía hablar cinco idiomas. La pereza es la madre del vicio: guardaos de ella; el hombre debe estar constantemente ocupado.

»Cuando viajéis a caballo y no tengáis nada que hacer, no os entreguéis a pensamientos frívolos; rezad vuestras oraciones de memoria, y si no otra plegaria, decid la mejor: ¡Señor, ten misericordia de mí! No os durmáis sin haberos antes arrodillado en el suelo: si os sentís mal, haced tres reverencias en tierra. Que nunca el sol os encuentre en la cama: id temprano al templo para rezar ante Dios la acción de gracias de la mañana: así lo hacía mi padre; así lo hacen todos los hombres buenos... Luego se celebra consejo con la drushina o se administra justicia al pueblo o se va a cazar.

»Al mediodía echaos en el lecho, pues el mediodía lo ha dado Dios para descanso, no sólo a los hombres, sino a los cuadrúpedos y a los pájaros. De esta manera ha vivido vuestro padre. Siempre he hecho por mí mismo aquello que hubiera podido mandar hacer a mis criados: en la caza como en la guerra, de día como de noche, en invierno como en verano, no descansé ni un momento.

»Yo no me he fiado de mis gobernadores ni de mis emisarios, ni he consentido que las viudas y los huérfanos fuesen oprimidos por los poderosos: yo mismo he vigilado los templos y el culto divino, el hogar, las caballerizas, la caza y los halcones (1)... He emprendido ochenta y tres campañas, sin contar las de escasa importancia. He firmado diez y nueve tratados de paz con los polowzes; he hecho prisioneros a más de ciento de sus mejores príncipes, poniéndoles luego a todos en libertad; pero en cambio he mandado dar muerte o hacer perecer ahogados a más de doscientos. ¿Quién ha procedido más rápidamente que yo?

»Cuando salía de Chernigoff al romper el día, llegaba a Kieff antes de la oración de la tarde... He sido muy aficionado a la caza, y con vuestros tíos he cazado algunos animales fieros. Con mi propia mano he cazado con lazo en la espesura de la selva muchos caballos bravíos (2). Dos veces he sido alcanzado por los cuernos del uro, el ciervo me ha derribado, el alce me ha pisoteado, un jabalí me arrebató la espada dejándome el puño en la mano, un oso me destrozó la silla y se arrojó sobre mí de tal manera que el caballo se cayó al suelo. ¡Cuántas veces he sido derribado!.. Pero el Señor me ha salvado siempre.

»Por esto, queridos hijos, no habéis de temer la muerte, ni la lucha, ni las fieras. Sed hombres, cualesquiera que sean los golpes que el Señor descargue sobre vosotros. Cuando la Providencia nos destina a la muerte no pueden salvarnos ni nuestro padre, ni nuestra madre, ni nuestros hermanos. Sólo la protección de Dios es la esperanza de los hombres.»

Este notable documento, al lado del cual no pueden poner otro semejante las fuentes históricas alemanas de la misma época, no sólo nos presenta una imagen fiel del modo de pensar y de vivir de Wladimiro, sino que es el punto de partida del nuevo período de lucha e intranquilidad continua que entonces se inició y que duró por espacio de cien años.

En 1117 había otorgado Monomaco aquel testamento: ocho años después, en 19 de mayo de 1125, dejaba de existir. La crónica acompaña esta noticia con las siguientes palabras: «Murió el príncipe ortodoxo, el gran príncipe adorador de Cristo, Wladimiro Monomaco,

(1) Los halcones eran también utilizados en cetrería.

(2) Seguramente los caballos bravíos que de las estepas se refugiaron en la selva.

que había iluminado toda la Rusia, pues de él manaba la luz como mana del sol.

»Su fama voló por los países extranjeros: inspiraba especial temor a los paganos, amaba a sus hermanos y a los pobres y fué un buen mártir para Rusia. Su muerte acaeció en 19 de mayo; su cadáver fué enterrado en la iglesia de Santa Sofía, junto al de su padre Wsewolod, y sobre su tumba se entonaron los cánticos acostumbrados. Todo el pueblo lloró por el santo y bondadoso Gran príncipe como lloran los hijos a sus padres; lloráronle sus hijos Mstislao, Yaropolk, Wiascheslao, Jorge, Andrés y sus nietos, y luego se separaron todos muy contristados; los príncipes se dirigieron cada cual a su Estado llorando amargamente: Monomaco había dejado un principado a cada uno de ellos.»

Una tradición, cuya veracidad no está muy comprobada (1), nos hace la siguiente descripción de Wladimiro Monomaco: «Era de hermoso rostro; sus ojos eran grandes y sus cabellos rojos y rizados; su frente alta, su barba ancha. No era muy corpulento, pero su cuerpo estaba vigorosamente conformado y su fuerza era extraordinaria. Tenía una habilidad especial para ordenar su ejército: había vencido y sojuzgado a muchos enemigos, y sólo había sufrido una derrota, junto a Tripole: no quería pensar en ésta, ya porque en ella había perecido ahogado su hermano Rostislao, ya porque se avergonzaba de que la mala conducta de Swiatopolk hubiera sido causa de la desgracia.»

CAPÍTULO III

DECADENCIA DE KIEFF E IMPORTANCIA CRECIENTE DE SUSDAL

Durante los cuarenta y cuatro años que siguieron a este período, en los cuales la consideración de que había gozado la sede de Gran príncipe de Kieff fué menguando progresivamente hasta quedar poco menos que anulada, la supremacía pasó diez y ocho veces de una a otra mano, de manera que por término medio ningún reinado duró más de dos años y medio.

Con las guerras civiles que acompañaban a estos eternos cambios de trono corrieron parejas la devastación y el salvajismo del Sur de Rusia, que pronto no se encontró en condiciones de ser por más tiempo el centro de la vida política. Una rápida ojeada sobre la historia política de aquellos funestos años nos permitirá comprender las causas de aquel desastroso movimiento. Ya hemos visto que Wladimiro Monomaco había ocupado el trono de Gran príncipe en perjuicio de los mejores derechos de los príncipes de Chernigoff, los Olegwitz. Durante los últimos años de su vida no pensó en reparar esta injusticia, ni se cuidó de dejar a sus descendientes el poder con arreglo a una ley de sucesión, que hubiera podido servir de contrapeso a las pretensiones que sobre el trono de Gran príncipe sostenían los de Chernigoff.

El imperio, en su mayor parte, fué dividido entre sus hijos: Mstislao, el primogénito, había recibido a Kieff y el Sur de Rusia, y sus hijos gobernaban en Nowgorod, Kursk y Smolensko; Yaropolk había obtenido a Pereyaslawl; Wiacheslao a Turow; Jorge a Susdal, y Andrés a Wladimir en Wolhynia. En cambio los príncipes de Polozk, es decir, la familia de Ysiaslao el mayor, eran independientes; en la Rusia Roja, es decir, en Galitzia, reinaban los Rostislawitz, y en Chernigoff los Olegwitz, a los cuales pertenecían además Murom, Rasán, el antiguo país de los wiatitsches y radimitsches y Tmutarakán, en el extremo Sudeste.

Si los descendientes de Monomaco hubiesen permanecido unidos, si en Kieff hubiese habido un príncipe enérgico, de seguro que este gran principado, a pesar de su desfavorable situación junto a las estepas del Sur, hubiera conservado la preponderancia; pero nada de esto sucedió. Cierto que el sucesor inmediato de Monomaco, Mstislao, a quien la historia de Rusia con razón ha dado el calificativo de Grande — entonces nada había realmente grande en Rusia,—no sólo supo conservar su posición, sino también conquistar para su hijo Ysiaslao a Polozk, cuyos príncipes huyeron a Grecia; pero a su muerte, en 1132, le sucedió su hermano Yaropolk, hombre valiente, pero demasiado temerario y vacilante, que en virtud de un tratado cedió a Pereyaslawl al hijo mayor de su hermano, y con ello le abrió la perspectiva de sucederle en Kieff.

Obrando así ofendió a sus tres hermanos menores, pues con aquel acto se ponían en duda sus derechos sobre Kieff. Uno de ellos, Yuri o Jorge de Rostoff, por sobrenombre Dolgoruki, es decir,

(1) Tatischeff, tomo II, pág. 229.

larga mano, intentó sostener por medio de la fuerza sus pretensiones, y al proceder contra su tío encontró apoyo en los Olegwitz de Chernigoff, cuyo jefe Wsewolod Olegwitz había formado ambiciosos planes y se aprovechaba de las contiendas entre la familia de Monomaco para abrirse a sí mismo el camino que debía conducirle al trono de Gran príncipe.

La habilidad con que Wsewolod supo aprovechar tan triste situación le llevó a reinar en Kieff, desde 1139 hasta 1146.

Sin embargo, después de su muerte, su hermano, a quien había nombrado sucesor, fué destronado, e Ysiaslao, hijo de Mstislao, a quien Wsewolod había prometido la sucesión por medio del juramento del beso en la cruz, se hizo cargo del gobierno, desde 1146 a 1154. La familia de Monomaco se despedazaba en continuas guerras civiles. Dos veces consiguió Yuri Dolgoruki arrojar de Kieff a su sobrino, el cual para conservar su gran principado consintió en que ejerciera junto a él en Kieff una especie de soberanía un hermano mayor de Dolgoruki.

La situación se complicó más todavía a la muerte de Ysiaslao. Durante una semana gobernó en Kieff su hermano, el príncipe Rostislao de Smolensko, pero luego fué expulsado de allí por un príncipe de Chernigoff, el cual a su vez tuvo que retirarse ante Yuri Dolgoruki, que gobernó hasta su muerte, acaecida en el año 1157. Este príncipe activo y poco simpático que, sin reparar en los medios, sólo se había propuesto durante toda su vida el objeto que le seducía, dirigió sus ataques en todos sentidos y no supo granjearse amistades. Su soberanía era sufrida con impaciencia y en el Norte se preparó una gran coalición para destronarle.

Los príncipes de Smolensko, Chernigoff y Wolhynia marchaban ya sobre Kieff, y se aprestaban también a atacar esta ciudad los del Sur, del Este y del Oeste, cuando se supo que el Gran príncipe había fallecido en 15 de mayo de 1157. Yuri Dolgoruki fué el último nieto de Yaroslao. La cuarta generación que iba a ocupar el trono presenció la completa decadencia de Kieff. En el mismo día en que fué enterrado Yuri, los de Kieff se arrojaron sobre sus partidarios, asesinándolos, saqueando sus casas y haciéndoles pagar todos los males que aquel príncipe durante su agitada vida había atraído sobre la capital, en la cual hicieron entonces su entrada los confederados.

Uno de éstos fué Gran príncipe, para dejar a los ocho meses el trono a otro, que sólo se sostuvo en él cuatro meses. Así continuaron las cosas con estos continuos vaivenes, y en los ochenta y tres años que mediaron desde los referidos sucesos hasta la toma de Kieff por los tártaros, ocurrieron treinta cambios de gobierno. El trono sentía las influencias no sólo de los intereses dinásticos, sino también de la opinión vacilante de los ciudadanos de Kieff y de los habitantes de las estepas, cada día más poderosos. El signo evidente de la decadencia de Kieff es la circunstancia de que el más poderoso príncipe de aquel tiempo, el hijo de Dolgoruki, Andrés Bogolyubski de Susdal, que por su edad debía ser indudablemente preferido, no se cuidó nunca de disputar el gran principado, pues con profunda mirada había conocido que el porvenir era no del Sur, sino del Norte, y por eso prefirió hacer valer desde allí su poderío.

El centro fijo que fuera lazo definitivo de unión de toda la Rusia no podía existir sin una fuerza territorial, que no tenía ninguno de los príncipes que se disputaban el gobierno de Kieff. Cuando uno de estos grandes príncipes impotentes, Mstislao Ysiaslawitz, pareció querer robustecer su soberanía aliándose con la poderosa Nowgorod, once príncipes se unieron para ir contra Kieff. Esta ciudad fué sitiada, y mientras el príncipe y los habitantes oponían una enérgica resistencia, hacían'es traición los berendees tórkicos que Mstislao había tomado a sueldo.

Por eso los sitiadores pudieron tomar por asalto la ciudad al tercer día, y a duras penas pudo escapar el Gran príncipe, después de haber perdido casi a todos sus compañeros. Al asalto siguió un horrible saqueo, descrito por la crónica del modo siguiente: «La ciudad de Kieff fué conquistada en 8 de marzo, el miércoles de la segunda semana de cuaresma, y durante dos días los vencedores saquearon toda la ciudad, así la parte alta como la baja: los conventos, los templos de Santa Sofía y del Diezmo, nada fué respetado. Las iglesias fueron incendiadas, los cristianos asesinados o encarcelados, las mujeres hechas prisioneras y separadas violentamente de sus maridos, y los niños lloraron la pérdida de sus madres. Los invasores se llevaron muchas riquezas, robaron las imágenes,

los libros y tapices de las iglesias, y aquellos smolenskos, susdales, chernigoffes y demás hombres de Oleg se llevaron hasta las campanas y saquearon todos los templos. El convento subterráneo fué incendiado por los paganos (lo eran los berendees, que se pasaron a los invasores), pero Dios, por los ruegos de la Santísima Virgen, lo salvó de la destrucción. En Kieff todo eran gemidos, sollozos, tristeza y llanto. Todo esto nos envió Dios en castigo de nuestros pecados.»

Mstislao, hijo de Bogolyubski, que mandaba el ejército aliado, regresó al lado de su padre, después de haber establecido en Kieff a su tío Gleb de Pereyaslawl, «lleno de honores y de fama,» según dice la crónica. Algunos manuscritos dicen «acompañado de maldiciones.»

Sería sensible no poder decir más acerca de este período que tan rápidamente hemos descrito, si no fuera porque los detalles que acompañan a la narración no hacen agradable el curso de los sucesos, pues sólo sirven para aumentar la tristeza que aquellos tiempos producen. El egoísmo y la codicia de los príncipes por un lado, y la decadencia cada vez mayor del pueblo por otro, se demuestran todavía más con una serie de hechos que son otras tantas sacudidas violentas.

Por eso preferimos detenernos en los dos fenómenos que han de ser de importancia duradera para el desenvolvimiento de Rusia. Dos hechos se ofrecen en primer término a nuestra consideración: primero, la bancarrota política y material del Sur, y segundo, la consolidación y robustecimiento del Norte, e íntimamente enlazado con estos dos fenómenos, el del nacimiento de principados particulares más fuertes y más determinados.

Ya hemos visto, en parte, lo que fué causa de la ruina de Kieff y de la pérdida de su supremacía. Indudablemente contribuyó mucho a ella la situación geográfica, es decir, la proximidad de aquellas estepas, abiertas a las correrías de los rapaces nómadas. Esta situación era desde muy antiguo la misma y en las estepas no habían nunca faltado bandidos. Sin embargo, durante los últimos años la situación de Kieff había empeorado notablemente, porque así el gran príncipe como sus adversarios habían hecho intervenir al elemento nómada en la vida política de Rusia.

Wladimiro Monomaco, el vencedor de los polowzes, fué el primero que en plena guerra civil se había dirigido a aquellos nómadas, y después de él ninguno sintió repugnancia a seguir por esta senda. Los Olegwitz de Chernigoff fueron los que mayores males atrajeron sobre Rusia, acudiendo constantemente a los paganos *(pagannije)*, que lo eran casi todos los habitantes de las estepas. Más funesta todavía que todos estos saqueos y devastaciones fué la circunstancia de que desde fines del siglo XI los pueblos de las estepas occidentales, los torkes, berendees y pechenegos, que hacía mucho tiempo mantenían relaciones con Rusia, comenzaran a entrar a formar parte del pueblo ruso y llegaran a formar una parte de la población del Sur de Rusia (1).

Especialmente en 1116, cuando los polowzes les causaron una gran derrota, los torkes y pechenegos fueron acogidos en Rusia: ya en época anterior encontramos algunos de ellos establecidos en las cercanías de Pereyaslawl y otros en la ciudad de Tortschesk, situada en la desembocadura del Ros, que tomó de los torkes su nombre. Desde entonces fijáronse en las cuencas del Ros y del Dniéper, y los tres grupos de torkes, berendees y pechenegos, conocidos por los rusos con el nombre común de *capas negras (chorniye klobuki)*, comenzaron a tomar parte activa en las más trascendentales cuestiones del Sur de Rusia. Los de Chernigoff eran también tribus afines a ellos.

No debemos considerar, sin embargo, a estos pueblos como completamente nómadas, pues desde el momento en que habitaron en aldeas tuvieron que cultivar la tierra, y además sabido es que cuando las necesidades de la guerra lo exigían sabían refugiarse en lugares fortificados. Dada la enemistad mortal en que estaban con los polowzes, eran naturales aliados de los príncipes rusos; pero pronto tomaron parte en las luchas que éstos sostenían entre sí, siendo por lo mismo cuestión de gran importancia averiguar cuál de los pretendientes al trono de Gran príncipe podía contar con las *capas negras*, cuyos servicios eran recompensados con cesiones de plazas fuertes y de territorios.

De esta suerte fueron adquiriendo un

(1) Véase Kostomaroff: *Rasgos de la vida popular del Sur de Rusia.* Monografías históricas, segunda edición, tomo I, pág. 187.

carácter de fijeza, preparándose gradualmente su unión con la población eslava del Sur de Rusia. Así esta población presentaba entonces una mezcla especial: tomó un tinte abigarrado y se hizo más movediza, fenómeno que se marcó más

política y la existencia de una aristocracia o de una influyente burguesía, y si el pueblo no se hizo completamente nómada, debióse a la influencia del cristianismo y además a las relaciones con el imperio bizantino, con el cual se conti-

Restos del palacio del gran príncipe Andrés Bogolyubski, en Wladimir

por el hecho de que cada uno de los príncipes que reinaron en Kieff iba acompañado de un séquito de guerreros procedentes de sus antiguos y respectivos principados. Es, pues, evidente que con todo esto disminuyó la fuerza de resistencia del Sur.

Operábase en él un cambio constante de elementos predominantes, siendo imposibles la formación de una tradición

nuaba haciendo, a pesar de todos los obstáculos, un activo tráfico mercantil. Pero éste se veía amenazado de tales peligros que los príncipes del Sur de Rusia, para evitar su desaparición, se vieron obligados a custodiar con sus ejércitos los géneros procedentes de Grecia y los que a Grecia se enviaban. «De manera que en el Sur de Rusia—son palabras de Kostomaroff—existía una mezcla de

civilización civil y espiritual, y de salvajismo y espíritu nómada, y una confusión de principios de libertad social con el capricho despótico. Los príncipes eran elegidos y proclamados por el voto popular, pero toda la significación del pueblo estaba reducida a un puñado de aventureros a quienes la casualidad había reunido. La opresión y la violencia ejercidas sobre el pueblo eran castigadas por el tribunal de la muchedumbre, pero estas masas carecían de organización. La falta de agrupaciones de Estados y de una nobleza de raza y de privilegios de clase, el capricho de los temporalmente poderosos y la servidumbre de los débiles e impotentes, son los rasgos de la vida popular, en cuyo seno reconocemos el germen del futuro cosaquismo.»

Mientras la más importante ciudad del Sur iba de esta suerte en decadencia y mientras la población meridional perdía su fuerza de resistencia bajo la presión de sus desgracias, en el Norte el principado de Susdal-Rostoff, llamado a ser el punto de unión de toda la Rusia, formaba un nuevo centro de vida política.

Ya Rurik había dado en feudo a uno de sus hombres la ciudad de Rostoff, situada en el territorio de los meerios fineses (1), la cual, al lado de Nowgorod y de Kieff, puede figurar entre las más antiguas residencias de la actual Rusia. Susdal, o Suschdal, según la forma antigua, había sido fundada a fines del siglo IX. Pocas noticias tenemos de la primitiva historia de este país: los príncipes warangos se contentaron, al parecer, con percibir un tributo, y hasta el reinado de Yaroslao, que fundó allí la ciudad de Yaroslawl, no parece haber alcanzado cierta importancia este territorio.

Agregado temporalmente a Nowgorod, fué unido a Pereyaslawl del Sur a la muerte de Swiatoslao, acaecida en 1076. Wladimiro Monomaco dejó también impresas las huellas de su actividad fundando en las márgenes del Klyasma, afluente del Oka, una ciudad que llevó su nombre y construyendo en Rostoff un templo. El congreso de Ljubetsch cedió definitivamente todo este territorio a la familia de Monomaco, cuyo hijo Yuri Dolgoruki fué el primer príncipe particular independiente de Rostoff. Ya hemos visto cómo Dolgoruki consagró toda su vida a luchar por la posesión de Kieff: allí y no en el Norte estaba su ideal, y toda su persona nos ofrece el tipo que nos lleva desde los príncipes del Sur de Rusia hasta los príncipes del territorio del medio Wolga, tan esencialmente distintos unos de otros.

Dolgoruki no sólo desde el punto de vista material, sino desde el moral, es el término medio entre Monomaco y Andrés Bogolyubski, que representan los dos extremos opuestos. Dolgoruki, príncipe astuto, desleal y calculador, era poco simpático y de nadie fué querido; pero mientras dirigía sus esfuerzos hacia el Sur consiguió cierta fama como colonizador del Norte, al cual tanto odiaba.

Nuevas hordas de inmigrantes le siguieron cuando regresó dél Sur; y aun desde Nowgorod, que desde entonces dió a aquel país una parte de su población, encamináronse sus partidarios con sus mujeres e hijos hacia Susdal. Todos los que no estaban contentos con el estado de su patria encontraban junto a él seguro refugio. Sabemos que fundó tres ciudades, entre las que figura Yuryevo, pero es probable que fundara muchas más. Moscou es mencionada por primera vez en la crónica durante su reinado, en 1147, y la tradición popular le atribuye personalmente la fundación de esta capital.

Según refiere dicha tradición, en el lugar en que hoy se alza Moscou vivía un rico boyardo llamado Stepan Ivanowitz Kutschka: en cierta ocasión hizo allí alto el príncipe, y como el orgulloso boyardo se negara a tributarle los homenajes acostumbrados, mandó darle muerte y ordenó que sus hijos y su hija, la hermosa Ulita, fuesen conducidos a Wladimir y entregados a su hijo Andrés Bogolyubski. Habiéndole gustado el sitio en que se encontraba situada la corte de Kutschka, hizo construir en él una ciudad de madera, a la cual dió el nombre del río que junto a ella corría, Moskowa. Yuri, sin embargo, no fijó su residencia ni en esta ciudad ni en la de Rostoff, la mayor probablemente de todas las de su reino, sino en Susdal.

Ignoramos cómo hizo valer su soberanía en este territorio, pues de su reinado no sabemos, fuera de lo expuesto, más que lo que aconteció en el Sur, es decir, que recorrió el país para percibir

(1) Véase Korsakoff: *Los meerios y el principado de Rostoff* (en ruso), y Ouwaroff: *Les Mériens.* Esta última obra especialmente ha puesto en claro la importancia del elemento finés que los meerios aportaron a la sangre rusa.

tributos, que tuvo gobernadores en las ciudades, que siguió los consejos de su séquito y de sus hijos cuando lo creyó necesario, que puso un general al frente de sus tropas y que otorgó grandes territorios a sus hijos. Cuando fué Gran príncipe cedió todo aquel país a su hijo Wassilko, haciendo donación de todos los que se extendían al Norte de Kieff a su primogénito, a quien destinaba para sucederle en el trono de Gran príncipe.

Andrés, sin embargo, no se encontraba bien en el Sur de Rusia, porque, habiendo nacido en el Norte, no podía acostumbrarse a la vida intranquila del Sur. Quizás veía también cuán poco segura era la situación de su padre. Así es que huyó secretamente de Wischgorod, llevándose consigo una imagen milagrosa de la Madre de Dios, pintada, al parecer, por el evangelista Lucas, y se dirigió a Wladimir. Puso la imagen en un templo que mandó construir en el lugar en donde había tenido una visión, y al cual dotó espléndidamente: este sitio recibió el nombre de Bogoliubowo (amor de Dios).

Muerto su padre en 1157, Rostoff y Susdal se negaron a obedecer a su hermano menor y proclamaron príncipe suyo a Andrés, a quien acudieron también los hombres de su padre, que habían huído de Kieff. Andrés no se movió de Wladimir, decidido a hacer centro de su imperio a esta ciudad, donde no se encontraba frente a frente de ninguna antigua familia ni de una burguesía perfecta. Considerándolo con atención, se ve cuán fija y claramente había concebido el objetivo de su vida.

En el Norte no había que temer invasión alguna de los nómadas; los búlgaros que habitaban junto al Volga, al Este de sus dominios, se encontraban en decadencia y sintieron más de una vez el peso de su mano; arrojó de sus posesiones a sus hermanos Mstislao, Wassilko y Wsewolod, que debían gobernar con él en Susdal, y que se vieron obligados a huir a Constantinopla con su madre; dos sobrinos que reclamaban sus derechos tuvieron también que dejarle el campo libre; los boyardos de su padre fueron por él expulsados del país, pues no gustaba de tener quien le aconsejara; de suerte que a los pocos años Andrés fué único soberano del Norte (1161).

Ya hemos dicho de qué modo consiguió causar, a los ocho años, la ruina de Kieff, y también cómo puso a su hermano Gleb en el trono de Kieff, al cual tanto había debilitado. En cuanto al título de Gran príncipe, lo reservó para sí y envió a Kieff al príncipe que le pareció más conveniente. Sólo le faltaba someter a Nowgorod para que no quedara en Rusia nadie que pudiera resistirle: éste era el paso que había de llevarle a la soberanía única, pero esta vez fracasó su intento. La misma coalición que le había abierto las puertas de Kieff le acompañó al año siguiente en su campaña contra Nowgorod.

Los expedicionarios dudaban tanto menos del éxito, que ya se repartían las calles en las cuales había de permitirse el saqueo, y esperaban conquistar considerable botín en aquella rica ciudad. Los de Nowgorod comprendieron la gravedad y extensión del peligro, el cual parecía tanto mayor cuanto que el hecho de haberse emprendido la campaña durante el invierno les privaba de la defensa que les ofrecían en otras estaciones los pantanos. Conducidos, sin embargo, por su príncipe Román Mstislawitz, no sólo resistieron el ataque de sus adversarios, sino que les derrotaron completamente.

A pesar de todo, Andrés consiguió su objeto, aunque no en la extensión que él deseaba. Cuando el valiente Román, noticioso de la muerte de su padre, salió de Nowgorod para dirigirse a Wolhynia y ocupar allí el trono vacante, Andrés, interceptando los convoyes de cereales, puso a la ciudad en tal aprieto que ésta hubo de reconocer su soberanía y de recibir de sus propias manos otro príncipe, que fué Rurik Rostislawitz.

En la esfera religiosa dejóse también sentir el carácter obstinado del Gran príncipe. El obispo de Rostoff, León, fué durante su reinado dos veces desterrado, la última (1162) por motivos puramente políticos. Andrés abrigó siempre la esperanza de fundar una nueva metrópoli en su residencia de Wladimir, en la cual existía ya una magnífica catedral consagrada a la Madre de Dios y por él construída para el futuro metropolitano; pero los emisarios que había enviado a Constantinopla para obtener del patriarca Lucas Chruzovergos la confirmación de su candidato Feodor o Fedorz, regresaron portadores de la más absoluta negativa, y en su vista tuvo que renunciar por entonces a la realización de sus planes.

No por esto desistió de ellos, y obtuvo de Constantinopla la promesa importante de que en lo sucesivo no se nom-

braría ningún metropolitano en Rusia sin el consentimiento del gran príncipe, y de que si el patriarca no procedía con su acuerdo, los obispos rusos podrían elegir metropolitano por sí mismos, mediante la aprobación del gran príncipe. Andrés procuró librarse por otro medio de la supremacía pontificia del metropolitano de Kieff, nombrando a Feodor obispo autónomo de Rostoff, y en efecto, fué consagrado en Constantinopla, prescindiéndose del metropolitano de Kieff, y siendo reconocido, como no podía menos de serlo, por Andrés.

En la lucha religiosa que se promovió entonces entre Kieff y Rjasán, Feodor se declaró, según parece, por sí y ante sí independiente del metropolitano. Andrés, por motivos que no conocemos, no pudo apoyarle, sino que, por el contrario, le entregó al metropolitano, el cual hizo asesinar bárbaramente a tan peligroso adversario, después de haberle hecho cortar la lengua y la mano derecha y arrancarle los ojos (1). A pesar de esto se mantuvieron vivos la idea de hacer pasar el centro del poder religioso de Rusia desde el Sur al Norte y el deseo de sacudir la supremacía del patriarca de Constantinopla, lo cual llegó a ser por fin una realidad en el terreno que Andrés había preparado.

No estudiaremos las guerras que llenaron los últimos años del príncipe, y que son una prueba más del indómito carácter que mostró Andrés en todos sus actos; estas guerras de nada sirven para aclarar la cohesión histórico-universal. Todos los que a su alrededor estaban se sentían inseguros, pues sabían que no toleraba independencia cerca de él y que con rápida mano dictaba y ejecutaba las sentencias de muerte.

Esto fué causa de que entre los que le rodeaban se tramara una conspiración, de cuyas resultas Andrés fué asesinado en 29 de junio de 1175, en Bogoliubowo, en su propio dormitorio. A pesar de los desórdenes que esta muerte trajo consigo, no se disminuyó en nada la preponderancia del Susdal cuando en 1177 empuñó las riendas del gobierno el segundo hermano de Andrés, Wsewolod, a quien algunos llaman el gran nido, a causa de los muchos hijos que tuvo.

También este príncipe estaba dotado de talento extraordinario, y no sólo supo conservar la situación en que se vió colocado, sino que aumentó la influencia que su hermano había ejercido sobre los demás principados. Renunciando a entrar en este punto en pormenores, baste saber que le prestó obediencia absoluta el Norte de Rusia, y que también se le sometieron bien a pesar suyo, los Olegwitz de Chernigoff. Sólo en los territorios del Oeste y del Sur encontró un adversario, al cual no pudo sojuzgar, tal fué el audaz Román Mstislawitz de Wolhynia, que conquistó la Galitzia y ejerció por algún tiempo su soberanía en Kieff.

Cuando éste, en 1205, comenzó la lucha contra Polonia, los Olegwitz se lanzaron sobre su heredero y penetraron en Galitzia, y entonces Wsewolod robusteció su situación preponderante conquistando a Rjasán y apoderándose de Chernigoff, en cambio de lo cual dió a los Olegwitz, por medio de un tratado, la soberanía de Kieff. Este soberano, más que por la fuerza de las armas, consiguió su objeto creando antagonismos y aprovechándose hábilmente de ellos. Cuando murió (1212), era el más poderoso y temido príncipe de aquella confederación especial de Estados que se denominaba Rusia.

La tradición rusa pregona su fama: «Ante su nombre, dice, temblaban todos los países, y su fama se extendía por toda la tierra. A todos los que eran maltratados, la mano de Dios los conducía a él, pues en su corazón alentaba el temor de Dios: hacía limosnas a los menesterosos y administraba desinteresadamente verdadera justicia.»

El último acto de su vida fué, sin embargo, una falta política: su hijo primogénito Constantino, que ya había sido príncipe de Rostoff, pensaba a la muerte del padre heredar todos sus dominios; pero Wsewolod exigió de él que renunciara a Rostoff si quería entrar en posesión de Wladimir y de la dignidad de Gran príncipe, y habiéndose negado a ello Constantino, designó a su segundo hijo, Yuri, por sucesor suyo en Wladimir. Como era natural, apenas el padre hubo cerrado los ojos estalló una guerra civil, durante la cual los enemigos de la casa de Susdal procuraron enriquecerse a costa de los dos hermanos. Yuri se sostuvo cinco años (1212 a 1217), pero al fin fué derrotado por Constantino y por sus aliados, entre los cuales figuraban los de Nowgorod, y tuvo que ceder el trono a su hermano.

(1) Golubinski (*Historia de la Iglesia rusa*, Moscou, 1880, tomo I, pág. 374) ha aclarado de un modo notable la tradición, en extremo confusa.

Ambos hermanos firmaron la paz bajo la condición de que la sucesión de Constantino en Wladimir sería para Yuri, asegurándose a los hijos de aquél la herencia de Rostoff. Este plan se realizó cuando a los dos años de reinar falleció Constantino (1218): Yuri pudo entonces, durante veinte años (1217-1237), ocupar tranquilamente el trono de Gran príncipe de Wladimir. Esto no obstante, nunca logró alcanzar el poderío de su padre. Combatió con éxito contra los búlgaros del Volga y fundó, en 1221, la ciudad de Nischnie-Nowgorod, que fué la avanzada más extrema del Noroeste.

No pudo tomar parte en las luchas del Sur y del Este de Rusia, pues su poder no alcanzaba a tanto. Los pechenegos desde las estepas y los húngaros y polacos desde el Oeste devastaron los territorios fronterizos rusos, especialmente los de Halicz y Wolhynia. A duras penas se consiguió rechazarlos sin el apoyo del Gran príncipe de Wladimir. Estas luchas habían agotado las fuerzas del Sur de Rusia, cuando sobrevino un nuevo peligro, al cual difícilmente hubiera podido resistir el imperio unido en una sola mano, y al cual hubo de sucumbir sin defensa desde el momento en que se encontraba dividido en pequeñas soberanías. Nos referimos a la invasión de los mogoles.

CAPÍTULO IV

PROGRESOS DE LA CIVILIZACIÓN RUSA HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XIII

Aun cuando el cuadro de la historia de Rusia que acabamos de trazar lleva en sí mismo el sello de un determinado grado de cultura, es necesario hacer notar sus elementos característicos antes de pasar al período histórico, que por la existencia de una dominación extranjera de tres siglos, en parte modificó el antiguo estado de cosas, en parte hizo nacer nuevos gérmenes de organización social y política, y en parte, finalmente, mató una vigorosa nacionalidad.

Debemos comenzar por decir que para juzgar acertadamente la situación social y material de las últimas capas del pueblo nos faltan los fundamentos de una historia científica de la agricultura rusa, única que podría resolver las muchas cuestiones que aún hoy día están envueltas en la obscuridad.

Por regla general, no encontramos indicio alguno que nos permita asegurar que la vida agrícola hiciera grandes progresos durante los cuatrocientos años transcurridos desde la llegada de los príncipes warangos. La clase labradora permaneció siempre aferrada a lo antiguo, y aun cuando bajo el poder de sus príncipes se robusteció en ella la idea de una vida política, y por más que con la introducción del cristianismo se verificó una depuración religiosa y moral, Rurik y sus sucesores no se cuidaron de enseñar a sus súbditos el arte de cultivar los campos, y los mismos príncipes que sucedieron a Yaroslao, con excepción de Wladimiro Monomaco, nada importante hicieron en este sentido.

La posesión en común subsistía como de antiguo, con la sola diferencia de ser mayor el número de los que poseían bienes particulares y que por tanto se elevaban por encima de las masas. Era fácil entonces adquirir una propiedad, pues todo hombre libre podía ocupar un yermo y apropiárselo con su trabajo: además, dada la poca densidad de la población, los ricos podían hacerse adquisiciones a poco precio. La Rusia se encontraba en aquel tiempo cubierta todavía de grandes extensiones de bosque y difícilmente se encontraban brazos para el trabajo; por eso los propietarios se esforzaban por llevar a sus propietarios colonos, a los cuales concedían algunos privilegios.

El sistema más comúnmente seguido era dejar al colono por su trabajo una parte, la mitad o el tercio, de la cosecha. Estos medieros y parceros gozaban de completa libertad; sólo los esclavos, los prisioneros de guerra y los siervos comprados podían ser obligados a labrar la tierra contra su voluntad. Esta última clase de trabajadores se encontraba principalmente en los dominios del príncipe.

Por lo demás, el sistema agrícola era muy primitivo: el labrador penetraba en la selva con el hacha, la guadaña y el arado, para roturar y limpiar el bosque, pero no para establecerse en él. Cuando el nuevo campo había dado sus frutos por espacio de tres años, su fuerza productiva parecía agotada y el labrador pasaba adelante, pues aquel país, a excepción de los territorios que eran de propiedad particular, era, como con razón se ha dicho, una *res nullius* (1); de manera que, al contrario de lo que sucede hoy, el movimiento iba de Sur a Nor-

(1) Véase Sowetoff: *Sistema de agricultura*, San Petersburgo, 1867 (en ruso).

te. En las fuentes a que hemos acudido no encontramos indicio alguno de que en Rusia existiera, antes del siglo XV, el abono (1). Ya se comprenderá, pues, que en el Sur, donde la población era más densa, los bosques fueron desapareciendo paulatinamente y que la estepa fué extendiéndose hacia el Norte. El cultivo de los campos se hacía con los mismos sencillos instrumentos que hoy, y a excepción del alforfón o trigo sarraceno *(gretsch)* se cultivaban los mismos cereales. Las legumbres y el cultivo de los huertos sólo eran conocidos en el Sur. Más sorprendente quizás, pero explicable por lo que más arriba hemos visto, es que la cría de ganado vacuno y caballar fuese insignificante.

La historia de las expediciones rusas nos demuestra con cuánta frecuencia se dejó sentir en los ejércitos rusos la falta de una buena caballería. Posteriormente varió esta situación, por más que la cría de ganado no fuera una parte importante del bienestar del pueblo. Unicamente los príncipes del Sur de Rusia se llevaron, como botín de sus guerras con los pueblos de las estepas, grandes rebaños, y sólo después de muchos años se mejoró en todo el imperio la ganadería gracias a los racionales principios económicos del Gran príncipe de Moscou.

Otras industrias fueron las que enriquecían a los labradores rusos y al pueblo en general, tales como la caza, la pesca y la explotación de los árboles melíferos silvestres. La caza, cuyos productos en pieles constituían una de las más importantes rentas del príncipe, estaba, si no monopolizada, por lo menos considerablemente restringida: hacíase con trampa, con perro, con halcón y con azor; sabemos también que se hacía la caza en batida para las liebres. Ya se comprenderá que esta clase de caza no era permitida a la población agrícola, la cual debía limitarse a cazar en los bosques comunes que, a su vez, no podían ser utilizados por el príncipe.

La pesca era libre para cada cual en su terreno ribereño: los ríos y los lagos se consideraban propiedad de todo el pueblo, a excepción de aquellos lugares que por compra o por donación habían pasado a ser de propiedad particular. De los de Nowgorod sabemos que ejercían la pesca hasta en el mar (en el Blanco), pudiendo asegurarse que formaban un verdadero gremio de pescadores.

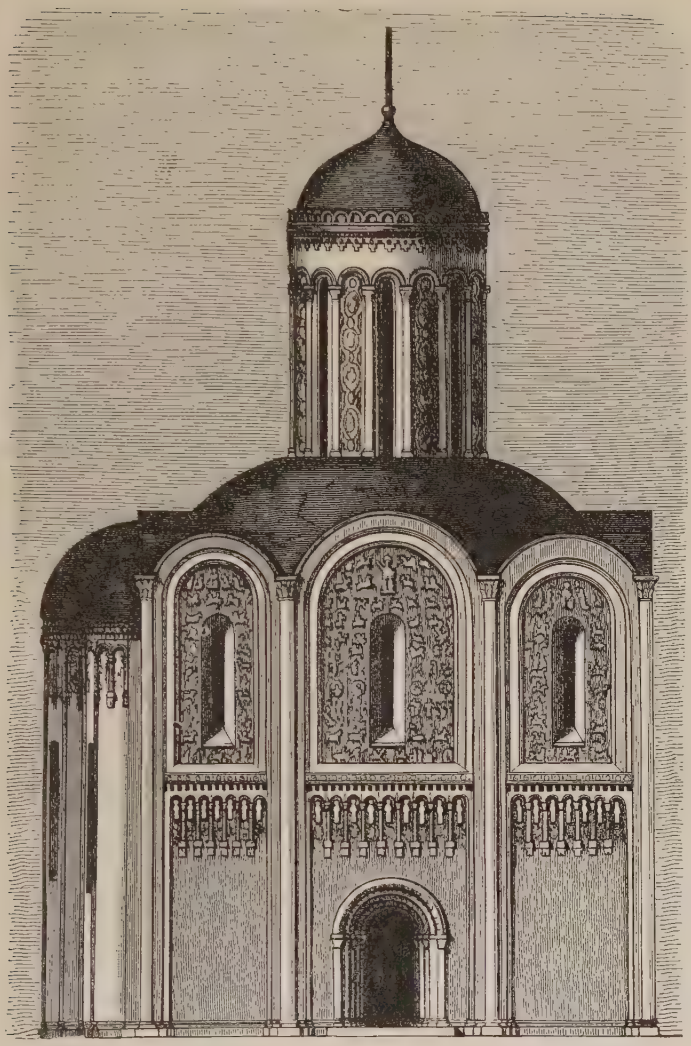
No se sabe cuáles eran los peces con preferencia pescados, pero puede asegurarse que, como actualmente, serían probablemente el esturión y el salmón.

La explotación de los árboles melíferos ocupaba a una parte especial de la población, a la cual se daba el nombre de *drewolasi* (que trepa a los árboles). La cera y la miel eran quizás los artículos más importantes del comercio de Rusia: en cera y en miel pagaba el súbdito el impuesto al príncipe, siendo por esto de gran importancia asegurar la producción de tales artículos. Así vemos que existía una caza de miel organizada, que los príncipes y el clero tenían sus bosques melíferos, y que se determinaban los espacios que habían de dejarse para la explotación de los árboles. Las disposiciones del derecho ruso a esto referentes son minuciosísimas y aseguran la propiedad de los árboles melíferos.

Las viviendas de las comarcas llanas sólo podían modificarse gradualmente y de una manera insignificante. Si comparamos las casas que, según la crónica, habitaba la población agrícola con las que existían en tiempo de la unidad de la lengua eslava, apenas notamos progreso alguno, pudiendo únicamente asegurarse que a medida que se aumentó el bienestar fueron ensanchándose las habitaciones. La madera continuaba siendo el único material de construcción: el mismo labrador era arquitecto, y sólo en las ciudades la necesidad de dividir el trabajo hizo nacer una clase obrera propiamente dicha.

Tampoco es fácil precisar cuáles fueron los derechos y los deberes del labrador durante el período que hemos estudiado: la importancia de la aldea disminuyó a medida que aumentaba la de las ciudades. La obligación de pagar tributos al príncipe y al clero; la de acudir cuando era necesario—lo cual sucedía raras veces—a luchar en unión del séquito del príncipe y del contingente de las ciudades, sin tener por esto el derecho de ejercer cierta influencia en este o en aquel sentido, constituyen cuanto sabemos de las relaciones que entre el labrador y el Estado existieron. Este cuidaba de hacer cumplir las disposiciones jurídicas, que, desde los tiempos de Yaroslao, se formulaban en asamblea privada y que después, amplificadas notablemente, abarcaron las relaciones agrícolas.

(1) Las pruebas de lo que referimos se encuentran en el notable trabajo de Golubowski: «Los pechenegos, torkes y polowzes antes de la invasión de los tártaros.» Documentos de la universidad de Kieff, 1883, enero.



Catedral de San Demetrio en Wladimir.—(Construída a fines del siglo XIII al parecer por un arquitecto italiano, de Lombardía)

La clase labradora se vió menos perjudicada de lo que pudiera creerse por las innumerables guerras, así civiles como extranjeras, que asolaron el país. Durante las guerras civiles, el furor de destrucción de los partidos beligerantes se cebaba con preferencia en los bienes privados de los príncipes, respetándose el resto del país. Peor suerte cabía a éste en las invasiones de los pueblos vecinos o cuando los príncipes tomaban a sueldo a las salvajes hordas de los polowzes. El incendio y el caer prisioneros, situación que entonces equivalía a la esclavitud, eran el destino deparado a los que no buscaban su salvación en los bosques o detrás de los muros de las ciudades.

Falta todavía examinar hasta qué punto la introducción del cristianismo fué

causa de un progreso, desde el punto de vista moral y religioso. También en esto hay una gran propensión al optimismo (1).

En los primeros tiempos de la adopción del cristianismo, que, como hemos visto, fué propagándose muy paulatinamente, el pueblo tenía, propiamente hablando, dos creencias. El cristianismo y el paganismo estaban unidos, y además de dirigirse preces al Dios de los cristianos y a todos sus santos, a quienes el pueblo consideraba como dioses de segundo orden, se oraba ante las antiguas divinidades, de suerte que ambos cultos existían uno junto a otro. Ni la destrucción de las imágenes, ni las prohibiciones pudieron impedir este hecho.

Poco a poco el pueblo bajo fué abandonando las divinidades paganas, pero las fiestas paganas pasaron al culto católico y las cualidades de los dioses paganos fueron atribuídas a los santos. De esta suerte el primer aniversario del culto del sol y de Pirún se confundió con la Natividad cristiana; la fiesta de la primavera fué trasladada a la semana que precede a la Cuaresma; la fiesta del verano, consagrada a Pirún, pasó a ser celebrada el día de San Juan (24 de junio), y una cuarta fiesta pagana fué después la Pascua. Lo propio aconteció con una multitud de días de santos cristianos, conservándose en todas partes muchos usos paganos. Esto duró hasta el siglo XVI y en parte ha continuado hasta nuestros días.

Conservamos una epístola del abad Panfilio al príncipe Dmitri de Rostoff, fechada en 1504, en la cual se describe el carácter pagano de la fiesta de San Juan en los siguientes términos: «Apenas despunta el día de San Juan Bautista, y aun antes de esta fiesta, los hechiceros, hombres y mujeres, y las brujas se dirigen a los prados y a los pantanos, a los yermos y a los bosques de robles para buscar las hierbas mortales que dañan al cuerpo, los pastos venenosos que matan a los hombres y a los rebaños, y para arrancar milagrosas raíces con que envenenar a los hombres. Todo esto se lo proporcionan con ayuda del demonio y por medio de conjuros el día de San Juan Bautista. Cuando llega la verdadera natividad del Precursor, toda la ciudad, en aquella santa noche, se pone en movimiento: en las aldeas se arma un estrépito espantoso con sonajas, carracas, silbatos, violines y otros instrumentos infernales: todo se vuelve saltar y bailar. Las mujeres y las doncellas mueven la cabeza y repugnantes palabras salen de su boca: entonan abominables canciones diabólicas, arrojan palos y saltan y bailan (2).» Es indudable que en los siglos XII y XIII era mayor todavía la semejanza con el culto pagano.

Al cristianismo pasó la creencia en los dioses negros en la forma de demonios y diablos, y también se conservó la superstición de que así los vivos como los muertos podían hacerse instrumentos del mal siendo hechiceros, brujos, duendes y vampiros. Era aquélla una época de transición, como la encontramos en todos los pueblos que abrazaron el cristianismo. El clero bajo seguía la mayor parte de aquellos usos, porque con ellos vivía en la esfera intelectual del pueblo y porque sólo podía contar con una minoría que pudiera leer y comprender el sentido de la oración.

Muy pocos eran los que entonces sabían escribir. Por esto la moral cristiana tardó tanto en penetrar en el pueblo. La afición a la bebida estaba generalizada entre las diversas capas de la población, y aun mucho tiempo después de abrazadas las nuevas doctrinas, no era raro encontrar hombres que tuviesen dos o tres mujeres. No hay que hablar de los divorcios que se realizaban por mero capricho.

Si queremos averiguar cuáles eran los placeres a que se entregaba el pueblo, veremos que los principales consistían en la comida y en la bebida. Recorrían el país algunos viajeros llamados *skomorokes* (del griego *archos skommaton*, como felizmente explica Golubinski), es decir, bufones, los cuales eran invitados a los banquetes y las fiestas, constituyendo distintas hermandades o *arteles*. Todos tocaban algún instrumento, el arpa o la guzla, la flauta de caña o el tambor de mano; algunos cantaban con o sin acompañamiento, y casi todos eran cómicos y bailarines. De sus comedias y canciones no se ha conservado desgraciadamente ninguna, pero fácil es comprender que hubieron de estar acomodadas al gusto y a la limitada ilustración de los oyentes.

También tenemos noticia de atletas y acróbatas, de hombres que llevaban osos

(1) Véase Golubinski: *Historia de la Iglesia rusa*, I y II, pág. 737.

(2) Véase Bestusheff Rjumin: *Historia de Rusia*, edición alemana, pág. 16, nota 38.

y monos, en una palabra, de diversiones que hoy todavía subsisten. En medio de la situación descrita notábase un movimiento de candidez y de alegría. El labrador ruso tenía muchos medios para salir de la esfera agrícola, y el que se alejaba de su hogar para dedicarse a la pesca o a la caza perdía la pureza del tipo labrador. Más decisivo era el paso que haciéndose labrador daba un habitante de la ciudad o un individuo del séquito del príncipe, paso que en ambos sentidos podía dar sin obstáculo alguno el hombre libre.

Ya sabemos que la Rusia pagana contaba con una serie de ciudades: desde los tiempos de Rurik los príncipes se habían dedicado incesantemente a construirlas, y su importancia se aumentó considerablemente con la creación de los principados parciales. El número de ciudades que enumeran las crónicas es extraordinario (1), lo cual ha dado origen a la opinión errónea de que ya en el período anterior a los mogoles hay que buscar el centro de gravedad del pueblo en las ciudades (2). Pero no es así, sino que la inmensa mayoría de estas ciudades eran más bien lugares fortificados, deshabitados en tiempo de paz y que se poblaban cuando había que resistir los ataques del enemigo. El verdadero carácter de ciudad, es decir, el tipo de puntos fortificados para una población fija, sólo lo tuvieron muy pocas poblaciones, y aun éstas situadas en los lugares centrales del imperio.

Las que llevaban el nombre de primitivas ciudades y fueron el centro de la vida política y económica de la antigua Rusia son: Nowgorod, Pskoff, Kieff, Chernigoff, Pereyaslawl, Wladimir, Susdal, Rostoff, Smolensko, Polozk y Wladimir en Wolhynia. Era a todas ellas común el hecho de haberse desarrollado alrededor de un centro fortificado, el *kremlín*, que contenía los edificios militares y de admistración, y después el templo principal del lugar. A este kremlín estaban unidas las *possadas* y *slobodes*, arrabales defendidos por empalizadas. Cuanto más se aumentó la importancia de estos arrabales, en los cuales estaban concentrados el comercio y la riqueza de la población urbana, tanto menos se encontró el kremlín en condiciones de poder, en los casos de necesidad, prestar la debida defensa.

Más adelante fué ensanchado, pero no bastando esto todavía, las *possadas* fueron cercadas con murallas. De esta suerte, alrededor del primitivo centro se fué formando una nueva ciudad y a veces varias: Nowgorod, Pskoff y Kieff contenían cuatro y cinco, Wladimir y Wyatka tres, y la mayor parte de las demás, dos. Los edificios públicos y privados de las ciudades eran de madera, exceptuando casi únicamente la iglesia. Sin embargo, no todos los templos eran de piedra. Junto a estas ciudades primitivas había otras más modernas o suburbios, que dependían en cierto modo de aquéllas y eran a menudo simples colonias de ellas. El conjunto de los habitantes libres de una ciudad constituía la *wetsche,* o asamblea popular.

Fuerza es que tratemos ahora de esta institución que expresaba la voluntad popular y que no encontramos más que en la sociedad ruso-eslava (3).

Además de la división en principados, existían en la antigua Rusia los wolostes, distritos, que comprendían o bien todo un principado o una parte solamente, o bien una ciudad con sus suburbios y territorios anejos. Posteriormente se confundieron las nociones de wolost y principado, de suerte que estas palabras eran usadas indistintamente. Cada wolost tenía su asamblea, la wetsche, que funcionaba en la capital y en la que figuraban los hombres libres no sólo de la ciudad, sino de los suburbios. La única condición que para formar parte de ella se exigía era la libertad, pues, en principio, no existía entonces todavía una distinción de clases, pudiendo pasarse sin dificultad de una a otra.

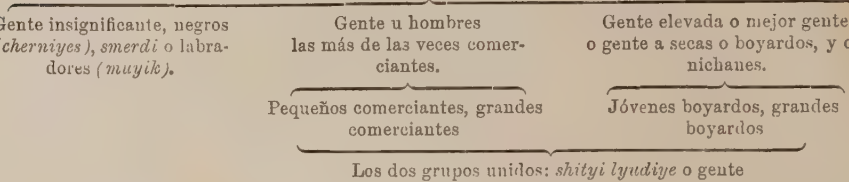
La denominación con que generalmente se designaba a los libres era *lyudiye* o *mushi*, gente u hombres. Según la mayor o menor fortuna con que el hombre libre había hecho su carrera, gozaba de más o menos consideración social. Las diferencias de hecho que esto engendraba se especificaban con una porción de epítetos, tales como mejor, peor, etc. Cuando faltaba el epíteto, las personas eran clasificadas entre la clase media de la sociedad. La gente insignificante era llamada *smerd,* palabra cuya

(1) Solowieff cuenta trescientas.

(2) Véase Leontowitz: *Crítica del trabajo de Samokwasoff sobre las antiguas ciudades rusas,* año 1875.

(3) Véase Sergeyewitz: *La wetsche y el príncipe,* Moscou, 1867 (en ruso). Deliberadamente no entraremos en detalles acerca de las demás divisiones territoriales, pues de nada nos sirven para nuestro objeto.

etimología significa «los que huelen mal;» en la clase más elevada figuraban los boyardos y ognichanes, y en la media el *kupez,* comerciante, el cual no formaba una clase aparte, sino que como todos los demás podía ser, según las necesidades, guerrero o funcionario público. Estas relaciones sociales se representan más claramente en la forma de la siguiente tabla:



Los tres grupos tenían derecho a formar parte de la wetsche, sin distinción entre los que vivían en la ciudad y los que habitaban en los arrabales, y con la sola limitación de que, en vida del padre, estaba excluído de la wetsche el hijo, aun cuando fuese mayor de edad e independiente. El carácter de aquella asamblea suponía por un lado la debilitación del poder del príncipe y por otro la noción teórica del poder soberano del pueblo. Los acuerdos sólo podían ser tomados por unanimidad o por una mayoría tan formidable, que la minoría creyese conveniente guardar silencio. Sin embargo, si esta minoría no quería ceder, y no podía llegarse por ningún medio a un arreglo, la cuestión debía resolverse por la guerra, en la cual la victoria quedaba por el más fuerte. No era obligatoria la asistencia a la asamblea, cuyas reuniones no eran periódicas, sino que se celebraban cuando se hacían necesarias. Convocábala el príncipe o el ciudadano que la creyera de necesidad, tocando las campanas. De cuando en cuando debía dejarse pasar un año sin celebrar sesión alguna, pero luego podían verificarse varias en una semana.

Cuando el asunto que se discutía era urgente y no podía adoptarse una decisión pronta la asamblea se reunía varios días consecutivos. El lugar en que debían celebrarse las sesiones no estaba determinado con fijeza; así, por ejemplo, en Kieff había cuatro distintas plazas llamadas de reunión, mientras que en Nowgorod las asambleas se reunían las más de las veces en el templo de Santa Sofía o en el palacio de Yaroslao. Llama poderosamente la atención el hecho de la poca formalidad con que estaba organizada esta institución. No había quien dirigiera los debates ni se llevaban actas de ellos; el que había convocado la asamblea solía exponer la cuestión y luego podían hacer uso de la palabra lo mismo el príncipe que un hombre cualquiera del pueblo. Por regla general, el pueblo negro permanecía ajeno a la discusión, hablando tan sólo los boyardos y los ancianos, es decir, la gente mejor, cuya palabra se veía apoyada por la autoridad de sus personas. Muchas veces, al terminar los debates, las masas expresaban su voluntad de un modo más o menos tumultuoso. Esta falta de formalidad debilitaba la fuerza de los acuerdos, de suerte que podía suceder, y sucedía realmente, que una segunda asamblea reunida en otras condiciones o más firmemente convencida, revocaba o modificaba disposiciones que habían llegado a tener fuerza legal.

Las atribuciones de la wetsche eran de tres clases: proclamación del príncipe, legislación y decisión sobre la paz o la guerra.

En los tres conceptos los distintos wolostes obraban cada uno de una manera peculiar.

Por lo que se refiere al derecho de proclamación del príncipe, estaba de hecho limitado, pues no se comprendía que pudiera ser proclamado otro que no fuera un descendiente de Rurik. Las pocas excepciones que (en Halicz y Nowgorod) se registran, se explican por lo excepcional de las circunstancias que en ellas concurrieron.

Aun cuando una wetsche muchas veces no se cuidara de la jerarquía de príncipes por nosotros conocida ni de las estipulaciones privadas de éstos, no podía prescindir de las opiniones entonces pre-

dominantes, que influían necesariamente en la elección. Nunca se hizo una proclamación de tal manera que ambas partes se consideraran perpetuamente ligadas. Mientras reinó unidad de miras entre el príncipe y el pueblo, vivieron ambos unidos: pero cuando el primero tenía fundadas esperanzas de ocupar un sitio para él más agradable, abandonaba el segundo, el cual, a su vez, elegía otro príncipe cuando el que había nombrado no cumplía las condiciones estipuladas o cuando la alianza con otra rama de la familia real parecía ofrecer mayores ventajas materiales. A menudo también la elección de un príncipe se imponía a un wolost por la fuerza de la lógica de una superioridad de poder militar.

El poder legislativo se manifestaba por medio de la celebración de tratados con los príncipes, los cuales estaban obligados, por ejemplo, a administrar justicia personalmente. Por desgracia, no ha llegado hasta nosotros ningún tratado completo de aquellos antiguos tiempos, pues los más antiguos convenios de Nowgorod datan del siglo XIII y ofrecen huellas de un desenvolvimiento muy distinto del de las demás ciudades, que por lo mismo debe ser estudiado de un modo especial.

La decisión sobre la guerra y la paz ofrece también rasgos característicos. El rey podía emprender con su séquito y con los voluntarios cuantas guerras quisiera; pero en ellas no tomaba parte alguna moral ni material el wolost. El príncipe sufría, en este caso, todas las consecuencias así del éxito como del fracaso. Pero cuando quería reunir todas las fuerzas de su principado y llevarlas a la lucha, necesitaba el consentimiento de la wetsche, que no reparaba en negárselo cuando lo tenía por conveniente: tan especiales eran las disposiciones que en este punto regían. A pesar de las continuas contiendas que entre los príncipes y el pueblo se suscitaban, no tenemos noticia de ningún caso en que una wetsche se levantara contra el poder de un príncipe como tal. Se comprendía un príncipe sin principado, pero no podía concebirse un principado sin príncipe, una wetsche sin un jefe supremo descendiente de la familia de Rurik.

Si investigamos la vida y el movimiento de una de aquellas antiguas ciudades rusas, observaremos, junto a la preponderancia del elemento eslavo, una abigarrada mezcla nacional, que llega a su colmo en el Sur, donde, como hemos visto, los pueblos de las estepas se asimilan gradualmente a las poblaciones de las ciudades, al paso que en el Norte, especialmente en Nowgorod y Pskoff, prepondera el elemento finés. Los cronistas rusos nada dicen de este elemento, pero de la importancia que llegó a tener nos da una prueba el hecho de la terrible excitación que produjo en Nowgorod un hechicero finés. Estos hechiceros *(wolchwen)* llegaron hasta Kieff.

Además de estos elementos, populares entonces, establecidos con carácter permanente en Rusia, encontramos otros muchos, tales como los armenios y judíos, que en Kieff, por ejemplo, constituían, al parecer, una parte importante de la población, los búlgaros y cazares, procedentes del Este, y todos aquellos a quienes los intereses mercantiles llevaron del Oeste a Rusia. Todos estos elementos constituían una población flotante que hablaba distintos idiomas, que profesaba distintas creencias, y que se componía de neerlandeses, alemanes, polacos, magiares, venecianos y griegos, los cuales se reunían en las plazas mercantiles como Kieff, en el Sur, y como Polozk, Smolensko y sobre todo Nowgorod, en el Norte. Andan, por lo tanto, equivocados los que suponen que la Rusia de los tiempos anteriores a los mogoles estaba completamente apartada de las influencias del Occidente, pues existían muchas cuestiones de intereses, y éstas son las que ejercen influencia decisiva, que mantenían unidos al Oriente y al Occidente.

Esto no obstante, preciso es reconocer que existía cierta hostilidad hacia los extranjeros, como lo demuestran las relaciones existentes entre Nowgorod y el país de los godos y el de las ciudades anseáticas y la manera sangrienta con que Kieff en dos distintas ocasiones se emancipó de la soberanía de Polonia. Este antagonismo veíase robustecido por la idea de que el extranjero profesaba otras creencias religiosas que no se diferenciaban mucho, a los ojos del pueblo, de las de los infieles. En la vida diaria, todas estas cosas interesaban muy poco a la gente baja, que se dedicaba a su industria y a sus tareas sin fijar gran atención en lo que a su alrededor pasaba.

En el período que estamos estudiando la industria se nos presenta en un grado de desarrollo suficiente para atender a las reducidas necesidades del día. La profesión más lucrativa era la de los carpinteros, los cuales, unidos en her-

mandades, construían las casas para los ciudadanos y les proporcionaban los sencillos instrumentos de madera: ellos eran los que construían los trineos y los carros, los muebles y toneles, las lanchas y los buques, estos últimos copiados del extranjero. Menos común era el trabajo en piedra y en ladrillos, pues hasta el siglo XIV y con muy escasas excepciones se limitó a la construcción de templos. Los maestros de obras eran casi todos griegos, por más que en algunos casos excepcionales se le enviara a buscar al Occidente latino, como hizo Andrés Bogolyubski (1).

Rusia no conoció nunca el vuelo ideal que tomó en Francia y en Alemania la construcción de paredes en tiempo de los Hohenstaufen, permaneciendo siempre estacionada en la mano de obra. En cambio floreció, como de antiguo, la industria alfarera, mientras el cristal era importado del extranjero. El arte de la fragua era antiguo y se hallaba muy extendido. Los aperos de labranza y los utensilios domésticos eran fabricados en el país, y sólo se importaban las piezas muy costosas. El cobre y el estaño eran por regla general poco usados, empleándose casi exclusivamente para la fundición de las campanas y para el revestimiento de los techos de las iglesias. Para los adornos de éstas se usaban principalmente el oro y la plata: el empleo de estos metales para los utensilios era un lujo que sólo podían permitirse los príncipes y las personas muy ricas.

De la existencia de plateros y joyeros tenemos pruebas directas, habiendo llegado hasta nosotros algunas joyas de aquel período. En Smolensko y en Nowgorod estaba generalizado el conocimiento de los ensayos hechos con los metales preciosos. Por regla general éstos eran poco usados, y aun en el comercio, la permuta hacía un papel más importante que el pago en dinero. En Rusia circulaba moneda acuñada (2). En los tiempos más remotos estuvieron en circulación las monedas de cuero y las pieles, junto a las cuales circulaban también las de metal, especialmente las musulmanas, y también las bizantinas, anglosajonas y alemanas, y como su tamaño, forma y procedencia eran tan distintas, fué necesario atenerse al peso para utilizarlas en las transacciones mercantiles. En Kieff se utilizaba probablemente ya en el siglo IX la *litra* bizantina, equivalente a 72 *solotnik* de peso ruso, con la cual se acuñaban en Constantinopla 72 monedas de oro (en ruso *solotnik*).

La litra tenía dos *griwnas,* palabra cuya etimología demuestra que en un principio estas monedas servían de adorno para el cuello. De esto a emplearlas en el comercio no había más que un paso. Además de la *griwna* de Kieff (de 36 a 38 solotnik de peso, es decir, como media litra bizantina) circulaban la griwna de Nowgorod (de 43 a 49 solotnik, o sea media litra de las de 96 solotnik) y el cuarto de griwna (de 22 a 24 solotnik), que tomaba el nombre de rublo. Estos rublos circularon como verdadera moneda antes o muy poco después de la fundación del imperio ruso. Con la adopción del cristianismo por Wladimiro el Santo dióse un paso más importante, acuñándose entonces monedas de plata y de oro a imitación de las bizantinas y quizás por maestros bizantinos, de las cuales se han conservado algunas de Wladimiro, Swiatopolk y Yaroslao.

Es de notar la circunstancia de que desde la época de Yaroslao a la del gran príncipe Iván II Ywanowitz (1353-1359) no se encuentra ninguna moneda indígena rusa, de suerte que cabe suponer que, durante los desórdenes ocurridos a la muerte de Yaroslao, la acuñación de moneda primero sufrió algunas intermitencias y luego cesó por completo. Pero queda siempre la posibilidad de que un descubrimiento feliz demuestre la existencia de monedas rusas en aquel período, pues la cesación de toda acuñación es tanto más sorprendente, cuanto que en los tiempos posteriores a Yaroslao el comercio tomó en el Norte notable incremento.

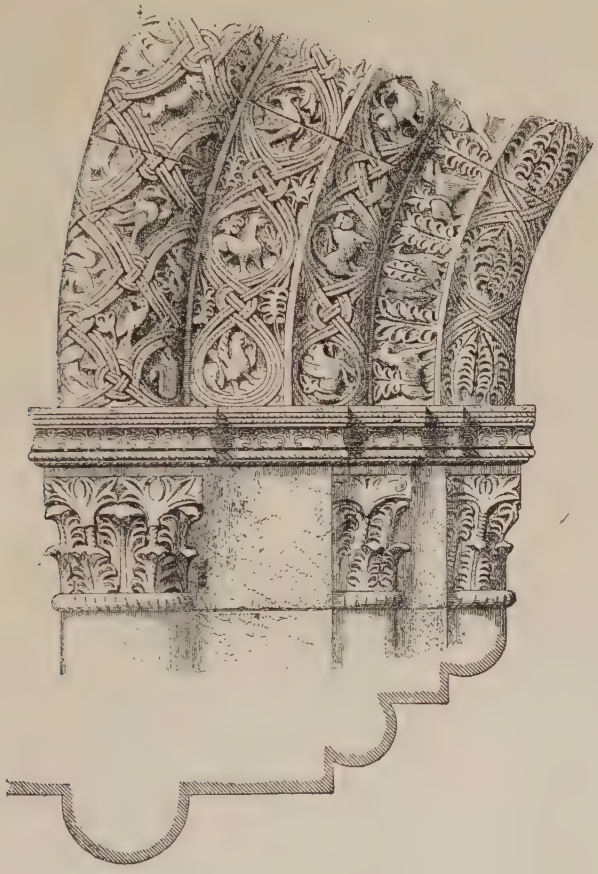
El comercio era lo que principalmente caracterizaba a las ciudades en aquella época: Kieff, Nowgorod, Smolensko, Witebsk y Polozk debieron a él su importancia.

Kieff era el depósito de los productos del Sur, y durante el verano los exportaba a Grecia, mientras que durante el invierno los enviaba al Norte. Nowgorod tenía en el Norte análoga significa-

(1) En Golubinski, obra citada, págs. 1-281, encontramos un estudio completo acerca de la arquitectura religiosa de Rusia durante los tiempos anteriores a los mogoles.

(2) La prueba irrefutable de este hecho la ha ofrecido recientemente el conde Iván Ywanowitz Tolstoi, en su trabajo monumental sobre: *Las primitivas monedas rusas del gran ducado de Kieff*, San Petersburgo, 1882, con 19 láminas (en ruso). Constituye el fundamento histórico de este trabajo un estudio del académico Kunik, cuyos resultados reproducimos en su parte esencial.

ción, y monopolizaba casi todo el comercio marítimo con el Occidente, una parte del cual correspondía también a la vecina Pskoff. Polozk y Smolensko hacían el comercio del Duna, y Witebsk era una importante estación intermedia entre Smolensko y Polozk, visitada, especialmente en invierno, por los comerciantes de Occidente.



Esculturas en el arco de la puerta principal de la catedral de San Demetrio, en Wladimir

Los artículos de exportación eran principalmente la cera, las pieles, el lino, el lúpulo, los cueros, la piel de Rusia y las maderas de construcción. En los años muy buenos podía exportarse también trigo, pero este artículo por regla general no era llevado al mercado por las clases agrícolas bajas, antes al contrario, estas clases hacían de él una gran demanda.

La importación del Norte y del Oeste consistía principalmente en telas (flamencas, inglesas, alemanas y polacas), y también en vino. Los vinos tintos eran preferidos, pero también los blancos, la cerveza y el hidromiel eran llevados a los mercados y vendidos en toneles y otros envases (1). El artículo de importación que venía después de éstos era la sal, importada de Lubeck por Livonia, siguiendo luego el trigo, la carne, los

(1) Véase Bereschkoff: *El comercio de Rusia con las ciudades anseáticas hasta fines del siglo* XV, San Petersburgo, 1879, cap. V (en ruso).

pescados salados y los metales: de éstos se importaban el hierro, el cobre, el estaño, el latón, la plata y el oro. Todos estos artículos eran objetos de comercio al por mayor, y constituían el comercio al por menor los guantes, los estampados, las telas ordinarias, el azufre, las agujas, los rosarios, los pergaminos y el tafilete (1).

La importación en Kieff adquirió un carácter modificado por la clase de producción del Sur de Europa, mientras la exportación llevaba al Oeste de Europa los artículos de comercio del Asia. Dada la gran importancia que tuvo el comercio en Rusia, la clase de comerciantes llegó a ser, en su organización, una verdadera potencia, con la cual había que contar necesariamente en la política de aquella época. Esto se vió de un modo más característico en Nowgorod, según veremos al tratar de la historia y de la constitución de dicha ciudad. Ahora se preguntará ¿qué hizo del comercio ultramarino de Rusia, qué de la marina de guerra y mercante, tan floreciente hasta la época de Yaroslao?

A esto sólo puede contestarse que después que los descendientes de Rurik y sus drushinas, escandinavos en su origen, se hicieron eslavos, se notó en ellos la repugnancia que los eslavos del Este sentían hacia las empresas marítimas. Además, Nowgorod no tenía fuerzas bastantes para sostener la competencia de las ciudades anseáticas, ni podía dominar la resistencia que en el Sur oponían los pueblos de las estepas, que siempre se manifestaron «hidrófobos.» De aquí que durante algunos siglos careciera Rusia de una marina de guerra y mercante (2).

A estos elementos de las ciudades del país se agregaron otros que imprimieron en Rusia su sello especial, a saber, los llamados boyardos rurales, grandes propietarios, y los príncipes con su séquito, la drushina (3).

Ya hemos visto que junto a la propiedad comunal existía en Rusia la propiedad privada, de cuyo círculo salieron en el siglo IX los boyardos rurales *(zemskiye bojare)* (4). Como eran personas que gozaban de absoluta independencia, adquirieron gran importancia en las reuniones de la wetsche y formaron una de las clases elevadas de la sociedad rusa. La drushina o séquito de los príncipes era de naturaleza y origen muy distintos. Los que la componían eran hombres libres y sin bienes que entraban al servicio personal del príncipe: hasta la época de Wladimiro fueron, en su mayor parte, escandinavos, y escandinava era también la división entre servidores viejos y jóvenes.

Estos últimos constituían la masa del ejército del príncipe y estaban bajo las órdenes de los ancianos de la drushina. En su origen eran llamados *mush*, pero más adelante, por la influencia de los boyardos rurales, el nombre de boyardos les fué también aplicado. Estos boyardos, servidores ancianos del príncipe, eran por éste enviados como representantes suyos *(possadnik*, gobernadores)

(1) Véase Aristoff: *El comercio y la industria en la antigua Rusia*, San Petersburgo, 1866, página 183 (en ruso).

(2) Kunik, en la *Caspia* de Dorn (pág. 283), ha presentado pruebas referentes a esta cuestión. No podemos negarnos a reproducir por lo menos sus conclusiones. Dice así aquel autor: «El que no tenga una idea clara de las múltiples causas que produjeron tan diversos modos de desarrollo en los mismos pueblos de la raza blanca, figurando algunos de ellos como simples pueblos pastores y otros como nómadas; el que no sepa por qué una nación produjo tan audaces jinetes y la otra tan valerosos infantes, no puede tampoco comprender por qué los eslavos del Este no fueron, en tiempo de Rurik, un pueblo marítimo... La antigua Rusia no fué una potencia marítima, en el sentido que en aquel tiempo tenía esta palabra, hasta que fué destruída la dominación de los «hidrófobos» jinetes cazares de las estepas por los expertos marinos warangos Askoldo y Oleg. La antigua flota mercante rusa no tuvo larga vida ni en el Sur ni en el Norte. La flota mercante rusa del Norte desapareció, aunque no tan rápidamente, en el mismo período que la del Sur. Poco a poco, la ciudad libre de Nowgorod, que tan aficionada a las empresas se mostraba y que nombraba y destituía príncipes a su capricho, tuvo que abandonar la exportación y la importación a los comerciantes warangos (que en el siglo XII eran especialmente los gotlandeses), los cuales, a su vez, hubieron de ceder el campo a la hábil política mercantil de la liga anseática. Pero ni aun después de haber sido ésta vencida pudo tener Rusia una flota mercante nacional, a pesar de que los zares rusos fueron dueños, hasta la paz de Stolbowa (1617), de todas las costas del golfo de Finlandia, desde la desembocadura del Systerback hasta la del Neva y desde ésta hasta el Narowa. Pedro el Grande creó una gran marina de guerra, pero ni su voluntad de hierro ni su poder consiguieron crear una marina mercante. Unicamente cuando comenzaron a producir sus frutos las reformas por las altas esferas iniciadas se notó el contraste que ofrecía, desde este punto de vista, el Estado imperial comparado con la pequeña Finlandia, y se arbitraron medios para crear una flota mercante nacional.»

(3) Véase Yoblotschkoff: *Historia de la nobleza en Rusia*, San Petersburgo, 1876 (en ruso).

(4) La palabra *bojardo*, en búlgaro *boljar*, tiene mucha analogía con la eslava *boleje* o *boljschoi*, y designa a los que se elevan sobre la generalidad.

Esculturas en el friso de la catedral de San Demetrio, en Wladimir

a las ciudades y wolostes conquistados, y de entre ellos eran también nombrados los vaivodas generales, que compartían con el príncipe, y bajo las órdenes de éste, la dirección de las operaciones militares y el mando del ejército.

Este séquito llegó a adquirir una posición independiente que pronto molestó a los príncipes; de suerte que Wladimiro, después de haber con su auxilio arrebatado a Yaropolk la ciudad de Kieff, se deshizo hábilmente de ellos, como he-

mos dicho, reservándose tan sólo de aquellos elementos warangos algunos, aunque muy pocos, hombres valientes y sensatos. Cubrió las vacantes que resultaron con eslavos que se contentaron con una influencia y una independencia insignificantes, y como los descendientes de Wladimiro continuaron la política por éste seguida respecto de la drushina, el elemento warango de ésta decayó cada vez más, de tal suerte que después de Yaroslao, príncipe que observó también en este punto una actitud excepcional, apenas vemos hecha de él mención alguna. A pesar de todo, la drushina siguió teniendo gran importancia.

Compañeros más bien que súbditos del príncipe, eran los que la componían consejeros permanentes de éste, para el cual tenían gran peso sus consejos. A medida que fué adquiriendo preponderancia el elemento eslavo, estableciéronse entre los labradores y la drushina relaciones que hasta entonces no habían existido y que tomaron carácter importante cuando algunas ramas de la casa real se establecieron con carácter fijo en algunos principados parciales, con lo cual la drushina pudo adquirir bienes inmuebles. Mientras los príncipes corrían de una a otra ciudad, de Norte a Sur y de Este a Oeste, la drushina, que les acompañaba en todas estas expediciones, no podía pensar, naturalmente, en tales adquisiciones de territorios.

En aquellos antiguos tiempos, las crónicas suponen muy numerosas las drushinas, refiriendo que se componían de 40, 50 y hasta 80.000 hombres, cifras que de seguro son exageradas; pero no nos es posible fijar cuáles fuesen las verdaderas. La sola manutención de tantos hombres era cosa superior a los recursos de los príncipes, aun cuando las pagas se dieran en especie y no en dinero. Además sabemos que los individuos de la drushina se dedicaban al comercio, lo cual era necesario para realizar el botín de guerra consistente en prisioneros y ganados.

Por esto en el tratado de Igor se estipuló expresamente con los griegos que el príncipe y los boyardos—bajo cuya denominación se comprenden indudablemente los miembros de la drushina—podrían enviar a Grecia buques cargados de géneros. La misma confusión encontramos siempre en las profesiones e industrias de la nación rusa, que carecía de una organización en gremios. Durante el período de los principados parciales posteriores a Yaroslao operóse, sin embargo, un cambio que había de llevar poco a poco una clasificación semejante.

En Halicz, Smolensko, Polozk y Rjasán reinaron una después de otra muchas generaciones de la misma familia real. En dichas ciudades se arraigó profundamente la drushina—donde al lado del elemento eslavo habían ingresado gran número de bárbaros,—la cual comenzó a fundirse con los boyardos rurales cuando en Kieff, en Chernigoff y aun en Sudal se operaba un movimiento en sentido completamente contrario. La división en servidores viejos y jóvenes subsistía todavía: en la joven drushina encontramos tres grupos: los *otroki*, jóvenes guerreros, en parte de linaje de libres y en parte oriundos de siervos, que constituían el séquito inmediato del príncipe; los *djetskie*, que se distinguían de los *otroki* por descender de libres, y los *gridi* (nombre tomado del escandinavo), que vivían en el palacio del príncipe.

Los demás miembros de la joven drushina que no prestaban al príncipe servicios personales se designaban con el nombre de «los jóvenes.» Desde la época de Andrés Bogolyubski estos servidores del príncipe se llamaron *dworjane*, cortesanos, y la drushina del príncipe se denominó *dwor*, la corte, evolución que recuerda en muchos puntos la de la corte alemana.

Los individuos de la vieja drushina se llamaban *mush* y *boyardos*, y los que prestaban al príncipe servicios directos tomaban el nombre de *knashije* (principales). Hasta el siglo XV la palabra boyardo no significó un grado supremo del servicio; antes servía para designar a todos los individuos del viejo séquito.

Estos viejos servidores formaban el consejo *(duma)* del príncipe, y aun cuando su reunión dependía únicamente del soberano, puede decirse que éste nada emprendía sin haber antes consultado con el consejo. No era, pues, una corporación organizada, sino una asamblea convocada *ad hoc*. Los ancianos servidores eran generales del ejército y muchos de ellos tenían su drushina propia: ellos eran los que sostenían las relaciones diplomáticas entre los príncipes; a ellos se confiaba la tutela de los jóvenes príncipes, y en los tiempos de paz y de guerra la inmediata corte de éstos, cuando no les ocupaba una misión especial. Por esto tenían su domicilio en la ciudad residencia del soberano.

Cuatro cargos había que siempre se

confiaban a los individuos de la vieja drushina, a saber: el de *tisatzki*, jefe supremo de todas las tropas del principado, intermedio entre la drushina y los paisanos; el de *dworskoi* (intendente), comandante de la drushina del príncipe y juez de todas las cuestiones que en su seno surgían; el de *possadnik* (gobernador), representante del príncipe en los territorios por él ocupados; y, por último, el de *tiun* (administrador), inspector autorizado por el príncipe, cargo que entonces tenía más importancia que tuvo después. El *tiun*, además de tomar parte en las discusiones, hacía las veces de juez supremo, dirigía la fundación de ciudades y colonias y era al propio tiempo general del ejército. De la vieja drushina sólo quedaron en definitiva los *djaki*, agentes diplomáticos del príncipe.

Si analizamos los hechos más salientes de este corto bosquejo de la antigua sociedad rusa, observamos que en ésta no existía la división en clases tal como la encontramos en la Edad media. Las distintas clases de la sociedad no estaban todavía bien definidas, el ingreso en cualquiera de ellas era completamente libre. Los habitantes del campo y de la ciudad tomaban el carácter de boyardos y servidores en cuanto entraban a formar parte de la drushina, carácter que transmitían a sus hijos. En aquel tiempo los boyardos rurales, dueños de grandes propiedades, y los boyardos de la vieja drushina, que poco a poco se hicieron cortesanos, constituían las eminencias de la sociedad. Allí donde se establecía una familia de príncipes y la drushina comenzaba a mezclarse con el paisanaje, los boyardos constituían una potencia que encerraba el germen de la verdadera clase noble.

La familia real formaba la cima policéfala de todo el Estado: compuesta exclusivamente de descendientes de Rurik, era la única que podía ocupar el trono de Gran príncipe u otro trono de príncipe cualquiera. Hemos hablado ya tanto de la situación jurídica y del orden de sucesión al trono, que sería superfluo insistir sobre el particular.

Sólo debemos decir algo que complete los datos sobre la vida privada de los príncipes. Cuando nacía uno de éstos recibía dos nombres, uno de príncipe (de etimología escandinava o eslava, como Wolodimir o Swiatopolk) y otro cristiano (de origen griego, como Miguel, Wassili). Comúnmente se le designaba con el primero. Lo propio acontecía con las princesas. Cuando el príncipe contaba de tres a cuatro años, se verificaba la ceremonia de cortarle el cabello; entonces recibía la bendición religiosa y se le montaba a caballo. Su educación especial era confiada a un ayo, y desde edad muy temprana se le hacía tomar parte en las expediciones militares y en los debates de la cosa pública. Ignoramos hasta dónde llegaba su educación científica, si nos es lícito usar esta expresión, hiperbólica hablando de aquellos tiempos.

De la generación que siguió inmediatamente a Wladimiro el Santo, todos los príncipes supieron, al parecer, leer y escribir. A los príncipes y princesas se les casaba en edad muy temprana (las muchachas desde los ocho y los jóvenes desde los catorce años). En los antiguos tiempos se celebraron muchos enlaces con las familias reales extranjeras, de Suecia, Noruega, Francia, Inglaterra, Alemania y Polonia: después estos enlaces se verificaron entre los miembros de las mismas familias reales rusas, y con mucha frecuencia vemos a los príncipes rusos casarse y casar a sus hijas en Grecia, Bohemia, Hungría y aun en los kanatos de los polowzes. También se celebraban matrimonios con individuos de las cortes caucásicas y con las hijas de los boyardos de Nowgorod.

En este país no existía la idea de una primitiva descendencia germánica: la familia real rusa se había eslavizado por completo, pero por sus venas corría poca sangre eslava. Los príncipes pasaban su vida despachando los asuntos del gobierno y dedicándose a la caza y a los banquetes. Levantábanse al despuntar el día y se desayunaban muy temprano; a las doce comían y luego dormían la siesta; no sabemos a qué horas cenaban y se acostaban por la noche, pero puede asegurarse que no lo hacían muy tarde. Con mucha frecuencia daban grandes banquetes, y alguna vez acontecía que invitaban a su mesa a todos los habitantes de la capital.

Cuando moría un príncipe se le enterraba inmediatamente, no sin haberle antes vestido completamente de negro, y sin haber metido en la tumba un caballo y una bandera y clavado en ella una lanza. Luego comenzaban los lamentos, se ensalzaban las virtudes del difunto, se le lloraba y se distribuían abundantes limosnas (1). Del traje que

(1) También en esto se ven reminiscencias del antiguo paganismo.

usaban los príncipes apenas sabemos sino lo que se desprende del retrato de Swiatoslao y de su familia. Eran los príncipes aficionados a las ropas de colores: una túnica y una capa de color, unas botas de color y un gorro de pieles con fondo de color eran las prendas características del traje.

Al estudiar los elementos de la civilización no hemos hecho más que aludir a uno de la vida nacional, cuya importancia merece que dediquemos a él especial atención: nos referimos al clero.

Wladimiro el Santo sólo había bautizado la parte ruso-eslava de su imperio, continuando adictos al paganismo el extenso territorio de Rostoff, el país de los meerios y weses fineses, el de Murom y el de los wyatitsches y radimitsches, eslavos de origen léchico incorporados al imperio ruso. Yaroslao prosiguió la obra iniciada por su padre, y a fines del siglo XI consiguió convertir a los habitantes de Murom y Rjasán: en cambio, los wyatitsches y radimitsches, que vivían con los eslavos rusos en el mismo antagonismo en que actualmente viven con éstos los polacos, se resistían todavía en el siglo XII a abrazar el cristianismo. Muy lentos fueron también los progresos que éste hizo en los extensos territorios de Nowgorod. A pesar de todo, a fines del siglo XII y principios del XIII se había conseguido cristianizar a toda la Rusia.

El jefe de la Iglesia cristiana rusa era el patriarca de Constantinopla. No se sabe a punto fijo de qué manera se fundó la administración eclesiástica. Es probable que en un principio no tuviese Rusia metropolitano, sino autocéfalos o arzobispos independientes, como los que había establecido Constantinopla entre los búlgaros del Danubio.

Pronto, sin embargo, desapareció esta independencia (1), y ya antes de 1051 vemos en Rusia una simple metropolitana del patriarcado de Constantinopla. En la serie de metropolitanas griegas Rusia ocupó el lugar sexagésimo primero y luego el septuagésimo. De manera que la Iglesia rusa estaba en completa dependencia de la griega, a manera de Estado que se agrega como provincia a otro Estado.

Los derechos del patriarca de Constantinopla sobre la Iglesia rusa eran muy amplios: él nombraba a los metropolitanos y, sin mezclarse en la administración interior, los hacía comparecer ante su tribunal cuando se portaban mal; él convocaba los sínodos provinciales y conocía de las apelaciones contra las sentencias de los tribunales metropolitanos, y él tenía el *stauropêgion,* es decir, el derecho de arrebatar a la jurisdicción del metropolitano o de los obispos algunos conventos o iglesias, poniéndolos bajo su inmediata jurisdicción propia.

Nombrando el patriarca al metropolitano ruso, contra lo dispuesto por el derecho canónico, según el cual debía ser elegido por un sínodo de obispos rusos, no es de extrañar que en Rusia todos los metropolitanos fuesen griegos (2). Nada sabemos acerca de lo que hicieron los prelados. El precepto canónico que ordenaba la convocación anual de sínodos metropolitanos nunca fué observado. Por regla general, no era malo que fuesen extranjeros los que ocuparan el más elevado puesto eclesiástico de Rusia. El sistema de sucesión al trono permitía entonces que las más de las veces fuese sucesor de un príncipe un enemigo suyo. Los metropolitanos extranjeros se mantenían por lo tanto apartados de estas luchas y preservaban así a la Iglesia rusa del peligro de verse arrastrada a tomar parte en las contiendas intestinas. La residencia del metropolitano fué primero Pereyaslawl y luego Kieff.

Ya hemos visto el fracaso que sufrió Bogolyubski al intentar el establecimiento de una segunda metrópoli en Wladimir. Lo propio que el metropolitano eran griegos los demás obispos principales: los rusos no pudieron desempeñar estos cargos hasta una época posterior, pero aun en ésta sucedió con frecuencia que fueron nombrados obispos los griegos que estaban al servicio del metropolitano. La creación de obispados debe fijarse en el año 991, es decir, dos o tres años después del bautismo de Wladimiro. Su número era escaso. En el período anterior a los mogoles encontramos cinco, además de los que existían en las capitales de los principados parciales (Chernigoff, Pereyaslawl, Wladimir en Wolhynia, Turoff, Polozk, Nowgorod, Smolensko, Halicz, Rjasán y Wladimir del Klyasma).

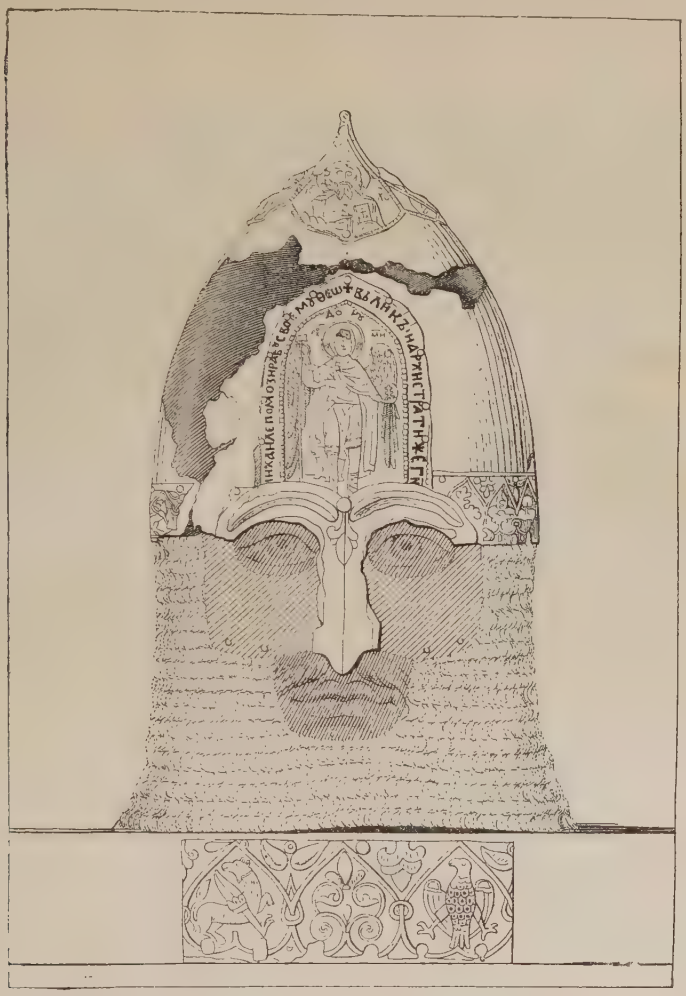
Así los príncipes como los obispos

(1) Véase Golubinski, obra citada, cap. III.

(2) Dos excepciones encontramos: en 1051, Yaroslao instituyó a un ruso, Hilarión, y en 1147 el gran príncipe Ysiaslao Mstislawitz nombró a Klima o Clemente. Estos dos casos no se explican,

eran poco aficionados a crear nuevos obispados, pues con ello se mermaban sus rentas. En los extensos territorios que abarcaba una *eparquía* y en las circunstancias que entonces se atravesaban

recho canónico, sino instituídos por el príncipe, a pesar de lo cual no hubo en Rusia lucha por la cuestión de las investiduras. Los órganos de la administración episcopal eran, en primer lugar, el



Yelmo de Yaroslao, encontrado durante el año de 1802 en el distrito de Wladimir

no podía atenderse debidamente a la cura de almas. Se ha calculado que, de haber querido dotar a Rusia proporcionalmente de los mismos obispados que existían en Grecia, hubieran debido crearse por lo menos 200. Los obispos no eran elegidos como prescribía el de-

clero catedral, que formaba el consejo del obispo, luego los vicarios, uno de los cuales era auxiliar del obispo y vivía con él, mientras que los demás estaban distribuídos en sus distritos y tenían probablemente también su clero, y por último los funcionarios de ínfima categoría

de los distritos, que eran laicos y cuidaban de las últimas ramas de la administración.

Como en Rusia los tribunales se sostenían con los derechos que se cobraban de los que a ellos acudían en demanda de justicia, el clero estaba interesado en extender su jurisdicción, que, en un principio, se limitaba a las faltas cometidas por la clase sacerdotal, y consiguió este objeto por tres distintos medios. Los sacerdotes quedaron subordinados, aun como ciudadanos, a los tribunales eclesiásticos, a los cuales se concedió además jurisdicción para conocer de ciertas faltas cometidas por los laicos, tales como el divorcio, la bigamia, los matrimonios dentro de grados prohibidos, la violación, todas las formas de hechicería y contiendas entre dos mujeres; a ellos quedaron además sometidas determinadas clases de seglares como si fueran sacerdotes.

Más adelante, los tribunales eclesiásticos extendieron todavía su jurisdicción (1), de suerte que ya en los tiempos anteriores al período mogol competían a los obispos las siguientes cuestiones de derecho: todos los pleitos sobre contratos matrimoniales; todas las cuestiones de herencias; las quejas de los siervos contra sus señores y de éstos contra aquéllos; las de los padres contra sus hijos por desobediencia y otras faltas; los divorcios; los matrimonios contraídos contra la voluntad de los padres; los reconocimientos de hijos naturales; las violaciones de mujeres y niños, las quejas sobre substracción de cosas dejadas en custodia, las adopciones y las cuestiones de herencia a ellas anejas, y determinadas formas de injurias.

A pesar de esta importante extensión de atribuciones, los obispos estaban sometidos al capricho de sus príncipes, los cuales se valían con frecuencia de ellos para asuntos diplomáticos y les concedían cierta influencia en la esfera política, no vacilando, por otra parte, ni un momento en destituirlos, sin juzgarlos antes, cuando no se mostraban con ellos complacientes. A esto hubo que añadir que así como el Gran príncipe podía dictar disposiciones legislativas para toda la Iglesia rusa, del mismo modo cada príncipe particular pudo promulgar leyes eclesiásticas para los territorios de su respectiva diócesis. De suerte que por ambas partes vemos una amalgama de potestad civil y eclesiástica que no encontramos durante la Edad media en el Occidente.

Los acontecimientos ayudaron al clero ruso a alcanzar una gran influencia política, pero le faltó la ambición, que es el impulso que conduce a los grandes éxitos. La situación material del alto clero era muy próspera, pues además de los derechos que por el conocimiento de los asuntos arriba mencionados le correspondían, percibía impuestos sobre los inmuebles de su diócesis, sobre las rentas del bajo clero, en proporción de los párrocos dependientes de la iglesia catedral, sobre los servicios del culto en toda la eparquía—pues era costumbre no contentarse con el simple párroco,—sobre las colectas y tributos anuales del clero parroquial y sobre los seglares. Wladimiro el Santo había cedido al alto clero la décima parte de sus rentas como príncipe, así en lo que le producían los cereales y el ganado como en el diezmo que por la administración de justicia percibía.

Con todos estos recursos creáronse los prelados una verdadera corte, y así no deben sorprendernos las quejas que formularon los contemporáneos contra las tendencias poco morales y la molicie de sus señores espirituales (2). Además de esto, la educación griega que habían recibido los obispos estaba muy por encima de la que tenían los que les rodeaban, de suerte que aquéllos miraban a éstos con cierto desprecio. Esto tocaba especialmente de cerca al clero más bajo, a los *popes*, que sin excepción alguna procedían de las capas más pobres y menos cultas de la población, es decir, del proletariado, y como este cargo era el único hereditario, no había que temer que faltara nunca clero bajo.

Cuando en las primeras décadas el gobierno instituyó a los popes, el pueblo se vió precisado a cuidar de sus párrocos. Las escuelas que en un principio

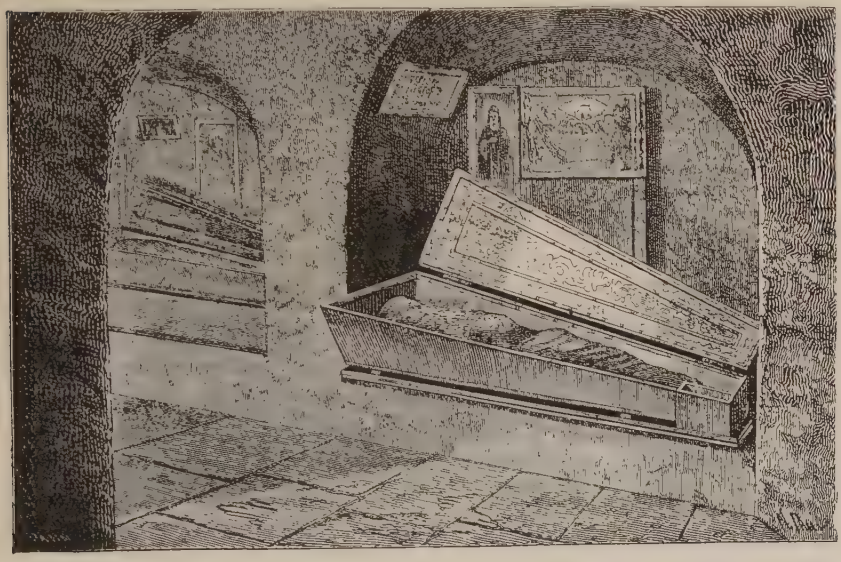
(1) Véase Wladimirski-Budanoff (pág. 201): *El acta del príncipe Rostislao Mstislawitz de Smolensko para el obispado de Smolensko, d. a.* 1150, *septiembre* 10. Los llamados *ustawes* de Wladimiro y de Yaroslao son anteriores falsificaciones, sin más objeto que ampliar la jurisdicción eclesiástica. El ustaw de Wladimiro data de fines del siglo XII o de principios del XIII y fué tomado por auténtico: aseguraba a los tribunales eclesiásticos contra todas las reclamaciones de los civiles. Estos ustawes sólo estuvieron en vigor en el Norte de Rusia, pues en Kieff eran desconocidos.

(2) En cambio no hubo nunca en Rusia un obispo guerrero, como los que con tanta frecuencia nos ofrece el feudalismo en Alemania.

existían en las diócesis para formar en ellas a los popes, desaparecieron muy pronto, de suerte que toda la educación de aquellos sacerdotes a quienes más inmediatamente estaba confiada la cura de almas se reducía a saber leer y escribir—y aun esto último no era necesario —y al conocimiento de las prácticas para dirigir el culto divino, que habían

escuelas del Estado ni episcopales, sino sólo establecimientos dirigidos en su mayoría por seglares, a los cuales se dió después el nombre de «maestros:» en dichos establecimientos no se enseñaba más que a leer y a escribir. Así continuaron las cosas hasta los tiempos de Pedro.

Había la posibilidad de instruirse por



Supuesto sepulcro de Nestor en el monasterio de Petschersk, en Kieff

aprendido de sus padres. Además de los popes había en las iglesias diáconos, chantres y sacristanes. La gente rica solía tener un sacerdote doméstico, y como los gastos de su manutención (1) eran casi iguales a los que exigía la de un criado, la posición social de aquél no era mucho mejor que la de éste.

La instrucción era escasísima entonces en Rusia: lo que habían hecho Wladimiro el Santo y Yaroslao tocaba únicamente a las clases elevadas de la población, las cuales tomaban un barniz de ilustración griega (2). Por espacio de cien años la enseñanza quedó reducida a la lectura y a la escritura: no había

medio de la lectura, pero ¿cuántos fueron los que emprendieron este camino y qué elementos de cultura podía entonces ofrecer la literatura rusa? Si dirigimos una mirada a la literatura de aquel tiempo, veremos que, prescindiendo de la Biblia, o es dogmática o exegético-bíblica, o ética o finalmente histórica. Es un hecho especialísimo que la antigua literatura rusa no tiene un desarrollo histórico, sino que llega desde un principio a una determinada altura y permanece luego estacionada.

Examinemos la literatura histórica. El más antiguo escritor ruso es el monje Jacob, el cual escribió en 1072 una historia *(skasaniye)* de Wladimiro y Olga, y de Boris y Gleb. Este autor es para nosotros de verdadera importancia y a él debemos la noticia arriba mencionada de que Wladimiro no fué a Kherson antes de bautizarse y para ser bautizado,

(1) Véase Golubinski, obra citada, cap. III.

(2) Golubinski, obra citada, pág. 580, y Bestusheff-Rjumin: *Historia de Rusia*, edición alemana, I, cuaderno 3.°, pág. 1, donde se encuentran datos precisos sobre las crónicas y sus manuscritos.

sino que se dirigió allí cuatro años después de haber recibido el bautismo, obedeciendo su excursión a otros motivos.

Sigue luego Nestor, del convento subterráneo o de las catacumbas, el cual antes de 1091 escribió dos biografías, la de Boris y Gleb y la de Teodosio, abad de dicho monasterio de Kieff. El primero de estos escritos es un ensayo de una verdadera biografía y tiene mucha importancia histórica. A este escritor siguió una pausa que duró un siglo, hasta que a fines del período anterior a los mogoles encontramos de nuevo algunos historiadores. Dejando a un lado la *vita* y *translatio* (para valernos de expresiones de Occidente) de San Leoncio, de Rostoff, nos fijaremos en las inscripciones del convento subterráneo de Kieff, cuya base es la antigua crónica rusa, que nadie cuidó de continuar por espacio de ciento cuatro años.

A mediados del siglo XIII encontramos dos colecciones: una de ellas, la de Simón, obispo de Wladimir del Klyasma, está escrita en forma de suplemento de una carta que escribía a su discípulo favorito Policarpo, monje del convento subterráneo, y es una especie de exhortación en la que, para ser imitadas, se describen las vidas de los nueve taumaturgos del monasterio. Policarpo completó posteriormente esta obra. Ambos trabajos son muy incompletos desde el punto de vista histórico y literario, pero del número de manuscritos puede deducirse que fueron muy leídos.

Junto a ésta existe otra literatura cronista de mayor importancia que ha llegado hasta nuestros días y cuyo fundador (a principios del siglo XII) fué un monje desconocido, del convento subterráneo, del cual sabemos que nació en Kieff, que fué monje después de 1065 y que entró en el referido monasterio cuando contaba diez y siete años de edad. Probablemente este escritor fué el abad Silvestre, que al final de la crónica (en 1100) se llama autor, aunque desgraciadamente en términos poco precisos. El referido autor trata de un período de doscientos sesenta años (850-1110): presenció personalmente los hechos acaecidos durante los cuarenta últimos años del período referido, y allí donde no llegaron sus recuerdos utilizó las noticias anteriores a él de origen privado y de las crónicas, las inscripciones de los monumentos, las narraciones de los ancianos y las tradiciones populares contenidas en leyendas y canciones.

Esta crónica no ha llegado a nosotros en su forma primitiva, sino que a fuerza de adiciones ha perdido parte de su veracidad, no habiéndose hecho, que sepamos, tentativa alguna para restablecer el primitivo texto. El manuscrito más antiguo que de ella poseemos es el de Laurencio *(lawrentjewski spisok)*, debido al monje de este nombre (1377). A esta crónica se han unido multitud de continuaciones existentes en Kieff, en Pereyaslawl y en Wladimir-Susdal. Nowgorod tuvo también sus antiguas tradiciones, coleccionadas en 1117 en distintos manuscritos y continuadas sin interrupción desde esta fecha.

En la literatura moral sobresalen los nueve sermones de Cirilo de Turoff: las demás obras a ella correspondientes, así como las dogmáticas y las que tratan de la forma del culto divino, son de escasa importancia. En cambio merecen ser mencionadas las descripciones de las peregrinaciones a Palestina, que con tanta frecuencia se verificaban. La narración de viaje *(palomnik)* que debemos a Daniel, el cual recorrió los Santos Lugares desde 1113 a 1115, merecía ser traducida por ofrecer algo más que un interés puramente local. También es importante otro *palomnik* del arzobispo Antonio de Nowgorod (1200), que trata de Constantinopla y que ha sido muy poco leído.

Más pobre todavía se nos presenta la literatura profana, que apenas produjo más frutos que el canto original de la expedición de Igor, verdaderamente nacional y apartado de toda influencia bizantina, y el discurso poco substancial de Daniel, el prisionero. Cierto que entre la gente del pueblo existían cantos y leyendas, pero éstas desaparecieron en su mayor parte, y sólo la persona de Wladimiro viene envuelta en un ciclo de cantos populares.

Al llegar aquí hacemos punto final. Aun cuando, dado el espacio de que disponemos, no hemos podido hacer más que bosquejar, el lector no podrá menos de observar que eran muy distintas las sociedades que vivían a un mismo tiempo en el Oriente y en el Occidente de Europa.

PARTE TERCERA

RUSIA BAJO EL YUGO DE LOS MOGOLES

CAPITULO PRIMERO

GENGIS-KAN Y LA FORMACIÓN DE SU IMPERIO

Uno de los principales pueblos que tuvieron su primitiva patria en la Alta Asia y que desde ella se extendieron en son de conquista por el Oeste y por el Sur fué el de los mogoles.

La etimología de este nombre se deriva de la raíz *mong,* que significa valiente, y de este pueblo vemos hecha mención por primera vez en la época en que reinaba la dinastía de Tsang en China (618-907) (1). Los chinos designaban a los mogoles y a los manchues con el nombre común de *chiwei,* y de ellos sabemos que estos pueblos vivían bajo la dominación turca. Estos turcos, llamados por los chinos *hiongnu,* en anteriores tiempos poseían los desiertos del centro del Asia y sus límites, y bajo el nuevo nombre de turcos reconquistaron las posiciones perdidas algunos siglos antes.

La historia mogola nos ofrece en todas partes huellas de esta soberanía turca, pues no sólo son comunes a ambos pueblos los títulos de *kakán, kan, bigni* o *beg* y *terkán,* sino que los nombres de tribus las más de las veces no permiten saber con fijeza si se trata de turcos o de mogoles. Es indudable que la familia real de los mogoles era de origen turco.

La tribu de los mogoles habitaba el territorio del alto Amur, junto al Schilka y al Onón, y llevaba la vida de tribu nómada guerrera. A principios del siglo XII estaba todavía bajo la supremacía de China; pero ya Kabul-kan con sus correrías (1123-1137) se hizo terrible al Celeste Imperio. Al regresar, en 1155, un nieto de Kabul-kan llamado Yissugei a su campamento de Onón, después de haber terminado una expedición militar, su esposa Ogelen-Eke dió a luz a su primer hijo, al cual se puso el nombre de Temudschin, que era el que llevaba un kan tártaro que había sido vencido. Deligún-Bulduk, en la orilla derecha del Onón, una milla más arriba de la isla Eke-Aral, fué el lugar en que nació este terrible conquistador.

Los contemporáneos, así del Asia como de Europa, chinos, persas, árabes, rusos y europeos de Occidente, han referido cuanto supieron acerca de las costumbres y usos de los mogoles o tártaros, como posteriormente se les llamó equivocadamente (2), de suerte que relativamente estamos acerca de ellos bastante bien enterados (3). «Su rostro, dice el autor a quien acudimos, es ancho, aplastado y cuadrangular, con los pómulos muy pronunciados: tienen muy poco pelo en la barba y en el labio superior, y su aspecto es desagradable. Unicamente el actual soberano de los tártaros, Temudschin, es de elevada estatura, de espaciosa frente y de luenga barba: distínguese también por su valor (4)...

»El año se cuenta, según su costumbre, por el desarrollo de la hierba, de modo que si se pregunta a alguno de ellos

(1) Véase Howorth: *History of the Mongols, part. I. The Mongols proper and the Kalmuks.* Londres, 1876, *part. II. The so-called tartars of Russia and Central Asia;* Londres, 1880. – Hammer-Purgstall: *Historia de la Horda de Oro en Kiptschak, es decir, de los mogoles en Rusia;* Pesth, 1840.

(2) Los tártaros eran de origen tungúsico y no mogol, y sus descendientes fueron probablemente los solones de la Manchuria septentrional. Véase Howorth, obra citada, págs. 25 y 700.

(3) Véase Bestusheff Rjumin, edición alemana, pág. 204.

(4) De esta descripción se desprende que Temudschin era de otra raza.

cuántos años tiene, contesta tantas o cuantas hierbas. Muchas veces les he preguntado cuántos meses tenían, y, echándose a reir, me han contestado que esto no lo sabían. Cuando ven que la luna se ha redondeado, entonces cuentan un mes; cuando ven que la hierba reverdece lentamente, deducen de ello que en aquel año hay luna bisextil... Los tártaros han nacido y crecido a caballo: ellos mismos aprenden la guerra, porque en ella pasan toda su vida, y se dedican durante todo el año a la caza. Carecen de infantería; sólo tienen caballería, y pueden organizar un ejército de algunos centenares de miles de hombres.

»Nada hacen por escrito, sino que todos mandan personalmente, desde el jefe supremo al que lo es de mil, de cien o de diez hombres. Cuando quieren conquistar una gran ciudad se lanzan primero sobre las pequeñas poblaciones, hacen prisioneros a sus habitantes y se los llevan consigo a poner sitio a aquélla. Después de esto se da la orden de que cada jinete se apodere de diez hombres. Cuando el número está completo, se da a cada hombre una cantidad de hierba, de madera, de tierra o de piedra, se le hace andar de día y de noche y se da muerte a los rezagados. Cuando todos han llegado al sitio, comienzan las obras de canales y fosos... En los sitios no les importa perder cien mil hombres o más, y así siempre se apoderan de las ciudades. Su género de vida es causa de que no perdonen a nadie: lo mismo asesinan a los ancianos que a los niños, a los ricos que a los pobres, a los guapos que a los feos, a los que se resisten que a los que no oponen resistencia alguna. Cuando conquistan una ciudad se reparten el botín según la mayor o menor dignidad de cada cual... El país de los tártaros abunda en agua y pastos, y es por lo tanto muy propio para los caballos y para los carneros, que sirven de alimento a los habitantes; la leche de burra les apaga por sí sola la sed y el hambre.

»Siempre que emprenden una expedición o regresan a su patria beben leche de burra y matan carneros; en aquel país por cada caballo corresponden seis o siete carneros, de suerte que el que posee cien caballos tiene un rebaño de seis o setecientos carneros... Los tártaros desprecian la vejez y aprecian el valor. Las disputas y las contiendas no son comunes entre ellos. El día primero de cada mes adoran todos al cielo... Son aficionados a los festines. Cuando el kan Muchuri regresó de la batalla comió durante varios días seguidos con sus mujeres, y lo propio hicieron los que servían a sus órdenes. Los tártaros, las más de las veces, tienen la costumbre de no lavarse las manos, y con éstas toman el pescado y la carne, y cuando las tienen sucias las limpian en su túnica. No se lavan los vestidos ni se los quitan hasta que se les caen a pedazos... Cuando un convidado extranjero se emborracha y mete ruido, o cuando olvidando la decencia vomita, dicen entusiasmados: «El convidado se ha em»borrachado: constituye, pues, con nos»otros un mismo corazón y una misma »alma (1).»

Esta descripción está confirmada por las obras de los historiadores persas Wassaff y Schuweini y por la historia universal turca de Munedschin-Baschi. «Los tártaros—dice esta última—forman numerosas tribus, la mayor parte de las cuales recorren las montañas y llanuras situadas al Noroeste del Oxo hasta cerca de la China; otras, sin embargo, habitan en ciudades (2). Estas pertenecían, en su origen, a los soberanos de la China y no tenían jefes absolutos. Cada tribu tenía su caudillo, hasta que apareció el mogol Temudschin, que los reunió a todos y los sometió por la fuerza a su soberanía. Estos tártaros eran de corazón duro y de naturaleza baja; comían lo que podían, fuese limpio o sucio. La mayoría de ellos no seguía más secta que su propia ignorancia...»

Este pueblo nómada y guerrero, después del asesinato de Yissugei (1175), cayó bajo la soberanía de Temudschin, el cual sometió con mano fuerte a aquellas tribus mogolas que no querían reconocer su soberanía, y aliado con los chinos, de quienes recibió el título de Yant-ikuri, es decir, general en jefe contra los rebeldes, sojuzgó a los nómadas que habitaban en el territorio del Amur. En 1203 había reunido a todas las ramificaciones de la raza mogola, siendo proclamado kan por ellas.

Entonces dirigióse contra los naimanes turcos que vivían en los territorios del alto Yenisei y de Yrtisch, y los venció por completo (3). Esta guerra tuvo

(1) Encontramos mucha analogía entre ésta y la descripción que más adelante haremos de los lituanos. Véase cap. V.

(2) Hammer-Purgstall: *Historia de la Horda de Oro en Kiptschak, es decir, de los mogoles en Rusia;* Pesth, 1840, pág. 41.

(3) Véase Howorth, obra citada, página 693, nota.

además consecuencias importantísimas, pues los mogoles se familiarizaron con la civilización turca y Temudschín obtuvo los servicios de un ilustrado turco uigúrico en la persona de Tata-Kun, que había sido canciller del último kan de los naimanes.

Los uiguros habían sido anteriormente el pueblo más ilustrado del Asia Central, y su capital, Karakorum, era un centro de cultura moral y material. Temudschín hizo instruir a su hijo Ogotai en el lenguaje, escritura y leyes de los uiguros, de suerte que este imperio turco, que había desaparecido a mediados del siglo IX, se convirtió en maestro de los mogoles. Después de la sumisión de otros pueblos nómadas, cesaron estas expediciones guerreras con la toma de Hia o Tangut, creándose un imperio poderoso en el alto y medio Hoang-ho (1206).

Temudschín había sometido a todas las tribus que habitaban entre el Yrtisch y la cordillera de Schinggán, habiendo perdido su vida todos los principales caudillos que quisieron oponérsele como rivales. Después de estas victorias convocó Temudschín una *kuriltai* (1), es decir, «una asamblea,» en la cual todos los hermanos e hijos del kan, grandes dignatarios, generales de los ejércitos y oficiales que mandaban por feudo las tropas, dieron su parecer. Esta asamblea celebró sus sesiones en las fuentes del Onón, agrupándose los caudillos alrededor de una bandera que ostentaba los distintivos de las nueve tribus.

Un schamán, que llevaba el altanero sobrenombre de «la imagen de Dios,» declaró ante la asamblea que después de haber Temudschín vencido tantos gurukanes, es decir, grandes kanes, este título era poca cosa para él, añadiendo que el cielo le había destinado el de Gengis-kan, es decir, kan muy poderoso. La asamblea aceptó el pensamiento y desde entonces Temudschín fué llamado Gengis-kan, nombre con que ha pasado a la historia.

Contaba entonces cuarenta y cuatro y, según otros, cincuenta y un años, y era un hombre violento, cuya ambición no se satisfacía con la posición que había llegado a alcanzar. Fijó su residencia en Karakorum, antigua capital de los uiguros, y después de cinco años más de guerra, que sirvieron para asegurar y completar sus anteriores conquistas, dirigióse en 1211 contra China.

Este imperio se dividía entonces en dos Estados, uno meridional, cuya capital era Liu-ngan, gobernado por la dinastía indígena de los Sung, y otro septentrional, que tenía por capital a Yenking y que estaba dominado por la dinastía de los Kin, a los cuales los mogoles hasta entonces habían pagado tributo. En este imperio del Norte había ocurrido un cambio de gobierno y el nuevo emperador exigió de Gengis-kan que le prestara homenaje de rodillas. Gengis-kan se dirigió entonces hacia el Sur, escupió en dirección a la China y dijo: «El soberano de China se llama hijo del cielo y no es siquiera un hombre.»

Aliado con los khitanes, salió de Kerulún con sus cuatro hijos durante la primavera de 1211, atravesó rápidamente el desierto de Gobi, pasó la gran muralla, al Oeste del recodo Hoang-ho, y en agosto de 1212 había adelantado tanto que, después de haber asolado las llanuras, pudo poner cerco a Tai-tong. Esta ciudad, sin embargo, opuso desesperada resistencia, de tal suerte que, no pudiendo Gengis-kan apoderarse de ella, retrocedió nuevamente hasta el desierto para proporcionarse refuerzos.

Durante el otoño de 1213 hizo otra invasión en la rica y poblada provincia de Pe-chi-li. A todo esto estalló una revolución militar en China: el general Huschaku asesinó al emperador y colocó en el trono al hermano de éste, Utubu. Mientras tanto Gengis-kan y sus aliados se apoderaban de todos los territorios que se extendían al Norte del río Amarillo, destruían gran número de ciudades y asesinaban o hacían prisioneras a innumerables personas.

Por fin se apaciguó el conquistador y firmó la paz con Utubu, el cual tuvo que darle por esposa a una hija de su antecesor. A pesar de esto, Gengis-kan mandó asesinar a todos los prisioneros antes de abandonar la asolada comarca. La paz fué de corta duración. Utubu, que había trasladado su residencia desde las arruinadas provincias del Norte más hacia el Sur, despertó las sospechas del gran kan, siguiéndose de aquí nuevas expediciones a China y la conquista del imperio chino septentrional, que fué terminada en 1218 por Mukuli, general de Gengis-kan.

Hia y Corea reconocieron también entonces la supremacía de los mogoles, pero el conquistador siguió adelante. En

(1) Véase Hammer, obra citada, 233. Comentarios de Neili a Wassaf.

el fértil territorio de la cuenca del Yli y del Tarim existía otro poderoso Estado civilizado, que, fundado antiguamente por fugitivos chinos, había caído en manos de un usurpador llamado Guschluk: este imperio, Kara-Khitai, formaba entonces la frontera occidental del Estado mogol.

Pretexto para la guerra fácilmente se encontraba. Chepi-Royán, uno de aquellos generales que Gengis-kan supo elegir con el mismo talento que Napoleón escogió después sus mariscales, penetró en 1217 en Kara-Khitai, y aprovechando el desorden religioso que allí reinaba, pues coexistían el cristianismo, el budismo y el islamismo, supo granjearse universales simpatías anunciando una completa tolerancia. Entonces estalló una gran revolución; Guschluk tuvo que huir, fué alcanzado y asesinado en Pamir, y su imperio cayó en poder del vencedor.

La conquista de Kara-Khitai fué de gran importancia para Gengis-kan, pues con ella había hecho suyo un Estado organizado bajo todos conceptos, con una población fuerte y guerrera, centro de la cultura de los uiguros, ya conocida por los mogoles, y había llegado hasta las fronteras que separan el Asia anterior de la posterior.

Parecía, pues, que no había que pensar ya en extender todavía más aquel inmenso Estado. Gengis-kan trabó amistosas relaciones con su inmediato vecino el poderoso shah Mahomed, de Khwarism, imperio fundado por un esclavo turco que había conseguido engrandecerse considerablemente a costa de Persia y del califato de Bagdad, y comprendía no sólo toda la comarca montañosa del Irán, desde la cordillera kurdo-armenia hasta el Indo, sino también la cuenca del Amu y del Sir y las elevadas llanuras que se extienden entre el Aral y el mar Caspio.

La culpa de que se rompieran las hostilidades no fué esta vez de Gengis-kan: éste, indignado por el saqueo de una caravana y por la muerte dada a sus embajadores, declaró la guerra al Gur-kan —tal era el título de Mahomed,—y envió contra él dos ejércitos, que, conducidos por sus hijos Schudschi y Chagatai, penetraron en Khwarism. La pluma se resiste a describir los horrores que fueron causa de la ruina de aquel poderoso imperio.

En todas sus ciudades había una población rica, numerosa e ilustrada, y la «Ilíada de desastres» que cayó sobre aquel infeliz imperio mahometano se resiste a toda descripción. En una sola gran batalla fueron derrotados los cuatrocientos mil hombres con que Mahomed había salido al encuentro del enemigo. El vencido emperador huyó, pero por doquiera se encontraba con los mogoles (1). «Y aun cuando suba al cielo—había dicho Gengis a los suyos—fuerza es que le alcancéis y que os apoderéis de él.» Perseguido en Pendyab, donde había intentado refugiarse, falleció de cansancio en 10 de enero de 1221 en las orillas del mar Caspio.

Gengis-kan en persona se había presentado para dirigir las operaciones de sus generales, todos los cuales se mostraron igualmente sanguinarios: Schudschi y Chagatai, Ogotai y Tuluy, Subutai y Chepi tuvieron igual participación en el «diluvio de horrores» que se desencadenaron sobre Khwarism: así sucumbieron Bukhara, la hermosa Samarcanda, Merw Schahyán, en donde perecieron, según cálculos, prudenciales 700.000 hombres; Urgendj (hoy Khiwa), Nishapur, la inmensa capital del Corasán, en cuya destrucción los mogoles emplearon quince días.

Herat, que en un principio había capitulado, y a la que se había concedido la gracia de no perder más que 12.000 hombres, fué de nuevo sitiada cuando se rebeló al tener noticia de que Schedal-ed-dín, el valeroso hijo de Mahomed, había derrotado a una división del ejército mogol. La resistencia de aquella ciudad fué desesperada, pero al fin sucumbió y fueron asesinados 1,600.000 de sus habitantes.

«La hierba está segada, que pasten ahora los caballos:» con estas palabras excitaba Gengis-kan al saqueo a sus jinetes, acostumbrados a la matanza. Aquel caudillo se había imaginado ser el vengador enviado por Dios.

«Habéis cometido grandes pecados—decía a los habitantes de Bukhara que le pedían misericordia—y los jefes y caudillos del pueblo son los más pecadores. Si queréis que justifique mi conducta, os diré: Soy el azote de Dios; si no hubieseis cometido graves pecados, El no hubiera permitido que os castigara.»

Estas expresiones produjeron funesta

(1) Véase Ibn-el-Athir en la traducción rusa de Ilminski, publicada por Kunik: *Comunicaciones científicas de la Academia de Ciencias* (en ruso), II, págs. 636 hasta 668.

impresión en el ánimo de la población de Khwarism, adicta por completo al islamismo: convencida de que había incurrido en la cólera divina, abandonó toda resistencia. Cuando una ciudad era tomada, los mogoles conducían fuera de las puertas a sus infelices habitantes, que se dejaban matar sin defenderse.

De esta suerte, hombres robustos fueron asesinados por mujeres mogolas, y a una simple orden de un guerrero mogol se arrodillaban temblando y esperaban que levantara la cuchilla que había de acabar con ellos. Aquel poderoso imperio sucumbió, pues, como tocado por una maléfica varilla mágica. La avalancha del ejército mogol no se detuvo allí, sino que se fué aproximando cada vez más al Oeste, hasta que sólo le separaron del revuelto imperio ruso los pueblos de las estepas del Sur de Rusia. Era, pues, inevitable un choque entre estas dos fuerzas.

CAPITULO II

FUNDACIÓN DE LA SOBERANÍA DE LOS TÁRTAROS SOBRE RUSIA

Durante la primavera de 1222 los mogoles, procedentes del Sur, llegaron hasta las comarcas de los alanos, que habitaban al Norte del Cáucaso, los cuales, al tener noticia de la horrible destrucción de Schemaja, se aliaron con los polowzes o sea con los kiptschakes, que tal era el nombre con que los designaban los orientales. Con esta unión pudieron oponer tan enérgica resistencia que, según parece, los mogoles se vieron en grave aprieto.

Pero éstos supieron manejarse y consiguieron con sus presentes que los polowzes abandonaran infamemente a sus aliados. Entonces subyugaron a los alanos, que, aislados, no pudieron resistirles, y se arrojaron luego sobre los desprevenidos polowzes, que estaban confiados en la paz conseguida. Imposible era la resistencia; así es que sin luchar se desbandaron refugiándose unos en las selvas y en los pantanos, y otros entre los rusos, con lo cual atrajeron sobre este pueblo funestas consecuencias. Entretanto, los mogoles avanzaron hasta Crimea, se apoderaron de Sudak, la capital y el centro del comercio, y se posesionaron de la parte oriental de las estepas polowzes, tan ricas en ganados y en pastos, permaneciendo allí sin temor alguno medio año.

Rusia se puso en movimiento, comprendiendo que los nuevos vecinos eran más peligrosos que los polowzes, por ellos vencidos; y aun cuando en aquella nación sólo circularon rumores acerca de una parte de las crueldades llevadas a cabo por Gengis-kan y los suyos—y, según parece, los rusos estuvieron muy mal informados,—vióse claramente la inminencia de una lucha a muerte.

Añádase a esto que el vencido kan de los polowzes, Kotjak, suegro del activo Mstislao Mstislawitz, de Halicz, fué quien sintiéndose inclinado a la lucha supo inducir a los príncipes de Kieff y de Chernigoff a que se aliaran contra el enemigo. Una asamblea convocada en Kieff resolvió obrar agresivamente, y cuando se presentaron los embajadores mogoles con la pretensión de combatir unidos a los polowzes, los rusos les asesinaron, faltando abiertamente al derecho de gentes. Entonces se presentó una segunda embajada para proceder a la declaración de guerra.

Rusia parecía sentirse animada de valor extraordinario; los 82.000 hombres que podía presentar al enemigo constituían un ejército como hacía mucho tiempo no se había visto en aquella nación.

Hay que tener en cuenta también que la situación del ejército mogol, que estaba a las órdenes de Chepi y Subutai, era por demás desfavorable, pues carecía de línea de retirada. Los pueblos de ambos lados del Cáucaso habían sido ciertamente muy castigados, pero no del todo destruídos, de suerte que si los mogoles sufrían una derrota, podían tener por seguro que verían por esta parte cortada su retirada. Al Este, el camino entre el Ural y el Kaspi hasta el lago de Aral estaba dominado por los guerreros kankales, que hasta entonces sólo indirectamente habían sufrido las consecuencias de las victorias de Gengis-kan.

Los rusos se pusieron de acuerdo para resistir un ataque del enemigo y hasta para ir al encuentro de éste en sus propios campamentos. Mstislao púsose al frente de un ejército de 10.000 hombres y tuvo la suerte de aniquilar una partida de fugitivos mogoles, con lo cual subió de punto su confianza. El cuerpo principal del ejército ruso atravesó el Dniéper y por espacio de doce días (1) siguió sin descanso las huellas del enemigo, hasta que, operando éste un movi-

(1) Así afirman Raschid e Ibn-el-Athir, cuando no fueron más que nueve o diez los días.

miento de conversión, se trabó la batalla decisiva en las orillas del Kalka, en 16 de junio de 1223.

Los dos ejércitos lucharon durante algunos días con denuedo, hasta que por fin la victoria se decidió por los mogoles. Los polowzes fueron los primeros en huir, obligando con su deserción a los rusos a emprender la retirada, que pronto se convirtió en desbandada fuga. Sólo Mstislao de Kieff se mantuvo firme en su campamento fortificado de Kalka, resistiendo por espacio de tres días los ataques que en vano le dieron los mogoles. Ya estos audaces adversarios habían ofrecido a los rusos libre salida—sin duda para caer después sobre ellos, como solían hacerlo, olvidando pactos y juramentos,—cuando la traición puso en su poder a Mstislao y a sus dos cuñados.

Los mogoles, irritados por la tenaz resistencia que les habían opuesto, hicieron morir por asfixia a estos príncipes, sobre cuyos cadáveres se celebró el banquete de la victoria. «Pocos fueron—dice Ibn-el-Athir—los que escaparon, y éstos regresaron a su patria en un estado deplorable, extenuados por la derrota, por los muchos días de marcha y por el hambre que habían sufrido. Detrás de ellos iba un numeroso ejército, saqueando, asesinando, destruyendo ciudades, que en su mayor parte quedaron convertidas en un montón de ruinas. La mayoría de los comerciantes rusos de más importancia se reunieron, empaquetaron sus géneros y cargaron con ellos muchos buques que los llevaron a las comarcas musulmanas.»

Por lo demás, los mogoles no penetraron entonces muy adentro de Rusia, antes al contrario retrocedieron al poco tiempo, se dirigieron contra los búlgaros del Volga, cuyo territorio devastaron, y se desparramaron luego por el país de los kankales.

Es digna de notarse la poca impresión que estos acontecimientos producían en Rusia, cuyas crónicas sólo contienen acerca de ellos las noticias más indispensables: parecía como si se hubiese olvidado por completo al enemigo. «De aquellos malos taurmán-tártaros—dicen,—no sabemos de dónde vinieron ni adónde fueron.»

Gengis-kan convocó a sus generales para celebrar una gran asamblea en la cual habían de decidirse ulteriores empresas. Tratábase de la toma de Hia, que, como centro del budismo en la Alta Asia, era para el gran kan de mucha importancia. No entraremos en detalles acerca de la campaña emprendida por el caudillo mogol con su acostumbrada energía y con la suerte sin ejemplar que constantemente le acompañaba. Gengis-kan se había enseñoreado de toda la comarca cuando falleció, en 18 de agosto de 1227. Su primogénito Schudschi le había precedido.

No podemos dejar de tratar de un personaje como Gengis-kan sin intentar antes estudiar a un hombre tan extraordinario: no ha habido otro conquistador como él, y ha habido muy pocos que hayan sabido como él conservar y organizar lo que había conquistado. El rasgo principal que le caracteriza es el conocimiento que tenía de los hombres y el desprecio con que les miraba. A esta cualidad unía una voluntad de hierro, una ambición desmedida y una absoluta confianza en sí mismo. Si a esto añadimos que en su confianza fatalista se presentaba como un vengador de Dios, que en todas sus atrevidas empresas nunca le abandonaron la prudencia ni la serenidad y que en su modo realista de apreciar los sucesos estaba despojado de todo sentimentalismo, en el bueno y en el mal sentido de esta palabra, comprenderemos perfectamente que este hombre pisoteara cuanto a su camino se opusiera.

No fué cruel, si por cruel se entiende gozarse en los males inútiles de los demás, pero fué duro y no conoció la compasión cuando se trató de llevar adelante una idea que él consideraba justa. Todo reo de un delito de Estado debía pagar su crimen no sólo con su vida, sino con las de todos sus partidarios, a fin de que no quedara vivo quien pudiera vengarle: todo soberano vencido debía perecer con su familia, y todo pueblo conquistado debía ser exterminado de tal manera que desapareciese la posibilidad de una resistencia ulterior. Entre los millones de víctimas que ocasionaron las guerras de Gengis-kan (1) figuran en muy escaso número los mogoles, pues para derrotar al enemigo utilizaba las propias fuerzas de éste: los centenares de miles de prisioneros que en su poder cayeron fueron por él lanzados contra los fosos y baluartes de las ciudades que quería conquistar. ¿Qué le

(1) Se ha calculado que sólo en China e Hia, durante el período desde 1211 hasta 1223, perecieron a manos de Gengis-kan y de sus compañeros 18,470.000 hombres.

importaba que sucumbieran ni que fuera tan grande el número de víctimas? De todas maneras contaba con medios para substituirlas.

Por esto comenzaba todas las guerras devastando los países llanos, y sólo después de haberse apoderado de todos los hombres aptos para el servicio militar que las comarcas poseían se dirigía a la

Ruinas del antiguo Bolgari

ciudad que quería conquistar y la cercaba, como si se tratara de una de esas batidas de animales fieros a las cuales era tan aficionado. En sus *jasas* o leyes y, sobre todo, en sus órdenes verbales, que nos ha transmitido Reschidedín, encontramos materia suficiente para formular un juicio acerca de aquel hombre terrible (1). Vamos a reproducir algunas de las más características.

«El que sabe gobernar su casa, decía, está en condiciones de poder gobernar un Estado, y el que sabe tener disciplinados a diez hombres, merece que se le confíe el mando supremo de mil y aun de diez mil.

»El que pretenda grandes cosas, que no hable sin que se le pregunte, y que conteste según lo que se le haya preguntado: si habla antes de ser interrogado, no hará más que machacar en hierro frío.

»En las campañas sirva de ejemplo la conducta de Darkai-Orha, de la tribu de Kinkín. Iba acompañado de dos servidores, cuando vió a lo lejos dos jinetes. Uno de los criados le dijo: «Pues que »somos tres, podemos atacarlos;» a lo cual contestó: «Nos han visto como nos- »otros a ellos,» y arrimando la espuela al caballo emprendió la fuga. Luego resultó que uno de aquellos dos jinetes era Timur-Orha, el tártaro, que con quinientos de los suyos permanecía emboscado y que se había dejado ver para atraer con esta astucia a Darkai-Orha y darle muerte. Este, que tenía cerca de allí veinte servidores más, se presentó luego con ellos. De esto se desprende que en todas las cosas es menester gran prudencia.

»Un rey que se dé al vino y al aguardiente no podrá mantener la disciplina ni hacer cumplir grandes mandatos.

»La bebida embota los sentidos y sus instrumentos. Si no hay posibilidad de contenerse en punto a la bebida, embriá-

(1) Véase Hammer, obra citada, pág. 192.

guese el hombre tres veces al mes; si se embriaga más de tres veces, será culpable: mejor es que no se embriague más que dos veces y mejor todavía que no se embriague ninguna, pero lo mejor de todo es que no beba nunca.

»Yo acostumbro a dar el mando del ejército a los que son sabios y valientes; a los astutos y habilidosos les confío los bagajes, y en cuanto a los ignorantes, los hago pastores de carneros. Por esto mis obras son como la luna nueva, que crecen de día en día: cada día me envía Dios del cielo una nueva victoria y mi imperio se extiende cada vez más sobre la tierra con el auxilio divino.»

Cuando Gengis-kan llegó a las cumbres del Altai, y tendiendo la vista a su alrededor vió que la llanura estaba enteramente cubierta por sus campamentos y ejércitos, por su corte y su séquito, dijo: «Mis esfuerzos y mi intento son endulzar con todos los placeres posibles la vida de mis guardias, mujeres, esposas e hijas, que parecen rojizos rayos luminosos, adornarlas por delante y por detrás con vestidos de oro, sentarlas en literas tiradas por caballos castrados, bañarlas con agua pura, procurar buenos pastos a sus animales de carga y no consentir que en sus jardines crezcan la maleza y la mala hierba.»

«¿Cuál es la suprema felicidad en esta vida?» preguntó en cierta ocasión a sus generales. Uno de ellos, en nombre de los demás, le contestó: «Salir a caza en una hermosa mañana de primavera, montado en un buen caballo y con un buen halcón en la mano, y contemplar cómo éste hace su presa.» «No—contestó Gengis,—el mayor placer para un hombre es vencer al enemigo, arrebatarle sus riquezas, ver cómo sus queridas están anegadas en llanto (1), montar sus caballos y oprimir el corazón de sus mujeres y de sus hijas.»

Antes de morir, llamó Gengis-kan a sus hijos a su campamento para excitarles a que permanecieran unidos (2), refiriéndoles la parábola del manojo de flechas, tan fáciles de romper cuando están sueltas y que resisten a la fuerza del hombre cuando están juntas. También se le atribuye otro cuento, que es el siguiente: Había, dijo, dos serpientes, de las cuales una tenía muchas cabezas y una sola cola y la otra tenía muchas colas y una sola cabeza. Al llegar el invierno, quisieron refugiarse en un agujero: la una se metió rápidamente en él; la otra, en cambio, la que tenía muchas cabezas, no pudo decidirse, pues cada cabeza quería tener distinto refugio, de suerte que acabaron por morirse todas de frío.

Procediendo de acuerdo con estas ideas, instituyó soberano de todo el imperio a su hijo Ogotai, mandando que se le sometiesen los demás, a quienes, sin embargo, concedió territorios propios. Cedió la parte occidental, desde el lago Balkasch hasta el Ural y hasta las fronteras búlgaras, a los hijos de Schudschi; Schagatai, Tului y Ogotai (a quien dejó un territorio especial y exclusivo para él) obtuvieron la parte oriental con diversas fronteras.

Gengis murió en las montañas que se alzan al Oeste de Pequín, y su cadáver fué llevado a la residencia de la gran Horda, de la cual procedía, y para que no pudiera descubrirse el secreto fueron asesinados cuantos formaban parte de esta fúnebre comitiva. Luego se hicieron al cadáver grandes honores, siendo sacrificados gran número de criados, criadas y caballos, para que pudieran prestarle sus servicios en el otro mundo. Por último fué quemado al pie de un árbol que él mismo había escogido en anteriores años para este objeto (3).

CAPITULO III

OPRESIÓN DE RUSIA

De los hijos de Schudschi, instituídos herederos de Gengis-kan, los dos principales son Orda y Batu, este último bajo la dependencia nominal de su hermano. A Batu le había tocado la parte más occidental: él y sus hermanos no podían disponer más que de 4.000 hombres de escogidas tropas mogolas; el grueso de su ejército estaba constituído por la heterogénea población de las comarcas sojuzgadas, en que predominaba el elemento turco.

Hase convenido en dar a estas hordas guerreras que estaban bajo el yugo de los

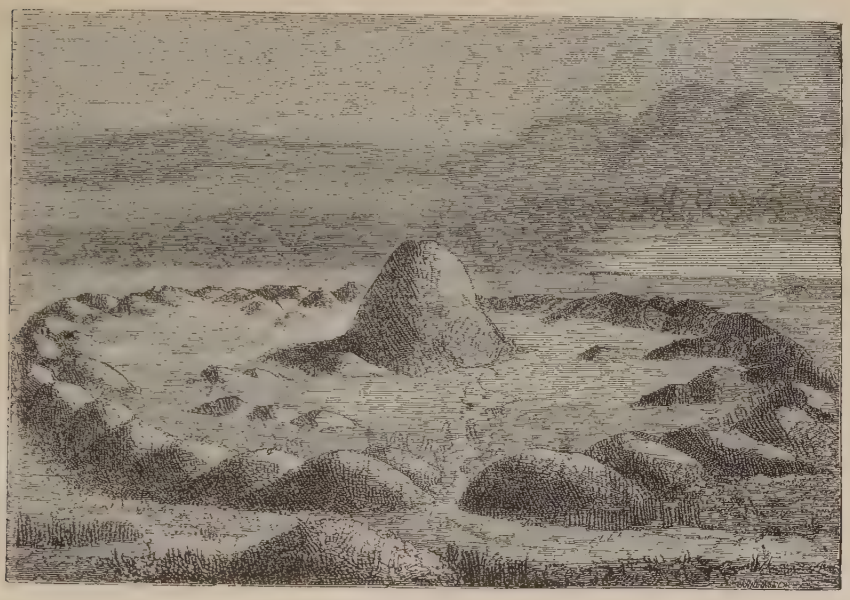
(1) Según el texto de Osson, en Howort, página 10.

(2) En realidad sólo Tului presenció la muerte de su padre.

(3) Howort (obra citada, pág. 105) hace una descripción interesante y exacta de las ceremonias del entierro tomándolas de un escritor mogol del siglo XVII, Ssanang-Setzen, el cual para la antigua historia mogola acudió a fuentes chinas. El espacio de que disponemos no nos permite reproducirla.

mogoles el nombre común de «tártaros,» denominación que comprendía escasos elementos mogoles, según se desprende de los datos antes mencionados. Batu, desde los primeros días de su reinado, tomó parte en las campañas chinas de Ogotai. Esto no obstante, la vecindad de los tártaros se dejó sentir en Rusia muy poco después de la muerte de Gengis-kan: kurultai reunido en Karakorum en 1235 resolvió comenzar los ataques directos contra Rusia (1).

Ogotai confió el mando supremo del ejército a Batu, que se había distinguido mucho en las campañas de China: a sus órdenes estaban los más preclaros caudillos mogoles, tales como sus hermanos Orda, Scheibán y Tangut; Baidar, hijo,



El Kurgán Perepetow (en el gobierno de Kieff). – En su origen elíptico, en forma de pirámide con una pequeña meseta, de unos 21 y $^1/_2$ metros de diámetro por unos 10 $^2/_3$ de altura. Este Kurgán está rodeado a una distancia de 398 metros por 48 pequeños montículos funerarios. En él se encontró un sarcófago de piedra con los restos de 14 esqueletos, cuyas cabezas miraban a Occidente, y con distintos utensilios.

los polowzes, los saksines turcos que habitaban junto al Achtuba y los búlgaros sufrieron las consecuencias de sus invasiones desde 1229 a 1232, de tal manera que los príncipes rusos se vieron obligados a tomar cartas en el asunto.

El Gran príncipe o duque de Wladimir, Yuri II Wsewolodowitz (1217-1237), prestó auxilio a los búlgaros, mientras los príncipes de Smolensko y de Kieff ayudaban a los polowzes. Escasas son las noticias que acerca de estos acontecimientos tenemos, pero, según parece, los tártaros fueron rechazados hasta el otro lado del Ural. Entretanto, el Gran kan Ogotai había terminado la conquista del imperio chino meridional, y un

y Buri, nieto de Schagatai; Kujuk y Kadan-Ogul, hijos del Gran kan; Mangu y Bejak, hijos de Tului, y Kulkán, hermanastro de Ogotai. Además acompañaban al príncipe Subutai y Chepi, este último en calidad de jefe del estado mayor general, si nos es lícito emplear esta denominación moderna. El ejército invasor se dividió en tres cuerpos: uno debía someter a los saksines del bajo Volga y del Achtuba; otro, mandado por Subutai y Chepi, que tenían por auxiliares

(1) Según una tradición posterior, se acordó entonces sojuzgar toda la Europa dentro de un período de diez y ocho años (Abul-feda, en su *Historia Universal;* murió en 1332).

a Mungu y a Bejak, debía atacar a los búlgaros del Volga medio y de Kama; y otro, que era el grueso del ejército, mandado por Batu en persona, debía penetrar en Rusia.

El ejército tártaro, que se compondría de 300.000 a 400.000 hombres, se puso en movimiento en febrero de 1237. Los búlgaros y saksines, casi sometidos ya por las anteriores campañas, opusieron escasa resistencia: la capital, Bolgar, fué destruída y los mordwines fineses, súbditos en parte de aquéllos y en parte de los príncipes rusos, se pasaron en masa a los tártaros y fueron sus guías y espías. Batu marchó directamente hacia el Oeste hasta que llegó a las fronteras orientales de las posesiones rusas, es decir, al principado de Rjasán, que estaba bajo la dependencia política y geográfica de Wladimir de Susdal.

Jorge y Román Ygorewitz, lo propio que sus primos Oleg Wladimirowitz y Yaroslao Davidowitz, poseían las cuatro principales villas del principado, que eran Rjasán, Ysteslawitz, Pronsk y Murom. Batu les intimó que se sometieran a él; pero ellos se negaron y resolvieron resistir a los invasores a pesar de verse abandonados por el Gran duque, que, víctima de funesta alucinación, se negó a prestarles auxilio. Pero, ¿qué podían sus pequeñas drushinas contra las fuerzas tan superiores de los tártaros? Una parte de ellos, que se encontraba en la orilla del Woronesch, fué aniquilada por completo, e igual suerte cupo a los que libraron batalla en las cercanías de Rjasán. Los tártaros avanzaron sin que nada se opusiera a su paso, y después de haber devastado el país se presentaron en 16 de diciembre delante de Rjasán.

Una vez allí, construyeron un parapeto de tierra y de empalizadas, montaron sus máquinas de guerra, construídas seguramente por arquitectos chinos, y después de cinco días de bombardeo y de asaltos casi continuos fué tomada la ciudad, en la que se dió un horrible espectáculo, que parecía haber de servir de ejemplo para lo sucesivo. El príncipe, su madre, su esposa y sus hijos, los boyardos y todos los habitantes sin distinción de edad ni de condición fueron asesinados con crueldad verdaderamente bestial. La pica, el fuego, las flechas y cuantos martirios pudo inventar la fantasía tártara, todos fueron aplicados a aquellos infelices habitantes.

Batu siguió adelante sin detenerse, y sus operaciones se vieron favorecidas por el invierno, que le facilitaba el paso por ríos y pantanos. Las granjas de las aldeas y de las ciudades ofrecían abundantes víveres a sus jinetes, y las selvas con sus árboles sin hojas apenas prestaban miserable refugio a los fugitivos aldeanos. El plan, perfectamente meditado, de los invasores consistía en sojuzgar primero la Rusia septentrional, cubierta de bosques y pantanos (1), en la cual se concentraba todo el poder militar del imperio, para después apoderarse de la Rusia meridional, que, situada junto a las bien conocidas estepas, estaba destrozada por luchas intestinas.

De comenzar el ataque por el Sur hubiérase indudablemente seguido una concentración de todas las fuerzas rusas en el Norte, con lo cual hubiera sido mucho más difícil la tarea de los tártaros. «La fiera—según las reglas cinegéticas y militares de los mogoles—debe ser sacada de la selva y empujada hacia los territorios abiertos.» Batu tenía prisa; si su plan era llevado a feliz cima, el Norte de Rusia, inclusas Nowgorod y Pskoff, debía caer en su poder antes de que comenzara la primavera y de que con ella se hiciera intransitable el camino.

En vez de marchar directamente hacia el Norte contra Wladimir, procuró cortar al Gran duque las comunicaciones con el Sur, tomando para esto el camino de Kolomna y Moscou, ciudades ambas que fueron saqueadas y reducidas a cenizas. Entonces pensó en atacar a Wladimir; el Gran duque había abandonado la ciudad y encaminándose más hacia el Norte había llegado a la comarca de Uglitsch, para concentrar allí sus tropas. Sus dos hijos, Wsewolod y Mstislao, estaban encargados de la defensa de Wladimir, ante cuyas puertas llegó Batu el día 3 de febrero: la ciudad fué rápidamente cercada y tomada el día 7 después de un asalto que se dió por dos lados. El saqueo y la matanza no se hicieron esperar, pereciendo casi todos los habitantes. Al mismo tiempo, otras divisiones del ejército mogol habían devastado la comarca de Susdal, incendiando la ciudad de este nombre y apoderándose de casi todas las demás villas.

El Gran duque se encontró entonces en una posición sumamente crítica: no podía retroceder hacia Twer ni hacia Torschok, sino que debía avanzar más hacia el Norte, dirigiéndose por Uglitsch

(1) Véase Galitzin: *Historia guerrera*, edición alemana, I, pág. 264.

y Bieshetzk a Nowgorod y tomando posiciones junto al río Sit en el punto en que se cruzaban las vías comerciales que desde Bielosersk y Wladimir conducían a aquella capital. Pero las tropas auxiliares que esperaba recibir de su hermano, el príncipe Yaroslao de Kieff, no pudieron unirse con él.

Con la lentitud e indecisión de sus movimientos formaban contraste la rapidez y energía de los tártaros, que conducidos por Batu llegaron a Sit a los diez y seis días de haberse apoderado de Wladimir. El caudillo mogol había pasado por Rostoff y Yaroslaff, mientras otras dos divisiones del ejército llegaban respectivamente a Gorodez, junto al Volga, y a Halicz del Norte, junto a un afluente del Kostroma.

El Gran duque se hallaba impensadamente envuelto por su flanco derecho, de suerte que los tártaros consiguieron vencer muy fácilmente a aquel ejército, que todavía no se había preparado convenientemente. Esto aconteció en 4 de marzo de 1238, y desde entonces la suerte de Rusia estaba decidida, pues todo cuanto después ocurrió sólo puede considerarse como un apéndice, a pesar de la heroica resistencia que muchas poblaciones opusieron a los invasores.

El Gran duque Yuri había podido huir tres millas más hacia el Norte del campo de batalla, pero allí fué alcanzado y él y todos sus compañeros perecieron a manos de los vencedores. Su cadáver, al cual cortaron los tártaros la cabeza, fué posteriormente hallado y enterrado.

Batu, entonces, se dirigió sin vacilar hacia Nowgorod. Wolokolamsk, Twer y Torschok sucumbieron, siendo completamente reducida a ruinas esta última por haber opuesto resistencia. Desde allí se dirigió hacia el Lago Feliz, y probablemente se encontraba a 28 millas de Nowgorod, en las orillas del Lowat, cuando el deshielo le obligó a emprender la retirada (1).

No es posible seguir con exactitud a

El Kurgán negro (gobierno de Tschernigoff, junto al monasterio de Welezk). – Altura, unos 10 3/4 metros; circunferencia, unos 128 metros. Debajo de la capa de tierra superior había cuatro capas de ladrillos y luego una capa de vigas; en el centro aparecían restos de una gran hoguera de cereales y huesos de animales, y también armas y utensilios que el fuego había fundido en una sola masa.

(1) Acerca del lugar adonde se retiró Batu hay diversidad de opiniones: o fué aquél la ciudad

los tártaros en su retirada: sábese que regresaron por Koselsk, al Sur de Kaluga, al territorio del Don. Las crónicas rusas describen con muchos detalles la defensa heroica de Koselsk, cuyos ciudadanos defendieron hasta el último trance a su joven soberano Wassili Olegowitz. Cuando después de siete semanas de sitio las murallas se habían convertido en ruinas, los últimos hombres útiles que encerraba la ciudad hicieron una salida desesperada en la cual murieron 4.000 tártaros. No quedó con vida ni un solo habitante de Koselsk. «Del príncipe Wassili — dice la crónica — sólo se sabe que se ahogó en sangre, pues todavía era muy niño (1).»

En los valles del Don, Kotján, kan de los polowzes, intentó de nuevo resistir a los tártaros, pero sus huestes fueron completamente derrotadas, viéndose obligado a huir a Hungría con 40.000 hombres (1240). Batu, dueño absoluto ya de las estepas, estableció durante unos dos años su campamento al otro lado del Volga. Habiendo sufrido a su vez grandes pérdidas, sobre todo en caballos, y no habiendo podido aún conseguir completamente su objeto, es decir, la total sumisión de Rusia, reunió fuerzas para un último y decisivo golpe.

Los príncipes rusos no estuvieron bajo ningún concepto a la altura de la situación crítica, mejor dicho, desesperada, en que se encontraban. ¿De qué servía el valor aislado si siempre se colocaban delante del enemigo con fuerzas muy inferiores a las de éste? Por eso las derrotas fueron más sangrientas.

Apenas hubo emprendido Batu la retirada, apresuróse Yaroslao a salir de Nowgorod y dirigirse a Wladimir, residencia del Gran duque, donde no encontró más que un montón de ruinas y de cadáveres. Entonces dióse comienzo a la triste tarea, no de enterrar a los muertos, pues para esto faltaban hombres, sino de quemarlos. Cada cual se arregló del modo que pudo. Susdal, Rostoff, Starodub, Bieloosero y Yaroslaff recibieron príncipes parciales de la familia de aquél, y en el Sur comenzaron de nuevo las contiendas para ocupar el trono vacante de Kieff.

Parecía como si los descendientes de Rurik estuvieran ciegos. Kieff fué tomada por Miguel, de Chernigoff, el cual cedió a su hijo Rostislao el territorio de Halicz, pero este príncipe fué destronado y arrojado de Halicz y Wolhynia a Hungría por Daniel Romanowitz, el cual había concebido el plan de extender su soberanía sobre la misma Kieff. Entonces los tártaros volvieron a su invasión, dirigiéndose esta vez al Sur. La cronología de esta campaña es poco segura, de suerte que no podemos fijar con exactitud las fechas.

Según parece, la irrupción de Batu ocurrió durante el invierno de 1239 a 1240: este caudillo, después de haber atravesado las estepas polowzes, marchó directamente contra Gluchow, que dependía del principado de Chernigoff, y desde allí contra los mismos territorios de esta ciudad, mientras otra división de su ejército atacaba, al Sur, a Pereyaslawl: de esta última ciudad, la mitad de la población fué pasada a cuchillo y la otra mitad hecha prisionera.

Luego le tocó el turno a Chernigoff. Mstislao Glebowitz, que dirigía la defensa de la ciudad, salió con sus drushinas al encuentro del enemigo, pero fué derrotado y tuvo que huir a Hungría, refugio de todos los príncipes del Sur de Rusia. Los tártaros sostuvieron el cerco con mucha energía. Sus máquinas de guerra lanzaban, a una distancia de 400 metros, grandes piedras sobre los muros de la ciudad, que al fin se derrumbaron. La población fué entrada, saqueada y reducida a cenizas. Antes de esto, un cuerpo de tropas tártaras, probablemente de reconocimiento, había avanzado hasta muy cerca de Kieff intimando la rendición a esta capital, pero los emisarios fueron asesinados y Miguel emprendió la fuga a Hungría.

Los príncipes rusos ni aun en estos momentos de tan inminente peligro pusieron tregua a las insensatas contiendas que les tenían divididos. Apenas Miguel hubo abandonado a Kieff, Rostislao, príncipe de Smolensko, se apoderó del trono, siendo al poco tiempo destituído y hecho prisionero por Daniel de Halicz, que tenía mejores derechos que él. Daniel, sin embargo, no se dirigió hacia Kieff, sino que confió la defensa de esta ciudad a uno de sus magnates, el *tisatzki*, o general de mil hombres, Dmitri, elección que no puede menos de calificarse de acertada. Dmitri hizo cuanto pudo para rechazar al enemigo, pero

---

que se alzaba donde hoy está la actual Ignatizi, a 190 werstas de Nowgorod, o la aldea de Ipassk o la de Bogorodizk, más próximas a Nowgorod. Véase Galitzin, obra citada, pág. 263.

(1) Crónica tomada del manuscrito de Hypatius, edición de la Comisión arqueográfica, página 520.

ni los demás príncipes ni el mismo Daniel prestaron el oportuno auxilio a la amenazada antigua capital de Rusia.

Ignoramos cuánto tiempo duró el sitio; no sabemos tampoco cuándo comenzó ni cuándo llegó Batu con todo su ejército, ni tampoco los sucesos que ocurrieron durante el cerco. Los tártaros habían establecido sus posiciones en la orilla derecha del Dniéper: sus proyectiles derribaban las murallas, puertas y templos. Se dió el asalto por la puerta de Ljadski, cerca de la hermosa iglesia del Diezmo, construída por Wladimiro el Santo junto al palacio de verano de los antiguos Grandes duques rusos. La defensa fué gloriosa. Cuando Batu penetró en la ciudad se encontró con que los ciudadanos, capitaneados por Dmitri, habían construído una nueva fortaleza alrededor de la iglesia del Diezmo; pero también fué ésta tomada por los tártaros: el templo quedó derruído, y en medio de la matanza que siguió pereció la mitad de la población.

Pocos fueron los que lograron salvarse, y el resto fué hecho prisionero. Batu perdonó la vida, cosa que nunca había hecho, al valiente Dmitri y consultó posteriormente con él varias cuestiones de guerra Kieff cayó, pues, en 6 de diciembre de 1240, de una manera honrosa. La terrible obra de destrucción que allí, como en todas partes, consumaron los tártaros después de la conquista, completó lo que ya antes se había iniciado (1): el Sur de Rusia perdió su situación de centro político y quedó separado, más que antes, de la vida intelectual y política del Norte ruso.

La expedición de los tártaros continuaba, sin embargo, dejando en pos de sí un rastro de sangre y de fuego. Daniel había huído a Hungría, perseguido por los soldados enemigos. Batu en persona con sus tropas más escogidas penetró en la Wolhynia, asolándolo todo, mientras enviaba expediciones especiales a Halicz, Polonia y Hungría para que reconocieran el terreno y prepararan el camino al grueso del ejército. Este había avanzado por el Bug y en su marcha se había visto obligado a detenerse ante la enérgica resistencia y los fuertes muros de Ladyschina. Batu engañó a los habitantes, prometiendo respetarles la vida si se entregaban, pero cuando, llenos de confianza, salieron fuera de las puertas de la ciudad, les hizo dar muerte a todos, convirtiendo además la ciudad en un montón de ruinas.

Entonces las ciudades de la Galitzia sucumbieron una tras otra: Kamenetz, Wladimir, Halicz, fueron destruídas y pasados a cuchillo sus habitantes, cayendo también en poder de los invasores otras muchas ciudades que la crónica no nombra, pero que aparecen arruinadas después de la expedición de Batu. Este había llegado hasta las fronteras húngaras, y cuando parecía que quería permanecer más tiempo en Rusia, aconsejóle Dmitri que penetrara en Hungría antes de que el rey Bela tuviera tiempo de hacer los necesarios preparativos. Dmitri creía, por este medio, salvar a su patria de ulteriores devastaciones y consiguió de Batu que siguiera su consejo. Mientras Bela discutía en una dieta reunida en Buda acerca de las medidas que debían adoptarse contra los tártaros, Batu forzó los pasos de Munkacz y de Unghwar y el día 12 de marzo de 1241 pisó el suelo húngaro.

No entra en nuestro trabajo tratar de las campañas de Batu y de sus generales en Polonia, Silesia, Moravia, Hungría y hasta en Dalmacia y en Servia: en ellas son de considerar también la inteligente concepción del plan de guerra, la espantosa rapidez de aquel ejército de jinetes que todo lo devastaba y la completa inutilidad de toda resistencia en campo abierto (2). Sólo fracasó en cierto modo el plan de los tártaros delante de las ciudades, las cuales fueron más enérgicamente defendidas que las rusas. Pero los tártaros, con cinismo sin igual, supieron siempre destruir la mayor parte de ellas, apelando a los mismos medios de los falsos juramentos.

Ni la batalla de Liegnitz ni la defensa, no del todo preparada, que se aprestaba a hacer el Occidente, ni la falta de tropas, fueron causas que indujeran a

(1) Hasta qué punto quedó destruída Kieff, nos lo explica Plano Carpini, el cual escribió en 1246: *Quando per illam terram ibamus innumerabilia capita et ossa hominum mortuorum jacentia super campum, inveniebamus. Fuerat enim urbs magna et populosa nunc cuasi ad nihilum est reducta: vix enim domus remanserunt ducentae, quarum etiam habitatores tenentur in maxima servitute.* (De *Vincentii Bellovacense speculum historiale.*) Edición hecha en San Petersburgo, de Plano Carpini, lib. II, capítulo 5.

(2) Cuatro cartas relativas a la marcha de los mogoles hacia Alemania se encuentran en los *Nuevos documentos tomados de la esfera de las investigaciones histórico-anticuarias*, tomo IV, publicados por la Sociedad turingio-sajona para la investigación de la antigüedad patria. Esta obra no ha llegado desgraciadamente a mis manos.

Batu a emprender la retirada: una casualidad salvó al Occidente y a su civilización de una completa ruina: la noticia de la muerte del Gran kan Ogotai. En 11 de diciembre de 1241 había fallecido Ogotai a consecuencia de excesos en la bebida. El gobierno de este importante soberano fué bajo muchos conceptos trascendental para la historia de la Horda de Oro, y, por tanto, indirectamente para la de Rusia. Sus triunfos militares, aun cuando no pueden ser comparados con los de su terrible padre, fueron de gran trascendencia para el fortalecimiento permanente de la soberanía mogola.

La destrucción por él llevada a cabo del imperio chino septentrional (mayo de 1234) y la completa sumisión de Persia y otras comarcas fronterizas, que Gengis no había hecho más que devastar, aportaron elementos de civilización a aquel Estado nómada, que imprimieron nueva dirección a su desenvolvimiento. El nombre del hombre que más hizo en pro de esta evolución histórica merece ser para siempre consignado en la historia. Yelin Jutsai, mogol que se había identificado por completo con la civilización china, llegó a ocupar el puesto de canciller del Gran kan, y, explotando hábilmente los acontecimientos, supo dominar moralmente a su señor Ogotai.

Como el Estado mogol, dada su barbarie primitiva, no podía atender ni aun con una simple apariencia de orden y de justicia a la administración de todo aquel extenso territorio, que desde aquel momento debía tener su centro de gravedad en los antiguos Estados civilizados que formaban una parte integrante del imperio, Jutsai logró convencer a su señor de que el bien meditado organismo de la máquina del Estado chino bastaba por sí solo para salir con bien de la difícil tarea que se imponía al gobierno del extenso Estado de los mogoles. Ogotai aceptó la opinión de su ministro, y el modo de ser y la cultura chinas penetraron en todas las partes de aquel imperio dependiente del Gran kan. Comenzóse, pues, a preparar lo que más tarde la necesidad había de imponer. Los chinos sojuzgados fueron, gracias a su superioridad, señores de sus vencedores. El carácter de Ogotai nos ofrece una notable mezcla de bondad y de dureza, de crueldad mogola y de conciencia de la verdadera misión de un soberano. Su muerte fué, pues, una gran suerte para el Occidente, mas para el Asia fué una pérdida irreparable.

Ogotai había designado para sucederle a su hijo tercero, y muerto éste, al hijo del mismo. La viuda del Gran kan, que por el derecho mogol se hacía cargo de la regencia hasta que se hubiera elegido sucesor, deseaba elevar al trono a su hijo primogénito Kuyuk. De aquí nacieron desórdenes, y como Batu-kan era entonces indudablemente el más poderoso de los príncipes mogoles, era de gran importancia saber en favor de quién se declararía. Batu regresó, como hemos visto, a su patria al tener noticia de la muerte de Ogotai, pero apelando a toda clase de pretextos—que sus caballos, después de tantos años de fatigas, tenían los pies heridos y necesitaban reposo—no quiso penetrar en el interior de Mogolia, donde, sin su presencia, no podía celebrarse el kurultai decisivo.

Por fin, cuando vió que la elección de Kuyuk era segura, aunque no se presentó en persona, envió un plenipotenciario, y entonces fué elegido Kuyuk (1), en agosto del año 1246. Las relaciones que desde entonces existieron entre Batu y Kuyuk fueron muy tirantes, y probablemente el sobrino iba a atacar a su tío cuando falleció, en la primavera de 1247. Kuyuk se había mostrado muy inclinado hacia los cristianos, de tal suerte que se creyó poco menos que segura su conversión al cristianismo, pero tenía, como su padre, el defecto de embriagarse y de ser muy dado a los placeres.

Su muerte hizo que el principal papel recayera en Batu, el cual supo arreglarse de manera que en un kurultai por él convocado los electores se separaron por completo de la casa de Ogotai y, después de un interregno de muchos años, eligieron (1252) a Mangu, hijo mayor de Tului. Posteriormente, la familia de Ogotai fué gradual, pero completamente aniquilada. Mangu murió también a los pocos años de haber subido al trono (1259), ocupando entonces la vacante un usurpador, Khubilai-kan, con menosprecio de los derechos de los descendientes de Schudschi y de Schagaitai (1260). Las relaciones que existían entre el Estado mogol de Rusia y el Gran kan, y que desde la elección de Mangu habían perdido su intensidad, quedaron enton-

(1) Acerca de este kurultai tenemos la interesante memoria de Plano Carpini en la colección de viajes a Tartaria, San Petersburgo, 1825, texto latino con la traducción rusa. Mejor que Vergerón.

ces completamente disueltas. El Kiptschak, o el imperio de la Horda de Oro de Sarai, se hizo, en su consecuencia, independiente.

CAPÍTULO IV

LA HORDA DE ORO DE SARAI (1)

Para comprender la influencia que los tártaros ejercieron en Rusia, será preciso saber la organización interior y exterior de aquel Estado, de naturaleza tan especial, que existía en las desembocaduras de los ríos del Sur de Rusia desde el Yaik o el Ural hasta el Dniéper y aun más allá, como resultado de todas aquellas interminables guerras y devastaciones.

Cuando Batu-kan emprendió sus campañas de conquista en Rusia y en los Estados que al Oeste confinaban con ésta, no había echado mano de todas sus fuerzas, sino que una parte de éstas se había quedado en el territorio del Volga, probablemente a las órdenes de su hermano Singkur, y durante la campaña polaco-húngara ejerció su soberanía sobre la casi aniquilada Rusia. A su regreso, retrocedió Batu hasta el Volga y sentó su tienda de campaña en la orilla izquierda del Achtuba, en el sitio en que hoy se levanta la ciudad de Yarew.

Aquel montón de ruinas que se ha llamado hasta hace poco Zarew-Pody comprendía un extenso territorio cuyo centro era el sitio citado, encontrándose huellas de colonias tártaras hacia el Sur hasta la desembocadura del Volga (a unas 45 leguas alemanas), hacia el Norte a unas 15 leguas y hacia el Este y el Oeste de Sarai a unas 60. Abigarrado conjunto de ruinas formaban las casas amontonadas sin orden alguno, los canales trazados en todas direcciones, los depósitos de agua y los restos de murallas y de baluartes que rodeaban la residencia propiamente dicha del kan. Las tiendas y *jurtes* (cobertizos) en que habitaban en un principio los tártaros fueron paulatinamente emplazadas por edificios de ladrillo, cuyos restos demuestran que alrededor de la «dorada tienda» del kan fué con el tiempo naciendo una ciudad poderosa.

Como la población de esta comarca había ido cambiando continuamente, se ha borrado el recuerdo de la soberanía tártara, y sólo se conservan de algunos importantes kurganes leyendas como la que dice que en una colina, que hoy se encuentra dentro de la ciudad de Zarew, habitaba entonces el kan Mamai y guardaba en ella un caballo de oro sepultado en la tierra. Pero de estas leyendas conócense muy pocas, y la tradición popular no puede considerarse como fuente histórica tratándose de la Horda de Oro. La Horda de Oro nunca tuvo domicilio fijo, al revés de lo que ocurrió en los reinos mogoles del Este del Asia, los cuales, como hemos visto, adoptaron la superior cultura de los Estados sojuzgados. En ella vemos un continuo movimiento de la población nómada, que durante el invierno se dirigía al Sur, a las desembocaduras de los ríos, y en verano marchaba hacia el Norte. De esta suerte, y gracias a las condiciones tan favorables para la vida nómada, pudo conservarse allí la nacionalidad tártaro-mogola y constituir durante dos siglos y medio un Estado que consiguió realizar en la práctica la misión, imposible en teoría, de fundar un organismo político sobre bases nómadas. Que esto sucediera así y no de otro modo fué una suerte para Rusia, la cual, por lo mismo, sólo sintió de un modo indirecto la desmoralizadora influencia de los tártaros.

El fundamento en que descansaba la vida pública de la Horda de Oro era el *jasak* o *jasa*, es decir, la ley, derecho consuetudinario mogol, transmitido en un principio verbalmente y codificado luego por Gengis-kan. Desgraciadamente, de esta codificación, «llamada gran jasa» (2), sólo se han conservado algunos fragmentos en las obras de los escritores mahometanos, de suerte que, por regla general, son insuficientes nuestras noticias respecto de ella. Por lo que puede deducirse, la gran jasa contenía los principios fundamentales del derecho hereditario y de un derecho penal, cuyas disposiciones apenas atienden a lo más indispensable.

(1) Los mejores trabajos sobre Sarai son debidos: a Beresin (*Bosquejo de la organización interior de Schudschi-Ulu*, en los trabajos de la sección oriental de la Academia de Ciencias, 1864, 8, pág. 387, en ruso); a Tereschtschenko (*Cuatro años de investigaciones arqueológicas en las ruinas de Sarai*, Diario del Ministerio del Interior, que costeó las excavaciones, 1847, tomo XIX, página 349, en ruso), y a Frahn (*Las monedas del Kanato de Ulu-Schudschi, u Horda de Oro*, San Petersburgo, 1882).—Un plano de Sarai se encuentra en la obra de Yule: *The book of Ser Marco Polo*, Londres, 1871, I, pág. 6.

(2) Encontramos un extracto en la obra que sobre el Egipto escribió el árabe Makrisi († en 1441).

Los únicos castigos que se usaban eran la muerte y las penas corporales, aplicadas éstas y aquélla con más o menos crueldad según la gravedad del delito y el humor del juez. En el sumario se aplicaba el tormento; los procedimientos eran orales y la sentencia se dictaba comúnmente muy pronto. Aquel Estado no había sentido entonces todavía la necesidad de un derecho civil.

El poder supremo residía en el kan, que vivía en Sarai, el cual, como hemos visto, hasta la época de Khubilai-kan dependió de la gran Horda asiática, pero pudo siempre gobernar por sí en todo lo referente a cuestiones interiores, sin poder nunca extralimitarse de la jasa. Un consejo compuesto de importantes dignatarios le ayudaba en los trabajos administrativos, sin por esto limitar su poder absoluto. Después ya fué otra cosa.

El hecho de abrazar este Estado el islamismo (después de 1256) hubo de debilitar por fuerza la importancia de la jasa, mientras que, por otro lado, desde que la Horda de Oro se separó de la gran Horda y a consecuencia de la sucesión al trono, a menudo quebrantada, que hacía pasar al que iba a ocupar la tienda dorada por encima del cadáver de su antecesor, la consideración de que gozaba el soberano menguó de tal manera que los príncipes poderosos acabaron por disponer del trono.

En la ceremonia de entronización, los súbditos, de rodillas y con la cabeza descubierta, prestaban el juramento de fidelidad que ponía en las manos del kan sus vidas y haciendas. Un ceremonial riguroso le tenía separado de la plebe. Antes de llegar a la vivienda del kan, custodiada por centinelas, el que tal pretendiera debía pasar por entre dos hogueras, con lo cual, en opinión de los tártaros, perdían su eficacia el veneno y demás cosas que para mal del soberano pudiera el visitante llevar consigo. Sólo de rodillas podía hablarse con el kan, y las más de las veces se echaba un manto sobre los que en su estancia entraban para que no pudieran ver el rostro de su señor.

La narración de la audiencia que tuvo en 1246 con Batu el embajador del papa Inocencio IV, Plano Carpini, dice así (1): «Batu tenía su corte montada con gran lujo: tenía centinelas de puerta y funcionarios áulicos como un emperador, y estaba sentado en una especie de trono con una de sus esposas al lado: las demás mujeres, sus hermanos, sus hijos y los magnates estaban sentados mucho más abajo en un banco colocado en el centro del aposento: los otros cortesanos sentábanse en el suelo, los hombres a la derecha y las mujeres a la izquierda. Tenía también una grande y hermosa tienda de tela que había pertenecido al rey de Hungría. Nadie, a excepción de sus más próximos parientes, puede atreverse, por poderoso y grande que sea, a penetrar en la tienda sin ser llamado y sin saber positivamente que le quiere recibir el kan.

»Nosotros, después de haber expuesto el asunto que allí nos llevaba, nos sentamos también a la izquierda. Lo propio hacen todos los embajadores cuando visitan al emperador (Gran kan), pero cuando volvimos a visitarle nos colocamos a la derecha. En el centro de la estancia, delante de la puerta, había una mesa con bebidas contenidas en vasos de plata y de oro. Batu, como todos los príncipes tártaros, no bebía nunca en presencia de otros sin que antes se cantara o se tocara la cítara. Cuando monta a caballo su cabeza está protegida por un quitasol en forma de pequeña tienda, sostenido por una lanza. Tal es la costumbre de todos los príncipes tártaros y de sus mujeres. Batu es muy bondadoso para los suyos, a pesar de lo cual es por ellos muy temido. Cuando está en guerra es horriblemente cruel, pero prudente y dotado de gran astucia militar, porque es un guerrero viejo.»

El kan reinante acuñaba monedas (2), pero únicamente de plata y de cobre, según parece: por lo menos hasta ahora no se ha encontrado de aquellos tiempos moneda alguna de oro. Su residencia se llamaba *orda*, es decir, campamento, palabra que con escasa modificación se ha convertido en la *horde* u *horda* europea. Las mujeres del kan gozaban de gran consideración, sobre todo la primera, y a menudo intervenían en las cuestiones políticas de la época. Los príncipes de la sangre tenían, en su mayor parte, a su cargo la administración de las provincias y obtenían también principados parciales, que eran considerados como personalmente propios.

(1) Véase la *Colección de viajes de Tartaria*, San Petersburgo, 1825, cap. 4.

(2) Las actuales palabras rusas *Altun*, *Kopek*, *Deng* son, lo propio que las de *Artaga* y *Pul*, de origen tártaro. Véase Hammer, obra citada, página 410.

En la organización del pueblo y del Estado se conservaban las ideas fundamentales que habían servido de base a la soberanía de Gengis-kan.

Todo individuo del imperio, que era por su propia afición y en fuerza de la ley cazador y guerrero, formaba parte de una decuria, que tenía su presidente especial: de los diez se componían los cien, de éstos los mil y de éstos los diez mil.

La *tumán* (diez mil) formaba una provincia especial en la Horda, y además de ella había las *ulusses* o tribus, que eran conocidas por los nombres de sus respectivos soberanos. A esta división territorial correspondía la organización militar, que sólo añadía a ella una distinción entre el ala derecha y el ala izquierda. Es muy notable el fenómeno de que aquel pueblo nómada y guerrero tuviera idea de una división en clases: de éstas había en él cuatro: nobleza, hombres libres, sacerdotes y esclavos.

Gengis había encontrado en las estepas una aristocracia constituída por los descendientes de los muchos caudillos mogoles por él sojuzgados. El número de los nobles se aumentó a medida que el imperio se fué ensanchando y que fueron entrando en la clase otras personas, en su mayor parte presidentes de las millarias. Los privilegios de que disfrutaba esta nobleza consistían únicamente en que los que a ella pertenecían eran los únicos que podían ejercer un elevado mando militar y no pagaban tributo alguno.

La nobleza se determinaba por la pureza de la sangre y se mantenía apartada de la plebe, y en su sello ostentaba una especie de blasón. Los llamados *tarchanes* estaban igualmente libres de impuestos, pero no gozaban del privilegio militar, disfrutando, en cambio, de otras muchas prerrogativas: podían retener el botín que conquistaban en la guerra: podían ver en todo tiempo al soberano, y no podían ser llevados ante los tribunales hasta después de haber delinquido nueve veces. Los demás hombres libres estaban obligados a pagar los impuestos, que constituían una carga verdaderamente pesada. Los prisioneros de guerra y sus descendientes eran siervos, estaban privados de todo derecho y eran muy mal tratados por sus señores.

El clero se encontraba en una situación excepcional. Los primeros descendientes de Gengis-kan permanecieron fieles a la religión de sus padres, que era el samanismo. Los sacerdotes o samanes eran al mismo tiempo médicos, como todavía hoy vemos en este grado de la civilización, y gozaban de gran consideración. Los mogoles se mostraban tolerantes con todas las demás religiones, y explotando hábilmente las humanas flaquezas, sabían atraerse a los sacerdotes de éstas, declarándoles exentos del pago

Miniatura del siglo XIV.—Representa al Gran kan en el acto de entregar a los hermanos Polo una tabla de oro conteniendo un salvoconducto para el viaje al través de su imperio

de los tributos. Cuando más adelante se convirtió aquel Estado al islamismo apareció en primer término la jerarquía del clero mahometano en todas sus capas. Si estudiamos la serie de clases que entonces existían en la Horda de Oro, las veremos en el orden siguiente:

1.° Príncipes, divididos en grandes, medios y pequeños.
2.° Príncipes de un *ulu*.
3.° Príncipes de la Horda, de origen tártaro.
4.° Príncipes de origen extranjero.
5.° Tarchanes.
6.° Comerciantes.
7.° Industriales y artistas
8.° Libertos.
9.° Labradores.
10.° Sacerdotes.

Además de esto había un complicado orden de categorías, cuyo origen hemos de buscarlo indudablemente en la China, según la posición que cada cual ocupaba al servicio del soberano. El signo exterior que los distinguía eran unas tablillas, *paise*, de oro con dos tigres, o simplemente de oro, o de plata dorada, o de plata, o finalmente de madera.

Los principales cargos eran:

I. Militares.
1.° General de 10.000 hombres.
Comandante de 1.000 —
— — 100 —
— — 10 —

Este título estaba casi exclusivamente reservado a los príncipes de la sangre.

2.° Príncipes de la guerra, que mandaban 10.000 hombres, es decir, comandantes activos.
3.° Comisarios supremos de guerra o *bukaules*, cuya misión se reducía a sellar el botín de guerra antes de procederse a su reparto.

II. Eclesiásticos desde la adopción del islamismo.
1.° Jueces eclesiásticos.
2.° Legistas eclesiásticos (probablemente el sacerdote mahometano más anciano).
3.° Inspectores.
4.° Ancianos.
5.° Clero bajo.

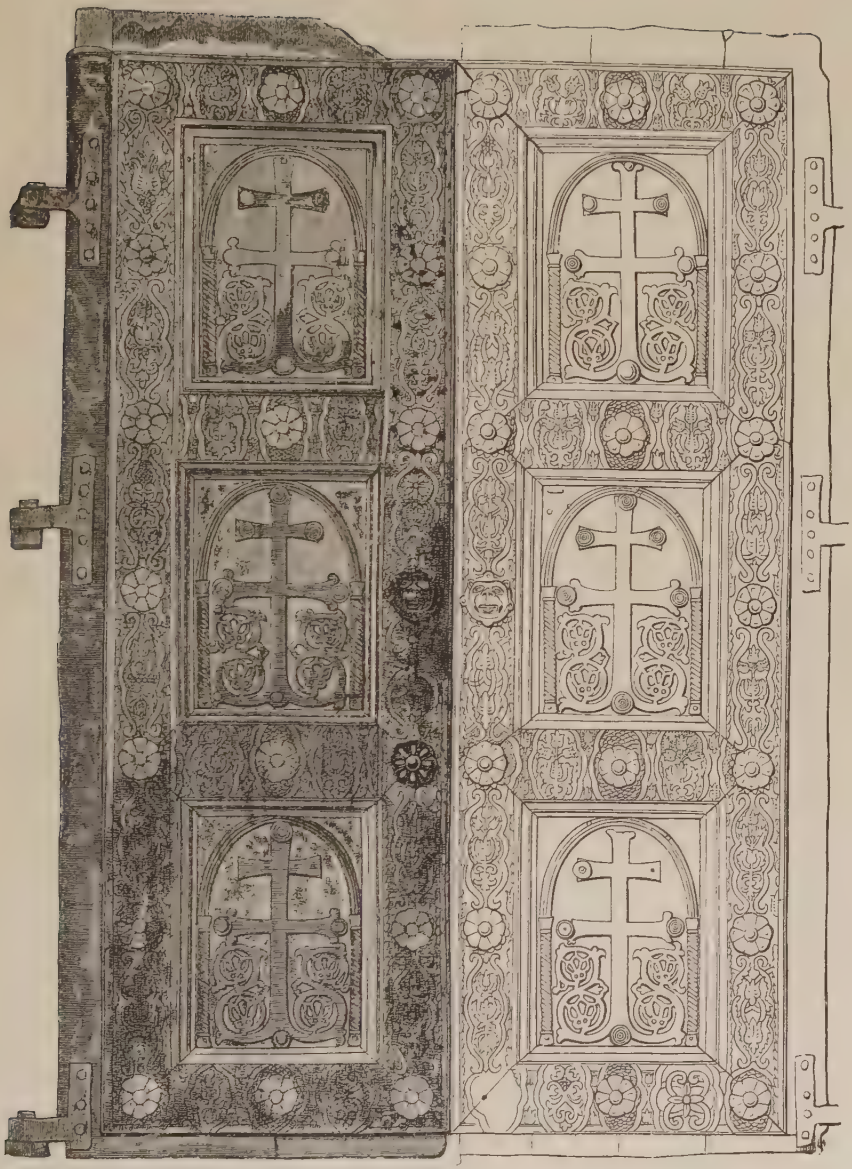
III. Funcionarios civiles.

Este grupo comprendía veinticinco o, si se cuentan las subdivisiones de algunos, treinta distintos grados. La mayor parte de estos funcionarios cuidaban de la hacienda o, para emplear una perífrasis más ampulosa, pero más exacta, tenían la misión de recaudar los tributos que pagaban los miembros de la Horda domiciliados y los territorios sometidos. Sería demasiado prolijo enumerarlos a todos. El recaudador principal de contribuciones de los territorios tributarios era el *baskak*, palabra que traducida literalmente significa el opresor o el exprimidor. Junto a éste había una serie de funcionarios que cuidaban de despachar todos los escritos de los asuntos, secretarios de distintos grados, y por último, otros empleados encargados de la rápida y buena expedición de correos y embajadas del kan. Los principales de esos recaudadores de contribuciones, además de su extensa competencia, tenían atribuciones administrativas y de policía.

Importancia especial tenían, por último, los cargos áulicos, que se distribuían entre siete funcionarios de alta categoría y una porción de funcionarios de más baja clase, formando un total de veinticuatro empleados. Al frente de este organismo se encontraban el caballerizo mayor, el halconero mayor y el camarero mayor. Como se ve, todo esto constituía una jerarquía burocrática regulada hasta en sus menores detalles e injerta en aquel Estado nómada de la Horda de Oro, cuyo modo de ser formaba tan extraño contraste con las necesidades de la vida refinada, que fué poco a poco caracterizando la cultura china.

Para nuestro objeto, lo que tiene importancia especial es el sistema tributario tártaro, cuya influencia sintió de un modo particular la Rusia. El peor de todos aquellos tributos era el tributo de hombres. Plano Carpini refiere que, durante su permanencia en Rusia, Kuyuk y Batu enviaron allí a un baskak de origen sarraceno que arrebataba un hijo al que tenía tres. Además de esto llevóse consigo a todos los solteros, a todas las mujeres que no tenían hombres y a todos los mendigos. Los habitantes que quedaron en Rusia fueron inventariados, imponiéndose después un tributo por cada uno, incluso por los niños de un día, tributo que consistía en una piel de oso blanco o negro, un castor negro, una marta, una comadreja y un zorro negro. El que no podía pagarlo era considerado mendigo y reducido a esclavitud. La horrible magnitud de este tributo se manifestó por la completa impotencia y el aniquilamiento en 1246, pues los tártaros sólo se mostraban humanos para con los pueblos a quienes todavía temían.

Era aquel un sistema de rapiña que no obedecía a ninguna idea económica



Puertas de Sigtún (llamadas puertas suecas) en la iglesia de Santa Sofía de Nowgorod
Probablemente fueron sacadas de la ciudad sueca de Sigtún por los nowgorodes en el siglo XII

nacional y cuya divisa, según expresión gráfica de Beresin, a quien seguimos en nuestra exposición, podía resumirse en las palabras «después de nosotros el diluvio.» Si los individuos no privilegiados de la Horda se veían sujetos a catorce distintas contribuciones, más dura era todavía la condición de los súbditos que hablaban otra lengua y profesaban otras creencias, y que, según la teoría de los tártaros, merecían perder todos la vida. Como tenían que satisfacer no sólo la codicia del kan, sino la de sus funcionarios, la mayor parte de las cantidades recogidas se quedaban en las manos sucias de los recaudadores de contribuciones.

Acerca de la magnitud y del modo de repartir los impuestos estamos mal enterados. Lo único que podemos decir es que existían diez y seis distintos gravámenes.

Entre éstos vemos: 1.°, el diezmo que todos, con muy pocas excepciones, pagaban al clero; 2.°, el tamga, contribución de timbre de los géneros; 3.°, derechos aduaneros; 4.°, impuesto del arado; 5.°, impuesto de correos; 6.°, transportes; 7.°, manutención de los correos y de los príncipes tártaros en viaje; 8.°, el *myt,* otro impuesto sobre los géneros; 9.°, los pontazgos; 10.°, contribución de reclutas y de guerra; 11.°, leva de soldados, y una serie de otros impuestos, que en parte tenían el carácter de regalos forzados. También debe tenerse en consideración que, dadas la mala centralización, en virtud de la cual todas las más importantes decisiones debían emanar del kan, y la desenfrenada codicia y venalidad de los funcionarios tártaros, cualquier sentencia o disposición de otra clase devoraba importantes sumas que era preciso emplear para el soborno.

Pero lo peor todavía era el premeditado desprecio con que se trataba a los que no pertenecían a la raza tártara, fuesen príncipes, boyardos, comerciantes o labradores. Deliberadamente se pasaba en Sarai por encima de todo sentimiento moral, y por esto en vez de las palabras morales «bueno y malo,» encontramos estas otras: «permitido o prohibido por el kan (1).»

(1) Para ver con qué impudicia violó Batu el sentido moral de los príncipes rusos, basta conocer un ejemplo que tomamos de Plano Carpini, II, c. 3. Este autor refiere cómo Andrés Mstislawitz, hijo de Mstislao de Kieff, fué ejecutado por orden de Batu por la simple sospecha de haber vendido en el extranjero caballos tártaros: *Quod audiens junior frater ejus, venit cum uxore occisi ad ducem praedictum Bati, vollens supplicare ne terra tolleretur eisdem. Qui dixit par esse, quod uxorem fratris carnalis praedicti duceret in uxorem: et mulieri praecepit ducere illum in virum, secundum consuetudinem Tartarorum. Qui respondit quod prius vellet occidi quam faceret contra legem. At ille nihilominus tradidit eum illis quamvis renuerat quantum posset: et duxerunt ambo in lecto et posuerunt puerum super illam plorantem et clamantem et cogerunt eos commisceri coactione non conditionale sed absoluta.*

Desde que Batu fijó definitivamente su tienda en Sarai, no quedó a los príncipes rusos más recurso que rendirle homenaje para no atraer nuevas desgracias sobre aquella comarca tan horriblemente devastada. El sistema de la soberanía tártara no toleraba ningún vecino políticamente independiente y únicamente una sumisión incondicional podía librar a los pueblos de una destrucción completa. Después de la muerte de Yuri de Wladimir, su hermano Yaroslao tomó posesión del trono de Gran duque, y dirigiéndose a la Horda, reconoció la supremacía de Batu y fué por éste confirmado en su puesto. «Tú serás el más antiguo de todos los demás príncipes del imperio ruso,» le dijo Batu. Toda la familia del Gran duque siguió el ejemplo de éste, y su cuarto hijo, Constantino, a quien había sido otorgada Rostoff, tuvo que dirigirse a Karakorum, donde se encontraba el Gran kan, para humillarse ante aquel supremo soberano. No fué esto bastante, sino que Constantino regresó en 1245 con el encargo de decir que el tártaro esperaba al mismo Yaroslao, el cual no tuvo más remedio que obedecer y emprender la marcha, llegando allí cuando se celebraba el kurultai de 1246.

Plano Carpini, que llegó poco después que él, nos ha referido algunos pormenores acerca de su triste suerte. Según parece, se designó en un principio a Yaroslao como único príncipe ruso que tomó parte en esta asamblea; por lo menos tuvo con el emisario pontificio un lugar de preferencia entre los demás vasallos. Pero hasta en Asia debía dejarse sentir, por su desgracia, el antagonismo de los partidos rusos. Calumniado Yaroslao ante la madre del gran kan por un ruso, hasta entonces desconocido, llamado Fedor Yarunowitz, fué llamado por ella a una entrevista, durante la cual se le suministró una bebida que le llevó al sepulcro a los siete días. «Todo su cuerpo tomó, a consecuencia de la enfermedad, un extraño tinte azulado,

siendo general la creencia de que lo habían envenenado (1).»

Los demás príncipes rusos, sin excepción, se sometieron, y sólo opusieron resistencia, aunque sin éxito, las dos ciudades de Nowgorod y Halicz.

CAPITULO V

NOWGOROD Y ALEJANDRO NEWSKI (2)

Nowgorod es el único Estado ruso que tiene historia, en el verdadero sentido de la palabra. Todos los demás Estados —prescindiendo de Pskoff que se desenvolvió en manos de Nowgorod—nunca consiguieron representar una política propia ni conservar las liberales instituciones primitivas, asentadas sobre las mismas bases que las de Nowgorod, enfrente del capricho y de los intereses de familia y de partido de las mudables familias reales.

La situación de la ciudad, emplazada en la salida septentrional de la primitiva vía mercantil de la Europa oriental; un cierto aislamiento por efecto de los pantanos y selvas que se extendían al Sur y al Este; y por último, una mezcla de elementos de población, al parecer fineses y eslavos, de los cuales estos últimos eran los asimilistas y dominantes, dieron vida a una activa burguesía que sólo se desarrolló en esta ciudad de Rusia.

El que, procedente del Oeste, se dirigía por mar a Rusia, después de haber surcado el golfo de Finlandia, llegaba a la desembocadura del Nu o Neva para ir a Wolchow (en karelio Olhawa), término de la travesía por el lago Neva, tan peligrosa por causa de las tempestades que de continuo se levantaban en él.

Delante del sitio donde se halla la actual San Petersburgo, en la isla Kotlin, había un punto de parada, en el cual tenía Nowgorod, en el siglo XIII, una guardia marítima que la preservaba de los ataques de Suecia. Esto duró solamente hasta el siglo XV, en que los suecos se apoderaron definitivamente de aquel lugar. Después de haber navegado cuatro millas Neva arriba, llegábase a la primera colonia eslava fortificada, Aldoga o en eslavo Ladoga, que en la historia de Rurik se conoce con el nombre de Aldeigjuborg. Esta avanzada había perdido gran parte de su importancia después que la capital fué trasladada a Kieff, con lo cual se aumentó extraordinariamente la consideración de Nowgorod.

Hasta el siglo XII las crónicas mencionan aquel lugar; pero después de haber construído allí Rurik una ciudad, no vemos de él hecha mención alguna. En 1114 construyéronse en él fortificaciones de piedra, presentándosenos más adelante como lugar de depósito de los comerciantes anseáticos, donde se encontraban con ellos los pilotos nowgorodes, cuyos buques utilizaban aquéllos para el transporte de sus géneros. Los buques, antes de llegar a Nowgorod, tenían que subir río arriba 25 millas por un país desierto y en el cual sólo había tres estaciones, a saber: Gestefeld, Witlage y Drellenborch: fuera de éstas, solamente algunas pequeñas colonias de ingres y karelios sostenían el movimiento mercantil en toda la extensión del territorio. La travesía no dejaba de ofrecer sus peligros.

Las corrientes del Neva y del Wolkow exigían prudencia suma, además de los apuros en que muchas veces ponían a los navegantes con sus ataques los karelios y los suecos. Cuando Nowgorod estaba en guerra con los suecos, tomábase la vía del Narowa y desde Narva se iba por tierra hasta Nowgorod, o con el auxilio de los pilotos se navegaba hasta Pskoff, la más importante de las poblaciones vecinas de Nowgorod, y desde allí se tomaba el camino de tierra. Cuando, durante el siglo XIII, se implantó en Livonia la organización del Estado alemán, siguióse con preferencia el camino terrestre de Pernán, Reval y Riga.

Es difícil al presente formarse una idea del aspecto exterior de la ciudad. Situada a ambos lados del Wolchow, ocupó, al parecer, una gran extensión de terreno: la parte de ella situada en la orilla derecha del río llevaba el nombre de parte mercantil; en ella desembarcaban los comerciantes, y al mismo tiempo que centro del tráfico, era probable-

(2) Plano Carpini, cap. 14. La razón por éste dada: *ut terram ejus libere ac plenarie possiderent*, no es más que una suposición de Carpini.

(3) La historia de Nowgorod ha sido escrita por muchos autores: pasando por alto las antiguas obras de Solowyeff, Belayeff, Kostomaroff y Bestusheff, citaremos tres trabajos especiales recientes, en los cuales hemos fundado nuestra narración, a saber: *El Estado y la sociedad en la Rusia anterior a los mogoles*, de Chlebnikoff, cap. V, San Petersburgo, 1872; *Historia de la nobleza rusa*, de Jablotichkoff, cap. IV, San Petersburgo, 1876; y *Del comercio de Rusia con la Ansa, hasta el siglo décimoquinto*, de Bereschkoff, San Petersburgo, 1879. Estas tres obras están escritas en ruso.

mente el sitio en donde estaban los astilleros. El príncipe tenía en esta parte de la ciudad su palacio, «el palacio de Yaroslao,» delante del cual se extendía una espaciosa plaza a la que iba a parar la vía waraga.

Hemos de suponer que sus casas, como las del resto de Rusia, eran de madera, y esta suposición es tanto más probable, cuanto que sólo de esta suerte podemos explicarnos las horribles devastaciones que tan a menudo se producían por los incendios (1). La parte de ciudad situada en la orilla izquierda del Wolchow llevaba el nombre de parte Sofía, denominación derivada de la iglesia del mismo nombre en ella fundada por Joaquín, primer obispo de Nowgorod. Este templo, construído de madera de roble, fué pasto de las llamas en 1045, siendo substituído por otro de piedra que quedó terminado en 1052, y que, como hemos dicho, se conserva todavía.

Como con el transcurso del tiempo no se ha hecho en esta iglesia variación alguna, vale la pena de que tratemos más detalladamente de ella, para ilustración del estilo de construcciones religiosas. Grandes bóvedas de forma semiesférica se apoyan en diez columnas cuadrangulares de gran espesor que corren en dos hileras por el interior del templo. A los lados de éste, a excepción del que mira al Este, encuéntranse coros abovedados: unas pocas ventanas pequeñas e irregularmente abiertas en los muros esparcen tenue luz por la iglesia. La cúpula y las paredes ostentan pinturas debidas al pincel de artistas griegos: la de la cúpula representa un Cristo de dimensiones colosales con las manos cerradas, rodeado de arcángeles y querubines; los espacios que dejan entre sí las ventanas ostentan las figuras de los profetas. Estas pinturas, lo propio que la antigua imagen de Santa Sofía, han sido indudablemente objeto de varias restauraciones.

En el sitio principal del altar se ve un bonito adorno formado por vidrios de colores triangulares y cuadrangulares. El templo sostiene cinco bóvedas, y en el ángulo Sudeste hay una sexta bóveda emplazada sobre la escalera que conduce a los coros. Esta iglesia, cuyas dimensiones son 80 pies de largo por 92 de ancho y 98 de alto, fué la catedral del obispo, y luego arzobispo, que tenía en Nowgorod su residencia fija. Hasta 1116 estuvo rodeada por una empalizada, y después de esta fecha por una muralla de piedra construída por Mstislao Wladimirowitz y a menudo reconstruída. Esta iglesia era en aquel tiempo la única fortaleza que tenía la ciudad.

En el siglo XIV, la parte mercantil y la parte Sofía (1383 y 1387) fueron cerradas por murallas de tierra de veinte pies de altura: en una y otra muralla se construyeron edificios de madera, de suerte que las crónicas nos hablan de las ciudades de madera de las murallas. La ciudad estaba dividida en barrios, en un principio en cinco, que en su origen fueron colonias especiales, a saber, el nérvico, el del arrabal y el de la alfarería, en la parte Sofía, y en la parte mercantil el de la carpintería y el eslawno. Esta división data del siglo XII, pues antes la ciudad se dividía en centurias, acerca de cuya organización poseemos escasísimos datos.

Eran también importantes edificios los palacios pertenecientes a extranjeros, los cuales, a pesar de ser de fecha posterior, deben ser aquí mencionados. En la parte mercantil, en el barrio eslawno, junto a la vía comercial de los waragos, levantábase el antiguo palacio warago o gótico y cerca de él más hacia el Wolchow en la vía Miguel alzábase el palacio alemán de San Pedro. La situación no podía ser mejor, cerca del puerto y del mercado, al cual conducía el camino del palacio gótico pasando por el palacio del príncipe, junto al cual se levantaba, al lado opuesto, el palacio mercantil de los naturales de Pleskoff. Inmediata al palacio alemán, alzábase la iglesia de San Juan el Precursor, en la cual se hacía justicia entre los nowgorodes y alemanes. A mediados del siglo XIV, el palacio gótico o de los godos pasó a poder de los anseáticos. Ambos palacios, acerca de los cuales no podemos entrar en pormenores, tenían el aspecto de campamentos fortificados, debido esto a que era preciso estar siempre prevenido contra la inquieta población de los nowgorodes.

El príncipe tenía fuera de la ciudad una residencia fortificada en Rokom, al Sur de Nowgorod, en el extremo Noroeste del lago Ylmen. En el punto en que el Wolchow desembocaba en este lago, se levantaba un antiguo templo consagrado a Pirún, que, a pesar de haber

(1) Véase Tolstoi: *Santuarios y antigüedades de la gran Nowgorod*, Moscou, 1862. Esta obra, escrita en ruso, contiene además un plano de la ciudad y del templo.

sido derribada por el primer obispo la imagen del dios, fué durante mucho tiempo objeto de veneración secreta, pues a los diez y siete años de la muerte de Yaroslao toda la ciudad de Nowgorod estaba dominada por la influencia de hechiceros fineses.

Todo el extenso territorio que andando el tiempo había ido conquistando la ciudad fué dividido en quinturias ó *pjatines*, a saber: la wódica, en el lago Ladoga; la schelónica, desde Lowat a Luga; la derevische, hasta el Lowat; la que se extendía desde Beschetz hasta Msta, y la obonésica, desde el lago Onega hasta el mar Blanco (1). Más al Oeste extendíanse otras cinco comarcas tributarias, cuyas conexiones con Nowgorod eran muy poco íntimas, pues nunca existieron relaciones jurídicas entre ellas y la ciudad. Cada año se reunía un grupo de nowgorodes que, a las órdenes de un jefe experimentado, recaudaba en aquellas comarcas un tributo del cual retenían los recaudadores la mayor parte. Dependientes de Nowgorod eran también los arrabales de Pskoff, Ysborsk, Welikija, Suki, Staraj-Rusa, Torschek y Beschitzi. Pskoff fué independiente en el siglo XIV, y desde el siglo XII fué colonia del lejano Estado libre de Wyatka, independiente de Nowgorod.

Nowgorod llegó muy paulatinamente a ocupar una situación importante, corriendo el incremento territorial parejas con el desenvolvimiento de su constitución en el sentido de mayor autonomía y libertad. Hasta el año 1018 apenas se diferenció de las demás ciudades rusas, distinguiéndose sólo de ellas por haber tenido antes que otra ninguna en Rusia una clase de príncipes cuya importancia se aumentó con los enlaces contraídos entre los individuos de sus familias y los de la familia de Rurik. De gran trascendencia para la historia de la ciudad fué el año 1019, fecha en que Yaroslao, merced principalmente a los auxilios que en hombres y dinero le prestó Nowgorod, logró destronar a Swiatopolk y proclamarse soberano único de Rusia.

Yaroslao concedió a sus fieles nowgorodes fueros y privilegios especiales que fueron la base del posterior engrandecimiento de la ciudad. El texto de estos privilegios sólo en parte ha sido conservado en la *Russkaja Prawda* (La Verdad rusa), pudiendo asegurarse que Yaroslao procuró fijar ante todo el tipo de los impuestos que en Nowgorod debían percibirse, lo cual constituía para el porvenir una salvaguardia contra el capricho de los príncipes. La población se educó, pues, con perfecta conciencia jurídica, y a medida que se aseguró la libertad económica, fué en aumento la política—esto hace recordar a Inglaterra. —Desde este punto de vista ganaron en importancia los demás privilegios concedidos por Yaroslao.

El estatuto sobre la construcción de puentes decía de qué manera habían de sufragarse los gastos que ocasionara la reparación del puente que unía las dos orillas del Wolchow. Como era natural, regía en Nowgorod el derecho ruso y en lo esencial encontramos la misma organización de la vida pública y civil que en las demás ciudades rusas hemos visto. Pero había una distinción y era que el nowgorode podía invocar privilegios que sólo a él habían sido concedidos. Yaroslao había dicho: «Ha de obrar conforme a este documento, cumpliendo lo que en él he prescrito.» Es sorprendente la rapidez con que se desarrollaron estos principios fundamentales. En el corto período que media hasta el año 1135 la wetsche nowgorode alcanzó todos sus principales privilegios políticos.

En 1118 la asamblea usurpó el derecho de juzgar los delitos políticos, derecho que conservó hasta que perdió por completo su independencia; desde 1126 eligió de entre los individuos que la componían el gobernador o possadnik, que hasta entonces había sido instituído por el príncipe; en 1132 nombró de su seno un gobernador de Pleskoff; y en 1136 dió pruebas de su soberanía desterrando al príncipe Wsewolod, con el cual no mantenía relaciones muy cordiales.

La crónica nos ha transmitido un motivo que tuvieron los nowgorodes para llevar a cabo este acto de violencia. ¿Por qué el príncipe, decían, no atiende solícito a la plebe? ¿Por qué quiere irse a vivir a Pereyaslawl? ¿Por qué, en la lucha con Susdal, cabalgaba delante de todos, y luego, dando una media vuelta, hacía que los nowgorodes emprendieran la retirada? ¿Por qué le gustaba jugar y no gobernar? ¿Por qué se cuidaba de perros y halcones en vez de administrar justicia al pueblo y de gobernarle?» El tono en que están formuladas las an-

(1) Véase sobre esto Newolin: *De las pjatines... de Nowgorod en el siglo décimosexto*, con mapas, y además la crítica de Sabelin en sus *Ensayos para una historia de la vida rusa*, página 545. Ambas obras escritas en ruso.

teriores preguntas denota la excitación que entonces se había apoderado del pueblo.

Al frente de Nowgorod encontramos la asamblea democrática de la wetsche, de la que tenían derecho a formar parte todos los habitantes libres de los extensos territorios de la ciudad, cuando en realidad sólo en ella se reunían los habitantes de la ciudad propiamente dicha. Sin embargo, aquel derecho que en teoría tenían los demás traía consigo la importante consecuencia de que la wetsche nowgorode se creía con atribuciones para tratar de las cuestiones de las demás villas vecinas y para enviar a Pskoff y a Ladoga una persona al parecer apta para desempeñar el cargo de possadnik, cargo que ella también nombraba para su propia ciudad. Unicamente Pskoff era suficientemente fuerte para eludir esta imposición y para desarrollar una vida independiente sobre bases análogas a las de Nowgorod.

El príncipe, que hasta principios del reinado de Yaroslao había reinado tan absolutamente como los del resto de Rusia, vió sus atribuciones muy mermadas, desde el destierro de Wsewolod. El derecho de declarar la guerra o firmar la paz pasó a la wetsche; el de nombrar el possadnik de la ciudad y de los arrabales lo había ya perdido el príncipe, a quien no quedaba otra cosa más que el mando supremo en la guerra y la jurisdicción, y aun en esto había también sus limitaciones. El príncipe había confiado espontáneamente el tribunal de comércio a los representantes de la clase mercantil, y en todos los demás asuntos debía asesorarse con el possadnik. Desde que éste había llegado a ser el hombre de confianza de Nowgorod, fué adquiriendo cada día más importancia, de suerte que el príncipe estaba interesado en mantener con él cordiales relaciones: unidos ambos, podían hacer y tolerar cuanto quisieran, al paso que si estaban en pugna uno de los dos debía necesariamente sucumbir. La falta estaba en que en Nowgorod no había institución intermedia entre la wetsche por un lado y el príncipe y el possadnik por otro; en que no existía un senado que mantuviera la continuidad de las tradiciones y de la política. Esto sentado, y dada la falta de un tribunal organizado que conociera de los delitos políticos, y teniendo en cuenta que la wetsche fácilmente se irritaba y prescindía de las formalidades legales, no podrá menos de extrañar el hecho de que, a pesar de todo, Nowgorod pudiera llegar a situación tan elevada y conservarse en ella.

Al llegar a este punto, es preciso hacer hincapié sobre un hecho especial. Durante los 102 años que mediaron entre el destierro de Wsewolod y la batalla de Sit, Nowgorod tuvo 38 príncipes y 43 possadnikes, de lo cual resulta que por término medio hubieron de reinar los primeros dos años y nueve meses, y los segundos de gobernar dos años y cuatro meses cada uno. Los nowgorodes elegían entonces sus príncipes o de entre los descendientes de Yuri de Susdal o de entre los individuos de las dinastías de Mstislao y Rostislao. Estos últimos eran los preferidos, porque los territorios de Smolensko, Kieff y Chernigoff, a los cuales pertenecían, estaban situados a cierta distancia, al paso que los príncipes de la familia de Susdal podían llegar algunas veces a hacerse molestos. Ambas líneas contaban con partidarios en la ciudad, de suerte que con frecuencia ocurrían en ella luchas de partidos que parecían empujar a Nowgorod al borde del precipicio. De aquí el apuro en que se encontró Nowgorod cuando en 1167 Andrés Bogolyubski y sus aliados pegaron fuego a Nowy-Torg (es decir, Neumarkt) y a Luki y se apoderaron de todos los caminos que conducían al Sur.

En más crítica situación se encontró todavía la libertad de Nowgorod cuando en 1215 Yaroslao Wsewolodowitz impidió, desde la ciudad de Torschok, donde se había fortificado, que llegaran provisiones a aquella capital, haciéndola sentir los horrores del hambre, aumentados por la peste que se declaró en aquel mismo tiempo.

Yaroslao exigía una sumisión completa e incondicional, y de seguro la hubiera conseguido si en el momento crítico Mstislao Mstislawitz de Toropez no hubiera acudido a salvar a los nowgorodes. La sangrienta batalla librada en los campos de Lipezek fué una derrota para el ejército de los susdales, que tan seguros estaban de conseguir una victoria: Nowgorod conservó, pues, sus libertades. Pero pocos años después el partido de Susdal volvió a tener la preponderancia, y el mismo Yaroslao, que había sido derrotado en Lipezk, llegó a ser príncipe de Nowgorod.

Durante estos desórdenes el poder de la wetsche se aumentó considerablemente, llegando hasta apoderarse de la inmediata inspección de la administración

de los territorios. Queríase que el príncipe fuera un simple juez y administrador, y en lo posible se utilizaban los lazos de familia para conseguir ventajas mercantiles. Volviendo a la cuestión antes iniciada, el hecho de que Nowgorod, a pesar de tan desfavorables condiciones, conservara su poder, se debió a que en aquella capital, además de la asamblea de los libres, fueron desenvolviéndose una clase de señores más poderosa y un patriciado mercantil que no conocieron los otros territorios rusos.

En Nowgorod se había procurado constante y cuidadosamente mantener a la drushina del príncipe libre de toda influencia: la drushina no formaba parte de la burguesía ni vivía en la ciudad. La clase indígena de señores grandes propietarios estaba por encima del pueblo. Los señores, según calificación ordinaria de los documentos alemano-anseáticos, constituían unas cuarenta familias, de entre las cuales eran siempre elegidos el gobernador y el general. El possadnik, además de las atribuciones ya referidas, tenía la representación de la ciudad en tiempo de paz y de guerra y el mando de las tropas nowgorodes, mientras que el príncipe sólo lo ejercía sobre su drushina (1). De manera que Nowgorod podía prescindir más bien de su príncipe que de su possadnik.

Existía una diferencia entre el gobernador en funciones y el anciano gobernador, distinguiéndose este último de los demás boyardos en que, por su experiencia, se le confiaban preferentemente los puestos importantes. Casi de la misma categoría era el general o *tysatzki*, cargo que correspondía exclusivamente a los señores y que tuvo en Nowgorod un desarrollo especial. El *tysatzki* era el jefe de la plebe y tenía gran poder, pues él con las masas populares podía en último caso resolverlo todo pasando por encima de la wetsche.

Era el jefe militar de las tropas de la ciudad, cargo que compartía con el possadnik, y podía considerársele como adjunto a éste en todas las demás importantes cuestiones. Además de esto tenía un tribunal especial, independiente del príncipe y del possadnik, y con los cinco más ancianos podía sentarse en el importante tribunal de comercio. Posteriormente los boyardos consiguieron mayor influencia. La pequeña propiedad fué debilitándose cada día más, aumentando en cambio en proporción inversa la gran propiedad. De esta suerte los antiguos possadnikes y generales llegaron a alcanzar poco a poco la situación de un consejo especial que se elevó hasta ser el órgano más influyente de la administración municipal y de la política de Nowgorod.

Los boyardos eran por regla general los embajadores que delegaba Nowgorod para concertar los tratados, y siempre eran nombrados en número de cinco, uno por cada distrito. Dada esta posición importante, se comprenderá que el respeto que el pueblo profesaba a los boyardos se hiciera extensivo a sus descendientes, naciendo de aquí una clase especial llamada de los hijos de los boyardos, cuya situación jurídica y cuya importancia política no pueden determinarse detalladamente (2).

En esta república con sus ribetes de oligarquía desempeñaban un papel importante los comerciantes. Para hacerse cargo de la verdadera situación de éstos es preciso que nos remontemos a un período anterior y que penetremos un poco en el posterior al que estamos estudiando.

Ya hemos visto que Nowgorod, desde sus primeros tiempos, fué una ciudad mercantil. Al período del comercio árabe y warago siguió, en el siglo XII, el del comercio con los gothlandeses y los anseáticos, siendo estos últimos los que en definitiva monopolizaron todo el tráfico mercantil de la ciudad. Esto sucedió del modo siguiente. En Nowgorod existía, por lo menos en el siglo XII, una colonia mercantil gothlandesa, cuyo centro era el templo de San Olao. Muy pronto el ejemplo de los gothlandeses fué imitado por los anseáticos, los cuales en 1184 construyeron una iglesia alemana consagrada a San Pedro (3) y formaron un gremio alemán, estableciendo sus estatutos y principios en unas tablas, cuya redacción—tal como ha llegado hasta nosotros—fué hecha después

(1) Y aun a veces sucedía que se nombraba un general *ad hoc*.

(2) De los hijos de los boyardos vemos hecha por vez primera mención en 1259 y luego en 1364. Después son mencionados con frecuencia. Cuando Iván III acabó con la independencia de la ciudad, los encontró en ésta como propietarios y los llevó a Moscou. Yablotschkoff: *Historia de la nobleza rusa*, cap. IV.

(3) En Nowgorod no existió, como pretende Koppmann, un templo alemán de San Nicolás. Véase Berdschkoff, obra citada, cap. I. Es natural que sólo de paso y sin detalles estudiemos aquí la organización de la Ansa alemana.

de 1225, aunque de su lenguaje y contenido se deduce que datan del segundo tercio del siglo XII.

Dos veces al año, durante la primavera y el otoño, los comerciantes de ultramar, robustamente organizados, llegaban con sus géneros a Nowgorod para ocuparse, desde el puerto fortificado y vigilado por sus compatriotas, en cuidar de sus intereses comerciales. No era aquélla una colonia fija, como la que los alemanes tenían en Bergen, sino que las personas variaban anualmente, de manera que la administración debía concentrarse en las ciudades anseáticas. Los jefes supremos eran, en el gremio, el oldermann de éste y el oldermann de San Pedro, los cuales eran elegidos no por la gente del gremio, sino por los anseáticos delegados para este objeto por los comerciantes de Lubeck y Wisby.

En el siglo XII, antes que la Livonia pasara a poder de la orden teutónica, Nowgorod comerciaba directamente con Gothlandia y con Lubeck. En Gothlandia tenían los de Nowgorod un gremio propio y un templo griego. Pero este comercio sufrió continuas interrupciones, hasta que, en 1197 ó 1198, fué regulado por un tratado que hizo Yaroslao Wladimirowitz, suegro del gran príncipe Wsewolod III Yuryewitz de Susdal (1). Este documento, que en un principio fué un simple proyecto y que hasta después no tuvo fuerza legal, disponía que los nowgorodes pudieran navegar libremente hacia Gothlandia y Alemania, «pudiendo, en justa reciprocidad, los gothlandeses y alemanes navegar hacia Nowgorod sin gravamen ni dificultad.»

Ya entonces existía una clase comercial rusa para el comercio ultramarino y tenía una iglesia patrona para el Viernes Santo *(swjataja pjatnitza)*, pero esta clase no podía subsistir mucho tiempo, pues cada vez se veía más lanzada del mar por los alemanes y por los suecos, y Nowgorod no tenía una escuadra que pudiera proteger a sus marinos mercantes. El genio del pueblo ruso no supo, desde este punto de vista, mostrar tenacidad y energía. Parece—pues la cuestión no ha sido todavía puesta en claro—que la hermandad de comerciantes ultramarinos era una ramificación de la famosa asociación de comerciantes nowgorodes de San Juan.

Esta asociación, reconocida en 1130 por acta del príncipe Wsewolod Mstislawitz, estaba formada por los más ricos comerciantes nowgorodes (2): cada uno de sus individuos debía pagar anualmente cinco marcos de plata y adquiría, en cambio, el título de *poschli kupez*, es decir, noble comerciante hereditario. De este impuesto la mitad era para la caja de la iglesia de San Juan *(zerkow swjatowa Iwana predtetschi na opokach)*, quedando la otra mitad de capital de reserva para los malos tiempos. Alrededor de aquella iglesia se concentraba el comercio de la cera. Toda la cera que se daba al comercio debía ser pesada por dos ancianos de la hermandad de San Juan, y todos los derechos que por ello se percibían correspondían a la iglesia, la cual con esto y con el arriendo de las tierras que le pertenecían reunía una renta no despreciable. Al príncipe se le pagaban anualmente veinticinco griwnes, e igual cantidad se destinaba cada año a la fiesta de San Juan, el 24 de junio. En la iglesia había un consejo para los asuntos mercantiles y además el antes citado tribunal mercantil, a cuyo frente se encontraba el general de mil hombres. Junto a éste, representante de los intereses de la plebe, había tres representantes de los *shitji ljudi* y dos ancianos de la clase de comerciantes.

Este colegio, independiente de la wetsche, del príncipe y del possadnik, administraba y hacía justicia en todas las cuestiones de la hermandad de San Juan y del comercio en general. También conocía de las contiendas que surgían con los alemanes. Esta asociación mercantil estaba en directas relaciones con los anseáticos, pues así como el comercio de la cera sólo por su mediación se hacía con los extranjeros, del mismo modo era ella la que monopolizaba el comercio de paños, comprándolos en piezas y revendiéndolos luego al pequeño comercio. Ignoramos cuál fué el número de estos comerciantes en grande escala, pero ya se comprenderá que sus intereses mercantiles ejercieron gran influencia en la vida política de la ciudad (3).

Procurando Nowgorod crearse merca-

(1) Véase Wladimirski-Budanoff: *Crestomatía para la historia del derecho ruso*, Kieff, 1876 (segunda edición), pág. 89. Por lo demás, la fecha del tratado no es conocida a punto fijo. Budanoff la coloca en 1195. Nosotros seguimos la opinión de Bereschkoff, obra citada, cap. II.

(2) Véase Wladimirski-Budanoff, obra citada, pág. 214. Esta fecha tampoco es segura y el original no se ha conservado. Las copias que han llegado hasta nosotros contienen algunos errores.

(3) Bereschkoff, obra citada, cap. VII.

dos en toda la Rusia, y siendo imposible, dadas las guerras en que constantemente estaban envueltos los príncipes particulares, conservar entre ellos una completa neutralidad, a no formarse un partido guerrero, fué siempre una cuestión vital para los comerciantes, y especialmente para la hermandad de San Juan, saber cuál era la política que en tal situación convenía más seguir. Para asegurarse por lo menos el camino del Sur, mantuvo Nowgorod buena amistad con Smolensko, pues por esta ciudad pasaba el camino de Kieff, en cuya iglesia de San Miguel tenían los nowgorodes su especial hermandad.

Crítica por demás debió de ser la situación de la ciudad cuando ésta, como en tiempo de las guerras entre los descendientes de Monomaco y Olgow, entró en lucha con los príncipes del Sur y del Norte. Este caso, sin embargo, se presentaba raras veces. De importancia suma eran las relaciones amistosas con el Gran duque, pues éste, aun prescindiendo de sus extensos territorios propios, venía a ser en cierto modo una garantía para el comercio en el resto de Rusia. Sólo así se explica que en Nowgorod existiera constantemente un fuerte partido adicto al Susdal, que, por más que temporalmente pudiera ser vencido, recobraba siempre nueva influencia.

A esto contribuía poderosamente el hecho de estar el Gran duque personalmente interesado en el comercio de Nowgorod, que le ofrecía un mercado para sus productos en bruto y le producía una renta no despreciable con sus impuestos y donativos. Ni él podía prescindir de la ciudad ni ésta podía pasar sin el Gran duque, el cual en el siglo XII y a principios del XIII alcanzó en Nowgorod una gran posición. Durante los reinados de Wsewolod y de sus próximos parientes Nowgorod firmó sus más importantes tratados con los alemanes, que después eran ratificados por otros príncipes.

El Gran duque había tenido anteriormente su corte mercantil entre los alemanes y los góticos, pero a fines del siglo XI habíase visto obligado a abandonar tal posición y a dirigir su vista a Gorodischtsche. Estas relaciones se vieron sujetas a muchos cambios. En 1270, estando en tratos con Yaroslao Yaroslawitz, exigió Nowgorod del príncipe que no sostuviera relaciones directas con la hermandad alemana y que sólo por medio de los comerciantes nowgorodes pudiera hacer el comercio con ella. Como era natural, el Gran duque no quiso doblarse ante esta exigencia, y desde entonces fué el competidor más peligroso de la ciudad.

Durante los siglos XIV y XV disminuyó la influencia y la importancia de Nowgorod, apareciendo en escena un nuevo elemento, el clero, en la persona del arzobispo, lo cual se comprende tanto más cuanto que en aquel tiempo las iglesias eran el único amparo moral y los únicos refugios seguros en medio de los constantes desórdenes y devastaciones de que era víctima Nowgorod (1). Las transacciones mercantiles hechas bajo la salvaguardia de la lealtad y de la buena fe necesitaban, más de lo que hoy se cree, de la protección e influencia de la Iglesia.

Esta cuidaba de las pesas y medidas, y los obispos comenzaron pronto a comerciar por su propia cuenta, pues tenían el derecho de vender directamente a los anseáticos los productos de sus extensas propiedades. Desde el siglo XIV el nombre del arzobispo de Nowgorod aparece en las actas de los tratados en el mismo sitio en que antes se consignaba el del Gran duque. El clero nowgorode, en todos sus grados, llevaba impreso un carácter nacional particular: identificado, como todos los demás habitantes de la ciudad, con los intereses vitales del Estado, velaba codiciosamente por la conservación de una independencia que no encontramos por regla general en el clero ruso.

Los sacerdotes eran ciudadanos nowgorodes, y así como ellos se creían asistidos del derecho de intervenir en las cuestiones de la política mundana, del mismo modo la wetsche intervenía en los asuntos puramente eclesiásticos en cuanto le parecía que éstos estaban íntimamente relacionados con los intereses políticos de la ciudad. El pueblo de Nowgorod, constituído en wetsche, tenía el derecho, desconocido en la historia de la Iglesia rusa, de elegir su obispo: esta costumbre fué permanente desde 1156 y casi siempre la elección se hacía por unanimidad. Cuando los nowgorodes no estaban contentos con su obispo, reuníanse en wetsche y se constituían en tribunal. De esta suerte fué destituído en 1211 el arzobispo Mitrofán, que volvió a recuperar, al cabo de ocho años, el favor perdido. Estos casos no constituían raras excepciones (2).

(1) Véase Chlebnikoff, obra citada.
(2) Véase Golubinski, obra citada, pág. 458.

El signo característico del estado de cosas de Nowgorod es el siguiente. Todas las clases de la población estaban convencidas de que eran algo propio y especial, y siempre vemos a la comunidad dispuesta a jugarse su sangre y su fortuna para conservar su situación independiente.

Nowgorod se vió más de una vez obligada a humillarse ante sus poderosos vecinos, pero siempre supo aprovechar la ocasión de reconquistar el terreno perdido, y en todos tiempos vemos a aquel Estado libre dispuesto a salir a la defensa de los derechos de sus ciudadanos. Un orgullo cívico nacional republicano hizo y mantuvo grande a Nowgorod, proporcionándole una posición respetable y temida así en el interior como en el exterior.

Una burguesía acostumbrada a la administración autónoma, pensadora en punto a política, y guerrera cuando se trataba de la dignidad del Estado; una clase comercial rica, cuya posición material sólo podía conservarse por una enérgica representación de una política nacional; una clase de señores habituada a considerar el trabajo como propio del vulgo, y a presentarse a éste como la suprema meta de la ambición; y por último, un clero que pensaba, ante todo, como nowgorode y que no había conocido la vergonzosa dependencia de la Horda: tales eran los elementos de la población que encontramos siempre en el curso de la historia de Nowgorod.

El príncipe con su drushina no era más que un accidente, necesario para dirigir una administración y una aplicación de la justicia, que estaban por encima de todos los partidos, para realzar con sus dotes militares la importancia de la república y para mantener la seguridad de su territorio comercial; pero no dirigía la política de la ciudad, sino que esta dirección correspondía a la misma burguesía. Y sin embargo, todavía falta algo. En vano buscamos en la historia de Nowgorod personajes que salgan por encima de la muchedumbre, marcados caracteres que sepan imponer su sello a la generalidad. Aquella gran república no tuvo grandes hombres, y a esto debemos atribuir el fin triste de su historia.

Ya se comprenderá que un Estado como Nowgorod tuviera por una calamidad especial la soberanía de los tártaros y que por tanto le opusiera toda la resistencia imaginable. Hemos visto ya que las primeras devastadoras invasiones que se desencadenaron como un huracán sobre Rusia, en 1223, no llegaron hasta Nowgorod. La segunda expedición conquistadora sistemática de Batu tampoco alcanzó, por una feliz casualidad, a aquel Estado: el inesperado y prematuro deshielo salvó a la ciudad de sufrir la misma suerte que Kieff, y durante algún tiempo, cuando los tártaros se dirigieron al Sur y al Oeste, pareció como si Nowgorod con sus dependencias hubiera de ser el único Estado ruso que conservara su independencia. Pero ésta no era más que una apariencia, pues en realidad estaba esta ciudad en sus condiciones vitales tan íntimamente unida al resto de Rusia, que no podía imaginarse que quedaran separados los intereses de una y otra.

Esto no obstante, durante algún tiempo Nowgorod pudo sola seguir su camino, y aun estos primeros años de la fundación de la soberanía tártara en los otros territorios de Rusia constituyen uno de los más gloriosos períodos de la historia de la ciudad. Desde hacía mucho tiempo, Nowgorod se veía obligada a contrarrestar los progresos que hacían la orden de los caballeros portaespadas en Livonia y los suecos en el golfo de Finlandia.

En el año 1223, veinte mil nowgorodes habían apoyado una sublevación de éstos, y en la defensa de Dorpat las tropas rusas habían opuesto larga resistencia a la orden teutónica. Cuando en 1224 los de Nowgorod llegaron demasiado tarde para hacer levantar el cerco de la ciudad, firmaron la paz con la orden, pero pensaron en la futura venganza. A este efecto hicieron durante muchos años grandes preparativos, pero cuando quisieron romper las hostilidades se estrellaron ante la desobediencia de Pleskoff, que se negó terminantemente a facilitar tropas. «Príncipe—dijeron al embajador nowgorode,—te saludamos a ti y a nuestros hermanos de Nowgorod, pero no queremos ir contra Riga. ¿Por ventura no hemos firmado en unión de los nowgorodes la paz con ella? Habéis ido contra Reval, pero no habéis conquistado más que dinero, sin haber tomado la ciudad ni haber obtenido derecho alguno: habéis ido contra Wenden y contra Odenpah y nunca habéis alcanzado nada. En cambio, nuestros hermanos o han perecido o han sido reducidos a la esclavitud. Por esto no iremos con vosotros, y si vosotros nos atacáis, lucharemos con el auxilio de la Madre de Dios: y aun

cuando nos matéis a todos y nos robéis nuestras mujeres y nuestros hijos, no iremos contra Riga.» Esto fué causa de que la expedición se suspendiera y Nowgorod tuviera por sí sola que hacer frente a Suecia, dejando a un lado la cuestión de Livonia.

Un ejército escandinavo, a las órdenes del jarl sueco Bírger, marchó contra Nowgorod, instigado indudablemente por una bula pontificia que le excitó a emprender una cruzada contra los infieles rusos. Probablemente esa cruzada fué dirigida contra las tribus finesas todavía paganas que habitaban en las orillas del Neva y del lago Ladoga, tribus que eran vasallas de Nowgorod y cuyos territorios no podía ésta en caso alguno abandonar. La tradición rusa tiene en este punto un carácter legendario y está en contradicción con la conducta posterior del papa Inocencio IV.

Los suecos habían llegado ya hasta la desembocadura del Yshora y estaban a punto de dirigirse al Ladoga, cuando les salieron al encuentro las fuerzas nowgorodes. En Nowgorod reinaba, desde 1236, Alejandro, hijo del Gran duque Yaroslao, hombre enérgico, que en más de una ocasión dió pruebas de su talento militar. El día 15 de julio de 1240 trabóse a orillas del Neva la batalla decisiva, en la cual fué herido Bírger, y el ejército escandinavo tuvo que emprender desordenada fuga. Esta victoria era tanto más brillante cuanto que Alejandro, que desde entonces se denominó «Newski,» es decir, el vencedor del Neva, entró en acción solo, con su drushina, sin esperar ulteriores refuerzos. Los suecos, a consecuencia de esta derrota, fueron arrojados de las costas del golfo de Finlandia, donde no pudieron fijarse de nuevo hasta después de la muerte de Alejandro.

El célebre Alejandro disgustóse, a su regreso, con los nowgorodes y abandonó la ciudad para dirigirse a Pereyaslawl. Entretanto, Ysborsk había caído en poder de la orden teutónica, el ejército de Pskoff había sido derrotado y su ciudad sitiada, habiendo sucumbido a consecuencia de una traición de los teutónicos, los cuales confiaron la administración de la misma a dos caballeros de la orden.

Como ésta parecía deseosa de establecerse definitivamente allí, había construído una fortaleza en Koporje y enviaba sus expediciones hasta muy cerca de Nowgorod, Alejandro llamó a su wetsche, y en 1241 volvió a entrar en la ciudad, después de haber obtenido de ésta el correspondiente permiso para ello. En seguida marchó sobre la fortaleza de Koporje, se apoderó de ella y dominó una sublevación de wotes y chudos, pero hasta el año siguiente no pudo pensar en la liberación de Pskoff.

La ciudad fué tomada por asalto; pero después, una división del ejército de Alejandro, que para este objeto había penetrado en los territorios de la orden, fué derrotada y lanzada de ellos. El príncipe, a consecuencia de esto, retrocedió y tomó sus posiciones en los hielos del Peipus, donde se trabó al despuntar el día 5 de abril una sangrienta batalla que terminó con la completa derrota de los caballeros de la orden. Este triunfo no fué para Nowgorod de menos importancia que el conseguido al rechazar los ataques de los noruegos, pues en el tratado de paz a que hubo de someterse la orden renunció ésta a todas las conquistas que en el territorio de Nowgorod había hecho. Tres años después, Alejandro derrotó repetidas veces a las guerreras tribus de los lituanos, que entonces comenzaban a hacerse temibles, humillando de esta suerte a un tercer enemigo de Nowgorod. A pesar de todo, este famoso héroe nacional debía ser el que obligara a Nowgorod a reconocer en toda forma la supremacía de los tártaros. El Gran duque Yaroslao, su padre, había hecho el difícil viaje a Sarai, y allí llamaron a Alejandro los emisarios del kan.

Este le mandó a decir lo siguiente: «Dios ha puesto bajo mi dominio a muchos pueblos: ¿serás tú el único que no quieras someterte a mi poder? Si quieres conservar tus territorios, ven e inclínate delante de mí y verás el honor y la fama de mi soberanía.» Alejandro obedeció, humillóse ante Batu y tuvo también que emprender el viaje a Karakorum para presentarse al Gran kan. Tres años empleó en esta expedición, pasados los cuales regresó a su país, con gran contento de los nowgorodes.

Según parece, llevó consigo del viaje una impresión profunda del poder de los tártaros, pues desde entonces no sólo le vemos personalmente adicto a ellos, sino oponerse a todas las tentativas que los demás hacían para destrnir su soberanía. Esto se vió claramente desde su regreso. Yaroslao había dispuesto en su testamento que Alejandro entrase en posesión de Nowgorod y de Kieff, y Andrés, hijo segundo del testador, se hiciera cargo del gobierno de Wladimir. Ale-

jandro creyó ver en esto una limitación de sus derechos, y cuando Andrés se alió con Daniel de Halicz, que procuraba entonces libertarse del yugo de los tártaros, presentóse a Sertak, hijo de Batu, como delator de su hermano, diciendo que Andrés le había arrebatado sus derechos de primogenitura y que no cumplía con los deberes que tenía respecto de sus señores tártaros.

Sertak se mostró dispuesto a defender a Alejandro, y no sólo le reconoció como Gran duque de Wladimir, sino que le dió para combatir contra su hermano un ejército mogol que, a las órdenes de Newrni, invadió y saqueó el territorio susdal. «Con ayuda del cielo—dijo Andrés al recibir esta noticia,—hemos defendido hasta ahora entre los dos nuestro comercio, y ahora el uno hace penetrar en el país a los tártaros para combatir al otro; prefiero marcharme al extranjero, a trabar amistad con los tártaros y a prestarles mis servicios.» A toda prisa salió con su ejército al encuentro del enemigo, que ya había pasado el Klyasma, pero la superioridad de fuerzas con que contaban su hermano y los tártaros fué causa de que sufriera una derrota completa y de que hubiera de emprender la fuga y de refugiarse en Suecia.

Pereyaslawl fué tomada, la esposa de Andrés muerta, sus hijos reducidos a la esclavitud, y el gran ducado de Wladimir pasó a manos de su hermano, el héroe del Neva. No podemos comprender, ni en las fuentes rusas se explica, cómo a pesar de todo cuanto había sucedido pudieron después reconciliarse los dos hermanos y recibir Andrés de Alejandro, que tantas desgracias había atraído sobre su patria, un principado parcial en Susdal (1). Alejandro fué un mal hermano, que arrojó de Nowgorod a Yaroslao y riñó con su propio hijo Basilio cuando éste intentó contrariar la política de su padre, que exigía una completa e incondicional sumisión a la Horda.

La conexión entre estos acontecimientos, que merecen especial mención, es como sigue. Batu-kan había fallecido en 1255, habiéndole sucedido, no en virtud del derecho de sucesión tártaro, sino por usurpación, su hijo Sertak, el cual durante los últimos años había cuidado de la dirección de los asuntos rusos. Pero habiendo muerto al poco tiempo, envenenado sin duda por sus mismos parientes, ocupó en 1257 el trono Bereke, hermano de Batu. Así como Sertak se había mostrado inclinado al cristianismo y había sido tenido por cristiano, Bereke se inclinó al islamismo, aceptándolo en la forma sunnita. Este acontecimiento era de gran trascendencia, pues necesariamente había de traer consigo una división entre los kanatos orientales y occidentales.

Bereke, apenas hubo llegado al trono, ordenó el pago de un impuesto en toda la Rusia y exigió que a él se sujetara también Nowgorod. Esta ciudad fué entonces presa de gran excitación, pues conocidas eran la crueldad y las vejaciones que consigo llevaba toda contribución tártara. El possadnik Michalka pereció víctima del furor popular, y el Gran duque Alejandro creyó necesario presentarse en persona en Nowgorod con el recaudador de contribuciones tártaro. Pero ni aun así consiguió imponer su voluntad. La burguesía se puso de acuerdo para librarse tranquilamente por medio de presentes de los emisarios tártaros.

Basilio, hijo de Alejandro y príncipe entonces de Nowgorod, emprendió la fuga y se encerró en Pleskoff para no tener que ceder a las exigencias de su padre. Pero Alejandro procedió con energía: Basilio cayó en su poder y fué conducido a Susdal; sus consejeros fueron severamente castigados, y aun cuando por el momento no tomó medida alguna violenta contra Nowgorod, esto no indicaba sino que la difería para más adelante.

En 1259 circuló por la ciudad el rumor de que marchaba sobre ella un gran ejército tártaro, y en vista de esta noticia los nowgorodes resolvieron rendirse; pero al presentarse de nuevo Alejandro con el baskak, de nuevo volvió a estallar la sublevación. De día y de noche hizo Alejandro que los tártaros vigilasen para que no les sucediera ninguna desgracia, hasta que por último abandonó la ciudad, sin haber logrado nada, y se hizo fuerte en Torschok. Entonces comenzó a adquirir preponderancia el partido de Susdal: los nowgorodes se rindieron; los «maldecidos» tártaros recorrieron las calles de la ciudad y, haciendo un padrón de casas y de habitantes, recaudaron el tributo y se retiraron.

De esta suerte Nowgorod pasó a formar parte de los territorios directamen-

(1) Esta noticia la tomamos de Tatischtscheff, que utilizó en este punto materiales que no han llegado hasta nosotros.

Yelmo del gran duque Alejandro Newski.—Forjado en cobre rojo, con orejeras y cuello de siete campos adamasquinados con oro. Lleva la siguiente inscripción árabe: «Ayuda de Dios, próxima victoria, avisa a los creyentes» (del Corán); esta inscripción, la corona con cruces y el estilo asiático del trabajo demuestran que el yelmo data del tiempo de las Cruzadas. Conservado en el Kremlín de Moscou.

te sometidos a los tártaros. La ciudad no fué destruída ni saqueada, pero los ciudadanos se sintieron profundamente humillados, no teniendo que agradecer nada al Gran duque. Por lo demás, los tártaros procedieron, según parece, en Nowgorod con más moderación que en ninguna otra parte. La ciudad enviaba directamente su tributo a la Horda, con lo cual evitaba por lo menos las exacciones de las sanguijuelas tártaras, armenias y judías que se ocupaban en la recaudación de impuestos.

En el año 1262 ocurrió en Rostoff una sublevación sangrienta, a consecuencia de la cual los baskakes en parte fueron asesinados y en parte arrojados de la ciudad, y sólo con grandes trabajos consiguió Alejandro calmar la cólera del kan, teniendo al cabo de un año que retirarse de la Horda. Enfermo ya, emprendió su regreso a Nowgorod, pero no pudo llegar a esta capital, pues en 14 de noviembre de 1263 falleció en Wolschski.

La vida del vencedor de los suecos nos inspira sentimientos encontrados. Aunque puede atribuirse a prudencia el aceptar pacientemente el poder, al parecer invencible, de los tártaros y tenerse por habilidad el explotarlo en su provecho personal, como hizo Alejandro, es innegable que la conciencia nacional debió de sufrir extraordinariamente al ver que el mejor de sus hombres se entregaba, sin intentar la lucha, a la servidumbre. Otra cosa se esperaba de él, a quien se ofrecieron distintas ocasiones de pedir y obtener el auxilio extranjero para sacudir el yugo tártaro.

El papa Inocencio IV le ofreció el apoyo de un ejército de cruzados con la esperanza de que, gracias a Alejandro, toda la Rusia entraría en el seno de la Iglesia romana. Dos cartas escritas con este objeto por el pontífice en 1248 demuestran cuántas ilusiones abrigaba sobre este particular (1). Alejandro convocó una asamblea consultiva y contestó al papa: «Sabed que reconocemos como verdadera doctrina de la Iglesia cuanto dicen el Antiguo y Nuevo Testamento, lo que se dispuso hasta la época de Constantino y cuanto ordenan los concilios, desde el primero al séptimo: en cuanto a vuestras doctrinas no queremos aceptarlas.» La Iglesia griega dió posteriormente a Alejandro el dictado de santo, y sus restos se veneran todavía en el convento de Alejandro-Newski, en San Petersburgo.

Un enemigo más enérgico tuvieron los tártaros en el Sudoeste de Rusia en Daniel de Halicz.

(1) Véase respecto de esto el artículo de R. Hausmann, en la *Real Enciclopedia para la teología y la Iglesia*, I, pág. 278.

CAPITULO VI

HALICZ Y EL REY DANIEL (2)

Mientras la parte oriental del Sur de Rusia fué perdiendo la pureza de su sangre eslava por efecto del continuo contacto de los elementos turcos de las estepas, esta pureza se había conservado en cierto modo en los territorios fronterizos del Sudoeste, es decir, en Halicz y en la Wolhynia. La población primitiva estaba en estos lugares más próxima a las tribus eslavo-occidentales que los principados rusos del Norte y del Este, influídos por los elementos fineses, y de aquí el antagonismo político que entre unos y otros existió. El país era rico y fértil, muy propio para la agricultura y la cría de caballos, y estaba cruzado por ríos navegables que desembocaban en el Danubio y en el mar. Exportábanse cereales, ganado, pieles y la sal que se recogía en Bakuta (3). Oleschje, en la desembocadura del Dniéper, era el puerto de Galitzia, desde el cual los géneros eran transportados por el Dniéster, en cuyas márgenes levantábanse gran número de ciudades.

Todo esto proporcionaba a la población un bienestar que fué causa de que se formara allí una poderosa clase de boyardos como no la encontramos en parte alguna del resto de Rusia. Protegidos estos boyardos por la propiedad de extensos inmuebles, cuyos productos encontraban constantemente mercados, alcanzaron una importancia política que, por desgracia del país, llegó a hacer sombra al mismo Gran duque. Ellos estaban apoderados de la wetscha; formaban parte del consejo del príncipe y le proclamaban y destituían a su antojo, según que se sometía a su voluntad o quería conquistarse una posición independiente. Así el país era continuamen-

(2) Véase Kostomaroff: *Rasgos de la vida popular del Sur de Rusia.* En las *Monografías históricas*, tomo I, pág. 230.—Daschkewitz: *El gobierno de Daniel de Halicz*, Kieff, 1883 (ambas en ruso).

(3) En Ponishje (valle), una parte de Halicz, que después se llamó Podolia.

te presa de gran excitación y víctima de guerras civiles, tanto más funestas cuanto que Hungría, Polonia y muy pronto la Lituania tendían sus codiciosas manos para apoderarse de aquel rico territorio.

Los boyardos intervinieron también en la vida privada de los príncipes, llegando a secuestrar y quemar en vida a Nastasja (Anastasia), querida de uno de sus más enérgicos príncipes, Yaroslao Osmomisl, y a ahorcar a otros tres príncipes que les molestaban como pretendientes. La repugnancia que inspiraba la familia de Rurik no la encontramos en este territorio. No por esto debe creerse que estos boyardos, que constituyen un tribunal moral tan severo, fuesen menos desordenados en su conducta; antes al contrario, las crónicas galitzio-wolhynias están llenas de violencias por ellos cometidas y siempre las vemos defender a los príncipes cuando éstos trataban de ejercer represalias.

Kostomaroff hace notar con razón que por la historia de Halicz se comprende lo que hubiera sido de los principados parciales rusos si los acontecimientos—refiérese sin duda a la dominación tártara—no hubiesen dado origen a una soberanía única: Rusia hubiera vuelto al estado de cosas existente antes del llamamiento de los warangos, es decir, que las distintas poblaciones hubieran acabado por tener príncipes y wetschas propios, sin estar unidas por el lazo de una familia real única. Entretanto, Halicz tuvo también su príncipe violento y con voluntad de hierro que puso a raya a los boyardos. Hasta el año 1188 Halicz había sido gobernada por la familia de Rostislao Wladimirowitz, nieto de Yaroslao el Grande; pero en aquella fecha, y a consecuencia de los desórdenes que estallaron, fué llamado al trono el inteligente y enérgico Román Mstislawitz de Wolhynia.

Destronado por un pretendiente, a quien apoyaba el ejército húngaro, fué nuevamente proclamado rey; con todos los medios que le ofrecían la astucia y la fuerza y con inhumana crueldad—si hemos de dar crédito a las fuentes polacas—supo aniquilar al partido adverso, que dirigían los boyardos. Este príncipe hizo enterrar, mutilar, desollar y quemar vivos a sus adversarios, a los cuales atraía bajo apariencias de amistad, para luego hacerlos perecer en medio de los más horribles tormentos. «El que quiere comer miel tiene que destruir las abejas,» esta era su doctrina política. A pesar de esto, los cronistas rusos, poco adictos a los boyardos, emiten un juicio favorable sobre este príncipe, cuya muerte, acaecida en 1205 durante la lucha contra Polonia, fué muy sentida.

Román, al morir, dejó una viuda y dos hijos, Daniel, que contaba cuatro años, y Wassilko, que era todavía niño de pecho. Todos al poco tiempo tuvieron que huir de Halicz, comenzando en este territorio y en Wolhynia un período de desórdenes indescriptible. En el corto espacio que media hasta 1218 el poder pasó por ocho manos distintas: Polonia y Hungría apoyaban ora a uno, ora a otro pretendiente, o lo destronaban a instancia de los boyardos. Después de esto, ocupó el trono un boyardo ambicioso, Wolodislao, caso hasta entonces nunca visto, que tuvo por inmediata consecuencia la caída y la muerte del usurpador.

Tan grandes fueron los desórdenes que a esto siguieron, que, después de no haber príncipe alguno en este territorio, los húngaros pudieron sentar sus reales en el país y el rey Andrés pudo hacerlo administrar, en nombre de su hijo Kolomán, por el ban Filui, a quien las crónicas rusas dan el sobrenombre del «soberbio.» Esta dominación extranjera fué causa de una nueva sublevación apoyada por Mstislao el Temerario de Nowgorod, que arrojó del país a los húngaros (1218). Estos, sin embargo, volvieron cuando Mstislao casó a una de sus hijas con Kolomán.

Daniel, que también era yerno de Mstislao, se había apoderado entretanto de una parte de Wolhynia y la conservaba a pesar de toda la resistencia que se le oponía. Como príncipe de Wolhynia tomó parte en la batalla de Kalka contra los tártaros, en la cual fué herido en el pecho, y de regreso a su patria continuó la lucha para reconquistar toda la Wolhynia, cosa que no le fué del todo fácil. Tanto los polacos, entre los cuales tenía un aliado en el príncipe Leschko, como los príncipes del Oeste de Rusia, le hacían difícil el avance, y por otra parte debía intervenir con su ejército en los disturbios que entonces en Polonia ocurrían. Mostró grandes miras y puntos de vista generales cuando dispuso que los rusos y los polacos convinieran en no hacer en lo sucesivo prisionero a ningún labrador.

Así se llegó al año 1229. Mstislao y Leschko habían fallecido y en Halicz

seguía gobernando Kolomán, o más bien el boyardo Sudislao en su nombre. Ambos tenían disgustados a los inquietos haliczios, los cuales, aprovechando la ausencia de Sudislao, que había emprendido una campaña para conquistar una parte de Wolhynia, proclamaron príncipe a Daniel.

Sudislao tuvo tiempo de regresar y de encerrarse con su señor en la capital, Halicz; pero cuando se presentó Daniel poniendo sitio a la ciudad y cuando a él se pasaron las poblaciones de los alrededores, los húngaros se vieron obligados a capitular. Daniel les dejó salir libremente y tuvo la suerte de que la tentativa que hizo el rey Andrés para recobrar a Halicz fracasara a causa del mal tiempo: «Dios envió al arcángel Miguel, que abrió las cataratas del cielo. Los caballos húngaros perecieron ahogados y sepultados en el barro. Esto no obstante, el enemigo avanzó hasta Halicz, pero los polowzes acudieron al auxilio de Daniel y además el Dniéster se salió de madre, causando grandes daños a los húngaros, los cuales sintieron indecible miedo y perdieron todos sus víveres. En vista del hambre que se llegó a sentir, los húngaros se retiraron (1).»

Daniel púsose muy pronto en pugna con sus arrogantes boyardos: era tan poco el respeto que inspiraba aquel príncipe, que entonces tendría unos treinta años, que en un banquete uno de sus magnates le arrojó al rostro un vaso de vino, y habiendo Daniel dejado impune tal insolencia, tramóse una conspiración contra su vida. El plan consistía en asesinar durante un banquete a Daniel y a su hermano, que se encontraba en el inmediato lugar de Brest, y en elevar al trono a su primo Alejandro de Belsk. Advertidos a tiempo, pudieron librarse de aquel peligro, pero el príncipe tuvo que huir en vista de que sus adversarios volvían a llamar a los húngaros. Daniel se dirigió a Kieff y consiguió reclutar allí y en las vecinas estepas polowzes un ejército, con el cual marchó sobre la rebelde ciudad.

Afortunadamente para él falleció el rey Andrés de Hungría, y Halicz abrió sus puertas al príncipe. Con esto, sin embargo, no quedaban asegurados ni la ciudad ni el país. Daniel, aliado con Kieff, luchó contra Chernigoff, cuyo príncipe Miguel tenía cierto partido entre los boyardos haliczios; de aquí la necesidad de luchar contra él y contra sus partidarios para conservar el trono tan difícilmente conquistado. Derrotado en Torschesk, a pesar del valor personal que mostró en la batalla, tuvo que huir ante aquel nuevo adversario, el cual puso en el trono particular de Halicz a su hijo Rostislao, conservando Daniel únicamente la parte occidental, es decir, Peremischl y los territorios a ésta anexos.

Las alianzas menudearon desde entonces: contra Polonia, que estaba aliada con Miguel de Chernigoff, lanzó Daniel—aliado a su vez con sus antiguos enemigos, los húngaros—a los lituanos. Daniel consiguió atraerse a Kieff, y cuando al año siguiente, 1239, sus tropas avanzaron hasta Halicz, pasóse a él la población de esta capital, descontenta de la política egoísta y sin dirección de los boyardos y cansada de tan continuas guerras y devastaciones. Los boyardos no tuvieron tampoco más remedio que implorar gracia y Rostislao vióse precisado a huir a Hungría.

De esta suerte volvió a gobernar en Halicz el príncipe Daniel, en cuyas manos tiempo hacía que se encontraba la Wolhynia; y como también era señor de Kieff, fué indiscutiblemente el príncipe más poderoso del Sur de Rusia. Es digno de notarse que, a pesar de verse en una situación que ponía bajo su poder a sus enemigos, se mostrara Daniel bondadoso. Este príncipe no quiso residir más tiempo en Halicz, ciudad que tan poca confianza le merecía, e imitando el ejemplo de Bogolyubski, que fijó su residencia no en Susdal, sino en Wladimir, trasladóse a Cholm, ciudad por él construída, en la cual no había tradiciones de partidos, ni una wetscha poderosa ni altaneros boyardos. Allí debía estar más segura su soberanía.

Entonces ocurrió la invasión de los tártaros. Ya hemos visto con cuánto valor defendió a Kieff Dmitri, en representación de Daniel; pero después de haber sucumbido esta ciudad, Daniel no se atrevió a oponer ulterior resistencia. Pasada la irrupción de los mogoles regresó a su devastado país: su intención era detenerse primero en Drohitschín, pero no pudo realizarla porque el gobernador se negó a abrirle las puertas de la ciudad.

En Brest no pudo penetrar porque las pestilentes emanaciones de los cadáveres en estado de descomposición hacían imposible aproximarse a la villa. Lo propio le sucedió, al parecer, en todo el

(1) Véase Kostomaroff, obra citada, pág. 248.

país, hasta que por último pudo refugiarse en Cholm. Todo cuanto antes había hecho parecía perdido. Los boyardos se habían repartido a Halicz y mostraban de nuevo su antigua arrogancia: Rostislao, aquel usurpador a quien Daniel a costa de tantos trabajos había conseguido destronar, formulaba nuevamente sus pretensiones como yerno del rey Bela IV, viéndose en ello la mano de Polonia.

Al fin el pretendiente fué de nuevo derrotado en las cercanías de Halicz: la última batalla decisiva se libró en Sana, donde Daniel consiguió una brillante victoria (17 de diciembre de 1249) que puso para siempre término a las pretensiones de Rostislao y que obligó a Bela a firmar la paz, no sin que antes pasara Daniel por una humillación cuya consecuencia inmediata fué un aumento de su poder en el exterior.

El príncipe vencedor había resuelto dirigirse a Sarai. Ya en 1243, cuando Batu regresó de Polonia, dos generales tártaros, Mammán y Balaa, habían penetrado en Halicz. Daniel había huído a Wolhynia, donde reinaba su hermano, dejando que los tártaros invadieran el país y regresando después a Cholm. Cuando los demás príncipes rusos fueron a Sarai, no quiso unirse a ellos, de manera que Halicz no pagó, hasta 1250, tributo alguno a los tártaros. Pero en dicho año recibió una embajada del kan ordenándole que entregara a Halicz.

Daniel, que había previsto este suceso, había entrado desde 1246 en negociaciones con Roma, negociaciones que fueron suspendidas en 1249 al convencerse Daniel de que no podía esperar de allí apoyo real alguno. No se encontraba, pues, en condiciones de resistir a los tártaros: sus ciudades no estaban fortificadas y el país se encontraba completamente esquilmado a consecuencia de las continuas guerras. En tales circunstancias, tomó consejo de su hermano, con el cual vivía en buenas relaciones, contra lo que era costumbre entre los príncipes rusos, y resolvió ir a ver personalmente a Batu para conservar a su familia el principado de Halicz (1).

En 25 de octubre emprendió su marcha hacia Kieff, en cuyos templos buscó fortaleza para dar el difícil paso que se había propuesto. No marchó directamente en busca de Batu, sino que ofreció antes sus respetos a los tártaros que se habían fortificado en Perejaslawl y luego al jefe de las hordas nómadas que se encontraban en el Sur de Rusia. Por fin llegó a la presencia de Batu y penetró en su tienda, después de haberse inclinado ante él, es decir, arrojado al suelo, según lo exigía la costumbre.

El tártaro le dijo: «Daniel, ¿por qué has tardado tanto en venir? Pero, al fin, bueno es que hayas venido ahora: ¿bebes nuestras bebidas, la leche negra de yegua o el kumis?,» a lo cual contestó Daniel: «Hasta ahora no las he bebido, pero si tú lo ordenas, las beberé.» Batu repuso: «Tú eres ahora nuestro tártaro, bebe nuestra bebida.» Daniel bebió, e inclinándose del modo dicho, añadió: «Quiero ir a prosternarme ante la gran princesa.»

Daniel fué despedido y pasó a ver a la esposa del kan, que le dispensó cordial acogida y le dió a beber una copa de vino. A propósito de esto dice la crónica del Sur de Rusia: «¡Oh, pérfido honor tártaro! Daniel Romanowitz, que era un gran príncipe que en Rusia gobernaba en Kieff, Wladimir y Halicz, con su hermano, y en otros territorios, ¡ahora dobla las rodillas y se titula siervo!» Pero la humillación consiguió su objeto, pues a los veinticinco días fué despedido Daniel, el cual recibió de manos de Batu el principado de Kieff como feudo hereditario.

De un modo análogo procedió Batu con todos los príncipes rusos; y como en todas partes, a excepción únicamente de Nowgorod, se debilitó por consiguiente en gran manera el poder de los boyardos y de la wetscha, los príncipes del Este de Rusia apenas sintieron encontrarse bajo la dependencia de la Horda. No así Daniel, que, educado en las ideas del Occidente de Europa, sentía profundamente toda la vergüenza de la servidumbre.

A su regreso salieron a recibirle su hermano y sus hijos, «llorando amargamente la humillación, pero alegrándose sobre manera de que volviera sano y salvo.» El rey Bela casó a su hija con Lew, hijo de Daniel, quien, como vasallo de los tártaros, era entonces para él más peligroso que antes, y los mismos boyardos no pudieron ya, como antiguamente, colocarse frente a frente del príncipe.

Daniel consagró el resto de su vida a la idea de sacudir la dependencia de Sarai y borrar la vergüenza que pesaba sobre su nombre desde que había tenido

(1) Según la crónica de Hypatius, pág. 535.

que inclinarse, en la Horda, delante del kan. En él se veía una aspiración más elevada que en Alejandro, el vencedor del Neva, que se resignó a su suerte y no vió en sus planes más allá de las fronteras de su propio país.

Ya en 1236, cuando el emperador Federico II declaró la guerra al duque de Austria, Daniel se había propuesto prestar a éste su apoyo; pero le disuadió de su intento el rey Bela (1). Mas, posteriormente, las circunstancias le obligaron a intervenir en esta contienda; por cierto que el rey Bela fué quien le llamó a su socorro.

Federico el Belicoso se había reconciliado al fin con el emperador, recobrando los territorios que le había arrebatado Bohemia durante su destierro: también había entrado con Bohemia en relaciones tan amistosas que casó a su nieta Gertrudis con Wladislao, primogénito del rey Wénzel, celebrándose el matrimonio en mayo de 1246.

Poco después de este suceso, es decir, en 15 de junio del propio año, sucumbió Federico en la batalla que libró contra los húngaros en Leitha. Esta muerte era de tanta mayor trascendencia cuanto que Federico no tenía hijos y Gertrudis era la heredera legítima de Austria y de Estiria. El esposo de Gertrudis no estaba, sin embargo, suficientemente protegido por su padre, y falleció en 1247, de suerte que no pudo entrar en posesión de sus ducados, los cuales consideró el emperador Federico como feudos del imperio, haciéndolos administrar por un regente.

Habiéndose casado al año siguiente Gertrudis con el margrave Hermann de Baden, el papa Inocencio IV elevó a éste a la categoría de los duques de los territorios austriacos, mientras el emperador separaba los países hasta entonces unidos poniendo como regentes de Estiria y de Austria respectivamente a Meinhard de Goritz y al duque Otón de Baviera. La lucha entre el emperador y el papa se trabó, pues, en las marcas fronterizas orientales y en ella hubo de tomar parte Daniel de Halicz.

Inesperadamente falleció en 4 de octubre de 1250 Hermann de Baden, dejando a su viuda, además de sus pretensiones, un hijo, Federico, que subió al cadalso con el último Staufen, Conradino. La viuda buscó un defensor, naturalmente, entre los enemigos de los Gibelinos, y le encontró en el rey Bela de Hungría, el cual, en 1251 o a principios de 1252, la casó con Román Danilowitz, hijo de Daniel de Halicz.

La crónica wolhynia refiere este hecho, con poca exactitud cronológica, al año 1254, pero dice expresamente que debió de ocurrir antes. Según parece, el rey Bela quería de este modo apoderarse de las pretensiones de Gertrudis para ceder luego en feudo los ducados al esposo de ésta. «Quería—dice la crónica wolhynia—apropiarse los países alemanes, y a este efecto envió a decir a Daniel: mándame a tu hijo Román, pues quiero darle por esposa a una hermana del duque (2), y con ella los territorios alemanes.»

El plan de hacer feudatarias de Hungría las comarcas vacantes del Austria había sido sugerido, a fines de 1247, por el papa Inocencio, que pensaba entonces en una división entre Hungría y Bohemia, habiendo contribuído eficazmente a aquel matrimonio, como veremos, la política pontificia. Pero no era tan fácil apoderarse de los ducados como hacer cesión de ellos, pues habíase presentado un nuevo y poderoso pretendiente en Ottokar de Bohemia, que en 1252 se había casado con Margarita, hermana de Federico el Belicoso, viuda del rey Enrique VII y tía de Gertrudis.

Ottokar, que sólo contaba veintidós años, se casaba con la viuda, que pasaba de los cuarenta y de la cual no había de esperar sucesión, movido únicamente por consideraciones políticas, y estaba decidido a conseguir por todos los medios posibles el objeto que al casarse se había propuesto. Fué, pues, inevitable una guerra, que comenzó en 1252, prolongándose durante todo el año 1253 y terminando en 1254 con un tratado de paz en virtud del cual pasó a poder de Bela la Estiria, hasta la corriente del Mur, y Ottokar se quedó con el resto de este país y con el Austria.

A pesar de haber peleado Daniel valerosamente con los suyos en Bohemia y Moravia, no se habló en aquel tratado de otorgarle la Estiria. Gertrudis, que ya en 1253 se había separado de su esposo, se contentó con Yudenburgo, de donde fué expulsada en 1260 y vivió

(1) El mejor trabajo sobre las relaciones mutuas entre Estiria, Austria y Bohemia se encuentra en la obra de Ottokar Lorenz: *Historia alemana en los siglos* XII *y* XIII, tomo I, Viena, 1863.

(2) Aquí la crónica está equivocada, pues en vez de hermana debía decir hija.

desde entonces en Estiria con una pensión anual de 400 marcos (1). La alianza húngara ofrecía otra recompensa, cual era la corona real de Halicz. Hungría había mantenido durante el período que estudiamos íntimas relaciones con la Santa Sede, que seguía entonces con más interés que nunca la política del Este de Europa.

Los muchos Estados fronterizos del Oriente cismático y en parte pagano, como Livonia, la orden teutónica en Prusia, la Polonia, la Bohemia y la Hungría, gozaban de la especial predilección del papa Inocencio IV, el cual no perdía nunca la esperanza de ver entrar de nuevo en el seno de la Iglesia latina a la Rusia, oprimida entonces por los tártaros.

Ya hemos visto cuántas ilusiones acarició respecto de Alejandro Newski. Casi al mismo tiempo, en 1246, Daniel se ponía en relaciones con Roma, que desde 1230 había comenzado su propaganda en la Rusia Roja (2). En virtud de la bula pontificia del día 7 de septiembre de 1247, el arzobispo Alberto Suerbeer recibió la misión de presentarse a Daniel y de hacer entrar a éste y a sus obispos y prelados en la unidad de la Iglesia romana.

Las negociaciones, sin embargo, fracasaron, a pesar de que se ofrecía al príncipe la perspectiva de la corona real, porque el papa Inocencio no se encontraba en condiciones de organizar la cruzada que contra los tártaros pedía Daniel; de suerte que cuando el arzobispo Alberto, probablemente en 1248, emprendió su viaje a Halicz, fueron rechazadas sus proposiciones. Al estallar la guerra de sucesión austro-estiria, el rey Bela sirvió de mediador para una reconciliación con el Papa, el cual entonces, accediendo a las pretensiones de Daniel relativas a la cruzada contra los tártaros, excitó en sus bulas de 1253 y 1254 a Polonia, Bohemia, Servia y Pomerania a que los combatieran unidas bajo la enseña de la cruz (3).

En la segunda bula dirigíase igual excitación a Livonia, Estonia y Prusia. La dirección de esta cruzada se confió al abad Opizo de Mesana, legado pontificio en Polonia. Daniel, que pareció dar crédito a la realidad de una cruzada, regresaba de su bien dirigida campaña bohema cuando se le presentaron en Cracovia los embajadores pontificios, «que eran portadores de la bendición del papa, de la diadema y del título de rey, y querían ver al príncipe Daniel.»

Este, sin embargo, les dijo: «No es conveniente que nos veamos en suelo extranjero,» y regresó a Cholm, donde tomó parte con gran ostentación en las fiestas religiosas, que se celebraron conforme al rito griego. En el mes de marzo de 1255 se le presentaron de nuevo los emisarios pontificios.

La crónica wolhynia refiere el hecho en los siguientes términos: «El Papa había enviado emisarios autorizados que llevaban la diadema, el cetro y la corona, y dijeron... Hijo, acepta de nosotros la diadema del reino... El, sin embargo, no quiso admitirla, y habiendo tomado consejo de su madre, de Boleslao y de Semowitz, éstos le dijeron: Acepta la corona y te ayudaremos contra los paganos. Entonces él aceptó la corona de Dios, de la Iglesia, de los Santos Apóstoles, de la Silla de San Pedro, de su padre el papa Inocencio (4), y de todos sus obispos. Inocencio anatematizó a todos los que dijeran que la Iglesia griega era herética, y quiso reunir un concilio para definir las verdaderas doctrinas y para hacer la unión de la Iglesia. Así tomó Daniel la corona de manos de Dios en la ciudad de Dorohitschin.»

Por esta narración se ve cuán poco religiosos fueron los motivos que produjeron esta conversión. La promesa de un apoyo contra los tártaros y la idea de una unión entre la Iglesia griega y la latina fueron las causas que movían a Daniel a ceder: si sus esperanzas no se realizaban, nada podía tenerle encadenado a la Iglesia católica. Después de

(1) De su matrimonio con Román existía una hija, llamada María, que casó con el duque Esteban de Agram.

(2) Véase Reifenkugel: *Fundación de los obispados católico-romanos de Halicz y Wladimir. Archivo para la historia de Austria;* Viena, 1875, pág. 401; y Murakewitz: *Daniel Romanowitz de Halicz en sus relaciones con Roma* (*Gaceta eparquial de Kieff*, 1873). Este último trabajo contiene poco más que un análisis de la bula pontificia.

(3) Véase Gotze: *Alberto Suerbeer, arzobispo de Prusia, Livonia y Finlandia*, San Petersburgo, 1854. *Excurs. B.*, pág. 135, y Bonnell: *Cronografía ruso-livoniana*, San Petersburgo, 1862.

(4) Inocencio IV falleció en 4 de diciembre de 1254. La crónica contiene, pues, en este punto, un error cronológico o de hecho. Boleslao era príncipe parcial de Cracovia y Semowitz de Masovia. Daschkewitz (*Historia de Daniel de Halicz*) opina que la coronación tuvo efecto en 1253, pero esto no concuerda con las bulas pontificias. La cronología del reinado de Daniel ofrece dificultades. Así, por ejemplo, no puede fijarse con seguridad la fecha de la expedición contra los jatwiages.

haber llevado a feliz término su campaña contra los yatwiages y de haber obtenido del Gran duque Mindowe de Lituania la cesión de la Rusia Negra (es decir, los territorios de Nowgorod, Slonián, Wolkowyst, etc., que estaban separados de los de Daniel por el país de los yatwiages) (1), y después de haber casado a su hijo Schwarn con una hija de Mindowe, comenzó a romper las hostilidades contra los tártaros, confiando en su alianza polaco-lituano-húngara y en el apoyo que le había prometido el Papa.

Los tártaros hacía mucho tiempo que miraban con recelo el incremento que iba tomando el poder de Daniel, pero el tamnik tártaro de las estepas occidentales, Churremschah, era un hombre falto de aquella terrible energía que caracterizaba a los generales de la Tartaria. Cuando se vió claramente que Daniel quería la guerra, el tamnik ocupó la importante plaza de Bakuta, pero fué muy pronto de ella arrojado por Lew, hijo de Daniel, quien consiguió además hacer prisionero a uno de los baskakes tártaros. Una tentativa de Churremschah para hacer levantar el cerco de la ciudad de Kremchetz fracasó por completo, y Daniel conquistó en 1257 a los tártaros la comarca que se extendía entre el Bug y Teterew.

Parecía que iba a conseguir libertar todo el Sur de Rusia, inclusa Kieff, y que contaba con fuerzas suficientes para luchar al propio tiempo con los yatwiages, pues necesitaba conquistar el país de éstos para que tuviera para él verdadera importancia la posesión de la Rusia Negra. No fué, sin embargo, así. Las predicaciones para una cruzada no obtuvieron resultado alguno, por cuya razón Daniel, en 1257, rompió completamente con el Papa, contrariando sus planes de unión, aunque sin dejar el título de rey que el pontífice le había concedido. Daniel esperaba poder conseguir con sus propias fuerzas lo que no le permitían obtener las falaces promesas del extranjero.

Cierto que consiguió hacer fracasar una nueva tentativa de Churremschah, que quería invadir a Halicz; pero en 1260 las cosas tomaron un giro funesto para él. A Churremschah sucedió en Burundai, en el mando de las tropas dirigidas contra Halicz, un nuevo general, hombre que había hecho su educación militar al lado de Batu, el «impío y malvado Burunda,» como le llama la crónica wolhynia. Según parece, este caudillo pudo disponer de grandes recursos guerreros, pues Daniel, que hasta entonces se había mostrado tan enérgico contra los tártaros, no se atrevió a oponerle resistencia.

Los tártaros procedieron con su tradicional astucia (2). Fingieron ignorar todo cuanto había sucedido y procedieron como si tuvieran en Daniel un vasallo adicto. Burundai le envió una embajada diciéndole: «Voy a combatir a los lituanos; si eres mi aliado, ven conmigo.» Daniel tomó consejo de su hermano y de su hijo, «los cuales se pusieron tristes y le presagiaron un fin funesto si se decidía a ir en persona.» En su consecuencia, se acordó que iría Wassilko, haciendo todos votos para el buen éxito de la empresa. Burundai se mostró satisfecho y con el auxilio de Wassilko asoló la Lituania, es decir, el país de los yatwiages, después de lo cual regresó a su residencia.

Pero al año siguiente volvía a Lituania. Wassilko y Daniel se encontraban entonces en Wladimir, donde el primero casaba a su hija Olga con el príncipe Andrés. Un emisario de Burundai destruyó la plácida armonía que reinaba en aquella fiesta: «Si sois mis aliados, venid conmigo: el que no venga será mi enemigo;» tal era el texto de aquella lacónica orden. La situación era desesperada; el enemigo se encontraba en la frontera de Lituania, que había sido devastada con la cooperación de Wassilko; no había que esperar auxilio alguno, y el Occidente católico veía en Daniel a un apóstata.

Hungría, que hubiera podido ayudarle, era presa de una guerra civil encendida por un hijo contra su padre (3). La desobediencia equivalía a una devastación rápida del país, y era harto reciente el recuerdo del procedimiento devastador de los tártaros. Por otra parte, obedecer era una gran humillación y Daniel sentía todavía la vergüenza de su visita a Batu. Resolvió, pues, no ir y enviar en su lugar a Wassilko, a su hermano y a su hijo Lew y al obispo de Cholm, Iván, con lo cual podría quizás conjurarse tan supremo peligro. En

(1) Véase Antonowitz: *Historia del gran ducado de Lit ania*, Kieff, 1878 (en ruso).

(2) Véase la *Crónica*, según el manuscrito de Hypatius, pág. 560.

(3) Véase Lorenz, obra citada, pág. 310, nota.

cuanto a él, huyó primero a Polonia y después a Hungría.

Los emisarios de Daniel se avistaron con Burundai en Schumsk y le ofrecieron ricos presentes para calmar su cólera. El tártaro no mostraba benévolas intenciones, pues sabía que Daniel se aprestaba para la guerra y había puesto sus ciudades en estado de defensa. «Si sois mis aliados, destruid las fortificaciones de vuestras ciudades,» decía la orden que les dió. El hijo y el hermano de Daniel debían destruir los frutos de tantos años de esfuerzos y hacer más sensible el insulto del bárbaro con la obra de destrucción. Las fortificaciones de las ciudades fueron cayendo unas tras otras: las del territorio de Halicz fueron las destruídas en primer término, siendo las primeras las de Ystoschek y Lwow (Lemberg).

Lew, el hijo de Daniel, debía destruir las de Halicz, y Wassilko las de Wolhynia. De esta suerte sucumbieron Kremenez y Lutschesk; en Wladimir, residencia de Wassilko, las empalizadas fueron entregadas a las llamas y los baluartes derribados. Unicamente Cholm, la residencia favorita de Daniel, pudo ser salvada gracias a una astucia de Wassilko, el cual, en presencia de los tártaros y sin que éstos lo notaran, excitó a los habitantes a que opusieran resistencia. La fortaleza se encontraba en buen estado, y Burundai, que quería invadir la Polonia, no podía entretenerse sosteniendo un largo sitio.

Así es que penetró en Polonia por Lublín y Sowischost, asolando de un modo horrible aquellos territorios. Wassilko, Lew y Román, esposo de Gertrudis, tuvieron que aprestar sus tropas auxiliares. Los tártaros regresaron de su expedición cargados de rico botín conducido por muchos esclavos cristianos, los cuales constituían una parte, quizás la más rica, de aquel botín. Halicz y Wolhynia habían evitado la muerte y el incendio, pero ¿a qué precio? Con el fracaso que sufrieron los planes de Daniel, desapareció la importancia histórica de éste.

Después de la retirada de los tártaros recorrió de nuevo sus territorios y posteriormente tuvo que luchar casi de continuo con los lituanos, falleciendo en Cholm, su ciudad predilecta, a la edad de sesenta y tres años y dejando grata memoria en su país. «El rey Daniel fué un príncipe bueno, valiente y entendido: fundó varias ciudades y templos, embelleciéndolos extraordinariamente, y profesó entrañable amor a su hermano Wassilko, pudiendo decirse que fué un segundo Salomón.»

Si su obra quedó destruída y si no pudo conseguirse el objeto que se había propuesto—libertar el Sudoeste de Rusia del yugo de los tártaros y extender sus fronteras al Norte hasta los límites de Lituania,—culpa fué principalmente de sus sucesores, que no siguieron la línea de conducta por él trazada. Si Daniel conservó unidos los principados de Halicz y de Wolhynia y pudo aportar a la lucha las fuerzas de ambos, en cambio los intereses particulares de los príncipes que le sucedieron resultaron encontrados. Wassilko pudo ejercer, según parece, hasta su muerte, acaecida en 1271, una especie de supremacía, pero no consiguió dominar a sus sobrinos, especialmente al indómito Lew.

No tomó parte en la primera expedición común contra Polonia: cuando en 1270 falleció su hermano Schwarn, que entretanto había reinado en Lituania, toda Halicz pasó a sus manos, mientras que su sobrino Wolodomir Wassilkowitz y su hermano Mstislao se posesionaron de Wolhynia por derecho de herencia. Lo peor de todo fué que Lew trabó amistad con los tártaros, cuando esta amistad llegó a ofrecerle ventajas, sin poder, a pesar de esto, conseguir en el exterior aquella consideración de que su padre había gozado durante su vida. Su preferencia hacia los enemigos de Rusia fué tan allá, que formó para su defensa una guardia de corps tártara.

El Sudoeste de Rusia comenzó de nuevo a dividirse en principados parciales, y aun cuando Lew llevó el pomposo título de rey de Halicz (1), la importancia del principado fué menguando de día en día.

---

(1) Una excelente historia general de Halicz, hasta la muerte de Lew, encontramos en la *Historia de Rusia* de Ylowaiski, tomo II, cap. XXII, Moscou, 1880 (en ruso). Para mayor claridad reproducimos la tabla genealógica de la familia real de Halicz:

Daniel, † 1264
|
Lew, † 1301
|
Yuri, † 1316
Andrés, † 1324 Lew, † 1324
Yuri II, † 1336 (?) María, casada con Troiden
|
Boleslao, † 1340.

Este último ofrece dudas y quizás es el mismo Yuri II.

Lew falleció en 1301. Su hijo y su nieto no estuvieron a la altura de las circunstancias. Cuando con la muerte de Yuri Andreyewitz quedó extinguida la línea directa de los reyes de Halicz (1336 ó 1337), Wolhynia y Halicz pasaron a poder de los lituanos para caer poco después, en 1349, en manos de Polonia. Con esto el Sudoeste de Rusia quedó durante algunos siglos separado de los destinos de sus afines de raza en el Este y el Norte, pasando éstos bajo el dominio de los lituanos y contribuyendo de esta suerte a formar la gran potencia del siglo XIV.

CAPITULO VII

PRINCIPIOS DEL ENGRANDECIMIENTO DE LITUANIA

Durante los siglos XII y XIII comenzó a intervenir en la vida política de Europa aquella rama de los indo-europeos que más grado de afinidad tenía con los eslavos, a saber, el pueblo lituano.

Ya hemos visto el estado de cultura de los lituanos, tal como se nos presentaba durante el período de la unidad del idioma leto-eslavo. Después, y durante algunos siglos, la historia de la Lituania viene envuelta en una completa obscuridad. El pueblo lituano, establecido en el valle, abundante en lagos y selvas, que se extiende entre el Báltico, la corriente del bajo Duna y la desembocadura del Vístula y que abarca, por tanto, casi toda la cuenca del Niemen, se subdividía en muchas fracciones, y no estuvo hasta una época posterior en contacto con los pueblos civilizados de Occidente.

Los primeros que entraron en inmediatas relaciones con los occidentales fueron los pruzzi o prusianos, habitantes del país de Bernstein (ámbar amarillo), los cuales tuvieron que defender sus libertades contra los ataques de los alemanes y polacos, y en esta lucha por su independencia adoptaron una forma de Estado político. Escasas son, sin embargo, las noticias que tenemos acerca de su historia primitiva y de sus usos y costumbres (1).

El perfecto sistema de constitución política y de mitología prusianas, tal como lo han explicado hasta hace muy poco las mismas obras históricas, no es más que un tejido de piadosas invenciones y de audaces falsedades. Sólo encontramos noticias fidedignas en la narración de viajes de Wufstán, en la parte referente a Prusia, en las lacónicas relaciones de Adán de Bremen, en la crónica de Pedro de Dusburg y en la crónica rimada livonia. Además de éstas, tenemos las noticias referentes a fines del siglo XIII de las crónicas rusas y el material acumulado en los archivos.

Apoyados en ellos, podemos decir que a mediados del siglo XIII la Lituania ofrecía el siguiente aspecto:

De la parte septentrional de los territorios lituanos se apoderaron las tribus de los semigalios y de los letos, que habitaban más lejos del grupo principal y cuyo idioma era muy diferente del de este grupo. Las tribus establecidas en las comarcas del actual Aa-Kurio y del Duna cruzaron, en parte, este río y se dirigieron al Aa livonio, no llegando nunca a la costa y siendo, al parecer, la parte menos guerrera del pueblo (2). Más belicosos eran seguramente los prusianos, que se dividían en diez tribus y que eran los únicos lituanos que vivían en las costas, sin por esto ser marinos. Su residencia en las costas de Bernstein, por donde pasaban varias vías mercantiles (3), hizo que se asimilaran elementos de cultura que les hicieron moral y materialmente superiores a sus afines de raza.

Siendo, además, los primeros que tenían que defender el suelo de su patria contra los ataques exteriores, ya se comprenderá que fuesen los que antes sacudieran aquella especie de letargo que durante tantos siglos tuvo en el olvido a aquella rama de la raza aria. Su historia, sin embargo, coincide tanto con la de la orden teutónica y tiene tan pocos puntos de contacto con la rusa, que bien podemos pasarla por alto.

El centro propiamente dicho de los territorios lituanos estaba ocupado por los shmudes, que habitaban a orillas del alto Niemen y de sus afluentes, el Dubis

(1) Véase Lohmeyer: *Historia de la Prusia oriental y de la occidental*, primera parte, segunda edición, Gotha, 1881.

(2) Los escritores rusos cuentan entre éstos a los Kures, que habitaban a orillas del golfo de Riga y en las costas occidentales de la actual Curlandia y que formaban, prescindiendo de los húngaros, las primeras avanzadas de las tribus finesas. Véase Ylowaiski, obra citada, Antonowitz, obra citada, Daschkewitz y otros.

(3) La relación detallada se encuentra en la obra de Waldmann: *Berstein en la antigüedad*, Fellin, 1882.

y el Nenejasch, y por los lituanos o litwas, que tenían su residencia en las márgenes del Niemen y del Wilja. Por último, a ambos lados del Bug extendíase el territorio de los yatwiages. En los primitivos tiempos de estos pueblos no se encuentra ningún poder supremo público ni vida alguna municipal. A fines del siglo XIII y a principios del XIV comienzan a aparecer algunas ciudades, pero éstas en gran parte son fundaciones extranjeras debidas à rusos o alemanes (1).

La población se dividió en un gran número de pequeñas confederaciones, cada una con su jefe respectivo y cuyo centro era un castillo, es decir, un espacio cercado y situado en una altura o en sitio que ofreciera seguridad, en el cual, en tiempo de guerra, pudieran refugiarse hombres y ganado. Cuán considerable debía de ser el número de estos caudillos nos lo demuestra el hecho de que en una batalla que en 1248 libró Wassilko Romanowitz contra los yatwiages perecieron cuarenta «príncipes» de éstos, y de tales ejemplos pudiéramos citar muchos. Entre los diversos distritos, que tenían por jefe supremo a un caudillo, no existió hasta el siglo XIII una cohesión política, o si existió fué poco sólida. En aquella fecha comienzan a notarse las primeras señales de una consolidación.

La unidad era puramente etnográfica y desde el punto de vista de la civilización, y procedía de la comunidad de origen y de la igualdad entre sus respectivas condiciones de vida. Era esta una raza fuerte y culta, cuyas costumbres, antes de que la lucha por la independencia les diera cierto carácter de rudeza, eran las de un pueblo primitivo sencillo y bondadoso. Los prusianos presentan el ejemplo único de ser un pueblo habitante en las costas del mar que no utilizó el derecho de playa, sino que acogió siempre hospitalariamente a los náufragos. Más adelante ya fué otra cosa, y algunos rasgos de la más ruda crueldad demuestran hasta qué errores puede llegar la fantasía exaltada de un pueblo.

Como los lituanos no se dedicaban a la agricultura más que en cuanto se lo exigían las más indispensables necesidades, y como la cría de ganado no podía prosperar en grande escala en aquellas extensas llanuras pobladas de bosques, la caza y la pesca fueron la ocupación principal de los habitantes.

Los árboles de miel eran por ellos cultivados según el mismo primitivo sistema que seguían los eslavos: el comercio estaba reducido a una simple permuta de los productos del país por metales, armas y demás objetos que el lujo y la necesidad hacían indispensables. Sorprende en extremo que los lituanos, al revés de lo que acontecía respecto de los eslavos de anteriores tiempos, estuvieran bien montados y supieran cuidar perfectamente sus pequeños caballos: esto parece constituir una prueba de que este pueblo, antes de ocupar su residencia en el Norte, tuvo algún tiempo su patria en las estepas (2).

Por lo que a las ideas de los lituanos se refiere, está fuera de duda que tenían un sencillo culto de la naturaleza, como lo encontramos en los demás pueblos arios; en cambio, es muy problemático que viviera realmente en el pueblo la mitología perfecta que se le atribuye. El único autor fidedigno que puede servirnos de garantía, Pedro de Dusburg, nos dice sólo lo siguiente: «Los prusianos no tenían noción alguna de Dios, pues siendo como eran sumamente cándidos, su entendimiento no podía concebirlo, y careciendo, además, de alfabeto, no podían apelar a la escritura. Antiguamente se admiraban de que uno pudiera comunicar por escrito sus ideas a un ausente. No teniendo idea de Dios, consideraban como tal todo lo creado, como el sol, la luna, las estrellas, el trueno, los cuadrúpedos, los pájaros y hasta los sapos.

»Tenían también sus bosques, campos y ríos sagrados, en los cuales no se atrevían a cortar árboles, labrar ni pescar. En el centro de este absurdo pueblo, es decir, en Nadranen (3), había un lugar llamado Romowe... en el cual habitaba un hombre a quien daban el nombre de Kriwe y veneraban como pontífice... de suerte que por sus oraciones y sus con-

(1) De Kernow se hace mención en 1250, de Eirgola en 1280, de Kowno en 1280, de Telschi, Wilno-Troki y Lida en 1320. Véase Antonowitz (pág. 9), de quien principalmente tomamos los datos en esta parte. Daschkewitz ha hecho una crítica buena y detallada de este trabajo en la *Yswestija* de la universidad de Kieff, 1882. Si no hacemos caso de sus excusas, nos parece tener razón Antonowitz.

(2) Conjetura de Ylowaiski, obra citada, página 115. También parece probarlo el hecho de que bebieran leche de yegua.

(3) Pissa formaba la frontera entre Nadrauen y Sudauen. Hoy no puede determinarse el sitio en que estaba emplazada Romowe.

sejos se gobernaban no sólo los prusianos, sino también los lituanos y demás pueblos de los territorios livonios. Su poder era tan grande que cuando uno de sus parientes o simplemente uno de sus embajadores cruzaba llevando su bastón u otro distintivo cualquiera por el país, todos los príncipes y magnates y todo el pueblo en general le tributaban rendido homenaje.

»Como en la antigua confederación, conservaban el fuego siempre ardiendo. Los prusianos creían en la resurrección de los muertos; pero no del modo que se debe, pues en su creencia todos los que morían en esta tierra renacían en la vida futura con la condición de ilustres o vulgares, ricos o pobres, fuertes o débiles, que antes tenían. De aquí que juntamente con el cadáver quemaran las armas, los caballos, los esclavos de ambos sexos, los vestidos, los perros de caza, los halcones (1) y todo cuanto pertenecía a la vida guerrera, pues creían que con el difunto resucitaba todo lo quemado y volvía a serle útil.

»Después de una victoria ofrecían un sacrificio a sus dioses, y los que habían tomado parte en la guerra llevaban el tercio del botín al Kriwe, el cual lo quemaba. En la época de que vamos hablando, los letos y demás infieles de estas comarcas mataban las víctimas en cualquier lugar; antes de sacrificar un caballo, lo azotaban de tal manera que no podía ponerse en pie. Rara vez emprendían nada los prusianos sin consultar antes a sus dioses y sin tratar de saber, por medio de sacrificios, si la suerte les sería favorable o adversa. El prusiano no fijaba su atención en los vestidos superfluos y costosos; hoy se desnudaba y al día siguiente no se cuidaba de si se ponía el vestido al revés. Ni tenían blanda cuna ni manjares delicados. Sus bebidas eran el agua clara, la miel y la leche de yegua, y antes de beberlas las bendecían.

»Creían que cuando el huésped no se embriagaba era señal de que no se le había dispensado buena acogida. Había entre ellos la costumbre de obligar a todos en los banquetes a beber sin medida, y cuando ponían alguna bebida delante del convidado, le imponían la condición de beber también mucho, y de esta suerte repetían los tragos hasta que convidados y huéspedes, hombres y mujeres, hijos e hijas estaban embriagados.

»Siguiendo un antiguo uso, compraban a las mujeres por una suma de dinero, y por esto les servían como esclavas, no comían en la misma mesa del marido, y en determinados días lavaban los pies a los de su casa y a los convidados. Entre ellos no estaba tolerada la mendicidad: el pobre entraba en las casas y comía cuanto quería. Cuando ocurría un asesinato, no se pensaba en un arreglo hasta que los parientes de la víctima habían muerto al asesino o a sus parientes.»

El testimonio indudable de Dusburg respecto de las creencias religiosas de los prusianos ha sido la base sobre la cual la Edad media y la época de la Reforma construyeron un edificio de mitología lituana a cuyo frente figuraba la trinidad formada por Perkuno, Protrimpo y Pikollo, cuyo culto estaba dirigido por una jerarquía bien organizada. Podía, pues, imaginarse el Estado lituano como un Estado teocrático, o considerarse por lo menos que en aquel país, sin la presión del exterior, hubiera debido formarse un imperio clerical.

Todas estas ideas no resisten a un serio examen. Debe, sin embargo, notarse que Dusburg sólo se fijaba en los prusianos, a los cuales conocía perfectamente, y que es inadmisible la idea de una transmisión de caracteres prusianos a la raza leto-lituana. Ni entre las tribus letas ni entre los lituanos propiamente dichos se descubre la influencia del Kriwe de Romowe en la vida pública (2). La trinidad prusiana es una noción que corresponde a la trinidad cristiana. Las imágenes poco auténticas de los dioses que nos ha transmitido la tradición, la del dios Kurche, por ejemplo, tienen un carácter abstracto y poco comprensible. El Kriwe es hasta ahora un enigma no descifrado, pues en la historia de Prusia no encontramos huella alguna de verdadera influencia por él ejercida.

Poco puede decirse de la división en clases de la tribu lituana. Una clase de señores (3) de la cual salían, sin que se-

(1) Este pueblo conocía, pues, los halcones y los azores, lo cual es nueva prueba de lo que hemos dicho de las estepas.

(2) Véase acerca de esto Lohmeyer, obra citada, pág. 26.

(3) Puede ponerse en duda si los príncipes eran de la misma raza que sus súbditos, pues hay datos para creer que eran extranjeros. Sin embargo, no se ha dicho en esta cuestión la última palabra, y sólo un análisis filológico de los nombres hecho por mano experta podría arrojar luz sobre este punto.

pamos cómo, los caudillos; una propiedad territorial más o menos importante; la libertad y la esclavitud, tales eran los fundamentos en que se basaban las diferencias sociales. Sin embargo, parece que la idea de clases era en ellos más intensa que en los eslavos y parece también que entre las tribus lituanas se hallaba mayor cultura que entre las letas, en las cuales apenas aparecen huellas de una nobleza en embrión.

La masa de estas tranquilas poblaciones se puso necesariamente en movimiento, como hemos visto, ante los ataques de los pueblos vecinos, como los polacos, los rusos y sobre todo los alemanes. Ya desde antiguo pagaban un tributo a los príncipes rusos vecinos, especialmente a los de Polozk, y existían entre ellos relaciones recíprocas. Durante la segunda mitad del siglo XII los lituanos comenzaron a tomar a su vez la ofensiva, y a medida que se marcó más la decadencia de Kieff fué en aumento el poder de Lituania, cuyas correrías y ataques no estaban en situación de resistir los pequeños principados rusos.

De aquí que se encendiera una guerra constante en las fronteras y que Nowgorod, Wolhynia, Halicz y otros territorios estuvieran de continuo en lucha con las tribus lituanas orientales (1), que sólo supo dominar Román Mstislawitz. Los que más amenazados se veían, es decir, los príncipes de Polozk, no estaban a la altura de la misión a ellos confiada de resistir los ataques de los lituanos, y aun ellos habían dado el ejemplo de apelar a las tribus lituanas para sostener sus luchas contra los otros príncipes rusos.

Este hecho se había repetido con suma frecuencia desde mediados del siglo XII, de manera que los lituanos pronto conocieron el lado débil del principado de Polozk y comenzaron desde fines del siglo XII y principios del XIII a establecerse en aquel territorio después de varias y frecuentes correrías. El estado de postración en que se encontraba Rusia desde las invasiones de los mogoles favorecía en alto grado a los lituanos. Plano Carpini, que entonces se encontraba camino de Sarai, se lamenta de los peligros que de continuo le amenazaban por parte de estas tribus, cuyas narraciones históricas posteriores mencionan tres soberanías de príncipes lituanos en el suelo ruso, y dicen haber caído en manos de estas tribus la misma ciudad de Polozk.

Sin embargo, esto debe considerarse como una invención destituída de todo fundamento histórico. Lo indudable es que se hicieron esfuerzos para fundar un imperio ruso-lituano y que tales esfuerzos se llevaron en definitiva a feliz término por el primer personaje de carácter histórico que nos ofrece la Lituania, por Mindowe, hijo de Ringold, a pesar de todos los obstáculos que a la realización del plan opusieron el Gran maestre de la orden teutónica y los príncipes de Halicz, Polonia y Masowia.

Los primeros años de este hombre extraordinario están envueltos en la obscuridad, y únicamente se sabe que el punto de partida de su poderío fué Kernoff, y que después de la muerte de su padre no fué soberano único (2), sino que junto a él y en la misma Lituania había muchos príncipes independientes. Lo único que consiguió fué dominar a Nowgorod y el territorio de la llamada Rusia Negra y sentar su planta, sin que nos sea dado seguirle en sus empresas, en Polozk, Witebsk y Smolensko. Apoyado por estos elementos rusos se dedicó a crear en la misma Lituania una vida política debidamente organizada, en cuya tarea se encontró con la enérgica resistencia que le opusieron sus compatriotas y hasta sus más próximos parientes.

Sus sobrinos Tewtiwil y Yediwid quisieron romper los lazos de dependencia que con él les unían y gobernar en Polozk y en Witebsk como príncipes independientes, uniéndose a ellos el príncipe Wykont de Schamait, que veía con cierta desconfianza los esfuerzos que en pro de la unión hacia Mindowe. Cierto que éste consiguió, en 1247, desterrar a los sublevados, pero Tewtiwil de Polozk, cuñado de Daniel y de Wassilko, solicitó el auxilio de estos poderosos príncipes y se dirigió después a Riga, donde, habiendo abrazado el cristianismo, supo inducir a Andrés, maestre de la orden livonia, a que formara una alianza con los yatwiages y schamaítas, que se habían sublevado para conservar la antigua situación especial de las distintas tribus lituanas.

Habiendo Daniel de Halicz atraído a esta alianza a los príncipes de Polonia, Mindowe no pudo resistir con las armas

(1) Las anteriores luchas de los príncipes rusos con los lituanos están referidas por Daschkewitz en su obra: *El reinado de Daniel de Halicz*, pág. 110, nota 3.

(2) Véase Bonnell: *Cronografía ruso-livonia*, pág. 80, y Sjogren: *Los yatwiages*.

en la mano la coalición y pensó en salvar su obra por medio de hábiles negociaciones diplomáticas. Se atrajo al más poderoso de sus adversarios, Daniel de Halicz, cediéndole la Rusia Negra, con lo cual quedaba salvada su soberanía feudal. Este fué un rasgo de habilidad extraordinaria, pues Daniel no podía entrar en posesión de la Rusia Negra sino después de haber sometido a los yatwiages, cuyos territorios se interponían como una cuña entre aquélla y sus principados. Los yatwiages opusieron tenaz resistencia y dejaron de esta suerte de ser un peligro para Mindowe.

Con igual habilidad había sabido también atraerse al maestre de la orden teutónica, declarándose pronto a recibir el bautismo, y efectivamente, en la primavera de 1251 abrazó el cristianismo en Nowgorod Litowski. El papa Inocencio IV recibió esta noticia con placer sumo. Mindowe y su territorio, así como las comarcas que posteriormente debía arrebatar a los infieles, entraron en relaciones defensivas con la Santa Sede, y el obispo Heidenreich de Kulm recibió el encargo de coronar a Mindowe como rey de Lituania y de consagrar, lo más pronto posible, un obispo para este país, recientemente conquistado al cristianismo.

Si la coronación definitiva no tuvo efecto hasta el verano de 1253, culpa fué de las negociaciones que para este importante objeto hubieron de entablarse con el Gran maestre de la orden teutónica, residente todavía en Accón. El maestre Andrés había mandado hacer en Riga las coronas para Mindowe y para su esposa, y luego se celebró con gran pompa el acto de la coronación en presencia del mismo maestre.

Durante los nueve años que a esto siguieron vemos a Mindowe en estrecha alianza con la orden, a la cual colmaba de presentes y de privilegios. Si hemos de dar crédito a un documento cuya autenticidad no está fuera de toda duda, Mindowe nombró heredera, para el caso de morir sin herederos legítimos, a la rama livonia de la orden teutónica. Pero como poco después obtuvo el derecho de coronar a su hijo Woischelg, aquella designación perdió toda su importancia práctica.

Ya se comprenderá que Mindowe no se mostraba tan pródigo por amor a la orden ni al cristianismo. Ante el peligro que le amenazaba y que deseaba evitar a toda costa, escogió el medio más eficaz y supo sacar mucho provecho de los acontecimientos. La larga soberanía de la orden sobre los territorios que le habían sido cedidos produjo en éstos una gran excitación nacional. Todavía alentaba el paganismo lituano y la mayor parte de los súbditos de Mindowe nada deseaban tan ardientemente como que rompiera la alianza con la orden y volviera a sus antiguos dioses. Todos los habitantes de los territorios lituanos habían comprendido que era más fácil obedecer a un soberano de su propio pueblo que a un señor extranjero. Mindowe se mantuvo reservado ante esos deseos de sus súbditos (1); pero cuando en 1260 estalló en estos nuevos territorios de la orden una terrible sublevación; cuando se hubo librado delante de Durben (13 de julio de 1260) la batalla decisiva, en la cual la orden fué completamente derrotada por efecto de una traición de los kures, quedando más y más quebrantadas sus fuerzas con la derrota sufrida al siguiente año en Lennewarden, y cuando al propio tiempo llegó la noticia de haberse también sublevado la isla de Oesel, Mindowe hizo los preparativos necesarios para a su vez sacudir el yugo de la orden y del cristianismo. A su sobrino Troinat de Schamait se atribuye la culpa de que Mindowe se separase públicamente del cristianismo (verano de 1262) y de que, con Alejandro Newski, firmara una alianza contra Livonia, y aun cuando no pudo llevarse completamente a cabo el plan de campaña convenido, por haber atacado Mindowe demasiado pronto o Alejandro demasiado tarde, la Lituania consiguió por lo menos verse libre de la soberanía alemana y del cristianismo.

Pero Mindowe no pudo conseguir la unión de toda la Lituania en sus manos como deseaba. Apenas hubo desaparecido el peligro de la orden, volvieron a encontrarse frente a frente los partidos, y Mindowe perdió la vida a consecuencia de una conjuración en la que entraron gran número de príncipes rusos y lituanos. Había emprendido, en otoño de 1263, la marcha para atacar al príncipe Román de Brjansk, cuando fué sorprendido en su campamento y asesinado con sus dos hijos menores.

La independencia de las pequeñas soberanías había sido el pretexto que ha-

(1) Las narraciones rusas confunden en este punto el orden cronológico, que ha sido definitivamente fijado por Bonnell.

bía costado la vida a Mindowe, pero muerto éste, estalló una encarnizada lucha entre los pequeños soberanos para ceñir la corona de Gran duque. Los conjurados se dividieron en dos partidos: al frente de los schamaítas, que hasta mediados del siglo XV constituyeron el centro de la Lituania, encontrábase Stroinat, que era pagano, mientras que Tewtiwil, príncipe de Polozk y jefe del partido contrario, era, desde hacía mucho tiempo, cristiano y se apoyaba en su alianza con Nowgorod. Este último fué muerto y su hijo tuvo que huir a Nowgorod, mientras Stroinat era coronado gran duque. «Lituania, sin embargo— dice la crónica wolhynia,— envió un príncipe a Polozk.» El partido ruso-cristiano no había sido aniquilado y encontró en Woischelg, primogénito de Mindowe, un caudillo que había sentido, ya en vida de su padre, siendo gobernador de la Rusia Negra, la influencia de la civilización rusa.

Cuando Mindowe hubo de ceder en 1255 a Halicz las conquistas que había hecho en Rusia, Woischelg fué probablemente conducido en rehenes a Cholm, donde por convicción propia y espontánea se había hecho cristiano, y de tal manera se arraigaron en su ánimo las ideas ascéticas cristianas, que se hizo tonsurar como monje y concibió el proyecto de retirarse al monte Athos. Púsose en efecto en camino, pero no llegó adonde se había propuesto, y a su regreso fundó un convento cerca del Niemen. Mindowe no estaba satisfecho de la conducta de su primogénito, pero no pudo torcer su inclinación religiosa. Cuando a su muerte triunfó con Stroinat el paganismo, Woischelg se creyó llamado a ser el restaurador del cristianismo y, despojándose de los hábitos, solicitó el auxilio del príncipe Pinsk de Nowgorod y de Schwarm, hijo de Daniel de Halicz.

En la empeñada lucha que entonces estalló pereció Stroinat a manos de un asesino, sucumbiendo con él su partido. Dowmont, uno de los asesinos de Mindowe, huyó a Pleskau, donde, como hombre decidido e importante que era, desempeñó un papel principal. En Lituania ocurrió entonces un cambio de gobierno. Woischelg, que, convencido de que llenaba una misión divina, había abandonado el claustro, hízose adoptar por Wassilko Romanowitz de Wolhynia, y después de haber entrado por este medio en las familias de los príncipes de Halicz y de Wolhynia, adoptó a su vez a Schwarn, hijo de Daniel, que se encontraba en la infancia, le cedió el gobierno y regresó a su convento. Sin embargo, esta preponderancia del elemento ruso-cristiano así fundada en Lituania no duró mucho tiempo.

Entre 1267 y 1268 ocurrieron dos fallecimientos que dieron lugar a que los lituanos recobrasen la preponderancia perdida: Woischelg fué asesinado por Lew Danilowitz de Halicz y Schwarn falleció de muerte natural. Entonces fué proclamado Gran duque de Lituania Troiden, fanático pagano (1270-1282): la familia real de Galitzia, destrozada por luchas intestinas, no pudo hacer valer sus pretensiones. El elemento lituano-pagano conservó durante veinte años la preponderancia, pero la íntima cohesión de Lituania, tal como la había creado Mindowe, comenzó a debilitarse de nuevo. En Polozk y en Witebsk proclamóse príncipe Erden, el cual no quiso reconocer la soberanía de Troiden: su dominación se extendía sobre una multitud de caudillos, todos los cuales querían ser independientes en sus pequeños territorios respectivos: de aquí que la Lituania comenzara a ver disminuida la extensión de sus dominios.

Troiden era suficientemente fuerte para resistir las pretensiones de los príncipes galitzio-wolhynios; pero contra las nuevas invasiones de la orden teutónica en Prusia y Semigalia no podía proteger a sus compatriotas, a los cuales tampoco era dado defenderse si no habían de contar más que con sus propias fuerzas. El territorio de los yatwiages pasó a poder de Polonia.

No había, pues, para la Lituania más salvación que llevar nuevamente a cabo los planes de Mindowe.

CAPITULO VIII

WITEN Y GEDIMIN (1293-1341)

Una de las consecuencias producidas por el reinado de Mindowe había sido introducir en Lituania una especie de sistema feudal que, enlazándose con los elementos existentes de una clase de señores, echó pronto hondas raíces en las opiniones de esta clase. De esta nobleza feudal nació probablemente en 1282 y 1291 una nueva dinastía: el primer príncipe de esta familia fué Lutuwer, a quien sucedió al poco tiempo su hijo Witen (1293-1316), sucediendo a éste el otro hijo

de Lutuwer, Gedimin, que gobernó de 1316 a 1341 (1). Estos son los verdaderos fundadores del poderío de Lituania. Ellos pusieron término a las conquistas de la orden teutónica y anexionándose los Estados vecinos formaron un imperio que entró a figurar en el número de los Estados europeos con cuyo poder político hubo de contarse.

No referiremos las muchas guerras que Witen sostuvo con la orden y con Polonia; lo esencial está en que los lituanos, desde aquel momento, formaron ejércitos ordenados, numerosos y disciplinados, y en que penetraron hasta muy adentro de los territorios enemigos, sitiando ciudades, haciendo uso de máquinas de guerra y acampando en campamentos levantados en toda regla. Además de esto, una porción de ciudades y de lugares fortificados defendían las fronteras, de manera que a los pocos años vemos realizado en aquel país un rápido progreso militar. Se ha querido explicar este curioso fenómeno por la circunstancia de haber aprendido rápidamente los lituanos las lecciones de sus hermanos de la orden teutónica, tan expertos en cosas militares, y en efecto, algo debió de influir esto; pero los elementos rusos (2) fueron principalmente los que imprimieron la dirección al desenvolvimiento militar de Lituania. Todos los documentos, así los de Occidente como los de origen ruso, demuestran que en el ejército lituano militaban tropas rusas.

Los lituanos y los rusos son simultáneamente nombrados en las campañas guerreras de Gedimín; generales rusos estaban al frente de las tropas lituanas, y rusos eran la mayor parte de los que se presentaban en los Estados vecinos con el carácter de embajadores de los lituanos. El único personaje que sobresalió al lado de Witen y de Gedimín, el castellano de Grodno o el «burgrave de Garthen,» como le denomina la crónica del Gran maestre, fué David, de nacionalidad rusa (3). El era quien conservaba en su poder las llaves de las fortalezas lituanas de la parte de Masowia y de los territorios de la orden, y quien mandaba el ejército lituano en ausencia del príncipe.

En el título que llevaba Gedimín se ve bien la importancia del elemento ruso: en efecto, denominábase rey de los lituanos y de los rusos, o «rey de los lituanos y de muchos rusos (4).» Era, pues, natural que, dado el intenso sentimiento nacional de los lituanos, la preferencia manifiesta que se daba al elemento ruso produjera, como en efecto produjo, un descontento cada vez mayor. Un hijo de Troiden, a quien Lutuwer había usurpado el trono, se puso al frente del partido contrario, y apoyado por la orden teutónica y por la tribu de los schamaítas, procuró desde 1286 conquistar para sí la soberanía. En 1314 consiguió Gedimín apoderarse de él y darle muerte, y ya se comprenderá que en tales circunstancias se apoyó cada vez más en el elemento ruso.

Si examinamos la parte de Rusia perteneciente a la Lituania, veremos que la formaban las ciudades de la Rusia Negra con sus territorios, Nowgorod, Sditow, Slonim y Wolkowysk. La población se componía de los kriwitsches, de suerte que hasta mediados del siglo XIV la denominación técnica de aquellas comarcas fué *terra Crivitiae*, país de los kriwitsches. Este país había sido conquistado en tiempo de Ringold y conservado siempre por los lituanos. En tiempo de Witen y de Gedimín fué administrado por David, «el burgrave de Grodno,» siendo más tarde distribuído entre Mondiwid y Koriat, hijos de Gedimín.

El principado de Polozk pasó a poder de la Lituania en tiempo de Mindowe, probablemente poco después de 1250. Reinaba en él Towtiwil, a quien sucedió Erden, que fué bautizado según el rito latino y puso su territorio bajo la soberanía del obispo de Riga. Posteriormente, la orden teutónica vendió sus derechos a la soberanía de Polozk al Gran duque de Lituania (5) y Witen conquistó la ciudad, la cual en 1326 estaba ya gobernada por Woini, hermano de Gedimín. En la parte de Polozk que pertenecía a Minsk gobernaba un príncipe

(1) Que Gedimín era hijo de Lutuwer y hermano de Witen, y no antiguo escudero, como pretenden posteriores leyendas, se prueba perfectamente por el acta del tratado que durante la segunda mitad del año 1323 se firmó entre Riga y Lituania.

(2) Véase Antonowitz, obra citada, pag. 44.

(3) Bonnell (*Cronografía*, índice) le llama hermano de Gedimín, pero esto lo contradice el documento número 53 de los *Archivos ruso-livonios*. David estaba casado con una hija de Gedimín.

(4) *Rex Lithwinorum Ruthenorumque, rex Lethwinorum et multorum Ruthenorum.*

(5) No puede precisarse la época en que Polozk fué tomada por Witen, pero puede asegurarse que no fué en 1307, como pretende Antonowitz. Véase Bonnell, obra citada, pág. 101.

ruso como feudatario de Lituania. Turoff y Pinsk eran también indudablemente lituanas en tiempo de Gedimín; Witebsk pasó igualmente a poder de Lituania, pero fué pacíficamente, por medio de un matrimonio: el hijo de Gedimín, Olgerd, se casó con la hija y heredera de Yaroslao Wladimirowitz, último príncipe de Witebsk, a quien sucedió en 1320 como legítimo heredero.

Por igual medio pasaron a poder de Lutart, hijo de Gedimín, Wladimir, Luzk y Wolhynia, cuando en 1340 se extinguieron las familias allí reinantes (1). La adquisición más importante que hicieron los lituanos en el suelo ruso fué Kieff con los territorios a ella anexos; pero no puede fijarse exactamente la época en que tuvo efecto. La cronología posterior lituana y polaca dice que la conquista de Kieff se realizó en 1320 a 1321, pero como se ha demostrado que tal conquista no pudo ocurrir en aquella fecha y como, además, ciudades que pertenecían a Kieff, como Shitomir y Owrutsch, fueron conquistadas por Gedimín, puede darse por seguro que Gedimín, después de haber debilitado considerablemente a Kieff tomándole importantes territorios, verificara la unión definitiva de la antigua capital de Rusia con Lituania valiéndose al efecto de su hijo Olgerd Gediminowitz, que en 1362 derrotó por completo a los tártaros junto al río Sina.

Durante el reinado de Gedimín, más de las dos terceras partes del imperio lituano estaban pobladas con rusos, naciendo de aquí un poderoso imperio lituano-ruso-occidental que necesariamente había de encontrarse en pugna con Moscou, donde entretanto se había formado, como veremos, otro centro. Mientras en Lituania las dos nacionalidades de lituanos y eslavos estaban desunidas, y el antagonismo que entre una y otra existía debilitaba las fuerzas del todo, Moscou—que también tenía dos nacionalidades, la rusa y la finesa, si bien esta última no tenía pretensión alguna política y ponía su fuerza y su actividad sumisamente a la disposición de los príncipes—pudo dedicar todas sus fuerzas a la realización del plan que en lo porvenir había de convertirla en centro de unión de todas las tribus rusas.

Sin ahondar en estos sucesos, que hemos de examinar cuando tratemos de la historia de Moscou, puede hacerse notar que habiendo entre Moscou y Lituania una zona neutral formada por los territorios de Pskoff, Nowgorod, Smolensko y Sewersk, necesariamente estos territorios debían ser el teatro de las luchas políticas de uno y otro Estado, a pesar de las relaciones de parentesco que existían entre Gedimín y el Gran duque de Moscou. Esto aconteció especialmente en Nowgorod y en Pskoff: en ésta existía desde hacía mucho tiempo un partido lituano: Dowmont, uno de los asesinos de Mindowe, se había refugiado en esta ciudad (1265) y había sido elegido príncipe, después de haber abrazado el cristianismo. Era hombre dotado de uno de esos caracteres enérgicos que tanto abundaban entre los lituanos y que formaban contraste con los degenerados descendientes de Rurik.

Había defendido a Pleskau contra todos los ataques de lituanos y livonios, y aun cuando tuvo que abandonar temporalmente la ciudad, falleció en 20 de mayo de 1299 siendo príncipe de Pskoff, dejando el gobierno a su hijo David (2). Cuando quiso Pskoff hacerse independiente de Nowgorod, Gedimín la prestó su apoyo, no perdonando ocasión alguna de atraerse a los pskoffitas. El auxilio de la Lituania salvó en 1322 y 1323 a la ciudad de los ataques de la orden teutónica, y en 1331 Gedimín tomó parte activa en la separación de la eparquía de Pleskau de Nowgorod. En 1328 a 1338, con su auxilio, pudo sostenerse en ella el príncipe Alejandro Michailowitz; pero Lituania no pudo proporcionar auxilio alguno contra el kan, el cual mandó dar muerte a Alejandro en la Horda en 28 de octubre de 1339.

También en Nowgorod dejó sentir Gedimín su influencia en contraposición a Moscou. Cuando en 1333 la república se vió amenazada por los moscovitas, Gedimín envió allí a su hijo Narimont, el cual recibió de los nowgorodes muchos lugares importantes, tales como Ladoga, Orechowez, Karelia y hasta Koporje, hecho cuya consecuencia inmediata fué la disminución de la influencia moscovita. Pero Narimont era harto variable, así es que si permaneció en el suelo nowgorode puede decirse que fué accidentalmente, pues en 1338, cuando la guerra de Suecia, dejó a dicha ciudad abando-

(1) No se sabe de fijo si la adquisición de Wolhynia se llevó a cabo sin lucha. Véase Daschkewitz, obra citada, pág. 332, nota 2.

(2) Dowmont posteriormente fué declarado santo.

nada a sí misma y acabó con la influencia que Lituania ejercía sobre punto tan importante.

De mucha más trascendencia fueron las relaciones con Polonia y Livonia. En 1325, Wladislao Loktek había firmado con Gedimín una alianza ofensiva y defensiva, dirigida especialmente contra la orden teutónica y contra los masowios. Aldona, hija de Gedimín, después de haber recibido en Cracovia el bautismo y el nombre cristiano de Ana, se casó con Casimiro, heredero del trono de Polonia, quedando de esta suerte formada la primera alianza dinástica entre ambos poderosos adversarios, que tan funesta había de ser para la orden. El hecho de que Gedimín persistiera en el paganismo nada significaba para Wladislao en esta importante cuestión política si se conseguía el objeto principal, cual era destruir el poder de la orden teutónica. Así fué, contribuyendo a ello en gran parte la circunstancia de haber conseguido Gedimín encontrar en la ciudad de Riga un aliado en los mismos territorios de la orden.

Para explicar este hecho de tanta importancia para el desenvolvimiento de Lituania, hemos de estudiar los acontecimientos ocurridos en el interior de Livonia.

En Livonia la orden tenía que luchar por un lado con el arzobispo y con los obispos, y aun cuando se reconoció por la Curlandia feudataria de estos prelados, no se sentía dispuesta a soportar durante mucho tiempo semejante carga. Con gran trabajo pudo mantenerse aparentemente la paz entre ambas partes, pero la lucha estalló cuando apareció en Riga un nuevo factor político de importancia, cuya situación especial debía acabar con los partidos.

La ciudad de Riga, creación del obispo Alberto, se había mantenido independiente de la orden y para nada se habló de ella cuando se procedió a repartir entre el obispo y la orden los territorios lituanos livonios. Ya los hermanos de la Espada sólo de mala gana habían consentido en que Riga continuara exclusivamente poseída por el obispo. La orden teutónica ansiaba tanto más participar de la soberanía sobre la ciudad, cuanto que ésta, cuya importancia mercantil y bienestar material aumentaban de día en día, iba sacudiendo cada vez más la férula de los obispos.

La administración estaba en manos de funcionarios que Riga elegía de entre sus propios ciudadanos, de suerte que la orden vió en esta situación administrativa un obstáculo más para la realización de su idea de unir todos aquellos territorios bajo su soberanía. La orden no podía ni quería tolerar esta administración autonómica: su plan consistía en poner a Riga en la misma situación de dependencia en que tenía a las ciudades prusianas.

En 1274 rompiéronse las primeras hostilidades, pasándose mucho tiempo en alternativas de victorias y derrotas y teniendo que intervenir en la cuestión no sólo los dueños eclesiásticos del país, sino también el emperador y hasta el Papa. En 1297 ocurrió el rompimiento definitivo; y habiendo la orden mostrado su superioridad en una sangrienta batalla y pensado levantar entre Riga y el mar una fortaleza para rendir la ciudad por hambre, los ciudadanos, en trance tan apurado, firmaron una alianza con Witen y Lituania.

El día de Pascua de Pentecostés del año 1298 ocurrió la primera invasión, que llevó a los lituanos hasta el centro mismo de Livonia. Cuando la orden salió, junto al Aa, al encuentro del ejército que regresaba cargado de botín, sufrió, a pesar de todo el valor que mostró en la lucha, una completa derrota; pero, apoyada después por Prusia, pudo reparar este desastre con una brillante victoria conseguida junto a Neuermuhlen, en 29 de junio de 1298. A consecuencia de esto firmóse un armisticio.

Riga, sin embargo, no abandonó la alianza lituana y siguió ante la corte pontificia de Aviñón un enconado pleito contra la orden. Cuando, en 1305, compró ésta el convento fortificado que se alzaba junto a la desembocadura del Duna, Riga llamó por segunda vez en su auxilio a los lituanos. Pasaremos por alto los sucesos de los años que siguieron por referirse muy poco a los lituanos. Mucho le costó al Gran maestre Carlos de Tréveris conseguir del Papa, en 1319, que reconociera como legítima la compra del referido convento. Riga se sometió, porque entonces no le quedaba otro recurso, pero se propuso enterrar en Aviñón la situación de la orden y a este efecto reprodujo la queja antiguamente presentada (1), acusando a la orden de haber sido la causa de que el Gran duque Gedimín y su pueblo no hubiesen abrazado el cristianismo. Al pro-

(1) Véase el *Archivo ruso-livonio*, núm. XLV.

pio tiempo estrecháronse más y más las relaciones entre Gedimín y Riga, en lo cual el primero llevaba la doble intención de hacerse con un aliado contra la orden y de atraer a su imperio colonos de Oriente.

Poco después, en verano de 13`3, cundió la noticia de que dos consejeros de Riga habían regresado a esta ciudad con cartas de Gedimín, en las cuales ponía en conocimiento de todo el mundo que estaba dispuesto a abrazar el cristianismo y que sólo se lo impedía la hostilidad de la orden. De estas epístolas pudieron realmente enseñarse cuatro. Una de ellas, sin fecha, iba dirigida al papa Juan XXII (1) y decía: «Hace mucho tiempo había él (Gedimín) oído que todos los que profesaban las doctrinas cristianas debían someterse a los paternales consejos del Papa. Por esto su antecesor Mindowe había abrazado con todo su reino el cristianismo, pero las humillaciones y traiciones de los caballeros de la orden teutónica habían sido causa de que todos abandonaran la doctrina de Cristo y de que él mismo profesara todavía los errores de sus antepasados. A menudo habían éstos enviado embajadores a los arzobispos de Riga, pero todos habían perecido a manos de los caballeros de la orden. Su antecesor había entregado una iglesia a dos minoritas, pero los caballeros de la orden, al tener de ello noticia, habían enviado tropa que incendió el templo. Los propios caballeros habían ejercido constantemente violencias sobre los sacerdotes, y cuando asolaban comarcas como la de Semigalia decían que lo hacían para defender a los cristianos. El, Gedimín, no combatía a los cristianos, sino que reparaba las injusticias cometidas, como hacían los príncipes cristianos, y prueba de ello era que tenía en sus dominios frailes franciscos y dominicos, a los cuales había conferido plenos poderes para bautizar, para predicar y para dedicarse a otras prácticas religiosas. Esto lo escribía al Papa para que supiera por qué sus antepasados habían persistido en las creencias erróneas. Ahora pedía al Papa que tuviese en consideración su situación, porque estaba dispuesto a obedecerle en todo como los demás príncipes cristianos, con tal que a nada se le obligara respecto de la orden teutónica.»

Después de esto declaraba que él y sus hijos miraban al Papa y a los cardenales como padres, y unía a esto la súplica de que el Papa le enviara al arzobispo de Riga y a un legado suyo para firmar la paz. En otra carta manifestaba que él y los magnates de su reino querían perseverar en los sentimientos expuestos respecto del Papa y de la Iglesia romana: que había hecho su profesión de fe de que «había un Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, cuyo Dios verdadero y vivo había instituído al Papa como pastor y regente de todos los que habían de salvarse...» A esto unió, al parecer, la súplica de que el Papa le enviara legados que le dirigieran y le instruyeran en las doctrinas católicas.

En otra carta dirigida a las ciudades marítimas de Lubeck, Rostock, Stralsund, Greifswalde y Stettin y a los comerciantes e industriales de Gothlandia, excitaba a unas y a otros a que emigrasen a su país. Otras cartas dirigidas a frailes predicadores y a minoritas, especialmente de Sajonia, eran súplicas para que le enviaran sacerdotes.

Esto hizo gran sensación y su consecuencia inmediata fué que en 10 de agosto de 1323 los señores del país livonio, los de la Curlandia y la Estlandia y los representantes de las ciudades de Riga y Dorpat se reunieran en Ermes (Walk), acordando enviar una embajada a Gedimín para firmar con él la paz. Los embajadores, entre los cuales figuraban dos hermanos de la orden, se dirigieron a Wilna, donde se firmó la paz el día 2 de octubre, sin que para nada se hablara del bautizo del rey.

Cuando se acudió al Papa para confirmar esta paz, no sólo los obispos prusianos le aconsejaron que no la ratificara, sino que las órdenes monásticas de Prusia tomaron también la defensa de la orden teutónica. Temíase con razón que Gedimín dirigiera contra ésta todas sus fuerzas, y en realidad aquel príncipe se mostraba hacia ella tan hostil como antes. A pesar de todo esto, la alegría que reinaba en Aviñón era grande y el papa Juan XXII envió a Lituania una embajada, al frente de la cual fueron como legados pontificios dos prelados franceses, el obispo Bartolomé de Alet y el abad Bernardo de San Teofrido, y a la cual se unieron el arzobispo Federico de Riga y los embajadores de esta ciudad.

Todos ellos se reunieron en Riga el 22 de septiembre de 1324, ocupándose, en primer término, en enviar algunos sacerdotes a Gedimín para convencerse

(1) Véase Bonnell: *Cronografía. Comentarios*, pág. 162.

directamente de que estaba dispuesto a abrazar el cristianismo, pues, según parece, no faltaba quien pusiera en duda la buena fe de las cartas dirigidas por él a los de Riga. Los emisarios llegaron el día 3 de noviembre a Wilna, donde residía el príncipe, y regresaron el 25 del propio mes llevando una memoria en la cual se demostraba plenamente que el Papa había sido víctima de un atrevido engaño y que Gedimín no quería en manera alguna renegar de las creencias de sus padres.

El interesante documento, que a la vez arroja un rayo de luz sobre la persona de Gedimín, es bastante notable y merece, por tanto, que lo reproduzcamos textualmente (1): «Sea público y notorio que nosotros, los emisarios de los legados del Papa, del señor arzobispo y del burgomaestre de Riga, nos presentamos al rey de Lituania en su capital, Wilna, la tarde después del día de Todos los Santos, y que nos dió audiencia por la noche. Cuando fuímos introducidos a su presencia estaba sentado con sus consejeros en la sala del trono: le entregamos las cartas de los señores legados, del arzobispo, del obispo de Dorpat y Oesel y del burgomaestre de Riga, y las tomó bondadosamente. Al manifestarle que teníamos que transmitirle un encargo de las personas mencionadas, nos contestó que no era aquel momento oportuno para ello, pues habíamos hecho un largo viaje y debíamos descansar de las fatigas del camino, añadiendo que era preciso estuviéramos alegres y de buen humor. A la mañana siguiente fuímos temprano a oir misa en la iglesia de los hermanos menores, es decir, de los franciscos, preguntando antes al hermano Nicolás si el rey tenía todavía las mismas ideas que había expuesto en sus cartas al Padre apostólico y a todo el mundo, y solicitando al propio tiempo sus consejos. Entonces supimos que el referido Nicolás era miembro del consejo del rey y en vista de ello le suplicamos nos dijera, por amor de Dios, de qué manera habíamos de conducirnos para evacuar el encargo que el Papa nos había dado. A esto nos contestó que el monarca había mudado de parecer y que ya no quería hacerse cristiano. No pudiendo obtener otra respuesta, nos dirigimos al templo a oir misa. Terminada ésta, nos dirigimos con el mismo objeto a los hermanos menores Enrique y Bertoldo. El rey, nos dijeron, tuvo en efecto aquel propósito, pero por ciertas influencias ha cambiado por completo de parecer. Añadieron que ellos no habían asistido en todo aquel año al consejo, y que únicamente había asistido a él el hermano Nicolás, de quien sospechaban... que fuese el causante de aquella desgracia y de aquel cambio de conducta. Mientras estábamos oyendo misa, el rey llamó al hermano Nicolás, y cuando terminada la misa quisimos dirigirnos con el hermano Bertoldo a nuestro alojamiento, llegó un enviado del rey en busca de los hermanos Bertoldo y Enrique. Después del desayuno, el rey nos mandó llamar: con gran disgusto nuestro, pues esperábamos encontrarle solo, le vimos en su sala de recepciones rodeado de unos veinte consejeros. Como habíamos convenido después de maduro examen, y para granjear su favor, pues sabíamos que no le éramos simpáticos, comenzamos por hablarle de la llegada de los señores (es decir, de la embajada pontificia), del proceso contra los hermanos de la orden y de la devolución de los prisioneros y de los bienes que en plena paz le habían sido arrebatados, cosa que él nos agradeció manifestándonos la alegría que le causaba.»

Añadiéronle luego que a consecuencia de la carta que había dirigido al Papa y que había sido llevada a Aviñón por los emisarios de Riga y entregada al Papa por el arzobispo Federico, habían llegado a Riga dos legados provistos de plenos poderes y el arzobispo Federico para convertir al cristianismo al Gran duque y para bautizarle, conforme a los deseos manifestados en sus cartas al pontífice, al arzobispo y al «mundo entero.»

A esto contestó que él no había dicho que tal se escribiera, y que si el hermano Bertoldo lo había escrito, sobre él debía pesar la responsabilidad. «Si yo he abrigado, dijo, tal pensamiento, que me bautice el diablo.» Luego añadió que él quería respetar al Papa como a padre y que esto era lo que había escrito: «como él, dijo, es más anciano que yo, quiero venerarlo como a un padre, lo propio que al arzobispo, que es también más viejo que yo; en cuanto a los que son de mi edad, los considero como hermanos y a los más jóvenes como hijos. Los cristianos adoran a Dios a su manera, los rusos lo veneran según su rito, los polacos según el suyo, y nosotros le adoramos a nuestro modo. Todos, sin em-

(1) El texto latino se encuentra en Bonnell: *Documentos ruso-livonios*, número LXVII.

bargo, tenemos un Dios.» Y en una palabra, confirmó todo el contenido de la carta menos el punto del bautismo, pues no quería ser bautizado, y luego dijo: «¿Qué me estáis hablando de los cristianos? ¿En dónde hay más horrores, más injusticias, más violencias, más delitos y más usureros que entre ellos, y especialmente entre los que parecen ser sacerdotes, como los cruciferarios (1)? Ellos causan males sin cuento, ellos hacen prisioneros a los obispos, los sepultan en un calabozo y los tratan desapiadadamente cuando quieren hacer cumplir su voluntad; ellos han desterrado a muchos prelados, han asesinado a sacerdotes y a monjes, han causado males infinitos a la ciudad de Riga, y desde los primeros tiempos del cristianismo nunca han cumplido sus juramentos.»

Al día siguiente el Gran duque hizo preguntar a los embajadores si querían o no mantener la paz de 2 de octubre de 1323, es decir, el tratado que se había firmado para seguridad de viajeros y comerciantes, a lo cual contestaron que habiéndose él retractado de los buenos propósitos manifestados al Papa, al arzobispo y al mundo entero, no sabían qué era lo que pensarían hacer los legados pontificios, el arzobispo y sus sufragáneos, pero que, si quería, podía enviar emisarios que fueran con ellos a Riga para saber si debía o no seguirse observando la paz.

«Al día siguiente el intérprete del príncipe, que era cristiano, nos citó en el hospicio de los franciscos, donde encontramos al intendente del Gran duque, a sus consejeros y a los hermanos franciscos y dominicos. El intendente preguntó a los franciscos de cuál de ellos había salido la carta dirigida al Papa: el hermano Enrique contestó que él era quien había escrito la carta que el rey había enviado a Riga por conducto de sus emisarios; que el embajador había sido, durante el viaje, maltratado, encarcelado y atormentado por el hambre, y que entonces había sido alterada la carta dirigida al Papa.

»Después preguntó el intendente al hermano Bertoldo si había escrito que el rey quería ser bautizado, a lo cual contestó aquél que había escrito la última carta que por conducto de los de Riga había sido dirigida al Papa, y que no había puesto en ella más que lo que había oído de labios del rey, a saber: que deseaba ser un hijo de la obediencia e ingresar en el seno de la Santa Madre Iglesia, que quería acoger a los cristianos y aumentar las cristianas creencias, pues reconocía que se encontraba en el error. Entonces repuso el intendente: «¿De manera que tú confiesas que el rey »no te dijo que escribieras nada acerca »del bautismo?» A lo cual contestamos todos nosotros junto con el hermano Bertoldo y el hermano Nicolás, de la orden de los dominicos, que ser hijo de la obediencia e ingresar en el seno de la Santa Madre Iglesia no significaba otra cosa sino ser bautizado. Entonces contestaron el intendente y el hermano Nicolás que el hermano Bertoldo había sido el causante de la equivocación del rey.»

La audiencia secreta que los embajadores solicitaron de Gedimín les fué negada. Al siguiente día participaron a los emisarios del Gran duque que los legados pontificios harían grande y poderoso, como a los demás príncipes cristianos, a Gedimín si volvía a su intento de dejarse bautizar, pero esta tentativa no obtuvo resultado alguno.

En una postdata puesta al dorso de este notable documento se consigna que el hermano Nicolás había aconsejado al rey que eligiera por patrono y defensor al rey de Hungría o de Bohemia en vez de elegir al impotente arzobispo de Riga. Gedimín había querido realmente en un principio recibir el bautismo, pero las amenazas de los schamaítas y rusos paganos le habían obligado a desistir de su intento. De suerte que los embajadores se retiraron sin haber podido realizar su proyecto.

Poco después se presentó en Riga un emisario de Gedimín, el cual manifestó a los legados pontificios, que todavía se encontraban en ella, que el rey nunca había dicho, ni hecho escribir al Papa, ni a las ciudades marítimas, ni a nadie, que él y los suyos quisieran bautizarse.

Como se ve, un tejido de engaños y mentiras, en el cual muchos habían sido cómplices, dió origen al error respecto del bautismo de Gedimín, que tanta emoción había causado en Occidente. La culpa principal de todo ello recaía en los monjes franciscos, pero, según parece, el mismo rey había dicho con toda intención palabras que podían despertar falsas esperanzas. Difícil es decir hoy hasta qué punto dieron los de Riga crédito a la mentira.

(1) *Cruciferi*, con cuya palabra se indica a los hermanos de la orden teutónica.

No puede probarse que existiera una complicidad directa por parte de los de Riga; pero lo cierto es que, a pesar de todo, ellos y Gedimín reportaron ventajas, pues el tratado de 2 de octubre continuó en vigor y se intimó a la orden teutónica que cumpliera fielmente las condiciones en él estipuladas. Por otra parte, no es imposible que Gedimín acariciara durante algún tiempo la idea de abrazar el cristianismo y que le hicieran desistir de su intento motivos como los que se indican en la mencionada postdata.

Schamait era el centro del paganismo lituano, con el cual no podía romper Gedimín sin indisponerse a la vez con sus súbditos rusos, a cuyos ojos la conversión de su rey al odiado cristianismo latino había de ser mucho peor que la conducta tolerante por él seguida hasta entonces, conducta que, a pesar de todo, les aseguraba en su país la preponderancia nacional y religiosa. Hasta nosotros han llegado noticias fidedignas de que Gedimín, a pesar de toda su tolerancia, procuraba mantener vivas las antiguas creencias religiosas de Lituania. Después que Nadrauen hubo caído en poder de la rama prusiana de la orden teutónica, el Kriwe se había retirado de Monowe, trasladando su residencia al lugar en que el Dibissa entra en el Niemen; pero también llegó hasta allí la orden, y entonces el templo fué levantado mucho más allá, casi en las fronteras de las comarcas ruso-lituanas.

Junto a la desembocadura del Wilna en el Wilja levantábase en una colina una ciudad culta de la antigua Lituania: trasladado a ella el Kriwe, Gedimín abandonó la residencia que hasta entonces había ocupado en Troki, ciudad por él fundada en un sitio seguro, en medio de un lago, pasando desde entonces a vivir a aquella ciudad: tal fué, según una leyenda no del todo inverosímil, el origen de Wilna, que, desde aquel momento, fué la capital de la Lituania. Edificáronse en ella dos iglesias católicas con sus correspondientes conventos de franciscos y dominicos, y también se construyó allí, en vida de Gedimín, un templo griego dedicado a San Nicolás.

Casi todos los hijos de este Gran duque se casaron con princesas rusas, y uno de ellos, Gleb-Narimunt, se hizo cristiano, abrazando la confesión rusogriega. De esta manera encontráronse juntos en Wilna el paganismo y el cristianismo occidental y oriental, fenómeno que no vemos en el resto de Europa. Gedimín practicó constantemente la más amplia tolerancia, siendo notable en tales circunstancias que, a pesar de haber fracasado completamente la misión pontificia, el Gran duque no desistió de su propósito y procuró dificultar cuanto pudo, aun por parte de los cristianos, los ataques que contra la Lituania dirigía la orden.

La alianza permanente de Riga y Lituania fué perdiendo cada vez más el carácter odioso que tenía, pudiendo decirse que Gedimín no era en manera alguna enemigo del cristianismo. Pronto estalló de nuevo la lucha con la orden: apenas se tuvo la certeza de que Gedimín persistía en el paganismo, la orden se retractó de la paz, no pudiendo hacer torcer su política ni la excomunión ni el entredicho que contra ella lanzó el arzobispo (1). Riga se alió otra vez públicamente con Gedimín, el cual, al frente de un poderoso ejército, emprendió una campaña de devastación en los territorios de la orden; pero la energía del maestre Eberardo de Munheim consiguió abrir brecha en la resistencia de Riga.

A pesar de una nueva campaña que Gedimín emprendió contra Curlandia para libertar a la ciudad, en 20 de marzo de 1330 Riga tuvo que rendirse a discreción, y una de las condiciones expresamente estipuladas en el tratado de paz que se consignó en la llamada «carta desnuda» fué que se rompiera la alianza entre Riga y Lituania y que aquella ciudad se obligara a proporcionar un ejército a la orden teutónica, así en los casos de ataque como en los de defensa.

Gran pérdida fué ésta para la Lituania. Gedimín, que no podía hacer frente a la Livonia desde el momento en que ésta estuviera unida bajo un solo cetro, hubo de limitarse a la defensiva. Las noticias que han llegado hasta nosotros son insuficientes, pero, según parece, la guerra con la orden duró hasta 1338, extendiéndose por los territorios livonios.

En 1.° de noviembre de 1338 firmóse una paz por diez años: Riga y la orden de una parte, y de otra Gedimín y los príncipes, obispos y ciudadanos de Polozk y de Witebsk, convinieron en establecer para lo sucesivo un territorio neu-

(1) Estas cuestiones de Livonia están completamente falseadas en Antonowitz, obra citada, página 80.

tral en el Duna, junto a la desembocadura del Ewst; en que el paso del Duna sería libre y en que los comerciantes rusos y lituanos podrían recorrer libremente la Livonia, y a su vez los comerciantes alemanes circularían sin obstáculo por los territorios ruso-lituanos. Por último, se fijaron las condiciones según las cuales debían resolverse las cuestiones mercantiles que surgieran.

Que por consecuencia de ese tratado nacieron relaciones amistosas entre ambas partes, se demuestra por el examen del libro de la deuda de Riga, cuyos asientos revelan un animado comercio con Lituania.

No es posible determinar qué clase de relaciones existían entre Gedimín y los tártaros de la Horda de Oro. Sorprende no ver que en medio de las conquistas por él llevadas a cabo en el Sur de Rusia no hubiera de luchar contra los tártaros, a cuyos territorios perjudicaba indirectamente. Sus relaciones con Usbeck eran, al parecer, amistosas, pues en las campañas de Gedimín contra Livonia vemos que le acompañaban tropas auxiliares tártaras. La política prudente que siguió, según hemos visto, en todas partes, no se desmintió respecto de la Horda de Oro; ni él ni los príncipes rusos a él sometidos pagaron tributo alguno.

Gedimín falleció durante el invierno de 1341 a 1342, y aunque no sabe a punto fijo la fecha de su muerte, puede decirse que acaeció antes del mes de marzo de 1342. No puede negarse que este príncipe constituye una gran figura histórica de trascendental importancia. El fué quien puso a la Lituania en la senda por la cual este país llegó con sorprendente rapidez a la categoría de gran potencia en la Europa oriental; él fué quien supo sacar a su pueblo del estado de barbarie, construyendo ciudades y fortalezas, organizando el sistema militar a la europea y atrayéndose y protegiendo a los elementos de cultura del Occidente; él fué, por último, quien supo formar un centro a cuyo alrededor pudieron agruparse durante muchos siglos los elementos rusos no sojuzgados por los tártaros o que habían logrado sacudir su yugo.

La persona de Gedimín despierta también nuestras simpatías: valeroso guerrero, excelente general, nunca, ni en los momentos más difíciles, perdió su serenidad y la confianza que en sí mismo tenía. Su manera de dirigir la política de su Estado revela algo más que la astucia de un bárbaro: demuestra la consecuente ejecución de un plan sabiamente concebido. No era cruel, pero sí desconsiderado y violento. Pagano, aunque imparcial, tolerante para con el cristianismo, dotado de cierta elocuencia natural en el modo de expresarse, fué el iniciador de una nueva era para la Lituania.

CAPÍTULO IX

OLGERDO Y KESTUIT (1341-1377)

Las dotes extraordinarias de los lituanos y la abundancia de hombres notables que les caracterizaba no se extinguieron con Gedimín. De entre sus hijos hubo dos que estuvieron por lo menos a la misma altura que su padre en punto a inteligencia y energía: Olgerdo y Kestuit (1), que, después de grandes dificultades, consiguieron apoderarse de la soberanía y supieron no solamente conservarla, sino también aumentarla y robustecerla.

Al morir Gedimín no había en Lituania costumbre ni ley alguna que regulara la sucesión al trono, de suerte que después de él el gran ducado se dividió en ocho fracciones, de las cuales siete fueron para los hijos y una para el hermano de aquel Gran duque. Pero como esta división no subsistió, afortunadamente para la Lituania, sino hasta 1345, no es preciso que entremos en detalles acerca de dicho período. A nosotros nos interesa únicamente saber que Olgerdo obtuvo en Lituania a Krewo y los territorios a esta ciudad anejos; que además estuvo al frente del principado de Witebsk, que en dote le había aportado su esposa María Yaroslawna en 1320, y que su hermano Kestuit heredó la Lituania occidental, desde las costas schamaítas hasta Wolhynia.

El más joven de los hijos de Gedimín, Yawnuti, que probablemente nada había obtenido en vida de su padre, recibió el territorio que más directamente había estado sometido a éste, es decir, Wilna con sus arrabales. Algunos, apoyándose en el hecho de haber sido Wilna la residencia del Gran duque de Lituania, han creído equivocadamente que

(1) Siguiendo a Bonnell aceptamos esta forma de su nombre; además de ésta encontramos las siguientes: Kenstut, Kenstutte, Kestut, Kestyt, Kestuti, Keynstutte, Kynstutte, y las rusas Кесмумиш o Кесмумш.

Yawnuti, al morir su padre, había sido proclamado Gran duque (1).

No fué así, sin embargo, y lo más probable es que, durante los cinco primeros años que siguieron a la muerte de Gedimín, Lituania no tuvo ningún soberano por todos reconocido, sino que cada uno de los ocho príncipes gobernó independientemente su territorio. En Lituania amenazaba presentarse un estado de cosas como el que había aparecido en Rusia, desgraciadamente, después de la muerte de Yaroslao. Las fuerzas no combinadas de los hermanos se gastaron en luchas inútiles contra sus vecinos.

Esto se vió en la larga serie de expediciones guerreras que siguieron a la muerte de Gedimín. Monwid, primogénito del difunto Gran duque, luchó contra Prusia; Lubart, otro de los hijos, con Casimiro de Polonia y Halicz; Olgerdo contra Moshaisk, de la cual en vano quiso apoderarse. A esto hay que agregar la parte que tomó Olgerdo en las luchas contra Livonia y Pskoff. Este príncipe invadió los territorios de la orden teutónica, y nombró a su hijo Andrés príncipe de Pskoff; pero abandonó esta posición cuando, después de la muerte de su tío Woin, se le presentó ocasión de agregar a Polozk a sus restantes posesiones.

Aun cuando en casi todas estas empresas Kestuit aparecía como auxiliar de sus hermanos, siempre resultaba que las luchas habían de emprenderse con divisiones parciales del ejército lituano, y esto era tanto más sensible cuanto que por aquel tiempo la orden teutónica de Prusia ganaba cada día en número y concentración de fuerzas. En 1343 había ésta firmado la paz con Casimiro de Polonia, el cual quería destinar todas sus fuerzas a la guerra que contra Lituania iba a emprender por causa de Halicz y Wolhynia. En la paz de Kalisch habían sido cedidas a la orden la Kulmerlandia, Michelovia y Pomerelia, a cambio de Kujavia y Dobrzyn, de las cuales había hecho renuncia. Una vez fortificadas las fronteras, volvieron al país los cruciferarios, que en 1344 repitieron sus devastadoras invasiones en Lituania.

En 1343 había estallado una terrible sublevación de labradores en la Estlandia danesa (2), sublevación que se pro-

pagó por los vecinos territorios de la orden, pero que pudo ser dominada, no sin grandes esfuerzos; de suerte que en 1345 pareció prepararse una nueva guerra contra Lituania, en la cual tomaron parte los cruciferarios alemanes. Precisamente en aquella época se encontraban al frente de la orden dos hombres de primera fuerza, a saber: Enrique Dusemer en Prusia y Goswin de Herike en Livonia. Esta circunstancia fué causa de que Olgerdo y Kestuit formaran una estrecha alianza, cuyo objeto era la unión de las fuerzas de Lituania y el restablecimiento de la dignidad de Gran duque.

Probablemente antes de 1.° de marzo de 1345 Olgerdo con su ejército salió de Witebsk en dirección a Krewo, mientras Kestuit, en una jornada, salvaba la distancia que media desde Troki a Wilna, de cuya ciudad, junto con los castillos que la dominaban, se apoderó en una fría noche de invierno sin encontrar resistencia alguna. Yawnuti, a medio vestir, emprendió la fuga, pero los pies se le helaron y fué hecho prisionero y encerrado en la cárcel.

Entonces se enviaron mensajeros a Olgerdo diciéndole que había sido proclamado Gran duque, y se firmó entre él y sus hermanos un tratado cuyas condiciones más importantes eran: que Olgerdo sería reconocido como soberano, a quien deberían prestar obediencia los demás hermanos; que él y Kestuit, el cual también recibía el título de Gran duque, formarían una estrecha alianza y se comprometerían a repartirse todas las conquistas que en lo sucesivo llevaran a cabo; y que Yawnuti se contentaría con Taslaw, en Polozk.

En cuanto a los demás hermanos, conservaron los territorios que les había dejado Gedimín, pero reconociendo todos la supremacía de Olgerdo. Unicamente Yawnuti y Narimunt intentaron resistirse, pero sus esfuerzos no obtuvieron éxito alguno: el primero huyó por Smolensko, refugiándose en la corte del Gran duque Simeón de Moscou, donde fué bautizado, pero ya no pudo volver a Lituania; el segundo procuró atraerse el apoyo de los tártaros, pero viendo que sus tentativas no obtenían resultado, se reconcilió con sus hermanos, y murió en 1348 durante la guerra contra la orden.

Este golpe de Estado produjo por consecuencia la división de la Lituania en dos partes, ambas bajo la supremacía de Olgerdo: cohesión ideal y ficticia que únicamente podía subsistir por la acción

(1) Antonowitz refuta este error en la obra citada, pág. 88, nota.

(2) Pasamos por alto los detalles propios de la historia de Livonia.

uniforme de ambos hermanos, pues de éstos Olgerdo gobernaba los territorios rusos y Kestuit las comarcas puramente lituanas. Así fué, y nada turbó la armonía: hasta el último momento reinó entre ellos intensa amistad, naciendo de ella relaciones que hubieran honrado a dos hermanos cristianos cualesquiera. Sin embargo, difícil es concebir dos caracteres más opuestos. Olgerdo era un político astuto (1): con prudencia y reserva sumas perseguía sin detenerse por nada la realización de los planes concebidos, sabiendo envolverlos en impenetrable obscuridad.

Los cronistas del Norte de Rusia, para quienes es un personaje poco simpático, le llaman «el infiel, el impío, el astuto,» y a pesar de ello nos lo describen en los siguientes términos: «Este Olgerdo era extraordinariamente sabio, y hablaba muchos idiomas y superaba a todos los demás en dignidad y en poder. Sabía dominarse a sí mismo y se mantenía alejado de las cosas frívolas, de los placeres, del juego y de otros pasatiempos análogos, no ocupándose día y noche más que en las cuestiones del Estado. No bebía vino, ni cerveza, ni leche de yegua ni otras bebidas embriagadoras, pues le repugnaba la embriaguez, y era mesurado en todas sus cosas.

»Gracias a estas cualidades adquirió grandes conocimientos y gran superioridad y realizó siempre sus planes: y a su astucia debió el conquistar muchos y extensos territorios, ciudades y principados, que supo conservar y aumentar en más alto grado que su padre y que su abuelo. Olgerdo solía conducirse de manera que nadie supiese, ni sus mismos generales y soldados, el punto adonde pensaba llevar la guerra ni contra quién quería luchar, y todos le temían (2).»

Desde el punto de vista político, se atrajo a sus súbditos rusos, entre los cuales había pasado la mayor parte de su vida, pues desde la edad de veintisiete años había sido príncipe de Witebsk. Su segunda esposa, Uljana de Twer, era rusa, y de sus doce hijos, diez fueron bautizados según el ritual griego. A pesar de las encontradas opiniones de autores rusos y lituanos, no es probable que se hiciera cristiano. En este punto siguió, al parecer, la conducta de su padre; pero no sólo toleró el cristianismo, sino que favoreció públicamente a sus súbditos cristianos, que, por su número, habían adquirido verdadera preponderancia. Es imposible que el Occidente no hubiera sabido nada de su conversión al cristianismo (3).

En cuanto a política exterior, los asuntos rusos ocuparon siempre preferentemente la atención de Olgerdo: los principales objetivos de aquélla fueron, en globo, robustecer su influencia en Pskoff, Nowgorod y Smolensko; poner un dique al poder del Gran duque de Moscou, protegiendo para ello a Twer; arrebatar a la Horda la Rusia meridional y Bransk, Nowgorod-Ssewerski y Kieff, y conservar la Wolhynia contra las pretensiones de Polonia. Su política interior tenía por objeto el constante robustecimiento de su gran ducado, apoyándose en las ideas que predominaban en Rusia. Como el mayor de su familia, concedió a sus hijos, hermanos y sobrinos principados parciales, procurando siempre mantener viva la idea de su supremacía. Profesaba en absoluto el principio de autoridad y sabía velar por él aun en aquellas ocasiones en que parecía estar en oposición con su interés particular. Andando el tiempo, se enemistó con los lituanos nacionales.

La persona de Kestuit se nos presenta con caracteres muy distintos (4), pudiendo decirse de este príncipe que era lituano en cuerpo y alma. Los territorios de

(1) Según Antonowitz, pág. 95.

(2) Su figura la describe Narbut (*Dzieje narodu Litewskiego*, IV, págs. 236-237), tomando probablemente los datos de una relación contemporánea de un cruciferario, en los siguientes términos: «Su mirada es majestuosa; su cara es colorada y larga, su nariz grande, sus ojos azules y muy expresivos, velados por largas y rubias pestañas; su barba y su cabellera son poco espesas, de un color rojizo y con algunas canas; su frente es alta y calva su coronilla; es de estatura más que regular, ni grueso ni flaco, y habla con voz alta, sonora y agradable. Monta a caballo perfectamente y cuando camina cojea del pie derecho, por lo cual se apoya siempre en un bastón o en un paje; conoce perfectamente el alemán y se expresa con facilidad en este idioma, pero hablando con nosotros se vale siempre de un intérprete.»

(3) Antonowitz es de opinión contraria (página 97): sus manifestaciones nos parecen refutadas por las que hace el emperador Carlos IV acerca de su conversión y de la de Kestuit. Véase Bonnell, obra citada, pág. 147.

(4) También de él tenemos, aunque mala, una descripción: Kotzebue, en su *Antigua historia de Prusia*, dice, tomándolo de un escrito alemán contemporáneo: «Era alto, flaco, de ardientes ojos que brillaban en un rostro pálido: pocos cabellos cubrían su cabeza; su barba gris le llegaba hasta el pecho. Sus labios eran pequeños, pero sus palabras estaban llenas de intención. Cuando amenazaba se le hinchaban las venas de la frente. Su rostro inspiraba miedo.» Antonowitz, obra citada, pág. 102.

su mando estaban en Lituania y Schamait, y en ellos pasaba la vida con la mirada siempre fija hacia el Norte y el Oeste, es decir, hacia los países de la orden teutónica. Gozaba entre los suyos de gran popularidad, hija de su vida sencilla, que encarnaba las buenas cualidades nacionales. Su esposa, Biruta, descendía de los schamaítas; al decir de la leyenda, que se ha apoderado de su persona, había sido una de las sacerdotisas encargadas del cuidado del fuego perpetuo consagrado a los dioses. Kestuit perseveró en sus firmes creencias en los antiguos dioses hasta su muerte, a pesar de habérsele excitado bajo toda clase de formas seductoras a que se hiciera cristiano, en 1349, 1353, 1358 y 1373.

Mientras las negociaciones se llevaban a cabo, parecía que habían de tener un resultado satisfactorio, pero en el momento decisivo se veía que lo que Kestuit quería era conseguir ventajas políticas. Este príncipe no tenía la astucia de su hermano, y, cosa rara, aquel pagano había querido en lo posible imitar las virtudes de los caballeros cristianos. Parecía como si entre él y los caballeros de la orden existiera, como existía en España entre cristianos y moros, una competencia de cortesía, cualidad que en él reconocen los mismos cronistas de la orden. «Kynstutte—dice la crónica del Gran maestre—era un hombre enérgico y cortés. Cuando quería viajar (es decir, emprender una campaña guerrera) por Prusia, enviaba allí antes a sus mariscales a anunciarla. Cuando firmaba la paz con el maestre la mantenía de veras. Cuando algún hermano de la orden se encontraba con él, lo acogía con cariño y le tributaba honores.»

En los territorios de la orden no pasó inadvertido, como era natural, el importante cambio ocurrido en Lituania. La fracasada campaña de 1375, causa de la abdicación del rey Ludolfo, hizo que se adoptara en la guerra otro sistema. Raras veces se emprendió ya una campaña en grande escala contra Lituania: la orden teutónica se contentaba con simples correrías en las comarcas fronterizas; construyó para su defensa una cadena de castillos y ciudades en todos los puntos de importancia estratégica y procuró evitar en lo posible que los lituanos levantaran fortalezas en las fronteras.

Ya no se trababan sangrientas batallas, y el éxito de las que se daban parece que era muy exagerado. De gran importancia fué el combate trabado en 1348 junto al Strebe, riachuelo que desemboca en el Niemen cerca de Kowno. Ochocientos jinetes, mandados por el Gran maestre Guillermo de Kniprode, derrotaron a un superior ejército lituano, del cual perecieron mil hombres, emprendiendo el resto la fuga (1). El reinado de Kniprode (desde 1351) no parece haber variado en nada este estado de cosas. La guerra que se hizo fué de escaramuzas, que si bien abundó en atractivos y aventuras por ambas partes, tuvo escasa trascendencia, en su accidentado curso, para la marcha general de los sucesos. Dos veces fué Kestuit hecho prisionero, pero siempre supo recuperar su libertad al poco tiempo.

Más importantes eran las luchas que se trababan para apoderarse de las fortalezas de la orden y de los lituanos, y aquí merece especial mención la ciudad de Kowno, cuya situación en la confluencia del Wilja y del Niemen hacía de ella uno de los más importantes puntos estratégicos de Lituania. Sus fortificaciones cubrían todos los territorios de Wilna, Troki y Wilkomir, y era además el sitio desde el cual podían ser mejor defendidas Schamait, Lituania y la Rusia Negra, y por el cual estaba expuesto a mayores peligros el territorio de la orden. En 1362, el Gran maestre, a quien se habían unido el obispo de Sammland y el maestre livonio, atacó la fortaleza con un formidable ejército provisto de todas clases de máquinas de guerra. Woidat, el hijo de Kestuit, dirigió la defensa (2); pero, a pesar de todo su va-

(1) Los datos varían entre 6.000 y 40.000. El número exiguo de las tropas de la orden demuestra cuán exagerados son estos datos. Esta victoria no parece haber sido de duraderas consecuencias.

(2) Kestuit procuró en vano hacer levantar el cerco de la fortaleza, para lo cual mediaron negociaciones muy curiosas entre él y el maestre. *Kynstud dixit magistro: Si ego essem in domo, nunquam eam obtineres cum omnibus tuis.*

Cui magister respondit: Quare equitasti de domo cum non videres.

Et respondit: Quia mei non habebant caput, ideo mansi apud eos.

Et ait magister: Si tibi opus fuerit, accipe de tuis quotquot vis et ascende liber domum. Speramus enim in Deo quod non poteris eam protegere nec retinere.

Et Kynstud ait: Quomodo potero ascendere, cum campus sit circum septus et circum fossatus?

Cui magister: Promitte mihi quod velis mecum bellare, volo planare et septa deponere.

Nec respondit ad haec rex, et magister: si non habet rex amplius verba nobiscum loqui, transeat ad custodiam suorum. Véase *Script. rer. Prus.*, tomo II, pág. 534.

lor, no pudo sostenerse. El 17 de abril, víspera de Pascua, acabó la resistencia. Woidat incendió los baluartes de madera que todavía quedaban en pie, e intentó abrirse paso por entre el enemigo, pero cayó en su poder junto con 36 hombres, últimos que quedaban de la guarnición.

Cuando los hermanos de la orden hubieron evacuado la ciudad después de haberla convertido en un montón de ruinas, construyóse en la isla de Mémel, distante tres millas de aquel sitio, otra ciudad, que recibió el nombre de Nueva Kowno y por la cual se sostuvieron muchas luchas. Kniprode mandó construir enfrente de ella un nuevo castillo llamado Gotteswérder, que fué tomado por Kestuit, pero recuperado después por los de la orden. En 1376, Nueva Kowno era considerada tan fuerte que la orden no se atrevió a intentar ningún nuevo ataque.

Para saber algunos detalles de la familia de Kestuit nos interesa conocer la campaña que en grande escala emprendió la orden en 1365, pero que no tuvo importantes consecuencias. Butaut o Witowt, hijo de Kestuit, estaba reñido con su padre por motivos que ignoramos: por la mediación de un ilustre lituano, llamado Surwille, entró en relaciones con la orden y ofreció hacerse cristiano (1), pero antes de que pudiera llevar a cabo su intento fué hecho prisionero: libertado por Surwille, huyó con éste a Insterburg, donde fué solemnemente bautizado. El maestre podía esperar por su mediación ser bien acogido en Lituania, pero sus esperanzas se desvanecieron, pues aun cuando una parte del ejército penetró en la comarca de Wilna, tuvo al fin que emprender la retirada; de suerte que las tropas de la orden sólo permanecieron en territorio lituano trece días. A esto siguieron una porción de escaramuzas llevadas a cabo con suerte varia por ambas partes, hasta que en 1370 se unieron Olgerdo y Kestuit para hacer juntos la guerra contra la orden. Kestuit había anunciado un ataque y la orden había tomado sus medidas, a pesar de lo cual fué cogida de sorpresa. Mientras el mariscal de la orden organizaba un ejército en Lituania, las tropas de Olgerdo y de Kestuit atravesaban los bosques fronterizos y se aproximaban al helado golfo de Sammland.

En Rudau, tres millas al Norte de Konigsberg, encontráronse con el ejército de la orden, trabándose el 17 de febrero la batalla decisiva. El ataque partió, al parecer, de los de la orden, que estaban perfectamente enterados de las fuerzas de sus contrarios, al paso que los príncipes lituanos ignoraban que iban a luchar con todo un ejército. Peleóse encarnizadamente por ambas partes, pero Kestuit, al saber en Kulmer-Banner que tenía enfrente de sí todas las fuerzas de la orden, emprendió la fuga. En cambio, Olgerdo se sostuvo en un bosque hasta que pudo temer verse completamente envuelto, y entonces huyó también, sufriendo, según parece, en esta fuga grandes pérdidas el ejército lituano.

Las cifras contenidas en las obras por nosotros consultadas, 300 muertos por parte de la orden y 5.000 por parte de los lituanos, no merecen crédito alguno, sobre todo por lo que a los últimos se refiere. Esto no obstante, las pérdidas por ambas partes fueron más considerables de lo que solían ser en las correrías comunes, a pesar de que sólo entraron en combate las vanguardias de ambos ejércitos. Puede, sin embargo, asegurarse que la batalla de Rudau ni produjo grandes ventajas a la orden ni causó serios perjuicios a Lituania.

Al estudiar detenidamente estas luchas se adquiere el convencimiento de que las fuerzas de ambos Estados estaban equilibradas, y es sorprendente que Kestuit, reducido simplemente a sus schamaitas y lituanos, pudiera sostenerse sin perder un solo palmo de terreno, tanto más cuanto que la orden teutónica era entonces indudablemente la potencia militar mejor organizada de Europa, al paso que Lituania apenas hacía cien años que había salido del estado de barbarie. No debe tampoco echarse en olvido que la porción rusa de la Gran Lituania se mantuvo alejada de la lucha y no se vió atacada por la orden. A Kestuit se debe que Olgerdo pudiera dedicarse por completo a los asuntos de Rusia.

Esta actividad de Olgerdo, dado el objeto que nos proponemos, merece ser estudiada detalladamente.

Ya hemos visto de qué manera fundó su influjo en Pskoff. En 1349 (2) los pskoffitas negaron su obediencia a Andrés, hijo de Olgerdo. Todos los comerciantes de Lituania y Pskoff que procedían de

(1) Witowt y Woidat no son una misma persona. Véase Bonnell: *Cronografía*, págs. 151 y 162. Woidat era el mayor y Witowt el quinto de los hijos de Kestuit.

(2) No 1348, como pretende Antonowitz. Véase Bonnell: *Cronografía*, pág. 143.

Pleskau fueron reducidos a prisión y sus bienes confiscados, teniendo que comprar su libertad personal mediante un crecido rescate. Al año siguiente, una invasión de lituanos castigó a la indómita comarca, y durante muchos años subsistió esta hostilidad de relaciones. En 1378, después de muerto Olgerdo, pudo de nuevo Andrés sentar su planta en Pleskau, gracias al auxilio que le prestó Guillermo de Brimesheim, maestre de Livonia.

De suerte que Olgerdo sólo consiguió allí crear un partido lituano que sirviera de contrapeso al nowgorode-moscovita.

Más desfavorables se presentaron durante mucho tiempo los sucesos en Nowgorod, donde desde 1339 predominaba casi exclusivamente el partido moscovita. Olgerdo, que había sido insultado por el anterior possadnik, Astafi, penetró en 1346 con su ejército en los territorios nowgorodes, ocupando la comarca de Schelona y Luga. Cierto que tuvo la satisfacción de ver cómo los nowgorodes daban muerte a Astafi, pero en febrero del año siguiente entró en Nowgorod el Gran duque de Moscovia, Simeón.

Firmada la paz con Lituania, existió desde entonces en Nowgorod un partido lituano que podía contar con el apoyo de Olgerdo en todas las cuestiones que tuviera con Moscou, con lo cual no se consiguió otra cosa sino que el Gran duque de Moscou tuviese que proceder con prudencia y lentitud sumas en los esfuerzos que hacía para apoderarse de Nowgorod. De suerte que, no habiendo obtenido resultados positivos, puede decirse que Olgerdo trabajó en vano así en Nowgorod como en Pskoff.

En cambio, en Smolensko logró asentar en más alto grado su influencia (1).

Smolensko tenía también, desde fines del siglo XII, el título de gran ducado, pero su situación geográfica le hacía depender de las vecinas soberanías de Nowgorod, Polozk, Rostoff, Susdal y Chernigoff.

Nunca el gran ducado había confinado con territorios de tribus extranjeras, de suerte que sólo podía engrandecerse a costa de sus vecinos rusos; mas para esto faltaba la fuerza, pues Smolensko se dividió, andando el tiempo, en una porción de principados parciales que sólo nominalmente permanecían unidos. De aquí que cuando Moscou y Lituania comenzaron a ocupar en Rusia la situación de grandes potencias, fuéle imposible a Smolensko conservar su independencia. Ser moscovita o lituano eran las dos únicas soluciones entre las cuales cabía elegir. Unicamente mientras se compensaron el poder y la habilidad de los príncipes de Moscou y de Lituania pudo hablarse de la autonomía, en el fondo aparente, de Smolensko.

La política astuta y persistente de Olgerdo apareció en todo su esplendor en esta cuestión. Adoptando el papel de protector contra Moscou, y teniendo en cuenta que el aliado más débil está sometido al más fuerte, supo utilizar las fuerzas militares de Smolensko en todas sus empresas contra el poder moscovita. Queriendo Smolensko reconquistar la ciudad de Moshaisk, Olgerdo obtuvo su auxilio para luchar contra la orden, y en la batalla del Strebe encontramos expresamente mencionadas las fuerzas auxiliares de Smolensko. En el año 1352, cuando el Gran duque de Moscou se encontraba ya con un poderoso ejército en las fronteras para invadir a Smolensko, los embajadores de Olgerdo le decidieron a que se detuviera y firmara la paz. En vano trataron los de Smolensko de desembarazarse de un amigo cuyo servicio se les hacía cada día más pesado.

En la primera tentativa que con este objeto hicieron, Olgerdo se apoderó de la ciudad de Rschew (1357), y cuando con auxilio de las tropas de Twer y Moshaisk la guarnición lituana fué desalojada de sus posiciones, Olgerdo dejó a un lado toda consideración y se apoderó de toda la parte occidental de aquel gran ducado. Smolensko, que se veía amenazado al Oeste y al Sur por Lituania, vióse sometido a la más absoluta dependencia. Olgerdo pidió tres veces en el período de seis años que el gran ducado le facilitara tropas para ir contra la orden y castigó con devastaciones la menor tentativa que hacían las pequeñas soberanías que habían conservado su independencia para aproximarse a Moscou. Era evidente que no había de transcurrir mucho tiempo sin que todos aquellos territorios estuviesen sometidos por completo a Lituania.

Entretanto, había caído ya en poder de Olgerdo otra porción importante de Rusia, que era el territorio de los antiguos wyatisches. Este país había pertenecido anteriormente a Chernigoff y ya recordaremos el papel importantísimo que este principado había representado

(1) Véase Nikitin: *Historia de la ciudad de Smolensko*, Moscou, 1818, y Antonowitz, obra citada, pág. 129.

en la antigua historia de Rusia. No sucedía lo mismo en el período que estudiamos. Chernigoff, a consecuencia de las luchas sostenidas por la posesión de Kieff, y de las devastaciones y peligrosa vecindad de los tártaros, había perdido el carácter de centro y la cualidad de capital. Inmediatamente se separaron de él Murom y Rjasán, convirtiéndose en fuertes principados independientes: a poco, era capital del resto del país la ciudad de Brjansk, situada al Norte del antiguo principado de Chernigoff, iniciándose el período durante el cual comenzaron a crecer en importancia las ciudades sin tradición y sin historia.

Pero después de un brillante comienzo, durante el cual Brjansk resistió con éxito los ataques de Gedimín, debilitóse la fuerza del joven principado a consecuencia de las continuas luchas entre príncipes, que también allí se disputaban la posesión del trono. Olgerdo se aprovechó de estas circunstancias y en 1355 le vemos dueño de Brjansk. Esta conquista era de importancia suma, pues los muchos y pequeños principados parciales que eran semidependientes de Brjansk cayeron también en poder de Olgerdo. La Lituania, con esta adquisición, hecha de manera que apenas se dejó sentir en la población indígena, pasó de este modo insensiblemente bajo una dominación extranjera.

Un gran número de principados, que Olgerdo había reconocido espontáneamente, permanecieron tranquilamente poseídos por los que los ocupaban, con la sola diferencia de que los derechos de soberanía no eran ya de los tártaros, o, lo que entonces era casi lo mismo, de Moscou, sino de la Lituania. Olgerdo distribuyó entre sus más próximos allegados los territorios que habían pasado directamente a su poder. Su hijo Dmitri recibió a Chernigoff y Trubtschewsk; Koribut obtuvo a Brjansk y Nowgorod Semerki, y a su sobrino Patriki, hijo de Narimunt, le fué cedido Starodub.

Es sorprendente que todos estos sucesos ocurrieran sin un rompimiento entre Moscou y Lituania: ambas potencias se observaban mutuamente y parecían querer reservar sus fuerzas para una lucha decisiva. Después que la preponderancia hubo estado durante mucho tiempo de parte de Olgerdo, Moscou, en 1349, le arrebató una ventaja. Olgerdo había enviado una embajada a Sarai para firmar un tratado con el kan: desde el momento en que contara con la amistad de éste, no había de serle difícil arrojar al enemigo de Moscou y poner al frente de Rusia un Gran duque menos peligroso.

Pero el Gran duque de Moscou (Simeón Ivanowitz), que comprendió el peligro, envió otra embajada al kan y supo de tal manera convencerle de que Olgerdo era su enemigo, que el tártaro, montando en cólera, mandó encarcelar a los embajadores lituanos; y como entre éstos se encontraba Koriat, hijo de Gedimín, decidióse Olgerdo, aunque de mala gana, a pedir la mediación del Gran duque moscovita para conseguir la libertad de aquéllos. El moscovita, contento con la derrota sufrida por los enemigos, obtuvo la libertad solicitada, firmándose entonces una paz que nadie turbó en el espacio de diez y siete años.

Pero la situación de una y otra potencia respecto del principado de Twer motivó el rompimiento (1).

El gran ducado de Twer estaba situado en el territorio de la tribu finesa de los wesses, conocida por sus relaciones mercantiles con los búlgaros del Volga. Esta comarca, cubierta aún actualmente en su tercera parte de bosques, abundaba en lagos, ríos y pantanos, y su escasa fertilidad la hacía más propia para el comercio que para la agricultura. Ya desde muy antiguo habíanse presentado en ella colonos eslavos; pero Yuri Dolgoruki fué el primero que con la creación de ciudades proporcionó centros estables a la población rusa. En 1209 vemos mencionada por vez primera la ciudad de Twer, cuya fundación es probablemente anterior al año 1181 y cuya situación topográfica le daba el carácter de ciudad fronteriza entre los territorios de Susdal y de Nowgorod.

El gran ducado de Twer, como unidad política, no existió hasta época muy posterior, probablemente entre 1241 y 1243. Como por consecuencia de la dominación de los tártaros el comercio por el Volga adquirió extraordinaria importancia, se aumentaron proporcionalmente el poderío y la consideración de Twer, cuyas transacciones mercantiles se extendieron hasta Lituania. Mientras los dos primeros príncipes de Twer se ocuparon casi exclusivamente en los asuntos de su principado, el tercero, Miguel Yaroslawitz, consiguió la dignidad de gran duque, que supo conservar en sus constantes luchas con Nowgorod y Moscou.

---

(1) Véase Korsakowski: *Historia del principado de Twer*, San Petersburgo, 1876 (en ruso).

Después de su muerte, el gran ducado de Twer fué distribuído, con asentimiento del kan, entre sus cuatro hijos, siendo reconocida en el primogénito, Dmitri, la dignidad de Gran duque. Este fué el que casó con una hija de Gedimín, naciendo de aquí las relaciones con Lituania y la rivalidad con Moscou. En tiempo de su hermano Alejandro, que consiguió el título de Gran duque de Wladimir, parecía como si hubiera de sucumbir Moscou, pero aquél fué tan imprudente que se dirigió a Sarai, aceptando una invitación que bajo pretextos muy honrosos le hicieron los tártaros, y allí fué asesinado con su hijo Fedor a consecuencia de las intrigas de Moscou.

Siguióse a esto un período de tranquilidad para Twer, que se vió subordinada a sus vecinos moscovitas, a quienes favorecían los de Sarai, hasta que en 1345 estalló una de aquellas luchas entre tío y sobrinos que tan típicas han llegado a ser para la historia íntima de los principados parciales rusos. La lucha siguió con cortas intermitencias hasta 1358, tomando en ella parte Moscou y Lituania. Olgerdo, como hemos dicho, se había casado con la princesa Uljana de Twer, hija de aquel Alejandro que había perdido la vida en la Horda, mientras el Gran duque de Twer había obtenido para su hijo la mano de una princesa moscovita. De aquí nacieron por ambas partes relaciones de parentesco.

Cuando ocurrió el rompimiento entre el príncipe Wassili Michailowitz y su sobrino Wsewolod Alejandrowitz, el primero se vió apoyado por el Gran duque de Moscou y el segundo por Olgerdo. Con el auxilio de Moscou consiguió Wassili que la Horda le diera un jarlyk que le aseguró la supremacía y le movió a arrebatar el principado a su sobrino, pero habiendo intervenido Lituania en la lucha, Wassili se vió obligado a devolver a aquél los territorios de que le había despojado. Después la preponderancia volvió de nuevo a Moscou, y el Gran duque, convencido de su poder, fué tan lejos, que redujo a prisión al de Twer y le obligó a ceder a Moscou una parte de sus posesiones.

En esto murió Wassili Michailowitz, y su sucesor Dmitri, a quien Moscou miraba todavía con más desconfianza, vióse atacado apenas se sentó en el trono y obligado a emprender la fuga, refugiándose en Lituania. Olgerdo aprovechó esta ocasión, por la que tanto había suspirado, y en noviembre de 1368 se presentó en las comarcas fronterizas con su hermano Kestuit, con el contingente de Smolensko y con sus propias tropas. No encontrándose prevenido el gran duque de Moscou para este ataque, no pudo oponer a su adversario todas las fuerzas de su ejército, y las que en Moscou habían reunido Kolomna y Dmitrijeff no podían ofrecer la debida resistencia a los lituanos.

Olgerdo, después de haber destruído algunas divisiones aisladas, derrotó por completo al grueso del ejército en la orilla del Trostna y se dirigió a marchas forzadas hacia Moscou; pero antes de que llegara a los arrabales de la ciudad y pudiera apoderarse de ellos, fueron entregados a las llamas por los habitantes: en cuanto al Kremlín, no pudo apoderarse de él a pesar de haberlo sitiado por espacio de tres días. Olgerdo, cuya prudencia era casi proverbial, no se atrevió a internarse por aquel país y emprendió la retirada, después de haber devastado sangrientamente el suelo moscovita. Consecuencia de esto fué que Twer quedó por algún tiempo libre del peso de la influencia de Moscou, hasta que en 1370 el Gran duque moscovita volvió a su antigua política.

Un nuevo ataque dirigido contra Twer motivó una nueva expedición lituana contra Moscou; pero esta vez Olgerdo no tuvo gran éxito en su empresa y se vió en definitiva obligado a firmar un armisticio. El Gran duque Miguel de Twer consiguió, antes de que se firmara el armisticio, que desde Sarai le confirieran el gran ducado de Wladimir y con él la soberanía nominal de Rusia. El Gran duque de Moscou, confiado en sus recursos pecuniarios, no dió nada por perdido, sino que dirigiéndose a la Horda logró, por medio del soborno, que Wladimir le fuera devuelto. De esto nació nuevamente en 1372 la guerra con Lituania, que prestaba su apoyo a Twer. Después de algunas victorias de escasa importancia obtenidas por el adversario, la suerte se decidió por el Gran duque de Moscou y Miguel se vió precisado a reconocer su soberanía, y habiendo entonces quedado rota la alianza entre Twer y Lituania, Olgerdo vió perdida por este lado toda su influencia. Moscou triunfaba en esta contienda. Esto acontecía en 1375.

Si examinamos las relaciones que entre Moscou y Lituania existían, veremos que ninguno de los contendientes había triunfado en toda la línea de los territo-

rios objeto de la lucha. En Smolensko preponderaba la Lituania; en Twer Moscou; en Nowgorod y en Pskoff todavía no había nada definitivo, pero podía con toda seguridad preverse el próximo triunfo de Moscou; y por último, Brjansk y los territorios sewerios estaban en poder de los lituanos.

Si en los referidos sucesos representaron un papel importante las relaciones con los tártaros, fué más especialmente en lo que se refiere al Sur de Rusia.

Kieff se encontraba administrada por príncipes rusos que la Horda instituía y destituía a su capricho, pero su importancia había decaído de tal manera que nos es imposible citar los nombres de estos príncipes. En 1331, un tal Fedor, de quien no puede decirse a qué rama de príncipes rusos pertenecía, era administrador del principado de Podolia bajo la dependencia de un baskake tártaro (1): la parte septentrional del referido principado, que había antes pertenecido a Halicz, había caído por completo en poder de los tártaros y estaba regida, por lo mismo que no había allí familia real indígena alguna, por los ancianos del país y por los baskakes tártaros enviados para percibir los tributos. Las fortificaciones de todas las ciudades habían sido destruídas; los generales (mil hombres), que vivían nómadamente en las cercanías de los ríos Yagorlika, Sinjucha y Tasmina, eran los señores de la comarca.

Esta horda podólica, a consecuencia de la decadencia de la Horda de Oro motivada por las eternas luchas por la posesión del trono de Sarai, se separó de la citada Horda a mediados del siglo XIV y estuvo en amistosas relaciones con Olgerdo, utilizándose de ellas para ir contra Polonia, que formulaba sus pretensiones sobre Podolia: cuando en 1356 se separó de Olgerdo y se alió con el rey Casimiro, Olgerdo le declaró la guerra, que terminó con la anexión de la Podolia a la Lituania. Aquella porción de tártaros que no quiso someterse a Olgerdo emigró a Crimea, conquistando allí un extenso y rico territorio (2) que comprendía toda la mitad izquierda de la cuenca del Dniéster, desde la desembocadura del Sereth hasta el mar, toda la comarca del Bug, y la baja corriente del Dniéper desde la desembocadura del Ros hasta el mar.

Con esto quedó cerrado el anillo de las posesiones lituanas que por todas partes envolvía a Kieff, cuyo principado fué a parar, sin lucha alguna, a manos de Olgerdo, el cual destituyó a Fedor y puso en su lugar a su propio hijo Wladimiro.

Los kanes de la Horda de Oro siguieron ciertamente contando a Podolia y a Kieff en el número de sus posesiones, pero no pudieron volver a ser señores del país, pues una tentativa que en 1373 hicieron para recobrarlo fué rechazada por Olgerdo, y en el siglo XV el Gran duque Witowt decidió definitivamente la lucha en favor de Lituania.

Por último, la encarnizada lucha que estalló con Polonia por la posesión de Wolhynia terminó con un tratado en virtud del cual Berest, Wladimir y Luzk pasaron a poder de Lituania, y Cholm y Belsk al de Polonia. Este fué un triunfo del cual pudo con razón gloriarse Olgerdo. Este tratado fué su última obra, pues en el mismo año en que fué firmado falleció. Olgerdo pudo tender con orgullo su mirada sobre la obra de su vida: los territorios de su imperio se extendían desde el mar Negro al mar Báltico, desde el Oka hasta el Bug y el Vístula, y este imperio puede decirse que en su mayor parte se lo había conquistado él mismo. La Rusia occidental y la meridional debieron á él el verse libertadas del yugo mogol, cosa que mucho antes había querido hacer Moscou. Sabiamente supo mantener la paz en el interior de su imperio, a pesar de las dificultades con que tuvo que luchar por su condición de pagano y a pesar de la secular tradición de las guerras civiles rusas: también supo rechazar con energía a los enemigos extranjeros y llevar a cabo con inquebrantable perseverancia los grandes planes de su política.

Con él murió uno de los hombres más eminentes de la Edad media (3).

(1) Este nombre de Podolia se nos aparece por vez primera en el siglo XIV, pues hasta entonces este territorio, cuya capital era la tantas veces citada Bakuta, se llamó Ponisje, el valle o terreno bajo.

(2) Véase Antonowitz, pág. 150.

(3) Falta todavía una monografía de Olgerdo. Tiempo sería de dedicar un estudio detenido a la actividad administrativa de aquel hombre extraordinario.

PARTE CUARTA

LA RUSIA MOSCOVITA

CAPITULO PRIMERO

MOSCOU Y TWER EN LUCHA POR LA SUPREMACÍA (1)

La historia de Lituania nos ha impedido seguir el desenvolvimiento de la Rusia oriental, donde se verificó seguramente, aunque de un modo poco visible, un fenómeno que debía dar como resultado la reunión de todas las fuerzas de los muchos y pequeños principados en una sola mano.

¿Quién hubiera podido prever que Moscou estaba destinada a ser el centro de este imperio? Al comenzar el siglo XIII Moscou carecía de independencia y de población libre y debía toda su importancia a ser residencia de verano de los Grandes duques Wladimir. En 1213 se estableció, al parecer, allí una gran colonia que tomó rápido incremento, pues que en ella, al ocurrir la invasión de Batu, encontramos a un nieto de Bogolyubski y a un vaivoda, de los cuales el uno fué muerto y el otro hecho prisionero. La ciudad fué entregada a las llamas; pero pronto renació de sus cenizas y en tiempo de Alejandro Newski encontramos en ella como primer príncipe a Miguel el Valiente, hermano de Alejandro.

A pesar de todo, poca importancia se concedía entonces a la ciudad de Moscou como tal ciudad, y lo prueba la circunstancia de que cuando murió Miguel en la lucha contra Lituania, no fué enterrado en ella, sino en Wladimir: Moscou no estaba, pues, reputada de suficiente importancia para servir de eterna sepultura a un príncipe. La ciudad no tenía wetscha ni derecho propios: sin participación alguna del pueblo en los asuntos públicos; la familia de los Grandes duques de Wladimir disponía del pueblo como patrimonio suyo.

También en las otras ciudades antiguas la perniciosa influencia del yugo mogol disminuyó la importancia de las asambleas populares, hasta el punto de desaparecer por completo; y teniendo esto en cuenta, ¿cómo podía subsistir en Moscou una creación nueva? Sin embargo, por otro lado ganó la ciudad en consideración cuando Daniel, sucesor de Miguel y cuarto hijo de Alejandro, excelente gobernante, supo redondear sus territorios a costa de la comarca de Rjasán, situada hacia el Sur. Daniel conquistó, en efecto, a Kolomna, importante lugar situado en la confluencia del Oka y del Moskowa, dirigiendo todos sus esfuerzos a asegurarse en el Moskowa navegable una buena y propia vía mercantil. Por derecho de herencia se posesionó del Pereyaslawl septentrional, que le ofrecía una posición militar fuerte contra el vecino principado de Twer, pues la ciudad con su doble muralla, con sus doce torres fortificadas y con su foso era en aquel tiempo una de las plazas más fuertes de Rusia.

Gracias a la sumisión y a la paciencia de que dió pruebas respecto de los tártaros, aun en las ocasiones en que tuvo que sufrir injusticias; gracias a que nunca pensó en represalias y a que no se enredó jamás en empresa alguna que no estuviera al alcance de sus fuerzas, pudo al morir (3 de marzo de 1303) dejar a sus hijos un territorio redondeado y relativamente en orden y en buen estado de defensa. Su heredero fué su primogénito Yuri, que obtuvo a Moscou y Pereyaslawl. Este príncipe, más que su padre, fué el tipo de aquellos severos, ambiciosos e inteligentes príncipes de Moscou, que no perdonaban medio alguno de

(1) Esta parte está tomada de Poleschajeff: *El gran ducado de Moscou en la primera mitad del siglo* XIV. Estudio histórico, San Petersburgo, 1878

adquirir la soberanía y conquistar la supremacía de la Rusia tártara. Los políticos moscovitas de los siglos XIV, XV y XVI son figuras antipáticas, pero al propio tiempo caracteres enérgicos, cuya inquebrantable constancia en la persecución de sus ambiciosos fines les conduce a la deseada meta.

Apenas hubo llegado al gobierno, Yuri se apoderó de Moschaisk por medio de un golpe de Estado, demostrando, al obrar así, el mismo genio que su padre. Aquella ciudad, perteneciente a Smolensko, estaba situada junto al Moskowa y el que quisiera ser dueño del río tenía que apoderarse de ella. Tal usurpación motivó una dieta de príncipes, cuya presidencia desempeñó el Gran duque Andrés Alejandrowitz de Wladimir. No sabemos lo que en esta asamblea se resolvió, pero consta, sí, que la usurpación de Yuri fué legalizada, quedando sometida a Moscou.

Poco después, en 27 de julio de 1304, falleció el Gran duque y con él el último hijo del vencedor del Neva, cuyos nietos eran Yuri de Moscou y los hermanos de éste. De seguirse las antiguas costumbres que regían en punto a sucesión debían heredar al difunto, no Yuri y sus hermanos, sino el Gran duque de Twer. El gran ducado de Susdal con su capital Wladimir había sido una confederación de principados sujetos a la soberanía del Gran duque de Wladimir, pero el lazo de unión que entre ellos existía se había disuelto durante los reinados de los débiles sucesores de Alejandro Newski. Twer y Yaroslawl al propio tiempo habían obtenido el título de grandes ducados y eran de hecho independientes. A pesar de todo esto, la paz no se había turbado, pues aquellos príncipes del Este de Rusia sólo en último recurso empuñaban las armas, y aun en los períodos de lucha se encontraban siempre dispuestos a entablar negociaciones y a llegar pacíficamente a un arreglo. Ocupaba en aquel tiempo el trono de Twer Miguel Yaroslawitz, cuyo padre, desde 1266 a 1272, había ejercido la soberanía como Gran duque de Wladimir; y no habiendo el padre de Yuri llegado nunca a tal dignidad, la soberanía, según antigua costumbre, correspondía no a Moscou, sino a Twer.

El nieto de Alejandro Newski debía ser pospuesto al sobrino de éste: así lo querían los usos de la época; pero como Yuri quería, a pesar de todo, para su familia la posesión de Wladimir y la dignidad de Gran duque, se hizo inminente e inevitable la lucha, la cual sólo en pequeña parte debía sostenerse en el campo de batalla, pues la decisión definitiva correspondía a la Horda. El Gran duque de Twer tenía ciertos derechos de preferencia, pues los boyardos de Wladimir le habían proclamado su Gran duque, encontrándose, por lo mismo, en plena posesión de aquello que era el objeto de la ambición de su rival.

Esto no obstante, Yuri no perdió las esperanzas. Ambos príncipes se dirigieron a Sarai provistos de ricos presentes, que eran entonces indispensables, con el propósito de conseguir algo en la corte del kan. Pero en aquel mismo tiempo estallaba la lucha en el territorio ruso. Un boyardo, Rodión Nestorowitz, que con 1.700 hombres había salido de Kieff y se dirigía a Moscou, había destituído al boyardo de esta ciudad, llamado Akinf, el cual pasó a la corte del Gran duque de Twer y aprovechando la ausencia de Yuri se apoderó, por un golpe de mano, de Pereyaslawl. No pudo, sin embargo, conservarla y perdió la vida en su lucha contra Rodión, mientras el hermano de Yuri, Iván, se estableció allí como sustituto de Yuri y con el carácter de Gran duque.

La Horda entretanto había decidido la cuestión relativa al trono del Gran ducado de Wladimir en favor de Miguel, el cual, habiendo prometido pagar un crecido tributo, obtuvo el acta de confirmación del kan. Miguel, al regresar en 1305 a su patria, quiso tomar venganza de la muerte de Akinf, pero Yuri supo parar el golpe y se firmó la paz sobre bases cuyo contenido ignoramos: igual éxito tuvo una nueva tentativa que Miguel hizo en 1308. Yuri supo esperar con paciencia hasta que los sucesos de la Horda tomaron un giro favorable para él, aprovechando en aquel espacio de tiempo todas las faltas cometidas por el Gran duque.

Causó disgusto el hecho de que Miguel permaneciera en Twer en vez de fijar su residencia en Wladimir; pero de más peso fué en la balanza política la circunstancia de no haber sabido captarse las simpatías de la población de Nowgorod. Al fallecer en 1313 Tochta, sucediéndole Usbek, que contaba trece años y cuya grandeza futura nadie podía sospechar, pareció haber llegado el momento favorable para Yuri. Mientras Miguel de Twer se apresuraba a presentarse en la Horda para traer la confir-

mación de su dignidad, consiguió Yuri hacerse proclamar príncipe de Nowgorod: cuando al regreso de Miguel, acompañado de emisarios tártaros, tuvo que ceder de nuevo, no se dió por vencido, sino que marchó a la Horda, donde permaneció tres años, durante los cuales supo conquistarse el favor del kan y con él la mano de Kontschaka, hermana favorita de éste.

De grande importancia fué el hecho de haberle dado en dote el jarlyk, que le confería el gran ducado de Wladimir y toda la Rusia. Ante el ejército mogol que consigo llevó de Sarai cesó toda resistencia, y el grupo de príncipes del Nordeste de Rusia, incluso Miguel, reconoció su soberanía. No contento con esto, intentó aniquilar a Twer, pero en Borschnowa, a cuarenta werstas de esta ciudad, sufrió una derrota que no sólo acabó con su ejército, sino que hizo caer en manos del vencedor a su hermano, a su esposa y a Kawghadui, embajador del kan. Yuri huyó entonces a Nowgorod, donde reunió un nuevo ejército, volviendo a encontrarse por segunda vez frente a frente Moscou y Twer.

La lucha, sin embargo, no estalló, pues ambas partes convinieron en apelar al arbitraje de Usbek, arbitraje que debía ser funesto para Miguel. Kontschaka, según se dijo y según rumores que intencionadamente se esparcieron en la Horda, falleció víctima del veneno y de las asechanzas de Miguel: Kawghadui, a pesar de haber sido puesto con todo miramiento en libertad poco después de la batalla, habíase hecho mortal enemigo del vencedor, y además el dinero de los nowgorodes dió el golpe de gracia a la decisión arbitral.

En 22 de noviembre de 1319 fué Miguel ejecutado por asesino y traidor: Moscou había triunfado, pero ¿por qué medios? Yuri fué ciertamente por todos reconocido como Gran duque, y pudo sentarse en el trono de Wladimir, pero tenía mortales enemigos en los hijos de Miguel, en cuya conciencia no se había apagado el deseo de la venganza, que consideraban como un deber.

El primogénito de Miguel, Dmitri, «el de la terrible mirada,» debía ser el vengador de su padre. Comenzó por someterse al superior poder de Yuri y por comprar la paz mediante renuncia de sus derechos sobre Wladimir y pago de 2.000 rublos; pero mientras Yuri auxiliaba a los nowgorodes en sus poco afortunadas luchas contra los suecos, Dmitri, que en las antiguas ciudades estaba más bien quisto que el Gran duque de Moscou, ciudad sin historia, logró atraerse el favor del kan y obtener de éste un jarlyk que le aseguraba el trono de Gran duque de Wladimir.

No sabemos que Yuri hubiera hecho tentativa alguna para conservar a Wladimir, cuya conquista tanto le había costado; demasiado sabía que la voluntad manifestada por el kan no se torcía por la violencia, sino solamente por el dinero. Reunió, pues, recursos pecuniarios en Nowgorod, y cuando se creyó suficientemente provisto, se encaminó de nuevo, en 1324, a la Horda. Dmitri fué en pos de él, y su confianza pudo subir de punto por las relaciones en que se encontraba respecto de Lituania.

Estos dos príncipes representaban las ideas políticas más antitéticas que en aquel tiempo luchaban entre sí en Rusia: Dmitri era representante del antiguo orden de cosas, y Yuri de una unión, la más estrecha posible, de toda la Rusia, naturalmente bajo su soberanía. Difícil era asegurar de cuál de los dos sería la victoria, cuando un acto de violencia decidió la cuestión a favor de Dmitri. El 21 de noviembre, víspera del mismo día en que seis años antes su padre había perecido entre tormentos, Dmitri asesinó con sus propias manos al Gran duque Yuri Danilowitz.

Causa extrañeza el ver que, a pesar de haberse cometido aquel crimen en territorio tártaro, no se aplicara castigo alguno al criminal. Dmitri permaneció en la Horda y su hermano Alejandro pudo regresar tranquilamente. Los boyardos moscovitas y nowgorodes que se habían quedado en la Horda minaron la ya amenazada posición de Dmitri, el cual fué muerto en 1326 por Usbek. Que con esto no se quiso atentar contra el Gran duque de Twer como tal, lo demuestra la circunstancia de que el hermano de Dmitri, Alejandro Michailowitz, fué llamado a sentarse en el trono de aquel gran ducado; pero la ignorancia de Alejandro y el arrebatado carácter del pueblo twerino acabaron pronto con la importancia política de aquella ciudad y de aquel principado.

Repetidas veces hemos tenido ocasión de ver hasta qué punto eran una plaga para los vasallos rusos del kan los mensajeros y recaudadores tártaros de contribuciones: una visita de ellos iba enlazada con opresiones y exacciones: toda resistencia contra ellos era considerada

como insurrección contra el poder supremo del kan, si el soborno no calmaba la cólera del poderoso o de sus servidores. Durante el verano de 1327 un primo de Usbek se presentó en Twer como mensajero del kan, entregándose con sus compañeros a todo género de devastaciones.

La población de la ciudad, que no había perdido aún todo el sentimiento de su dignidad, montó en cólera, y la excitación fué en aumento cuando corrieron, probablemente sin fundamento alguno, rumores de que los tártaros querían, el día de la Ascensión de la Virgen, exterminar a la familia real y obligar a todos los habitantes a que abrazaran el islamismo. Desde luego se dió crédito a tales rumores; Alejandro Danilowitz se puso en persona al frente del pueblo y se lanzó sobre los tártaros, trabándose un sangriento combate en el cual murieron la mayor parte de éstos, y los pocos que con el mensajero del kan lograron salvarse refugiándose en el palacio real, perecieron entre las ruinas de éste, que fué entregado a las llamas.

Es inexplicable cómo después de este hecho nada se hiciera en Twer para prepararse contra la venganza que indudablemente había de tomar Usbek: las crónicas no nos hablan ni de una alianza con Lituania ni de una tentativa para poner en pie de guerra un ejército coligado: en vez de esto los twerinos dejaron que el desastre cayera sobre ellos, cogiéndolos enteramente desprevenidos.

Iván Danilowitz, probablemente por su propio impulso, se presentó en la Horda poniéndose a las órdenes de Usbek, y recibió el deseado mandato de reunir sus tropas con las de éste, formando de esta suerte un ejército de 5.000 tártaros que habían de ir contra Twer. Los sucesos que siguieron ofrecen un cuadro triste y deshonroso.

El príncipe Alejandro emprendió la fuga, primero hacia Nowgorod, que le cerró sus puertas, y luego hacia Pskoff, donde fué recibido, y el país indefenso fué asolado e incendiado de un modo horrible. Iván Danilowitz, en premio de sus hazañas, fué nombrado en 1328 por el kan Gran duque de toda la Rusia. Sus deseos se habían realizado, y Twer iba a ser en lo sucesivo demasiado débil para ponerse al frente de una confederación rusa.

La suerte que posteriormente corrió Alejandro es demasiado importante, para la explicación del estado de cosas de aquella época, para que la pasemos por alto.

Este príncipe había sido bien recibido en Pleskau, pero pronto acudieron allí emisarios de Moscou, Twer, Susdal y Nowgorod para aconsejarle que se dirigiese a la Horda y se presentara a Usbek, empujándole de esta suerte a su perdición, sin tratar de disimular sus intentos. «Es mejor, decían, que tú padezcas por todos nosotros que no que todo el país sea devastado por tu culpa.» En vano contestó el príncipe que sería más honroso que se uniera toda la Rusia para defender el suelo patrio y las verdaderas creencias contra los ataques de los tártaros. Sus palabras no fueron escuchadas y ya se preparaba a acceder a sus deseos cuando los de Pskoff le suplicaron que no se moviera, ofreciéndole poner a su disposición sus vidas y haciendas.

Alejandro se quedó, pues, en Pskoff, pero cuando el metropolitano lanzó, por orden del Gran duque, la excomunión sobre la ciudad, huyó a Lituania, de donde no regresó hasta pasado año y medio, cuando la tensión del arco había disminuído un tanto. Atormentábale, empero, la idea de que si moría en el destierro sus hijos perderían todos sus derechos de sucesión sobre Twer; por esto en 1336 envió a su hijo Fedor a la Horda para ver si había esperanzas de gracia, y como éste le enviara noticias favorables, presentóse al año siguiente a Usbek.

«Muy mal he procedido para contigo, dijo al kan, pero ahora vengo para recibir de tus manos la vida o la muerte, encontrándome dispuesto para cuanto te sea inspirado por Dios. Si tu clemencia soberana me perdona la vida, daré gracias a Dios y a tu bondad: si quieres arrebatármela, merecedor soy de la muerte y ante ti se dobla mi cabeza.» El fruto de esta humillación fué la recuperación de Twer, aunque por poco tiempo, pues el Gran duque de Moscou no podía sufrir a su antiguo enemigo. Ya en 1339 tuvo Alejandro que presentarse con sus hijos en la Horda para justificarse de las inculpaciones que contra él había dirigido Iván Danilowitz, y apenas hubo llegado allí supo que su suerte estaba ya decidida, pues Usbek había resuelto que pereciera el día 27 de octubre.

Esta noticia no le fué transmitida oficialmente, pero se la comunicaron confidencialmente algunos buenos amigos (1).

(1) Véase Solowyeff, tomo III, pág. 280.

Levantóse por la mañana muy temprano, rezó sus oraciones, y como el tiempo apremiaba envió un recado a la esposa del kan para adquirir noticias, y luego montó a caballo y visitó a sus conocidos. En todas partes obtuvo la misma desconsoladora respuesta, por lo cual se despidió de sus hijos y boyardos, dictó algunas disposiciones acerca de su principado y confesó y comulgó. Lo propio hicieron su hijo Fedor y los boyardos, pues ninguno creía poder salvar su vida. Pronto se presentaron los verdugos: Alejandro les salió a recibir y fué, con su hijo Fedor, por ellos descuartizado. Twer, sin embargo, recibió como gracia por gran duque al hermano de Alejandro, Constantino Michailowitz.

Los príncipes rusos iban a morir indefensos a la Horda como atraídos por la fascinadora mirada de la serpiente de cascabel. Cada día iban en disminución el valor y la energía varoniles: el sentimiento de la carencia de todo derecho respecto del kan mataba toda fuerza moral. Ciega obediencia y servil acatamiento enlazados con la tenacidad y la astucia, y aquella ambición para la cual todos los medios son buenos, eran las condiciones por las cuales Rusia había de alcanzar grandeza y poderío, y por este camino llegó a ser grande Moscou.

CAPITULO II

IVÁN I DANILOWITZ KALITA Y SIMEÓN IVANOWITZ EL SOBERBIO

Iván Danilowitz Kalita (es decir, la bolsa, ya porque le gustaba acumular dinero, ya—y esto es más probable—porque siembre solía llevar consigo una bolsa llena para dar limosna a los pobres) era un príncipe poco simpático, pero estaba dotado de grandes cualidades políticas. Iba derecho a su objeto sin detenerse ante obstáculo alguno, y este objeto era el engrandecimiento del poderío de Moscou. No fué ni héroe guerrero ni de sentimientos patrióticos, cualidades ambas que, dado el estado de cosas de aquel tiempo, eran más bien peligrosas que útiles. Servidor adicto del kan, inteligente hacendista y excelente administrador, al paso que no retrocedía ante ninguna humillación para servir a aquel soberano, mostraba, en el interior de su país, respecto de sus súbditos y de los demás príncipes rusos un gran sentimiento de su propia dignidad y de su soberanía autocrática.

Los primeros esfuerzos de Iván para captarse las simpatías del kan datan de 1320, fecha en que, después de la ejecución de Miguel de Twer, comenzó a eclipsarse la buena estrella de Yuri. Ningún príncipe visitó con la frecuencia que él la Horda (1328, 1331, 1333, 1336 y 1338, permaneciendo cada vez allí muchos meses), la cual convencida por su parte de la sumisión de Iván y satisfecha por los presentes en dinero que éste le hacía, no consideró necesario intervenir, durante su gobierno, en las cuestiones interiores de Rusia.

«El Gran duque Iván Danilowitz, dice la crónica de Nikón (1), se sentó en el trono y reinó la tranquilidad entre los cristianos en todos los territorios rusos, y los tártaros dejaron de guerrear contra Rusia.» Este resultado fué, en parte, debido a la alianza que firmó con el clero ruso. Ya hemos tenido ocasión de ver de cuántas atenciones eran objeto los sacerdotes por parte de los tártaros.

«Nadie se atreva—decía el jarlyk dado por el kan Mengu Timur en 1270—a causar destrozos en una iglesia rusa, ni a molestar a los metropolitanos y a sus gentes, los archimandritas, abades, popes, etc. Sean libres de todo impuesto y tributo sus ciudades, territorios, aldeas, tierras, cazaderos, árboles melíferos, prados, bosques, viñedos, huertos, molinos y alquerías. Pues todo esto es de Dios y aquellos hombres velan por nosotros con sus oraciones y aumentan nuestras fuerzas guerreras.»

Usbek había añadido a esto un importante privilegio: «Estarán sometidos únicamente a la jurisdicción de su metropolitano, conforme al antiguo derecho y a los documentos de los anteriores zares de la Horda. El metropolitano debe vivir tranquila y pacíficamente, a fin de que, con el corazón tranquilo y libre de todo cuidado, pueda rogar a Dios por nosotros y por nuestros hijos. El que robe algo a un sacerdote pagará el triple; el que se atreva a escarnecer la religión rusa o a causar perjuicios en un templo, capilla o convento, será condenado a muerte.»

El templo griego era, pues, el único asilo seguro en tiempo de peligro: los sacerdotes, por su parte, no se mostraban desagradecidos, pues predicaban la

(1) Con el título de *Relación de príncipes y zares*, la Comisión arqueológica ha editado una parte de esta crónica, poniéndole interesantes notas. San Petersburgo, 1860.

sumisión y la obediencia a la voluntad de los zares. Iván Danilowitz, que vió las ventajas de esta política, se atrajo al clero, o por mejor decir, supo enlazar estrechamente los intereses del clero con los de Moscou, induciendo en 1325 al metropolitano Pedro a trasladar a esta ciudad su residencia, que hasta entonces había sido Wladimir.

Pedro era oriundo del Sur de Rusia: había nacido en Wolhynia y entrado a la edad de doce años en un convento: luego se hizo anacoreta y a la muerte del metropolitano Máximo fué consagrado en Constantinopla por el patriarca Atanasio y por recomendación del príncipe de Halicz, metropolitano de Rusia. En Wladimir, sin embargo, encontró algunos adversarios, al frente de los cuales estaba el obispo de Twer, hasta que el sínodo de Pereyaslawl le absolvió de las inculpaciones que le habían sido dirigidas. Una de sus pastorales (1), que se ha conservado, demuestra que poseía una elocuencia no común y un espíritu ilustrado y devoto.

La traslación de este prelado a Moscou hizo de la residencia de Iván Danilowitz el centro religioso de Rusia y permitió al Gran duque hacer de la ciudad el centro político de todos los principados rusos. A la muerte de Pedro, acaecida en 20 de diciembre de 1326, era natural que su sucesor, el griego Teognosto, fijara también en Moscou su residencia.

Con el apoyo moral del clero, persiguió el Gran duque con paso seguro sus fines, pudiendo compendiarse lo esencial de su política en las siguientes consideraciones. Ante todo, era preciso debilitar a Twer, y ya hemos visto con cuánto acierto desempeñó esta misión, después de lo cual trabajó para que Nowgorod no adquiriera demasiada independencia y poderío. Favoreciendo, o por mejor decir, no impidiendo que Pskoff fuera desprendiéndose gradualmente de la dependencia de aquella poderosa ciudad, y por medio de préstamos forzosos, consiguió en efecto reducir a Nowgorod a tal condición, que se viera precisada en todas las cuestiones importantes a dirigir sus miradas hacia Moscou.

Cuando en 1333 Narimont, hijo de Gedimín de Lituania, fué acogido en aquella ciudad, Iván supo contrarrestar este peligro casando a su hijo y heredero Simeón con una hija de Gedimín, asegurando de esta suerte su posición por el Norte y el Oeste. Supo también mantener en la obediencia al Gran duque de Susdal, a pesar de que la edad daba a éste un derecho preferente, y a la muerte del mismo sin hijos dispuso a su antojo de la herencia y colocó en Rostoff como vaivoda a un boyardo que, según parece, se portó indignamente (2). «¡Ay, ay de Rostoff y ay de sus príncipes!—dice la crónica.—Su poderío, sus bienes, su gloria y su fama pasaron a Moscou.»

«Cuando ellos (los boyardos moscovitas) se establecieron en la ciudad de Rostoff, oprimieron a la ciudad y a sus habitantes. El número de desterrados se aumentó considerablemente: los rostoffes hubieron de entregar sus haciendas a los moscovitas, recibiendo en cambio injurias y heridas corporales: el jefe de la ciudad, el más anciano boyardo de Rostoff, llamado Awerki, fué por ellos ahorcado.»

Rjasán y Yaroslawl perdieron también parte de su independencia, y únicamente permitió el Gran duque que prosperaran, bajo su favor, las pequeñas e inofensivas soberanías. Poco antes de su muerte tomó parte en una demostración militar que hizo la Horda contra Smolensko, principado que se había hecho sospechoso al kan a causa de sus relaciones con Lituania.

No hubo en esta ocasión verdadera lucha, pues las tropas penetraron en la ciudad, pero la evacuaron inmediatamente, gracias, según todas las probabilidades, a haber sido sobornado el general en jefe tártaro. Raro es que Iván no se pusiera en persona al frente de sus tropas, sino que confiara el mando a un vaivoda, pues conforme a las ideas de aquella época, que por vez primera no fueron seguidas, cuando el Gran duque no tomaba el mando supremo del ejército, recaía éste en el príncipe que le seguía en edad. Es evidente que no se debió a la casualidad el que procediera de distinto modo Iván Danilowitz.

Casi un año después, en 31 de marzo de 1341, falleció este príncipe siendo monje de un convento, pues al ver aproximarse su fin se había despojado de las vestiduras reales.

Por el testamento del Gran duque, del

(1) Véase Stufenbuch, tomo I, págs. 404-424.

(2) Véase la *Vida de San Sergio, Crónica de Nikón*, tomo IV, págs. 205-239. La edición de esta vida, litografiada y con láminas, es una curiosidad bibliográfica. Véase Bestusheff-Rjumin: *Fuentes y literatura para la historia rusa*. Edición alemana, pág. 23, nota 53.

cual existen dos redacciones (1), se ve cuánto había crecido, durante su gobierno, el principado de Moscou: anteriormente sólo tenía una extensión de 21 leguas de Norte a Sur y de 7 de Este a Oeste y llegaba únicamente de Moscou a Pereyaslawl; al morir Iván su extensión era seis veces mayor, siendo muy digno de tenerse en cuenta que a este resultado contribuyeron poderosamente los intereses mercantiles (2). Primero fueron agregados a Moscou los territorios del Moskowa hasta la desembocadura del Oka, luego la corriente superior del Oka y finalmente el Zna y (después de Kalita) el Mokscha.

Hacia el Norte el Gran duque había sentado su planta en Scheksna y llegado hasta el Volga. Si se tiene en cuenta que Wladimir y Rostoff habían perdido su independencia casi por completo, se comprenderá que Klyasma y el Volga quedasen abiertos al comercio moscovita. El Gran duque era comerciante en grande escala, y habiendo conseguido el encargo de recaudar el tributo que había de pagarse a la Horda, no sólo fué para el resto de Rusia el representante de los soberanos tártaros, sino que logró la ocasión de enriquecerse (3).

El favor que le dispensaba Usbek fué un poderoso auxilio para la realización de sus planes; y como el gobierno de este kan fué el «período del mayor florecimiento» del imperio mogol de Kiptschak, que se extendía desde el Dniéper hasta el Oxo y desde la Crimea hasta el Altai, el incremento del comercio fué también beneficioso para Rusia y especialmente para Moscou. Dado este estado de cosas, se comprenderá que los contemporáneos previeran el futuro engrandecimiento de Moscou y que a esta ciudad acudieran muchos habitantes procedentes de otros principados.

El metropolitano Pedro había ya vaticinado lo siguiente: «Esta ciudad será famosa entre todas las de Rusia y los metropolitanos residirán en ella: sus manos se apoyarán en los hombros del enemigo; en ella será Dios glorificado y en ella descansarán mis huesos.» Pero no sólo fué Rusia, sino también el Occidente de Europa, el que envió allí su contingente, y de los libros de la nobleza rusa, de los llamados *rosradnija Knigi*, se deduce fijamente la fecha de la inmigración y se desprende asimismo cuáles de las actuales familias nobles rusas proceden de aquellos inmigrantes. Atendiendo a la conexión histórica, retrocederemos un tanto para volver en seguida a Iván Kalita.

Ya en tiempo de Yaroslao I había llegado de Alemania o de las comarcas de los warangos un tal Schimón Afrikanowitz, hijo de Ostrik, del cual descendían los Aksakoff, Baschmakoff. Worongoff, Weljaminoff e Ysleneff. Síguese una gran pausa hasta el siglo XIII, en que el nombre de Alejandro, el vencedor del Neva, origen de los príncipes moscovitas, atrajo a sí a otra multitud de inmigrantes, entre los cuales figuraban un descendiente del rey (caudillo) de Prusia Weidstwut, Gland Kambila Dudonowitz con su hijo y muchos vasallos. Los Boborykin, Kolytscheff, Sucho Kobylini, Scheremetyeff, Jakowleff, los condes Konownigin, los Nepljujeff y Kobylin descienden de ellos. También llegó allí procedente de Prusia, aunque de linaje eslavo, Miguel, el ascendiente de los Schein, Morosoff, Rusalkín, Kosloff, Cheglokoff, Kusmin-Korowyeff y Saltykoff.

De un nombre alemán, Daniel, descienden los Kutusoff-Golemschtscheff. Del Luxemburgo emigró a los territorios rusos un alemán, Guillermo, de la familia del rey Otón (Otón IV), del cual derivaron los Chelischeffs.

Al hijo de Alejandro, Daniel, se reunió, procedente de Prusia, el marqués Amando Bassaloff, que al ser bautizado tomó el nombre de Wassili y fué el tronco de donde salieron las ramas de los Chwostoff, Otjayeff y Schafroff. De Italia procedía el duque Welitschko, que en 1307 emigró a Twer y cuyo hijo se dirigió a Moscou, descendiendo de él los Naschtschokin, Besnini y Olferyeffs.

Durante el reinado de Kalita ocurrió la primera inmigración procedente de la Horda, de donde salió para Moscou el murse Tscheta, de quien descienden los Saburoff y Godunoff, y cuyo ejemplo imitaron en la generación siguiente otros ilustres tártaros, de los cuales proceden los Yuschkoff, Emiroff y Matschkoff. Los Umaroff, Yussupoff y

(1) La fecha en que fué otorgado no es sabida a punto fijo. El texto está impreso y va acompañado de excelentes notas en la obra de Wladimiro Budanoff, tomo II, págs. 1-8.

(2) Véase Poleshajeff, obra citada, pág. 58.

(3) No se afirma con seguridad que la recaudación del tributo estuviera confiada a Iván Danilowitz. Pero el hecho es muy verosímil, pues en su tiempo no encontramos ningún baskake en Rusia y se sabe que Iván percibió por cuenta del kan el tributo de Nowgorod.

Urussoff descienden también de posteriores emigrantes tártaros del siglo XIV.

Esta lista puede alargarse mucho más, pero la terminaremos con la enumeración de las familias nobles rusas que descienden de Alemania y que a fines del siglo XIV y a principios del XV emigraron a Moscou: tales son los Lewschin, Wassiltschikoff, Daniloff, Durnowo, Tolstoi y Fedzoff. Dinamarca, Suecia (ejemplo de ello los Suworof), Inglaterra, Francia, Italia, Servia, Bohemia, Dalmacia y Grecia prestaron también su contingente a la actual aristocracia rusa (1).

Difícil es decir hasta qué punto contribuyeron estos elementos a modificar el carácter de la nobleza rusa; pero es probable que su influencia en este sentido fuera escasa. A pesar de todo, operóse una modificación que aparece manifiesta en la circunstancia de disminuir cada vez más hasta extinguirse por completo la importancia de la drushina. Los funcionarios palaciegos acabaron con la institución de los boyardos de los tiempos antiguos; la posición personal y oficial respecto del Gran duque determinaba la importancia de los sujetos. Más adelante insistiremos sobre esta modificación altamente importante.

Con la muerte del Gran duque Iván quedaron vacantes dos tronos: el de Moscou y el de Wladimir. Estaba fuera de duda que el primero pertenecía por derecho propio de herencia a la familia de Kalita, de modo que éste podía disponer de él a su antojo. Por esto Moscou y cuantos territorios le habían sido agregados, ya por compraventa, ya por otros medios, fueron objeto de la disposición de su última voluntad, en la cual no se hace mención alguna del gran ducado de Wladimir; de éste el kan y no él era quien debía disponer.

Por tanto, mientras los hijos de Iván Danilowitz se hacían fuertes, al morir su padre, en el gran ducado de Moscou, que debían poseer en común, llegaba a la Horda una embajada para obtener del kan una resolución favorable. Simeón, primogénito de Iván, sus hermanos y los demás príncipes del Nordeste de Rusia se presentaron a Usbek; pero como ningún príncipe podía competir en riquezas con el de Moscou, y como todavía se recordaban los servicios prestados por Kalita a la Horda, el kan Usbek nombró Gran duque de Wladimir a Simeón, «poniendo a todos los príncipes rusos bajo su soberanía.» Además juró conservar la dignidad de Gran duque en la familia de Kalita, aconsejó la paz y prometió no dar oídos a denuncia alguna (2).

Simeón pudo, pues, volver completamente satisfecho a su patria y supo robustecer su posición firmando en 1341 con sus hermanos un tratado en virtud del cual éstos prometieron respetarle como padre, y Simeón, a quien llamaban ellos el «señor Gran duque,» se obligó a su vez a aconsejarles en los asuntos más importantes. Las denominaciones elegidas por los hermanos son en extremo características. El Gran duque no era para ellos el hermano mayor o el padre, como anteriormente le llamaban, sino el «señor,» *gospodin*, y durante todo el reinado de Simeón no encontramos indicio alguno de que sus hermanos le resistieran o quisieran seguir una política independiente. La familia real moscovita no conoció los odios intestinos de hermano a hermano.

La nueva provisión del trono de Gran duque tuvo su consagración religiosa por medio de un acto solemne que se celebró en el templo de la Madre de Dios, de Wladimir. La humillación que, hábilmente conducida, se hizo sufrir a Nowgorod demostró que Simeón había heredado el talento político y la perseverancia de su padre. Esta ciudad tuvo que obligarse a pagar un tributo territorial, y Torschok, que se había atraído la cólera del Gran duque, hubo de hacer efectivo un impuesto de mil rublos.

Además de esto, Nowgorod hubo de pasar por la humillación de que en lo sucesivo, cuando hubiese de implorar gracias y favores del Gran duque, el *possadnik* y los *tisatzki* fueran descalzos y de rodillas a pedírselos al Gran duque en plena asamblea (3). Quizás a esto debió Simeón el sobrenombre de «el Soberbio.» Desde entonces Nowgorod permaneció tranquila, y en 1347 el Gran duque honró con su visita la ciudad, en la cual se detuvo tres semanas.

Entretanto, había fallecido en 1341 el kan Usbek: su hijo Ysanibeg—el Tinibeg de los cronistas rusos—fué asesina-

(1) Véase Jablotschkoff: *Historia de la nobleza rusa;* San Petersburgo, 1876, cap. V y VI (en ruso).

(2) Según Tatischtscheff, que tomó este dato de fuentes que se han perdido.

(3) Tomamos también esta noticia de Tatischtscheff (tomo IV, pág. 147).

do, a poco de haberse sentado en el trono, por su hermano Schanibeg, soberano dotado de gran energía que reinó hasta 1357. De importancia suma para el Gran duque era naturalmente estar en buenas relaciones con sus señores; por esto en 1342 partió para la Horda, donde recibió la confirmación de su dignidad.

Posteriormente se presentó otras cuatro veces al kan, cuyo favor supo conquistarse con tanto arte y habilidad como su padre. Simeón se encargó de recaudar el tributo de los tártaros, con lo cual se libró de la plaga de los recaudadores de contribuciones de Tartaria. No sucedía lo propio con los vecinos principados rusos, pues así Rjasán como Twer, aniquilados ambos por desórdenes interiores, hubieron de sufrir la opresión de aquellos funcionarios. Esta circunstancia redundó en beneficio de Moscou, pues la población oprimida de aquellos países buscó y encontró tranquilo asilo en aquella ciudad, que vió de esta suerte aumentar su poderío y su riqueza.

Simeón desplegó habilidad suma respecto del príncipe de Lituania, pues no sólo supo hacer fracasar una tentativa que hizo Olgerdo para aliarse con el kan, sino que consiguió, además, que los emisarios de Olgerdo fuesen conducidos como prisioneros a Moscou, en donde los utilizó para mover a Lituania a firmar una paz para él en extremo ventajosa, que después se fortaleció por medio de los matrimonios de princesas rusas con Olgerdo y Lubart.

Estas buenas relaciones fueron únicamente turbadas en 1352, y la causa de su alteración fué, sin que sepamos cómo, Smolensko, contra la cual marchó Simeón al frente de un poderoso ejército: los presentes y las pacíficas proposiciones de Olgerdo le indujeron a retirarse, no sin haber antes firmado con Smolensko una paz formal. Brillante fué, pues, bajo todos conceptos el reinado de Simeón. Sin embargo, en el último año de su vida el país se vió invadido por un enemigo contra el cual no valían las astucia ni la prudencia: la peste negra.

Los primeros síntomas de esta terrible enfermedad aparecieron en Orlatsch, junto a la desembocadura del Don; en Sarai, junto al Volga, y en Besdescha, hoy Wesedewo, junto a un confluente del Volga. Primero se hinchaban las glándulas de las articulaciones; luego los apestados arrojaban sangre y a los dos o tres días fallecían. La peste se propagó con espantosa rapidez hacia el Este y hacia el Sur, y después de atacar los países genoveses y venecianos de las costas septentrionales del mar Negro, se corrió hacia el Oeste, a Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Suecia; de allí se dirigió a Pskoff y Nowgorod, y al propio tiempo estalló en el Sur de Rusia, en Kieff y en Chernigoff, acabando por invadir la Rusia central y oriental (1).

La mortandad fué extraordinaria, pero no produjo la agitación que en Occidente. En 11 de marzo de 1353 falleció en Moscou el metropolitano Teognosto; pocos días después los dos hijos menores del Gran duque; en 26 de abril este mismo, y seis semanas después su hermano menor Andrés. Como los hijos mayores de Simeón habían fallecido antes que su padre y como de sus hermanos sólo vivía Iván, éste fué el único heredero de Moscou y el sucesor probable al trono de Gran duque.

CAPITULO III

OJEADA HISTÓRICA SOBRE LA CIVILIZACIÓN MOSCOVITA DE LA ÉPOCA

Para entender el curso del posterior desenvolvimiento de Rusia, fuerza nos es detenernos un poco al llegar al presente punto, pues precisamente durante la primera mitad del siglo XIV fué cuando se echaron los fundamentos del estado de cosas y de la corriente de ideas que predominaron en la Rusia moscovita hasta el siglo XVII y, bajo algunos conceptos, hasta fecha posterior. No discutiremos sobre las causas que produjeron el engrandecimiento de Moscou: si los hechos referidos no hablan con bastante elocuencia, toda deducción teórica es ociosa.

Para la historia sucesiva de Rusia es de suma importancia el hecho de que Moscou en su principio no era más que la propiedad de un boyardo. Cuando Yuri Wladimirowitz mandó dar muerte a Esteban Ivanowitz Kutschka y confiscó sus bienes, se apoderó de Moscou también. Es, pues, muy probable que la primera población que se estableciera en esta ciudad fuese esclava, o por lo menos sometida a servidumbre. Moscou tomó su nombre del riachuelo Moskowa, y no es necesario explicar por qué en

(1) Encontramos una descripción detallada en la *Crónica de Pleskau*; Karamsin la ha extractado en la nota 357 del tomo IV.

ella no encontramos una westcha: faltaban para ello las premisas de una población libre y autónoma, y el núcleo de la que allí existía estuvo constituído durante mucho tiempo por los mismos vasallos del poseedor.

Esto dió a los duques de Moscou una base más sólida de la que servía de apoyo a los demás príncipes rusos, pues no tenían que combatir desórdenes ni motines y procedían en el seno de sus posesiones como propietarios que, al cuidar de sus colonos, cuidaban de sí mismos. La tranquilidad y seguridad del estado de cosas de Moscou hizo que emigraran allí muchos colonizadores, sobre los cuales ejercía el príncipe la misma ilimitada soberanía que sobre el resto de sus vasallos.

De aquí los esfuerzos de los príncipes moscovitas para transmitir de padres a hijos, dentro de su familia, la soberanía, mientras que en los demás principados se conservó el antiguo orden en virtud del cual los de mayor edad eran siempre preferidos, viéndose, por lo mismo, muchas veces el sobrino postergado al tío. Así, mientras la asamblea popular de las antiguas ciudades, aun en el período que estudiamos, seguía interviniendo en la legislación, en la justicia y en la administración, en Moscou estos tres ramos correspondían únicamente al príncipe.

Cuando la grande extensión de su soberanía hizo harto pesada para llevarla por sí solos la carga del gobierno, estos príncipes moscovitas crearon algunos organismos que les representaran. Entre estos organismos aparece en primer lugar el «Consejo» *(duma),* convocado por el príncipe en casos necesarios, y que se componía naturalmente de hombres de su confianza y funcionaba únicamente el tiempo indispensable. Si se le consultaba, debía manifestar su opinión al príncipe, el cual, después de haberla oído, la seguía o no la seguía, según fuera su parecer.

Ante este consejo se dilucidaban las cuestiones de la paz y la guerra, de las relaciones con los demás príncipes, del comercio e industria, hacienda, etc., y se veían también probablemente las apelaciones que los particulares interponían contra las sentencias injustas; pero todo esto era únicamente cuando así lo creía necesario el príncipe. La naturaleza misma de las cosas hizo que muy pronto a las personas de confianza del príncipe se agregaran los hombres de más respetabilidad, es decir, los boyardos, medio a que apelaron los príncipes para aumentar su importancia a los ojos de la población. Sin embargo, no existía propiamente derecho de pertenecer al consejo, el cual no tenía otra tradición más que la de una sumisión incondicional.

Además de los miembros del consejo, utilizaba el príncipe los servicios de funcionarios que de hecho gozaban de gran importancia e independencia, aun cuando en teoría significaban respecto del príncipe tan poco como los demás. Estos funcionarios eran los gobernadores y los presidentes de distrito: los primeros, cuyo nombre ruso era *namestnik* y no, como en otros puntos, *possadnik,* tenían a su cargo la dirección de la administración municipal y eran nombrados y destituídos a su antojo por el príncipe, el cual solía elegirlos de entre los boyardos e hijos de éstos y conferirles la dirección administrativa, la administración de justicia y el mando militar.

Los presidentes de distrito *(wolosteli)* tenían iguales atribuciones que los *namestnik,* a excepción del mando militar, y su jurisdicción se extendía a una unidad administrativa mayor del país llano (1). Los funcionarios de estas dos clases no tenían sueldo fijo, pero percibían ciertas prestaciones de los súbditos o bien una parte de los impuestos que correspondían al príncipe: a esto se daba el nombre de *kormlenije* (alimentos especiales).

Auxiliares de estos funcionarios eran los *tiunes,* cuyo puesto primitivo fué, al parecer, en los tribunales, y que a menudo y en época posterior siempre eran siervos de origen. Finalmente, en el último peldaño de esta jerarquía burocrática estaban los centenarios *(sotskije)* y los más ancianos *(starosti),* cuyas atribuciones se reducían probablemente a los asuntos de policía. No se sabe si estos últimos debían su cargo a la elección, pero la analogía con el resto de Rusia hace probable esta hipótesis, lo cual indicaría que éste era el único ejemplar de administración autónoma en Moscou.

Además de éstos hay que hacer mención de los funcionarios a cuyo cargo

(1) No parece muy clara la condición del *poselskije,* que muchas veces se confunde con la del *wolosteli.* Véase Bestusheff-Rjumin, edición alemana, pág. 337.

corría la administración de determinados bienes y rentas del príncipe, y entre los cuales encontramos a los inspectores de las comarcas que cuidaban de las caballerizas, caza, perros y halcones del soberano. Este cargo fué considerado de importancia bastante para confiarlo a un boyardo *(putnije bojare)* (1). El conjunto de esta organización tenía el carácter de una casa particular, en la que la voluntad y el provecho personal del dueño daban impulso y dirección a todo.

En este gran ducado no había, como es de suponer, prerrogativas ni privilegios, ni tampoco una división en clases: lo único que constituía una diferencia era la libertad o la servidumbre y el favor del soberano. El número de esclavos se había aumentado considerablemente a consecuencia de la invasión de los tártaros y de sus posteriores correrías: los innumerables prisioneros que consigo tenían los tártaros perdían, como prisioneros de guerra, su libertad, y los príncipes moscovitas, al rescatarlos, los establecían en sus dominios, donde eran considerados como «siervos procedentes de la Horda» (2) y estaban en la misma condición que las demás personas compradas.

Aun cuando no podemos asegurar a cuánto ascendía el tanto por ciento de estos siervos respecto de la población total, es indudable que su gran número contribuyó poderosamente a imprimir en la historia de Rusia el sello que le es característico (3). En Moscou existía naturalmente el grupo de los semilibres, los cuales eran una especie de arrendatarios o sujetos a corvea que, comparados con los verdaderos siervos, gozaban de una posición relativamente asegurada. En cuanto a la población libre, puede decirse de ella lo que ya antes hemos manifestado, a saber: que no constituía grupos marcados y divididos en clases.

La clase de labradores propietarios libres comenzó a disminuir considerablemente viéndose oprimida por los grandes propietarios. Se llamaban personas contadas *(schislennije)*, es decir, personas que figuraban en las listas de los tributos de los tártaros, tributos que el Gran duque de Moscou cuidaba de recaudar, no sin provecho material propio.

La dependencia de la Horda había producido como consecuencia general un rebajamiento en los sentimientos de libertad y de independencia, y esto se había notado aun en los mismos puntos en que la sumisión más bien había motivado un progreso que un retroceso.

Este fenómeno ofrecía un carácter especial entre los comerciantes, que habían visto extenderse considerablemente sus territorios de explotación y que, aun en el período que nos ocupa, se enriquecían rápidamente. El antiguo camino mercantil del Volga habíase animado de nuevo, y a esto se debió indudablemente el que coincidiera con el período comprendido entre Iván Kalita y la decadencia de la soberanía mogol, el florecimiento de Nowgorod y el apogeo de las ciudades anseáticas (4).

De mayor importancia fué todavía para la vida política de Rusia el vuelo que tomó la situación de las clases más elevadas de la población. Lo que más sorprende es la desaparición completa de la drushina en el siglo XIV. La decadencia de la libertad política y administrativa que se notaba en el Sur, donde había echado hondas raíces aquel sistema, pudo haber contribuído a su extinción en no pequeña parte, pero más contribuyó indudablemente la repulsión que manifestaron los príncipes del Norte de Rusia, especialmente el Gran duque de Moscou, contra las pretensiones formuladas por los miembros de la drushina, que querían ser sus iguales e intervenir en su política.

El derecho que había conservado la drushina de cambiar de señor no se avenía tampoco en manera alguna con la política de los príncipes de la Rusia septentrional. Estos, por lo mismo, nada hicieron para conservar aquel sistema de comitiva regia. Es difícil descubrir cómo llegó a formarse la nobleza que podemos llamar cortesana y burocrática. Ya en el siglo XIII encontramos junto al príncipe servidores ancianos y jóvenes, sobresaliendo entre ellos los que

(1) La condición de los *putnije bojare* es objeto de alguna controversia. Véase Belayeff: *Gentes siervas*, y Bestusheff-Rjumin, obra citada, página 339, nota 45. Poleshayeff en su obra citada, pág. 115, dice que *putj* significa contribución.

(2) Bestusheff, obra citada, pág. 341, parece admitir que los *ordinzi* fueron libres, pero no creo justificada esta opinión.

(3) Distínguense muchas clases de siervos: la denominación genérica de éstos era *cholop*, siervo; *roleini cholop* significaba siervo agrícola, *dworskoi*, siervo de la corte o comúnmente criado. Los esclavos domésticos eran genéricamente llamados *schelyadi*.

(4) Véase Bereschkoff, obra citada, cap. V.

desempeñaban algún cargo palaciego (1) y que eran en parte descendientes de los boyardos de las provincias y en parte *druschinniki* o personas de la corte que con ellos se habían mezclado. Con la invasión de los tártaros perdieron su influencia los boyardos de las provincias *(semskije bojare)* y los miembros de las *wetschas,* y entonces unos y otros se vieron obligados, para adquirir importancia por otro lado, a entrar en el servicio de los príncipes.

El grupo superior de estos antiguos boyardos de las provincias y sus afines siguió llamándose de los boyardos, mientras que los individuos de las antiguas drushinas recibieron el nombre de «servidores libres» y constituyeron la escala que conducía a la clase de boyardo. Estos servidores libres constituyeron, en lo sucesivo, la masa del ejército del Gran duque, cuyos jefes y oficiales superiores eran los boyardos.

Ya hemos visto que una parte de éstos tenía asiento en el consejo del Gran duque y que ejercían algunos cargos: éstos constituían el grupo de los grandes boyardos y recibieron desde la época de Iván Kalita, como regalo, algunos bienes del príncipe *(pomestje),* cuya renta se les daba para su manutención. Cuando dejaban el servicio, o pasaban a servir a otro príncipe, cosa que podían hacer libremente, perdían sus «bienes de servicio,» traducción que da la idea más exacta de los *pomestje.*

Si estudiamos los derechos y los deberes de esta nueva clase de boyardos tal como se nos presenta en el siglo XIV, veremos que éstos estaban ante todo obligados al servicio militar y con los «servidores libres» formaban el único ejército del príncipe. Al primer llamamiento debían comparecer sus servidores todos convenientemente equipados y provistos de municiones de guerra. Los más de ellos iban montados: el contingente que cada uno de ellos debía aportar no estaba fijado; Iván el Terrible fué el primero que dió una norma para ello, si bien no era necesaria, pues que más favor y honores podían los boyardos esperar cuanto mayor fuera el contingente que aportaran al ejército del príncipe.

Ya hemos visto los servicios que prestaban en la corte y como funcionarios administrativos; réstanos añadir que también eran designados como embajadores y como portadores del tributo al kan. Muchos ejemplos atestiguan que los boyardos alcanzaron en la Horda gran consideración e influencia. Como se ve, no existía separación alguna entre los cargos militares y los civiles: Pedro el Grande fué el primero que la estableció debidamente.

Eran privilegios de los boyardos, además de la concesión que se les otorgaba de bienes del servicio, el derecho cada vez más limitado de cambiar de señor, el reconocimiento de cierta categoría en favor de los que estaban en activo servicio, prerrogativa que fué causa de funestas luchas entre ellos, y finalmente una serie de derechos que les correspondían por su condición de propietarios. Uno de los privilegios más importantes era el que se refería a la percepción de los impuestos.

Toda la Rusia se dividía, desde el punto de vista administrativo y rentístico, en *sochi* (puntas), cada uno de los cuales formaba una unidad económica sobre la cual pesaba un impuesto determinado. Los *sochi* de los boyardos eran de mucha mayor extensión que los demás y pagaban proporcionalmente mucho menos. Este privilegio, sin embargo, sólo duraba mientras el boyardo estaba en activo servicio. Los «servidores libres» o cortesanos, o nobles *(dworjane),* como también se les llamaba, estaban, por regla general, en iguales condiciones que los boyardos: las diferencias que entre sus derechos existían eran graduales: intervenían en toda clase de servicios, pero no podían ejercer un mando militar supremo.

En tiempos posteriores, cuando la situación respecto de los tártaros fué más libre, tuvieron a su cargo la defensa de las fronteras contra los ataques de éstos. El primer ejemplo de esta clase de servicios es del año 1360. A este efecto, se construyeron en las fronteras, desde el Oka a Crimea, pequeñas fortificaciones fronterizas *(gorodki),* en las cuales los servidores libres sostenían guardias montadas que vigilaban a los tártaros. Cuando amenazaba una invasión, se daba de ella noticia a los vaivodas, que con el grueso del ejército se encontraban en Kolomna o en Kaschira.

De suerte que como primer fundamento de la nueva vida pública moscovita encontramos una nobleza cortesana y feudal de carácter militar, cuya importancia era tanto mayor cuanto más cerca se hallaba de la persona del príncipe y

(1) Véase Jablotschkoff: *Historia de la nobleza rusa,* cap. VI.

cuyos intereses estaban estrechamente ligados con el engrandecimiento del poderío y con el desenvolvimiento de Moscou. Esta nobleza perdía todo su poder en cuanto se rompían los lazos que con el príncipe la unían, debiendo por lo mismo acostumbrarse a ver en éste el objeto supremo de su ambición (1).

Cuando posteriormente intentó adquirir una importancia política independiente, los grandes duques de Moscou supieron muy pronto sujetarla. Como segundo apoyo del trono figuraba el clero. Ya hemos dicho cuánta era la importancia del metropolitano Pedro y la excepcional trascendencia de la traslación de su sede de Wladimir a Moscou. Sus sucesores, el griego Teognostó y Alejo (natural de Moscou, pero oriundo de Chernigoff, es decir, del Sur), siguieron respecto de la Horda y de Moscou la misma política que Pedro y contribuyeron, por tanto, poderosamente a mantener al resto de Rusia dentro de la obediencia de ambos soberanos.

La consideración del clero se había aumentado no sólo por los favores que los kanes tártaros le dispensaron, sino también porque la inseguridad general, la gran desdicha nacional de la servidumbre, que había alcanzado al conjunto, y la calamidad siempre reproducida que para los particulares constituían las correrías y saqueos de los tártaros, inclinaban, naturalmente, hacia la vida espiritual, que ofrecía perspectivas de mayor seguridad y de celestial recompensa.

Es sorprendente el número extraordinario de conventos que se fundaron durante la soberanía de los mogoles. Macario, historiador de la Iglesia rusa, refiere que durante aquel período se crearon más de doble número de conventos que se habían creado durante los dos siglos y medio anteriores, desde la adopción del cristianismo (2). Las frecuentes calamidades, como peste, hambre, sequía, incendios, etc., «causaban tristeza, temor y espanto entre todos los hombres y los hacían accesibles a la influencia religiosa (3).» Las crónicas y las leyendas están llenas de ejemplos que demuestran la extraordinaria influencia política y moral que ejercieron entre sus contemporáneos algunos sacerdotes ilustres, sobre todo monjes y anacoretas.

Una misión civilizadora realizada, por decirlo así, instintivamente, está enlazada con la vida y hechos de aquellos anacoretas que supieron convertir en tierras de cultivo los yermos que habían elegido para su retiro. Ellos ayudaron a fomentar la colonización del Este, que políticamente había emprendido Andrés Bogolyubski, y contribuyeron poderosamente a acelerar la cristianización de las tribus finesas, que durante tanto tiempo habían permanecido paganas. La manera de ejercer esta actividad se comprende estudiando la vida de uno de aquellos «santos» anacoretas.

A mediados del siglo XIV nació en Nishni-Nowgorod (4), de una acomodada familia de comerciantes, un hijo, en cuya alma ejerció gran influencia el culto religioso a que le habían destinado desde edad muy temprana sus padres, y que, cosa rara, aprendió desde muy niño a leer y escribir. A media legua de la ciudad existía un monasterio compuesto de grutas, que los devotos padres del niño solían visitar, y que con más frecuencia todavía visitaba el niño. Allí oía a los monjes leer las vidas de los santos; hacía preguntas agudísimas, despertando en sus maestros y sobre todo en sí mismo la idea de que estaba destinado a ser monje. Contra la voluntad de sus padres, aquel niño, llamado Macario, que sólo contaba doce años de edad, entró en el convento, a cuyas prácticas se sometió con fervoroso entusiasmo. Hasta algún tiempo después no supo su padre, por conducto de un monje, lo que había sido de su hijo.

Cuando la vida del convento dejó de revestir la sencillez primitiva, el joven Macario se retiró a un bosque, fijándose en la orilla derecha del Volga, entre los ríos Lucha y Dobriza, acompañado de Tichón, compañero acerca del cual corrían rumores de que tenía poder para

(1) En Rusia no hubo blasones de familia hasta el siglo XVII: cada boyardo usaba su sello especial y las insignias variaban a cada generación. Los nombres de familia no se conocieron hasta el siglo XVI, pues en un principio los boyardos no tenían más que el nombre de pila y el de su padre, apareciendo después como distintivos los sobrenombres que en el siglo XV encontramos con la terminación *off*, y que sirven de nombres de familia. Los príncipes de la familia de Rurik o de Gedimín que entraron al servicio de Moscou no se diferenciaban en sus derechos de los demás servidores, pero conservaban su título de príncipes. El número de éstos era muy reducido en el siglo XIV. Véase Jablotschkoff, obra citada.

(2) Véase Macario, *Historia de la Iglesia rusa*, tomo IV, pág. 163.

(3) Véase Peretjatkowitz: *Los territorios de Volga durante los siglos* XV *y* XVI, Moscou, 1877 (en ruso).

(4) Véase Peretjatkowitz, obra citada, página 101.

hacer milagros. Los labradores de las cercanías, que temían que la ermita se convirtiese en convento y que por tanto sus tierras pasaran a ser propiedad de los monjes, expulsaron de allí a los dos, que entonces se separaron. Tichón subió por la orilla del Lucha y fundó una ermita consagrada a San Nicolás: Macario fué más lejos y se estableció en el distrito de Yuryewo, en la orilla derecha del Volga, donde se construyó una cabaña y vivió largo tiempo «únicamente para su Dios.» Pero la fama de su santa vida llevó allí a muchos que querían renunciar a la existencia mundana para vivir bajo su dirección en las prácticas espirituales. Así nacieron una iglesia y un convento, perdiendo Macario la soledad por que tanto había suspirado.

Entonces decidió alejarse más, y nombrando un abad para los hermanos, abandonó a sus compañeros sin decirles adónde se dirigía. Importábale en extremo huir de toda vanidad, hasta de aquella a que está sujeto el hombre en el seno de la vida monástica, y por esto atravesó el Volga para encontrar tranquilidad y recogimiento en las impenetrables selvas que se extienden por la orilla izquierda de este río, deteniéndose por fin en el punto de su confluencia con el Sundakowa, es decir, en las llamadas Aguas amarillas, donde una caverna le sirvió de asilo.

Tampoco pudo permanecer allí mucho tiempo solo, pues descubierto su retiro se reunieron con él muy pronto algunos compañeros espirituales, que le eligieron abad. El nuevo convento estaba situado en un territorio que pertenecía a la tribu pagana de los chermisos de Finlandia y distaba muy poco de los territorios en que ejercían soberanía directa los tártaros; pero Macario supo mantener buenas relaciones con paganos y musulmanes, y sin ser molestado por ellos fundó en aquel suelo virgen una multitud de aldeas rusas, cuyo centro era su monasterio. Así transcurrieron algunos años hasta llegar al 1439, en que una irrupción de los tártaros hizo pasto de las llamas a toda aquella colonia.

El mismo Macario fué hecho prisionero por los tártaros, pero fué puesto en libertad con otros cuarenta prisioneros por el príncipe enemigo apenas supo quién era. Entonces se encaminó a más lejanas tierras, dirigiéndose hacia el Norte, más allá del Unscha, donde comenzó en medio de un bosque la fundación de un nuevo convento; pero, apenas inciada esta obra, falleció. Su vida y sus hechos pueden servir a muchos de ejemplo. Lo que él no pudo conseguir lo consiguieron otros: extraordinaria era la consideración de que gozaban en el pueblo los que como él vivían y morían. Ellos eran los que encontraban senderos y abrían caminos para la cristianización y colonización de los pueblos. Las misiones, olvidadas durante tanto tiempo, fueron por él resucitadas.

La conversión de Perm conseguida por San Esteban aconteció a fines del siglo XIV; en todas partes estos triunfos religiosos iban unidos a los progresos de los colonizadores rusos. Los sacerdotes que iniciaron este movimiento gozaban de gran consideración entre sus contemporáneos; ejercían gran influencia y se encontraban, a su vez, sujetos a la preponderancia espiritual del metropolitano residente en Moscou, dominado a su vez por el Gran duque, que predicaba tolerancia hacia el extranjero y sumisión a Moscou. Todo tendía a un fin.

Iván Ivanowitz, hermano y sucesor de Simeón el Soberbio, fué una persona de poca importancia política cuyo corto reinado ofrece escasísimo interés. Tuvo en el valiente príncipe Constantino de Susdal un competidor que le disputó la dignidad de Gran duque, pero el kan decidió la contienda en pro de la siempre fiel casa de Moscou, pudiendo de esta suerte desempeñar Iván su gobierno, aunque turbado por algunas contrariedades. Una sublevación de boyardos en Moscou, los esfuerzos que por recobrar su independencia hacía Nowgorod, los desórdenes y las luchas por la posesión del trono ocurridas en Twer y en Murom, y, sobre todo, los indicios de la decadencia que se iniciaba en la Horda, así como las tendencias conquistadoras de Lituania, fueron las cuestiones que tuvieron en su tiempo conturbados los ánimos.

Para nuestro objeto es de importancia suma la influencia que comenzó a adquirir el clero durante el reinado de este débil príncipe. El ya mencionado metropolitano Alejo parece haber sido realmente una eminencia: era de la familia de los Pleschtschyeff y había nacido en 1293. A los veinte años entró en el convento de Moscou, donde aprendió el griego y se atrajo la admiración de Teognosto, el cual le confió la dirección del tribunal eclesiástico, y le dió así ocasión de conocer a fondo el modo de ser de la Iglesia rusa. En 1352 fué nombrado obis-

po de Wladimir y enviado, como tal, a Constantinopla, a cuyo patriarca le recomendó eficazmente el metropolitano. Su apoyo espiritual era Sergio, el fundador de la catedral de la Trinidad de su nombre, hombre de noble cuna que había nacido en 1314 en Rostoff.

A la muerte de sus padres, que no habían querido que su hijo fuese monje, se retiró a los bosques de Radonesch (cerca de Moscou), uniéndosele poco después su hermano mayor, que habiendo muerto su esposa no pudo soportar el peso de la vida mundana. Ambos construyeron una cabaña y una pequeña iglesia consagrada a la Santísima Trinidad, que fué el origen de la posteriormente tan famosa catedral de Sergio. El hermano de éste entró al poco tiempo en un convento de Moscou, teniendo Sergio que soportar solo las miserias de la vida de anacoreta bajo el desapacible cielo moscovita. Sin embargo, aquel joven de veinticuatro años resistió todas las tentaciones corporales y espirituales y la fama de su santidad llevó a su lado a muchos que querían oir sus consejos morales y a algunos que deseaban llevar igual existencia.

Entonces se hizo necesario organizar aquella hermandad religiosa, siendo Sergio elegido abad por sus compañeros y confirmado en tal dignidad por el obispo. Su fama se aumentó de día en día llegando hasta Constantinopla, cuyo patriarca le envió una cruz, ornamentos y un hábito de monje. Por demás notable es el hecho de que así Alejo como Sergio tomaron parte muy activa en los asuntos terrenales, siendo llamados a los consejos del príncipe, desempeñando el papel de árbitros en muchas cuestiones y funcionando también como agentes diplomáticos del soberano. La residencia de los dos hombres más eminentes del clero ruso en territorio moscovita contribuyó poderosamente a aumentar la consideración de que gozaba el gran ducado.

Entretanto, desde la muerte de Usbek los acontecimientos habían tomado un giro enteramente nuevo. Al reino de Kiptschak (1) le pasó lo que a todos los antiguos Estados de los conquistadores orientales; los placeres de la corte y del harén enervaron a los kanes; las intrigas palaciegas turbaron el orden de la sucesión al trono hasta el punto de que los sucesores de Usbek, para subir a él, tuvieron que pasar sobre los cadáveres de padres y de hermanos. Ysanibeg fué asesinado por su hermano Schanibeg; éste por su hijo Berdibeg; éste por su hermano Kulpa, el cual, a su vez, sucumbió a los golpes de Newrusbeg; a éste lo asesinó Chidrbeg; a éste Tamir-Chadscha, y así sucesivamente.

Durante los veintiséis años que mediaron desde 1342 a 1378 se contaron diez y ocho kanes, de suerte que por término medio no llegó a reinar ninguno más de diez y ocho meses. Era indudable que la Horda caminaba a su completa ruina. Ultimamente se formaron en la Horda de Oro dos kanatos, uno que tenía por capital a Sarai, junto al Volga, y otro cuya capital estaba situada más hacia el Oeste, entre el Volga y el Don. Además existían: una soberanía independiente en el país de los mordwines, al Sur del principado de Rjasán, en los afluentes de la izquierda del Don; otra en el país de los búlgaros, en el Volga medio—que después fué el imperio de Kasán;—otra en la desembocadura del Volga, en Astracán; otra en Crimea, al Norte de ésta y hacia el Dniéper, y dos más en Yaik y más al Este a ambos lados del Ural.

Ante tal estado de cosas, el príncipe Iván se sintió con ánimo para negar la entrada en el gran ducado al hijo de Berdibeg—que solicitaba de él procediera a una regulación de fronteras entre Rjasán y Moscou—sin atraerse por esto la venganza de los tártaros, pues entretanto Berdibeg había sido asesinado. Esto no obstante, es probable que Iván no pensara en una gran empresa contra los tártaros, para la cual tampoco hubiera podido prepararse por falta de tiempo, pues falleció en 1359, cuando contaba treinta y tres años de edad. Lo que él no había hecho, lo hizo su hijo Dmitri Ivanowitz Donskoi.

Iván dejó dos hijos y además vivía aún un hijo de su hermano Alejo: estos tres se repartieron a Moscou, pero habiendo muerto al poco tiempo el hermano menor, Dmitri, el primogénito, que tuvo en su consecuencia dos partes, consiguió fácilmente reducir a la obediencia a su primo. Al morir Iván los tres príncipes eran menores de edad, por lo cual el príncipe de Susdal, Dmitri Constantinowitz, consiguió obtener un jarlyk que le ponía en posesión del gran ducado. Sin embargo, los boyardos moscovitas se hicieron los desentendidos, pues estaban acostumbrados desde hacía mu-

(1) Véase Kostomaroff: *Monografías históricas*, tomo III.

chas generaciones a ser los primeros boyardos de Rusia y no querían verse postergados a los de Susdal. Sus esfuerzos tuvieron por resultado que el mayor de sus príncipes, Dmitri Ivanowitz, obtuviera del kan Murid el jarlyk indispensable, y cuando el susdalés quiso oponer resistencia hicieron montar a caballo a sus tres jóvenes príncipes y obligaron a Dmitri Constantinowitz a emprender la fuga. Esto acontecía en 1362, comenzando a partir desde entonces el reinado de Dmitri el vencedor del Don (Dmitri Donskoi).

CAPÍTULO IV

DMITRI IVANOWITZ DONSKOI (1362-1389)

La confirmación dada por un kan cuando eran dos los que se disputaban el kanato, no constituía ninguna garantía de soberanía duradera. Por esto los moscovitas se encontraron sumamente perplejos cuando al siguiente año el rival de Murid, Abdullah, envió un jarlyk al nuevo Gran duque. ¿Había de aceptarse o rechazarse este segundo nombramiento? El consejo de los boyardos optó por lo primero y los embajadores de Abdullah encontraron honrosa acogida. Al tener de esto noticia Murid, montó en cólera y otorgó su favor a Dmitri Constantinowitz, cuyas pretensiones había desestimado antes. Los de Moscou, sin embargo, no hicieron caso alguno. El de Susdal sólo pudo sostenerse doce días en Wladimir y los demás príncipes comenzaron a notar que en Moscou renacía el espíritu de independencia.

Los príncipes de Rostoff, Starodub y Halicz fueron desterrados y no encontraron apoyo alguno en Dmitri de Susdal cuando fueron a refugiarse a sus territorios. Este, por el contrario, firmó la paz con Moscou, cuya superioridad no podía desconocer, y perseveró en ella a pesar de haberle sido por segunda vez ofrecido por el kan el trono de Gran duque. En 1366 casó a su hija con el Gran duque, a quien siguió guardando fidelidad. Precisamente en aquel tiempo estalló de nuevo la peste, que causó grandes estragos entre las familias reales rusas, pues víctimas de ella fallecieron Iván, hermano del Gran duque, un príncipe de Rostoff, cuatro de Twer y Andrés de Susdal, a consecuencia de cuyos fallecimientos estallaron en todas partes, menos en Moscou, luchas de sucesión. Moscou intervino en ellas tanto como pudo, viéndose el Gran duque apoyado en sus esfuerzos por el metropolitano, cuyas armas espirituales dieron el golpe de gracia cuando no fueron bastante eficaces las terrenales. De esta manera el suegro del Gran duque vió asegurada su residencia de Nishni-Nowgorod, ciudad que por su floreciente comercio había llegado a obscurecer a Susdal. Los demás príncipes se sometieron también a excepción de Miguel de Twer, que reanudó la antigua lucha contra Moscou, encendiendo una sangrienta guerra.

Habiendo Miguel huído a Lituania, las tropas moscovitas invadieron y asolaron los territorios de Twer, pero poco después se firmó la paz, y cuando Miguel, accediendo a una invitación que se le había hecho, se dirigió lleno de confianza a Moscou, fué sorprendido e indignamente encerrado en la cárcel. Entonces, por fortuna suya, llegaron algunos emisarios tártaros a Moscou, con cuyo motivo, para evitar el escándalo que la cuestión necesariamente había de promover, fué Miguel puesto en libertad. No es, pues, de extrañar que desde aquel tiempo el príncipe de Twer fuera enemigo irreconciliable de Moscou. Miguel huyó de nuevo a Lituania y esta vez Olgerdo le prestó su auxilio, y al frente de un poderoso ejército penetró en el principado moscovita, que estaba por completo desprevenido. Derrotando fácilmente a las avanzadas del Gran duque, se presentó Olgerdo, antes de que nadie pudiera sospecharlo, delante de las puertas de Moscou.

El peligro y el espanto fueron en esta ciudad tan grandes que Dmitri hizo reducir a cenizas los arrabales y se refugió en el Kremlín, el cual había cercado con murallas de piedra. Tres días permaneció Olgerdo delante de la capital de Rusia, pero viendo que no podría apoderarse de ella y teniendo además en cuenta que los sucesos de Occidente no le permitirían sostener un largo sitio, contentóse con firmar un convenio ventajoso para Miguel de Twer y se retiró con la misma rapidez con que se había presentado. Moscou, sin embargo, no solía desistir de los planes que se había propuesto, así es que en 1370 comenzó de nuevo el movimiento de ataque de Dmitri: primero fué asolada Smolensko por su alianza con Lituania, luego Twer se vió nuevamente devastado.

En vano procuró Miguel conseguir de la Horda que se inclinase a su favor, no

logrando su objeto por los obstáculos que le pusieron los moscovitas: en cambio, en las Navidades de 1370 supo inducir a Olgerdo a que hiciera una nueva invasión. Olgerdo llegó de nuevo hasta Moscou y Dmitri volvió a refugiarse en el Kremlin; pero esta vez el moscovita estaba mejor preparado. Su hermano reclutó numerosas tropas en Peremischl, al Sur de Moscou, no lejos de las fronteras lituanas; y el previsor Olgerdo, temiendo acaso una invasión en sus dominios, emprendió la retirada, que pudo llevar felizmente a cabo. No era, pues, probable que tomara tercera vez la defensa de Miguel. Este, entonces, se dirigió de nuevo a la Horda, consiguiendo que le diera un jarlyk confiriéndole el gran ducado de Wladimir el kan Asif, o por mejor decir, Mamai, que sin llevar el título de kan era quien en realidad ejercía la soberanía y quien instituía y destituía a los kanes, como hizo en otra época Orestes respecto de las sombras de emperadores romanos. Los tártaros dieron a Miguel un embajador, Ysari Chodscha, para que cuidara de hacer cumplir el mandato, pero pronto se vió que en Wladimir no fué reconocido el nuevo Gran duque, y cuando Dmitri fué citado para que acudiera a esta ciudad a justificarse no compareció. La cuestión tuvo un fin tragicómico.

Por invitación de la corte, Ysari Chodscha se dirigió hacia Moscou, y llegado que hubo allí, después de haberse visto colmado de presentes, se convenció de que era imposible, y aun muy desventajoso para la Horda, llevar a cumplimiento las órdenes del kan. Al regresar a la Horda para trabajar en pro de Moscou siguióle Dmitri, provisto abundantemente de dinero y de regalos. Mamai le acogió con amabilidad suma y el kan le confirmó en la dignidad de Gran duque.

¿Y Miguel? Mamai le escribió que, a pesar de la protección que se le había dispensado, no se encontraba en condiciones de sostenerse como Gran duque y que en lo sucesivo cuidara personalmente de sí mismo. La Horda nada tenía ya que hacer con él. El hijo de Miguel había caído en poder de Dmitri, el cual no lo devolvió a su padre hasta que éste le hubo pagado un rescate de 10.000 rublos.

Así parecía reinar entre Moscou y la Horda la mejor armonía, pero estas buenas relaciones fueron de corta duración. La matanza de 1.500 tártaros ocurrida en Nishni-Nowgorod, donde, como sabemos, reinaba un príncipe susdalés pariente de Dmitri, ofreció de nuevo a Miguel ocasión de intrigar en la Horda contra su enemigo; y en efecto, consiguió captarse el favor de Mamai y obtener por segunda vez la confirmación del título de Gran duque de Wladimir.

Desde este momento la lucha tomó otro carácter y en la política moscovita se operó un cambio sorprendente. Dmitri supo dar a la guerra contra Twer un carácter nacional y dirigirla especialmente contra los tártaros. El cronista ruso califica con expresión enérgica el sentimiento que supo despertar. Los príncipes que se aliaron con Dmitri para luchar contra Twer decían: «¡Con cuánta frecuencia se ha atraído a su cuñado Olgerdo, el hijo de Gedimín, y cuánto mal ha causado a los cristianos! Ahora se ha aliado con Mamai y con sus zares y con toda la Horda de Mamai, y Mamai respira odio contra todos nosotros: si le dejamos acercarse sin obstáculo, nos vencerá a todos con su auxilio.» Miguel, con el apoyo que los demás príncipes y Nowgorod prestaron a Dmitri, fué derrotado y hubo de firmar la paz y de renunciar solemnemente al gran ducado.

Todo iba contra los intereses de la Horda: a ésta le importaba poco que no la obedecieran con tal que la pagaran; pero no obedecer ni pagar era una injuria inaudita que exigía venganza. La guerra entre Moscou y la Horda se hacía inevitable: una y otra lo comprendían así y hacían sus preparativos.

Así estaban las cosas en 1375.

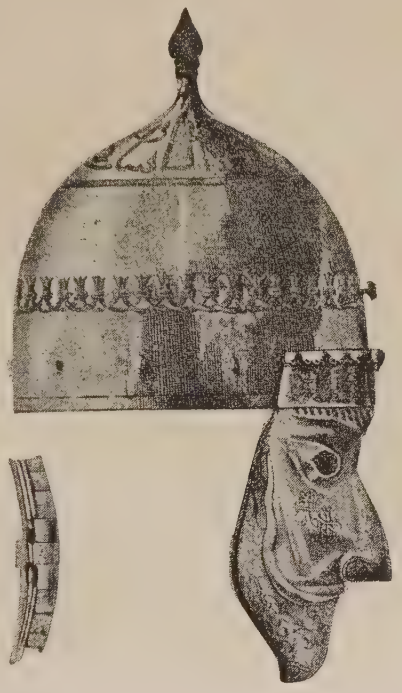
La primera agresión partió, como era de esperar, de la Horda, penetrando hasta muy adentro de Rusia dos de aquellos cuerpos de ejército que allí se encontraban disponibles: de ellos, el uno invadió el territorio de Nishni-Nowgorod y el otro el de Nowosilsk. Ambos incendiaron y devastaron cuanto encontraron a su paso, haciendo gran número de prisioneros. Un tercer ejército, quizás el mismo que había penetrado en Nowosilsk, se dirigió hacia el Norte hasta Kaschin e incendió la ciudad, de suerte que Dmitri llegó a temer que sería también atacada la de Moscou y tomó, en su consecuencia, posiciones en el Oka. Pero esta vez no estalló la tempestad y una gran victoria coronó este primer ataque contra los tártaros. Kasán fué sitiada y dos príncipes de este reino de creación reciente tuvieron que humillarse ante el Gran duque, pagar un crecido rescate y aceptar en sus do-

minios funcionarios rusos afectos al departamento de contribuciones. Esto promovió una nueva expedición de los tártaros a Nishni-Nowgorod, durante la cual una fuerte división del ejército ruso sufrió una derrota completa junto al río Pjana (2 de agosto de 1377). En los años siguientes también fueron repetidas veces derrotados los rusos.

Nosotros hablaremos únicamente de los hechos más culminantes. Durante el verano de 1378, Mamai envió otros dos ejércitos contra el Nordeste de Rusia: el uno incendió a Nishni-Nowgorod y el otro estaba destinado a marchar sobre Moscou, atravesando para ello el gran ducado de Rjasán. Mursa-Bogitsch era el general en jefe de esta expedición. Dmitri se había reconciliado con Oleg, de Rjasán, cuyas tropas se unieron a las moscovitas para oponer resistencia a los tártaros. Los ejércitos se encontraron a orillas del Wescha, que desemboca en el Oka por su margen derecha, cerca de Pereyaslawl-Rjasanski. Dmitri en persona se encontraba al frente de las tropas. Los tártaros después de haber pasado el río emprendieron el ataque, pero fueron completamente derrotados pereciendo una multitud de ellos durante la huída. La noche puso término a la persecución: el enemigo, después de abandonar sus bagajes, se diseminó por la estepa, adonde no se atrevieron a seguirle los rusos.

Esta era la primera victoria de gran importancia que en el espacio de 155 años habían obtenido los rusos sobre los tártaros: ella iniciaba el completo rompimiento entre Moscou y los soberanos de Sarai. Mamai comprendió toda la trascendencia de este hecho; así es que se apresuró a reunir todos los guerreros que se habían salvado de la batalla e invadió con ellos los territorios de Rjasán, que no se encontraban preparados para un regreso tan rápido del enemigo. Por esto pudieron ser incendiadas Pereyaslawl y algunas otras ciudades: todas las aldeas que los tártaros encontraron a su paso fueron pasto de las llamas, y un gran número de prisioneros hubieron de seguir al enemigo, que se apresuró a emprender la retirada. Este era simplemente el preludio de la gran expedición que contra Moscou preparaba Mamai.

El Gran duque Dmitri habíase aprovechado de la muerte de Olgerdo, acaecida entonces, para arrebatar a su sucesor Yagailo algunos territorios fronterizos, cuando en el verano de 1380 cundió la espantosa noticia de que Mamai se dirigía contra él con todo su ejército. Mamai había llegado a encontrarse al frente de la Horda y quería, cual otro Batu, ver sometida a sus pies a toda la Rusia. Además de los tártaros, había tomado a su servicio a genoveses de



Yelmo mogol de hierro con adornos de oro e inscripciones arábigas.—(Consérvase en el Kremlin, Moscou.)

Kaffa, alanos y cherkeses, habiendo además pactado con Yagailo de Lituania una campaña común. Grande era realmente el peligro que amenazaba, y su gravedad se hizo tanto mayor cuanto que, intimidado el Gran duque de Rjasán, se sometió humildemente al kan. Dmitri envió correos a todos los puntos de Rusia mandando a sus gobernadores y vaivodas y príncipes que se dirigieran con sus tropas a Moscou. Mientras éstas se reunían, presentáronse emisarios de Mamai exigiendo el mismo tributo que había obtenido Usbek y la misma obediencia que al anterior kan se había prestado.

Por consejo del clero, que sostenía que

debía evitarse a toda costa la efusión de sangre, colmóse de regalos a los emisarios de Mamai y se envió a la Horda una embajada provista de ricos presentes. Pronto se vió, sin embargo, que era inútil pensar en un arreglo amistoso. La traición de Oleg de Rjasán y la alianza con Yagailo subsistían indudablemente, corriendo entonces la voz de que las tropas de ambos se habían ya unido con las de Mamai. En vista de esto, se aceleraron los preparativos y se enviaron tres cuerpos de ejército con el objeto de adquirir noticias precisas de los planes de los tártaros. De los tres, dos no regresaron, pero el tercero volvió con la noticia de que Mamai se aprestaba al combate, si bien esperaba el otoño para encontrar en sazón los cereales de los campos de Rusia. «No cultivéis las tierras ni os cuidéis de la cosecha—había dicho a sus tártaros;—estad dispuestos a apoderaros de la cosecha de Rusia.»

Dmitri señaló el 15 de agosto como fecha y Kolomna como punto de reunión, pero hasta el 20 no salió de Moscou, habiendo antes visitado al abad del convento de la Trinidad para recibir de él la bendición espiritual y oir de sus labios una palabra profética. Una memoria continuada en las crónicas rusas (más detalladamente en la de Nikón), que fué escrita poco después de la victoria de Dmitri, describe esta entrevista de un modo claro y característico del estado de cosas de aquella época. Era el día de los santos Floro, Lauro y Próculo; el Gran duque oyó misa y aceptando la invitación del abad, comió en el convento. Terminada la comida, díjole Sergio: «Colma de presentes y de distinciones al impuro Mamai, a fin de que el Señor, teniendo en cuenta tu sumisión, te levante y destruya el insaciable furor de Mamai.»

«Ya lo he hecho, padre—contestó Dmitri,—pero no ha servido más que para aumentar su orgullo.»

«Si así es—repuso el abad,—le esperan la ruina y perdición definitivas, y a ti, en cambio, el auxilio, el favor y la gloria de Dios, de su inmaculada Madre y de los santos.»

Entre los monjes llamaron la atención del Gran duque dos de alta estatura, anchos hombros y fornido cuerpo, cuyas negras cabelleras y pobladas barbas eran indicios de valor. Eran Pereswet y Osljata, antiguos guerreros que habían renunciado al mundo. «Padre — dijo el Gran duque,—dadme estos dos monjes para hacer la guerra: sé que han sido valientes guerreros, fuertes héroes y conocedores de la lucha y del arte de ordenar ejércitos.» Por orden del abad, armáronse ambos, poniéndoles Sergio una capucha de monje con una cruz bendecida sobre el yelmo y dándoles su bendición. Después bendijo al Gran duque y a sus acompañantes, los roció con agua bendita y dijo: «Dios será tu defensa y tu escudo, destruirá a tus enemigos y te dará gloria.»

Un entusiasmo religioso dominó entre las masas cuando circuló el rumor de que Mamai se había jactado de que destruiría la Iglesia católica y conquistaría a toda la Rusia para el islamismo. Dmitri, antes de salir de Moscou, oró en la catedral de la Asunción de María e imploró, arrodillado ante la tumba de Pedro, el auxilio del santo metropolitano. De allí pasó a la iglesia del arcángel San Miguel, donde estaban enterrados Iván Kalita e Iván Ivanowitz. ¿Para que aprobaran la empresa de su nieto e hijo? Tales como se encontraban las cosas, probablemente sí; mas por justificada y necesaria que se nos presente hoy la conducta de Dmitri, no puede desconocerse que había roto por completo con la política tradicional de Moscou. Había emprendido nuevos derroteros, haciendo cuanto le era dado para asegurar el triunfo, y en tales casos Iván Kalita solía proceder de igual manera. Se describe la figura del Gran duque de la manera siguiente: alto, robusto, de anchos hombros, de cabellera obscura, de barba poblada y redonda, de grandes y expresivos ojos; tal se ofrecía cuando en el memorable 20 de agosto salió de Kremlín para ponerse al frente de su ejército. Formadas delante de él sus tropas, díjoles: «Queridos hermanos, no economicemos nuestras vidas por la fe cristiana, por la santa Iglesia y por la nación rusa.»

De las filas salieron voces diciendo: «Estamos dispuestos a exponer nuestras cabezas por la fe cristiana y por ti, señor Gran duque (1).»

Como se ve, habíase despertado con toda intención la idea de que aquella guerra era religiosa y de que el Gran duque era el adalid de toda la Rusia.

El día 24 de agosto llegó el ejército a Kolomna, donde fué recibido por el cle-

(1) En esta contestación sorprende la denominación *gosudar* (hoy emperador y propiamente soberano), cuya autenticidad no es segura.

ro, y el 25 se pasó revista a las tropas. Estas formaron en orden de batalla, con la acostumbrada división en tres cuerpos: el centro se componía de las tropas moscovitas y las de Belovsero, mandadas por Dmitri en persona; el ala izquierda estaba mandada por Lew de Brjansk y el ala derecha por Wladimiro Andreyewitz, primo del Gran duque. Además se había formado una vanguardia cuyo mando tenían el príncipe Dmitri y Wladimiro Wsewolodowitz de Druzk (?).

Todavía, sin embargo, no se habían presentado todos los príncipes, notándose especialmente la falta de infantería, y como no era prudente esperar más, púsose el ejército en movimiento. El plan consistía en impedir que las tropas de Mamai se reunieran con las de Lituania y penetrar en la estepa lo más pronto posible a fin de evitar la invasión de los tártaros en el territorio moscovita. En su consecuencia, el ejército penetró en los territorios de Rjasán hasta llegar a Lopasna, donde se le unieron las tropas que se habían retrasado.

El ejército ruso se componía de unos 100 a 150.000 hombres, número formidable si se tiene en cuenta que lo componían únicamente Moscou y los príncipes que de este gran ducado dependían directamente. Faltaban Twer, Rjasán, Nishni-Nowgorod, Smolensko y Nowgorod, sin hablar de los príncipes del Sur y del Oeste de Rusia, que pertenecían a Lituania, y a quienes tenían alejados de la empresa nacional, por un lado, el temor que les inspiraban los tártaros, y por otro, el odio que tenían a Moscou.

Dmitri dejó en Lopasna una parte de sus tropas para recoger las que pudieran todavía llegar, y el grueso del ejército pasó el Oka y marchó hacia el Don, uniéndosele por el camino los príncipes de Pskoff y de Brjansk, refuerzo inesperado, pues ambos hermanos estaban aliados con la Lituania. Al llegar al Don celebróse un consejo de guerra: habíase sabido que Mamai, que avanzaba lentamente, podía en tres días llegar a la orilla izquierda del río y que si no lo hacía era porque esperaba la llegada de las tropas de Rjasán y de Lituania: tratábase, pues, de discutir si se había de pasar el Don e ir al encuentro de los tártaros, o si se había de esperar el ataque de éstos en la orilla derecha.

El parecer de los dos príncipes recién llegados y una animosa carta del abad Sergio, en que les prometía la victoria, hicieron prevalecer el plan más atrevido. El día 7 de septiembre dió Dmitri la orden de pasar el Don, lo cual verificaron la caballería por los muchos puntos en que el río estaba casi seco y la infantería valiéndose de puentes rápidamente improvisados. Ya era tiempo, pues Mamai avanzaba a marchas forzadas. Durante la noche el ejército ruso estableció su campamento en las colinas cubiertas de bosque que se alzaban junto a la confluencia del Neprjadwa con el Don. Mamai se presentó aquella misma noche, harto tarde, sin embargo, para evitar el paso de los rusos, fijando su campamento enfrente del que ocupaba el Gran duque; entre uno y otro se extendía el campo llamado de Kulikoff, de unos diez kilómetros de extensión, por cuyo centro corría el riachuelo Smolka. En el punto más alto de la llanura, en la llamada «colina roja,» alzábase la tienda del kan.

La tradición popular refiere que un gran número de lobos y aves de rapiña habían seguido al ejército, armando durante la noche una gritería extraordinaria.

Amaneció el día 8 de septiembre: no describiremos el curso de la batalla, que nos refieren las crónicas con escasa discrepancia, pero creemos necesario hablar de sus principales incidentes. Dmitri había colocado una sección de caballería, mandada por su primo Wladimiro Andreyewitz y por un experto guerrero wolhynio, el boyardo Dmitri Michailowitz Bobrok, en una emboscada oculta a la vista de los tártaros; esta caballería, además de cubrir la retirada por los puentes, podía fácilmente acudir al auxilio de los rusos.

La lucha comenzó a las once, avanzando la infantería de ambos ejércitos. Un ilustre tártaro, el mursa Temir, se adelantó y retó a los más valientes de entre los rusos a un desafío: entonces se le presentó Pereswet, uno de aquellos monjes del convento de Sergio, trabándose un combate singular: ambos contendientes se acometían con sus lanzas con tal denuedo que sus caballos vinieron al suelo, cayendo ellos mismos sin vida. Entonces comenzó una lucha cuerpo a cuerpo, en la que tomó parte con gran arrojo el mismo Dmitri. La descripción poética de la crónica dice: «Las lanzas se rompían como pajas, las flechas caían como lluvia, el polvo obscurecía los rayos del sol, las espadas brillaban como rayos, los hombres caían como la hierba al paso de la hoz y la

sangre brotaba como agua a torrentes. La infantería rusa quedó completamente aniquilada: el centro se vió en una situación muy apurada y costó grandes esfuerzos conservar el orden en sus filas; en cambio, en el ala derecha la desventaja estuvo de parte de los tártaros, sin que por eso las pérdidas que sufrían dieran carácter decisivo a la lucha.

Entonces dirigieron todas sus fuerzas contra el ala izquierda con el intento de romperla y de poder atacar a los rusos por la espalda: si conseguían esto, la victoria estaba decidida. Pero en aquel momento entró en acción la caballería que había permanecido en la emboscada: era la una, y el sol, que hasta aquel momento había molestado de frente a los rusos, cegó a los tártaros, contra los cuales se levantó también el viento. En estas condiciones desfavorables al enemigo, cayó sobre él de repente la caballería que mandaban Wladimiro y Bobrok. Los tártaros se acobardaron y emprendieron la fuga, que pronto se convirtió en el más completo desorden. Una hábil operación de Dmitri Olgerdowitz, príncipe de Brjansk, había restablecido entretanto el orden en el centro del ejército ruso, después de lo cual empezó un ataque general que hizo que los tártaros comenzaran a retirarse. En la colina roja, donde se encontraba Mamai, intentaron defenderse las tropas de éste, pero sus esfuerzos fueron vanos: sus filas fueron rotas, y Mamai, seguido de sus murses, se apresuró a montar a caballo y a dirigirse a las estepas.

Dmitri había ganado la batalla. Cuando los príncipes vencedores regresaron de su persecución, le echaron de menos; buscósele por todo el campo de batalla y por fin lo encontraron al pie de un árbol: a pesar de que parecía muerto, sólo se hallaba sin sentido; su excelente coraza le había salvado; estaba todavía con vida, y la noticia de la victoria le dió nuevas fuerzas. Al día siguiente, domingo, pudo dar las gracias a su ejército y recorrer el campo de batalla, donde yacían innumerables cadáveres, entre ellos los de quince príncipes rusos. Procedióse entonces a separar los cuerpos inanimados de los rusos de los de los tártaros, dándose solemnemente sepultura a los primeros. A los ocho días emprendió el ejército ruso el regreso.

El día de la batalla Yagailo de Lituania no se encontraba más que a una jornada de distancia de los tártaros, siendo indudable que, de haber llegado a tiempo, el combate hubiera tomado un giro muy distinto.

El 21 de septiembre, Dmitri, cuyo séquito se había aumentado considerablemente con el rico botín tártaro, llegó a Kolomna y el 28 hizo su entrada triunfal en Moscou. El pueblo le dió el dictado de Donskoi, vencedor del Don, y abrigó con razón la esperanza de que quedaba para siempre destruído el poder de la Horda.

Sin embargo, este poder duró todavía cien años: el Asia volvió a intervenir de un modo decisivo en la historia de la Europa oriental. Ya recordaremos que la Horda de Oro se había emancipado de la parte asiática de Kiptschak, a pesar de lo cual siempre influyeron algo en ella los sucesos del Asia anterior y central, pues como su reino carecía al Este de fronteras naturales marcadas, el kan tenía que observar con atención los cambios que allí ocurrían. Unicamente podía aprovechar a la Horda el hecho de que el Estado de Schagatai se dividiera, andando el tiempo, en una serie de Estados y quedara quebrantado por odios intestinos.

Mientras las luchas por la posesión del trono y los levantamientos en las provincias caracterizaron la historia de aquel imperio, la Horda, a pesar de encontrarse debilitada, nada tenía que temer de éste; el peligro había de ser en realidad inminente cuando apareciese un conquistador que reuniera en sus manos todo el poder, y como para esto existían todas las condiciones indispensables, únicamente faltaba una persona a propósito para resucitar los tiempos de Gengis-kan (1).

Esta persona existía en Timur, o como comúnmente se le llamaba, Tamerlán. En 1380, cuando contaba veinticinco años de edad, pues había nacido en el año 1355, fué nombrado gobernador de la Transoxiana. Poco después, el descubrimiento de un complot por él tramado le obligó a huir a Samarkanda, donde se unió con el antiguo soberano de Transoxiana, el emir Hussein, que estaba desterrado: los esfuerzos de ambos consiguieron hacerles dueños de toda la Transoxiana.

Pronto se vió que estos dos hombres no podían vivir el uno junto al otro. En la lucha que por este motivo estalló su-

(1) Véanse Weil: *Pueblos islamitas*, Stutgart, 1866; Hammer, obra citada; Segur: *Histoire du bas empire*, 9.ª edición, y las obras rusas.

cumbió Hussein, y Timur hubiera podido reinar en aquel país como soberano único; mas para robustecer su situación y no atraer prematuramente sobre sí la atención y la envidia, prefirió someterse a una sombra de soberano, que fué un descendiente de Gengis-kan, tras de cuyo nombre ocultaba su propia ambición. Entonces sometió a Khwarizm y Kaschgar y en Kiptschak protegió, contra el kan legítimo Orus y luego contra su hijo Timur-Melik, al pretendiente Tochta, que consiguió en 1376, después de varias derrotas, una victoria definitiva. Cuando después Timur-Melik volvió a atacar a su adversario, fué por segunda vez vencido, cayendo prisionero al comenzar la batalla y siendo muerto por orden de Tochta.

Este había, pues, llegado a ser vecino de la Horda de Oro y estaba decidido a hacer de ella el centro de su imperio. Nada tenía que temer de su protector Timur, antes al contrario, los triunfos de este conquistador, que cada vez extendía más sus dominios, le aseguraban contra todo ataque por la espalda, de suerte que podía dirigir todas sus fuerzas contra Mamai. Este, sin embargo, no se encontraba del todo desprevenido. Después de haber llegado a Sarai con los restos de su ejército, no le dominaba otra idea más que la de tomar venganza de Rusia. El hecho de que Dmitri no hubiera llevado su ejército a la Horda demostraba que ésta seguía inspirando miedo: además el material de guerra del kan era inagotable. Sus preparativos estaban casi terminados cuando la marcha de Tochta le obligó a llevar sus armas no hacia el Norte, sino hacia el Este.

Los dos ejércitos se encontraron cerca de Kalka, punto donde en otra ocasión Batu había derrotado a los rusos; y trabado el combate, la victoria se decidió en pro de Tochta. «Los príncipes de Mamai — dice una crónica rusa — se apearon de sus caballos y doblando la cabeza prestaron juramento de fidelidad al zar Tochta.» Ninguno pensó en continuar la resistencia. La victoria de Tochta fué considerada por aquella gente fatalista como una sentencia divina: cambióse la persona del soberano y todo quedó como antes.

Esto había hecho variar el aspecto de las cosas. Nuevos elementos propios para la lucha y acostumbrados a la guerra rejuvenecieron por cien años más a la Horda, de suerte que Rusia sólo podía conservar su libertad alcanzando una victoria como la que había conseguido en el Don.

Mamai, antes tan poderoso, tuvo un fin triste, pues habiendo huído a Kaffa fué robado primero y asesinado después por los genoveses.

Ante el hecho positivo y reconocido en las crónicas rusas de que Mamai había estado a punto de atacar de nuevo a Rusia, no se comprende que ésta nada hiciera para evitar el peligro. No se oye hablar de preparativos ni de alianzas: los rusos no se cuidaban más que de celebrar la victoria conseguida y no se hacía, al parecer, caso alguno del riesgo que amenazaba por parte de Tochta, cuya superioridad había puesto de manifiesto la batalla de Kalka, y el cual decía públicamente que se consideraba heredero y sucesor de Mamai bajo todos conceptos.

Ya en 1381 se había presentado en Nishni-Nowgorod un emisario suyo citando a todos los príncipes rusos para que comparecieran ante la Horda. El de Moscou le contestó que no podía alejarse de Rusia porque no tenía garantía alguna para su seguridad personal. El emisario tuvo, pues, que regresar a su país sin haber podido llenar su misión; pero en Moscou seguía reinando una tranquilidad poco sólida y poco segura. Tochta, en un principio, no dió señales de vida, por lo que podía creerse que no le había molestado la negativa que habían tenido sus pretensiones, pero, lejos de esto, hacía en silencio sus preparativos.

En 1382 fueron atacados de repente todos los comerciantes rusos de Bulgaria, cundiendo muy pronto la noticia de que la Horda había puesto en movimiento sus grandes ejércitos y de que Oleg de Rjasán figuraba como su caudillo. En efecto, Tochta, con auxilio de Oleg, había pasado el Volga y avanzaba hacia Moscou. La ciudad de Nishni-Nowgorod, que era la que se encontraba expuesta a más inmediato peligro, se humilló ante los tártaros para conseguir por este medio que sus territorios fuesen respetados, teniendo entonces Dmitri que pagar muy cara su indolencia. Las fuerzas de Moscou y de Susdal, que por lo demás no podían ser empleadas en un momento, no bastaban para resistir el poder de Tochta: no era tampoco posible, después de haber dejado perder el instante oportuno, promover una coalición de príncipes.

No quedaban, pues, más que dos re-

medios: o que el Gran duque se encerrara dentro de las murallas de Moscou y dirigiera personalmente la defensa de la capital, o que, abandonando a ésta a su suerte, se apresurara a agrupar a su alrededor todas las tropas que en tan crítica situación pudieran reunirse. Si Moscou podía sostenerse enfrente del enemigo, existía la probabilidad de causar sensibles pérdidas al ejército tártaro cuando se retirara. Dmitri optó por la última de aquellas dos medidas y saliendo de Moscou huyó por Pereyaslawl a Kostroma, donde reunió a toda prisa a sus guerreros.

En tal estado se encontraban las cosas cuando los tártaros se presentaron delante de Serpujoff, a doce leguas de Moscou. Aquella ciudad fué tomada y en 23 de agosto llegó la vanguardia tártara delante de la capital moscovita, donde, desde la salida del príncipe, reinaban el desorden y la perplejidad. Quísose celebrar una wetscha, pero fué imposible llegar a un acuerdo. Una parte de la población quería huir, pero la otra persistía en defender la ciudad y retenía a la fuerza a los fugitivos. El hecho de haber huído el metropolitano aumentó la intranquilidad y la excitación.

Las cosas cambiaron, sin embargo, de aspecto cuando se presentó en la capital un vaivoda lituano, el príncipe Ostei, enviado probablemente por Dmitri, quien con mano enérgica procedió a hacer los preparativos para la resistencia y organizó militarmente a los muchos fugitivos de la comarca que se habían refugiado en Moscou. Los arrabales fueron incendiados, y cuando se presentó el enemigo, la ciudad estaba dispuesta a la defensa.

Renunciamos a describir los acontecimientos que nos han sido transmitidos con prolijos detalles. Parece indudable que Moscou pudo sostenerse porque los tártaros no llevaban máquinas de sitio, y durante tres días fueron valerosamente rechazados todos los ataques. Tochta comenzó a concebir temores: su ejército no estaba preparado para un largo sitio, y además no ignoraba que Dmitri y su hermano, con fuerzas que se aumentaban de día en día, no se encontraban muy lejos. Pero allí donde no llegaba la fuerza alcanzaba la astucia de los tártaros, permitida como ardid de guerra. Tochta fascinó a los moscovitas con promesas de paz, diciéndoles que no era enemigo de la ciudad, sino del Gran duque; que se retiraría si los habitantes salían a ofrecerle presentes y que sólo deseaba visitar antes de marcharse las curiosidades de Moscou.

Los hijos de Dmitri de Nishni-Nowgorod confirmaron con sus juramentos la pureza de intenciones del kan. En vista de ello celebróse una asamblea consultiva y los moscovitas se dejaron engañar: las puertas de la ciudad fueron abiertas, saliendo de ella la población precedida del valiente Ostei, de los boyardos y del clero, que llevaban ricos presentes. Entonces se vió hasta dónde llegaba la lealtad de los tártaros, repitiéndose los mismos sucesos que había presenciado Rusia durante la primera conquista llevada a cabo por Batu.

Los ciudadanos indefensos fueron asesinados sin compasión y se dejaron acuchillar sin oponer resistencia: la ciudad fué saqueada, quedando en un día todas sus riquezas y preciosidades reducidas a polvo y a ceniza, llevándose consigo el enemigo en calidad de esclavos gran número de prisioneros. Este suceso funesto, acaecido en 26 de agosto, destruyó los resultados de la victoria del Don e imprimió de nuevo en Rusia el sello de la servidumbre tártara.

Tochta no se detuvo en Moscou, en cuyos alrededores formaron sus tropas, y emprendió a toda prisa la retirada llevando a todas partes el incendio y el asesinato, hacia el Norte hasta Pereyaslawl, hacia el Este hasta Wladimir y hacia el Oeste hasta Moshaisk. De su ejército únicamente una división (de seis mil según una crónica) fué derrotada al encontrarse en Wolok con el hermano del Gran duque. Este continuaba en Kostroma, a 50 leguas de Moscou. Sostiénese que esto aceleró la retirada de Tochta, pero esta opinión no es segura ni siquiera probable. Dmitri, como se vió después, no estaba todavía preparado para la lucha. Tomada Kolomna, regresó Tochta por el territorio de Rjasán, que también fué devastada sin consideración alguna. Así recompensaron los tártaros los servicios prestados por Oleg, es decir, la traición que hizo a sus compañeros de raza y de religión.

Dmitri volvió a la capital para dar sepultura a los cadáveres: yacían en ella sin enterrar 24.000 hombres. El príncipe lloró y les dió el último reposo: en cuanto a las tropas que se le habían reunido en Kostroma, no las utilizó para atacar a los tártaros, pues para esto eran insuficientes, sino que recibieron la orden de castigar a Oleg por su traición y de aso-

lar los territorios de Rjasán, en los cuales sucumbió ante la venganza del Gran duque todo cuanto habían dejado en pie los tártaros.

Dmitri, al ver devastada su capital, exclamó: «Nuestros padres no vencieron a los tártaros, pero fueron menos desdichados que nosotros.» Desde la toma de Moscou por Tochta cambió de política, adoptando el sistema de sumisión que habían seguido los primeros príncipes de Moscou y cuidando solamente de conservar en el territorio ruso el poderío de su gran ducado. Ya en la primavera de 1383 encontramos a Wassili, hijo de Dmitri, acompañado de los más ilustres boyardos, en la Horda, donde el Gran príncipe de Twer procuraba en tanto obtener, con el favor del kan, la supremacía en Rusia.

La misión que aquéllos llevaban era suplicar a Tochtamisch que confirmara a Dmitri en su dignidad de Gran duque. El kan se condujo hábilmente conservando en rehenes al hijo de Miguel de Twer y a Wassili Dmitriyewitz: a Miguel le concedió la gracia de que pudiera conservar su residencia de Twer, y en cuanto a Dmitri consideró prudente enviarle, en el otoño de aquel año, por conducto de un embajador especial, el jarlyk de confirmación. «Conozco a mis Ulises—había dicho el kan a Miguel de Twer,—y todos los príncipes rusos me sirven desde antiguo. En cuanto al agravio que me ha inferido mi ulusnik, Dmitri de Moscou, he aterrorizado bastante a este príncipe para que me sirva lealmente...» Estas palabras de Tochta caracterizan la política por él seguida en Rusia: su propósito era no introducir modificación alguna en las relaciones interiores de este país, y en su interés estaba, por el contrario, mantener el antiguo orden de cosas.

Pero era preciso que volviera a fluir como antes el manantial de oro que durante los últimos tiempos se había secado, y a esto únicamente había tendido la expedición dirigida contra Moscou. El kan había conseguido infundir miedo y de él se aprovechaba para restablecer la antigua opresión tributaria. Fijó el rescate de Wassili en la inaudita suma de 8.000 rublos. Los baskakes volvieron como antes a cometer exacciones en el país con motivo de los impuestos: era, pues, indudable que quedaba restablecido el yugo tártaro.

De igual manera hizo Dmitri reconocer en Rusia la supremacía de Moscou: en este sentido comenzó en la esfera religiosa mandando que volviera a su capital el metropolitano Cipriano, que desde su fuga residía en Twer, y destituyéndole de su cargo al saber que se negaba a obedecer su mandato. No sabemos que esta medida, contraria a todas las disposiciones canónicas, encontrara la menor resistencia. Pimen, llamado de su destierro por el Gran duque, ocupó tranquilamente la sede metropolitana de Moscou, siendo reconocido por toda la Rusia.

En este punto nos encontramos con un antagonismo tan fundamental en la Edad media entre el Oriente y el Occidente, que este hecho, con tanta frecuencia omitido, merece especial atención. La Rusia de la Edad media no conoció la jerarquía tal como la vemos en Occidente, con dilatados ideales políticos, ni el Estado religioso tal como allí lo encontramos. Cuando surgían conflictos entre el Estado y la Iglesia, tenían un carácter personal; nunca se derivaban de principios y siempre eran resueltos en perjuicio de los dignatarios eclesiásticos. Así sucedió en aquella ocasión: Cipriano, convencido de su impotencia, regresó a Kieff, y Pimen fué desde entonces servidor sumiso del Gran duque.

Desde algunos años antes habíanse restablecido las relaciones cordiales con Twer y Rjasán; y en cuanto a los boyardos de Moscou, el Gran duque les había refrenado severamente, habiendo mandado dar muerte en la capital a uno de ellos, llamado Iván Weljaminoff, caso hasta entonces nunca visto.

De mayor importancia todavía fué la energía con que Dmitri hizo pesar su dominio sobre Nowgorod con motivo de los horrores cometidos por cuadrillas de bandidos nowgorodes. La juventud de aquella ciudad había considerado las comarcas del Este como un territorio que ofrecía libre espacio a la manifestación de sus aficiones guerreras y abría ancho campo a su afán de botín y de aventuras. Aquellos jóvenes se habían criado en cierto modo para el robo por efecto del desordenado sistema con que Nowgorod procedía a la percepción de los impuestos en los territorios tributarios.

Lo que impunemente se hacía dentro de los límites de las comarcas dependientes de la ciudad se convertía en delito en cuanto se traspasaran las fronteras. Estas correrías ocurrieron en 1360, 1363 y 1366, y las llevaron a cabo los hijos de

personas respetabilísimas a las órdenes de vaivodas, cuyos nombres la tradición no ha transmitido. Todas ellas tenían el mismo carácter; cuando se llegaba al Volga se dirigían los expedicionarios río abajo y remontaban los afluentes, robando a cuantos comerciantes y destruyendo cuantos pueblos encontraban a su paso: la Bulgaria fué uno de los países más castigados.

El botín de hombres que en tales ocasiones solía hacerse tenía abierto su mercado en Asia. Esto hacía que se formularan reclamaciones contra Nowgorod, la cual rehuía toda responsabilidad por los actos de los ladrones. Dmitri supo hacerse justicia mandando prender a una multitud de ilustres ciudadanos nowgorodes y sacando provecho de las negociaciones que con este motivo se entablaron. Las correrías, sin embargo, no cesaron, ocurriendo nuevas invasiones en 1369, 71, 74 y 75, de las cuales la última iba especialmente dirigida contra el Gran duque.

Los bandoleros, en número de 1.500 y mandados por un tal Procopio, se presentaron con 70 embarcaciones delante de Kostroma. El gobernador del Gran duque les salió al encuentro con 5.000 soldados, pero sufrió una derrota y la ciudad cayó en poder de aquellos aventureros, los cuales permanecieron en ella una semana, regresando después a Nishni Nowgorod cargados de rico botín y con un gran número de prisioneros. Esta última ciudad fué también incendiada por los nowgorodes, que después de haberla saqueado se retiraron tranquilamente. Los expedicionarios bajaron luego por el Volga hasta Kama, donde permanecieron, según parece, por algún tiempo inactivos.

Pronto, sin embargo, volvemos a encontrarles siguiendo la corriente del río. Al llegar a Bulgaria vendieron los prisioneros cristianos que consigo llevaban, mujeres casadas y doncellas, a los infieles y prosiguieron su camino por Sarai hasta Astracán, donde encontraron, por fin, la merecida recompensa. El príncipe tártaro que allí gobernaba se apoderó astutamente de ellos y los hizo matar a todos (1). Dmitri entretanto no se había encontrado en situación de arreglar cuentas sobre el particular con Nowgorod.

(1) Colmóles de obsequios y de manjares: ellos se embriagaron, y cuando yacían por el suelo amodorrados, fuéle fácil al de Astracán acabar con todos. Véase Peretjatkowitz: *Los territorios del Volga en el siglo* XV, Moscou, 1877 (en ruso).

Pero después que se hubo opuesto resistencia al boyardo que en 1385 había enviado a Nowgorod para percibir el tributo, púsose, al año siguiente, al frente de un numeroso ejército y se dirigió contra la ciudad rebelde, rechazando las dos primeras embajadas que se le enviaron cargadas de presentes y con proposiciones de paz. Los consternados habitantes de Nowgorod incendiaron los arrabales y todos los edificios que se encontraban fuera de las murallas, entre ellos veinticuatro conventos, y se aprestaron para la defensa. El Gran duque procedía como si se tratara de un país enemigo: sus guerreros robaban y saqueaban y los prisioneros eran conducidos a Moscou. Esto aumentaba la consternación. Entonces se envió una tercera embajada a Dmitri, que esta vez se dejó convencer, firmando la paz con Nowgorod y retirándose con su ejército mediante el pago de 8.000 rublos, de los cuales 6.000 fueron entregados en el acto.

Dmitri toleró las relaciones de Nowgorod con Lituania, que por otra parte no eran peligrosas, pues las parcialidades que en aquella ciudad existían, hasta el punto de estar en lucha entre sí los diferentes barrios de Nowgorod, impedían que se formara un gobierno estable, además de que la Lituania, a consecuencia de desórdenes cuya descripción corresponde a la historia de Polonia, no podía intervenir constantemente en los asuntos de Rusia.

Inesperadamente enfermó el Gran duque en 1389, falleciendo a los pocos días de caer enfermo: dejaba seis hijos, de los cuales el primogénito, Wassili, que hacía dos años había regresado del cautiverio entre los tártaros, fué nombrado por el padre sucesor, incluso en el trono de Gran duque.

Dmitri, al morir, contaba 39 años: durante los últimos de su vida había abrigado la esperanza de sacudir el odiado yugo de los tártaros. Había conseguido que su primo Wladimiro renunciara en documento solemne a la sucesión de Moscou y Wladimir y reconociera a Wassili como jefe de la familia. Los demás hijos, a excepción del penúltimo, que falleció poco después de su padre, recibieron una parte de la herencia paterna con la condición de estar todos sometidos a su hermano mayor.

En el testamento de Dmitri se encuentran estas notables palabras: «¡Quiera Dios cambiar por completo la Horda, y que mi hijo no tenga que pagarle otro

tributo! Cada cual entonces conservará para sí el tributo que por su parte retenga.» La esperanza que alentaba de sacudir el yugo extranjero no constituye la parte más esencial de su última voluntad. El desenvolvimiento histórico de Rusia permitía tener esa esperanza, pero la Rusia debía verse nuevamente envuelta en las tinieblas de la esclavitud. Desde el punto de vista práctico era altamente importante que Moscou siguiera recaudando el tributo tártaro, aun cuando no fuera necesario pagárselo al kan, y que, según el sistema tributario introducido por los tártaros, el Gran duque de Moscou tuviera a su disposición grandes sumas de dinero. El pueblo estaba acostumbrado a este impuesto y toleraba sin protestar la tasa regular del tributo. Su producto había contribuído en no pequeña parte a poner a toda Rusia bajo la soberanía de Moscou.

CAPITULO V

WASSILI I DMITRIYEWITZ (1389-1425)

Así como estudiando la persona de Dmitri vemos en ella algunos rasgos que nos recuerdan a los príncipes del Sur de Rusia, en su heredero, el príncipe Wassili Dmitriyewitz, reaparece el tipo marcado de los príncipes moscovitas. Aquel joven de diez y siete años se mostró, desde sus primeros actos de gobierno, un frío calculista que, con toda la sabiduría de un anciano, sabía sacar partido de las locuras y de las faltas de los demás. Las primeras disposiciones gubernativas de Wassili se atribuyeron a la influencia de los boyardos que su padre le había dejado como consejeros, y efectivamente hay en esto algo de verdad. Pero la dirección que tomó esta influencia se avenía perfectamente con las cualidades características del joven príncipe, el cual, cuando obró espontáneamente, siguió las mismas tendencias que a aquélla distinguían. Lo único nuevo que vemos es un rasgo de crueldad que llegó a ser característica en los príncipes de la casa moscovita hasta el extremo en que la encontramos en Iván el Terrible.

Los primeros actos de gobierno de Wassili demuestran la desconfianza con que miraba a sus más próximos allegados: su valiente tío, Wladimiro Andreyewitz, que se había portado mejor que nadie en la batalla del Don y que era el único que podía gloriarse de haber vencido a Tochta, vió cercenados sus derechos, a pesar de haber observado estrictamente el tratado firmado con Dmitri y de haber rcconocido sin vacilar al joven Gran duque. Disgustado se retiró a los territorios de Nowgorod, pasando primero a Serpujoff y después a Torschok, en donde le dispensaron cariñosa acogida. En 1389 él y el Gran duque vinieron a un arreglo que marcaba detalladamente las condiciones recíprocas y que revelaba desde la primera hasta la última línea la mutua desconfianza. Entre otros contenía el siguiente pacto: «Si yo—decía el Gran duque a su tío—resido en Moscou, te enviaré fuera de la ciudad y tendrás que dejarme a tu esposa, hijos y boyardos; pero si te permito vivir en la ciudad y me marcho, te dejaré mi madre, mis hermanos menores y mis boyardos.»

Este tratado, no desfavorable a Wladimiro, consignaba al final que el Gran duque no creía poder prescindir de su tío, y en efecto éste le prestó grandes servicios hasta que falleció en 1410. Entre uno y otro, sin embargo, no existieron nunca buenas relaciones, y probablemente lo que indujo a Wassili a ceder fué el temor de que Wladimiro pudiera fijarse definitivamente en Nowgorod, ciudad que no le inspiraba mucha confianza. Al propio tiempo firmóse un tratado con esta ciudad, que recibió como gobernador a uno de los boyardos del Gran duque, pues desde los tiempos de Kalita no era costumbre confiar tal cargo a un príncipe.

El joven Gran duque había contraído lazos de familia con Witowt de Lituania, casándose con una hija de éste, a consecuencia de un compromiso anteriormente contraído. Uno y otro habían creído encontrar en este enlace un apoyo contra Yagailo, que desde su conversión al cristianismo se había mostrado cada vez más ambicioso y más ganoso de extender sus dominios. Si el Gran duque Wassili no pudo obtener los frutos que esperaba se debió a las circunstancias, no a un error de cálculo ni a negligencia por su parte. En cambio, tuvo gran suerte en sus negociaciones con la Horda; gracias á las riquezas de que disponía, «el kan le concedió más honores de los que había dispensado a los anteriores príncipes (1).» Pero

(1) La segunda crónica de Sofía *ad* 6901 (1393), edición de la Comisión arqueográfica, tomo VI, San Petersburgo, 1853.

de mayor importancia que todas estas distinciones fué la cesión que Tochta hizo al Gran duque del territorio de Nishni-Nowgorod, que poco antes había concedido al príncipe Boris de Gorodez por ser el que más derechos a él tenía. Más adelante le hizo también donación de las ciudades de Gorodez, Meschtshera y Torusa.

El Gran duque no vaciló en legalizar esa violación de todo derecho aceptando la donación del kan. Esto, jurídicamente considerado, era un robo que hacía al príncipe Boris Constantinowitz, tanto más cuanto que sobre Torusa no podía legítimamente formular pretensión alguna por estar situada en territorio de Chernigoff, que nunca había pasado a manos de los descendientes de Monomaco. La generosidad que con Wassili mostró Tochta parece fundada en la circunstancia de estar el kan de la Horda de Oro en guerra con su bienhechor Timur y de tener la esperanza de conquistar una parte del imperio de éste; por lo cual creía necesario dejar en Rusia un príncipe de confianza como vasallo superior, y Wassili, el más poderoso, era el único que presentaba garantías de que no se turbaría el orden de cosas establecido. Antes de que Tochta partiese de las fronteras europeas para salir al encuentro de su enemigo de Asia, Wassili regresó a Rusia, consiguiendo fácilmente, por la traición de un boyardo, enseñorearse de Nishni, donde puso un gobernador, de suerte que cuando después el hijo del destronado príncipe, auxiliado por los tártaros de Kasán, logró penetrar en dicha ciudad y saquearla, los perjuicios que causó al Gran duque de Moscou fueron transitorios.

Wassili hizo una expedición a los territorios de Kasán, destruyendo esta ciudad (1) y otras de menor importancia y restableciendo la preponderancia rusa en el Volga. La posesión de Nishni aseguraba al Gran duque el monopolio del comercio del Volga, y si conseguía apoderarse de la misma manera de la Gran Nowgorod, se encontraría también dueño del comercio exterior de Rusia con el Occidente, con lo cual se aumentaría de un modo extraordinario su importancia. Tal era el objeto que se había propuesto Wassili; pero la hora de Nowgorod no había sonado todavía, no obstante lo cual consiguió unir fuertemente a su dominio dicha ciudad y hacer reconocer por completo su soberanía. Las armas espirituales contribuyeron también en aquella ocasión a aumentar el poderío de Moscou. El metropolitano Cipriano, a principios de 1391, se dirigió a Nowgorod, donde fué acogido con grandes obsequios (2).

Por espacio de dos semanas comió con el arzobispo Iván y después de haber recibido ricos presentes pidió a los ciudadanos que se sometieran a su jurisdicción. El possadnik Timofei, el tisatzki Mikita Tedorowitz y todos los nowgorodes contestaron, sin embargo: «Señor, por razones de jurisdicción hemos besado la cruz y convenido recíprocamente un tratado diciendo que no queremos apelar para ante el metropolitano.» Y el metropolitano dijo: «Habéis cometido un grande pecado, pero dadme el documento, pues quiero romper el sello y tomaré de vosotros el beso de la cruz: dadme la jurisdicción, como hasta ahora la han tenido los demás metropolitanos.» Los de Nowgorod no hicieron caso de estas palabras, y entonces Cipriano salió de la ciudad lleno de indignación contra el arzobispo y contra todo Nowgorod.

La cólera del metropolitano sirvió de pretexto al Gran duque para formular pretensiones sobre la ciudad, exigiendo no sólo las costas procesales para el metropolitano, sino también para sí mismo otros dos nuevos impuestos, que los nowgorodes se resistieron a pagarles. Era, pues, inevitable un rompimiento. Wassili, después de haberse puesto de acuerdo con Witowt de Lituania, envió contra Torschok a su tío Wladimiro Andreyewitz y a su hermano Yuri al frente de un ejército. Torschok, Wolokolamsk y Wologda fueron tomadas y saqueado el territorio nowgorode, retirándose después de esto las tropas, no sin haber antes dejado en las ciudades gobernadores moscovitas. Apenas alejado el ejército, estalló en Nowgorod una revolución, víctima de la cual pereció Maksim, celoso partidario de Wassili. La venganza que tomó el Gran duque fué terrible: una división de su ejército se apoderó de la ciudad: setenta individuos sobre los cuales recaían sospechas de haber tomado parte en el asesinato de Maksim fueron conducidos a Moscou, donde se

(1) Ulu Mahmet la reedificó. Véase Peretjatkowitz, obra citada, pág. 98.

(2) Véanse las crónicas nowgorodes, I y IV *ad* 6899. La IV contiene la relación más detallada.

les mató con todo el refinamiento de los tártaros.

La fantasía del Gran duque, envenenada por las crueldades que cometían los tártaros, comenzó a habituar al pueblo ruso a ejemplos análogos. Por lo demás, los nowgorodes causaron grandes perjuicios a Moscou, llevando sus correrías hasta muy adentro de los territorios del Gran duque; pero ya podía preverse que Nowgorod habría de sucumbir, pues su comercio no podía soportar por mucho tiempo las trabas que eran consecuencia necesaria de la guerra. Ya en 1392 se sometieron en algunos puntos a la voluntad de Wassili; pero en 1397 rompiéronse nuevamente las hostilidades. El Gran duque había exigido que Nowgorod rompiera el tratado de paz recientemente firmado con las ciudades anseáticas, y habiéndose negado a ello, se apoderó de todos los territorios del Dwina; pero después de una encarnizada lucha sostenida con fortuna por Nowgorod, firmó Wassili la paz sobre la base del *statu quo ante bellum*. A pesar de esto, no había desistido de sus planes.

El arzobispo Juan hubo de pagar con tres años de cárcel en Moscou su resistencia contra el metropolitano y contra el Gran duque y éste repitió con frecuencia sus tentativas para apoderarse de los territorios del Dwina. Dada la tenacidad con que los príncipes de Moscou persistían en su política, podía preverse la definitiva ruina de Nowgorod. Wassili había conseguido poner un gobernador moscovita en Pskoff, «la hermana menor de Nowgorod,» como se llamaba aquella ciudad desde el tratado de Bolotoff (1348), que le aseguraba su independencia de la segunda; y después de 1399 la independencia de Pskoff fué efectiva respecto de Nowgorod, llegando así el dominio de Moscou hasta la extrema frontera del territorio eslavo. Al llegar allí se encontró Wassili con Livonia, que había estado en continua alternativa de paz y de guerra con Pskoff y Nowgorod, y que desde el momento en que se veía en contacto con los territorios directamente sometidos al Gran duque, debía considerar su situación en extremo peligrosa.

Las relaciones con Lituania, que en un principio parecían ser cordiales, no conservaron por mucho tiempo este carácter, pues el suegro y el yerno procuraban con igual codicia explotar en provecho propio las ventajas de la paz. Witowt se había apoderado de Smolensko por traición y sorpresa en 1395, sin que opusiera a ello obstáculo alguno Wassili, el cual veía tranquilo cómo la influencia lituana comenzaba a dejarse sentir en Rjasán. Pero cuando Witowt intentó apoderarse de Nowgorod y de Pskoff, que Moscou consideraba como botín propio, rompiéronse abiertamente las hostilidades. Ambos contendientes pusieron en movimiento sus ejércitos: por tres veces pareció inminente un choque sangriento, pero siempre se entró en negociaciones y se convinieron armisticios, hasta que en 1408 firmóse, junto al Ugra, una paz definitiva, gracias a la cual Witowt no volvió a molestar a las ciudades de Nowgorod y Pskoff y permaneció en tranquila posesión de Smolensko.

Terminadas las hostilidades en el interior, tenía Moscou ancho campo para intrigar e intervenir en los asuntos de Lituania desde que este Estado, después de su anexión a Polonia, había adoptado el cristianismo en la forma latina de Occidente. Las comarcas unidas a Lituania que habían formado parte del antiguo imperio ruso siguieron adictas á la confesión griega, siendo de notar que miraban a sus soberanos católicos, y por tanto cristianos, con más desconfianza que antes, cuando todavía eran paganos. El mismo antagonismo religioso había hecho imposible toda ulterior acción común de Lituania, Nowgorod y Pskoff.

Por otro lado, los muchos y descontentos elementos de la confesión griega tenían su natural apoyo en el ortodoxo Gran duque de Moscou, y por esto vemos que muchos magnates lituanos se dirigieron a esta capital, donde Wassili les dispensó cordialísima acogida. Esto se vió principalmente cuando fueron a Moscou Swidrigailo, hermano de Yagailo, el obispo de Chernigoff, seis príncipes del Sur de Rusia y gran número de boyardos a quienes se asignaron las ciudades de Wladimir, Pereyaslawl, Yuryewo-Polski, Wolokolamsk y la mitad de Kolomna. con gran descontento de los antiguos boyardos, que no comprendían las ventajas de esa trastornadora política del Gran duque. Pretendíase encontrar su explicación en supuestas intrigas de Yedigei, cuya influencia, como en otro tiempo la de Mamai, era decisiva en la Horda.

El gobierno de Wassili Dmitriyewitz, por lo que a su situación respecto de la Horda se refiere, constituye una conti-

nua alternativa de relaciones amistosas y hostiles y una serie de esfuerzos hechos por el Gran duque para desligarse de la influencia práctica del kan, cuya supremacía había reconocido en teoría. Con el favor de Tochta habíase apoderado de Nishni-Nowgorod; sin embargo, hizo todo lo posible para no tener que intervenir en las luchas entre la Horda y Tamerlán. Cuando Tochta hubo sufrido en Terek una derrota decisiva (15 de abril de 1395) y las hordas de Timur penetraron por el Ural en las estepas del Volga y del Don, Wassili tuvo que intervenir en la lucha, para lo cual tomó sus posiciones en el Oka, preparándose Moscou para los horrores de un sitio.

El resultado de la lucha no podía ser dudoso: Moscou no podía contar con que el éxito coronara la resistencia que iba a oponer al poderoso vencedor, ante el cual habíase inclinado el Asia entera: Timur se había apoderado ya de Yelecz, había saqueado los territorios del Dniéper y del Don y emprendido la marcha contra la capital moscovita cuando, en 26 de agosto, de repente mandó la retirada hacia el Asia.

La piadosa fe de los contemporáneos atribuyó la salvación de Rusia a la Virgen María, cuya milagrosa imagen el Gran duque había mandado trasladar de Wladimir a Moscou. Cuán grande fué la impresión que produjo la invasión de Tamerlán nos lo demuestra el hecho de que todas las crónicas rusas contienen relaciones, en parte muy detalladas, que se derivan de dos inscripciones contemporáneas. Vale la pena de que nos detengamos en el retrato que hacen de aquel conquistador universal. «Todos los días — dice la crónica de Woskresen (1) — llegaban muchos mensajeros dando cuenta de las amenazas del cojo Temir-Aksak (2), diciendo los preparativos que hacía para devastar la Rusia, refiriendo cómo se jactaba de que atacaría a Moscou y de que se apoderaría de la ciudad, haría prisioneros a sus habitantes y destruiría los lugares sagrados. Añadían que quería acabar con la religión cristiana... y que el tal Temir-Aksak era un hombre despiadado, nada bondadoso, martirizador y opresor cruel. Promovió una persecución de cristianos, como en otro tiempo habían hecho los primeros emperadores infieles Diocleciano, Maximiano, Decio y Licinio y los demás perseguidores. De la misma manera quería este Temir-Aksak llevar a cabo una gran persecución de cristianos.» En cuanto a su retirada, la misma crónica añade: «Y a la misma hora en que llegaba a Moscou la imagen de la Virgen, regresaba aquel infiel en precipitada fuga a la Horda, maldecido por la cólera de Dios.»

Aquella traslación de la milagrosa imagen de María pertenecía a la misma esfera del sistema político que había hecho trasladar la sede metropolitana a Moscou. En efecto, con la traslación del santuario nacional más venerado a la residencia del Gran duque se aumentaba considerablemente la importancia de este príncipe. Con lágrimas en los ojos sacrificaron los de Wladimir su irreemplazable tesoro, que desde los tiempos de Bogolyubski había constituído el bien más preciado de aquellos habitantes. ¡De Kieff a Wladimir y de allí a Moscou! Parecía como si aquella imagen hubiera de seguir la suerte del Estado.

La expedición de Tamerlán dejó impresas sus huellas en Rusia. Las comarcas del Dniéper y del Don fueron horriblemente devastadas, lo propio que los territorios inmediatos a Moscou y los alrededores de Nishni-Nowgorod. El vencedor al emprender la retirada se llevó consigo un botín cuantioso, compuesto de personas, oro, plata, pieles y un gran número de pollinos (3). Sarai y Astracán fueron destruídas, quedando notablemente perjudicado el comercio del Volga. Hasta la parte del Sudoeste de Rusia que se encontraba sometida a Lituania padeció bastante y la misma Polonia se vió amenazada.

En Lituania, sin embargo, Witowt había evitado mayores perjuicios, y al comenzar la retirada persiguió a los tártaros hasta el Volga causándoles grandes pérdidas: Witowt había procedido así en defensa de Tochta, que se había refugiado en sus dominios.

Poco después de la retirada de Timur fué destronado el kan que éste había instituído, y su sucesor Kotlugh-Timur exigió la entrega de Tochta. Entonces se rompieron las hostilidades entre Lituania y la Horda, y Witowt sufrió en 5 de agosto de 1399, junto al Worskla, una tremenda derrota, que tuvo por consecuencia la devastación del Sur de Rusia llevada a cabo por los tártaros, pero que

(1) Obra citada, pág. 65.

(2) Traducción turca del persa *leng*, lisiado, cojo.

(3) Véase Hammer, obra citada, pág. 362.

La milagrosa imagen de la Madre de Dios, de Wladimir.—Conservada en Moscou en la iglesia de la Asunción de María, en el Kremlín

no dió a éstos la posesión de la parte de este país aliada de Lituania. Tochta fué asesinado en 1406 y Kotlugh-Timur falleció poco después de la batalla del Worskla.

Entonces al frente de la Horda y ocupando una posición parecida a la de los mayordomos francos encontramos a Edegu o Yedigei, como le llaman las crónicas rusas, hombre cuyo nombre tiene mucha más importancia que los de los kanes por él gobernados y que variaban a cada momento. Wassili Dmitriyewitz se aprovechó del desorden que reinaba en la Horda para emanciparse de su influencia: no había pedido a los nuevos soberanos la confirmación en su gran ducado, ni les había pagado tributos, pero había sabido mantenerse en buenas relaciones con ellos.

De la falta de pago del tributo se excusó pretextando su escasez de recursos, por más que la Horda sabía que él lo percibía regularmente guardándolo después en sus arcas. No se quería llegar a un rompimiento con él, y por esto encontramos grupos de tártaros en el ejército con que combatió a Witoldo. Edegu resolvió finalmente atemorizar al Gran duque organizando una expedición como la que en 1382 había llevado a cabo Tochta, y, en efecto, logró sorprender a Wassili, que sólo en los últimos momentos había sospechado algo, antes de que pudiese reunir sus tropas. Imitando Wassili la conducta seguida por su padre, huyó a Kostroma cuando durante el verano del año 1408 penetró en Rusia Edegu, cuyo ejército llegó en 1.° de diciembre delante de Moscou. Según las crónicas rusas, que concuerdan todas en este punto, Rusia sufrió incalculables perjuicios.

Aun cuando Moscou pudo sostenerse y resistir un sitio de tres semanas, los arrabales fueron entregados a las llamas y destruídas las ciudades que alrededor y cerca de la capital se habían levantado: tal fué la suerte de Pereyaslawl, Rostoff, Dmitroff, Serpujoff, Nishni-Nowgorod, Gorodez y otras. En seguimiento del Gran duque envió Edegu a sus dos hijos con un ejército de 34.000 hombres. No sabemos que se organizara la resistencia, pero un feliz accidente salvó a Moscou y al Gran duque: el kan de Sarai veíase amenazado por un rival y para su defensa envió a llamar a Edegu, el cual, antes de emprender la retirada, obtuvo todavía por ella 3.000 rublos de los consternados moscovitas.

La tempestad había pasado, pero Rusia había sufrido sensibles pérdidas en hombres y en bienes.

Wassili regresó a su capital y desde entonces pocas noticias tenemos de las relaciones que mantuvo con la Horda. En 1412 se presentó en persona en Sarai cuando vió que le amenazaba el peligro de que le arrebataran a Nishni-Nowgorod y se la devolvieran a su legítimo soberano. Por el único medio eficaz, por el soborno, consiguió conservar esta ciudad, que ya había sido cedida. Las crónicas refieren algunas correrías accidentales y hablan de una derrota que sufrió en 1424 en el territorio de Rjasán el kan Kibat o Kuidadat. El anciano Edegu gobernaba entonces como soberano independiente en la orilla del mar Negro y sostuvo en 1431 una lucha contra un hijo de Tochta.

Las relaciones que mediaron entre los tártaros no pueden fijarse con toda seguridad: mientras reinó el desorden en la Horda pudo Rusia rehuir el pago del tributo, pero en cuanto las riendas de aquel gobierno estuvieron en una mano enérgica, el peligro se hizo inminente. Wassili no vió, es cierto, al peligroso amigo en Moscou, pero no era cosa imposible que se repitieran los sucesos de 1408 y Rusia se encontraba sobrado débil para llevar a cabo un movimiento agresivo contra la Horda.

Podemos prescindir de los últimos años de la vida del Gran duque Wassili, porque no ocurrió durante ellos acontecimiento alguno de importancia. El día 27 de febrero del año 1425 falleció Wassili, después de un reinado de treinta y seis años. Las crónicas rusas tratan muy brevemente de su muerte: la desdicha, la peste y el hambre imprimieron un sello de tristeza a los últimos años de su gobierno.

El Gran duque Wassili, hombre severo y arbitrario, frío calculista en asuntos políticos, apenas fué comprendido por su pueblo y no consiguió hacerse amar de sus súbditos. Sin embargo, supo robustecer la supremacía de Moscou, no apartándose un ápice de la línea de conducta que le había trazado su antecesor Kalita.

Su muerte fué harto prematura, y su hijo, menor de edad, atravesó una situación crítica en el exterior y en el interior, que trajo sobre él y sobre la Rusia entera males sin cuento y puso temporalmente en peligro la supremacía de Moscou.

CAPITULO VI

WASSILI II WASSILYEWITZ EL CIEGO (1425-1462)

Los treinta y siete años de reinado del Gran duque Wassili II, que a la muerte de su padre sólo contaba diez años, ofrecen un cuadro desconsolador. Sin haber heredado la fuerza de voluntad de su familia y la tenacidad que era característica en los príncipes moscovitas, vemos en él todas las malas cualidades de éstos, la mala fe y la crueldad unidas a una versatilidad que conmovió todos los fundamentos sólidos del Estado.

Era natural que en los primeros años aquel niño no gobernara por sí y ante sí; por lo mismo en el testamento de su padre se le habían designado como consejeros Witowt y tres de sus tíos, entre los cuales había sido, cosa extraña, preterido el hermano mayor del difunto Gran duque, Yuri Dmitriyewitz. Esta omisión no era involuntaria y se explicaba por el hecho de haber Yuri pretendido para sí, en vida de su hermano, la sucesión. A consecuencia de esto y cuando ninguna de las demás familias reales se atrevía a disputar el poderío a Moscou, estalló por última vez la lucha entre tío y sobrino por cuestión del mejor derecho a la jefatura de la familia de Kalita.

La victoria obtenida por el sobrino aseguró en Moscou la sucesión de padre a hijo; pero en esta última lucha pareció que se habían querido agotar todos los medios de la crueldad y de la mala fe. Una coalición del clero y los boyardos dió el triunfo a Wassili; pero como los que tomaron parte en esta lucha emplearon cuantos medios creyeron conducentes a su fin, sin mirar si eran buenos o malos, decayó entonces de un modo sensible el nivel moral de todo el imperio.

Por muy interesante que sea la lucha que por la posesión del trono de Gran duque estalló entre tío y sobrino, como pertenece a la historia particular de la provincia, no puede ser de importancia general. Baste saber que el alto clero ruso y los boyardos moscovitas abogaron enérgicamente por Wassili y que finalmente en 1431, cuando el kan Ulu Mahmet, después de largas luchas con su rival, se hubo fijado de tal manera en la Horda que su soberanía podía considerarse duradera, se le confió la decisión acerca de la justicia que a uno o a otro pretendiente asistía.

Con un exceso de humillación consiguió el boyardo Wsewolowski, que intentaba casar a su hija con Wassili, ganarse las simpatías de Ulu Mahmet, diciéndole que Wassili no pedía justicia, sino favor, y que Yuri, apelando a la antigua tradición y al derecho hereditario, pretendía el gran ducado en virtud del testamento y de los documentos de su padre y no por la gracia del kan.

Este lenguaje era tanto más propio para conseguir de la Horda el fin propuesto, cuanto que Yuri se apoyaba en la influencia de un príncipe tártaro sospechoso al kan. De esta suerte llegó a ser Gran duque Wassili Wassilyewitz, y durante algún tiempo el tío, que gracias a sus alianzas no se había quedado con las manos vacías, pareció someterse al orden de cosas entonces establecido. Esta concordia, sin embargo, fué de corta duración, porque Wsewolowski vió frustradas sus esperanzas concebidas cuando la madre del Gran duque casó a éste con una nieta del valiente Wolodomiro Andreyewitz. Para la orgullosa hija de Witowt, la hija de un boyardo era demasiado poco para ser esposa de su hijo.

El humillado boyardo se pasó entonces al partido de Yuri, el cual le recibió con grandes muestras de favor; y el rompimiento completo ocurrió cuando la gran duquesa viuda cometió la imprudencia de injuriar mortalmente a Wassili el bizco *(Kosoi)*, hijo de Yuri. Este se lanzó contra el sobrino, que no había tenido tiempo de hacer los debidos preparativos, y le derrotó por completo en Klasma, distante apenas tres millas de Moscou. Wassili Wassilyewitz tuvo que huir y Yuri penetró en Moscou y se proclamó Gran duque; pero, siguiendo los consejos de uno de sus boyardos, se reconcilió con el sobrino, señalándole como residencia Kolomna, con lo cual vino en cierto modo a reconocer su sucesión en el gran ducado.

Bajo este concepto pudo realizarse una reconciliación, porque, según todas las probabilidades, Yuri, que contaba muchos años más, debía morir antes que su sobrino. Entonces ocurrió una cosa inesperada: Yuri se enemistó con sus hijos, y no contando en Moscou con partido alguno, cedió voluntariamente el trono moscovita a su sobrino, en parte impulsado por la cólera que contra sus hijos sentía y en parte movido por la consideración de que en semejantes circunstancias no le era posible sostenerse en aquella situación. Hecha la cesión, salió de

Moscou, acompañado solamente de cinco servidores, y la ciudad recibió con júbilo a su señor (1).

Yuri se reconcilió luego con sus hijos, y ante esta concordia Wassili tuvo que huir nuevamente de Moscou. Esto acontecía en 1434, poco después de cuya fecha fallecía el inquieto y ambicioso Yuri en esta ciudad. Entonces su primogénito Wassili el bizco procuró conservar la posesión del trono, pretensión que hubo de pagar muy cara. Habiendo reñido con sus hermanos se vió precisado a huir de Moscou, y cuando hizo una segunda tentativa para apoderarse de la ciudad, tuvo la desgracia de caer en manos del Gran duque, el cual con refinada crueldad le hizo cegar.

Es interesante observar cómo el clero moscovita juzgó aquel hecho salvaje. «El príncipe Wassili (Yurgewitz) quería apoderarse del gran ducado no impulsado por la voluntad de Dios ni apoyado por su auxilio, sino movido por su orgullo y por su arrogancia. ¡Cuánta sangre cristiana derramó, cuántos sacerdotes y monjes mató y llevó consigo prisioneros! ¿Y por ventura vino Dios a su ayuda? No, Dios no le favoreció, y tú sabes cuál es su vida y cuál el asilo adonde se ha refugiado.» En estas palabras no encontramos ninguna censura para el Gran duque, ni una frase compasiva para el infeliz que hubo de verse olvidado y sumido en las tinieblas.

Propiamente hablando, nada había que justificara el acto brutal cometido contra Wassili Kosoi. Como otros muchos antes que él, había ambicionado la dignidad de Gran duque fundado en pretendidos derechos: si la victoria y un éxito permanente hubieran coronado sus esfuerzos, su situación en Moscou habría quedado legitimada, pues ya estaba aquel país acostumbrado a inclinarse ante la divina sentencia del éxito. Pero había sucedido lo contrario, y el hecho de que los representantes de la moral pública y de la conciencia de aquel tiempo presenciaran tan impasiblemente su ceguera es, como tantos otros, un testimonio de que el nivel moral de la Rusia moscovita había descendido notablemente.

El Gran duque contaba veintiún años cuando cometió aquel acto brutal, cuya responsabilidad pesa sobre él solo: su conducta posterior no fué la más propia para borrar esta mancha que empañaba su nombre. Diez años después los ojos del Kosoi se vieron vengados en las propias pupilas del Gran duque.

Esta segunda crueldad tiene una larga historia. Los hermanos del ciego vivieron en paz con el Gran duque mientras la suerte le fué favorable; pero la suerte se volvió contra él cuando tuvo que luchar con Ulu Mahmet, el cual, desterrado de la Horda, procuraba fundar para sí un nuevo imperio. Las tropas que contra él envió el Gran duque fueron derrotadas por la acción común de los tártaros y de los lituanos. Ulu Mahmet penetró en Bulgaria, reedificó a Kasán y fué desde entonces un verdadero azote para Rusia. Ya en 1439 se presentó con un ejército delante de Moscou, y aun cuando no consiguió apoderarse de esta ciudad, reprodujo una de aquellas correrías que tanto daño causaban al país abierto y a las pequeñas ciudades.

Entonces el hermano de Kosoi, Dmitri Schemyaka, inició su política hostil a Moscou. A pesar de las muchas embajadas que le envió Wassili, Dmitri dejó pasar la invasión tártara sin prestarle auxilio alguno, y también se mantuvo inactivo cuando el Gran duque salió al encuentro de los tártaros, que desde Kasán constituían una amenaza y un peligro cada vez mayores, emprendiendo casi anualmente expediciones de rapiña. La ciudad de Kasán habíase convertido en depósito de esclavos rusos con los cuales eran inundados los mercados de Oriente. Con razón se ha extrañado que Kasán en el período de su apogeo mi itar fuera la sucesora no de la antigua Bulgaria, sino de la Horda de Oro.

El nuevo reino tártaro de Kasán presentaba una heterogénea mezcla de pueblos bajo la dominación tártara. Vivían allí tribus finesas de los cheremisos y de los chuwashes, mezcla de sangre turca, ambas paganas, y además la de los mordwines fineses. Las tres sentían poderosamente en su vida la influencia de los tártaros, los cuales constituían indudablemente el elemento principal de la población. Dada la gran importancia que en posteriores tiempos tuvo Kasán para Rusia, es necesario estudiar brevemente la organización de este Estado (2). Ante

(1) Como documento explicativo de esta lucha podemos citar la *Carta del clero ruso al príncipe Dmitri Yurgewitz, de 29 de diciembre de* 1447. Véanse los *Documentos históricos coleccionados por la Comisión arqueográfica*. I, núm. 40. Este notable documento es naturalmente asaz parcial en pro del Gran duque Wassili Wassilyewitz.

(2) Véase Welyaminoff-Sernoff: *Investigaciones sobre los zares y príncipes de Kasán* (en ruso).

todo, es característico el hecho de que la población tártara abrazara con entusiasmo el islamismo y de que después del zar fuera el seid, jefe de los sacerdotes, la persona más influyente. Esto se notaba principalmente en el trato con Rusia, para el cual se tenía frecuentemente en cuenta la mediación del jefe religioso de Kasán.

El zar no ejercía un poder absoluto, sino que estaba ligado por consideraciones que debía guardar a la numerosa y poderosa clase de los señores y sobre todo a los príncipes, colmados de privilegios, que podían hasta oponerse a la autoridad del seid. Estos elementos tenían ancho campo para intrigar, pues el imperio de Kasán, por su situación geográfica, estaba expuesto a la influencia de sus vecinos, en cuyos asuntos se presentaban frecuentes ocasiones de intervenir, mientras éstos prestaran su apoyo a las tendencias egoístas de la aristocracia.

Kasán forzosamente debía mantener relaciones con los tártaros schibansches, que residían cerca de Perm, es decir, al Norte, y lo propio debía suceder con los tártaros nogaisches, que llevaban una vida nómada en los territorios comprendidos entre el Volga, el mar Caspio y el Ural, y con la Crimea, que se había hecho independiente después de la ruina de la Horda de Sarai. El reino de Kasán estaba separado de Rusia únicamente por la corriente del Sura, pero uníale a ella el antiguo tráfico mercantil. Más adelante veremos que en el seno de aquella aristocracia existían cuatro partidos, el nogaische, el schibansche, el ruso y el crimeo, que estaban entre sí en continua lucha y que informaban la política exterior (1).

Al Sur de Kasán se veían grandes extensiones de territorios deshabitados, únicamente visitados durante el verano y la primavera por algunas tribus nómadas, y luego seguía la comarca de Astracán, destruída por Timur Lenk o Tamerlán y de nuevo floreciente en el período que nos ocupa, en el cual presenta un carácter en todo semejante al de Kasán. Como Moscou no contaba con Kasán, este reino desde la época de su restauración fué un vecino en extremo molesto, hasta el punto de que el Gran duque creyó en 1445 necesario dirigirse personalmente contra dos de aquellos príncipes tártaros, hijos de Ulu Mahmet, que eran una amenaza contra las fronteras rusas. Lo que en un principio fué victoria convirtióse después, por efecto de una persecución prematura y desordenada, en una derrota, cayendo el propio Wassili Wassilyewitz en poder del enemigo.

Desgraciadamente ocurrió entonces en Moscou uno de aquellos incendios que periódicamente destruían las ciudades rusas, de suerte que la consternación y la perplejidad de los habitantes de la capital, que temían el avance de los tártaros, llegaron a su colmo. Cuando los tártaros enviaron emisarios a Dmitri Schemyaka, los sucesos parecieron tomar para éste un aspecto en extremo favorable. Dmitri, a pesar de las súplicas del Gran duque, no había tomado parte en la campaña y disponía, por tanto, de tropas no debilitadas: estaba preparado para recibir el gran ducado de manos de Kasán, y lo hubiera indudablemente conseguido a no haber llegado demasiado tarde.

No habiendo regresado a Kasán los emisarios tártaros en el plazo que se esperaba, Ulu-Mahmet firmó con el Gran duque un tratado devolviéndole la libertad mediante un fuerte rescate. Wassili regresó a Moscou acompañado de muchos tártaros ilustres que entraron al servicio de Rusia, siendo atendidos espléndidamente. Entonces ocurrió una terrible catástrofe (2). «Al príncipe Dmitri Schemyaka sugirióle Satanás la idea de pedir el trono de Gran duque, y a este efecto envió emisarios que hablaran con Iván de Moschaisk y le dijeran que el zar había dicho al Gran duque, después que éste le hubo besado la cruz, que quería gobernar en Moscou y sobre todas las ciudades rusas y sobre todos los patrimonios rusos, y reinar también en Twer.»

Consiguió también ganarse la voluntad del débil príncipe Dmitri de Twer y se sabe positivamente que una parte de los boyardos y del clero moscovita se le mostraban favorables. El Gran duque había emprendido una peregrinación al convento de la Trinidad y los conjurados aprovecharon su ausencia para apoderarse por un golpe de mano de Moscou (12 de febrero). Hecho esto salieron en persecución del Gran duque, el cual fué

(1) Véase Peretjakowitz, obra citada, página 115. En ella se encuentra también una buena descripción histórica de la Horda nogaische.

(2) Véase la crónica woskresensche, página 15. *ad* 6954.

preso en la iglesia del convento y conducido a Moscou; tal era la seguridad que los conspiradores tenían en el buen éxito de su plan. En esta ciudad fué cegado el Gran duque en la noche del 14 al 15 y luego desterrado con su esposa a Uglitsch.

Todo el pueblo se sometió al Gran duque Dmitri Yurgewitz y besó la cruz. Algunos partidarios de Wassili huyeron a refugiarse en Lituania. Pronto, sin embargo, se notó un movimiento tan favorable a Wassili, que Schemyaka, que bien podía pensar que el Gran duque, ya ciego, era para él un adversario poco temible, se decidió a darle la libertad y a concederle el ducado de Wologda. Interesante fué la escena que en Uglitsch medió entre Schemyaka y el Gran duque ciego: aquél iba acompañado de todos los obispos, archimandritas y abades, y cuando vió delante de sí a Wassili le pidió perdón.

Pero el Gran duque, inclinándose ante él, se confesó único culpable y dijo: «¿Por ventura no me está merecido este castigo por mis pecados y por mis injusticias y por haber faltado al beso de la cruz respecto de todos mis hermanos y delante de toda la cristiandad? Yo he querido perderla y destruirla por completo, y por ello hubiera merecido castigos más duros todavía. Tú, sin embargo, mi señor, te has mostrado benigno conmigo, aplicándome a tiempo el castigo antes de que fuesen mayores mis pecados.»

Dmitri Schemyaka celebró la reconciliación con un banquete al cual asistió todo el clero: Wassili, después de haber jurado, besando la cruz, que en lo sucesivo no pretendería el gran ducado, regresó a Wologda.

Pero no mantuvo su promesa ni su juramento: sus partidarios se unieron a él; hizo alianza secreta con el príncipe de Twer; fué relevado del juramento por el abad del convento de San Cirilo del mar Blanco; se le unieron luego los boyardos fugitivos de Lituania y algunos tártaros, y encaminándose a Moscou, acompañado de las tropas de Twer, atacó a Schemyaka.

Causa verdadera sorpresa la facilidad con que la soberanía pasó de nuevo a manos de Wassili, el cual penetró en Moscou casi sin haber encontrado resistencia, obligando a Schemyaka a emprender la fuga. Después de vanas tentativas para formar una coalición armada contra el Gran duque Wassili, Schemyaka se vió obligado a firmar un tratado, en virtud del cual no sólo renunciaba para siempre a cuantos derechos pudiera tener sobre Moscou, sino que también se obligaba a no sostener relaciones con los tártaros y a pagar por su parte el tributo, conforme a las antiguas estipulaciones.

Cierto que este tratado, que regulaba en sus más pequeños detalles las mutuas relaciones, le devolvía su patrimonio hereditario, pero en cambio le arrebataba toda independencia política y le imponía, además, la pesada obligación pecuniaria de tener que restituir todos los fondos robados al Estado y todos los tesoros arrebatados a Wassili y a su madre.

Pero Schemyaka también había jurado con el firme propósito de romper su juramento en cuanto se le presentara ocasión propicia para ello. Concertó, pues, alianzas por todas partes, con Nowgorod, con el Gran duque de Twer, con Wyatka, con Mamotyak, kan de Kasán, y con Sedi-Ahmat, kan de la Horda de Oro. En su consecuencia, el Gran duque decidió dar un paso insólito: en diciembre del año 1448 convocó a todo el clero ruso en Moscou, a los obispos, a la sazón no había metropolitano, de Rostoff, Susdal, Rjasán, Kolomna, Perm, a todos los archimandritas y abades, y además a muchos monjes y sacerdotes: expúsoles su contienda con Schemyaka, les mostró el tratado auténtico y los documentos de paz y les pidió que con su mediación apaciguaran a su adversario.

El original de la misiva, fechado en 29 de diciembre, se ha conservado y constituye un documento notable: en ella, después de analizar hábil y sucintamente la desdichada gestión de Yuri, se ponen de manifiesto, con documentos jurados religiosamente, las repetidas veces que Schemyaka faltó a sus juramentos y se le pide, por la salvación de su alma, que se mantenga en paz y viva en armonía con el Gran duque.

La carta terminaba con la siguiente amenaza: «Si tú no te diriges a Dios, haciendo penitencia, y no acudes a tu hermano mayor, el Gran duque, tu alma será extraña al Señor y a la Iglesia de Dios y a la santa fe cristiana; no tendrás parte alguna en la comunión de los fieles, y la gracia de Dios y la de la pura Madre de Dios y la fuerza de aquella vivificante cruz que besaste ante tu hermano mayor, el príncipe Wassili Wassilyewitz, no vendrán sobre ti y serás,

Facsímile del grabado titular del escrito de *Sacranus: Elucidarius errorum ritus Ruthenici* referente a los rusos del concilio de Florencia

según las santas ordenaciones eclesiásticas, maldito de los santos apóstoles, de los santos Padres de la Iglesia y de los siete concilios ecuménicos, y figurarás temporal y eternamente en el número de los infieles herejes. Y en este mundo ni en el otro tampoco tendrás nuestras bendiciones y nuestras oraciones. Toda la sangre cristiana que se derrame por tu impenitencia y por tus pecados caerá sobre tu cabeza.» Escrita en Moscou en el mes de diciembre a los veintinueve días del año 6956 de la undécima Indicción (1).

No sabemos qué efecto produjo en Dmitri esta carta, pero puede decirse que no hubo de hacer gran mella en él por cuanto desde 1448 a 1451 le encontramos en guerra abierta con el Gran duque, y sólo dejó de constituir un peligro en 27 de enero de 1451, cuando fué derrotado en Halitsch por el vaivoda Wassili Ivanowitz Obolenski. Cierto que pudo refugiarse en Nowgorod y que se apoderó temporalmente de Uglitsch, pero fué de ésta arrojado por el hijo del Gran duque, Iván Wassilyewitz, y falleció en Nowgorod en 9 de abril de 1453.

Schemyaka fué el último príncipe particular que intentó disputar el trono a un Gran duque de Moscou: con su muerte cesó toda resistencia, falleciendo con él el último representante de la familia real que disputaba la preeminencia a los descendientes directos de Wladimiro Monomaco. Puede decirse que de la fecha de su fallecimiento data la Edad media rusa. Desde entonces comienza el régimen no turbado de la aristocracia moscovita. El Gran duque se sintió libre de un gran peso cuando recibió la noticia de la muerte de Schemyaka. El mensajero portador de esta deseada noticia fué pródigamente recompensado, y los vecinos más cercanos de Moscou observaron que Wassili no se creía obligado a refrenar sus instintos que le impulsaban a adquirir nuevos territorios.

El antiguo aliado de Schemyaka, el príncipe Iván Andreyewitz de Moshaisk, perdió su principado parcial, corriendo igual suerte que él Wassili Yaroslawitz de Serpujoff. El príncipe de Susdal no pudo conservar más que a Gorodez y algunas aldeas. De suerte que al lado de Moscou no subsistían propiamente más que Rjasán, Twer, el Estado libre de Nowgorod, destrozado por odios intestinos, y Pleskau.

La situación en que se encontraban los dos primeros hacía que no constituyeran peligro alguno: Nowgorod fué severamente castigado en 1456 por haber prestado su apoyo a Schemyaka. Cierto que Wassili se contentó al fin con que le pagara 8.500 rublos, pero todos los indicios eran de que se acercaba el fin de aquella república, a la cual el Gran duque dispensó en 1461 el honor de su visita.

Acompañado de dos de sus hijos y de un numeroso séquito hizo en ella su entrada para convencerse personalmente, como Gran duque, de la sumisión de la ciudad. La opinión pública no se le mostró en ella muy favorable: poco antes de su llegada celebróse una asamblea popular en la cual se discutió si sería más conveniente asesinarle, y a duras penas consiguió el arzobispo calmar a los excitados ciudadanos con la consideración de la venganza que tomarían los hijos de Wassili.

El Gran duque tendió también sus manos hacia Pskoff; uno de sus hijos, Yuri Wassilyewitz, se dirigió a esta ciudad para poner en orden sus cosas y, sobre todo, para alejar a los alemanes, que desde Livonia amenazaban a Pleskau. Por mediación suya firmóse un tratado que aseguró por algún tiempo la paz, y cuando, a las tres semanas, se retiró de la ciudad, quedaba fuertemente atado el lazo que había de unir a ésta con Moscou.

CAPÍTULO VII

MOSCOU Y EL CONCILIO DE FLORENCIA (2)

Para no interrumpir el curso de los acontecimientos hemos pasado por alto los sucesos religiosos, que tanta importancia tuvieron en tiempo de Wassili Wassilyewitz y que, mostrándonos por

(1) Para contar las fechas hay que hacer notar en las crónicas que cuentan siempre por años de marzo desde la creación del mundo, de suerte que para los sucesos ocurridos desde 1.° de marzo hasta el 31 de diciembre hay que descontar de la fecha 5508 años y para los acaecidos en los meses de enero y febrero, 5507. Véase Dorn: *Caspia*, Kunik, fuente rusa para la expedición de 1013. Este cómputo por años de marzo dejó de usarse en los territorios del gran ducado desde el año 1400: Nowgorod lo conservó algún tiempo. Pskoff parece haber tenido antes que Nowgorod el cómputo por años de septiembre: en éstos se resta para los meses de enero a fines de agosto, 5508, y para los de septiembre a diciembre, 5509.

(2) Véase Zhishman: *Negociaciones de unión entre la Iglesia oriental y la romana*, Viena, 1885. —Hefelle: *Historia de los concilios*, tomo VII. Friburgo en Br., 1874. — *Documentos históricos coleccionados y publicados por la Comisión arqueográfica*, tomo I, San Petersburgo, 1841 (en ruso).

algún tiempo a Rusia en íntimo contacto con el Occidente, merecen llamar especialmente nuestra atención.

Sabido es que la situación apurada en que se encontraba el imperio bizantino por efecto de la presión de los turcos hizo que la corte de Constantinopla concibiera el plan de comprar el apoyo del Occidente a cambio de la unión de las Iglesias griega y latina. Se entablaron las primeras negociaciones a principios del siglo XV, pero el concilio de Basilea fué el primero que se apoderó nuevamente de la idea y la defendió con verdadera energía.

Cuando después de largas negociaciones se presentaron en Basilea, durante el verano de 1434, los embajadores del emperador Juan Paleólogo, destacóse desde luego entre ellos aquel hombre que estaba destinado a hacer entrar en el movimiento general al imperio moscovita, que en un principio se oponía a las tendencias de unión: era Isidoro, abad del convento de San Demetrio de Constantinopla, que posteriormente fué metropolitano de Moscou.

Lo primero de que hubo de tratarse fué fijar el lugar en que debía celebrarse el concilio: los Padres del de Basilea optaban por esta ciudad, pero los griegos preferían a Constantinopla, si bien estaban dispuestos a reunirse en una ciudad italiana, o en Buda, Viena o Saboya, para celebrar allí el concilio de unión, con tal que se les costearan los gastos de viaje y manutención y se les facilitaran caudales para celebrar un sínodo general griego y organizar una defensa eficaz en Constantinopla.

En la sesión décimonona, que celebraron en 7 de septiembre de 1434, todos los Padres reunidos en Basilea aprobaron un tratado en este sentido, y el papa Eugenio IV, que entretanto había negociado con los griegos, dió, después de muchas vacilaciones, su consentimiento en la bula de 15 de noviembre de 1434.

El primer resultado de estos preliminares para encontrar el sitio en que pudiera llegarse a ulteriores avenencias fueron los preparativos del Occidente para defender a los caballeros de Rodas y la retirada del sultán, que se hallaba delante de la amenazada isla. Los de Constantinopla, sin embargo, no se mostraron satisfechos del proceder de Isidoro y de sus acompañantes, pues el embajador del Papa había consentido, sin conocer las negociaciones de los de Basilea, en que el concilio se celebrara en Constantinopla. De manera que hubo de negociarse nuevamente en esta capital sobre todo el asunto, hasta que en 30 de noviembre de 1435 tomaron los griegos una determinación definitiva.

El emperador y el patriarca desistieron de la idea de que se celebrara el concilio en Constantinopla, consintiendo únicamente en que se reuniera en una ciudad marítima italiana. La sesión vigésimocuarta, celebrada en Basilea en 14 de abril de 1436, confirmó este acuerdo; pero nuevas disensiones ocurridas entre el Papa y el concilio aplazaron su ejecución, volviendo a discutirse el punto de reunión, para el cual se pensó en Aviñón. Dejaremos a un lado los fatigosos accidentes por que pasó esta cuestión, y que son propios de la historia eclesiástica, y diremos que el Papa se decidió finalmente, en 18 de septiembre de 1437, por Ferrara. Para ello se había puesto de acuerdo con los griegos a despecho de los de Basilea, anunciando por medio de una bula su designio de trasladar a Ferrara el concilio de Basilea.

Poco después fijó el 8 de enero como fecha de apertura del sínodo.

Sus deseos se vieron cumplidos, pues aun cuando la mayor parte de los Padres de Basilea no se movieron de su residencia, se reunieron muchos prelados en Ferrara, donde se presentó el Papa en persona al aproximarse a las costas los buques griegos. Esto aconteció el día 24 de enero de 1438, día mismo en que los Padres de Basilea suspendieron al Pontífice. Este contestó con una excomunión de todos aquellos sacerdotes que se habían quedado en Basilea, y amenazó a los habitantes de esta ciudad con el entredicho si no procuraban arrojar de ella a los prelados rebeldes.

Hay que confesar que no era muy digno el espectáculo que se ofrecía a los griegos al llegar éstos a Ferrara, procedentes de Venecia, en los primeros días del mes de marzo. En 9 de abril se abrió solemnemente el concilio sin hacer caso alguno de los Padres de Basilea.

Además del emperador, del patriarca de Constantinopla y de sus obispos, habíanse presentado como plenipotenciarios de las demás iglesias orientales Antonio, metropolitano de Heraclea; Gregorio Mamma, de Alejandría; Dionisio de Sardes (1), de Jerusalén, y de Antioquía, finalmente, el arzobispo Marco

(1) A la muerte de Dionisio ocupó su sitio Dositheo de Nonembasia.

Eugenikos de Efeso y el metropolitano de Kieff, Isidoro, que llegó a Ferrara el día 18 de agosto.

El abad del convento de San Demetrio se había elevado, entretanto, a la sede eclesiástica suprema de Rusia, la cual hacía seis años—desde la muerte del metropolitano Focio, acaecida en 1431 — que se encontraba vacante a causa de las luchas intestinas. En Rusia se había designado como sucesor de Focio al obispo Jonás de Rjasán, pero cuando éste se presentó en Constantinopla con una carta de recomendación del Gran duque, se había ya tomado allí una decisión que era favorable a Isidoro. Podría ser que, conocido como era éste como autor de la obra de unión que se preparaba, se quisiera por este medio atraerse a Rusia. Esta nación, sin embargo, no estaba satisfecha con el griego que se le imponía por metropolitano (1).

La confirmación del obispo Jonás Rjasán había sido ardientemente esperada: el Gran duque Wassili Wassilyewitz, en una carta que algunos años después escribió al patriarca Mitrofanes, expresó en términos enérgicos la opinión que en aquella ocasión predominaba en Rusia.

«Nos habéis enviado a quien no pedíamos ni deseábamos, a Isidoro. Dios nos es testigo de que no queríamos admitirlo, y si lo aceptamos últimamente fué tan sólo por los ruegos de los embajadores imperiales, por la bendición del santísimo patriarca y porque él mismo (Isidoro) estaba contrito, se mostró sumiso y nos dirigió sus súplicas (2). Su sumisión y humildad se captaron nuestra voluntad y le acogimos como padre y maestro con grandes honores y benévolo celo, según antigua costumbre y de la misma manera que se recibía a los anteriores santos metropolitanos rusos... Cuando el citado Isidoro estuvo entre nosotros, comenzó a pensar desde los primeros días en el viaje a la ciudad del concilio.»

En vano el Gran duque procuró disuadirle de su intento, diciéndole: «Si vas allí y vuelves, regresa con el antiguo temor de Dios y con las creencias ortodoxas tales como nos han sido transmitidas por nuestro antepasado Wladimiro el Grande y tales como las conserva la Iglesia de Dios griega ecuménica y apostólica. Cosa extranjera o nueva o que sea contraria a esta Iglesia ecuménica, no la traigas si no quieres perder nuestro amor.» El prometió, bajo juramento, que no llevaría allí nada extranjero ni nada nuevo.

Como se ve, el Gran duque siguió con desconfianza toda la obra del concilio. Rusia no tenía los imperiosos motivos que habían suscitado en Constantinopla el deseo de una unión, y desde que la Lituania se había hecho católica, todas las consideraciones de una política sensata tendían a que se conservara en su más rigurosa forma el rito griego. Pero Isidoro hizo triunfar su voluntad, y el día de la Natividad de la Virgen del año 6945 (septiembre de 1437) salió de Moscou acompañado del obispo Abraham de Susdal y de un numeroso séquito.

Dirigióse, por Twer y Torschok, a la Gran Nowgorod y a Pskoff, donde se detuvo una larga temporada, y después de haber recibido ricos presentes y percibido importantes honorarios, prosiguió su viaje por Reval, Wolmar y Riga, y descendiendo por las márgenes del Duna en dirección al mar, se encaminó a Lubeck, adonde llegó en 19 de mayo de 1438. Sus compañeros se quedaron sorprendidos y las crónicas están llenas de expresiones de asombro al notar que en Livonia mostraba aficiones poco convenientes a las prácticas católicas.

Esta inconveniencia se hizo más manifiesta al llegar a Alemania (pasó por Luneburgo, Brúnswick, Léipzig, Erfurt, Bamberg, Núremberg y Augsburgo, y por el Tirol se dirigió a Italia), y al llegar a Italia los sacerdotes rusos vieron a su metropolitano, a quien se prodigaban atenciones especiales por ser jefe de la Iglesia rusa, figurar desde luego en las filas de los más decididos partidarios

(1) Como fuentes históricas principales tenemos la segunda crónica de Sofía y la crónica weskrossense, que se refieren ambas a fuentes históricas generales. La crónica de Sofía es hostil al metropolitano. Como exposición auténtica tenemos la carta del gran duque Wassili Wassilyewitz al patriarca Mitrofanes de Constantinopla, *d. d.* 1441. *Documentos históricos*, núm. 39. El texto de la bula en virtud de la cual Isidoro fué nombrado legado de Lituania, Livonia y Rusia se encuentra en Turgeneff, I, núm. 121. Casi todas las crónicas rusas contienen cortas noticias a ella referentes. La memoria sobre el viaje de Isidoro por Livonia y Alemania se halla extractada en Karamsin, en las notas al tomo V de la *Antigua Biblioteca rusa*, VI, 27. El texto íntegro merecía ser impreso por la interesante descripción que contiene de las ciudades alemanas. La edición rusa se publicó en Moscou en 1788. Los discursos insertados por Karamsin están tomados literalmente de la crónica de Sofía, que se refiere a la relación de un testigo presencial.

(2) *Jedwa jedwa prijaehom jewo. Documentos históricos*, I, pág. 73.

de la unión. Habíase convenido respecto del concilio que se celebrarían las discusiones de tal manera que el ataque partiera de los griegos, y de los latinos la defensa.

Entre los seis oradores griegos designados para esto figuraba Isidoro. El día 8 de octubre de 1438 celebróse la primera sesión. El jefe de los enemigos de la unión, por parte de los griegos, era el arzobispo de Efeso, Marco Eugenikos. También Isidoro se mostró decidido defensor de las doctrinas griegas, pues aun cuando le constaba que la unión había de llevarse a cabo, quería asegurar a la Iglesia griega las mayores ventajas posibles. Sin embargo, no se dió a conocer en primer término en Ferrara, donde predominaba el partido contrario a la unión; su papel comenzó en Florencia, ciudad a la cual se trasladó el concilio a principios del año 1439.

Allí se enardecieron tanto los ánimos discutiendo la cuestión de la procedencia del Espíritu Santo, que se consideró prudente suspender las sesiones, y cuando el patriarca de Constantinopla, que se encontraba gravemente enfermo, en 30 de marzo de 1439 reunió en su palacio a sus obispos y prelados para celebrar un consejo, Isidoro se mostró por vez primera decidido partidario de la unión, habiendo apoyado desde entonces esta idea. Defendía el *filioque* y entró en negociaciones secretas con el emperador, que deseaba ardientemente la unión: Isidoro supo aumentar el celo imperial declarándole, junto con otros tres prelados (el arzobispo de Nicea y los obispos de Mitilene y de Lakedemón), que la unión era necesaria, y que si él (el emperador) la quería, estaban dispuestos a unirse.

Isidoro fué el que propuso poner de acuerdo los libros de los Padres de la Iglesia oriental y occidental en lo que se refería a las doctrinas sobre la procedencia del Espíritu Santo, con lo cual dió a las negociaciones el giro que podía llevarlas a feliz término. Consiguió convencer a los patriarcas y a la mayoría de los prelados griegos de que ambas Iglesias tenían en el fondo las mismas doctrinas, pareciendo con esto asegurada la obra de unión.

El emperador comisionó a Isidoro para que negociara con el Papa acerca de la protección material que habría de dispensarse a los griegos una vez llevada a cabo la unión; y habiéndole satisfecho el resultado de las negociaciones, hizo que en 3 de junio una asamblea compuesta de todos los griegos fijara la fórmula conciliatoria sobre el dogma del Espíritu Santo. Marco Eugenikos fué el único que no la aceptó, pero, prescindiéndose de su opinión, se entregó el día 3 de junio un ejemplar al Papa, en presencia del cual fué aquélla admitida definitivamente por los latinos y por los griegos *(quod Spiritus Sanctus ex Patre et Filio, aeternaliter est, et essentiam suam, suumque esse subsistens habet ex Patre simul et Filio, et ex utroque aeternaliter tamquam ab uno principio et unica spiratione procedit).*

Con el acuerdo sobre el dogma más discutido habíase conseguido lo más esencial: las demás negociaciones sobre el purgatorio, la primacía del Papa, el pan fermentado o sin fermentar, así como sobre el sacrificio de la misa, ofrecían relativamente escasas dificultades. La muerte del patriarca de Constantinopla, acaecida en 10 de junio de 1439, más bien aceleró que retardó la cuestión. Los griegos apremiaban para que se llegara a una solución definitiva, y aun cuando en aquel tiempo comenzaron a moverse activamente los adversarios de la obra de unión, no eran suficientemente fuertes para hacer prevalecer su voluntad.

Isidoro fué también esta vez el que consiguió establecer un acuerdo sobre las cuestiones más importantes. Sabido es que los criados del patriarca llamaron la atención sobre una carta que había éste escrito la noche antes de su muerte, y en la cual se leía lo siguiente: «José, por la misericordia de Dios, arzobispo de Constantinopla, Nueva-Roma, y patriarca ecuménico: Habiendo llegado al término de mi existencia, y debiendo pagar el pecado universal, quiero escribir y firmar públicamente, con la gracia de Dios, mi voluntad para mis hijos. Confieso todo cuanto confiesa y enseña la Iglesia católica y apostólica de Jesucristo, de la Antigua Roma, y aseguro solemnemente que estoy conforme con todo ello. Reconozco también con toda seguridad al Padre de los padres, al sumo prelado y representante de Nuestro Señor Jesucristo, al Papa de la Antigua Roma, y el Purgatorio de las almas. Para seguridad de todo lo cual, lo firmo a 9 de junio de 1439 de la segunda Indicción.»

Algunos han puesto en duda la autenticidad de esa carta, pero no han podido probar su falsedad. Las fuentes históricas rusas no hacen mención de ella, y

esto se comprende, pues la persona de José se iba borrando de su imaginación. Sin embargo, no puede dudarse que esta llamada *extrema sententia* respondía real y efectivamente a las opiniones y convicciones de los amigos de la unión y que no existía contradicción alguna entre la anterior conducta del patriarca y esta última expresión de su voluntad. Sintiendo aproximarse su muerte, pudo querer contribuir por su parte a arreglar las diferencias que habían entorpecido el curso de las negociaciones hasta entonces entabladas.

Una carta del patriarca contra la unión hubiera sido de funestísimas consecuencias; pero ni se encontró un documento de esta índole ni por nadie le fué atribuído, no pudiendo citarse de él una sola frase decididamente contraria a la unión. La *extrema sententia* tenía, pues, un valor más bien negativo que positivo, pues no proporcionaba arma alguna a los adversarios de la unión, aunque por otro lado no decidía la cuestión. Esta sólo podía resolverse, como se resolvió seis semanas después, en 6 de julio de 1439, aceptando el decreto de unión.

Los puntos en que, además del referente a la procedencia del Espíritu Santo, había recaído convenio, fueron aceptados con arreglo a la siguiente fórmula: «También confesamos que el cuerpo del Señor puede encontrarse así en el pan de trigo fermentado como en el sin fermentar, y que los sacerdotes, cada cual según los usos de la Iglesia a que pertenezca, sea a la oriental, sea a la occidental, pueden hacer la transubstanciación con uno o con otro pan. Item confesamos que las almas de los arrepentidos, si éstos han fallecido en el amor de Dios, sin haber podido obtener frutos dignos de la penitencia a causa de sus pecados y de sus omisiones, se purifican después de la muerte con los castigos del Purgatorio, los cuales se mitigan con los sufragios de los fieles vivos, a saber: con el sacrificio de la santa misa, con las oraciones, con las limosnas y con otras obras piadosas que los fieles suelen hacer en pro de otros fieles conforme a las instituciones de la Iglesia. Las almas de aquellos que no han incurrido en pecado después del bautismo y las de aquellos que habiendo incurrido en él han sido purificadas, entrarán desde luego en el cielo y gozarán de la presencia del Dios uno y trino, unos más que otros, según sus respectivos méritos. Las almas de aquellos que murieren en pecado mortal o simplemente en el pecado original bajarán en seguida a los infiernos, en donde serán atormentadas con horribles castigos. También declaramos que la Santa Sede apostólica, el obispo romano, es el sucesor del apóstol San Pedro, el verdadero representante de Cristo, la cabeza de toda la Iglesia y el padre y maestro de todos los cristianos; que a él le ha sido conferido por Nuestro Señor Jesucristo, en la persona de San Pedro, el poder de apacentar, gobernar y administrar toda la Iglesia, del modo que consignan los concilios generales y los sagrados cánones (1). Además renovamos el orden de sucesión de los demás venerables patriarcas, que nos ha sido transmitido por los cánones, y declaramos que el patriarca de Constantinopla es el segundo después del obispo romano, el tercero el de Alejandría, el cuarto el de Antioquía, el quinto el de Jerusalén, y conservamos los derechos y privilegios de todos ellos. Dado en Florencia en la sesión sinodal pública celebrada en la catedral, en el año 1439 del nacimiento del Señor, en 6 de julio y en el noveno año de nuestro pontificado.»

Este documento llevaba 115 firmas latinas y sólo 33 griegas, y estaba sellado por el Papa y por el emperador.

En todos los demás puntos se permitió a los griegos que siguiesen su rito especial: nada se habló respecto del matrimonio de los sacerdotes, y pudo abrigarse la esperanza de que, existiendo las diferencias dogmáticas más bien entre el alto clero que en el clero bajo y los laicos, la concordia de Florencia haría desaparecer el antagonismo que entre el Oriente y el Occidente existía.

Para el vulgo quedaban, sin embargo, en pie dos símbolos que estaban completamente al alcance de su inteligencia: la supremacía del Papa y el sacrificio de la misa: esto y el odio que de antiguo existía contra los latinos hizo que la obra fracasara en definitiva. También debe tenerse en cuenta que el compromiso que se había llevado a cabo en punto a cuestiones religiosas reconocía un fundamento político; de suerte que, descartando las ventajas políticas que es-

(1) Este principio, cuya importancia ha sido reconocida en el concilio Vaticano de 1870, dice en el original griego y latino: *Quemadmodum etiam in gestis ycomenicorum Conciliorum, et in sacris Canonibus continetur*, y καθ' ὃν τρόπον καὶ ἐν τοῖς πρακτικοῖς τῶν οἰκουμενικῶν συνόδων καὶ (ἐν) τοῖς ἱεροῖς κανόσι διαλαμβάνεται.

peraba obtener Constantinopla, nada quedaba que pudiera inducir a la unión religiosa.

Esta, pues, carecía por sí misma de fuerza y no se comprendía qué era lo que había movido a Rusia a aceptarla. La Rusia no reportaba ventaja alguna de la concordia, antes al contrario debía considerarla como un peligro; en ella la unión no contaba, como en la corte bizantina, con el apoyo del monarca: toda la obra de la unión descansaba sobre los hombros de Isidoro, que era un extranjero para el país y para el mismo Gran duque y que exageraba el poder que le daba su posición como jefe supremo espiritual de Rusia.

Por eso fracasaron por completo sus planes.

En 16 de septiembre de 1439 el papa Eugenio, en recompensa de los servicios prestados para llevar a cabo la obra de la unión, nombró al metropolitano Isidoro legado suyo (1), concediéndole jurisdicción no sólo sobre Rusia, sino también sobre Lituania y Livonia: Isidoro salió aquel mismo día de Florencia y por Venecia se dirigió hacia Buda, donde publicó la célebre pastoral en que anunciaba a las iglesias a él sometidas la unión definitiva de Occidente y de Oriente en el terreno religioso.

Este documento, sin embargo, no fué enviado a Rusia, donde Isidoro esperaba conseguir mayores resultados con su intervención personal; pero difícilmente puede creerse que no hubiera llegado allí noticia de sus actos. La sorpresa del pueblo, del clero y del príncipe de Rusia, de que nos hablan los contemporáneos, es tanto menos creíble cuanto que Isidoro entregó al Gran duque Wassili una carta del papa Eugenio, en la cual se le notificaba la unión realizada, y cuanto que el nuevo legado de la Sede apostólica fué por Wassili cariñosamente recibido.

No podía, pues, ignorarse en Moscou que se había verificado la unión en las cuestiones dogmáticas y que se había reconocido el primado del Papa (2). Durante la Semana de Pasión entró el metropolitano en Kieff. El Gran duque, en la carta antes mencionada, refiere estos sucesos del modo siguiente:

«Ahora ha llegado (Isidoro) y ha introducido muchas cosas extrañas en nuestro ortodoxo cristianismo, contra las divinas y santas reglas de los santos apóstoles... Nos ha traído también del Papa romano una carta en la cual los latinos sostienen una doble procedencia del Espíritu Santo (y aquí siguen consideraciones poco benévolas sobre este punto y sobre las concesiones acerca del pan fermentado y del Purgatorio). Este Isidoro se llama, en su carta, legado *a latere* de la Sede apostólica para los lituanos y alemanes y ha sellado su epístola con cera verde: lleva también un crucifijo cuyos dos pies están clavados con un solo clavo... y observa en todo las prácticas latinas. También ha traído para las dos Iglesias, es decir, la nuestra ortodoxa y la latina, la bendición del Papa y se ha llamado maestro y superior, haciéndose, por tanto, reo de bigamia. Asimismo ha introducido el nombre del Papa durante el servicio divino en nuestra gran catedral, y con todo esto que ha hecho nos ha sometido como siervos a la Iglesia romana y al Papa romano, eliminados de los Santos Padres por sus muchas herejías. Al ver y oir todo esto, convocamos a los obispos de nuestro imperio temerosos de Dios... Efraim de Rostoff. Abraham de Susdal, Jonás de Rjasán, Warlam de Kolomna, Hiob de Sarai y Gerasim de Perm y además a los muchos archimandritas, abades, sacerdotes y monjes de nuestro país, y les hemos dicho que leyeran las Sagradas Escrituras. Entonces todo nuestro clero vió claramente que las doctrinas de Isidoro eran extrañas y contrarias a las leyes santas y divinas.»

Esta carta, enviada en 1441 a Constantinopla, refiere exactamente los hechos tales como nos los han transmitido las crónicas. Como Isidoro empleó un año para ir de Florencia a Moscou, llegaron antes que él a esta ciudad las noticias de los acuerdos del concilio y de la resistencia que la unión había encontrado en el imperio bizantino, de suerte que los moscovitas no estaban desprevenidos.

Si el Gran duque Wassili consintió, a

(1) Véase Turgenieff, *Historica Russiae monum.*, I, núm. 121: *te cujus virtus et diligentia in hac unione admodum cognovimus profuisse, et quem Dei benignitas preclaris virtutum dotibus illustravit, ac vitae integritate ac morum, nec non magnitudine consilii, rerum agendarum experientia prudentia quoque et sacrarum litterarum doctrina plurimum exornant...* No caben mayores alabanzas.

(2) El texto de la carta pontificia, tal como la inserta la crónica de Nikón, puede ser auténtico, pero es imposible que sea completo: faltan en él muchos puntos a que alude el Gran duque Wassili en su carta al patriarca Mitrofanes.

pesar de ello, en que Isidoro, poco después de entrar en la iglesia de la Madre de Dios, en el Kremlín, celebrara el culto divino según el rito unido y leyera el decreto de unión, lo hizo indudablemente con la intención de abrir los ojos a todos los rusos ortodoxos respecto del alto prelado antes de poner en él las manos, pues no es posible que su prisión fuera, como cándidamente suponen las crónicas, un acto espontáneo.

Durante los pocos días que mediaron entre el primer oficio divino celebrado por Isidoro y su prisión hubo cierta agitación contra el metropolitano. Wassili dió el primer paso peligroso cuando se creyó seguro de que nadie abogaría por el prelado, y además hizo que el concilio ruso por él convoçado aprobara solemnemente su conducta. Isidoro fué encerrado en el convento de Chudoff, y cuando, a los dos años, consiguió huir con uno de sus discípulos, había ya perdido toda su influencia en Rusia, Wassili lo consideró tan impotente que no creyó necesaria su persecución. Isidoro se dirigió a Roma, donde fué nombrado cardenal, quedando confiados los cuidados de mantener la unión a aquel Gregorio que había con él huído de Moscou.

Gregorio fué el primer metropolitano de la Iglesia unida en Kieff, agregándose entonces a las diferencias políticas que entre la Rusia occidental y la oriental existían el antagonismo religioso, pues en 1447 fué elegido metropolitano de Moscou y de toda la Rusia Jonás de Rjasán, mientras Gregorio llevaba el título de metropolitano de Kieff y de toda la Rusia.

En esta lucha religiosa había una circunstancia política esencial que aumentó el antiguo antagonismo entre Rusia y Lituania. La lucha necesariamente debía terminar, y hoy, después de los sucesos ocurridos, comprendemos—sobre todo después que fracasó la obra de unión en Grecia—por qué no se sostuvo en la Rusia lituana aquella unión que ni satisfacía al catolicismo ni se avenía con las ideas ortodoxo-griegas. Este territorio o había de volver a la Iglesia griega o de entrar por completo en el seno de la católica. Pero transcurrieron algunos siglos de disturbios antes de que se llegara a una solución definitiva, y aun en nuestros días no está todavía la cuestión bien resuelta.

En la historia de Rusia el concilio de Florencia es, sin embargo, un hecho importantísimo, y la gran claridad que arrojó sobre los designios del Gran duque de Moscou dió a este imperio gran ventaja sobre la Lituania, que se había visto considerablemente debilitada con la unión.

PARTE QUINTA

LA EPOCA DE IVAN III WASSILYEWITZ

CAPITULO PRIMERO

DESTRUCCIÓN DE LOS PRINCIPADOS PARCIALES Y LOS PRÍNCIPES DEPENDIENTES (1).

Es cosa verdaderamente característica que los príncipes de Moscou, mientras trabajaban para unir bajo su mano a toda la Rusia y debilitaban primero y destruían después los principados parciales que alrededor de ellos se extendían, persistieran, dentro del estrecho círculo de sus propias familias, en el sistema de las divisiones.

El testamento que dejó Wassili el Ciego llevaba este sello y recuerda, por su forma y por su fondo, los moribundos tiempos del período de los principados parciales, que tan mortales enemigos tuvieron en él y en su padre. En este testamento dice a sus hijos que obedezcan a su madre; distribuye entre ellos sus bienes y encarga al primogénito Iván, que era el que recibía mayor parte, que viva en paz y concordia con sus hermanos, ordenando a éstos que le respeten como padre.

El contrasentido político de estas disposiciones se aumenta con el hecho de recomendar el cuidado de los suyos al enemigo hereditario de la Rusia oriental, a Casimiro, Gran duque de Lituania y rey de Polonia: «Recomiendo a mi princesa y a mis hijos Iván y Yuri y a mis niños a Casimiro, mi hermano, Gran duque de Lituania y rey de Polonia...» Iván Wassilyewitz no se resistió a reconocer el testamento de su padre, pero todo su reinado es una continua protesta contra él y al morir no quedaba nada de aquella disposición que debía estar todavía en vigor.

La acción política de Iván III comenzó con la celebración de muchos tratados que le aseguraban su preponderancia en Rusia. El Gran duque Miguel Borisowitz de Twer se comprometió a proceder en todo de acuerdo con Moscou, lo cual, dada la desigualdad de medios de fuerza que entre uno y otro existía, equivalía a un reconocimiento de la soberanía de Iván. En el tratado firmado con Miguel Andreyewitz de Wereja esta tendencia se nos presenta más marcada; y si no se firmó tratado alguno con Rjasán, débese a que el Gran duque de este territorio se encontraba bajo la tutela de Iván y se había casado en 1464 con la hermana de éste. Celebráronse también tratados con los hermanos, cuyos territorios procuró Iván invadir poco a poco, hasta que ellos, sumamente indignados, se levantaron en armas contra él.

Para nuestro propósito bastará referir los más importantes de estos sucesos. De todos los hermanos, Andrés de Uglitsch, a quien se denominaba el mayor para distinguirle de otro Andrés, fué el que, apoyado por la gran duquesa viuda, se mostró constante adversario de Iván y supo arrastrar consigo a sus hermanos menores Yuri, Boris y Andrés el menor. Yuri falleció en 1472 sin dejar testamento, y habiéndose apoderado Iván de sus dominios, surgió de aquí una contienda que terminó amigablemente, si bien dejando el aguijón en los ánimos de los contendientes. Poco tiempo duró la paz entre los hermanos.

La prisión violenta y posterior ejecución de un príncipe Obolenski, que había huído a los territorios de Boris Wassilyewitz y a quien éste se había negado a entregar, así como el hecho de apoderarse el Gran duque de Nowgorod, fueron causa de que estallara un levantamiento del pueblo de esta ciudad y una guerra civil, durante la cual los hermanos del Gran duque no tuvieron reparo

(1) Véase Gennadio Karpoff: *Historia de la lucha entre el imperio moscovita y el polaco-lituano*, 1462-1508; Moscou, 1867 (en ruso).

alguno en devastar los territorios moscovitas y en aliarse con los enemigos del príncipe.

La apurada situación en que le pusieron los tártaros obligó al Gran duque a ceder en 1481; pero la experiencia adquirida le indujo a oponerse a los esfuerzos de independencia de sus adversarios y a acabar, allí donde se le ofrecía ocasión para ello, con todas las soberanías más o menos independientes que alrededor del gran ducado de Moscou existían.

De esta suerte pudo anexionarse en 1483 el principado parcial de Wereja, cuya suerte siguió después el gran ducado de Twer, el cual, cercado por todas partes por territorios moscovitas, había intentado en vano buscar una garantía de seguridad aliándose con Casimiro de Polonia, que a su vez esperaba que los tártaros invadirían de nuevo a Moscou. Pero no habiendo Casimiro hecho nada en el momento decisivo por su aliado, Miguel Borisowitz, en cuyos territorios entraron a sangre y fuego las tropas moscovitas, tuvo que firmar un tratado que no sólo llevaba consigo las mayores humillaciones, sino que hacía de hecho imposible la independencia política de Twer. El Gran duque procedió entonces respecto de Twer de la misma manera que había procedido Masinisa con los cartagineses.

En todos los territorios moscovitas fronterizos de los twerinos hubo violaciones de fronteras, y cuando los boyardos de Twer, poseídos de desesperación, se atrevieron a hacerse justicia por sus propias manos, vinieron las amenazas y los severos castigos. Los súbditos de Miguel Borisowitz llegaron a sospechar que su soberano no se encontraba en condiciones de defenderlos.

Los frutos de esta política demoledora no se hicieron esperar: dos príncipes vasallos del Gran duque de Twer se pasaron al servicio de Iván, siguiendo muy pronto su ejemplo varios boyardos twerinos: Moscou no sólo dispensó a todos excelente acogida, sino que los colmó de presentes. No es, pues, de extrañar que Miguel Borisowitz pensara por segunda vez en pedir auxilio al extranjero. Pero el mensajero que había enviado a Casimiro fué hecho prisionero; las disculpas de Miguel no fueron aceptadas, y cuando en agosto de 1485 avanzaron hacia Twer las tropas moscovitas, no le quedó a aquel príncipe indefenso y abandonado por los suyos más recurso que emprender la fuga, dirigiéndose a Lituania.

Desde aquel momento dejó de existir el gran ducado de Twer. Iván, con mayor perfidia todavía, supo hacer inofensivo al más poderoso de sus hermanos, a Andrés el mayor. Después de los acontecimientos antes referidos habían ocurrido varias disidencias entre los hermanos. En el año 1486 habíase firmado un nuevo tratado, más favorable a Andrés el mayor que al débil Boris (Andrés el menor había ya fallecido, dejando su principado parcial al Gran duque), pero la causa de su ruina había de ser precisamente la gran libertad de acción que había alcanzado. Cuando estuvo, en 1488, en Moscou, uno de sus boyardos le dijo que Iván pensaba encarcelarle: luego se vió que la noticia era falsa, y fueron severamente castigados por el Gran duque los que la habían esparcido: sin embargo, no dejaba de tener importancia la simple posibilidad de tales habladurías.

Cuando algunos años después Iván exigió de sus hermanos que pusieran a su disposición sus respectivas tropas para una empresa que proyectaba contra los tártaros, Andrés no quiso obedecerle. El Gran duque no procedió inmediatamente contra él: pocos meses después, encontrándose Andrés en Moscou, Iván le recibió dignamente y le invitó, a los dos días de su llegada, a que fuera a su palacio. Andrés creyó haber encontrado una excelente ocasión para justificar su anterior desobediencia, pero el príncipe se mostró lacónico y decidido en sus palabras. Después de algunos momentos se retiró del salón y envió a los boyardos que habían acompañado a Andrés a la sala de audiencias, donde fueron todos reducidos a prisión.

Andrés no permaneció mucho tiempo solo: el príncipe Semen Rjapolowski se le presentó, acompañado de muchos boyardos y príncipes, y puesto de pie delante de él le dijo con voz entrecortada por las lágrimas: «¡Señor y príncipe Andrés Wassilyewitz! Eres prisionero de Dios y de tu señor, el Gran duque Iván Wassilyewitz de toda la Rusia, tu hermano mayor.» Andrés se levantó y contestó: «Libre es Dios y libre mi señor, mi hermano mayor, el Gran duque Iván Wassilyewitz, pero Dios juzgará, enfrente de él, que he sido injustamente preso.»

Hasta la tarde le tuvieron en el Kremlín, luego se confió su custodia a gran número de boyardos y príncipes, y sin dirigir contra él ningún otro procedimiento, falleció al cabo de tres años en

la cárcel. Iván procuró cuidadosamente que no tuviera vengador alguno. Una división del ejército moscovita, compuesta de mil hombres, se apoderó en Uglitsch de los hijos de Andrés, que fueron encadenados y conducidos a Pereyaslawl: únicamente las hijas pudieron conservar su libertad.

Se ha comparado a Andrés con Schemyaka y realmente existe cierta semejanza entre el carácter del uno y del otro. Ambos llevaban el mismo objeto, que era ser por sí mismos algo, pero ambos sufrieron la misma suerte. Por encima de ellos prosiguió Moscou el camino que se había trazado.

El último hermano del Gran duque, el flexible Boris Wassilyewitz, no había hecho tentativa alguna para oponerse al inconsiderado soberano, y habiendo fallecido poco después, desapareció muy pronto la sombra de independencia que Wassili el Ciego había dejado a sus hijos menores.

Los acontecimientos referidos abarcan un período de treinta años y desempeñan un papel importantísimo en la política del Gran duque.

No puede negarse que Iván supo seguirla con gran tenacidad.

Para él los detalles no tenían importancia más que en sus relaciones con el conjunto; y así como Luis XI de Francia, con quien acertadamente se le ha comparado, destruía cuanto podía destruir sin peligro alguno, del mismo modo Iván III, con gran prudencia y sin consideración alguna, supo, con admirable fortuna, llevar a cabo la unión de toda la Rusia. Otra semejanza existía entre los dos soberanos, y era que encontraban placer en los castigos crueles, siendo dudoso resolver cuál de los dos gozó de él con más refinamiento.

Iván Wassilyewitz persistió como nunca en su política respecto de Lituania, la cual fué derrotada en toda la línea sin que se hubiera llegado a una guerra propiamente dicha. Moscou supo lenta y seguramente privar al Estado polaco-lituano de los medios de fuerza que dirigía contra Rusia y avanzó constantemente y sin detenerse por los territorios de su vecino, de manera que vemos continuamente variadas las fronteras siempre en perjuicio de Lituania y en provecho de Moscou. Este hecho no se comprende sin estudiar detenidamente la situación de los llamados «príncipes servidores» *(slushebnije Knjasja)*, es decir, de aquellos que sin tener un principado propiamente dicho, además de sus bienes propios, a menudo muy extensos, administraban los territorios de su soberano, príncipe parcial o Gran duque, y estaban obligados a hacer la guerra con las tropas de los territorios a ellos confiados.

Varios de estos príncipes había en Rusia y en la parte rusa de Lituania de que tratamos. Su número era grande especialmente en la Rusia septentrional, donde casi toda la clase alta de la sociedad se componía de estos príncipes, en su mayoría descendientes de Rurik, cuya familia nos ofrece una fecundidad sin ejemplo en la historia, hijos y nietos de príncipes antiguos que, debilitados sobradamente por las continuas desmembraciones, no habían tenido fuerza suficiente para conservar su independencia enfrente de las consolidadas soberanías de Moscou y Lituania, y habían entrado por esta razón al servicio de los poderosos, que les confiaban ciudades y territorios a ellos anejos y les respetaban la posesión de los bienes de sus mayores. Estos príncipes eran un elemento belicoso e inquieto que tiene muchos puntos de semejanza con los caballeros de la Edad media de Occidente, pero que se diferencia de ellos en otros esenciales.

En los rusos encontramos el espíritu guerrero, la lucha continua, el orgullo de clase, pero en cambio notamos en ellos la falta de los ideales que caracterizaban a los caballeros de Occidente. También existe una diferencia en los procedimientos: en la clase rusa subsistían todavía las antiguas contiendas sobre categoría y familia, y sólo la mano enérgica del Gran duque de Moscou, que no podía tolerar una guerra de todos contra todos, consiguió restablecer en este concepto la paz y la tranquilidad, para lo cual utilizó aquellos inquietos elementos en las cuestiones exteriores, ora haciéndolos luchar contra los tártaros del Este y del Sur, ora contra los suecos, alemanes y lituanos, ora valiéndose de ellos para acabar con las luchas intestinas.

La sed de botín que tenían los príncipes servidores y sus hombres imprimió a todas las guerras de Rusia así extranjeras como civiles un carácter sangriento y devastador. Respecto de la situación jurídica de los príncipes servidores del Norte de Rusia, nada puede afirmarse positivamente, y sólo en el período que nos ocupa puede decirse algo del derecho consuetudinario; en cambio, por lo

que a Lituania toca, puede hablarse con cierta exactitud de sus pequeños príncipes. Establecidos unos junto a otros en las fronteras del territorio moscovita, al Sur del Duna y á ambos lados del alto Dniéper (1), ocupaban los territorios que tenían, parte por herencia, parte en feudo, si nos es permitido usar de esta expresión.

Estos territorios, cuyos límites estaban perfectamente trazados, llevaban el nombre de «país de los príncipes,» y en ellos introdujo su palanca la política moscovita. El enlace de estos hechos es el siguiente: los príncipes dependientes de Lituania que ocupaban terrenos propios se encontraban respecto de ésta en relaciones que regulaba un tratado, estando obligados a someterse en todas las cuestiones exteriores a la política del Gran duque de Lituania, a cambio de lo cual tenían derecho a que éste les defendiera en el exterior y les mantuviera en la posesión de sus bienes propios y de los que tenían en feudo. Esta obligación desaparecía cuando la Lituania no cumplía los compromisos contraídos en virtud del tratado, «en cuyo caso» los príncipes decían en el tratado «tomaremos el beso de la cruz y quedaremos libres.» A consecuencia de la disolución de este vínculo, los pequeños príncipes entraban al servicio de otro Gran duque con sus territorios y sus gentes.

Unicamente por lo que se refería a Twer era principio de derecho que el que se pasaba al servicio de otro perdía sus bienes patrimoniales: la libertad de establecimiento se conservaba cuando se pasaba de Moscou a Lituania y viceversa. Mientras subsistió la paz entre ambos grandes ducados, y mientras vivieron los Grandes duques uno al lado de otro con fuerzas en conjunto iguales, estas relaciones especiales se conservaron sin perjudicar a una ni a otra parte. Como sucede siempre y en todos los pueblos, los intereses inspiraban la conducta de cada uno de ellos. Mientras la ventaja no estuvo de una ni de otra parte, todo continuó como antiguamente.

La destrucción sistemática de los principados parciales por Moscou y, además, la evidente debilitación que se notaba en la política oriental de Lituania desde su unión con el reino de Polonia, produjeron un cambio del cual supieron sacar partido hábilmente los grandes duques de Moscou, los cuales aprovecharon las luchas en que continuamente se encontraban envueltos los príncipes de aquel territorio fronterizo para agregar a Rusia en pequeñas porciones aquellas comarcas. Mientras los Grandes duques de Lituania se olvidaban de hacer valer su supremacía poniendo término a las luchas y discordias de los príncipes, Iván Wassilyew tz no desperdiciaba ocasión alguna de atacarles.

Para ello solía proceder de la siguiente manera (2): «Un mensajero de Iván se presentaba a los príncipes beligerantes lituanos y les manifestaba que su señor les perdonaría y les tomaría a su servicio con sus bienes patrimoniales; que quería protegerles y permitirles que hicieran la guerra a su enemigo y que les concedería, como residencia, las ciudades que conquistaran, añadiéndoles que no pretendía atacarles en sus conquistas ni en sus bienes patrimoniales, sino sólo protegerles.» A esto seguía un tratado, y Moscou mantenía su palabra concediendo a los príncipes las ciudades que conquistaban.

El primer príncipe que bajo estas condiciones se pasó con territorios y gentes de Lituania al servicio de Moscou fué Iván Michailowitz Worotynsky, cuyos servicios aceptó Iván a pesar de todas las protestas de Casimiro. Otros muchos siguieron su ejemplo, y seguros del apoyo moscovita y ayudados por las tropas de Moscou comenzaron a tomar venganza de sus enemigos que todavía estaban al servicio de Lituania. Iván, sin embargo, tuvo la precaución de no promover un rompimiento oficial, pues si bien sus príncipes hacían la guerra a los príncipes lituanos, no había hecho intervenir en la lucha a sus propios vaivodas.

De esta suerte, mientras se cruzaban simultáneamente embajadas entre Lituania y Moscou para tratar de esta cuestión, seguía una continua guerra de fronteras, cuyas ventajas fueron siempre para Moscou, que con tanta constancia y tanta energía iba derecha a sus fines. Estos fines eran, como en otro lugar veremos, ni más ni menos que la conquista

(1) Véase Spruner-Menke, *Atlas manual*, el excelente mapa número 69 (de Caro), en el cual se reproduce el tratado firmado entre Wassili el Ciego y Casimiro, sobre fronteras, en 31 de agosto de 1449. Pero como faltan los trabajos preliminares respecto de Rusia y los historiadores rusos no pueden exigir que se les crea exactos y fidedignos, es difícil obtener la claridad geográfica en las cuestiones de detalle.

(2) Véase Karpoff, obra citada, pág. 17.

de todos los territorios rusos que estaban bajo la soberanía de Lituania.

La muerte de Casimiro motivó un cambio en el asunto: cuando su hijo Alejandro subió al trono no se guardaron las consideraciones de antes y se rompieron las hostilidades sin que a ellas precediera una declaración formal de guerra. Los vaivodas del Gran duque conquistaron la Wjasma lituana bajo el pretexto de defender al príncipe Andrés Yuryewitz-Wjasamski, que había manifestado deseos de pasarse al moscovita. A ésta siguieron otras invasiones y ocupación de territorios, dándose el hecho notable de que mientras un Estado sostenía que vivía en paz, el otro hablaba y procedía como si se encontrara en pleno estado de guerra.

Fatigaríamos a nuestros lectores si hubiéramos de referir todos los detalles, pero hemos de tomar acta del lento y seguro ataque de Moscou contra Lituania. Iván Wassilyewitz no perdonaba medio alguno para atacar, y si bien el derecho estaba de parte de Lituania, Moscou tenía de la suya la prudencia y la energía y por tanto la victoria, producto de ambas. La política de Moscou se veía envuelta en una nueva aureola, pues se había levantado otra bandera, que era la unión de todos los verdaderos creyentes alrededor del ortodoxo Gran duque de Moscou contra los católicos soberanos de Lituania y Polonia.

Los sucesos de que hemos tratado llenan todo el reinado de Iván Wassilyewitz y forman con los grandes rasgos de su política un factor eficaz, sobre el cual tendremos ocasión de meditar a menudo. El Gran duque parecía ocuparse personalmente con preferencia en las cuestiones de los príncipes servidores, y no puede negarse que supo llevar esta cuestión con verdadera maestría. Más rudo fué el golpe que dió a Lituania con la destrucción de la soberanía de la Gran Nowgorod.

CAPITULO II

CAÍDA DE LA GRAN NOWGOROD

La gran república que unía a la Rusia con el mar ha llamado siempre nuestra atención y ahora se hace más que nunca acreedora a ella, pues hemos de trazar la historia de su trágica ruina. A esta historia, sin embargo, le falta el héroe trágico, y es de notar que aquella gran república careció siempre, hasta en sus últimos tiempos, de personajes notables que supieran dirigirla. Los tiempos posteriores inventaron, sin fundamento histórico bastante, estos héroes; pero es lo cierto que Nowgorod sucumbió sin gloria. La pesada planta del Gran duque pisoteó la ciudad. Con todo, no puede negarse el carácter de tragedia a la ruina de Nowgorod.

Es trágica, en el sentido de la antigua tragedia, la fatalidad inevitable que pesa sobre la ciudad y que necesariamente da a su actividad, a su inacción y al mero hecho de existir el carácter de una culpa a los ojos del poderoso llamado a destruirla. Estaba en la naturaleza de las cosas que, apenas comenzada entre Moscou y el reino polaco-lituano la lucha por la conservación y eventual adquisición de la Rusia occidental, la victoria fuera de aquel que dominara en Nowgorod. Así lo comprendió claramente Moscou desde el primer instante y procedió en su consecuencia. En el tratado que Wassili Wassilyewitz firmó con el rey Casimiro, Nowgorod y Pskoff quedaron excluídas expresamente de la influencia del rey de Polonia. No por eso dejaron de subsistir las relaciones entre Casimiro y Nowgorod, antes por el contrario, tomaron un carácter peligroso para el Gran duque de Moscou por el hecho de ser Lituania el centro de la agitación dirigida contra el grecismo correcto, agitación que desde los tiempos de Isidoro tendía a la unión entre la Iglesia latina y la griega.

La unión, tal como la quería Isidoro, significaba subordinación a Roma y, en definitiva, la fusión con el pontificado. La propaganda católica había tenido la habilidad de señalar como residencia de Gregorio, metropolitano ruso de la unión, la ciudad de Kieff, antigua e ilustre capital de la Rusia, y los muchos príncipes rusos que sometidos a la soberanía de Lituania reconocían su soberanía espiritual contribuyeron a atraer aun a aquellos que querían persistir en la estricta observancia de la fe griega (1). En vista de los esfuerzos, cada día más patentes, que hacía el Gran duque de Moscou para ahogar todo espíritu de inde-

(1) En nuestros días se opera un movimiento a la inversa. La idea de unión que antes conducía a la Iglesia católica es actualmente la palanca que conduce del catolicismo a las creencias ortodoxas griegas. Los cuatro siglos que han mediado desde entonces han puesto las mismas armas en otras manos, pero el lugar geográfico y etnográfico de la escena es el mismo.

pendencia, los partidarios de la de Nowgorod se vieron obligados a buscar un auxilio y un apoyo en Lituania y a trabajar para que se disminuyera, y en lo posible desapareciera, la antipatía que la mayoría de la población sentía hacia el metropolitano romano.

Los violentos ataques de Moscou dieron origen en Nowgorod a un partido lituano: la habilidad con que Iván supo aislar a este partido y hacer sospechosos su patriotismo y su ortodoxia; las debilidades de Lituania y las funestas vacilaciones de la wetscha nowgorodé fueron los factores aislados cuya suma dió por resultado la ruina de Nowgorod.

Iván, en todos sus actos dirigidos contra Nowgorod, procedió con gran pulso y seguridad y supo poner de su parte todas las ventajas del derecho formal. Si se estudia el curso del desarrollo interior de Nowgorod, no podrá negarse que la república había vivido demasiado tiempo. Parece una paradoja, y, sin embargo, es incuestionable desde el punto de vista histórico, que en aquel centro, el más animado de la vida mercantil de Rusia, faltaron siempre grandes comerciantes y verdadero espíritu comercial. El comercio de Nowgorod no era en la esencia sino un comercio de tránsito, y las tentativas para iniciar una política mercantil independiente fueron siempre débiles y poco enérgicas.

Los nowgorodes, dependientes por un lado de los príncipes rusos de las comarcas que a su espalda se extendían, y por otro de las ciudades anseáticas, no supieron seguir nunca una política basada en elevadas miras. Sus ideales no pasaban de los objetivos más fácilmente accesibles y que más a la vista se presentaban, y aun éstos se veían con frecuencia perjudicados por la indescriptible excitación de la multitud reunida en la wetscha. Un profundo antagonismo entre el pobre y el rico aumentaba las disensiones entre los partidos y hacía imposible toda acción común, mientras que una mezcla especial de arrogancia y de pusilanimidad rebajaba la gravedad del peligro que se encontraba lejos y exageraba la del que estaba cerca.

Las tradiciones de las crónicas demuestran (1) que la molicie y la inmoralidad crecientes, que se aumentaron todavía durante los años de peste de 1465 a 1467, produjeron un decaimiento de fuerzas en la ciudad sin que ésta lo advirtiera. Mientras en Nowgorod vivían en medio de completas ilusiones, el entendido calculista de Moscou estudiaba profundamente las cosas, y a su conocimiento exacto de ellas, a su modo de proceder, que bien puede llamarse fino desde el punto de vista psicológico, y a los golpes que dió sin consideración ni compasión alguna, debió su victoria. El curso de estos acontecimientos fué como sigue.

Los nowgorodes hacía tiempo que consideraban un peligro para su independencia el que su príncipe fuera al propio tiempo Gran duque de Moscou, y sostenían frecuentes luchas con Pskoff, que buscaba y encontraba en el Gran duque un apoyo contra la prepotencia de Nowgorod. Por esto negaron el paso por su territorio a los embajadores de Pskoff que debían avistarse con el Gran duque. Cuando Iván se negó a acceder a la petición de Pskoff, que deseaba tener un obispo independiente del arzobispo nowgorode, causó gran indignación en Nowgorod la forma en que la contestación estaba redactada. Hablaba en ella Iván de la ciudad como de su «herencia paterna» y la obligaba a vivir en paz con Pskoff.

Los nowgorodes obedecieron, pero procuraron contraer alianzas con Lituania para estar armados contra futuros peligros. Iván ignoraba, al parecer, el aspecto político de este paso, y en una carta dirigida al arzobispo de Nowgorod le decía que el metropolitano de Kieff, favorecido por Lituania, era hereje y le excitaba a perseverar en las verdaderas creencias. Las aparentes debilidades de su modo de proceder y la noticia de que Iván se encontraba en guerra con Kasán robustecieron el partido hostil de Moscou: los partidarios y los embajadores del Gran duque sufrieron en Nowgorod las más crueles humillaciones, mientras se violaban simultáneamente los indiscutibles derechos de soberanía de Iván.

A los mensajeros que continuamente iban y venían de Nowgorod a Moscou manifestó Iván desde el primer momento que estaba decidido a emprender un ataque formal. Para esto esperó a que Nowgorod rompiera abiertamente los tratados y se hiciera reo de alta traición por haber aceptado, en 8 de noviembre de 1470, un príncipe de manos de Casi-

(1) Para la historia anterior y para la de la decadencia de la Gran Nowgorod, prescindiendo de algunos escasos documentos, no tenemos sino noticias de las crónicas escritas desde el punto de vista de Moscou.

Retrato de Iván III.—Facsímile de un grabado en madera publicado en la *Cosmographie Universelle*, de Andrés Thevet, París, 1575. (Thevet pretende que adquirió el retrato de manos de un griego de Galatia.)

miro. Dos días antes de que llegara Miguel Olelkowitz—así se llamaba el nuevo príncipe enviado por Casimiro, que era griego ortodoxo—falleció el arzobispo Jonás de Nowgorod, y entonces ocurrió una sangrienta colisión entre los partidos sobre si la confirmación de Teófilo, a quien la suerte había designado como sucesor del difunto, debía verificarse en Kieff o en Moscou. El encadenamiento de estos sucesos no puede, desgraciadamente, fijarse con seguridad.

El partido lituano estaba dirigido por los individuos de la familia Borezki,

cuyo jefe, Marfa, viuda de un antiguo possadnik, era una mujer dotada de talento y energía extraordinarios. Dícese, sin razón, de ella, que pensaba casarse con el príncipe Miguel Olelkowitz. De acuerdo con ella obraba un monje, llamado Pimen, que tenía esperanzas de ocupar la sede arzobispal, y que puso a su disposición los caudales de la rica caja del arzobispo, de la que era administrador, para que con ellos adquiriera adeptos. Teófilo, en cambio, era adicto a Moscou e ignoramos a qué circunstancias debió que el pueblo se le uniera, maltratara a Pimen y le hiciera pagar una multa de mil rublos.

Los Borezki no estaban evidentemente seguros de sus partidarios: la escena al poco tiempo cambió por completo. Cuando Teófilo recibió el salvoconducto que había pedido al Gran duque, se supo al propio tiempo que Iván se había dirigido a Pskoff demandando su auxilio para proceder contra Nowgorod. La proposición de los pskoffitas de servir de mediadores fué rechazada por la wetscha, la cual declaró que no necesitaba ningún mediador, pues no estaba dispuesta a humillarse ante el Gran duque y que, por el contrario, contaba que Pskoff, en virtud de lo dispuesto en antiguos tratados, se uniría a los nowgorodes para la resistencia.

Ya se comprenderá que Nowgorod no podía confiar en esta unión, y la vaga respuesta que Pskoff dió a esta manifestación demostraba que había que buscar el apoyo por otro lado. Por esto se firmó un nuevo tratado con Lituania, en el cual Casimiro se obligó a proteger con su ejército a los «hombres libres de Nowgorod» contra los ataques del Gran duque, prometió respetar sus creencias griegas, no fundar ninguna iglesia católica en Nowgorod y poner en estos territorios un gobernador que profesara la religión griega. En cambio recibió la promesa de que en caso de conseguir que se hiciera la paz entre Moscou y la república se le concedería la percepción del impuesto denominado *tributo negro*.

Este tratado es muy notable (1). Propiamente hablando, no puede decirse que fuera una sumisión a la soberanía lituana. Nowgorod se reservaba expresamente sus antiguas libertades, y desde el momento en que se admitía la posibilidad de una reconciliación con el Gran duque, se ve claramente que no se pensaba en una unión duradera con Lituania. En la misma cuestión religiosa, se tomaba con una mano lo que con otra se daba. Una cláusula del tratado aseguraba a la ciudad el derecho de consagrar al obispo donde mejor le pareciera: no se decía si en Moscou o en Kieff, quedando por lo tanto sin resolver la cuestión.

Si se lee entre líneas el documento del tratado, se verá que lo había dictado el antagonismo entre los partidos de Nowgorod como concesión extrema. Aun cuando la desventaja era entonces para los partidarios del Gran duque de Moscou, es lo cierto que éstos existían y que Iván supo aumentar su número. Sus embajadores y los del metropolitano daban el primer lugar a la cuestión religiosa, prometían gracia a los nowgorodes y les amenazaban con la guerra para el caso contrario.

La wetscha celebró muchas sesiones tempestuosas, en las cuales preponderó el partido lituano, pero no pudo llegarse a una clara solución definitiva y ni siquiera supo Nowgorod vivir en paz con el príncipe Miguel Olelkowitz, el cual disgustado se retiró a Kieff en el mes de marzo del mismo año. A fines de este mes llegaron nuevas embajadas del Gran duque y del metropolitano, las cuales echaron la culpa de todo a los «jóvenes» y exigieron del arzobispo, de los ancianos possadniks, de los generales y de los comerciantes que interpusieran su influencia en favor de «lo antiguo,» con lo cual dieron origen a nuevas disensiones y nuevos antagonismos. Nada, sin embargo, sucedió en Nowgorod: sólo se reunieron tumultuosas asambleas populares, pero nunca se vió una mano enérgica que lo dirigiera todo. Por esto debía venir al fin la catástrofe.

La primavera y el verano eran épocas muy desfavorables para el que quisiera atacar a Nowgorod, pues los lagos y pantanos hacían casi imposible el acceso a la ciudad. Pero el año 1471 fué muy caluroso; y estando Casimiro ocupado con las pretensiones de su hijo a la corona bohema y no amenazando por parte de los tártaros peligro alguno, cosas que se sabían perfectamente en Moscou,

(1) *Actas de la Comisión arqueográfica*, I, número 81, págs. 62-64. Aquí puede hacerse notar que entre los delegados de Nowgorod que firmaron este tratado no figuraba más que un individuo de la familia Borezki. Los representantes nowgorodes eran: el possadnik Ofonas Ostafjewitz, el possadnik Dmitri Ysakwitz e Iván Kusmín, hijo de un possadnik: los delegados (shitye ljudi) eran Panfilei Selifontowitz, Cirilo Ivanowitz, Jakim Jakowlitz, Jacob Sinowyewitz y Esteban Grigoyewitz.

Iván hizo los preparativos para una campaña de verano.

La expedición contra Nowgorod fué considerada como una fiesta por todos los guerreros de Iván, especialmente por los príncipes servidores que de todas partes se le presentaron. En 31 de marzo penetró el primer ejército en el territorio del alto Dwina, dirigiéndose contra Wjatka; seis días después avanzó otro ejército contra Rusa, al Sur del lago Ilmen, y en 13 de junio partió un tercero hacia Wischni-Wolotschok con la misión de subir por la orilla del Msta para envolver a Nowgorod por el Este.

Los hermanos del Gran duque, a excepción de Andrés el Mayor, que se quedó en Moscou para defender la capital, recibieron el encargo de penetrar desde sus respectivos territorios en el de Nowgorod, e igual intimación se hizo al príncipe de Wereja. Finalmente, el 20 de junio emprendió la marcha el Gran duque al frente del grueso de sus tropas. Habían dado a todas permiso para devastar, incendiar, robar y prender a su antojo, y por cierto que no vacilaron en hacer amplio uso de este permiso para arruinar a Nowgorod. Las tropas de Twer alcanzaron al ejército del Gran duque en Torschok, adonde llegaron también emisarios de Pleskau anunciando que se había roto el tratado con Nowgorod y que aquel país estaba completamente aprestado para la guerra.

Nowgorod se encontraba del todo desprevenida: la ciudad no se había provisto de los víveres correspondientes y no estaba segura del auxilio de Lituania, pues el mensajero que se había enviado a última hora a Casimiro, y que había dado un rodeo por Livonia, había sido hecho prisionero por el gran maestre teutónico de este territorio, el cual le había obligado a retroceder. Livonia no podía atreverse a atraer sobre sí la cólera del Gran duque, que con su ejército se acercaba a sus fronteras, y hubiera sido de parte de ella una locura unir su suerte a la de Nowgorod, cuya derrota se preveía claramente.

Gorros de los arzobispos de Nowgorod, del siglo XV.—(En la sacristía de la iglesia de Santa Sofía, de Nowgorod)

Una parte de las tropas nowgorodes se encontraban en la cuenca del Dwina y estaban demasiado lejos para avanzar, además de que eran indispensables para defender aquellas comarcas, seriamente amenazadas. En el interior de la ciudad subsistieron hasta el último momento las disensiones entre los partidos. El arzobispo había prohibido a las tropas por él facilitadas que lucharan con las del Gran duque, y sólo les permitió combatir a las de Pleskau, sutil ficción que sin satisfacer a ningún partido contribuía poderosamente a debilitar la energía de Nowgorod. Esto no obstante, habíase logrado reunir un ejército de 40.000 hombres, el cual fué dividido en varios cuerpos, que se enviaron a los puntos de mayor peligro. Pero componía la mayoría de estas tropas una muchedumbre inepta para la guerra, pues de ella una parte había sido reclutada a la fuerza, y no era escaso el número de los que por vez primera montaban un caballo y empuñaban una espada.

Después que las avanzadas del Gran duque hubieron reducido a ceniza la ciu-

dad de Rusa, ocurrió el primer encuentro en Karamsín, cerca del punto en que el Lowat desemboca en el lago Ilmen. Los nowgorodes, según parece, pensaban sorprender al enemigo, pero al ver que, por el contrario, éste les atacaba de improviso, emprendieron la fuga perdiendo muchos prisioneros. Los generales de Iván, Daniil, príncipe de Cholm, y el vaivoda Fedor Davidowitz cometieron en las personas de aquellos infelices un acto de horrible barbarie: a todos los prisioneros nowgorodes les fueron cortados los labios y las narices, y así mutilados los enviaron a Nowgorod. En el mismo día fué derrotada una segunda división nowgorode, y entonces el ejército moscovita—la vanguardia—avanzó más hacia el Oeste dirigiéndose al Schelona, donde el grueso del ejército nowgorode, separado de su enemigo sólo por la corriente del río, había tomado sus posiciones.

En aquel punto trabóse, en 14 de julio, la batalla decisiva. Los moscovitas pasaron el río, y a pesar de la superioridad numérica de sus adversarios consiguieron, según parece, una victoria fácil, porque las tropas del arzobispo, obedeciendo los mandatos de éste, apenas tomaron parte en la lucha. Cuatro vaivodas nowgorodes fueron hechos prisioneros y enviados entre cadenas, con la noticia de la victoria, al Gran duque, que todavía se encontraba al pie del Waldai y que entonces avanzó con todo el grueso del ejército, que aún no había entrado en combate. El 24 de junio le encontramos en Staraja-Kusa, donde mandó dar muerte a los generales hechos prisioneros en la batalla del Schelona: los demás notables fueron enviados a Moscou y a Kolomna; y en cuanto a la plebe, la envió Iván a Nowgorod para que aumentara el hambre y el número de sus partidarios.

Cada vez iba estrechándose más y más el cerco destinado a oprimir a la ciudad, a la cual se fueron acercando el Gran duque, los de Pleskau y los vaivodas moscovitas. ¡No había esperanza alguna de salvación! Las tropas de Nowgorod habían luchado también con adversa suerte en la cuenca del Dwina: las crónicas no nos dan cuenta de la más pequeña victoria. Todos los alrededores de la capital habían sido cruelmente devastados, y en el seno mismo de la ciudad los partidos se combatían rudamente. Una primera tentativa para entrar en negociaciones había sido rechazada por Iván cuando éste se encontraba delante de Rusa; pero en 27 de julio, cuando el arzobispo con todos los altos dignatarios de la ciudad y los representantes de los cinco distritos se presentaron a él implorando la paz, el Gran duque les escuchó y en 11 de agosto les prometió apartar de Nowgorod su cólera. Firmóse entonces un tratado que rompía para siempre toda alianza con Lituania, imponía a la ciudad una contribución exorbitante, aseguraba a los guerreros del Gran duque la posesión de cuanto habían tomado al enemigo y ponía en manos de aquél todo el territorio del Dwina, especialmente Wologda (1).

Por lo demás, todo quedó, al parecer, en el estado que tenía antes; sólo que en Nowgorod se estableció un gobernador del Gran duque, que limitaba las atribuciones judiciales del possadnik, y los principales destinos fueron también confiados a los partidarios de Iván. La wetscha subsistió: no era todavía tiempo de acabar exteriormente con la independencia de Nowgorod, porque con ello se hubiera dado a la ya indignada Lituania un pretexto para mezclarse en el asunto. En el tratado de 11 de agosto se garantizó también el libre comercio con las ciudades anseáticas. Iván esperó a que el fruto, convenientemente madurado, cayera en sus manos.

El día 1.° de septiembre, día de año nuevo según el cómputo ruso, verificó su entrada triunfal en Moscou, pudiendo jactarse de haber obtenido en un corto plazo un gran triunfo: tenía, además, en perspectiva, otro mayor que no tardó en realizarse. Cuando en 1475 Nowgorod se enredó, como años antes, en una guerra contra Pskoff, el Gran duque consideró conveniente presentarse personalmente en Nowgorod, sin ir acompañado de ejército alguno. Estaba tan seguro de su fuerza, que emprendió la marcha a fines de octubre sin ningún aparato militar. Avanzó lentamente y a cada paso salíanle al encuentro nowgorodes que le recibían con presentes y le exponían sus quejas contra tales o cuales de sus conciudadanos, pues entonces eran más encarnizadas que nunca las contiendas entre los partidos.

El 21 de noviembre entró Iván en la

(1) Véanse las *Actas de la Comisión arqueográfica*, I, núms. 90-94. La cesión de Wologda se desprende de la comparación del núm. 87 (tratado con Casimiro) con el núm. 91. En uno y otro se mencionan los territorios pertenecientes a Nowgorod, y sólo en el 91 falta Wologda, mencionada en el 87. – Véase el núm. 95.

ciudad, invitando poco después a los contendientes a que se presentaran ante su tribunal. Pasaremos por alto los detalles. La estancia del Gran duque, que se prolongó durante nueve semanas, sirvió para paralizar por completo la acción del partido de los boyardos de Nowgorod y para llenar las arcas del tesoro del Gran duque. Cuando éste salió de la capital los hombres más respetables de Nowgorod fueron encadenados y deportados a Kolomna y Murom, no siendo atendidas las embajadas que posteriormente solicitaron su libertad. «Ya sabéis—contestóles el Gran duque, estando todavía en territorio de Nowgorod—cuántas maldades han cometido estos boyardos en anteriores tiempos: todas las calamidades que ahora sufre nuestra herencia paterna de Nowgorod son a ellos debidas. ¿Cómo puedo mostrarme clemente con ellos?»

Entonces ocurrió un movimiento especial: así como antes Nowgorod había velado codiciosamente por la conservación de su jurisdicción propia, a la sazón los ciudadanos nowgorodes acudían a Moscou en demanda de una sentencia judicial que con gusto se les concedía. Pero no fué esto todo: una embajada que en marzo de 1477 enviaron el arzobispo y todos los ciudadanos de Nowgorod al Gran duque, habló a éste oficialmente como «soberano» *(gosudar)*, cuando hasta entonces el tratamiento usual había sido «señor» *(gospodin)*. Iván en un principio no tomó nota de esta variación, pero al cabo de un mes envió una embajada a Nowgorod para preguntar al pueblo reunido en wetscha si realmente, como lo había hecho aquella embajada, reconocía al Gran duque por «soberano,» si aceptaba sus jueces y si se le cedía el palacio de Yaroslao.

La contestación fué una rebelión del pueblo bajo. Tres hombres ilustres, a quienes se acusaba de haber motivado aquella fatal pregunta, fueron asesinados. Los nowgorodes no querían reconocer como gosudar al Gran duque, pues los más ciegos veían que esto había de acabar con la independencia de Nowgorod.

A todo esto se repitieron los sucesos de 1471. Mientras los emisarios del Gran duque prolongaban su estancia en Nowgorod, en donde se les dispensaban grandes honores, pero no se les daba contestación alguna, intimó Iván a Pskoff que se preparara nuevamente para la guerra contra Nowgorod. Los pskoffitas ofrecieron de nuevo a su «hermano mayor» su mediación, pero, como en 1471, sus ofertas fueron desdeñosamente rechazadas. Por último, transcurridas seis semanas, los emisarios del Gran duque enviados a Nowgorod le llevaron la siguiente respuesta: «Doblamos la cabeza ante vos como señor, pero no os llamamos soberano: vuestros gobernadores pueden, como de antiguo, administrar justicia en el territorio de Nowgorod, pero vuestra jurisdicción y vuestros jueces no permanecerán entre nosotros ni tampoco os cederemos el palacio de Yaroslao. Queremos vivir con vos bajo las condiciones de nuestro último beso a la cruz.»

Después de esta manifestación, excitaban al Gran duque a que castigara a a los culpables de las antiguas contiendas, ofreciendo, por su parte, hacer lo mismo. Era ésta una contestación altanera, cuyo carácter de tal se aumentaba todavía con el hecho de que, según referían los emisarios del Gran duque, todos los nowgorodes parecían ebrios y acariciaban la idea de solicitar el auxilio de Lituania. Hacíase, pues, inevitable el último acto de la tragedia.

Iván quiso acabar de una vez y proceder rápidamente al ataque antes de que se llevara a cabo la alianza con Lituania. Ya en 15 de septiembre envió un emisario a Pleskau para intimar a esta ciudad que rompiera con Nowgorod: en 30 del propio mes se notificó a la wetscha la declaración de guerra de los de Pleskau y al día siguiente se le notificó la del Gran duque. Los comerciantes extranjeros huyeron con sus mercancías, y cuando se supo con certeza que Iván se aproximaba en actitud bélica, el terror se apoderó de Nowgorod. Levantáronse algunas débiles construcciones para fortificar y defender la ciudad, pero no se reclutaron tropas ni se hizo tentativa alguna para empuñar la espada que había de salvarles de tan amenazador peligro.

Escaso fué el número de los que todavía consideraron como una necesidad y como una gloria aprestarse para una resistencia enérgica. El jefe de los mercaderes, Marco Panfilyeff, cinco boyardos y Marfa Borezki fueron, al parecer, los únicos que así opinaron; por lo menos no tenemos dato alguno que nos permita afirmar que fueran más (1). La embaja-

(1) Estos son los únicos que después creyó Iván necesario llevar prisioneros a Moscou.

da a Casimiro de Polonia quedó en proyecto. La ciudad, sin aliados, desprevenida, desconcertada y sin comprender toda la gravedad del peligro, se abandonó a su suerte, en la esperanza siempre de que algunas concesiones y cantidades de dinero podrían aplacar la cólera del Gran duque.

Un emisario que fué enviado a pedir un salvoconducto para el arzobispo y los embajadores de la ciudad fué preso en Torschok: la tentativa que hicieron los nowgorodes para conseguir, a pesar de la declaración de guerra, la mediación de Pskoff, fracasó por completo. En la wetscha pskoffita fué preso por los embajadores moscovitas el emisario nowgorode, siendo después puesto en libertad a instancias de los de Pskoff. Otro tercer emisario que fué a Torschok tampoco regresó a la atemorizada ciudad. Hasta el día 8 de noviembre no otorgó el Gran duque el salvoconducto pedido: Iván puso en libertad a los emisarios en 11 de noviembre, después que un cuarto mensajero, enviado para reproducir la petición de los otros, le hubo dado el tratamiento de «gosudar» que, en un principio, se había negado a darle.

En aquel momento había acabado de reclutar todas sus tropas: en 9 de octubre se había puesto en marcha con el grueso del ejército; el 19 se encontraba en Torschok y, después de concedido el salvoconducto, no interrumpió para nada sus operaciones militares. A cada una de las divisiones del ejército se le señaló el territorio donde debía operar: el de Nowgorod debía ser ocupado; el convento que se alzaba delante de la ciudad debía ser tomado y las fuerzas de Pskoff tenían la orden de tomar posiciones en la desembocadura del Schelona. Iván avanzaba desde el Oeste y podía esperar con seguridad la victoria que había de coronar sus preparativos y esfuerzos.

Cuando en 23 de noviembre se encontró a treinta werstas (unas cuatro leguas) de Nowgorod, se presentó en su campamento el arzobispo con los representantes de la ciudad. Sus proposiciones y sus súplicas no obtuvieron, en un principio, respuesta alguna: el Gran duque siguió avanzando, y había dado, como era sabido, orden a los pskoffitas para que se aproximaran cuanto pudieran a la ciudad con las máquinas de sitio. Entonces los emisarios aumentaron sus ofrecimientos, cuya aceptación hubiera significado para Nowgorod un inmenso perjuicio pecuniario y una disminución de las libertades municipales, pero que, por lo demás, en nada afectaba a su existencia.

Entonces dió Iván orden a sus vaivodas de que durante la noche atravesaran el lago Ilmen, que estaba helado, y tomaran los puntos que inmediatamente dominaban a Nowgorod. A la mañana siguiente llamó a los emisarios y no personalmente, sino por boca de sus boyardos, de los cuales el príncipe Iván Yuryewitz Patrikeyeff fué el que llevó la palabra, les hizo saber su ambigua opinión. Los boyardos expusieron las causas de la guerra: manifestaron que el Gran duque se había mostrado clemente y que Nowgorod, sin embargo, había despreciado su clemencia y se había enemistado con él: añadieron que esta conducta había indignado al príncipe, y que por tanto Nowgorod debía doblar la cerviz y sus representantes deberían saber la manera de hacerlo.

Ellos, sin embargo, lo ignoraban y regresaron a la ciudad para recabar más amplios poderes. Cuando, en 4 de diciembre, se presentaron de nuevo en el campamento, el Gran duque había cercado ya la ciudad y establecido su cuartel general en el convento de San Jorge: veíase tan seguro que había licenciado la mitad de su ejército para forrajear, dándole, sin embargo, la orden de que el día 6 se encontrara nuevamente ante los muros de la ciudad. A los embajadores que demandaban gracia se les dió la misma contestación de antes.

Por fin el Gran duque expresó claramente sus deseos a una nueva embajada, manifestando que quería, así lo dijeron sus boyardos, gobernar en Nowgorod de la misma manera que gobernaba en Moscou. El arzobispo, aterrorizado, suplicó que no le enviaran a Nowgorod con tal mensaje y que le facilitaran una entrevista con el Gran duque, pero Iván prefirió tratar por mediación de los boyardos, y entonces hubo un verdadero regateo: los nowgorodes fueron sacrificando, una tras otra, todas sus libertades, pero Iván era insaciable y formuló en definitiva sus pretensiones en la siguiente forma: «La campana que convoca al pueblo a la wetscha desaparecerá; no tendréis possadnik alguno y a vuestros territorios y aldeas se les tratará como al resto de Rusia.» A cambio de esto prometía el Gran duque que no sacaría a los nowgorodes de su país, que no entraría en los territorios de los bo-

yardos y que respetaría, en cuanto a la administración de justicia, el antiguo estado de cosas. Además hizo la promesa de que, fuera de su territorio, no utilizaría a los nowgorodes en punto a servicios militares.

Tales fueron sus mayores concesiones.

Desgraciadamente no sabemos con certeza lo que acontecía entretanto en la ciudad, pues las fuentes a que hemos acudido sólo parten del punto de vista moscovita. Unicamente se sabe que Nowgorod, bajo la presión de la peste, de las continuas discordias de los partidos y del hambre, aceptó las condiciones que le impuso el Gran duque, por más que éstas significaran la ruina de las libertades municipales, pidiendo tan sólo «que Iván, siguiendo la antigua costumbre, confirmara por medio de juramento solemne, besando la cruz, el pequeño resto de autonomía que dejaba a la ciudad.»

Pero tampoco estaba dispuesto a ello el Gran duque, pues nunca consintió en que sus boyardos contrajeran en su nombre tal compromiso. Nada debía traer a la memoria que Nowgorod había estado antiguamente al nivel del Gran duque como igual suyo. Unicamente consintió, después de haberse hecho de rogar mucho, en repetir verbalmente en presencia de los nowgorodes la promesa que en nombre suyo les había hecho transmitir.

Pasemos por alto las persecuciones que siguieron, las negociaciones que se entablaron para la cesión del territorio nowgorode, para la percepción de impuestos, para la entrega del archivo del Estado, etc. Aquellos días funestos pasaron, por fin, y en 18 de enero de 1478 levantóse el cerco de Nowgorod y en 17 de febrero el Gran duque dejó su campamento para regresar a Moscou sin dignarse siquiera visitar la ciudad, que era ya completamente suya, pues temía a la peste, que todavía hacía en ella sus estragos.

Pocos prisioneros llevó consigo, pero entre ellos figuraban el más anciano de los comerciantes, cinco boyardos y Marfa Borezki con su nieto (1). La campana que durante tantos siglos había congregado a los ciudadanos en asamblea popular, fué llevada en triunfo a Moscou, donde su sonido se confundió con el de las otras campanas de la capital del gran ducado.

Así pereció la libertad de Nowgorod, pues lo que Iván había dejado no era la Nowgorod antigua. Unicamente había conservado la sombra de su antiguo esplendor. Un gobernador del Gran duque habitaba el palacio de Yaroslao: el antiguo consejo había dejado de existir, y el símbolo de la libertad popular, la campana, había desaparecido. Sólo la peste seguía haciendo sus estragos como en los días de libertad y de independencia, pero también la peste se cansó y todo quedó en silencio; todo, menos la desconfianza del Gran duque, para quien era todavía demasiado lo que había dejado con vida.

Seguía con suspicacia el curso de los sucesos de Nowgorod y parecía como si temiera que el rey Casimiro quisiera de nuevo arrebatarle su botín. Realmente le dijeron que entre Nowgorod y Lituania se habían reanudado secretamente las negociaciones. Una crónica rusa, una sola, pretende que Casimiro había prometido su apoyo a la ciudad, que había entrado en negociaciones con el kan Ahmat y que el papa Sixto VI le había consentido que impusiera una contribución a los templos polacos y lituanos para luchar contra Moscou. No puede comprobarse lo que haya en esto de verdad, pero lo cierto es que todo ello sirvió al Gran duque de pretexto para dar a la ciudad el golpe de gracia.

Para ello procedió con su acostumbrada perfidia. Hizo propalar el rumor de que quería ir contra Livonia, y acompañado de mil hombres se dirigió, en 26 de octubre de 1479, hacia Nowgorod con intenciones al parecer amistosas; pero en seguida interceptó todos los caminos que de la ciudad conducían al resto del reino e hizo que acudieran a ella tropas de todas partes. Los de Nowgorod entraron en sospechas, y poseídos de la desesperación cerraron las puertas de la ciudad y pareció revivir en ellos la antigua constitución. Pero la perplejidad se apoderó de sus ánimos. Al ver el Gran duque que no podía sorprenderlos, esperó la llegada de sus tropas, comenzando después a lanzar sus proyectiles contra la ciudad; entonces ésta abrió sus puertas y todo el clero se presentó con gran pompa y con cruces en las manos ante

(1) Generalmente en las narraciones de la ruina de Nowgorod se presenta a Marfa Borezki como una princesa heroica y patriótica, pero en las fuentes históricas sólo se dice que ella y sus hijos pertenecían al partido contrario a Moscou. Marfa no ofrece en aquellos días de ruina nada que la haga sobresalir sobre los demás; y aun cuando hubiera poseído, cosa que ignoramos, la perspicacia política necesaria, faltábanle fuerza y energía para realizar sus planes.

el Gran duque, el cual le recibió benévolamente y le manifestó que los inocentes nada tenían que temer.

Iván penetró luego en la ciudad, sentó en ella sus reales y mandó prender y dar tormento a cincuenta personas tenidas por sospechosas: durante mucho tiempo éstas no hicieron revelación alguna de importancia, pero al fin confesaron todo lo que de ellos quería oirse, declarándose culpables juntamente con el arzobispo. Este fué inmediatamente preso, y sin que ningún procedimiento judicial hubiese demostrado su delito fué conducido a Moscou, donde acabó sus días, a los seis años, en el convento de Tschedo, pasando a poder del Gran duque sus tesoros ricos en oro, plata, piedras preciosas y perlas.

Después fueron ejecutadas cien personas, cuyos bienes se confiscaron, y cien familias de las más ilustres fueron desterradas al interior del reino: por último, y pasado largo tiempo, 7.000 familias fueron en parte diseminadas por el país, en parte encarceladas, mientras otras eran ahorcadas o ahogadas. Estos últimos sucesos (1488) acabaron verdaderamente con la gran Nowgorod, pues nada quedó que pudiera recordar la antigua importancia de la ciudad y las libertades de que en otro tiempo había gozado.

Los elementos que Iván envió a la ciudad a fin de que ésta no quedara despoblada eran, según expresión de un cronista livonio, «pueblos indignos,» mezcla de hijos de boyardos, comerciantes y siervos que se apoderaron de los territorios vacantes; gente toda ella del interior del país, en la cual vivía aún la tradición de la servil obediencia. Cierto que entonces tomaron el nombre de nowgorodes, pero con el nombre no habían heredado la aptitud para llenar la misión que les había confiado aquella república adiestrada en una práctica de muchos siglos.

Nowgorod fué una ciudad sin color y sin carácter como las del interior del reino, e Iván III, para que los nuevos habitantes no pudieran nunca constituir un peligro, ya por su trato con el extranjero, ya por un excesivo bienestar, arrebató a la ciudad su porvenir, después de haberle arrebatado su pasado y su presente, mandando en 1494, cuando nadie lo esperaba, cerrar la factoría de los comerciantes alemanes de Nowgorod, prender a los comerciantes anseáticos y confiscar sus bienes.

No hizo esto movido por una impresión del momento, sino que fué consecuencia de un plan durante mucho tiempo concebido, y realizado con aquella mala fe en que tanto sobresalía el Gran duque y que caracterizó siempre su política. Poco antes había prorrogado por muchos años los derechos de la factoría (1).

Luego firmó un tratado con el rey Juan de Dinamarca, en el cual prometía a éste la destrucción del establecimiento alemán, llevándose a cabo este hecho de perfidia en 5 de noviembre de 1494, mientras una embajada anseática trataba en Moscou con el Gran duque (2). Los comerciantes alemanes, enteramente desprevenidos, fueron atacados y encarcelados, siendo confiscados todos sus bienes, y a pesar de la promesa del maestre livonio y de muchas embajadas que no sin exponerse a grandes peligros llegaron a la corte del Gran duque, no se consiguió hasta el año 1497 que los presos fueran puestos en libertad.

Iván, sin embargo, retuvo en su poder a cuatro comerciantes y todos los bienes para tener un elemento de posteriores arreglos. La importancia de Nowgorod como mediadora entre Rusia y el Occidente había desaparecido: la ciudad decayó cada vez más y en los siglos siguientes no fué más que la puerta de ataque por donde las tropas de Rusia penetraron en Livonia, cuya conquista fué desde entonces la meta principal de la política rusa.

CAPITULO III

FIN DEL YUGO TÁRTARO

También en las relaciones que existían entre Rusia y los habitantes de las estepas ocurrió, durante el reinado de Iván, una variación tan importante que nos obliga a estudiarla detalladamente. La supremacía de los tártaros, que, aun cuando destruída por la práctica, había sido constantemente reconocida en prin-

(1) Véase el excelente trabajo de Hildebrando: «La embajada anseático-livonia que en 1494 fué enviada a Moscou y el cierre del mercado alemán de Nowgorod.» *Revista mensual báltica*, 1871.

(2) Respecto de los detalles, véase Riesenkampff: *El mercado alemán de Nowgorod*, Bereshkoff, obra citada, e Hildebrando, obra citada. Esto corresponde más a la historia anseática y livonia que a la rusa y sobre ello volveremos a hablar en otro lugar.

Sagrario del tiempo del Gran duque Iván Wassilyewitz.—Es de plata dorada y data de 1486
Existente en la catedral de la Asunción de María, en el Kremlín de Moscou

cipio por el Gran duque de Moscou, desapareció por completo, no a consecuencia de un levantamiento heroico ni de un gran hecho libertador, sino después de una semiderrota, sin efusión de sangre por una ni otra parte; no como resultado de la fuerza de Moscou, sino por haber perdido aquellos Estados bandoleros de las estepas la cohesión, única cosa que los hacía temibles.

Ya durante el reinado de Wassili el Ciego examinamos los síntomas de la ruina que se acercaba. Cierto que la Horda de Oro subsistía, pero de ella se habían separado porciones importantes, constituyendo un peligro allí donde, como en Crimea y Kasán, habían conservado fuertes lazos de unión. También en estos puntos comenzaron los tártaros a degenerar.

Junto a estas tres grandes hordas aparecen otras hordas pequeñas que, en definitiva, no tenían más carácter que el de cuadrillas de salteadores y que se combatían constantemente unas a otras. El territorio de los hombres de las estepas también había disminuído desde el punto de vista geográfico. Formaban sus fronteras el Dniéster, el bajo Dniéper, el Volga—desde Nishni—y la corriente del Oka; y por este territorio avanzaron los pueblos sedentarios a costa de los habitantes de las estepas. A lo largo de las fronteras moscovitas estaban establecidos aquellos príncipes servidores siempre dispuestos a montar a caballo y a contestar con sangrientas expediciones a las correrías de rapiña de los tártaros.

El centro de gravedad de esta línea fortificada estaba en el Oka, desde donde se hacía una guerra pequeña, pero continua. Moscou en este punto procedió con su acostumbrado método: sus esfuerzos tendían a vencer a las estepas por las estepas mismas, es decir, a debilitar las grandes hordas fomentando las luchas intestinas y apoyando a los rebeldes y a los pretendientes.

Los príncipes tártaros fugitivos eran establecidos en las ciudades fronterizas, en Kasimoff, Serpujoff y Kaschira, donde estaban sujetos a la soberanía moscovita, y encontraban ocasiones y apoyo para atacar a sus enemigos de la misma raza. La decadencia y la ruina de aquellas hordas se hubiera, pues, consumado rápidamente si su existencia, a pesar de los perjuicios que producía, no hubiese sido conveniente para los Estados cristianos vecinos, especialmente para Moscou y Lituania. La soberanía de la Horda principal sobre Rusia subsistía y los Grandes duques de Moscou se mantenían en paz con ella, pero procuraban debilitar el conjunto del poderío de los tártaros atacando a los pequeños Estados tártaros que se habían separado de la Horda de Oro.

Podemos también ahora añadir que en aquel tiempo comenzó a tomar parte en la lucha la hermandad especial de los cosacos zaporogos. Cuando Halicz cayó en poder de Polonia (1340) verificóse, como hemos visto, la primera emigración de los elementos rusos a las islas del Dniéper, situadas junto a las cascadas del río. Eran éstos probablemente fugitivos que querían librarse de la dominación extranjera; pero no es posible saber cuál fué su suerte, pues faltan los datos de las crónicas y sólo se sabe que setenta y cinco años después, cuando Yedigei o Edegu devastó a Kieff y sus alrededores, el pueblo bajo buscó de nuevo su salvación y su seguridad en las islas del Dniéper, mientras las familias ricas y distinguidas se refugiaron en Lituania.

Asimismo la unión de Polonia y Lituania y la sujeción directa de algunas partes de la actual Pequeña Rusia a Polonia contribuyeron a aumentar el número de aquellos colonos que sin mujeres ni hijos se encontraban allí independientes de la soberanía extranjera y atendían a su sustento por medio de la caza, de la pesca y de las expediciones contra los pueblos de las estepas que por su vecindad vagaban.

La unión de Wolhynia primero y de Podolia después a Polonia dió por resultado una nueva emigración; y como allí donde se nos presentan distintamente los cosacos, los vemos con un carácter griego y ortodoxo, de aquí que pueda con razón creerse que la unión religiosa fué uno de los hechos que más contribuyeron a su aumento y robustecimiento. La necesidad de defender su independencia de los ataques de los tártaros obligóles ya a luchar constantemente con ellos y movió a aquel puñado de hombres animosos a darse una organización militar.

Por esto les encontramos constantemente dispuestos a unirse a los ejércitos que atacaban a los tártaros. Por lo demás, la historia antigua de los cosacos está envuelta en tinieblas: parece que se presentaron por vez primera formando grandes masas en 1471, cuando Casimi-

ro de Polonia convirtió en vaivodía el principado de Kieff. Los cosacos se dirigieron especialmente contra los tártaros, llegando de esta suerte a ser un factor importante en el posterior desarrollo de la Rusia meridional, con el cual tenían que contar la Crimea, la gran Horda, Lituania y Moscou (1).

Iván III, durante los primeros años de su gobierno, conservó la paz con la Horda de Oro: en cambio, en una campaña de tres años y por la habilidad con que supo aprovecharse de las luchas intestinas de Kasán, consiguió obligar al zar Ibrahim a que firmara una paz muy ventajosa para Moscou, que aseguraba a este gran ducado la devolución de todos los prisioneros que Ibrahim le había hecho durante cuatro años, y que obligaba a Ibrahim «a vivir según la voluntad del Gran duque y de sus vaivodas» (septiembre de 1469).

Los detalles de esta victoria conseguida no sin sangrientas luchas nos presentan al Gran duque tal como siempre le hemos visto, prudente hasta la timidez; si dió aquel golpe fué contra su voluntad, pues cuando quiso hacer retirar al ejército para entablar negociaciones las tropas se negaron a obedecerle. Entonces consiguió una semivictoria, y sólo en vista de ésta se dirigió en persona contra Kasán y cortando las aguas que surtían la ciudad la obligó a rendirse.

Poco después tuvo su primer encuentro con la gran Horda. Casimiro de Polonia, a fin de paralizar la campaña del Gran duque contra Nowgorod, intentó inducir a Kutschuk-Mohammed a que invadiera el territorio moscovita; pero no pudo ver realizados sus deseos, antes por el contrario, un pariente del kan entró al servicio del Gran duque. Cuando después Iván favoreció públicamente una expedición de rapiña que los wjatkasches habían organizado contra Sarai, Mohammed comenzó la guerra de acuerdo con la Lituania y durante el verano de 1472 invadió la frontera moscovita al frente de un gran ejército; pero no pasó de Alehsin, ciudad que tomó e incendió, emprendiendo luego una lenta retirada que se convirtió en precipitada huída cuando se presentó un ejército ruso en el Oka y cuando llegó a él la noticia de que a éste seguían otras tropas.

El Gran duque era, sin embargo, demasiado prudente y tenía demasiado talento para perseguir a los tártaros; en vez de esto, licenció a su ejército y no quiso romper las relaciones semiamistosas que con el kan le unían. Esto no obstante, buscó para lo porvenir un aliado y lo encontró en Mengli-Girei, kan de Crimea, mortal enemigo de la Horda de Oro. La situación en que se colocó la horda de Crimea tenía un carácter especial y no fué debido a la casualidad que conservara largo tiempo su independencia.

La península de Crimea ofrecía a estos tártaros todas las ventajas de una posición insular, y aún era más difícil una persecución en sus estepas que la conquista por mar de una apartada isla. La situación de Crimea traía también consigo que toda guerra interior y toda derrota en el exterior de cualquiera de las otras hordas podía reportarle ventajas: únicamente en ella podían encontrar seguro asilo los restos de las tropas dispersadas y privadas de sus jefes. La alianza y amistad del kan, debidas a la habilidad empleada por Iván para conseguirlas, eran tanto más importantes cuanto que Mengli-Girei estaba en buenas relaciones con Lituania.

A principios del año 1474 presentóse en Moscou Asi-Baba, embajador de Mengli, con la deseada embajada de que el zar había concedido su gracia al Gran duque y quería tener a éste y al rey de Polonia por hermanos, permitiendo además que, en lo sucesivo, pudieran presentarse directamente a su presencia los embajadores de Iván.

En seguida se propuso un tratado de alianza ofensiva y defensiva, que el Gran duque aceptó con gozo. Acompañado de Asi-Baba se presentó el emisario ruso, Beklemischeff, para extender por escrito el tratado. Sus términos no han llegado hasta nosotros, pero tenemos la instrucción dada por el Gran duque, en la cual se prueba expresamente que Mengli-Girei se obligaba a coadyuvar a cualquier ata-

(1) Aquí no hacemos más que apuntar los hechos, pues la historia de los cosacos corresponde a la historia de Polonia. Los trabajos principales sobre este punto son: Solowyeff: *Los cosacos de la Pequeña Rusia hasta Chmelnizki;* Markewitz: *Historia de la Pequeña Rusia;* Skalkowski: *Historia de la nueva Setscha (grupo de cosacos).* Esta última no ha llegado desgraciadamente a nuestras manos. Un trabajo popular es la obra de Markowin: *Bosquejo de la historia de los cosacos zaporogos,* San Petersburgo, 1878. El nombre de cosaco se deriva del de un pueblo cherkés, los kasogos, y tuvo después una significación apelativa, a saber, la de un hombre o de una residencia fortificada. Eran la continuación de aquellas hordas libres que vemos en el siglo XII con el nombre de brodnikes. Véase Kunik, en la *Caspia,* de Dorn, pág. 241.

que eventual que se dirigiera contra Lituania o contra la Horda de Oro.

Cuando Beklemischeff regresó (en el mes de noviembre) llevó la noticia de haberse firmado la alianza. En aquella ocasión cruzáronse varias embajadas, pero aconteció un suceso que echó por tierra los cálculos de Iván. En 1475 los turcos conquistaron la Crimea; Mengli-Girei fué hecho prisionero, pero los turcos le repusieron en el trono, del cual fué nuevamente arrojado al año siguiente por el kan de la Horda de Oro.

Este triunfo aumentó de tal manera la confianza de Mohammed que envió un mensajero al Gran duque intimándole que se presentara en la Horda, como si hubieran vuelto los tiempos del kan Batu. Iván prendió al mensajero y no se presentó, pero entabló negociaciones que se prolongaron y cuyo resultado fué que por lo menos quedara toda agresión en suspenso. Este plazo fué el que aprovechó Iván para sojuzgar por completo a Nowgorod (1478).

Un falso rumor de que había sufrido una derrota delante de Nowgorod infundió al zar de Kasán ánimo para penetrar en Wjatka, pero Iván regresó y el zar tuvo que impetrar humildemente la paz. Iván había enviado emisarios a Crimea para inducir al kan Seni-Beg, instituído por Mohammed, a que se levantara en armas, plan que no pudo llevarse a cabo por haberse apoderado, entretanto, nuevamente de Crimea Mengli-Girei.

Este entabló en seguida negociaciones con Iván, y se han conservado las instrucciones que el Gran duque dió a los embajadores enviados a Mengli, las cuales demuestran cuánta importancia daba a esta alianza. Mengli pedía apoyo para la lucha con la Horda de Oro e Iván lo pedía para la lucha contra la Lituania. La solución de este importantísimo asunto fué confiada al príncipe Swenez.

En este estado se encontraban las cosas en 1480. Todavía no se había firmado formalmente el tratado cuando recibió el Gran duque la noticia de que toda la Horda de Oro se aprestaba a atacarle. El kan se había vanagloriado de que acabaría con el cristianismo y de que haría prisionero al Gran duque como en otro tiempo había hecho Batu.

El curso de los sucesos que posteriormente acaecieron no es conocido con toda seguridad, pero puede decirse que no fué el que nos refieren las narraciones hasta el presente hechas.

Dos grupos de noticias sacadas de las crónicas se encuentran uno enfrente de otro: de ellos el uno tiene un carácter oficial y el otro es abiertamente hostil al Gran duque, a quien niega no sólo el valor, sino también el talento político. Esta crónica explica el triunfo definitivo de Iván como una casualidad incomprensible y dice que el ejército tártaro y el ruso, después de haber permanecido por espacio de un mes uno frente a otro, se sintieron repentinamente poseídos de un terror que les hizo emprender la fuga. En realidad, los hechos pasaron del modo siguiente:

El kan de la Horda de Oro había escogido hábilmente el momento oportuno de atacar a Moscou. Iván se encontraba en lucha con sus hermanos y Lituania había enviado a la Horda una embajada excitando a la guerra y prometiendo su auxilio. La negativa de Iván de pagar el tributo vencido y de presentarse en la Horda dió el deseado pretexto. En su consecuencia, Mohammed se puso en movimiento durante la primavera de 1480 al frente de todo su ejército, avanzando muy lentamente, siempre en la espera de recibir los auxilios de Lituania. Iván había hecho ocupar las fronteras y cuando tuvo noticia de que los tártaros se aproximaban al Don tomó él en persona posiciones en Kolomna.

Mengli-Girei, entretanto, debía invadir la Lituania a fin de mantener a Casimiro alejado de los territorios moscovitas. Otro príncipe de Crimea, Nurdewlet, descendió por la corriente del Volga e invadió a Sarai. En este estado se encontraban las cosas a fines de julio. Iván mantuvo a su ejército a la defensiva en la línea del Oka, cortando por este lado el camino a los tártaros: éstos no querían atacar, y así estuvieron ambas partes beligerantes sin hacer nada hasta fines de septiembre. Mohammed decidió entonces envolver las posiciones de los rusos, pero hasta en esto se había anticipado Iván enviando a Kaluga a sus hijos Iván Ivanowitz y Andrés el menor, de suerte que cuando llegaron allí los tártaros en el mes de octubre se encontraron todos los pasos ocupados. En Moscou reinaba el descontento por aquella aparente inactividad del Gran duque: su dilación y sus maniobras no eran comprendidas, y aun en el seno mismo del ejército existía un partido que quería la lucha a toda costa.

El descontento llegó a su colmo cuando el Gran duque entró en negociaciones

de paz con el enemigo. Iván, a fuerza de concesiones, había movido a sus rebeldes hermanos a unirse con él y había recibido, finalmente, una carta del metropolitano en que le excitaba a atacar al enemigo. Cuando, a pesar de esto, se vió que no hacía en el Ugra preparativo alguno de ataque, el clero ruso le envió una notable intimación. Bajo la presidencia del metropolitano Geroncio y del arzobispo Wassián de Rostoff celebróse en Moscou una asamblea de sacerdotes que envió al Gran duque una carta animosa excitándole a que luchara sin miramiento alguno. Cuando llegó esta misiva (1) la lucha se había decidido en pro de Iván, el cual no tenía delante de sí enemigo alguno. En efecto, había llegado el invierno y el extraordinario frío obligó al kan a abandonar en 11 de noviembre de 1480 su campamento, pues no habiendo contado con una campaña tan larga, sus tropas no tenían ropas de abrigo y faltaban las provisiones para hombres y caballos. Los tártaros, al encontrarse enfrente de los rusos en las orillas del Ugra, amenazaron con que el invierno les abriría el paso de Rusia, pero llegado que hubo el momento no pudieron resistir los horrores de tan cruda estación.

También es probable que otras dos circunstancias movieran al kan a emprender la retirada: la noticia de las devastaciones que durante su ausencia había sufrido Sarai, por un lado, y por otro el disgusto, que poco a poco se convirtió en indignación, al ver que no acudían los socorros de Lituania. Por último, apenas es creíble tampoco que no tuviera noticia de los peligrosos movimientos que se verificaban en la horda nogaica y schibansche y que únicamente contra él iban dirigidos.

Sea lo que fuere, al retirarse de las márgenes del Ugra dirigió sus ataques contra Lituania, perseguido todavía, aunque con pocas pérdidas, por los rusos. Doce ciudades lituanas fueron saqueadas por el kan, que regresó luego a las estepas con rico y abundante botín.

Pero en las estepas le ocurrió la catástrofe que debía libertar a los rusos del yugo tártaro y acabar con la Horda de Oro.

Después que Nurdewlet se hubo retirado de Sarai, Ivak, el kan de la horda schibansche, que llevaba una vida nómada en los alrededores de Tjumen, se unió con los nogaicos para atacar la ciudad, de la cual lograron apoderarse, asesinando a las esposas de Mohammed y destruyendo la residencia del descendiente de Batu. Embriagados los vencedores con su victoria, salieron en busca del Gran kan, que regresaba de Lituania, para arrebatarle el botín que llevaba, y encontrándole en la desembocadura del Don, en las cercanías de Azoff, consiguieron derrotarle por completo. La crónica de Arcángel refiere este suceso en los siguientes términos:

«El zar Ivak llegó allí con su ejército, en 6 de enero, sin ser visto... y el zar Achmat (así llamaban los rusos a Mohammed) todavía estaba durmiendo; pero el zar Ivak en persona penetró en la blanca tienda de Achmat y le golpeó con las manos. Las tropas no lucharon unas con otras, sino que los schibanes y nogaicos comenzaron a robar a la horda de Achmat, entre el Don y el Volga y en el pequeño Donez, junto a Azoff. Y el zar Ivak permaneció cinco días en la horda de Achmat, al cabo de los cuales se retiró.»

La Horda de Oro quedó, pues, destruída sin haber recibido un golpe decisivo de los rusos, de tal manera que sólo en sentido impropio podía hablarse de una liberación.

El Gran duque, con su hábil política, salvó a Rusia de la devastación y del saqueo, pero no tomó parte alguna en la ruína de Mohammed. Y sin embargo recogió de ella todo el fruto, pues los restos del antiguo poderío de los tártaros que subsistían todavía estaban en buenas relaciones con él, como la Crimea y los schibanes, o eran impotentes y no podían constituir más que un peligro transitorio. Ningún kan de aquellas tribus formuló en lo sucesivo, como habían formulado últimamente los kanes de Sarai, pretensión alguna a la soberanía de Moscou (2): el terrible yugo desapareció, no porque Moscou lo hubiese sacudido, sino porque la Horda había muerto.

Los contemporáneos del Gran duque Iván no le concedieron el mérito de este servicio, antes al contrario, su conducta durante la crisis no le fué perdonada por los cronistas, que se hicieron eco de la opinión pública de aquel tiempo. El haber regresado a Moscou cuando se encontraba todavía en el Oka su enemigo;

(1) Inserta en las *Actas históricas* (en ruso), núm. 80.

(2) Prescindimos de la invasión de Mahmed-Girei, de la cual hablaremos más adelante.

el haber dejado a su esposa huir hacia el Norte; el haber estado en negociaciones con Mohammed hasta el último momento, y el no haberse decidido, aún después de la carta del clero, a atravesar el río y a combatir a los tártaros, todo esto le fué imputado como otras tantas muestras de cobardía. Habíase presentado una ocasión de promover un levantamiento nacional y religioso como en los días de Dmitri, el vencedor del Don; pero él la había dejado pasar sin aprovecharla, y esto constituía un delito de que debía responder ante Rusia. El hecho de sacudir el yugo extranjero ha formado siempre época en la historia de los pueblos: en cambio, en Moscou no existía diferencia alguna entre los años que precedieron al 6 de enero de 1481 y los que siguieron a esta fecha. El Gran duque, como con razón se ha dicho, fué el heredero del kan: todo el provecho fué para él, no para la nación.

Pero nada nos autoriza a creer que el Gran duque habría podido resolver de otro modo la cuestión, pues la solución que tuvo era la única que se avenía con los fines de su política egoísta.

En pocas palabras podemos referir la suerte que posteriormente cupo a la Horda de Oro. Después de la ruina de Mohammed y de la retirada de Ivak los restos de la Horda se reunieron bajo el mando de los hijos del primero, los cuales se esforzaron por recuperar la posición perdida, pero sus esfuerzos se estrellaron ante la resistencia que les opuso Iván por medio de su aliado Mengli-Girei (1). La política del Gran duque tendía a arrojar a los tártaros de la Horda más allá del Don, hasta el Cáucaso, y en 1492 este propósito se había realizado. Entonces sucumbió para siempre el poder de la Horda de Oro. El hambre y las luchas intestinas la aniquilaron, desapareciendo por completo de la esfera de la política moscovita. El golpe de gracia se lo dió en 1502 Mengli-Girei. El último kan se llamó Schich-Achmat.

CAPITULO IV

LA FAMILIA DEL GRAN DUQUE.—GUERRA CON LITUANIA.—MUERTE DE IVÁN

La política de Iván III dependió siempre y en todas partes de sus relaciones con Lituania. La solución, o por mejor decir, los comienzos de una solución de la cuestión lituana eran el objeto principal a que se dirigían sus esfuerzos, y el conocimiento exacto de estos esfuerzos es necesario para entender la historia de Moscou durante los siglos XV y XVI.

El conflicto entre Lituania y Moscou fué promovido por un casamiento. Esto nos obliga, para orientarnos en el asunto, a dirigir una ojeada a la familia del Gran duque (2).

Iván se casó dos veces: su primera esposa, María de Twer, falleció poco después de contraído el matrimonio, y durante mucho tiempo no se decidió el Gran duque a contraer segundas nupcias. A los dos años de la muerte de María, Roma le ofreció una esposa, y después de negociaciones que duraron muchos años, resolvió aceptarla. Era ésta la princesa Sofía, nieta del último Paleólogo que se había sentado en el trono bizantino. A la caída de Constantinopla su padre se había refugiado en Roma, y cuando poco después falleció, los papas, primero Paulo II y luego Sixto IV, sirvieron de padres a sus hijos, no sin la esperanza de utilizarles en su día para la mayor prosperidad de la Iglesia romana. El cardenal Bessarión, muy conocido por los esfuerzos que había hecho en pro de la unión de las dos Iglesias, parece haber sido el primero que concibió el plan de atraer a esta unión a Iván por medio de su matrimonio con la joven princesa, pues Iván con su triunfadora política se había creado un nombre en Occidente.

Cuando el Gran duque recibió en 1469 esta proposición mostróse muy satisfecho, pues estaba perfectamente convencido de la trascendencia política de aquella alianza matrimonial y se dispuso a sacar para sí todas las ventajas que de ella podían obtenerse y a frustrar, en cambio, las esperanzas que Roma hubiera podido fundar en ella. Después de largas negociaciones (3) se firmaron a

---

(1) Las negociaciones interesantísimas que mediaron entre Iván y Mengli-Girei en este asunto y en el de las relaciones mutuas lituano-tártaras se encuentran en las relaciones e instrucciones de embajadas enviadas a Crimea. Por primera vez han sido utilizadas por G. Karpoff, obra citada, parte I, cap. III.

(2) Constantino Dragases falleció en 25 de mayo de 1453: su hermano es

Tomás Despotis de Morea, † 1465
|
Zoa o Sofía, esposa de Iván III
|
Elena, esposa de Alejandro de Lituania.

(3) Pasamos por alto los detalles de las negociaciones, que nos desviarían demasiado de nues-

principios del año 1472 los pactos matrimoniales, y en 1.° de junio del propio año se verificó en la iglesia de San Pedro de Roma la solemne bendición, después de la cual un legado pontificio acompañó a la princesa a Moscou. Pero pronto se vió que de aquel matrimonio no podía Roma esperar ventaja alguna. La misma Sofía, a pesar de todo, se mantuvo fiel a las creencias griegas, y así lo demostró al salir de Livonia y al llegar al territorio de Pskoff, es decir, en cuanto entró en territorio ruso.

El legado Antonio hubo de convencerse en Moscou de que nada había de conseguir para los fines que allí le habían llevado. Su entrada en la capital rusa ya fué una derrota, pues tuvo que quitarse la cruz de plata que llevaba conforme al rito católico, y además la discusión que sostuvo con un sabio monje ruso le proporcionó disgustos y ningún provecho. Cuando, al cabo de once semanas, se partió de Moscou, llevó consigo grandes presentes para Roma, pero también fué portador de la triste y desconsoladora noticia de que Rusia estaba tan poco dispuesta a aceptar las conclusiones del concilio florentino como en tiempo de Isidoro.

El Gran duque adquirió con la princesa Sofía, no sólo una mujer hermosa e inteligente, sino también la aureola de la alianza con una familia que, a juicio de los rusos, simbolizaba la idea del legitimismo imperial y el grado más elevado de la perfección humana. Además se había abierto de nuevo el camino directo del Occidente, comenzando desde entonces aquella emigración de sabios y artistas de Occidente a Rusia que desde entonces hasta nuestros días no se ha visto interrumpida. Adquisición preciosa para Moscou fué la de Fioravanti Aristóteles, boloñés de nacimiento, que había estado al servicio de Venecia y que, siendo sobresaliente en todas las ramas de la arquitectura e ilustre ingeniero, contribuyó poderosamente a que el Gran duque, desde el punto de vista militar, estuviera tan por encima de sus enemigos. Análoga utilidad prestaron los dos Fresini y otros.

Más importante todavía que todo esto fué el robustecimiento de la idea monárquica, ya tan desarrollada en el ánimo del Gran duque, pareciendo como si hubiese subido un escalón más que le elevara considerablemente sobre sus vasallos, boyardos y príncipes. Iván fué el primero que llevó el sobrenombre de Terrible. En su tiempo el consejo de los boyardos tuvo aún menos participación de la que hasta entonces había tenido en el gobierno. Los contemporáneos creían ver la influencia de la esposa bizantina hasta en las cuestiones políticas y a ella se atribuyó el rompimiento definitivo con la Horda de Oro. La princesa Sofía no era amada, y en los tiempos de Iván IV, que había tomado de su padre el nombre de terrible para no desprenderse más de él, se imputó a ella el cambio que en el sentido del terror se operó en la familia real moscovita.

El rumor que atribuyó a Sofía la muerte de su hijastro Iván Ivanowitz, heredero del trono, acaecida en 1490, demuestra de cuánto se la creía capaz; y aun cuando no tenemos motivo alguno para atribuirle este delito, el caso es que sus consecuencias aprovecharon a Sofía y a sus hijos, pues a pesar de que Iván había reconocido como sucesor futuro al hijo del difunto, su nieto Dmitri, Sofía supo arreglárselas de manera que, pasando por encima del derecho hereditario, el trono fuera para su hijo Wassili. Entonces estalló la lucha entre dos mujeres por el porvenir de sus hijos.

Al llegar a este punto debemos anticipar el curso cronológico de los sucesos. Los príncipes y boyardos no adictos a la griega supieron convencer a Iván de que la sucesión correspondía a Dmitri. No había dado todavía Iván el paso decisivo cuando supo que su hijo Wassili intentaba apoderarse del trono aun en vida de su padre. Wassili, apoyado por personas de segunda fila, concibió el plan de apoderarse de los tesoros de Wologda y Bjeloosero y de asesinar a Dmitri.

El Gran duque dejó entonces a un lado toda consideración y mandó prender a Wassili y a sus partidarios, seis de los cuales fueron cruelmente ejecutados. Sofía sufrió indirectamente las consecuencias del fracaso de esta conjuración: acusósela de consultar adivinas y de haber hecho arrojar al Moskowa, durante la noche, a las ancianas que la acompañaban. Dmitri fué, en 4 de febrero de 1498, coronado Gran duque y sucesor del reino con todas las solemnidades religiosas (1).

---

tro objeto, y respecto de los cuales encontramos materiales abundantes en las instrucciones y memorias de embajadas.

(1) Véase Herberstein: *Rerum Moscovitarum commentarii*, pág. 19 de la edición de Basilea, que es la que siempre citamos.

Pero esta soberanía apenas duró un año: ni la princesa Elena ni los Patrikeyeff y Rjapolowski, que la apoyaban, ni finalmente el joven Dmitri, supieron conservar el favor de Iván: todos ellos cayeron en desgracia en 1499. Los Patrikeyeff y los Rjapolowski, acusados de traición, fueron encerrados en un convento. Según parece, incurrieron en la cólera del Gran duque por haber observado una conducta altanera respecto del desposeído Wassili, y si no fueron castigados más severamente hubieron de agradecerlo al parentesco que con la real casa les unía.

Este fué el preludio de la caída de Dmitri. Wassili, contra toda costumbre, fué nombrado Gran duque de Nowgorod y de Pskoff, y cuando los pskoffitas, que no podían avenirse con este cambio repentino, hicieron presente por medio de una embajada que no podía separárseles de su futuro soberano, el Gran duque Dmitri, dos de los embajadores fueron encerrados en la cárcel y los demás llevaron a Pskoff la dura contestación de que el Gran duque podía disponer de su hijo y de su nieto y que la soberanía sería para aquel a quien él la concediera. A duras penas pudo apaciguarle una segunda embajada: desde entonces empeoraron cada vez más las relaciones entre él y su nieto y su nuera.

El día 11 de abril de 1502 se dió la solución definitiva del asunto. El Gran duque Dmitri y su madre Elena cayeron en desgracia: al primero se le despojó del título de Gran duque, y en el mismo día Wassili, que con su prudente sumisión había sabido reconquistarse el favor de su padre, fué nombrado Gran duque de Wladimir, de Moscou y de toda la Rusia. Sofía volvió a ser respetada y a tener valimiento; pero pudo disfrutar muy poco tiempo de su recobrada influencia, pues falleció en 1503, bien que convencida de que quedaba plenamente asegurada la sucesión en favor de su hijo, en cuyo escudo había puesto el águila bizantina.

Estas cuestiones de familia, en sus trágicos accidentes, no salieron de la esfera de las cuestiones rusas interiores; en cambio el matrimonio de Elena, hermana de Wassili, fué de gran trascendencia política.

El siglo XVI fué el siglo de la política de los matrimonios, y no fueron los Habsburgos solos los que por una serie feliz de alianzas matrimoniales lograron reunir en un solo imperio Estados entre los cuales no existía ningún lazo de unión. La misma senda siguieron los príncipes lituanos desde los tiempos de aquel funesto enlace entre Eduvigis y Jagailo. En virtud de esta política matrimonial habían pasado ya a poder de los Jagellones Polonia, Lituania, Bohemia, Hungría y la Transilvania. El éxito parecía querer coronar todos sus esfuerzos. No es, pues, de extrañar que alentaran entonces la esperanza de terminar por medio de un matrimonio la antigua lucha que entre Rusia y Lituania existía. Iván III tenía de Sofía una hija, llamada Elena, cuya belleza y atractivos ponderan en extremo sus contemporáneos.

Los Habsburgos habían sido los primeros pretendientes, y Maximiliano I, que buscaba por todas partes una esposa con rico dote, pidió la mano de la princesa Elena. Las negociaciones comenzaron en 1488, habiéndose cruzado con este motivo muchas embajadas; y aun cuando fracasaron en definitiva, tuvieron para Moscou la ventaja de iniciar las relaciones políticas constantes con el imperio alemán (1). Otro pretendiente, desgraciado también, fué el duque Conrado de Masovia; solamente Alejandro de Lituania vió sus pretensiones coronadas por el éxito.

Las primeras proposiciones tuvieron un carácter privado, procediéndose por una y otra parte con gran prudencia. Ambas sabían cuál había de ser el resultado final y procuraban engañarse mutuamente por todos los medios. Como al propio tiempo se hacía una guerra fronteriza no interrumpida, aquellas primeras relaciones llevaron impreso un carácter casi hostil. Iván dió a conocer desde luego claramente cuál era el objeto a que tendía. La primera embajada que a principios del año 1493 envió a Lituania llevaba instrucciones precisas de no dar a Alejandro más título que el de Gran duque de Lituania y de llamar, en cambio, constantemente a Iván III *gossudar*, es decir, señor, por la gracia de Dios, de toda la Rusia y Gran duque. Con esto se negaba en principio el derecho de Lituania a sus provincias rusas.

(1) Las instrucciones de embajada y las relaciones, altamente interesantes, se encuentran en los *Monumentos de las relaciones diplomáticas de la Antigua Rusia con las potencias extranjeras* (en ruso), San Petersburgo, 1851. Esta obra es útil también para la historia alemana. Desgraciadamente debemos renunciar a examinarla detenidamente. Véase el apéndice.

Debe también tenerse en cuenta que entnoces vivía en el ánimo de todos el recuerdo de las pretensiones que Iván solía unir al título de *gossudar*. La contraembajada lituana contestó saludando a Iván simplemente como a Gran duque y oponiéndose a sus pretensiones. Como esta contraembajada había sabido al propio tiempo que Moscou no vería con malos ojos una alianza matrimonial con Lituania (1), ésta envió otra gran embajada, que llegó a Moscou en 17 de enero de 1494 y que llevaba la misión de concertar una paz definitiva y de formular oficialmente la demanda de Alejandro.

El interés de Lituania estaba en que se comenzara por esto último, pero Iván, en cambio, estaba convencido de que podría conseguir más si se negociaba la paz ante la halagüeña perspectiva de un enlace matrimonial. Como era de esperar, prevaleció su voluntad, entablándose desde luego las primeras negociaciones de paz. Pero desde el primer momento surgió una dificultad de principios difícil de resolver. Lituania quería tratar sobre la base de la paz firmada con Wassili Wassilyewitz, mientras que Iván tomaba como punto de partida la paz firmada entre Simeón Ivanowitz y Olgerdo.

Los lituanos ofrecían como concesión definitiva renunciar a Nowgorod, Pskoff y Twer; Iván, por su parte, renunciaba a Smolensko y a Brjansk, es decir, que ambas partes no ofrecían propiamente nada, pues una y otra cedían territorios que no eran de su pertenencia. El pedir Iván que se partiera del *statu quo* significaba para la Lituania la renuncia a todas aquellas comarcas fronterizas que el Gran duque, en su avasalladora política, había conquistado. Parecía, pues, seguro el fracaso de las negociaciones, pero la petición hecha de la mano de la princesa moscovita hizo ceder a los lituanos.

Los territorios religiosos, es decir, Wjasma y Mosalsk, fueron reconocidos como pertenecientes a Iván, y el premio de esta sumisión fué comenzar las negociaciones matrimoniales. En 2 de febrero de 1494 aceptó el Gran duque la demanda oficial, y después de obtenida la promesa de que serían respetadas las creencias griegas de la Gran duquesa y de que ningún obstáculo se opondría a la práctica de su culto, fué, en 6 de febrero, otorgada solemnemente su mano al Gran duque Alejandro de Lituania. El tratado de paz entre Lituania y Moscou lleva la fecha del día anterior, habiéndose sellado y jurado el día 7 la paz perpetua y la alianza ofensiva y defensiva.

Este tratado, obra maestra de la política moscovita, no sólo aseguraba al Gran duque de Moscou todas sus anteriores conquistas, sino que encerraba, aunque de un modo velado, el reconocimiento de todas las que posteriormente pudiera llevar a cabo. Desde el punto de vista de los intereses polaco-lituanos es imperdonable que se le concediera a Iván el título de *gossudar* de toda la Rusia; una vez otorgado este título, poco importaba que se pactara que se prohibía para lo sucesivo a los príncipes de uno y de otro reino pasarse con sus territorios de Moscou a Lituania o viceversa: lo último fué reprimido, lo primero no, y es imposible ver ni una sola vez la intención de someterse a aquella disposición.

El mismo trazado de las fronteras fué altamente favorable a Moscou. Las fronteras de Pskoff, Nowgorod y Twer fueron conservadas en dirección a Lituania; la línea se dirigía luego desde Rshew y formando arco hacia el Sudeste, de suerte que Wjasma y Roslawl correspondieron a Moscou, cabiéndole únicamente a Lituania Brjansk.

El punto más peligroso de este tratado era, sin embargo, otro, a saber: la cándida condición relativa a la libertad religiosa de Elena, que el Gran duque Alejandro, conformándose con la promesa del embajador, había formulado de la siguiente manera: «Yo, Alejandro, he puesto de manifiesto este documento a mi hermano y suegro Iván, el gossudar de toda la Rusia, que me ha dado su hija, a la cual no obligaremos a someterse a la ley romana y cuyas creencias griegas respetaremos.»

Iván había adquirido con ello un pretexto para intervenir en los asuntos del interior de Lituania y para mostrarse defensor de los griegos no unidos de este país. En cambio, las esperanzas que, según parece, había acariciado la corte de Alejandro de que este matrimonio podría servir de base a pretensiones sobre la sucesión moscovita desaparecieron muy pronto. En el tratado nada se decía sobre el particular, y cuando los embajadores, aprovechando un momento favorable, intentaron obtener una concesión en este punto, sus peticiones fueron desatendidas.

(1) Véase Karpoff, obra citada, tomo II.

En 10 de enero el Gran duque de Moscou invitó a los embajadores a un gran banquete, durante el cual bebió a la salud de su yerno. Después, dirigiéndose a los embajadores, les preguntó de qué manera podría corresponder a los ricos presentes que le habían sido enviados, en vista de lo cual aquéllos se levantaron y dijeron: «Los presentes merecen un gran favor de tu gracia en pro de nuestro Gran duque Alejandro, heredero del trono de Polonia.» «¿Qué favor es ése?—preguntó Iván Wassilyewitz,—no os lo negaré.» Entonces los embajadores se inclinaron de nuevo y, doblando la cabeza ante él como ante un zar, es decir, del modo que hubiera exigido el ceremonial de la Horda de Oro, dijeron: «Nuestro Gran duque no tiene padre y por esto pide que tú, que le has dado por esposa a tu hija Elena, seas su segundo padre.» «Hasta mañana — contestó el príncipe;—ahora os ruego que estéis alegremente en nuestro palacio;» y diciendo esto salió del salón (1).

Al otro día ya no volvió a hablarse de aquella súplica; Iván, en sus conversaciones con los embajadores, marcó los calificativos de hermano y yerno, sin que nunca empleara el de hijo. En Moscou estaban muy acostumbrados a pesar bien la importancia de las palabras. El discurso que dirigió el Gran duque a los embajadores antes de despedirles para su país fué de gran importancia política.

«Señores—les dijo,—decid de nuestra parte a nuestro hermano y yerno que mantenga lo que de palabra y en documentos nos ha prometido y que no obligue en manera alguna a nuestra hija a seguir el rito romano. Si ésta quiere abrazar espontáneamente la religión romana, no se lo permitiremos, ni él tampoco se lo deberá permitir si no quiere que cesen el amor y amistad que entre nosotros reinan. Decidle además que si nuestra hija llega a ser su esposa deberá mostrarse bondadoso con ella, como hija nuestra y gran duquesa suya, y honrarla como Dios quiere que el hombre honre a su esposa: si así lo hace, estaremos contentos.

»Decid también a nuestro hermano y yerno que, por consideración a nos, cuide de que construya para nuestra hija y su gran duquesa una iglesia griega en el corredor de su palacio, junto a su coro, a fin de que la tenga cerca de sí. Será para nos agradable saber que dispensa su favor a nuestra hija. Decid de nuestra parte al arzobispo y a los señores, vuestros hermanos, y a todo el consejo, y poned atención en esto, que nuestro hermano y yerno dispense su favor a nuestra hija a fin de que, mientras Dios lo permita, duren entre nosotros la fraternidad, el amor y una amistad duradera.»

Al despedirse de su hija, dióle Iván una copia literal de este discurso y de otras consideraciones análogas y un libro de memorias en que le decía «que no debía ir al templo latino, sino al griego; que, si quería visitar un templo latino, podía hacerlo una o dos veces, pero no más; que si la madre de Alejandro se encontraba en Wilna y le decía que la acompañara al templo, debía acompañar a su suegra hasta la iglesia, pero al llegar a ésta debía despedirse amistosamente de ella y dirigirse a su templo, no al latino (2).» Además le ordenó que cuando en la ceremonia religiosa el obispo le preguntara si quería por esposo a Alejandro, contestara: «Lo quiero y no lo abandonaré mientras viva por causa de ninguna enfermedad, pero sí cuando se atente al rito griego, pues debe mantenerme en éste y no obligarme a que ingrese en la Iglesia romana.»

Iván se había hecho dueño de la situación y en lo sucesivo supo aprovecharse de la posición que había adquirido.

Durante la luna de miel de la joven princesa no reinó muy buena armonía entre suegro y yerno, pues desde el primer momento se suscitaron multitud de cuestiones. Moscou no estaba contento de la forma en que había sido redactado el ejemplar lituano del tratado de paz y del contrato matrimonial, renovándose la antigua cuestión del título de Iván como gossudar de toda la Rusia y produciéndose nuevas quejas contra la situación de la Iglesia griega en Lituania. Por fin los de Wilna se cansaron de los boyardos rusos que desde el día de la boda rodeaban a la gran duquesa y que no daban señales de querer retirarse. A éstas se agregaron otras discordias. Un

(1) Véase Karpoff, obra citada, página 26, el cual, sin embargo, no entiende del modo debido la importancia de esta conversación: esta no fué, como él supone, una escena sentimental, sino que Lituania intentó por medio de la sorpresa adquirir un importante derecho político.

(2) El texto de esta *pominka* distingue siempre entre *boshniza* y *zerkoff*, que significan la primera la Iglesia católica y la segunda la griega; la palabra *bo-hnizi* se usa también para significar un templo pagano.

embajador turco que quería dirigirse a Moscou no obtuvo de Alejandro permiso para pasar por Lituania; además no se adoptó la demarcación de fronteras tal como se había convenido en el tratado de paz.

Las violaciones de frontera, la arrogancia de los gobernadores rusos y las violencias de los príncipes servidores continuaban como antes. No es, pues, de extrañar que el lenguaje de las dos respectivas embajadas fuera cada vez más duro, de tal manera que a fines de 1496 parecía inminente un rompimiento, por más que una y otra parte querían evitarlo a toda costa. Iván apeló a medios más claros para tener toda la razón de su parte, y con este objeto valióse de su propia hija para el logro de sus fines. Además de la correspondencia oficial, hubo otra privada entre padre e hija, la cual en 1497 escribía a aquél que había suplicado a su esposo que, como se había hecho con las anteriores grandes duquesas de Lituania, la concediera territorios, a lo que él había contestado que su padre le había arrebatado bastantes territorios y ciudades y que cuando los recobrara recibiría ella las porciones de tierra que le correspondían.

En 30 de mayo de 1499 alguno de los que rodeaban a la gran duquesa escribió una carta cuya consecuencia fué la guerra: un tal Schestak la había enviado al príncipe Obolenski y en ella se decía: «Aquí, señor, existe gran discordia entre los latinos y nuestros cristianos. Satanás se ha apoderado de nuestro obispo de Smolensko y de Sapieha: el Gran duque está irritado contra nuestra soberana por causa de la maldecida fe latina. Dios ha excitado a la gran duquesa a tener presentes las advertencias del gossudar, su padre, y ella se ha negado a la pretensión de su esposo diciendo: «Tú te acuerdas, señor, de lo que hablas»te con mi señor padre, y yo, señor, no »puedo hacer lo que me pides contra la »voluntad de mi padre, pero quiero en»viarle emisarios para que me dé instruc»ciones.» Ellos quieren hacer latina toda la cristiandad ortodoxa y por eso están siempre en lucha nuestros rusos y lituanos. Envía esta carta al gossudar, que no sabe nada de esto y a quien no me atrevo a escribir...»

El mismo día que Iván tuvo estas noticias envió un mensajero a Lituania encargándole que dijera a su hija, sin testigo alguno: «Ha llegado hasta nosotros la noticia de que tu esposo Alejandro te instiga a ti y a otros para que abracéis las creencias latinas: no obedezcas en esto a tu marido, y resístete a ello hasta morir. No aceptes la religión romana, para que tu alma no se pierda para Dios y no tengas que sufrir nuestra maldición y la de todos los ortodoxos... Escríbenos lo que haya en ello de cierto, después de lo cual enviaremos a tu esposo embajadores preguntándole por qué procede contra lo dicho y prometido.»

Al propio tiempo, el mensajero debía averiguar en qué relaciones estaba la Lituania con Crimea, Valaquia y Turquía.

Esto significaba la guerra.

Pero el rompimiento no vino en seguida. Lituania quería evitarlo a toda costa, e Iván, que quería ganar tiempo para terminar sus preparativos, aprovechó aquel año y medio o dos años para asegurarse la amistad de Esteban II de Moldavia (1) y de Mengli-Girei y para preparar una deserción en grande escala de príncipes lituano-rusos en favor de Moscou.

El príncipe Semen Bjelski, los príncipes de Mosalsk, el príncipe Chotetowski y los de Starodub, Moshaisk y Sewersk se pasaron con sus territorios a Iván, que los acogió con grandes muestras de amistad. A principios de 1500 estaba el Gran duque enteramente preparado, y entonces fué cuando ocurrió el rompimiento. Las hostilidades habían ya comenzado mientras duraban todavía las negociaciones. La declaración de guerra de Iván decía: «El Gran duque Alejandro no cumple los tratados instigando a la duquesa Elena, a los príncipes y señores rusos a que se sometan a la Iglesia romana; por ello el Gran duque Iván Wassilyewitz se considera desligado del beso de la cruz y quiere salir a la defensa del cristianismo, mientras cuente con la ayuda de Dios.» Como se ve, el único pretexto era la cuestión religiosa y en realidad no hubiera podido encontrarse otro: Iván había querido la guerra y había conseguido su intento (2).

---

(1) Esteban II el Grande (1458-1504) había casado a su hija con Iván Ivanowitz, hijo del Gran duque. Anteriormente, cuando Segismundo, hermano de Alejandro, se apoderó de Moldavia, Esteban estuvo en abierta guerra con Lituania, pero en aquel momento decisivo estaba en relaciones de paz con Alejandro y propuso, aunque naturalmente en vano, su mediación a Iván.

(2) La falta de espacio nos obliga, con gran sentimiento nuestro, a pasar por alto el curso casi dramático de estas negociaciones.

En mayo de 1500 rompiéronse las hostilidades. Los ejércitos moscovitas penetraron en la Lituania rusa y pudieron, sin luchar y por la traición de los príncipes servidores, apoderarse una tras otra de todas las ciudades. Durante dos meses no encontraron ningún enemigo, hasta que en 14 de julio se presentó delante de ellos, junto a la corriente del riachuelo Wedroscha, a diez leguas al Este de Smolensko, el jefe del ejército lituano, el gran hetmán, príncipe Constantino Ostroschski.

Aquel día, aniversario de la batalla del Schelona, era día nefasto para Lituania: las tropas lituanas fueron completamente derrotadas y el mismo Ostroschski cayó en poder de los vencedores. Lituania había puesto nueva y desdichadamente de manifiesto su ineptitud militar. La batalla del Wedroscha puso en manos de Iván toda la orilla izquierda del Dniéper: Mengli-Girei había prestado poderoso auxilio al príncipe moscovita enviando 15.000 hombres a Lituania y dirigiéndose con el grueso de su ejército contra Kieff, donde deseaba unirse con el ejército ruso. Iván, sin embargo, era demasiado prudente para avanzar tanto, sobre todo porque el camino que conducía a Kieff era continuamente teatro de las correrías de rapiña de los tártaros y no podía facilitar los medios para el aprovisionamiento de su ejército.

Los tártaros avanzaron hasta el Beresina, por un lado, y por otro hasta el Bug, pudiendo Mengli jactarse después de haber hecho 50.000 prisioneros. Alejandro, encontrándose en situación apuradísima, procuró inducir a Mengli, por medio de grandes promesas, a que se retirara, mientras a espaldas suyas instigaba contra él y contra Iván a los hijos de Achmat, es decir, de Mohamed. Alejandro llegó hasta enviar emisarios de paz a Moscou, intercediendo por él sus hermanos Ladislao II de Bohemia y Hungría y Juan I Alberto de Polonia. El papa Alejandro VI preparó también una embajada. Los embajadores polacos y húngaros fueron cortés, pero enérgicamente despedidos.

En cuanto al emisario de Alejandro se le pusieron de manifiesto la importancia de las creencias griegas, su negativa del título de Gran duque de toda la Rusia y sus negociaciones con los hijos de Achmat, y se le dijo muy claramente que Iván no pensaba ceder un palmo del terreno conquistado. Por último, Iván aceptó la mediación del rey de Polonia y Hungría y prometió no seguir devastando el país lituano hasta la llegada de una nueva embajada que fuera provista de plenos poderes.

De esta suerte se llegó a un armisticio, que no podía ser duradero desde el momento en que ninguna de las partes beligerantes pensaba lealmente en la paz. Los lituanos habían comprendido que Iván no quería ceder los territorios recientemente conquistados y estaban decididos a hacer una nueva tentativa, con las armas en la mano, para conquistar una posición más favorable: Moscou, por su parte, desde que se inició la guerra tenía la esperanza de conseguir aún mucho más, pensándose, al esperar esto, en Smolensko. La posesión de esta ciudad hubiera hecho de un solo golpe casi irresistible la preponderancia de Moscou. El teatro de la guerra se extendía, entretanto, cada vez más, y en el Norte y en el Sur no se presentaban los sucesos muy favorables a Moscou.

Livonia, aliada de Lituania, conseguía importantes victorias, y en el Sur el poder de Crimea se extendía de una manera que no podía gustar mucho al Gran duque moscovita.

En Livonia, desde el año 1492, todos creían inminente una guerra con Iván, de manera que cuando en 1494 Wálter de Plettenberg se hizo cargo del gobierno, cuidó sin cesar de procurarse las alianzas necesarias para la próxima lucha. A este fin entabló negociaciones así con el Gran maestre y con Roma como con Suecia y Lituania; pero, a pesar de que de todas partes obtuvo buenas promesas, cuando llegó el momento decisivo se vió por todos abandonado.

Sin embargo, en 3 de marzo de 1501 firmó con Alejandro de Lituania un tratado de alianza ofensiva y defensiva para atacar a Rusia, prometiendo Alejandro no concertar, en el período de diez años (1), paz alguna sin Livonia. «Al llegar el momento oportuno, el uno debía avisar al otro para ir juntos contra Rusia: si los rusos se anticipaban a invadir el territorio de uno de ellos, el otro estaba obligado a invadir la Rusia, no pudiendo pretextarse impedimento alguno para hacerlo (2).»

Es sorprendente el gran número de

(1) *Eine Schonne hystorie von vunderliken geschefften der heren tho lyfflanth myth den Russen und Tartaren.* Dorpat, 1861.

(2) Schirren, obra citada, pág. 117.

fuerzas que la pequeña Livonia puso en pie de guerra: el total de éstas ascendía a 80.000 hombres, si bien debe tenerse en cuenta que la mayor parte eran tribus de labradores, poco aptas para la lucha, y que en aquella cifra estaba comprendido el tren de bagajes. El núcleo del ejército se componía únicamente de 4.000 jinetes y 2.000 infantes. Las tropas livonias pasaron la frontera por Neuhausen y el día 27 de agosto de 1501 trabóse el primer combate en campo abierto: 30 ó 40.000 jinetes rusos les salieron al encuentro a una legua de Ysborsk, encendiéndose allí una lucha de artillería que, apoyada por la caballería, obligó a las tropas rusas, mandadas por el príncipe Wassili Wassilyewitz Chuissky, a emprender la fuga.

Las pérdidas de los livonios no fueron, sin embargo, de escasa importancia, pero los rusos en su huída arrojaron efectos de guerra, armas y víveres, en tan gran número, que de ellos quedó cubierto el camino en una extensión de tres leguas (1). Al día siguiente, Plettenberg avanzó por el territorio ruso dirigiéndose al Sur para reunirse en Ostroff con las fuerzas lituanas, según así se había convenido. A pesar de que éstas no se encontraban todavía en dicho punto, la ciudad fué tomada con grandes pérdidas por parte de los rusos, pero los invasores tuvieron que emprender la retirada porque Plettenberg no pudo penetrar más adentro del territorio enemigo a consecuencia de haberse desarrollado una peste entre sus tropas, por el uso de comidas envenenadas, y de no poderse confiar en los auxilios de Alejandro. Durante esta retirada fué cañoneada Ysborsk sin que el maestre pudiera organizar un sitio en regla.

El día 14 de septiembre encontrábase Plettenberg de nuevo en el territorio livonio, donde, entretanto, habían penetrado a sangre y fuego algunas tropas rusas. Cuando aquél se aprestaba para una segunda campaña, enfermó gravemente. Livonia entonces suspendió todas sus operaciones, lo cual era tanto más funesto cuanto que en aquel intermedio Iván había enviado a Pleskau al príncipe Obolenski con numerosas fuerzas, y éste había salido de allí en 24 de octubre con 90.000 hombres, atravesando el día 31 las fronteras livonias (2). A pesar de haber sucumbido Obolenski delante de Helmet, los moscovitas derrotaron en todas partes a las desbandadas tropas alemanas y devastaron todo el distrito del Dorpat (3); los expedicionarios hicieron 40.000 prisioneros; los jinetes livonios que habían sido lanzados, bien que demasiado tarde, en su persecución, no pudieron rescatarlos.

Plettenberg, que entretanto había sanado de su enfermedad, siguió de cerca a los moscovitas, pero éstos pudieron llegar sanos y salvos a su país. En 1502, dos victorias conseguidas por los livonios llevaron a éstos a Rusia, pero el hecho no tuvo consecuencias por no haber acudido los auxilios que nuevamente había prometido Lituania. Instigado por Alejandro, que tan pródigo se mostraba en palabras y en promesas, prometió Plettenberg, en agosto de 1502, emprender un nuevo ataque en grande escala. Pleskau era el objetivo y allí debían reunirse lituanos y livonios.

En Moscou se tenía noticia exacta del peligro que amenazaba; por esto se dió orden a los vaivodas que se encontraban en Nowgorod, tres schniskis, un tártaro, Boris Tebet Ulanoff y otros, para que acudieran en seguida a la capital con todos sus ejércitos. El núcleo alemán del ejército livonio era esta vez más reducido que la anterior, constando simplemente de 2.000 jinetes: el resto de las tropas se componía de una mala infantería y el tren de bagajes. A pesar de esto, Plettenberg, que otra vez se vió abandonado por los lituanos, salió al encuentro del enemigo, librándose el día 13 de septiembre la batalla decisiva junto al lago Smolina, cerca de Pleskau.

Los rusos abrigaban tal confianza que habían prometido llevar al Gran duque de Moscou prisioneros al maestre y a todas sus tropas. Los moscovitas lograron fácilmente destruir una parte del tren livonio, pero en cambio no pudieron resistir la embestida de los jinetes. La caballería livonia rompió tres veces las filas rusas, «viéndose entonces que los mencionados señores y jinetes penetraron en las filas enemigas y se revolvieron por tres veces furiosamente entre ellas poniéndolas en fuga, y volvieron

(1) Esta es la verdadera versión desde que Schirren descubrió la *Schonnen hystorie* (1861). La batalla de Maholm, que han continuado las mismas recientes narraciones alemanas, no tuvo efecto, debiendo atribuirse a la relación apócrifa de Nyensted.

(2) Karpoff, obra citada, pág. 88, confunde la segunda invasión rusa con la primera.

(3) La expedición se hizo por Marienburg, Adsel, Trikaten, Ermes, Helmet, Tarwast, Oberpahlen, Lais, Wesenberg y Narva.

de nuevo a la carga cubiertos hombres y caballos de sangre y de polvo, de manera que no se podía distinguir color alguno, hasta que el cansancio les impidió perseguir al enemigo, pues de lo contrario no hubieran olvidado la persecución.» En vano intentó el príncipe plescavita, Iván Gorbatoi, restablecer el orden: las tropas rusas se dispersaron en desordenada fuga.

La inmediata consecuencia de esta derrota fué que los 12.000 rusos que se encontraban en Narva para invadir la Livonia a la primera noticia de una victoria, emprendieron precipitadamente la retirada. El peligro que se cernía sobre Livonia había desaparecido, por más que, como dice una narración de aquel tiempo, a consecuencia de haber quebrantado Alejandro su palabra, la suerte de éste pendía de un cabello.

La política lituana también se había presentado dudosa en el Sur.

Instigada por Alejandro, la horda de los hijos de Achmat comenzó a avanzar desde el Cáucaso hacia al Don, y conducida por emisarios lituanos, pasó el río y comenzó a devastar las nuevas conquistas de Moscou. Sin embargo, transcurrió el año 1501 sin que los tártaros causaran daños de consideración y entretanto habíanse creado amistosas relaciones entre Schich-Achmat e Iván. Mengli-Girei no dió, en un principio, paso alguno decisivo, habiéndose contentado con incendiar las estepas, empujando así a Achmat desde su residencia hacia la desembocadura del Desna, de suerte que, una vez allí, no se encontraba a mucha distancia de Kieff.

El sultán Bayaceto II procuró en vano unir a los dos kanes tártaros: su emisario fué asesinado y Mengli-Girei consiguió, en 1502, vencer a Achmat (1): la caballería de éste en su mayor parte se pasó a la horda de Crimea, y en cuanto a él, debió su salvación a la fuga. Alejandro también esta vez había abandonado a su aliado, pero no podía culpársele por ello, pues una tentativa que hizo para atraerse a Mengli-Girei fracasó por completo: nadie se fiaba ya de él, y el mismo príncipe Esteban de Moldavia se consideró desligado de todos los lazos que con él le unían e invadió el territorio del Prut y del Dniéster, mientras los tártaros de Crimea devastaban los territorios del Sudeste.

La clave de la inacción de Lituania y de la desconfianza que inspiraba Alejandro se encuentra en el hecho de haber muerto en 17 de junio de 1501 su hermano, el rey Juan Alberto de Polonia: Alejandro ambicionaba esta herencia y realmente en 12 de diciembre fué elegido rey de Polonia, de suerte que, como su padre Casimiro, vió unidas en su cabeza ambas coronas. Esta circunstancia le atrajo la enemistad de Esteban de Moldavia y le identificó con los intereses de Polonia, que le impedían enredarse en una guerra y seguir una política puramente lituana.

Las tropas moscovitas, cuando tuvieron noticia de la victoria conseguida por la horda de Crimea sobre Schich-Achmat, regresaron delante de Smolensko. El 14 de julio, día propicio para el Gran duque, comenzó el sitio, pero la ciudad no pudo ser tomada, contentándose los invasores con devastar las comarcas lituanas que hasta entonces había respetado la guerra. Entonces se apoderaron de Orscha, villa situada al Oeste de Smolensko, penetraron en los territorios comprendidos entre Sosch y el Dniéper, por un lado, y el Duna y el Dniéper por el otro, e incendiaron la ciudad de Witebsk, llegando después de esto a Polozk. Desde allí, Dmitri Ivanowitz, nieto del Gran duque, emprendió la retirada (23 de octubre), sin haber encontrado en parte alguna a las tropas lituanas: el ejército de Alejandro esperaba en Minsk el resultado de esta campaña.

Según parece, Lituania esperaba un cambio repentino: decíase que Iván se encontraba enfermo y muy pronto se llegó a propalar el rumor de su muerte (2). Pero la noticia resultó falsa, y entonces Alejandro se decidió a pedir la paz a su victorioso suegro. Encontrábase en aquella ocasión en condiciones más desfavorables que en 1501.

En efecto, todas habían sido derrotas para él, y si en el Norte Plettenberg había conseguido contener los progresos del Gran duque, esto no se debía ciertamente a los esfuerzos de Alejandro. Para ceñirse la corona había tenido que abandonar finalmente a los livonios en las negociaciones de paz.

Durante largo tiempo se había tratado de llegar a una solución pacífica. Desde febrero de 1502 existía una correspondencia no entre los dos grandes duques, sino

(1) Este es el fin de la Horda de Oro, a que antes nos hemos referido.

(2) Véase Napiersky: *Index corporis historico-diplomatici Livoniae*, tomo II, núm. 2489.

entre los señores polaco-lituanos por un lado y los boyardos rusos por otro, contando naturalmente unos y otros con el asentimiento de sus respectivos soberanos. Pero el paso principal se dió a fines del año por medio de una serie de grandes embajadas que en 1503 llegaron a Moscou: de ellas formaban parte, como representante del rey Ladislao de Hungría y de Bohemia, Segismundo Santar, portador además de una carta del Papa, que llegó allí en 29 de diciembre; Pedro Mischkowski en nombre de Polonia; Estanislao Glebowitz en representación de Lituania, y Juan Hildorp, como emisario de Plettenberg (1). Entonces las negociaciones con Lituania adelantaron fácil y rápidamente, habiéndose llegado en 23 de marzo a un acuerdo sobre el tratado de paz.

Las negociaciones con Livonia comenzaron después, porque los embajadores polaco-lituanos declararon que no firmarían el tratado mientras no se llegara a un acuerdo con los alemanes. En estas negociaciones los livonios se vieron humillados por la arrogancia de los boyardos, y a pesar de la prudencia con que la sufrieron no pudieron obtener un tratado de paz, pues Iván declaró que sería ir contra la costumbre tratar él directamente con Livonia, cosa que incumbía sólo a su gobernador en Nowgorod y Pskoff. Los embajadores lituanos, polacos y húngaros, después de haber examinado los documentos antiguos, manifestaron que «los alemanes formulaban exigencias imposibles de satisfacer, que debían darse por satisfechos y aceptar el convenio.» No les quedó, pues, otro recurso que aceptar esta nueva humillación, teniendo que retirarse con el borrador de un tratado de paz que había de recibir fuerza legal en Nowgorod.

Lo que los partidos beligerantes acababan de firmar en Moscou no era un tratado de paz propiamente dicho, sino un armisticio por seis años, cuyas condiciones no eran nada favorables para Alejandro. Este salía perdiendo e Iván hacía prevalecer en todo su voluntad, pues hasta era una ventaja para Moscou que no se hubiera firmado una paz definitiva, sino un armisticio. El precio de la paz para Alejandro era la evacuación de todos los territorios rusos por ser éstos bienes patrimoniales del Gran duque de Moscou, con lo cual evidentemente Iván daba a la política moscovita el carácter de una gran aspiración nacional. Desde el punto de vista político e histórico aquella exigencia era inmotivada, pues los territorios de que se trataba habían sido arrebatados, no a Moscou, sino a los tártaros, en una época en que toda la Rusia oriental se encontraba bajo el yugo de los conquistadores extranjeros.

Estas consideraciones, sin embargo, estaban lejos de aquella época y nunca las habían tenido en cuenta los conquistadores. Por más que en Moscou se hablara mucho de lo antiguo y de la tradición, cuando era necesario también se sabía prescindir de uno y de otra. En tales circunstancias era imposible una paz definitiva, pues Lituania, mostrando un desconocimiento completo de la realidad de las cosas, pedía también la devolución de todas las conquistas, o como se dijo después, la mitad de todo cuanto había conquistado Iván. Por fin, Alejandro propuso el armisticio de seis años sobre la base del *statu quo*, y entonces el arreglo no ofreció dificultad alguna. El nuevo trazado de fronteras se hizo de manera que las moscovitas se extendían a lo largo del Seim y del Desna hasta Chernigoff, continuando desde allí por el Dniéper, sin tocar a este río, dirigiéndose hacia el Sosch, al Noroeste, subiendo luego por este río hasta Mstislawl: desde este punto rodeaban a Smolensko, pasaban el Duna, llegaban a Welischa, que era moscovita, y a Sebesch, que siguió siendo lituana, y se prolongaban en dirección al Noroeste, hacia Opotschka.

Con ello no sólo había adquirido Moscou una considerable extensión de territorio, sino que se habían fortalecido considerablemente sus posiciones de ataque contra Lituania. Como aquel no era más que un armisticio, las demás cuestiones de principios no pudieron ser resueltas, quedando, por tanto, sin resolver así la cuestión religiosa como la lucha por el título de soberanía. En la primera, ni la carta de su propia hija (2)

(1) Las obras rusas le llaman Ywashka, diminutivo desdeñoso de Juan o Iván, pues el embajador livonio era tratado con poca consideración. Iván no podía perdonar al maestre su victoria y sabía perfectamente que si Lituania firmaba la paz, Livonia no podría continuar la guerra.

(2) El texto de esta interesante carta se encuentra en Karpoff, obra citada, pág. 103. Toda la epístola es una lamentación sobre la fracasada política lituana de matrimonios: «Todos esperaban que conmigo la Lituania recibiría toda clase de beneficios de Moscou, paz eterna, amor de parentesco, amistad y protección en la lucha contra los infieles. Pero ahora ven que yo les he traído

logró calmar al Gran duque, que no quiso darle ni le dió crédito e hizo decir a Elena, por conducto del canciller Sapieha, lo mismo que de sus propios labios había ella oído hacía diez años: «Hijita, tú no debes abrazar las creencias de la Iglesia romana, y aunque hayas de sufrir hasta morir, sufre antes de hacer tal cosa. Si por espontánea voluntad u obligada ingresas en la Iglesia romana, Dios te castigará y no recibirás bendición alguna de mí ni de tu madre, además de lo cual estaremos en guerra eterna con nuestro yerno.» En 1504 Alejandro reconoció al Gran duque el título de gossudar por lo que a Lituania se refería.

Esta fué la última gran victoria de Iván. Al firmarse la paz, los de Lituania habían acariciado la esperanza de que Iván moriría pronto, pero precisamente entonces su salud era excelente. No murió hasta el 27 de octubre del año 1505.

Contaba entonces 65 años y había ocupado el trono por espacio de 43, habiendo sido indudablemente uno de los soberanos más importantes que tuvo la Rusia. No nos ha sido posible hablar más detalladamente de su reinado, que merece ser objeto de una monografía especial. Muchos fueron los sucesos que acaecieron en su tiempo, de los cuales sólo hemos podido apuntar algunos, pues no era oportuno referir lo que se sale de la esfera de la historia universal. Esto no obstante, no podemos poner punto final a la historia de este hombre extraordinario sin intentar describir los rasgos principales de su carácter.

Iván III demostró que comprendía bajo todos conceptos los fines de la política moscovita. Hizo una guerra de destrucción contra las pequeñas soberanías parciales, semi-independientes todavía; puso término a la vergüenza de la soberanía del kan de la Horda de Oro, que aun cuando nominal en las últimas décadas anteriores a 1480, estaba en principio reconocida, y con los habitantes guerreros de las estepas entró en parte en relaciones amistosas y sometió la otra parte a su dependencia de modo que, sin ser completamente inofensivas, eran muy poco peligrosas. En el exterior hizo prevalecer el principio de que todos los que en algún tiempo habían sido territorios rusos debían incorporarse a Moscou. Además se lanzó sobre las comarcas extranjeras proclamándose campeón de la Iglesia griego-ortodoxa.

Formó las primeras alianzas con el Occidente, llevando a su país a infinidad de arquitectos, mineros y médicos extranjeros, cuyas aptitudes e ilustración fueron un poderoso apoyo para su soberanía y para la extensión de su poder. Aumentó la fuerza militar del Estado, creando especialmente la artillería; mejoró la administración de justicia publicando un nuevo Código (1), y estableció más sólidamente que sus predecesores la ilimitada autocracia de su gobierno. Señor de su casa y de su reino, concedió ciertamente una participación en el gobierno a su esposa bizantina y a sus boyardos, pero esta participación fué de carácter puramente consultivo, y nadie pudo ejercer influencia decisiva alguna en su ánimo. Sin ser un héroe en la guerra ni un gran general, casi siempre salió vencedor en sus luchas, pues siempre supo presentarse con fuerzas superiores, y mientras sus adversarios estaban divididos por intereses contrapuestos, él pudo constantemente operar con gran unidad.

No era hombre dado a los placeres: moderado en la mesa, solía alejarse cuando las comidas tomaban el carácter de orgías. Se mantuvo siempre fiel, que nosotros sepamos, a sus dos esposas. En su alma no vemos movimientos de sensibilidad.

Taciturno, serio y poco comunicativo, no toleraba intimidad alguna y se mostraba severo con su corte. Sus representantes en el extranjero observaban un rigurosísimo ceremonial. Iván tenía la aptitud administrativa que caracterizó a aquella antigua generación de grandes duques de Moscou y visitaba todos los años su reino para examinar por sí mismo su situación administrativa y sus

todas las desgracias. Cuando pienso y veo lo que pasa en el mundo, cómo todos cuidan de sus hijos procurándoles toda clase de bienes, encuentro que Dios sólo se ha olvidado de mí, sin duda por mis pecados.» Iván observó sobre el particular que «en aquella carta había puesto ella muchas cosas injustas y que era indecente que de esta suerte escribiera.» Dado el contenido de la carta, no era probable que Elena la hubiese escrito por sí sola, sin auxilio de nadie y sin ninguna influencia directa.

(1) El *Sudebnik welikawo knjasja Joanna Wassiljewitscha*, de septiembre de 1497, en los *Documentos históricos*, núm. 150. La versión latina se encuentra en Herberstein: *Commentarii rerum Moscovitarum*, con el título de: *Ordinationes a Joanne Basilii M. Duco anno mundi* 7006 *factae*. Aquí no podemos entrar en detalles sobre el mismo.

condiciones militares. Cuando su dignidad parecía exigirlo, gustaba de presentarse con gran pompa.

Cuando montaba en cólera era terrible. Decíase que algunas mujeres se habían desmayado ante su sola mirada, y cuando se sentaba en su trono, muchos pretendientes no se atrevían a presentarse delante de él.

Difícil es decir hasta qué punto su carácter le impulsaba a aplicar severos castigos y hasta qué grado las consideraciones políticas le inducían a imponer las penas más crueles que imaginarse pueden. Pero es un hecho que el refinamiento de aquella crueldad que caracterizó a Luis XI lo encontramos también en Iván, que con razón ha sido llamado, como su nieto, *el Terrible*.

Iván III, como todos los grandes duques de Moscou, era muy religioso y tenía un tinte de erudición teológica; mas a pesar de esto el clero no ejerció durante su reinado influencia alguna política.

En el año 1480 presentóse más en primer término el metropolitano Geroncio, pero no vemos por él influída la política del Gran duque. Otro hecho que demuestra cuán por encima se encontraba de las preocupaciones religiosas de su tiempo es el de no haber vestido antes de su muerte, como habían vestido su padre y muchos grandes duques, el hábito monacal. Iván falleció siendo seglar.

La persecución religiosa de que fueron objeto, en los últimos años de su reinado, los llamados herejes judíos obedecía por lo menos tanto a causas políticas como a motivos religiosos. Moscou, centro de la Iglesia ortodoxa, no podía tolerar en su seno herejía alguna.

Los más influyentes caudillos de aquella secta fueron presos: de ellos, unos fueron quemados vivos, a otros se les cortó la lengua y otros, por último, fueron encerrados por toda su vida en la cárcel. Tal conducta de Iván se inspiraba en sus intereses políticos y en sus inclinaciones personales.

Es difícil encontrar en aquel hombre rasgos simpáticos: su pueblo le temió, pero no le amó: en las crónicas no encontramos ninguna de aquellas alabanzas con que solían relatar la muerte de un Gran duque de Moscou.

Su fallecimiento no causó tristeza, pero no hubo quien no comprendiera su trascendencia política. De la época de Iván III data el sentimiento nacional del pueblo ruso.

CAPITULO V

WASSILI IV IVANOWITZ (1505-1533)

El Gran duque Iván III había vacilado algún tiempo entre designar como sucesor a su nieto Dmitri o a su hijo Wassili, y si se decidió por este último no fué por cuestión de principios, sino por simpatía personal. Después que hubo trazado bien sus planes hizo cuanto pudo para dejar segura la soberanía a su hijo, y así se vió de un modo patente en las disposiciones testamentarias que tomó sobre la sucesión.

Iván dejó cinco hijos, Wassili, Yuri, Dmitri, Semen y Andrés, entre los cuales dividió su reino, siguiendo en esto la antigua costumbre; pero así como Wassili el Ciego sólo dejó a su primogénito una tercera parte de sus dominios, Iván instituyó al mayor de sus hijos heredero de las dos terceras partes, de suerte que tuvo sobre sus demás hermanos una superioridad considerable. Esto se ve aún más claramente si se observa que entre las sesenta y seis ciudades que heredó Wassili IV Ivanowitz figuraban Moscou, Nowgorod, Pskoff, Twer, Wladimir, Kolomna, Pereyaslawl, Rostoff, Nishni, Susdal y Murom, y que a él correspondieron todos los territorios fronterizos. Los hermanos quedaron limitados a sus propias posesiones.

El derecho de tutela correspondió al Gran duque, lo propio que la jurisdicción en todas las cuestiones capitales: los demás hijos estaban sujetos a muchas limitaciones, de las cuales las más importantes eran la de que la herencia de los menores pasaba al Gran duque si morían sin hijos—Wassili no les permitió luego casarse—y la de que debían reconocer a su hermano mayor como *gospodin*, es decir, como soberano. Los hermanos de éste no tenían soberanía.

Iván cuidó personalmente del matrimonio de su hijo: el plan de buscar para él una esposa entre las hijas de príncipes extranjeros fracasó por motivos religiosos, pues no había ninguna princesa griega y de las católicas no podía esperarse un cambio de religión. Como en aquel tiempo no se encontraba en Rusia ninguna princesa ortodoxo-griega, no quedó más remedio que elegir entre las jóvenes del país la que había de ser gran duquesa, cosa que se oponía abiertamente a las ideas autocráticas de Iván. Si se elegía por esposa de Wassili a la hija de algún súbdito, entre los descendientes

de la antigua casa real, podrían éstos considerarse como iguales respecto de la familia reinante, y un matrimonio de esta índole era contrario a la política moscovita, que tendía a rebajar y a debilitar a las familias entonces poderosas. Más ventajoso era, pues, elegir una joven de obscuro linaje cuyos parientes no pudieran nunca pretender una igualdad jurídica ni una participación en el gobierno.

Entonces ocurrió una de aquellas escenas características que con tanta frecuencia han sido descritas. Llamadas por el anciano Gran duque, presentáronse en Moscou, para entrar en la elección nupcial, doncellas de todo el reino—en número, al parecer, de 1.500,—de entre las cuales el heredero del trono eligió a la que debía ser su esposa. Es muy probable que fuese el mismo Iván el que eligiera para su hijo. La crónica de Woskresen narra el suceso en los siguientes términos:

«En el año 7014, en 4 de septiembre, un jueves, el Gran duque de todas las Rusias, Iván Wassilyewitz, casó a su hijo Wassili Ivanowitz, Gran duque de todas las Rusias, eligiendo para él a la hija de Yuri Constantinowitz Saburoff, llamada Salomonia... Dió la bendición nupcial el metropolitano de toda la Rusia, Simón, en la iglesia catedral de la Asunción de María, en la famosísima ciudad de Moscou.»

Los Saburoff eran de raza de príncipes, pero de príncipes tártaros, y parecía imposible que esta familia, hasta entonces sin importancia alguna, pudiera ofrecer un peligro desde el punto de vista político. El Gran duque pudo, pues, bajo este concepto cerrar tranquilamente los ojos.

Aun cuando el desenvolvimiento interior de Rusia estaba asegurado desde el punto de vista de la independencia cada vez mayor del jefe y de la unión política cada día más firme, el nuevo Gran duque tuvo que comenzar por dar pruebas de ser suficientemente fuerte para conservar la situación respetable que su padre se había conquistado en el exterior. Lituania había firmado su armisticio con Rusia porque Iván, además de sus triunfos militares, había conseguido sobre él una victoria diplomática completa, aislándole de sus naturales aliados de las estepas.

Kasán, sin embargo, se encontraba desde 1504 en abierta sublevación contra Moscou y, aliado con los tártaros nogaicos, se había lanzado sobre Nishni-Nowgorod para apoderarse de esta ciudad. Cierto que tuvo que levantar el sitio y que un ejército ruso se puso en marcha contra Kasán, pero la enfermedad y muerte de Iván habían echado todo este plan por tierra, habiéndose hecho inevitable la guerra. Finalmente, no podía predecirse lo que haría Mengli-Girei, el cual, si no era un enemigo, era por lo menos un amigo en quien no podía tenerse mucha confianza. Lituania esperaba además que surgieran disensiones entre el Gran duque y sus hermanos, como habían surgido desde hacía muchas generaciones a cada cambio de soberano.

En una palabra, Alejandro experimentó una gran alegría al tener noticia de la muerte de su suegro y se dirigió en seguida al maestre teutónico de Livonia para inducirle a que formara una alianza con él, mientras enviaba a Moscou una embajada para reclamar la devolución de las comarcas por Iván conquistadas. Plettenberg, sin embargo, no se mostró propicio a la idea de una guerra, siendo de parecer que lo mejor era ver cómo se presentaban las cosas en Moscou. Entretanto, él Gran duque Wassili contestó al emisario lituano de un modo decididamente negativo. A esto se agregó que los tártaros de Crimea invadieron entonces los territorios lituanos. Mahmet-Amín envió una embajada al rey de Polonia y Gran duque de Lituania para formar alianza contra Moscou; pero antes de que aquélla pudiera llenar su cometido murió Alejandro, en 19 de agosto de 1506, es decir, corto tiempo después de haber muerto Iván III. Poco antes de su muerte había experimentado la satisfacción de saber que su general, el príncipe Miguel Glinski, había conseguido una victoria sobre los de Crimea.

Segismundo, hermano de Alejandro, a pesar de la reclamación de Wassili, de la cual no se hizo caso alguno, fué proclamado primero Gran duque de Lituania y luego rey de Polonia; Mengli-Girei, después de su derrota, firmó con él no sólo la paz, sino también una alianza ofensiva y defensiva contra Moscou, para la cual fueron motivo suficiente las cuestiones de Kasán. Mahmet-Amín, confiado en su primera victoria, había propuesto también a Segismundo una alianza, poniéndose con él de acuerdo para caer juntos sobre Moscou en la primavera de 1507.

Las cosas, pues, se presentaban en alto grado favorables para Segismundo y su-

El gran duque Wassili IV Ivanowitz. - Facsímile reducido del agua fuerte de Agustín Hirschvogel (1503(?)-1552), incluída en la primera edición de Herberstein: *Rerum Moscovitarum commentarii.—Viennae*, 1549.

mamente peligrosas para Wassili. Este, en tan apurada situación, mostró una habilidad diplomática digna de su padre, y favorecido por una serie de felices circunstancias, supo no sólo evitar el peligro, sino también obtener ventajas de no escasa importancia.

Wassili se dirigió ante todo contra Kasán, enviando en abril de 1506 un ejército mandado por su hermano Dmitri, pero este ejército fué tan inútil que Mahmet-Amín, en una carta dirigida a Segismundo, se jactó de haber obtenido una importante victoria; y aun cuando en esto había cierta exageración, es lo cierto que desde agosto de aquel año se entablaron negociaciones de paz entre Moscou y Kasán.

Estas se prolongaron de tal manera que la alianza de Kasán no pudo reportar provecho alguno a Lituania y Wassili se limitó a vigilar, bien que con pocas tropas, las fronteras orientales.

Que la alianza entre Mengli-Girei y Lituania fué para Moscou inofensiva lo demuestra el giro que tomaron los asuntos en este país. En efecto, la sublevación de Glinski debilitó las fuerzas de Lituania.

En tiempo del Gran duque Witowt entró al servicio de Lituania un príncipe tártaro llamado Leksa, que al ser bautizado recibió el nombre de Alejandro, y se le concedió como patrimonio los territorios de Poltawa, Gliniza y Glinesk: su descendiente tomó de este último territorio el nombre de Glinski (1). Miguel Glinski, por nosotros conocido como vencedor de los tártaros, es un personaje de extraordinaria importancia. Educado en el Occidente de Europa, profesaba la religión católica y había sido uno de los mejores generales que había tenido el archiduque Alberto el Temerario, de Sajonia, durante la guerra frisia. A su regreso a Lituania había conseguido atraerse el favor de Alejandro y conquistarse por su medio una posición elevada no sólo en Lituania, sino también en Polonia.

La victoria conseguida sobre los tártaros aumentó su ya exagerada ambición, de suerte que alentó la esperanza de ser elegido, a la muerte de Alejandro, Gran duque de Lituania. Sin embargo, fué preferido Segismumdo, y ya se comprenderá que Glinski no hubo de sentir muchas simpatías hacia su rival. Fomentó su antipatía un esclarecido lituano, Juan Yabrzczinski, que le acusó de alta traición. Glinski le citó por calumnia ante el tribunal real e instó sin descanso por obtener sentencia, mientras que Segismundo, que no juzgaba oportuno el momento para enemistarse con aquel hombre poderoso, aplazaba indefinidamente la resolución de la causa. Entonces Glinski apeló a la violencia y dijo, según parece, que emprendería algo que sería funesto así para él como para el rey.

Secretamente se alió con Wassili Ivanowitz de Moscou, y cuando más desprevenido estaba Juan Yabrzczinski cayó sobre él y le hizo asesinar. Esta fué la señal de la rebelión: inmediatamente se lanzó sobre Kowno, y aunque no pudo apoderarse de esta ciudad, devastó sus alrededores y se unió con Mengli-Girei, el cual le prometió hacerle príncipe de Kieff si reconocía su soberanía. Este hecho es de grande importancia porque nos demuestra la mala fe de los tártaros de Crimea en la alianza con Lituania.

Mientras se entablaban estas negociaciones, presentóse a Glinski un emisario del Gran duque Wassili para excitarle a que con sus territorios se pasara al servicio ruso: Miguel Glinski, después de algunas vacilaciones, consintió en ello, apoyando la traidora empresa sus hermanos. Las tropas rusas se unieron a los partidarios de Glinski y se abrigó la esperanza de poder invadir a Kieff; pero la empresa fracasó delante de Gluzk por la defensa que hizo la princesa Anastasia, por cuya mano pensaba Glinski apoderarse de la ciudad. En cambio los invasores consiguieron penetrar en algunas poblaciones llegando hasta Wilna, auxiliados por las tropas rusas.

El rey Segismundo, después de haber vacilado durante mucho tiempo, en junio de 1508 se presentó con un ejército a defender aquella devastada comarca que tan en peligro se veía. Hasta el último momento había negociado inútilmente con Moscou; pero cuando se decidió a luchar fuéle favorable la suerte de la guerra, a causa de la poca habilidad y de la indecisión de los vaivodas moscovitas, que no supieron comprender el atrevido plan de ataque concebido por Glinski. Minsk fué libertada; el paso del Dniéper forzado, Orscha tomada y el ejército ruso arrojado más allá de las fronteras.

El rey Segismundo dirigió desde Smo-

(1) La genealogía de Glinski se encuentra en el primer tomo de los *Documentos para la historia de la Rusia occidental* (en ruso), nota 60.

lensko las posteriores operaciones de la guerra, que no fueron de larga duración. El Gran duque Wassili, espantado de las derrotas sufridas, se mostró dispuesto a firmar la paz: para negociarla llegaron a Moscou el día 19 de septiembre de 1508 los embajadores de Segismundo, pactándose en 8 de octubre «la paz moscovita.» La diplomacia rusa se mostró también nos le acusaron de la muerte de Alejandro, que decían había conseguido valiéndose de un médico por él sobornado: de tal acusación se vengó a la muerte de la gran duquesa Elena (1512) acusando a los magnates lituanos de haberla envenenado. Después procuró con todas sus fuerzas que se hiciera esperar lo menos posible el rompimiento de la «paz per-

Bula de oro de Wassili IV Ivanowitz.—En el anverso: jinete con coraza de escamas, un pequeño capacete, el manto flotando al viento y botas altas, atravesando con la lanza el cuello de un dragón; la inscripción dice, traducida: «El gran señor Wassili, por la gracia de Dios zar y señor de toda la Rusia, gran duque.» En el reverso la doble águila con dos coronas y las alas vueltas hacia abajo; la inscripción, que es continuación de la del anverso, dice: «de Wladimir, Moscou, Nowgorod, Pskoff, Twer, Ingria, Perm y señor de muchos territorios.» El original tiene 59 milímetros de diámetro y se conserva en el archivo de Viena, en el tratado del Gran duque y zar de 1514. Los cordones que sujetan esta medalla son de oro y de seda de color de púrpura.

en esta ocasión superior a la lituana. El Gran duque Wassili no consintió en restituir todos los territorios conquistados y sólo se avino a devolver las comarcas que se extendían alrededor de Smolensko. Los países de los príncipes que se habían pasado a Moscou quedaron en poder de los moscovitas, con la sola excepción de aquellos que Glinski había recibido como patrimonio o en feudo de Lituania: Glinski y sus compañeros, que ya se encontraban en Moscou, debían permanecer en estos territorios. Los prisioneros de uno y otro bando fueron puestos en libertad. Se pactó, como de costumbre, una «paz eterna» y una alianza ofensiva y defensiva contra todos los enemigos y contra los tártaros, quedando exceptuado únicamente Mengli-Girei, del cual nadie podía decir con seguridad de quién era amigo ni de quién enemigo.

Glinski tuvo un fin trágico. Los lituapetua,» y cuando creyó que Moscou no le recompensaba del modo debido, volvió a aliarse secretamente con Lituania. Iván, que tuvo noticia de esto, le mandó encerrar en una cárcel, y entonces, para salvar su vida, abrazó la religión griega. Durante los últimos años de Wassili las circunstancias le dieron de nuevo, como veremos, una posición influyente.

Durante la última guerra lituana que a grandes rasgos hemos descrito, Elena Ivanowna, hermana del Gran duque Wassili y viuda de Alejandro, desempeñó aquel papel negativo tan importante que ya la vimos representar en el reinado de Iván. En las embajadas e instrucciones de Wassili continúan siendo un punto esencial las quejas de que no se la honraba del modo debido y de que se atentaba a su libertad religiosa. Difícil es decir hasta qué punto eran justifica-

das las acusaciones de Moscou; mas parece seguro que, especialmente en Polonia, se veía con malos ojos que la esposa del rey profesase la religión griega. Por ella misma sabemos que el arzobispo de Cracovia y el obispo de Wilna procuraban atraerla al catolicismo. A pesar de esto, era tratada con toda clase de consideraciones. Elena vivía alejada de las cuestiones políticas y nunca pudo dejar sentir su influencia en su nueva patria. Sus cartas son, desde el punto de vista intelectual, de escasa importancia. Los cuidados domésticos, el tocador y las diversiones llenaban toda su existencia, en la cual no encontramos apenas huella alguna de otros intereses más elevados. Sobre la Lituania sólo atrajo desventuras, siendo, sin que hubiera acto alguno de su parte, el pretexto que siempre tomaba Moscou para intervenir en los asuntos del vecino Estado.

De gran importancia fué para Wassili el no tener que abrigar, entretanto, temor alguno respecto de Kasán. Mahmet-Amín había firmado la paz, y la relación de independencia tal como existió en los tiempos de Iván III quedó restablecida; pero en los años posteriores los sucesos fueron más favorables todavía para Moscou. Mahmet, que pudo observar que en la corte del Gran duque no se confiaba mucho en él, suplicó a Wassili que le enviara un hombre de confianza al cual confesaría todo cuanto había hecho en los anteriores años en detrimento del gran ducado. Moscou accedió a esta súplica; Mahmet hizo una confesión general y desde entonces estuvo en buenas relaciones con Wassili. La influencia rusa era incontestable en Kasán. El Gran duque Wassili se vió, pues, libre de todo cuidado por esta parte y pudo pensar en llevar a término la obra de su padre y poner fin a la independencia de Pskoff, de la misma manera que Iván había acabado con la de Nowgorod.

No podemos describir la ruina de aquella ciudad libre rusa mejor que lo hace la crónica de Pskoff, cuyas palabras expresan el dolor nacional (1):

«Desde los comienzos del imperio ruso esta ciudad de Pskoff no se encontraba en poder de ningún príncipe, sino que sus habitantes vivían según su propia voluntad. El Gran duque de Moscou, sin embargo, sojuzgó a todas las soberanías parciales no por medio de una gran guerra, sino por luchas aisladas, según refiere la crónica. Primero sometió al príncipe Simeón de Susdal, luego a Nowgorod y por último a Twer, cuyo príncipe Miguel se refugió en Lituania. La ciudad de Pskoff estaba defendida por fuertes murallas y por una población numerosa; por esto ningún ejército iba contra ella y se temía que se pasara a Lituania, por cuya razón se la halagaba con mentiras y los pskoffitas aceptaban del Gran duque la paz y besando la cruz prometían no separarse de él. El Gran duque les envió, a instancias suyas, los príncipes que ellos querían tener, pero de cuando en cuando también les enviaba algunos gobernadores que eran agradables a él y a quienes ellos no querían. Estos cometieron violencias, saquearon e hicieron injusticias. Entonces Pskoff y las ciudades a ésta anejas elevaron sus quejas al Gran duque, repitiéndose estas quejas con mucha frecuencia.

»El día 26 de octubre del año 7018, día de San Demetrio, entró el Gran duque en su ciudad patrimonial de Nowgorod la Grande, acompañado de su hermano el príncipe Andrés y de sus boyardos. Cuando los pskoffitas supieron que el Gran duque Wassili Ivanowitz se encontraba en Nowgorod la Grande, le enviaron como embajadores a los possadniks Yuri Elisseyewitz y Miguel Panasoff y boyardos de todos los barrios, que le entregaron como presente ciento cincuenta rublos nowgorodes. Los emisarios doblaron ante él la cabeza e imploraron gracia, pidiéndole que se compadeciera de los hombres libres de Pskoff, «pues »nos vemos maltratados por tu goberna»dor, el príncipe Iván Michailowitz Re»puja y su gente y por los gobernadores »de los alrededores y sus gentes.» El Gran duque contestó a nuestro possadnik: «Quiero ser bondadoso con vuestra »herencia patrimonial y protegerla como »han hecho nuestro padre y los grandes »duques, nuestros antepasados, y lo que »decís de vuestro gobernador, mi prín»cipe Iván Michailowitz Repuja, quiero, »porque se han formulado contra él mu»chas quejas, acusarlo delante de vos»otros.»

»De esta suerte despidió a nuestros possadniks y boyardos, los cuales dijeron a los pskoffitas que el Gran duque había aceptado bondadoso el presente, pero que no podía saberse cuáles eran sus ideas ni lo que pensaba hacer con la herencia de su padre, con los hombres de Pskoff y con la ciudad. Durante aquel

(1) Véanse las crónicas rusas, tomo IV: *La primera crónica de Pskoff*, pág. 282.

verano, poco tiempo después de lo referido, el príncipe Iván Michailowitz Repuja salió de la ciudad para quejarse al Gran duque de los pskoffitas que le habían deshonrado....; pero este Repuja a los territorios dependientes diciéndoles que «todos los que tuviesen motivo »de queja contra el príncipe se dirigie»ran a Nowgorod la Grande para expo»nerlo al Gran duque....» El corazón de

Guerreros moscovitas.—Facsímile reducido de un grabado incluido en la obra *Rerum Moscovitarum commentarii*, de Herberstein (embajador en Moscou en 1526)

no había ido a Pskoff en virtud de ningún tratado ni gobernaba en ella por el beso de la cruz..... y cometía maldades con los hijos de los boyardos y possadniks..... Estos conferenciaron entre sí y se dirigieron a Moscou para formular sus quejas.

»Por aquel tiempo los possadniks de Pskoff habían concebido con los habitantes de la ciudad un plan que no había de ser de buenos resultados para ellos. Enviaron cartas a los arrabales y los pskoffitas rebosaba y nueve possadniks con los más ancianos comerciantes se encaminaron a Nowgorod, pero el Gran duque no les hizo justicia, sino que les dijo: «Reuníos con vuestras gentes »el día de los Santos Reyes y entonces »haré justicia; ahora no.»

»Todos los pskoffitas se reunieron en Pskoff, y cuando se aproximó aquel día los possadniks se dirigieron a Nowgorod acompañados de los boyardos y ancianos comerciantes, sin sospechar que

allí les esperaba su perdición. El día de los Santos Reyes el Gran duque Wassili Ivanowitz ordenó a todos los possadniks que se reunieran con los boyardos, comerciantes y ancianos, y les dijo que fueran al río para el acto de la bendición del agua: el Gran duque con todos los boyardos se encaminó hacia el río Wolchow, y los sacerdotes y diáconos se presentaron con sus cruces, porque era el día de los Santos Reyes. Entonces Nowgorod no tenía obispo; bendijeron el agua el de Smolensko y los sacerdotes, y luego que la hubieron bendecido, se trasladaron a la iglesia de Santa Sofía. Entonces el Gran duque dijo a sus boyardos que procediesen conforme su buen juicio les dictase: y ellos, después de conferenciar entre sí, dijeron a nuestros boyardos y a nuestras gentes: «¡Vos»otros, possadniks de Pskoff, boyardos »y hombres acusadores! El señor *(gossu»dar)* os ordena que vayáis a su palacio: »el que no vaya sufrirá un castigo, pues »el señor quiere haceros justicia.» Y los possadniks de Pskoff y todos los boyardos se dirigieron al palacio episcopal, siendo introducidos en el palacio real, menos los más jóvenes, que se quedaron en el patio. Cuando penetraron en el salón, dijéronles los boyardos: «Estáis pre»sos por Dios y por el Gran duque Was»sili Ivanowitz de toda la Rusia.» Los jóvenes fueron entregados a la custodia de los nowgorodes.»

Esta terrible noticia llegó muy pronto a Pskoff, y la multitud, congregada inmediatamente en wetscha, no supo encontrar medio alguno de salir de tal apuro. Todos los principales personajes se encontraban en poder del Gran duque. Por último, los pskoffitas decidieron someterse incondicionalmente a Wassili. «Concede, señor y Gran duque Wassili Ivanowitz, gracia a tu antigua herencia paterna; nosotros, tus huérfanos, te hemos sido siempre y te somos fieles, y nunca nos hemos vuelto contra ti: Dios es libre y tú lo eres para disponer de tu patrimonio y de nosotros, tu gentecilla (1).» Entonces el Gran duque convocó por segunda vez a los prisioneros. Para nada se trató de oir sus quejas, pues ellos y no el príncipe Repuja eran los culpables. Se habían hecho dignos del destierro, pero si renunciaban a la wetscha y si querían admitir en Pskoff y en los arrabales los gobernadores del Gran duque, éste se mostraría bondadoso en vez de justiciero. No había que pensar en negarse a ello, así es que los prisioneros consintieron en todo y Wassili, en prueba de que en lo sucesivo sería más benigno, les convidó a comer.

Pskoff tuvo que someterse.

El Gran duque formuló las siguientes exigencias: «La wetscha cesaría de funcionar; la campana que citaba a sus sesiones sería trasladada fuera de la ciudad; la administración de Pskoff sería confiada a dos gobernadores nombrados por el Gran duque, y las poblaciones dependientes de Pskoff serían regidas también por funcionarios de la misma clase.» Los demás derechos les eran respetados.

Los pskoffitas, anonadados ante estas exigencias, que significaban la ruina de Pskoff, no supieron qué contestar. La noche se pasó en lágrimas y conferencias, y a la mañana siguiente se entregó al Djak Dolmatoff, emisario del Gran duque, la siguiente respuesta: «En nuestras crónicas está escrito que con el bisabuelo, abuelo y padre (de Wassili) se hizo el beso de la cruz, que nosotros, los pskoffitas, vivimos unidos al Gran duque de Moscou, sin unirnos a Lituania ni a la orden teutónica, sino viviendo de antiguo en paz. Si nos pasamos al Gran duque de Lituania o a los alemanes o comenzamos a vivir por nuestra propia voluntad sin soberano, nos alcanzará la cólera divina; y el hambre, el fuego, las inundaciones y las invasiones caerán sobre los infieles. Si el Gran duque, nuestro señor, no mantiene por su parte el beso de la cruz, caerán iguales desastres sobre él si no nos conserva dentro de los antiguos usos. Ahora Dios tiene el poder y el Gran duque lo tiene también para disponer de su patrimonio, de la ciudad de Pskoff, de nosotros y de la campana. No queremos romper nuestro antiguo juramento y atraer sobre nosotros culpa alguna por derramamiento de sangre, ni queremos levantar las manos contra nuestro señor, ni encerrarnos dentro de la ciudad. Si el Gran duque quiere orar en nuestra catedral de la Trinidad y permanecer en su ciudad de Pskoff, le agradeceremos de todo corazón que no nos haya destruído por completo (2).»

La completa ruina debía venir muy pronto. En aquella humilde respuesta se veía todavía un resto de espíritu de in-

(1) El diminutivo aquí usado, *s'judischkami swoimi*, apenas denota un resto de la noción de «hombre.»

(2) *Tschto ne pogubil do konza.*

dependencia que el Gran duque no se sentía inclinado a consentir. El día 13 de enero fué descolgada la campana en medio de los lamentos del pueblo, siendo con gran previsión trasladada durante la noche. Ocho días después entró el Gran duque Wassili en Pskoff acompañado de muchas tropas y de sus vaivodas. Cuando salieron a recibirle a media milla de la ciudad los habitantes de ésta, dirigióles la pregunta vulgar, que en aquellas circunstancias parecía un insulto, de «¿cómo estáis?» «Como mejor te plazca a ti, Gran duque y zar de toda la Rusia;» tal fué la contestación, cuya conclusión fácilmente se adivina.

El obispo de Kolomna le recibió en la catedral de la Trinidad, diciéndole: «Dios te bendiga, soberano, por haber tomado a Pskoff.» Entonces el pueblo entre sollozos exclamó: «Dios tiene el poder y el soberano y nosotros somos su patrimonio desde los tiempos de su padre y de sus antepasados.»

Ocho días transcurrieron sin que Wassili terminara su obra; pasados éstos,

El emperador Maximiliano I recibiendo la embajada del Gran duque Wassili.—Facsímile reducido del grabado en madera, contemporáneo de Burkmaier, incluído en el *Weisskunig*

mandó prender a trescientas de las más ilustres familias pskoffitas y, sin darles tiempo para arreglar sus negocios ni sus asuntos domésticos, se las llevó, aquella misma noche, consigo a Moscou, haciéndoles decir que con esta medida pensaba manifestarles su especial favor.

Desde aquel momento Pskoff quedó muy por debajo de las demás ciudades moscovitas. Familias de comerciantes de los territorios del Volga substituyeron a las que habían sido desterradas, los bienes de éstas fueron cedidos a los boyardos moscovitas, y los demás pskoffitas de baja alcurnia viéronse obligados a evacuar el centro de la ciudad y a establecerse en la que se llamaba ciudad grande.

Tal fué la suerte final de Pskoff: a pesar de su sumisión, sólo conservó su independencia durante una generación más que Nowgorod, sucumbiendo la ciudad sin lucha. Sólo en su crónica pudo salvarse el último resto de espíritu de libertad que todavía podía mostrar la Rusia: en frases que recuerdan los lamentos de Jeremías expresa aquélla su dolor por la ruina de la ciudad y por la implantación del nuevo derecho moscovita. «¡Oh tú, hermosa ciudad!; ¡oh tú, gran Pskoff!; ¿por qué te lamentas y lloras? Y contestó la hermosa ciudad de Pskoff: ¿Cómo no he de llorar, entristecerme y lamentar mi devastación? Con rápido vuelo ha llegado hasta mí una águila con uñas de león y me ha robado tres cedros del Líbano, mis bellezas, mis riquezas y mis hijos. Y Dios lo ha consentido por nuestros pecados; mi comarca ha quedado devastada, mi ciudad ha sido destruída y mi pueblo ha caído prisionero. La plaza del mercado ha sido cavada y cubierta de escombros; mi padre y mis hermanos han sido llevados lejos, a un país que nuestros antepasados no conocieron, y nuestras madres y hermanas han sido entregadas a la vergüenza (1).»

Cuando el Gran duque salió de la ciudad, reinaba en ésta el mayor silencio y no había que pensar en que se reprodujera la resistencia. Wassili había terminado en Pskoff la obra que su padre comenzara en Nowgorod, habiendo seguido el mismo camino que éste. En su imperio no toleró independencia alguna. Su antiguo rival, Dmitri, murió en la cárcel. En cuanto a sus hermanos, los tuvo tan dominados que uno de ellos, Semen, procuró sacudir tan insoportable yugo huyendo a Lituania: hecho, sin embargo, prisionero, fué personalmente perdonado, pero se le aisló de tal manera que no hubo nada que temer de él. Cuando murieron sus hermanos, el Gran duque entró en posesión de su herencia, y lo propio aconteció con la de los demás parientes.

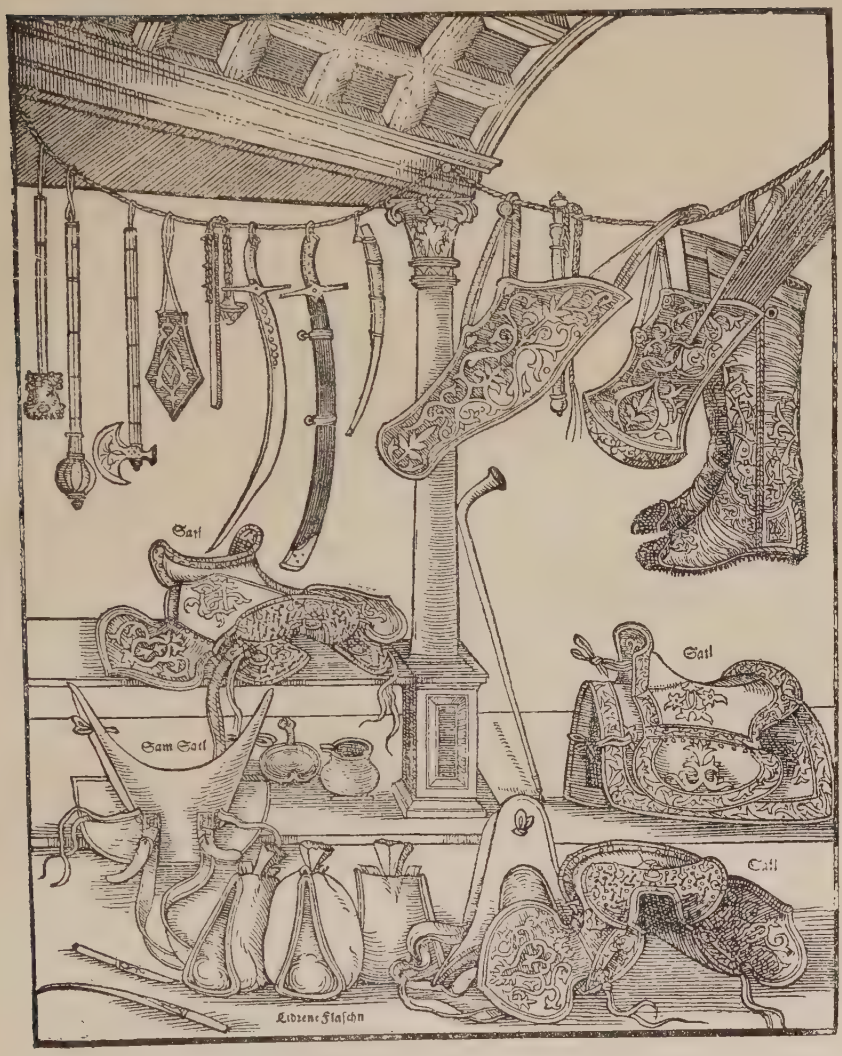
El principado parcial de Rjasán también acabó por un golpe violento. El joven príncipe Iván fué sepultado en una cárcel, y su madre, que había visto tiempos mejores, encerrada en un convento. Igual suerte cupo al príncipe Wassili Schemyakín — descendiente de aquel Schemyaka que había privado de la vista al abuelo de Wassili, — que se había pasado de Lituania a Moscou, y que murió en la cárcel. Cualquier reflejo de independencia que se manifestara en la esfera laica y en la religiosa era por Wassili violentamente sofocado.

El gran duque de Moscou era — como le habían llamado los infelices habitantes de su capital, anticipándose al curso histórico de los sucesos—un *zar,* es decir, el heredero de aquellos soberanos tártaros que estaban acostumbrados a no reconocer en nadie igualdad de derechos a los suyos. Los grandes duques de Moscou habían adoptado sobre el poder y la magnitud de la soberanía las ideas que profesaban sus antiguos señores tártaros.

La pérdida de la independencia de Pskoff constituía una amenaza directa contra Livonia y un perjuicio para el poderío de Lituania. El Gran duque de Moscou estaba por este lado completamente seguro. Las continuas guerras con Suecia habían cesado también, pactándose una paz de diez años; y en estas circunstancias, en el año 1511 vemos al Gran duque hacer los preparativos necesarios para romper aquella paz perpetua que hacía poco tiempo había quedado sellada por medio del beso en la cruz entre él y Lituania.

Siendo Segismundo de Lituania al propio tiempo rey de Polonia, el Gran duque debía tener en cuenta, en medio de su acción contra Lituania, las complicaciones de la gran política europea. En Miguel Glinski tenía un hombre de Estado muy apto para unir con habilidad y conocimiento de las cosas los intereses de Rusia con los de Occidente.

(1) Primera crónica de Pskoff, pág. 287. Los párrafos citados pueden servir como muestras del estilo de aquellas crónicas rusas, entre las cuales la de Pskoff ocupa uno de los principales puestos.



Armas rusas, sillas y piezas de armadura.—Facsímile reducido de un grabado incluido en la obra *Rerum Moscovitarum commentarii*, de Herberstein

Por aquel tiempo existía gran tirantez en las relaciones entre el emperador Maximiliano y Polonia.

Alberto de Brandeburgo, el maestre de la orden teutónica en Prusia, preparaba contra Polonia aquella lucha de la cual salió, después de largas e inútiles escaramuzas, con el título de duque feudal de Polonia y de príncipe heredero, elevándose por encima de las ruinas de la orden. Entonces acarició la esperanza de obtener grandes victorias. Muy cerca estaba el momento en que los dos enemigos de Polonia se darían las manos; pero antes de firmarse un tratado estalló la guerra lituano-rusa, para la cual sirvieron de pretexto las relaciones que existían entre Segismundo y Mengli-Girei. Wassili se sintió amenazado con el acuerdo que entre los dos había y para

declarar la guerra tomó por pretexto ciertas supuestas injurias que, según se dijo, había inferido a la gran duquesa Elena su real cuñado.

Los rusos emprendieron la lucha con tanta más confianza cuanto que Glinski había conseguido reclutar excelentes mercenarios alemanes, entre los cuales figuraban algunos expertos artilleros. Moscou había comprendido la importancia de los cañones pesados. No podemos describir los acontecimientos de aquella guerra sino a grandes rasgos. Cuando el Gran duque Wassili salió de Moscou (19 de diciembre de 1512) para pasar las fronteras de Lituania, encontró al enemigo casi completamente desprevenido: la Lituania se veía obligada a mantenerse a la defensiva. El objetivo de la campaña era Smolensko, ciudad que venía a ser la llave de la cuenca del Dniéper, por lo cual su posesión bien merecía algunos esfuerzos.

Los dos primeros ataques de los rusos fracasaron; así es que el Gran duque tuvo que regresar a su patria primero en marzo de 1513 y luego en noviembre del propio año, después de haber hecho la segunda tentativa. Pero no por esto desistió de su proyecto. En junio de 1514 avanzó de nuevo hacia Smolensko y después de prudentes preparativos comenzó a fines de junio el bombardeo. Pero no fueron sólo los certeros disparos de Esteban, cañonero del Gran duque, los que obligaron a la ciudad a capitular a los dos días, sino que contribuyó mucho a este resultado la traición del obispo de Smolensko, que estaba en relaciones con los rusos. Sus partidarios obligaron al valiente comandante Folshub a abrir las puertas al Gran duque (1).

Entonces llegó un ejército lituano, pero era ya tarde para salvar a la ciudad. De nada sirvió que el valiente general Ostroschki consiguiera, en 8 de septiembre, junto al Orscha una brillante victoria, pues a consecuencia de ésta sólo pudo apoderarse de algunas pequeñas poblaciones: Smolensko continuó en poder de Moscou; la conspiración fraguada para devolver la ciudad a los lituanos fué a tiempo descubierta, y además los rusos rechazaron un ataque de Ostroschki. Entonces se suspendieron durante largo tiempo las operaciones de la guerra: las dos partes beligerantes estaban extenuadas y habían acaecido en Crimea sucesos que debían llamar la atención así de Moscou como de Lituania.

En la primavera de 1515 falleció el anciano Mengli-Girei, cuya existencia había sido tan accidentada, sucediéndole su hijo Mahmet Girei, hombre de poca confianza, cuya amistad ambicionaban Segismundo y Wassili. El nuevo soberano aceptó los presentes de uno y otro y devastó con exquisita imparcialidad las comarcas fronterizas de ambos Estados.

Esta situación no duró mucho, sin embargo; Lituania supo servirse con buenos resultados, contra Crimea, de los cosacos, cuya importancia se aumentaba de día en día, y convencer con tremendas derrotas a Mahmet de que sería para él muy ventajoso aliarse con Segismundo contra Rusia. Esta amistad duró poco tiempo, pues muy pronto Mahmet se inclinó de nuevo a Wassili y causó, en Sokol, a los lituanos una terrible derrota; pero poco después hizo una nueva conversión, volviendo a ser enemigo de Moscou. Estos hechos, sobre los cuales no podemos entrar en pormenores y que fueron de gran importancia política, pusieron el sello al período que media entre 1515 y 1519.

Lituania y Moscou empuñaron nuevamente las armas, y Wassili, a quien la suerte no fué muy propicia en el combate, puso en vano sitio a Polozk, mientras los embajadores imperiales procuraban, aunque sin éxito alguno, negociar la paz. Era preciso que Moscou estuviera más abatida para que el Gran duque, tenaz en su política y dominado por la idea de su poder absoluto hasta el punto de no conmoverse por ninguna contrariedad, se convenciera de la necesidad de unirse con sus adversarios, los lituanos. Los tártaros fueron los que principalmente le hicieron cambiar de conducta.

En efecto, cuando falleció el zar de Kasán, Mahmet-Amín, sus súbditos se dirigieron a Wassili en demanda de un nuevo soberano. Wassili aprovechó la ocasión que se le presentaba para sentar en aquel trono a uno de sus partidarios de toda su confianza, llamado Shig-Alei, príncipe de Astracán, que hacía mucho tiempo que se encontraba al servicio de los rusos y que gobernaba la ciudad de Meschtschersk. Este y los de Kasán se

(1) Según todas las probabilidades, Glinski fué quien, con la esperanza de ser nombrado por Wassili príncipe de Smolensko, consiguió la rendición. Las fuentes históricas rusas guardan silencio sobre ello. Wassili dijo después que Smolensko le había costado tanto que con el dinero allí empleado habría podido construir dos ciudades.

El barón de Herberstein en traje ruso.—Facsímile reducido de un grabado de la obra *Rerum Moscovitarum commentarii*

obligaron a guardar inquebrantable adhesión al Gran duque y a sus sucesores; pero semejante cambio, tan favorable a Rusia, causó gran descontento en Crimea, donde se acariciaba el proyecto de agregarse a Kasán y Astracán.

Los tártaros de Crimea, que habían vivido en buenas relaciones con Mahmet-Amín, emparentado con la casa real crimea, vieron en la elección de Shig-Alei una amenaza, por ser éste nieto de aquel Ahmat que podía ser considerado como el verdadero soberano legítimo de todas las hordas tártaras europeas. Los Girei comenzaron a intrigar en Kasán contra Shig-Alei, y habiéndose hecho éste pronto odioso por sus simpatías hacia Rusia, lograron crear un partido tan poderoso, que a los dos años (1521) pudo hacer estallar una revolución en Kasán. Shig-Alei fué desterrado y regresó a Moscou, mientras Saip-Girei, hermano de Mahmet, ocupó el trono vacante.

Entonces la Rusia se vió invadida por una gran coalición tártara, en la cual entraban la gran horda, que llevaba una vida nómada allende el Volga, los nogais, los de Kasán y los de Crimea. Apenas se comprende cómo el Gran duque Wassili no vió venir el golpe, el cual le sorprendió tanto como había sorprendido su destierro a Shig-Alei; así es que por el momento sólo pudo oponer al enemigo, que se encontraba en el Oka, una columna que, mandada por Bielski, defendiera el paso por aquel lado.

Estas tropas, sin embargo, no se encontraban por su número en condiciones de resistir a las fuerzas superiores de Mahmet. Los tártaros pasaron el río y situaron su campamento a solas diez werstas de Moscou, donde esperaron a Saip-Girei, que desde Kasán se adelantaba, devastando los territorios de Nishni-Nowgorod y de Wladimir. La reunión de ambos ejércitos tuvo efecto en Kolomna. El camino de Moscou estaba abierto, y Wassili, presa de terrible espanto, abandonó la amenazada ciudad (1) mientras la población de las llanuras buscaba asilo detrás de sus murallas.

Los preparativos para defender la capital eran insuficientes; los jefes habían perdido la cabeza y sólo a la decisión de los artilleros alemanes, Nicolás de Speier y Juan Jordán, debió la ciudad su salvación. Por fortuna Mahmet-Girei, que hubiera podido apoderarse de Moscou después de un sitio de pocos días, se retiró cuando obtuvo que Moscou en nombre del Gran duque reconociera por un tratado la soberanía del kan de Crimea y se obligara a pagar los antiguos tributos (2).

Este vergonzoso documento pudo volver a manos de los rusos gracias a la perseverancia del gobernador de Rjasán, pero la vergüenza no podía rasgarse como se rasgó el papel, y sólo a la desunión que se inició entre los tártaros debió Rusia la fortuna de librarse a menos precio. Mahmet-Girei, a quien los lituanos habían auxiliado en su expedición contra Moscou, rompió al poco tiempo con estos auxiliares, y de esta suerte las dos potencias beligerantes, Moscou y Lituania, pudieron firmar, en 25 de diciembre de 1522, una paz por cinco años, a la cual después se pensaba que seguiría la definitiva.

Los embajadores lituanos reconocieron provisionalmente la adquisición de Smolensko y la frontera quedó trazada de tal suerte que una línea de demarcación tirada desde Weliki-Luki hasta Mstislawl separaba las posesiones rusas de las lituanas (3). En la parte Sur no se hizo modificación alguna. En 1526, por mediación del emperador Carlos, se prorrogó la paz hasta 1533 y luego por un año más, pero sin que por ello adquiriera el carácter de definitiva. Ni la Lituania podía consolarse de las grandes pérdidas sufridas, especialmente de Smolensko, ni Moscou estaba dispuesta a renunciar a la soberanía de toda la Rusia. En el seno de esta paz insegura se encontraba, pues, el germen de una futura guerra.

Sin embargo, la paz de 1522 reportó a Wassili una ventaja: la de poder dedicar toda su atención exclusivamente a la cuestión tártara, que tan amenazadora se presentaba.

Ya antes de que se firmara la paz había hecho una demostración militar en el Oka contra Mahmet-Girei, provocándole a un combate. Como era natural, los tártaros no se presentaron. Hubiera sido una locura presentarse delante del enemigo preparado y bien armado, cuando existía la posibilidad de sorprenderle por segunda vez. El Gran duque no pudo

(1) Según parece, al huir de los tártaros se escondió debajo de un montón de heno.

(2) Los tártaros se llevaron consigo 800.000 prisioneros rusos, de los cuales fueron vendidos en los mercados de esclavos de Kaffa y Astracán los que pudieron llegar hasta allí. Los enfermos y los débiles fueron asesinados.

(3) Véase Spruner-Merske, mapa número 70. *Territorio fronterizo moscovita lituano*, del profesor Caro.

aventurarse a emprender una expedición a las estepas y se contentó con vigilar atentamente las fronteras meridionales y orientales, esperando mejores tiempos.

La suerte debía serle favorable.

Mahmet, aliado con Mamai, príncipe de los nogais, se lanzó sobre Astracán y se apoderó de la ciudad y del reino, quedando con esto realizados sus deseos de ver unidas en manos de su familia la Crimea, Kasán y Astracán.

Pero a aquel espléndido triunfo siguió pronto una rápida decadencia. Otro príncipe nogai, Agis, consiguió de Mamai que hiciera traición a Mahmet-Girei; indujo a éste a que saliera de Astracán, y cuando le tuvo en campo libre se lanzó sobre él: Mahmet y la mayor parte de su séquito de guerreros quedaron muertos en el campo.

Esto hizo variar notablemente las cosas.

El asesinato de un embajador ruso en Kasán fué otro motivo de los que indujeron a Wassili a dejar toda vacilación y a lanzarse, durante el verano de 1523, sobre aquel reino. Detúvose en Nishni-Nowgorod, y mientras sus vaivodas avanzaban contra Saip-Girei, echó junto al Volga, en el punto de su confluencia con el Sura, los cimientos de una nueva ciudad que se llamó Wassilgorod, la cual venía a ser una contra-Kasán que daba a Rusia los territorios del Sura. No obstante, durante aquel año no se consiguió apenas otra cosa más que hacer sufrir a las comarcas enemigas las acostumbradas devastaciones. Saip-Girei no era hombre capaz de organizar una resistencia en grande escala: confió la administración del reino a su sobrino, Sapha-Girei, y se dirigió a Crimea con la esperanza de encontrar allí, por mandato del sultán, valioso apoyo.

La debilidad de Saip hizo nacer, según parece, en Kasán un partido ruso. El embajador ruso había sido ejecutado por intento de traición; ésta, sin embargo, fué un mal para Kasán, pues al año siguiente Wassili envió allí un poderoso ejército. Las tropas moscovitas consiguieron un semitriunfo que fué suficiente, porque los de Kasán, temiendo no poder resistir un sitio, se sometieron al Gran duque y le suplicaron, por conducto de una embajada, que reconociera como príncipe a Sapha-Girei. Wassili accedió a esta súplica, y durante algunos años reinó la paz entre ambos Estados, haciendo gala Sapha-Girei, con cierta ostentación, de su sumisión al Gran duque.

Pero poco a poco procuró libertarse de esta cadena que le sujetaba, a cuyo efecto se casó con una hija del príncipe nogai Mamai, y contrajo una alianza con el reino de Astracán que, a pesar de haber recobrado su independencia, vivía sometido al influjo de aquel príncipe. Muy pronto se consideró tan seguro que insultó a los embajadores del Gran duque y mandó dar muerte a algunos magnates de Kasán cuya amistad hacia los rusos era conocida.

La contestación de Wassili fué una expedición armada: las tropas rusas—por tierra la caballería y por la corriente del río la infantería—avanzaron contra Kasán, librándose una gran batalla junto a las murallas de esta ciudad, en el punto en que el riachuelo Bulak se precipita en el Kasanka: 30.000 nogais habían acudido al auxilio de Kasán, pero todos sufrieron una terrible derrota. Entonces, como en 1524, hubiera sido posible conseguir una gran victoria y hasta apoderarse de Kasán, pero la desunión que reinaba entre los generales rusos y la aversión que se sentía hacia una lucha reiterada, cuyo éxito no se pudiera prever, hicieron que se firmara un tratado.

Una embajada pidió perdón al Gran duque, en nombre de Sapha-Girei y de todo Kasán, diciéndole que podía reconocer a Sapha como hermano e hijo suyo, que éste gobernaría conformándose en todo con la voluntad del Gran duque, y que todos los súbditos y príncipes de Kasán querían serle eternamente fieles. Esto bastó para contentar a Moscou. Sapha-Girei, que entretanto se había unido de nuevo con los nogais y con Crimea, mudó de parecer, no creyéndose obligado a ratificar el tratado. Entonces los emisarios de Wassili se entendieron secretamente con el partido ruso de Kasán y consiguieron, por medio de un golpe de mano, arrojar de la ciudad a Sapha-Girei.

El Gran duque, por especial favor, no dió a los de Kasán como soberano al odiado Shig Alei, sino al hermano de éste, En-Alei, el cual confirmó solemnemente todas las obligaciones que con Moscou habían contraído los magnates tártaros, y fué conducido a su reino por los servidores del Gran duque en el verano de 1532. Con esto Kasán se hizo otra vez dependiente de Moscou, pero no había que contar con que esta solución fuera definitiva, dadas la inseguridad y

la inconstancia de los partidos en el seno de aquel imperio tártaro que había entrado en el período de descomposición. El sucesor de Wassili se vió nuevamente obligado a dirigirse con un ejército contra Kasán.

Después de la muerte de Mahmet-Girei también pudo considerarse pasajera la paz concertada, pues en 1527, 1531 y 1533 se reprodujo la guerra, sin que por esto pudiera considerarse modificada la situación respectiva de ambas potencias. La protección que la horda de Crimea encontraba en las estepas era tal que Wassili hubo de mantenerse a la defensiva; y aun cuando consiguió apartar el peligro que por segunda vez amenazaba a Moscou, Rusia sufrió grandes pérdidas que en los últimos años del Gran duque le causaron los tártaros de Crimea.

Digamos, antes de terminar, que Wassili renovó en 1513 y 1527 la paz firmada en 1508 con Suecia; que el armisticio con Livonia fué prorrogado en 1521 y en 1531; y que en 1514 se firmó con las ciudades anseáticas una paz por diez años. Todos estos armisticios y tratados de paz tienen de común que Wassili no renunciaba en ninguno de ellos a ninguna de las pretensiones que él creía justas. La resolución de las cuestiones políticas quedaba aplazada, quedando encomendada a su sucesor.

El heredero al trono que tan ardientemente había deseado Wassili, nació en 25 de agosto de 1530.

Pero no le dió a luz Salomonia: después de veintidós años de matrimonio, Wassili se había separado de su estéril esposa, casándose con Elena Glinski, nieta del famoso Miguel Glinski, que entonces fué sacado de la cárcel. Elena a los cinco años de matrimonio dió al Gran duque el primer hijo, Iván, y un año después otro, a quien se puso por nombre Jorge. Al poco tiempo falleció el Gran duque a la edad de cincuenta y cinco años; su muerte no fué repentina ni le cogió desprevenido. Una dolorosa inflamación del corazón, que pronto se reconoció ser incurable, le fijó en septiembre de 1533 en el lecho, del cual no debía levantarse más.

Tuvo, sin embargo, tiempo de arreglar sus asuntos, mostrando hasta el último momento hacia los que le rodeaban la misma desconfianza que les había manifestado durante todo su reinado. Secretamente, valiéndose de dos confidentes, anuló el testamento que había otorgado antes de su segundo matrimonio, y con ellos concertó la redacción de uno nuevo, después de lo cual mandó a su djake que lo extendiera en su presencia y en la de ocho boyardos llamados al efecto.

Poseemos una detallada descripción de los últimos días de Wassili y causa una impresión especial seguir al moribundo hasta el momento en que su alma abandonó su cuerpo saliendo por la boca, «en la forma de pequeña nubecita.» Durante aquellos días dió muestras de devoción, de dulzura mezclada con desconfianza, de interés hacia su heredero y hacia su esposa—cuya probada infidelidad no conocía,—y de una profunda observación de sí propio, mientras le quedó un átomo de vida. Parecía como si quisiera verse a sí mismo morir. No estaba exento de supersticiones religiosas.

Murió como monje, pues a pesar de la oposición de algunos de sus íntimos, hasta en esto quiso hacer prevalecer su voluntad. No parece que en sus últimos momentos sintiera remordimiento alguno, como si estuviera convencido de que no tenía nada de qué acusarse.

La Rusia entera lamentó y lloró su muerte.

CAPITULO VI

(ADICIONAL)

Para orientar a los lectores a quienes no es dado acudir a las fuentes rusas, incluímos a continuación el sumario del tomo primero de la obra: *Monumentos de las relaciones diplomáticas de la antigua Rusia con las potencias extranjeras.*

Su principal importancia está más bien en la historia alemana que en la rusa, de suerte que sólo accidentalmente podemos referirnos a ellas en nuestra narración.

Llegada de Nicolás Poppel, embajador del emperador Federico III, a Moscou y a la presencia del Gran duque Iván Wassilyewitz; negociaciones y respuesta del mismo, en 1488.

Carta del maestre de Livonia, Juan Freitag, al gobernador de Pskoff, príncipe Constantino Yaroslawitz, sobre el libre paso del embajador Nicolás Poppel, 1488.

Memoria sobre el estado de cosas de aquel tiempo en Alemania.

Instrucción del Gran duque Iván Wassilyewitz a sus embajadores, Jorge Tra-

chaniotes y compañeros, que en 1489 fueron enviados al emperador alemán Federico III.

Llegada a Moscou de Jorge Delator (1490), embajador del rey de romanos Maximiliano. Negociaciones y respuesta.

Instrucciones del Gran duque Iván III Wassilyewitz a Jorge Trachaniotes y compañeros, enviados en 1490 al rey de romanos Maximiliano.

Complemento de estas instrucciones.

Instrucciones para Fedor Tschirka Surmín, enviado el año 1490 a Narva y a Reval, por causa del viaje de Trachaniotes.

Relación de los embajadores Jorge Trachaniotes y Wassili Kuleschín desde Lubeck (1491).

Relación de los mismos al Gran duque, escrita a su regreso en Lubeck.

Acta de 22 de abril de 1491 sobre la alianza entre el rey de romanos Maximiliano y el Gran duque Iván III Wassilyewitz (en ella se titula a éste Gran duque de toda la Rusia).

Proposiciones del rey de romanos Maximiliano llevadas por Jorge Delator al Gran duque y contestación de éste (1492).

Instrucciones del Gran duque para sus embajadores cerca de Maximiliano, Jorge Delator y Miguel Yaropkin (1492).

Relación de los mismos sobre la situación de Europa, escrita en Reval, en 29 de junio de 1492.

Tres relaciones de los mismos sobre la situación de Europa, escritas en Lubeck (julio y agosto de 1492).

Llegada de Miguel Snups a Rusia con cartas del rey de romanos, Maximiliano, y del archiduque Segismundo de Austria, suplicando se permitiera a Snups estudiar la lengua y las costumbres rusas y regresar después (1492).

Relación de Jorge Trachaniotes y de Miguel Yaropkin sobre su viaje (22 de mayo de 1493).

Al llegar a este punto, quedaron interrumpidas las relaciones durante diez años, siendo reanudadas después de la muerte de Iván III.

Llegada de Kantinger, embajador del emperador Maximiliano I, el cual propuso una alianza contra el enemigo común y pidió halcones blancos (1504).

Negociaciones del año 1505 entre el Gran duque Wassili Ivanowitz por un lado y el embajador Kantinger a nombre del emperador Maximiliano y de su hijo Felipe de España por otro, sobre la entrega de los prisioneros livonios.

Negociaciones del año 1506 sobre el mismo asunto.

Carta del Gran duque Wassili Ivanowitz al emperador alemán Maximiliano, de 28 de agosto de 1508 (proyecto de una alianza).

Carta del emperador Maximiliano al Gran duque suplicándole permitiera a las ciudades anseáticas ejercer el comercio en Rusia en la forma que antiguamente lo ejercían (19 de febrero de 1509).

Contestación del Gran duque, de 9 de agosto de 1509 (permitiendo el comercio y dando libertad a los prisioneros).

Instrucciones del Gran duque (1515 y 1517) a los vaivodas de Pskoff y Smolensko acerca del modo de recibir y tratar a los embajadores del emperador Maxiliano.

Salida de Juan de Thurn, de Moscou, enviado por Herberstein a Polonia en 1517.

Partida de Herberstein de Moscou e instrucciones del Gran duque para el príncipe Gorbatoi, gobernador de Smolensko, sobre el recibimiento que debía hacerse a Herberstein.

A esto siguen veinte relaciones, instrucciones, etc., referentes a las negogociaciones de Herberstein y de Thurn (1517-1519) y a las embajadas que en aquella ocasión se enviaron.

Al llegar a este punto quedan interrumpidas las negociaciones, para ser reanudadas en 1576 por Maximiliano II.

PARTE SEXTA

HISTORIA DE POLONIA HASTA SEGISMUNDO II AUGUSTO (1548)

CAPITULO PRIMERO

FORMACIÓN DEL ESTADO POLACO

Durante el período que media entre 960 y 965 un judío español, llamado Ibrahim-Ibn-Jakub, hizo, por asuntos mercantiles, un viaje por Alemania. En su expedición llegó hasta los últimos territorios orientales alemanes y aun parece que penetró en las comarcas fronterizas que habitaban las tribus eslavas. Lo cierto es que adquirió acerca de ellas detalladas y fidedignas noticias que, en parte, se remontaban al emperador Otón I, noticias que aprovechó para una descripción geográfica que nos ha sido transmitida por el árabe Aby-Obeid-Abdallah-al-Bekri (1094), el cual las reproduce en su célebre obra *Caminos y países (al-masâlik wa-l-mamâlik).*

Recientemente el barón W. Rosen ha publicado el texto árabe con la traducción rusa (1). Ibrahim sentó, en cierto modo, sus reales en Merseburgo, cuya fortaleza fronteriza, rodeada por todas partes de eslavos, era muy a propósito para examinar desde ella a las vecinas tribus eslavas. A este hombre debemos las más antiguas noticias que acerca de Polonia se tenían en su tiempo.

Vale la pena de transcribir aquí la memoria que escribió, no impresa todavía en Alemania. Después de algunas observaciones generales, dícese en ella: «Al presente encontramos entre ellos cuatro príncipes: Al-Blgarin (el de los búlgaros, ya entonces cristianos); Brislaw, príncipe de Fraga, Bwima y Krahw (es decir, Boleslao I, príncipe de Praga, Bohemia y Cracovia); Mschka, príncipe del Norte (o sea Miecislao de Polonia), y Nakur, príncipe del extremo Occidente (o de los obotritos).

»Por lo que se refiere al territorio de Mschka, es el mayor de todos los eslavos: es rico en cereales, en carnes, en miel y en pastos. Los impuestos que él (el príncipe) percibe son pagados en mitkales bizantinos y sirven para la manutención de sus gentes, cada una de las cuales recibe un número de estas monedas. Tiene 3.000 Dsra (séquito, en ruso *drushina):* éstos son sus guerreros, de los cuales ciento valen tanto como mil de los otros. A estos soldados les da el traje, el caballo, las armas y todo cuanto necesitan.

»Cuando a alguno de ellos le nace un hijo, el príncipe le señala desde su nacimiento una pensión, sin distinguir si el recién nacido es varón o hembra. Cuando el niño ha llegado a la edad adulta, se le casa y se entrega al padre de la novia un presente de boda: si es hembra, se la casa y se da a su padre el presente. Este regalo es entre los eslavos de gran importancia: sus costumbres se parecen mucho, en este punto, a las de los berberiscos. El que tiene dos o tres hijas se hace, pues, rico, al paso que se arruina el que tiene dos hijos. Al Este de los dominios de Mschka habitan los rusos y al Norte los prusianos...»

Esta notable memoria constituye la base de toda historia de Polonia, siendo precisa para su inteligencia una corta aclaración. En este punto partimos del principio de que científicamente se ha reconocido que aquel Mschka es el mis-

(1) Véanse las noticias de Al-Bekri y de otros árabes sobre el ruso y el eslavo, en su parte I: *Estudios e investigaciones de A. Kunik y del barón W. Rosen,* apéndice al tomo 32 del *sapiski* de la Academia de Ciencias, núm. 2, San Petersburgo, 1878 (en ruso). Contenido: Preámbulo de A. Kunik. Las noticias de Al-Bekri sobre los eslavos y sus vecinos, publicadas y traducidas por el barón W. Rosen. Epoca en que vivió el israelita Ibrahim-Ibn-Jakub, de A. Kunik. Además dos investigaciones de Kunik que no se relacionan con nuestro trabajo.

mo que la tradición nos señala de un modo fidedigno como primer soberano de Polonia, a quien las obras germánico-latinas dan el nombre de Miseco o Misaca, y cuyo nombre eslavo es Mscislaw (1).

El que después fué reino de Polonia se nos presenta, pues, en un principio como un gran Estado organizado, producto de una larga historia por nosotros no conocida. Encontramos a un soberano al frente de un extenso territorio, y la circunstancia de no existir a su lado príncipe alguno demuestra claramente que estas comarcas llegaron por medio de la conquista a sus manos o a las de sus más próximos antepasados, pues ningún territorio eslavo tuvo en su origen una soberanía única. Los datos que publica Ibrahim acerca de los mercenarios que al lado de Mschka se encontraban, de los cuales ciento valían más que mil de los otros (indígenas), son también una prueba de ello.

Si los indicios no mienten, podemos imaginarnos lo sucedido del modo siguiente. Una raza dominadora procedente del Sur y de origen probablemente corbático (2), a la cual después la tradición enlazó con un legendario padre común, Piast, sometió, con auxilio de mercenarios extranjeros, quizás escandinavos, los territorios de las tribus eslavas que se extendían entre el Oder y el Vístula, y a quienes la primitiva crónica rusa denomina país de los leches: la otra parte de territorios situados al Oeste se conoce con el nombre de Polonia, es decir, país llano.

Acerca del estado de la cultura de Polonia tenemos, además de la obra de Ibrahim, algunas someras noticias de Thietmars de Merseburgo. «En tiempo de Miseco, cuando éste era todavía pagano, la mujer, después de quemado el cuerpo del marido, se hacía cortar la cabeza para seguirle en la muerte.» Explica luego el bárbaro castigo que se imponía a la mujer rebelde. Esto es todo cuanto la tradición fidedigna nos transmite. Sorprendentes y enteramente nuevas son las noticias de Ibrahim sobre el soberano Mschka y sobre el pago de los impuestos en dinero contante, cosa inaudita en un pueblo del grado de cultura que entonces tenía Polonia.

Esta noticia, cuya veracidad no tenemos motivo alguno para poner en duda, sólo se explica teniendo en cuenta que también por el territorio polaco se hacía de antiguo el comercio de ámbar amarillo (3), del cual no se habla al tratar del período de que tratamos, a pesar de lo cual es indudable que existió, dada la increíble tenacidad con que se mantuvieron aquellas vías populares. La acuñación de la moneda pudo bastar para pagar a las tropas escogidas del príncipe, sobre todo si no se atiene uno obstinadamente al dato, evidentemente exagerado, de que aquéllas se componían de 3.000 hombres.

Aunque vagas e incompletas, las noticias de Ibrahim demuestran evidentemente que la rama polaca de los eslavos había alcanzado un grado de cultura que en nada desmerecía de aquel a que habían llegado las vecinas tribus eslavas del Norte, del Sur y del Este. A esta rama de la gran raza eslava puede también aplicarse todo cuanto hemos dicho en el capítulo de introducción acerca del desenvolvimiento histórico del eslavismo: las ideas religiosas, los rasgos fundamentales de civilización, las hipótesis políticas son las mismas, con la sola diferencia de que mientras la sociedad eslava de Rusia se vió llevada a su desarrollo por el poderoso impulso que recibió del exterior, Polonia, aun después de transcurrido un siglo, continuó en el mismo estado en que se encontraban los eslavos antes del período warago. Todo cuanto se ha referido acerca de la historia polaca anterior a la mitad del siglo X es una fábula o una leyenda, y el primer personaje histórico que se nos presenta es precisamente aquel Maschka que mencionan como duque de Polonia las crónicas alemanas en 962 y al cual dan el nombre de Miseco (4).

(1) Kunik ha demostrado en su *Al-Bekri*, página 97, que éste es su verdadero nombre y no Mieczislaw, como se ha creído hasta ahora.

(2) Esta cuestión es sumamente difícil de resolver y no ha sido todavía resuelta. Véase Szajnocha: *Origen léchico de Polonia*, Lemberg, 1858 (en polaco). Kunik, en la *Caspia*, de Dorn, 252 y 392, y Kunik en los comentarios de *Al-Bekri*. Véase también Zeissberg: *Miseco I*, en el *Archivo para la historia de Austria*, Viena, 1867. No he podido examinar el trabajo de Bielowski, en la *Biblioteca del Instituto de Ossolinski*.

(3) Véase el doctor Waldmann: *El ámbar amarillo en la antigüedad*, Fellin, 1883.

(4) Sobre este particular no analizaremos las leyendas polacas. Falseado en su mayor parte, el germen histórico que les sirve de fundamento no ha podido todavía ser fijado con seguridad. Un minucioso estudio de fuentes históricas es la base de lo que a continuación referimos. Véanse los trabajos de Ropell, *Historia de Polonia*, y la continuación de la misma por Caro, excelentes uno y otro. Además pueden consultarse la *Historia del*

En aquellos tiempos vemos a la raza polaca establecida entre el Oder y el Vístula, a ambos lados del Warthe, separada, al Norte, del mar por los pomeranios y prusianos y teniendo al Sur por frontera los territorios bohemos. Según la tradición, y en esto puede dársele crédito, en el primer cuarto del siglo v estaban ya establecidos en aquellas comarcas.

Pero la verdad es que vivían sin llamar, bajo ningún concepto ni por cualidad alguna especial, la atención de sus vecinos, que no les miraban como cuerpo de nación. A esto contribuía el carácter nacional, que un moderno historiador polaco describe en los siguientes términos:

«El eslavo se muestra, desde los tiempos más antiguos, fatalista: sufre con paciencia los largos males, a pesar de no carecer de energía cuando se encuentra en la lucha. Con este fatalismo se avienen perfectamente la indiferencia hacia el mañana y su animada e irreflexiva alegría en la víspera de un desastre. Raras veces busca en sí mismo las causas de una desgracia, prefiriendo buscarlas en otros. Dado a los placeres en tiempos de bonanza, se muestra pendenciero, insoportable y desconfiado cuando se hacen necesarias la unión y la concordia. Gusta de las gentes movedizas y pocas veces reconoce la eficacia de una organización. Tolera el despotismo y nunca ha sabido conservar el orden durante mucho tiempo.» Igualmente exacta es la designación de las virtudes nacionales eslavas, que son: sentimientos hospitalarios, corazón bondadoso, amor a la patria, perseverancia en la conservación de las tradiciones populares, elasticidad de espíritu, bondad y nobleza de costumbres y una disposición extraordinaria a imitar y a asimilarse todo lo extranjero (1).

Cuando Polonia aparece por vez primera en la esfera histórica de los pueblos europeos cultos, se presenta de una manera accidental. Los wendos habían acogido al conde Wichman, que había reñido con su tío el duque Herman de Sajonia y con el imperio alemán (2), nombrándole caudillo suyo en las luchas que sostenían con los lisikavos (eslavos), vecinos fronterizos. El príncipe *(rex)* de éstos era Misaca o Mscislaw, el cual, después que Wichman le hubo derrotado dos veces en 962 (3) y hubo muerto a su hermano, se sometió al margrave Gero, que, después de vencer a los rebeldes lusacios, se encontraba con su ejército en las fronteras de Polonia, prefiriendo reconocer la soberanía alemana a tener que humillarse ante sus odiados afines de raza. Mscislaw prestó en manos del margrave Gero el juramento feudal y se comprometió a pagar un tributo por el territorio que se extendía entre el Oder y el Warthe.

Si se tienen en cuenta estas cualidades, sacadas de la historia general de Polonia y basadas en el perfecto conocimiento del país y de la gente, se comprenderá mejor el curso especial de la historia polaca.

Con sorprendente rapidez fué desarrollándose aquel reino en cierto modo recientemente descubierto. Una vez convertido Mscislaw en vasallo feudal del emperador Otón, el hecho de abrazar su pueblo el cristianismo no podía ser más que cuestión de tiempo. Sólo en previsión de esto podía pensarse en una concordia con el imperio alemán, y el aniquilamiento gradual de las poblaciones eslavas que habitaban entre el Elba y el Oder demuestra harto claramente el curso que hubieran tomado los sucesos en el caso contrario. Los acontecimientos del exterior contribuyeron a facilitar al príncipe polaco este difícil paso. Tres años después de su primer trato con los alemanes se casó con Dubrawka, cristiana e hija de Boleslao I de Bohemia.

Siguiendo las instigaciones de ésta y ligado quizá por una promesa anterior a su matrimonio, abrazó Mscislaw en 966 el cristianismo, cuyas doctrinas no eran del todo nuevas para él ni para sus súbditos, pues no podían ni uno ni otros sustraerse incondicionalmente a la tradición que hacía referencia a una irrupción anterior de las doctrinas cristianas procedentes de Moravia y de Bohemia. Y aun cuando es indudable que Cirilo y Metodio no penetraron en Polonia, encontramos no obstante huellas del rito

Imperio alemán, de Giesebrecht, y los *Anuarios de la historia alemana*. Una excelente exposición del actual punto de vista de la ciencia nos lo ofrece José Szujski, en su *Compendio de la historia polaca*, Varsovia, 1880 (en polaco); C. Meyer, en su *Historia del país de Posen*, Posen, 1881; y Grunhagen, *Historia de Silesia*, tomo primero, Gotha, 1884.

(1) Véase Szujski, obra citada, pág. 11.

(2) Sobre la historia primitiva de éste véase Zeissberg, obra citada.

(3) Kunik, en su obra citada, pág. 98, ha casi demostrado que debe aceptarse este año y no el de 963.

sloveno, siendo para el desenvolvimiento ulterior de Polonia de gran importancia el hecho de haberse abrazado el cristianismo latino. A fines del año 968 se fundó el obispado de Posen, siendo consagrado primer obispo Jordano, el verdadero apóstol de Polonia (1).

En Polonia el paganismo hizo los mismos esfuerzos que en Rusia para conservar su antigua soberanía, resultando entonces dos religiones, pues se aceptó el cristianismo sin renunciar por completo a los dioses paganos. Sin embargo, el cambio de creencias quedó suficientemente probado con la destrucción de las imágenes de los dioses de Gnesen, antiguo centro del paganismo polaco, y con la creación de una iglesia dedicada a San Jorge.

El santo, matador del dragón, como adalid del cristianismo, ocupó el sitio preferente en las fiestas populares (2). Que el nuevo obispado estuviera sujeto al arzobispado de Magdeburgo, fundado por Otón I, no puede extrañar a nadie: esta creación favorita del emperador Otón debía ser la protectora del cristianismo en las comarcas eslavas de allende el Elba: lo que Hamburgo y Brema eran para el Norte escandinavo, debía ser Magdeburgo para el Oriente eslavo.

Parece que las amistosas relaciones entre el imperio alemán y Polonia se estrecharon cada vez más: los sacerdotes alemanes invadieron este país como auxiliares de Jordano, y cuando falleció Dubrawka, en 977, Mscislaw (3) tomó por segunda esposa a la hija del margrave Teodorico, el cual tenía a su cargo la defensa de los obispados de Brandeburgo y Havelberg y la vigilancia de las tribus de los redarios y hevelles (4). Estos territorios confinaban con las fronteras del Nordeste de Polonia. Al matrimonio se le dió tanta más importancia política cuanto que Oda, que así se llamaba la hija de Teodorico, era monja del convento de Kalbe (5) y su enlace sólo podía verificarse mediante una dispensa de sus votos.

Menos pacífico era otro vecino, el margrave Hodo, cuyo territorio se extendía al Sur del de Teodorico y que en 972, ignoramos por qué causa, atacó al duque de Polonia, y después de algunas victorias, conseguidas en un principio, fué derrotado en 24 de junio del año 972 (6). Probablemente la lucha hubiera durado más tiempo si una orden del emperador Otón, que también se vió atacado a su regreso de Italia, no hubiera puesto a raya al enemigo. El emperador celebró la Pascua del año 973 en Quedlinburgo e invitó a los dos príncipes beligerantes a que se avistaran con él en esta ciudad. Mscislaw no se presentó personalmente (7), sino que envió a su hijo como garantía de su sumisión.

Nada sabemos acerca de la decisión pronunciada por el emperador, pero el curso de los sucesos nos demuestra que se llegó a un arreglo. Polonia continuó siendo dependiente del imperio, la paz se conservó durante los siguientes años y el margrave Hodo entró en relaciones

(1) Esta fecha se deduce teniendo en cuenta que en 18 de octubre del año 968 el papa Juan XIII confirmó a Adalberto como primer arzobispo de Magdeburgo, entre cuyos cinco obispados sufragáneos no estaba incluido el de Posen. Si se quiere dar crédito a la noticia de Thietmar de que Jordano era ya en 968 obispo de Posen, habrá de admitirse que su consagración, que sólo podía proceder de Magdeburgo, hubo de tener efecto durante los últimos meses del año. El nuevo arzobispo pasó algún tiempo en Alemania y llegó a su metrópoli el día de Nochebuena. Como todos los países eslavos de allende el Elba y el Saale estaban sometidos a él, mal podía Posen, en una época en que venían mencionados todos los obispados sufragáneos de Magdeburgo, ser ya el centro del joven cristianismo polaco. De manera que la consagración de Jordano debió de hacerse lo más pronto a fines de 968 y quizás más tarde. Zeissberg, en su obra citada, página 74, nota 3, opina en este punto de distinta manera y cree que la fundación se hizo sin intervención del emperador. Los versos que cita de Thietmar (libro II, verso 9, *Episcopatus construxit denique senos)* no nos parecen convincentes, porque lo dicho por Thietmar no aparece del todo verídico. En todo caso, si realmente entre los seis obispados figuran Havelberg, Brandeburgo. Merseburgo, Meissen y Zeiz, siempre faltará Aldenburgo. No puede explicarse por qué Aldenburgo y Posen no figuran entre ellos.

(2) En esta ocasión puede observarse que el dios de los eslavos polacos, Zvantevith, puede ser para siempre eliminado, según una hábil conjetura de Schirren. Véase Schirren: *Datos para la crítica de la antigua historia del Holstein*, pág. 254.

(3) En 987, según la poco fidedigna relación del analista sajón. Probablemente este hecho ocurrió muy poco después de la muerte de Dubrawka. Thietmar, que extracta los trabajos del analista, no consigna fecha alguna. Queda, por tanto, ancho campo a las conjeturas. Zeissberg cree que fué entre 979 y 980, obra citada, pág. 107.

(4) Véase Dummler: *El emperador Otón el Grande*, Leipzig, 1876, página 387, notas 1 y 3, y página 501.

(5) Calva o Kalbe estaba situada al Sur de Magdeburgo, poco antes de la desembocadura del Saale. W. Giesebrecht la busca en el Milde.

(6) En Cidini, o Zehden, en la orilla derecha del Oder. Con todo, no puede fijarse con seguridad el sitio.

(7) Así lo refieren los anales de Altai, a los cuales debe darse entero crédito.

amistosas con su antiguo adversario. Para los acontecimientos que siguen debemos atenernos a las noticias accidentales de las fuentes alemanas, no siéndonos posible descender a todos los pormenores. Mscislaw o Miecislao entró en la conjuración tramada por el duque Enrique I de Baviera contra el joven emperador Otón, y como éste no se encontraba en situación de castigar su rebeldía (1), Polonia, durante cinco años, se encontró completamente independiente de Alemania. Cuando, en 979, Otón penetró en Polonia al frente de un ejército, restablecióse la antigua relación y ni los desórdenes que estallaron en Alemania después de la muerte del emperador pudieron apartar a Polonia del camino en que había entrado.

Miecislao permaneció fiel al partido que defendía los intereses de Otón III, prestó personalmente en Quedlinburgo (986) el juramento de vasallaje y apoyó la expedición guerrera que en aquel mismo año llevaron a cabo los alemanes en el país de los wendos. Al año siguiente se unió con un poderoso ejército, dice un cronista contemporáneo, a Otón III en la campaña por éste emprendida contra Boleslao de Bohemia, hermano de la esposa del polaco, lo cual es una nueva prueba de su política de amistad hacia los alemanes. El emperador le recompensó obligando al duque bohemo a ceder a Polonia los territorios silesios de la orilla derecha del Oder. Miecislao también tomó parte en la guerra que en 991 llevó a las tropas sajonas a Brandeburgo, y en la primavera de 992 lucharon asimismo sus tropas al lado de las imperiales contra los liutizes, si bien él no estuvo personalmente en esta expedición, pues ya entonces sentía el peso de los años, habiendo fallecido en 25 de mayo del año 992 (2).

Las pocas noticias que acerca de él tenemos demuestran que Mscislaw o Miecislao no era un hombre vulgar: él fué quien sacó a su pueblo de la obscuridad, llevándolo a la luz de la historia universal y de la cultura cristiana, y aun cuando la primera organización política de la rama polaca ha de atribuirse a su antepasado, el mitológico Piast, el primer Piast histórico, el verdadero fundador de Polonia fué Mscislaw.

(1) Véase Zeissberg, obra citada, página 85, nota 5.

(2) Las fuentes históricas no dicen que muriera delante de Brandeburgo, como dice Szujski.

CAPITULO II

BOLESLAO EL TEMERARIO

Los cimientos que había dejado el padre fueron ensanchados y robustecidos por su primogénito. En él se nos presenta en los comienzos de la historia polaca un personaje que en cierto modo se anticipa a lo que hasta después no había de producir el desenvolvimiento histórico. No hay objetivo alguno de ambición polaca a que Boleslao no aspirase y que no hubiera casi conseguido. Todas cuantas veces la nación quiso extralimitarse de sus planes, el fracaso fué el resultado de sus esfuerzos: Polonia no volvió a tener un soberano tan entendido como él, ni como él dotado de tanta energía. Como un hombre de temperamento sanguíneo que de pronto cree poder conseguir las cosas más elevadas, así el pueblo polaco, fácilmente excitable, apenas apareció en la arena de la historia universal, arrastrado por su gran rey llegó a la cúspide, de la cual volvió a descender lentamente.

Este desenvolvimiento especial merece la pena de ser exactamente conocido.

Mscislao había dejado varios hijos: de su primer matrimonio, Boleslao, que había nacido en 997, y del segundo tres; además vemos hecha mención de dos parientes consanguíneos, hijos probablemente de su hermano, muerto a manos de Wichman. Según las ideas que entre los eslavos dominaban, todos los descendientes del difunto duque tenían derecho a pretender una parte de su herencia. Debía, pues, procederse a una división; y en efecto, una noticia poco fidedigna, sin embargo, nos dice que Boleslao reinó tres años juntamente con sus hermanos, a la sazón muy jóvenes todavía.

Las fuentes históricas contemporáneas que hasta nosotros han llegado nada nos dicen acerca del particular. Se cuenta que Boleslao desterró a su madrastra, la alemana Oda, y a sus tres hijos, y que hizo cegar a sus parientes. Esto era comenzar de un modo violento su carrera y fácil es comprender que había de turbar las buenas relaciones que reinaban con Alemania. A pesar de esto, no olvidó su propia ventaja, sino que, aprovechándose del estado de debilidad en que se encontraba el poderío de los wendos, aumentó sus dominios a costa de sus vecinos eslavos del Norte, y en 995, cuando la segunda campaña de los alemanes contra los wendos, logró someter a la

Pomerania, obligar a los prusianos a reconocer su soberanía y conquistar con Danzig un importante puerto.

Estos triunfos, aunque de gran trascendencia, eran sólo el prólogo de mayores empresas. En aquel tiempo recibió la proposición del antiguo obispo de Praga, Adalberto (Woitech, de nombre eslavo), que deseaba enviar misiones a las comarcas polacas (1). Los territorios recientemente conquistados eran una posesión segura si se les admitía en la comunión de la Iglesia católica. Boleslao excitó a aquel celoso devoto a que se dedicara a la conversión de los pomeranios y de los prusianos, y Adalberto, con treinta guerreros, su hermano Radim y el diácono Bogussa, diminutivo de Boguslao, descendió en un buque polaco por el Vístula hasta llegar a Danzig.

Después de una corta permanencia en este puerto hízose a la mar y a los pocos días de una travesía feliz llegó a las costas prusianas en ocasión muy poco oportuna, pues la expedición de Boleslao había despertado más indignación que miedo. El pueblo no quiso prestar oídos a Adalberto, el cual decía públicamente que se había presentado para convertirlo al cristianismo; así es que el prelado tuvo que retirarse, y al intentar regresar a Polonia por tierra fué asesinado en 23 de abril de 997, cuando apenas contaba cuarenta años. Posteriormente se erigió en su honor una capilla en Tenkitten, en las costas de Samlandia (Prusia oriental), lugar en que se supuso había sido martirizado, y Boleslao compró su cadáver a los paganos por una fuerte suma, haciéndole trasladar a Gnesen como preciosa reliquia (2).

La muerte del misionero fué más provechosa a Boleslao de lo que hubiera podido ser su vida. El acto de llevar las reliquias de Adalberto a Gnesen, en vez de llevarlas a Posen, demuestra el talento de aquel soberano: el hecho de que el bohemo, que propiamente nada había hecho en Polonia, pudiera ser nombrado santo nacional polaco, es fruto del mismo talento calculista que había inducido a Boleslao a dirigir hacia Prusia la actividad misionera de Adalberto. Gnesen estaba menos sometida a la influencia del sacerdote extranjero enviado desde Magdeburgo, y como centro del antiguo paganismo eslavo atraía más sobre sí las miradas del pueblo. Si Miecislao no había creído posible crear allí un obispado, los planes de Boleslao fueron más allá, y si pudo realizarlos debiólo principalmente al culto que dedicó a San Adalberto.

La traslación del cadáver del mártir fué acompañada, como era costumbre en la Edad media, de milagros: dos de los compañeros del santo, que habían presenciado su muerte, llevaron a Roma esta noticia, llamando doblemente la atención porque Adalberto descendía de una de las familias más nobles y estaba emparentado por parte de su madre con la familia imperial de los Otones. A esto se agregaba que el emperador Otón III le conocía personalmente y le apreciaba en extremo, de modo que se comprenderá fácilmente que el devoto emperador, excitado por la creencia de que en el año 1000 se acabaría el mundo, se sintiera impulsado a practicar ejercicios religiosos junto a la tumba del amigo y profesor a quien Dios había dispensado en tan alto grado su gracia.

Cierto que las consideraciones políticas influyeron mucho en el ánimo de Otón III para impulsarle a la peregrinación que en el año 1000 le llevó a Gnesen. La declaración de santo que en favor de Adalberto pronunció el papa Silvestre II no dejó tampoco de estar influída por ideas políticas. Cabe vacilar entre si fué la persona de Adalberto o la del duque Boleslao la que hizo inclinar la balanza, pero es probable que ambas contribuyeran a ello. Los últimos años de su reinado fueron precisamente aquellos en que llegó al más alto grado su poderío.

Después de la muerte de Boleslao de Bohemia se apoderó de Cracovia y de los vecinos territorios: la Alta Silesia fué agregada también a Polonia, y aun parece que la Moravia y el territorio de los eslovacos reconocieron su soberanía. Si se tiene en cuenta que ocupó al propio tiempo la Pomerania y que por su hermana contrajo relaciones de parentesco con Suecia y luego con Dinamarca (3),

(1) Hilferding, en su *Historia de los eslavos bálticos*, recuerda que Adalberto fué el primer eslavo a quien la Iglesia romana confirió la dignidad episcopal.

(2) La *Passio S. Adalberti* da al lugar del martirio el nombre de Cholinam. En las puertas de bronce de la catedral de Gnesen está representada la escena culminante de la vida de Adalberto. Véase Racyznski, Ed. Wipomnienia Wielkopolski, tomo II, Posen, 1843, tabla 51.

(3) Acerca de las relaciones de parentesco, todavía no aclaradas suficientemente, entre la familia real polaca y las familias reales del Norte, véase Zeissberg, obra citada, pág. 111.

se comprenderá que Boleslao debía ser un miembro importante del imperio que para el porvenir pensaba formar el emperador Otón. También se comprende que el emperador prescindiera de los intereses especialmente alemanes cuando se tratara de la realización de sus planes de imperio universal.

No cabe duda alguna de que a la peregrinación del emperador precedieron negociaciones diplomáticas con Polonia y de que la fundación de un arzobispado nacional polaco independiente de Magdeburgo fué anteriormente concertada en todos sus pormenores con Boleslao. Lo que no puede fijarse es de quién partió la iniciativa para ello. Radim, hermano de Adalberto—cuyo nombre religioso era el de Gaudencio,—fué consagrado arzobispo de Gnesen por el papa Silvestre II.

A mediados de diciembre del año 999 emprendió el emperador Otón su viaje: a fines de enero y principios de febrero del año 1000 se encontraba en Regensburgo, desde donde se encaminó por la Turingia y Meissen hacia Polonia; y en marzo fué recibido en Bober, junto a Ilva, por el duque Boleslao, que le salió a recibir acompañado de una brillante comitiva. Según parece, Boleslao desplegó todos sus recursos no sólo para dar al emperador una idea de su poder, sino también para captarse su favor (1).

Los días que el emperador pasó en Gnesen han sido objeto de frecuentes descripciones, en las cuales se refieren las oraciones y penitencias de Otón y los obsequios que Boleslao tributó a su huésped. El resultado de todo ello fué en apariencia una unión íntima de Polonia al imperio, pero en realidad una separación de ésta y de Alemania, separación que debía ser de gran trascendencia para el posterior desenvolvimiento de la historia de Polonia. Mientras el emperador Otón hacía del duque un miembro del fantástico imperio universal, que sólo vivió en la mente de los dos y que se desvaneció a la muerte de uno y otro, aflojábanse en realidad los lazos que unían a Polonia con Alemania. Por desgracia, no tenemos documento alguno para formar juicio de lo que se convino en Gnesen.

Las relaciones de los alemanes han sido conservadas en aforismos, y en cuanto a las narraciones polacas de época muy posterior pecan de sobrada exageración. Sin embargo, puede fijarse lo principal. En primer lugar, se presenta a nuestra consideración la fundación del obispado de Gnesen: hasta entonces, Posen había sido el único obispado del territorio polaco; pero desde entonces figura a su lado el de Gnesen arrebatándole una gran parte de su diócesis, sin que ni el emperador Otón ni el duque Boleslao piensen en someter a Posen al nuevo arzobispado.

El obispo Unger se mantuvo en las mismas relaciones con Magdeburgo, cuyo arzobispo exigió, hasta mediados del siglo XII, el reconocimiento de sus derechos como metropolitano. Obispados sufragáneos de Gnesen fueron Kolberg, para Pomerania; Cracovia, para Croacia, y Breslau, para Silesia, no pudiendo determinarse con fijeza ni las fronteras de estos episcopados ni los nombres de otras cuatro iglesias sufragáneas que, según parece, fueron fundadas en aquel tiempo. El arzobispo Gaudencio tuvo a su cargo la difícil tarea de ejecutar lo que habían decretado el emperador y el Papa, y hay motivos poderosos para creer que sólo pudo realizar su obra en sus rasgos exteriores, como lo prueba el hecho de que en 1075 el papa Gregorio VII se quejara de la mala organización, del escaso número y de la excesiva extensión de las diócesis polacas (2).

Por muy digno de admiración que sea el aumento de centros eclesiásticos en Polonia, cabe abrigar dudas acerca de si la separación de la Iglesia polaca de la alemana puede ser considerada como una suerte para los intereses polacos. El cristianismo era en Polonia demasiado nuevo y la unión con el Occidente dema-

(1) La riqueza que desplegó Boleslao era, en efecto, sorprendente, sobresaliendo en primer lugar la gran cantidad de metales preciosos. Un Estado que sólo hacía 40 años que había entrado en el concierto de la civilización de Occidente sólo podía adquirir tales tesoros en un floreciente comercio o en afortunadas correrías por territorios extranjeros. Por lo que a esto último se refiere, podía pensarse en la antigua guarida de bandoleros, Bohemia, y por lo que hace a lo primero carecemos de noticias de aquella época. Lo más seguro es pensar que Boleslao adquirió aquellos tesoros *ad hoc*, en apoyo de lo cual tenemos los Anales de Quedlinburgo, del año 1000, que dicen: *xeniis omnigeni census, ubique terrarum studiosissime quaesisti...* Recuérdese además lo que dice Ibrahim acerca de la paga de los mercenarios de Mscislaw.

(2) *Quod inter tantam hominum multitudinem adeo pauci sint episcopi et amplae singulorum parocchiae ut in subjectis plebibus curam episcopalis officii nullatenus exequi aut rite administrare valeant.* Jaffé: *Monumenta Gregoriana*, pág. 196 (*Registrum*, II, 73).

siado reciente: hubiera, pues, sido conveniente una tutela de más larga duración. El emperador Otón había concedido al nuevo obispado todos los derechos «que correspondían al reino romano en las cuestiones eclesiásticas que afectaban al reino de Polonia y a las demás comarcas conquistadas o que en lo sucesivo conquistara a los paganos (1).» Con esto se eliminaba en principio la influencia alemana.

Era indudable que los obispos alemanes podían enseñar y educar al pueblo mejor que los hijos del país. Los sacerdotes italianos y bohemos que a su país llevó Boleslao eran también extranjeros que no estaban a la altura de su misión, como así lo demostró la experiencia. Alemania tenía otros motivos para no desear la fundación del nuevo arzobispado. Magdeburgo veía quebrantado su poderío y vulnerado su sentimiento nacional y sobre todo cambiaba por completo, desde aquel momento, la situación en que respecto de Alemania se encontraba el duque Boleslao. El emperador Otón había llamado a éste «hermano y colaborador del imperio, amigo y aliado del pueblo romano,» y según parece le había condonado el tributo que desde los tiempos de Mscislaw pagaba por los territorios que se extendían hasta el Warthe.

La dependencia respecto del rey alemán se había convertido en una relación feudal con el rey de romanos, diferencia de principios cuya importancia no se comprendió suficientemente. De esta suerte se explican las lamentaciones de Thietmar de Merseburgo: Dios perdone al emperador por haber hecho soberano al duque de Polonia, que hasta ahora había sido tributario, y por haberle elevado a tanta altura que pronto ha de procurar sujetar a su soberanía y reducir a servidumbre a aquellos que antes eran sus señores (2).

Mientras vivió el emperador Otón, apenas se notó este cambio en la situación de Polonia respecto de Alemania: Boleslao le acompañó con una escolta de 300 jinetes armados hacia Magdeburgo y le prodigó toda clase de honores. La situación varió con el cambio de gobierno ocurrido en Alemania, cambio que significó el completo abandono de la política de Otón.

(1) Véase Zeissberg: *Descripción histórica polaca de la Edad media*, Léipzig, 1873, pág. 19.

(2) Véase Giesebrecht: *Época del Imperio*. Los posteriores cronistas polacos han descubierto que Otón había concedido al duque el título de rey.

En 25 de enero del año 1002 falleció el emperador Otón y en 7 de junio del propio año fué elegido Enrique II: durante esos cinco meses que entre uno y otro suceso mediaron, verificóse en la política de Boleslao el cambio decisivo que dió origen a la lucha contra Alemania. Durante los primeros meses se mantuvo el duque de Polonia a la expectativa. El margrave Eckardo de Meissen, con el cual estaba Boleslao unido por relaciones de parentesco, no muy claramente explicadas, y cuyo hijo Hermán estaba casado con una hija del duque, se presentó como pretendiente a la corona imperial, pero su asesinato, ocurrido en 30 de abril, decidió la cuestión en favor de Enrique.

Boleslao aprovechó el corto plazo de un mes que medió hasta la elección del nuevo monarca para emprender una campaña llevada a cabo con gran valor y rapidez, en la que se apoderó de una gran parte de la Marca oriental (Alta Lusacia) y de toda la Marca de Meissen. Bautzen, Strehlen y Meissen cayeron en su poder y fueron ocupadas por tropas polacas, y la tentativa que hicieron los príncipes sajones para recuperar lo que les había arrebatado se estrelló ante su declaración de que sometía privadamente a la decisión del rey alemán la justicia de sus conquistas. Cuando éste, en la dieta de Merseburgo, decidió la cuestión en contra del duque, Boleslao consiguió que se concedieran a su hermanastro, Gunzelín, los territorios de Meissen, que eran para él los que más importancia tenían. Al propio tiempo, se unió con el margrave Enrique, que estaba disgustado con el rey por no habérsele cedido la Baviera, y después de su regreso de Merseburgo, durante el cual a duras penas pudo evitar un atentado contra su vida, atentado que atribuyó al rey, rompió abiertamente con éste.

Las llamas de la ciudad de Strehlen, por él incendiada, y el hecho de llevarse prisioneros a muchos colonos alemanes demostraron claramente que estaba decidido a tomar venganza. Las armas debían decidir entre él y el rey Enrique: éste, sin embargo, no podía pensar por de pronto en dirigirse contra Boleslao, pues harto ocupado estaba con la lucha contra el margrave Enrique y su aliado alemán y no le fué dado atacar a Polonia hasta que hubo sojuzgado o desterrado a sus demás enemigos y ceñido en Pavía la corona del reino de Italia (agosto de 1004).

En este espacio de tiempo habían ocurrido grandes modificaciones: el duque Boleslao había agregado a su reino la Bohemia y era entonces, como jefe de casi todas las tribus eslavas occidentales, un enemigo no despreciable aun para un rey alemán de las condiciones de Enrique.

La conquista de Bohemia se había llevado a cabo del modo siguiente. Durante el verano del año 1002 el duque Boleslao el Rojo de Bohemia había sido expulsado del país por sus súbditos, cansados al fin de aquel hombre empedernido, cuya crueldad no perdonaba ni aun a sus parientes más próximos. El destronado, después de andar errante mucho tiempo—cosa que incumbe exclusivamente a la historia bohema,—encontró un asilo en los territorios del príncipe polaco de su nombre, que en el mes de enero de 1003 volvió a sentarle en su trono de Praga. Pero poco tiempo pudo conservar el puesto, pues las orgías de venganza a que se entregó le enajenaron por completo el afecto de los bohemios, los cuales imploraron el auxilio del mismo Boleslao de Polonia, manifestándole que si les libraba de su duque le reconocerían como soberano (1).

La perfidia con que Boleslao de Polonia se apoderó del duque, que tenía en él absoluta confianza, para privarle de la vista y de la libertad y arrebatarle con ellas la Bohemia, demuestra claramente la mala fe y la falta de consideración que distinguían a aquel hombre cuando se trataba de su provecho propio. De esta suerte Boleslao pudo, a principios de 1003, enseñorearse de la Bohemia. La situación que entonces conquistó era una situación de fuerza, ofreciéndosele la posibilidad no sólo de conservarla, sino también de verla formalmente reconocida. El rey Enrique prometió reconocerle y vivir con él en paz si declaraba feudataria suya la Bohemia y le servía fielmente.

Entonces Boleslao no se creyó ligado por las promesas hechas a Enrique o, lo que es más probable, estimó en menos de lo que eran las fuerzas de éste y exageró las de sus adversarios. Sea lo que fuere, los mensajeros de Enrique II no fueron escuchados y en la lucha que entonces estalló sus fuerzas combatieron al lado de los rebeldes. La suerte fué favorable a Enrique, el cual, en agosto de 1004, penetró en Bohemia con dos columnas por las montañas mineras y por las selvas bohemas (2). Formaba parte de su séquito el premyslida Yaromir, a quien de derecho correspondía la soberanía.

Según parece, aquella expedición, preparada en el más absoluto secreto, sorprendió en alto grado a Boleslao, el cual esperaba el ataque por otro lado y no se encontraba en condiciones de ofrecer en todas partes una seria resistencia al enemigo que invadía sus nuevos territorios. Boleslao perdió, pues, la Bohemia del mismo modo que la había conquistado, es decir, casi sin una lucha decisiva. Las puertas de Praga se abrieron a Yaromir, el cual recibió en el Wischerad, de manos del rey Enrique, la investidura y con ella la corona ducal de Bohemia. Gran resistencia encontró luego el rey al querer conquistar de nuevo la Alta Lusacia: cuando, después de un largo sitio, le fueron abiertas las puertas de Bautzen, hizo regresar a sus cansadas tropas a Sajonia, para reanudar el ataque durante el verano del próximo año. Boleslao entretanto tuvo tiempo de prepararse para evitar el ataque, pero no se encontraba en condiciones de resistir eficazmente al ejército de Enrique aumentado con el contingente bohemo, y se vió obligado, no sin haber antes resistido cuanto pudo, a retirarse hasta el Oder. Allí el rey encontró nuevo apoyo en los liutizes, que a él se unieron. El no haber desdeñado la alianza de estos paganos (3) demuestra lo despreocupado que en punto a política era Enrique.

A pesar de esto, el éxito definitivo no fué en manera alguna brillante para él. Sus tropas, apenas se habían alejado una jornada de Posen, sufrieron, al forrajear, sensibles pérdidas, y Boleslao aprovechó aquella ocasión para hacer proposiciones de paz al monarca. El arzobispo Tagino de Magdeburgo entabló las negociaciones en nombre de Enrique y se firmó por fin la paz, de la cual sólo puede

(1) Así debe interpretarse la *amoenitas Boemiae promissae* de la *Vita Heinrici*, de Adalbold. Aun cuando Thietmar (V, 18) nada dice de una promesa expresamente formulada, su relación concuerda con esta otra: *ab incolis... introducitur, comuniterque in dominum laudatur.* Thietmar no quiere hablar de una promesa de hacerle señor de Bohemia, pues de esta suerte la unión de Bohemia y Polonia se hubiera fundado en un título antipático.

(2) Pasamos por alto las pequeñas campañas de 1003 y de 1004.

(3) Véase Thietmar, VI, capítulos 17 y 18, que contienen una notable descripción del paganismo liutizio.

decirse con seguridad que fué relativamente beneficiosa para Polonia.

Por lo que vemos, Boleslao renunció únicamente a Bohemia y reconoció nuevamente la soberanía del imperio (1), sin renunciar por esto a ninguno de sus planes. Boleslao aprovechó el restablecimiento de la paz para crearse, por medio del soborno y de promesas, un partido entre los liutizes; pero así el duque Yaromir como los caudillos liutizes comprendieron el peligro e indujeron al rey, en la Pascua de 1007, a declarar de nuevo la guerra a Boleslao. Fué una suerte para éste que las negociaciones con Balduíno de Flandes impidieran a Enrique lanzarse sobre él con todo su ejército. El arzobispo Tagino, a quien se confió la dirección de la guerra contra Boleslao, no estuvo a la altura de su misión: antes de que hubiera conseguido reunir sus tropas, los polacos se encontraban en territorio alemán y habían avanzado hacia Magdeburgo, llevando el saqueo y la devastación a todas partes.

Una persecución débil no podía hacerles daño alguno y Boleslao se sintió suficientemente fuerte para atreverse a poner sitio a Bautzen, cuya guarnición, a pesar de todo su valor, tuvo que capitular, abandonando libremente la plaza que Boleslao supo conservar durante el siguiente año. Sería enojoso referir todas las correrías de escasa importancia que van unidas a estos sucesos. Boleslao resistió con gran energía todas las tentativas que hizo Enrique para desposeerle de los territorios que había reconquistado. Durante los años 1010 y 1012 quedó probada su gran superioridad política y militar, cayendo en su poder todo el país hasta el Elba.

No le quedó, pues, al rey más recurso que firmar con Polonia una segunda paz, más desfavorable para él que la primera. Esta segunda paz fué pactada en 2 de febrero de 1013 en Magdeburgo entre Enrique y Miseco (Miecislao), hijo de Boleslao, el cual, después que se hubo hecho cargo de los rehenes que habían de servirle para su seguridad personal, llegó en 24 de mayo a la residencia real de Paderborn. Enrique hizo cuanto pudo para atraerse a aquel hombre peligroso. El domingo de Pascua prestó Boleslao al rey el juramento de fidelidad y precedió con la espada a éste, que con gran pompa se dirigía cabalgando a la iglesia. Al día siguiente se cambiaron los presentes y recibió Boleslao la investidura, y con ella probablemente la Lusacia y la comarca de Milzene. En paz y amistad se separaron los dos soberanos, devolviendo Boleslao al rey los rehenes, a quienes colmó de regalos.

Esta paz fué completamente ventajosa para Polonia: Enrique se había mostrado el más débil y con la investidura no se había hecho más que cubrir las apariencias, pues Boleslao había obtenido libertad completa para realizar los grandes planes que hacía tanto tiempo acariciaba, y que tendían nada menos que a unir en su mano todo el poder eslavo.

Tales son las primeras grandes manifestaciones de las ideas panslavistas que

(1) Las fuentes históricas a que hemos acudido no explican las condiciones de la paz; Thietmar y los Anales de Quedlinburgo opinan al parecer cada cual de distinta manera al emitir su juicio sobre si la paz fué o no gloriosa para Alemania. Según los Anales, el rey regresó a su patria derramando lágrimas por una paz funesta que había tenido que aceptar por fuerza: y según se deduce de las palabras de Thietmar, fué Boleslao el que tuvo que humillarse. Pero si se estudia atentamente el texto de Thietmar, se verá que no está en modo alguno en contradicción con los Anales de Quedlinburgo, de suerte que puede agregarse al último párrafo de éstos la descripción que hace Thietmar de los sucesos de la guerra, sin que aparezca contradicción alguna. Los Anales dicen lo que Thietmar tuvo a bien pasar en silencio. Thietmar dice (VI, 20): *Interim per fidos intercessores regis gratiam Bolizlavus pecuit et exaudiri mox promeruit. Targino archiepiscopus cum aliis familiaribus regis ad civitatem predictam* (supónese Posen) *a Bolislavo rogatus venit, et cum incrementis ac emendacionibus condignis firma pacis foedera apud eum pepigit. Laeti tunc revertuntur nostri; quia itineris longitudine et nimia fame cum intermixta belli asperitate magnum sufferebant laborem.* Esto demuestra: 1.°, que la iniciativa para las negociaciones de paz partió de Boleslao; 2.°, que las negociaciones se entablaron no en el campamento del rey, sino en Posen, en presencia de Boleslao y en ausencia de Enrique; 3.°, que Boleslao no fué llamado por el rey, sino que los mensajeros reales se presentaron a él, robusteciéndose la paz con juramentos; 4.°, que hizo Boleslao *emendaciones condignae;* 5.°, que en seguida el ejército alemán, extenuado por el cansancio, por el hambre y por la guerra, regresó a su patria. En lugar de esto último póngase el párrafo de los Anales de Quedlinburgo: *Rex vero quam vis dolens assumpta non bona pace, cum lachrimabili revertitur exercitu portans secum corpora mortuorum.* Las *emendaciones* se refieren a los hechos no favorables a Enrique, y nada prueba que Boleslao, como dice Roepell, hubiera tenido que ceder la Lusacia y las demás marcas fronterizas germano-eslavas por él conquistadas. A lo sumo, pudo esto acontecer respecto de la Alta Lusacia. Bautzen correspondió a su yerno, el margrave de Turingia, y aun en esto vemos más bien una concesión hecha por Boleslao que una medida hostil. Véase Thietmar, VI, 24. La alegría del ejército, de que nos habla Thietmar, se refiere, según de su propia relación se desprende, al hecho del regreso, no al triunfo conseguido.

a nuestra consideración se ofrecen. Boleslao, no contento con su triunfo en Occidente, pensaba extender su influencia por el Oriente y poner, en lo posible, al imperio ruso bajo la dependencia de Polonia (1), para lo cual le ofrecían un pretexto sus relaciones de parentesco con Wladimiro el Santo.

Swiatopolk, hijo de Wladimiro, estaba casado con una hija de Boleslao, a la cual acompañaba en Rusia el fanático obispo de Kolberg, Reinbern. Parece que la conducta enérgica de éste, que hacía mayor propaganda del cristianismo de lo que quería Wladimiro, llegó a despertar la desconfianza del soberano ruso, el cual supo además que Boleslao instigaba a su yerno para que se sublevara contra su padre. Entonces Wladimiro hizo encarcelar a Swiatopolk, a su esposa y al consejero de ésta; Boleslao vió en esto un motivo para comenzar la guerra, y acompañado de una división de caballería alemana invadió la Rusia occidental, devastando cuantas comarcas encontró a su paso. Esta invasión, peligrosa para Wladimiro por la parte que en ella tomaron los pechenegos, no tuvo resultado alguno duradero, a no ser que con ella se relacionara —lo cual es probable— la libertad de Swiatopolk. Sin embargo, fué éste un paso dado con un fin que Boleslao no volvió a descuidar, por más que su atención se fijara con mayor interés en otras cosas.

Cuando tuvo que enviar a Enrique el contingente prometido para la expedición a Roma, se vió con cuán poca lealtad había aceptado las negociaciones de Merseburgo. En efecto, al penetrar Enrique en Italia no se le unieron ni el duque ni las tropas polacas, antes bien Boleslao procuró hacer fracasar el éxito del viaje, enviando para ello mensajeros a Italia. Al propio tiempo hizo decir al papa Benedicto XIII que a consecuencia de las asechanzas que le preparaba el rey le era imposible pagar el dinero de San Pedro (2).

Mientras esto hacía por un lado, esforzábase por otro en unirse con Bohemia, a cuyo fin envió a su hijo Miecislao para que se avistara con Udalrico, que había sido nombrado duque de Bohemia por Enrique después de haber sido desterrado su hermano Yaromir. Esta visita no tenía más objeto que conseguir una unión entre Bohemia y Polonia contra el emperador. Udalrico, sin embargo, se mantuvo fiel a Alemania y contra todo derecho prendió a Miecislao y le entregó a Enrique II. Este golpe era tanto más duro para Boleslao cuanto que los liutizes, desde la concordia pactada en 1012 en Arnenburgo con Enrique, permanecían adictos a éste y no querían oir hablar de ninguna alianza con Polonia.

No andarán descaminados los que busquen la falta principal de la política de Boleslao en las relaciones que sostuvo con las tribus eslavas del Báltico, que, a pesar de la enemistad de raza contra los alemanes, consideraron siempre como el enemigo más peligroso al príncipe de Polonia, con quien tenían grandes afinidades de raza. Boleslao no supo ganar terreno entre ellas, de modo que los liutizes, en las luchas que entonces estallaron, estuvieron siempre al lado de los alemanes.

Entretanto, Boleslao consiguió, por medio del soborno, que se pusiera en libertad a su hijo, pero lejos de creerse por ello obligado para con el emperador, no sólo no hizo caso alguno de la invitación que se le dirigió para que asistiera a una recepción de gala en Merseburgo, sino que, por cosas que ignoramos, excitó de tal suerte la cólera del emperador que éste exigió de él, por conducto de una embajada formal, la cesión de todas las comarcas que había conquistado. Una altanera negativa del duque fué la señal de la guerra.

En 8 de julio de 1015 reunióse el ejército imperial en el Elba, atravesando luego el Oder y apoderándose de Bautzen, sin que se librara, sin embargo, una batalla campal. Boleslao procuraba no encontrarse frente a frente del ejército alemán. A pesar de todo, la expedición fracasó por no haberse podido reunir con las imperiales las tropas bohemas. El emperador emprendió la retirada, sufriendo grandes pérdidas al atravesar las pantanosas comarcas de la Baja Silesia, y aun hubo de considerarse como una suerte que Meissen, atacada catorce días después por Miecislao, no cayera en poder de los polacos.

Las armas sólo estuvieron un año en reposo: en enero de 1017 hízose una nueva tentativa para llegar a un acuerdo,

(1) No se comprende por qué había de ser excluida, como se ha dicho, esta contingencia.

(2) No se dice que Boleslao hubiera efectuado anteriormente pago alguno a Roma, a pesar de que puede afirmarse con seguridad que el duque contrajo esta obligación al fundarse el arzobispado de Gnesen. Apenas puede creerse que el papa Silvestre II no obtuviera ventaja alguna de esta emancipación de Polonia.

pero al ver que fracasaban las negociaciones, Enrique dejó toda vacilación a un lado. Esta vez había preparado con todo cuidado la campaña: Bohemia, Hungría, los liutizes y Rusia estaban de su parte, y el ejército se halló en 9 de agosto delante de Glogau, plaza ocupada por tropas polacas. Enrique no creyó conveniente entretenerse en poner sitio a la ciudad, prefiriendo seguir adelante para apoderarse de Niemptsch; pero el cerco de esta plaza fracasó por completo a pesar de haberse hecho inauditos esfuerzos para sostenerlo. En vano intentaron el asalto los alemanes, los liutizes y los bohemos; la peste se cebó en los sitiadores y el emperador tuvo que regresar a Merseburgo, por Bohemia, sin haber podido conseguir su intento.

Entretanto, Boleslao había dirigido desde Breslau la defensa de sus territorios; así es que el país que se extendía, a las espaldas del emperador, entre el Elba y el Mulde fué horriblemente devastado, siendo además rechazado el ataque que intentaron los rusos en la marca oriental de Polonia. Este éxito altamente favorahle a los polacos no se sabe si fué debido a la poca habilidad de Enrique o a la mucha que mostró Boleslao en su sistema de defensa.

Entre los alemanes, el fracaso de la campaña del año 1017 produjo un efecto tan espantoso, que el emperador Enrique resolvió ceder en los puntos más capitales, firmándose en 30 de enero del año 1018, por mediación del arzobispo de Magdeburgo, en Bautzen, la paz que aseguraba al duque Boleslao todas las conquistas que a costa de Alemania había hecho. Que aquella paz se había firmado con intención de darle un carácter definitivo lo demuestra el hecho de haberse concedido a Boleslao la mano de Oda, hija del margrave Ekardo de Meissen, por la cual tanto había suspirado. Cinco años antes su hijo Miecislao se había casado con una nieta de Otón II, llamada Richenza, hija del conde palatino Erenfried, de la cual en 1016 había tenido un hijo, que llevó el nombre de Casimiro (1). De suerte que si Alemania renunciaba definitivamente a la Lusacia, parecían aseguradas las condiciones de una buena paz entre ambos reinos. Polonia logró, pues, consolidar su independencia nacional cuando Boleslao hubo rechazado por completo los repetidos ataques de Enrique.

Boleslao dirigió entonces su inquieta ambición hacia Rusia.

En la historia rusa hemos visto sus victorias y su fracaso definitivo. Es un detalle de importancia el hecho de haber podido, en 14 de agosto de 1018, penetrar con su protegido Swiatopolk en la capital de Rusia, en la sagrada Kieff, mereciendo consignarse muy especialmente que en aquella gloriosa campaña tomaron parte 300 combatientes alemanes, lo cual es un indicio de que había sido lealmente mantenida la reconciliación germano-polaca. Esta guerra rusa no dejó de ser de resultados para Polonia, pues bajo su dominio quedaron las llamadas ciudades tscherwenisches, permaneciendo además abierto el camino por el cual Polonia podía intervenir con frecuencia en los asuntos interiores del gran Estado eslavo vecino.

A las relaciones pacíficas que en lo sucesivo existieron entre Boleslao y el imperio alemán se debe que no sepamos nada de los últimos tiempos de aquel príncipe: los cronistas alemanes, lo mismo que los anales polacos, guardan silencio acerca de aquella época. Unicamente sabemos que, en los últimos años del emperador Enrique III, Boleslao envió a Roma un mensajero para pedir al Papa la corona real. El emperador, sin embargo, le había cortado el camino y el emisario fué reducido a prisión, de la que después logró escapar.

Poco después de la muerte del emperador, Boleslao tomó el título de rey, no sabemos si con anuencia o sin consentimiento del Papa: el hecho es que lo tomó y que este acto constituye la verdadera expresión del pensamiento que llenó toda su vida. En su consecuencia, Polonia en lo sucesivo debía formar un Estado independiente y en cierto modo colocado frente a frente del imperio alemán, constituyendo el centro de un futuro Estado unido eslavo.

En 17 de junio de 1025 falleció Boleslao, a los 33 años de reinado y 58 de edad.

Fué indudablemente un hombre extraordinario; se le ha llamado el Temerario y merecía haber sido denominado el Grande. Aun cuando su padre le había dejado un reino organizado en forma política, este hecho, sin embargo, no demostraba que el reino de Miecislao pudiera llegar a ser más que un Estado eslavo vasallo del imperio alemán. No

(1) Véase Grunhagen (*Registro para la historia silesia*, 2.ª edición, Breslau, 1876), cuyas fechas adoptamos en contra de lo que hablando del matrimonio de Miecislao dicen Roepell y Giesebrecht.

había garantías para profetizar un porvenir nacional, antes por el contrario, podía predecirse la germanización futura de aquel territorio, con el mismo derecho que se preveía la decadencia de las tribus eslavas de las costas del mar Báltico. En tiempo de Boleslao la situación cambió de aspecto: la adquisición de un centro independiente de Alemania para el joven cristianismo polaco; la afirmación de la nacionalidad eslava enfrente de la germánica; la tentativa de someter a su soberanía a todo el grupo de los eslavos de Occidente; la feliz extensión de su reino, que abarcaba casi toda la cuenca del Vístula y del Oder y que confinaba por un lado con el Elba y por otro con el Dniéster; la larga serie de brillantes campañas, que constituían para él frecuentes victorias, a pesar de algunas derrotas sufridas y que eran siempre prueba de su superioridad política, todos estos hechos contribuyeron a hacer del nombre de Boleslao enseña de la idea del Estado polaco y a darle una aureola, cuyos rayos se reflejaron hasta en los tiempos más lúgubres de la historia polaca.

Ya hemos visto cómo fracasó su tentativa de unir la Bohemia a Polonia: esto le ha sido echado en cara sin razón alguna, pues el problema de la unión de dos razas tan afines no era insoluble en una época en que las cualidades de raza no se habían desarrollado hasta el punto de formar marcados tipos nacionales. Unicamente con el apoyo de Alemania pudo el premyslida Yaromir recobrar su trono, y no tenemos motivo alguno para creer que sin este auxilio la Bohemia hubiese podido sacudir el yugo de Boleslao. Si éste se negó a consentir que Enrique II sancionara sus conquistas en Bohemia, fué porque esta sanción por el rey alemán hubiera equivalido a una renuncia de sus grandiosos planes. Moravia, Silesia, Lusacia y Pomerania permanecieron, a pesar de todo, en su poder y pasaron al de su sucesor, y no fué culpa suya si éste no supo conservar la herencia.

CAPITULO III

SITUACIÓN INTERIOR DE POLONIA

Acerca del estado de cosas en el interior de Polonia hasta la muerte de Boleslao se ha escrito mucho, a pesar de que en realidad no tenemos sobre este punto tradición alguna. Si dedicamos a él un capítulo especial, lo hacemos más para determinar lo que no sabemos que para ofrecer un cuadro real del estado de cultura que Polonia había alcanzado en aquel tiempo.

De los reinados de los dos primeros duques polacos no se ha conservado documento alguno, y sólo encontramos algunas noticias verídicas sobre ellos en los cronistas y en los anales alemanes. Llama desde luego la atención que fuera de Miesko y de su real familia no se mencionen caudillos o nobles, no encontrándose la menor huella de jefes de pequeñas confederaciones, tales como con tanta frecuencia los vemos entre los eslavos del Elba. El hecho mismo de que los primeros soberanos de Polonia buscaran sus esposas fuera del país, demuestra que en sus dominios no hallaban familias de alcurnia igual a la suya. La antigua historia de Polonia no nos ofrece aquellas parcialidades que se alzaban enfrente de los duques y que podían ser prueba de una organización en clases, tales como consejos del príncipe, séquito guerrero y voluntad popular. Sobre aquel fondo envuelto en la obscuridad sólo se destacaba la figura del príncipe, a quien vemos gobernar sin limitación alguna, declarando la guerra y firmando la paz a su antojo.

El o su hijo dirigían la política y conducían las tropas al campo de batalla, no apareciendo junto a ellos ningún otro personaje. Ni siquiera vemos en aquel país la influencia de los obispos, que se nota en todos los Estados recién conquistados para el cristianismo, a pesar de lo cual Miecislao I y Boleslao cuidaron especialmente de la organización religiosa de sus territorios. Además del obispado de Posen y del arzobispado de Gnesen existían en ellos las diócesis de Kolberg, Breslau y Cracovia, pues en la esencia de la Iglesia católica estaba el que se procediera a una organización eclesiástica.

Sin embargo, carecemos sobre el particular de datos precisos y sólo vemos hecha mención de una abadía, la de Meseritz. Los sacerdotes eran al principio alemanes y bohemos: más adelante Boleslao llamó a su país a algunos italianos.

También faltan noticias sobre la organización administrativa de Polonia; sabemos que se percibían impuestos, pero ignoramos en qué forma y si los hacían efectivos todos los súbditos o sólo grupos determinados de ellos. El país esta-

ba dividido en territorio mayor y menor, que Thietmar de Merseburgo denomina *pagus* (distrito) y *provincia:* de éstas sólo menciona una, la de Nice, en el Spree: de los primeros cita *Lusici* (Lusacia), *Cilensi* o *Silensi* y *Diedesi* o *Diedesisi*, en Silesia. También se citan ciudades y aldeas: las mayores de las primeras eran aquellas en las cuales residían los obispos, y además de ellas tenemos noticias de *Budussin* (Bautzen), *Businc,* que es quizás la misma que la anterior, *Yartna,* en la Lusacia, *Glogua* (Glogau), Nemzi (Nimptsch) y algunas otras cuyos nombres no permiten determinar si son aldeas, ciudades, simples residencias o meras denominaciones locales, tales como *Zidini* (Zehden), Meseritz, Ilva, Sciciani (¿Zinnitz?) y Dobraleh.

Por lo que vemos, todas las ciudades estaban fortificadas y de Nimptsch se dice que era una fundación de alemanes, lo cual arroja bastante luz sobre las colonizaciones, de las cuales nada nos dice la tradición (1). Ninguna noticia tenemos acerca del orden interior de estas ciudades, ni de su administración ni de su población. Boleslao no pudo tener una residencia fija, como no la tuvieron los reyes alemanes: el escaso desarrollo administrativo impedía una larga permanencia de la corte en un lugar determinado. Por esto le vemos ir de población en población, residiendo tan pronto en Breslau como en Posen, como en las aldeas más insignificantes.

Por grandes que fueran sus riquezas —y el saqueo de Kieff había llenado sus arcas,—una administración del tesoro estaba lejos de lo posible.

Por lo que a la organización del ejército se refiere, el levantamiento de tropas nunca constituyó una dificultad para el duque, el cual siempre se encontraba en su sitio antes que sus adversarios los alemanes y era superior a éstos. Sus guerreros peleaban a pie y a caballo y se distinguían en la defensa de los puntos fortificados; en cambio, Boleslao procuraba evitar los combates en campo abierto con los alemanes, aun en aquellas ocasiones en que estaba convencido de su superioridad numérica. Las derrotas sufridas por Enrique II fueron casi todas consecuencia de una emboscada o de las penalidades de la retirada. En tiempo de Boleslao no encontramos vestigios de tropas escogidas como las que tenía Miecislao, de suerte que no cabe duda alguna de que estas tropas se habían extinguido por completo.

Del labrador polaco no vemos hecha en aquel tiempo mención alguna. Sin embargo, sabemos que Boleslao, de cada una de sus expediciones y correrías regresaba con gran número de prisioneros que, conforme a lo que nos dice la tradición y a las ideas de la época, eran reducidos a la condición de siervos. Por lo demás, hemos de suponer que la mayoría de estos prisioneros de guerra eran eslavos que formaban el núcleo de la población agrícola en las comarcas alemanas que hubieron de sufrir las consecuencias de las correrías de Polonia.

Estos siervos no llevaron sino en muy pequeña escala a Polonia un nuevo elemento nacional.

Al llegar aquí hemos de hacer punto final a esta ojeada sobre la situación interior de Polonia en tiempo de Boleslao, pues ninguna otra noticia más tenemos sobre el particular. Esta descripción no se hace más completa y más clara hasta los siglos XIII y XIV, en que podemos fundarnos en documentos verídicos. Esto no obstante, como el resultado no explica el desarrollo, de aquí que sea falso atribuir a tiempos anteriores cosas que en aquéllos existían.

CAPITULO IV

DECADENCIA DEL PODERÍO DE POLONIA Y COMIENZOS DE SU RESTAURACIÓN

El rey Boleslao dejó tres hijos, Bezprim (2), Miecislao y Dobremir: no puede asegurarse con fijeza si dividió su reino entre los tres, pero esto es lo más probable, porque Miecislao (Misico) arrojó del reino al mayor de sus hermanos, Bezprim, el cual se refugió en Hun-

(1) La noticia de Thietmar (VII, 44) es muy interesante *ad urbem Nemzi, eo quod a nostris olim sit condita, dictam...* Entonces (1017) la ciudad era enteramente polaca, por lo menos no se encuentra en ella huella alguna de simpatías hacia los alemanes. ¿Cuándo y por quién fué fundada? Seguramente que no lo fué por Enrique II (acerca del cual sólo se tienen noticias de sus campañas de 1010 y de 1015), pues no es probable que Thietmar hubiese omitido un hecho tan importante como la fundación de una ciudad en territorio extranjero. Sus descripciones nada dicen de ello. Nimptsch hubo, pues, de nacer posteriormente a consecuencia de una colonización pacífica, debiendo ser la colonia alemana más antigua que existió en territorio polaco-silesio.

(2) Sostenemos la identidad de Bezprim con Otón.

gría (1) y procuró desde allí perjudicar a Miecislao, que había tomado el título de rey.

Los húngaros arrebataron a éste una parte de Moravia, pero sin tomar la defensa de Bezprim, el cual viendo frustradas sus esperanzas, buscó y encontró un asilo en la corte del rey Conrado. Después de algunos años de paz ocurrió el rompimiento entre el imperio alemán y Polonia, que ya se venía previendo desde hacía mucho tiempo. El hecho de tomar Miecislao II el título de rey fué considerado por Conrado como una ofensa y el no haber reconocido después la soberanía de Alemania puso más de manifiesto el peligro que de parte de Polonia amenazaba.

Es muy probable que para evitarlo se firmara la alianza entre Conrado y Canuto el Grande. El elevado precio a que la pagó Alemania—la marca del Schleswig—demuestra claramente cuán temida era la probable alianza entre Polonia y Dinamarca (2). Esto no obstante, mantúvose la paz hasta 1028, en cuyo año los polacos invadieron la Sajonia oriental. Miecislao comenzó la lucha con grandes fuerzas y, según parece, no encontró una enérgica resistencia. Cargado de rico botín abandonó aquel desdichado territorio; los hombres y los niños fueron asesinados y gran número de mujeres tuvo que seguir al enemigo a extranjeras tierras.

No nos es dado explicar los fundamentos de la política de Miecislao, siendo muchas las cosas para nosotros incomprensibles. Canuto había hecho tributaria suya a la Pomerania y se había establecido en Samland y Ermeland (3).

¿Por qué no se dirigió Miecislao contra él? Aun admitiendo que la lucha con Hungría y Moravia le absorbía una parte de sus fuerzas, en 1028 estaba libre y podía defender contra los ataques del enemigo danés los intereses de Polonia rectamente entendidos. La desgracia de Polonia estuvo en que Miecislao no procedió de esta suerte, y se perdieron las posiciones que en el Báltico había adquirido Boleslao, sin que los polacos hicieran esfuerzo alguno notable por conservarlas.

Debemos hacer constar que nos fijamos en un punto especial de la historia polaca: aquella ocasión no aprovechada no volvió a presentarse ya más (4), pues era demasiado tarde para que volviera a presentarse desde el momento en que la colonización alemana hubo sentado allí sus reales. El ataque dirigido contra las comarcas fronterizas alemanas atrajo sobre Miecislao la enemistad del más poderoso de sus vecinos, cuando una de las primeras condiciones de la política de aquél debiera haber sido la paz con éste. El fracaso de su política posterior arranca de la correría del año 1028.

Cierto que el emperador Conrado no fué afortunado en la primera expedición que organizó para vengar la agresión de que había sido objeto; cierto que en vano puso, en 1029, sitio a Bautzen y que hubo de retirarse sin haber logrado su intento; cierto que se vió abandonado por los liutizes que le habían prometido su ayuda; pero a consecuencia de esta campaña Polonia quedó extraordinariamente debilitada. Bretislao, hijo del duque Udalrico de Bohemia, de acuerdo con el emperador y al propio tiempo que éste, penetró en Moravia, arrojando de allí a los húngaros y a los polacos y apoderándose en muy poco tiempo de todo aquel territorio, hasta el Oppa.

Miecislao, sin embargo, sólo se cuidaba de la lucha con Alemania; así es que, sin importarle la pérdida de Moravia, invadió por segunda vez, en 1030, es

(1) No en Rusia, como pretenden Giesebrecht y Meyer. El pasaje de Wipo debe interpretarse indudablemente del modo que lo hace Roepell (I, pág. 165, nota 3). Wipo dice expresamente *in Ruzziam provinciam pepulit*, denominación que no es dable suponer que se aplicara a Rusia. Por lo demás, es convincente el pasaje que cita Roepell de los *annales Hildesheimenses ad* 1031 *Heinricus, Stephani regis filius, dux Ruizorum periit...* «Esto se refiere a la Hungría septentrional, poblada con elementos corbáticos y rutenos. Recientemente Linnitschenko ha abogado por la acepción de Rusia.» Véanse las *Noticias de la universidad de Kieff* acerca de las relaciones recíprocas entre Rusia y Polonia hasta mediados del siglo XIV. Kieff, 1882, 83 y 84 (en ruso).

(2) Canuto y Miecislao eran primos.

(3) No puede precisarse con seguridad la fecha de este suceso. Las correspondientes pruebas de la *Genealogia Regum Danorum* de la *Historia R. Dan.*, y de la *Hist. legum castrensium*, se encuentran en las *Script. Rer. Pruss.*, I, pág. 376.

(4) Dlugoz dice que Miecislao emprendió dos años antes de su muerte una gloriosa campaña contra la Pomerania, pero ésta no debió de tener realidad histórica, pues que nada dicen acerca de ella los contemporáneos o los que más cerca de estos acontecimientos vivieron, y el pasaje citado por Roepell de la *Chronica Hungarorum* no puede considerarse verídico. El mismo Roepell hace notar una porción de contradicciones (página 172, nota 13) en las relaciones de los sucesos, no comprendiéndose por lo mismo cómo admite en su obra aquella campaña.

decir, mientras el emperador estaba ocupado en la cuestión del comercio húngaro-bohemo, la Marca sajona, y la devastó con todo el salvajismo que distinguía sus expediciones guerreras. Esta debía ser la causa de su ruina.

El emperador se alió con el citado Bezprim, el desterrado hermano de Miecislao, con el fin de emprender un ataque combinado. Mientras Conrado, desde el Oeste, penetraba en Polonia, después de haber atravesado el Elba por Belgern, Bezprim avanzó desde el Este contra su hermano. No podemos referir los detalles de esta lucha. Miecislao opuso larga resistencia al emperador, pero se vió obligado a solicitar la paz y a comprarla a costa de la devolución de la Lusacia y de lo que había conquistado en Alemania. Ni a pesar de esto se encontraba en condiciones de poder combatir contra su hermano, que contaba con un partido en el país; así es que Bezprim le arrojó a Bohemia, en donde lo retuvo el duque Udalrico para entregarle al emperador.

Sabido es cómo Conrado rechazó la indigna oferta, diciendo que no quería recibir un enemigo de manos de otro enemigo, por más que le complaciera el giro que habían tomado en aquel momento las cosas en Polonia. Bezprim, que entretanto había sido reconocido como soberano de este país, dió claras pruebas de que se separaba de la política seguida por su hermano, enviando al emperador la corona y las insignias reales de Boleslao y prometiéndole, por medio de una embajada, completa obediencia (1). Pero, a pesar de todo, no pudo sostenerse mucho tiempo, pues al cabo de un año fué asesinado, y entonces Miecislao regresó a Polonia, bien que viéndose obligado a reconocer la soberanía alemana.

Poco después de su regreso envió una embajada al emperador para solicitar de éste la confirmación de su soberanía, y a la intercesión de la emperatriz Gisela y de los príncipes debió la atenta acogida que le fué dispensada cuando en 7 de julio se presentó en la corte imperial de Merseburgo. El emperador, sin embargo, no le cedió toda la Polonia: la parte occidental, desde donde el polaco tantas veces había invadido la Sajonia, fué cedida a Teodorico de Wettin, pariente de Miecislao, y el resto se dividió probablemente entre éste y su hermano Dobremir (2). Esta división no fué, sin embargo, de duración muy larga, pues al poco tiempo Miecislao fué soberano único por la voluntad del mismo emperador (3) hasta que falleció, en 10 de mayo de 1034.

Los diez años de su gobierno bastaron para poner en peligro el trabajo que había llenado toda la existencia de su padre, pues durante ellos los polacos perdieron no sólo las costas del Báltico y la Moravia, sino también las posiciones conquistadas al Sudeste a costa de Rusia. Difícil es fijar la época en que esto tuvo efecto, pues el llamado Néstor, única fuente a que podemos acudir, no se nos presenta en este punto muy verídico en su cronología. Probablemente después de la segunda campaña del emperador, mientras Miecislao se encontraba en lucha con Bezprim, o durante la corta dominación de este último, el Gran duque Yaroslao unido a Miecislao había invadido la Polonia.

«Yaroslao y Miecislao—dice la crónica—traían mucha infantería: atacaron a los liaches, recuperaron las ciudades tscherwenisches, lucharon en territorio liáchico, se llevaron prisioneros a muchos y se los repartieron entre sí. Yaroslao estableció los suyos en Ros, donde han permanecido hasta nuestros días (4).»

Y, sin embargo, no puede decirse que

(1) El pasaje de los anales de Hildesheim *ad* 1031 *semet humili mandamine per legatos suos imperatori subditorum promisit*, es tan vago que no arroja luz alguna sobre las relaciones de dependencia. Lo más probable es que ésta fuera una dependencia feudal en la forma más rigurosa. Véase Wipo, *ad* 1032.

(2) Sobre este punto existe una difícil controversia. Los anales de Hildesheim dicen: *Quem imperator clementius quam ipse opinaretur suscepit eique et ejus patrueli, cuidam Thiedrico, regnum, quod ipse solus ante possederat divisit.* En Wipo, c. 29, se dice: *Cesar... divisa provincia Bolanorum in tres partes, Misiconem fecit Tetrarcham, reliquas duas duobus aliis commendavit.* No comprendo cómo la noticia concreta de Wipo puede ser rechazada con decir simplemente «que, según parece, estaba poco enterado de esta cuestión.» Lo más seguro es admitir que el analista de Hildesheim sólo tuvo noticia de la parte occidental de Polonia, que era la que más cerca de él se encontraba. Que Dobremir vivía todavía lo sabemos también por estos Anales, que claramente dan a comprender que él y Miecislao habían sido causa del asesinato de Bezprim. *Bezbriem... non sine fratrum suorum machinatione, interfectus est.*

(3) *Usurpavit*, dicen los Anales de Hildesheim.

(4) Crónica tomada del manuscrito de Laurencio, pág. 65 *ad* 1031. En los anteriores años refiere el cronista la muerte de Boleslao y dice que a ella siguieron aquellos tempestuosos movimientos que después de la muerte de Miecislao acaecieron. Como se ve, no hay que fiar mucho en su cronología por lo que hace a este período.

Miecislao fuese un príncipe débil o inepto; por el contrario, durante el reinado de su padre se había distinguido notablemente, y aun durante el suyo propio no le faltaron ni valor ni espíritu de empresa; pero en cambio carecía de aquel golpe de vista del hombre de Estado, que le hace ver oportunamente lo que puede conseguirse, de suerte que bajo este concepto tuvo adversarios superiores a él, así en el emperador Conrado como en Bretislao de Bohemia y en los dos príncipes rusos.

Con la mirada constantemente fija en el Occidente descuidó todo lo demás, no resaltando por tanto sus buenas cualidades. Era hombre muy ilustrado, en relación a lo que solían serlo los de su tiempo; conocía el griego y el latín y era además un ardiente protector del cristianismo (1). Pero tampoco pudo en esta esfera crear nada con el carácter de permanente. La desdicha de su reinado, la suerte y la adversidad guerreras embrutecieron a su pueblo, así es que sobre su tumba vemos alzarse las llamas del antiguo paganismo polaco.

Según parece, el gobierno de Miecislao fué causa de que de entre la masa de súbditos, que hasta entonces no había ofrecido grandes diferencias de clase enfrente del soberano, se elevaran familias señoriales más o menos poderosas que aprovecharon su posición en la guerra y en la paz para oprimir a la población agrícola, y explotaron los desórdenes acaecidos después de la muerte de Miecislao para debilitar la autoridad de la familia reinante. Por lo menos entonces es cuando por vez primera se nos presenta la después tan famosa nobleza polaca, la szlachta, cuyas aspiraciones constituyen desde aquel punto la parte más importante de la historia de Polonia.

A Miecislao sucedió su hijo Casimiro, y siendo éste de menor edad, tomó en su nombre las riendas del gobierno su madre Richeza, alemana, hija del conde palatino Ego, la cual no supo conservar su posición, pues, según parece, los favores que dispensó a los alemanes le atrajeron la cólera de los polacos. Todo el pueblo en masa se levantó contra la soberana, la cual fué desterrada del país, y el mismo Casimiro, a quien en un principio se había respetado, tuvo que emprender al poco tiempo la fuga.

(1) Véase la carta de la duquesa Matilde al rey (1026). Giesebrecht: *Epoca del Imperio*, II, pág. 676.

A esto siguió una espantosa reacción contra todo lo que había caracterizado la política del anterior soberano. El paganismo se levantó de nuevo contra el cristianismo; los siervos se alzaron contra la nueva clase de señores y el particularismo de las antiguas condiciones de tribu nació a nueva vida: parecía como si fuera a romperse el Estado unitario de Polonia.

Pero la reacción fué demasiado violenta para no obligar a los atemorizados partidarios de la nueva idea del Estado cristiano a defenderse: lo antiguo no tenía en sí suficiente fuerza para resistir, y además los vecinos Estados cristianos no podían consentir esta victoria del paganismo. El duque Bretislao de Bohemia invadió la Polonia, devastándolo todo, y avanzó en 1039 hasta Gnesen, donde se apoderó del precioso tesoro de las reliquias de San Adalberto, que fueron trasladadas a Praga. Dos años después Casimiro, que ya se había hecho hombre, pudo regresar a su patria con el auxilio de los alemanes. Una afortunada campaña del emperador Enrique III a Bohemia produjo como consecuencia la renuncia de Bretislao a Polonia, pero no fué bastante para reconquistar la Silesia, reconquista que no se llevó a cabo hasta la Pascua de Pentecostés del año 1054.

Casimiro buscó y obtuvo también el apoyo de Rusia. Masovia, el territorio del Vístula medio, del Nareff y del Bug, era el último asilo del partido pagano particularista nacional. Moislao, hombre de obscuro linaje, había sido allí elegido príncipe, viéndose apoyado por sus vecinos paganos, los prusianos, los lituanos y pomeranios. No creyéndose Casimiro con fuerzas suficientes para dominar por sí solo a tan peligroso adversario, se dirigió al Gran duque Yaroslao de Rusia. No puede asegurarse con fijeza si fué antes o después cuando se casó con la hija de Yaroslao, llamada Dobronega, cuyo nombre cristiano fué el de María (2). Lo cierto es que ya en 1041 las tropas rusas le auxiliaron en su lucha contra Moislao, y que a los seis años quedaba Masovia completamente dominada. El precio probable de este auxilio fué la cesión de las llamadas ciudades tscherwenisches.

(2) Véase Linnitschenko: *Relaciones recíprocas entre Rusia y Polonia*, pág. 229, en el *Iswestija* de la universidad de Kieff, excelente trabajo que nosotros seguimos.

De esta suerte se restauró el reino de Polonia, pero no sin haber perdido en poderío y en extensión, pues a costa suya se habían engrandecido Bohemia y Rusia. La supremacía de Alemania fué de nuevo solemnemente reconocida y Casimiro se mantuvo fiel a los alemanes, no turbándose las relaciones amistosas más que por unos desórdenes ocurridos en 1050, cuyas causas no han sido convenientemente explicadas. Ignoramos cuánto tiempo se dejaron sentir en el interior de Polonia las consecuencias dolorosas de aquellos movimientos sediciosos, pero es probable que sobrevivieron al reinado de Casimiro. Apoyado éste por la nobleza y por el clero, cuyos intereses estaban íntimamente unidos a los suyos, había conseguido crear un estado de cosas soportable cuando le sorprendió la muerte en el año 1058.

CAPÍTULO V

BOLESLAO II EL ATREVIDO Y WLADISLAO HERMANN

Boleslao, el mayor de los cuatro hijos de Casimiro, se encontró desde los comienzos de su reinado con una constelación política excepcionalmente favorable para él. Los desórdenes que estallaron en el imperio a la muerte del emperador Enrique III le aseguraron contra los ataques de este hasta entonces tan peligroso adversario. En Hungría el rey Andrés había reñido con su hermano Bela, tío de Boleslao: era, pues, inminente una guerra civil, y habiendo Bela solicitado y obtenido el apoyo de su sobrino polaco, se presentó la ocasión de renovar la fama de las armas de Polonia. El rey Andrés, protegido por las tropas auxiliares de la emperatriz Inés, sufrió junto al Theis la derrota decisiva, que le costó la vida y dió la corona a Bela: las consecuencias de esto para Polonia fueron la ventaja de una estrecha alianza con Hungría.

De modo parecido, aunque bajo menos favorables auspicios, se presentaron las relaciones con Bohemia. El duque bohemo Wratislao se había declarado contrario al rey Bela de Hungría y había podido rechazar un primer ataque de Boleslao, que protegía a Yaromir, hermano del duque. En el transcurso del año 1062 se llevó a cabo una reconciliación con Polonia: Wratislao se casó con una hermana de Boleslao, el cual pudo desde entonces considerarse seguro por este lado (1). Esta seguridad, sin embargo, no fué de larga duración, pues según parece estallaron algunas luchas por cuestión de fronteras que indujeron al rey Enrique IV a llamar a ambos contendientes a Meissen (otoño de 1071) y a ordenarles que vivieran en paz (2). No podemos asegurar quién dió motivo para estas contiendas bohemo-polacas, aunque probablemente debe achacarse la culpa a Boleslao por haber querido recuperar algunos territorios que antes habían pertenecido a Polonia.

Por lo menos, el rey Enrique vió en él un enemigo y sólo la inminencia de una sublevación en Sajonia le hizo desistir de invadir la Polonia durante el verano del año 1073. La completa ruptura entre el rey Enrique y su vasallo sajón permitió a Boleslao colocarse en una situación independiente respecto del imperio de Alemania. Aliado con Sajonia y con el papa Gregorio VII y apoyado por los rusos, atacó al duque Wratislao, que se mantenía fiel al rey Enrique, y se sintió por fin con fuerzas suficientes, enfrente de la desunión que entre los alemanes reinaba, para ceñirse la corona real en la Nochebuena del año 1076 (3).

Esta usurpación produjo en Alemania cierta excitación, aunque sin ulteriores resultados, y no creemos equivocarnos al atribuir el antagonismo en que Boleslao se encontró durante los últimos años de su vida con el clero y la nobleza de Polonia al carácter usurpador de aquella corona real. Faltábale al nuevo monarca no sólo el reconocimiento del rey de romanos, sino también el del Papa, con el cual estaba desde el año 1075 en relaciones directas, y no vemos que hiciera esfuerzo alguno para conseguir tal confirmación. Las fuentes a que acudimos son tan incompletas o tan poco verídicas, que queda ancho campo a la opinión subjetiva del historiador. Los éxi-

(1) Las fechas están tomadas de Grunhagen, *Registros*.

(2) Lambert *ad* 1071: *Ut deinceps suis singuli terminis contenti essent nec se vicissim lacesserent, sub obtentu regiae majestatis praecepit; alioquin se hostem et vindicem experturus foret qui prior alteri arma intulisset.* La dura lección que Enrique dió a los dos príncipes arroja alguna luz sobre las relaciones en que Polonia y Bohemia se encontraban respecto del imperio.

(3) El hecho de que Gallus no mencione la toma de la corona real por Boleslao es en alto grado sorprendente, tanto más cuanto que siempre le llama *rex*, denominación que no usa nunca hablando de Casimiro.

tos conseguidos en Rusia no eran a propósito para mejorar las relaciones que entre Boleslao y sus súbditos existían.

En otro lugar hemos estudiado ya las relaciones en que respecto de Rusia se encontraba Boleslao (1): hemos visto también cómo llevó a Kieff a Isiaslao y cómo permaneció diez meses en aquella capital, de la que hubo de marcharse a consecuencia de una sublevación del pueblo ruso. El segundo destierro de Isiaslao (1073) fué causa de una guerra fronteriza de corta duración entre Polonia y Rusia, guerra que terminó con una paz en virtud de la cual Boleslao se obligó a no apoyar en adelante al desterrado Gran duque. Después de esto, las tropas rusas le auxiliaron en sus luchas contra Wratislao de Bohemia. A pesar de todo, después de la muerte del Gran duque Swiatoslao, Isiaslao encontró nuevo apoyo en Polonia, habiéndole llevado en 1077 las tropas polacas a Kieff.

De todas estas campañas Polonia sacó poco provecho y aun éste de corta duración.

No puede asegurarse que las tan codiciadas ciudades tscherwenisches pasaran de nuevo a Boleslao, pero aun cuando las recobrase, es lo cierto que volvió a perderlas durante los tres últimos turbulentos años de su reinado. El sucesor de Isiaslao, Wsewolod, dispuso de ellas, cediéndolas a sus levantiscos sobrinos Wassilko y Wolodar (2).

Como Boleslao no supo conservar las primeras conquistas hechas en Pomerania, esta falta de perseverancia, que a pesar de todas sus dotes militares caracterizaba al rey polaco, unida a los hechos antes referidos, contribuyó a enajenarle la lealtad de sus súbditos.

Pero quien dió el motivo aparente para que estallara un levantamiento fué el mismo Boleslao con un acto de violencia. Estanislao, obispo de Cracovia, acusado del delito de traición, fué condenado a muerte y ejecutado con crueldad suma. No puede precisarse en qué consistía aquella traición, pero la nobleza y el clero salieron a la defensa del obispo, y en la primavera del año 1079 el rey tuvo que salir de Polonia como un verdadero fugitivo (3). No encontramos indicio alguno de que Boleslao tuviera partidarios en el país, antes bien la circunstancia de que su hermano Wladislao Hermann se hiciese cargo del gobierno sin obstáculo alguno demuestra que fué uno de los que tomaron parte en la sublevación o que por lo menos se aprovechó sin escrúpulo alguno de ella. Boleslao huyó a Hungría, donde falleció en 1082 sin haber intentado siquiera reconquistar el trono perdido.

Su sucesor, Wladislao Hermann, yerno del duque Wratislao de Bohemia, se vió obligado a emprender otra senda a consecuencia de la manera como había subido al trono. La necesidad de apoyarse en Bohemia se imponía por sí misma y las íntimas relaciones que existían entre Wratislao y Enrique IV eran un obstáculo para conservar el título de rey que había usurpado Boleslao. De aquí que comenzara su gobierno renunciando a este título y concediendo nuevos privilegios a la nobleza y al clero. El nacimiento de un hijo, a quien llamó Boleslao, acaecido a fines del año 1084, aseguró el trono a su familia, pero habiendo muerto su esposa poco después del alumbramiento, se rompieron las buenas relaciones que hasta entonces habían reinado entre él y la Bohemia.

A esto se agregó que Enrique IV, en 15 de junio de 1086, dió en Praga al duque de Bohemia, por conducto de Egilberto, arzobispo de Tréveris, el título de rey de Bohemia y de Polonia, con lo cual suscitó en el ánimo del nuevo rey pretensiones que no se avenían con la independencia del reino polaco. Ya anteriormente la Silesia había sido sometida al arzobispado de Praga y se había obligado a Polonia a pagar a Bohemia un importante tributo. El enlace de todos estos sucesos no está suficientemente aclarado, pero proceden probablemente de concesiones hechas por Wladislao Hermann para ser reconocido.

La situación del duque de Polonia—amenazado además por un hijo de su difunto hermano que se veía apoyado por Hungría—era tal que hacía indispensable el auxilio extranjero. Entonces Otón, que después fué el célebre obispo de Bamberg y misionero de la Pomerania, le sugirió la idea de pedir la mano de Yutta, viuda del rey Salomón de Hungría y hermana de Enrique IV. Esta alianza no desagradó al emperador y se verificó el matrimonio en 1088. Fué una suerte para Polonia que la nueva soberana sólo diera a su esposo hijas, pues de lo contrario las relaciones de familia de Wladislao Hermann hubieran sido el

(1) Véase la *Historia de Rusia*.
(2) Véase Linnitschenko, obra citada, pág. 204.
(3) No veo la posibilidad de seguir en este punto otra fuente que la obra de Martín Gallus.

germen de futuros disturbios. Cierto que su sobrino Miecislao falleció poco después de su regreso, pero quedábale todavía a Wladislao un hijo natural, Zbignieff, a quien había hecho educar en un convento de Sajonia y que en 1093 fué llamado a Polonia por los magnates descontentos del gobierno del duque.

Un favorito del rey, su general y palatino, llamado Sieciech, según se dice por su arbitraria e injusta administración, aunque más probablemente por haber querido someter de nuevo a dependencia a la nobleza polaca (1), fué causa de un levantamiento que se vió apoyado por Bohemia. Para guardar las apariencias de lealtad, la nobleza recibió a Zbignieff en Breslau y allí, con pretexto de defender sus derechos, obligaron a Wladislao a reconocerle, esperando con su auxilio poder deshacerse de Sieciech. Pero no sucedió así y las verdaderas aspiraciones de la nobleza aparecieron claras cuando Sieciech, después de haberse atraído con promesas a una parte de ella, se dirigió con un ejército a Breslau. Una tentativa que hizo Zbignieff para recuperar, con auxilio de los pomeranios del Norte, la posición perdida, fué causa de su derrota y de la victoria completa de Sieciech. Zbignieff fué encerrado en la cárcel de Masovia en castigo de haber querido derribar al favorito del rey.

Con estos desórdenes coincidieron las invasiones de Wratislao de Bohemia en Polonia, que pusieron bajo su dependencia las comarcas meridionales. Wratislao, mediante un tributo, dió en feudo al joven Boleslao el territorio de Glatz. Pocos años después (1097) Wladislao Hermann se reconcilió con sus hijos, a quienes cedió la administración de determinadas porciones de su reino, reservándose para sí las ciudades principales. No puede decirse a punto fijo cuál fué la parte de Zbignieff: Boleslao obtuvo la Cracovia, Sendomir y Breslau, bien que este último territorio estuvo gobernado por el conde Woyslao. Boleslao contaba entonces trece años, pero era un joven precoz, y aun cuando no damos entero crédito a las exageradas alabanzas de su biógrafo, Martín Gallus, puede asegurarse que desde edad muy temprana se adiestró en la caza y en la guerra y que fué el favorito del pueblo.

(1) *Sethens, palatinus comes... ignobiles nobilibus praeponebat.* Martín Gallus: *Bielowski*, I, pág. 431.

Declarado mayor de edad a los quince años, se ciñó la espada de caballero y fué nombrado portaespada en diciembre de 1099 por su tío de Bohemia, durante una fiesta que éste dió en Saatz, siendo además dotado con cien marcos de plata y diez libras de oro del tributo polaco. Este joven dedicó toda su energía a la guerra con Pomerania, la cual hubiera podido proporcionar mayores triunfos de los que produjo a no haber sido por Sieciech, que no podía consolarse de la pérdida de su influencia, pues aun cuando seguía dominando al débil y anciano duque, la posición independiente concedida a sus hijos limitaba su poder. Sus intrigas fueron causa de que estallara una verdadera guerra civil en Polonia. Los hijos se rebelaron contra su padre y le obligaron a entregarles a Sieciech, el cual se refugió en su castillo de Sieciechow, situado al otro lado del Vístula.

A la primera ocasión que se le presentó fué Wladislao Hermann a unirse con su favorito, pero dos veces tuvo que ceder, hasta que en los últimos años de su vida se sometió por completo. Sieciech se vió obligado a salir del país y no volvió a nombrarse otro palatino, sino que los pequeños funcionarios a quienes estaba confiada la administración de los distintos territorios (2) quedaron sujetos a la inspección inmediata del rey, rodeado de un consejo áulico. En primer término se nos presenta el joven Boleslao, el cual se portó admirablemente interviniendo con éxito en el comercio polaco-wolhynio. Sobre la trascendencia de esto hemos de hablar más especialmente.

En Wolhynia ocupaban el trono desde fines del siglo XI los Isyaslawitz (3), emparentados con los soberanos de Polonia, de quienes se veían auxiliados en sus esfuerzos para enseñorearse de Kieff. Además tenían los mismos intereses en Galitzia, lo propio que respecto de los yatwiages y de los prusianos, pues los poderosos Rostislawitz de Halicz (Ga-

(2) El pasaje de Gallus (obra citada, pág. 443), tan importante para la historia de la administración, dice así: *Dux ergo Wladislavus pristinae seditionis reminiscens quum Zetheinn de Polonia profugavit... nullum in curia sua palatinum vel palatini vicarium praefecit, omnia namque per se ipsum vel suo consilio sagaciter ordinabat vel cuilibet comiti cujus provinciam visitabat, curiae responsionem et sollicitudinem comendabat. Et sic per se patriam sine palatino comite rexit... Curia* parece significar consejo áulico.

(3) Véase Linnitschenko, obra citada, 1873 mayo y junio.

litzia) dirigían de igual manera sus ataques contra Wolhynia que contra Polonia y encontraban en estas luchas constantemente aliados voluntarios en sus vecinos de las estepas. También habían estado aliados con los pomeranios. Después de la mutilación que en la vista había sufrido Wassilko (1), se había aumentado el odio entre las dos familias rusas reinantes. Contra todo lo que era de esperar, consiguió, sin embargo, el Gran duque Swiatopolk, en una entrevista que tuvo con Wladislao, que éste se mantuviera neutral, tratando además en ella de un futuro enlace entre su hija y el joven Boleslao (2). Desde entonces, Polonia estuvo al lado de Swiatopolk y de su familia y no tuvo que temer ningún ataque serio por el Este, pues Swiatopolk tenía siempre en jaque a los príncipes polacos fronterizos.

Esto fué de suma importancia en los desórdenes que estallaron en 4 de junio de 1102, después de la muerte de Wladislao.

CAPÍTULO VI

BOLESLAO III EL BOQUITUERTO
(krzywousty, curvus)

Aun cuando la muerte del padre era un suceso previsto desde hacía mucho tiempo, y a pesar de que ya antes habían procedido a un reparto del reino, cuando llegó la ocasión de repartirse el real tesoro suscitóse tan encarnizada contienda entre Boleslao y Zbignieff que el arzobispo Martín a duras penas consiguió restablecer una aparente armonía. Zbignieff se quejaba de que su hermano menor, que sólo contaba diez y seis años, hubiese obtenido la mejor parte del reino, y el descontento que de él se había apoderado se manifestó en la primera ocasión.

Boleslao comenzó su reinado con una gloriosa campaña contra los pomeranios: el asalto de Bialogrod (junto al Persante) (3), llevado a cabo sin ningún aparato de sitio, fué un hecho de armas que infundió respeto y temor en Pomerania y que en cierto modo indicaba el programa del gobierno del nuevo príncipe de Polonia, que se había propuesto la conquista de aquel territorio. Después de esto se casó con Sbislawa, hija del Gran duque Swiatopolk Isyaslawitz, unión que, como hemos visto, había sido ya anteriormente concertada (4). Por mediación del obispo Balduíno de Cracovia consiguióse del legado pontificio, que entonces se encontraba en Polonia, una dispensa (5), y Boleslao celebró sus bodas con grandes fiestas y prodigalidades.

En tal ocasión recibió la noticia de que Zbignieff, que no había querido asistir a la fiesta, había inducido a los bohemos a invadir la Silesia, cuyo territorio se veía amenazado hasta cerca de Breslau. Habiendo entrado también los pomeranios y los moravos en la alianza y no habiendo que confiar en el desleal Zbignieff, Boleslao adoptó el prudente sistema de apelar al soborno para que los bohemos se retiraran. Zbignieff negó su culpa y se mantuvo tranquilo, de suerte que Boleslao pudo dirigirse contra la Pomerania.

En 1104 invadió la Moravia, y aun cuando no consiguió la victoria, pudo poco después emprender una nueva invasión en territorio enemigo. Según todas las probabilidades, la energía por Boleslao desplegada indujo al moravo Swatopluk a unirse a él. Al sospechoso duque Boriwoi le obligó Boleslao, por medio de una alianza con Kolomán de Hungría, a ceder a Kolomez a su rival,

(1) Véase la *Historia de Rusia*.

(2) La fuente de todo esto son unos anales del Sur de Rusia que se han perdido y que utilizó Tatischeff. Linnitschenko, obra citada, pág. 341.

(3) *Urbs regia et egregia Alba*. Gallus, pág. 443.

(4) En este punto sigo las fuentes rusas. La pretendida campaña de Boleslao contra Rusia no está suficientemente probada. El silencio de Gallus y del cronista ruso, los cuales hablan del matrimonio y nada dicen de la guerra, no deja lugar a dudas. Además, esta campaña, desde el punto de vista cronológico, no se sabe dónde deba ser colocada. En el período que media entre el 4 de junio y el 16 de noviembre de 1102 ocurrieron los siguientes sucesos: entierro de Wladislao, subida al gobierno de los dos príncipes y campaña de Pomerania. Durante este tiempo además una embajada de K eff llevó a Polonia la novia, ya comprometida. Cómo hubo tiempo para la campaña de Boleslao, para el tratado de paz y para la celebración de las bodas, es tanto más incomprensible cuanto que ya de antemano tuvieron que salvarse los impedimentos que se oponían al matrimonio.

(5) No comprendo que se opongan dificultades a mi explicación, que está de acuerdo con los datos cronológicos. Pagi ha demostrado que el legado pontificio Walo se encontraba en Polonia: dada la lentitud con que se hacían los viajes, no había tiempo para que una embajada pudiese ir y volver de Roma. Gallus, que habla de las bodas de Boleslao (II, 23) y del legado pontificio (II, 27), dice, antes de hablar del casamiento: *Sed pretermissis pluribus suo loco retractandis, de nuptiis referamus...* No puede, pues, considerarse de gran peso la ordenación que hace de la materia. La cronología del año 1104 está en un completo desorden.

firmándose entonces la paz con Bohemia y verificándose, por mediación del Gran duque Yaroslao y de Balduíno de Cracovia, una reconciliación con Zbignieff, a quien se confirmó la posesión de Masovia bajo la condición de reconocer la soberanía feudal de su hermano.

Estos sucesos, que sólo hemos referido en sus principales detalles, llenan el período que media entre 1104 y 1107, período fecundo en movimientos y agitaciones causadas por las correrías y contiendas de los pomeranios, instigados secretamente por Zbignieff. Con razón se ha dicho que estas guerras contra los paganos pomeranios tuvieron para Polonia la misma importancia que las cruzadas para los pueblos germánicos y latinos. En ellas encontramos gran entusiasmo religioso y admiramos rasgos de valor caballeresco y locas heroicidades.

Los caballeros polacos tuvieron en su príncipe un brillante ejemplo de caballerescas virtudes. Estas campañas no fueron, sin embargo, de resultados duraderos. Por lo pronto, el adversario se sometía al número, pero apenas el enemigo había abandonado el país, los pomeranios volvían a invadir la Polonia, viniendo a ser los aliados de cuantos se levantaban contra Boleslao. Respecto de todos estos sucesos pasamos por alto los detalles.

El año 1109 fué decisivo. Una victoria conseguida el 10 de agosto junto a Nakel, y en la cual pereció la cuarta parte del ejército pomeranio, que, según se dice, ascendía a 40.000 hombres, dió a Boleslao la posesión de Nakel y de otras seis plazas fuertes. Las guarniciones polacas que avanzaron por aquellos territorios no volvieron a ser desalojadas de ellos, y desde el momento en que la Pomerania abrazó el cristianismo no pudo caber duda alguna de que este país había sido conquistado por Polonia. Entonces Boleslao se vió obligado a poner toda su atención en otros asuntos, pues era inminente una guerra entre él y el rey alemán, Enrique V.

La causa de esta guerra fué la siguiente.

Boriwoi de Bohemia, no pudiendo resistir los ataques del ambicioso y enérgico Swatopluk, huyó de su país en la primavera del año 1107; y aun cuando Enrique V le tomó bajo su amparo e hizo prisionero a Swatopluk, pronto consiguió éste, mediante el pago de una fuerte suma, ser colocado de nuevo por el rey en el trono de Bohemia. Esta unión entre Bohemia y el imperio germánico, nacida de los referidos sucesos, tuvo por consecuencia una aproximación mayor entre Hungría y Polonia, cuyas naciones acordaron entre sí que en caso de que una de ellas se viera atacada por Enrique, la otra debilitara las fuerzas de éste invadiendo la Bohemia.

Swatopluk contestó a esta alianza haciendo, a fines del año 1107, una invasión en Silesia, y aun cuando Boleslao le arrojó inmediatamente del territorio polaco, todavía no desapareció el peligro que ofrecía semejante adversario, pues en el otoño de 1108 Enrique atacó con un poderoso ejército a Kolomán de Hungría.

Enrique avanzó sin encontrar obstáculo alguno a su paso hasta Pressburgo, pareciendo seguro su triunfo cuando se le unió Swatopluk con todo el ejército bohemo. Pero Boleslao cambió la faz de la guerra uniéndose a Boriwoi, que aunque arrojado de su país por Swatopluk y abandonado por Enrique, estaba apoyado por una fracción de la nobleza bohema, e invadiendo este territorio. Swatopluk, que se jugaba la corona ducal, tuvo que regresar precipitadamente, y aun cuando no encontró al enemigo, su retirada obligó a Enrique a levantar el campo, regresando a Alemania desalentado y poseído de indignación contra Boleslao. Swatopluk se vió entonces imposibilitado, por causa de los húngaros, de dirigirse contra Polonia. Parecía aquello una partida de ajedrez hábilmente jugada por los cuatro adversarios, de los cuales el mejor jugador era el polaco.

Mientras Boleslao se ocupaba, en Pomerania, en recoger los frutos de su victoria, marchó Enrique hasta las fronteras de Polonia y sus emisarios exigieron como precio de paz la cesión de la mitad del reino a favor de Zbignieff y un tributo anual de 300 marcos de plata o un contingente de guerra de 300 jinetes. Boleslao no vaciló ni un momento en contestar con una negativa. Su situación era bastante mala: en el interior del país tenía a sus traidores hermanos; en el Oder estaba el ejército alemán y en el Sur Swatopluk, el cual entretanto había inferido a los húngaros tales derrotas que no había que contar para nada con estos auxiliares. Boleslao no tenía a su favor más que a Boriwoi y a los partidarios que éste contaba en Bohemia.

En tal situación se apresuró a fortificar los pasos del Oder y organizó un sistema de defensa delante de Glogau. Enrique, confiando en las seguridades que le había dado Zbignieff, había contado con el levantamiento de la Baja Silesia, pero en todas partes se encontró con gran resistencia, y, según parece, sólo Lebus cayó en su poder: Benthen no pudo ser tomada y el hecho de tener que abandonar el sitio de Glogau casi equivalió a una derrota, especialmente cuando allí recibió la noticia de que los habitantes de las fronteras polacas habían rechazado la invasión de Zbignieff, que los había acometido auxiliado por tropas bohemas.

A pesar de esto, unido con Swatopluk, cuyo ejército se había agregado al suyo, se lanzó sobre Breslau devastando todo el país, aunque sin conseguir resultado alguno. Las poblaciones no pudieron ser tomadas, y Boleslao, que le seguía por todas partes sin presentarle nunca batalla, le causó considerables pérdidas. La expedición dirigida contra Cracovia tampoco desconcertó al polaco. Desgraciadamente para los alemanes, el duque de Swatopluk fué asesinado cuando volvía a su tienda de campaña después de haber conferenciado con el rey Enrique, con lo cual quedó completamente nulo el auxilio que a éste prestaban los bohemos. En el campamento estalló una sedición a la que tuvo que poner fin con su presencia el propio Enrique: de distintos lados se alzaron pretensiones sobre el trono ducal, y en vista de que se preparaban grandes desórdenes, el rey Enrique se apresuró a sacar de Silesia a sus cansadas y descontentas tropas.

Esta fué una gran victoria para Boleslao, y las pérdidas sufridas no han de ser tomadas en consideración si se tiene en cuenta el triunfo moral que significaba el haber conservado su situación en todas partes.

Entonces Boleslao tomó la ofensiva. El hermano de Swatopluk, Otón, a quien el ejército deseaba y a quien Enrique había confirmado en el título de duque, no había sido reconocido en Bohemia, donde había sido preferido Wladislao, hermano menor del desterrado Boriwoi. En favor de este último se pronunció Boleslao, el cual, habiendo invadido la Bohemia, regresó a su país al tener noticia de que Boriwoi se había apoderado, en 24 de diciembre (1109), del castillo de Praga.

A los tres días se presentó Wladislao delante de esta plaza y entonces estalló en Bohemia una guerra civil, en la cual el rey Enrique abrazó el partido de Wladislao, decidiéndose la lucha en favor de éste a consecuencia de haber sido hecho prisionero Boriwoi. Los bohemos fugitivos, entre los cuales se encontraba Sobieslao, hermano menor del duque, se refugiaron en Polonia; Zbignieff, el conspirador sempiterno, se estableció en Bohemia: la guerra, pues, estalló de nuevo.

Al fin se restableció la paz por medio de matrimonios de los enemigos con hijas de príncipes alemanes. Con la probable mediación de Otón, obispo de Bamberg, que había continuado en amistosas relaciones con la casa real polaca, Boleslao, cuya primera esposa rusa había fallecido, se casó con Salomé, hija del conde Enrique de Berg (1); su hermana Richenza casó con Wladislao, y una tercera hermana, Sofía, con aquel Otón que antes que Wladislao había sido algunos días duque de Bohemia.

Las tres esposas tuvieron luego buen cuidado de que sus maridos vivieran en paz.

Por intercesión de Boleslao pudo Sobieslao, a quien su hermano había cedido los territorios de Saatz, regresar a Bohemia (2), y al mismo tiempo Zbignieff volvió también a Polonia. Pero Boleslao no volvió a tener confianza en su hermano, pues entre ambos se habían roto sobradas veces los juramentos; por eso se dejó persuadir de los que le aconsejaron que le hiciera prender y privar de la vista. Zbignieff, que nada sospechaba, murió, según parece, a consecuencia de aquella cruel operación (3).

Boleslao se esforzó luego en expiar aquel crimen por medio de ayunos, oraciones, limosnas y peregrinaciones, pero algunos indicios dan a comprender que nunca pudo borrar de su alma el remordimiento.

Sus expediciones guerreras siguientes fueron dirigidas contra la Pomerania, y pudo gloriarse de haber conseguido

(1) Véase *Bertoldi liber de constructione monasterii Zwivildensis*, Bielowski, II, pág. 6. Los presentes que hizo Salomé al convento, cuya lista se halla inserta en esta obra, son interesantes desde el punto de vista de la historia de la civilización.

(2) *Bolezlaus... ducem Bohemicum coegit fratrem minimum... in her.ditatis sortem recipere*, dice Gallus, obra citada, pág. 778.

(3) La noticia de haber sido cegado Zbignieff procede de Cosme de Praga, III, 34, 16; Gallus sólo habla de una crueldad, pero sin especificar el hecho.

un gran triunfo cuando logró en 1113 apoderarse de Naquel, plaza defendida con tenacidad extraordinaria (1).

Esto, sin embargo, no puso término a la lucha, pues si bien consiguió que el territorio del Netze le reconociera, en cambio encontró mayor resistencia en el Oder, donde el duque Wratislao constituía el centro de la defensa. Pasaremos por alto todos los detalles para fijarnos en el hecho principal de la sumisión definitiva y cristianización de Pomerania: además no nos es dado fijar con toda seguridad cronológica las distintas expediciones de los polacos. Lo que puede asegurarse es que cuando Boleslao, en 1122, consiguió apoderarse de Stettin, fué reconocida su soberanía en toda la Pomerania, la cual se obligó a pagarle un tributo y prometió abrazar el cristianismo.

El obispo Bernardo, español de nacimiento (2), perteneciente a una orden de monjes eremitas italianos, fué el primero que aspiró a la corona de apóstol de los paganos; pero la verdad es que no era hombre a propósito para ello y que, a pesar de toda su buena voluntad, su poca habilidad no le permitió conseguir resultado alguno. El verdadero apóstol de Pomerania fué el citado Otón, obispo de Bamberg, el cual, rogado especialmente por el duque Boleslao y mediante permiso del Papa, comenzó su obra de misión durante la primavera del año 1124, presentándose, no a ejemplo de Bernardo como obscuro predicador, sino con todo el lujo y la pompa de que podía hacer gala en aquel tiempo un príncipe de la Iglesia.

Los pomeranios quedaron impresionados viendo que se les presentaba algo elevado y poderoso y que el cristianismo no sólo superaba al culto pagano en fuerza interior, sino también en el aspecto externo. El viaje de Otón ha sido relatado varias veces, viéndose por la relación cómo atravesó la Bohemia y entró en Polonia, cómo el duque le recibió con toda solemnidad y con qué cuidado y atenciones se hicieron los preparativos para la expedición a Pomerania.

A la disposición de Otón se puso un numeroso tren compuesto de hombres, animales de carga y coches: el mismo duque Wratislao había sido de antemano favorablemente informado de tal empresa, y Otón supo atraérselo aún más con sus presentes. Apoyado el obispo en la doble autoridad de los duques de Polonia y Pomerania, y defendido por el sabio y enérgico conde Paultius, a quien Boleslao había puesto a su lado, pudo poner manos a la obra sin peligro alguno.

Lejos de nuestro ánimo querer explicar el prodigioso triunfo de Otón por la casualidad y por los trabajos de los demás: lo que principalmente contribuyó a él fué el hombre, pero hemos de decir que sin aquellos auxilios difícilmente habría podido conseguir la inaudita victoria que alcanzó y que no vemos repetida en los fastos de las misiones europeas.

En Pyritz y en Kamín el bautismo de los indígenas se llevó a cabo casi sin obstáculo alguno, y en uno y otro punto se construyeron iglesias que fueron dotadas de los necesarios sacerdotes. En Wollín fué donde la misión pareció tropezar con algunas dificultades: los habitantes se manifestaron hostiles, pero acabaron por declarar que seguirían el ejemplo de Stettin, de suerte que si el obispo conseguía catequizar la capital, estaban dispuestos a adorar al Dios de los cristianos.

Con gran habilidad y valor personal supo Otón establecerse en Stettin. En un principio los de esta ciudad no querían prestarle oídos, pero se entablaron negociaciones; se trató el asunto más como una cuestión política que como una cuestión religiosa, hasta que por fin la población se manifestó dispuesta a abrazar el cristianismo con tal que Otón consiguiera del duque Boleslao la paz y la supresión del tributo que se pagaba a Polonia.

No podían presentarse más marcados los motivos terrenales. Mientras Paultius se dirigía a Polonia acompañado de mensajeros de ambas partes — del obispo y de los de Stettin—para obtener una contestación favorable, Otón supo hacer prevalecer la parte espiritual, y catequizando primero a los hijos y luego a la esposa de un hombre ilustre, que entonces estaba viajando, y complaciendo con regalos a los primeros conversos, consiguió presentar la nueva religión como un beneficio glorioso y capaz de excitar la envidia.

Cuando Paultius regresó con una carta en la que Boleslao accedía a todas

(1) Desgraciadamente al llegar a este punto nos abandona Gallus, excelente guía para la historia antigua. La fecha de 1119 consignada por Roepell no es exacta.

(2) Véase Giesebrecht, tomo III, nota de las páginas 982 a 1000.

las pretensiones de los de Stettin, desapareció toda resistencia. Los templos y las imágenes de los dioses sin dificultad fueron destruídos, y habiéndose permitido a cuantos tomaran parte en esta obra de destrucción quedarse con lo que cogieran, no faltaron brazos para llevarla a cabo. Entonces pudieron edificarse en la capital dos templos y sentarse las primeras bases para la organización del culto cristiano.

Hecho esto la misión se trasladó a Wollín, que adoptó sin resistencia las nuevas creencias, aconteciendo lo propio en Kolbert y en Belgard.

En el corto período de nueve meses Otón había conseguido que todas las grandes poblaciones abrazaran el cristianismo y que 22.166 personas, según cálculo que se hizo, recibieran las aguas del bautismo. En 11 de febrero de 1125 llegó el obispo a las fronteras de Polonia acompañado de las bendiciones de los pomeranios.

Pero no por esto quedaron rotas sus relaciones con los nuevos cristianos, pues aun cuando no se llevó a cabo el pensamiento por él manifestado de volver de obispo a Pomerania, no dejó, mientras vivió, que se entibiara la unión; y cuando en 1127 el duque Boleslao se preparó para una campaña, fundada en que no encontraba en Pomerania la sumisión que se le había ofrecido, supo Otón contener el brazo que estaba dispuesto a descargar el golpe. A su actividad puede aplicarse el precepto: «Sed prudentes como la serpiente y cándidos como la paloma.»

Aunque no se ponga en duda la importancia de la cristianización de la Pomerania, puede haber diversidad de opiniones acerca de quién debe ser considerado como su autor, pues que uno de los más conocidos historiadores polacos ha encontrado manera de referir todos aquellos sucesos sin mencionar una vez siquiera a Otón.

Parécenos que la justa medida para juzgar este punto se encuentra estudiando el desarrollo ulterior de la Pomerania. La conquista de este país fué obra de Polonia y no pudo ser duradera: su conversión fué obra de Alemania. Si tenemos en cuenta que la cohesión del cristianismo de Pomerania, desde entonces no interrumpida, hizo, con el transcurso de los siglos, de aquel país un núcleo alemán, no podremos negar que los polacos debieron, por lo menos, de cometer grandes faltas políticas. Polonia no supo asimilarse aquellos territorios afines que, por su situación, le hubieran asegurado otro poderío y otro porvenir.

La Pomerania fué cristianizada por Otón de Bamberg, obispo alemán: éste puso los frutos de su obra en manos del duque de Polonia, pero ni Boleslao ni su pueblo supieron apreciarlos en lo que valían. «Las costumbres y el idioma alemanes pasaron con ímpetu el Elba, fueron extendiéndose más y más por las anchas llanuras, subieron por las orillas de los ríos y llegaron hasta las costas del Báltico (1).» Boleslao había confiado la misión cristiana en Pomerania a un obispo alemán: también la misión histórica en las costas del Báltico pasaba sin apelación alguna de Polonia a Alemania.

Boleslao en los últimos años de su vida tuvo que inclinarse ante el poder del reino de Alemania.

Las relaciones bohemo-húngaro-rusas obligaron al emperador Conrado a restablecer en cuanto fué posible la antigua soberanía feudal sobre Polonia. Los hilos que mantienen la cohesión de estos sucesos son tan enredados, que hemos de limitarnos a señalar los hechos más culminantes.

Hasta el año 1113, en que falleció el Gran duque Swiatopolk, Boleslao vivió en paz con Kieff y con Wolhynia, pero en cambio tuvo que luchar casi incesantemente con los Rostislawitz de Halicz. Cuando Wolhynia se separó de Kieff, Boleslao defendió al príncipe Yaroslao de Wolhynia en sus luchas con Wladimiro Monomaco; Hungría siguió la misma política, pero, a pesar de esto, Yaroslao se vió arrojado por Monomaco de su principado y, huyendo a Polonia, procuró desde allí recuperar lo perdido. En su favor se hicieron grandes trabajos. Valiéndose Boleslao de la traición de un polaco llamado Pedro Wlast, que estaba al servicio del príncipe Wolodar de Halicz, consiguió apoderarse de este último y hacerle prometer que no combatiría contra Polonia ni contraería alianza con ningún enemigo de ésta (2).

Esta promesa no fué cumplida. Cuando en el año 1123 sucumbió en el sitio de Wladimir el príncipe Yaroslao, protegido de Polonia y Hungría, Monomaco se proclamó soberano de Wolhynia y Halicz, y no respetó las obligaciones que res-

(1) Giesebrecht: *Período del Imperio*, tomo III pág. 1001.

(2) Véase Linnitschenko, página 351, al cual seguimos, contra la opinión generalmente admitida.

pecto de Polonia se habían contraído. Difícil es hoy decir quién tuvo la culpa de ello, pero es probable que la agresión partiera de Polonia. No se hizo una campaña propiamente dicha: no hubo más que correrías y encuentros en la frontera; éstos, sin embargo, produjeron tal excitación, que Wolodar concibió el proyecto de hacer una expedición de venganza a Polonia, y aun cuando falleció a poco, sus planes no fueron abandonados, presentándose una ocasión favorable cuando el ejército de Boleslao hubo de ocuparse en los desórdenes que estallaron en Hungría por la cuestión de sucesión al trono.

Los Rostislawitz de Halicz estaban emparentados con la familia real húngara: el rey de Hungría, Esteban I, había muerto sin hijos, dejando el trono a su sobrino, el ciego Bela. Existía, sin embargo, un hermanastro de Esteban, Boris, hijo de Kolomán y de Eufemia, hija de Wladimiro Monomaco. Kolomán había repudiado a la esposa, de cuya fidelidad dudaba, y habiendo ésta sido expulsada de Rusia, dió a luz en el destierro a su hijo Boris. El padre no había querido reconocerle, pero habiendo formulado pretensiones a la corona húngara, el rey Esteban le hizo concebir esperanzas de que llegaría a ser su heredero. Su casamiento con Judith, hija de Boleslao, le proporcionó un valeroso apoyo; así es que cuando vió frustradas sus esperanzas huyó a la corte de su suegro para desde Polonia conquistar la Hungría.

Boleslao no creyó poder desoir las súplicas de su yerno, lo cual hacía inminente una guerra sangrienta, pues Bela, entre los aliados de su suegro, encontró dos valiosos amigos, el duque de Bohemia, Sobeslao, y el príncipe ruso Wladimirko de Halicz. A la primera invasión de Boleslao, que también contaba con el apoyo de Rusia, contestó Sobeslao devastando la Silesia, y cuando Bela consiguió la alianza del margrave de Austria, Boleslao sufrió una tremenda derrota (2 de julio de 1133). A todo esto, continuaban las devastaciones de Silesia, y los embajadores bohemos y húngaros habían recabado del emperador Conrado la promesa de que intervendría en la lucha en favor de Bela y de Sobeslao y contra Boleslao y Boris. En tal apuro, los húngaros llamaron a su auxilio a los polowzes y Boleslao no vió otra salida más que dirigirse por su parte al emperador Conrado. Las miradas de todo el Oriente estaban fijas en éste.

Conrado convocó una dieta en Merseburgo para mediados de agosto del año 1135, citando para que comparecieran a ella a los duques de Bohemia y de Polonia. Unicamente Boleslao se humilló, como anteriormente se había humillado su abuelo, ante el emperador y le prestó el juramento de vasallaje; obligándose, además, a pagarle el tributo que había quedado en suspenso durante doce años. En premio de todo esto recibió en feudo, de propias manos del emperador, la Hungría y la Pomerania.

Otra vez nos encontramos, pues, con un nuevo abatimiento del poderío polaco. Lo que tantos esfuerzos había costado a Boleslao se perdía de nuevo a pesar de las guerras que, en no pequeña parte, habían sido coronadas de triunfos y de gloria. La Hungría y la Bohemia no quedaban en nada debilitadas; la soberanía del imperio sobre Polonia había tenido que ser reconocida; la Pomerania quedaba convertida en feudo de Alemania, y toda influencia en los principados fronterizos rusos desaparecía por completo: tal es el bosquejo de la situación de Polonia en 1135.

Boleslao, a todo esto, había envejecido: en el mismo año 1135 le vemos ir en peregrinación a Hildesheim, en el San Gothardo, para entregarse allí, y no en el santuario nacional de Gnesen, a sus devociones. Desde entonces su primer cuidado fué mantener la paz: por medio del matrimonio de su hijo con Werchuslava alióse con la ambiciosa familia de Monomaco, contra la cual hasta entonces había combatido. Por último, durante la Pascua de Pentecostés del año 1137, reconcilióse en Glatz con Sobieslao de Bohemia y, por lo que podemos comprender, moviéronle únicamente a ello los intereses eclesiásticos. En 28 de octubre falleció Boleslao, después de haber repartido el reino entre sus cuatro hijos.

Entonces comienza en Polonia el período de los principados parciales.

CAPITULO VII

ESTADO INTERIOR DE POLONIA (1)

Al frente del Estado de Polonia se encontraba el rey, cuyas obligaciones y derechos, con ocasión de la partición del reino por Wladislao Hermann entre Bo-

(1) Tampoco podemos seguir en este capítulo de historia de civilización polaca importantes testimonios. Aplicar al estado de cosas del siglo XII

leslao y Zbignieff, quedaron formulados. Según estas reglas, le correspondía: enviar y recibir embajadas, reclutar y reunir el ejército (1) y cuidar de los distintos asuntos administrativos del país. En otros términos, tenía la representación del Estado en el exterior, y en el interior el mando supremo militar y la administración. En estos puntos su autoridad no tenía de derecho limitación alguna, pero la realidad de los hechos le obligaba a repartir el trabajo, y por esto encontramos al lado de Boleslao I un consejo y doce amigos, que eran sus consejeros y con los cuales departía confidencialmente acerca de los asuntos secretos del consejo. Si no nos atenemos estrictamente al número de doce, tendremos demostrada de un modo irrebatible la existencia de un consejo real durante el período que estamos estudiando.

A todos los sucesores de Boleslao les vemos rodeados de consejeros y de una serie de funcionarios áulicos, entre los cuales figura en primera línea el conde palatino *(palatinus)*, que era al propio tiempo mariscal de campo y no sólo estaba al lado del rey como consejero de guerra, sino que también, prescindiendo de la parte militar de sus funciones, se encontraba en una posición muy parecida a la de los actuales ministros del Interior. Los esfuerzos de Sieciech para utilizar esta dignidad con el fin de oponerse a la invasión creciente de la aristocracia polaca en el gobierno, fueron causa, como hemos visto, de una conjuración que le derribó.

Durante los primeros años de Boleslao III y a pesar de que Wladislao Hermann había suprimido el cargo, vemos de nuevo la dignidad y el título de conde palatino en la persona de Skarbimir, debiéndose esto seguramente a que la corta edad de Boleslao hizo necesaria la dirección de un hombre de Estado (2). El palatino presidía el consejo real y fiscalizaba el desempeño de los empleos que ocupaban los condes. Según parece, hacía, en este concepto, viajes de inspección por el interior del reino, para convencerse por sus propios ojos de la capacidad de cada uno de los funcionarios. También existió, al parecer, el cargo de subpalatino *(palatini vicarius)*. El cocinero mayor *(dapifer)* y el copero *(pincerna)* eran empleados de la corte. También debemos suponer que existió un canciller, por más que no se nos hable expresamente de este cargo (3).

De mayor importancia práctica hubieron de ser aquellos servidores del soberano a quienes se confiaba la administración de extensos territorios o de alguna ciudad. La necesidad de dividir el reino en provincias debió de imponerse desde un principio por consideraciones de carácter administrativo, pero ignoramos en qué año se procedió a ella, aunque es probable que fuera en tiempo de Boleslao I. Estas provincias recibían distintos nombres, siendo llamadas *ducatus*, *provincia* y *comitatus*, y constituían unidades administrativas y militares (4). En el período que nos ocupa pueden citarse cuatro, a saber: Gnesen, Breslau, Masovia y Sandomir. Gnesen era el verdadero centro del reino; Breslau, Cracovia y Sandomir eran centros administrativos y residencias habituales del soberano (5). La Pomerania no puede ser considerada como provincia propiamente dicha, y más que tal era una especie de Estado vasallo sujeto a tributo. La provincia de Breslau era conocida también con el nombre de país de Slezsko, es decir, Silesia.

Al frente de las provincias, cuando no las administraban los hijos del duque, como sucedió en tiempo de Wladislao Hermann, se hallaban los condes *(comites)*, encargados de la dirección ad-

---

las crónicas y documentos de los siglos XIII y XIV sólo puede hacerse cuando no existen otros materiales contemporáneos. Para la historia polaca del siglo XII tenemos la citada obra de Martín Gallus, que es una excelente fuente contemporánea; el *Cosme de Praga*, la *Vita Ottonis* y otras obras fueron escritas en aquel tiempo, y una mirada perspicaz descubre en ellas, si no descripciones completas, por lo menos algunas consideraciones acerca de la cultura y de las relaciones del Estado. En cuanto a documentos, pocos pueden ser citados, pues se ha prescindido de todo lo que excede del período de Boleslao.

(1) *In exercitu conducendo.* La palabra no la repite Gallus y es, por lo tanto, de difícil aclaración. Es de suponer que tendría una paga, aunque de ello no encontramos indicio alguno. El estudio sistemático de las obras de la Edad media desde el punto de vista del latín en ellas usado es tan necesario, que aun desde aquí podemos llamar la atención sobre él.

(2) Skarbimir había sido además preceptor de Boleslao: *Scribimir paedagogum suum;* Cosme, III, 16.

(3) Gallus dedica su libro al canciller Miguel: de este cargo nos hablan también algunos documentos. Véase Bielowski, tomo I, pág. 363.

(4) Aquí damos los resultados de una investigación esmerada, cuyas pruebas nos impide reproducir el carácter de nuestra obra. *Ducatus* sólo se decía de Breslau, probablemente por ser la provincia que había sido asignada al duque Boleslao.

(5) *Sedes regni principalis;* Cosme, pág. 434.

ministrativa y militar. Los condes eran también gobernadores de las ciudades, no pudiendo precisarse si se encontraban bajo las órdenes del conde provincial o si dependían directamente del rey (1). Además encontramos a los comandantes de los castillos, llamados condes o *pristaldi*, que se designaron después con el nombre de castellanos (2). No puede admitirse que en estos funcionarios estuvieran separadas las funciones civiles y militares, antes por el contrario, según los datos que poseemos, puede asegurarse que en sus manos se reunían todas las atribuciones de gobierno, a saber: llamamiento del ejército, jurisdicción, administración e impuestos; sólo estos dos últimos correspondían a los *villici* y *vicedomini*, administradores de los bienes del soberano.

Cuando el duque recorría el país, cuidaban de proporcionarle a él y a su séquito todo lo necesario para su sustento, comida, bebida y, según parece, también vestidos y pieles. Como aquellos territorios estaban en su mayor parte poblados de bosques, los fieles constituían el primer artículo de comercio de Polonia. Los *villici* y *vicedomini* cuidaban también de recaudar las rentas del rey (3). Las fuentes históricas nada nos dicen de los funcionarios administrativos de segundo orden, de los cuales vemos después hecha mención tan a menudo, pues sólo hablan, y no es extraño, de aquellos que aparecen en primer término. La vida de la corte tenía un carácter muy primitivo: la ocupación principal era la guerra, por esto la caza era el placer favorito. De aquel tiempo se nos refieren toda clase de escenas de caza: cazábase a caballo y a pie, siempre con el cuerno al cinto; la ballesta, el venablo y también la espada servían para el ataque y para la defensa. Los perros de caza eran muy estimados (4). Boleslao III especialmente era un cazador apasionado.

Las relaciones entre el príncipe y la corte eran francas y, a lo que se ve, poco tiranizadas por la etiqueta: el príncipe comía con los cortesanos y con las mujeres de éstos, que se presentaban ricamente ataviadas (5). La afición a los adornos de oro y a las joyas era extraordinaria, y además de las pieles preciosas que iban de Constantinopla, el adorno principal consistía en brocados de oro. Los adornos eran, pues, los mismos que vemos en la corte de los primeros Ruriks. Los príncipes polacos no tenían drushina, es decir, carecían de aquel séquito que tan característico era en las cortes de Oriente. Los «amigos» y «confidentes» comían con ellos y se regocijaban como ellos con la caza y los baños, pero nunca los vemos formando corporación.

Las diferencias de clase se habían marcado demasiadamente: todos aquellos funcionarios pertenecían a la nobleza y eran conocidos con los nombres de *próceres, príncipes, nóbiles* (6). No andaremos inexactos si decimos que la nobleza nació de la gran propiedad, a consecuencia de las muchas guerras de Boleslao I y del ejemplo de Alemania. Esto no obstante, no sabemos que en el período que nos ocupa se hubieran concedido privilegios especiales a esta nobleza; únicamente puede asegurarse que el rey escogía de entre esta clase a sus funcionarios y que la aristocracia constituía un grupo cerrado enfrente de los campesinos y de la clase media.

De esto tenemos una buena prueba (7). En 1043 el duque Casimiro, persiguiendo

(1) Los llamados *loci marchiones*, que se mencionan hablando de las fronteras bohemas, podrían ser considerados como marqueses si se hubieran conservado ulteriores huellas de esta dignidad.

(2) Cosme no usa la palabra *castellanus* en este sentido, sino en el de habitantes de los castillos, o sea guarnición militar. La denominación de *pristaldus* es la que en la Edad media se daba a los caballeros nobles.

(3) Que también se pagaban impuestos en dinero lo sabemos por los documentos de Boleslao para Mogilno, pero nos parece que esto se limitaba a las plazas fuertes y a las ciudades.

(4) Una bella historia de caza se encuentra en la *fundatio monasterii Brunwillarensis*, Bielowski, I, pág. 348. En ella se nos presenta una de aquellas razas de perros: *licisca, quod est genus canum jubis inflexis villosum atque fortissimum.*

(5) La descripción de la corte de Boleslao I ha sido exagerada legendariamente y sólo nos muestra lo que el citado Gallus consideraba como el bello ideal de la residencia de un príncipe. Es interesante la mención que hace de las *mulieres curiales*, damas de la corte.

(6) Sólo hay en esto una excepción. Casimiro llama *servum patris ac suum* a aquel Meczlaw que se estableció en Masovia y que había anteriormente sido *pincerna* y *minister* de Miecislao II. Pero ya se comprenderá que aquí no debe tomarse la palabra *servus* en su sentido estricto, sino en el figurado, el súbdito, es decir, en tono despreciativo, el siervo. Véase Cosme, obra citada, pág. 417.

(7) El párrafo es a mi ver tan importante, que lo reproduzco textualmente: *Quidam non de nobilium genere, sed de gregariis militibus nobiliter opem tulit morituro, quod bene sibi restituit Cazimirus in futuro, nam et civitatem ei contulit, et eum dignitate inter nobiliores extulit.* Con esto pueden aclararse las tres expresiones técnicas: *gregarius miles, civitas* y *nobiliores.*

a Miecislao, vió en peligro su vida: «un hombre, no de la clase de los nobles, sino simple soldado, prestó noblemente sus auxilios al que estaba a punto de morir, lo cual recompensó después Casimiro dándole los derechos de ciudadanía y elevándolo a la condición de noble.» Si interpretamos esto rectamente, deduciremos de la elevación de un plebeyo a la nobleza y de la concesión de los derechos de ciudadanía, que estaban ya entonces muy marcadas estas diferencias de clase.

Acerca de los labradores tenemos muy pocas noticias: como era natural, formaban la inmensa mayoría de la población y a consecuencia de las continuas guerras de Boleslao habían caído en una opresora dependencia. No puede ponerse en duda que había entonces muchos labradores ricos, como tampoco que por resultado de las guerras continuas un número considerable de prisioneros se vió sometido a la servidumbre, siendo muchos de ellos reducidos a la condición de siervos del terruño. Allí donde sucedió esto, la clase de labradores libres o semilibres se vió en una situación en extremo triste. La diferencia principal se derivaba de que los siervos prisioneros de guerra no eran utilizados para el servicio militar por la desconfianza que inspiraban.

Además, por consideraciones administrativas, la carencia de derechos de los unos hubo de hacerse extensiva a los otros. La transición fué fácil, porque ya en los siglos XI y XII eran comunes las prestaciones feudales (1). Allí donde había escasez de numerario, como acontecía generalmente en la Edad media, hubo de imponerse necesariamente la corvea como medio de pago más cómodo.

Si examinamos en conjunto lo que llevamos dicho, veremos que existían en Polonia tres clases de labradores: los libres, los sujetos a corvea y los completamente siervos. La desgracia de Polonia quiso que este último grupo absorbiera a los demás. La igualdad no podía penetrar en la servidumbre mientras el derecho y el deber del servicio militar no se hicieran extensivos a los siervos del terruño.

Los privilegios concedidos a las fundaciones religiosas tendían al mismo objeto. Un presente (2) hecho en 1065 por Boleslao el Temerario al convento de Mogilno arroja mucha luz sobre la condición de los labradores.

Boleslao dotó a este monasterio con las rentas de los siguientes tributos que habían de percibirse en Masovia: el noveno de cada sueldo, el noveno del cerdo, el noveno *poledrum* y el noveno del pescado. A continuación venía la lista de los lugares en cuyos territorios debían recaudarse estos tributos; se citaban también las aldeas que pertenecían al convento «con toda libertad y pleno derecho,» y por último, se mencionaban los siervos de la gleba adscriptos al convento *(servi ascripticii)* (3). Además se preveían los casos de jurisdicción para los delitos de muerte en las aldeas pertenecientes al monasterio, prescindiendo por completo de si los que en él intervenían eran dos personas siervas, o una libre y otra sierva o ambas libres.

En esto tenemos una prueba directa de la vida en común de los siervos y libres en una aldea, y al propio tiempo un primer caso muy instructivo de una confusión administrativa de ambos elementos, separados en principio por un abismo.

El mismo documento demuestra además que en los ríos debieron de establecerse aduanas y menciona también mercados y tabernas.

Si añadimos que entre la población rural—y casi puede asegurarse que así fué,—además del culto católico, existía el rito griego, habremos expuesto todo cuanto con seguridad puede deducirse de las fuentes históricas. Esta descripción puede completarse examinando la organización militar, que abarcaba a todo el pueblo, y el lazo, que todo lo unía, de la sumisión al cristianismo con sus formas jerárquicas fijas. Los polacos libres tenían el derecho y el deber de tomar parte en las expediciones militares del soberano, organizadas así para la defensa como para el ataque. En ellas vemos confundidos a los labradores con los nobles: los habitantes de las ciudades—por lo que sabemos—sólo se ocupaban en la guerra de guarnición para defender sus hogares.

Como el gobierno de los primeros so-

(1) En el siglo XI sólo se encuentra de ello una prueba casual. Acerca de Boleslao I dice Cosme (I, 16): *Suos quoque rusticos non ut dominus in angariam coercebat, sed ut pius pater quiete eos vivere permittebat.*

(2) Conservado en una reproducción de Wladislao Jagelón. Véase Bielowski, tomo I, pág. 359.

(3) Sería de gran interés poder determinar filológicamente los nombres de estos *servi ascripticii*. Por lo que he podido saber, todos estos nombres son eslavos, pero su estudio etimológico podría dar por resultado su clasificación por países.

beranos de Polonia constituye un período casi no interrumpido de guerras, tenemos datos relativamente abundantes sobre este punto. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que esto sólo puede decirse de fines del siglo XI y del siglo XII, pues lo que se refiere a anteriores períodos tiene un carácter sumamente legendario (1). El ejército polaco era convocado por provincias, y marchaba por provincias bajo las órdenes de sus respectivos condes. No nos es dado fijar con seguridad cuáles eran las otras divisiones del ejército: Gallus establece una distinción entre *acies*, *agmen* y *cohors*, pero desgraciadamente este autor no se muestra consecuente en la aplicación de estas denominaciones.

Sin embargo, los contingentes provinciales pudieron agruparse formando grandes cuerpos de ejército, sometidos al mando superior de un solo jefe: así, por ejemplo, sucedió en el sitio de Nakel, en el cual una mitad del ejército estaba mandada por Boleslao y la otra mitad por el palatino Skarbimir. En cambio, cuando Boleslao emprendió su campaña contra Bohemia (1110), su ejército se dividió en tres cuerpos principales para librar la batalla decisiva, a saber: la *acies curialis*, especialmente mencionada y formada por las tropas más escogidas a las órdenes del duque en persona; la división del palatino Skarbimir y el contingente de Gnesen. Este último estaba puesto bajo la advocación de San Adalberto, patrón de Polonia, y su mando estaba confiado a muchos palatinos (2) y a varios expertos caballeros.

El grueso del ejército estaba formado de infantería; pero además había una caballería numerosa, lo cual es tanto menos de extrañar cuanto que la tradición nos dice que existían en Silesia grandes manadas de caballos salvajes (3). No andaremos equivocados si decimos que la *acies curialis*, denominación que puede traducirse por «guardia real,» era un cuerpo de caballería, cuya existencia no por esto excluía la de otros escuadrones. Cuando se efectuaba una marcha al través de un país extranjero, la caballería no marchaba delante, sino detrás del ejército, para poder acudir al auxilio de las divisiones que se encontraban en peligro. Primero marchaban pelotones bien ordenados para poder avisar oportunamente cuando se acercaba el enemigo; luego seguían los «saqueadores e incendiarios» *(combustatores et praedatores)*, y por fin el ejército propiamente dicho. También debía acompañarles un numeroso tren, porque las tropas llevaban consigo tiendas y víveres (4).

Cada provincia tenía una bandera y su música militar, y además tambores y trompetas. Asimismo los polacos conocían las máquinas de guerra de la Edad media y sabían usarlas convenientemente en el ataque y en la defensa.

El armamento consistía en el yelmo, probablemente de metal (5), y en el escudo, como armas defensivas, y como ofensivas el arco y la flecha, la ballesta, la lanza y la espada. El uso del escudo, sin embargo, no era general y por esto los soldados polacos eran para los alemanes tropas insuficientemente armadas, habiendo manifestado el emperador Enrique V su extrañeza a la vista de aquellos guerreros «desnudos.» Al atacar se embestía primero al enemigo con la lanza y luego se echaba mano a la espada. El combate de lejos con proyectiles no se empleaba sino en los sitios y en la defensa de las plazas, y en esto se dis-

(1) Como, por ejemplo, la noticia de que los polacos habían combatido antes con corazas, que después suprimieron a consecuencia de una pérdida sufrida en tiempo de Boleslao II. Gallus, obra citada, pág. 421. Como se comprenderá, esto es un cuento. El armamento de una infantería con corazas no pudo existir entonces en Polonia por razones materiales y prácticas: los ejércitos eran demasiado numerosos y el armamento harto caro. Posteriormente los jinetes llevaron armaduras. Véase Gallus, 450: *Tot ictus super loricam habuit et galeam lanceis gladiisque sustinuit...* Como en este párrafo sólo se habla del rey, no podemos generalizar este dato, pues en otro se habla del *acies curialis curialiter armata*. Gallus, obra citada, pág. 476.

(2) Estos *palatini* deben distinguirse del palatino mayor, que era quien llevaba la bandera. La división que estaba a sus órdenes llevaba el nombre especial de *acies palatina*. Gallus, obra citada, pág. 477.

(3) *Dux Sobezlaus... Poloniam cum exercitu suo* (1132) *intravit, totamque partem illius regionis quae Slezsko vocatur penitus igne consumpsit. Multos etiam captivos cum innumera pecunia nec non indomitarum equarum greges non paucos inde secum abduxit... Wissegr. cont. Cosm.*, obra citada, pág. 1138.

(4) En el ataque de Glogau, Enrique se apoderó de varias *tentoria*. Gallus, obra citada, página 461. Respecto de los víveres, puede abrigarse alguna duda, pues de ellos sólo se habla una vez y esto aun con ocasión del sitio de Nakel: *alii pabulum equorum, alii victualia queritabant*. Pero en un largo sitio en país enemigo es natural que se forrajeara, al paso que se hace difícil imaginar una expedición por enemigas comarcas, en aquella época, sin llevar los víveres consigo.

(5) *Tinnitus de galeis percussis;* Gallus, obra citada, pág. 445.

tinguían sobre manera los polacos. La toma de Nakel y la defensa de Glogau son páginas brillantes de la historia de Polonia. Los polacos, contra un enemigo cubierto de corazas, como era el ejército que les presentaba el emperador alemán, combatían de mala gana, y esto se explica fácilmente teniendo en cuenta la diferencia de armamento.

Boleslao III, en todas sus empresas importantes, solía consultar el parecer de su consejo, cuya organización no conocemos: los jefes de las distintas divisiones y los guerreros expertos constituían una especie de Estado Mayor general (1). Los heridos eran conducidos a su país, y a los muertos se les enterraba en el campo de batalla.

Si una expedición salía bien, el botín en hombres, ganado y trigo marchaba a la cabeza del ejército, así para hacer imposible el hurto como para poderlo abandonar en caso necesario.

Las luchas contra los paganos pomeranios dieron a los mandos militares una especie de consagración religiosa. Los obispos acompañaban al ejército, y cuando éste se detenía celebraban una misa. Según parece, todos los obispos debían encontrarse en el campo de batalla; por lo menos así se refiere respecto de un caso particular (2).

Si tenemos en cuenta que durante las tres últimas generaciones de la historia de Polonia sólo hubo muy pocos años de paz no interrumpida, y que en la guerra la mayoría de la población tomaba parte, por lo menos pasiva, nos explicaremos que por un lado se extendiera por el país un entusiasmo bélico y por otro hubiera como consecuencia una disminución gradual de las libertades rurales. También se ve que el carácter de cruzadas que llevaban impreso las expediciones contra los pomeranios ejerció poderosa influencia en el robustecimiento del joven cristianismo.

Esto era tanto más necesario cuanto que el clero polaco, en aquella época, no se mostraba a la altura de su misión. En el modo de ser de la Iglesia romana estaba el dar muy poco a poco un clero nacional a un pueblo no enteramente convertido, que comenzaba a entrar en el concierto de la civilización de Occidente. El conocimiento del latín, que se exigía aún al bajo clero, era un obstáculo para la buena marcha de la Iglesia romana y hacía que ésta se encontrara en desventaja respecto de la confesión griega, que se hallaba siempre dispuesta a hacer toda clase de concesiones nacionales. Polonia se vió, pues, durante mucho tiempo obligada a proporcionarse el clero del extranjero, y, a pesar de esto, se dejaba sentir la falta de sacerdotes.

Ya hemos visto cuán severamente juzgaba estos males el papa Gregorio VII y que después el legado pontificio, Walo, consideró necesario destituir a dos obispos; y no existiendo allí todavía diferencias de doctrina ni habiendo surgido tampoco la cuestión de las investiduras, sólo podemos explicarnos la necesidad de este rigor por la inepcia y la inmoralidad. Roma no solía mostrarse demasiado severa en este concepto (3), y aun cuando en tiempo de Wladislao I y de Boleslao III se operó un cambio favorable, siempre hubo necesidad de acudir al extranjero para proveerse de sacerdotes.

Ya hemos visto cuánta importancia debe darse a la circunstancia de que Polonia no pudiera crear ni misioneros para la Pomerania ni sacerdotes para sí misma. Los príncipes polacos estaban perfectamente convencidos de la trascendencia que tenía la importación constante de un clero alemán, y es una prueba de talento político el hecho de acudir también como acudieron para sus necesidades espirituales a Francia, Italia y Flandes (4). Dada la notoriamente escasa aptitud de asimilación de los romanos, no había que pensar en un clero nacional, tanto menos cuanto que la base fundamental de los conventos era extranjera; y esto acontecía lo mismo en los benedictinos de Tyeniec, Miezyrzics y Leslau que en los monjes del convento de la Cruz, de Sandomir, procedentes de Monte-Cassino.

Este fenómeno podríamos seguirlo hasta más allá del período de que tratamos. Cuando en 1140 llegaron a Polonia, procedentes de la Borgoña, los primeros cistercienses, pusieron por condi-

(1) *Convocatis senioribus consilium inivit;* Gallus, pág. 475.

(2) *Missa generalis per omnem stationem celebratur, sermo divinus suis parocchianis ab episcopis praedicatur;* Gallus, pág. 476.

(3) Zeissberg, en su *Historia polaca*, observa con razón que el número de obispos (15) que tomaron parte en la coronación de Boleslao (1076) es por lo excesivo una prueba del desorden general que en aquella Iglesia reinaba.

(4) Véase Grunhagen: *Historia de Silesia*, página 18, que ha seguido en un magnífico capítulo las primeras huellas de aquellas «simpatías sarmático-welsches.»

ción que podrían permanecer libres de elementos polacos, y a las órdenes de dominicos y franciscanos, que llegaron a aquel país en 1228 y 1237 respectivamente, contaron en su seno muy pocos polacos o ninguno. Más adelante veremos cómo se operó en esto un cambio; pero esto es de gran importancia histórica, porque nos explica por qué en Polonia no pudo haber lucha de investiduras y por qué se manifestaba tanta sumisión hacia el primado romano. Una resistencia contra Roma únicamente podía prosperar con un clero nacional.

De todo lo expuesto depende que tengamos tan pocas noticias acerca del clero polaco de aquella época, al cual nunca vemos en primer término. No puede ponerse en duda que el canciller era un sacerdote y que el duque tomaba consejo del alto clero en las cuestiones importantes: los personajes aislados están tan envueltos en obscuridad que no nos es dado nombrar todas las sedes episcopales, y menos las series de obispos. El arzobispo residía, como sabemos, en Gnesen y había obispos en Posen, Cracovia, Kolberg, Plock, Wlocawek, Leslau, Lebus y Breslau. Este último obispado fué temporalmente trasladado primero a Schmorgan y luego a Brieg (entre 1038 y 1046).

Hemos de suponer que las sedes episcopales estaban en ciudades relativamente importantes: únicamente Sandomir y quizás Glogau igualaban en extensión a aquéllas. Además de las ciudades, que fueron fortificadas, especialmente después de la última guerra con Alemania, había muchas plazas fuertes *(castrum,* según la denominación latina) en todos los lugares de alguna importancia estratégica. Así como las últimas estaban mandadas simplemente por un comandante militar, las primeras eran administradas por condes.

Acerca de la organización interior de las ciudades tenemos escasas noticias; sin embargo, no faltan algunos datos interesantes que quizás autorizan para llegar a importantes conclusiones. Respecto de Breslau, Martín Gallus nos refiere que el *populus,* el pueblo de esta ciudad, quiso apedrear al embajador de Wladislao Hermann, que abogaba por el odiado Sieciech. El joven duque Boleslao, que temía por su propia seguridad personal, convocó a los más ilustres y ancianos de la ciudad *(majores et seniores civitatis)* y a todo el pueblo a una asamblea *(deinde totum populum in concionem),* en la cual se discutió extensamente y se llegó por fin a un acuerdo tumultuario (1) por parte de toda la plebe de Breslau *(multitudo tota Wratislaviensium),* que se declararon partidarios de Boleslao y fortalecieron sus intentos con un juramento (2).

No hay que perder de vista que estamos enfrente de una organización igual a la que hemos visto en las ciudades de los eslavos rusos: la *concio* corresponde a la wetscha, los *seniores* y *majores* a los ancianos rusos, y, por último, la manera de tomar el acuerdo presenta todas las particularidades que en aquellas asambleas estamos acostumbrados a ver. Si este suceso lleva impreso el sello de lo extraordinario, esto nos muestra lo que podía suceder en una ciudad polaca de aquella época; y aunque con la implantación del derecho alemán desaparecieron por completo las huellas de la antigua constitución municipal eslava, es innegable que ésta había existido antes. Lo que hay es que parece que todos los elementos para formar un Estado civil eslavo estuvieron condenados a triste suerte.

Lo que ocurrió con el comercio y con la civilización en las ciudades no lo sabemos: únicamente puede afirmarse que al terminar el siglo XI, y a consecuencia de las cruzadas, comenzó a penetrar en Polonia el elemento judío, siendo lógico suponer que sentó sus reales en las ciudades.

CAPÍTULO VIII

FORMACIÓN DE LOS PRINCIPADOS PARCIALES POLACOS

La muerte del duque Boleslao forma época en la historia de la Edad media, pues desde aquel suceso comenzó para Polonia un período de ruina parecido al que hemos visto en Rusia, con la diferencia de que la íntima unión con el Occidente y la adhesión de Polonia a la Iglesia romana debían conducir a soluciones muy distintas.

El duque Boleslao dividió el imperio poco antes de su muerte (28 de octubre de 1138) entre sus cuatro hijos mayores, conservando la idea de la unidad del poder supremo, pues confirió a su primogénito la situación de *senior.* A éste no sólo le fueron asignadas la Cracovia

(1) *Erumpens statim in vocem.*
(2) *Quae... jureiurando a civibus firmabantur,* pág. 438.

y la Silesia, sino que como «Gran duque» debía ser de hecho y de derecho jefe de la totalidad (1). Las porciones de los demás hermanos eran menos importantes: Boleslao obtuvo la Masovia, Mieszko o Miecislao la Gran Polonia con la capital Posen, y Enrique probablemente Sandomir. En cuanto a Casimiro, nada obtuvo en el reparto.

Tres circunstancias contribuyeron a que fuese imposible conservar pacíficamente este estado de cosas. En primer lugar, la porción de Wladislao era o demasiado grande o demasiado pequeña: demasiado pequeña para satisfacer su ambición y para servir de fundamento real a las pretensiones ideales que tenía de supremacía, y demasiado grande para no despertar el deseo de aumentarla a costa de sus otros hermanos, cada uno de los cuales era por sí solo más débil que él. En segundo lugar, era Wladislao hijo de la princesa rusa Sbislawa, primera esposa de Boleslao, al paso que los demás hermanos tenían por madre a la suaba Salomé, cuya influencia no era a propósito para fundar relaciones verdaderamente fraternales entre los hermanastros. Por último, Wladislao estaba casado con Inés, hermanastra del Staufen Conrado III, mujer que, movida por la ambición desmedida de su familia, excitaba a su esposo a adoptar medidas de violencia contra sus hermanos menores. Además, consideradas las cosas imparcialmente, debía desearse, en interés de Polonia misma, que se prescindiera de las disposiciones en virtud de las cuales el padre había procedido a la división de Polonia.

Wladislao era un hombre que se encontraba en la plenitud de sus fuerzas cuando murió su padre (2), al paso que de sus demás hermanos el mayor contaba sólo once años y el menor algunos meses. De aquí que no pudiera pensarse en un gobierno de estos últimos independiente. ¿No existía, pues, el fundado temor de que los magnates polacos, que eran los que en aquellos principados parciales tenían la dirección de los negocios, aumentaran extraordinariamente la importancia de su clase? ¿Era de esperar que dirigieran desinteresadamente la administración, especialmente la parte económica?

No creemos equivocarnos al afirmar que en estas cosas estaba la semilla de las luchas que pronto habían de estallar. Los esfuerzos de Wladislao para percibir tributos en los territorios de sus hermanos hicieron que en 1140 la situación fuese tan tirante que las dos partes comenzaron a buscar alianzas. Salomé se cuidó del asunto en pro de sus hijos y procuró fortalecer las relaciones ya existentes con Rusia por medio del casamiento de su hija, que contaba trece años, con un príncipe ruso (3); pero Wladislao hizo fracasar este plan, combinando con el Gran duque Wsewolod el casamiento de un hijo suyo (que a lo más tendría cinco años) con una hija del último.

Wsewolod aceptó la proposición y los jóvenes hermanos de Wladislao se vieron reducidos a la alianza de los hijos de Wladimiro Monomaco, enemigos de Kieff, que, dada la situación de las cosas, no podían serles de utilidad ninguna. Ya en la primera mitad del año 1141 estalló la guerra fratricida en Polonia, en la cual la nobleza y el clero tomaron parte muy activa en pro de los jóvenes hermanos: el mismo arzobispo Jacobo de Gnesen se unió a ellos y hubo muchos años de lucha, durante los cuales Wladislao llevó, en un principio, la peor parte, logrando, últimamente, por mediación del príncipe ruso, firmar un tratado que, sin conducirle al fin que se proponía, tuvo por consecuencia un engrandecimiento no pequeño de su territorio (4).

La paz, sin embargo, no era más que un armisticio: Wladislao aprovechó aquel período de tranquilidad para es-

(1) Véase Grunhagen: *Historia de Silesia*, y *registros*, *Smolka Mieszko el Viejo* (polaco); Linnitscheko, pág. 634. Sobre el testamento de Boleslao hay algunos trabajos especiales de autores polacos modernos, que no he podido ver. En cuanto a la literatura originaria, véase Zeiszburg.

Debe hacerse notar que Cracovia era considerada como verdadera capital del reino.

(2) Nacido en 1105, contaba entonces 33 años. El hijo mayor de Salomé, Leszko, había muerto antes; Boleslao había nacido en 1127, Mieszko en 1130. La fecha del nacimiento de Enrique no se sabe a punto fijo. En 1140 encontramos a Boleslao y a Mieszko casados, el primero con Zwenislawa, hija del Gran duque Wsewolod de Kieff, y el segundo con Gertrudis, hija de Bela II de Hungría: ambos fueron casados, según costumbre, siendo aún niños. El no tener en cuenta estos datos cronológicos ha sido causa de que se formularan opiniones erróneas.

(3) Véase Ortlieb: *Bielowski*, tomo II, págs. 4 y 5. En cuanto a las cosas de Rusia, véase nuestra narración, cap. II.

(4) En esto seguimos a Linnitschenko, contra lo que opina Smolka, que hace pasar las cosas de distinto modo. No se libró ninguna batalla definitiva.

trechar más sus relaciones con el príncipe Conrado. En la Navidad del año 1144 encontramos en Magdeburgo como embajador suyo a uno de los más ilustres magnates polacos, Pedro Wlast, quien ya en tiempo de Boleslao III había representado un papel importante como hombre de Estado y como general. Pedro llevó a Polonia algunas reliquias y probablemente un robustecimiento de las relaciones de amistad. Wladislao, por lo menos, se sintió bastante fuerte para atacar por segunda vez a sus hermanos. Formuló de nuevo sus pretensiones a la tributación de los territorios de éstos, y cuando opusieron resistencia armada, consiguió deshacerse de Boleslao y de Enrique, y sólo Mieszko, que se sometió a tiempo, quedó en posesión de la Gran Polonia. En sus dominios hallaron refugio los demás hermanos.

Estos sucesos acaecieron en 1145; a principios del año 1146 dirigióse Wladislao a Alemania para avistarse con el emperador Conrado, que tenía su residencia en Kaina, junto a Altenburgo, y después de haber reconocido la soberanía feudal del reino alemán, recibió la garantía de Conrado en pro de las importantes modificaciones introducidas en Polonia.

Ya se comprenderá que los nobles polacos no estaban contentos del giro que habían tomado las cosas, pues el restablecimiento de la soberanía única debilitaba la importancia de la nobleza, y la flagrante violación de derecho cometida por Wladislao daba un fundamento moral a la oposición. Pedro Wlast fué, según parece, el heraldo de la opinión del país, y la tradición nos cuenta que hizo al duque enérgicas advertencias, hasta el punto de que éste temió que Pedro fuera el alma de una conjuración aristocrática.

El conde Pedro estaba a punto de casar a su hijo: el duque supo que la nobleza acudiría en masa a la fiesta, y en vista de esto resolvió desvanecer el peligro en su germen, apoderándose de la persona de Pedro; pero no se atrevió a apelar para ello a la violencia. El conde Pedro vivía en Elbing, en un castillo situado cerca de Breslau y perfectamente fortificado. Este castillo, si el conde se libraba de un golpe violento, podía convertirse fácilmente en centro y punto de partida de un levantamiento general. El duque, pues, apeló a la astucia y envió a su mariscal Dobek a la residencia del conde, que no abrigaba la menor sospecha. El emisario, bajo pretexto de ser portador de un encargo de Wladislao, fué recibido en el castillo, donde consiguió, durante la noche, apoderarse de Pedro y de su hijo Egidio: el castillo fué entregado a las llamas y estos dos infelices fueron encadenados y conducidos a presencia de Wladislao.

Las fuentes a que hemos acudido, hostiles en extremo a la duquesa alemana, refieren los ulteriores sucesos del modo siguiente. El duque Wladislao quiso inutilizar a Pedro y a Egidio confiscándoles sus bienes y enviándoles al destierro; pero Inés insistió en que se les diera muerte, y de muy mala gana se contentó con que se privara de la vista a Pedro, castigo que había de ser ejecutado por un criminal condenado a muerte. De esta suerte perdió Pedro la vista, y por excitación del mismo mariscal Dobek, que le había preso, se le cortó además la lengua.

Debe hacerse constar, sin embargo, que tomamos estos datos de una mala tradición. Con seguridad histórica sólo puede decirse que en Polonia encontramos enfrente de la política centralizadora del duque, que se apoyaba en Alemania, un partido nacional polaco que se mantenía afecto a los hermanos de Wladislao; que este partido desde 1145, y por causas de nosotros desconocidas, tuvo su centro en el conde Pedro Wlast y que Wladislao evitó la sublevación que amenazaba apoderándose violentamente de éste e inutilizándole con la mutilación de los ojos. También aparece cierto que la tradición atribuyó después la causa de esta crueldad, como la de todos los actos de Wladislao, a su esposa Inés. Si había o no razones para atribuírsela, no podemos decirlo (1).

(1) La narración de la ceguera de Pedro está llena de inverosimilitudes y es sospechosa por los detalles de exposición. Para dar un solo ejemplo de ello diremos que no se comprende la conducta de Wladislao respecto del leal Roger, quien forma un contraste dramático con el desleal Dobek. También está muy enredada la cronología de los sucesos que siguen y sobre todo no aparece todavía claro, a pesar de los trabajos especiales de Linnitschenko y de Smolka, el sesgo que tomaron las cosas después de la derrota de Posen. Wladislao no tuvo tiempo de marchar a Rusia, y es probable que su hijo menor fuera quien negociara con Wsewolod el apoyo ulterior. Pero también se ofrecen graves dudas acerca de esta opinión sostenida por Linnitschenko.

Véase Grunhagen en el tomo XII de la *Revista silesia*, págs. 77-79, cuya narración concuerda con la nuestra en los puntos capitales.

Al infortunado conde le cupo, sin embargo, la satisfacción de ver que el duque perdía el trono a consecuencia de la crueldad cometida.

La violenta conducta de Wladislao produjo una sublevación de la nobleza y del clero, levantándose también contra él sus propios hermanastros. Wladislao no se mostró, en un principio, capaz de dominar la rebelión, y a pesar de hallarse apoyado por tropas rusas sufrió en las orillas del Pilica una derrota, pero después recibió, según parece, tan considerables refuerzos que consiguió acorralar en Posen a los rebeldes. Estaba tan seguro de su triunfo definitivo, que despreció la mediación del arzobispo Jacobo de Gnesen y no mudó de modo de pensar a pesar de la excomunión que contra él lanzó la Iglesia.

Mieszko de la Gran Polonia había tratado, entretanto, con los sitiados y con una parte de la nobleza que le era adicta acerca de un ataque simultáneo contra el ejército de Wladislao, y en efecto, consiguió sorprenderle por completo cuando Wladislao creía a su adversario disperso y aterrorizado, derrotándole de tal manera que no le quedó más recurso que buscar refugio fuera de Polonia. Ya en 31 de marzo del año 1146 le encontramos en la corte del emperador Conrado, adonde le siguió pronto su esposa, a quien los aliados sitiaron en Cracovia, obligándola a abandonar el país.

En Polonia las cosas se arreglaron como si el duque no hubiera de volver nunca por allí. En realidad Wladislao estaba enemistado con todos los partidos. Reñido con sus hermanos, odiado por la nobleza y perseguido por el anatema de la Iglesia, se había visto precisado a huir, de suerte que no era de esperar que nadie se levantara en el país en favor suyo.

Las esperanzas que había cifrado en un auxilio extranjero se vieron defraudadas. En Rusia había estallado una de aquellas luchas interiores allí frecuentes, que alejó toda esperanza de obtener el apoyo ruso después de la muerte del Gran duque Wsewolod (1146). En cambio, el emperador Conrado se mostró inclinado a poner a Wladislao al frente de un ejército, y en agosto le envió con él a Polonia; pero las tropas alemanas, como tantas otras veces había sucedido, se cansaron de las dificultades del terreno, y cuando Boleslao se mostró dispuesto a pagar una indemnización y se ofreció a presentarse personalmente al emperador en Alemania, éste dió a su ejército la orden de retirarse, contentándose con haber conseguido una apariencia de triunfo.

Conrado intercedió cerca del papa para que se alzara la excomunión que sobre Wladislao pesaba (1), pero de la reposición de éste en el trono pudo tratarse tanto menos cuanto que Boleslao, entretanto, había logrado estrechar amistosas relaciones con sus vecinos los rusos y disponer favorablemente a los magnates sajones, a los cuales acudió, para el caso de una expedición polaca. La elevación de Federico Barbarroja al trono alemán introdujo un cambio en este estado de cosas. Este monarca, a pesar de que en 1157 se le presentó en Halle una embajada polaca con proposiciones de paz, decidió obtener algo más que una sumisión nominal.

En agosto de 1157 le encontramos ya en territorio de Polonia. Dos cartas de Federico nos enteran perfectamente del curso de la campaña; por esto dejaremos que hable él mismo (2).

«Cuán bondadoso — escribía al abad Wibaldo—se ha mostrado el Señor con nosotros en la campaña polaca que rápidamente hemos llevado a gloriosa cima, y cuánta fama ha concedido al romano imperio, nos lo demuestra el hecho de que Polonia ha vuelto al yugo de nuestra soberanía: te lo quiero contar todo con los mayores detalles posibles.

»Polonia está muy bien defendida por sus fortificaciones artificiales y sus naturales condiciones geográficas, de tal suerte que nuestros antepasados, los reyes y emperadores, a duras penas pudieron llegar hasta el Oder. Pero con el auxilio de Dios, que evidentemente marchaba delante de nosotros, conseguimos atravesar las esclusas que habían sido construídas en los puntos angostos del camino con árboles sólidamente unidos. En 22 de agosto, con todo nuestro ejército y contra lo que esperaban los polacos, pasamos la corriente del Oder, que a manera de muralla cierra todo el país y con su profundidad hace punto menos que imposible el acceso.

»Nuestros hombres, sin embargo, la atravesaron, precipitándose unos en lo profundo de la corriente y pasándola otros a nado. Cuando los polacos lo vie-

(1) Por no haberse querido someter a esta decisión, el cardenal Guido lanzó sobre Polonia el entredicho.

(2) Jaffé: *Bibl. rerum Germ.*, tomo I, pág. 470.

ron sintiéronse poseídos de terror, y temiendo la desolación y la ruina del país, incendiaron ellos mismos las fortalezas de Glogau, Beuthen y otras que no habían sido nunca conquistadas, y aun cuando con auxilio de sus vecinos los rusos, parthos (polowzes), prusianos y pochas lágrimas lo único que le era dado alcanzar, es decir, volver al yugo de nuestra soberanía y participar nuevamente de nuestra gracia. Sucedió, pues, que el duque Boleslao se postró de hinojos ante nuestra majestad, en el obispado de Posen, en el territorio de Crisgowe

Losa del sepulcro de Boleslao II el Atrevido.—Se encuentra en la iglesia de Ossiach, en los Alpes Carintios, es de mármol y mide 155 centímetros de largo por 115 de ancho, grabada en alto relieve; los arreos del caballo parecen medio calcinados. La inscripción dice: «Rey Boleslao de Polonia, asesino de San Estanislao, obispo de Cracovia.» Murió este rey en Ossiach y fué enterrado en la iglesia de esta población.

meranios lograron reunir un numeroso ejército, acabaron por huir ante nuestra presencia. Logramos, sin embargo, alcanzar a los fugitivos y, atravesando los obispados de Breslau y Posen, pasamos casi todo el país a sangre y fuego.

»Entonces el duque de Polonia comprendió el peligro en que estaba de perder su país y su gente, y por medio de embajadores, y también personalmente, se dirigió a nuestros príncipes, consiguiendo con muchas instancias y mu- (Krzyskowo, en la orilla izquierda del Warthe), y alcanzó nuestra gracia bajo las condiciones siguientes:

»Primeramente juró en su nombre y en el de todos los polacos que al desterrar a su hermano nadie había intentado inferir una ofensa al romano imperio. Prometió luego darnos 2.000 marcos de oro, 1.000 a los príncipes, 20 a nuestra esposa y 200 a nuestro séquito por haberse negado a presentarse en nuestra corte y por no habernos mostrado la fide-

lidad debida por su país. También juró tomar parte en la expedición a Italia y, por último, que en la Navidad se presentaría en nuestra corte de Magdeburgo para dar explicaciones completas respecto de las inculpaciones que le dirige su hermano desterrado.

»Después de habernos prestado el juramento de fidelidad y de habernos dado en rehenes a su hermano el duque Casimiro y otros nobles, como garantía del leal cumplimiento de sus promesas, emprendimos gloriosamente, con la ayuda de Dios, el regreso...»

De esta suerte quedó restablecida la sumisión de Polonia al imperio, aunque no sabemos fijamente hasta qué punto cumplió Boleslao sus promesas (1).

Hemos tratado detalladamente de esta campaña de Barbarroja, porque durante mucho tiempo constituye el último choque realmente importante de Polonia con la gran política de Occidente. Los sucesos que siguen sólo a grandes rasgos pueden ser bosquejados en una historia universal, como es ésta. El duque desterrado Wladislao falleció sin haber podido volver a su patria (2 de junio de 1166) y el emperador Federico se dió por satisfecho con que se concediera a sus hijos la Silesia como principado parcial. El mayor, Boleslao el Largo, recibió a Glogau, Liegnitz, Breslau y Oppeln, es decir, el territorio del Oder comprendido entre la desembocadura del Bober y Hotzenplotz, al paso que el segundo, Mieszko, no obtuvo más que el pequeño territorio de Ratibor, situado al Sur.

Al más joven, Conrado, que era entonces todavía un niño, no se le dió nada. Posteriormente el Gran duque Casimiro recibió el Glogau como ducado especial. Es de gran importancia el hecho de que Boleslao el Largo, a consecuencia de su dilatada permanencia en Alemania, mostrara gran predilección por el modo de ser alemán, lo cual hizo que el germanismo pudiera penetrar más fácilmente en aquel territorio polaco.

Junto a estos pequeños ducados silesios, donde residían los sobrinos, encontramos en su antigua forma el territorio de su tío Boleslao, en Masovia y Cuyavia, y por ser el *senior* de la familia de los príncipes, en Cracovia. Miezsko, a quien, para distinguirlo de su sobrino de Ratibor, se denominaba el Viejo, residía en la Gran Polonia, y Casimiro en Sandomir (2). A la sucesión de Cracovia tenía siempre derecho el mayor de la familia, de manera que a la muerte del tío la primacía hubiera debido pasar a los príncipes silesios. La adquisición de ésta no llevaba consigo la renuncia de los principados patrimoniales, pues no era preciso pasar de una situación a otra.

Cracovia era considerada como un importante suplemento a los demás bienes del senior, y en esto estribaba la diferencia esencial entre los principados parciales rusos y los polacos que existían en una misma época (3), diferencia que contribuyó mucho más de lo que hasta ahora se ha creído a aumentar el poder de la nobleza de Polonia. A este aumento ayudó también poderosamente la lucha que por el primado estalló en la familia de los príncipes. Por muy enredados que aparezcan estos sucesos, es preciso hacer de ellos una exposición, aunque sea muy sucinta.

Boleslao de Masovia falleció en 1173, dejando un hijo enfermizo y menor de edad, Leszek, cuya tutela, y cuya herencia en caso de que muriera sin hijos, correspondían al duque Casimiro de Sandomir. Según el orden establecido, el primado y Cracovia debían pasar a Mieszko de la Gran Polonia; pero éste no pudo sostenerse y fué destronado por una conjuración de la nobleza de Cracovia y reemplazado por su hermano menor; y como el propio hijo de Mieszko, Otón, movido por el odio hacia su hermano y por el deseo de salvar sus pretensiones a la sucesión, se había levantado contra su padre, perdió también la Gran Polonia, y no habiendo encontrado en Alemania el apoyo esperado, no le quedó otro recurso que buscar un asilo en los dominios de su sobrino Mieszko de Ratibor.

El estado de cosas no cambió, por de pronto, con Casimiro: Masovia y Cuyavia continuaron en quieta posesión de Leszek; Otón conservó la Gran Polonia, pero hubo de ceder a su tío el territorio

(1) Lo más probable es que hiciera los pagos; pero no asistió a la recepción de Magdeburgo ni tomó parte en la campaña de Italia.

(2) Enrique había fallecido en 1166 sin hijos.

(3) Encontramos la apreciación más exacta de este derecho del primado polaco en una carta del papa Inocencio III, de 9 de junio de 1210: *Cum Boleslaus quondam dux Poloniae certum dederit singulis filiorum suorum portionem, principalem civitatem Cracoviae majori natu reservans, instituit, ut semper qui esset de ipsius genere prior natu civitatem teneret eamdem, ita quod si major decederit vel cederet jure suo, qui post eum de toto genero major esset, ipsius civitatis possessionem intraret. Codex diplom. Min. Pol.*, ed. Pieckosinski, núm. 6.

de Gnesen, que iba unido al primado. El poderío de Leszek descansaba en la unión de Sandomir y Cracovia. Mieszko el Viejo, sin embargo, no se contentó con tal estado de cosas, y en 1181 se apoderó nuevamente primero de Gnesen y luego de la Gran Polonia, y aun hizo, con auxilio de Alemania, una tentativa para recuperar su antigua situación como primado.

Casimiro, accediendo a reconocer la soberanía feudal de Alemania, consiguió hacer fracasar este plan cuando el hijo de Barbarroja se había puesto ya en movimiento al frente de un poderoso ejército. De esta suerte Casimiro, a quien la posteridad dió, sin razón, el nombre de Justo, pudo conservar su posición hasta el día de su muerte, acaecida en 4 de mayo de 1194. Habiendo fallecido antes Leszek de Masovia, los dos hijos de Casimiro, Leszek y Conrado, se encontraron dueños de toda la Polonia, a excepción de la Silesia y de la Gran Polonia.

Al morir el Gran duque estalló de nuevo la lucha por la posesión del primado; Mieszko el Viejo era indudablemente quien más derecho tenía a él, pero era poco querido: la nobleza y el clero de Cracovia—pues éstos eran los únicos elementos que debían ser tomados en consideración—temían las tendencias centralizadoras y autocráticas del príncipe; así es que, dirigidos por el obispo Fulco de Cracovia, dieron la sucesión de ésta no a él, sino a su sobrino Leszek. Ningún derecho justificaba esta elección, que antes bien estaba en contradicción con el testamento de Boleslao. Sin embargo, el hecho de esta primera elección de príncipe en Polonia es tan importante que debemos dejar hablar a los cronistas que vieron de cerca los acontecimientos (1).

«Cuando se obscureció la estrella de Casimiro—así refiere Vincencio el suceso,—surgieron en cierto modo un caos y una confusión completa de cosas y de personas... No faltaron en aquella ocasión algunos que, con secretas proposiciones, quisieron atraer a sus proyectos a los príncipes o sátrapas y apoderarse del puesto vacante; pero sus planes fracasaron, pues el Señor conoce los pensamientos de los hombres y por esto son inútiles todos los esfuerzos; el Señor no olvida nunca a las viudas y a los huérfanos.

»Después de haberse procedido con el mayor orden al entierro, el digno obispo Fulco de Cracovia conferenció con los magnates del imperio y les convocó luego a todos a una asamblea. Apenas restablecido el silencio, dijo: «Nobles *(próceres)*, es muy justificado vuestro dolor, »pero el exceso del dolor es una impie»dad... Una colmena se dispersa y perece »muy pronto si no sabe o si vacila en po»ner en lugar de la abeja reina muerta »otra nueva, y la clase de reptiles que tie»ne por rey al estelión nombra, al morir »éste, soberano a aquel que ha sido el pri»mero en derramar lágrimas por la muer»te del rey. Muchos tienen, hoy en día, »la costumbre de elegir nuevo rey antes »de que el muerto haya sido enterrado, »para que el sucesor pueda dar magnífica »sepultura al cadáver de su antecesor. »Aun cuando Casimiro parece personal»mente muerto, no puede perecer fácil»mente en el corazón de sus deudos, en el »cual vive y vivirá eternamente por sus »muchos beneficios. La cepa, de cuya vi»da nacen gérmenes con condiciones vita»les, no ha perecido, sino que tiene asegu»rada mayor duración. Nos han sido con»servadas dos ramas de olivo, dos antor»chas, los dos hijos de Casimiro, Leszko »y Conrado, ambos jóvenes y en edad que »necesitan una tutela: es, pues, justo in»vestir al primogénito de la dignidad del »padre.»

»A esto contestó un hombre ilustre: «Ciertamente, digno padre, hacen todos »bien en adherirse a un consejo madurado »y saludable, y todo aplazamiento es per»judicial y peligroso cuando se trata de »cosas que no pueden retardarse. Y como »en la elección de un príncipe no puede »haber vacilaciones, os conjuro a que la »atención de todos se concentre en la per»sona que haya de ser elegida. A la fren»te del anciano no le está bien la barba »del adolescente y es pueril que al exper»to se le ordene la inexperiencia del niño, »como dice un sabio proverbio: «¡Ay del »país cuyo rey es un niño!» Es, por tan»to, preciso que un príncipe sea sagaz, »fuerte, prudente y hábil para todo, pues »si ya es peligroso todo abandono en las »cuestiones de menos importancia, como »en la familia, en el hogar, en la navega»ción, en la agricultura, ¡cuánto más pe»ligrosa no será la ausencia de estas cua»lidades cuando se trate del gobierno de »un Estado!» Después de esto quiso influir para que fuera elegido sucesor del

(1) Vincencio Kadenbek, muerto en 1223. Bielowski, tomo II, pág. 429. Para nuestro trabajo no hace al caso la obra de Dzierswa.

príncipe Mieszko el Viejo o su sobrino Mieszko. El obispo, lleno de divino celo, le contestó: «Has hablado como hombre pru»dente; pero tus razones no pueden apli»carse al presente caso, pues si bien serían »procedentes tratándose de la elección de »un príncipe, no lo son cuando se trata »de una sucesión hereditaria. El derecho »de elección y el de sucesión son dos co»sas muy distintas: en aquél predomina »una libertad completa, en éste prevale»cen los preceptos de antemano estable»cidos: en la elección deben ser excluídos »todos los que no han llegado a la edad »oportuna; en la sucesión no se excluye »ni a los niños pequeños ni siquiera a los »hijos póstumos, que anulan un testa»mento hecho con todas las debidas so»lemnidades. Pero ni aun aquello que has »dicho respecto del gobierno y del peli»gro del Estado alcanza a los niños, pues »si el Estado, según la noción jurídica, »es un pupilo, dedúcese de esto que lo »propio cabe aplicar a aquéllos: en igua»les condiciones, tiene el derecho igual »aplicación. O has de emancipar a los pu»pilos de la tutela, o tendrás que nombrar »tutores para el Estado.

»Los príncipes no gobiernan los Esta»dos personalmente, sino por medio de »funcionarios administrativos. Sería, »pues, altamente impío e injusto olvidar »o impedir lo que la razón prescribe, el »interés reclama, el honor manda, la pie»dad aconseja y, por último, la fuerza del »derecho ordena. Tampoco es ningún obs»táculo la antigua prescripción que dis»pone que la autoridad de la soberanía »resida siempre en el más viejo, pues tal »precepto ha sido derogado por el Papa y »por el emperador Federico, los cuales »pueden dictar y derogar disposiciones »de derecho, como lo demuestra el haber »instituído y confirmado en el principado »a Casimiro, a pesar de vivir aún Miesz»ko el Viejo. No hay, pues, nada que »bajo este concepto se oponga al acuerdo »de los príncipes, al favor de los ilustres, »al voto de los ciudadanos o del pueblo.»

»Pronunciadas estas palabras, lanzóse al cielo una exclamación general de alegría: «¡Viva, viva eternamente el »príncipe Leszko!»

De esta manera perdió por segunda vez el primado Mieszko el Viejo. Así como antes había tenido que ceder ante una conjuración (1) que dió la supremacía a su hermano, a la sazón ocupó su sitio el sobrino y la asamblea de nobles de Cracovia puso en tela de juicio el principio del derecho del primado, hasta entonces no discutido. El curso de estos acontecimientos merece llamar la atención. El obispo Fulco parece haber sido el único que comprendió toda la trascendencia del acuerdo en aquella asamblea tomado: la misma protesta que se elevó contra Leszko no estaba hecha en nombre del derecho, sino por consideraciones prácticas: los evidentes sofismas del discurso del obispo no fueron por nadie rebatidos. Parecía como si el punto de vista jurídico se hubiese borrado de la conciencia de los contemporáneos. Aun prescindiendo de Mieszko el Viejo, tenían derecho preferente al primado los sobrinos silesios de éste; y si se quería conservar la supremacía en la familia de Casimiro y disfrutar de la libertad que prometía un gobierno de un menor de edad, no quedaba más recurso que declarar institución anticuada la sucesión al primado. Un príncipe de Cracovia que no fuera el mayor de su familia no podía ejercer la soberanía sobre todos los ducados de Polonia tal como la había ejercido Casimiro; y en efecto, desde aquel momento y por mucho tiempo no volvemos a encontrar la unidad de Polonia.

Del curso de estas negociaciones electorales no puede deducirse un principio de derecho político, pues dicho suceso lleva impreso un carácter casi tumultuario, habiéndole precedido algunos acontecimientos cuyo fundamento difícilmente puede hoy explicarse. ¿Quiénes eran los príncipes o sátrapas cuya voluntad debía ganarse? ¿Qué proposiciones se presentaron? ¿Quién, finalmente, pensaba en proponerse como soberano de Cracovia? Así como difícilmente puede contestarse a las dos primeras preguntas, es de creer que algunos magnates cracovianos pretendieron para sí la dignidad de príncipe.

Sea lo que fuere, la conducta del obispo Fulco destruyó todos estos planes, y como el duque Mieszko se mostraba decidido a defender su indisputable derecho, se hizo la lucha inevitable. Sin embargo, la batalla de Mosgawa, librada en 13 de septiembre del año 1195 junto a Andrzejow, decidió la cuestión en pro del hijo de Casimiro, siendo probable que tal resultado se debiera a que los príncipes silesios Mieszko y su sobrino Yaroslao no llegaron a tiempo con sus

(1) *Primi provincialium et consulares viri secreto secum deliberatione disceptant. Biel. Wincenty*, pág. 385.

tropas auxiliares. Mejor le fueron al anciano príncipe las negociaciones, pues mediante la promesa de adoptar a Leszko y de armarle caballero, consiguió que éste renunciara voluntariamente a la Cracovia, renuncia que fué reconocida por los magnates cracovianos, después de haber aquél jurado que cumpliría su promesa. Un año después (1201) fué expulsado por los magnates, que se habían rebelado, pero con su astucia pudo reconquistar su residencia en Cracovia, y después de haber cedido a su engañado sobrino la Cuyavia, y sin haber nombrado sucesor suyo a Leszko, falleció en 1202 en plena posesión del poder.

Mieszko fué el último príncipe polaco en quien se conservó la sucesión del primado. Después de su muerte no tuvo ésta ningún defensor y los principados parciales fueron de hecho y de derecho Estados independientes unos de otros. En Cracovia nadie pensó entonces en Mieszko de Ratibor, que era el mayor de su familia: la nobleza se dirigió a Leszek, quien no aceptó el ofrecimiento porque como condición para ser elegido se le imponía la obligación de separarse de uno de sus favoritos, el palatino Goworek de Sandomir. Wladislao Laskonogi (Dunnbein), hijo de Mieszko el Viejo, a quien acudieron aquellos nobles, aceptó la elección después de algunas vacilaciones y de haberse puesto de acuerdo con Leszko. Sin embargo, poco tiempo pudo conservar su cargo, pues excomulgado en 1206 por el arzobispo porque se oponía a los esfuerzos reformadores eclesiásticos de la época, vióse obligado a huir a Posen. Entonces, Leszek, hijo de Casimiro el Justo, aceptó la elección de los cracovianos que de nuevo se dirigieron a él, cediendo a su hermano menor, Conrado, la Masovia y la Cuyavia. Respecto de la Cracovia, se adoptó la resolución de que pasaría, como principado hereditario dentro de la familia de Leszek, de padres a hijos (1210).

CAPÍTULO IX

ENGRANDECIMIENTO DE SILESIA Y COLONIZACIÓN ALEMANA

Quedó, pues, en Polonia establecido el sistema de los principados parciales, siguiendo en lo sucesivo las respectivas soberanías su camino propio y no congregándose para una acción común más que en casos excepcionales. Las más de las veces que se ponían en contacto era de una manera hostil y el resultado del posterior desenvolvimiento fué la decadencia creciente del poder del príncipe y el aumento de la importancia del elemento aristocrático.

El duque Leszek, que poseía el trono antes anejo al primado, vióse obligado por el antiguo desenvolvimiento histórico de Cracovia y por la situación geográfica de su ducado a fijar su atención ante todo sobre Halicz (Galitzia).

La Rusia meridional fué entonces y mucho tiempo después de grandísima importancia para Polonia. Por la historia rusa conocemos las antiguas relaciones entre Polonia y Rusia, a las cuales va unido un animado comercio. La Puerta leska de Kieff demuestra la importancia del elemento polaco en aquel emporio del comercio de la Rusia meridional, que como punto de depósito tenía que cuidar de los géneros de Grecia y de las necesidades de lujo de Polonia. La más antigua de estas vías mercantiles ruso-polacas de que tenemos conocimiento conducía, pasando por Berestje, a Wolod de Pripet, y de allí por el Dniéper a Kieff, o por tierra por Wolhynia, Wladimir, Luck, Peresopnica y Bielgorod.

Cuando a mediados del siglo XII fué disminuyendo cada vez más la importancia de Kieff hasta desaparecer por completo, se modificaron las vías mercantiles. Halicz y Volhynia adquirieron cada día mayor importancia, y en el siglo XIII encontramos ya los siguientes caminos de Rusia a Polonia y viceversa:

1.° Por el San y Peremischl a Cracovia.

2.° De las ciudades wolhynias de Wladimir y Scherwen por el Vístula a Zawischost, y luego a la orilla izquierda del Vístula por Sudomir, Kropiwnica y Wislica a Cracovia o a lo largo del Ilscha, cerca de Schmelnik, al mismo punto.

3.° Desde Wolhynia por el San, más abajo de Yaroslawl, junto a Sudomir, y por el Vístula a Cracovia.

Esto fué mientras Wolhynia era el Estado más poderoso y que ofrecía más seguridad; pero cuando Halicz fué más fuerte, el camino de este país pasó o por Halicz, descendiendo el Dniéster y por mar hasta la desembocadura del Dniéper y de allí a Kieff, o por tierra también a Kieff por Peremischl. Para Polonia el punto de partida fué siempre Cracovia, cuyo interés por los asuntos wolhynio-galitzios nos demuestra un intencionado dibujo. Pero también debe hacerse notar que el comercio de trán-

sito que de Alemania, Bohemia y Moravia se hacía con Rusia debía seguir el mismo camino, lo cual aumentó la importancia de éste (1).

Leszek de Cracovia era primo del príncipe Román de Halicz, a quien conocemos por la historia de Rusia, y que al hacerse cargo del gobierno se había obligado a reconocer la supremacía de Leszek. Sabidos son los esfuerzos que hizo por conservar su independencia y sabido es también cómo al fin pereció en la batalla de Zawichost (1203). En las luchas que a su muerte y por la posesión de Halicz estallaron intervinieron los húngaros, los rusos y los polacos, inclinándose la victoria ora a los unos, ora a los otros, y viéndose los hijos de Román obligados a buscar a cada momento nuevo asilo. En el enmarañado desorden de las alianzas, siempre distintas, y de los tratados de paz, que se rompían poco después de firmados, desempeñó un papel importantísimo el duque de Leszek, el cual se valió, como instrumento, de su suegro Alejandro de Belz, interviniendo a la postre directamente en favor de su sobrino Daniel, cuando comprendió que los húngaros amenazaban fijarse definitivamente en Halicz. Era ésta una política desleal inspirada por el interés del momento, que no podía dar resultados duraderos. Prescindiendo de los detalles, diremos que el resultado fué que los hijos de Román se aliaron con un príncipe ruso, que los húngaros y los polacos perdieron sus posiciones y que Leszek perdió a Bresc y algunos distritos fronterizos de los cuales se había apoderado. La paz general que se firmó en 1220 acabó en definitiva con la preponderancia de Polonia: el país continuó siendo ruso y Leszek permaneció inactivo durante la guerra ruso-húngara que estalló al poco tiempo, demostrando que no estaba a la altura de la misión que le había sido confiada.

Los príncipes parciales polacos no pudieron tampoco conseguir el fin que en la Gran Polonia se habían propuesto.

Casi todos los príncipes polacos experimentaron las consecuencias de aquella guerra civil, más de rapiña que sangrienta. Laskonogi, cuya porción propia era Sandomir, después de haber sido arrojado de Cracovia, se apoderó injustamente de la Gran Polonia, que era la herencia de su sobrino Odonitz. Este encontró apoyo en el duque Enrique de Breslau y recibió de él el territorio de Kalisz (2), con la condición de que se lo devolvería en cuanto Laskonogi se viera a su vez obligado a restituirle la Gran Polonia. En 1216 firmóse la paz entre tío y sobrino, sin que desgraciadamente conozcamos las condiciones bajo las cuales se llevó a efecto. El papa Honorio III, que había sido el mediador, publicó en 9 de febrero de 1217 tres documentos que arreglaban este asunto, siendo la condición más importante aquella por la cual el pontífice tomaba bajo la protección pontificia a Wladislao Odonitz, a quien llamaba príncipe de Kalisz, y ordenaba al arzobispo de Gnesen que lanzara la excomunión sobre Laskonogi o sobre su país. En cambio Odonitz se comprometía a pagar al papa, cada tres años, tres marcos de oro.

Pocos días después apareció otra carta pontificia, en la que se pedía a Odonitz que devolviera a Kalisz al duque Enrique de Breslau y se confiaba a dos sacerdotes, el escolástico de Breslau y el arcediano de Cracovia, el encargo de hacerle ceder por medio de censuras eclesiásticas. A pesar de esto, Odonitz conservó en su poder el territorio en litigio y no quiso reconocer el derecho dudoso de Enrique, viéndose protegido, según parece, en su resistencia por el arzobispo de Gnesen. Una guerra que estalló en aquel mismo tiempo, entre Enrique de Breslau y Laskonogi pareció quitar al primero toda posibilidad de exigir la posesión de Kalisz, y no varió en nada esta situación la paz firmada entre ambos adversarios por mediación del clero antes del 9 de mayo de 1218. Pocos años después la guerra se hizo general, tomando esta vez parte en ella todos los príncipes polacos. Odonitz, que después de su casamiento con Hellinga, hermana de un duque de Pomerania, se sintió más fuerte, se apoderó de un castillo situado en el Netze y volvió a estar en abierta guerra con su antiguo enemigo Laskonogi. La suerte le fué propicia, pues derrotó a su tío, conquistó a Posen y obligó a aquél a emprender la fuga. Leszek, Enrique y Conrado de Masovia, que se apresuraron a auxiliar a Laskonogi, fueron completamente derrotados en una traidora sorpresa, en la cual perdió su vida el duque de Cracovia.

(1) Véase Linnitschenko: l. c., pág. 565.

(2) Acerca de la controversia suscitada sobre el nombre de Kalisz, véase a Smolka: *Relaciones exteriores del duque Enrique el Barbudo. Revista silesia*, XII, pág. 102, nota 2.

Al año siguiente (1228) Laskonogi consiguió apoderarse de la persona de su sobrino; pero este triunfo fué de corta duración, pues Odonitz se evadió, y luego volviendo expulsó a su tío, el cual, después de haber intentado en vano conseguir por las armas el regreso a su patria, falleció en 1231 sin hijos, nombrando heredero suyo a Enrique el Barbudo, que le había dado asilo y amparo en los últimos días de su vida. Enrique no pudo reclamar desde luego esta herencia. Con la muerte de Laskonogi, Wladislao Odonitz era, por de pronto, único soberano de la Gran Polonia, si bien este éxito personal iba unido a una pérdida para el conjunto de Polonia, pues el duque Swantopolk de Pomerelia se había declarado completamente independiente.

Más importante en sus consecuencias fué la muerte del duque Leszek de Cracovia. Después de la muerte de Leszek, Laskonogi había querido apoderarse de la tutela de su hijo Boleslao, menor de edad; el tío de Boleslao, el duque Conrado de Masovia, pretendió hacer valer su derecho de parentesco, y viendo que no le era voluntariamente reconocido impetró el auxilio de los dos hermanos Daniel y Wassilko de Halicz. El país fué devastado en todas direcciones y entonces Erzimislawa, la viuda de Leszek, adoptó la resolución de buscar un protector en Enrique de Silesia, que era en aquel tiempo el príncipe más poderoso de Polonia, y le confió, de acuerdo con los magnates de Cracovia, la tutela de su hijo, con lo cual Enrique se obligó a amparar a Boleslao en la posesión de Sandomir. Consecuencia de esto fué una guerra entre Enrique y Conrado, y aun cuando en un principio Enrique consiguió algún triunfo importante, tuvo, en 1229, la desgracia de caer en manos de su enemigo, no consiguiendo la libertad sino a cambio de la promesa de renunciar a Cracovia.

Relevado por el papa Gregorio IX de esta obligación, contraída bajo juramento, y protegido por los cracovianos, que sentían gran repulsión hacia el ambicioso y pérfido Conrado, pudo en 1230 entrar de nuevo en posesión de su ducado, si bien duró todavía seis años la guerra civil. Con Wladislao Ordonitz, que no reconocía las pretensiones de Enrique sobre la Gran Polonia, firmóse en el otoño de 1234 la paz que señaló al Warthe como río fronterizo de ambos adversarios, aumentándose con ello considerablemente los dominios de Enrique: al año siguiente se firmó la paz con Conrado. El casamiento, ya tratado anteriormente, de dos hijas de Enrique con los hijos de Conrado selló el pacto que aseguraba en lo sucesivo al silesio la posesión de Cracovia.

Como se ve, el resultado definitivo de todas estas luchas fué el engrandecimiento de Silesia. Enrique el Barbudo—

Sello de Mieszko el Viejo.—La estampilla estaba adherida, quizás según antiguo uso, al puño de la espada del Gran duque por cuatro ligaduras salientes, que se ven en el grabado. En el centro del sello el Gran duque, vuelto hacia la izquierda y armado con una cota de malla, con el yelmo puntiagudo en la cabeza, sostiene en el brazo izquierdo un escudo convexo y en la mano derecha una lanza. La inscripción, continuada en un reborde saliente, dice: ‖MESI‖CODV‖X MA‖XIM‖ (De un documento del año 1175, existente en el archivo de Breslau, según Vossberg.)

tal era su sobrenombre—tenía en su poder casi las tres cuartas partes del reino de Polonia: únicamente estaban en manos extrañas el territorio situado al Norte del Warthe (de Odonitz), la Masovia y la Cuyavia (de Conrado), Sandomir (de Boleslao) y la Alta Silesia (los ducados de Oppeln y de Ratibor). Habíase, pues, sembrado en Polonia el germen de una futura soberanía única, y como el hijo, adulto ya, de Enrique, Enrique II, que a la muerte de su padre (1238) se hizo cargo del gobierno, era, según parece, un hombre excelente, los contemporáneos consideraron muy favorables las probabilidades que estaban de parte de tan poderosa familia.

La importancia de este personaje no estuvo únicamente en sus dotes milita-

res y en los triunfos de su meditada política, sino que alcanzó fama en la historia como fundador de la colonización alemana en Polonia y especialmente en Silesia, hasta el punto de que a él se debe principalmente que en la actualidad sea este país un territorio alemán.

Para apreciar debidamente los hechos, es preciso que penetremos en el obscuro campo de la agricultura polaca de aquel tiempo.

Al examinar la larga serie de documentos de donación y de privilegios que hasta nosotros han llegado, lo que más fuertemente impresiona es que la agricultura polaca pereció por el sistema tributario y sobre todo por la caza.

En Polonia no había una clase de labradores que pudiera dedicarse preferentemente al cultivo de sus tierras. Innumerables gabelas pesaban sobre el labrador polaco, tales como construcción de castillos y puentes, servicios de vigilancia, postas, conducciones, servicio de correos y de policía; tenía además que pagar exorbitantes tributos en especie, como miel, cereales, ganado; tenía que auxiliar a los cazadores del príncipe y que vigilar los nidos de halcones y las construcciones de los castores: cuantas veces fuera necesario debía también hospedar a toda la comitiva de cazadores, halconeros y criados encargados de los perros y de los caballos, y proporcionar alimentos para ellos y para los animales. Iguales pretensiones podían formular los cerveceros, panaderos, pescadores, etc., del príncipe.

El vasto territorio ocupado por bosques sin roturar y por prados pertenecía en propiedad, mientras no estuvieran en poder de particulares, al príncipe, a quien correspondían todas las regalías de aduanas, monedas, sal, mercados, tabernas, molinos, caza y pesca. A él pagaba el labrador el impuesto del campo, del arado, del cortijo y de la paz; en una palabra, aun cuando en teoría subsistía la independencia de la clase de labradores, de hecho el labrador no era libre y la libertad moral debía sucumbir al faltar la posibilidad de una ganancia segura.

El impulso para llegar a la mejora de esta situación partió del exterior, habiendo sido los conventos de premonstratenses y cistercienses los que iniciaron la senda que a ella debía conducir (1). Las reglas de estas órdenes, en extremo útiles a la agricultura, hacían no sólo que los frailes cultivaran sus propiedades, sino que fuera de su interés especial procurar que los labradores colonizaran sus territorios. Los labradores del país tenían, pues, un medio de rehuir todas aquellas obligaciones que sobre ellos pesaban, y que hacían punto menos que imposible un laboreo productivo del terreno.

Aun prescindiendo de las dificultades inauditas que iban unidas a toda modificación en los principios fundamentales de la vida agrícola hasta entonces vigentes, no era de esperar que la clase de labradores polacos, enervada por el sistema agrícola existente, se aviniera fácilmente con un estado de cosas que por lo mismo que estaba menos sujeto a la inspección exterior, exigía de ella mayor y más espontánea actividad. Sin embargo, si se conseguía establecer en aquellas vastas extensiones de bosques y prados sin roturar una población agrícola de arrendatarios acostumbrada a vivir en un estado agrícola de independencia y si se la podía librar de las opresoras condiciones del derecho polaco, podía afirmarse que con ello se aseguraba un gran progreso económico en el país, sin que en nada resultara perjudicado el antiguo orden de cosas y sin que nadie pudiera ver en esto amenazado el predominio de la nacionalidad polaca. Y no obstante, existía el peligro de que se verificara una modificación nacional allí donde los ciudadanos y labradores apareciesen como colonizadores. Aun sin este fundamento habían cambiado su nacionalidad por la de su nueva patria algunos nobles emigrantes.

La unión estrecha en que estuvo con Alemania la rama silesia de la familia real polaca, especialmente desde los tiempos de Barbarroja, decidió de un modo esencial del porvenir de los territorios polacos occidentales. Ya hemos visto la influencia ejercida por las madres y esposas alemanas de aquellos príncipes: favorecida por ellas, la inmigración siempre creciente de una población agrícola alemana no sólo sentó sus reales en territorio silesio, preparando con irresistible fuerza la germanización del país, sino que sus avanzadas penetraron tan adentro en los demás principados polacos que la germanización, andando los tiempos, de todo el Estado polaco se presentaba como cosa que cabía dentro de los límites de lo posible. La catástrofe ocurrida en 1289 en Cracovia

(1) Véase Grunhagen: *Historia silesia*, primera parte.

índica en este punto la evolución decisiva.

El que considere la importancia que por su situación geográfica ha tenido hasta nuestros días la Silesia, no podrá menos de confesar que la germanización de este país fué un suceso de gran trascendencia histórica.

La fundación del convento de cistercienses, en Leubus, acaecida en el año 1175 (1), se debe a Boleslao el Largo, que tomó bajo su protección a los monjes alemanes del convento de Pforta, junto al Saale, los cuales se habían establecido en el sitio llamado Leubus, «en el lugar ocupado por un antiguo castillo situado cerca del Oder,» para vivir según la regla de San Benito y los preceptos de la orden de los cistercienses. Entonces se dispuso «que los alemanes establecidos en los dominios del convento estarían para siempre exentos del derecho polaco,» y aun se aseguró a los colonos polacos del abad que desde aquel momento sólo tenían que pagar sus censos a éste. Muy pronto florecieron aldeas alemanas no sólo en el territorio de este convento, sino fuera de él, extendiéndose por la orilla derecha del Oder y apareciendo todavía en el siglo XII las más antiguas colonias alemanas en Krossen, Strehlau y Jauer.

De Leubus salieron nuevas fundaciones de conventos, y así nacieron la fundación de Heinrichau (1222), Lad y Priment y por medio de la actividad colonizadora de los cistercienses fueron poco a poco a parar a sus manos los conventos de otras órdenes (2). En el mismo sentido procedieron los monjes agustinos, cuya residencia principal estaba al pie de la montaña de Kamentz y que desde el monasterio del monte Zobten fueron extendiendo su colonización alemana. La orden de los premonstratenses siguió también este ejemplo.

El rasgo característico de estas colonias alemanas y de las del derecho alemán consistía en que, en vez de las muchas prestaciones en especie de las cuales hemos enumerado algunas, se estableció el impuesto en dinero, y en que así como el derecho polaco hacía depender al labrador en absoluto de los propietarios, los labradores alemanes gozaban, en sus tierras, del derecho de administrarlas independientemente. Los muchos documentos que acerca de estas residencias de colonos alemanes nos han conservado los conventos, los príncipes y los particulares, demuestran hasta dónde llegaba en Polonia el convencimiento de la utilidad de tales colonias; y en realidad apenas había mejor negocio que el de éstas.

El terreno había tenido hasta entonces un valor exiguo; la extensión de las tierras labradas no guardaba, ni con mucho, proporción con los vastísimos bosques del país, y por grandes que fueran los rendimientos de la caza, organizada sin consideración alguna, no podían compararse con los productos de una agricultura bien atendida. Al leer los documentos de aquella época, quédase uno sorprendido de ver cuán escasa era, por ejemplo, la cría de ganado. Se araba con bueyes, de los cuales había bastantes, pero el número de vacas era insignificante. En 1212 encontramos en una aldea doce bueyes, tres vacas y dos caballos; en 1246 el duque Boleslao de Cracovia y Sandomir vendió una aldea cuyo ganado se reducía a seis bueyes, un caballo y tres cerdos, y de estos ejemplos podríamos citar muchos.

De todas las crías, la más extendida parece haber sido la de cerdos y carneros, que se hace sin trabajo alguno. Lo peor de todo eran las innumerables gabelas impuestas por el derecho polaco, que hacían imposible la prosperidad material de la clase labradora (3). Tales gabelas y la circunstancia de faltar el fundamento de una administración agrícola independiente quitaban a los labra-

(1) El año de fundación es objeto de controversia: la fecha de 1175 es la que lleva el documento de fundación. Véase Grunhagen, l. c., 40; *Registros*, págs. 45-46.

(2) Las fundaciones de conventos de los cistercienses las refiere Zeissberg, l. c., pág. 46; los conventos fundados en Posen, Meyer: *Historia del país de Posen*, págs. 98 y 116.

(3) Lesco el Negro, duque de Cracovia, para no poner más que un ejemplo, refiere en un documento de 1.° de abril de 1284 publicado para la iglesia de Sandomir (*Codex dipl. Min. Pol.*, I, 104), las siguientes: *A Powod, powoz, stan, targowe, podwody, krowa, naraz, a stroza (eos liberamus) et a domino stroze, qui in vulgo pan stroze vel strozni dicitur, a castoribus et venatoribus eorundem, a custodibus villarum et ab omni castro seu construendo de novo seu reparando. Pogon etiam et woyna numquam facient... nec upravam facient... Praeterea ab omnibus aliis solucionibus, serviciis, exaccionibus, angariis et parangariis ducalibus palatinorum, castellanorum, forensium, monetarium, theloneariorum, judicum, camerariorum seu officialium quorumcunque, sive sint ordinarie sive extraordinarie... prorsus sunt liberi.* Las cargas de que por este documento se veían exentos los labradores de Sandomir tenía que soportarlas el labrador sometido al derecho polaco.

dores toda afición a la agricultura, pues eran otros los que recogían los frutos de su sudor. El convencimiento de la completa servidumbre de derecho en que se hallaban debía necesariamente enervar los ánimos; y es un rasgo muy característico que, a pesar de esta opresión, la historia polaca del siglo XI no consigna ninguna sublevación de labradores.

Los colonos alemanes establecidos en el país se encontraron en una situación muy distinta.

El duque, o el que los había llamado a sus dominios, les cedió un trozo de terreno más o menos extenso a cambio de un moderado canon en metálico que debían pagar después de transcurrido cierto número de años libres de toda carga (1). Se concertaba el pacto no con cada uno de los colonos, sino con un empresario, que se proporcionaba colonos y les daba una porción de tierra ajustada a la medida alemana (2), haciéndose cargo, con el carácter de alcalde, de la dirección de los asuntos del común y de la administración de justicia. Un ejemplo puede ilustrar esta manera de nacer aquellas aldeas sujetas al derecho alemán.

En 1274 la abadesa Inés, del convento de Skala, cedió a un tal Uciech una aldea ya existente, que debía colonizar con sujeción al derecho alemán bajo las condiciones siguientes: «El y sus sucesores poseerían seis hufes (40 hectáreas) de tierra, disfrutando durante 16 años de una completa exención y siéndole permitido tener en la aldea taberna, jardines y libre pesca: únicamente nos reservamos el derecho de comer y pescar para nuestro uso particular: de la taberna no percibiremos nada.» Después de asegurar el derecho de cortar y pastar en los bosques del convento, se añadía: «Además, nuestro juez presidirá tres veces al año el tribunal de esta aldea. Los demás tribunales y los litigios estarán a cargo del alcalde y de sus sucesores, y de tales litigios y multas percibiremos dos dineros, reteniéndose él un tercio, a excepción de los casos de mutilación y homicidio, que nos reservamos para nuestra jurisdicción. Una vez transcurridos los años de exención, los colonos de la citada aldea nos pagarán anualmente cuatro medidas de trigo, cebada y avena, y por cada hufe de tierra un ferding de plata. También concedemos al alcalde la facultad de vender su derecho de propiedad y todo lo que a él va anejo.» En este caso los colonos alemanes eran trasladados a una aldea ya existente para librarla de la decadencia agrícola en que estaba sumida.

Pero lo más común era conceder a los colonos una porción de bosque para que lo roturaran y en ella edificaran sus casas y distribuyeran sus campos. Siempre se les otorgaba el derecho alemán, y es muy de notar que en Polonia se siguiera en esto el ejemplo de Silesia (3). Las inmunidades de los labradores-colonos alemanes consistían esencialmente en que no estaban sometidos a la jurisdicción del príncipe sino en materia criminal; gozaban de la libertad de mercados; estaban exentos del impuesto de aduanas, del servicio militar y de todas las múltiples gabelas que pesaban sobre el labrador polaco.

Sobre la misma base se fundaron las ciudades alemanas que nacieron en territorios polacos o silesios. El duque Enrique I dió el primer paso en este sentido fundando a Neumarkt y Lowenberg, a las cuales siguieron Goldberg, Naumburg sobre el Queiss, Neisse, Steinau sobre el Oder, Guhrau, Ohlau, y en la Alta Silesia Oppeln, Ratibor, Steinau y Leschnitz (4). En esta última también corrió por cuenta de un empresario la inmigración de los colonos alemanes y la construcción de la ciudad que se levantó junto a una aldea ya ocupada por eslavos, pero a una distancia conveniente de ella y a cuyos habitantes se concedieron también unos años de exención, el derecho alemán y la jurisdicción y administración independientes.

La ciudad creció rápidamente, constituyendo su centro la plaza del mercado y la casa del Consejo, es decir, el signo y la residencia de las libertades municipales. Las casas de los ciudadanos formaban el marco, cuya forma no era redonda, sino cuadrada con calles paralelas. Casi insensiblemente se agregaron a ellas las viviendas, propias de aldeas, de los colonos agricultores alemanes, rodeadas también de vallas y fosos y unidas a la ciudad hasta el punto de formar con ella un todo compacto. Los terrenos de pasto y los campos de labran-

(1) El número de años variaba entre 2 y 16.

(2) *De suo manso franconico. Cod. dip. Min. Pol.*, I, 75.

(3) *His condicionibus quibus theutonici Slesenses in silvis locatiabantur.*

(4) Véase Grunhagen: *Historia de Silesia*, página 53.

za estaban fuera de esta línea de fortificación. Transcurridos los años de exención, la ciudad debía pagar al príncipe un determinado impuesto que las autoridades municipales repartían entre los ciudadanos. Además de esto, el príncipe se reservaba ciertos derechos sobre la moneda, los lugares de venta y otros análogos.

El magistrado supremo de la ciudad era el gobernador, cargo hereditario que se confirió al empresario que había dado vida a la ciudad por encargo del príncipe; pero no era él solo quien administraba justicia, sino que a su lado estaban, como jueces, los asesores y además podía apelarse de sus sentencias ante el señor del país.

La historia de Breslau es muy instructiva para conocer el curso de la germanización de Silesia; y aun cuando su conocimiento nos obligará a salirnos de los límites que nos hemos trazado, el hecho es de bastante importancia para acallar nuestro escrúpulo.

En Breslau se formó bajo la protección del duque Enrique I un municipio alemán que, regido por un alcalde, gozaba de una administración autónoma, cuyas bases no podemos determinar con toda exactitud. Cuando los mogoles incendiaron la parte de ciudad situada en la orilla derecha del Oder, el duque Boleslao II fundó en casi todo el antiguo sitio una nueva ciudad, a la que concedió el derecho alemán. Un magistrado ducal presidía el tribunal y once asesores le auxiliaban en la administración de justicia. El inmediato grado de desarrollo está caracterizado por la concesión del derecho de Magdeburgo, hecha en 1261, que dió vida al Consejo como elemento característico de estos municipios alemanes. Este Consejo, elegido cada año de entre los ciudadanos, debía, según expresión formal, cuidar del derecho, del honor y de la piedad de la ciudad.

El Consejo, salido del seno de la comunidad alemana, tenía a su cargo toda la administración municipal: su principal actividad debía consagrarse a la inspección del comercio y de la industria, a la policía, que de éstos no podía separarse, a la administración de los bienes comunales y a la seguridad y limpieza de la ciudad. Esto sentado, era inevitable una rivalidad con el alcalde hereditario, la cual fué causa de que se determinaran de un modo concreto las respectivas atribuciones y de que posteriormente cayeran en desuso algunos derechos de aquél, hasta que finalmente el Consejo adquirió por compra la alcaldía. En 1329 quedó esto terminado.

También se redimió con el tiempo el canon que los duques debían percibir por algunos terrenos; de suerte que la administración de los impuestos fué a parar por completo a manos del Consejo, el cual, por su parte, pagó a los duques y después a los reyes de Bohemia un tributo fijo de 400 marcos en plata y 150 marcos en moneda. La ciudad se desarrolló rápidamente a la sombra de sus privilegios: junto a la gran plaza del mercado alzóse uno nuevo que dos años después de la concesión del derecho de Magdeburgo fué convertido por el duque Enrique III en una nueva ciudad, en la cual se establecieron principalmente fabricantes de paños. Dos generaciones después (1327) la ciudad antigua y la ciudad nueva se unieron formando una sola.

Ya hemos visto que la independencia de la ciudad tenía su base principalmente en la exención de los tribunales territoriales y áulicos: el ejercicio de la alta y baja jurisdicción correspondía en propiedad a los tribunales municipales. Unicamente los que no siendo ciudadanos eran acusados en la ciudad podían acudir a los tribunales del duque. Magdeburgo, con la cual permanecían las ciudades constantemente unidas, constituía su tribunal de apelación. Así como la administración de justicia constituía un privilegio de los consejeros y asesores, nombrados anualmente, cuando se trataba de legislación, de publicación de reglamentos, disposiciones, estatutos, etc., el municipio debía consultar a sus ancianos y jurados. Estos últimos eran los presidentes de los gremios o hermandades de industriales, que formaban la masa preponderante de la población.

La clase de grandes comerciantes venía a formar una especie de patriciado que en el siglo XIV se organizó en asociación; y aun parece que en un período anterior los comerciantes gozaban de una situación privilegiada. Sus inmensas riquezas fueron probablemente causa de que de su seno se eligieran los consejeros y asesores, a pesar de que no tenían un privilegio legal sobre los industriales. Así como en la época de que acabamos de hablar se sentaban en el banco de asesores los que eran miembros de algún gremio, antes, en 1295, consiguió ser nombrado consejero un industrial:

sin embargo, desde principios del siglo XIV desaparecen, con pocas y pasajeras excepciones, los consejeros agremiados. Las contiendas constitucionales que sobre este particular estallaron durante la segunda mitad del siglo XIV y comienzos del siglo XV se salen de la esfera de nuestra narración, pero robustecen la impresión de que nos encontramos enfrente de un sistema municipal alemán, ofreciéndose a nuestro examen los mismos fenómenos e intereses que encontramos en la población municipal de la Edad media alemana.

Apenas hay vestigio que demuestre que desde la concesión del derecho de Magdeburgo adquirieran importancia los habitantes eslavos de la ciudad, cuya situación era principalmente la servidumbre. El *Salzring* (mercado, plaza de la sal), que albergaba a los carreteros polacos que con sus cargamentos de sal procedían de Wielicza, estaba separado de la ciudad alemana. «La separación de las dos nacionalidades tenía una expresión monumental característica: una puerta que se cerraba durante la noche hizo después que se marcara más la separación de los mercados alemán y polaco (1).»

Todas las ciudades silesias que mediata o inmediatamente fueron fundadas sobre la base del derecho de Magdeburgo, presentan, unas más pronto y otras más tarde, el mismo desenvolvimiento histórico que Breslau: todas son oasis alemanes en el páramo eslavo, oasis cuya influencia y civilización fueron extendiéndose cada día más (2).

¿Quién puede decir si el curso natural de los sucesos hubiera conducido al mismo resultado, aun sin la manifiesta protección del duque Enrique I? Los alemanes deben estar a Enrique eternamente agradecidos por haber sido el fundador de una Silesia alemana; en cuanto a los polacos, pueden censurarle por haber desmembrado de su nación una de sus más hermosas comarcas.

También el duque Enrique I tomó parte, por lo menos indirectamente, en otro suceso de gran importancia histórica, que redundó en perjuicio de la nacionalidad polaca, pero que, en cambio, dió ocasión á que Alemania aumentara su poderío: nos referimos a la fundación del Estado de la orden teutónica en Prusia.

(1) Grunhagen, l. c., pág. 76.

(2) Véase en el *Codex diplomaticus Silesiae*, tomo I, la excelente introducción de H. Markgraf, que es la que con preferencia hemos seguido.

CAPITULO X

POLONIA Y LA FUNDACIÓN DEL ESTADO DE LA ORDEN TEUTÓNICA EN PRUSIA

De todos los ducados polacos de aquella época la herencia del duque Conrado era la que más expuesta estaba a los ataques enemigos. Habíanle correspondido en 1205, según recordaremos, la Masovia y la Cuyavia junto con los territorios de Dobrin y de Kulm, de modo que su país confinaba al Este con las comarcas rusas y lituanas, mientras que por el Norte estaba abierto a Prusia, entonces presa de una agitación política y religiosa. Muchas veces se hizo la tentativa de conquistar para el cristianismo aquella rama de la raza lituana, sin que nunca se obtuviera un resultado satisfactorio. Desde el año 1207 ejercía su misión como misionero en los territorios fronterizos Cristián, monje del convento de Oliva, el cual consiguió establecerse en ellos, debiendo a sus triunfos el título de obispo que le confirió el duque Wladislao de Kalisz y que le fué, en 1215, reconocido por el papa.

El nuevo obispo de Prusia, a quien favoreció cuanto pudo el papa Honorio III, hizo todo lo posible para cristianizar aquel país definitivamente y, según parece, creyó haber conseguido su propósito, pues la creencia equivocada que en 1218 existía en Roma de que el pueblo de Prusia «había llegado recientemente al conocimiento de la verdad (3),» se fundaba indudablemente en sus manifestaciones.

En pro de esta conjetura encontramos también el hecho de que Cristián creyó llegado el momento oportuno de llevar a aquel país colonos alemanes. Las asoladoras irrupciones de los prusianos en Masovia demostraron la verdadera situación de las cosas, situación que no consiguieron mejorar las cruzadas de 1218, 1222 y 1223.

Además de esto, el arzobispo de Gnesen no veía con muy buenos ojos la conducta independiente del obispo Cristián, por lo cual el Papa se vió obligado, en mayo de 1219, a retirarle la legación de Prusia. El mismo duque Conrado no se encontraba en condiciones de resistir los impetuosos ataques de Prusia, y su ducado era, al parecer, presa de la desorganización más completa. Las tropas

(3) Véase la bula de Honorio IV, de 5 de mayo de 1218.

no oponían resistencia al enemigo, el labrador sucumbía bajo el peso de las cargas que le oprimían hasta el punto de que, para eludir la obligación de tener cuenta de los castores y halcones, muchos huyeron a Rusia o a la herética Prusia: los magnates violaban los templos y los conventos; la anarquía y la corrupción habían invadido la clase clerical.

El mismo arzobispo de Gnesen era hombre de arrogancia tan desmesurada y de ambición tan desmedida, que el obispo de Plock se vió en el caso de tener que quejarse al Papa de sus violencias. Nadie se ocupaba en realizar las ideas reformadoras romanas. Los sacerdotes estaban casados y entre ellos no eran raros los casos de bigamia (1). La impresión general que tal estado de cosas producía era la de una desorganización cada día creciente y de una disolución interior del país.

En tales circunstancias, ya se comprenderá que el duque Conrado, acerca del cual no podemos emitir el desfavorable juicio que generalmente contra él se pronuncia, desesperaba de poder vencer, con solas las fuerzas que le ofrecía su territorio, al enemigo que arruinaba su ducado. El auxilio que facilitaban las cruzadas era insuficiente a todas luces, y únicamente podía esperarse una ayuda permanente de un ejército que por

Cáliz del tesoro de la antigua catedral de Plock: regalo de Conrado I, duque de Masovia.—Este es quizás el único monumento de la orfebrería del siglo XIII que existe en Polonia. Es de plata dorada con esmaltes: tiene 21 centímetros de alto por 14 y 1/4 de diámetro. En su parte superior ostenta ocho medallones con dibujos referentes al Nuevo Testamento; en la base está representado Jesucristo en la cruz clavado con cuatro clavos, en vez de los tres, que es el número más adelante generalmente admitido, lo cual es una prueba de la antigüedad del cáliz. En el borde superior hay la siguiente inscripción: † DVX CONRADVS * EMOMIZL * MES · SVDVMILLA · SALOMEA · JVDITA.

(1) Véase Theiner, tomo I, pág. 17.

completo se consagrara a la lucha contra los infieles.

Dadas las ideas de aquel tiempo, era indudable que con esto se aludía a una orden de caballería religiosa, y una vez hecha esta concesión, podían suceder tres cosas: o llamar a una de las dos órdenes de caballería, cuya bondad estaba ya probada, a saber, o los hermanos de la Espada de Livonia o los hermanos de la casa alemana de Jerusalén, confiándoles la defensa de Polonia, o fundar una nueva orden por el modelo de las otras dos. Polonia vaciló mucho tiempo antes de tomar una resolución, y para apresurar el resultado se entablaron en 1226 negociaciones con el Gran maestre de la orden teutónica, Hermann de Salza, de las cuales salió un acuerdo provisional.

El emperador Federico II publicó en Rímini, en marzo de 1226, la cédula por la cual confirmaba a la orden en la posesión de los territorios que le había cedido el duque Conrado de Masovia, del territorio de Kulm y de una comarca fronteriza no bien determinada todavía, y le concedía además todos los territorios prusianos que en lo sucesivo conquistara. El maestre debía ejercer en estos dominios las mismas facultades y jurisdicción que en los suyos tenía un príncipe del imperio, pues—según decía el emperador al principio de aquel documento—Dios nos ha dado un poder superior al de los reyes de la tierra y ha extendido las fronteras de nuestra soberanía por distintas zonas del mundo para que cuidemos de propagar su fe y de dar a su nombre eterna soberanía.

Y en efecto, la base que con este documento asentó el emperador duró siglos, y esta duración fué en gran parte debida a la circunstancia de que el emperador, sin duda completamente de acuerdo con Salza, concibió desde entonces la idea de dar a la orden una completa independencia. El águila negra de una sola cabeza que Salza llevaba siempre en su escudo de Gran maestre y en la bandera de la orden, llevó a ésta, en su altanero vuelo, a su punto de partida, es decir, al imperio alemán.

En 1226 el más avisado político no hubiera podido ciertamente predecir tal porvenir. Los comienzos de la orden teutónica en Prusia fueron difíciles y de escasa importancia: el maestre Hermann envió al hermano Conrado de Landisbergk y a otro caballero, cuyo nombre no conocemos, para que tomaran datos del estado del territorio de Kulm y adoptaran con el duque Conrado los acuerdos definitivos.

Escasas noticias tenemos acerca del éxito de esta embajada, y únicamente sabemos con seguridad que los dos caballeros alemanes permanecieron en el territorio de Kulm, siendo muy probable que el duque les diera para la orden un documento en que les cediese la posesión de aquel país y de todas las comarcas que conquistaran. Esto no obstante, transcurrieron muchos años antes de que la orden se estableciera allí con carácter permanente, ocurriendo entretanto la fundación de la orden de Dobrín, cuya historia constituye todavía un enigma a pesar de los muchos estudios especiales de que ha sido objeto.

Lo único que puede decirse con visos de certeza es lo siguiente:

El duque Conrado, aconsejado por el obispo Cristián y por los magnates de Masovia, llamó no sabemos cuándo, aunque probablemente a fines de 1227 ó a principios de 1228, a los hermanos de la orden de la Espada, que con tanto éxito combatía en Livonia contra los infieles (1). El obispo Cristián dió a uno de

(1) Esta cuestión es objeto de controversia. Según generalmente se cree, la fundación de la orden data de 1122 ó 1125. Toppen, en su edición de Dusburg, ha dicho que el verdadero año de la fundación era el de 1128, opinión que ha aceptado Ewald en su obra *La conquista de Prusia por los alemanes*. Nadie afirma por completo su conexión con los hermanos de la Espada, de Livonia. Para decidir la cuestión deben tenerse en cuenta los siguientes puntos de vista. Dusburg hace datar, al parecer, la fundación de la orden de Dobrin de una fecha anterior a las negociaciones entabladas con Hermann de Salza, pero no consigna ningún dato cronológico, y lo propio hace su traductor Jeroschin. La ordenación de los capítulos es lo único que ofrece un punto de apoyo; la importancia exagerada que a esta circunstancia se ha dado ha sido causa de que sin razón se creyera que la fundación de la orden hubo de ser anterior a 1226, prescindiéndose para ello de los documentos de fundación, que datan de 2 y 4 de julio de 1225 y del documento de confirmación pontificia de 28 de octubre del propio año. Mientras, por una parte, se ha dado tanta importancia al orden exterior de la crónica de Dusburg, por otra se ha creído poder prescindir del texto claro de su narración, que dice: *Pro tuicione terre sue instituit fratres milites Christi appellatos... qui tunc in Livonia fuerant, et multas terras infidelium potenter subjugaverant fidei Christiane, et episcopus predictus quendam virum Brunonem dictum et cum eo XIV alios ad dictum ordinem investivit.* Jeroschin, que es indudablemente quien ha interpretado de una manera auténtica este párrafo, titula el capítulo en que de esto trata: *Diz capitil ist von den bruderin des ordens des Christisrittern, die swertbrudir heizin.* (Este capítulo es de los

ellos llamado Bruno y a otros catorce la investidura de hermanos de la orden, siendo su distintivo una capa blanca, una espada roja y una estrella. El duque construyó para ellos en Cuyavia, más abajo de Plock, a orillas del Vístula, el castillo de Dobrín, del cual tomaron nombre los hermanos, cuyo nombre oficial era *fratres militiae Christi contra Prutenos*, hermanos de la milicia de Cristo contra los prusianos.

Además de Dobrín, recibieron en feudo una porción de terreno en la orilla derecha del Vístula, dos islas de este río, una parte de la aldea de Eiche, situada en la orilla izquierda, y más hacia abajo las posesiones de Sedlec y Wissín. Respecto de las futuras conquistas, se convino en que la mitad fuera para la orden y el resto para el duque de Masovia.

---

hermanos de la orden de caballeros cristianos que se llaman hermanos de la Espada.) Que aquí se hace referencia a la orden de hermanos de la Espada, de Livonia, es evidente:

Er stifte under im, al ichz las,
Zu schirme sîme lande
Brudere dî man nande
Dî rittere Christi...
Dise rittere wert
Zu Lîflande in der zît
Wôntin... u. s. w.

«El fundó, bajo él, según leí, para proteger sus territorios, hermanos a quienes se llamaba los caballeros de Cristo... Estos caballeros fueron a Livonia en tiempo, etc., etc.»

De aquí se desprende con seguridad que Jeroschin estaba convencido de que los hermanos dobrines eran, en su origen, los mismos hermanos de la Espada, y sería difícil demostrar que Dusburg opinaba de distinta manera. Si se tiene en cuenta que en 1227 con la sumisión de Oesel la orden de los hermanos de la Espada venció a sus enemigos en Livonia, no es inverosímil que en el mismo año o en 1228 fueran enviados al duque de Polonia quince hermanos. Y como se hace mención de una investidura de éstos – las insignias de los hermanos de la Espada tenían también en Livonia una cruz en vez de la estrella que llevaban los dobrines, por lo demás eran iguales las de una y otra orden, – habrá que aceptar que aquellos quince livonios se salieron de su orden para entrar en la de los dobrines, que en cierto modo había sido fundada como hijuela suya. La orden dobrina llevaba el mismo nombre y sus hermanos usaban casi idéntico traje y tenía sin duda la misma regla, pues no se comprende que un obispo fundara una nueva orden sin que el papa sancionara la nueva regla. El hecho de que los documentos livonios no tengan noticia de este suceso se explica por la circunstancia de que Enrique de Lettland termina su memoria en 1227. Este es también un argumento contra los que creen que la fundación de la orden es anterior a 1227 ó 1228. Acerca de la historia del llamamiento de la orden teutónica existen todavía muchas dudas.

En 4 de julio de 1228 publicó Conrado un documento sobre este convenio, y en 28 de octubre del propio año el Papa tomó bajo su protección a los hermanos y les confirmó las donaciones que les habían sido hechas. Pero como al poco tiempo los dobrines fueron derrotados por los prusianos y se vieron, por tanto, en gravísimo aprieto, se reanudaron las suspendidas negociaciones con la orden teutónica. Comprendemos perfectamente por qué el duque Conrado sintió tener que reanudarlas.

Hermann de Salza—aleccionado por los malos resultados que la orden teutónica había dado en Hungría—estaba decidido a no abandonar la posición que le aseguraba la cédula del emperador Federico y persistía en ser el señor territorial, completamente independiente de la soberanía así del duque de Polonia como del obispo de Prusia. Manteníase solamente adicto al emperador y al imperio.

Los hermanos de Dobrín no habían entrado en relaciones con el imperio y eran por este motivo mucho más simpáticos al duque. Sólo la necesidad pudo obligarle a ceder ante Hermann de Salza.

La orden teutónica, por lo demás, no había dejado ni por un momento de aprovechar la situación que las negociaciones de 1226 le habían creado. Ya hemos visto que Conrado de Landisbergk se mantenía lealmente en su posición avanzada: Conrado de Masovia había construído para él, delante de la actual Thorn, un castillo, en el cual con escasa guarnición esperaba el porvenir. De todos modos, era una garantía el que Vogelsang (canto de pájaro), así denominaba Landisbergk al castillo, hubiese sido construído para la orden y por ésta conservado. Cuando los sucesos del año 1228 demostraron que los hermanos de Dobrín, lejos de poder defender toda la línea fronteriza, apenas podían atreverse a salir de su castillo. Conrado de Masovia se mostró más complaciente con el maestre de la orden teutónica.

A principios del año 1228 no había aún ofrecido a una nueva embajada de la orden más que la cesión del territorio de Kulm y de una aldea de Cuyavia, y el obispo Cristián creía hacer todo cuanto podía exigirse de él renunciando al diezmo que le correspondía.

Al año siguiente se repitió más formalmente la oferta, y por último, a prin-

cipios del año 1230 se firmó el convenio que había de ser la base de la futura situación de la orden teutónica, es decir, el famoso tratado de Lesslau. La dificultad principal estaba en que el obispo Cristián, a consecuencia de un tratado firmado en 1222 y por actos de compra, poseía en el país de Kulm territorios que le daban una posición molesta para la orden. Por fin renunció formalmente a ellos y al diezmo episcopal, si bien para conservar su autoridad exigió, en cambio, un determinado tributo de aquel territorio.

Pasaremos por alto los pormenores que corresponden a la historia de la Edad media alemana, y únicamente haremos notar que la orden no estaba sujeta a la jurisdicción episcopal y sólo reconocía como superior suyo al Papa, no al obispo de Prusia y del país de Kulm. Mas fácilmente se llegó a un arreglo con Conrado de Masovia y con el obispo Gunther de Plock (1). El duque de Polonia renunció formalmente al país de Kulm, no hablándose para nada de futuras pretensiones sobre las conquistas que hiciera la orden, y formándose una alianza ofensiva y defensiva contra los infieles.

Entonces llegó a aquel territorio la primera expedición numerosa de caballeros de la orden teutónica, figurando al frente de ella Hermann Balke o Balko como maestre y Teodorico de Bernheim como mariscal, según lo había dispuesto Hermann de Salza en persona.

La orden mostró, desde un principio, mucha energía y prudencia. El duque Conrado les cedió el castillo de Nessau y cuatro aldeas a él anejas: desde aquel castillo, rápidamente restaurado, se rechazó enérgicamente un primer asalto de los infieles. Las ulteriores negociaciones con Conrado fortalecieron y ampliaron el fundamento jurídico. El tratado de Cruszwiz (junio de 1230) reprodujo las condiciones del primitivo convenio de una manera más seria, pues Polonia renunció expresamente a formular pretensión alguna a la soberanía en Prusia y en el país de Kulm (2): el duque Conrado, su esposa, sus hijos y los magnates laicos y eclesiásticos del país dieron para ello su consentimiento y el obispo Cristián demostró suficientemente con su firma su completa conformidad. Por último, el papa Gregorio IX sancionó formalmente todo cuanto se había hecho en 12 de septiembre de 1230.

De los sucesos que siguen sólo podemos tratar someramente: en la primavera del año 1231 la orden atravesó, desde Nessau, el Vístula y echó delante del castillo los cimientos de la actual Thorn, delante de cuyo sitio, según la *Crónica de Pruzinlant*, de Jeroschín (3), se levantaba una alta y corpulenta encina que cobijó bajo sus extensas ramas a los caballeros teutónicos.

Una encina fué, pues, el punto de partida del poderío prusiano que estaba destinado a tener a toda la Alemania bajo su sombra protectora. No tardaron los caballeros de la orden en obtener nuevos triunfos. Muchas plazas fuertes de los prusianos, que no eran exclusivas de esta rama de la raza lituana, cayeron en poder de la orden, a la cual el Papa protegió con sus bulas de cruzada: Kulm renació de sus cenizas (1232) y los misioneros, llenos de fe, pudieron de nuevo dedicarse a sus tareas. La resistencia de los prusianos correspondía, sin embargo, a la violencia del ataque, y precisamente en aquellos primeros años de la orden hubo que lamentar frecuentes correrías de los paganos. El obispo Cristián cayó en poder de los prusianos y sólo después de muchos años pudo recobrar su libertad.

Todo esto hizo que los polacos se decidieran, en 1233, a auxiliar en su difícil tarea a la orden por medio de una gran campaña. El duque Enrique el Barbudo, de Silesia, se puso al frente del ejército polaco y derrotó completamente a los prusianos en una sangrienta batalla que se trabó junto al Sirgune, riachuelo que desemboca en el lago Drausen, probablemente en el mes de noviembre o por lo menos en un mes de la luna de invierno del año 1233, que tocaba ya a su fin. Los vencidos se vengaron invadiendo y asolando la Pomerania, y de esta suerte continuó durante largo tiempo la lucha, siempre encarnizada.

La orden, sin embargo, avanzaba cada día, no siendo debido a la casualidad el hecho de que poco después de la batalla de Sirgune (28 de diciembre de 1233) se publicara el famoso manifiesto de Kulm, que es, como con razón se ha dicho, la *magna charta* de los colonos alemanes

(1) Respecto de todas las controversias que existen acerca de este particular, véase Ewald, tomo I, pág. 124.

(2) También sobre esto encontramos una controversia. No veo posibilidad alguna de mantener las pretensiones polacas, ateniéndonos al texto del documento.

(3) *Scr. R. Pr.*, tomo I, 345, v. 3704.

y neerlandeses de los territorios de la orden, es decir, el primer fundamento de los derechos y libertades de los habitantes de las nacientes ciudades de Kulm y Thorn, las primeras del Estado de la orden en Prusia que estaba en vías de formación (1). Lo que para las ciudades silesias era el derecho de Magdeburgo, era para Prusia el manifiesto de Kulm, que estaba basado también en aquél: gracias a este privilegio, casi todas las ciudades que la espada de la orden hizo nacer vieron florecer la civilización y las libertades cívicas alemanas.

Por último, la bula del papa Gregorio IX, de 3 de agosto de 1234, conseguida por la inteligente mediación del saboyano Guillermo de Módena, puso bajo el amparo, propiedad y derecho de la Santa Sede todos los territorios que la orden había conquistado o conquistara en lo sucesivo, concediéndolos como propiedad perpetua a los hermanos de la casa alemana de Santa María. Roma había dicho con esto la última palabra, confirmando solemnemente la independencia de la orden contra toda pretensión de otra potencia laica, especialmente polaca. Poco antes se había realizado, también por mediación de Guillermo de Módena, la unión de la orden de Dobrín con la orden teutónica.

Sello del duque Conrado de Masovia.—Reproducción en cera con cordones de seda encarnada que figura en un documento del año 1238. El duque está a caballo, armado y vestido de cota de malla: lleva en la cabeza un casco puntiagudo, anguloso y con una celada para proteger el rostro. En la mano izquierda ostenta el escudo, en la derecha una bandera con una gran cruz, aludiendo con ello a la persecución de los infieles prusianos por la orden teutónica, por él llamada. Inscripción: † (S) CONRADI DVCIS... DVC... IRIE LACICIE. (Según Vossberg.)

No sabemos qué fracasos sufrieron los hermanos dobrines: algunos indicios permiten creer que el maestre Bruno no supo mantener la concordia, que tan indispensable es en todas las cosas. De aquí que una parte de los hermanos se pasaran a la orden teutónica, motivando serias disidencias la cuestión de si esta-

(1) Véase Ewald, tomo I, pág. 168.

ban autorizados para aportar a ésta los territorios que a su orden habían sido concedidos. El hecho de que los caballeros teutones pretendieran apoderarse de todas las posesiones de los dobrines demuestra que a ellos se había pasado más de la mitad de éstos por lo menos.

Cuando los caballeros teutones ocuparon violentamente todos los territorios cedidos al maestre Bruno, éste consiguió encontrar apoyo en Conrado de Masovia. Guillermo de Módena intervino en este asunto para evitar una guerra, y por su mediación se firmó, en 19 de octubre de 1235, un convenio, en virtud del cual la orden teutónica obtuvo desde luego a Nessau y Orlow, los patrimonios de Sedlec y Rogow y una salina en la orilla izquierda del Vístula, cerca de Thorn. El castillo de Dobrin volvió a poder de Conrado de Masovia.

Guillermo no consiguió, sin embargo, reconciliar al maestre Bruno, quien, junto con algunos hermanos que se le mantuvieron adictos, permaneció alejado por completo de la orden teutónica; y en la primavera de 1237, el duque Conrado le cedió el castillo de Drohiczín, con todos los territorios comprendidos entre el Bug y el Nur, a cambio de la obligación de defender a Masovia contra los infieles.

Más adelante se sabe que en 1240 la orden de Dobrín contaba sólo diez hermanos y desde entonces desaparece por completo de la esfera de nuestra investigación histórica.

La orden teutónica en Prusia, que desde 1217 había admitido en su seno a la orden de los hermanos de la Espada y recibido toda la Livonia, prosiguió adelante en su camino, y el curso histórico de los sucesos le obligó muy pronto a hacer armas contra la misma Polonia, de la cual había nacido.

CAPITULO XI

LOS TÁRTAROS EN POLONIA Y LAS CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE LIGNITZ.

Al tratar de la historia de Rusia hemos visto la formación del imperio mogol y de qué manera sojuzgó a la nación rusa (1). Batu-Kan, después de haber devastado a Halicz, avanzó, a principios del año 1241, al frente del grueso de su ejército por los Carpacios: Sandomir cayó en su poder; los alrededores de Cracovia fueron asolados, sin que se hubiese opuesto gran resistencia al terrible enemigo, cuya crueldad producía indescriptible terror aún en el Occidente.

Imposibilitaba la resistencia la lucha que había estallado entre el emperador y el Papa, precisamente en el momento en que se hacía más indispensable la unión. ¿De qué sirvió la carta en que el emperador Federico II, con gran talento y elevación de miras, excitaba a una enérgica resistencia? Cierto que era ya tiempo, como él decía, de despertar del sueño; cierto que el hacha amenazaba ya las raíces del árbol, pero era demasiado tarde para poner un dique al torrente invasor de los tártaros, pues antes de que en el imperio alemán se terminaran los necesarios preparativos, la invasión había conseguido su objeto en Polonia, Silesia, Moravia y Hungría.

Un poderoso ejército de tártaros procedente de Sandomir invadió la Gran Polonia sin encontrar obstáculo a su paso y asoló a Sieradz, Leuzyc y Cuyavia, mientras otros contingentes marchaban sobre Cracovia. Las tropas que, conducidas por los palatinos de Sandomir y de Cracovia, quisieron oponer resistencia, fueron aniquiladas, y la misma ciudad de Cracovia fué incendiada hasta la iglesia de San Andrés. En Oppeln, finalmente, fueron por completo derrotadas las fuerzas de los duques de la Alta Silesia, Mieszko y Wladislao. El camino de Breslau estaba, pues, enteramente libre y los tártaros hubieran hecho sufrir a la capital de Silesia la misma suerte que había sufrido Cracovia si los habitantes de aquélla no se les hubiesen anticipado huyendo al castillo de la isla de Dom, protegido por el río, y pegando ellos mismos fuego a la ciudad. El enemigo se dirigió entonces contra Lignitz.

Aun cuando puede censurarse a los soberanos de Polonia, Bohemia y Hungría—que eran los más amenazados,—por no haber precavido a tiempo el peligro, no cabe negar que cuando apremió la necesidad mostraron gran energía. El rey Wenceslao I de Bohemia fortificó los pasos del Sudeten y marchó con su ejército hacia Silesia. El duque Enrique de Breslau concentró todas sus fuerzas en Lignitz, y cuando se vió estrechado de cerca por el enemigo, se abrió paso; pero se vió obligado a aceptar (2), en el

(1) Véanse los cap. II y III, parte 3.ª.

(2) No veo por qué hayan de rechazarse los datos positivos del rey Wenceslao.

campo de batalla situado al Sur de Lignitz, el combate decisivo antes de que pudiera reunirse a él el rey Wenceslao de Bohemia.

Nos faltan datos para señalar con exactitud las fuerzas silesio-polacas (1) y las del ejército mogol, pero podemos afirmar que las de éste eran superiores. El duque Enrique había obtenido tropas auxiliares de los templarios y sanjuanistas silesios y de los caballeros teutónicos, que habían acudido a las órdenes de su maestre provincial Poppo de Osterna.

El hecho que se refiere de que los tártaros hicieron vacilar a las tropas enemigas arrojando sobre ellas por medio de una máquina de guerra un vapor fétido, en nada se opone a las noticias que tenemos acerca de la manera de combatir de aquellos bárbaros. La batalla de Lignitz terminó con una derrota completa de los polacos. El duque Enrique cayó en el campo de batalla y su ejército fué en parte aniquilado y en parte dispersado. Los tártaros habían perdido tan poca fuerza durante este combate, que inmediatamente después devastaron la Silesia meridional, y atravesaron luego (del 4 al 5 de mayo) las fronteras moravas para penetrar en Hungría.

El papa Gregorio IX, a quien se había dirigido el rey Bela, no prestó grandes auxilios, contentándose con dar su bendición y con prometer celestiales ventajas: nunca hizo más que presentar de un modo muy vago las probabilidades de reconciliación con el emperador Federico. En su consecuencia, habrían ocurrido seguramente nuevas devastaciones y sobrevenido quizás una conquista permanente del bajo país húngaro, tan aficionado a la vida nómada, si, como hemos visto (2), la muerte del Gran kan Ogotai no hubiese obligado a los tártaros a emprender la retirada. Las consecuencias de la invasión tártara fueron funestas para los Estados polacos, por más que luego se vieran libres de la ominosa opresión del yugo tártaro.

La muerte del duque Enrique II de Silesia fué un suceso de gran trascendencia: su viuda Ana se encontraba madre de diez hijos, todos menores de edad, cinco varones y cinco hembras, de los cuales el mayor, Boleslao, a quien después se apellidó el Salvaje, no pudo ponerse al frente del gobierno hasta 1242, cuando era todavía niño, y cuando no contaba con fuerzas suficientes para dominar las tendencias centrífugas que en todas las comarcas se observaban. Cracovia pasó a poder de Conrado de Masovia, para ir al poco tiempo a manos del duque Boleslao de Sandomir: posteriormente se separó la Gran Polonia, donde afirmaron su soberanía los hijos de Wladislao Odonitz; y aun cuando Enrique, por medio del casamiento de su hermana Isabel con el mayor de ellos, Przemislaw (Premislao), consiguió mantener amistosas relaciones con este país y además la cesión de los territorios hasta el Obra, no conservó mucho tiempo esta adquisición, pues en 1251 no poseía, según parece, nada en la Gran Polonia.

El país de Lebus pasó a poder del arzobispo de Magdeburgo cuando Boleslao riñó con su hermano Enrique el Blanco de Breslau: también vivió Boleslao en funesta lucha con su cuarto hermano Conrado de Glogau. Estos sucesos malograron la obra de Enrique el Barbudo, de cuyo Estado sólo subsistían unidas la Silesia central y la baja Silesia. Además de esto estallaron en el país continuas luchas, que hicieron imposibles el desarrollo del comercio y todo progreso pacífico.

Los duques de Silesia, especialmente Boleslao, vivieron en continua discordia con la Iglesia, la cual apeló a la excomunión y al entredicho para poner freno a sus violencias. Mientras de esta suerte iban decayendo cada vez más el poderío y la consideración de Polonia, la fuerza de todos los países vecinos se aumentaba de día en día. En aquella época la Lituania, bajo el gobierno de Mindowe, entró a figurar en la política europea (3); Halicz, bajo el de Daniel, tomó increíble vuelo (4); Pomerania, bajo el de Swatopluk, volvió a desempeñar su antiguo papel; Brandeburgo fué extendiéndose por territorios en su origen polacos, y la orden teutónica echó raíces cada día más hondas en el suelo prusiano. Entretanto los ducados polacos se fraccionaban de continuo a causa de nuevas divisiones, de suerte que en 1270 había catorce príncipes de la familia de Boleslao que gobernaban simultáneamente. Donde más se notaba este fraccionamiento era en la Gran Polonia

(1) Boguphal, que es el único que merece crédito, habla de *multis milibus armatorum*, dato que no permite ser reducido a una cifra positiva.
(2) V. *Historia de Rusia*, cap. III, parte 3.ª
(3) V. *Historia de Rusia*, cap. VII, parte 3.ª
(4) V. *Historia de Rusia*, cap. VI, parte 3.ª

y en Silesia, pero en todas partes se aumentaba el poder de la nobleza y del clero a costa del de los duques, y los labradores se veían reducidos a un estado de servidumbre cada día más intolerable.

Referir las luchas que sostuvo cada uno de los duques y tratar de las continuas divisiones del territorio no nos parece propio de una historia universal: mucho más importante es para nuestro objeto otro fenómeno. La despoblación, que fué consecuencia inmediata de la primera invasión tártara—a la cual siguieron muy pronto nuevas devastaciones (1)—obligó a los duques polacos a llamar a sus territorios colonos alemanes en mayor número que hasta entonces. En el espacio que media desde 1241 hasta 1266 se fundaron 18 ciudades nuevas, a todas las cualès se concedió el derecho alemán: fueron éstas Trebnitz, en 1241; Striegau, en 1242; Steinau, en la Alta Silesia, en 1243; Landshut, en 1249; Leubus, en 1249; Brieg, en 1250; Wansee, en 1250 y 1252; Lignitz, en 1252; Schowoine y Zirkowitz, en 1252; Hundsfeld, en 1252; Trachenberg, en 1253; Glogau, en 1253; Beuthen, en la Alta Silesia, en 1254; Oes, en 1255; Konstadt, en 1261; Glogau, en 1263, y Bernstadt, en el año 1266 (1).

En tales circunstancias es indudable que la nacionalidad polaca perdió necesariamente estos territorios, y desde el punto de vista eclesiástico también ocurrió una separación entre Silesia y el resto de Polonia, pues en el año 1260 se abolió en Silesia el diezmo de un malter por hufe, al paso que siguió percibiéndose en el resto de Polonia. «Este fué—como dice Duglosz—el primer cisma por el cual los duques y barones de Silesia comenzaron a separarse del reino polaco y a poner en práctica sus proyectos (3).»

Para terminar lo que se refiere a la historia de la Silesia polaca, que en lo sucesivo corresponde a la Edad media alemana, diremos que este movimiento pasó por diversas fases antes de que se consumara la completa separación de Silesia y Polonia.

Cuando después de la muerte de Enrique III, acaecida en 1266, se encargó de la tutela de Enrique IV el hermano de aquél, Wladislao, que desde hacía un año era arzobispo de Salzburgo, el joven príncipe fué educado en la brillante corte del tío de su padre, el rey Ottokar de Bohemia. A la muerte de Wladislao el adolescente monarca siguió gobernando bajo la dirección de Bohemia, pero sin encontrar en ésta el debido apoyo contra su tío Boleslao el Salvaje, el cual le hizo prisionero en una batalla y le obligó a cederle una tercera parte de la herencia paterna. La suerte de Enrique IV mejoró cuando tomó parte, con otros dos duques silesios, en aquella batalla de Marchfelde (26 de agosto de 1278), que costó la vida al rey Ottokar y que fué la base de la importancia histórica de los Habsburgos.

La consecuencia de aquella feliz derrota fué para Silesia, y especialmente para Enrique, la separación de la clientela bohema y la adquisición del condado de Glatz; y aun cuando el duque no consiguió la tutela de Wenceslao, hijo de Ottokar, logró, sin embargo, que el rey Rodulfo le confirmara en la posesión de aquel condado a condición de que Enrique declarase a su país feudo del imperio alemán. Con esto quedó completamente terminada la separación entre Silesia y Polonia y su dependencia del imperio germánico.

Enrique IV fué un soberano de verdadera importancia, y sólo con sentimiento puede renunciarse a hacer de él y de su dominación una descripción detallada. Una cosa, sin embargo, debemos notar, y es que él, uno de los más nobles representantes de los caballeros alemanes, consiguió destruir la arrogancia de la nobleza polaca, elevar la influencia del elemento alemán y de la clase media, y conseguir, a pesar de la excomunión y del entredicho, una honrosa victoria en la lucha religiosa que por espacio de seis años sostuvo con el obispo Tomás II de Breslau. En los últimos tiempos de su reinado estuvo también en posesión de Cracovia.

En este país había gobernado, durante cincuenta y dos años, el hijo de Leszek el Blanco, Boleslao el Casto, cuyo reinado fué agitadísimo y poco beneficioso para aquellos territorios.

Habiendo muerto en 1279 sin hijos, sucedióle su sobrino Leszek el Negro, el cual murió a los nueve años, también sin sucesión. El partido alemán, que todavía era poderoso en Cracovia, proclamó al duque Enrique de Silesia, mientras la nobleza polaca nacional, en con-

(1) Más funesta fué la invasión tártara de 1259, durante la cual fueron reducidas a cenizas Sandomir y Cracovia y devastado todo el territorio desde Lublín hasta el alto Vístula.

(2) Véase Grunhagen, pág. 88.

(3) Grunhagen, pág. 87.

Sello del rey Boleslao el Casto. – Pequeño sello ecuestre de cera amarilla con cordones de seda encarnada, en unos documentos de 1235 y 1243. En él se ve al duque que cabalga hacia la izquierda completamente armado y con túnica de armas; en su diestra lleva una lanza con una gran bandera que en vez de terminar con una punta termina con una cruz, lo cual permite deducir que el duque tomó parte en una guerra contra los infieles prusianos. Del borde del sello y delante de la figura del duque sale la bienhechora mano de la previsión; la inscripción dice: † BOLESLAVI FILII LESTCONIS DVCIS POLONIÆ. – Gran sello con el duque a pie, de cera común, con cordones de seda encarnada y amarilla, en un documento del archivo del cabildo de Cracovia. En él se ve al duque de frente vestido con cota de malla y encima la túnica de armas: lleva en la cabeza un casco puntiagudo abierto por delante y ciñe espada: en la mano derecha ostenta una lanza y en la izquierda un escudo en el cual está pintada el águila polaca coronada. La inscripción dice: † – S' · BOLESLAI · DEI · GRA · DVCIS – CR – ACOVIE · ET SADOMIRIE. (Según Vossberg.)

nivencia con el alto clero, elegía a Boleslao de Plok. El primer triunfo fué para Enrique, a quien Cracovia abrió sus puertas; pero cuando regresó a Silesia volvió a dominar el partido polaco. Boleslao y su primo, el valiente Wladislao el Enano, derrotaron al ejército silesio y se apoderaron de la ciudad. La guerra civil fué inevitable, y después de una lucha tenaz, en la que se manifestó

muy marcadamente el antagonismo entre los silesios alemanes y los polacos, quedó Enrique de nuevo dueño de la situación.

Los polacos sufrieron en 12 de diciembre de 1289 una gran derrota. Cracovia fué asaltada, el obispo hecho prisionero y Wladislao el Enano se vió obligado a confiar su salvación a la fuga disfrazado de fraile. El hecho de haber convertido la importante Wielicza en ciudad de derecho alemán marca la tendencia de la nueva dominación del duque Enrique. Este vivió desgraciadamente poco tiempo, pues falleció un año después de la segunda toma de Cracovia, es decir, en la noche del 23 al 24 de junio de 1290. Su muerte forma época en la historia de Silesia y de Polonia.

El duque, que no dejaba hijos, destruyó en su lecho de muerte, si hemos de dar crédito a cierto documento, todo cuanto él y sus antecesores habían hecho para la unión y robustecimiento del territorio silesio. En efecto, encontramos un documento, fechado en 23 de junio, en el cual el duque no sólo pedía al obispo de Breslau la soberanía de los territorios de Neisse, Ottmachau y otros, objeto de contienda, sino que además renunciaba a todas las posesiones y bienes que injustamente habían conquistado él, su padre y su tío (1).

Del mismo día data el testamento de Enrique, por el cual su territorio no pasaba al rey Wenceslao de Bohemia, conforme se había convenido en el tratado de Sucesión, sino que se dividía en parcelas que debilitaban el poderío de Silesia. El territorio de Breslau pasaba a poder de Enrique de Glogau; Krossen al del landgrave de Turingia, y Glatz volvía a Bohemia, la cual debía en cambio obligarse a defender la herencia silesia del duque.

Cracovia y Sandomir fueron a parar a manos de Primko o Przemislaw (Premislao) de Gnesen.

El duque Enrique no hubiera podido escoger mejor medio que aquel testamento para deshonrar la obra de toda su vida.

Para los alemanes de fuera de Silesia, de la Polonia propiamente dicha, fué aquel un rudo golpe del cual no se repusieron jamás, pues con él desaparecía por completo toda perspectiva de tener en Cracovia la misma situación que en Silesia. El partido nacional polaco podía considerar como una gran victoria el reconocimiento de aquellas últimas disposiciones de Enrique.

CAPITULO XII

WLADISLAO LOKIETEK (EL ENANO)

El partido polaco, que había sido suficientemente fuerte para defenderse del peligro de la germanización, llevada a cabo por una familia real alemanizada, no pudo introducir el orden y la unidad en las cuestiones del interior de Polonia. Los Piast polacos luchaban encarnizadamente entre sí. La primera contienda se produjo entre Enrique de Glogau y Enrique de Lignitz, que lucharon por la posesión de Breslau, y luego estalló otra lucha entre Premislao de la Gran Polonia y Wladislao el Enano, de Cracovia.

Así las cosas, entró en acción el rey Wenceslao de Bohemia que se apoyaba en derechos que él creía legítimos y que tenía tanta más razón para no renunciar a ellos cuanto que se veía solicitado por la nobleza de la Pequeña Polonia y por la viuda de Leszek. En su consecuencia, a principios del año 1291 tomó el juramento feudal a dos príncipes polacos, recibió de ellos el acta de sumisión, y cuando su general, el obispo Tobías de Praga, penetró en Polonia, se apoderó sin gran esfuerzo de la ciudad y territorios de Cracovia. Pero habiendo Wladislao entrado, desde Sandomir, en lucha contra Wenceslao, éste se vió obligado, a principios del año 1292, a

(1) Grunhagen, nota 64 en la página 114. Los ataques que Grunhagen dirige al documento son más enérgicos que su defensa. Tengo por cierto que el documento fué redactado después del 23 y antes del 27 de junio, y que por haber defendido todo el clero su legitimidad los contemporáneos no formularon duda alguna sobre ella, por más que tal autenticidad sea por lo menos dudosa. Si nos colocamos en el terreno de las probabilidades, nada podremos oponer a la hipótesis de que el documento poco antes de morir el duque o inmediatamente después fué redactado por el clero, que no podía olvidar el resultado de la lucha religiosa, tan funesta para él. A falta de sello auténtico se puso probablemente en el documento un sello ducal arrancado de otro documento legítimo. El mismo Grunhagen, que es autoridad en materia de diplomacia silesia, dice: «El que únicamente fije su atención en el original del gran privilegio eclesiástico no podrá menos de declarar que este documento no es fidedigno, pues no puede probarse que el sello del autor se adhiriera entonces al documento, y para simple sello de testigo no encontramos nunca en el documento agujeros para pasar los cordones del sello. Es muy difícil que el documento se extendiera en debida regla.» Nota 65.

marchar de nuevo contra Polonia. Protegido por su tutor, Otón de Brandeburgo, no sólo se apoderó de Cracovia y Sandomir, sino que obligó a rendirse a Wladislao y a su hermano Casimiro, a ellos se unió Premislao de la Gran Polonia; pero este hecho no tuvo para Wladislao más consecuencia que el convertirse toda la Polonia en campo de terribles devastaciones, tanto más senti-

Sello de Premislao I, duque de la Gran Polonia.—Grabado en cera común con cordones de seda encarnada en documentos de 1256 y 1257 que se encuentran en la biblioteca de Raczynski, de Posen. El duque, de pie entre dos torres con centinelas que tocan una trompeta, está armado con cota de malla de pies a cabeza y lleva encima una túnica de armas. Ostenta al lado una espada y sostiene con la mano derecha una lanza con una pequeña bandera y con la izquierda un escudo en el cual hay pintado un león. Premislao II introdujo el águila coronada como blasón común de todo el Estado. Encima de su cabeza flota entre una nube la bienhechora mano de la Providencia. Inscripción: † SIGILLVM : PREMISLONIS – : DE – I : GR.. CIS : POLONIE. (Según Vossberg.)

que se habían encerrado en Sieradz. Estos, para conseguir la libertad, tuvieron que renunciar a toda pretensión sobre Sandomir y Cracovia y prestar tributo personal por sus ducados hereditarios de Brzesc y Lenczyc.

Con esto parecía haberse logrado la unión del Estado polaco, presa del mayor desorden, con el poderoso reino de Bohemia. Ni Wladislao ni su hermano cumplieron su juramento de fidelidad y das por aquel pobre país, cuanto que al propio tiempo las tropas lituanas invadieron la Masovia, Cuyavia y Lenczyc y las hordas mogolas asolaron a Sandomir y la Polonia meridional.

De todos los príncipes de Polonia, Premislao de la Gran Polonia fué el único que comprendió la situación de las cosas. Era hombre valiente, ambicioso, prudente político y presunto heredero del duque de Mestwin de Pomerelia, que

había fallecido sin hijos (1). De acuerdo con el alto clero, el arzobispo de Gnesen, los obispos de Posen, Leslau y Cracovia, y con el asentimiento expreso del papa Bonifacio VIII, y quizás en connivencia con los demás príncipes polacos, se hizo consagrar rey de Polonia y duque de Pomerania por el arzobispo, verificándose la solemne ceremonia en la catedral de Gnesen en 26 de julio de 1295.

La suerte le favoreció, pues no sabemos que encontrara en Polonia obstáculo alguno que se opusiera a sus pretensiones, y en cuanto a la protesta del rey Wenceslao no fué atendida por el pontífice. Cuando, a fines de julio o a principios de agosto, falleció el duque Mestwin, pasando la Pomerelia a poder de Premislao, y cuando las probabilidades de éxito eran para éste mucho mayores, fué asesinado en Rogosno (Gran Polonia) a primeros de febrero de 1296, sin que nunca pudiera decirse con seguridad quién fué el autor de tal delito. Con Premislao desapareció por mucho tiempo toda probabilidad de ver a Polonia unida bajo el gobierno de un solo príncipe. Wladislao Lokietek no podía creer nunca que a él y a su hijo mayor Casimiro les fuera dado conseguir este fin.

La muerte de Premislao fué señal de nuevas luchas por la herencia que había quedado vacante, y aun cuando Wladislao el Enano y Enrique de Glogau llegaron a un acuerdo por el cual una gran parte de la Gran Polonia quedaba unida a Silesia, el rey Wenceslao se opuso a reconocer la nueva situación de Wladislao.

Muchos años transcurrieron sin que el bohemo empuñara las armas, años desdichados durante los cuales reinó en Polonia el más completo desorden; pero, en la primavera de 1300, Wenceslao penetró en aquel país al frente de un numeroso ejército, y habiéndose puesto a su lado sin resistencia alguna toda la población, pudo en Gnesen ceñirse la corona polaca.

El casamiento del nuevo rey de Polonia con Rischa, hija de Premislao, dió apariencia de derecho a aquella usurpación, y con la instalación de capitanes bohemos en el país trató Wenceslao de consolidarla. El duque de Cuyavia reconoció la soberanía feudal de Wenceslao: también en Pomerania se formó un poderoso partido bohemo, y en cuanto a la influencia del rey en Silesia era indisputable. La posición de Wenceslao pareció hacerse más poderosa cuando, en el verano de 1301, su hijo, del mismo nombre, fué elegido rey de Hungría.

Esta situación, sin embargo, tenía un lado débil: Wladislao Lokietek, en quien apenas fijaba Wenceslao su atención, supo aprovecharse de este descuido con habilidad y perseverancia, que le valieron un éxito completo. Wenceslao figuraba en el número de los enemigos de la Santa Sede: sin autorización del Papa había recibido de manos del arzobispo de Gnesen la corona polaca y su hijo había sido nombrado rey de Hungría contra la voluntad pontificia. Bonifacio VIII necesitaba en estas comarcas orientales instrumentos dóciles y obedientes, y por eso se comprende que prestara oídos a las quejas que el humillado Wladislao formuló contra Wenceslao y se encontrara dispuesto a amparar sus derechos lesionados.

A este efecto exigió de Wenceslao que renunciara al título de rey de Polonia, y le ofreció, como gran concesión, un juicio arbitral. Al mismo tiempo el rey de romanos, Alberto de Habsburgo, quería la separación de Polonia y Cracovia, y todo esto obligó a Wenceslao a prepararse para defenderse de los ataques que le amenazaban. La campaña de Alberto, de 1304, fué de pocos resultados; en cambio Wladislao consiguió, con auxilio de tropas húngaras, mantenerse en Cracovia y conservar algunas plazas fuertes del país. Allí recibió para él la fausta nueva de que Wenceslao II había fallecido en 21 de junio de 1305, y aun cuando Wenceslao III no parecía dispuesto a renunciar a las pretensiones y a la posición de su padre, ocurrieron sucesos que mejoraron esencialmente las probabilidades de éxito de Wladislao.

A principios del año 1306 le vemos en posesión de Sandomir, Sieradz y de una parte del territorio cracoviano, llegando a ser ya un factor con el cual había de contarse, por cuya razón el rey Wenceslao III creyó prudente entrar en negociaciones con él. Cuando poco después Wladislao se apoderó de Cracovia, que era considerada como parte integrante de Bohemia, los magnates bohemos excitaron al rey a que tomara las armas. Hechos estaban ya los preparativos cuando el rey Wenceslao III fué vilmen-

(1) El duque Mestwin le había instituído heredero, por su testamento de 15 de febrero de 1282 (*d. d. in Campno*). *Codex Majoris Pol.*, II, *Suppl.*

Gran sello de Premislao II.—Sirvióse de él cuando, por disposición testamentaria del duque Enrique de Breslau, fué señor de Cracovia. Se encuentra adherido a documentos que Premislao, como sucesor del duque Mestwin de Pomerelia, publicó en este país. Está grabado en cera y pende de cordones de seda. En el sello, debajo de un arco en forma de portal y entre dos torres con centinelas que tocan trompetas, está Premislao de pie sobre un dragón, armado de pies a cabeza con cota de malla, la cabeza cubierta con un casco puntiagudo y anguloso, sobre el cual flota el Espíritu Santo en forma de paloma. Ciñe larga espada que le cuelga por el lado izquierdo y está en parte cubierta por un escudo con una águila coronada (la de Cracovia): lleva en la mano derecha una bandera, con una águila sin corona (la de la Gran Polonia), cuyo extremo inferior se apoya en las fauces del dragón. Junto a la cabeza del duque aparece en el lado izquierdo de entre una nube la mano bienhechora de la Providencia, rodeada, como santa aparición, de un círculo en el cual se ve el símbolo de la Santísima Trinidad. Inscripción: † SIGILLVM : PREMISLONIS : SECVNDI · DEI · GRA · DVCIS · POLONIE. (Según Vossberg.)

te asesinado, en 4 de agosto de 1306, en Olmutz, punto de partida de su futura campaña.

Con el rey Wenceslao quedó extinguida la familia de los Premislidas, y como no dejaba heredero alguno de sus pretensiones en Polonia, Wladislao recogió el fruto de su perseverancia, siendo reconocido en toda la Polonia, a excepción de Masovia y de los territorios de Posen y de Kalisch. En Cracovia el obispo Juan le declaró heredero del reino polaco, título que Wladislao estaba resuelto a aceptar según lo demuestra su conducta en la cuestión pomerania y en la lucha de ella nacida contra la orden teutónica. Estos asuntos llenaron los veintisiete últimos años de su vida.

En las ciudades cuya población alemana, durante la dinastía bohema, había tenido ciertas relaciones con el imperio, miróse con malos ojos la entronización del Piasta, de quien se sabía que no era amigo de los alemanes; y este descontento se manifestó por medio de una sublevación que en 1311 hizo, aunque por corto tiempo, al duque Boleslao de Oppeln, señor de Cracovia. Wladislao Lokietek consiguió, sin embargo, apoderarse nuevamente de la ciudad y se deshizo con excesivo rigor de sus enemigos.

El jefe de los rebeldes había sido el obispo de Cracovia, Juan Muscata, silesio germanizado. Ya en otro tiempo había reñido con el Enano, a quien tuvo luego que someterse por mandato directo del papa Bonifacio VIII: a sus órdenes estaba el partido alemán, que esperaba que una dominación alemana le haría disfrutar nuevamente de su antigua posición; pero la victoria del Enano había destruído estas esperanzas. Los rebeldes vieron ocupados sus fuertes castillos y fueron condenados a penas terribles. Cracovia volvió a ser una ciudad puramente polaca; la situación política del rey exigía que en él encontraran enérgico apoyo las tendencias eslavas de la Polonia.

Ya anteriormente el duque de Polonia se había esforzado en oponer en otro punto un dique a los progresos del elemento alemán. En 1307 había intentado, aunque en vano, disputar a Enrique de Glogau la parte del territorio de la Gran Polonia por éste poseída: el curso de los sucesos políticos en Pomerania y la situación de la orden teutónica le obligaron a emplear de nuevo todas sus fuerzas en las luchas entre germanos y eslavos.

El duque Leszek, uno de los hijos de Siemomysls de Cuyavia, se había visto obligado, en 15 de noviembre de 1303, a hipotecar a la orden el territorio de Michelau, y el rey Wenceslao III se había comprometido, en 5 de agosto de 1305, a indemnizar con las comarcas pomeranias a los marqueses de Brandeburgo, a quienes su padre había hipotecado las ciudades de Meissen (1). A consecuencia de esto, Brandeburgo había ocupado una parte de Pomerania, excitando con ello la codicia del duque Wladislao y de la orden. Esta se formó con los magnates pomeranios un partido, en tanto que otro se unía, después de la muerte de Wenceslao, al duque de Polonia.

Cuando éste, a fines del año 1306, penetró en Pomerania, fué saludado con júbilo por sus partidarios; pero, a poco de haberse retirado de aquel territorio, la poderosa familia de los Swenza, que se había visto por él postergada, firmó con el enérgico marqués Waldemaro de Brandeburgo un tratado en virtud del cual reconocía a éste como legítimo soberano de la Pomerania oriental.

Wladislao, para asistir a los invasores askanios, que durante el otoño de 1308 se habían apoderado hasta de la plaza de Danzig, defendida por una guarnición polaca, solicitó el auxilio de la orden, que gustosa accedió a prestárselo, mediante la promesa de que el duque le garantizaría los gastos y anticipos que hiciera. Según este convenio, la orden defendería la mitad de la plaza contra los ataques de los brandeburgueses, corriendo la defensa de la otra mitad a cargo de la guarnición polaca. Esto trajo como consecuencia un cambio radical en los asuntos políticos de Pomerania. La energía del maestre provincial, Gunther de Schwarzburg, obligó al marqués Waldemaro a emprender la retirada, y mientras en la ciudad sólo quedaba una pequeña guarnición para conservar las posiciones, estalló en el castillo el antagonismo, hacía tiempo latente, entre los caballeros de la orden y las tropas polacas. Difícil es hoy decir quién tuvo la culpa. La orden salió vencedora, hizo prisioneros a los comandantes polacos, rechazó a la guarnición polaca, y cuando acudió con refuerzos el maestre provincial Enrique de Plozke, se apoderó violentamente de la ciudad de Danzig (14 de noviembre de 1308).

(1) Véase Caro, tomo II, pág. 22.

Que la orden se proponía enseñorearse, en lo posible, de toda la Pomerelia, lo demuestran el hecho de haber ocupado en febrero de 1309 la ciudad y el castillo de Dirschau y las negociaciones que después se entablaron con el indignado y aterrorizado duque Wladislao. No pudiendo éste, en aquel momento, apoyar sus pretensiones sobre la Pomerania con las armas en la mano, entró en tratos con los caballeros teutónicos, los cuales manifestaron con toda franqueza que deseaban comprar todos los derechos que creía tener el duque sobre la Pomerelia, ofreciendo pagar 10.000 marcos de plata, entregarle todas sus posesiones de Cuyavia, fundar un convento para la salvación de su alma y las de sus antepasados, y auxiliar, en caso necesario, a Polonia con todas sus fuerzas, con tal que renunciara a la Pomerelia. La decidida negativa de Wladislao contribuyó tan sólo a que la orden fortaleciera más su situación en Cuyavia, comprando a los duques cuyavios el territorio comprendido entre el Nogán, el Vístula y el puerto, conquistando a Schwetz, la playa más fuerte de Pomerania, situada junto a Danzig y Dirschau, y consiguiendo finalmente, en 13 de septiembre de 1309, de los marqueses de Brandeburgo, por 10.000 marcos brandeburgueses, que cedieran a la orden sus derechos sobre la Pomerelia, cuya venta fué sancionada por el rey de Alemania.

La orden, por su parte, se creyó capaz de conseguir la sanción pontificia. Cuando en abril de 1310 el príncipe Wladislao de Rugen renunció también a sus pretensiones y cuando en 27 de julio el rey Enrique de Luxemburgo sancionó la compra de la orden, quedaron únicamente las pretensiones muy cuestionables de Wladislao el Enano. Para éste fué una gran suerte que, a la muerte de Enrique de Glogau, acaecida a fines del año 1309, la nobleza de la Gran Polonia, disgustada de la familia de los Piastas silesios, se decidiera a reconocerle como duque, y que la lucha entonces encendida entre la orden teutónica y Riga le ofreciera ocasión de someter a la decisión del Papa la cuestión pomerania.

Entonces vemos a la orden y al duque rivalizando en sus esfuerzos por atraerse a los señores laicos y eclesiásticos de los territorios fronterizos, pudiendo asegurarse, a pesar de la obscuridad que en los detalles históricos reina, que el sentimiento nacional polaco se robusteció en su antagonismo con la orden. Wladislao, favoreciendo al clero y sometiéndose incondicionalmente a Roma, procuró captarse el favor del árbitro supremo del mundo cristiano, de quien esperaba la decisión definitiva de la cuestión pomerania. Además, con el objeto de robustecer la acción del gobierno en los territorios que le estaban sometidos, aceptó la institución bohema de los capitanes, de la que salieron después los estarostes, y se ocupó seriamente en restablecer el orden y la disciplina en la administración.

Su ingreso en la alianza que se formó contra Waldemaro de Brandeburgo fué uno de los esfuerzos que hizo para reconquistar la Pomerelia; y cuando en 1317 la orden teutónica logró que los duques de Cuyavia le cedieran definitivamente los territorios de Michelau, Wladislao explotó este acontecimiento para aumentar el descontento ya existente de los polacos contra los caballeros teutónicos. Además de esto, el clero se creyó perjudicado por la orden en lo que atañía a la percepción del diezmo eclesiástico, y aun cuando la primera decisión del Papa fué favorable a la orden, el duque, por la habilidad con que explotó todos estos sucesos, se rodeó de la aureola de defensor de todos los derechos nacionales de Polonia contra la actitud cada día más amenazadora del ambicioso enemigo.

Después dió un paso importante consiguiendo que una asamblea de magnates polacos, así laicos como eclesiásticos, presidida por el arzobispo de Gnesen, en unión de la baja nobleza y de los habitantes de las ciudades enviara a Aviñón al obispo Herwardo de Wloclawek con la misión de obtener para Wladislao la corona polaca. El obispo salió de Polonia a principios del año 1318: la contestación del papa Juan XXI está fechada en 20 de agosto de 1319 y contiene el texto y los motivos de la petición. En ésta se pintaba con brillantes colores la opresión del país, que desde la muerte del último rey se veía asolado por desórdenes interiores y por los tártaros, lituanos, rusos y otros infieles; decíase que las iglesias y los conventos habían sido saqueados o convertidos en guaridas de bandoleros, que el país había sido devastado, y que su ruina era inminente si el Padre Santo no tendía a Polonia su mano protectora; que Polonia estaba completamente sumisa a la Santa Sede, y en prueba de ello pagaría anualmente el dinero de San Pedro en

testimonio de gratitud por haberle el Papa concedido un rey que mostrara a los súbditos cómo había de caminarse por el sendero de la justicia, que sometiera a los desobedientes, que reconquistara lo perdido y proporcionara la paz al país. Añadíase que para ser nombrado rey parecía el más a propósito el noble duque Wladislao de Cracovia, Sandomir, Siradia, Lamitia y Cuyavia y heredero de todo el reino de Polonia y Pomerania.

El Papa declaró que había visto con gusto la petición de los obispos y que estaba inclinado a acceder a ella, pero que como los embajadores del rey Juan de Bohemia habían protestado contra el entronizamiento de Wladislao y como él no quería ser injusto con nadie, consideraba conveniente aplazar por de pronto la resolución (1).

La manifestación ambigua del Papa, que disimulaba mal su parcialidad en pro del pretendiente polaco, fué probablemente aclarada de un modo que no daba lugar a dudas por medio de un permiso verbal para la coronación. En 20 de enero de 1320 el arzobispo Yaroslao de Gnesen ciñó la corona real a las sienes del duque Wladislao Lokietek y de su esposa Eduvigis. Desde entonces el Papa le denominó rey sin encontrar en ello resistencia alguna.

En lo sucesivo el título de rey quedó subsistente en Polonia mientras ésta conservó su independencia. Con este título aumentaron la ambición y la rectitud en la política de la familia dominante, que en poco tiempo consiguió devolver al reino la posición de gran potencia.

El rey Wladislao Lokietek dió el primer impulso en este sentido, por más que el éxito del primer momento no correspondiera ni a sus esfuerzos ni a sus exageradas esperanzas. El camino por él emprendido era el verdadero, pues únicamente luchando contra la orden teutónica podía Polonia adquirir algo más que una importancia local.

No podemos describir la historia de esta lucha sino a grandes rasgos: después de haberse formado en la corte pontificia un interminable proceso, publicóse en 9 de febrero de 1321 la sentencia, dictada en nombre y por encargo del Papa, en virtud de la cual no sólo se desposeía a la orden de la Pomerelia, sino que además se la obligaba a pagar 30.000 marcos en moneda usual polaca y 150 marcos fuertes de Praga como costas del proceso. La orden no quiso someterse a esta sentencia, y entonces Wladislao Lokietek, antes de aventurarse al rompimiento que trajera consigo la guerra, pensó en arbitrar medios para no luchar solo con el poderoso Estado militar del Báltico.

Mientras él conseguía un yerno y un aliado en la persona de Carlos Roberto de Hungría (1320), la orden, que seguía con gran atención todos los pasos de su adversario, se fortalecía firmando alianzas con los duques de la Pomerania anterior y de Masovia y lograba dar a sus asuntos en la corte pontificia un giro favorable a sus intereses. El Papa anuló la sentencia de 1321, adjudicó a la orden la Pomerania y confió la decisión definitiva del asunto al obispo de Samland, acérrimo partidario de la orden. Así las cosas, el rey consideró conveniente no proceder por el momento a una acción armada: en 1324 entabló con el Gran maestre negociaciones, pero no tuvieron más resultado que un armisticio por dos años. Este espacio de tiempo, sin embargo, fué suficiente para que se rompieran las alianzas contraídas y quedara con ello decidida la lucha. Mientras la orden se enajenaba el favor de la Curia, poniéndose al lado del rey Luis de Baviera, excomulgado por el Papa, y al lado también de Brandeburgo, Wladislao Lokietek, con sus luchas en Brandeburgo y con sus esfuerzos por conquistar en Halicz el territorio ocupado por los tártaros, recobró en la corte pontificia su antigua situación, a cuyo objeto contribuyó también la docilidad con que accedió a las exigencias pecuniarias de la Santa Sede.

Otro triunfo fué el haber firmado, en 18 de junio de 1325, en Nackel con los duques de la Pomerania anterior un conflicto por el cual éstos renunciaban a la alianza con la orden y se unían a Polonia. El edificio de esta política, dirigida contra la orden y llevada con habilidad suma, quedó coronado por medio de una alianza matrimonial: Lokietek consiguió del podereso Gran duque Gedimín de Lituania que concediera la mano de su hija Aldona a Casimiro, heredero del trono de Polonia (2). Con esto quedó cerrado el círculo con el cual cercaba Polonia a la orden, significando muy poco

(1) *Non intendentes per hoc juri vestro et aliorum supplicantium praedictorum prejudicium aliquod generari...* Theiner, I, CCXXVI.

(2) Véase *Historia de Rusia.*

el hecho de que ésta encontrara celosos partidarios en los duques de Masovia y en Enrique de Breslau.

Los polacos y lituanos invadieron y devastaron el Brandeburgo (1326), cuyo suceso sirvió de prefacio a la lucha que en seguida estalló. La suerte, favorable en un principio a Polonia, cambió cuando en el invierno de 1328 intervino de una manera inesperada en la lucha el rey Juan de Bohemia, si no como aliado, por lo menos en favor de los intereses de la orden.

A fines de aquel año avanzó, al frente de un ejército bien armado, por Breslau hasta la frontera de Prusia para emprender una cruzada contre los lituanos. Esto constituía para Wladislao un peligro tanto más grave cuanto que al mismo tiempo Juan formulaba pretensiones sobre Polonia como sucesor de los Premislidas. El ejército cruzado penetró hasta muy adentro de Lituania y se dirigió luego contra Polonia. Dobrzín y una parte de Masovia fueron devastadas: el territorio de Dobrín y la Pomerania fueron solemnemente cedidos a la orden por Juan, que se presentó como rey, y el rey Wladislao se encontró en tan grave aprieto que apenas pudo defender la Cuyavia. Firmóse luego un armisticio que el Lokietek aprovechó para obtener auxilios de su yerno el rey de Hungría.

Pero en definitiva Polonia tuvo que soportar sola el peso de la lucha: Hungría hizo poco y Lituania dirigió sus ejércitos contra la rama livonia de la orden teutónica. Gedimín estaba también descontento porque la reunión de las tropas polacas y lituanas, proyectada para el 8 de septiembre de 1330, no pudo verificarse a consecuencia de un accidente desgraciado del rey Wladislao. De suerte que Polonia se encontraba sola cuando en 1331 estalló con gran encarnizamiento la guerra.

El odio nacional de ambas partes estaba altamente excitado. La orden penetró hasta Halicz, devastando cuantos territorios encontraba a su paso, en lo cual seguía la horrible costumbre de aquellos tiempos. Al llegar a Plowcze, en Cuyavia, hubieron de detenerse los vencedores, embriagados con sus victorias, trabándose entre los ejércitos enemigos encarnizado combate, que no terminó por la huída de uno ni de otro, sino por haber cerrado la noche. De todas maneras fué una suerte para Polonia que no hubiera podido reunirse con la orden el rey Juan.

El curso ulterior de esta lucha no nos interesa, pues no tuvo un resultado definitivo. Wladislao Lokietek no pudo arrebatar a la orden la Pomerelia, una parte de Cuyavia ni el país de Dobrín. Firmemente resueltos los caballeros a conservár la Pomerelia, vieron en las nuevas adquisiciones una importante garantía, cuya restitución había algún día de valerles el reconocimiento de sus pretensiones sobre aquella provincia. El rey Wladislao, a pesar del valor y de la perseverancia que mostró en la lucha, no pudo conseguir otra cosa más que conservar su posición: la guerra ofensiva se había convertido en guerra defensiva, y todos los esfuerzos llevados a cabo no habían producido más resultado que robustecer el sentimiento nacional y monárquico. Aun este éxito no podía envanecerle mucho: las tendencias centrífugas de algunas provincias habían sido vencidas, recobrando Polonia, después de la lucha con la orden, el carácter de Estado unitario.

Wladislao Lokietek no se desanimó a pesar de sus fracasos en el exterior: es cierto que se mostró dispuesto, por la mediación del Papa, a firmar un convenio con la orden, en virtud del cual debían decidir como árbitros la contienda los reyes de Bohemia y de Hungría; pero en cambio no renunció a sus pretensiones sobre la Pomerania. Mientras aprovechaba aquella causa para dominar a algunos magnates levantiscos sorprendióle la muerte, falleciendo a los setenta y tres años, a primeros de marzo de 1333, y siendo enterrado en la catedral de Cracovia. La tapa del sepulcro labrado, en granito blanco, ostenta la figura, en tamaño natural, de aquel hombre valeroso.

CAPÍTULO XIII

CAMBIOS EN EL INTERIOR (1)

Desde los tiempos de Boleslao III habíase realizado en el estado interior de Polonia un cambio radicalísimo: la Polonia del siglo XII y la del XIII y principios del XIV no sólo son esencialmente distintas por lo que hace al mayor o menor desarrollo de su cultura, sino que ofrecen una transformación completa

(1) Véase para lo que sigue la obra de Romualdo Hube: *Prawo Polskie w Wieku XIII;* Varsovia, 1874 (Hube: *El derecho polaco en el siglo* XIII).

en lo que se refiere a las nociones de derecho público, pudiendo decirse, con uno de los que mejor conocen la historia polaca, que la constitución estaba quebrantada. La antigua Polonia, tal como la hemos estudiado, se fundaba en el principio de la omnipotencia del monarca; la Polonia que encontramos en los siglos XIII y XIV nos muestra clases privilegiadas que han adquirido importancia a costa del poder real, apropiándose atribuciones de la exclusiva competencia de los reyes.

Los privilegios y las excepciones informan su situación jurídica y elevan a aquellas clases por encima de la masa de la población haciendo de ellas una institución especial. La población de Polonia, durante el siglo XIII, puede en general dividirse en dos grandes grupos, la nobleza y el pueblo; quien no formaba parte de la primera, la *Szlachta,* pertenecía al segundo, sin que para nada se tuviera en cuenta si habitaba en las ciudades o en las poblaciones rurales. Unicamente allí donde dominaba el derecho alemán se había formado una clase media de ciudadanos, como la hemos visto al estudiar el estado de cosas de Silesia; pero allí donde tal derecho no existía, los habitantes de las ciudades eran considerados como parte del «pueblo» *(narod).* El clero no constituyó una clase especial hasta que en sus luchas religiosas se apoyó en el derecho canónico y se emancipó, en las cuestiones de herencias, de la jurisdicción civil para someterse por completo al derecho eclesiástico.

Hablaremos primero de la Szlachta, de la nobleza. Indudablemente el *szlachcic,* el noble, se confundía con el caballero, es decir, que el que obtenía el derecho caballeresco era noble. Los privilegios que en un principio sólo se concedían a la gente principal se extendieron luego y se convirtieron poco a poco en un derecho consuetudinario común a todos los caballeros que se distinguían del resto de la población.

Este derecho consuetudinario de los caballeros consistía esencialmente en que poseían en propiedad y herencia sus bienes, no pagaban tributos y tenían cierta jurisdicción sobre los que habitaban en sus dominios: las prestaciones que estos habitantes debían antes a la corona pasaron a ser exigidas por la *Szlachta.*

A los bienes que se daban con el derecho caballeresco se les llamaba tierras libres o territorios con derecho caballeresco, siendo de notar que todo aquel que era elevado a la dignidad de caballero recibía constantemente el derecho caballeresco completo. Castigándose los delitos cometidos contra los caballeros con penas más severas que los que contra el resto de la población se cometían, fortalecióse en la conciencia popular la idea de una diferencia de clases, en un principio no existente, entre las personas libres. Fué también beneficioso para la *Szlachta* el privilegio de poder ocupar legalmente los territorios yermos y apoderarse de las herencias vacantes de sus súbditos, apropiándose tales territorios que podían llegar a ser, en condiciones favorables, magníficos dominios. Más adelante veremos cómo de esta suerte se fué constituyendo entre la nobleza, que en un principio gozaba toda de los mismos derechos, un grupo de señores con más dominios y muy pronto con más privilegios.

Enfrente de esta nobleza encontramos a toda la población de los que no eran nobles, cuya masa principal estaba formada de los habitantes del país llano, que vivían en aldeas y que a su vez se dividían en libres *(liberi)* y en adscriptos *(adscripticii, adscripti)* o siervos. Bajo esta última denominación se comprendía a los que habían recibido sus tierras a condición de someterse a ciertas prestaciones y que no podían abandonarlas. Vivían adheridos a la gleba y por esto el lenguaje técnico del siglo XIII les denomina «siervos de la gleba» *(servi glebae).* Al nombre vino a unírsele muy pronto la noción de la servidumbre, que cada día se fué haciendo más opresora. No es, sin embargo, de creer que todas estas personas fuesen siervos. Los nombres con que se les designa nos indican al propio tiempo sus ocupaciones, encontrándose entre los adscriptos marinos, pescadores, cazadores, mercaderes de caballos, recolectores de miel, carpinteros, cocineros, etc.

Los que estaban obligados a cultivar el suelo eran llamados, no muy gráficamente, colonos *(coloni);* éstos residían en los dominios ducales, o en los del clero, o en los de los particulares, y eran «gente propia» del propietario a quien debían las prestaciones. Además de éstas, tenían que pagar un censo en especie por el terreno en que residían y que no podían abandonar a su antojo: quien tal hacía era conducido ante el tribunal del príncipe y por éste entregado al señor, el cual podía apoderarse del fugiti-

vo, encerrarle en la cárcel y castigarle con eterna servidumbre.

A mediados del siglo XIII las fugas eran tan frecuentes que en 1243 se firmó un tratado con la orden teutónica para la entrega recíproca de los fugitivos.

vida. Aldeas de pescadores tenemos aún en nuestros días; no así aldeas de recolectores de miel y de carpinteros. Nos encontramos asimismo con poblaciones en las cuales cada habitante estaba obligado a una prestación distinta, y con

Sello de Wladislao Lok'etek (el Enano). – Estampado en cera con hilos de seda encarnada en un documento de 1315 que se encuentra en el Archivo capitular de Cracovia. Sobre un campo a manera de tablero de ajedrez adornado con rosetas aparece el duque de pie, llevando en la cabeza el gorro ducal y vistiendo la túnica de armas y encima el manto de pliegues, uno de cuyos extremos levanta con la mano izquierda. Con la derecha sostiene una lanza, cuya bandera ostenta el águila coronada polaca. El duque está de pie entre dos escudos, de los cuales el de la derecha tiene pintada el águila coronada polaca y el de la izquierda las armas de Cuyavia (un león y media águila unidos por la espalda y con una corona para ambos). Sobre el ángulo de la izquierda de este escudo, colocado oblicuamente, descansa un casco ricamente adornado. Inscripción: · * † * WLADISLAVS · DEI · GRA · DVX · CRACOVIE · SANDOMIR' · SIRAD'LAN · CVIA. (Según Vossberg.)

Cada uno de estos siervos poseía un pedazo de tierra, a la que se daba el nombre de lote *(sors)* y cuya extensión era distinta en cada caso. Encontramos también un fenómeno que todavía hoy se observa en los países eslavos, y es que muchas veces toda la población de una aldea venía sujeta a la misma prestación, que caracterizaba su modo de

otras cuyas prestaciones no se mencionan. En todos los casos, sin embargo, el siervo tenía asegurada para sí y para sus sucesores la posesión transmisible por herencia de su trozo de terreno: lo único que no podía hacer era enajenarlo, y si el señor quería expulsarle de su terreno, tenía el derecho de formular una queja ante el duque.

Este estado de cosas dió lugar a usurpaciones que pronto habían de ser funestas. El duque era señor y propietario supremo de las tierras de los siervos y podía trasladarlos de unas a otras tierras. A mediados del siglo XIII el clero usurpó también para sí este derecho, y una vez rotos los diques, la completa soberanía sobre el territorio pasó a los demás señores en virtud de una «costumbre generalizada, pero no fundada en ningún derecho.»

Si se tiene en cuenta que las prestaciones de derecho público, que el príncipe exigía de todos los domiciliados en sus territorios, pesaban también sobre los siervos; que cuando el príncipe eximía de ellas a una comarca se aumentaban las exigencias de los señores, y que la exención del tribunal del soberano del país tenía por consecuencia la sumisión a la jurisdicción del propietario, que por la naturaleza misma de las cosas era más débil y por lo tanto más opresora y arbitraria, se podría formar un cuadro de la situación de aquellos siervos, que poco se diferenciaba de la completa esclavitud. Unicamente podían librarse de situación tan opresora moral y materialmente aquellos que ofrecían pruebas de que eran libres o aquellos a quienes su señor eximía de las prestaciones.

Había hombres libres que no pertenecían a la Szlachta: eran éstos los labradores que por sus propiedades pagaban un censo al duque, a la Iglesia, a un caballero o a quien era señor del país, y que, una vez cumplidas las obligaciones contraídas, podían abandonar el territorio, no estando por lo tanto ni afectos a la gleba ni a servicios personales (1). A pesar de esto, los labradores, en todas partes y en todos tiempos, difícilmente se apartaban de sus tierras, pues antes de resolverse a abandonar el terreno que les daba los frutos de sus sudores, preferían ver aumentadas sus cargas, contribuyendo a robustecer esta aptitud para la paciencia el don del sufrimiento, que domina en el carácter eslavo.

A consecuencia de la imposición injusta de prestaciones, contra las cuales probablemente de nada servía el protestar, estos labradores se vieron poco a poco reducidos a la condición de siervos, realizándose de esta suerte la confusión de estos dos grupos en un principio esencialmente diferentes. De la misma manera perdieron el derecho de acudir ante el tribunal del duque. Este desenvolvimiento funesto de los sucesos dió por resultado, como hemos visto, que durante la Edad media no existiera en Polonia una clase de labradores de mediana importancia. La energía individual sucumbió en la servidumbre (2).

Para esta clase, formada por efecto del desenvolvimiento histórico, regía en Polonia un derecho común a todos en sus rasgos fundamentales, cuya idea más antigua nos conserva el «Código» (3), colección ordenada para el uso práctico en los territorios polacos de la orden.

En tesis general podemos decir (4) que la patria potestad romana y el *mundium* germano son instituciones desconocidas en el derecho polaco. Las doncellas y las viudas son libres en la administración de sus bienes, y si durante la menor edad no pueden disponer de ellos, se necesita para todo lo que a ellos se refiere su consentimiento, y al llegar a la mayor edad su ratificación. Polonia no conoció la propiedad comunal, pues allí donde existía era debida a la casualidad y siempre revestía el carácter de disoluble. El señor es el propietario de todo el país: toda posesión hereditaria se deriva de una donación hecha por él, siendo, por lo mismo, muy lógico que se apodere de las herencias vacantes y de los territorios cuya propiedad se ha perdido por consecuencia de un delito y que sea de su competencia conocer de todos los litigios que a las tierras se refieren. Toda propiedad privada era heredada, prestada o vendida siempre bajo la hipótesis de la soberanía del príncipe; y co-

(1) Hube se apoya principalmente en un privilegio concedido al cabildo de Cracovia en 1255 y en dos documentos de los años 1266 y 1267: *Si inter alienum quemlibet et polonum degentem in alterutra villarum, qui propriam araturam habet* y *vel eciam polonum liberum qui in rure hactenus habitavit.*

(2) En la época de que hablamos aparece la denominación *kmeto*, cuyo uso se hizo cada día más general, que abarcaba a los libres y a los siervos y que encontramos por vez primera en Masovia, en 1241, y luego en el resto de Polonia. La palabra no puede explicarse bien por falta de un seguro punto de partida: lo más verosímil es que se derivara del bajo latín *comes, comitis*, en bajo griego κομής. En *aserb* significa *magnatum unus, judicum genus; neo-eslavo, rusticus; serbio*, presidente del municipio. En Montenegro es el caballero elegido, en Bosnia el labrador en ajeno suelo, en casa ajena, etc.

(3) *Kziega praw*, edición Edwin Wolkmann, 1869. La prioridad del descubrimiento de este manuscrito corresponde a Helcel, cuya edición apareció en 1870. Véase Hube: *Prawe Polskie*, apéndice.

(4) Hube, *Oddzial*, XI.

mo la herencia sólo podía transmitirse a parientes, necesitábase el consentimiento de éstos para vender las tierras hereditarias, siendo nula toda enajenación que se hiciera sin este requisito: en los casos de venta, tenían aquéllos el derecho de rescate. En cambio, era completamente libre el usufructo de la propiedad.

En la administración de justicia considerábase como principio fundamental al clero. De gran importancia para el ulterior desenvolvimiento histórico de Polonia fué la organización de la Szlachta en tiempo del Lokietek formando corporaciones independientes.

Los lazos de familia, cuya expresión se encuentra en los blasones, son muy antiguos en Polonia; pero hasta entonces su importancia se reducía a los cuidados, difíciles de marcar en sus detalles, que los individuos de la familia

Sepulcro de Ana Jagellón en la catedral de Cracovia

proporcionar al acusado la mayor suma posible de medios de defensa. La conservación del orden estaba asegurada por el robusto poder que para castigar tenían los castellanos. A fines del siglo XV este estado de cosas se modificó por haberse apropiado el clero y la nobleza, según hemos visto, una parte importante de los derechos ducales; al someter a las poblaciones a su jurisdicción patrimonial, reduciéndolas al estado de servidumbre, violaron el antiguo sistema de derecho.

El tribunal de los castellanos dejó de ser el tribunal de la población fija, la cual tuvo que sujetarse a la jurisdicción patrimonial, mientras que en las ciudades el derecho polaco quedó postergado al alemán. En éstas dominaba la idea de una administración municipal autónoma, y únicamente en ellas eran libres los que no pertenecían a la Szlachta ni prodigaban a ésta, y a sus esfuerzos para mantener la unión en todas las circunstancias de la vida pública. La reunión de las distintas regiones del país llevada a cabo en tiempo del Lokietek fué causa de que se constituyera en los ducados antes independientes una jerarquía burocrática, que se esforzaba por conservar la organización autónoma del país y su propia situación. Por esto subsistieron en los antiguos principados parciales los primitivos funcionarios ducales, los vaivodas y castellanos, los jefes del tiempo de guerra, cancilleres, intendentes, magistrados superiores y subalternos, escribanos, portaestandartes, portaespadas, maestres de cocina y escanciadores, con la sola diferencia de que, como el círculo de sus funciones se limitaba a un territorio determinado, se convirtieron de funcionarios ducales en funcionarios autónomos de la provincia

y consideraron como primer deber suyo representar los intereses de la nobleza propietaria, llegando los magistrados, jueces subalternos y escribanos a llamarse escribanos provinciales.

Aunque con esto no se había destruído por completo la jurisdicción ducal, el Lokietek se hallaba imposibilitado de hacer en todas partes justicia por sí mismo; así es que cuando no la administraba personalmente tenía que consentir que la administraran los escribanos provinciales. Los magistrados, los jueces subalternos y los escribanos recorrían los diversos distritos de su territorio, administrando justicia en los asuntos de pequeña importancia en los llamados *roczki* (pequeños términos), y reservando las cuestiones más importantes a los funcionarios provinciales, que las resolvían en última instancia en los *roki (Colloquia)*. Estos, como se comprenderá, discutían también los principales intereses y necesidades de su territorio. De igual manera la nobleza de cada una de aquellas provincias polacas se conquistó una organización autónoma. Tales fueron los comienzos del parlamentarismo polaco.

CAPITULO XIV

PRIMEROS TIEMPOS DE CASIMIRO EL GRANDE. LA ORDEN TEUTÓNICA Y HALICZ

Difícil era la misión que el Lokietek había dejado a su hijo y sucesor Casimiro: en el interior era preciso hacer desaparecer la excitación producida por el cambio ocurrido en las formas de la vida política, y en el exterior urgía terminar la lucha con la orden teutónica, lucha que se había hecho insoportable para aquel extenuado país. Por esto es admirable el talento con que aquel soberano de veintitrés años supo mantener su situación y realizar, contra la voluntad nacional, los fines que se había propuesto.

Poco agradable es lo que sabemos acerca de la juventud de Casimiro: su padre le había casado, cuando contaba quince años, con Ana, hija de Gedimín, pero esta princesa lituana no reunía, según parece, las dotes necesarias para cautivar al hijo del monarca polaco. El corazón de Ana latía siempre por Lituania y por las costumbres de su patria. Desgraciadamente los cronistas polacos han hablado poco de ella, pero este poco es suficiente para hacer un bosquejo vivo de su modo de ser: los cantos y las danzas de Lituania eran su pasatiempo favorito. Cuando, montada a caballo y acompañada de gaiteros y tamborileros, vagaba por apartados lugares, era cuando se sentía más a gusto: poco aficionada a las pompas religiosas, su cristianismo no dejaba de inspirar ciertos cuidados al clero polaco.

En los doce años que duró su matrimonio no se atrajo el amor de Polonia ni pudo ser comprendida por su esposo. A los cinco años de haberse casado encontramos a Casimiro en la corte húngara para conseguir del rey Carlos Alberto, esposo de su hermana Isabel, que prestara auxilio al ejército polaco en su lucha contra la orden teutónica. Casimiro logró lo que se proponía; pero en el tiempo de su permanencia en Buda ocurrió una tragedia amorosa que nos permite conocer no sólo las licenciosas costumbres de la afrancesada corte húngara, sino también el carácter del joven Casimiro.

La hermosa hija de un funcionario de la corte, Clara de Zach, excitó los apetitos de este príncipe: su hermana, la reina Isabel, le ayudó en sus intentos y el honor de Clara fué sacrificado. El padre de la joven, medio loco por el ultraje que se le había hecho, penetró en el regio salón para tomar venganza de los que habían perdido a su hija y mancillado su nombre, hiriendo al rey y a la reina y siendo asesinado en medio del tumulto que se armó. El principal culpable, Casimiro, no supo librar a Clara del brutal castigo que se aplicó a todos los individuos de la familia de Zach: Clara fué terriblemente mutilada y arrastrados sus miembros por la calle, y toda su familia, dentro del tercer grado, fué condenada a muerte.

Al año siguiente Casimiro tomó parte en la batalla de Plowcze, pero durante la acción emprendió la fuga: después le encontramos en el séquito de su padre, y en el sitio del castillo silesio de Kosten se hace honrosa mención de él. Como se ve, sus futuros súbditos no podían cifrar grandes esperanzas en el príncipe Casimiro, y aun aquellos que conocían su inteligencia fría y perseverante hubieron de admirarse del talento con que luego supo hacer frente a las circunstancias.

El objeto que se propuso el rey Casimiro, y que supo realizar con gran lógica, era agrupar las fuerzas de Polonia por medio de un largo reinado de paz y

preparar de este modo una lucha victoriosa contra la orden teutónica. Había heredado de su padre una Polonia aniquilada, aunque dotada de gran sentimiento nacional: la tarea de Casimiro consistía, pues, en llevar por vías pacíficas a esta Polonia contra la civilización de Occidente, en dar cuerpo y vida a la forma, en introducir el orden y el derecho entre las fuerzas que se embotaban o que mutuamente se destruían.

Un tranquilo examen de la política exterior le demostró que en dos sentidos era indispensable dar un paso atrás. La orden, a consecuencia de la tentativa de Polonia de arrebatarle la Pomerelia, no sólo no había perdido nada, sino que por el contrario había ganado el país de Dobrín y una parte de Cuyavia, y conservaba estos territorios menos para agregárselos definitivamente que para tener en su futura devolución un medio de asegurar el reconocimiento incondicional de sus posesiones de Pomerelia. Lo propio sucedía con el título de rey de Polonia que había logrado la Bohemia, pues el rey Juan tenía en menos este título que el reconocimiento de sus pretensiones sobre Silesia y Masovia.

Casimiro, antes de ser coronado, en 24 de abril de 1333, en Cracovia por el arzobispo de Gnesen, había entablado con la orden negociaciones cuyo resultado fué un armisticio de varios meses y luego su prórroga hasta el 24 de junio de 1335 (1). Los reyes de Bohemia y de Hungría debían decidir como árbitros esta contienda de tantos años. Negocióse también una paz con Bohemia, y como respecto de ésta no existía un estado de guerra anterior, pudo Casimiro proceder menos precipitadamente, dejando a su adversario la tarea de entablar las negociaciones.

En agosto de 1335 conviniéronse los preliminares de una paz definitiva, en virtud de los cuales el rey Juan de Bohemia y el marqués Carlos de Moravia renunciaron a todas sus pretensiones sobre Polonia y sobre el título de rey, a cambio de lo cual Casimiro se obligó a pagar la suma de 20.000 sueldos bohemos y a reconocer los derechos de Bohemia sobre Silesia y sobre el Plock masovio. En la suntuosa dieta que se reunió, en el mes de noviembre de aquel año, en Wysehrad (Hungría) fué ratificada definitivamente la paz y dictada la sentencia arbitral que debía poner fin a la contienda con la orden. En dicha sentencia se adjudicaban a Polonia el país de Dobrín y la Cuyavia y a la orden la Pomerelia; pero como respecto de la Pomerania se hablaba de sus «antiguas fronteras» y como esto no era suficientemente claro y concreto, volvieron las discordias entre una y otra parte.

Además de la sanción del Papa, que venía impuesta por el convenio de Wysehrad, quería la orden que la sentencia arbitral fuese formalmente ratificada por los magnates polacos; y dada la hostilidad que éstos mostraban hacia ella, ya se comprenderá que hasta que esta ratificación quedase consumada no habían de pasar la Cuyavia y el país de Dobrín a poder del rey de Polonia. Esto dió lugar durante siete años a contiendas poco agradables y a procesos en los cuales se hacía servir de base para las negociaciones aquella sentencia arbitral de 1321 cuya parcialidad hacía imposible toda avenencia.

La tenacidad de la orden y los deseos de paz de Casimiro pudieron, sin embargo, más que la antipatía de los magnates y del clero polacos: la paz de Kalisch sancionó, en julio de 1343, el tratado de Wysehrad. Casimiro renunció al país de Kulm, a Michelau y a la Pomerelia, a cambio de lo cual la orden le entregó la Cuyavia y el país de Dobrín con todas sus pertenencias. La nobleza polaca, allí presente en la persona del gran dignatario y los representantes de la clase media de las siete capitales de la Grande y Pequeña Polonia (Posen, Kalisch, Wloclawek, Brzesc, Cracovia, Sandomir y Sandecz), robusteció por su parte la paz por medio de la promesa solemne de que «no prestaría auxilio a nadie, ni a su mismo rey, que quisiera reanudar la guerra contra la orden por lo que se refiriera a los mencionados países.» El día 23 de julio el Gran maestre y el rey tuvieron una entrevista personal, en la cual se canjearon los documentos relativos a la paz.

En un prado situado junto a la aldea de Wirbiczino, entre Nueva Leslau y Morin, levantáronse las tiendas para ambos príncipes: el arzobispo Yaroslao de Gnesen llevó a la tienda del maestre el ejemplar polaco del tratado de paz, que fué atentamente examinado, y con igual objeto llevó al rey Casimiro el original alemán.

Después que se vió que todo estaba en orden saludáronse ambos príncipes: el arzobispo notificó luego a la asamblea

(1) *Codex majoris Poloniae*, II, núm. 1133.

que se había firmado la paz, expuso el contenido de los documentos y declaró que su señor, el rey, quería hacer lo que de él dependiera para conseguir que Hungría renunciara a Pomerania, a Michelau y al país de Kulm. Luego Casimiro y Ludolfo Konig canjearon los documentos de paz, los juraron, el rey por su corona y el maestre por su cruz, y se dieron mutuamente el ósculo de paz.

La gran importancia de este tratado estriba principalmente en que, como con razón se ha hecho notar, cambiaba el fundamento legal, causa de la lucha entre Polonia y la orden. Hasta entonces las relaciones recíprocas habían sido reguladas por tratados que, partiendo de una base insegura, daban lugar a diferentes interpretaciones; pero a la sazón se sentaba por vez primera un punto de partida seguro que no permitía apelar a sutilezas. La Pomerelia pertenecía en lo sucesivo a la orden (1), y aun cuando a cambio de ella había renunciado a Cuyavia y a Dobrin, salía ganando en el cambio. Casimiro, por su parte, había asegurado sus fronteras septentrionales y había hecho prevalecer su voluntad contra la de la nobleza y del clero, y, renunciando a un objetivo que en aquel momento era imposible de obtener, ganaba tiempo para seguir, por otro lado, una política tan prudente como de excelente éxito.

El primer triunfo fué la conquista del país de Halicz.

Ya hemos visto en la historia de Rusia que en este territorio se había extinguido en 1336 ó 1337 la línea masculina de los descendientes del rey Daniel. El pueblo elevó al trono a Boleslao de Masovia, sobrino del último príncipe, el cual en el corto tiempo de su reinado llevó a aquellos territorios gran número de inmigrantes polacos. Esto hizo que Halicz, que de antiguo estaba ligada con Polonia por sus intereses comerciales, entrara a formar parte de los horizontes de este reino, y Casimiro estaba decidido a aprovechar aquella ocasión propicia que se le presentaba de conquistar en el Sur un camino hacia el mar.

Al fallecer en 1340 Boleslao, ocupó Casimiro el territorio, anticipándose a las pretensiones que sobre la herencia vacante formulaban los lituanos, tártaros y húngaros. Los tártaros, que le opusieron resistencia, fueron por él derrotados en Lublín, en 1341, y los húngaros se contentaron con una compensación en dinero; de suerte que Casimiro sólo tuvo que luchar encarnizadamente con Lituania para conservar la nueva conquista (2). En esta lucha, más que de Halicz, que quedó por Polonia, tratábase de las comarcas limítrofes al Este y al Sur. Casimiro formuló pretensiones sobre Podolia y Wolhynia, como antiguas dependencias de Halicz. En cuanto a Podolia, no pudo conquistarla, y por lo que se refiere a Wolhynia la lucha tomó el sesgo siguiente.

Después de un armisticio de dos años, que se firmó en 1347 y en virtud del cual Polonia conservaba el Lwow (Lemberg) y Lituania Wladimir, Luck, Belsk y Cholm, estalló de nuevo en 1349 la lucha, que sostuvieron las dos partes por espacio de siete años con gran perseverancia y encarnizamiento. En un principio la ventaja estuvo de parte de Casimiro, que disponía de mejores y más numerosas tropas, consiguiendo apoderarse de toda la Wolhynia hasta la ciudad de Cholm. Pero cuando, en 1350, estallaron en Polonia los desórdenes promovidos contra el rey por el clero, descontento de su política (3), Lubart y Kestuit no sólo consiguieron arrojar de Wolhynia a las tropas polacas, sino que también avanzaron hasta Lemberg, devastando a Sandomir, Radom y otros territorios genuinamente polacos. Casimiro tuvo, pues, que volver a empezar sus operaciones.

El papa Clemente VI le apoyó, concediéndole el diezmo eclesiástico que durante un año se recaudara en Polonia y declarando que la lucha era una guerra contra los infieles (4). También consiguió otra ventaja importante al obtener, como obtuvo, de Luis de Hungría la renuncia de sus pretensiones en favor de Polonia, renuncia que hizo Luis mediante la condición de que a la muerte de Casimiro podría comprar el territorio por 100.000 florines de oro y de que en caso de fallecer Casimiro sin descendientes varones pasarían Polonia y Reuss a po-

(1) El deslinde definitivo de fronteras entre Cuyavia y la Gran Polonia por un lado y el país de Kulm y la Pomerelia por otro se llevó a cabo por medio del documento de 14 de junio de 1349. *Cod. maj. Pol.*, números 1286 a 1290.

(2) Véanse acerca de estos sucesos las *Monografías para la historia de la Rusia occidental y sudoccidental*, de Antonowitz; Kieff, 1885 (en ruso), pág. 128.

(3) Yan de Czarnkow, en Bielowski, tomo II, pág. 630.

(4) No se predicó propiamente una cruzada, como pretende Antonowitz.

der suyo. A cambio de esto se obligó a ayudar con su ejército a Polonia en la lucha por la Wolhynia.

Esta alianza y la que entonces hizo Olgerdo con los tártaros de Podolia fueron causa de que la guerra tomara grandes proporciones. También esta vez la ventaja estuvo de parte de Casimiro, el cual no sólo reconquistó la Wolhynia, renunciaba en definitiva a Luck y a Berest y concedía en calidad de feudos polacos, y sólo durante sus respectivas vidas, al príncipe lituano Yuri Narimuntowitz a Belsk y Cholm, y al príncipe Alejandro Koriatowitz, a Wladimir y Kremenez.

Esta paz tampoco fué duradera, pues hasta 1277 no se llegó al acuerdo que ha-

Sello de Casimiro el Grande (según Essenwein). — En el anverso, el rey con la corona, el cetro y la bola del imperio, sentado en el trono. Inscripción: KAZIMIRVS DI · GRA · REX POLONIE C(ra)COVIE SADOM SIRAD LANC CVYAVIÆ POMORAIE †. En el reverso, el águila polaca coronada. Inscripción: KAZIMIRI DI GRA REG POLONIE · C(ra)COVIE · SADOM'SIRAD LANC CVYAV · POMORAIE †

sino que se apoderó además de la persona de Kestuit. Lubart estuvo a punto de sufrir igual suerte cuando se vió sitiado en Luck. Kestuit, sin embargo, logró escaparse, y cuando el ejército ruso se retiró y Olgerdo, en unión de los dos hermanos, se encargó de la guerra, cambió por completo la suerte. Las tropas de Casimiro tuvieron que evacuar la Wolhynia: los lituanos invadieron y devastaron la Polonia y la Masovia, y muy pronto su situación fué tan fuerte que pudieron pensar en la conquista de Halicz. Al llegar a este punto encontramos un vacío en las noticias que acerca de esta guerra tenemos: nada sabemos respecto de lo ocurrido durante los años 1356 a 1366, siendo muy probable que este espacio de tiempo lo llenara un armisticio.

La campaña de Casimiro en 1366 le fué favorable en los puntos más esenciales, teniendo Olgerdo que contentarse con una paz, por la cual Casimiro sólo bía de ser de duración y en virtud del cual de la Wolhynia obtuvo Polonia a Cholm y Belsk y el resto la Lituania. A pesar de esto, quedó bajo la influencia polaca aquel territorio que, como veremos, desempeñó un papel importantísimo en la historia del desenvolvimiento interior de Polonia.

CAPITULO XV

ACCIÓN DE CASIMIRO EN EL INTERIOR (1)

Ya hemos dicho que la importancia del rey Casimiro se fundó principalmente en la especial atención que dedicó al desarrollo moral y material de Polonia; y en efecto, durante su largo reinado hizo grandes cosas en este sentido. Su grandeza estribó menos en las reformas

(1) Véase Bobrzynski: *Historia de Polonia*, tomo I, párrafos 47-48. Szujski: *Caracteristica de Casimiro el Grande*.

por él realizadas que en haber infundido a todo el pueblo el amor al trabajo, con lo cual logró elevar su nivel moral. La colonización alemana en las ciudades y en el campo, interrumpida durante el reinado de Wladislao Lokietek, tomó nuevo vuelo, adquiriendo con ello mayor incremento el comercio y la industria.

Aun cuando el territorio de la orden teutónica cerraba a Polonia el camino directo del Báltico, le quedaban las vías que conducían a Hungría, a Reuss y al mar Negro. El derecho de depósito o escala que el monarca concedió a sus ciudades hizo que los comerciantes extranjeros no pudiesen negociar en aquellas comarcas más que por mediación de Polonia, cuyos súbditos compraban los géneros para volverlos a vender por su cuenta. Cracovia, Sandomir, Posen, Lublín y Lemberg fueron centros importantísimos del comercio con el Oeste de Europa y sus relaciones se extendían por un lado hasta Moscou y Livonia y por otro hasta Flandes e Italia. Por una cédula que seis años después de la paz de Kalisch otorgó el rey Casimiro a los comerciantes de Thorn, venimos en conocimiento de las vías mercantiles que cruzaban la Polonia.

De Thorn arrancaban el camino de Breslau, que pasaba por Raciaz, Konin, Kalisch y Schildberg; el de Wladimir por Lechzechow, Kazimiriez, Kunistadt y Lublín; el de Sandomir por Brest, Leczyc y Opoczno. Más allá de estos puntos el tránsito dejaba de ser libre y los comerciantes de la orden debían pagar en todas partes los acostumbrados impuestos aduaneros (1). El camino comercial que iba de Norte a Sur estaba cruzado por otras vías muy concurridas que iban de Este a Oeste o viceversa. Allí se encontraba el que iba de Posen a Leczyc pasando por Konin y que desembocaba en la gran vía comercial rusa que atravesaba la Wolhynia, mientras que por las líneas de Breslau, Cracovia y Lemberg hacia Wolhynia y Rusia se hacía principalmente el comercio. El cobre, el plomo, la sal, la madera, las pieles y el paño indígena, las llamadas «telas polacas» eran objetos de exportación, al paso que se importaban en Polonia los paños extranjeros y los productos industriales procedentes de Nuremberg, Praga, Viena y del país de la orden (2).

(1) Véase *Codex Maj. Pol.*, tomo I, núm. 1289.
(2) Véase Caro, pág. 544. Grunhagen: *Historia de Silesia*, pág. 198.

Más importante fué todavía la nueva vida que adquirió la agricultura, y será poco cuanto se diga acerca de la benéfica influencia que en la clase labradora ejerció la concesión del derecho alemán. Las donaciones cada vez mayores de tierras a cambio de un censo dieron al labrador, con el fruto de sus tareas, la afición al trabajo: el exceso de bosques se disminuyó considerablemente: grandes extensiones de territorio antes yermas fueron colonizadas, y las rentas no sólo de los vastísimos dominios reales, sino también de todos los propietarios, tuvieron considerable aumento. La nobleza y el clero siguieron el ejemplo de Casimiro y pronto Polonia fué suficientemente fuerte para enviar colonos a las nuevas adquisiciones hechas en Oriente y a las comarcas del Oeste de los Carpacios.

El país estaba seguro: el desenfrenado robo que había encontrado Casimiro al hacerse cargo del gobierno había sido combatido con gran severidad (3), y a la creación de plazas fuertes ofrecía seguro refugio para los casos de necesidad que pudieran presentarse en el porvenir. Polonia no tenía que temblar ya como antes a cada nueva invasión de las hordas bárbaras. Gracias a esta seguridad, comenzaron a arraigarse en Polonia las artes y las ciencias, que necesitan para prosperar mayor orden y seguridad que el comercio y la agricultura. Un moderno historiador dice, aunque con alguna exageración, que Casimiro encontró una Polonia de madera y deja una Polonia de piedra.

Lo cierto es que en aquel tiempo se construyeron castillos, palacios, depósitos de mercancías y templos, todo de hermoso estilo gótico (4), al paso que en el país llano siguieron preponderando las construcciones de madera, bien que aun en esto observamos algunas mejoras, debidas a los colonos alemanes. El haber casi desaparecido en tiempo de Casimi-

(3) *Quicumque latrocinia sive furta faciebant: quantumcumque fuerant nobiles, ipsos mandabat decollari, submergi et fame mortificari...* Czarnkow en Bielowski, tomo II, pág. 623. - *Coronatus statim in maleficos in tantum desevit, ut in modico tempore multos eorum delevit, dans metum pluribus ut se a furtis et latrociniis cohiberent.* Roczník: *Traski Bielowski, Mon.*, tomo II, pág. 860.

(4) Yan de Czarnkow menciona en su crónica las construcciones religiosas. Véase Bielowski, tomo II, pág. 624. En la pág. 625 de la misma obra se consignan las fortalezas construídas por Casimiro y se dan noticias acerca de las ciudades y aldeas por él fundadas.

ro el antagonismo entre alemanes y polacos, que había representado tan funesto papel en la historia de los anteriores reinados, fué un suceso altamente beneficioso. «Como ninguno de sus antecesores y sucesores, supo Casimiro conciliar las necesidades del organismo político polaco con las justas pretensiones de los alemanes que vivían en el país (1).»

en derecho romano y canónico ocupando una posición elevada.

A pesar de que la fundación de la universidad de Praga había formado una «nación polaca,» Casimiro quiso dar a su pueblo un centro propio de alta educación científica (2), y para ello creó la universidad de Cracovia en el año 1364. El documento de fundación data de Pen-

Gran sello de la ciudad de Cracovia (1333-1370), según Essenwein

Ya se comprenderá que en tan favorables condiciones el derecho de ciudadanía hubo de adquirir en poco tiempo un gran desarrollo científico en Polonia. Respecto de los tiempos anteriores no sabemos casi otra cosa sino que probablemente hubo, conforme a los preceptos canónicos, escuelas catedrales y que en las parroquias se crearon, de muy antiguo, escuelas secundarias en las cuales se enseñaba gramática, retórica y dialéctica. Algunos documentos demuestran la existencia de estas escuelas en Gnesen, Posen, Plock y Cracovia. Su número y su importancia debieron de aumentarse desde los tiempos de Casimiro, pues desde entonces se encuentran seglares que hablan y escriben el latín: muchos polacos estudiaban en Bolonia, Praga y París, y al frente del clero polaco y de la cancillería real encontramos doctores

tecostés de 1364 y la confirmación hecha por Urbano V del 1.° de septiembre del propio año (3). En la introducción del decreto manifiesta el rey el deseo de que Cracovia llegue a ser un lugar donde los polacos puedan dedicarse a los estudios elevados. «Ojalá que pueda ser una perla de las poderosas ciencias que produzcan hombres prudentes y dotados de madurez, hombres adornados de la belleza de la virtud y dotados de diversas aptitudes: ojalá que sea rico manantial de sabiduría, en que vayan a beber todos aquellos que quieran proveerse de los testimonios de tal sabiduría.»

Casimiro no pudo presenciar el florecimiento de su creación: en su tiempo, sólo había las facultades de derecho y de filosofía: en cuanto a la de teología

(1) Zeissberg: *Los historiadores polacos durante la Edad media;* Léipzig, 1873, pág. 157.

(2) Véase Zeissberg, pág. 163.
(3) Véase Theiner: *Monumenta*, I, núm. 842. El documento de fundación se encuentra en Helcel: *Pomniki*, tomo I, pág. 213.

no pudo el monarca implantarla, y aun es muy dudoso que en vida suya se diera enseñanza en esta universidad. Sus trabajos, sin embargo, no resultaron perdidos, pues veremos que en tiempo de sus sucesores la universidad de Cracovia recibió una nueva organización robusta para seguir floreciendo hasta nuestros días.

La consideración del rey en el exterior fué creciendo a medida que se aumentaban el bienestar y el progreso intelectual de Polonia. En 1353 consiguió que el emperador de Alemania, el rey Carlos de Bohemia, renunciara a la soberanía feudal de Masovia-Plock, y a fines del año 1356 el duque Ziemowit III de Masovia se mostró dispuesto a prestarle juramento de vasallaje (1). La situación de Polonia se presentó en todo su esplendor en el congreso celebrado en Cracovia, en diciembre de 1363, en el cual Casimiro y el duque Bolko de Schweidnitz resolvieron como árbitros la contienda entre Carlos y el rey Luis de Hungría: el emperador se desposó con Isabel, nieta de Casimiro, celebrando sus bodas en Cracovia como huésped de Polonia. En la capital se juntaron en aquella ocasión el emperador, cuatro reyes y muchos príncipes y señores, y aun en nuestros días, al describir aquella fiesta, arden en patriotismo los historiadores polacos.

Juan de Czarnkow, el excelente arcediano de Gnesen, a quien debemos la historia de Casimiro y la de los tiempos posteriores hasta el año 1384, describe la impresión que en aquella ocasión recibió, probablemente como testigo presencial, con las siguientes palabras: «Como se le distinguía entre los demás reyes, quiso mostrar el esplendor de su reino y preparó en 1363 en Cracovia una fiesta suntuosa, en la cual tomaron parte el emperador de romanos Carlos, rey al propio tiempo de Bohemia, con sus príncipes, el rey de Hungría con los suyos, los reyes de Chipre y Dinamarca, todos los príncipes polacos y caballeros y muchos señores del país. Imposible es describir la alegría, el lujo, la ostentación y la abundancia que reinaron en estas fiestas: sólo podemos decir que se dió a cada uno mucho más de lo que su corazón podía desear. Aquellos reyes y príncipes prometieron y fortalecieron su amistad recíproca, regresando luego a sus respectivos países, después de haberles colmado Casimiro de regios presentes (2).»

Casimiro, en su administración interior, no se cuidaba sólo de las mejoras materiales, que permitían la celebración de tales fiestas, y de conseguir un conjunto de funcionarios ilustrados: su principal mérito consistió en regular y desarrollar los gérmenes de la organización política que encontró al hacerse cargo del gobierno. En efecto, dió al Estado polaco una organización amplia y bien meditada y logró crear, por medio de una jerarquía de funcionarios del gobierno, la centralización, cuya falta se notaba en tiempo de su padre.

Ya recordaremos que los empleados de corte de los antiguos principados parciales habían sido convertidos en funcionarios provinciales. Casimiro creó nuevos empleados de la corte, cuya esfera de acción alcanzaba a todo el reino, logrando de esta suerte sujetar, por medio de una administración unitaria, los elementos centrífugos de las provincias: para expresarnos en términos modernos, diremos que se rodeó de un ministerio. Un tesorero mayor *(podskarby)* llevaba la administración de todos los bienes y rentas del rey y tenía a sus órdenes varios funcionarios del tesoro; un vicecanciller *(podkanzlerz)* cuidaba de la cancillería administrativa, judicial y diplomática; un mariscal de corte *(marzalk)* tenía a su cargo la misión, antiguamente confiada al vaivoda, de mantener el orden en la corte del monarca.

En todas partes se introdujo la institución, en su origen bohema, de los estarostes, que ya conocemos: estos funcionarios, que dependían por completo del rey, fueron sumamente útiles, pues a sus órdenes estaba la fuerza armada y a ellos se confiaba el mando de los contingentes que habían de proporcionar las ciudades y los magnates. Ciegos instrumentos puestos en manos del rey, servían de mucho para la tranquilidad del reino, alterada muchas veces por las sublevaciones de la nobleza, que estaba disgustada de la severidad del monarca. Iguales atribuciones tenían, en las regiones apartadas, los vaivodas y sus subalternos los burgraves. Los funcionarios eran, al propio tiempo, instrumentos del despotismo, pues Casimiro, poseído de la importancia de su dignidad, no era ajeno a los sentimientos despóticos.

(1) Acerca de la historia previa de estas concesiones, véase Caro, *Historia de Polonia*, a cuya obra nos remitimos para cuanto se refiere a los detalles de la historia polaca, que la falta de espacio nos impide reproducir.

(2) Czarnkow en Bielowski, tomo II, pág. 631.

Este monarca mandó prender en 1359 al vaivoda de Posen, Matías Borkowitz, que anteriormente había excitado su cólera con el asesinato del palatino de la Gran Polonia, y le hizo morir de hambre en una cárcel. El clero también sintió el peso de su mano: al capellán Baryezko, que le notificó la excomunión contra él lanzada, le hizo ahogar en las aguas del Vístula. Hay que confesar, sin embargo, que estos desbordamientos de la pasión eran sumamente raros. El gobierno del reino seguía su marcha regular, demostrándose cada vez más la excelencia de aquella combinación de funcionarios reales y provinciales, pues venían a ser una especie de diques recíprocos que dificultaban toda extralimitación. Con igual talento político intentó Casimiro armonizar los intereses de los colonos alemanes, de las ciudades y del campo con los del reino. Las ciudades polacas, en cuanto se apoyaban en elementos alemanes, habían sido fundadas sobre la base del derecho de Kulm o del de Magdeburgo: el primero predominaba en el Norte y el último en el Sur; las cuestiones jurídicas nacidas de uno y otro eran llevadas en última instancia a Alemania.

En 1361 el rey, después de largas discusiones con la nobleza, con el clero y con las ciudades, intentó remediar los graves inconvenientes que esto traía consigo, prohibiendo la apelación a Alemania e introduciendo, como compensación, en Polonia tribunales supremos de derecho alemán que resolvían en definitiva inspirándose en los principios del derecho municipal de Magdeburgo y en los del código sajón. Estos tribunales fueron creados en todos los antiguos principados parciales, estableciéndose además un tribunal supremo en Cracovia, al frente del cual estaban el preboste de la ciudad y un procurador general del rey, que tenían a sus órdenes siete asesores jurisperitos (1). De los tribunales provinciales dependían los magistrados de todas las aldeas, de suerte que por este medio la población de las colonias alemanas se veía libre de la jurisdicción parcial de los propietarios. Si esta reforma, ampliamente aplicada y bien concebida, no produjo los frutos que eran de desear, culpa fué, como con razón se ha hecho notar, de que se hizo demasiado tarde.

Moneda de plata de Casimiro el Grande, de Polonia. (De tamaño del original.)—Inscripción del anverso: † GROSSI CRACOVIENSES: en el campo el águila polaca coronada; en el reverso, en dos círculos: KAZIMIRVS · PRIMVS DEI GRACIA: REX · POLONI: en el campo una corona. Esta moneda es el llamado groschen de Cracovia y está acuñada según la muestra del groschen de Praga (Berlín, Gabinete monetario real).

En el edificio de la constitución polaca, que se iba perfeccionando, no podían encontrar aquellas ciudades un sitio proporcionado a su importancia, porque no formaban comunidades compactas, sino que cada una de ellas constituía una unidad independiente de las demás. Los frutos políticos de la reforma fueron exiguos, pero en cambio el triunfo material que significaba el asegurar una administración independiente y ordenada era inmensa. El rey Casimiro se había convencido de la importancia del derecho alemán (2), a cuya sombra protectora nacieron, en todas las ciudades fundadas o reorganizadas por el rey, municipios libres, cuyos prebostes y asesores, en los lugares pequeños, y cuyo consejo, en los grandes, eran sólida garantía de progresivo desenvolvimiento. El rey se reservó únicamente la confirmación de los funcionarios municipales y de las

(1) Véase Caro, tomo II, págs. 343 y 526.
(2) Véase Hube, *La legislación de Casimiro el Grande;* Varsovia, 1831.

disposiciones de ellos emanadas: en lo demás eran completamente libres, y todos los sucesos contribuyeron a su prosperidad.

El aumento del número de mercados anuales merece ser también mencionado: cada ciudad tenía su mercado semanal, y los lugares importantes, especialmente aquellos que estaban situados en los grandes caminos comerciales, celebraban mercados anuales, que duraban muchos días y que estaban puestos bajo el amparo de leyes especiales. Así, por ejemplo, el que era acusado de haber atacado a alguien que se dirigía al mercado anual necesitaba para justificarse doce testigos, cuando en los demás casos seis eran suficientes. Además cuidábase de que estuvieran en buen estado los caminos, puentes y barcas, con lo cual se facilitaba en gran manera la concurrencia de grandes elementos de cultura. Es admirable la elevación moral y material que supo dar Casimiro a su país.

Y sin embargo no podríamos hacernos cargo de la importancia de este gran progreso si no examináramos su legislación, los famosos estatutos.

En los muchos viajes que hizo el rey por el interior del país para visitar los tribunales de la nobleza, administrar personalmente justicia o decidir en su corte y en unión de los jueces provinciales, subalternos y escribanos, las cuestiones administrativas y judiciales del territorio en que se encontraba, pudo conocer de cerca las ventajas y los inconvenientes de la situación jurídica de Polonia.

Además, llamaba con frecuencia a su lado a funcionarios de los diversos territorios para discutir con ellos las cuestiones políticas, con lo cual conseguía no sólo tenerlos sujetos, sino también acostumbrarlos a trabajar para un mismo fin. Así en 1347 se atrevió a formular una legislación sistemática. Las dificultades que para ello había que vencer no eran pequeñas. Hasta entonces Polonia había carecido de un derecho escrito. Era preciso reemplazar el derecho consuetudinario, que, como era natural, se había desenvuelto de un modo distinto en cada provincia, con un derecho que rigiese en todo el reino; pero cada provincia estaba encariñada con sus costumbres y no se sentía dispuesta a someterse gustosa a principios generales. Los hombres con cuyo auxilio venció el rey todos los obstáculos fueron el ilustrado arzobispo de Posen, Yaroslao Stotnicki, y el canciller de la universidad de Cracovia, Yanusz Strelecki, apellidado Suchiwilk.

Primero se publicaron estatutos detallados para la Grande y la Pequeña Polonia, distintos para cada una, y luego en 1368 se redactó un estatuto general para todo el país polaco, que además de la unidad monetaria (1) establecía una unidad jurídica que terminó por completo la obra unificadora de Casimiro (2).

El ya citado Mateo Borkowitz intentó en vano defender los intereses particulares de la nobleza enfrente de la idea generalizadora del monarca, pero sucumbió ante la resistencia que le opuso Casimiro. Su vida, sin embargo, dejó huellas en la historia polaca, pues a él se remonta la primera confederación de la nobleza del año 1352.

A principios del siglo XIV encontramos ya alianzas de las ciudades polacas, que se unían para defenderse en común de las sorpresas y de los asesinatos. Así, por ejemplo, uniéronse en 27 de febrero de 1302 Posen, Kalisch, Gnesen y Peisern para perseguir judicialmente a los ladrones, malhechores y demás criminales (3). Estas alianzas estaban en el espíritu de la época y se desarrollaron especialmente en Alemania, donde al lado de algunos buenos resultados produjeron otros tan malos que el emperador Carlos IV se vió obligado a prohibir, por medio de la famosa bula de oro, «las repugnantes conjuraciones y alianzas en las ciudades y de las ciudades entre sí, prohibidas por las leyes divinas.»

El Brandeburgo, país situado tan cerca de Polonia, era un foco de alianzas de caballeros. De estas alianzas conocemos algunas que datan de la época de Casimiro. Las más importantes de estas *confederaciones*, según la expresión que llegó a ser usual en Polonia, es la formada en 1345 en la Antigua Berlín, don-

(1) Véase Helcel, *Pomniki*, tomo I, pág. 226: *Nullus velit postulare aliam pecuniam aliarum terrarum, nisi pecuniam sive monetam domini regis in regno decurrentem.*

(2) Véase Zygmunt Helcel: *Starodawne prawa polskiego pomniki*, tomo I, Varsovia, 1856, y Hube. No podemos tampoco entrar aquí en los detalles de esta legislación. Una excelente colección de los resultados se encuentra en Szujski: *Historia de Polonia*, pág. 67, y en la introducción crítica de Helcel, pág. 173.

(3) Véase sobre esto y sobre el capítulo siguiente: *Szujski opowiadania i rostrzasania historyczne*, el capítulo relativo a *Macko Borkowitz y la Confederación de* 1352.

de se unieron todas las clases de Brandeburgo contra los impuestos y reforma monetaria del marqués Luis: *to ehren und to gemake unserm hern, dem Markgraven, und to hate den bosen lutew, di unsern hern angebracht hebben un noch anbringen mogen, dat deme lande und denen luten nicht evenkumt.*

Es indudable que la nobleza de la Gran Polonia siguió el ejemplo de Brandeburgo, siendo la severa legislación de los estatutos de Casimiro la que dió el impulso para la primera confederación polaca (1). Las confiscaciones y las crecidas multas fueron lo que mayor indignación causaron. Por excitaciones de Borkowitz la nobleza se reunió en una confederación con el objeto de eludir la aplicación de los preceptos de aquel estatuto, obligándose para ello sus miembros a formar un fondo común del cual se habían de sacar las multas que a cada uno de ellos se impusieran.

Aun cuando la confederación de 1352, copiada de las alemanas, se había formado para mantener los derechos de la nobleza de la Gran Polonia contra todos, a excepción del rey, dirigíase naturalmente contra el funcionario real supremo de aquella provincia, es decir, contra el estaroste general Wierzbienta. Hay muchos indicios que demuestran que la confederación no se mantuvo siempre dentro de los límites que en un principio se había trazado. El rey se vió por de pronto impotente contra ella, y no habiendo modificado en nada tal situación el viaje que en 1353 hizo a la Gran Polonia, dejó de visitar este país por espacio de cinco años, durante cuyo período fué asesinado el castellano de Gnesen, viéndose, en 1357, obligado el arzobispo Yaroslao a lanzar el anatema de la Iglesia contra aquella nobleza.

En 1358 todavía no se atrevió el rey a castigar a Borkowitz, pero en 1360 sintióse de tal manera dueño de la situación, que aplicó el duro aunque justo castigo al hombre que había organizado la desobediencia en la provincia más extensa del reino. Desgraciadamente las fuentes a que hemos tenido que acudir tienen demasiados vacíos para permitirnos seguir con seguridad el curso de estos sucesos, de suerte que no sabemos cuándo ni cómo cesó de existir la confederación.

Dos cosas son, sin embargo, importantes: primera, que entonces apareció por vez primera tal confederación como institución nacional, ejerciendo hasta sus últimos días gran influencia en la historia polaca; y segunda, que esta primera confederación fué sojuzgada por el monarca, durante cuya vida no volvió a surgir otra (2).

Mientras de esta suerte una cuestión de administración de justicia promovía agitación tan funesta, el rey Casimiro, por las disposiciones en sus estatutos consignadas, realizó una reforma de gran trascendencia, que fué la reorganización del ejército. El servicio militar en anteriores tiempos había sido un privilegio de la nobleza, pero muy pronto los cuantiosos gastos que consigo llevaba fueron causa de que en la práctica se estableciera el uso de que sólo la aristocracia propietaria facilitara tropas; y como el clero acaudalado, apoyándose en preceptos canónicos, se eximió de esta obligación, se disminuyó considerablemente la fuerza militar polaca.

A pesar de la resistencia del clero, acerca de la cual no entraremos en más detalles, el rey Casimiro supo dominar este movimiento peligroso, disponiendo (3) que en lo sucesivo el servicio militar estuviese afecto no a la nobleza, sino a la propiedad, de suerte que todo propietario del país, fuese noble, plebe-

(1) Véase Helcel, tomo I, pág. 9: *XXIII: Pro contumacia domini punienda, ministerialis in duobus bobus eundem impignoret... Et repercutiens pignora supradicta poenam pietnadziescie solvere teneatur: nihilominus pignora denegata et violenter ablata cum secunda poena pietnadziescie restituere tenetur, sub poena siemdziesiat nostrae camerae applicanda. – XXIV: Ad impignorationem faciendum judex non plures quam duos familiares cum ministeriali transmittere praesumat; et iiden impignorantes in judicio non convictos pignorare non praesumant. Quod si contra fecerit, judex ablato domino villae ad fidejussoriam restituat et dimittat cautionem, terminum eidem ad ostentandam suam innocentiam assignando. Qui si innocentiam suam expurgabit, judex impignorare demandans, a qualibet persona pietnadziescie domino villae noverit se incursurum. – XXV: In quator casibus poena siemnadziesiat* (el texto polonés dice: *to jest czternascie grzywien polsckich*) *camerae regiae est applicanda. Primus incendii, secundus in violentia stratae publicae; tertius, judicium violans et gladium evaginans; quartus, reus, cum per rebellionem de judicio discesserit, actori cautione fidejussoria non praestita.*

(2) Las más inmediatas fueron las de 1382, 1384, 1407 y 1438.

(3) Véase Bobrzyski, tomo II, párrafo 48. Las disposiciones correspondientes de los estatutos, en Helcel: *summa glowna*, 120. *Zwód zupelny*, 3, 78, 142, y especialmente *Statut pierwszy wisliki malopolski*, 16, 17, 18, 19 y 20. En el estatuto de la Gran Polonia, 16. En el cuarto estatuto general de 1368, 19 y 20.

yo o juez, quedaba obligado al servicio de las armas; y en cuanto al clero, como estaba exento personalmente de él, debía enviar substitutos. Todo propietario debía, en caso de guerra, proporcionarse mercenarios nobles y soldados en proporción de la cuantía de sus bienes, equipándolos y manteniéndolos a su costa. Además de esto publicáronse disposiciones más detalladas acerca de la manera de hacer las levas.

El llamamiento se hacía por medio de una orden que se denominaba *wici* y se repetía tres veces. Cuando se publicaban los *wici* por primera vez, todos debían prepararse para la guerra; al segundo llamamiento debían montar a caballo y reunirse en los puntos de antemano designados, donde el castellano organizaba los contingentes y marchaba con ellos al lugar de reunión de toda la vaivodía. Allí se hacía cargo del mando el vaivoda, y cuando el ejército estaba reunido tomaba el mando supremo el monarca, el cual nombraba los jefes de las divisiones principales, escogiéndolos por regla general de entre los estarostes de las ciudades.

Esta reforma militar, contraria a los usos de los guerreros vecinos del país de la orden, fué llevada a cabo con gran habilidad y perseverancia y a ella se debieron principalmente los triunfos militares conseguidos por Polonia en los cien años siguientes. Este fué quizás el servicio más importante que a su patria prestó Casimiro.

CAPÍTULO XVI

LA FAMILIA REAL.—MUERTE DEL REY CASIMIRO Y GOBIERNO DEL REY LUIS DE HUNGRÍA.

Las relaciones de familia del rey Casimiro fueron desde muchos puntos de vista en extremo trascendentales para el desarrollo ulterior de Polonia. Ya hemos hablado de su primera esposa, Ana de Lituania. Esta falleció a principios del año 1339 dejando dos hijas: Isabel, que en 1343 se casó con el duque Boguslao V de Pomerania, y Cunegunda. El monarca, de acuerdo con los magnates polacos, había nombrado sucesor, para el caso de fallecer sin herederos varones, a Luis de Hungría, hijo de su hermana Isabel.

Al año y medio de haber muerto Ana pensó Casimiro en un segundo matrimonio, pero la novia, Margarita de Baviera, falleció poco antes del día señalado para la boda. En aquel mismo año se casó Casimiro con Adelaida, hija del landgrave Enrique de Hesse, de la cual luego se separó por completo y en vida de ella se casó con Cristina de Rockiczán (1): entonces Adelaida salió de Polonia y se alejó de su desleal esposo. La historia del casamiento con Cristina está envuelta en tinieblas: según parece, Casimiro se cansó también muy pronto de ella, y la tradición nos habla de una querida judía, llamada Esterka (Ester), que ejerció gran influencia sobre él (2); de todas maneras aún vivía Adelaida, de la cual no estaba canónicamente separado, cuando el rey se casó, en 1365, con Eduvigis, hija de Enrique de Sagán.

Con posterioridad el Papa, que en un principio había calificado de «vergonzosa infamia» el matrimonio del rey con Eduvigis, disolvió el vínculo todavía existente de derecho entre Casimiro y Adelaida, de suerte que en lo sucesivo Eduvigis pudo ser considerada como esposa legítima del monarca. Este tuvo de ella otras dos hijas, Ana y Eduvigis (3), que nacieron antes de que el matrimonio con Eduvigis fuese reconocido por el Papa, debiendo por lo mismo su origen a una bigamia.

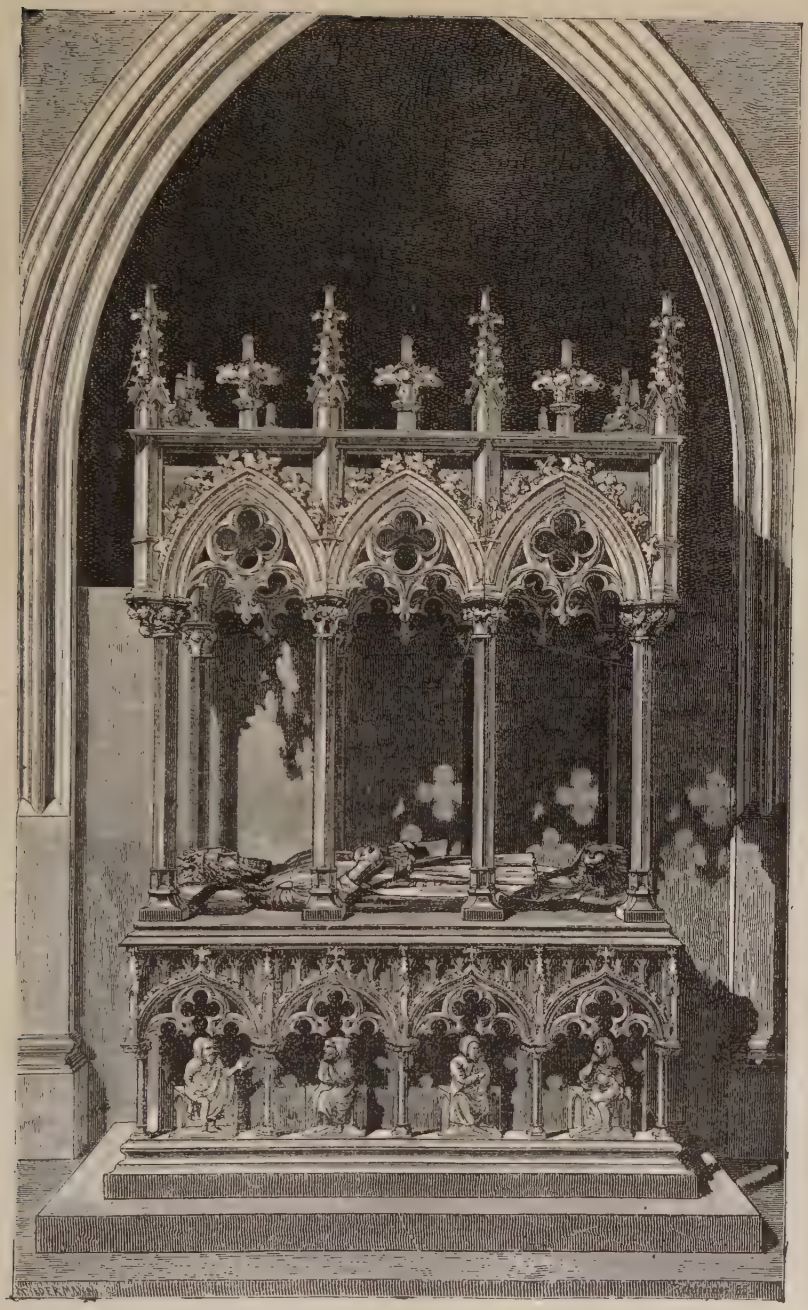
De todas maneras el heredero legítimo de Casimiro era Luis de Hungría, nieto de Wladislao Lokietek, nombrado sucesor por Casimiro y a quien los magnates húngaros y polacos dieron, en 1.° de mayo, en Sandecz, la sucesión prestando juramento en sus manos. Cuando, en septiembre de 1370, enfermó Casimiro, falleciendo en 5 de noviembre a consecuencia de haber descuidado una indisposición en un principio sin importancia, la corona pasó a manos de Luis.

No podemos separarnos de aquel mo-

(1) Antes, sin embargo, del mes de octubre de 1355, según se desprende de la carta de Inocencio VI. Véase Theiner, I, núm. 745.

(2) Caro desmiente con datos las noticias que acerca de Esterka consigna Duglosz, pudiendo en realidad decirse que Duglosz puso en ellas mucho de cosecha propia. Del silencio que Yan de Czarnkow guarda acerca de Ester no puede deducirse que ésta no haya existido. Nosotros creemos verídica la tradición que de ella nos habla. La cronología de las cartas pontificias escritas con ocasión de los matrimonios de Casimiro con Adelaida y Eduvigis ha sido fijada con certeza por vez primera por Caro, pág. 333, nota 1.

(3) Ignoramos cuál fué la suerte de Eduvigis; Ana se casó con un conde de Cilly, y en cuanto a la otra hija de su propio nombre fué la reina de Polonia por haber sido segunda mujer de Wladislao Jagellón.



Sepulcro de Casimiro el Grande en la catedral de Cracovia

narca, grande a pesar de sus personales debilidades, sin tratar de un aspecto que ofrece su carácter y que le ennoblece en extremo: nos referimos a su tolerancia religiosa, que le eleva muy por encima de los estrechos horizontes de sus contemporáneos, tolerancia que mostró no sólo respecto de los griegos, sino también, y esto es más importante, respecto de los judíos.

Boleslao el Piadoso, de Posen, había publicado ya en 1264 un estatuto relativo a los derechos de los judíos para el territorio de la Gran Polonia. Casimiro lo ratificó y lo hizo extensivo a todos los países de su reino (1). Este estatuto de los judíos no fué obra original polaca, sino que estaba ajustado al modelo de privilegio publicado en 1244 por Federico el Batallador, de Austria, que fué copiado por otros países.

La situación de los judíos adquirió entonces un carácter jurídico que se mantuvo hasta el siglo XV. Se les puso bajo la inmediata protección y bajo el tribunal del príncipe y sobre ellos sólo podían tener autoridad los palatinos, como representantes de aquél (2): su fuero en las causas civiles y criminales era el tribunal del palatino, el cual, o su substituto el subpalatino, administraba justicia en unión de los judíos ancianos. Los judíos estaban expresamente excluídos de la jurisdicción de las ciudades y de los municipios.

Los principales puntos del estatuto son:

1.° En las cuestiones de dinero o de bienes o en un caso de jurisdicción criminal que se refiera a la persona o a los bienes de un judío, no se admitirá como testigo ningún cristiano, a no ser que vaya acompañado de un judío.

8.° Cuando estallen disensiones o sediciones entre los judíos, ningún juez municipal podrá atribuirse la competencia, que únicamente ejerceremos Nos o nuestro palatino y sus jueces. Cuando la cuestión afecte sólo a una persona, Nos únicamente podremos conocer de ella y decidirla.

9.° Si un cristiano causa a un judío alguna herida, el culpable pagará la multa a Nos o a nuestro palatino y costeará los gastos de la cura del herido, conforme previenen las leyes de nuestro país.

10.° Si un cristiano da muerte a un judío, se le aplicará el justo castigo y se le confiscarán sus bienes.

12.° Cuando llegue a nuestro territorio un judío nadie pondrá obstáculos en su camino: si lleva consigo géneros u otros objetos, deberá pagar en todas las aduanas iguales impuestos que los habitantes de la ciudad en que se detenga.

15.° Si alguno difama el culto judío, pagará a nuestro palatino dos talentos de pféffer.

18.° Si un judío hiere a otro judío, no podrá negar a su juez el castigo que sea costumbre imponer en el país.

22.° El magistrado de los judíos no llevará a su fuero ningún proceso incoado en el seno de la comunidad judía, a no ser que por querella se le excite a ello. Los judíos tendrán sus tribunales en la sinagoga o en algún otro lugar de su comunidad.

24.° Nadie será osado a tomar por sí alojamiento en la casa de un judío.

30.° Nadie procederá judicialmente contra un judío más que en la sinagoga o en el lugar en que los judíos tengan su tribunal, a excepción de Nos y de nuestro palatino, que podemos hacerlos comparecer a nuestra presencia.

31.° Conforme a las prescripciones del Papa, prohibimos terminantemente acusar a los judíos de nuestros territorios de servirse de sangre humana en sus ceremonias, pues los judíos, en virtud de los preceptos de su ley, deben abstenerse de toda efusión de sangre. Sin embargo, si algún judío es acusado por un cristiano de haber asesinado a algún niño de cristiano, se presentarán tres cristianos y otros tantos judíos: si resulta probado el delito, se le aplicará el condigno castigo por el crimen cometido. Pero si los mencionados testigos y su inocencia le absuelven, el cristiano sufrirá por calumniador el castigo que hubiera debido sufrir el judío por el delito imputado.

34.° Prohibimos a nuestros intendentes de moneda de nuestros territorios que se atrevan a apoderarse por sí solos, sin nuestro mandato o el del palatino y sin la asistencia de ciudadanos honrados, de un judío que tenga moneda falsa.

36.° Ordenamos, por último, que los judíos puedan comprarlo y venderlo todo libremente y amasar pan como los cristianos: los que les impidan hacerlo serán castigados por nuestro palatino.

(1) La confirmación de los *privilegia Iudaeorum* se hizo en 1357. Véase *Cod. maj. Pol.*, III, número 1368.

(2) Véase Huppe: *Constitución de la República de Polonia;* Berlín, 1867, pág. 233, y Meyer: *Historia del país de Posen*, pág. 103.

Los demás puntos del estatuto tratan casi exclusivamente de cuestiones del comercio y del tráfico y especialmente contenían disposiciones detalladas sobre las hipotecas entre los judíos y aseguraban a éstos la libertad de la usura, no limitada por tasa alguna en el interés. Los judíos que de antiguo existían ya en Polonia, y que desde la primera invasión de los tártaros se habían establecido allí en grandes masas procedentes de Alemania, constituyeron, dentro de los límites de este estatuto y del aislamiento social en que se encontraron a causa de la antipatía política y religiosa, un elemento popular de grandísima importancia. Una minuciosa y profunda investigación demostraría que el desarrollo de la aristocracia polaca hasta llegar a su posterior situación dominante está íntimamente enlazado con la situación de aquellos judíos polacos, que formaban tantas ramificaciones.

De todos modos, es lo cierto que los judíos debieron al rey Casimiro el arraigarse más profundamente en Polonia que en ningún otro país, y la importancia histórica de este elemento es innegable lo propio en sentido positivo que en el negativo.

De Casimiro tenemos un retrato auténtico en su sepulcro, que se encuentra en una capilla lateral de la catedral de Cracovia: allí se ve todavía, primorosamente labrada en mármol gris rojizo, la figura del rey; sus contemporáneos le describen como hombre de constitución robusta y hacen mención de su elevada frente y de su rizada cabellera. En su vida, tal como nos la muestra la historia, se nos presenta como soberano independiente y de elevadas ideas, convencido de la importancia de su cargo y decidido a ejercerlo con prudencia y hasta con violencia cuando era necesario. Aficionado a los placeres, aun en su ancianidad, fácilmente irritable y no exento de cierta crueldad, no dejó nunca, sin embargo, que los impulsos de su carácter llegaran a sobreponerse a los deberes de hombre de Estado y de rey. La nobleza polaca le llamó el rey campesino y hoy le denomina «el Grande.»

Hase suscitado repetidas veces, en nuestros tiempos, esta cuestión: ¿por qué Casimiro nombró por sucesor al húngaro Luis en vez de nombrar a algún individuo de la línea polaca, todavía floreciente, de la dinastía de los Piast? Prescindiendo de las razones políticas que, como hemos visto, hacían desear en 1336 la sucesión condicional de Luis, hay que tener en cuenta la circunstancia de que éste era quien mejores derechos tenía a la herencia como descendiente directo de Wladislao Lokietek. Los demás Piastas descendían unos de Wladislao II, hijo de Krzywousti, y otros de Casimiro el Justo y de sus hijos Leszek y Conrado. Uno solo de ellos, Ziemowit, hijo de Conrado, contaba con un partido que cifraba en él sus esperanzas y este partido se había formado por la pequeña nobleza sediciosa de la Gran Polonia. Esto no obstante, no sabemos que nadie defendiera enérgicamente sus pretensiones. La nobleza de la Pequeña Polonia, que, con sus extensas propiedades y su gran invasión política había conseguido tener poderosa influencia, había aceptado la designación de Luis y había conseguido para sí grandes privilegios a cambio de este reconocimiento.

Una embajada presidida por el castellano Juan de Wojnic había celebrado en Buda, a principios del año 1355, con Luis un solemne tratado, en virtud del cual el rey se obligaba no sólo a respetar todos los derechos de la nobleza polaca, sino también a no imponerle, en lo sucesivo, nuevas contribuciones y a no obligarla a emprender guerras extranjeras; comprometíase, además, a costear de su bolsillo las expediciones guerreras que se hiciesen fuera de las fronteras de sus territorios y a pagar las indemnizaciones que en tales casos correspondieran a los súbditos polacos (1). Todos estos convenios debían, sin embargo, quedar nulos en el caso de que él o su sobrino fallecieran sin descendientes varones, pacto que sirvió posteriormente de pretexto a la nobleza polaca para ampliar y robustecer sus privilegios. Estando de esta suerte íntimamente enlazados con la sucesión del rey Luis los intereses de la más poderosa corporación de Polonia, ya se comprenderá que este monarca, al fallecer Casimiro, se hiciera cargo del gobierno sin dificultad alguna.

A pesar de que Luis se había obligado, por el tratado de 1336, a arrebatar de nuevo a la orden teutónica la Pomerelia y de que los polacos esperaban que con auxilio del ejército húngaro podría esto conseguirse, vióse muy pronto que el rey Luis no se sentía inclinado a hacer esfuerzo alguno en este sentido. Para él

(1) *Codex maj. Pol.*, III, núm. 1328, fechado en 24 de enero de 1355.

la Polonia no significaba más que un acrecentamiento de la monarquía húngara, cuyas ventajas económicas supo hábilmente explotar. Su conducta respecto de la Rusia Roja descontentó a Wladimir y Podolia, cuyos territorios puso directamente bajo la soberanía húngara, después de haberlos confiado durante algún tiempo a la administración del duque Wladislao de Oppeln. También tenía descontentos a los polacos la regencia de Isabel, madre del monarca, y aun cuando ésta se hallaba apoyada por los nobles de la Pequeña Polonia, que encontraban toda su ventaja en marchar unidos a Hungría, el descontento alcanzó tales proporciones en la Gran Polonia que al fin estalló una rebelión. En Cracovia los húngaros fueron asesinados en mitad de la calle. Si Luis pudo sofocar aquel levantamiento, debióse tan sólo al egoísta apoyo que le prestaron los magnates polacos, los cuales ganaban cada día más terreno.

El caso previsto en el tratado de 1355 de no tener el rey descendiente varón alguno se había ya presentado, y Luis, para asegurar la sucesión a una de sus dos hijas, mostróse dispuesto a hacer nuevas concesiones a los magnates polacos. Los tratados de 3 de octubre de 1373 y de 17 de septiembre de 1374 garantizaron a la nobleza sus derechos y libertades, especialmente la administración autónoma del país y la exención de contribuciones e impuestos. De todos sus deberes para con el Estado sólo quedaron la llamada contribución del rey (dos peniques por cada arado) y la obligación de resistir los ataques del enemigo y de mantener en buen estado los castillos fortificados. El monarca supo captarse también la adhesión del clero y de las ciudades por medio de otras concesiones análogas aunque no tan extensas. La cuestión de la sucesión era casi la única importante para el rey Luis, el cual tenía más afición a Hungría y a las cuestiones de alta política que a los intereses de Polonia. Había confiado el gobierno de este país a la hermana de Casimiro, Isabel, mujer más dada a los placeres que dotada de experiencia. Muy pronto la conducta de Isabel excitó gran indignación, porque prescindiendo de los antiguos y probos consejeros de su hermano, se apoyó en aquellos oligarcas que utilizaban su influencia para conseguir sus fines personales. Además no tenía su residencia en el país: Wladislao de Oppeln, que la substituyó en 1378, tampoco pudo sostenerse mucho tiempo. Descartado éste, los magnates de la Pequeña Polonia quedaron casi únicos y absolutos dueños del país, sobresaliendo entre ellos el vaivoda de Cracovia, Dobieslao, y su hijo el subcanciller Zawisza, hombre ambicioso y libertino, obispo de Cracovia desde 1380 y verdadero azote del país hasta el momento de su muerte, acaecida en 12 de enero de 1382 (1). En unión de su padre y del castellano de Cracovia, Sedziwoi de Szubin, formó, como con razón se ha dicho, un verdadero triunvirato, que se envileció hasta el punto de atribuirse el derecho exclusivo de ordeñar las vacas. De la propia manera explotó su posición la poderosa hermandad aristocrática de la Grzymala, que había desempeñado los principales cargos en la Gran Polonia. El arzobispo de Gnesen y el castellano de Posen, Domarat, formaban parte de ella, siendo de los dos el más odiado el último, contra quien se rebeló otra rama noble, la Nalecz, que llamó a su auxilio a un Piasta cuyavio, Wladislao el Blanco, el cual, después de una vida de aventuras, se había encerrado en el convento de Dijow.

No entraremos en detalles acerca de la desdichada expedición de Wladislao ni acerca de las luchas y parcialidades que asolaron durante este período la Polonia. El mal se agravó con las devastadoras invasiones de los lituanos, y ni siquiera podía tenerse confianza en el porvenir, porque la cuestión de sucesión sólo estaba asegurada en el sentido de que una de las dos hijas de Luis había de ser la heredera.

«En tiempo de este rey—dice el historiador de aquel período—no se hacía justicia alguna en Polonia, pues los capitanes y los burgraves robaban de continuo a los pobres, y cuando éstos acudían a Hungría para quejarse al rey, sólo lograban, a fuerza de grandes gastos, regresar a su país con una real cédula de la que ningún caso hacían los capitanes, los cuales, por el contrario, aumentaban sus extorsiones. Además de esto, se hurtaba públicamente y en los caminos públicos se robaba a los comerciantes y a otros viajeros. Los capitanes no procuraban remediar estos males, sino que vivían completamente entregados a los placeres.»

---

(1) Yan de Czarnkow (cap. 56) tiene una biografía de él y en ella le trata poco amistosamente Bielowski, págs. 701-713.

En Polonia corría la voz de que el rey había dicho que «el aire de este país le era insoportable (1),» y de aquí que el pueblo no le quisiera. Unicamente los intereses egoístas de los magnates mantenían la obediencia del país al monarca, cuya muerte, acaecida en 11 de septiembre de 1382 en Tyrnova, no produjo más sentimiento que el de la inseguridad de la situación, el temor del porvenir inmediato.

CAPITULO XVII

EL INTERREGNO

Durante los últimos días del reinado de Luis parecía que el duque Ziemowit IV de Masovia, único de los Piastas que se mantenía en una situación casi independiente, quería explotar la excitación general para hacerse dueño del país. Ziemowit III, que nunca había prestado homenaje a los reyes de Hungría, había fallecido en 10 de junio de 1381, pero su hijo Ziemowit IV, llamado comúnmente Ziemaszko, aceptó los planes de su padre y utilizó las luchas de la confederación aristocrática de la Gran Polonia para apoderarse de la importante ciudad de Lowitz. En cambio Luis, a fin de romper toda resistencia, quiso poner a su yerno, el marqués Segismundo de Brandeburgo, en posesión de la corona polaca.

Como nieto de Casimiro el Grande y esposo de María, hija del rey gobernante de Hungría y Polonia, la candidatura de Segismundo no parecía absurda, y con el apoyo de un partido de magnates polacos que por sus intereses estaba ligado con el rey Luis, consiguió realmente, en el verano de 1382, que una asamblea de funcionarios de la corona polaca prestara en Altsohl (Hungría) el juramento de fidelidad al marqués de Brandeburgo, que contaba sólo catorce años. El arzobispo de Gnesen, Bodzantha, el estaroste de Posen, Domarat, el estaroste de Cuyavia, Pietracz Malochowski, Sedziwoi de Szubin y Dobieslao de Cracovia, los dos triunviros sobrevivientes, inclinaron la balanza a su favor.

Aun cuando esto no resolvía todavía de un modo seguro la cuestión en favor de Segismundo, era muy probable que consiguiera dominar a los caudillos de los Nalecz, Bartosz de Adelnán y el duque Ziemaszko, y ya había conseguido una victoria militar cuando la noticia de la muerte de Luis dejó por completo en suspenso la situación de las cosas. Segismundo había marchado precipitadamente a Posen para obtener el reconocimiento de la nobleza de la Gran Polonia, la cual se lo negó porque no quiso aceptar la obligación de residir constantemente en Polonia y de destituir a Domarat de sus dignidades.

De esta suerte perdió la corona polaca, pues en una dieta convocada para el día de Santa Catalina del mismo año en Radomsk, constituyóse una confederación de la nobleza de Polonia que juró fidelidad y obediencia a aquella hija de Luis a la cual, como heredera legítima del reino de Polonia, se le daba el país para que en él permaneciera (2). En una segunda dieta que se reunió en Wisliko (Pequeña Polonia) fué también derrotado el partido de Segismundo, debido esto probablemente a que no intercedió en su favor su suegra la joven Isabel, en vista de lo cual el marqués «salió de Polonia con sus descabelladas pretensiones, y lleno de tristeza marchó a Hungría para reunirse con su suegra (3).»

Las antipatías nacionales contra los príncipes alemanes contribuyeron indudablemente a este resultado, cuya inmediata consecuencia para la Gran Polonia fué una sangrienta guerra civil entre la Nalecz y la Grzymala. El odio que a ésta y especialmente a Domarat se profesaba fué causa de que las probabilidades fueran cada vez más favorables a la causa de Ziemaszko, en pro del cual se declararon la orden teutónica y, después de algunas vacilaciones, el mismo arzobispo Bodzantha.

Los magnates de la Pequeña Polonia consiguieron, a pesar de todo, continuar siendo dueños del campo e imponer su voluntad, que tendía sobre todo a conservar la preponderancia alcanzada en tiempo de Luis. Ni Segismundo ni Ziemowit les convenían, pues el entronizamiento de cualquiera de ellos significaba el robustecimiento de la nobleza de la Gran Polonia y la pérdida de la situación dominante que hasta entonces la

(1) *Rex ad terras Polonorum venire recusabat, asserens «se auram Poloniae pati non pose.»* Czarnkow, pág. 681.

(2) *Sub sacramento nostrae fidei promittimus pure et sincere omnem fidelitatem et obœdientiam filiae... Ludovici regis... quae Nobis pro herede legitimo, in Regnum Poloniae ad manendum dabitur... Volumina legum*, tomo I, pág. 26 (edición de S. Petersburgo, que es la que siempre citamos).

(3) Yan de Czarnkow, pág. 724.

Pequeña había conquistado. Dicha aristocracia supo llevar adelante sus planes con habilidad suma.

Para hacer reconocer la candidatura de Ziemowit el partido aristocrático de la Gran Polonia convocó una dieta general que había de celebrarse en marzo de 1353 en Sieradz. Los oligarcas de la Pequeña Polonia obligaron a la reina Isabel a enviar allí una embajada que declarara en su nombre que relevaba a todos los polacos del juramento de fidelidad prestado a María, que indicaba para reina de Polonia a su hija menor Eduvigis y que se proponía enviarla a Cracovia para que residiera en esta ciudad. Después de esto, debía enviar a su hija Eduvigis a Hungría, donde en tres años completaría su educación. A pesar de que en la asamblea se levantaron enérgicas voces en pro de Ziemowit, el castellano de Wojnic, Jasko Teczyn, consiguió que se acordara cumplir la palabra dada al rey Luis en Cracovia y esperar la llegada de Eduvigis, a la cual se reconocería si se comprometía a vivir con su esposo en el país, negándosele, en caso contrario, tal reconocimiento.

De esta suerte ganábase tiempo, por lo menos. Eduvigis debía presentarse el día de Pentecostés, pero la reina Isabel vacilaba, porque temía, no sin razón, alguna violencia. Sabíase que el arzobispo Bodzantha acariciaba el proyecto de apoderarse de la persona de Eduvigis para casarla con el duque Ziemowit. Contra este proyecto nada podía objetarse desde el punto de vista nacional polaco, pero no se avenía bien con los planes de la Pequeña Polonia.

Así transcurrió un año en estas luchas de partidos: Segismundo y Ziemowit intentaron apelar a las armas y se celebró en Radomsk una nueva dieta tumultuaria, cuando por fin, en el otoño de 1384, se presentó en Cracovia Eduvigis, que sólo contaba trece años, acompañada del cardenal Demetrio de Gran, el obispo Juan de Csanad y de algunos magnates húngaros, y fué coronada, durante una tregua de los partidos, en 15 de octubre en la catedral por el arzobispo Bodzantha.

Es indudable que los nobles de la Pequeña Polonia habían triunfado por completo (1), pero sólo podían considerarse seguros de la victoria en el caso de que se consiguiera dar a Eduvigis un esposo que les fuese adicto, lo cual les ofrecía serias dificultades, pues Eduvigis había sido desde muy niña desposada por su padre con el hijo del duque Leopoldo de Austria, Guillermo, poco más entrado en años que ella: los esponsales se habían celebrado canónicamente y además era de gran importancia el hecho de haberse Guillermo presentado en Cracovia, conquistado rápidamente el corazón de Eduvigis y hecho valer de una manera positiva sus derechos matrimoniales a pesar de la severa vigilancia de que aquélla era objeto por parte de los magnates polacos (2).

En Polonia, sin embargo, se prescindió de esto; Guillermo se vió obligado a emprender la fuga y pronto se encontró el esposo que debía substituirle. La reina Isabel hizo traición a su hija, a quien se acordó dar por marido al Gran duque Jagellón de Lituania.

Estos sucesos se enlazaron del modo siguiente:

En Lituania los dos famosos hermanos Olgerdo y Kestuit habían envejecido en las luchas contra la orden teutónica y contra Rusia. Olgerdo murió anciano dejando varios hijos, de los cuales el mayor, Jagellón, había sido por él designado en testamento como Gran duque de Lituania.

Kestuit reconoció las disposiciones testamentarias de su hermano, pero pronto observó que su sobrino se le mostraba desagradecido y acariciaba el proyecto de derribar al tío y proclamarse señor único del país; y aun cuando Kestuit consiguió probar la abierta traición del sobrino y hacer a éste prisionero, púsole luego en libertad y le concedió, como posesión independiente, la antigua herencia de Olgerdo, es decir, Witebsk y Krewa.

Según parece, esta magnanimidad sólo sirvió para excitar más la ambición y el odio de Jagellón, el cual, por conducto de su hermano Skirgiello, alióse traidoramente con la orden teutónica y ayudado por ella consiguió, en junio de 1382, apoderarse de Wilna, capital del Gran ducado. La traición diezmó las filas de los partidarios de Kestuit, quien, con fuerzas todavía muy considerables, se encontró frente a frente de su sobrino junto a las murallas de Troki, pero fué

(1) Véase Bobrzynski, pág. 51.

(2) *In vigilia s. Barttolomei, post nuptiarum dominae reginae consummationem commissum et rogatum fuit, per eandem dominam reginam ut captivi omnes qui pro tunc in civitatis detentione habentur, deberent liberari* (*Pomm dziei. IV*, Cracovia, 1878. *Bobrzynski*).

engañado por Jagellón, que en todas ocasiones apelaba a la traición, con la misma perfidia de que en otro tiempo se había valido Enrique V contra su padre.

Jagellón, en su niñez y en su juventud, había intimado estrechamente con Witold, hijo de Kestuit, y a éste hizo, por medio de su hermano Skirgiello, engañosas proposiciones de paz. Cuando padre e hijo, ajenos a todo cuidado, fueron a estrechar la mano que se les tendía, Jagellón, aprovechándose de su confianza, aniquiló su ejército e hizo prisioneros a los 5.000 hombres que habían acompañado a Kestuit. A éste y a su hijo Witold mandó conducir a Wilna, y una vez allí, fueron cargados de cadenas.

El anciano Kestuit, que contaba más de ochenta años, fué encerrado en la torre-calabozo de Krewa, donde apareció asesinado a los pocos días. El magnífico entierro que le hizo Jagellón no pudo acallar las voces de los que le designaban como asesino de su tío, tanto menos cuanto que las muchas violencias por él cometidas posteriormente demostraban que no retrocedía ante crimen alguno. Toda la familia de Kestuit iba a ser aniquilada. Witold fué encerrado en la misma cárcel de Krewa en que había sido asesinado su padre. Biruta, esposa de Kestuit, fué ahogada; su padre y su hermano ejecutados, y en cuanto a Witold hubo de agradecer el no sufrir igual suerte a la audacia y astucia de su esposa, que le facilitó los medios de huir y encontrar seguro refugio en Masovia contra las asechanzas criminales de su primo.

Desde allí entabló negociaciones con el Gran maestre de la orden teutónica, y auxiliado por éste intentó recuperar en Lituania el terreno perdido. Conrado Zolner de Rotenstein le prometió, en 1.° de enero de 1384, su auxilio para reconquistar la herencia de su padre, y la orden, creyendo que podía estar segura de él, le confió una porción de castillos. Pero también él fué muy pronto traidor, pues en el mismo año 1384 entregó a su primo la importante plaza de Georgenburg, en el Niemen, y a cambio de la promesa de guardar fidelidad a Jagellón obtuvo la Podlaquia, país fronterizo de Masovia, y algunos territorios.

Los lituanos devastaron de una manera inaudita el país de la orden teutónica, para la cual fué una pérdida irreemplazable la de la plaza de Marienwérder, tan heroicamente defendida. La orden, después de ver que las negociaciones pacíficas con el príncipe lituano no daban resultado alguno, se aprestó a tomar sangrienta venganza. Fortalecida con los refuerzos que le llegaron de Alemania, penetró hasta muy adentro de Lituania, que sólo a fuerza de grandes trabajos pudo defenderse del enemigo. Era indudable que la guerra adquiriría mayores proporciones. Jagellón necesitaba un poderoso aliado y no habría podido encontrarlo mejor que en Polonia, donde estaba todavía vivo el odio a la or-

Sello de Kestuit (Kynstutte), duque de Trakehn, como pagano (según Vossberg)

den, heredado desde los tiempos de Lokietek, y donde los magnates de la Pequeña Polonia tenían como fin político supremo el combatirla.

Sin embargo, la alianza de Polonia sólo podía conseguirse mediante tres condiciones: que Jagellón se hiciera católico; que tomara por esposa a Eduvigis y que asegurara las libertades de la nobleza polaca, especialmente las de los señores de la Pequeña Polonia; con esto el éxito era seguro.

Tiempo hacía que se seguían las negociaciones sobre estas cuestiones importantes. Poco después de la coronación de Eduvigis, una embajada polaca ofreció al Gran duque Jagellón la corona con la mano de la joven reina, bajo condiciones que en lo esencial eran las mismas que hemos indicado. Ya a principios del año 1385 llegó a Cracovia una embajada lituana presidida por Skirgiello, que solicitó en toda forma la mano de Eduvigis.

Jagellón prometía «ingresar con sus hermanos y parientes, no bautizados todavía, con toda la nobleza y con todos

los habitantes, así de la clase alta como de la baja, de su país en el seno de la Iglesia católica; destinar todos sus tesoros al provecho de ambos reinos; pagar 200.000 florines de indemnización para que se derogasen los pactos matrimoniales firmados con Guillermo de Austria; indemnizar todos los perjuicios y despojos causados al reino polaco, fuera cual fuese la causa que los hubiese producido; poner en libertad a todos los prisioneros de las dos razas que durante la guerra habían caído en poder de los lituanos, y, por último, unir para siempre sus territorios lituanos y rusos a la corona de Polonia (1).»

Las promesas, verdaderamente magníficas, hechas para el caso de que Eduvigis concediera su mano al Gran duque de Lituania, merecen ser examinadas más detenidamente.

El ingreso en el cristianismo era, especialmente desde que con Kestuit había sucumbido el último representante digno del paganismo, un paso que Lituania no podía rehuir por más tiempo: no se trataba, pues, más que de darlo más o menos tarde y de la forma en que se ingresaría en aquella religión. Si se examina el curso anterior de la historia lituana, se verá, con toda probabilidad, que el cristianismo, en su forma oriental, se extendió triunfante desde Rusia por las selvas del Niemen y del Dniéper. Siendo una gran parte de los príncipes lituanos católico-griegos, nada diremos de los muchos príncipes ruso-lituanos de los países conquistados.

El hecho de que Jagellón, a pesar de esto, escogiera la religión católico-romana significa que quería separarse por completo de las tendencias que Olgerdo había impreso a la política de Lituania. Lo que hacía era un cambio completo de frente, siendo muy dudoso que la senda emprendida a la sazón por Lituania fuese la verdadera. Preparábase un movimiento nacional que, desde el momento en que estaba impulsado por la cultura de Occidente, había de ser más rápido que si lo hubiera informado la civilización oriental. El curso ulterior de la historia lituana, tal como la hemos estudiado enlazada con Rusia, demuestra una continua retirada respecto de ésta, y ya sabemos que la causa principal fué la religiosa.

Consecuencia de este cambio sistemático fué la promesa que hizo Jagellón de reconquistar lo que Polonia había perdido y de unir a la corona polaca sus territorios lituanos y rusos: lo primero significaba la guerra entre Polonia y la orden, y lo segundo la entrega de Halicz y Wladimir a la colonización de la Pequeña Polonia. Siendo lo primero un cebo para los antagonismos nacionales todavía subsistentes que había de influir en toda la Polonia, el príncipe se aseguraba la adhesión de la poderosa nobleza de la Pequeña Polonia, pues abría para ella un territorio que ofrecía ancho campo a la adquisición de riquezas y de poderío. Absurdo sería creer que la reunión de todas estas circunstancias fué obra de la casualidad: Jagellón sabía lo que hacía y sus ofrecimientos no eran probablemente más que la fórmula concreta de las exigencias que había expuesto la primera embajada polaca.

Ya se comprenderá, pues, que Eduvigis y su madre Isabel sólo fueran consideradas en segundo término: ninguna de las dos formuló una negativa rotunda y en cuanto a la tentativa que hizo Guillermo de Austria para conquistar por sorpresa un puesto que no ofrecía esperanza alguna, fracasó por completo. Eduvigis, de todos abandonada, se decidió por fin a dar el sí (2). Duglosz refiere que Eduvigis había oído de labios de un confidente suyo que el príncipe lituano era de aspecto simpático y hombre digno: en cuanto al hecho de sus varios asesinatos, el bautismo borraría toda mancha.

Las negociaciones prosperaron de tal suerte que en 12 de febrero de 1386 Jagellón pudo hacer su entrada en Cracovia. Tres días después fué bautizado y a los tres días se le dió por esposa a Eduvigis. De igual fecha data la confirmación de los privilegios y derechos polacos. En 4 de marzo ciñó por fin Jagellón la corona de Polonia con el nombre de Wladislao IV.

CAPITULO XVIII

EL REY WLADISLAO JAGELLÓN (3)

El rey Wladislao, poco después de su coronación, salió de la capital para recorrer todo su reino polaco y para lograr que en la Gran Polonia se reconociera el

(1) Caro, tomo II, pág. 490.

(2) Pasamos por alto las negociaciones que entretanto se entablaron.

(3) Véase para lo relativo a este capítulo la excelente obra de Bobrzynski (párrafo 52), que, sin embargo, debe ser consultada con cuidado.

cambio político que ya había sido reconocido en la Pequeña Polonia. El día 18 de abril le encontramos en Peisern; el 5 de mayo en Gnesen y a fines de agosto

llano en Posen, fué ésta una concesión hecha a la nobleza de la Gran Polonia; pero tuvo que renunciar a la *estarostia* general. Consecuencia de ello fué el es-

Sello del trono de la reina Eduvigis.—Estampado en cera, con cordones de seda verde y encarnada, en un documento de 1386. En él se ve a la reina con el cetro y la corona, sentada en un trono magnífico construído en forma de altar y con preciosos adornos arquitectónicos. En los dos nichos inmediatos al trono hay sendos ángeles, y en los dos que siguen a éstos se ven escudos, a la derecha el águila coronada de Polonia y a la izquierda el escudo de Kalisz con la cabeza coronada de toro en el campo. A los pies de la reina se ostenta el gran escudo de Cuyavia (media águila y medio león coronados y adheridos por la espalda). El sello está perfectamente trabajado, pero la acción del tiempo lo ha deteriorado bastante. De la inscripción, escrita en hermosas minúsculas, sólo se conserva lo siguiente: ... HEDWIGS / DEI / GRACIA / REGINE / POLON...N / TRA (*Terrarum*) LE / SPRADI..... / M.....

en Korezyn, habiendo conseguido un gran triunfo con la reconciliación entre la Grzymala y la Nalecz.

El principal perturbador de la paz, Bartosz, tuvo que emigrar del país, y aun cuando Domarat continuó de castepontáneo reconocimiento de Wladislao, el cual, tranquilo en esta parte, regresó en 1387 a Lituania acompañado de gran número de señores polacos y de sacerdotes católicos de Polonia que le siguieron hasta Wilna, donde, en 17 de febrero del

propio año, fundó un obispado para Lituania.

A este obispado estaban sometidas siete iglesias parroquiales: Wiedniki, Mejszagole, Wilkomierz, Niemenezyn, Krewa, Hajnowa y Obolec, que fueron las primeras ciudades lituanas donde se implantó el culto cristiano según el rito católico. El paganismo, ya herido de muerte, se descompuso a la vista de la cruz sin oponer resistencia, y aun cuando por de pronto la obra de conversión, emprendida con talento y energía, sólo se extendió a aquellos territorios que se encontraban directamente sujetos a la obediencia del rey y de su hermano Skirgielló (Wilna, Plok y Troki), quedando fuera de ella la Samogitia, era sólo cuestión de tiempo el conseguir que los bosques de este país dedicados a las divinidades quedaran sometidos a la Iglesia.

La fuerza de las disposiciones jerárquicas católicas mostróse allí en toda su plenitud, y el rey en persona se ocupó en favorecer por todos los medios posibles la obra iniciada. La Iglesia católica encontróse en seguida en oposición con la griega. Esperábase que con la prohibición de los matrimonios entre católicos y griegos se conseguiría ganar terreno de un modo lento, pero seguro, y los magnates polacos tenían sobrado talento para atraer a su causa a los boyardos lituanos. A su influencia se debió que Jagellón, por privilegio de 20 de febrero de 1387, pusiera en igual condición a estos últimos y a aquéllos, iniciando con ello aquella mezcla sin ejemplo en la historia de la nobleza de dos pueblos tan diferentes desde el punto de vista histórico y nacional.

En lugar del despotismo autocrático que hasta entonces había predominado y que había unido a todos en una misma libertad e inseguridad, encontramos una organización basada en el derecho y en los privilegios que destruyó de un solo golpe todo el sistema feudal lituano hasta aquel momento existente. El fundamento de toda civilización, es decir, la desigualdad de clases sentó su planta en Lituania: en el curso de nuestra narración tendremos ocasión repetidas veces de conocer las consecuencias de este cambio en extremo repentino y directo.

La cristianización de Lituania y la unión personal lituano-polaca (pues nada más se había conseguido por de pronto) afectaban principalmente a la orden teutónica, a la cual se quitaba de repente el fundamento que justificaba su existencia, cual era la lucha contra los infieles, pues éstos habían dejado de serlo, convirtiéndose el enemigo de la cristiandad en hijo predilecto de la Iglesia. Además la orden conocía a Jagellón lo bastante para comprender que había de comenzar contra ella una lucha por la existencia.

El Gran maestre no había aceptado la invitación que el rey le había hecho para que asistiera a las fiestas de Cracovia como testigo de bautizo y convidado a la boda, y no la había aceptado previendo, con razón, que el astuto lituano aprovecharía su ausencia para invadir los territorios de la orden. El maestre buscó aliados por todas partes para reunir bajo su dirección los elementos hostiles a Polonia y Lituania. Los príncipes de Pomerania formaron con él una alianza ofensiva y defensiva; se robustecieron las relaciones con Ziemowit de Masovia; los bailiatos de la orden fueron puestos en buen estado de defensa y se estrecharon los lazos de unión con los príncipes de Plock y de Smolensko.

En 1386 estalló por todos lados la guerra, pero los dos príncipes que representaban al elemento ruso, descontentos con aquella evolución, sufrieron una completa derrota. Los «viajes» de la orden a Lituania fueron de muy escaso éxito, y con Pomerania ocurrieron diferencias muy desagradables, sin culpa alguna por parte de la orden. La situación pareció presentar mejor aspecto cuando en 1390 Witold se separó de su real primo inclinándose a favor de la orden.

El hijo de Kestuit no podía resignarse a que la dignidad de Gran duque de Lituania, en vez de serle conferida a él, lo hubiera sido a Skirgiello: esto agregado a que todo hacía sospechar que se le reservaba la misma suerte de su padre le movió a ofrecer por segunda vez su apoyo a la orden, dando a ésta rehenes y garantías de que su rompimiento con Jagellón sería definitivo. La orden aceptó confiada el ofrecimiento; pero las campañas de 1390 y 1391 fueron de escaso y transitorio éxito: en 1392 el estado interior de Lituania ofrecía tal aspecto que hizo desear al rey una reconciliación con Witold.

Skirgiello no había sabido arraigar en Lituania su dignidad de Gran duque, y como además no se mostraba desde el punto de vista militar a la altura de la misión que le estaba confiada, Jagellón

ofreció aquel cargo a Witold, proponiéndole que si abandonaba la orden y se unía leal y definitivamente a él le cedería toda la Lituania, le daría a Wilna como residencia y le entregaría todas las demás fortalezas del país. No es de extrañar que Witold aceptara la proposición en cuanto se hubo convencido de que el rey se la hacía muy formalmente. Su alianza con la orden era cosa antinatural, y habiendo nacido por causa de su propia ventaja, debía romperse por análogas consideraciones.

Con una deslealtad y un menosprecio, casi podríamos llamar cándido, de toda consideración moral que llegaron a causar indignación en aquella época tan rica en infidelidades, realizó en 1392 la evolución: el rey Wladislao consideró que le convenía en alto grado cumplir la palabra con Witold empeñada. Este acontecimiento constituía un gravísimo peligro para la orden, la cual, bajo la impresión de la indignación por aquella traición causada, aceptó la oferta de aquel Wladislao de Oppeln a quien hemos conocido como gobernador de las provincias rusas y como vicario temporal del reino de Polonia en tiempo de Luis de Hungría. Esta oferta consistía en tomar en hipoteca el territorio de Dobrín mediante el pago de 50.000 florines. El Gran maestre rechazó otro plan más vasto, concebido también por el intrigante duque de Oppeln, que consistía en una división de Polonia, según podemos ver en un documento auténtico del Gran maestre (1).

«Habiendo él (el duque Wladislao) permanecido algún tiempo entre nosotros—dice Conrado de Wallenrode—y habiendo hablado y discutido con nosotros de este asunto (el del convenio de hipoteca sobre Dobrín) hasta su terminación y siendo llegado el momento de separarnos, se levantó y dijo: «Señor, el »rey de Hungría, el margrave de Mora»via (Procopio), el duque Juan de Gor»litz, el duque de Austria (Leopoldo) y »nosotros hemos discutido acerca de ello »y convenido en que queremos al rey de »Polonia. Para esto quiere nuestro se»ñor, el rey de Bohemia, ayudarnos, y »la opinión de los citados señores es que »debéis también vosotros prestar a ello »vuestra ayuda.» A esto repusimos diciendo: «Señor, no sabemos qué contes»tar a eso.» El duque replicó: «Señor, no »sabéis cuáles son los designios de los »soberanos: se proponen que no haya »ningún rey de Polonia y que todo lo »que esté aquende Halicz, inclusa la »Masovia, pertenezca a Prusia, y todo »lo de allende, Cracovia, Sandomir, »Leczyc, Reussen y el resto del territo»rio arriba sea de Hungría: en cuanto a »las comarcas desde el Warthe hacia acá »(Oeste), deben pertenecer a la Marca »y a nuestro soberano, el rey de roma»nos.»

»El maestre contestó: «Hemos firma»do paz eterna con Polonia, y esta paz »ha sido rota contra nosotros: pero dén»nos nuestro Santo Padre, el Papa, la »cruz y nuestro señor, el rey de Roma»nos, la espada y prométasenos que lo »que hagamos por el derecho nos será »considerado como tal y los haremos en »la medida de nuestras fuerzas.» Ante la manifestación del duque para que la orden enviara para este asunto una embajada a Hungría, contestó el maestre que sólo podía hacerlo después de haberse aconsejado con sus superiores y que era peligroso enviar emisarios con los sellos y con plenos poderes, pues fácilmente podían ser hechos prisioneros. «A lo último repuso él (Wladislao): «Perfecta»mente, hablaremos de ello a nuestro se»ñor el rey.» A esto contestamos nosotros: «Señor, podéis hacerlo, pero por »nosotros no podéis decirle nada.» Habiéndose Wladislao negado en definitiva a dejarnos su proposición por escrito, dijo el maestre: «Debemos conve»nir en que la palabra no tiene fuerza »alguna.»

Hoy está fuera de toda duda que el plan aventurero era una simple intriga del duque de Oppeln. Tal como estaban entonces las cosas el plan era irrealizable y produce una impresión agradable el hecho de que el maestre fundara su negativa principalmente en la injusticia de la empresa.

Fué una desgracia para la orden que el sucesor de Wallenrode, Conrado de Yungingen, aumentara con la compra de Neumark al luxemburgués Segismundo el antagonismo ya existente contra Polonia y Lituania, sin precaverse, por medio de un aliado de confianza, contra el peligro cada vez más amenazador (1399). Las poderosas familias nobles del país se inclinaban más hacia Polonia que hacia la orden, la cual sólo se había decidido á hacer aquella funesta adquisición ante la amenaza de Segismundo de que en caso de negarse a ella vendería la Neumark a Jagellón. Con

(1) *Codex maj. Pol.*, III, núm. 1940.

esto la situación de la orden quedó debilitada, mientras que el poder y la consideración de Jagellón aumentaban de día en día. Los pequeños príncipes parciales fueron expulsados de Lituania; la unión de los países ruso-lituanos hizo cada día nuevos progresos, y gracias a la inteligencia que, después de cien años de luchas, reinaba entre polacos y lituanos habíanse concentrado y robustecido las fuerzas de unos y otros.

El rey Jagellón como soberano de Cracovia era también señor de Lituania, pero el gobierno estaba de hecho en manos de Witold, por cuyas venas circulaba una sangre parecida a la ambición del gran Kan (1). Witold había aprovechado la invasión de Timur-Lenk o Tamerlán en Rusia para apoderarse, por medio de una desleal estratagema, de la ciudad de Smolensko, y el imperio ruso, que no podía resistir su ímpetu guerrero, hubiera sufrido todavía mayores pérdidas si la batalla de Worskla (5 de agosto de 1399) (2) no hubiera destruído el plan de Witold, que se proponía ser el heredero de los tártaros. Esta derrota tuvo como consecuencia inmediata estrechar más las relaciones entre polacos y lituanos, consignándose esto así en un documento firmado el día de Santa Prisca, virgen y mártir (18 de enero de 1401), y en el cual se regulaban definitivamente las relaciones políticas entre Polonia y Lituania (3).

Una brillante asamblea de boyardos lituanos se obligó, «por medio de promesa inquebrantable y contraída con toda lealtad, a ayudar con toda su voluntad y con todos sus bienes al rey de Polonia, a la corona de Polonia y a todos los habitantes de Polonia contra cualquier ataque, a no abandonarlos... nunca, antes bien a protegerlos... sin pérfida astucia (4) y a guardar fidelidad... a su provecho, a su ventaja y a su bienestar general como si fueran los propios.» «Además el rey Wladislao, por especial confianza, tomaba al príncipe Alejandro, por otro nombre Witold, como compañero de sus cuidados y le confiaba la dignidad de Gran duque (*supremum principatum*) sobre la Lituania, hasta su muerte.»

Al fallecer Witold, el territorio cedido debía volver a poder del rey y únicamente éste podía ser elegido señor de Lituania. Si por el contrario falleciera antes Jagellón, «Dios no lo permita,» sin dejar hijos, no podrá elegirse rey de Polonia sin dar aviso y tomar consejo de Witold y de los lituanos, subsistiendo siempre inquebrantable la unión.

En un documento de la misma fecha robusteció Witold su dependencia feudal de Jagellón y renunció a heredar su soberanía. Ambos Estados robustecieron su posición por medio de las claras disposiciones de este tratado, y Polonia especialmente podía felicitarse por haber puesto fuertes límites a la ambición de Witold. Polonia salía, además, ganando bajo otro concepto: la colonización polaca se había ido arraigando en la Rusia Roja, y con ella tuvo Jagellón ancho campo para satisfacer la codicia de los magnates de la Pequeña Polonia, a poder de los cuales fueron a parar bienes cuantiosísimos. Allí se establecieron los Melsztynski, Gorajski, Kuroszwecki, Turli y Kmity, siendo bastante fuertes para defender sus fronteras contra los ataques de los tártaros.

Ya se comprenderá que la orden teutónica y los dos luxemburgueses de Bohemia y de Hungría seguían con gran interés este movimiento. Los sucesos del interior y el desenvolvimiento de la política del Occidente de Europa impedían a estos últimos dirigir sus fuerzas contra el peligroso enemigo de Oriente, y en cuanto a la orden, que comprendía perfectamente la gravedad de la situación, los esfuerzos de mediación que los de Bohemia y Hungría habían hecho, movidos por motivos egoístas y ambiciosos, más la habían perjudicado que favorecido. El tratado de 1401 había destruído toda posibilidad de utilizar a Witold contra Jagellón o a éste contra Witold: el Papa, además, había prohibido a la orden que luchara contra Lituania.

La paz del año 1404, por la cual la orden entregó a Polonia el territorio de Dobrín mediante devolución de la suma hipotecada, no podía ser duradera, haciéndose inevitable una lucha de vida o muerte. La reina Eduvigis, que mientras vivió mantuvo en lo posible la paz, había fallecido en 1398: el obispo de Cracovia, que tenía sobre ella gran ascendiente, perdió su influencia, quedan-

(1) Obras de Ranke: *Historia de Prusia*, t. I, página 71.

(2) Véase: *Historia de Rusia*, pág. 198.

(3) *Vol. Leg.*, tomo I, pág. 27, y *Codex Vitoldi*, núm. 235.

(4) El *sine dolo et fraude* recuerda las palabras rusas: *Bez wsjakoi chitrosti*, que en igual caso consignaban los documentos rusos. El idioma de la cancillería lituana era el ruso.

do decidida la cuestión cuando la preponderancia en el Real Consejo pasó a manos de Wojciech Jastrzebieki, obispo de Posen, íntimamente ligado con Witold y jefe del partido de la guerra.

La orden se encontraba casi sola: por medio de grandes sacrificios pecuniarios había podido firmar un tratado de alianza con el rey Segismundo, pero éste sólo se comprometía a ayudarla en el caso de que Jagellón la atacara con tropas no católicas: en cuanto al rey Wenceslao no había hecho más que servir a la orden de mediador amistoso. Era la ocasión de ver si el Estado militar-religioso del Báltico, con la ayuda de los muchos mercenarios por él contratados, sería bastante fuerte para combatir a la gran potencia de Oriente. A principios del año 1409 las relaciones habían llegado a un estado tal de tirantez, que en el momento menos pensado podía ocurrir el rompimiento. Éste fué motivado aparentemente por Samait, que, poco afecta a la orden, se rebeló abiertamente, organizada y apoyada por Witold.

Ya se comprenderá que Jagellón no era ajeno a todo esto, y si bien ofreció su mediación, manifestó que la guerra de la orden contra Lituania significaría la guerra contra Polonia. Esto motivó, en 6 de agosto de 1409, el rompimiento, y ya a mediados del mes las tropas de la orden acamparon en Dobrín, territorio que fué rápidamente subyugado. El ejército polaco no llegó hasta el mes de septiembre, y la lucha inminente quedó por poco tiempo suspendida por la mediación del rey Wenceslao de Bohemia. Ambas partes se comprometieron a observar una paz constante, firme, inquebrantable y cristiana hasta el próximo día de San Juan, debiendo entretanto el rey Wenceslao dictar la sentencia arbitral que resolviera la cuestión entre ambos contendientes. Jagellón prometió no prestar auxilio alguno a los samaítas y demás infieles, pero en el tratado no se hablaba para nada de Witold y nadie creía en una verdadera paz nacida de aquel arbitraje.

Aquello no era más que un armisticio convenido entre ambas partes para entrar luego con mayores fuerzas en la lucha decisiva. La orden destinó grandes sumas para conseguir de Wenceslao una decisión a ella favorable, y cuando en febrero de 1410 se dictó la sentencia, resultó ésta tan parcial que los comisarios polacos indignados se retiraron de Praga. Al enviar la orden sus emisarios a Breslau para obtener de Jagellón el reconocimiento de aquella sentencia, los polacos, «por amor a su señor, no quisieron aprobarla ni aceptarla,» decidiendo por el contrario «luchar con el maestre para perder y acabar por completo con la orden (1).»

La lucha no se hizo esperar: la sentencia de Wenceslao había dado a la orden una carta con «dos sellos,» pero no le había producido ninguna ventaja real, antes bien el rey Jagellón, que tan amante se había mostrado siempre de la paz, al ver la parcialidad de la sentencia se había apercibido decididamente para la guerra. Los preparativos por ambas partes fueron tan grandes como se lo permitían sus respectivas fuerzas. La organización militar que Casimiro había dado al Estado polaco unida a la fuerza guerrera de Lituania eran un terrible enemigo que a la sazón se alzaba frente a frente de la orden.

Por mediación de Segismundo de Hungría prolongóse el armisticio por diez días. Ya en 30 de junio habíanse reunido en Ezerwinsk, junto al Vístula, las tropas polacas con las lituano-rusas. El plan de guerra de Polonia consistía en llegar por la línea más corta a Marienburgo, capital del enemigo: el 9 de julio encontramos ya a Jagellón en territorio de la orden, cerca de Lauternburg, mientras ésta había levantado su campamento de Kavernik, en la orilla izquierda del Drevenz. Los adversarios se encontraban a tres leguas uno del otro. El ejército polaco marchó entonces hacia el Este, no por miedo de un encuentro, sino para envolver las posiciones de la orden.

Un mensajero del rey Segismundo que llevaba la declaración de guerra de Hungría apenas fué atendido, pues se sabía perfectamente que no pasaría de las palabras y en todo caso existía el convencimiento de que Hungría no podría influir para nada en la decisión del momento. Entretanto, la orden había abandonado su campamento y en la mañana del 15 los ejércitos enemigos se encontraron frente a frente en Tannenberg. No es posible determinar el número de las tropas de uno y de otro, pues los contemporáneos han dado sobre el particular datos exageradísimos; solamente puede afirmarse que las tropas de la orden no pasaban de la mitad de las del enemigo.

Lo único que sobre éste tenía de supe-

(1) *Codex Vitoldi*, núm. 440. Carta del maestre fechada en Marienburgo, en 20 mayo de 1410.

rior aquélla era la artillería, pero no la pudo utilizar en el combate cuerpo a cuerpo que circunstancias desfavorables llevaron consigo. También la pesada caballería de la orden era superior a los jinetes lituano-polacos; pero en cambio los contingentes de la nobleza del país no ofrecían mucha confianza y tampoco había que fiar mucho en la infantería prusiana. Según la organización de la orden, el golpe decisivo quedaba a cargo de su pesada caballería, y además merece consignarse que el maestre Ulrico de Yungingen tenía todas las condiciones de un valiente caballero, pero carecía de las de un gran general.

El ejército lituano-polaco, dirigido por el rey, estaba mandado en su ala izquierda por Witold y en su ala derecha y centro por Zyndram de Maszkowice, el portaespada de Cracovia. Eran dos ejércitos distintos, unidos tan sólo para la batalla, y esto se traducía por la doble consigna de *Wilna* para los lituanos y *Cracovia* para los polacos.

En estos ejércitos, según la reforma militar del rey Casimiro, la caballería pesada constituía un excelente núcleo; pero formaba la fuerza principal la caballería ligera, compuesta de lituanos, rusos y tártaros, a cuyo cargo estaba decidir la acción, porque el gran número de jinetes podía entrar en el combate cada vez con tropas de refresco. Sucedía además otra cosa: la orden, siguiendo su táctica, empleaba un sistema desusado ya y fundado más bien en el valor personal de cada uno que en la eficacia de las masas; pero en el ejército lituano-polaco se juntaban los dos sistemas, el de los tártaros, casi instintivo y adoptado por los lituanos y rusos, cuyas excelencias se habían probado en distintas ocasiones, y la tradición caballeresca, personificada en las hermandades aristocráticas polacas. No sabemos si Jagellón era quien en persona dirigía, ó si la dirección del combate estaba confiada a una especie de Estado mayor general. Lo cierto es que tampoco bajo este concepto estaba la superioridad de parte de la orden.

No nos es dado hacer aquí una descripción detallada de aquella sangrienta batalla, tan funesta para la orden. Ulrico de Yungingen dejó pasar el momento oportuno para el ataque, que no se dió hasta que el ejército lituano-polaco se hubo puesto en orden de batalla. Un primer triunfo conseguido sobre el ala izquierda fué más perjudicial que ventajoso, pues las tropas vencedoras de la orden se alejaron tanto en la persecución del teatro principal de la acción, que cuando regresaron la batalla estaba ya decidida y se vieron envueltas y aniquiladas por las fuerzas enemigas, muy superiores a ellas. Witold pudo reparar con las inagotables masas del centro las pérdidas que había sufrido; así es que cuando aquellas fuerzas de la orden regresaban entre aclamaciones de victoria, se encontraron completamente separadas de los suyos.

Entretanto, habíase luchado con encarnizamiento en el centro, y cuando las tropas de la orden comenzaron a vacilar ante los refuerzos que de continuo recibía el enemigo, el maestre intentó decidir el combate por medio de un violento ataque, pensando que con su caballería escogida podría derrotar al ejército polaco y apoderarse de la persona de Jagellón. En efecto, éste estuvo en gravísimo peligro, pero una lanzada de Zbignieff Olesnicki, secretario de la cancillería del reino y hombre a quien ya no perderemos de vista, le salvó la vida.

La columna mandada por Ulrico de Yungingen había avanzado hasta el punto en donde estaba la bandera polaca, cuando cayeron muertos primero el maestre, luego el mariscal de la orden y con él la mayor parte de los jefes, que habían sido envueltos por el enemigo. A los que sobrevivieron les faltó el valor, y cuando buscaron su salvación en una fuga precipitada, púsose detrás de ellos en movimiento el formidable ejército contrario, pisoteando y matando todo cuanto a su paso encontraba. Antes de que el sol se pusiera, la suerte de la orden estaba decidida. El poderoso ejército que había llevado a la lucha quedaba destrozado, «el rey de Polonia era dueño del territorio del Vístula y únicamente de su voluntad y de las circunstancias que la determinaban dependía que la orden subsistiera o no (1).»

No deja de ser interesante el ver cómo describe el rey Jagellón el éxito de aquella jornada. El día después de la batalla escribió a su segunda esposa Ana y al obispo Alberto de Posen, a una y a otro en análogos términos (2). La carta a la reina Ana decía:

«Noble princesa, ilustre y querida esposa:

»Desde que de vos nos separamos, el

(1) Ranke: *Historia de Prusia*, t. I, pág. 72.
(2) *Scr. Rer. Pruss.*, tomo III, págs. 425-427

Sello real de Wladislao Jagellón. — Estampado en cera con cordones de seda verde y encarnada en un documento de 1388. En un trono precioso y bajo un dosel gótico ricamente adornado y en forma de portal está sentado el rey con la corona en la cabeza, la bola del imperio en la mano izquierda y el cetro en la derecha. Detrás del rey, dos guardias de corps sostienen un respaldo atablerado y adornado con águilas. Alrededor del trono hay siete escudos sostenidos todos por ángeles, a excepción del de Reuss, que está a los pies del rey. A la derecha hay (1.°) el águila coronada de Cracovia, que mira a la izquierda; (2.°) el toro coronado de Kalisz sobre un campo de cuadros; (3.°) la media águila y el medio león coronados de Cuyavia; (4.°) debajo, el león que sube una montaña, que constituye el escudo de Reuss; a la izquierda vemos (5.°) el escudo de Dobrín, que es una cabeza de rey, coronada por arriba y por abajo, con dos cuernos; (6.°) el de Sandomir, que es un escudo dividido verticalmente en dos mitades, la de la derecha con cuatro fajas horizontales y la de la izquierda con siete hileras que contienen veinte estrellas; (7.°) el del gran ducado de Lituania, que contiene un jinete que cabalga a la derecha, pasando por encima de un dragón, lleva un casco puntiagudo y sostiene con la mano izquierda un escudo con una doble cruz y con la derecha una espada. La inscripción dice: * S. WLADISLAUS · DEI · GRA · REX · POLONIE. · NNAN (*nec*) · T'RARU (*Terrarum*) · CCOUIE (*Cracovie*) · SADOMIE (*Sandomirie*) · SYRADIE · LACIE (*Lancicie*) · CUYAVIE · LITUANI · PNCEPS · SUPM (*supremus*) · POMORANIE · RUSSIEQS · DNS · T H' ES · TC' (*et heres*). (Según Vossberg.)

Creador del cielo y de la tierra nos ha favorecido a mí y a los nuestros constantemente con su gracia y nos ha mantenido tan sanos como pudiéramos desear. Desde que, bajo su protección, pisamos el territorio enemigo, nos hemos apoderado sin resistencia de todas las ciudades contra las cuales marchábamos para tomarlas. El martes, día de la separación de los Apóstoles, se aproximó el maestre de la orden con todas sus tropas a nuestro ejército para entablar la lucha. Oímos la Santa Misa, y después de haberla oído rezando, volvimos con todo nuestro ejército al campo de batalla, pusimos en orden nuestras tropas y, después de haberlo preparado todo, nos aprestamos para el combate.

»Cuando estuvimos a la vista el uno del otro, el maestre de la orden y el mariscal nos enviaron a mí y al ilustre príncipe, nuestro querido hermano Witold, un heraldo para que nos entregara dos espadas y nos dijera: «Sabed, rey y »Witold, que en esta hora lucharemos »contra vosotros y os enviamos como »presente estas espadas para ayudaros. »Dejad que nosotros elijamos el campo »de batalla o elegidlo vosotros mismos.» A esto contestamos muy tranquilamente: «Hemos recibido las espadas que nos »habéis enviado, y en nombre de Cristo, »que pisotea la cerviz de los orgullosos, »lucharemos contra vosotros. No pode»mos ni queremos señalaros campo de »batalla; lucharemos con vosotros en el »sitio que el Señor se digne, en su bon»dad, indicarnos.» Después de esto y sin pérdida de momento enviamos al campo a nuestro ejército bien ordenado, como he dicho; comenzamos la lucha contra los enemigos y les causamos innumerables bajas sin pérdida alguna importante de nuestra parte, lo cual se debió no a la fuerza de nuestro brazo ni al número de nuestros guerreros, sino únicamente a la ayuda del Señor, que nos ha facilitado siempre fuerza y virtud.

»Dimos muerte al Gran maestre, al mariscal, a los comendadores de Schwarzburg y Elbing y a muchos otros comendadores de la orden e hicimos huir a los demás, persiguiéndolos y alcanzándolos por espacio de dos leguas, de suerte que muchísimos de ellos perecieron ahogados en los lagos y en los ríos y muertos por nosotros los demás, siendo muy pocos los que lograron salvarse.

»Mientras combatíamos con ellos y por la mano del Señor los vencíamos y aniquilábamos, cayeron en poder nuestro y fueron hechos prisioneros Conrado el Joven de Oels y Stettin, Cristóbal de Hungría y otros muchos.

»Fechada en Dombrowno, en miércoles, día después de la separación de los Apóstoles.»

Después de la gran victoria del 15 de julio parecía inminente la completa ruina del Estado de la orden, esperanza o temor que se vieron robustecidos por los acontecimientos de la siguiente semana. Mientras el ejército lituano-polaco avanzaba devastándolo todo y asolaba aquel país con una inhumanidad cuya simple descripción no podrían resistir nuestros nervios y que, sin embargo, hubieron de presenciar los infelices que en aquella época vivieron, una deslealtad sin igual demostró cuán inseguro era el fundamento en que descansaba el Estado de la orden. No podemos narrar mejor aquellos sucesos que reproduciendo las palabras del cronista de la orden, a quien dominaba un dolor inspirado en el más puro patriotismo (1):

«Y la desesperación reinaba en todo el territorio de Prusia, pues los caballeros y los siervos y las grandes ciudades del país se inclinaban todos al rey y arrojaron de las casas a los caballeros de la orden que habían quedado, los entregaron al rey y todos juraron servirle y serle fieles. El rey los redujo a todos a la obediencia por medio de cartas, promesas y donaciones, y en ninguna parte se había visto tan gran deslealtad y cambio tan rápido como los que ofreció el país sometiéndose al rey en el espacio de una luna. El rey entró y se apoderó de estas casas y territorios: Osterrode, Christburg, Elbing, con todas las ciudades y casas de los mismos territorios, y con el rey se fueron todos los que poseían casas por gracia de la orden. Tanto los caballeros como los hombres se separaron y se entregaron a él, y éste y los suyos entraron en las casas, los arrojaron de ellas y se apoderaron violentamente de cuanto encontraron.

Danzig, Thorn, Braunsberg y todas las demás ciudades, a excepción únicamente de los castillos de Konigsberg, Brandeburgo, Schwez, Danzig y Rehden, siguieron el pérfido ejemplo de Elbing. Aquéllos fueron días de debilidad y deslealtad, mucho peores que los que siguieron a las batallas de Jena y Auerstadt. Sólo muy a la ligera podemos ocuparnos en

(1) Juan de Posilge, continuación de *Scr. Rer. Pruss.*, tomo III, pág. 314.

estos y siguientes acontecimientos. Sabido es que en el comendador de Schwez, Enrique de Plauen, tuvo la orden un héroe salvador. La defensa de Marienburgo constituye un punto de partida desde el cual la guerra cambió de un modo inesperado: Jagellón, a pesar de sus esfuerzos, no consiguió apoderarse de la fortaleza; su ejército, embriagado por la victoria, fué disminuyendo de un modo considerable en poco tiempo, efecto de la retirada de muchos guerreros cargados de botín y consecuencia también de la peste y de la carestía. El rey recibió, además, con espanto la noticia de que los húngaros desde el Sur, los livonios desde el Norte y los pomeranios y brandeburgueses desde el Oeste se aprestaban para auxiliar a la orden. La llegada de los livonios a Konigsberg fué un gran bien para la defensa de Marienburgo. «Con esto los territorios bajos (1) cobraron ánimo y energía y se arrojaron en masa sobre el enemigo.» Witold quiso oponerles resistencia, pero no se atrevió a combatir contra ellos y volvió a Marienburgo sin haber desenvainado la espada. Jagellón levantó el sitio el 19 de septiembre, después de haber permanecido ocho semanas delante de la fortaleza. Los polacos entonces evacuaron el país con precipitación extraordinaria.

La orden fué, en breve plazo, de nuevo dueña de sus territorios y Enrique de Plauen fué unánimemente elegido Gran maestre el domingo día de San Martín (9 de noviembre) del desgraciado año de 1410 por el maestre de Livonia, Conrado de Bitinghof, y por el maestre alemán, Conrado de Eglosstein, «con cuatro hermanos y convidados.» Después de un armisticio firmóse, en 1.° de febrero de 1411, la paz de Thorn, cuyas condiciones, gracias al rápido cambio ocurrido, fueron relativamente favorables a la orden y cuya base fué el *statu quo ante bellum*. Cada partido beligerante debía conservar lo que poseía antes de la guerra, con la sola diferencia de que Samait quedaría en poder de Jagellón y de Witold durante su vida. Los polacos retuvieron a Dobrín; el duque Ziemowit de Masovia recuperó sus posesiones del Wkra, y Polonia renunció expresamente a Pomerania, Michelau, Kulmerland, Nessán, Morán y Orlau. Quedó sin decidir a quién debían corresponder Driesen y Santok, confiándose la resolución de este punto a un tribunal arbitral compuesto de doce individuos y presidido por el Papa. Otros tribunales análogos debían resolver en lo porvenir todas las dificultades «para que entre el reino de Polonia-Lituania y la orden reinara eterna paz y para que esta paz eterna no fuera violada por ninguna discordia (2).»

La condición realmente opresora era aquella por la cual se disponía que la orden pagara para rescatar a sus prisioneras 100.000 groschen, en porciones de a 60, suma cuya recaudación debía ser sumamente difícil después de las devastaciones sufridas por el país.

Y no obstante aquel resultado aparentemente feliz, la orden no pudo reponerse del golpe sufrido en la batalla de Tannenberg, antes tuvo que sentir cada vez más las consecuencias de aquella derrota y no se restableció la confianza entre ella y los súbditos, que tan pérfidamente en aquella ocasión la habían abandonado. Entre ambas partes había pendiente una deuda que no podía ser satisfecha. De ella provino la definitiva ruina de la orden y no únicamente del cambio ocurrido en las relaciones políticas. La colonización alemana del Este podía considerarse ya perdida enfrente de Polonia, que se mostraba cada vez más poderosa, a no ser que un elemento político nuevo, basado en el orden administrativo alemán y en la lealtad alemana, viniera a ocupar el lugar de la orden, rejuveneciéndola o substituyéndola.

De esta misión se hizo cargo la casa de los Hohenzollern. «El burgrave Federico de Nuremberg se presentó en aquel momento de supremo peligro en la Marca de Brandeburgo por encargo del rey Segismundo (3).» Pero debían transcurrir todavía algunos siglos antes de que esta evolución quedara completamente consumada.

Una de las más importantes consecuencias de la lucha general fué que la aristocracia de Polonia y de Lituania se unió más estrechamente: en Hrodlo, a orillas del Bug, se reunieron en «parlamento,» en octubre de 1413, los magnates polacos y lituanos, y allí se hizo una fusión de carácter especial de que no nos ofrece ningún otro ejemplo la historia. La Lituania fué expresa y formal-

(1) Natangen, Samen, Ermelant, Barthen, Nadrauen. *Scr. Rer. Pruss.*, tomo III, pág. 152.

(2) Véase el tratado de la orden en la edición alemana. Baczynski: *Codex dipl. Lithuaniae*, página 134.

(3) Véase Ranke: *Historia de Prusia*, tomo I, página 72.

mente cedida al Estado polaco; los boyardos lituanos católicos fueron equiparados a los pany (señores) polacos y admitidos en las hermandades heráldicas y de parentesco: los ortodoxos griegos quedaron de ellas excluídos, y continuaron siendo, a pesar de que constituían la mayoría, lo que siempre habían sido, siervos (1).

Eran verdaderamente extravagantes los derechos que se concedieron a aquella favorecida minoría: completa exención de las cargas del Estado, menos de algunas pocas que eran especialmente mencionadas; libertad completa para disponer de sus propiedades, y derecho exclusivo para optar a todos los cargos públicos.

El país fué reorganizado según el sistema vigente en Polonia: instruyéronse en Wilna y Troki palatinos y castellanos, debiéndose hacer en lo sucesivo lo propio en cualquier punto donde se hiciese necesario. «Tales dignidades—dicen las estipulaciones de Hrodlo—y los cargos públicos sólo serán conferidos a los católicos que reconozcan la supremacía de la Iglesia romana, y ellos serán los únicos que podrán asistir a nuestros consejos, pues la diferencia de religión supone a menudo diferencia de opiniones y esto hace que las deliberaciones de los consejos sean conocidas de aquellas personas para las cuales deben ser un secreto.» Esta exclusión de la población católica griega está expresamente reproducida en todas las ocasiones que se presentan.

No a ella, sino exclusivamente a los barones y nobles católicos romanos de Lituania y de Polonia se les reconocía el derecho de poder celebrar, cuando fuera necesario, asambleas y parlamentos en Lublín, o en Parczow, o en cualesquiera otros lugares, mediante la aprobación y consentimiento del príncipe. Esta era una de las más importantes estipulaciones del convenio general de Hrodlo; por ella se regularizaba el régimen de la nobleza, ya existente de hecho, cuyo objeto era manejar las riendas del gobierno para acabar por arrebatárselas al príncipe. En este sentido fué un paso en extremo funesto el pacto que se firmó en Hrodlo, en virtud del cual a la muerte de Jagellón y de Witold no podía elegirse un Gran duque en Lituania sin el asentimiento de los polacos, ni podía ocupar ningún rey el trono de Polonia sin el consentimiento de los lituanos (2).

El pacto de Hrodlo hizo por vez primera efectiva de derecho la unión de Polonia y Lituania, y así como esta unión había producido sus primeros poderosos efectos exteriores en el campo de batalla de Tannenberg, aquel pacto comenzó a unir de un modo indisoluble lo que hasta entonces había estado unido muy superficialmente.

Con razón considera Ranke la unión de las dos nacionalidades que fué consecuencia de la elección de Jagellón, como el acontecimiento más trascendental de cuantos ocurrieron en el Oriente desde la invasión de los tártaros, pues desde aquel momento comienza en efecto para la sociedad oriental europea una nueva época.

En este período casi no puede hablarse de una influencia de Lituania sobre Polonia. La notable unión de un Estado civilizado con un Estado bárbaro debía producir, ante todo, un cambio en este último. El mismo Jagellón era impotente para hacer frente a la superioridad de la civilización polaca, y su constante desconocimiento del estado de cosas de Polonia fué causa de que no pudiera mantener una iniciativa política independiente. La institución de las asambleas de los *zjazdi* (literalmente cabalgata), que ya conocemos, se hizo cargo así en Polonia como en Lituania, desde la reunión de Hroldo, de una buena parte de las obligaciones del gobierno.

Había dos clases de asambleas (3): la principal *(zjazdi walny)*, que se componía de los obispos y de altos y bajos funcionarios, se reunía principalmente en primavera y discutía los asuntos que le encargaba la otra asamblea más restricta (denominada simplemente *zjazd)*, de la cual sólo formaban parte los altos dignatarios.

El centro de gravedad estaba naturalmente en esta pequeña asamblea, que era la primera que deliberaba. Estas asambleas preliminares fueron el punto

(1) Véase Caro, tomo III, pág. 407.

(2) El texto se encuentra en los *Volumina legum*, tomo I, pág. 29. El documento está fechado *in oppido Hrodlo circa fluvium Bug in parlamento seu Congregatione Generali die secunda mensis Decembris sub anno Domini* 1413. *Datum per manus Reverendissimi in Christo Patris Domini Episcopi Cracoviensis Supremi Cancellarii Regni Poloniae Nobis sincere dilecti, scriptum vero per manus Ciolkonis Canonici Sandomiriensis, Secreti nostri Notarii.*

(3) Véase Bobrzynski, pág. 54.

sólido en el cual los magnates polacos apoyaron la palanca para convertir la monarquía de Polonia en una oligarquía aristocrática. Las dotes intelectuales del rey no le habían permitido contener el impulso de este desenvolvimiento, y la adopción del cristianismo había influído en él de la misma manera que en Wladimiro el Santo, de Rusia. La energía de su carácter quedó quebrantada: temeroso y casi podríamos decir supersticioso, no pudo librarse del influjo del alto clero, que pertenecía al grupo de los oligarcas. Firmemente convencido de que obraba con entera independencia, no era, sin embargo, más que un juguete de los partidos, que luchaban por obtener la dirección de la política exterior; y las resoluciones de las *zjazdi* preparatorias decidían también sobre la persona del monarca.

Esto sentado, debía considerarse como una fortuna el que las cuestiones de la administración interior no se vieran involucradas en estas luchas. La administración seguía su curso. La nobleza estaba altamente interesada en el mantenimiento del orden: el clero, las ciudades, las colonias de derecho alemán y la clase de labradores se encontraban perfectamente dentro de este régimen. En cambio, la pequeña nobleza estaba cada día más vejada y más perjudicada desde el punto de vista material, de suerte que a duras penas podía sostenerse enfrente de las familias poderosas.

Las tentativas que algunos de estos nobles hicieron para reconquistar la posición que les aseguraban los estatutos del rey Casimiro, fracasaron a pesar de algunas enérgicas embestidas. Lo que esta clase, como tal, no podía conseguir, cabía que lo lograran sus individuos como particulares, ya procurando conquistar personalmente el ingreso en las familias privilegiadas, ya entrando en la carrera eclesiástica, con lo cual podían llegar a desempeñar aquellos elevados cargos. Esto, entonces, sólo era posible para aquellos que conseguían obtener la ilustración, tan estimada en Polonia, para lo cual les abrían sus puertas las universidades extranjeras y la misma universidad de Cracovia.

La ilustración llegó a ser, en el siglo XV, una verdadera potencia en Polonia, y el Estado procuraba por todos los medios abrirle cada día más ancho camino.

A la reina Eduvigis, tan justamente celebrada por los escritores polacos, corresponde la gloria de haber dado nueva vida a la universidad de Cracovia, que, como hemos visto, había decaído hasta el punto de no tener la menor importancia (1). Ya en 1397 había obtenido del papa Bonifacio IX una bula concediendo a la universidad la facultad de teología, durante tanto tiempo deseada; después, en su lecho de muerte, aseguró con sus cuantiosos donativos la reconstrucción de los edificios arruinados, y posteriormente el rey Wladislao Jagellón reconstituyó propiamente la universidad con la cédula de fundación de 23 de julio de 1410.

Desde entonces, la importancia de aquel centro de enseñanza fué siempre en aumento: las aulas apenas bastaban para contener al gran número de alumnos que deseaban instruirse, siendo los más concurridos los estudios filosófico-teológicos. El rector de la universidad, dada la amalgama de cuestiones religiosas y profanas que caracteriza aquel período, llegó a ser un importante personaje político. La universidad hizo que el espíritu de la juventud, saliendo de la esfera polaca nacional, se lanzara a una esfera general europea, lo cual favorecía los propósitos de aquellos oligarcas, cuyo objeto era conseguir para su Estado la situación que dentro del concierto europeo le correspondía.

¡Quién se atrevería, pues, a poner en duda la influencia favorable a estos esfuerzos que ejerció la batalla de Tannenberg! En la misma Polonia, a esta gran victoria nacional correspondió un renacimiento intelectual. El movimiento husita y el concilio de Constanza con todos sus debates, que conmovieron al mundo entero, tuvieron también importancia en Polonia, pues favorecieron así la ilustración como el predominio de las poderosas familias aristocráticas.

No podemos seguir el curso de las discusiones del concilio de Constanza, en el cual la nación polaca, representada por el rector de la universidad de Cracovia, desempeñó un papel que nadie se hubiera atrevido a esperar antes de la batalla de Tannenberg. Tampoco nos detendremos en las contiendas y luchas que ocurrieron con la orden teutónica. El triste fin de Enrique de Plauen, las intrigas de su sucesor Miguel Kuchméister y la inconstante política del emperador Segismundo son propias más bien de la historia alemana que de la polaca. En

(1) Véase Zeissberg: *Historia polaca*, pág. 164.

todas estas cuestiones el rey Wladislao Jagellón se dejó llevar, más que por sus propios impulsos, por la voluntad de los magnates polacos, los cuales fueron también los que decidieron la cuestión trascendental de si Polonia debía aceptar o rechazar el movimiento husita que tenía su punto de partida en Bohemia. Las opiniones eminentemente religiosas del monarca eran para ellos un apoyo, pero su resolución se fundó principalmente en la consideración de que Polonia debía conservar su posición en el mundo católico y su preponderancia sobre la orden teutónica. Si Polonia se ponía de parte de los husitas, se devolvía a la orden el derecho de existencia, y el peligro que esto traía consigo no estaba compensado por el aumento de fuerzas que significaba la unión de Bohemia a Polonia-Lituania.

El asunto, como se comprenderá fácilmente, no era tan sencillo que la resolución se impusiera por sí misma como necesaria: la unión de Polonia y Lituania complicaba notablemente la situación. Es indudable que en Polonia había muchos elementos que no miraban con malos ojos el pensamiento religioso que la secta de los husitas entrañaba, pero faltaba una persona que pudiera ponerse al frente del movimiento. Esta persona existía en Lituania y era nada menos que el Gran duque Witold. Distintas veces nos hemos encontrado con la culminante figura de este último Gran duque lituano. La experiencia adquirida durante su juventud, la muerte de su adorado padre, la permanencia en los territorios de la orden, la reconciliación hecha violenta y astutamente con su primo, que de sanguinario tirano se había convertido en un santurrón y casi inconsciente rey de Polonia: la lucha continua por la conservación de su posición, todo esto había contribuído a hacer de él un político atrevido y sereno, que sin opiniones preconcebidas avanzaba hacia los altos fines que su ambición le trazaba. ¡Cómo supo deshacerse de todo aquello que en su reino oriental le contrariaba! Swidrigiello, hermano predilecto de Jagellón, le fué sacrificado, y todos los pequeños príncipes y señores que residían entonces en los territorios lituanos, y especialmente en los rusos, viéronse obligados a prestarle incondicional obediencia o fueron substituídos por gobernadores completamente sumisos.

La consecuencias de la batalla de Tannenberg fueron ventajosas principalmente para él. La adquisición y conversión de Samait, por muy superficialmente que hubiesen sido llevadas a cabo, hacían imposible para siempre el logro de los ideales inmediatos de la orden teutónica, a saber: la unión de los territorios prusianos y livonios de la orden. La implantación hecha sin obstáculo de la civilización católico occidental en el semisalvaje territorio de Lituania, llevada a cabo por medio de la introducción de los principios de la administración polaca, del llamamiento de colonos alemanes y de la concesión del derecho municipal alemán, produjo un cambio, que sin perjudicar al elemento propiamente lituano, casi lo asimiló con el Occidente en un plazo brevísimo.

La actitud de aprobación que guardaba Witold respecto de los principios esencialmente católicos sentados en la convención de Hrodlo sólo se explica teniendo en cuenta las ideas que abrigaba él con relación a sus muchos súbditos católicos griegos. El elemento ruso en Lituania no sólo era muy numeroso, sino que al propio tiempo representaba una civilización antigua y a su manera poderosa, que exigía cierta consideración, a pesar de ser esencialmente distinta de la de Occidente.

Un proselitismo católico tal como lo concebía Jagellón habría sido una gran falta política que no podía cometerse, porque cualquier paso que en tal sentido se diera había de robustecer la influencia del Gran duque de Moscou. La política de Lituania, tal como la había iniciado Olgerdo, seguía, sin embargo, un camino enteramente opuesto: así lo reconoció Witold, siendo de notar que por iniciativa suya se reunió en 1415 en la ciudad lituana de Nowgorodek un sínodo del clero ortodoxo griego, en el cual, contraviniendo abiertamente a las estipulaciones de la confederación general de Hroldo, se garantizó la independencia del clero ruso lituano, que sólo debía estar a las órdenes del metropolitano de Kieff y del patriarca de Constantinopla. Los proyectos de Witold iban, sin embargo, más allá, pues no sólo quería conseguir para sus súbditos greco-católicos un metropolitano especial independiente de Moscou, sino que su objetivo final era la unión de las Iglesias griega y católica.

Gregorio Zemblak, metropolitano de Kieff, que debía esta dignidad principalmente al Gran duque, se dirigió en el año 1418 y por encargo de éste, con diez

y nueve de sus obispos sufragáneos, a Constanza para conseguir la unión de aquellas dos Iglesias. Aun cuando el vigor usado por los padres del concilio contra los husitas aterrorizó a los obispos rusos, no por eso se desistió de aquel

husitas, y en realidad existían ciertas afinidades entre ambas tendencias religiosas: era común a ambas el símbolo más comprensible exteriormente, el cáliz de los laicos, y Jerónimo de Praga no había dejado pasar ocasión alguna

Catedral de Cracovia, en su forma primitiva: siglos XIV y XV (según Essenwein)

proyecto, en pro del cual se decidió el mismo rey Jagellón, cediendo a las instancias de Alberto Yastrzebiec, obispo de Cracovia y representante del partido de Witold.

Jagellón inspiraba, sin embargo, su conducta en otro punto de vista, pues acariciaba la idea de restituir a los griegos al seno de la madre católica. No esperaba ni contaba que esta última hiciera concesiones: para ella los griegos eran tan cismáticos y tan herejes como los

de señalar como la más parecida a la suya a la Iglesia griega.

Si se tiene en cuenta el carácter eminentemente eslavo nacional, se comprenderá que en aquellas esferas se acariciaba la idea de encontrar protección y amparo en el Oriente lituano polaco contra el Occidente pontificio. El mérito o la culpa—según el punto de vista de que se parta—de que tales planes no dieran ningún resultado, fueron de los oligarcas polacos.

Cuando después de la muerte de Wenceslao los bohemos no quisieron reconocer como soberano al hombre cuya deslealtad había sido causa de la perdición de Hus y dirigieron sus miradas a otra parte, entonces hubo de decidirse la cuestión. En abril de 1420 llegó a Cracovia una embajada bohema ofreciendo a Jagellón la corona de Bohemia, bajo la condición de que les auxiliara y les apoyara en su lucha contra Segismundo. Jagellón tenía motivos sobrados para estar encolerizado contra Segismundo, pues éste, pocos meses antes, había dictado entre Polonia y la orden una sentencia arbitral que Polonia consideró altamente injusta.

Las combinaciones políticas parecían favorables a los husitas, pero el rey Jagellón no pudo resolverse a concederles los cuatro puntos que constituían su programa religioso. Los husitas, a pesar de esta negativa, se mostraron tan impetuosos y las razones por ellos expuestas acabaron por parecer de tanto peso al monarca, que se vió obligado, ante sus excitaciones, a convocar una confederación general. El rey Jagellón, en una carta dirigida a los príncipes electores (1), se atribuye el mérito de haber hecho fracasar con su oposición en esta asamblea los planes de los husitas. A pesar de esto, es indudable que fueron los magnates de la Pequeña Polonia los que decidieron la cuestión. Yastrzebiec fué por ellos acusado y Witold tuvo que hacer grandes esfuerzos para conseguir su libertad. Todo pacto con los herejes hubiera significado para los nobles polacos el rompimiento completo con la política hasta entonces seguida.

La embajada bohema se dirigió entonces a Lituania. Jagellón visitó al Gran duque, y por lo que a él se refiere puede decirse que hizo cuanto pudo para impedir el buen éxito de la solicitud de los bohemos, representados por Hynek de Waldstein *(H. z. Kolsztyna)*, y para inducir a Witold a que rechazara la corona. «No sabemos—dice el rey en su carta—por qué artificios le han seducido, pues nosotros se lo habíamos desaconsejado y no lo queríamos en manera alguna.»

Witold se declaró dispuesto a hacerse cargo del gobierno de Bohemia (2), y así lo prometió a los husitas de Praga en 10 de junio de 1421. En septiembre del propio año se envió una embajada a Lituania para presentar en debida forma la corona al Gran duque, y aun cuando fué detenida en Ratibor, contra todos los principios del derecho de gentes, esto no hizo más que inducir a Witold a dar algunos pasos muy decisivos, habiendo conseguido inclinar de un modo más favorable a él el ánimo de Jagellón, diciéndole que su intento era conquistar la Bohemia para la Iglesia católica. Los bohemos se habían obligado con él a realizar la reunión de las dos Iglesias en el caso de que tuvieran un príncipe que representara sus intereses y con el cual pudieran contar en absoluto. Al propio tiempo reunió tropas y ordenó a Segismundo Korybut, sobrino de Jagellón, que con 5.000 hombres penetrara en Moravia.

Este hecho llamó extraordinariamente la atención en Occidente: el rey Segismundo, invocando la gratitud que se le debía por la sentencia arbitral dictada en Breslau, excitó a la orden teutónica a la guerra contra Lituania y aseguró al mismo tiempo su amistad al Gran duque Witold si quería retirar su apoyo a los «wiclefitas.» El papa Martín V envió un comisario para poner término a las contiendas entre la orden y Lituania, y excitó vivamente al rey a que perseverara en sus luchas contra los herejes. Pero no era tan fácil conseguir que Witold abandonara sus bien meditados planes. La derrota que el ejército del reino sufrió en octubre de 1421 en Saaz le afirmó más en la idea de realizar sus propósitos.

Respecto del rey Jagellón, se creyó seguro cuando consiguió dar al anciano monarca (contaba entonces setenta y cuatro años), con la princesa Sofía de Kieff, en su origen católico-griega, una cuarta esposa que no había de considerar como herejía la forma bohema de la Eucaristía. En una carta fechada en Troki, en 5 de marzo de 1422, presentó al Papa con gran ingenuidad su punto de vista: según él, los husitas no debían ser vencidos con las armas, pues las derrotas que habían causado al ejército de los cruzados no habían hecho más que aumentar su confianza; por el contrario, lo que debía hacerse era admitirlos benévolamente si deseaban volver al seno de la Madre Iglesia. Con el sistema de la excomunión y predicación de cruzadas nada se había conseguido, y por ello

(1) *Codex Vitoldi Appendix Nr. XLIII, d. d., Woyborz*, 1422, julio 12. Esta es la única fuente auténtica de estos sucesos, aunque escrita con tinta que el tiempo ha borrado en parte.

(2) *Gubernacula regni Boemiae acceptare.* Palacki: *Historia de Bohemia*, tomo II, pág. 256.

el Gran duque solicitaba del Papa que diera el salvoconducto a la embajada bohema que quería presentársele para restablecer la paz y la concordia. Sólo por esta razón había enviado a su sobrino Segismundo con tropas a Bohemia para que restableciera el orden y la paz en aquel país.

De esta suerte, Segismundo Korybut se presentó en Bohemia y Moravia como gobernador del solicitado monarca Witold. Uno de sus primeros actos fué declarar la guerra al rey Segismundo, habiendo sabido, además, con habilidad suma conquistarse una posición entre los partidos moderado y radical de los husitas. La misión que debía desempeñar consistía indudablemente en procurar una reconciliación con Roma, mediante el auxilio de las tendencias moderadas, y preciso es confesar que contra tal política no cabía la censura de que tendía a un fin imposible de conseguir. La Sede romana hubo, por fin, de contentarse con el programa que Witold con tanta insistencia presentaba al papa Martín V. Las promesas hechas por los husitas en este sentido al Gran duque fueron tan amplias, que éste pudo con razón esperar ver logrados sus deseos.

«La embajada que he enviado al duque Sigemund—escribía entonces Witold al arzobispo de Riga—no lleva otro objeto más que evitar que se derrame sangre cristiana,» y esto lo aseguraba por su honor y bajo juramento. El rey Jagellón dijo después que los bohemos se habían obligado por juramento para con el Gran duque a abandonar sus errores y volver a ser buenos católicos. Mas para que esto se realizara era condición indispensable que Segismundo Korybut ganara terreno y ayudara al partido templado a salir victorioso.

Esta era, sin embargo, la falta de que adolecían los cálculos de Witold. Después de sus primeros triunfos, no podía Korybut conservar su posición respecto de los taboritas: a pesar de sus relevantes cualidades personales, no supo conquistarse la confianza general que necesitaba para cumplir su difícil misión. Todavía no había llegado el momento en que los elementos moderados empuñaran el timón del gobierno en Bohemia: algunos años después hubiera encontrado el terreno mejor preparado. No consiguiéndose la reconciliación de los husitas con la sede romana, quedaba destruída toda esperanza de unión entre la Iglesia griega y la de Roma.

Estas dos cosas no sólo entraban en los cálculos de Witold, sino que estaban íntimamente enlazadas. De aquí que se considerara tan necesaria la protección de Jagellón a Korybut; de aquí que la derrota del obispo de Cracovia fuera un golpe terrible para Witold. La política polaca siguió desde entonces una dirección enteramente opuesta a la suya y el hombre que la inspiraba era Zbignieff Olesnicki, a quien hemos conocido en el campo de batalla de Tannenberg.

Los años de 1422 y 1423 fueron, pues, altamente importantes para la historia polaca y lituana, principalmente por el resultado de la guerra que Witold y Jagellón emprendieron contra la orden teutónica, excitada por las falaces promesas del rey Segismundo. La terrible asolación que sufría el país obligó al Gran maestre Pablo de Russdorf a firmar, en septiembre de 1422, la paz del lago Melno, en virtud de la cual la orden perdió definitivamente a Samaite y Sudanen, y cuya ratificación, hecha en Vielún en mayo del siguiente año, restableció por largo tiempo la tranquilidad. De modo que aun cuando los antagonismos de principios respecto de Polonia no habían sido vencidos y subsistía por este lado la hostilidad ora abierta, ora disimulada, Lituania había logrado lo que quería.

Samaite separaba del territorio principal de la orden la porción lituana que le había pertenecido, con lo cual había conseguido el Gran duque realizar el fin a que tendía su política contra la orden (1). En lo sucesivo, buscó Witold la amistad de ésta, la cual, conociendo perfectamente la situación, se la concedió sin desconfianza alguna. Ya en 1423 dió el Gran maestre su palabra de «cumplir lealmente el pacto de amistad hecho con el duque Witold,» pues prefería tener que entenderse con él y con los suyos antes que con la orgullosa Polonia. La difícil cuestión del trazado de fronteras se resolvió de la manera más amistosa, y Witold ayudó cuanto le fué posible a la orden siempre que se trató de oponer una valla a la desmedida codicia polaca. La situación general política de Oriente varió de una manera tan notable que muy pronto se aliaron Lituania y la orden para ir contra Polonia. Este cambio fué motivado por la posición que esta

(1) Véase H. Hildebrand, introducción al tomo VII de los *Archivos de Livonia, Estlandia y Curlandia;* Riga, 1881.

última adquirió respecto de Wolhynia y de Podolia, cuya posesión íntegra era el constante deseo de la nobleza de la Pequeña Polonia.

Hemos visto que ya en tiempo de Casimiro el Grande los señores de la Pequeña Polonia tendían sus codiciosas manos hacia aquellas ricas comarcas, y aun cuando a la muerte de aquel rey volvió a desaparecer la cohesión política conquistada, los elementos polacos siguieron ganando incesantemente terreno, a pesar de Hungría y de Lituania, que eran los verdaderos señores del país. La fundación de un obispado católico en Halicz (Galitzia), conseguida en 1375 por el gobernador Wladislao de Oppeln, obispado del cual dependían Przemisl, Chelm y Wladimir, aumentó la influencia polaca, y a fines del siglo XIV consiguió también Podolia un obispado católico propio que se estableció en Kamjeniec.

Con la Iglesia católica avanzó por todas partes la colonización polaca, y por más que Witold no favorecía estos esfuerzos, carecía de recursos suficientes para contrarrestar la conquista, realizada, según parece, con un capital inagotable de hombres y de dinero. La batalla de Worskla significó para estos países un retroceso de la influencia lituana: las más importantes fortalezas se encontraron poco después en poder de las guarniciones polacas, siendo cada v z más unánime el deseo de que se unieran definitivamente con Polonia la Wolhynia y la Podolia.

Esta cuestión wólhynio-podolia hizo fracasar el plan del Gran duque, que aparentemente se veía favorecido por las circunstancias. Por la historia de Rusia sabemos cuán poderosa era la influencia que Witold había sabido conseguir en el gran reino eslavo oriental vecino. El Gran duque de Moscou Wassili Dmitriyewitz le había nombrado tutor de su hijo y sucesor; las poderosas repúblicas de Pskoff y Nowgorod habían sentido todo el peso de su vigorosa mano, y no había en el Oriente hombre alguno que en importancia pudiera con él compararse.

Firmada la paz definitiva con la orden teutónica, vióse cada vez más claramente que un reino lituano sólo podría contar con un porvenir consiguiendo atraerse a la población rusa, que era extraordinariamente numerosa; pero toda reconciliación y todo favor prestado a la población cismática rusa se oponían a la influencia polaca. Precisamente en aquel tiempo la Iglesia católica polaca, bajo la dirección de su primado Mikolaj Tronba, había codificado sus estatutos de Kalisz y adoptado, poco después, severas medidas contra la herejía de los husitas en un edicto fechado el domingo llamado de Judica de 1424 en Vielún. La Inquisición no cesaba de diezmar a los partidarios que la herejía contaba en Polonia, viéndose enérgicamente apoyada en esta tarea por los estarostes de las ciudades.

Witold comprendió que la continuación de la alianza con Polonia, Estado muy superior al lituano, debía dar por resultado la renuncia al desempeño de un papel político independiente y ser perjudicial al modo de ser nacional y religioso de Lituania. Sin aventurarse a una peligrosa tentativa para romper inmediatamente la unión de Hrodlo, antinatural en su esencia, su política tendió desde entonces a conquistar el título de rey, que era la condición previa para llegar a la igualdad de derecho, después de la cual podía venir la emancipación política. Otros acontecimientos de los últimos tiempos venían a impulsar estos vastos planes.

La joven rusa, a quien Witold había dado por esposa al rey de Polonia, no interponía su influencia en el sentido esperado, sino que había tenido la ambición de hacerse coronar reina, siendo de notar que Witold no asistió a la fiesta que con este motivo se celebró con gran magnificencia. Cuando en 31 de octubre dió a su esposo un hijo, Witold no estuvo presente en el bautizo y su nombre no figura entre los de los padrinos. La nobleza polaca se había manifestado dispuesta, en la dieta de Brese, a reconocer como rey al joven Wladislao después de la muerte de su padre, pero puso como condición de este reconocimiento la ratificación de un privilegio, cuyo objeto era encadenar al clero polaco a los intereses de la clase aristocrática, haciendo depender la obtención de las dignidades eclesiásticas del hecho de pertenecer a alguna hermandad aristocrática polaca. Esta ratificación era, además, una ampliación de las inmunidades de que hasta entonces había disfrutado la nobleza en mengua de las prerrogativas regias.

La aristocracia se sentía de tal suerte dueña de la situación que cuando Jagellón, después de vacilar largo tiempo, se negó a satisfacer aquella exigencia, los magnates rompieron con sus espadas,

en su presencia, el documento de reconocimiento. Según parece, se atribuyó a la reina la culpa de la negativa del monarca. Cuando en mayo de 1426 dió a luz un segundo hijo, fué acusada de adulterio, y se formó un proceso escandaloso, que terminó después del nacimiento de un tercer hijo llamado Casimiro, cuando doce individuos, a instancia del rey y expresamente llamados al efecto, pronunciaron un juramento favorable al honor de su esposa.

Estos sucesos demostraban tan claramente la debilidad del rey polaco y la arrogancia de la nobleza, que el Gran duque Witold consideró necesario aproximarse de nuevo al rey de romanos, Segismundo. La implantación de la soberanía de la nobleza en Lituania significaba para el Gran duque, si no se contenía la marcha de los sucesos, la pérdida del trabajo de toda su vida. Segismundo estaba entonces en relaciones muy tirantes con Polonia: en él y en la orden tenía, pues, Witold sus naturales aliados. Largas negociaciones que no afectaban directamente a la cuestión de la coronación prepararon la crisis definitiva. En una dieta de príncipes que se celebró en Luck (Wolhynia) presentáronse al Gran duque el rey Segismundo con su esposa Bárbara, Jagellón con un brillante séquito, y los emisarios de la orden.

El rey Segismundo procuró convencer al monarca y a los magnates polacos de la necesidad de ceñir el Gran duque la corona real, haciendo para ello hincapié en el antiguo plan de Witold de unir las dos Iglesias; pero no consiguió persuadir, como es de suponer, a los nobles de Polonia. Witold nos refiere el curso de esta importante dieta de Luck y de los acontecimientos a raíz de ella ocurridos en una carta que tres semanas después escribió a Jagellón:

«Cuando el ilustre rey de Romanos, nuestro hermano y amadísimo pariente, habló, en presencia de Nicolás Sepinski (1), de la cuestión de la corona, pongo a Dios por testigo que nada sabíamos; no habíamos pensado en tal cosa (2), ni hablado siquiera antes de ello. Cuando habló de una manera apremiante con nosotros, le contestamos diciendo: «Se»ñor rey, nunca hemos pensado en tal »cosa: confesamos que ésta es de gran im»portancia para Nos, pero estamos habi»tuados a proceder de acuerdo con nues»tro hermano, el rey de Polonia, y nin»guno de los dos hace nada sin consul»tarlo previamente con el otro.» Cuando el rey de Romanos nos dijo que quería hablar con vos acerca de este particular, le contestamos: «Haced lo que gustéis, »pero no hemos hablado de esto con él.»

»Cuando a la mañana siguiente nos preparábamos, como de costumbre, para veros, nos encontramos con el rey de Romanos y su ilustre esposa a la puerta, que nos estaban esperando. Díjonos el rey: «Esta noche ha estado con nosotros »el rey de Polonia y hemos hablado con »él del asunto, y él ha consentido.» Añadió luego: «Dejad que vayamos con la »reina a verle,» y así lo hicimos. Cuando estuvimos delante de Vos, en vuestro dormitorio, el rey de Romanos comenzó a hablar con Vos y a recordar lo sucedido la víspera, y vos decíais que aquello os gustaba y alegraba. Entonces os dijimos en lituano: «Señor rey, no os apre»suréis en este asunto, consultadlo antes »con vuestros prelados y barones, que »nosotros haremos lo propio.» Entonces repetisteis que os gustaba y de ello os alegrabais, y que estabais completamente de acuerdo; el rey de Romanos y la reina os dieron por ello las gracias y salimos cuando entraban vuestros prelados y barones. Nos también consultamos con los nuestros y de allí nos llamaron vuestros consejeros. Cuando nos avistamos con ellos, comenzaron a combatir seriamente la realización del plan, oponiéndose enérgicamente a él. Y habiendo contendido nuestros consejeros con los vuestros sobre este particular, nos reimos y dijimos a los nuestros que se callaran.

»Entonces los dejamos y vinimos a Vos y os contamos cómo vuestros consejeros se habían opuesto y se habían mostrado contrarios a la propuesta. Os dimos las gracias por vuestro consentimiento, a pesar de que nunca habíamos pensado en hacer aquello (es decir, en aceptar la corona). Y de nuevo, cuando salisteis de Luck, os volvimos a dar las gracias, y Vos decíais, como antes, que la propuesta os gustaba y complacía y os mostrábais muy favorablemente dispuesto. El último domingo, sin embargo, el rey de Romanos nos ha remitido una carta que vuestros emisarios le habían entregado, y que hicimos leer en nuestro Consejo, en presencia del obispo de Wilna y de los principales boyardos que habían venido para saludarnos.»

(1) Secretario y consejero del Gran duque.
(2) No es posible dar crédito a esta afirmación.

Witold manifiesta, en el curso de aquella notable epístola, que vió por la carta mencionada que el rey se arrepentía de las promesas hechas en Luck y que, influído por sus consejeros, se ponía en contradicción con ellas. Manifestábale además la indignación que había producido al ver que trataba a Lituania como a país vasallo y expresaba el temor de que los boyardos se atrevieran, en caso de que Witold falleciera como rey coronado, a elegir un monarca propio, sin antes consultar con los barones polacos. Jagellón debía, pues, meditar si sus consejeros le habían aconsejado bien.

Al rey de Romanos se le había expuesto un asunto que no pertenecía al extranjero, y él, Witold, había sido menospreciado con sus boyardos delante del extranjero y tratados todos como siervos. No sin indignación formulaba el Gran duque la pregunta de por qué creía Jagellón que había de vivir más tiempo que él. El final de la carta demuestra claramente que Witold conocía muy bien las razones que habían expuesto los barones polacos en contra de su coronación. Desde el momento en que en la carta dirigida al rey de Romanos se decía que el Gran duque sólo vitaliciamente había recibido algunas comarcas polacas, su situación y su dignidad quedaban muy lesionadas.

Wolhynia y Podolia eran en el fondo el motivo principal de la oposición polaca, y el antagonismo en esta importante cuestión parecía haberse de convertir, como sucedió después con tanta frecuencia, en abierta hostilidad.

El rey Segismundo enteró inmediatamente a la orden teutónica del curso de este asunto, que era para ella de la mayor importancia, y ya se comprenderá que en su interés estaba apoyar los esfuerzos de Lituania. Entretanto Witold procuró en vano obtener de Jagellón una respuesta clara.

En su consecuencia envió a Leczic para que se avistaran con el rey como emisarios a Gedigold, palatino de Wilna, al mariscal Rambold y a su secretario Nicolás Maldrzik, con la misión de llevarle una respuesta categórica, ya fuera afirmativa, ya negativa. Polonia, sin embargo, no quería dar una respuesta clara: el rey adoptó una evasiva, y a la pregunta directa que formularon los emisarios contestó que no podía resolver cuestión tan importante sin consultar a una *zjazd walny*. Entonces preguntaron los mensajeros cuándo se reuniría ésta, a lo cual repuso el rey que le era difícil precisarlo, pero que estaba a punto de marchar a Cracovia y Sandomir y quería oir el parecer de sus consejeros. A esto replicaron los emisarios: «Pues que V. M. no quiere consentir en la coronación de nuestro soberano ni darnos una respuesta clara, nuestro señor, el Gran duque Witold, nos ha encargado que os dijéramos que quería aceptar y poseer la corona, fuera esto o no de vuestro gusto (1).»

Esta actitud decidida produjo tanto más penosa impresión en Polonia cuanto que se sabía que Witold estrechaba cada día más sus relaciones con la orden y con el rey Segismundo y parecía resuelto a obtener la corona aun a pesar de los deseos de Polonia. En tal apuro, Zbignieff Olesnicki, que cada vez se presentaba más claramente jefe de la oposición que a los planes de Witold se hacía, resolvió dar un paso que nadie esperaba, cual fué aconsejar a Jagellón que enviara al Gran duque una embajada ofreciéndole la corona de Polonia. El rey dimitiría y Witold «debería encargarse de la dirección de todos los asuntos polacos,» pero a lo menos no se le habría consentido ceñir la corona lituana (2).

Witold rechazó el ofrecimiento, y en realidad su aceptación hubiera destruído sus planes, que tendían a formar una Lituania independiente y libre de la influencia polaca, y satisfechos los deseos de los magnates polacos, para quienes la persona del rey era cosa de poca monta. La unión de Polonia y Lituania bajo la preponderancia del elemento polaco hubiera quedado sólidamente fundada. El antagonismo apareció, pues, cada vez más marcado, y a principios del año 1430 las cartas que se cruzaron estaban escritas en un tono de hostilidad y de indignación. Witold estaba decidido a aceptar el título de rey; el rey Segismundo estaba resuelto a enviarle la corona, y los magnates polacos se disponían a impedirlo por cuantos medios estuvieran a su alcance.

A principios de julio prometió Segismundo resueltamente que si Dios le conservaba la vida enviaría a Lituania, el día de la Natividad de María (8 de septiembre), la corona y las demás insignias reales. Confiado en esto, Witold circuló las invitaciones para aquella fecha. Jagellón reprodujo entonces su oferta

(1) *Codex Vitoldi*, núm. 1362.
(2) *Codex Vitoldi*, núm. 1383.

de renunciar a la corona de Polonia (1); pero obtuvo de nuevo, como era de esperar, una contestación negativa: tres días después un mensajero anunció que los embajadores que Segismundo enviaba a Witold habían sido sorprendidos, heridos y robados: los perjuicios sufridos por el concepto de dineros, joyas, libros y vestidos perdidos ascendían a mil ducados y además los que acompañaban a los embajadores fueron despojados de sus caballos y tuvieron que ir a pie hasta Slochow (Schlochau), en donde fueron recibidos por el comendador de la orden.

Lo peor de todo era, sin embargo, que la correspondencia que llevaban los embajadores había caído en poder de los polacos, los cuales no vacilaron en recorrer caminos y senderos para impedir que entraran en Lituania la segunda embajada, portadora de las insignias reales, y el arzobispo Gunther de Magdeburgo, que era quien debía hacer la coronación. Al propio tiempo se aterrorizó al pusilánime Gran maestre Pablo de Russdorf amenazándole con el envío de tropas polacas, y no sin grandes esfuerzos consiguió Witold inducirle a que fuera, a lo menos por unos días, a Wilna, donde se habían reunido para la ceremonia muchos príncipes rusos, entre los cuales figuraba también el joven Gran duque de Moscou.

La coronación fué aplazada para el día de San Miguel, pero como cada día se comprendía más claramente que la corona no entraría en Lituania si Segismundo en persona no se presentaba con las armas en la mano, Witold, cansado ya de tanta agitación, aconsejó que no se diera este paso, y el bondadoso Jagellón, por amor a la paz, mostróse decidido a acudir personalmente, a principios de octubre, a Wilna (2). Allí fué muy festejado; pero Olesnicki, que formaba parte de su séquito, supo arreglarse de manera que la cuestión de la coronación volvió a quedar sin resolver. Witold no consideró prudente romper con el rey, pues las circunstancias no eran propicias y además no estaba muy seguro de la orden teutónica. Así es que se dió por satisfecho y los príncipes regresaron a sus respectivos países, en apariencia completamente de acuerdo.

No por esto Witold, enfermo y quebrantado como estaba, renunció a sus propósitos, sino que envió secretamente emisarios a Segismundo suplicándole que enviara sigilosamente la corona a Lituania; mas antes de que aquéllos llegaran a Ulm, en donde residía dicho monarca, vino a resolver de un modo inapelable la cuestión un suceso que no sólo destruyó los planes de Witold, sino que decidió del porvenir de Lituania. En 27 de octubre de 1430 falleció el Gran duque Witold, a la edad de ochenta años, a consecuencia de «una pústula entre ambos hombros,» sin haber podido recibir la carta en que Segismundo le prometía enviarle la corona.

Con él murió un hombre de verdadera importancia, y no vacilamos en afirmar que el fracaso de sus planes fué una desgracia, así considerándolo desde el punto de vista alemán como mirándolo bajo un concepto general. Una monarquía lituana fuerte hubiera abierto nuevos caminos a la historia de Oriente y significado, en aquellas circunstancias, un apoyo para la colonización alemana en Prusia y en Livonia contra Polonia por un lado, y contra Rusia por otro. De la misma manera que se había hecho en otras partes, podía realizarse en el Estado lituano la unión de las dos Iglesias oriental y occidental; mas para esto se necesitaba una separación de la Polonia católica.

La unión con ésta había sido causa no sólo de una desnacionalización de la nobleza lituana, sino también de un apartamiento de la parte rusa del reino, tal como lo hemos visto en la historia de Rusia (3). Para Polonia el triunfo que significaba el haber obligado a Lituania a desempeñar un papel secundario era un triunfo falaz. El aumento de poderío que la unión con Lituania había tenido por consecuencia afectaba más a la superficie que a la profundidad, pues había hecho rica y poderosa a la nobleza y dado a la monarquía, ya debilitada, mayor aspecto de sombra. Conservarse en esta situación era el objetivo de la aristocracia polaca, que no hubiera ya consentido que se pusiera al frente del Es-

(1) En 16 de agosto de 1430. *Cod. Vit.*, 1426.

(2) La iniciativa de este paso partió de él, no de Witold. Véase *Codex Vitoldi*, núm. 1460: «No habiendo podido conseguir del mismo señor Gran duque, ni por cartas ni por embajadas, que viniera a nosotros... para ultimarlo todo de la mejor manera hemos ido nosotros mismos a él.» El autor de las notas de *Scr. Rer. Pruss.*, que tan bien informado se muestra en otras cosas, dice que la entrevista la promovió el maestre. No hay documento ninguno que pruebe que Witold fuese el promovedor. (Véase Caro, tomo III, pág. 623, a quien tampoco parece probable.)

(3) Véase *Historia de Rusia*.

tado un soberano dotado de energía. En la complicación de intereses lituanos y polacos se había estrellado una voluntad fuerte, pareciendo como que aquella potente cancillería enervara a todo aquel que tenía la suerte de ponerse como rey a la cabeza del Estado.

Para describir el carácter de Witold faltan trabajos preliminares, para los cuales hay en la actualidad materiales más abundantes que hace tres años, pero todavía no bastante completos. Casi no sabemos nada de lo que hizo como administrador de Lituania y del Sudoeste de Rusia, a pesar de que mucho debió de hacer en el desempeño de este cargo. La vida municipal de Lituania le debe, si no su existencia, por lo menos su desarrollo; y durante su administración adquirieron allí también sólida base la civilización y el cristianismo. A él se debe asimismo que produjera, aunque lentamente, sus frutos la conversión del pueblo, superficialmente llevada a cabo por Jagellón, y que el paganismo fuera desapareciendo gradualmente, sin que la paz del país se viera perturbada por la exasperación de los adoradores de los antiguos dioses.

Este hecho merece llamar tanto más la atención cuanto que no hay otro ejemplo de implantación del cristianismo sin derramamiento de sangre. Una feliz casualidad nos ha conservado las narraciones de un sacerdote católico, cuyo excesivo celo religioso fué refrenado por Witold (1).

Este sacerdote, llamado Jerónimo, misionero en Lituania, se había dedicado a la tarea de cortar los árboles sagrados a los cuales estaban unidas las creencias paganas, y la desempeñaba con tanto ardor y habilidad que acabó por indignar en alto grado a la población: hombres y mujeres acudieron en grandes masas a Witold para formular sus quejas, diciendo que el sacerdote cortaba todos los árboles sagrados y que no sabían dónde orar a los dioses, a quienes aquel hombre arrebataba su mansión. Añadieron que no solamente quería acabar de cortar los bosques de los dioses, sino también cambiar las costumbres de la patria con la creación de nuevos santuarios, y terminaban manifestando que si el Gran duque no ponía remedio a estos males, tomarían sus báculos de viaje y abandonarían su patria. Witold, contra las ideas de aquellos tiempos, prestó oídos a los que se quejaban e hizo salir a Jerónimo del país. Eneas Silvio, después papa Pío II, que nos ha conservado esta narración, dice: «Prefirió que se perdieran aquellas personas para Jesucristo a que se perdieran para él.» Los lituanos de aquella época, entre los cuales ejercía Jerónimo su misión, no eran completamente paganos, sino gente que se encontraba en aquel estado de dobles creencias que marcó en todas partes la transición del paganismo al cristianismo, y es un hecho que honra a Witold el haber comprendido la significación íntima de esta verdad.

La situación religiosa de este hombre era enteramente extraordinaria. No estaba como un niño de los siglos XIV y XV, y menos como convertido fanático, bajo el encanto de unas creencias perfecta y estrictamente deslindadas. Ya hemos visto cómo procuró mediar entre la Iglesia griega y la occidental y cuán poco le espantó la herejía de los husitas. Dentro de su territorio podían profesar y practicar su religión respectiva los armenios, judíos y tártaros, y si bien él, lo propio que Jagellón, vivió y murió como buen católico, el clero, a pesar de su ilustración superior, no pudo conseguir en su corte, ni mucho menos, la influencia que ejercía en el ánimo de su primo el rey de Polonia.

Se explica este hecho, a nuestro modo de ver, por la circunstancia de haberse educado al lado y bajo la dirección de Kestuit, su noble padre. El trato con los caballeros de la orden teutónica pudo influir también en esto, y por último influyó igualmente el poderoso contingente greco-ruso del Estado lituánico. Por lo demás, Witold poseía una inteligencia clara, que sabía distinguir lo esencial de lo accidental, lo asequible de lo quimérico.

Eneas Silvio pinta al Gran duque como hombre cruel, severo y rudo, y en efecto, hasta su muerte le acompañó cierto grado de barbarie propia de la antigua Lituania; pero las fuentes a que hemos acudido no revelan en él verdadera crueldad. Era valiente y liberal, pero cuando le parecía necesario no vacilaba en romper su palabra y en apelar a la traición: siempre obraba sin consultar más que su voluntad y él fué quien dirigió constantemente la política de su reino; hablaba, además del lituano y del ruso, el alemán, probablemente el

(1) Eneas Silvio: *De Lituania*, en los *Scr. Rer. Pruss.*, núm. 239.

polaco y quizás también el latín. El idioma oficial de su cancillería en todos los asuntos interiores era, y continuó siendo durante mucho tiempo en Lituania, el ruso.

Los señores polacos que a su lado estuvieron en los últimos tiempos refieren que poco antes de morir devolvió su gran ducado al rey de Polonia, su señor, de quien lo había recibido, e indicó a sus

Sello real de Witold, Gran duque de Lituania.—En el centro de un círculo formado por ondas adornadas con flores de lis está sentado el Gran duque en un trono en forma de banco con una almohada, armado según parece, cubierto con un largo manto de pliegues y con el gorro ducal en la cabeza. En la mano derecha ostenta el cetro y en la izquierda un escudo con el jinete (por toda la Lituania). Debajo de éste hay otro escudo con un caballero armado y de pie, el que sostiene con la derecha una lanza y con la izquierda un escudo (¿por Traken?). A la derecha, junto al duque, se ve un escudo con la cruz (¿por Wolhynia?), y debajo otro escudo con un oso en actitud de caminar (por Kieff). El fondo del sello está adornado con pequeñas cruces y anillos. La inscripción, que tenía y se conserva, dice: † * SIGILLUM * ALLEXANDRI * ALIAS * WITOLDI * DEI * GRA * DUCIS... LITHWANIE... ALLIE * ET· CETERA * (Según Vossberg.)

De su esposa Juliana no tuvo sucesión, ni sabemos de él que tuviera hijos naturales: Witold, muy al contrario de lo que sucedía con Jagellón, parece haberse mantenido lejos de todo abuso en este sentido. El no dejar heredero de su reino y de sus planes le tuvo muy disgustado.

vasallos y señores que consideraran y respetaran al monarca como señor heredero suyo, recomendando además a éste a su esposa y sus tesoros (1).

(1) Volumen del Archivo provincial de Konigsberg, A. 229, en *Scr. Rer. Pruss.*, tomo III, página 439.

Puede afirmarse que en este punto la realidad correspondió al deseo.

La muerte del Gran duque fué, sin embargo, la señal de sangrientas luchas entre Lituania y Polonia, luchas en las cuales la victoria estuvo de parte de esta última, quedando desvanecidos para siempre los proyectos de Witold. Una narración semioficial de la cancillería de la orden teutónica describe estos sucesos del siguiente modo (1): los polacos que presenciaron la muerte del Gran duque se prepararon a marchar a Podolia, y una vez allí se apoderaron del castillo de Kamenez y de otros, que fortificaron y guarnecieron con numerosas tropas. Los magnates lituanos, sin embargo, apenas murió el Gran duque se reunieron con los señores de Reuss y todos juntos eligieron Gran duque, con anuencia y consejo del rey de Polonia, que se había quedado en Lituania, a Boleslao Switrigail, hermano legítimo del monarca polaco.

Entonces exigió el Gran duque al rey su hermano la restitución del castillo de Kamenez y de los demás que continuaban en poder de los polacos. El rey prometió llevar las cosas de tal manera que todos los castillos le fuesen devueltos y entonces el Gran duque hizo acompañar al rey a Polonia, después de haberle colmado de honores y presentes. Para la devolución de los castillos de Podolia celebraron una asamblea amistosa el día de la Asunción de la Virgen (15 de agosto de 1431).

Mientras el rey de Polonia permaneció en Lituania, después de la muerte del Gran duque, los prelados del reino polaco y los señores del país enviaron emisarios al Gran maestre quejándose de que el Gran duque de Lituania tuviera prisionero a su monarca y solicitando ayuda contra los reussenses y lituanos para libertar al rey, que en realidad no estaba detenido ni preso.

El Gran maestre contestó que tenía noticia de que el rey de Polonia se había despedido amistosamente del Gran duque, el cual le había colmado de regalos, y de que había sido acompañado a su país, a lo cual contestaron los polacos que, lejos de ser esto así, debía su rey de estar preso, lo cual no era verdad.

Cuando el rey hubo regresado a Polonia, sus consejeros se negaron a cumplir las promesas que había hecho al Gran duque respecto de la devolución de castillos y manifestaron que el rey no tenía atribuciones para haberlas hecho sin su consentimiento. Añadieron que no debía haber consentido en la elección del Gran duque, pues el país de Lituania dependía de Polonia. Por esto los polacos no quisieron reconocer a Swidrigiello como Gran duque, sino que pretendieron apoderarse de aquel territorio.

Los señores lituanos y reussenses no querían reconocer al rey de Polonia como soberano, sino que deseaban mantener la elección de Gran duque y exigían la restitución de Kamenez y de las otras tres plazas que los polacos detentaban en Podolia y se negaban a entregar.

Para resolver este conflicto entre los dos países celebráronse «muchas dietas,» pero no pudo llegarse a un acuerdo. Convocóse, por fin, una dieta tres semanas después de la fiesta *Petri et Pauli apostolorum* (20 de agosto de 1431), para decidir en definitiva el asunto, en cuya ocasión los polacos se portaron muy mal. En efecto, antes de que aquélla se celebrara, «tuvieron con los herejes bohemos una gran reunión, en la mitad de la Cuaresma (8 de marzo), en Cracovia, a la cual asistieron los más ilustres prelados, señores, mesnaderos, vaivodas y capitanes de todo el reino, y retuvieron allí, durante mucho tiempo, a los herejes. Se dijo que los polacos se habían unido con los herejes... y todos los países cristianos se sintieron por ello contristados... los señores lituanos pedían también amistad... para que los polacos no les obligaran a aceptarlos como señores.»

Switrigail se dirigió a la orden y en 9 de junio de 1431 firmó el Gran maestre con él, en nombre suyo y en el del ausente maestre de la orden de Livonia, una alianza ofensiva y defensiva «en honor, y por deseo y consejo del rey de Romanos (2).» La situación era en extremo tirante. Switrigail se veía empujado por la conducta de la aristocracia polaca, dirigida por Olesnicki, hacia la senda seguida por su enemigo mortal, el difunto Gran duque, volviendo a pensar en la corona real lituana y habiendo sido escuchado en este asunto por Segismundo con el mismo favor que a su antecesor había dispensado. Switrigail, sin embargo, no tenía la constancia ni la actividad de Witold. Para juzgar del

(1) Volumen A, 229.

(2) Véase la introducción de Hildebrand al *Archivo de Livonia, Estlandia y Curlandia*, Riga, 1884.

modo debido sus intenciones, es preciso echar una ojeada sobre la población rusa de Lituania, que era la que principalmente le apoyaba (1).

Witold supo sujetar con gran habilidad y prudencia al elemento ruso de su reino. Desde la muerte de Stirgail, acaecida a fines de 1396, no permitió que ningún príncipe ruso lituano se pusiera al frente del principado parcial de Kieff, haciéndolo administrar por medio de gobernadores. El primero que ejerció este cargo fué su confidente Juan Algimuntowitz, cuyo celo hizo perder a Kieff su importancia como centro de intereses rusos especiales, pasando la preponderancia a Sewersk y Wolhynia y en definitiva a los territorios patrimoniales de Switrigail, que eran Witebsk y Polock. Por muy contrario a Witold que se mostrara Switrigail cuando fué elegido Gran duque por los magnates lituanos, con la aprobación de Jagellón—en oposición, sin embargo, de las estipulaciones de Hrodlo, y éste era el fundamento jurídico en que apoyaba su resistencia la aristocracia polaca,—lo cierto es que después se hizo cargo sin dificultad de su herencia y, naturalmente, era de esperar que la parte rusa del reino, incondicionalmente adicta a él, había de robustecer extraordinariamente su situación. Tales fueron las consideraciones que indujeron a la orden teutónica a contraer con él la alianza que no había querido firmar con Witold. Pero destruyeron este cálculo de probabilidades los obstáculos derivados del carácter de Switrigail y de la infinita superioridad diplomática de la aristocracia polaca.

La guerra abierta comenzó en julio de 1431. En el Norte los caballeros de la orden invadieron a Dobrín y Cuyavia, mientras que los polacos y lituanos luchaban desesperadamente delante de Luck. Un armisticio de dos años firmado en 1.° de septiembre de 1431 entre Switrigail y sus aliados por una parte y los polacos por otra sirvió a los diplomáticos de Polonia para cambiar de un solo golpe la situación del Gran duque. No habiendo conseguido separarle de la orden, una embajada presidida por Lorenzo Zaremba, que se envió con pretexto de firmar un tratado con Switrigail, se entendió secretamente con los boyardos lituanos católicos. Si se tiene en cuenta que todas las ventajas de una alianza con Polonia eran para estos nobles lituanos, no causará extrañeza que Zaremba viera pronto logrado su intento y les indujera a rebelarse.

Al frente de los conjurados se encontraban los príncipes Semén Ivanowitz de Olschany y el hijo de Kestuit, Segismundo de Starodub, a quien los polacos habían elegido Gran duque de Lituania. En 31 de agosto de 1432, Switrigail, que, ajeno a todo cuidado, se encontraba en su palacio de Oszmiany, al Sudoeste de Wilna, fué sorprendido y con grandes trabajos pudo huir a Polock. Su esposa, su servidumbre y muy pronto las más importantes ciudades, como Grodno, Troki y Wilna, cayeron en poder del nuevo Gran duque.

El triunfo conseguido por los polacos fué de incalculable trascendencia, y lo que había perdido Lituania y ganado Polonia debía comprenderlo el menos perspicaz cuando Segismundo firmó, en 15 de octubre de 1432, con la embajada polaca, presidida por Zbignieff Olesnicki, un tratado por el cual recibió de manos de Jagellón, a quien se nombraba en el mismo documento príncipe soberano de Lituania, el gran ducado lituano por toda su vida, aunque no con carácter hereditario.

A cambio de este precio que sólo podía satisfacer la ambición de mando del momento, Segismundo de Starodub no sólo se obligaba a prestar siempre su ayuda a la corona de Polonia, sino que además renunciaba a toda pretensión sobre la Podolia y consentía en una desmembración de Wolhynia, que le daba, sólo durante su vida, a Luck y Wladimir, pero que, desde luego, entregaba a Polonia las más importantes plazas y, para después de su muerte, toda la Lituania con los territorios anejos, inclusos los que se conquistaran. Parece burla que el Gran duque se reservara su patrimonio de Troki para sus hijos en calidad de feudo.

Ya no se habló más de la igualdad de derechos entre Polonia y Lituania que tan solemnemente se había estipulado en Hrodlo. La independencia del gran ducado, que desde los tiempos de Gedimín se había fundado con tan extraordinaria energía y que tan audaz y sabiamente habían mantenido y ampliado sus sucesores, desapareció por completo en principio, siendo por lo tanto muy natural que Switrigail pretendiera ser

(1) Véase Antonowitz: *Monografía para la historia de la Rusia occidental y meridional*, I, Kieff, 1885. *Kieff, su suerte y su importancia desde el siglo* XIV *al* XVI (1362-1569) (en ruso).

el defensor de la independencia lituana.

No podemos describir detalladamente las luchas que a estos sucesos siguieron, pero es un hecho característico que las tropas husitas lucharan en pro de los intereses de Polonia contra la orden teutónica de Prusia. El Gran maestre no mostró, en esta guerra, ni energía ni decisión. Los livonios fueron los que mejor defendieron a Lituania, viéndose acaudillados en su empresa por su maestre, primero por Cysse de Rutenberg y luego por Franke Kersdorf. La batalla de Swienta (1.° de septiembre de 1435) decidió la lucha: el maestre de la orden y siete de sus comendadores sucumbieron en el combate y Switrigail pudo escapar a Witebsk, hasta donde le persiguieron las huestes enemigas. Smolensko cayó en poder de éstas, y Witebsk y Polock hubieron también de abrirles sus puertas. Switrigail huyó entonces hacia Kieff, que con la Wolhynia oriental se mantuvo fiel, y se defendió en Luck hasta que el convenio de paz firmado con Segismundo puso fin a la lucha (1). Ya anteriormente la orden había procurado y conseguido la paz con Polonia, habiéndose firmado en 31 de diciembre de 1435 en Brzesc un tratado en virtud del cual la orden renunciaba a toda ulterior alianza con Switrigail y se obligaba a reconocer en lo sucesivo como Gran duque de Lituania a aquel que consiguiera la confirmación del rey de Polonia.

Esto venía a ser el reconocimiento del tratado firmado con Segismundo.

Al quedar resueltos todos estos asuntos había fallecido ya el anciano Jagellón.

Pocos meses antes de la muerte de Witold, hizo Jagellón con la nobleza el convenio relativo a la sucesión de sus hijos que había fracasado en 1425. Los planes de coronación de Witold le habían obligado a ceder, en marzo de 1430, pero en la convención general celebrada en Sieradz, en la Pascua de 1432, se reconoció expresamente el derecho de sus hijos al trono de Polonia, reservándose únicamente la dieta el decidir cuál de los dos príncipes recibiría la corona. Como testimonio de gratitud, indudablemente de antemano convenido, publicó el rey la Constitución de Yedlno o Cracovia, de 9 de enero de 1433, cuyo contenido copiamos, pues ella fué, durante largo tiempo, la que reguló la situación de la nobleza polaca (2).

En las palabras que servían de introducción se encomiaba el servicio prestado al reino por los habitantes de Polonia (refiriéndose a la nobleza y al clero) en los casos de guerra y en el reconocimiento del derecho de sucesión en favor de los hijos del rey; después de esto se decía expresamente que después de la muerte del Gran duque Segismundo Kestuitowitz la Lituania y el Reuss pasarían a poder del rey con el carácter de territorios hereditarios. Luego se enumeraban los privilegios otorgados por el monarca.

1.° La confirmación de todos los derechos y privilegios hasta entonces conquistados, reconociéndose a las iglesias y a los conventos todos los derechos de que habían gozado durante los reinados de los dos últimos reyes polacos, y a los dignatarios laicos todos aquellos que de antiguo tiempo habían adquirido.

2.° Las dignidades y los empleos sólo debían concederse a los nobles del país, de tal manera que se confirieran en Cracovia a cracovianos, en Sandomir a sandomirios y así sucesivamente en todas las comarcas.

3.° El rey renunciaba al derecho de conceder la expectativa de tales dignidades y prometía conservarlas incólumes en todos conceptos.

4.° El rey prometía no confiar, en lo sucesivo, ni por largo ni por corto tiempo el gobierno de una fortaleza, de un castillo o de una ciudad a un extranjero, ni a un duque ni a un individuo de sangre ducal.

5.° El rey se obligaba a rescatar a los nobles que cayeran prisioneros durante una guerra sostenida fuera de las fronteras del país.

6.° En cambio los nobles estaban obligados a defender estas fronteras contra cualquier ataque.

7.° Si algún enemigo penetrara en el país, el rey debía rescatar a los nobles que fuesen hechos prisioneros; pero si el enemigo era combatido fuera de las fronteras, el monarca pagaría además del rescate una indemnización.

8.° Los prisioneros que hicieran los nobles y otros vasallos del rey debían ser entregados al monarca, si eran de

(1) Switrigail dió por perdida su causa en el otoño de 1437. Véase *Codex epistolaris sac.*, XV, I, núm. 91-93.

(2) Véase *Volumina legum*, I, 40. Estos *statuta de libertatibus regnicolarum tam spiritualium quam saecularium* fueron concedidos en Yedlno, y redactados y fechados por el rey en Cracovia.

Controversia de los husitas.—Cuadro del siglo XV existente en la capilla de los Jagellones en la catedral de Cracovia: 175 centímetros de largo por 107 de ancho. Esta capilla fué fundada por Casimiro, hijo del primer Jagellón, y por su esposa Isabel de Austria; en 12 de octubre de 1471 quedó terminada. El estilo y los adornos son los que caracterizaban al arte en Polonia durante el siglo XV, a cuya época pertenecen los trajes de las figuras y los objetos que vemos reproducidos en los cuadros. El asunto bíblico «Jesús entre los doctores» está aprovechado para reproducir una controversia teológica (1431) entre los doctores católicos de Cracovia y los husitas en la corte del rey Wladislao Jagellón. Las figuras de primer término son la del rey (izquierda) y un teólogo husita (derecha).

estirpe aristocrática, mediante cierta suma, pero si eran de la clase media o plebeyos, el vencedor podría hacer de ellos lo que creyera más conveniente.

9.° En el caso de sostenerse una lucha fuera del país, el rey pagaría, antes de que el ejército se pusiera en marcha, cinco marcos por cada lanza.

10.° Si a los diez años de verificado este pago la campaña no se realizaba, cada uno conservaría lo que hubiera recibido.

11.° Antes de transcurrir este plazo subsistía siempre, sin necesidad de nuevo pago, la obligación de prestar el servicio militar.

12.° Ni el rey ni el príncipe elegido como sucesor suyo podrían acuñar moneda sin el consentimiento expreso de los prelados y barones.

13.° El rey eximía a los kmetones de sus territorios de todo impuesto, excepción hecha de dos groschen polacos por cada hufe de terreno, sin consideración al número de kmetones que en cada hufe vivieran.

14.° y 15.° Contenían disposiciones detalladas sobre las limitaciones y sobre la manera de recaudar estos impuestos.

16.° Los habitantes de las ciudades que poseían tierras fuera de éstas y en las aldeas, debían pagar el impuesto del arado.

17.° Los estatutos del rey Casimiro debían ser rigurosamente observados.

18.° El rey se comprometía a no hacer «estación» en las posesiones de sus súbditos, y en caso de que le fuese necesario hacerla, se obligaba a pagar a los bienes, ciudades, castillos y palacios del clero y de la nobleza los gastos que ocasionara.

19.° Decía textualmente: «Además nos obligamos a no prender ni dejar prender a ningún polaco propietario por ningún exceso ni deuda, y a no imponerle ningún castigo, sino únicamente a citarle del modo debido ante los tribunales y hacerle comparecer personalmente por nuestros capitanes o por los jueces del país en que resida.» Quedaban exceptuados de esta disposición los ladrones cogidos infraganti y los criminales que atentaran a la seguridad general (incendiarios, asesinos, raptores de mujeres y de doncellas, saqueadores de aldeas y bandidos), es decir, aquellos que no querían o no podían prestar la caución debida.

20.° Nadie podrá ser despojado de sus bienes por el rey, a no ser que haya sido condenado a ello por sentencia judicial o de los barones. Al que desee que se le deslinden sus posesiones de las posesiones reales, se le deslindarán.

21.° El rey promete implantar en todas las partes de su reino, Reuss inclusive, una misma ley y un mismo derecho, y lo ha de hacer solemnemente.

22.° Todos los privilegios desusados o derogados serán restablecidos.

23.° En todas las cuestiones litigiosas que sean resueltas amistosamente, el rey condona la multa.

24.° Se compromete a no confiar a nadie la percepción de las multas que hayan de pagar los nobles.

25.° Los habitantes de Dobrín y Cuyavia estarán dentro de diez años exentos de los impuestos de puerto a que hasta ahora vienen obligados.

26.° Los notarios provinciales asistirán personalmente al tribunal, y si envían substitutos, éstos no podrán actuar sin ser confirmados por los barones y jueces.

Después de esto vienen las firmas: primero la del arzobispo Alberto de Gnesen, segundo la de Zbignieff Olesnicki, a quien debían principalmente los magnates polacos el logro de sus deseos, y por último las de los demás magnates de Polonia. Esta fué la última vez en que el Consejo real intervenía en esta limitación de los derechos reales, pues a aquel gran privilegio iba unida una concesión no menos importante. También databa de 9 de enero de 1433 el documento por el cual la Rusia Roja y la Podolia eran definitivamente cedidas a la corona de Polonia, presentándose desde aquella fecha los vaivodas y castellanos de estos países como partícipes de los derechos y libertades de la aristocracia polaca, para la cual quedaba abierto el país que había sido desde los tiempos de Boleslao el Atrevido uno de los principales objetos de su codicia.

Poco después, en diciembre del año 1433, tan importante para Polonia, convirtióse la Moldavia en feudo polaco, y ya se había fijado el lugar y la época en que el vaivoda Esteban debía prestar el juramento de fidelidad, cuando en 31 de mayo de 1434 falleció el rey Wladislao Jagellón, a los 86 años de edad, en Grodek, en el castillo de Mediki, a consecuencia de un resfriado. Su cadáver fué conducido a Cracovia y enterrado con gran solemnidad, el día 18 de junio, en presencia de los nobles y dignatarios del imperio y de una gran masa del pueblo.

Adoración de los Reyes.—Cuadro del siglo XV existente en la capilla de los Jagellones en la catedral de Cracovia: 175 centímetros de largo por 107 de ancho. El rey Wladislao Jagellón lleva un largo manto de pieles y ciñe la corona. En primer término sus dos antecesores más próximos: Casimiro el Grande, de rodillas, y Luis de Anjou, rey de Hungría y de Polonia (1370-1382).

Con esto llegamos al reinado (que duró 48 años) del hombre cuya época fué decisiva para el desenvolvimiento de Polonia y Lituania, a pesar de lo cual nos veríamos apurados si hubiésemos de exponer lo que hizo personalmente para motivar esta evolución. La importancia histórica corresponde más que a él al tiempo en que vivió y a las circunstancias que le trazaron el camino que debía seguir, cosa que no hizo con voluntad decidida.

Si prescindimos de los desenfrenados días de su gobierno pagano en Lituania, días en los cuales mostró iniciativa, energía y decisión en la realización de sus planes, apenas queda otra cosa más que su conversión al cristianismo y la adquisición de la corona polaca, que está con ella enlazada. Y aun respecto de este particular debe hacerse notar que fué el pagano el que pensó que lo decisivo era la corona y no el cristianismo, al cual estaba muy lejos de considerar en su idea católica. Hízose cristiano, porque cristiano había de ser el rey de Polonia, y aun cuando por consideración a la memoria de su madre, la griega Juliana, se mantuvo fiel hasta sus últimos días a ciertas prácticas de la Iglesia oriental, fué un buen cristiano católico-romano. La influencia que sobre él ejerció la Iglesia católica fué extraordinaria: dominóle por completo y le privó de aquella independencia de criterio que había mostrado en otro tiempo y que es la condición previa de una política independiente, que no conoce otros límites sino los que le impone alguna fuerza superior.

No dirá nada aventurado el que sostenga que desde el momento en que trocó su nombre pagano por el cristiano y en que un sacerdote católico le ciñó la diadema de Polonia perdió por completo su voluntad, dejando de tener, desde entonces, criterio propio para distinguir lo justo de lo injusto, lo útil de lo perjudicial. A esto contribuyeron además dos nuevos factores, que exigían ser tenidos en consideración al juzgar todas las cuestiones, a saber: los intereses de la Iglesia católica y los del Estado polaco. Mientras Jagellón no fué más que Gran duque de Lituania, no había para él más que un punto de vista, que era su interés personal, a su modo de ver completamente identificado con el bienestar de Lituania. En el conflicto en que se encontró como rey de Polonia no supo hallar salida alguna, y cuando intentó hacer prevalecer sus deseos personales, sus simpatías y sus antipatías, vémosle, después del primer impulso, volverse atrás, por encontrarse el más débil, hasta acabar por abandonar por completo la lucha.

El gobierno pasó de sus manos a las de un consejo asamblea, en el cual la Iglesia y la oligarquía polaca habían formado una alianza para la realización de los fines comunes. Apenas conseguía algunas veces el monarca hacer prevalecer su voluntad en algunas cuestiones personales, pero en cuanto se trataba de cuestiones de principios, siempre era él quien tenía que ceder.

Es muy notable cómo este hombre fué sujetado y casi podría decirse «domado.» Apenas encontramos en él un resto de su antigua rudeza: únicamente su pasión por la caza recuerda los tiempos en que reinaba en Wilna. En cuanto a empresas guerreras, sólo le encontramos en primer término en una, en Tannenberg, y aun allí su manera de portarse no recuerda la de su padre, tan aficionado a las batallas. Observaba escrupulosamente las prácticas de la Iglesia: liberal hasta la disipación; débil para con todos los que le pedían; accesible a la influencia de los que más cerca de él estaban; atraído con harta frecuencia a las inclinaciones de sus esposas; bondadoso y hablador, pues la edad iba imprimiendo cada vez más en él su sello; sobrio en la mesa y sencillo en el vestir, no producía en manera alguna la impresión de un rey. Mostró, especialmente en los últimos años de su vida, todas las cualidades de un individuo bondadoso y débil que no sabe resistir a una persona de carácter resuelto. Esta impresión toma mayor fuerza si contemplamos su figura: un contemporáneo la describe tal como la vió ocho años antes de su muerte (4). Era un hombre de baja estatura, de corazón bondadoso, casi completamente calvo, de ojos (negros) que reflejaban paz y bondad, de voz y lenguaje más sonoros que la trompa, pero siempre amaba la paz y la tranquilidad.» Su retrato, esculpido en mármol en una capilla de la catedral de Cracovia, confirma los rasgos más salientes de esta descripción.

Jagellón se casó cuatro veces: su primera esposa, Eduvigis, le dió una hija que murió a poco de haber nacido; de la segunda, Ana, tuvo también una hija, Eduvigis, que falleció a los veintitrés años sin haberse casado; su cuarta espo-

(1) *Annales Polonorum (Dopelnienie Szamotulskie)*, en Bielowski, tomo II, pág. 862.

sa dió a luz tres hijos, de los cuales sobrevivieron el primero, Wladislao (nacido en 31 de octubre de 1424), y el más joven, Casimiro (nacido en 28 de noviembre de 1427). El monarca, en su testamento, nombróles por tutor al obispo de Cracovia, Zbignieff Olesnicki, bajo cuya tutela él mismo había estado durante tanto tiempo.

CAPITULO XIX

ZBIGNIEFF OLESNICKI

Este hombre notable, que por espacio de diez años rigió los destinos de Polonia, tuvo que sostener grandes luchas interiores y exteriores para conservar su situación. El rey Jagellón había procurado por todos los medios conseguir el reconocimiento del derecho hereditario en favor de sus hijos; pero un partido poderoso de la aristocracia no quería tener por rey a Wladislao, porque, contando apenas diez años, su subida al trono significaba la continuación de la dominación de aquellos hombres de Estado cuyo jefe era Zbignieff Olesnicki y la opresión de los elementos que en la ayuda dada a los husitas, cada día más en auge, y en la unión íntima con Bohemia veían la salvación de Polonia.

Al frente de estos adversarios del obispo de Cracovia y de su política se encontraban Spytek de Melsztyn, Derslaw de Rytwián, Abraham Zbaski y Yan Strasz. Olesnicki, al recibir la noticia de la muerte de Jagellón, se encontraba en la Gran Polonia, dispuesto a marchar a Basilea para intervenir en el concilio como jefe de una embajada; pero sin vacilar confió esta misión al obispo Estanislao Ciolek, para dedicarse a la tarea más importante de obtener el reconocimiento de Wladislao. En una asamblea que se reunió en Posen consiguió su objeto, y ni siquiera en Cracovia, donde su conducta arbitraria había producido gran descontento, encontró gran resistencia a sus designios, de suerte que su triunfo parecía asegurado.

Sin embargo, el partido contrario no dió por perdidas sus posiciones, y para imponer su candidato a la regencia, que era el duque Ziemowit de Masovia, reunióse a mediados de julio en Opatow (al Noroeste de Sandomiriez): allí acudió Zbignieff, a pesar de no estar previamente invitado, y supo hacer fracasar, lo propio en aquella asamblea que en la definitiva de Cracovia, los planes de sus adversarios. De suerte que en 25 de julio el joven Wladislao fué coronado por el arzobispo Adalberto de Gnesen, y para matar por completo la candidatura de Ziemowit como regente del reino, Zbignieff renunció espontáneamente al cargo de regente del reino que le confiaba la disposición testamentaria del difunto monarca. Entonces se convino en confiar el gobierno de cada provincia a un tutor para cada una, a excepción de Cracovia que tendría dos.

La renuncia voluntaria del obispo no fué más que una mera apariencia, pues muy pronto Olesnicki dominó a los tutores de un modo más completo que en otro tiempo había dominado al rey. Sus partidarios, los Teczynski, Watrobka y Osolinski, desempeñaban los principales cargos.

Por lo demás, no desapareció con esto el peligro que venía a constituir el partido nacional-husita de los adversarios del obispo. Ya hemos visto cómo éste supo dominar a Switrigail y a la orden: la muerte del rey Segismundo, del hombre que durante su vida había intervenido tan directamente en los asuntos de Polonia, acaecida en 9 de diciembre de 1437, suscitó nuevas complicaciones que podían ser de gran trascendencia para la situación exterior y para la vida interior de Polonia.

El rey Segismundo, con el reconocimiento de los compactados de Praga, había conseguido en los últimos años de su vida la posesión real y efectiva de la corona bohema, después de lo cual había hecho cuanto le había sido posible para que le sucediera en ella su heredero en Hungría, el austriaco Alberto; pero no le había sido dado conseguir ninguna promesa que tuviera verdadera fuerza.

La elección de Alberto sólo fué segura por los esfuerzos del príncipe elector de Brandeburgo, quedando demostrada la solidez de la posición del Habsburgo por el hecho de haber conseguido el reconocimiento de la misma Bohemia. Pero el odio contra los alemanes, que cada día parecía más encarnizado en la guerra de los husitas, rechazaba esta elección. Ya en marzo de 1438 una embajada bohema ofreció la corona primero al rey Wladislao y luego a su hermano Casimiro, y este último, o, por mejor decir, el partido husita de la aristocracia polaca, aceptó aquella corona a pesar de la oposición de Olesnicki.

Esto ocasionó en Bohemia una doble elección, pues mientras los utraquistas

proclamaban a Casimiro Jagellón, los husitas moderados y los católicos bohemos se decidían en Iglán por Alberto. Fué, pues, inevitable la guerra; no creemos necesario describirla ni tratar de las embajadas y negociaciones que dieron por resultado la paz, en virtud de la cual quedó asegurada al austriaco la corona bohema. Casimiro tuvo que huir, y estos sucesos fueron de gran trascendencia para Polonia.

Para vencer a los husitas polacos, que se habían envalentonado con los planes bohemos de los Jagellones, reunióse en 25 de abril de 1438 en Korczyn una confederación que se obligó a mantener incólume la constitución del país «y levantarse contra los que profesaran o favoreciesen las doctrinas heréticas, para destruirlos (1).»

Según parece, esta confederación se dirigía especialmente contra Spytko de Melsztyn, quien, enfurecido por el fracaso de Casimiro y el consiguiente aumento de la influencia de Olesnicki, a quien tanto odiaba, se reunió, en mayo de 1439, en Nueva Korczyn, con sus partidarios en confederación y procuró apoderarse por sorpresa de la persona de su adversario para tomar de él venganza. El golpe fracasó: Spytek fué perseguido por las tropas del rey y muerto en Nida con todo su séquito después de un sangriento combate. Su cadáver permaneció tres días insepulto en el sitio en que había encontrado la muerte.

En cuanto a los husitas que aún quedaban en Polonia, decretáronse contra ellos persecuciones que acabaron muy pronto con todo su partido. El país «fué purificado de los excrementos heréticos.» Zbignieff Olesnicki había quedado victorioso: Polonia, que era lo que absorbía toda su atención, debía fundarse, a su parecer, no sobre la base de la comunidad de todas las nacionalidades eslavas afines, sino sobre la fuerza de la Iglesia católica (2).

La idea eslava, ya se expresara en la alianza con Bohemia, ya en la unión con el elemento lituano-ruso, alejaba a Polonia de la Iglesia católica y la aproximaba a la Iglesia oriental, o a otra forma intermedia no menos odiada. Esto no podía ser, y aun cuando Olesnicki no había podido impedir la aventura bohema de Casimiro, antes y después de ésta se mantuvo en íntimas relaciones con el Occidente católico. Conocido es el brillante papel que desempeñó Polonia en el concilio de Constanza: en el de Basilea no fué tan afortunado, pero también en él fueron de gran trascendencia el influjo de Polonia y la consideración de su política.

Olesnicki, que por la muerte del anciano rey, acaecida en 1434, se había visto imposibilitado de representar personalmente en el concilio la causa polaca, tuvo un elocuente substituto en el obispo de Posen, Estanislao Ciolek; pero, a pesar de todo, fué Olesnicki quien tuvo la dirección del asunto. Aun prescindiendo de la cuestión puramente política, produjo excelentes frutos el contacto cada vez más íntimo con los corifeos eclesiásticos de Occidente, contacto que no se había interrumpido desde la fundación de la universidad de Cracovia y que llegó en aquellos días a su apogeo.

Los prelados que regresaban de Occidente eran apóstoles de ilustración, y gracias en buena parte a su influjo comenzaron a ganar terreno la tendencia escolástica del humanismo y el estudio de la antigüedad. Hombres como Pablo Wladimir, representante de Polonia en el concilio de Constanza y rector de la universidad de Cracovia, como Juan Elgoth, doctor en decretales y representante especial de Zbignieff en el concilio de Basilea, como Juan de Kanty, doctor en teología y profesor de la universidad de Cracovia, como el *Dr. Decr.* Nicolás de Blonie, famoso orador sagrado, como Sedziwoj de Czechel, Gregorio de Sanok y otros muchos sacerdotes de segunda fila, pero de gran valer, hacían de la ilustración científica una necesidad para los que querían obtener y conservar una elevada posición política, eclesiástica o social. Zbignieff pertenecía al número de los hombres más ilustrados de su tiempo, hasta el punto de que un crítico tan poco indulgente como Eneas Silvio alabó la finura y elegancia de su estilo latino y de su talento. Como él pensaba y obraba el círculo de sus confidentes y amigos, entre los cuales sobresalía Juan Dlugosz, el gran historiador y estadista polaco del siglo XV.

El hecho de ser sacerdotes casi todos estos hombres demuestra hasta qué punto las clases elevadas de la sociedad polaca estaban en aquel tiempo dominadas por las ideas religiosas. Esto no obstan-

(1) *Vol. leg.*, tomo I, pág. 64: *cujuscumque status, gradus conditionis, et praeeminentiae.* Esto último es una prueba indudable de que el catolicismo de Casimiro fué en ciertos círculos considerado como perjudicado con la empresa bohema.

(2) Véase Bobrzynski, párrafos 58 y 59.

te, no era la tendencia romana la que tenía más predominio. Ya en otro lugar (1) hemos hablado del curso de los debates en los concilios de Basilea, Ferrara y Florencia, en los cuales Polonia adoptó una actitud independiente: primero reconoció a Eugenio IV, luego a Félix V, el papa del concilio, y un escrito redactado en este sentido por la universidad de Cracóvia y en el cual se sentaba la superioridad del concilio sobre el papa llamó poderosamente la atención en Basilea (2).

Cuando después se vió que Eugenio IV quería sostenerse a todo trance, Olesnicki siguió otro camino, declarando que sería neutral la Polonia y administraría ella misma sus asuntos religiosos hasta que se diera por terminado el cisma. De suerte que durante mucho tiempo Polonia y especialmente Cracovia representaron la idea de la superioridad del concilio. Es digno de notarse que Zbignieff Olesnicki favoreció y apoyó entonces los planes de unión de las Iglesias griega y romana (3): en recompensa de esto recibió el capelo cardenalicio, y realmente por su influjo se llevó a cabo esta unión en el territorio lituano. No andan desacertados los que opinan que él y el clero católico sólo querían la unión como puente que había de conducir a los griegos al seno de la Iglesia católica, única dentro de la cual puede encontrarse la salvación.

Sello del obispo Zbignieff Olesnicki, de Cracovia.—Estampado en cera encarnada, con el borde de cera amarilla y cordones de seda encarnada, en un documento del año 1438. En él se ven los tres patronos del obispado de Cracovia: en el centro, San Estanislao sentado en un trono y revestido de todas las insignias episcopales; a su lado, a la derecha, San Wenceslao, con armadura y manto y el gorro ducal en la cabeza, empuñando con la mano derecha el escudo con el águila y la espada y con la izquierda una bandera con el águila; a su izquierda hay un santo con la cabeza descubierta, vestido con armadura y capa, sosteniendo con la mano izquierda un escudo y con la derecha una lanza. A los pies de estos patronos está de rodillas y orando el obispo Zbignieff con todos los ornamentos y el báculo. En primer término se ve un gran escudo con sus armas. La inscripción, puesta en una cinta arrollada en uno de sus extremos, dice: SIGILUM · SBIGNEI · DEI · ET · APOSTOLICE · SEDIS · GRACIA · EPI · CRACOVIEN SIS †. (Según Vossberg.)

Por la historia de Rusia sabemos que el desenvolvimiento de los sucesos siguió el camino diametralmente opuesto, y en el tiempo de que hablamos comenzaban ya a notarse los primeros síntomas

(1) *Historia de Rusia*, cap. VII, parte 4.ª

(2) Véase para los detalles, Caro, tomo IV, pág. 323.

(3) La relación se presenta aquí muy obscura: los principales sucesos los ha expuesto Caro, página 313.

de esta evolución. Zbigniefí tuvo que declarar, en un sínodo celebrado en 1441 en Leczic, que habían fracasado en Polonia los planes de unión (1), y en cuanto a Lituania la consecuencia más inmediata fué derogar de derecho las disposiciones de la unión de Hrodlo, que excluían a los nobles griegos de toda participación en la vida del Estado, disposiciones que en la práctica no habían sido nunca cumplidas.

Bajo otro concepto sufrió también una derrota la política de Olesnicki. En 27 de octubre falleció el emperador Alberto II, rey al propio tiempo de Bohemia y de Hungría, el cual, en la esperanza de tener un heredero póstumo, había confiado la regencia del reino a su viuda Isabel. Sin embargo, ni en Bohemia ni en Hungría estaba suficientemente arraigada la dinastía de los Habsburgos para vencer la antipatía que, como se comprenderá, inspiraba una regencia que necesariamente había de durar muchos años. En Bohemia el hijo póstumo del emperador apenas encontró más que un defensor, y el duque de Baviera reunió en su favor los votos de los electores, al paso que en Hungría, a pesar de que la reina Isabel contaba allí con un partido respetable, se acordó ofrecer la corona por medio de una embajada al rey Wladislao de Polonia.

Desde la época en que ambos Estados se habían visto unidos bajo el único cetro de Luis de Anjou, había reinado cierta cohesión no interrumpida entre la aristocracia húngara y la polaca, y a pesar del antagonismo de raza, no puede negarse que existía una semejanza en la historia del desenvolvimiento de ambos reinos. Las constituciones de los dos países revelan algo más que cierta analogía exterior, y por ambas partes se había conservado la cohesión de las familias nobles fortalecida por los matrimonios entre ellas contraídos. Los barones húngaros y los polacos se habían juntado más de una vez para deliberar en común, y en la época de la crisis política vemos en activa correspondencia (2) a los prelados y magnates *(majores)* del reino de Polonia con los señores del país húngaro. El poderío de los turcos, que cada vez se mostraba más amenazador, creó un nuevo lazo de unión.

Así como el reino de Polonia-Lituania había tenido que resistir los ataques de los tártaros, del mismo modo la Hungría tuvo que oponerse a los de los turcos (3). Desde los tiempos del sultán Amurates II, este peligro se presentaba cada día con mayores caracteres de gravedad. Ya en 1422 los turcos habían puesto sitio por vez primera a Constantinopla; y cuando en 1430 Venecia se sometió a una paz humillante, los turcos dirigieron sus ataques contra Hungría. La Transilvania había sido ya devastada por ellos, y aun cuando Juan Huniade opuso heroica resistencia, el peligro iba en aumento de año en año. Al fallecer el emperador Alberto, los patriotas húngaros decidieron buscar su salvación en la alianza con Polonia, ya que, según parece, no había podido salvarles la unión con el imperio alemán. En Hungría como en Polonia se odiaba al elemento alemán, del cual no se había sabido prescindir hasta entonces.

Estas y otras consideraciones, en las cuales no podemos entrar por falta de espacio, fueron causa de que a fines de enero del año 1440 una embajada húngara ofreciera la corona de Esteban al joven rey de Polonia y de que éste la aceptara después de algunas vacilaciones (4). Ya en 22 de abril encontramos a Wladislao en territorio húngaro. Zbignieff Olesnicki se había declarado con toda la fuerza de su voluntad favorable a esta política. Si Polonia, en unión con Hungría, lograba arrojar al otro lado del mar al enemigo común de la cristiandad, ¡qué brillante situación se le concedería a él en recompensa!

El fin que perseguía era un fin elevado y a su ejemplo se entusiasmó toda Polonia ante la idea de luchar por la cruz contra la media luna. No entra en

(1) *Codex epistolaris* XV *saeculi*, II, pág. 352: *cum autem dicta reductio non sit secuta effectum, juxta intentionem Concilii*. En la propia *Declaratio* se empleaba, pocas líneas antes, la expresión *reductio seu unio Graecorum*. Esto, por lo menos, es inteligible.

(2) Véanse las relaciones de Caro, tomo IV, pág. 206, y el *Codex epist. saec.* XV, núms. 95 y 96.

(3) *Codex epist. saec.* XV, núm. 96: los magnates húngaros escribían a los polacos: *Denique horum regnorum nostrorum vicina contiguitas vobis causam dignam animadvertendi indicit ut quemadmodum Tartarorum aliarumque vobis vicinarum barbaricarum nationum terris vestris insultantium propinquitas vobis secura non fuerit... sic in nostris finibus asueta barbaritas Turkorum et barbarorum et paganorum quod Deus avertat vestris contiguitatibus merito formidabilis debuit putari cum ardente pariete proximum esset vicinae domus rem agi.*

(4) Prescindimos de describir la situación de Polonia respecto de la viuda de Alberto, la infeliz Isabel, por no ser necesario para nuestro objeto.

nuestro propósito presentar en su cohesión histórica los sucesos que luego acaecieron: es de mucho mayor interés para nosotros ver cómo se reflejaron en el alma del joven rey de Polonia. Una carta (1) que escribió en 27 de abril de 1443 al Gran maestre Conrado de Erlichshausen nos permite hacer este estudio. Y aun cuando la carta procedió de su cancillería y nos ofrece una descripción viva de la situación política de Hungría, las ideas generales que en ella se expresan están en perfecta armonía con los puntos de vista y con los pensamientos del joven príncipe.

En ella encontramos un tono de elevación religiosa, desprovista de toda afectación, que demuestra que el príncipe se había empapado por completo en las ideas de Olesnicki. Wladislao estaba perfectamente convencido de que tenía que llenar una misión en extremo difícil, pero no fué la ambición, como pretenden sus detractores, lo que le movió a aceptar la corona del reino de Hungría, sino el deseo de consagrar su vida a Dios, a la fe católica y a la defensa del pueblo cristiano. La mano terrible de los turcos atormentaba atrozmente a la cristiandad; por esto quiso Wladislao proclamarse vengador de las injurias inferidas a los Santos Lugares, no confiando para ello en sus propias fuerzas ni en el poder terrenal, sino tan sólo en Aquel en cuyo nombre acometía su empresa. Wladislao, que era un niño de diez y seis años cuando comenzó su carrera, reinó tres años sobre Hungría y el éxito acompañó siempre a sus armas, habiendo conseguido cuatro victorias en el curso de aquel año (1443).

El sultán, considerando ya perdida su causa, evacuó los territorios de Europa y regresó al Africa por miedo o para reunir nuevas tropas. Entonces Wladislao resolvió en Hungría con sus prelados, príncipes y señores marchar, en verano, personalmente contra el enemigo. Tratábase, pues, de una empresa magna. El Papa, Venecia, Aragón, Milán, Rodas y el emperador bizantino habían ofrecido su apoyo, y la orden teutónica, por consideraciones a su situación y a la misión que desempeñaba, debía prestar su ayuda proporcionando un contingente militar, «a fin de que con su auxilio y con el de otros príncipes católicos fuese defendida la santa fe, fuesen los turcos arrojados de las fronteras de Europa, y cobrase nuevo esplendor la religión católica.»

A pesar de que la orden no respondió al llamamiento del rey, la campaña comenzada en el otoño de aquel año fué en extremo brillante. La batalla de Nisch (3 de noviembre) y el ataque de los más importantes pasos de los Balcanes constituyen el período más importante de aquella lucha, en la cual tomó parte personalmente el rey Wladislao dando muestras de gran valor. Los rigores del invierno obligaron a emprender la retirada: la impresión que el golpe recibido causó al sultán Amurates fué tal que se mostró dispuesto a firmar una paz como no la habían firmado hasta entonces los Osmanes.

El tratado de Szegedín, de 1.° de agosto de 1444, aseguró a Hungría la devolución de la Albania y Servia, de otros territorios y de 24 fortalezas, la libertad de todos los prisioneros, una contribución de guerra de 150.000 florines de oro y 25.000 guerreros para cualquier lucha que el rey Wladislao emprendiera. El rey cumplió un deber de prudencia al jurar el tratado, pero cometió una locura cuando cuatro días después se desdijo de su promesa y pronunció, por excitaciones del penitenciario pontificio, un nuevo juramento por el cual se obligó a encontrarse en 1.° de septiembre con su ejército a orillas del Danubio para reanudar la guerra suspendida. El día 10 de noviembre fuéle la suerte adversa en Varna: su ejército quedó destrozado, él mismo halló la muerte en aquella jornada y los turcos tuvieron abierta la puerta que les había cerrado el camino hasta el corazón de Europa.

Raras veces han ocurrido en tan pocas semanas cambios tan repentinos, desde las más halagüeñas esperanzas a la más profunda desesperación, desde el poderío a la impotencia; y raras veces un perjurio se ha visto más terrible y rápidamente castigado. ¡Szegedín y Varna! Sólo tres meses separan estas dos memorables jornadas. El día 1.° de agosto el sultán se presentaba aún como un humilde vasallo ante el joven rey de Polonia, y el día 10 de noviembre podía ya pisar el sangriento cadáver de éste. La culpa de esto casi no puede atribuirse a aquel joven de veintiún años que sucumbió como víctima en la batalla de Varna y que fué sacrificado a la política «ultramontana,» representada en Polo-

(1) En la fecha de la carta seguimos la opinión del *Codex epistolaris* contra la de Caro, tomo IV, pág. 336, nota 1.ª

nia por Zbignieff Olesnicki (1), política para la cual la salud de la patria no era el fin, sino simplemente el medio de conseguir aquello que había de contribuir a la glorificación de la supremacía pontificia. ¿Quién negará que la expulsión de los turcos de Europa era un gran fin, digno de grandes sacrificios? Todo parecía lícito para conseguirlo, menos una cosa, el perjurio, que despojaba a toda la empresa del fundamento moral y que autorizaba a Amurates para mirar con desprecio a aquellos cristianos que pocos meses antes habían hecho huir vergonzosamente a sus huestes.

Aquí, como en otros pasajes, nos encontramos enfrente de la Nemesis histórica: en Varna fué ella la que hirió mortalmente a la política pontificia, y Zbignieff Olesnicki, que representaba en Polonia esta política, fué también alcanzado por aquel golpe.

Si quisiéramos tratar de las consecuencias que hubiera traído para Polonia una victoria conseguida en Varna, tendríamos que entrar en fatigosas consideraciones: lo cierto es que la derrota fué la condenación de la empresa húngara y el fracaso sufrido en unión con el Occidente fué causa de que la política polaca dirigiera su atención al Oriente, es decir, a la cuestión lituana, que volvía a agitarse.

Mientras gobernó en Lituania Segismundo Kestuitowitz, Polonia nada tuvo que temer por este lado; pero aquel hombre odiado por su dureza y crueldad sucumbió bajo los golpes de los magnates lituanos contra él conjurados el domingo de Ramos del año 1440. Su sucesor, el príncipe Casimiro, hermano del rey de Polonia y Hungría, que contaba trece años de edad, se opuso a los planes de los magnates polacos, dejándose dirigir completamente por los lituanos. Pronto se vió que la Lituania pensaba aprovechar la ocasión para conseguir su completa independencia de Polonia, apelando a las armas si esto se hacía necesario. Es sorprendente el aumento de importancia, así interior como exterior, que se observa en Lituania durante los primeros años del reinado de Casimiro: parecía que habían vuelto los tiempos de Witold, al paso que los asuntos interiores de Polonia ofrecían, al propio tiempo, un aspecto cada vez más funesto.

La administración del reino estaba confiada durante la ausencia del rey a dos gobernadores, uno para la Gran Polonia y otro para la Pequeña Polonia, a quienes correspondía resolver las cuestiones más importantes. Al rey se le reservó todo lo tocante a política exterior, y en cuanto a las contiendas feudales y las disposiciones acerca de la división del país quedaron aplazadas hasta su regreso. Sin embargo, habían ocurrido en Polonia algunas dificultades que exigían pronto remedio. Los magnates polacos, en una carta que en 26 de agosto de 1444 dirigieron al rey Wladislao (2), pintaban su situación aflictiva para mover al monarca a que regresara a Polonia, y si éste hubiese accedido a su súplica, no se habría roto la paz de Szegedín.

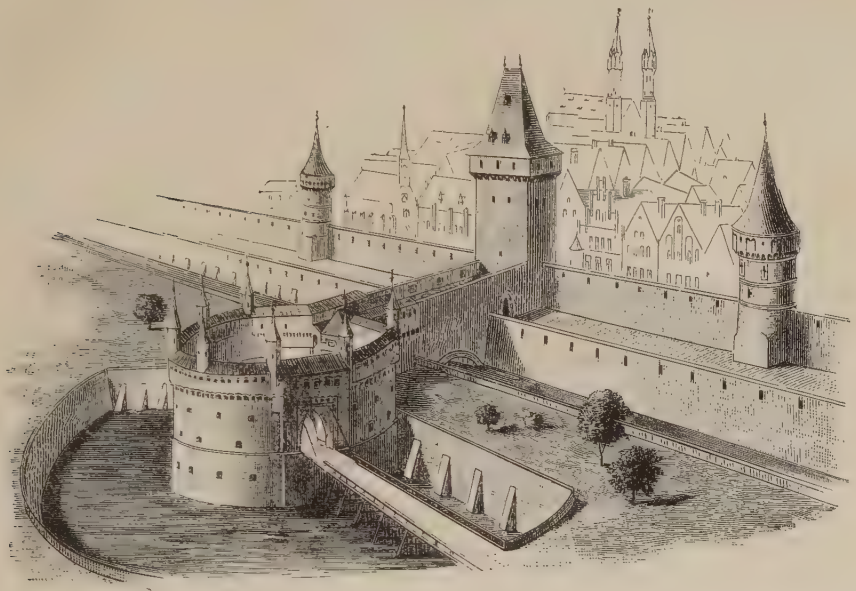
«La crueldad de los tártaros—escribían—tortura nuestro país de un modo horrible. Atraídos por promesas, presentes y auxilios, han devastado repetidas veces el Reuss y la Podolia: penetran de repente en el territorio y de un modo inesperado se llevan a gran número de nobles de ambos sexos, reduciéndolos a perpetua esclavitud, de suerte que casi todo el Reuss y toda la Podolia han quedado yermos y despoblados y nadie puede llorar bastante la ruina, los perjuicios, las calamidades y la miseria que ha producido el enemigo. Además de esto, ha sido hecho prisionero vuestro hermano el duque Casimiro en unión con sus barones lituanos, a pesar de haberle enviado nosotros hombres dignísimos y a pesar de la actitud justa del duque Boleslao, cuyos territorios han sido incendiados y saqueados, habiendo sufrido igual suerte los nobles tártaros que le acompañaban y muchos plebeyos. Como la guerra no se contiene nunca dentro de ciertos límites, también ha sido perjudicada por los lituanos una parte de vuestro reino, a saber: el territorio de Luek.»

Cierto que el rey autorizó a estos magnates para auxiliar con tropas al duque Boleslao, pero les horrorizaba hasta la apariencia de una guerra civil. Los duques silesios de Oppeln y de Ratibor habían también causado graves perjuicios a Polonia, y aun cuando Wladislao hubiese querido oir a sus barones benévolamente, sus fuerzas no eran bastantes para restablecer el orden en aquel Estado desorganizado. Aquellos magnates decían que el rey había hecho lo suficiente por Hungría y le suplicaban que regresara apresuradamente.

(1) Comparación usada por Caro.

(2) *Codex ep.*, I, núm. 125.

En una carta de Olesnicki, fechada dos años antes, este hombre de Estado, que debía conocer exactamente la situación, pintaba la calamidad general que afligía al reino en los siguientes términos: «Ilustrísimo rey: Con mucha frecuencia he hecho notar privada y públicamente a aquellos que gobiernan el reino estos y otros males, la negligencia, la molicie, dicha y por esto suplicaba al rey que se apiadara de tan grandes males y que por compasión y misericordia procurase aplicarles rápido y eficaz remedio para evitar la miseria, la aflicción y la ruina. «Pues si no se remedian pronto los males causados por la negligencia de los actuales administradores del reino, Vuestra Majestad debe temer que este reino, azo-



La puerta de Floriani, en Cracovia: construcción de ladrillo de 1498, único resto existente de las antiguas fortificaciones.—Los fuertes muros de tres metros de espesor de la contrapuerta circuyen un patio circular de 35 pasos. (Según Essenwein.)

la mala administración del reino y de la hacienda, y les he manifestado la necesidad de una reforma, suplicándoles fervorosamente que la llevaran a cabo; pero, a pesar de esto, no han mejorado, y únicamente he conseguido que mis amigos se hicieran mis adversarios. Y como no sé mentir, me he indispuesto con los míos y con la Iglesia y me he visto por ellos perseguido. Los perjuicios, persecuciones, incendios y saqueos que en los años transcurridos he tenido que sufrir habrán llegado, según creo, a oídos de Vuestra Majestad, y lo propio debo esperar de los castigos que recientemente he impuesto.»

Manifestaba además que había adquirido el convencimiento de que con ello no hacía más que labrar su propia desdo por las guerras extranjeras, por las invasiones del enemigo y por continuos desórdenes interiores, no sólo irá decayendo, como sucede ahora, sino que acabará por hundirse en ruinas irreparables.»

Es casi imposible emplear colores más enérgicos que estos para demostrar la necesidad de un remedio eficaz. Olesnicki no pensaba en el regreso del rey, único remedio efectivo: quería el efecto, pero no quería el único medio para conseguirlo.

Entonces se libró la batalla de Varna, y aun cuando Olesnicki no quiso confesar que con ello quedaba juzgada su política húngara, los hombres imparciales pensaron de distinto modo, y de ello tenemos un notable testimonio. Nueve años después de la batalla de Varna, Eneas

Silvio envió a su amigo el obispo de Cracovia una colección de sus cartas: Zbignieff agradeció con palabras altisonantes el presente, pero combatió enérgicamente la explicación que en aquellas cartas se daba a la empresa húngara y a la ruina de Wladislao, diciendo que ni éste ni sus consejeros habían aceptado la corona por ambición ni por codicia de territorios, pues bastantes poseían; añadiendo que esta corona había sido ofrecida varias veces, que se debía a la elección de los Estados húngaros y que había sido admitida para defender a la cristiandad contra los turcos. Decía además que si el éxito había sido desgraciado, culpa era en gran parte de Juan Huniade, a quien tanto ensalzaba Eneas Silvio, el cual, al llegar el momento decisivo, había abandonado por completo a Polonia; y terminaba afirmando que el Señor había castigado los pecados de sus contemporáneos, los cuales en vez de apoyar al héroe le habían abandonado a su propia suerte.

Eneas Silvio contestó con gran habilidad en una larga carta que más bien pudiera llamarse libro, como él mismo dice. La explicación y el juicio crítico de Zbignieff Olesnicki eran para él de tanto más valor, cuanto que éste era cardenal y el hombre más importante de Polonia después del monarca, y sin el cual no podía decidir la guerra, ni la paz, ni ningún otro asunto de importancia. Pero, a pesar de esto, no bastaban algunas excusas para disimular los hechos.

Ladislao, hijo póstumo del emperador Alberto, había ya sido coronado rey cuando Wladislao penetró en territorio húngaro. Debía, pues, discutirse si prevalecía en Hungría el derecho de elección o el de sucesión hereditaria. Si Hungría era un reino electoral, la explicación de Zbignieff era justa, pero él (Eneas Silvio) había oído decir a personas que conocían perfectamente la Hungría, que en este país la corona pasaba de padres a hijos. El mismo Papa había dictado una resolución en este sentido. Era, además, poco exacto afirmar que Wladislao había sido nombrado rey de Hungría en bien de la cristiandad para defender al país contra los turcos, pues esto lo hubiera podido hacer como rey de Polonia sin lesionar los derechos del príncipe póstumo.

Mientras Zbignieff, en su alta sabiduría, no demostrara cosa mejor, no podía él reconocer que nadie y por ninguna circunstancia tuviera derecho para disponer de la corona de aquel niño. Sabía perfectamente que los polacos eran hombres magnánimos y valientes y que no les faltaban riquezas ni territorios, pero sabía también que Jerjes no había tenido bastante con la rica Asia, que Alejandro, después de todas sus victorias, había querido llevar sus armas a la India, y que Atila, el que asoló a la Germania, la Galia y la Italia, no había podido vivir sin haber sojuzgado los mejores pueblos de Occidente, los romanos y los visigodos. De estos ejemplos había muchísimos otros.

El que un joven de noble estirpe, como era Wladislao, confiado en sus elevadas miras y ganoso de gloria, hubiera ambicionado también la Hungría, se hallaba conforme con las debilidades humanas y éstas eran tan generales que casi podía censurarse al que de ellas no participara. El príncipe que se contentaba con lo suyo era tachado siempre de indolente, de esclavo de la molicie y de los placeres, y de él se decía que más que rey hubiera debido ser fraile. Los jóvenes a quienes tales censuras indignaban comenzaban guerras injustas. Si Wladislao había aceptado el trono húngaro movido por tales consideraciones, había emprendido un falso camino. Por lo demás, él estaba dispuesto a reconocer las relevantes dotes personales del joven rey y que su vida era necesaria para el bien de Hungría y de la cristiandad.

No se tiene noticia de que Olesnicki contestara a esta carta, y de fijo no le hubiera sido fácil destruir los cargos que su espiritual amigo le hacía en forma cortés, pues en el fondo estas censuras se dirigían al primer hombre de Polonia, sin cuyo consejo no se decidía la paz ni la guerra ni se tomaba resolución alguna. Ninguno de los dos prelados tocaba el punto más vulnerable, cual era el perjurio de Szegedín: el Papa lo había aprobado y por lo tanto Eneas Silvio no podía esgrimir esta arma contra Olesnicki. El que aquel futuro Papa considerara los elevados planes del obispo desde el punto de vista de la ambición de un joven, fué la mayor censura que obtuvo la política de Olesnicki.

Existen indicios que demuestran que, a la muerte de Wladislao, los polacos hubieran prescindido de buena gana de aquel omnipotente prelado, que cada día se presentaba más dominante. Pero entonces era precisamente cuando más indispensable se hacía, pues el Gran duque Casimiro, el único hermano de Wladis-

lao, que tenía perfecto derecho, ayudado por sus boyardos lituanos había opuesto a la política de Polonia una resistencia que sólo podían vencer la energía y habilidad de Olesnicki.

Recordaremos que los magnates polacos habían reconocido francamente el derecho hereditario de Casimiro, en vida de su padre. En cambio, nunca se le había querido dar el título de Gran duque de Lituania, porque había tomado este cargo sin previo consentimiento de la nobleza de Polonia. Con la muerte de Wladislao habíase disuelto propiamente la cohesión política entre Lituania y Polonia, dependiendo luego de la voluntad de Casimiro si debía quedar restablecida y la manera de restablecerla. La unión sólo podía efectuarse nombrándole los polacos sucesor de su hermano, como a ello estaban obligados, pero entonces Casimiro, y sobre todo los lituanos, podían plantear la cuestión de si era ventajoso aceptar la corona de Polonia.

Ya hemos visto el vuelo que había tomado la Lituania durante el gobierno de Casimiro, y la decadencia que, en cambio, había sufrido la Polonia: en Lituania Casimiro era soberano, mientras que en Polonia indudablemente tenía que someterse a la voluntad de la nobleza y de los prelados. El joven Gran duque comenzó por declarar que no creía cierta la muerte de su hermano, que no se presentaba muy verosímil.

Por el país circulaban rumores de todas clases: un comerciante afirmaba haber visto a Wladislao y haber hablado con él, y aun cuando esto ofreciera pocos visos de certeza, Casimiro lo consideró motivo suficiente para aplazar la aceptación de la corona polaca. Cuando la nobleza de Polonia se reunió, en abril de 1445, en la dieta de Sieradz y puso como condición esencial para la adjudicación de la corona polaca el reconocimiento formal de Wolhynia y Podolia como provincias del reino, Casimiro contestó negativamente, apoyándose en el juramento de la coronación prestado a los lituanos, y únicamente pareció ceder cuando los polacos manifestaron sus propósitos de elevar al trono al duque de Masovia, que por cierto había sido formalmente elegido en la dieta de Petrikán.

Entonces se convino en dejar en suspenso la cuestión wolhynio-podolia y por medio de escritura fechada en 17 de septiembre de 1446 (1) obligóse Casimiro, después de haber reconocido expresamente la fraternal unión de Lituania y Polonia, a presentarse el día de San Juan del siguiente año en Cracovia para recibir la corona.

No pudo obtenerse la promesa del rey de confirmar, antes de la coronación o inmediatamente después de ella, los privilegios polacos; en cambio los lituanos cuidaron de que antes de partir para Cracovia jurara sus libertades. En aquella ocasión se obligó también el Gran duque a restablecer las fronteras de Lituania tales como existían en tiempo de Witold, con lo cual se prejuzgaba la cuestión de Wolhynia y Podolia. Había, pues, que prepararse para una ruda lucha, y a esto se debe que Zbignieff Olesnicki procurara, antes de la llegada del joven rey, poner fin a las contiendas entre la Iglesia y la nobleza, a fin de que los intereses de Polonia encontraran una representación compacta y unida.

La coronación se hizo en 24 de junio de 1447 con las ceremonias acostumbradas, y el primer acto de gobierno del nuevo rey fué salir de la actitud neutral que Polonia había adoptado en las contiendas de la Iglesia y reconocer sin reserva alguna al papa Nicolás V. Este acto, que la necesidad y la prudencia aconsejaban, fué causa para el monarca de graves disgustos producidos principalmente por las intrigas de Olesnicki. Ya recordaremos que el papa Eugenio IV había concedido a éste, en 1439, el capelo de cardenal: el antipapa Félix IV había hecho luego más, enviando el birrete rojo a él y al arzobispo de Gnesen. Pero como la Iglesia polaca era neutral, ninguno de los dos podía aceptar aquella alta distinción de la Iglesia católica.

Restablecida a la sazón la paz en la Iglesia, procuró Olesnicki asegurarse el capelo, que por dos veces le había sido concedido. Roma escuchó benévolamente sus pretensiones, pero no envió el birrete, y Olesnicki comprendió muy pronto que esto se debía a la influencia del arzobispo de Gnesen y a la de la Gran Polonia, que temían ver disminuída la importancia de su primacía con la otorgación del capelo cardenalicio a aquel ambicioso obispo.

El mismo rey se puso de parte de los enemigos de Olesnicki. Este por fin consiguió sus deseos en el otoño de 1449 y no pudo olvidar ni perdonar nunca la oposición que a sus propósitos había hecho el monarca; así es que figuró constantemente en el número de los adversa-

(1) *Codex ep.*, II y VI.

rios de su política, habiendo sabido hacer prevalecer, de palabra y por escrito, ante el rey su elevada posición de una manera que traspasaba los límites de lo tolerable. Esta actitud hostil del cardenal afectó profundamente a los asuntos interiores y puso el sello a los primeros años del gobierno del rey.

Casimiro, después de haber hecho en Piotrkow (agosto de 1447) (1) algunas concesiones a la aristocracia polaca, regresó a Lituania, y en la dieta polaco-lituana que se reunió a fines de mayo de 1448 en Lublín, hablóse por vez primera de la difícil cuestión wolhynio-podolia. Era imposible llegar a una inteligencia, pues el rey defendía las pretensiones de Lituania y no se podía conseguir nada. Los partidos que se encontraban frente a frente habían reunido sus fuerzas, habiéndose visto desde luego que éstas estaban niveladas. Los planes del rey se veían favorecidos por el hecho de que la Gran Polonia no simpatizaba con Zbignieff-Olesnicki. Los unos servían de juego contra los otros. Casimiro, en cambio, pudo obtener algunos triunfos en el exterior. Miguel, hijo de Segismundo, que se presentó en Lituania como pretendiente, quedó completamente aislado y fué arrojado del país cuando se unió con los tártaros. Un tratado firmado a fines de agosto de 1449 con Moscou le privó de todo auxilio por este lado. Habiendo sido este tratado la base de las ulteriores relaciones ruso-lituanas, creemos conveniente reproducir sus principales estipulaciones.

El Gran duque Wassili Wassilyewitz de Moscou, Nowgorod, Rostow, Perm, etcétera, y sus hermanos más jóvenes Iván Andreyewitz, Miguel Andreyewitz y Wassili Yaroslawitz por un lado, y el Gran duque de Lituania, Reuss y Samait por otro, firmaron alianza, amistad y concordia eternas contra sus comunes enemigos: Casimiro se obligó a no recibir a Dmitri Schemyaka, y Wassili a no conceder asilo al duque Miguel; Wassili y sus hermanos no tratarían de conquistar la Lituania ni Smolensko con sus dependencias, ni Lubutsk ni Mitsehensk ni ningún otro territorio fronterizo; y, en cambio, Casimiro se comprometía a abstenerse de toda acción en los pueblos fronterizos rusos. (Después vienen algunos artículos más detallados.) Si moría Casimiro, Wassili debía encargarse de la tutela de sus hijos, y si moría Wassili, a Casimiro se confiaba la del Gran duque Iván. Cualquiera de las dos partes contratantes que solicitara auxilio contra los tártaros o contra otros enemigos, debía recibirlo de la otra, pero no podía exigirse responsabilidad alguna cuando fuera imposible prestar tal ayuda. El Gran duque de Moscou podría mantener sus antiguas relaciones con la Horda, y los embajadores que enviara al sultán tendrían paso franco por Lituania. El Gran duque Boris Alexandrowitz de Twer sería considerado como príncipe lituano. Wassili y Casimiro se abstendrían de inducir a los príncipes vasallos a que abandonaran el partido de aquel a quien servían. Casimiro se obligaba a no intervenir en los asuntos del príncipe Wassili Ivanowitz de Twer ni en los de los hermanos de éste, y a mantenerse alejado de Nowgorod y Pskoff y de sus territorios, y en caso de que éstos quisieran sometérsele, no podría aceptar su sumisión. En cambio, podría firmar una paz eterna con Alemania. Si Wassili quería reducir a la obediencia a los rebeldes nowgorodes, Casimiro no podría intervenir en la cuestión; en cambio, Wassili prometía no formular pretensión alguna sobre los territorios nowgorodes unidos de antiguo con Lituania. El príncipe Iván Fedorowitz de Rjasán pertenecía a Moscou y los príncipes de Werchowje eran tributarios de Lituania. Las fronteras marítimas y terrestres serían las mismas que en la época del fallecimiento de Witold. Estipulábase, por último, que los embajadores y comerciantes podrían circular libremente por ambos países (2).

Del mismo día data un tratado especial firmado entre Casimiro y el Gran duque Boris Alexandrowitz de Twer, y en su virtud el territorio litigioso de Rshew era restituído, con sus antiguas fronteras, a Twer, cuyo territorio se obligaba a prestar auxilio a Lituania contra toda clase de enemigos sin excepción alguna. Por el mismo tratado se arreglaban también las cuestiones de fronteras y la relación de los príncipes vasallos y de los boyardos de ambos países, en el sentido de que mientras que a los primeros se les exigía, para que pudiesen pasar libremente de Lituania a Twer o viceversa, la cesión de sus bienes hereditarios, a los segundos y a sus servidores se les concedía el tránsito sin condición alguna.

(1) *Vol. leg.*, tomo I, pág. 68.

(2) Danilowicz: *Skarbiec*, t. II, págs. 192-193.

El vaivoda Pedro de Moldavia había prestado ya antes el juramento de vasallaje, de suerte que el rey, verdaderamente satisfecho, pudo dirigir su atención al arreglo de los asuntos exteriores de Lituania. Por este lado nada tenía que temer, pudiendo por lo tanto emplear toda su energía en la resolución de las diferencias lituano-polacas. Era preciso decidir quién debía dirigir la política, si el príncipe o aquellas confederaciones aristocráticas, que desde hacía algunas generaciones estaban acostumbradas a llevar la política polaca por tales caminos que siempre viniera a redundar *in majorem gloriam* de la dominación de la nobleza.

Por poco importante que fuera relativamente el objeto—la sumisión de Wolhynia y Podolia a Lituania o a Polonia, —las consecuencias de la lucha debían fijar la situación de la monarquía polaca, y bajo este concepto merece que de ella tratemos más detalladamente en nuestra narración, que más ha de consistir en simples bosquejos que en amplias descripciones.

Los intentos de Casimiro de retardar la confirmación de los privilegios polacos viéronse favorecidos por la circunstancia de que, al reunirse la dieta de Piotrkow (6 de diciembre de 1449), Polonia pospuso todos sus propósitos al examen de la cuestión suscitada por haber recibido Olesnicki el tan deseado capelo cardenalicio. Tratábase de decidir cuál había de ser la situación del obispo de Cracovia como cardenal respecto del arzobispo de Gnesen, que era el primado de la Iglesia polaca. Esto ocasionó acalorados debates: la Gran Polonia y la Pequeña Polonia se encontraron frente a frente, y para evitar un mal mayor resolvió el rey que el cardenal y el arzobispo se retirasen de la dieta, la cual se disolvió poco después sin haber llegado a ningún resultado positivo.

Durante el verano de 1451 el rey, en vista de que la cuestión había dado lugar a largos debates y a varias asambleas sin resultado alguno, quiso por fin resolverla por medio de una dieta reunida en Piotrkow. Allí manifestó que teniendo en cuenta los graves desórdenes que amenazaban al reino a consecuencia de la lucha sobre el cardenalato de Olesnicki, había reunido un parlamento de prelados y barones del reino (1) y decidido, previo consejo de éstos, ratificar ante todo expresamente los privilegios del primado de Gnesen sobre la Iglesia de Cracovia. A cambio de esto todos debían reconocer la dignidad cardenalicia de Olesnicki y dispensar a éste los honores que le correspondían. En lo sucesivo, sin embargo, ni el arzobispo de Gnesen, ni el obispo de Cracovia, ni ningún otro obispo debían pretender el cardenalato ni el cargo del legado pontificio sin consentimiento del monarca: el arzobispo y el cardenal no podrían asistir juntos al real Consejo, sino que alternarían, asistiendo un día cada uno; la coronación de los reyes y de las reinas de Polonia correspondería únicamente al arzobispo de Gnesen, y a este acto podría concurrir Olesnicki revestido de las insignias cardenalicias, pero sin pretender más honores que los que le correspondían como obispo de Cracovia, quedando en libertad completa de asistir o no a la ceremonia.

Este decreto debía ser rigurosamente cumplido y el que a él faltara podía considerar que tendría en contra de él al rey y a todos los Estados.

Olesnicki sufrió, pues, una tremenda derrota y el rey consiguió una victoria sobre el quebrantado partido de los oligarcas de la Pequeña Polonia, que por vez primera vieron frustrados en la persona de su caudillo sus propios planes de dominación. Casimiro supo aprovechar con habilidad suma el antagonismo existente entre la Grande y la Pequeña Polonia: si conseguía salir victorioso en la cuestión wolhynio-podolia, podía asegurarse que la monarquía había triunfado en toda la línea.

En esto último, sin embargo, debía sucumbir, por desgracia para Polonia.

Olesnicki, hombre de gran soberbia a quien encontramos enfrente del rey como su irreconciliable enemigo, puso en juego todos los medios de que disponía para conseguir su objeto. En una dieta que se celebró en Korezyn (Pequeña Polonia), Casimiro rechazó con gran energía la tentativa hecha por Olesnicki de mezclarse en los asuntos lituanos, y cuando a principios de 1452 falleció Switrigail, dejó el territorio de Luck a Lituania. Esto aumentó de un modo extraordinario la tirantez que entre él y el partido de Olesnicki existía. Entonces se trató de entablar un proceso por alta traición contra el cardenal, y éste no pudo asistir a la dieta de Sieradz, cuyos debates fueron cada vez más reñidos. La situa-

(1) *Vol. leg.*, tomo I, pág. 77: *indicto per Nos superea potissime parlamento.*

ción de Casimiro se empeoró, sin embargo, porque, deseoso de casarse con Isabel, hermana del rey Ladislao el Póstumo, la cuestión de dinero, con este plan enlazada, le obligó a tomar en consideración los deseos de los polacos y a sujetarse a una completa dependencia. En la esperanza de encontrar medios y expedientes para llegar a una conciliación, prometió en Sieradz confirmar dentro del plazo de un año los privilegios polacos. Pero la conciliación era imposible de conseguir, pues los antagonismos eran tan grandes que mientras los polacos reunidos en asamblea en Parczow proponían como árbitro al Papa, los lituanos, no sin cierto desprecio, señalaban para el arbitraje al kan tártaro.

Aproximábase a todo esto la funesta dieta general de Piotrkow, que debía celebrarse el día de San Juan del año 1453 (1).

En Polonia reinaba profunda indignación, pues se sabía que el rey quería rehuir el juramento: las dificultades con Silesia estaban vencidas mediante una paz por cuatro años que se firmó para poder proceder con entera libertad contra Polonia. Los polacos estaban decididos a obligar al rey a que cediera, costara lo que costase y aun cuando para ello hubiera de encenderse una guerra. Los lituanos miraban también con cierto temor la dieta polaca, y no pudiendo naturalmente asistir a ella, enviaron a un lituano que por su aspecto exterior podía ser tomado por polaco, confiados en que nadie le conocería en medio de aquella multitud, y esperando por este medio tener noticias exactas de los debates. El falso polaco pudo asistir, según parece, a la primera sesión sin ser conocido. Innumerables fueron las censuras que al rey se dirigieron, tomando en seguida la discusión un carácter tumultuario. La indignada multitud exclamaba: «¡Los polacos deben poseer a Luck aun cuando les cueste a todos la vida!» De tal manera se vió el rey atacado que acabó por llorar y decir que sabía que no le querían tener por rey, añadiendo: «¡Buscáis la manera de hacerme traición!» La indignación subió de punto cuando, para mayor desgracia, fué conocido el disfrazado lituano, contra el cual se revolvieron todos golpeándole, para mayor vergüenza del rey, arrancándole los cabellos y dejándole casi sin vida (2). Entonces se pidió en alta voz la destitución del rey, y para poder acelerar más los debates se tomó el acuerdo de que la dieta discutiera dividida en dos grupos: el uno se componía de los dignatarios *(consiliarii, barones, proceres)* y el otro de los caballeros (los *nobiles, patricii* y *pauperes)*. Esta separación importante subsistió en lo sucesivo en Polonia, y su ulterior desenvolvimiento fué causa de que la preponderancia estuviera en el segundo grupo, en el de los caballeros.

Cada uno de estos grupos de la dieta se reunía separadamente y tomaba sus acuerdos, que luego eran aceptados por el otro. En vista de que el rey no juraba los derechos y privilegios, los Estados se garantizaron recíprocamente sus libertades para defenderlas contra el rey. A éste se le habían de dar cuatro consejeros, sin cuyo consentimiento no sería válido ninguno de sus decretos.

Aquello era una verdadera confederación del parlamento contra el monarca, confederación que tomó un carácter más hostil después que se hubo acordado no conceder más los hospedajes acostumbrados al rey y a sus servidores, no pagar los gastos de los viajes de Casimiro y expulsar a los lituanos de Polonia.

Casimiro no tenía más que dos caminos que seguir: o someterse a los polacos y jurar sus privilegios, entendiéndose después como pudiera con los lituanos, o ponerse al frente de los lituanos y obligar a los polacos a renunciar a aquella parte de privilegios que se referían a las relaciones con Lituania. El prudente obispo de Cracovia, cardenal Zbignieff, encontró, sin embargo, una tercera solución, consistente en que el rey instituyera en Lituania un Gran duque como feudatario suyo, proposición inaceptable, pues significaba la pérdida de Lituania, la guerra y para Casimiro quizás la pérdida de ambos reinos. En cambio, también era en alto grado temible que Casimiro llevara en persona a los lituanos contra Polonia. Las cuestiones con la orden habían tomado, como más adelante veremos, un sesgo tal que era inevitable una guerra en un breve plazo. El plan de matrimonio húngaro hubiera producido una guerra polaco-lituana, en extremo funesta para la situación polí-

(1) Respecto de esta dieta sólo tenemos, además de la relación de Duglosz (XIII, 115) tan hostil a Casimiro, la de un agente del maestre, que encontramos en Raczynski: *Codex dipl. Lituaniae*, pág. 112. Véase Caro, tomo IV, pág. 446.

(2) Hemos creído conveniente incluir este suceso en esta parte de la relación de Dlugosz.

tica de ambos Estados. No quedaba, pues, más que un medio: ceder, procurando prestar el juramento en una forma que disimulara, en lo posible, el perjurio que respecto de Lituania se cometiera.

Tal fué la resolución que adoptó Casimiro, después de difíciles luchas, y la cibir el juramento. Al frente de ellos figuraba Zbignieff Olesnicki, en cuyas manos debía prestar el monarca el juramento constitucional, por el cual no sólo confirmaba todos los privilegios de sus antecesores, sino que se obligaba a «procurar con todas sus fuerzas reconquistar

Lápida conmemorativa del cardenal Zbignieff Olesnicki, obispo de Cracovia (1389-1454). – Relieve de la universidad de los Jagellones de Cracovia (1453): representa a la Virgen Santísima y al obispo de rodillas en un reclinatorio, consagrándole, por medio de la presentación del modelo, la universidad o «Bolsa» de Cracovia, por él fundada en la casa llamada «de Jerusalén.» El obispo está asistido por otro: a la izquierda se ve el escudo de armas de los Olesnicki. Inscripción: *Ad honorem, o Mater Dei, salutem animarum. In nomine Jesu Christi pro nobilitate, pro habitatione studiosorum Reverend. in Christo pater, dominus Sbigneus misericordia divina tituli S. Prisce Rom: Eccles: Presbiter Cardinalis, Episc: Cracov: A. D. milles: CCCC quinquagesimo tertio me fecit.* Longitud: 39 $^1/_2$ centímetros; altura, 29.

dieta polaca le facilitó en cierto modo su ejecución no insistiendo en sus exigencias de que se hiciera mención expresa de Wolhynia y de Podolia como partes del reino. El rey «sancionó por medio de juramento las leyes del reino, después de muchas amonestaciones y con gran trabajo (1);» doce barones y doce caballeros — es decir, un número igual de individuos de cada grupo del parlamento—fueron delegados para re-

las partes injustamente arrebatadas al reino y a no disminuir sus fronteras, antes bien a defenderlas y en lo posible a ensancharlas (2).»

El día 30 de junio púsose el sello del rey al documento que daba para siempre fuerza a su humillación y a la abdicación del rey de Polonia en beneficio de la aristocracia polaca.

El matrimonio con Isabel no tropezó ya con ninguna dificultad: concedióse la contribución que se le asignaba como regalo de boda y a principios del año 1454

(1) Véase Lengnich: *Historia polaca*, Léipzig, 1741. Este libro, a pesar de sus reducidas dimensiones, constituye un trabajo excelente y útil aun en el día.

(2) Véase Caro (448), que pudo ver el manuscrito de Dlugosz.

se celebró el casamiento con gran pompa en Cracovia, no ciertamente sin que apareciera como nota discordante la lucha de partidos, que parecía inseparable de la vida pública polaca. Zbignieff Olesnicki y el arzobispo de Gnesen se disputaron el honor de dar la bendición nupcial, siendo esto causa de que vinieran a las manos los magnates de la Grande y de la Pequeña Polonia. Por último se convino en que bendijera la unión Juan de Capistrano, aquel monje peregrino que hubiera sido de buena gana un segundo Bernardo de Claraval y que entonces se encontraba en Cracovia. El rey tuvo que volver a sufrir muy pronto la arrogancia de la nobleza y el orgullo del cardenal.

No seguiremos aquí la narración de la conducta intolerable del cardenal; bastará decir que, en los últimos años de su vida, fué una calamidad para el monarca, de la cual Casimiro no pudo librarse, dada la situación de las cosas. El último acto político de Olesnicki fué una protesta contra la guerra con la orden teutónica, protesta que si bien no dió resultado alguno, demuestra claramente cuán poco se armonizaba con las ideas nacionales la manera de pensar de aquel hombre, pues con la destrucción del poderío de la orden debía ser el objetivo de una buena política polaca. La adquisición de la vía marítima debía ser procurada no por el hecho de ser antigua posesión polaca, sino como fin digno de ser codiciado, y dada la desorganización en que se encontraba el Estado de la orden, la cuestión no consistía más que en saber quién habría de ser el heredero del Gran maestre de Marienburgo. En Zbignieff predominaba entonces, como predominó durante toda su vida, la cualidad de prelado sobre la de polaco, y como prelado se puso frente a frente del rey: apenas encontramos en él un rasgo de lealtad del súbdito. En sus cartas al monarca observamos un tono de soberbia intolerable y ya se comprenderá que Casimiro respirara cuando supo que el cardenal había fallecido en Cracovia en 1.° de abril de 1454.

Sería injusto desconocer la grandeza de carácter de aquel hombre notable. Ya hemos trazado a grandes rasgos su retrato. Una laboriosidad extraordinaria y una gran habilidad administrativa le permitían armonizar la dirección de su diócesis con los más vastos planes políticos y con una activa correspondencia política y literaria. Además, ensalzábanse en él su corazón bondadoso, la lealtad que guardaba a sus amigos, su liberalidad y su devoción. Pero el rasgo más saliente de su carácter era la ambición que le impulsaba a elevarse a sí mismo y a rebajar a todo el que por encima de él se encontraba. Fué una desgracia para Polonia que este hombre fuera consejero de tres monarcas, pues paulatinamente fué desprestigiando la monarquía, y si de entre las ruinas de la corona levantó su cabeza la aristocracia polaca, nadie pondrá hoy en duda que esta fué la causa de las desventuras de aquella nación.

CAPÍTULO XX

POLONIA EN LUCHA CON LA ORDEN TEUTÓNICA, LA REACCIÓN Y SUS CONSECUENCIAS.

La narración de la gran guerra en que encontró su ruina la orden teutónica, a pesar de la importancia que tuvo para Polonia, pertenece más bien a la historia de Alemania. Por tanto, no referiremos detalladamente los acontecimientos de aquella guerra, sino que nos limitaremos simplemente a apuntarlos.

El antagonismo de antiguo existente entre los caballeros de la orden y los Estados del país había dado origen a la confederación prusiana que, formada en 13 de marzo de 1440 en Marienburgo, tomó, después de la muerte del excelente maestro Conrado de Erlichshausen, y en tiempo del maestre Luis, una tendencia muy hostil a los hermanos de la orden. El arbitraje parcial con que, a fines de 1453, el emperador Federico III ordenó la disolución de la confederación, tuvo por consecuencia que sus individuos se separasen de la orden. En 28 de febrero de 1454, cuando para las fiestas de las bodas del emperador acudieron a Cracovia los representantes de la orden, presentóse también allí una embajada compuesta de doce delegados de los confederados, a cuyo frente figuran Hans de Baisen, Agustín de Schewe y Gabriel de Baisen, los cuales, a reserva de sus derechos y libertades, ofrecieron al rey su sumisión y la posesión de Prusia. El monarca aceptó sin vacilar.

Su declaración de guerra a la orden data de 22 de abril (1): por medio de su manifiesto de 6 de marzo admitió a los habitantes de Prusia como súbditos su-

(1) Dogiel: *Cod. dipl.*, tomo IV, pág. 143.

yos y tres días después nombró a Hans de Baisen gobernador de la provincia prusiana y jefe de la administración provincial desde entonces polaco-prusiana. Este Hans de Baisen fué en lo sucesivo el verdadero caudillo del movimiento. Formaban su estado mayor el capitán del país de Kulm, el caballero Agustín de Schewe, residente en Graudenz, Stibor de Baisen, vaivoda de Konigsberg, Gabriel de Baisen, vaivoda de Elbing, y Jon de Jene, vaivoda de Pomerelia. El canciller imperial polaco, Jan de Koniecpole, y el obispo Andrés de Posen recibieron en Thorn y Elbing el juramento de la población prusiana.

La guerra que hacía tanto tiempo amenazaba estallar entre la orden y sus rebeldes súbditos fué sostenida por espacio de trece años con gran energía y encarnizamiento. En 1460 Marienburgo cayó en poder de los polacos por traición; y después que fué recobrada por la orden, firmóse un armisticio por veinte meses, cuya inobservancia motivó una nueva y sangrienta guerra que no terminó hasta que la orden, completamente extenuada, se vió obligada, el domingo 19 de octubre de 1466, a firmar la paz definitiva de Thorn. Toda la Prusia occidental, con Marienburgo, Thorn, Kulm, Danzig y Elbing, pasó a poder de Polonia, y si bien el Gran maestre conservó la Prusia oriental, tuvo que prestar por ella juramento feudal al rey Casimiro.

Interesa a nuestro propósito examinar este tratado de paz. Después de los preliminares de simple fórmula, se procedió a enumerar las ciudades y provincias que correspondían a Polonia, en cuya ocasión encontramos junto a los nombres alemanes una forma polaca de estos nombres. Así, por ejemplo, Birgelán se convirtió en Byrzgolowo, Engelsburg en Koprzywno, Straszberg en Brodnica, Dirschau en Tezew, Neuenburg en Nowe, Kirschburg en Drzgon, etc., etc. Hecho esto, se procedió a la supresión de todos los derechos, privilegios y pretensiones de la orden sobre las comarcas cedidas y a la relevación del juramento de los antiguos vasallos de la orden.

Luego se enumeraron las ciudades y aldeas de Prusia que debían continuar en poder de la orden (bajo sus nombres alemanes), y el rey renunció solemnemente a ellas en nombre propio y en el de sus sucesores. En seguida se determinó la situación en que debía quedar en lo sucesivo el maestre como feudatario polaco: diósele el carácter de príncipe del reino polaco y de consejero perpetuo *(consiliarius perpetuus)* del rey; los señores ilustres fueron consejeros, disponiéndose que fueran tratados con honores y cariño, debiendo ser amparados y defendidos sus derechos contra cualquiera agresión. Seis meses después de su elección debían todos los maestres presentarse al rey y prestar en nombre propio, de sus señores y de sus comarcas, juramento de fidelidad, tal como lo prestó el maestre Luis, es decir: «Desde esta hora y en lo sucesivo seré fiel al serenísimo príncipe, rey Casimiro, y a los reyes y sus sucesores y al reino de Polonia; procuraré lealmente su bienestar y daré mi leal consejo en los asuntos del reino y del rey: de los secretos que se me comuniquen no descubriré ninguno que pueda perjudicarles y conservaré la paz que se acaba de firmar en todos sus artículos y condiciones. Si digo verdad, Dios me ayude y esta santa cruz.»

En el consejo del reino, el maestre ocuparía el puesto de honor a la izquierda del monarca. Prusia y Polonia debían quedar para siempre unidas de tal suerte que formaran un cuerpo, una familia y un pueblo viviendo en amor y armonía. El maestre no reconocería como superior, después del rey de Polonia, más que al Papa; debía apoyar al rey en todas las guerras, lo propio en la próspera que en la adversa fortuna, y no podría contraer alianzas, ni firmar tratados, ni emprender una guerra sin su consentimiento.

Los prisioneros de una y otra parte serían devueltos sin rescate y el comercio se haría como en lo antiguo, sin traba alguna. «A fin de que exista mayor seguridad de amor y de unión *(unionis)* entre nosotros... y la orden de Prusia en lo sucesivo, determinamos y ordenamos que las personas aptas para pertenecer a la orden teutónica de Prusia... puedan salir de entre los súbditos de todos los Estados de nuestro reino de Polonia y de sus soberanías; pero de tal suerte que no formen más de la mitad de los miembros de la orden y que al proveer los cargos de comendadores y demás, el maestre y los comendadores estén obligados, en virtud de esta proporción, a llamarlos por mitad. En virtud de la regla de la orden, sólo podrá ser elegido maestre un hombre útil y propio para tal dignidad, y como éste ha de ser príncipe y consejero nuestro y de Polonia, no podrá ser destituído arbi-

trariamente y sin conocimiento nuestro por los comendadores y conventos de la orden.»

Ambas partes contratantes se obligaron a mantener esta paz en todas las circunstancias y a no permitir que el emperador ni el Papa ni el concilio les relevaran de este juramento. Por último, después de una serie de pactos menos importantes se convino en que el Sumo Pontífice sancionara este tratado de paz (1).

La antigua crónica de los grandes maestres termina la relación de las negociaciones de paz con las siguientes palabras: «La paz fué convenida y escrita, pero no fué sancionada por ninguno de los tres papas. El rey regresó a su país y el maestre a Samland y a Konigsberg. El obispo (Pablo de Legendorf, que había inferido al maestre la ofensa de hacerle cerrar, en su viaje a Thorn, las puertas de Braunsberg) regresó de Thorn a Braunsberg enfermo y envenenado, quizás a consecuencia de la peste que reinaba en Thorn o quizás por otras causas. El maestre Luis apenas vivió un año más, y poco después murió también el obispo de Heilsberg. Así desaparecen los lauros y el honor del mundo.»

Es sensible en extremo que las crónicas prusianas de aquella época no tengan palabra alguna que revele la opinión de los cronistas sobre la ignominia que aquel tratado de paz significaba para el nombre alemán. El odio contra la orden y la alegría de haber logrado la paz prevalecieron hasta el último momento. En aquel país devastado y destruído sobre toda ponderación había también decaído considerablemente la conciencia moral, sucediendo en él lo que en los campos y capitales, que sólo pudieron recobrar nueva vida muy lentamente.

El júbilo que se notó en Polonia fué inmenso. «Una gran alegría—escribe Dlugosz—se apoderó de mí al ver que terminaba la guerra, que se nos devolvían los territorios antes arrebatados y que la Prusia era unida al reino, pues con gran disgusto había yo visto la Polonia dividida hasta entonces entre distintos pueblos, y me consideraba feliz y tenía por felices a mis contemporáneos porque después de tantos centenares de años de desmembración nos era dado contemplar el renacimiento de la Polonia unida (2).» Pero también pensaba en Silesia, donde Boleslao el Grande y Miecislao habían fundado tres obispados, y decía que si podía ver unido a Polonia también este territorio, moriría luego con gusto.

Lo que Polonia había conseguido con la paz de Thorn era de extraordinaria importancia, pues con la adquisición de la desembocadura del Vístula se había realizado el pensamiento de Boleslao y de Krzywousti y se había convertido en realidad lo que la batalla de Tannenberg presentaba como perspectiva. Las tres nuevas vaivodías de Pomerania, Kulm y Marienburgo aportaban al Estado polaco un nuevo e importante elemento de instituciones municipales como no lo poseía la Polonia del siglo XV. Sin embargo, estas instituciones en todas partes, a excepción de las tres grandes ciudades de Thorn, Elbing y Danzig, fueron perdiendo pronto su importancia por efecto de las tendencias hostiles al régimen municipal que en Polonia predominaban. La Constitución en las comarcas conquistadas era—teniendo en cuenta las modificaciones en 1569 por Segismundo Augusto introducidas—la siguiente:

Como Prusia y Polonia tenían un mismo rey, debían concurrir a su elección los Estados prusianos: éstos eran invitados a la coronación, después de la cual el rey sancionaba sus derechos. El monarca gobernaba con la cooperación de los Estados, es decir, de los consejeros y de los caballeros. Al Consejo provincial pertenecían los obispos de Ermeland y Kulm, los vaivodas de Kulm, Marienburgo y Pomerelia, los castellanos de Kulm, Elbing y Danzig, los gentiles-hombres de cámara de Kulm, Marienburgo y Pomerelia, y, por último, las tres grandes ciudades. Los obispos, vaivodas y castellanos eran, desde 1569, consejeros del reino de Polonia y gozaban por tanto de todos los derechos que a éstos correspondían. El obispo de Kulm podía desempeñar el importante cargo de canciller de la corona.

Los obispos, los vaivodas y los castellanos eran nombrados por el rey, y únicamente el obispo de Ermeland era elegido por el cabildo, previa presentación del monarca. Todos los consejeros provinciales debían ser de origen prusiano; los vaivodas, castellanos y gentiles-hombres debían ser además personas nobles

(1) Véase *Vol. Leg.*, tomo I, pág. 93, texto latino. Hay además una traducción polaca y otra alemana.

(2) Dlugosz, XIII, 399.

Escenas militares de Cracovia en el siglo XV. – Tiro de ballesta al blanco. Miniatura copiada de un manuscrito que regaló Baltasar Bem en 23 de diciembre de 1505 a la universidad de Cracovia

y acomodadas (1). Ningún consejero podía comenzar a ejercer sus funciones sin haber jurado antes los derechos del país. El obispo de Ermeland era el presidente del consejo provincial. Los vaivodas eran especialmente los jefes de las milicias generales del país, y los castellanos eran sus representantes y substitutos en estas funciones. El mixto imperio que, en un principio, les correspondía pasó, en tiempo de Casimiro, a los estarostes de las ciudades: en cambio, en Prusia estaroste significaba simplemente poseedor de bienes del rey.

La nobleza de las tres vaivodías formaba el segundo Estado, el de los caballeros. A este segundo Estado pertenecían también, en su origen, las pequeñas ciudades, cosa, sin embargo, que pronto cayó en desuso.

Estos Estados se reunían en las dietas generales prusianas o en unión de los Estados del reino en las dietas del reino, y sólo lo que ellos acordaban o aprobaban después de haberlo acordado los Estados del reino, era obligatorio para ellos. Las dietas provinciales eran ordinarias o extraordinarias: las primeras se celebraban dos veces al año en Marienburgo y en Graudenz y después en Thorn: formaban al propio tiempo tribunal de apelación en las cuestiones de derecho. Las cosas de menos importancia eran resueltas en definitiva por los consejeros solamente, al paso que los asuntos de gran trascendencia debían ser igualmente sometidos a los caballeros y a las pequeñas ciudades. Las proposiciones para los debates se presentaban por un delegado del monarca. Unicamente en los primeros tiempos de la soberanía polaca se celebraron las asambleas generales sin previo consentimiento del rey. Estas dietas eran generales porque comprendían a las tres vaivodías, pero además las había particulares para cada una de éstas y aun para un solo distrito de cada una (2). Estas dietas pequeñas eran presididas por un mariscal elegido, al paso que la presidencia de las ordinarias correspondía al obispo de Ermeland.

La administración económica de Prusia estaba en manos de un tesorero instituído por el rey que reunía los productos de los impuestos concedidos por los Estados y daba cuenta a la dieta general así de los ingresos como de su inversión. La jurisdicción estaba desempeñada por jueces provinciales, de los cuales había seis, uno para Kulm, otro para Marienburgo y cuatro para la Pomerelia. Elegidos para las respectivas vaivodías, debían ser confirmados por el rey. Cada ocho regidores ayudaban a la administración de justicia sobre la base del derecho de Kulm, único en vigor desde el año 1476.

Estos eran, prescindiendo de algunos detalles, los rasgos fundamentales de la constitución y administración, tales como éstas se manifestaban en la Polonia prusiana. Con esto se llenaban todas las condiciones que aseguraban una completa libertad del régimen autónomo, de la legislación, del derecho y de la administración. Una sola cosa no podía destruirse, y era la dependencia de una nación extranjera y de distinta índole que, hostil al modo de ser alemán, sólo de mala gana podía consentir en que éste prevaleciera en sus condiciones nacionales.

Cuanto más favorecía a las grandes ciudades mercantiles el rico país que se había agregado a Polonia, y cuanto más crecía la importancia, especialmente de Danzig, con la exportación de madera y cereales de Polonia, tanto mayor era el odio que la población alemana tenía al Estado autocrático polaco y tanto más mortificadas se sintieron las pequeñas ciudades de la Prusia polaca mientras pesó sobre ellas la soberanía de Polonia. Durante la época en que la confederación prusiana combatió todavía, bajo la dirección de Polonia, contra la orden teutónica, es decir, en 1461, manifestóse de un modo muy marcado este antagonismo entre la altanera aristocracia polaca y la burguesía alemana.

El hermano del castellano de Cracovia, Andrés Tenczynski, había dado sus armas al armero alemán Clemente para que se las compusiera; pero en vez de los dos florines que el armero le exigía sólo quiso pagarle la mitad, y no habiendo Clemente admitido tan escaso precio, no vaciló en maltratarle en su propia tienda y además formuló contra él una querella ante el Consejo. Cuando el maestro fué conducido, debidamente custodiado, a la casa del Consejo para contestar a la acusación, encontróse en la calle al polaco, que iba con su hijo y con su familia. Al verle exclamó, encolerizado, el alemán: «¡Señor, en mi pro-

(1) Con esto no se hizo concesión alguna especial a los países recientemente adquiridos: no era sino la aplicación del derecho aristocrático que regía en las comarcas de Polonia.

(2) Estas, sin embargo, son de fecha posterior.

Escenas de la vida en Cracovia durante el siglo XV: taller de pintor. – Un joven pintor, con largos rizos que caen sobre sus hombros, recibe la visita de cuatro ciudadanos ricamente vestidos, con los cuales sostiene animada conversación. Su modelo está sentado en una mesa delante del cuadro que se está pintando: lleva un yelmo en la cabeza y está vestido con una camisa. De las paredes cuelgan otros tres cuadros.—Miniatura copiada de un manuscrito que regaló Baltasar Bem en 23 de diciembre de 1505 a la universidad de Cracovia.

pia casa me has golpeado y abofeteado: esto no volverá a suceder!» Entonces Tenczynski y los suyos sacaron sus puñales e hirieron al infeliz tan gravemente que tuvo que ser conducido de nuevo a su casa. Pronto se extendió por toda la ciudad la noticia de la nueva crueldad cometida.

El Consejo se apresuró a presentarse en palacio a la reina y dispuso que Andrés Tenczynski se sometiera inmediatamente a su tribunal, ante el cual fuese conducido con las precauciones necesarias. Pero la agitación que reinaba en la ciudad era tan grande que podía temerse una sublevación. La reina, después

de recibir una embajada del Consejo, que pedía una acción pronta, pues se consideraba sin fuerzas para dominar el creciente tumulto, envió sus mensajeros a Andrés; pero éste manifestó que no quería presentarse ni dar garantía alguna, antes al contrario, se encastilló con los suyos en la casa de Nicolás Kezinger y mandó hacer gran acopio de piedras para defenderse. Esto acabó de indignar al pueblo, que, formando una innumerable masa, se dirigió desde la plaza del palacio a la casa del Consejo.

El pueblo, con las espadas desenvainadas y preparadas las ballestas, invadió la sala de sesiones, de suerte que los consejeros, aterrorizados, emprendieron la fuga, y los pocos que no habían podido huir, en vano trataron de calmar a la multitud. «Mirad—les dijeron—el acto de violencia que se ha cometido; a menudo hemos formulado nuestras quejas y nunca nos habéis defendido;» y viendo desde la casa del Consejo a Andrés Tenczynski, que, insultando al pueblo, se paseaba tranquilamente, la indignación no tuvo límites y todos gritaron: «¡Así nos defendéis! ¡A las armas, a las armas!» La campana de la torre de la iglesia de Santa María tocó a rebato y el pueblo se preparó para apoderarse de Tenczynski, comenzando por registrar la casa de Kezinger, luego las casas vecinas y, por último, el convento de franciscanos. Todo fué minuciosamente registrado, siendo derribadas las paredes del huerto y escudriñada la iglesia.

Tenczynski se había ocultado en una escalera de piedra del templo, y al ver en el grupo de sus perseguidores a un polaco llamado Juan Doyswán, concibió esperanzas de que éste le salvaría, y llamándole aparte le ofreció dinero si consentía en ayudarle. Doyswán creyó proceder acertadamente diciendo al pueblo que Andrés se entregaba y solicitaba ser acompañado al Consejo. Andrés, entonces, se presentó y pidió que se respetara su vida; pero la multitud no quiso mostrarse compasiva. En aquel momento un monje abrió la puerta de la sacristía allí cercana, y Tenczynski intentó, de un salto, volver a su escondrijo; pero un terrible golpe en el cogote le derribó al suelo y falleció muy pronto a consecuencia de los golpes que sobre él descargó la indignada muchedumbre. Esto sucedió en 16 de julio de 1461 a las once del día, mientras el rey se encontraba en la Pomerania luchando contra la orden, y la reina Isabel ocupaba su puesto.

Este acto en virtud del cual el pueblo se administró justicia por su propia mano indignó en alto grado a la nobleza. Obligóse a la ciudad a prestar una caución de 30.000 marcos en garantía de que no se turbaría el orden, y el rey, movido por las peticiones de los adeptos de Tenczynski y por la actitud tumultuaria de toda la nobleza, se decidió a convocar una dieta en Korczyn para el día 6 de diciembre, a fin de dictar una resolución en este asunto.

En vista de la queja del hijo de la víctima, todo el Consejo y los ancianos de los grandes y pequeños gremios fueron citados para la dieta. La ciudad, invocando los privilegios jurados, manifestó que en virtud de éstos sus habitantes sólo estaban obligados a rendir cuentas de sus actos dentro de los muros de la ciudad; pero el procurador, que fué el portador de la apelación de la ciudad, el noble polaco Oraczowski, no consiguió hacerse oir, pues no se consintió que diera lectura a la carta-privilegio de la ciudad: en presencia del rey se le golpeó, le arrancaron los cabellos, y le hubieran indudablemente dado muerte a no haberle protegido el manto real, al cual se agarró poseído de angustias mortales.

A la segunda citación comparecieron cuatro consejeros con el procurador, pero tampoco fueron oídos: el procurador fué encerrado en la cárcel y los consejeros huyeron secretamente a Korczyn, dejando sus carruajes para salvar su existencia. El rey no había encontrado palabra alguna para defender su ciudad ni había consentido tampoco esta vez que se leyera la carta-privilegio.

Hízose la tercera y última citación, y con todo el sentimiento imaginable decidiéronse los de Cracovia a enviar otra embajada, que formaron Pedro Hers, llamado Glowicz, y el vicenotario Adán. Esta vez les fué permitido dar lectura al privilegio. Pero el hecho no produjo resultados, pues la sentencia estaba, en lo esencial, formulada de antemano, y por ella se declaró a la ciudad culpable y se condenó a pagar 30.000 marcos a cada uno de aquellos a quienes la reina había pedido garantía de tranquilidad: además de esto se condenó a los caudillos de los culpables a pagar con sus cabezas la muerte de Tenczynski (1).

(1) El texto se encuentra corrompido: *et pro domino Johanne pro homicidio patris capita*, y debe completarse seguramente con la palabra *reorum*.

Después de esto se disolvió la dieta, y en Cracovia, adonde se dirigió el rey con sus consejeros, el castellano, hermano del asesinado, pidió el cumplimiento de la sentencia de Korczyn.

por gente baja y de oficio que había huído ya de la ciudad.

Entonces llegó un nuevo requerimiento del rey: el castellano había dado los nombres de los culpables, que eran Es-

Escenas de la vida en Cracovia durante el siglo XV: sastre.—El maestro toma la medida a una dama: junto a ella está sentada una mujer que sostiene en sus rodillas un manto de paño escarlata, probablemente el de la dama. El sastre tiene para su entretenimiento una cabra. Por las ventanas se ve una fértil campiña con una magnífica iglesia. (Del mismo manuscrito citado en la pág. 393.)

El curso ulterior de aquel suceso causa indignación. La aristocracia polaca exigió nueve víctimas por la muerte de Andrés, y el rey no se atrevió a negárselas. Cuando se notificó al Consejo la orden de entregar a los culpables, contestó éste que no sabía quiénes eran y que el interfecto había sido sacrificado por la plebe. Ningún ciudadano de cierta posición había tomado parte en la sedición, la cual había sido llevada a cabo

tanislao Leitimer, burgomaestre; Martín Belze, Kunz Lang y Yarosch Scherlei, consejeros, y Juan Teschner, Nicolás Wolfram, plebeyos, el pintor Woitko, el cerrajero Juan Schilling y Nicolás, presidente del gremio de los prenderos: todos ellos debían ser entregados al rey, el cual, caso de que no le fueran presentados, quería que se presentaran a él, en aquel mismo día, todo el Consejo y el municipio, inclusos los acusados.

En el Consejo ocurrió una escena conmovedora: las víctimas escogidas protestaban de su inocencia, invocaban las libertades municipales e imploraban el amparo del Consejo y del municipio, que sabían perfectamente que eran inocentes. Por último se pidió un plazo de veinticuatro horas para deliberar.

Los acusados permanecieron durante aquella noche en la casa del Consejo, pero a la mañana siguiente el rey repitió su exigencia. El Consejo y el municipio discutieron largamente. En todas partes se hablaba del asunto, pero era innegable que el rey tenía en Cracovia el derecho de jurisdicción personal, y así lo consignaban expresamente aquellos mismos privilegios y libertades que se trataba de salvar. Debía comparecerse ante el rey, no ante Tenczynski ni ante la nobleza: si la población no obedecía, salíase ella misma del terreno legal; por esto tomóse el acuerdo de obedecer.

Todo el Consejo sirvió de custodia a los acusados, los cuales fueron conducidos a palacio en los coches de la corporación, y al ser los nueve presentados al rey, hablóse a éste en los siguientes términos: «Augusto señor y rey: Con severos mandatos ha exigido vuestra alteza que, en virtud de nuestros juramentos y de la debida obediencia, presentemos a vuestra alteza los hombres que han sido injustamente acusados. Para no hacernos culpables de desobediencia y de rebelión los hemos acompañado hasta aquí, no como reos y presos, sino como inocentes y no convictos, y todo el municipio y nosotros pedimos a vuestra alteza que si a alguno de ellos se ha de acusar ante su gracia, sea conducido hasta nuestro tribunal para que podamos examinar la acusación y la defensa. También pedimos a vuestra alteza que ampare nuestro derecho municipal y nos mantenga en él.» Cruzáronse luego varias preguntas y respuestas, pero el resultado fué que los acusados fueron encerrados en los calabozos del palacio. El castellano defendió la tesis de que la dieta había ya dictado su sentencia y que era preciso decapitar a los reos. El rey, sin embargo, y sus consejeros trataban, al parecer, de salvar a aquellos infelices. En definitiva, se llamó al hijo de Tenczynski y bajo su juramento fueron condenados seis de los nueve: el día 15 de enero de 1462 fueron decapitados en palacio Estanislao Leitimer, Kunz Lang, Yarosch Scherlei, Juan Schilling, Woitko y Nicolás.

El acta del Consejo que referente a este asunto ha llegado hasta nosotros no nos dice que en él desempeñaran gran papel las diferencias nacionales y de clase; pero los nombres que se han conservado son tan significativos que no se requieren ulteriores pruebas, y el cuadro de la parcialidad que en la administración de justicia presidía en aquella época hace inútil todo comentario. Sólo en un punto podríamos equivocarnos. El rey Casimiro no tenía tan poca fuerza de voluntad como aparentó en aquella cuestión, y el supremo deseo de su alma era romper las cadenas con que la aristocracia polaca le tenía aprisionado. La misma guerra con la orden teutónica le convenció de la necesidad de acabar con las libertades de la nobleza y de salirse de la tutela del Consejo de los oligarcas, pues la aristocracia polaca al comenzar la guerra había exigido de él, bajo amenaza de negarle la ayuda de sus armas, nuevas libertades, y aun estaba vivo en su memoria el recuerdo de las humillaciones que había tenido que sufrir de parte de Olesnicki.

El espíritu independiente del rey se manifestó por vez primera en la conducta que siguió con el clero: en efecto, con su enérgica intervención hizo poco menos que ilusorio el derecho de elección del cabildo y la misma cólera de la Sede apostólica no le impidió cumplir su voluntad y elevar a las altas dignidades eclesiásticas únicamente a aquellas personas que le eran simpáticas (1). La experiencia que había hecho con Olesnicki le indujo a no consentir que el alto clero ejerciera influencia alguna en su política, de suerte que cada día se manifestaba de una manera más marcada el carácter decidido del monarca. Desde 1455 rodeóse de jóvenes más adictos a su persona que aquellos magnates para quienes el interés de clase era el móvil decisivo de sus apreciaciones sobre las cuestiones políticas, y a pesar del descontento que su ausencia produjo en Polonia, Casimiro residió con preferencia en la Lituania, donde le seducía algo más que los placeres de la caza, como decían sus enemigos.

En efecto, allí podía rehuir mejor la influencia de los magnates polacos y además era precisa su presencia personal para destruir el creciente antagonismo entre Polonia y Lituania. En 1456 pare-

(1) Véase sobre la llamada «guerra espiritual» a Zeissberg, pág. 226.

cía inminente la separación de Lituania: bajo la dirección de Juan Gastold, de Jorge Ostroz y de Alejo Sudimund, los lituanos habían acordado, para reconquistar la Podolia, separarse de Casimiro, a quien se acusaba de perjuro, y ofrecer la corona de Gran duque a Simón Olelkowitz, hijo del príncipe Olelko de Kieff. Casimiro supo con gran habilidad no sólo sofocar la rebelión proyectada, sino también impedir que los lituanos se arrojaran sobre la Podolia.

En este sentido fué altamente tranquilizadora y mesurada su política lituana, consiguiendo con ella que los lituanos le facilitaran en 1458, para la guerra contra Prusia, un contingente de 8.000 hombres mandados por el vaivoda Juan Chotkiewitz y que hicieran a la corona de Polonia un empréstito de 80.000 florines de oro. Al año siguiente, como síntoma del descontento producido por la preponderante situación de los magnates polacos, salió del círculo de aquellos jóvenes, a quienes prestaba oídos el monarca, un documento cuyos principios fundamentales, perfectamente aplicados, debían robustecer esencialmente el poder de la monarquía.

Un hombre ilustre de la Gran Polonia, Juan Ostrorog, que había recibido en Bolonia el grado de doctor en ambos derechos, consignó sus principios, altamente influidos por el derecho público romano, en el famoso: *Monumentum pro comitiis generalibus regni sub rege Casimiro pro reipublicae ordinatione congestum.* En aquel notable escrito se consignaban ideas propias del Estado moderno. En el terreno religioso, la reforma recomendada por Ostrorog no se llamaba reforma, sino Iglesia nacional; desde el punto de vista político, quería destruir las últimas sombras de las pretensiones imperiales prescribiendo que en lo sucesivo no hubiera notarios pontificios e imperiales, sino simplemente notarios reales.

En el interior, aquellas doctrinas tenían por consecuencia que el clero del

Escenas de la vida en Cracovia durante el siglo XV: comerciantes. – Un comerciante vestido con larga túnica de brocado y con turbante, es decir, con el vestido de corte de aquel tiempo, recibe en su almacén algunos géneros. El que los entrega va vestido en traje de camino y armado. (Del mismo manuscrito citado en la página 393.)

reino dejara de ser considerado como una clase privilegiada y estuviera obligado como los demás a contribuir a las cargas del Estado; que cesaran en adelante todas las alianzas y hermandades que, como las llamadas confederaciones, ligaban el nervio vital o venían a ponerse en lugar de éste en el seno de los pequeños círculos; y, por último, que el Estado no reconociera más que una nación, Polonia, y cesaran los privilegios que habían gozado los extranjeros domiciliados en el reino (1).

Declarábase, en cierto modo, la guerra al fundamento del Estado polaco, es decir, al sistema de privilegios, y el rey, que durante la guerra contra la orden teutónica había visto que obstruían su camino estos grupos más o menos grandes de súbditos exentos por los privilegios de la obligación de rendir las debidas prestaciones, se adhirió a esta tendencia. Así Casimiro no vaciló en romper por este lado y sin consideración alguna toda resistencia, y cuando se trató del rebelde castellano de Nakel no retrocedió en apelar al recurso extremo, es decir, al hacha del verdugo.

Hizo, además, que los estarostes recaudaran violentamente tributos, y la burocracia, hasta entonces casi ilimitada en sus funciones y que se había adjudicado la tutela del rey, vióse poco a poco reducida a su antigua y modesta situación de servidora, ejecutora y consejera del monarca. Esta política, sin embargo, sólo fué seguida con verdadera energía respecto del clero, cuya derrota quedó coronada con el nombramiento de los obispos hecho por el rey. El clero perdió su independencia y de su seno no pudo ya salir un personaje como Olesnicki.

Para que esta conducta produjera sus frutos hubiera tenido el rey que seguir aplicando las doctrinas que, en su esencia, habían sido reconocidas como buenas. Pero no lo hizo así: en un principio favoreció a la Szlachta, es decir, a la pequeña nobleza, para acabar con los privilegios de los magnates, mas no supo perseguir sistemáticamente su objeto.

Con razón se ha hecho notar que la administración era el punto más débil de su gobierno. Los antiguos abusos en la administración de la justicia y en el ejército no fueron extirpados, y aun cuando la organización militar del año 1475 (2) hacía obligatorio el servicio para todos los propietarios sin excepción, tardóse mucho en conseguir una igualdad ante la ley, aun prescindiendo del número preponderante de los súbditos no nobles del monarca. La pequeña nobleza que, como hubiera podido creerse, estaba destinada a quebrantar, bajo la dirección del rey, el poder de los magnates, vióse muy pronto por falta de protección nuevamente sujeta a la dependencia de los señores, que se valieron de ella en su propio provecho y en contra de la monarquía. Esta preponderancia de la pequeña nobleza sólo consiguió salir a luz por medio de un rodeo.

El rey, para conseguir concesiones de impuestos que no era de suponer se lograran de las dietas sometidas a la influencia de los magnates, hizo que las Szlachtas de las vecinas comarcas eligieran plenipotenciarios que fuesen enviados como «emisarios provinciales» a los lugares por el rey a este objeto designados (por ejemplo, a Kolo, en la Gran Polonia, a Korczyn, en la Pequeña Polonia). Esto no excluía que comparecieran allí voluntariamente los miembros de la nobleza.

En unión de todos discutió y acordó el rey nuevos impuestos, aprestos de guerra, etc.; pero los acuerdos de esta suerte tomados sólo podían ser válidos para las comarcas representadas. Casimiro dió en 1468 un paso más adelante, el más trascendental de cuantos registra la historia de la Constitución de Polonia. En efecto, convocó a todos los delegados a una asamblea general que había de celebrarse en Piotrkow, disponiendo que cada vaivodía enviara dos representantes. Así nació la cámara de delegados provinciales, *izba poselska*, que en unión del Consejo del rey, compuesto de oligarcas, o del Senado como se le llamaba, formaba el *sejm walny krolewstwa*, o sea la dieta polaca, que poco a poco fué apropiándose todas las atribuciones de las antiguas asambleas del reino.

El sucesivo desarrollo hizo que la parte propiamente influyente de esta dieta fuese la cámara de delegados provinciales (3), mientras el Senado, presidido por el rey, adquiría el carácter de comi-

(1) Véase Zeissberg, pág. 413.
(2) *Vol. Leg.*, págs. 104-105.

(3) Más claramente expresado en el estatuto de Radom de 1500, en el cual se dice: ... *Statuimus, ut deinceps futuris temporibus perpetuis, nihil novi constitui debeat per Nos et successores Nostros sine communi consiliariorum et nuntiorum terrestrium consensu... Vol. Leg.*, tomo I, página 137.

sión preparatoria de los acuerdos. En los tiempos de Casimiro fué todavía posible, cuando la dieta le ponía en un compromiso, acudir a las asambleas provinciales para hacer prevalecer en ellas la voluntad del monarca. Esto, sin embargo, no era más que un estado de transición y el poder de la nueva dieta estribaba precisamente en ser la verdadera expresión de la voluntad popular, o lo que era lo mismo en Polonia, de la nobleza.

Los delegados, convocados cada dos años, eran cada vez nuevamente elegidos *ad hoc* y recibían determinadas instrucciones de las cuales no podían salirse. «El poder propiamente dicho reside en la nación, según se decía, y en las distintas comarcas, según era en realidad (1),» porque los delegados volvían siempre a presentarse a sus electores y eran dependientes de ellos. En la dieta ejercía también no escasa influencia el círculo de oyentes nobles que a ella asistía, constituyendo un elemento que en cierto modo era el coro del drama que representaban el rey, el Senado y los delegados provinciales.

La Szlachta, durante tanto tiempo despreciada por la aristocracia, tuvo de esta suerte en sus manos el manubrio de la política interior y muy pronto también el de la exterior. Con esto se inició un nuevo período en la historia de Polonia.

CAPITULO XXI

POLÍTICA EXTERIOR DE CASIMIRO

Así como las relaciones mutuas entre Lituania y Polonia y la agresiva tendencia de la política rusa forman el hilo que siempre marca la dirección del reinado de Casimiro, cuando prescindimos de las luchas contra la orden teutónica que llevamos descritas, vemos que las relaciones con Bohemia y Hungría son las que deben ser tenidas en cuenta para la mejor inteligencia de la política exterior del rey. Esta lleva impreso el carácter de una política familiar y las ventajas que de ella se derivaron son simplemente las que una política de esta clase puede reportar. Con los medios empleados por Casimiro era punto menos que imposible crear algo duradero, pero es innegable que dentro del círculo que él mismo se trazó procedió con habilidad suma.

En 1458 había fallecido aquel Ladislao que había logrado reunir sobre su cabeza la corona de Hungría y de Bohemia, rompiéndose con su muerte la unión artificial de los dos Estados, pues fueron elegidos en Bohemia Jorge Podiebrad y en Hungría Matías Corvino, hijo de Juan Hunyade. Entonces tuvo Casimiro la posibilidad de apoderarse de ambas coronas, pero la guerra contra la orden teutónica aconsejaba ser prudente, y por esto el día de Santa Catalina del año 1460 se celebró una reunión preparatoria y en 1462 una asamblea en Glogau que aseguró las relaciones pacíficas entre Bohemia y Polonia.

Es tanto más notable que Polonia permaneciera fiel a este acuerdo, cuanto que en Roma se miraba con malos ojos esta alianza con el «rey de los herejes,» y para que Casimiro pudiera proceder con entera libertad contra Podiebrad, la Curia había negociado la paz de Thorn. El plan de la Curia consistía en que Casimiro aceptara la elección de rey de Bohemia que había de recaer en él o en uno de sus hijos y se colocara al frente de los católicos bohemos para expulsar a Podiebrad.

En este concepto, sin embargo, sufrió una desastrosa derrota, pues aun cuando consiguió que una asamblea reunida en Iglau eligiera a Casimiro rey de Bohemia, éste persistió en su negativa. Una embajada que envió a Bohemia consiguió concertar un armisticio entre Podiebrad y la liga de señores que le combatía (noviembre de 1467), y cuando los miembros de ésta, indignados por la negativa de Polonia, eligieron rey a Matías Corvino, Casimiro supo interponer su mediación y parar el golpe. Desde entonces fueron cada vez más íntimas sus relaciones con Podiebrad, y sólo el temor de un funesto rompimiento con Roma le impidió aceptar para su primogénito Wladislao la mano de la hija de Jorge.

Cuando, en 22 de marzo de 1471, falleció Podiebrad, Casimiro no vaciló en dar a su hijo el consentimiento para aceptar la corona que le ofreció la elección de los Estados bohemos. A fines de julio de 1471 el joven rey salió de Cracovia y en agosto entró en Praga, donde fué por todos reconocido. Menos afortunado fué su hermano menor Casimiro, que entonces contaba catorce años y a quien había de ir a parar, según espera-

(1) Véase Huppe: *Constitución de la República de Polonia*, pág. 122.

ba su padre, la corona de Hungría, pues era de creer que Corvino no pudiese resistir el ataque de las fuerzas bohemas y polacas combinadas.

Una acción común de Bohemia y Polonia era indudable desde el momento en que el rey Matías Corvino no se mostró dispuesto a renunciar a Bohemia, de la cual se creía seguro y que le había sido cedida por un breve pontificio. Aun cuando Wladislao residía todavía en Praga, la mayor parte del territorio estaba dominado por Matías, de quien hubiera sido indudablemente la victoria definitiva a no haberle inutilizado una conjuración que estalló a sus espaldas y al frente de la cual figuraba no el pueblo, que le quería y le era adicto, sino el clero, indignado porque el rey le había impuesto un elevado tributo para atender a las necesidades de la guerra.

El arzobispo Vitez de Gran, que se consideró personalmente ofendido, organizó una conspiración cuyo objeto era destronar al rey y elevar al trono de Hungría al joven Casimiro de Polonia. El rey Casimiro no se hizo bien cargo de los sucesos y aceptó la propuesta que en favor de su hijo le hicieron los conjurados. En 6 de diciembre publicó el príncipe Casimiro, desde Cracovia, un manifiesto en el cual declaraba la guerra a Matías Corvino y formulaba enérgicamente sus pretensiones hereditarias sobre la Hungría. Pero los conjurados fueron sucumbiendo uno tras otro, como sucumbe la paja al impulso del viento, cuando se presentó el rey Matías en Ofen. Este restableció rápidamente su autoridad, de tal manera que impunemente pudo apoderarse de todos los bienes del traidor Vitez.

El príncipe Casimiro, que, a principios de octubre de 1471, penetró en Hungría al frente de un ejército, vióse reducido casi exclusivamente a sus propias fuerzas, y cuando Matías, que evitaba librar una batalla, consiguió con su hábil proceder reconciliarse con Vitez, el pretendiente perdió toda probabilidad de éxito y en marzo de 1472 tuvo que evacuar el país y emprender hacia Polonia una retirada que se parecía a una fuga.

Corvino despreció toda aquella empresa: en una carta a Zdenk Sternberg expresaba sus burlas, mezclando palabras polacas y bohemas, de la siguiente manera: «Por cierto que en nuestra vida hemos visto pueblo más tonto, más perezoso y más cobarde que el de estos señores polacos, y me parece que una vez descalabrados sus camaradas, se habrá enfriado de tal manera su ardor bélico, que a algunos de ellos apenas se les antojará dentro de un año y un día sorber su *biały jagodnick* (blanco zumo de fresa) (1).»

El fracaso que entonces sufrió el rey Casimiro fué completo, a pesar de lo cual no desistió de sus planes. Por mediación del papa Sixto IV firmóse en 1474 un armisticio por tres años entre Bohemia y Polonia de una parte y Hungría de otra; pero en 1477 estalló de nuevo la guerra, durante la cual se patentizó una vez más la superioridad de Hungría sobre las otras dos potencias. Matías supo aprovecharse de un conflicto surgido, a propósito del obispado de Ermeland, entre Nicolás de Tungen, elegido por el cabildo catedral, y Andrés Oporowski, candidato del rey, de tal suerte que la orden teutónica y Polonia se encontraron una enfrente de otra, en la mayor hostilidad, a pesar de la «paz eterna.»

A la orden le pareció que se le presentaba ocasión, aliada con Hungría, de resarcirse de los daños producidos por la guerra de treinta años. Sólo por las hábiles negociaciones en las cuales representó un papel importante el historiador de aquella época Dlugosz, consiguióse extinguir «el incendio,» cuyas llamas amenazaban devorar todo el Occidente. Las guerras turcas, que tenían a Hungría en grave aprieto, dejaban sentir también sus efectos, y la paz de Olmutz puso fin, en julio de 1479, a un estado de cosas que tan funesto era para Polonia, Bohemia y Hungría. Matías hizo las paces con Wladislao y Casimiro, y como Tungen se había sometido también, el Gran maestre Martín Truchsecz no tuvo más remedio que prestar en 9 de diciembre de 1479, en manos del obispo de Cracovia, el homenaje que durante tanto tiempo se había negado a rendir (2).

Además en 1485 Esteban, el vaivoda de la Moldavia, se vió obligado a jurar fidelidad a Casimiro. El valiente príncipe causó, en 1474, a los turcos una sangrienta derrota, y únicamente se vió precisado a ceder ante fuerzas superiores cuando el sultán Bayaceto II sucedió a su pa-

(1) Fessler: *Historia de Hungría*, 2.ª edición, tomo III, pág. 96. Sobre este capítulo véase también Zeissberg, pág. 240.

(2) Se encuentra una excelente descripción de la situación de Polonia en aquel tiempo en el documento de Callimaco, *Acta Tomiciana*, I, cap. 20. El contenido y la rectificación de la fecha se encuentran en Zeissberg, pág. 364.

dre. Pero como los 3.000 hombres que Polonia, una vez prestado el homenaje, puso a su disposición eran suficientes para arrojar del país a los enemigos, se firmó en 1487 un armisticio con Bayaceto. La Polonia seguía en este punto una política enteramente contraria a la de la Santa Sede, pues mientras los Papas trabajaban por organizar una cruzada bre con la victoria conseguida sobre los tártaros (1489) en la batalla de Szaurana. Durante los últimos años del reinado de Matías Corvino, la hostilidad entre él y Bohemia y Polonia había llegado a un grado tal que esta última nación llegó a pensar en aliarse con los turcos para ir contra Hungría. La muerte de Corvino, acaecida en 6 de abril de 1490,

El almacén de paños en Cracovia, construído por Casimiro el Grande en 1358 y reconstruído en 1557

general de todos los príncipes de Occidente contra los turcos e inspiraban en este plan su conducta respecto de Bohemia, Hungría y Polonia, el gobierno de Cracovia estaba tan convencido de las pocas probabilidades de éxito que ofrecía la empresa, que consideró más prudente, sin negarse definitivamente a tomar parte en ella, sacar todo el provecho posible de la conducta de la Curia basada en este punto de vista. A este proceder debió Wladislao la corona de Bohemia.

Que Casimiro esperaba por este medio conquistar para su familia la Hungría, nos lo demuestra la desdichada empresa del joven Casimiro, que murió en aquel tiempo. En la época de que hablamos el rey Casimiro volvió a acariciar el plan de conquistar la corona húngara para su tercer hijo Juan Alberto, joven príncipe que había logrado hacerse un nomfué causa de un cambio sorprendente.

El trono húngaro tenía muchos pretendientes: en primer lugar, Beatriz, la viuda de Matías, y Juan Corvino, hijo natural del difunto monarca; después el rey de Romanos Maximiliano; el rey Wladislao de Bohemia, como nieto mayor del rey Alberto, y por último Juan Alberto, hijo segundo de Casimiro. La candidatura de este último estaba protegida por el rey Casimiro y por su esposa Isabel, pues Casimiro quería, a ser posible, una corona para cada uno de sus hijos. A su juicio, Wladislao tenía ya lo suficiente con la Bohemia; Polonia y Lituania estaban destinadas a Alejandro y a Segismundo; de manera que si conseguía poner en el trono húngaro a Juan Alberto, todo el Oriente de Europa, a excepción de Moscou y de la Turquía, pertenecería a los Jagellones.

Los demás pretendientes pronto quedarían supeditados por ambos Jagellones si éstos, en vez de ser hostiles el uno al otro, se unían para una acción común. Los magnates húngaros estaban en favor de Wladislao, porque esperaban que éste sería para ellos un soberano acomodaticio y débil; en cambio la pequeña nobleza se mostraba partidaria del enérgico Juan Alberto, y aun cuando los partidarios del último consiguieron hacerle elegir en el Rakos de Pest (15 de mayo de 1490), pronto se vió que no estaba con él la mayoría de la nación.

También Beatriz, que se había agitado en pro de Wladislao con la esperanza de sucederle, Maximiliano y Juan Corvino fueron vencidos. Antes de que Wladislao fuera elegido ya se le había prestado juramento de fidelidad y en 15 de julio fué solemnemente proclamado rey en la iglesia de San Jorge, de Pest. Pronto se encontró al frente de 15.000 hombres en las fronteras del reino, y en 9 de agosto, después de haber jurado una vergonzosa capitulación electoral, hizo su entrada en Gran. Pero también Juan Alberto había penetrado con un ejército en Hungría, mientras por otro lado Maximiliano dirigía sus tropas contra Pest. En tanto que este último por la falta de recursos, que era en él crónica, tenía que evacuar el país sin haber conseguido nada, Juan Alberto perdió un tiempo precioso con el sitio de Kaschau, y cuando en el invierno de 1491 se encontraron frente a frente los ejércitos de los dos hermanos, Wladislao consiguió que desertaran la mayor parte de las tropas polacas de Juan Alberto, de suerte que en definitiva pudo llegarse, en 20 de febrero, a un tratado, no sin haber para ello intervenido Casimiro, que quiso salvar a su hijo predilecto.

El príncipe Juan reconoció a su hermano Wladislao como rey de Hungría, recibiendo como compensación de sus supuestos derechos a la corona húngara los ducados silesios de Glogau, Sogan, Oels, Oppeln, Tost y Kosel y las ciudades de Krossen, Steinau, Beuthen y Hotzenplotz, con los castillos y soberanías anejos.

Todos estos territorios continuaron, sin embargo, obligados a prestar al rey los servicios de guerra y debían ser restituídos a Wladislao o a sus sucesores cuando Juan Alberto fuera rey de Polonia. Si Wladislao no dejaba heredero alguno y si se conseguía hacer abdicar a Maximiliano, Juan Alberto debía suceder a su hermano en el trono húngaro (1).

El rey Casimiro, a pesar de su cooperación, no se mostró inclinado a aceptar este arreglo. A pretexto de que las condiciones del tratado de Kaschau no habían sido cumplidas, Juan Alberto, a excitación de su padre, penetró en septiembre del propio año en Hungría al frente de un ejército. Wladislao se encontraba en gravísimo apuro, pues su hermano había comenzado con buen éxito su campaña; pero la fortuna le fué propicia cuando consiguió que la crédula Beatriz le auxiliara mediante promesa de casarse con ella.

El día de Navidad del año 1491 trabóse, cerca de Eperics, la batalla decisiva, en la cual Zapolja derrotó a los polacos de Juan Alberto, a pesar del gran valor personal de que dió prueba el príncipe, encerrándole en aquella ciudad con los restos de su ejército. Entonces no le quedó al vencido más recurso que aceptar las condiciones de Wladislao, en virtud de las cuales debían ser evacuadas todas las plazas que los polacos ocupaban en Hungría. Después de haber renunciado a todo, pudo Juan Alberto regresar a Polonia.

Este fué un duro golpe para Casimiro, el cual, desde entonces, dirigió todos sus esfuerzos a conseguir la elección de Juan Alberto para el trono de Polonia y la de Alejandro para el gran ducado de Lituania. Para Segismundo se destinó un ducado feudal polaco o lituano.

El afán de asegurar para cada uno de sus hijos una corona fué causa de que el anciano rey descuidara los intereses de Polonia y de Lituania: así consintió que los tártaros de Perekop se sometieran a los turcos; así perdió los importantes puertos moldavos de Kilia y de Bialygrod, y respecto de Moscou siguió una política de debilidad y de desconfianza cuyos perniciosos resultados hemos visto en otro lugar. Su afición a la caza, que Olesnicki le había ya echado en cara, fué en aumento, y en cuanto podía perseguía en las selvas a los bisontes, sin cuidarse del desorden y de la mala administración, crecientes de día en día. No es, pues, de extrañar que la arrogancia de la nobleza se aumentara en proporción de la inactividad y de la indolencia del monarca.

---

(1) Véase Fessler, pág. 237, y Zbignieff Kniaziolucki: *Juan I Alberto.* El tratado está impreso en Sommersberg: *Diplomatarium Bohemo-Silesiacum*, Léipzig, 1732.

En los últimos años de su vida ocurrió una escena que le costó una importante provincia. Los magnates lituanos, reunidos en Wilna para asistir a la dieta, acordaron excitar al rey a que adoptara

dedo. Profundamente indignados y convencidos de que el rey había querido inferirles un ultraje, salieron de Wilna decididos a separarse del soberano, sin que se dieran por satisfechos con que el

Tapa del sarcófago de Casimiro Jagellón en la catedral de Cracovia (según Essenwein)

enérgicas medidas contra Moscou. Cuando los príncipes de Sewersk, que eran los que más interesados estaban en ello, se presentaron un día en el palacio del rey para prestarle sus ordinarios servicios, el portero, que no les conocía, les negó la entrada. Entonces trataron de forzar la puerta, y en esta agresión y resistencia el principal de ellos se magulló un

rey mandara dar muerte al, en el fondo, inocente portero. Entonces recordaron que Casimiro, contra la voluntad de sus súbditos greco-católicos, había mantenido los principios de la unión eclesiástica de Florencia y se pasaron a Moscou.

Poco después enfermó Casimiro en Troki, cuando estaba a punto de emprender el viaje a Polonia, y en Grodno

empeoró de tal manera que tuvo que guardar cama. La impericia de los médicos agravó el mal: a la disentería vino a unirse la hidropesía, y, por último, los facultativos manifestaron al enfermo que no había remedio alguno para sus males. Casimiro oyó tranquilo esta manifestación y no dijo más que estas palabras: *Moriendum ergo.* Tuvo, sin embargo, tiempo todavía para poner en orden sus asuntos. Después de haber excitado a los magnates polacos y lituanos a que aseguraran la sucesión para sus hijos, falleció en 7 de junio de 1492 a la edad de sesenta y cuatro años

Casimiro no fué un mal monarca, sólo que sus virtudes eran las de un hombre particular, no las de un soberano. Frugal, moderado, de severas costumbres, fuerte, liberal como todos los Jagellones, cazador apasionado, pero amigo también de las ciencias, faltábale, sin embargo, para ser un buen soberano la afición al trabajo y la firmeza en sus opiniones.

Si bien en los comienzos de su reinado supo resistir, no sin energía, la influencia del clero y de la alta nobleza, poco después abandonó las ventajas conseguidas. Hábil en subterfugios, no era, sin embargo, un político profundo. Sus planes y sus proyectos se realizaron, pero no fueron muy vastos, pues todo su arte se desenvolvió siempre dentro de los límites de la política familiar. Los importantes cambios interiores que en su tiempo se realizaron en Polonia y en Lituania se verificaron a pesar suyo, no por él.

Era de corpulencia más que mediana, calvo de la coronilla, de rostro largo y flaco. Cuando hablaba ceceaba de un modo gracioso. Por sus aficiones fué siempre más bien lituano que polaco.

El cadáver de Casimiro fué enterrado en la capilla del castillo de Santa Cruz. El precioso mausoleo de estilo gótico, construído con bloques de pórfido rojo, nos representa la figura-retrato del rey descansando en un sarcófago cuyas superficies laterales presentan figuras de polacos de todas clases en actitud de desesperada tristeza. Un ciudadano de Cracovia, llamado Wit Stwosz (el alemán Weit Stoss), construyó aquel grandioso monumento, ayudado por Jorge Húber, de Passau (1).

(1) Véase Przedziecki: *Monuments du moyen-âge et de la Renaissance dans l'ancienne Pologne*, Varsovia, 1855-1858.

CAPITULO XXII

JUAN ALBERTO Y ALEJANDRO

Por más que se había afanado Casimiro por asegurar la sucesión a sus hijos, éstos no consiguieron sin dificultades ocupar sus tronos.

Las mayores facilidades las ofreció relativamente Lituania, donde de antemano se había resuelto hacer la elección con independencia sin consultar a Polonia, y después de alguna vacilación, que se manifestó en una asamblea precipitadamente reunida en Wilna, donde se presentaron las candidaturas de Simeón Oelkowitz de Sluck y de Alejandro, hijo de Casimiro, la mayoría se decidió unánimemente por el último. A Alejandro se debió la concesión del privilegio de 6 de agosto de 1492, en virtud del cual se reconocía a los prelados, príncipes, barones, a la nobleza y a las ciudades de Lituania, Reuss y Schamait todos los derechos y libertades de que disfrutaba la nobleza polaca (2): funesto presente, pues la Lituania se vió envuelta en el pernicioso movimiento que en Polonia, para favorecer a la nobleza, amenazaba con despojar de todos sus derechos a las demás clases.

En Polonia no se llegó tan fácilmente a un acuerdo. A mediados de agosto se reunió la nobleza en dieta electoral en Piotrkow, tomándose, con gran indignación, acta de la conducta arbitraria de los lituanos, abiertamente opuesta a los pactos de Hrodlo. El obispo Federico de Cracovia, hijo también de Casimiro, dirigió las discusiones, que desde luego tomaron un carácter tumultuario: su situación era difícil, porque tres de sus hermanos eran candidatos al trono.

Aquellos a quienes interesaba el mantenimiento de la unión lituano-polaca deseaban por rey a Alejandro, recientemente elegido Gran duque de Lituania, y en realidad era éste el único medio para conservar las relaciones tales como entre ambos Estados habían existido en tiempo de Casimiro. En pro de la candidatura de Alejandro abogaba también el hecho de tenérsele por hombre de escasa energía y mano pródiga, y a este lado se inclinaba la mayoría de los magnates polacos. En favor de Juan Alberto estaban todos los demás, a excepción de los que temían a este enérgico príncipe y no querían tampoco a Alejandro: su

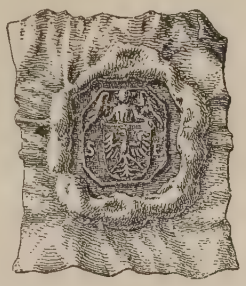
(2) Véase Danilowitz, tomo II, núm. 2044.

candidato era Segismundo, el hijo menor de Casimiro. Por último, hubiera figurado también en la lista el nombre de Wladislao, de Bohemia-Hungría, a no haber conseguido de él la reina madre que renunciara expresamente a sus pretensiones a la herencia.

El duque Janusz de Masovia se aprovechó de esta divergencia de opiniones para presentarse, a su vez, como pretendiente, y adelantándose al frente de mil hombres armados hasta Piotrkow, hizo constar que era un descendiente directo de Casimiro el Justo y de Boleslao I, es decir, un Piast legítimo, no como aquellos lituanos, por cuyas venas circulaban escasas gotas de sangre polaca y aun éstas transmitidas por línea femenina. El arzobispo de Gnesen, otro Zbignieff Olesnicki, se puso decididamente a su lado y probablemente la cuestión se hubiera decidido en favor suyo si la anciana reina Isabel no hubiese enviado a su hijo predilecto, Juan Alberto, un auxilio de 1.600 jinetes perfectamente armados que se presentaron en Piotrkow. Esto hizo inclinar la balanza, y el día 27 de agosto fué elegido rey Juan Alberto, celebrándose en 23 de septiembre con grandes festejos en Cracovia la ceremonia de su coronación.

De esta suerte se llegó a la solución por Casimiro deseada: el mejor de sus hijos poseía el difícil trono polaco y podía esperarse que aquel hombre enérgico, que entonces contaba veintidós años, se mostraría a la altura de su misión. La separación efectiva de Lituania y Polonia no podía, en sí misma, ser considerada como una desdicha, de modo que los historiadores polacos no tienen razón al decir que fué causa de la disminución del poderío de Polonia. Precisamente la unión de Lituania y Polonia fué una calamidad para una y otra nación, pues hizo que ambos pueblos emprendieran una falsa senda así en el exterior como en el interior. La separación debía salvar a las dos partes si cada una de ellas dirigía todas sus fuerzas a atender, ante todo, al interés y al robustecimiento de su Estado en sus verdaderos fundamentos. Para Polonia habría sido entonces la mayor dicha que pudiera imaginarse un gobierno monárquico fuerte que pusiera freno a la arrogancia cada vez más desmedida de la nobleza y supiera hacer respetar de nuevo el derecho.

Pero ni Alejandro en Lituania ni Juan Alberto en Polonia estuvieron a la altura de esta misión. Ya en otra parte hemos visto que el matrimonio de Alejandro con la hija de Iván III de Masovia fué una calamidad para la Lituania; y en cuanto a Juan Alberto, fracasaron sus vastos planes porque no podían realizarse con aquella nobleza voluntariosa. Durante los primeros años del reinado de Juan Alberto parecía como si, apoyado por aquellos de sus consejeros verdaderamente monárquicos, quisiera empuñar con firmeza las riendas del gobierno



Sello anular del obispo Federico.—Estampado en cera con cubierta de papel, en un documento en pergamino de la colección de Pulawy. Ostenta un escudo sostenido por un ángel, con el águila polaca coronada. A los lados del escudo: S(ignetum) F(riderici). (Según Vossberg.)

y resucitar la antigua importancia del poder real, pues encontramos una mayor magnificencia y una severa etiqueta que abría un abismo entre el monarca y los magnates.

Quizás con intención de sentar las bases de un ejército permanente se rodeó de una numerosa y bien armada guardia de corps; procuró educar a la nobleza dentro de mejores prácticas militares y proyectó reformas en la administración y en la hacienda, que se encontraba en el más completo desorden. En todas las esferas vemos designios y planes, no cabiendo, por tanto, duda alguna de que los deseos del rey de establecer un gobierno monárquico absoluto eran sinceros: el programa del monarca nos ha sido conservado en los famosos consejos de Callimaco (1). En forma de memorial

(1) No entraremos en la cuestión de autor, subsistente todavía. La siguiente lista está tomada de Zeissberg, pág. 393. Callimaco era italiano, antiguo maestro y secretario y amigo del monarca. Falleció en el año 1496. El texto se encuentra en el *Acta Tomiciana*, I, núm. 5. En la hermosa iglesia de los dominicos de Cracovia hay un re-

se dan al rey, en treinta y cinco artículos, los consejos que no sin razón han sido comparados con los que Maquiavelo dió a su príncipe. En ellos se recomiendan en términos secos la supresión del privilegio dado por Luis y el establecimiento de un régimen absoluto.

El príncipe no debía tener por consejeros íntimos más que a dos o tres personas, en lo posible solteras; debía vigilar al Senado, procurando estar con él en relaciones tirantes. A la nobleza se le debían prohibir rigurosamente sus reuniones y se la debía mantener alejada de las conspiraciones, teniéndola siempre dispuesta para la guerra. Respecto de las familias nobles, aparentando agraciarlas con empleos y dignidades se las debía obligar a hacer unos gastos que tuvieran por consecuencia su empobrecimiento, confiando, en cambio, los empleos más importantes del Estado y de la corte a hombres rectos, pero dóciles.

También debía ponerse término a la situación exigente dentro del Estado, estableciéndose, en vez de la elección canónica, el derecho de nombramiento real, disminuyendo las rentas de los obispos y derogando la ley en virtud de la cual se excluía a los que no eran nobles del derecho de desempeñar elevados cargos eclesiásticos. Las abadías debían ser conferidas a hombres doctos, de quienes pudiera echarse mano para embajadas y otros negocios de Estado. El instituto de nuncios o diputados debía quedar suprimido, y en cambio se debía mejorar la situación de los oprimidos kmetes, no confiriendo las castellanías con carácter vitalicio y vigilando los alumbramientos de las castellanas.

El rey debía confiar la recepción de los memoriales y súplicas únicamente a hombres de probado desinterés, tomar bajo su dirección los asuntos de las ciudades y establecer relaciones con las poblaciones comerciales del extranjero. Otros consejos se referían a la hacienda y al mantenimiento de la corte, pero más importantes que todos éstos son los que indirectamente se consignaban sobre política extranjera. El rey no debía tener a su lado a su hermano Segismundo, sino que debía cederle el palatinado de Valaquia, y en cuanto al otro hermano, Federico (el cardenal), era preciso, a ser posible, enviarle a Prusia, sobre todo circulando el rumor de que, a la muerte del Gran maestre de allí, se pensaba en proclamarle a él. Había, además, que precaverse contra los duques de Masovia, que en la elección se le habían mostrado hostiles, con lo cual podría influir para que, en lo porvenir, no hubiera en todo el reino más que una ley y un monarca. Para combatir a los elementos enemigos en el interior se formaría una alianza con el rey de Hungría y el Gran duque de Lituania y aun podía librarse de sus ataques reuniéndolos para una campaña en Valaquia, y una vez allí, y de secreto acuerdo con aquel palatino, aniquilarlos, y si alguno apelaba a la fuga para librarse de esta expedición, podía el rey hacerle envenenar, «pues tal era la manera de proceder de los grandes príncipes.»

Tal fué la tendencia de la política de Juan Alberto, bien que sin descender hasta el derramamiento de sangre. En un tratado que firmó en 5 de diciembre de 1492 con su hermano Wladislao de Hungría, no sólo arregló las disidencias que entre ellos existían, sino que consiguió la promesa de un auxilio recíproco «para el caso de un levantamiento de sus súbditos o de una tentativa de éstos para limitar las regias prerrogativas.» Juan Alberto al hacer esto pensaba en el duque Janusz de Masovia y en el primado del reino, Zbignieff Olesnicki, sobrino del cardenal del mismo nombre, que podían ser considerados como los jefes de la oposición.

Fué una suerte para el rey el fallecimiento de Olesnicki, ocurrido poco después, ya que con él se le ofrecía la posibilidad de elevar a su hermano Federico, obispo de Cracovia, a la dignidad eclesiástica suprema del reino y de asegurarse de esta suerte un amigo de incondicional confianza al frente del clero (1). Esta tendencia del rey se manifestó en la dieta que en febrero de 1493 se reunió en Piotrkow. Por medio de una serie de disposiciones de carácter eclesiástico se trató de refrenar la arrogancia de la nobleza (2) y de poner en orden la desorganizada administración de justicia.

Después de esto, el rey emprendió un viaje a la Gran Polonia: rodeado de su guardia de corps, que se componía de

trato suyo grabado en bronce, que está reproducido en Przedziecki, tomo I. Su vida está relatada en la *Historia de la literatura italiana*, de Tiraboschi, y en Zeissberg.

(1) Federico fué nombrado cardenal por el papa Alejandro VI. En el sepulcro que se le erigió en Cracovia se ha conservado su retrato.

(2) Véase Bandtkie: *Jus Polonicum*, pág. 323.

Lápida de bronce del monumento sepulcral del cardenal Federico Yagielo, en la catedral de Cracovia.—El cardenal, arrodillado a los pies de la Virgen con el Niño Jesús, está acompañado de su antepasado San Estanislao, obispo de Cracovia, que murió mártir de su fe en 1079 y al cual suele representarse siempre en compañía de un hombre a quien resucitó. Este monumento fué construído en 1510 por el rey Segismundo, como dice la inscripción latina.

1.600 hombres, entró en Thorn, donde le prestó homenaje el Gran maestre de Prusia y dió audiencia a los embajadores que a él acudieron con intenciones muy distintas de Venecia y de Constantinopla. Los primeros querían concertar una alianza contra los turcos, y éstos en cambio deseaban la ratificación de la paz concertada con el rey Casimiro. Por más que Juan Alberto deseaba ardientemente la guerra contra los turcos, vióse obligado a prorrogar la paz por tres años, pues la opinión de la nobleza polaca era entonces poco favorable a la guerra y la acción diplomática no se presentaba bastante clara para llevar a cabo una empresa de tamaña trascendencia.

Esto no obstante, no desistió de su intento, y en una reunión tenida en marzo de 1494 en Leutschau (Hungría) y a la cual asistieron todos los hijos de Casimiro, incluso Alejandro, y el marqués Federico de Brandeburgo, se fijaron secretamente las bases de una futura expedición contra Turquía. Acordóse que el más joven de los Jagellones, Segismundo, sería nombrado, en cuanto se presentara ocasión para ello, hospodar de Moldavia, en lugar del inquieto vaivoda Esteban, que inspiraba poca confianza; convínose asimismo en adoptar las convenientes medidas para sujetar a la levantisca nobleza de Hungría-Bohemia y Polonia.

Sin embargo, el rey Wladislao inspiraba muy poca confianza, pues en silencio temía la ambición de Juan Alberto y no podía echar en olvido que éste se había nombrado dos veces rey de Hungría. Por eso hizo todas las promesas que se le exigieron, pero sin ánimo de cumplir ninguna. Tampoco podía contarse mucho con el Gran duque Alejandro, pues estaba en vías de contraer el matrimonio ruso que entonces se negociaba y que le privaba de seguir una política independiente. Esteban estaba en las mejores relaciones con Iván, el cual no quería consentir en que su yerno tomara parte en una guerra contra sus aliados. De aquí que Juan Alberto se viera propiamente reducido a no contar con más auxilios que los de Polonia.

Por esto se esforzó en asegurar su situación en este país adquiriendo por compra el principado de Zotor y agregando a la corona, cuando falleció en 1495 el duque Janusz de Masovia, que tantas dificultades le había creado, los importantes territorios de Plock y Varsovia con las demás posesiones de aquel príncipe, que había muerto sin hijos (1). No dejó de ser también un triunfo considerable el haber conseguido el monarca nombrar obispo de Ermeland a uno de sus más adictos partidarios, Lucas Matzelrode, enemigo de la orden teutónica, a quien se atribuye el plan de trasladar a ésta de Prusia a Podolia para polonizar por completo su territorio. El deseo de paz y la lealtad feudal de Hans de Tiefen quitaron al rey todo temor por este lado. La orden era, entonces, más bien un auxilio que un obstáculo para la realización de sus planes.

Así las cosas, se hace difícil comprender qué fué lo que indujo al rey Juan Alberto a hacer a la nobleza, en la dieta de Piotrkow (septiembre de 1496), concesiones que robustecían su situación respecto de la corona mucho más que antes. Probablemente los preparativos para la próxima e inminente lucha fueron causa de una condescendencia poco noblemente interpretada.

Nunca hasta entonces la nobleza había sido de tal suerte proclamada único Estado autorizado del reino: no sólo fueron renovados sus antiguos privilegios, con la solemne promesa de que nunca serían derogados, sino que además se dió nueva fuerza a la oligarquía de las provincias, se limitó el derecho de jurisdicción y de decretar impuestos que tenía el monarca y se convirtió en siervos de la gleba a todos los que no eran nobles. Las disposiciones concretamente formuladas en tiempo de Casimiro sobre la entrega de los kmetes fugitivos fueron objeto de nueva especificación, redundando ésta en favor de la nobleza, y además se ordenó que las familias plebeyas *(plebejorum)* no pudiesen enviar a la ciudad, para que se instruyeran en las ciencias o aprendieran una industria, más que a uno de sus hijos, y si sólo tenían uno, éste debía permanecer constantemente adherido a la gleba en que había nacido.

Además, para destruir por completo el espíritu de independencia, que se aumentaba con el mayor bienestar, se privó a los plebeyos de los medios de alcanzarlo o de conservarlo, matándose a este fin, con medios legales, el crédito de los labradores en las ciudades (2). Las me-

(1) Janusz tenía un hermano, Conrado, que recibió en feudo una parte de aquellos territorios. Con él perdieron los príncipes de Masovia toda su importancia política.

(2) Véase el *Statuto Joannis Alberti*, *Vol. Leg.*,

didas que para esto se adoptaron fueron inauditas y hubieron de producir efectos tanto más perniciosos cuanto que afectaban indirectamente a la clase media, cada día más oprimida.

Pero esta legislación infausta perjudicó directamente también a los habitantes de las ciudades. Amén de que desde principios del siglo XV estaba prohibido a los ciudadanos el ingreso en los cabildos catedrales de Cracovia y Gnesen, a la sazón se les prohibió ejercer toda dignidad eclesiástica, a excepción de aquellas cuya investidura iba aneja al grado académico de doctor. Así las cosas, no debe extrañar apenas que la libre posesión del terreno se convirtiera en privilegio exclusivo de la nobleza y que los propietarios de la clase media se vieran obligados en breve plazo a vender sus propiedades (1).

El haberse conferido a las asambleas provinciales de las vaivodías la elección de diputados para la dieta, no era más que una consecuencia del deplorable camino emprendido, pero de todas las concesiones del rey, la más sorprendente y opuesta a sus planes fué aquella por la cual se obligó a no publicar nuevas leyes y a no llamar al ejército para la guerra sin el consentimiento de la dieta. En lo sucesivo, pues, debía el rey pedir a las asambleas provinciales particulares de las distintas regiones autorización previa para sus empresas militares.

¿No era ésta una renuncia que hacía la monarquía polaca de su propia política en favor de la nobleza, siempre guiada por los egoístas intereses de clase?

Poco significaba, en aquellas circunstancias, que se adoptara una serie de útiles reformas en la organización judicial y en la administración, pues éstas no podían, en la práctica, llevarse a cabo sin una fuerte monarquía. Una sola cosa se obtuvo con estos estatutos y fué destruir, con la igualdad general de la nobleza, la situación de los pequeños oligarcas polacos.

La soberanía de la Szlachta quedó proclamada, los magnates quedaron encerrados en sus filas. La monarquía polaca no había hecho más que cambiar de soberano, y era muy discutible la ventaja que de tal cambio podía reportar. Los magnates tenían, por lo menos, altas miras políticas, al paso que, con la nueva constitución, las decisiones iban a emanar de una multitud movediza que cambiaba con los vientos. Sólo una cosa podía esperarse, y era que únicamente después de destruídos y anulados los privilegios de que disfrutaba la nobleza, podía renacer una monarquía fuerte y fundada en la igualdad de todos los súbditos ante la ley, y en efecto, tal era el objeto que se proponía el monarca.

El único medio para conseguirlo le pareció ser una campaña que tuviera buen éxito, y a ella tendieron todos sus esfuerzos: lo malo, desde el punto de vista político, era que si la empresa fracasaba no sólo se perdía el triunfo momentáneo, sino también el porvenir de la monarquía polaca.

Bajo este aspecto tuvo excepcional importancia la guerra de Juan Alberto contra el vaivoda moldavo Esteban.

El rey la preparó y la llevó a cabo con la más pérfida deslealtad: el pretexto para ella fué la campaña contra los turcos, pero el verdadero objeto era conquistar la Moldavia. Ni la nobleza polaca ni el Gran maestre de Prusia sabían nada de este plan, y en la primavera de 1497 acudió todo el contingente de la aristocracia a Lemberg, presa del entusiasmo de la cruzada. La orden teutónica y el duque de Masovia no podían eludir el cumplimiento de su deber feudal. El rey consiguió reunir unos 80.000 jinetes y 40.000 infantes, con un tren de 30.000 carros, es decir, un ejército numeroso como nunca hasta entonces había podido la Polonia ponerlo en pie de guerra. Pero la indocilidad de la nobleza se dejó sentir en el mismo campamento. Por magnífico que fuera el aspecto de aquel ejército al ser revistado a orillas del Dniéster, en Podolia, por el monarca, las espléndidas fiestas y la intemperancia de los concurrentes a ellas mostraron

---

tomo I, pág. 117. Véanse especialmente los estatutos *de kmethonum missione, de fugitibus kmethonibus, de filiis kmethonum, de kmethonum debitis apud cives contractis.* En el último punto de este estatuto se decía: *Item propter deordinationem kmethonum, videlicet nulla lege adstricti quidam eorum in superbias efferuntur, preciosis vestiuntur, espensasque sumptuosas et allia faciunt, quae illorum conditioni minime conveniunt, sicque debita inter cives contrahunt excedentes kmethonalia...* Este es un testimonio fidedigno de que la clase labradora polaca estaba en camino de lograr bienestar e importancia. La dieta de 1496 cortó por completo esta arteria vital.

(1) *Vol. Leg.*, 128: *Statuimus quod civibus et plebeis undecumque existentibus, oppida, villas, praedia et bona ali juri terrestri supposita emere, tenere possidereque perpetuo vel obligatorio modo liceat minime... et quod illi qui commode istud facere possent vendere teneantur sub poenis quas ex illis secus facientibus, juxta arbitrium nostrum et Palatini Terrae, in quo illa consistunt, exacturi sumus irremissibiliter.*

claramente (1) que las esperanzas del rey eran exageradas cuando creía que con aquel ejército «podía vencer a todo el poder de los turcos.»

Unicamente en la guardia de corps del monarca y en el séquito del Gran maestre, contra lo que hasta entonces se había visto, se notaba una severa disciplina (2). Así ni por un momento pudo el rey sujetar a su dominio al vaivoda de Moldavia. Que la guerra iba dirigida contra éste se vió claramente cuando el rey mandó prender a los embajadores de Esteban y conducirlos a Lemberg. El ejército, sin esperar las tropas auxiliares masovias y lituanas, encaminóse a marchas forzadas hacia Suszawa, capital de Moldavia, para decidir de un golpe rápido la campaña. Vencido Esteban y puesto Segismundo en su lugar, las circunstancias indicarían lo que en lo sucesivo había de hacerse.

Pero todo salió, en esta expedición, contra lo que se deseaba. Después de grandes penalidades, durante las cuales se puso de manifiesto la escasa fuerza moral del ejército, los expedicionarios, cansados y acosados por las tropas ligeras del vaivoda moldavo, llegaron en julio a Suszawa, ante cuya heroica defensa se estrellaron todos sus ataques. Esteban, que hasta entonces había evitado toda lucha con grandes masas, reunió en la parte occidental de su reino, difícilmente accesible, un ejército de 40.000 hombres, y aprovechando hábilmente la desconfianza con que Wladislao miraba a su hermano, consiguió un auxilio de los húngaros. La Transilvania le facilitó espontánea ayuda y hasta los turcos le prometieron, al parecer, su apoyo.

En tales circunstancias, la situación del ejército polaco se hizo cada día más comprometida; así es que cuando Esteban, por conducto de Wladislao, ofreció un armisticio sobre la base de la evacuación de Moldavia por las tropas polacas, Juan Alberto aceptó la proposición, desesperando del buen éxito de sus planes. La retirada fué, sin embargo, la perdición de su ejército: todos querían llegar cuanto antes a su patria, y la indisciplina del contingente de la nobleza dió a las tropas de Esteban—que a ciencia y paciencia del vaivoda violaron el armisticio—la ocasión de hacer sufrir en la Bukowina, a una parte no insignificante del ejército polaco, una derrota que hubiera causado su completa ruina a no haberse presentado oportunamente como salvadora la guardia del monarca (26 de octubre de 1497) (3). El enemigo, sin embargo, siguió la persecución y al pasar el Pruth logróse rechazar un violento ataque de los moldavos, única victoria de que pudieron jactarse los polacos. Aquella expedición fué un fracaso para las armas polacas, para la política de Polonia y sobre todo para Juan Alberto.

Con semejante campaña fracasaron todos sus planes. Desde entonces quedó cerrada al comercio lituano y polaco la más importante vía del mar Negro. Las desembocaduras del Dniéper, del Bug y del Dniéster pertenecían a los enemigos de Polonia; y aun cuando a consecuencia de esta situación se dirigió a Polonia todo el comercio lituano, no era esta una compensación suficiente del perjuicio que ocasionaba el estar cerrados en su parte Sur el camino comercial de Bielgorod, Suszawa y Cracovia y el más importante de Konigsberg, Wilna, Kieff y Krin. Las pérdidas políticas fueron aún más importantes que las materiales, pues que no había ya que pensar en sojuzgar a la aristocracia polaca ni en crear un fuerte gobierno monárquico: Juan Alberto no había contenido, sino que por el contrario había precipitado la soberanía de la nobleza de Polonia.

El resto de su reinado ofrece escaso interés general. Cuanto menores habían sido los servicios prestados por la nobleza en el campo de batalla, tanto mayor fué su arrogancia cuando volvió a encontrarse en su propio país, y convencida de que tenía un enemigo en el monarca, persiguióle con implacable odio. En 1499 firmóse la paz con Esteban, después de la invasión asoladora que en el año anterior hicieron en Polonia los tártaros, turcos y moldavos, invasión que pareció amenazar también a Cracovia.

En 10 de mayo de 1499 se renovó asimismo con los lituanos en Piotrkow la unión de Hrodlo, y el monarca pasó los dos últimos años de su vida combinando pla-

(1) Véanse las caricaturas de Math. de Mischow. Lib. III, Cracovia, 1521.

(2) Véase el *Diario* de Liborio Nacker, en *Scr. Rer. Pruss.*, tomo V, págs. 289-314. Excelente descripción por sus pocas pretensiones. El Gran maestre Hans de Tiefen falleció por el camino en 26 de agosto.

(3) La tradición posterior ha exagerado la derrota de la Bukowina, que, sin embargo, fué de gran trascendencia. Las tropas de la Pequeña Polonia fueron las que más bajas tuvieron. Las pérdidas totales de los polacos durante toda la campaña ascendieron, según datos de origen ruso, a 40.000 hombres.

Sepulcro de Felipe Callimaco Buonacorsi, en una capilla de la iglesia de los dominicos, en Cracovia (incendiada en 1850). – Grabado de una plancha de bronce incrustada en la pared. Altura, 136 centímetros; ancho, 96. Callimaco está representado, como sabio, en su biblioteca, leyendo un libro que tiene apoyado en el pupitre. Inscripción: *Philippus Callimachus Experiens, natione Thuscus, vir doctissimus, utriusque fortune exemplum imitandum, atque omnis virtutis cultor precipuus. Divi olim Casimiri et Johannis Alberti Poloniae Regum secretarius acceptissimus, relictis ingenii ac rerum a se gestarum pluribus monumentis, cum summo omnium bonorum merore et regie domus atque huius reipublicae incommodo. Anno salutis nostre M.CCCC.LXXXX.VI. Calendis Novembris vita decedens hic sepultus est.*

nes de cruzadas y atravesando dificultades de toda clase que le promovía la orden teutónica. El landgrave Federico de Sajonia, que en 1498 había sido elegido Gran maestre, se negó a rendir el debido tributo feudal y formuló el deseo de revisar la paz de Thorn. Juan Alberto estaba ya decidido a apelar a las armas para reducir a la obediencia a la orden, cuando un ataque de apoplejía puso fin a su existencia en Thorn, en 15 de junio de 1501.

Este príncipe, que contaba al morir cuarenta años, falleció soltero: era hombre de dotes nada comunes. Como discípulo del historiador Dlugosz y del humanista Callimaco, había llegado a la cúspide de la cultura de aquel tiempo. Dotado de vasta inteligencia y de enérgica voluntad, era de esperar que su gobierno fuese más afortunado. Sin embargo, para conseguir el objeto que se había propuesto faltábale, como a su padre, la constancia: sus planes eran vastísimos, pero él no pasaba nunca de los preparativos y, a pesar del valor de que en más de una ocasión dió pruebas, no era un gran general. También se censuraban en él la afición a los placeres y la indolencia. En todo su ser había algo poco simpático a la índole del pueblo polaco, para el cual fué poco menos que un extranjero.

Después de un corto interregno fué elevado al trono de Polonia el hermano del difunto monarca, el Gran duque Alejandro de Lituania. Habíase vacilado entre nombrar a éste o a sus hermanos Wladislao y Segismundo, pero en definitiva prevaleció la opinión de que únicamente con la elección de Alejandro podría mantenerse la unión recientemente formada con Lituania. Los embajadores que ésta envió a la dieta electoral polaca, Alberto Tabor, Juan Zabrzezinski y Nicolás Radziwil, decidieron la cuestión, renovándose en 23 de octubre de 1501 la unión de Polonia y Lituania (1). Las condiciones del acta de unión son de gran importancia, pues en términos muy enérgicos se decretaba la indisoluble unión de ambos Estados bajo un solo monarca, que había de ser elegido por ambas partes en una dieta electoral.

Los obispos, palatinos y castellanos del gran ducado entraron a formar parte del Consejo real, pues no debiendo los dos Estados formar en lo sucesivo más que uno solo, los asuntos relativos al bienestar o las desdichas de uno de ellos o de ambos debían ser en común discutidos. Para esto se obligaron los prelados y barones de ambas soberanías a prestarse mutuo apoyo cuando fuera necesario. En ambos reinos las monedas y las pesas debían ser las mismas, y los tratados anteriormente firmados por cada uno de ellos sólo podían continuar en vigor en tanto que no fueran atentatorios a los derechos y privilegios del otro (2). Los consejeros, dignatarios, así laicos como eclesiásticos, capitanes y castellanos debían prestar el juramento de fidelidad al rey y mantenerse en sus puestos hasta que llegara la elección de nuevo monarca. Después se adoptaron disposiciones a fin de asegurar para siempre el cumplimiento del tratado. Por último, los dos Estados se garantizaron recíprocamente la confirmación de sus respectivos privilegios por el futuro rey, y establecieron que esta confirmación se haría en un solo documento común para ambos.

Si examinamos detenidamente este tratado, notaremos en primer lugar que fué firmado entre los Estados polacos y lituanos y que sólo posteriormente fué reconocido por Alejandro, y por eso su contenido tiene por principal objeto amparar los derechos de la nobleza. Estos derechos no eran los mismos en Polonia que en Lituania, pues mientras en el gran ducado los resortes principales del gobierno estaban en manos de los magnates, en Polonia Juan Alberto, como hemos visto, había debilitado en gran parte la importancia de la primera nobleza. Era, pues, necesario llegar a un acuerdo, ya que los magnates lituanos formaban constantemente una parte integrante del Consejo real. De aquí el hecho importantísimo de que la oligarquía polaca reconquistara poco a poco su antigua significación.

Esto no pudo, sin embargo, conseguirse por completo, pues ya se comprenderá que los derechos concedidos a la Szlachta no podían ser derogados y continuaron, por lo tanto, contribuyendo a la desmoralización de la pequeña nobleza.

Se ha dicho que la unión de Polonia y Lituania fué consecuencia de la desdichada expedición contra el vaivoda Esteban (3), y realmente después de ésta se aproximaron los dos Estados mucho más de lo que lo habían estado hasta en-

(1) No el día 3, como dice Szujski, pág. 152. El acta de unión data (*Vol. Leg.*, tomo I, pág. 133) del sábado antes de San Simón y San Judas y que lo perfeccionada con la sanción de Alejandro.

(2) *Vol. Leg.*, tomo I, pág. 132. Este punto estaba expresamente consignado: *Item quaecumque foedera etiam juramentis firmata, antea cum quibusdam inita tamdiu observanda sunt per partem utramque quamdiu contra juri et commoditates Regni et Magni Ducatus Lithuaniae nil excedere videbuntur.* Ya se comprenderá que el punto principal estriba en que podían, en cualquier tiempo, destruirse los tratados de una parte que fuesen contrarios a los *jura et commoditates* de la otra.

(3) Bobrynski, tomo II, págs. 15-17.

Coronación del rey Alejandro de Polonia. – Miniatura del *Pontifical* de Erasmo Biolek, obispo de Plock (1504-1522). Alejandro está arrodillado y vestido de rey delante del altar, entre los obispos de Cracovia y de Posen, mientras le ciñe la corona el arzobispo de Gnesen, primado del reino. Algunos dignatarios de la corte, con largas y rizadas cabelleras y vestidos de largas y anchas túnicas, sostienen las insignias reales, es decir, el cetro, la bola del imperio y la luciente espada, que es la que en el año 1000 el rey Boleslao el Grande de Polonia recibió del emperador Otón III. El *Pontifical* es el libro de ceremonias que contiene los preceptos para las funciones episcopales, y es para el papa y los obispos lo que el ritual para los párrocos.

tonces. Intereses políticos y materiales hacían precisa la unión y por eso se consideró necesaria la elección de Alejandro como rey de Polonia. En 12 de diciembre de 1501 fué coronado el nuevo monarca en Cracovia con grandes fiestas y ceremonias: no se concedió igual honor a su esposa, la rusa Elena, pues Polonia no quería una reina cismática; así es que, si bien entró en Cracovia en febrero de 1502, tuvo que salir poco después de la ciudad sin haber conseguido su objeto. Tampoco pudo permanecer allí el rey mucho más tiempo, pues los preparativos para la guerra rusa le llamaban a Lituania: el estado de las relaciones con Rusia, que ya conocemos, no le permitía perder un momento (1), lo cual fué de tanta mayor importancia para Polonia, cuanto que los magnates del Senado, que había reconquistado su

(1) Véase la *Historia de Rusia*, caps. IV y V, parte 5.ª, a la que nos referimos en todo lo relativo a los sucesos ruso-polacos del tiempo de Alejandro y de Segismundo.

antigua respetabilidad, se apoderaron del gobierno del reino. Esta asamblea debía resolver todas las cuestiones importantes, no sólo relativas a la legislación, sino también las administrativas, pues Alejandro, al marcharse a Lituania, le había dejado completa libertad de acción (1). El cargo de presidente del Senado, que en un principio pertenecía al monarca, fué encomendado a su hermano Federico, el cardenal. Esta elevada corporación no se mostró, sin embargo, a la altura de la misión que le estaba confiada. El cardenal vivía entregado a los placeres, y el reino, presa del desorden y de la indisciplina, parecía desquiciarse, de suerte que cada día eran más vehementes los deseos de que regresara el rey. La Szlachta no quería obedecer al Senado y se negaba a pagar los tributos sin el consentimiento de las dietas provinciales y a dar su contingente al ejército; entre los magnates existían graves disensiones y entretanto el vaivoda Esteban se apoderaba de Pokutje y los tártaros asolaban impunemente el país.

A fines del año 1503 presentóse por fin el rey Alejandro, y después de haber conferenciado en Lublín con los senadores convocó para el 21 de enero de 1504 la dieta de Piotrkow. Hízose la convocación, según costumbre reciente, por cartas que se enviaron a las provincias y por edictos públicos. A la asamblea acudieron el Senado y los emisarios provinciales, y después de largos debates, que se prolongaron hasta el 13 de marzo, se llegó a un acuerdo respecto de ocho puntos, cuyo objeto era principalmente regular las competencias de los altos funcionarios del reino (2). Era preciso poner fin a las intolerables discordias que existían en las esferas gubernativas para que la Szlachta no adquiriera demasiada importancia. Por lo demás, hubo de hacerse a esta última una concesión. Con la prohibición de reunir varios cargos en una sola mano la pequeña aristocracia se precavió contra el poderío excesivo de algunos magnates, consiguiendo además exención de derechos para los cereales que exportaba. A este precio pudo llegarse a un armisticio, pues a ninguna persona perspicaz podía escapársele que la Szlachta no estaría tranquila hasta tener todo el poder en sus manos.

El rey se veía apremiado para ir adelante, pues entretanto las relaciones de Polonia con la orden teutónica habían tomado un sesgo que Cracovia no podía mirar con indiferencia. El Gran maestre Federico, hijo del duque Alberto de Sajonia, estaba firmemente resuelto a no tolerar por más tiempo la ignominia de la «paz eterna.» Mientras gobernó Juan Alberto, aprovechóse de la ambición lituano-polaca para rehuir el juramento de vasallaje. A consecuencia de esto, Alberto había estado, como hemos visto, a punto de declararle la guerra cuando la muerte le sorprendió; pero su política no podía menos de ser aceptada por el sucesor, que reunía las coronas de Polonia y de Lituania. El hermano del Gran maestre, el duque Jorge de Sajonia, procuró interponer su mediación y la orden puso en movimiento al emperador y al papa para conseguir que se la eximiera de las obligaciones que solemnemente había contraído. Pero el rey Alejandro trabajó en Roma en sentido enteramente contrario, y la verdad es que partiendo de la base de la paz de Thorn la razón estaba de su parte. El Gran maestre fué invitado a concurrir a la dieta de Piotrkow, para que cumpliera personalmente las obligaciones que la «paz eterna» le imponía; pero prefirió enviar plenipotenciarios que, a pretexto de no llevar las debidas instrucciones, se negaron a entrar en toda ulterior negociación. Así las cosas, el rey consideró necesario dirigirse, una vez terminada la dieta, a Thorn y obligar al Gran maestre a que le rindiera homenaje primero en esta ciudad y luego en Marienburgo.

Una orden del rey de Romanos Maximiliano, invitando a Federico a que el día 25 de julio se encontrara en Francfort para tratar con otros príncipes del imperio del peligro que ofrecían los turcos, dió pretexto a este príncipe para acudir a la invitación y para manifes-

(1) El fundamento de la nueva situación del Senado se encuentra en el privilegio de 25 de noviembre de 1501. Véase Szujski, pág. 154.

(2) El modo de convocación se desprende de la fórmula que sirve de introducción al estatuto, y la reproducimos porque la encontramos por primera vez durante el reinado de Alejandro: *Nos Alexander Rex... indicta conventione generali... constitutiones certas decrevimus cum consilio et assensu communium Praelatorum, et consiliariorum infra scriptorum, ac Nuntiorum Terrestrium juxta Regni consuetudinem vocatorum nomine absentium post vocationem litteralem nostram atque edicta publica ad eandem Conventionem venientium in eaque constitutorum et aliorum non constitutorum, corpus Regni repraesentantium... Vol. Leg.*, tomo I, pág. 134. Análoga forma sólo se había usado anteriormente una vez, en el estatuto de 12 de marzo de 1503. La *regni consuetudo* no era tan antigua.

tar, como accidentalmente, el convencimiento de que pertenecía más al imperio que a Polonia. Al propio tiempo adoptó las disposiciones necesarias para evitar que su territorio se viera de repente invadido por los polacos. Alejandro no se encontraba entonces en condiciones de apelar a la fuerza, y hubo de contentarse con enviar a Roma al obispo de Plock, Erasmo Ciolek, con un memorial de agravios contra la orden teutónica y con la misión de hacer ver la necesidad, dado el peligro que de parte de los turcos amenazaba, de reducir a la orden a la obediencia debida. En efecto, el Gran maestre recibió en 1505 una carta de amonestación del Papa que le ordenaba prestar el homenaje; pero como el rey Alejandro se vió obligado a dedicarse por completo a los asuntos de Lituania, el Gran maestre se atrevió a declarar en un documento que nada dejaba que desear en punto a franqueza: «que la paz no podía tener fuerza obligatoria para él como maestre ni para los individuos de la orden, por ser contraria a la fundación y constitución, privilegios y derechos de la orden y a las ordenanzas pontificias expresas, y por venir a destruirla en su esencia y en su misión (1).»

Lo mismo el rey de Romanos Maximiliano que el papa Julio II dieron la razón al Gran maestre, y como Polonia guardó silencio, pudo considerarse la cuestión resuelta en favor de la orden teutónica.

Si hoy hubiéramos de emitir un juicio definitivo, indudablemente daríamos la razón a Polonia. Esta, sin embargo, no podía esperar otra cosa más que ver exteriormente reconocido su derecho mientras la orden tuviese un átomo de amor propio y de energía. Polonia era en 1466 demasiado débil para poder destruir por completo la orden, y ésta había sido su desgracia, o su falta si se quiere. Pedir

Pequeño sello de armas del rey Alejandro de Polonia.—Estampado en cera roja, con soportes y tiras de pergamino, en un documento de 1502 que se encuentra en el Archivo del Senado de Cracovia. Debajo de una gran corona real se ve el escudo de armas, dividido en cuatro campos y sostenido por dos leones: los campos primero y cuarto son de Polonia, los segundo y tercero de Lituania. La inscripción, puesta en una cinta arrollada en sus extremos, dice: S. (Sigillum) S. (Serenissime) P. (principis) DNI. (domini) ALEXANDRI DEI GRA. REGIS POLONIE MAGNI DUCIS LITHVÆ. (Según Vossberg.)

(1) Voigt: *Historia de Prusia*, t. IX, pág. 320.

el cumplimiento leal del tratado sólo era posible mientras se tuviese fuerza suficiente para exigirlo. La historia únicamente respeta los derechos que son defendidos: invocar la moralidad de la política polaca hubiera sido ridículo, pues aquella política se fundaba en una serie de injusticias y violencias y había seguido hasta el fin este camino. Ninguna de las dos partes se hizo entonces ilusiones: la lucha era inevitable y sólo se trataba, así por parte de Polonia como por parte de la orden, de elegir el momento oportuno.

La lucha fué aplazada por los desórdenes que estallaron en Lituania y por las perspectivas que se ofrecían en Rusia, durante la enfermedad del Gran duque Iván III, primero, y después en su muerte, acaecida en 27 de octubre de 1505. Entonces cambió por completo la situación de las cosas en Oriente (1). La Lituania también había sufrido las consecuencias de la invasión de los tártaros y además habían estallado en el país desórdenes y motines. Alejandro, por influjo del príncipe Miguel Glinski, había conferido al cuñado de éste, Andrés Drozdza, el gobierno de Lida, desposeyendo de su dignidad a Cristóbal Ilinitz, que anteriormente desempeñaba aquel cargo. Cuando el Senado se puso de parte del desposeído contra derecho y contra ley, Alejandro, siguiendo el consejo de Glinski, mandó prender a Ilinitz y privar de sus dignidades a sus más ilustres partidarios. De esta suerte perdió el mariscal Zabrzezinski la vaivodía de Troki, y Bartolomé Tabor, hermano del obispo de Wilna, el gobierno de Surwilischki. El rey, aconsejado siempre por Glinski, según decían sus enemigos, fué tan allá que ordenó a muchos magnates que acudieran a una dieta convocada para Brest, con el fin de apoderarse de ellos y de inutilizarlos. El oportuno aviso del canciller, Juan Laski, frustró este proyecto pérfido; pero Zabrzezinski fué definitivamente destituído, siendo cedido el gobierno de Troki a un Radziwil. Para resolver de un modo definitivo estas y otras dificultades, el rey convocó a los lituanos a una dieta polaco-lituana que había de reunirse en Radom.

Esta notable dieta duró desde el 23 de marzo hasta el 29 de mayo, pudiendo afirmarse que forma época en la historia de la constitución polaca, pues constituye el paso del absolutismo, que hasta entonces había regido en principio, al parlamentarismo. Entonces Polonia entró, por desgracia demasiado pronto (tres siglos antes de la Revolución francesa), en un período de desarrollo que hoy en día sólo con grandes dificultades pueden tolerar los modernos cuerpos del Estado.

En una palabra, la monarquía polaca se sometió al poder legislativo y fué el órgano administrativo y ejecutivo de la aristocracia, cuyos derechos eran casi ilimitados y que por una ficción de la época representaba a todo el pueblo polaco. El más ardiente partidario del régimen parlamentario habrá de convenir en que este régimen no puede ejercer su acción benéfica si no ha sido precedido de un gobierno monárquico que eduque debidamente al pueblo (1). En Polonia faltaba este precedente, y el estatuto *Nic nowego,* o *Nihil novi* — como se le llama también por razón del primer punto que se decidía,—condujo lógicamente a la castración del reino de Polonia.

Este funesto primer punto del estatuto decía:

«Como el derecho común y las constituciones públicas no se refieren a los particulares, sino a la generalidad del pueblo, hemos considerado justo y racional reunirnos en esta dieta de Radom con todos los prelados, consejeros, barones y delegados provinciales de nuestro reino; y en ella hemos ordenado que en lo sucesivo no podamos nosotros ni puedan nuestros sucesores decretar *nada nuevo* sin el asentimiento de nuestros consejeros y comisarios provinciales, sea que constituya una derogación o una molestia para nuestro Estado, sea que cause un perjuicio o una incomodidad a un particular, sea que introduzca alguna novedad en el derecho común o en la libertad pública (2).»

Después de la enervación de la monarquía promovida por esta «caja de Pan-

(1) Véase *Historia de Rusia.*

(1) Szujski recuerda, en esta ocasión, que el resto de Europa se encontraba entonces bajo el gobierno de soberanos dinásticos y absolutos, tales como Enrique VII, Luis XI, Fernando e Isabel, Maximiliano y el Gran duque de Moscou. Unicamente Hungría, Bohemia y Polonia formaban una excepción. En el juicio crítico de la dieta de Radom ofrecen opiniones muy diversas los historiadores polacos.

(2) *Vol. Leg.*, tomo I, pág. 137: *Statuimus ad deincens futuris temporibus perpetuis nihil novi constitui debeat per Nos et successores nostros sine communi Consiliariorum et Nuntiorum Terrestrium consensu.* En atención al espacio de que disponemos, no podemos entrar en más pormenores.

dora,» su más importante consecuencia resulta ser la decadencia de la autoridad de las dietas provinciales por un lado y por otro la disminución del poderío de los magnates. La monarquía polaca podía esperar verse más fácilmente libre de la Szlachta, compuesta de tantas personas, que de las egoístas familias de los magnates, y tenemos indicios para creer que no se apartaban mucho de esta idea las del rey Alejandro.

La legislación de la dieta de Radom tiene indudablemente también su lado bueno: en ella se establecieron severos castigos para los salteadores de caminos; se hizo entrar en la milicia a los propietarios; se reguló con mayor vigor la organización de los tribunales; se renovó el privilegio de los judíos concedido por Boleslao (1334); se sancionó el escrito de Nicolás Kotwitz sobre el derecho canónico, con lo cual se puso término al abuso que se hacía del entredicho y de la excomunión; se redactó y ratificó el derecho consuetudinario de Cracovia; se fijaron las fórmulas del juramento para el rey, para sus consejeros y feudatarios; se tomaron catorce artículos del derecho de Magdeburgo vigente en Polonia, y por último, se confirmó el *Processus Juris,* redactado por el canciller Juan Laski por orden del rey. Esto constituía un trabajo importante por lo que a la cantidad se refería, y en pro de cuya relativa excelencia había la circunstancia de que sus rasgos fundamentales se han conservado hasta los últimos tiempos. Usando de una frase famosa, podemos decir que Polonia había montado a caballo: a la historia tocaba decir si podía o no marchar.

Las disidencias lituanas fueron causa de que terminara la dieta. Los magnates lituanos, a quienes el rey había excluído en Brest del Senado, procuraron reconciliarse con el monarca, el cual declaró que los admitiría de nuevo en su gracia en consideración a la intercesión de Polonia, pero que esto no podía hacerse más que en una dieta lituana. Entonces se levantó el obispo de Wilna, Alberto Tabor, hermano, como sabemos, de Bartolomé Tabor, destituído por el rey, y delante de toda la asamblea habló así al monarca: «No es culpa nuestra que estés irritado con nosotros, sino que lo es de la perfidia de gente soberbia. Hasta ahora hemos sufrido tu cólera como corresponde a súbditos leales. Nosotros no nos oponemos a tus mandatos reales, sino a la arbitrariedad de algunos ciudadanos que quieren violar el derecho de Lituania, jurado por ti y por tus antepasados. Reconozco en ti a mi soberano y al de mis colegas, y como tal te venero, pero sé también que soy tu sacerdote supremo y el de Lituania, y en virtud de haberme Dios llamado a este cargo, estoy en el deber de prevenirte contra empresas que son contrarias a nuestros derechos y a tus juramentos. El castigo del Señor, que escudriña los corazones y castiga a los malos, caiga sobre la cabeza de aquel que violare estos derechos.»

El rey Alejandro se irritó de tal manera al oir tan atrevido lenguaje que fué atacado de apoplejía. Hubo que suspender la dieta y el rey enfermo fué trasladado a Cracovia, donde sanó muy lentamente. Los sucesos que posteriormente acaecieron no eran los más a propósito para fortalecerle: de Lituania llegaban malas noticias; los hijos de Mengli Girei, kan de Crimea, habían invadido en agosto de 1505 aquel territorio. Rechazados delante de Sluck, incendiaron a Nowgorod, donde los magnates lituanos discutían las medidas que podían causar la caída de Glinski, y sólo el castillo logró defenderse. Minsk fué entregada a las llamas, los territorios de Polock y Witebsk fueron devastados y más de cien mil prisioneros se vieron reducidos a la miseria. Los invasores pudieron retirarse impunemente: el país había sido completamente sorprendido. Al año siguiente repitióse esta calamidad en Polonia y en Lituania; y para mayor desgracia, la enfermedad del rey, asistido por un médico ignorante, se agravó de tal manera que no le permitía ni siquiera montar a caballo. Algunos mensajeros avisaron rápidamente al hermano del monarca, y el mando supremo de las tropas lituanas fué confiado al mariscal general del Gran ducado, Estanislao Kiszka. Habiendo éste enfermado durante la campaña, Glinski se hizo cargo del mando y en 6 de agosto, gracias a sus excelentes disposiciones y a su admirable valor personal, consiguió derrotar por completo al enemigo en Kleck. Pocos de los vencidos lograron escapar: el campamento tártaro y todo el botín de su expedición de rapiña cayó en poder del vencedor. El rey recibió en su lecho de muerte la noticia de la victoria: había perdido ya el habla, pero levantó las manos hacia el cielo para expresar su alegría, alargólas luego a los circunstantes y falleció.

Era el día 19 de agosto de 1506.

Alejandro era el hijo de Casimiro que menos dotes reunía: lento en el pensar y tardo para expresarse, hablaba muy poco. Se pondera su corpulencia extraordinaria: bien instruído como sus hermanos, dedicábase también a las humanidades y no carecía de elegancia. Su extraordinaria liberalidad fué causa de que se dijera que había muerto a tiempo, pues de lo contrario hubiera acabado con todo el patrimonio de su corona. A pesar de haber dado algunas pruebas de energía, no supo dominar a la nobleza ni en Polonia ni en Lituania. Su política, dirigida especialmente contra Moscou y contra los tártaros, fué en extremo desdichada: bajo este concepto, su importancia se funda no en lo que hizo, sino en lo que dejó de hacer: como casi todos los Jagellones, era perezoso.

Sobre la posesión de su cadáver encendióse una lucha desagradable: los polacos le querían enterrar en Cracovia y los lituanos en Wilna: esta última opinión fué la que prevaleció, pues se temió que Glinski, aprovechando la ausencia de los magnates que asistieran a la ceremonia del entierro, se proclamara Gran duque de Lituania.

El príncipe Segismundo encontró ya a su hermano muerto, pero todavía llegó a tiempo para evitar las asechanzas de Glinski y las pretensiones del Gran duque Wassili Ivanowitz al trono lituano. En presencia suya verificóse con gran pompa el entierro de Alejandro en la iglesia de San Estanislao de Wilna.

CAPITULO XXIII

EL REY SEGISMUNDO I.—POLÍTICA EXTERIOR

Inmediatamente después del entierro de Alejandro se reunió en Wilna la dieta lituana, y también esta vez—según se dijo bajo la presión de las circunstancias que exigían una resolución pronta—se prescindió de la cooperación de Polonia a la elección. Segismundo fué proclamado sin oposición Gran duque de Lituania (20 de octubre de 1506), y los polacos no tuvieron más remedio que seguir el ejemplo que se les daba, acabando por elegir rey en 8 de diciembre al propio Segismundo, cuya solemne coronación se verificó en Cracovia el 24 de enero de 1507. De esta suerte Polonia y Lituania se encontraron de nuevo íntimamente unidas en una época que fué de las más accidentadas en la historia de la humanidad. Los cuarenta y dos años de reinado del rey Gran duque contribuyeron a dar a esta unión el carácter de permanente. Después de su muerte, y habiéndose mezclado las noblezas polaca y lituana, no fué ya posible la separación.

Es innegable que Segismundo fué un buen soberano, y puede afirmarse que de todos los Jagellones fué el príncipe más ilustrado y más justo. Ninguno de sus hermanos le igualó en laboriosidad, en perseverancia y en claro conocimiento de los sucesos políticos. Tenía un seguro golpe de vista para aquello que podía conseguir; no mostraba prevención alguna en la elección de sus servidores, y como gobernador de Polonia en Glogau-Sagán (desde 1499) había dado pruebas de ser un gran administrador, proporcionando paz y tranquilidad a aquella vejada comarca (1). A pesar de esto no estaba a la altura de las necesidades del gobierno lituano-polaco, que tan erizado de dificultades se encontraba.

Ya hemos estudiado una parte de su gobierno, es decir, las relaciones siempre importantes de Lituania con Moscou y con los tártaros (2): ambos enemigos ofrecían continuas dificultades, seguían una política irreflexiva y constituían una verdadera pesadilla para Polonia. Además de esto era en extremo difícil bajo todos conceptos la situación del mundo, de la cual debía resentirse naturalmente Polonia. Esto nos obliga a hacer algunas someras observaciones.

Por un lado la situación había mejorado desde los tiempos de Casimiro. Los territorios alemanes fronterizos eran amigos de Polonia. Los duques de Pomerania, Sajonia y Lignitz y el margrave de Ansbach se habían casado con princesas polacas, hermanas de Segis-

(1) Acerca de los posteriores sucesos de este ducado silesio, que Segismundo al subir al trono cedió al duque Casimiro de Teschen, véase Grunhagen, pág. 376.

(2) V. la *Historia de Rusia*, cap. V, parte 5.ª La de Segismundo debe ser por nosotros estudiada más rápidamente que la de sus antecesores. Por su importancia merecería ser objeto de una detallada monografía, pero no la encontramos en la literatura polaca y no nos ha sido posible, ni siquiera aproximadamente, llegar a dominar los materiales que en cantidad extraordinaria existen. Nadie siente tanto como el autor que su trabajo resulte incompleto. Reservamos las relaciones polaco-lituano-rusas que corresponden a la época posterior a 1533 para cuando tratemos de Iván el Terrible y su época y los asuntos livonios para la historia de Livonia.

mundo, y de estos matrimonios el más importante había sido el del margrave Federico de Ansbach con la princesa Sofía de Polonia. El primogénito de este matrimonio, Casimiro, residía en Baireuth; el segundo, Jorge el Piadoso de Ansbach, había comprado a Jagerdorf, tan importante en la historia de Brandeburgo-Prusia, y el tercero, Alberto, había sido elegido, en 1511, Gran maestre de la orden teutónica en Prusia (1).

Las relaciones de parentesco con esta rama francona de los Hohenzollern influían naturalmente en Brandeburgo, de suerte que al comenzar el reinado de Segismundo toda esta línea presentaba un aspecto de paz. Estas mismas relaciones llevaban, sin embargo, en sí el germen de futuro antagonismo. El elemento polaco era, entre los Hohenzollern de Franconia, el más débil, siendo el alemán el preponderante. Cuando Alberto fué elegido Gran maestre, la tendencia de la orden, que por naturaleza era contraria a Polonia, debió de influir en los demás Hohenzollern, y el marqués Joaquín de Brandeburgo fué después uno de los más decididos adversarios de Segismundo, cuando la orden comenzó a luchar para emanciparse de la soberanía feudal polaca (2).

Las relaciones recíprocas entre Polonia y el imperio alemán estaban esencialmente bajo la presión de la política húngara. Hungría no había visto con malos ojos la elevación de Segismundo al trono: conocido como hombre apto, parecía ofrecer un apoyo contra la ambición cada día mayor de Maximiliano. Cuando Segismundo envió a Hungría a su embajador Cristóbal Szydlowicki formóse una alianza húngaro-polaca, en virtud de la cual se acordó que mientras gobernasen los Jagellones en ambos reinos, la Moldavia estuviese sometida a la soberanía húngara (3).

En 12 de noviembre de 1507 se firmó entre el emperador y Hungría un tratado que, en sentido amistoso, ejerció también su influencia en Polonia. Hungría no entró en la liga de Cambray, formada contra Venecia, hasta que el sultán Bayaceto se hubo obligado a mantener el

Sello del rey Segismundo I, como duque de Glogau.—Estampado en cera roja en una cubierta de cera común y adherido con tiras de pergamino a un documento del año 1506 que se encuentra en la biblioteca de Raczynski: *Sigismund von Gots Gnaden Kunigliches Stambs aws Polan zc. In Slesien zu Glog Tropp'et Herzcog durch Slesien Lawsnz zt Oberster Kunigli-cher Stathelder.* Un escudo rodeado de grandes y pequeñas cruces formadas con hojas y dividido en cuatro campos: en su centro hay el escudo del águila real; primero y cuarto de Lituania; segundo y tercero con las bandas austriacas (como armas de familia de su madre, Isabel de Austria). La inscripción, puesta en una cinta arrollada en un extremo, dice: S · N · P · SIGISMDI, D · G · S · KAZIRI · P · R · NATI · LITHWAIE · L'· SUP'I · DVC. (Según Vossberg.)

armisticio con Polonia. Esta actitud de Hungría hizo que Polonia se viera envuelta en la confusión de la política europea occidental, viniendo a ser un factor con el cual había de contarse. El papa Julio II, antes de apartarse por completo de la liga de Cambray, hizo todo lo posible para inducir a Segismundo a que declarara la guerra a los turcos: su legado Aquiles de Grassis marchó en aquel tiempo a Polonia y Hun-

(1) Un cuarto hijo, Juan Alberto, fué arzobispo de Magdeburgo, y al más joven, Guillermo, le encontraremos en la historia de Livonia como último arzobispo de Riga.

(2) Véase Ranke: *Historia de Prusia*, tomo I, página 151, quien cita, tomándolo del *Acta Tomiciana*, el siguiente juicio emitido por Segismundo sobre la actividad de Joaquín: *Constat enim satis non modo nobis, sed toti pene Europe, eundem marchionem totius hujus incendii fomitem, ducem et vexilliferum existisse cujus auctoritate ex universa Germania gentes in nos coacte sunt.*

(3) Véase, acerca de estas relaciones húngaras, Fessler, tomo III, págs. 277-500. Paso por alto las discordias moldavo-polacas de los años 1508-1510. Polonia se mostró entonces superior a su enemigo. El vaivoda Bogdán, hijo de Esteban el Grande, sufrió una completa derrota, restableciéndose las antiguas relaciones por intervención de los húngaros.

gría, pero, debilitada su influencia por el desvío de los Estados húngaros, sólo consiguió suspender el ataque de Hungría contra Venecia.

Segismundo no quiso enredarse en una guerra contra los turcos: desde que el marqués Alberto había sido elegido Gran maestre y se había negado a prestar el juramento feudal, las miradas del rey de Polonia se dirigían principalmente hacia el Norte. Además, Segismundo buscaba una esposa, y se había decidido por Bárbara Zapolja, hermana de aquel Juan Zapolja que durante algún tiempo acarició la idea de conseguir el trono húngaro. Con gran habilidad se logró del débil rey Wladislao que propusiera a su hermano el enlace con Bárbara, y de esta suerte se firmó un contrato matrimonial provisional a espaldas de los magnates húngaros, y a pesar de la posterior oposición de éstos, Bárbara se casó, en 8 de diciembre de 1512, en Cracovia con Segismundo y fué coronada reina de Polonia. Con este matrimonio iban enlazados vastísimos planes.

El rey Wladislao de Hungría estaba enfermo y débil y su hijo se encontraba en edad muy tierna, de suerte que, según todas las probabilidades, no había de pasar mucho tiempo sin que se formara un gobierno-regencia: Segismundo pensaba conseguir, apoyado por Zapolja, el puesto de regente, y más adelante el mismo trono de Hungría. El emperador Maximiliano, por su parte, acariciaba análogos proyectos: quería obtener la mano de Ana, hija de Wladislao, para su nieto el archiduque Fernando, y había conseguido que, en 1506, Wladislao le instituyera tutor de sus hijos.

Los ambiciosos y poderosos individuos de la familia Zapolja fueron en este asunto los más encarnizados enemigos de Maximiliano. Como consecuencia del matrimonio de Segismundo con Bárbara, se agriarón las relaciones, ya poco amistosas, del emperador con el reino de Polonia. Tratábase nada menos que de la lucha de los Habsburgos y Jagellones por la corona de Hungría, y a pesar de la sólida posición que en Hungría tenían los Habsburgos, las mayores probabilidades estaban de parte de Segismundo.

Polonia tenía una porción de puntos vulnerables que el emperador tocaba con el solo objeto de hacer sentir a Segismundo lo peligrosa que podía serle su hostilidad. Estos puntos eran las relaciones con Moscou principalmente, el territorio de la orden, es decir, Prusia, y, por último, la nobleza polaca, que, a pesar de sus esfuerzos por conseguir su independencia, dejábase influir fácilmente por medios indirectos. En estos tres puntos dejaba sentir su peso el emperador: el Gran maestre Alberto se veía por él apoyado en su resistencia, a la par que se hacía resaltar la sumisión de la orden al imperio alemán; el Gran duque de Moscou a su vez era excitado a reanudar la guerra y la aristocracia polaca a negar al rey los recursos indispensables para la lucha, de suerte que la guerra contra Moscou tuviera que hacerse únicamente con las fuerzas de Lituania.

De esto fué consecuencia la pérdida de la importante Smolensko en la lucha con Moscou, y así iba perdiendo cada día terreno el partido de los Zapolja. Dos de los más influyentes consejeros del rey—el deán de Cracovia, Pedro Tomicki, y el ya de nosotros conocido Szydlowicki, que había sido nombrado canciller contra la voluntad de los Zapolja—trabajaban en pro de una reconciliación con el emperador, apoyados por Wladislao de Hungría; y en efecto, Segismundo se mostró dispuesto, en octubre de 1514, a tener una entrevista con el emperador y con su hermano, lo cual significaba un cambio en la política de la Europa oriental.

El emperador debía dirigirse a Hamburgo y los dos reyes a Pressburgo, y por más que los Zapolja se esforzaron por impedir esta entrevista, o a lo menos por conseguir que se escogiera como punto de reunión la ciudad de Pest, sometida a su influencia, no consiguieron su objeto. A fines de marzo de 1515 Wladislao y Segismundo se encontraron en Pressburgo: el emperador, que no pudo acudir personalmente, envió plenipotenciarios, con los cuales, después de largas discusiones, llegóse a un acuerdo sobre determinados puntos principales.

Invitados luego por el emperador encamináronse los dos reyes, a mediados de julio, a Viena, en donde se firmó, el 22, aquel tratado, el más importante que registra la casa de los Habsburgos, que puede ser considerado como el fundamento de la moderna Austria y que también forma época en los anales de Polonia, por cuanto anuló para lo sucesivo la situación dominante de los Jagellones y significó una marcada desviación del camino de Polonia que había seguido desde los tiempos del rey Casimiro.

Los puntos esenciales del memorable tratado eran los siguientes: la nieta del emperador, María, se desposaba con Luis, hijo del rey Wladislao; Ana, la hija de Wladislao, se casaba con un nieto del emperador, sin que se fijara si sería con Fernando o con Carlos. El emperador se casó con Ana en la iglesia de San Esteban, en nombre del nieto que luego se determinaría: libertad religiosa que entonces era algo frecuente. Lo más importante del tratado era una cláusula secreta en virtud de la cual se hacía un pacto hereditario entre los Habsburgos y los Jagellones húngaros para que, en caso de fallecer Luis de Hungría sin hijos, el trono húngaro pasara a su hermana Ana.

Ya se comprenderá que el rey Segismundo no consintió sino a elevado precio en aprobar este convenio, que tanto afectaba a las pretensiones y esperanzas de su familia. Por eso el emperador se obligó, o a romper las relaciones con Moscou y con la orden teutónica, o a facilitar una paz entre ambos y Polonia.

Por la historia de Rusia sabemos que Moscou no se prestó a este plan a pesar de la embajada de Herberstein, y en cuanto a la orden, el emperador no hizo lo que Polonia tenía derecho a esperar. Es, sin embargo, digno de notarse que Maximiliano se mantuvo desde entonces en amistosas relaciones con Polonia, haciéndose más íntima la amistad cuando Segismundo, que poco después de la entrevista de Viena había perdido a su esposa Bárbara, contrajo en 1518 segundas nupcias con Bona Sforza, hija de Juan Galeazo de Milán y Bari. Con este enlace entró en relaciones de parentesco con los Habsburgos.

Lo más importante para Polonia era su situación respecto de la orden teutónica. La elección del Gran maestre Alberto de Brandeburgo había merecido la aprobación de Segismundo; pero desde las primeras negociaciones entabladas exigió el estricto cumplimiento de las condiciones de paz de Thorn. Este era precisamente el punto en que el joven Gran maestre no podía ni quería ceder.

Sello de Janusz y Estanislao de Masovia.—Impreso en cera encarnada, con tiras de pergamino, en un documento de 1520). Ostenta en un escudo cerrado: en el primero y en el cuarto campos el águila de Masovia con la corona ducal; en el segundo y en el tercero el dragón de Czersk (o Reuss). La inscripción, puesta en una cinta elegantemente anudada en sus extremos, dice: STANISLAVS ⁝ ET IANVSIVS ⁝ D ⁝ G ⁝ DVCES ⁝ MAZOVIE ⁝ RVSSIE ⁝ ETC. (Según Vossberg.)

Las diferencias que entre la orden y Polonia existían no podían resolverse pacíficamente, pues los intereses de una y otra eran diametralmente opuestos: la solución debía confiarse a las armas. Por esto encontramos en 1511 a las dos partes en un estado de tensión extraordinaria, pero como ni la orden ni Polonia estaban entonces en disposición de hacer la guerra, hubieron de entablarse negociaciones, en cuyo éxito feliz nadie confiaba.

La proposición que Segismundo transmitió a fines de 1511 al Gran maestre, durante una expedición a Thorn, constituye un síntoma de gran importancia: en ella se decía: «Lo más prudente para la orden y para toda la cristiandad parece ser que el rey de Polonia ingrese en la orden y sea nombrado Gran maestre, de suerte que el nuevo maestre renuncie a su cargo y el rey cuide de alguna manera de su posición. Si el papa no consiente en ello por causa del matrimonio del rey, a la muerte de éste todos los sucesores en el trono profesarán en la orden y serán elegidos grandes maestres de ella, estándoles vedado el casarse, de suerte que el reino y la orden formen eternamente un cuerpo indivisible (1).» Los sucesos históricos, sin embargo, tomaron un sesgo enteramente opuesto. La consecuencia más inmediata de la proposición de Polonia fué una unión más íntima entre la orden y el imperio. La *nova Germania* no estaba dispuesta a renunciar a su política ni a su nacionalidad. En 1513 la guerra parecía inevitable, cuando la necesidad producida por la invasión rusa en Lituania obligó al rey a pasar de nuevo al gran ducado. No pudo, pues, llegarse a una unión de hecho, aun prescindiendo de las diferencias de principio, por la actitud hostil a Polonia que tomó Maximiliano, impulsado por los motivos que antes hemos analizado.

El emperador prohibió al Gran maestre, bajo severas penas, que firmara ningún tratado con Polonia y quiso que resolvieran el asunto el Papa y un concilio. Pero cuando en 1515 el emperador por análogos motivos modificó su conducta respecto de Polonia, la orden teutónica se vió abandonada a sí misma: Maximiliano había reconocido la «paz eterna» y por tanto abandonado los intereses alemanes de la orden. La conducta del Gran maestre en esta cuestión en extremo difícil fué enérgica y atrevida, pues prefirió romperse antes que doblegarse y se aprestó para la guerra. Obtuvo un gran triunfo con asegurarse por medio del tratado de 28 de noviembre de 1517 y por la renuncia del derecho de redención de Neumark, el auxilio de Joaquín de Brandeburgo, y a principios de 1518 firmó una alianza con Moscou y no descansó un momento para aumentar la fuerza de resistencia y de ataque de sus territorios.

Las luchas con el pérfido Mahmet-Girei habían impedido a Segismundo declarar antes la guerra a Alberto, a pesar de estar firmemente resuelto a conseguir la completa sumisión de la orden. También contribuyeron a impedirla el emperador y el Papa, que deseaban ante todo una guerra en gran escala contra los turcos, pero en ambos sentidos cambió la situación a principios del año 1519. En 12 de febrero falleció el emperador; Ahmet-Girei se puso nuevamente de parte de los polacos, y en las circunstancias en que se hallaba el imperio alemán a causa de la cuestión electoral no era de temer que prestara enérgico apoyo a la orden teutónica. Segismundo no quiso desperdiciar aquel momento favorable y la dieta de Piotrkow, que se reunió después de la muerte del emperador, decidió el asunto acordando declarar la guerra al maestre en caso de que se negara a prestar juramento feudal a que le obligaban las condiciones de la paz de Thorn.

Así, aunque la invasión de los tártaros de Crimea en Podolia y Wolhynia ofreció una corta suspensión de armas entre Polonia y la orden, sus relaciones tomaron muy pronto un carácter de abierta hostilidad. De esta guerra sólo trataremos a grandes rasgos. En diciembre de 1519 entró Segismundo en Thorn al frente de 1.600 jinetes: su ejército, que se componía de 20.000 hombres — algunos dicen 80.000, — acampó en Cuyavia esperando sus órdenes: el rey envió al maestre su *ultimátum*, que se reducía a sumisión o guerra, y no habiéndose presentado Alberto en Thorn el día señalado, hízose la declaración de guerra, recibiendo las tropas polacas la orden de ponerse en marcha. Esto acaeció en 28 de diciembre de 1519. A nosotros nos interesa menos el curso de la lucha, que pertenece a la historia alemana, que el resultado que tuvo para Polonia. Después de la terrible devastación de la Pome-

(1) Véase Voigt: *Historia de Prusia*, tomo IX, página 419.

Isabel de Austria y Bárbara Radziwil, primera y segunda esposas de Segismundo Augusto.—Pinturas al óleo en láminas de cobre
Eran propiedad del rey y están unidas formando una especie de cartera de bolsillo

rania, de las negociaciones de Thorn, que no dieron resultado ninguno, y de las nuevas luchas no decisivas para ninguna de las partes aunque de mayor éxito para los polacos—todo lo cual acaeció durante el año 1520,—se abrieron en 1521 nuevas negociaciones de paz en Thorn, dirigidas por el emperador Carlos V, de las cuales resultó en 10 de abril un armisticio por cuatro años (1).

Antes de que este armisticio terminara, un tribunal de árbitros debía resolver la principal cuestión litigiosa, que era la del homenaje, y excogitar los medios convenientes para conseguir una paz duradera y «sólida.» Durante estos cuatro años convencióse el Gran maestre de que no podía esperar auxilio alguno de Alemania para reanudar la lucha y de que, con los escasos recursos con que contaba la ord n, la guerra contra Polonia no ofrecía probabilidad alguna de éxito. Además de esto, la Reforma comenzaba a penetrar en Prusia y a atraer a su seno a Alberto, el cual durante algún tiempo acarició el plan de renunciar su cargo en favor del duque Erico de Brunswick y volver al mundo.

Cuando se supo este propósito en Polonia, Segismundo le suplicó con insistencia que abdicara en favor suyo, prometiéndole, si así lo hacía, una cuantiosa indemnización. Pero el pensamiento que en definitiva prevaleció fué el calurosamente defendido por Lutero, que consistía en una secularización de la orden teutónica. El duque Federico de Lignitz y el marqués Jorge de Brandeburgo se encargaron del papel de mediadores cerca de Polonia, y además Alberto contaba en la corte polaca con un partido favorable a sus planes. El influyente consejero del rey, Cristóbal Szydlowiecki, había preparado el terreno. El día 2 de abril de 1525 el Gran maestre, ostentando todavía la cruz negra de la orden, entró en Cracovia y el día 8 firmó con Polonia, como duque de Prusia, la paz, cuyos principales puntos fueron los siguientes:

1.° El duque prestaba al rey, como su señor hereditario, el juramento y le prometía obediencia en todo, cual corresponde a un vasallo feudal. El marqués Jorge empuñaría en nombre de sus hermanos la bandera feudal, y los marqueses Casimiro y Juan aprobarían, en el espacio de un año, este tratado por medio de la carta y del sello.

2.° Si todos los descendientes varones del duque y de los tres marqueses fallecían, Prusia pasaría a Polonia.

3.° Los derechos y privilegios de Prusia quedaban subsistentes en cuanto se opusieran a este tratado: los demás privilegios de la orden quedaban derogados.

4.° En la dieta y en el Senado el duque ocuparía el primer puesto al lado del rey.

5.° En todos los casos de guerra se obligaba a ayudar a éste con un contingente de cien caballeros armados.

6.° El comercio entre Prusia y Polonia sería libre, no pudiendo crearse nuevos impuestos sin el consentimiento de las dos partes.

7.° El duque de Prusia y las ciudades de Elbing, Danzig y Thorn renunciaban al derecho de acuñar moneda.

El día 9 de abril, los Estados prusianos aprobaron este tratado de paz y reconocieron al duque Alberto como a su legítimo soberano, y el día 10 el duque prestó al rey el juramento feudal en el mercado de Cracovia.

Grande era la victoria que con esto había conseguido Segismundo, y los escritores que le censuran por haber desperdiciado la ocasión que se le ofrecía de destruir por completo a la orden teutónica y de hacer completamente polaca a la Prusia no tienen en cuenta la fuerza vital que a pesar de todo animaba todavía al cuerpo interiormente débil de la orden. La misma Prusia llamada real seguía siendo alemana, y Segismundo procedió perfectamente contentándose con el triunfo de la jornada de Cracovia. El tiempo debía decir si Prusia podía ser asimilada pacíficamente al Estado polaco, pero por de pronto las probabilidades para llegar a este fin se presentaban en extremo favorables.

Segismundo pudo lograr muy pronto otra victoria. Los dos últimos Piastas masovios fallecieron uno después de otro con corto intervalo, pues Estanislao murió en 1524 y Janusz en 24 de marzo de 1526, con lo cual la Masovia fué agregada por completo a la corona polaca. También fué trascendental el hecho de casarse poco después Sofía, la hermana del último masovio, con el magnate de Hungría, Esteban Bathory. Entonces los asuntos húngaros entraron también en el curso de la política polaca. En 29 de agosto de 1526 había perecido ahogado en un pantano el rey Luis II, en su fuga

(1) El documento data del domingo *Quasimodogeniti* (abril 7) del año 1521. Dogil, tomo IV, página 165.

Armadura polaca (principios del siglo XVI).—En la Armería imperial de Zarskoje-Solo

después de la batalla de Mohacz. Quedaban, pues, vacantes dos coronas, la de Bohemia y la de Hungría, que, de cumplirse las condiciones del tratado de Pressburgo, debían pasar al Habsburgo Fernando. Pero las circunstancias eran distintas de las del año 1515. Segismundo tenía completa libertad de acción y ya se comprenderá que le animaba el deseo de reconquistar para su dinastía aquellas hermosas comarcas.

Los sucesos, sin embargo, se desarrollaron con tal rapidez que no le dieron tiempo para preparar el terreno. Ya en 10 de noviembre, Juan Zapolja, hermano de la difunta esposa de Segismundo, había sido elegido rey de Hungría y coronado al día siguiente, mientras que Fernando había conseguido, en 23 de octubre, hacerse elegir rey de Bohemia. Firmemente decidido Fernando a hacer valer sus pretensiones sobre Hungría, apeló a las armas, no quedándole, por lo tanto, a Segismundo más recurso, pues su candidatura no tenía probabilidad alguna de éxito, que tomar el papel de mediador y poner así de manifiesto la importancia del Estado polaco.

En 16 de diciembre, un partido hostil a Zapolja eligió a Fernando rey de Hungría, con lo cual se hacía inevitable la guerra civil. Es indudable que Segismundo prefería ver sentado en el trono húngaro a su cuñado que a su rival austriaco. Las primeras tentativas de mediación que hizo Polonia no dieron resultado alguno; pero las cosas cambiaron cuando Zapolja, cada día más acosado por Fernando, concibió la idea, para aquellos tiempos inaudita, de aliarse con los turcos a fin de salvar de esta suerte su corona. A pesar de esto, Segismundo no le impidió reclutar mercenarios en Polonia ni pareció indignado de su alianza con los turcos. En noviembre de 1530 se hizo en territorio polaco, en Posen, una nueva tentativa de mediación, gracias a la cual se consiguió un armisticio que debía terminar en diciembre del año 1531.

Muy pronto nació el proyecto de casar a Juan Zapolja con Isabel, hija de Segismundo; pero como éste ponía por condición que su futuro yerno fuera antes reconocido como rey de Hungría por el rey de Romanos, Fernando, y por el emperador Carlos V, transcurrieron años y la boda no se realizó hasta febrero del año 1539, es decir, después de firmada la paz de Grosswardein.

Entretanto Segismundo había conseguido, no sin grandes trabajos, que su hijo Segismundo Augusto fuera elegido Gran duque de Lituania en octubre de 1539, en Wilna, y que al año siguiente se hicieran su elección y coronación en Cracovia. Este fué un caso sin precedentes en Polonia, con el cual Segismundo infringió públicamente el derecho consuetudinario, que él había sido el primero en elevar a la categoría de derecho público de Polonia. Sin embargo, Segismundo no sólo prometió que la elección de su hijo no derogaría el derecho consuetudinario, sino que dispuso terminantemente que «en lo sucesivo, cada vez que falleciera un rey y quedara el trono vacante, y siempre que fuese necesaria una elección, antes de que los consejeros de ambos Estados procedieran a ella se convocara, según los antiguos usos, una dieta electoral y se anunciara a todos los habitantes del reino que iba a procederse a la elección, según antigua costumbre (1).» En un documento que lleva la misma fecha (26 de marzo) prometió que en cuanto el joven rey Segismundo Augusto cumpliera quince años (esto había de ser en 1.° de agosto de 1535) prestaría el juramento a los derechos y libertades de los Estados polacos. En el siguiente año las armas de Polonia obtuvieron una gran victoria sobre los válacos, que se habían sublevado de nuevo y que en 1538 se vieron obligados a firmar la paz.

En 1543, Segismundo Augusto, que en 1537 había tenido que jurar que durante la vida de su padre se mantendría alejado del gobierno, se casó con Isabel, hija del rey de Romanos Fernando, celebrándose la boda en Cracovia el 16 de mayo. Corta fué, sin embargo, la felicidad de que gozó la joven pareja, pues la madre de Segismundo Augusto, la intrigante y pérfida reina Bona, introdujo la discordia entre los dos esposos, cuyas relaciones llegaron a ser tales que el rey Fernando se vió precisado a intervenir, en 1544, en este asunto por la vía diplomática. El anciano rey Segismundo con-

(1) *Vol. Leg.*, tomo I, pág. 245: *Decernimus, ut deinceps quotiescumque Regem decedere, et Regnum vacare, aut electionem quomodocumque celebrari contigerit, Domini Consiliarii ordinis utriusque antequam ad electionem procedant, prius juxta veterem consuetudinem Conventum electionis generalem statuant et ipsum universis regnicolis et dominiis in tempore declarent, ac electionem in eodem Conventu, juxta veterem consuetudinem celebrent.* La *vetus consuetudo* no puede ser indicada de un modo más marcado.

siguió reconciliar a los esposos, y Segismundo Augusto riñó con su madre, la cual no pudo tolerar este golpe. En junio de 1545 falleció Isabel, no faltando quien asegurara que fué envenenada por su suegra, creencia de la que participó Segismundo Augusto.

vaivoda de Trocki, Estanislao Gastold. Aquella mujer, joven y de fascinadora belleza, encendió en Segismundo Augusto la más ardiente pasión, y no sólo no rechazó sus pretensiones, sino que hizo, al parecer, cuanto pudo para encadenarle más estrechamente, consintiendo en

Escenas de la vida eclesiástica en Polonia durante el siglo XV: 1, construcción de una iglesia. – Miniatura del libro episcopal de ceremonias de Erasmo Ciolek, obispo de Plock (manuscrito miniatura de principios del siglo XVI).

Estas cuestiones matrimoniales de Segismundo Augusto tuvieron, en su ulterior desenvolvimiento, importancia histórica. Incapaz de conservarse viudo por mucho tiempo, se entregó, a poco de haber muerto Isabel, a embriagadores placeres. En los bailes y convites, en los cuales se rodeaba de la nobleza polaca, conoció a una joven viuda llamada Bárbara, hija del castellano de Wilna, Jorge Radziwil, cuyo esposo había sido el

que el príncipe hiciera construir sobre el Wilja un puente que desde el palacio conducía a sus jardines.

En todas sus entrevistas supo Bárbara, sin embargo, conservar incólume su honor, en vista de lo cual Segismundo Augusto, que ya no podía dominar su pasión, resolvió hacerla su esposa. Celebróse la ceremonia religiosa en presencia de los más próximos parientes de la novia, aunque con el mayor secreto, tan-

to que no tuvieron de ella noticia ni el anciano monarca ni Bona Sforza, ni los magnates lituanos y polacos. Como consecuencia de este matrimonio el padre y el tío de Bárbara recibieron del emperador Carlos V los títulos de duques de Olika y Njeswisz respectivamente, y su hermano Nicolás fué elevado a la dignidad de duque de Dubinki y Birze, pero los tres eran adictos al príncipe del sacro romano imperio.

Segismundo Augusto dedicó entonces todos sus esfuerzos a captarse el favor de la nobleza polaca. Apoyado por el partido de Radziwil consiguió, en una dieta celebrada en Wilna, que Bielsk, población de Podlaquia, tan codiciada por Polonia, le fuera formalmente cedida por Lituania. Dirigióse luego a Polonia para preparar cerca de sus padres el terreno a fin de que reconocieran su matrimonio; pero las primeras manifestaciones tímidas que hizo a su padre encolerizaron sobre manera a éste y Bona dió rienda suelta a su indignación. En tales circunstancias, Segismundo Augusto creyó prudente conservar el secreto y dejar a sus padres en la creencia de que sólo se había tratado de la satisfacción de un deseo amoroso.

En igual opinión estaban Polonia y Lituania. La aparente sumisión del joven príncipe tuvo por consecuencia que su padre le cediera todos los ingresos de Masovia y Prusia y le enviara a Lituania. La muerte del anciano Segismundo, acaecida en 1.° de abril de 1548, permitió al hijo realizar libremente sus planes. Bárbara Radziwil fué coronada reina de Polonia, comenzando entonces el papel importante que la familia de Radziwil desempeñó en la historia polaco-lituana.

CAPITULO XXIV

COMIENZOS DE LA REFORMA POLACA

Al analizar los sucesos acaecidos durante el reinado de Segismundo I, llamado también el Viejo, apenas hemos hablado del desenvolvimiento interior de Polonia durante su largo gobierno. Una exposición detallada del asunto nos llevaría demasiado lejos, pero puede resumirse todo en la afirmación de que Segismundo procuró remediar los males que aquejaban a la administración polaca en lo que a la hacienda y al ejército se refería.

En este sentido, dedicó su atención a devolver la prosperidad a la agricultura y al comercio, suprimiendo para ello en el Vístula y en el Warthe las trabas y derechos de aduanas a que estaban sujetos los buques y fletes, facilitando la exportación a los puertos prusianos; poniendo el terreno en condiciones de cultivo; haciendo que la corona volviera a incautarse, como hemos dicho, de sus bienes patrimoniales, y procurando, de esta suerte, dar nuevo brillo y nueva influencia a la dignidad real.

La reforma militar fué menos acertada. Varias dietas se habían ocupado en tan difícil cuestión y la publicación continua de nuevas Constituciones demuestra que el rey no consiguió llevar a la práctica sus ideas reformadoras, no habiendo podido crear un ejército permanente de cierta importancia ni encontrar un medio de sobreponerse al contingente aristocrático.

En los años de 1510, 1519, 1520, 1523, 1538, 1540 y 1545 repitió sus esfuerzos, dictando disposiciones cada vez más enérgicas para conseguir el objeto deseado; pero el resultado fué siempre el mismo, habiendo únicamente conseguido triunfar en una cosa, que fué en la organización militar de los cosacos zaporogos, que conocemos por la historia de Rusia. En 1500 había sido nombrado Predslao Lanzkoronski primer hetmán de la Pequeña Rusia; y uno de sus subalternos, Eustafio Daszkewitz, fué el primer legislador de los cosacos, los cuales le eligieron caudillo suyo *(koschewoi)*, siendo por él organizados en compañías de cien hombres y en regimientos. Estos hombres valientes, armados de sable y fusil, demostraron muy pronto ser bajo su dirección una arma excelente contra los tártaros. Su número, que en 1532 ascendía a 2.000, se elevó en 1535 a 3.000, yendo desde entonces continuamente en aumento.

El rey Segismundo les permitió emplazar sus obras avanzadas más arriba de las cascadas del Dniéper y cedió a su caudillo Daszkewitz las plazas de Kaniow y de Czerkasy. Además de esto les fué cedido un territorio bastante extenso a los dos lados del Dniéper. A Lanzkoronski siguió como hetmán de la Pequeña Rusia Wisznewecki, y a éste Eustafio Koshinski, hombre eminente que había estudiado el organismo militar en Alemania y en Francia y que supo armonizar hábilmente los resultados de su experiencia con el estado de cosas especial que encontró en la Pequeña Rusia.

Agrupó todo el ejército de la Pequeña

Escenas de la vida eclesiástica en Polonia durante el siglo XV: 2, consagración de sacerdotes.—En una iglesia gótica, delante de un altar sobre el que están el cáliz y la patena, el obispo impone las manos a los sacerdotes, que de rodillas reciben la consagración: detrás de éstos hay otros ocho que esperan ser consagrados. Dos laicos, en traje de nobles polacos, asisten a la ceremonia: algunos burgueses están de pie en la entrada. (Del libro ceremonial citado en la pág. 427.)

Rusia en veinte regimientos de 2.000 hombres cada uno y les dió los nombres de algunas ciudades de aquel territorio. Los regimientos *(polk)* se dividían en compañías de a 100 a cuyo frente figuraban coroneles *(polkownik)* y centuriones, nombrados por elección y que conservaban sus cargos toda su vida. Estos regimientos eran reclutados y completados en las residencias y aldeas de los cosacos e inscriptos en un registro de guerra hasta que habían cumplido el tiempo de servicio, siendo por ello designados con el nombre de «cosacos registrados.» La mitad de estos regimientos eran montados y estaban siempre en campaña, mientras que la infantería prestaba los servicios de guarnición en las ciudades.

Todos estos guerreros iban vestidos y armados de igual manera y comían en sus casas. Sólo recibían sueldo en caso

de guerra. La artillería fué reglamentada por el Estado. El armamento de la caballería consistía en carabina, pistolas, sable y lanza; el de la infantería en fusil, sable y daga; estas armas eran de origen turco y sueco. La marcha se hacía en columnas, y en los casos de necesidad el cuadro se convertía en triángulo. En el Samara, en el Bug y en el Dniéster había además los regimientos de voluntarios, que llevaban los nombres de sus caudillos, nombrados por el hetmán. El rey Segismundo confirmó todas estas instituciones y tuvo la satisfacción de ver la excelencia de esta organización con ocasión de la lucha contra los turcos y los tártaros.

Cuando falleció Koshinski, en 1534, sucedióle en el cargo de hetmán Wenshik Chmelnicki, de cuyos actos no trataremos ahora, pues corresponden al capítulo de las relaciones recíprocas entre Moscou y Polonia (1). Deplorables fueron los hechos que presenció Segismundo en Polonia.

Era imposible disciplinar a la Szlachta, que cada día se presentaba más díscola. La máquina se negaba a funcionar en los momentos más críticos, y Polonia, a pesar de su aristocracia guerrera, se veía obligada a refugiarse en el sistema de los mercenarios siempre que se trataba formalmente de una guerra. ¡Cuán penosa fué la impresión que recibió Segismundo en 1537, cuando puso en movimiento contra Moldavia un ejército de 150.000 hombres!

Estas tropas se entregaron a enconadas contiendas por cuestiones de privilegios, y por fin, después de aquella guerra, que en tono de burla se denominó

Escenas de la vida eclesiástica en Polonia durante el siglo XV: 3, consagración de una capilla.—Un obispo, asistido de dos sacerdotes, verifica la consagración en un altar provisional, adornado con un tríptico. Tres mujeres, dos hombres y un niño asisten al acto; este último sostiene un bastón de mariscal, distintivo quizás de la dignidad de su amo, (Del mismo libro ceremonial.)

(1) Véase Markewitz: *Historia de la Pequeña Rusia*, tomo I, Moscou, 1842 (en ruso).

«riña de gallos,» disolvióse el ejército sin haber prestado servicio alguno. Esto se debió, en gran parte, a la desconfianza e ineptitud de la administración, que después de haber tomado gran vuelo durante los primeros años del reinado de Segismundo, fué decayendo rápidamente desde que se dejó sentir cada vez más la influencia de la reina Bona. Szydlowecki y Tomicki, como cancilleres, miraron siempre por el bien del reino, pero a su muerte comenzó a preponderar la cuestión de partidos, favorecida por la reina.

Los cargos se vendieron. Entre el vaivoda Pedro Kmit, predilecto de la reina, y el castellano de Cracovia Jan Tarnowski, surgió profunda enemistad, y cuando el rey se negó a nombrar canciller al intrigante Hartmut, obispo de Przemiszl, protegido por Bona, la reina se pasó abiertamente a la oposición. Aquella mala administración fué causa de que el país odiara al rey, a pesar de las relevantes cualidades personales que le adornaban.

Que a pesar de esto se celebre el reinado de Segismundo como el comienzo de una edad de oro para Polonia, sólo podemos admitirlo con la limitación de que esta edad de oro lo fué para la nobleza polaca únicamente, pues el resto del pueblo polaco padeció mucho durante aquel período, en apariencia tan brillante, período que en lo sucesivo no fué considerado más que como pedestal sobre el cual se levantó esplendente y afortunada la aristocracia.

No hay que alegar que en aquel tiempo la clase de labradores pasó por sus más penosos días de prueba en toda Europa y podría decirse que en todo el mundo, pues en ninguna parte su suerte fué tan desdichada como en Polonia (1).

Los antiguos kmetes libres ya no existían, pues desde 1496 les había sido arrebatado el derecho de poseer libremente; el estatuto de Thorn, de 1520, había subs-

Escenas de la vida eclesiástica en Polonia durante el siglo XV: 4, bendición de la comida de Pascua.— Un sacerdote revestido con la estola rocía con agua bendita la mesa, sobre la cual se ven el cordero pascual y las viandas, mientras una mujer trae una fuente con los huevos de Pascua. (Del mismo libro ceremonial.)

(1) Schukowitz: *El cardenal Hosio y la Iglesia polaca de su tiempo*, San Petersburgo, 1882 (en ruso).

tituído los antiguos impuestos en dinero por opresoras e inauditas gabelas y había cesado casi por completo la libertad de cambiar de domicilio. Los kmetes sólo podían ser dispensados de la obligación de la gleba por los señores, así como antes podían serlo por los estarostes y funcionarios provinciales. Aún después que el señor había dado libertad a un labrador, si éste no entraba tres días después en otro servicio o no ejercía una industria, podía ser nuevamente aprehendido, atado con cadenas y obligado a trabajar en obras públicas.

Las severas disposiciones contra los fugitivos seguían siempre en pie y la jurisdicción patrimonial a que estaban sometidos los labradores recibía cada día más extensas atribuciones. En 1511 tenían todavía los labradores el derecho de enviar a sus hijos a la escuela o de hacerles aprender un oficio hasta que cumplieran doce años, pero la dieta de Piotrkow suprimió en aquel año este derecho por injusto y contrario a la libertad general *(parum aequum et libertati communi contrarium)* (1).

Dada la carencia de todo derecho político, hacíase insoportable al indefenso labrador la jurisdicción patrimonial de los señores. Los tribunales ordinarios le estaban cerrados y muy pronto se llegó a tal extremo que el señor pudo disponer de la vida de sus súbditos (2). En los territorios eclesiásticos y en Prusia, donde la población agrícola era alemana, la suerte de ésta, a pesar de su dependencia de Polonia, era mucho mejor; pero en la Polonia propiamente dicha y en parte también de la Lituania la situación de los labradores era tan intolerable que en ella desaparecía toda dignidad humana. «Agobiados por la indigencia, arrastraban las cadenas de la esclavitud.» Alejados por completo de la vida espiritual de la grande época en que vivieron, se comprenderá que el movimiento reformador que emprendió la aristocracia polaca no dejara en ellos impresa la menor huella.

Esto explica también en buena parte el hecho de que la Reforma religiosa pudiera ser tan completamente expulsada de Polonia.

El período de la Reforma constituye una de las páginas más hermosas de la historia de este desdichado pueblo; pero atendidas sus circunstancias, tan distintas de las de todo el Occidente, tomó en él un carácter diferente (3).

El terreno para una reforma religiosa estaba preparado por el husitismo, que a pesar de todas las persecuciones había dejado algunas huellas y contribuído especialmente a que fuera respetado el idioma provincial, tan descuidado hasta entonces. En la famosa discusión con los husitas de 1431 los profesores de la universad de Cracovia habían tenido que limitarse a defender a su Iglesia, enfrente de los herejes, en idioma polaco, no en latín, y desde entonces la lengua polaca había podido ganar terreno en los círculos de los hombres ilustrados. Los hijos de Casimiro la llevaron a la corte, publicándose entonces los primeros libros en polaco y dándose un nuevo paso hacia adelante con la autorización de Segismundo I para que las resoluciones de los tribunales se promulgaran en esta lengua.

En contraposición a las tendencias eclesiásticas cosmopolitas representadas por Zbignieff Olesnicki, el sentimiento nacional, que con todo esto había aumentado, se alejó de Roma. Entonces surgió la idea de formar una Iglesia nacional polaca, y la libertadora influencia que en todas partes ejercía en los ánimos el humanismo destruyó el anatema que se lanzaba a cada nuevo movimiento liberal, siempre que se trataba de los dogmas de la Iglesia. Desde la segunda mitad del siglo XV encontramos las principales universidades de Occidente visitadas por innumerables polacos, gracias a lo cual y a la introducción de la imprenta en Polonia abriéronse paso las nuevas ideas en el país.

El espíritu antirromano dominó muy pronto en los territorios de aquende y allende el Oder, y Szujski ha demostrado que la misma universidad de Cracovia no pudo resistir este impulso. Ya en 1504 se imprimieron allí libros como el «de la verdadera fe» y el «del matrimonio de los sacerdotes,» que representaban una tendencia hostil a la eclesiástica entonces dominante. En 1515 llamó mucho la atención una carta de Bernardo

(1) *Vol. Leg.*, tomo I, pág. 172.

(2) En este punto entramos en el reinado de Segismundo Augusto, acerca del cual poseemos preciosos materiales conservados en las relaciones.

(3) Nuestra narración de la Reforma polaca está apoyada principalmente en *Count Valerian Krasinski: historical sketch of the rise, progress and decline of the Reformation in Poland;* Londres, 1838, tomos I y II; en Szujski, *Odrodzenie i Reformacya w Polsze;* en Bobrzynski y en la obra antes citada de Schukowitz.

de Lublín dirigida a Simón de Cracovia, en la cual se indicaba como única norma de la fe el Evangelio, y cuando el papa León X expidió una bula en consideración del año del jubileo, la recaudación

Escenas de la vida eclesiástica en Polonia durante el siglo XV: 5, bautizo de una campana.—Un obispo con la mitra y el báculo – delante de él van la cruz procesional y un gonfalón, y detrás su clero – consagra una gran campana, en la cual se leen los nombres de los santos patronos polacos, Adalberto y Estanislao; una pequeña vasija de metal está puesta delante del obispo. – (Del mismo libro ceremonial.)

en Polonia y en Lituania fué en extremo escasa.

Pero el verdadero impulso partió, en Polonia como en todas partes, de la Reforma alemana y de su gran iniciador Martín Lutero. La Prusia polaca fué uno de los primeros territorios en que se propagaron las doctrinas luteranas. Ya en 1518 el monje dominico de Danzig, Jacobo Knade, dejó los hábitos monacales, tomó esposa, mucho antes de que lo hiciera Lutero, y predicó en su ciudad natal las «doctrinas puras.» La medida adoptada por el obispo de Cuyavia, que le mandó prender y le expulsó luego de la ciudad, no dió resultado alguno, pues otros fueron a reemplazarle.

En los años 1520-1523 la Reforma tomó tal incremento en aquella ciudad mercantil, que el obispo de Gnesen, Jan Laski, intentó en vano sofocar con su presencia aquel movimiento, después de lo cual el rey Segismundo publicó un seve-

ro decreto prohibiendo toda modificación en la enseñanza de las doctrinas. El estado de cosas en Polonia no permitía adoptar disposiciones enérgicas: precisamente entonces el rey estaba en guerra con Alberto de Brandeburgo, y un acto de severidad hubiera podido tener por consecuencia el pasarse la Prusia occidental a la orden. Unicamente después de someter a Prusia podía el monarca tener libertad de acción, cuando el último maestre se hubo convertido en el primer duque feudal protestante.

Entretanto, las cosas habían tomado en Danzig un sesgo que hacía necesaria la intervención del rey, si no quería que toda la Prusia occidental se volviera luterana. En enero de 1525 una sublevación había arrancado del Consejo, donde dominaban las ideas católicas, concesiones que aseguraban la libre predicación del Evangelio, y poco después, un segundo levantamiento puso a los caudillos del partido protestante al frente de la administración municipal. Consecuencia inmediata y necesaria de esta revolución fueron la supresión de los conventos, la suspensión del culto divino católico y la confiscación de los bienes eclesiásticos.

Envióse, entonces, al rey una embajada para manifestarle que a estos sucesos sólo había presidido una idea religiosa, en manera alguna política, para asegurarle la completa lealtad de su ciudad y para suplicarle que sancionara lo ocurrido. Pero también se habían presentado al monarca emisarios del Consejo destituído, y la explicación que éstos hicieron de los acontecimientos y la consideración de la situación política indujeron al rey a proceder enérgicamente en favor de las antiguas doctrinas. Después que el nuevo Consejo hubo desoído una intimación del rey, lanzóse sobre Danzig, en febrero de 1526, la proscripción y se declararon caducados todos sus privilegios hasta que se sometiera por completo. Al propio tiempo se acordó que Segismundo restablecería en persona el orden en aquella ciudad. Lo que de aquí resultó nos lo refiere una memoria sencilla, pero enérgica, de un luterano que vivía en aquellos tristes días (1).

«En el año 1526, en la Cuaresma (6 de marzo), llegó la real majestad a Marienburgo. Allí habían sido citados algunos ciudadanos del municipio de Danzig, a quienes se echó la culpa de ser autores del levantamiento; luego fueron citados e invitados por la real majestad a Cracovia, y no habiéndose presentado fueron nuevamente citados para Marienburgo. Allí acudieron algunos de ellos, y habiendo sido despachados con respuesta favorable, sucedió que los otros quedaron más seguros y desprevenidos.

»En el santo período de la Pascua algunos consejeros del rey llegaron a Danzig con mucha gente de guerra, y al saber el municipio que el rey les seguía con más gente todavía, se aterrorizaron y se reunieron y opinaron que no les esperaba nada bueno. Entonces los consejeros de la real majestad pusieron edictos con sellos a las puertas de los templos y juraron por el honor del rey y por el suyo y por sus yelmos y escudos que nadie tenía nada que temer, ni aun los injustos, pues la real majestad no venía ni para derramar sangre ni para perjudicar a nadie, sino simplemente para restablecer la paz y la concordia.

»Catorce días después salió la real majestad de Marienburgo al frente de numerosa gente y acompañado de algunos obispos con todo su séquito. Al saber esto el municipio, quiso cerrar las puertas y preparar su artillería, y en virtud de los privilegios que de antiguo tenía sostuvo que el rey sólo podía entrar con 200 hombres a lo sumo, y que desde el momento en que se presentaba con mayor número no podía llevar buenas intenciones.»

Sigue luego la relación de cómo el burgomaestre Felipe Bischof indujo traidoramente al pueblo a no oponer resistencia, y más adelante añade: «Llegado que hubo la real majestad a Danzig, fijáronse en las puertas de los templos edictos con un decreto real en que se decía que nadie temiera nada, ni siquiera los culpables: el honor real exigía que fuera perdonado lo que había sido olvidado. Lo propio hicieron los consejeros de su real majestad. Véase cómo fué esto cumplido. Después que su real majestad hubo permanecido algún tiempo en la ciudad, la real majestad fué visitada con frecuencia por los antiguos consejeros, los cuales delataron al rey a algunos ciudadanos que habían impulsado la rebelión no obstante haber recibido el decreto de la real majestad mandándoles no tolerar que se predicara el Evangelio. Acusaron además a algunos de robo y

(1) Véase: *Scr. Rer. Pruss.*, V, 577. Apéndice A a la crónica de Bernt Stegmann del levantamiento de 1525. La memoria de Stegmann es muy parcial en pro de Segismundo y del antiguo Consejo.

saqueo de templos, de los que algunos estaban todavía guardados, de haber ultrajado el Sacramento del Altar y a la Madre de Dios, de haber ofendido al papa en las personas de los obispos, de haber expulsado a los sacerdotes, monjas y frailes, de haber querido incendiar la casa del Consejo, donde se encontraba el rey, y de otras cosas que dijeron.

Patio de la universidad de los Jagellones en Cracovia (según Essenwein)

»Después de algunos días los indicados ciudadanos fueron citados por la real majestad y culpados y acusados de muchas cosas, y especialmente de haber despreciado el real mandato y de no haberlo cumplido. Ellos quisieron disculparse; pero sus palabras no fueron escuchadas y desde entonces fueron llevados a la cárcel. Después fueron perseguidos y encerrados poco a poco en la torre aquellos de quienes se decía que habían escuchado con gusto la palabra divina. Grande era la desesperación de mujeres y niños, que en las calles se arrojaban a menudo a los pies de la real majestad, sin poder oir ni siquiera una palabra de sus labios. Al poco tiempo fueron decapitados seis ciudadanos, y catorce días después otros siete, todos los cuales fueron llevados sin sentencia ni contestación al mercado, y allí horriblemente martirizados hubieron de confesar todo lo que se les decía, pues la tortura no cesaba. Pero todo, cuando fueron conducidos al patíbulo, volvieron a negarlo, para salvación de sus almas.»

Los demás principales acusados fue-

ron desterrados y se ordenó a todos los adeptos de la herejía luterana que en el término de catorce días volvieran de nuevo a sus antiguas doctrinas o salieran de la ciudad bajo pena de muerte. A los clérigos que habían apostatado se les concedió un plazo de veinticuatro horas para emigrar. Se condenó para lo sucesivo con las penas de muerte y confiscación de bienes la propagación de las nuevas doctrinas heréticas y con el destierro y la confiscación la expendición de libros contrarios a la Iglesia católica, y además de esto se amenazó con la confiscación a los que sostuvieran relaciones con los desterrados, y se dictaron otras disposiciones draconianas.

La dureza con que en esta cuestión procedió Segismundo era motivada más bien por razones políticas que por el fanatismo religioso: tratábase para él de hacer sentir enérgicamente su autoridad en Prusia, y el mantenimiento del catolicismo en la gran ciudad mercantil debía evitar que la Prusia se inficionara con el veneno herético. Estas medidas, sin embargo, sólo produjeron un resultado pasajero, pues a la generación siguiente tuvo que abandonarse el propósito de expulsar a los evangelistas de Danzig, cuya ciudad, a pesar de seguir siendo en apariencia católica, contaba con un número de protestantes harto elevado y era la situación de éstos demasiado firme para que fuera posible sojuzgarlos por segunda vez.

Entretanto la Reforma había invadido toda la Prusia occidental: en Thorn ya se notan sus primeras huellas en 1520 y 1521; y aun cuando fracasó la tentativa hecha en 1525 de hacer protestante a toda la ciudad, las nuevas doctrinas fueron ganando cada día terreno por las vías pacíficas. En 1520 la Reforma sentó su planta en Brannsberg, pero en esta ciudad como en todas las demás prusianas verificóse en 1536 una reacción que no fué ciertamente muy duradera. Desde Prusia se extendió el movimiento por la Polonia propiamente dicha, propagándose primero por las ciudades cuya población alemana, fuerte todavía, no había roto sus relaciones con la antigua madre patria.

La primera medida allí adoptada por el rey Segismundo fué un edicto de 1520 que prohibió la propagación de las doctrinas luteranas bajo pena de confiscación y de destierro. En 1522 se reprodujo este edicto directamente para Cracovia, siguiendo a éste, en 1523, un tercero, el más riguroso, que se dictó especialmente para Polonia, y en el cual se amenazaba con la hoguera a todo el que se adhiriera a las nuevas doctrinas o propagara sus escritos. Al propio tiempo se instituyó una comisión de senadores laicos y eclesiásticos encargada de hacer por medio de inquisidores nombrados y en unión de los funcionarios municipales visitas domiciliarias en busca de libros prohibidos, a la menor indicación del obispo.

En aquel mismo tiempo el clero polaco, presidido por Jan Laski, celebró su primer sínodo para tratar del asunto de la herejía, y los acuerdos que en él se tomaron tendieron principalmente a la confiscación de la propiedad de los herejes convictos y a la severa vigilancia de los sospechosos. A pesar de esto las ideas reformistas iban generalizándose, aunque sin manifestarse exteriormente como en Alemania. Una cierta afinidad con las ideas humanistas hacía que las más de las veces no se supiera cuál era el límite que separaba a las unas de las otras, de suerte que la persecución fué más nominal que efectiva.

Al mismo Segismundo no se le ocultaba el riesgo que esto traía consigo, y en una carta dirigida en 1524 al papa Clemente VII decía que el peligro resultante de las doctrinas heréticas no era menor que el que ofrecían los turcos, al paso que el canciller Cristóbal Szydlowiecki, que se jactaba de haber sido el autor del edicto de 1523, escribía al propio tiempo al Pontífice diciéndole que Polonia era el único país que no se veía manchado por la herejía (1). En 1525 Clemente VII reproducía en su carta al arzobispo de Gnesen esta frase del canciller, pero al propio tiempo advertía los lazos que tendía Satanás y aconsejaba que se procediera con suavidad respecto de los herejes arrepentidos y con gran rigor contra los pertinaces. Había, pues, habido apostasía, la cual, según parece, se presentó primero entre los clérigos.

El duque Janusz de Masovia vióse también obligado a expedir en 1525 un edicto contra los herejes, y sin embargo era el vecino más inmediato de Prusia, cuyo duque hereje había sido reconocido por el rey, que le hacía sentar a su derecha como consejero supremo. La impre-

(1) Su carta se encuentra en Theiner, tomo II, página 419, donde no se lee Cristóbal de F, sino de S.

sión por este hecho producida apenas pudo ser borrada por las disposiciones draconianas adoptadas en Danzig contra la reforma. Los sínodos de los años 1527, 1530 y 1532 no vieron otro medio de salvación que introducir la Inquisición, tomando para ello ejemplo de España. Luego se prohibió la asistencia a las universidades alemanas, ordenándose, bajo pena de destierro, que los polacos que estudiaban en Wittenberg regresaran inmediatamente a su patria, y una vez en ella debían abjurar de sus doctrinas heréticas y, en caso contrario, se les prohibía desempeñar empleo alguno del Estado.

Sello lituano del rey Segismundo Augusto. – Grabado en cera encarnada, con cordones de seda verdes y rojos, en un documento de 1539 que se encuentra en la biblioteca de Ossolinski, de Lemberg. En un elegante escudo, terminado por arriba en una flor de lis, se ve al jinete lituano con el nuevo escudo de los Jagellones en el brazo. Inscripción: SIGISMVNDVS : AVGVS : REX : POLON : MA : DVX : LITVANIAE. † (Según Vossberg.)

En 1540 esta prohibición respecto de Wittenberg se hizo extensiva a Léipzig, a Goldberg y a las demás ciudades heréticas, conminándose a los transgresores con las penas de muerte y confiscación de bienes, penas con las cuales se amenazó también a los que introdujeran y propagaran escritos luteranos. En 1542 el sínodo de Piotrkow dictó una serie de disposiciones para proteger a la juventud contra la invasión de las doctrinas heréticas: todas las obras de Lutero, Melanchton y sus adeptos fueron excluídas de las escuelas, y se mandó que en las casas de los nobles y de los ciudadanos los inquisidores y arcedianos practicaran registros en busca de libros prohibidos. Dirigiéronse cartas conminatorias a los padres para que enviasen a buscar a los hijos que estudiaran en Wittenberg.

Se dispuso también que en cada eparquía se hiciera por lo menos una vez al año una revisión de bibliotecas y librerías: los libros heréticos recogidos debían ser quemados, aplicándose a sus poseedores el condigno castigo. Un man-

dato del rey, fechado en 1544 en Bres-Litowsk, castigaba de nuevo con pena de muerte la introducción, el tráfico y la posesión de escritos luteranos; pero todos estos mandatos y prohibiciones quedaron casi sin efecto. El gobierno y el clero no eran suficientemente fuertes para sojuzgar a los adversarios de las antiguas doctrinas, los cuales se les escapaban, por decirlo así, de entre las manos.

Se explica este fenómeno especial por la circunstancia de que los partidarios de la reforma eran nobles polacos y de que precisamente en los tiempos de Segismundo I la Szlachta levantó la cabeza más orgullosamente que nunca.

El centro de gravedad del reino era la cámara de diputados, cuyos jefes, Jerónimo Ossolinski, Rafael Leszczynski y Mikolaj Siennicki, habían conseguido someter al rey y a la nobleza. Los diputados, como plenipotenciarios de las provincias, no estaban sujetos a enérgicas instrucciones, sino que habían usurpado el derecho de hablar de todo, y cuanto más numerosa era la mayoría que consigo arrastraban, tanto más sumisa se mostraba la minoría. En las dietas se presentaban en tan gran número, que en 1540 vióse obligado Segismundo a promulgar una prohibición contra esta costumbre. ¿Cómo podía esta clase, orgullosa ante todo de su independencia, avenirse a disposiciones que habían de traer consigo una limitación de la libertad personal de cada uno?

La prohibición de estudiar en universidades extranjeras se vió que era de imposible cumplimiento. El vicecanciller Samuel Karyewowski, obispo nombrado de Chelm, en una carta dirigida al nuncio pontificio se expresa sobre este punto en los siguientes términos: «Si hay individuos que de Polonia marchan a Wittenberg para hacer allí sus estudios, no debe culparse al rey, quien ha dictado una porción de edictos para impedirlo sin haber conseguido hasta ahora resultado alguno. La razón de esto es que los edictos sólo se refieren a los que son propietarios, y como aquellos jóvenes no poseen nada, sino que todo está en las manos de sus padres, de aquí que no les alcance el castigo. ¿Y cómo podrá hacerse nada contra los padres si éstos dicen que han enviado a sus hijos a Léipzig, no a Wittenberg, y que ellos se han ido a este último punto sin noticia suya y contra su voluntad?...»

Estos jóvenes polacos eran, a su regreso, los propagadores de las nuevas doctrinas y no podía excluírseles de los cargos civiles ni eclesiásticos porque aparentemente eran católicos, de suerte que hasta los encontramos en las sedes episcopales. Es inconcebible, sobre todo, la influencia que los más ilustrados de ellos ejercieron como diputados en las dietas y en los círculos de sus compañeros de clase. La universidad de Cracovia tampoco pudo librarse del influjo de las ideas luteranas: en 1528 se puso en duda la ortodoxia de Jacobo de Ilza, predicador de la iglesia de San Juan e individuo de la facultad de filosofía, y aun cuando el proceso que entonces se le formó hubo de ser sobreseído, en 1534 fué preciso formarle de nuevo. Ilza huyó, pero quedaban otros profesores de ortodoxia sospechosa a cuyas aulas acudía la juventud, mientras estaban desiertas las de los antiguos profesores.

El rey Segismundo no hizo más que salvar las apariencias religiosas en Polonia, pues a pesar de todos sus edictos era enemigo de las persecuciones: por eso la reforma religiosa no tuvo en Polonia, en sus comienzos, mártir alguno. La conminación que Juan Eck dirigió al rey, excitándole a que procediera a ejemplo de Enrique VIII de Inglaterra, fué terminantemente rechazada. «Los tiempos cambian—dijo Segismundo—y con ellos las soberanías y las tendencias de los legisladores; las ciencias decaen y vuelven de nuevo a florecer. El rey Enrique puede escribir, si quiere, contra Martín, pero a mí me has de permitir que sea rey así de las ovejas como de los corderos. Ruego a los dioses *(obsecro superos)* que hagan que al celo de León X se una la benignidad de León I. Si entre los cristianos, para escándalo moral y público, la corrupción llega a ser considerada como edificante, vendrán días de desdichas, en los cuales el rey y el pastor de rebaño de Cristo se cubrirán con impura coraza (1).»

Así escribía el rey en 1528, y no vemos que después perdiera la serenidad del humanista que en esta contestación se refleja.

La situación ambigua en que se colocó la reina Bona contribuyó a fortalecer la de los protestantes clandestinos y públicos: aquella pérfida y funesta italiana inspiró su conducta en consideraciones puramente personales. Si bien las íntimas relaciones en que estaba con la

(1) Krasinski, pág. 134, nota.

corte imperial le daban cierta tendencia con el protestantismo, en sus actos sólo se dejaba guiar por motivos personalísimos. Todo instrumento era bueno para ella cuando se trataba de la consecución de sus fines, prescindiendo por completo de las creencias religiosas. Su confesor, Lismanini, era un celoso protector de las ideas protestantes en Cracovia y la misma reina le ayudaba a introducir del extranjero obras protestantes. Además de esto, sostenía Bona relaciones amorosas con el palatino de Lublín, el mariscal de corte Juan Firley, que no ocultaba sus ideas luteranas y que fué, en los tiempos de Segismundo Augusto, el jefe de los protestantes polacos (1).

Mucho más importante fué, sin embargo, la formación de una sociedad secreta en Cracovia cuyo objeto era propagar las doctrinas puras del Evangelio: estrictamente católica en apariencia, aparentaba aspirar únicamente a aquellas reformas religiosas que eran compatibles con la antigua Iglesia. Al frente de esta sociedad estaba el franciscano Lismanini, y sus individuos eran todos personas principales, tales como Juan Trzecieski, el gramático polaco más ilustre; su hijo Andrés Trzecieski, filólogo; Bernardo Wojewodka, librero y maestro del gremio de Cracovia, ambos discípulos de Erasmo; Andrés Frycz Modrzewski, discípulo de Melanchton; J. Przylaski, jurisconsulto; A. Drzewiecki, canónigo de la catedral de Cracovia; Andrés Zebrzydowski, discípulo favorito de Erasmo y obispo después de Cracovia; Juan Uchanski, después arzobispo de Gnesen, y otros muchos. De la libertad con que allí se discutía es buena prueba la circunstancia de que las doctrinas de Servet, contrarias al dogma de la Santísima Trinidad, fueron admitidas por algunos individuos de la sociedad siendo la base de propaganda del socinianismo, que tan funesto fué luego para Polonia.

No es de extrañar que la conducta de Lismanini y de sus amigos despertara sospechas: el obispo de Cracovia, Samuel Maciejowski, hizo practicar un registro en su casa que no dió resultado alguno, pues Lismanini había sido a tiempo advertido; posteriormente, este hábil italiano supo ocultar a sus enemigos todo lo que pudiera servir de prueba contra él. En 1545, Maciejowski creyó conveniente ordenar que una comisión inquisitorial examinara la ortodoxia del cabildo catedral de Cracovia. En la Pequeña Polonia comenzaron a aparecer algunos sacerdotes contrarios a las doctrinas romanas: Martín Krowicki predicó contra el culto de los santos y celebró la misa en idioma polaco, y otro sacerdote, Jacobo Sylvius, rector de Krzemien, fué el primero que, en 1547, abolió la misa. El profesor de hebreo de la universidad de Cracovia, apoyándose en la interpretación de los salmos, condenó las ora-

Moneda de oro (ducado) de Danzig, en tiempo de Segismundo I de Polonia. – Inscripción del anverso: * SIGIS · I · REX · POLO · DO · PRVSS · 1548. En el centro, el busto coronado del rey. Inscripción del reverso: * MONE · NO · AVR · CIVI · GEDANENS. En el centro, las armas de Danzig: una corona sobre dos cruces en un escudo sostenido por dos leones.— Real Gabinete numismático de Berlín.

ciones a los santos, y podrían citarse otros muchos ejemplos análogos. Si estas personas eran reducidas a prisión, pronto les devolvían violentamente la libertad sus correligionarios de la aristocracia o abjuraban de sus errores y al ser excarcelados seguían haciendo su propaganda reformista en la corte de algún noble polaco, pues la Reforma se arraigaba cada vez más en la aristocracia de Polonia, que quería asegurar sus privilegios contra los ataques de la Iglesia y del gobierno. Entre los reformadores figuraban muchos ilustres personajes, tales como Bonar, el castellano de Biecz; Justo Decius, secretario particular del rey; Nicolás Olesnicki, Martín Zborowski, Estanislao Cikowski; el primer poeta polaco Nicolás Rey; las poderosas familias de los Szafraniec, Stadnicki y otras.

En Lituania las cosas parecían querer tomar igual sesgo. Abraham Kulwa, lituano de nacimiento, fundó en Wilna una escuela, frecuentada principalmente por los hijos de los comerciantes e industriales alemanes, que muy pronto tomó un carácter marcadamente pro-

(1) Véase sobre esto y lo que sigue a Krasinski, pág. 137.

testante. El clero lituano no supo vencerle, y las peligrosas doctrinas por él sustentadas sobre las prácticas eclesiásticas, los ayunos, la Eucaristía, los días de fiesta, los santos, etc., se abrieron paso desde la escuela entre la clase media. Parecía inminente una apostasía en masa y esto era doblemente peligroso en Lituania, donde bastante tenía que hacer el catolicismo para conservarse al nivel de la Iglesia griega. En tan apurado trance, el clero lituano pidió auxilio al monarca, el cual, en 1541, había hecho ya extensivos a Lituania los edictos polacos. El rey publicó entonces un edicto especial para Lituania (19 de mayo de 1542), que, dirigido al obispo Pablo de Wilna, le daba plenos poderes para hacer comparecer ante sí a Abraham Kulwa y a sus partidarios y castigarles según las disposiciones del derecho canónico. Si Abraham no se presentaba, debía ser llevado ante los tribunales ordinarios, y si tampoco comparecía ante éstos, debía ser condenado a destierro y confiscación de bienes.

Kulwa evitó el castigo huyendo a Prusia, que dispensaba benévola acogida a los que, por cuestiones de religión, eran expulsados de Polonia; pero las doctrinas protestantes se extendieron tanto más en Lituania cuanto que Segismundo Augusto, Gran duque de aquel país desde 1544, fué uno de sus decididos defensores. Ya en 1539 Calvino había dedicado a este joven príncipe, que entonces contaba diez y nueve años, su interpretación de la Epístola a los hebreos, y en 1540 el nuncio pontificio creyó necesario hablar, en una audiencia privada, a la reina Bona de la poca confianza que inspiraba su hijo Segismundo Augusto en cuestiones de fe (1).

(1) Theiner, tomo II, págs. 532-533: *Secundariamente tocai la sinistra informatione data a N. S. ch'el ci fusse alcuni, quali se sforzasseno infectare al Sermo. filio suo de la heresi Lutterana; la quale cosa perho Sua Santità non posse persuaderse, considerando ch'el era stato educato da Sua Maestà, et final presente giorno perseverava sotto la tutella sua, ne io per quanto havea possuto comprendere, trovava che Sua Santità se fusse de la concepta speranza inganata...* Respecto de la contestación de la reina, dice Rorarius: *Circa il filiolo disse N. S. esser stato mal informato, che lei lo havea educato, oltra che la natura lo inclinava a la bontà et religione del padre, et que in co to alcuno non ne parlasse a Sua Maestà ch'el saria un mettere molestia et affanno a quel lon vechio senza causa.*

Desde 1544 el Gran duque no obedeció a freno alguno: en Wilna corrían de mano en mano los escritos de Lutero, Melanchton, Calvino y otros reformadores que contenía su biblioteca y poseían sus predicadores de corte, Cazinczik y Lorenzo Wawrzinec, que predicaban al pueblo públicamente desde el púlpito las nuevas doctrinas; y cuando el clero católico quería intervenir para evitarlo, encontraban protección en el Gran duque, de suerte que, de la misma manera que en Wilna, comenzó la Reforma a ganar terreno en el resto de Lituania. ¡Qué esperanzas no podía alentar el partido de los reformadores eclesiásticos, cuando este príncipe, al morir su padre, reuniera en sus manos el gobierno de Polonia y Lituania!

Tal era la situación de la Iglesia en 1548. Si consideramos el resultado en conjunto, veremos que la nobleza polaca y la clase media (en su mayoría alemana) de las ciudades se adhirieron tanto más a las nuevas doctrinas, cuanto que todo el mundo reconocía como exactos los males que en las doctrinas y en el régimen de la Iglesia combatían Lutero y Calvino. La plebe permanecía alejada del movimiento y el futuro heredero del trono la favorecía, pero el partido reformista no tenía entonces todavía una organización eclesiástica, pues no se había reunido en comunidades ni había en Polonia una organización eclesiástica protestante (luterana o calvinista).

Cuando el anciano rey Segismundo cerró los ojos, su pueblo se encontró enfrente de una gran crisis, y su sucesor, aunque con pocas condiciones para ello, se hizo cargo de la herencia que encerraba en su seno el porvenir de Polonia. Segismundo Augusto, rodeado constantemente de una nobleza celosa de su preponderancia; influído por los círculos de los altos magnates, que procuraban inclinarse ora a éstas, ora a aquellas tendencias; de naturaleza apasionada y sensual, fué durante su vida el juguete de sucesos y personas de cuya influencia, por falta de fuerzas, no pudo librarse.

No puede estudiarse su reinado sin conocer exactamente el curso de los sucesos de Rusia y de Livonia, que durante mucho tiempo influyeron extraordinariamente en la historia del Este y del Norte de Europa. A este punto vamos, pues, a dirigir nuestras miradas.

PARTE SÉPTIMA

HISTORIA DE LIVONIA HASTA LA SUBLEVACIÓN DE LOS ESTONIOS

CAPITULO PRIMERO

TIEMPOS PREHISTÓRICOS Y COMIENZOS

Del Sacro Romano Imperio de la nación alemana no salió más que una colonia ultramarina: a fines del siglo XII y en el primer cuarto del siglo XIII nació en las playas orientales del Báltico, sin que su existencia fuera debida a la menor iniciativa de parte del jefe del imperio ni de los distintos miembros de éste, un Estado que desarrollándose poco a poco acabó por extenderse desde el Memel hasta Narbona y que era conocido con el nombre genérico de «Livonia.»

Livonia debió su existencia política a la fuerza creadora de la nación alemana, y su historia siguió un curso especial y propio, siendo una historia colonial, no provincial, lo cual explica por qué se le puede dedicar una sección aparte dentro de una historia universal. La fatalidad ha hecho que no pueda llegar a ser una historia provincial. Como la Livonia continuó siendo colonia y no se encontraba en condiciones de hallar segura comunicación por tierra con el imperio germánico, y no ofreciendo puerta alguna de entrada al labrador alemán, que nunca se aventuró por los mares, tuvo que renunciar, después de largas y dolorosas luchas, a toda conexión con el imperio, y la que había sido colonia alemana pasó a ser provincia de extranjeros Estados.

Es, pues, la Livonia un cuadro que nos demuestra lo que podían la clase media y la nobleza alemanas faltas de la base de una clase de aldeanos procedentes del mismo origen; y su historia ofrece sorprendentes semejanzas con la de las colonias griegas fundadas en territorio bárbaro, en las costas del Asia Menor o en las playas de Sicilia, siendo las diferencias que entre ellas existen más bien contrastes debidos al espíritu nacional y al tiempo que a la esencia de las relaciones.

La apertura del Báltico constituye un hecho importantísimo en la historia del desenvolvimiento general de Europa, pues en el avance progresivo de la civilización desde el Mediterráneo a los mares europeos occidentales y desde el mar del Norte al mar Báltico, viene a ser el eslabón que cierra la cadena que facilitó el cambio de los productos del trabajo, así material como intelectual, entre el Este y el Oeste, entre el Norte y el Sur. La misión debía ser realizada: su parte providencial estaba en quién la llevaría a cabo, y en este punto ofrecíanse varias soluciones. O la primitiva población del país entraba por su propia iniciativa y en su propio provecho en el número de los Estados civilizados, asegurándose de esta suerte un porvenir que hoy—cuando éste se ha convertido en pasado de otra índole—no puede ya resucitar, o Rusia, como vecino más inmediato, se encargaba de dar cima a esta tarea para luego, 500 años demasiado pronto, entrar a formar parte del consejo de pueblos europeos, como miembro dueño ya de sus acciones; o bien los germanos escandinavos ponían manos a la obra para añadir un nuevo laurel a la admirable corona de su antigua historia, tan importante para la humanidad; o, finalmente, se encargaban los alemanes a todo evento de misión tan espinosa.

Las dificultades que a cada uno se ofrecían para hacerse cargo de esta misión y llevarla a cabo, no eran ciertamente idénticas; pero el hecho es que Alemania tuvo energía, fuerza y perseverancia bastantes para darle forma y que luego la colonia tuvo que defenderse contra los pretendientes que habían llegado demasiado tarde.

Las orillas del Báltico tardaron mucho en ser conocidas por el Occidente: las noticias de Pytheas y de Tácito, y las muy posteriores de Jordanis y de Casiodoro no disipan las tinieblas en que estaban envueltas: las mismas narraciones de Wulfstán no llegan hasta ellas. Las gentes del Este, de que nos hablan estas antiquísimas relaciones, no pueden ser clasificadas con seguridad completa ni etnográfica ni geográficamente.

Desde los primeros siglos de nuestra era, los países comprendidos entre el lago Onega y Finlandia por un lado y el Ingermanland y Samland (atravesando la Estonia, la Livonia y la Curlandia) por otro, estuvieron probablemente habitados por un pueblo de nacionalidad quizás húngara (1) que, aficionado a la caza y a la pesca, fué dominado primeramente por los godos, cuya influenciá puede reconocerse con seguridad en el idioma de estas poblaciones. Allá por el siglo VI parece demostrada la existencia en este país de las tribus de los estonios, de los livonios y de los curios, sobre los cuales ejercieron una influencia difícil de determinar con exactitud los emigrantes escandinavos que entre ellos vivieron durante más o menos tiempo y que quizás llegaron a dominarlos temporalmente.

Después parece que, procedentes del Sur, penetraron en este territorio las poblaciones de origen lituano que posteriormente encontramos en las comarcas meridionales y orientales de la actual Curlandia y en la parte Sudeste de Livonia. Pero aquellos tiempos, cuyo recuerdo perpetúan aún actualmente las colinas funerarias, los buques de piedra y los «esquifes del diablo,» son, a pesar de todo, para nosotros, un libro cuyas páginas no han sido todavía descifradas. Pocas fechas hay tan seguras como la pasajera dominación de los curios por los suecos en 870 y el establecimiento, medio siglo después, de emigrantes escandinavos en las costas curias y prusianas. Las narraciones que los wikingos aportaron a sus hogares patrios cuando regresaron de sus aventureras expediciones de rapiña producennos el efecto de verdaderos cuentos. Las leyendas o *sagas* del Norte nos han conservado algún rasgo característico, pero no nos ofrecen un cuadro palpable que permita fijar con certeza la conexión de las relaciones recíprocas.

En el siglo XI encontramos una tradición, no del todo rechazable, que habla de varias tentativas hechas por los daneses para introducir el cristianismo en estas comarcas: pero tales tentativas tuvieron tan poco éxito como el contacto accidental con la población rusa que había sentado sus reales en la frontera oriental del país.

No hay ni puede haber una historia de estas primeras relaciones de Rusia, o por mejor decir, de sus príncipes con la antigua Livonia. Todo cuanto por la tradición sabemos lleva impreso el sello de un diseño fragmentario y casual y carece por completo de cohesión: sólo puede considerarse como seguro que desde la fundación del imperio ruso por Kurik, un peligro amenazó por la parte del Este a las poblaciones finesas y lituano-letonas.

En efecto, desde que Rogwolod se estableció en Polozk, su independencia se vió seriamente amenazada. Motivos tenemos para creer que una parte de los letones y de los livonios tuvo que pagarle tributos, pero la caída de Rogwolod trajo como consecuencia la desaparición de este estado de cosas. Mucho después, seguramente en 1030, los rusos intentaron por vez primera sentar con carácter definitivo sus reales en el territorio de los estonios: en aquel año, dice la crónica rusa, el Gran duque Yaroslao I marchó contra los chudos, los venció y fundó la ciudad de Yuryewo: sobre si en ésta quedó una guarnición rusa, existe la misma duda que respecto de si dicha ciudad estaba situada en el mismo paraje que hoy ocupa Dorpat.

En ella tenía Rusia un punto de partida para ulteriores empresas hacia el Oeste, y a fines del reinado de Yaroslao, según un dato notoriamente exagerado, rendíanle tributo los estonios, los livonios, los letones, los lituanos, los semigalos, los curios y los samaitas. Mas apenas murió Yaroslao los estonios procuraron recuperar por completo su antigua independencia. Ysiaslao obligó a los szolys (nombre que quizás designa a la tribu estonia de los saccalanos) a que nuevamente le pagaran tributo, pero éstos se vengaron destruyendo a Yuryewo y aun intentaron apoderarse de Pskoff. Esto sucedía en 1061. Por espacio de una

(1) Véase Grewingk: *La ornamentación de las cavernas*, etc., 1880; *Memoria sobre Aspelius, Antiquités du Nord*, en las Memorias de la *Gel. estn. Ges.*, 1885. El descubrimiento de cavernas germánicas hecho por Montelius nos ofrece un nuevo enigma.

generación, las poblaciones del Báltico dejaron, al parecer, de ser molestadas por sus vecinos eslavos, y cuando en el año 1107 los príncipes del Sur y del Oeste de Rusia atacaron de nuevo a los semigalos, sufrieron una sangrienta derrota: 9.000 guerreros rusos quedaron tendidos en el campo de batalla, pudiendo con razón deducirse de este hecho que el valor de los semigalos hizo fracasar una empresa proyectada en grandes proporciones y quizás la definitiva conquista del país.

La circunstancia misma de no haber sido esta importantísima victoria de trascendentales consecuencias para los vencedores, y sobre todo el hecho de no haber resultado de ella la soberanía de los semigalos sobre sus vecinos, demuestran la poca madurez política de estas poblaciones. Durante el reinado de Wladimiro Monomaco se nos presenta otra vez la Rusia operando un movimiento de avance. La importante fortaleza fronteriza de Odenpah cayó en 1.° de noviembre de 1116 en poder de Mstislao, hijo de Monomaco, y en 1130 pudo repetir la crónica rusa que se impuso un tributo a los estonios; pero cuando dos años después Wsewold, hijo de Mstislao, invadió el país de los estonios, fué completamente derrotado en el territorio de Woiga. «Aconteció un gran desastre—dice la crónica rusa;—muchos hombres buenos de Nowgorod sucumbieron.»

Aun cuando dos años más tarde Wsewolod entró de nuevo en posesión de Embachburg, esta conquista no fué duradera. Una generación después vemos a todas las tribus de los estonios unirse y marchar contra Pleskau, pero indudablemente no con el intento de apoderarse de esta fuerte ciudad: su expedición fué más bien para conseguir botín y vengarse del enemigo del Este, que tenía constantemente amenazada su independencia.

La crónica de Nowgorod cita a tres rusos ilustres que perecieron en la lucha, y dice: «Además los estonios mataron a otros muchos.» Es indudable que las fuerzas militares rusas sufrieron nuevamente una gran derrota, pero los estonios no supieron en 1177 aprovecharse de su victoria como tampoco habían sabido hacerlo en 1107 los semigalos: pudieron sí causar daños, pero no llegar a ser realmente peligrosos, pues para esto no habían alcanzado aún, como veremos, el suficiente desarrollo.

Por estas noticias, que nos ofrecen, en lo esencial, todo cuanto sabemos acerca de aquellos tres siglos de mutuas relaciones entre Rusia y los países del Báltico, venimos en conocimiento de que no debió de existir por parte de los príncipes rusos un plan meditado de avance hacia el mar: el único objetivo de todas las empresas guerreras era sin duda percibir tributos. Unicamente la tentativa de Yaroslao para crear en Yuryewo un fuerte ruso obedeció a un pensamiento político trascendental que, sin embargo, no pudo echar hondas raíces, pues nunca supieron los rusos conservar la importante Odenpah, que se alzaba muy inmediata a la frontera. Aparte de las invasiones realizadas por los príncipes de Polozk Duna abajo, que más detalladamente han de ser descritas en otro tratado, y que sólo por una interpretación muy forzada pueden ser calificadas de colonización, ninguna otra tentativa de colonización se hizo, no habiendo intentado la Iglesia griega enviar sus misiones a estos territorios, única manera, sin embargo, de conquistarlos.

Alemania tomó a su cargo la misión que Rusia no pudo realizar.

Los comienzos de la historia de la Livonia alemana están íntimamente enlazados con Lubek, ciudad fundada en 1158 por Enrique el León. Tal como éste lo había deseado, los ciudadanos y comerciantes de Lubek fijaron su atención hacia el Este, especialmente hacia el Báltico y sus territorios costaneros. Uno de los primeros privilegios que se concedió a la ciudad se refería al comercio con la Gotia, donde la ciudad alemana de Wisby, fundada por mercaderes de Lubek y alemanes, florecía allá por el año 1163; y no es que fuera precisamente ésta la fecha en que Wisby tuviera por primera vez dentro de sus muros, junto a su población sedentaria de germanos del Norte y junto a los huéspedes rusos, a los alemanes definitivamente establecidos en ella, sino que de dicho año datan los documentos que nos dan a conocer su organización. En ella vemos un administrador instituído por el duque de Sajonia ejerciendo el poder supremo, a tenor de un derecho fijamente establecido, sobre una comunidad de comerciantes alemanes y de camaradas emprendedores que por espacio de mucho tiempo supo conservar una posición dominante en el Báltico y en la corte de Nowgorod. Los comerciantes alemanes, si no mienten todos los indicios, fueron los primeros que desde Wisby emprendieron

el viaje a Livonia. Los contemporáneos no nos conservaron las fechas del año y del día en que se llevó a cabo la travesía a Livonia, y sólo más de cien años después de efectuada los cronistas de Bremen, quizás fundándose en una tradición poco verosímil, pretendieron para su ciudad la gloria de haber descubierto aquel territorio. Que Wisby fué precisamente la que dió el impulso para la fundación de la Livonia alemana, se comprende con sólo recordar los comienzos del Estado ruso.

Desde los tiempos de Rurick visitaban los navegantes rusos las costas de la Gotia, estableciéndose con el trato político un animado tráfico mercantil que desde Suecia y Gotia llegaba hasta la desembocadura del Neva y desde allí, por Nowgorod, hasta el Dniéper. Desde el alto Dniéper las vías mercantiles conducían al territorio del Duna, corriente que por necesidad había de llevar hacia Smolensko y Polozk.

La naturaleza misma indicaba el camino hacia Suecia, camino que no tardó mucho en ser seguido, aunque no por las embarcaciones rusas, pues a pesar del animado tráfico que entre Nowgorod y Wisby se hacía, no se sabe de ningún buque ruso que se atreviera a descender por el Duna y llegar por esta vía al Oeste. Las ciudades alemanas que estaban en relaciones con la Gotia descubrieron también el camino del Duna cuando no se contentaron con adquirir los géneros de segunda mano, y la ruta que siguieron ha sido siempre la misma, de suerte que nos es fácil seguir sus huellas.

Desde el Trave los buques navegaban junto a las islas danesas y seguían luego las costas de Schonen, Lister y Bleckingen, hasta que llegaban a las costas occidentales de Gotia y a Wisby. Después de una escala generalmente larga, doblaban la punta septentrional de Gotia y dejando atrás la isla de Feroe, casi pegada a aquélla, surcaban el mar en dirección a Oesel: aquí hacían alto en un puerto conocido y terminaban su viaje en el golfo de la desembocadura del Duna. Así comenzó el comercio de los alemanes en Livonia, que a sabiendas hacían la competencia a los suecos, y así también principió la lucha por las costas del Báltico, lucha que—prescindiendo de los eslavos bálticos, que pronto quedaron fuera de combate—fué sostenida por espacio de muchos siglos primero por los escandinavos y los alemanes y desde el siglo XV por escandinavos, alemanes y rusos.

Pocos son los Estados cuyo origen histórico pueda seguirse, como en Livonia, hasta en sus menores detalles. Una bendita habilidad puso a un inteligente contemporáneo, Enrique de Letonia, en condiciones de inaugurar la serie de cronistas livonios: guiados por él, procuraremos penetrar en la historia de los comienzos de este país.

La noticia de los viajes a Livonia se propagó por el Norte de Alemania con relativa rapidez. Los comerciantes al llegar a su patria referían los peligros y las ganancias obtenidas en las expediciones y hablaban de los rudos habitantes del país, de su idioma, que sonaba a extranjero, y de su «sacrílego» paganismo. Esta última nueva llegó a oídos de los magnates eclesiásticos.

Los canónigos agustinos de Holstein, especialmente las órdenes de los premonstratenses y de los cistercienses, que tan rápidamente prosperaban en el país de los wendos, se dedicaron con especial empeño a la tarea de las misiones, bien que muchas veces de una manera poco espiritual y protegidos por espadas tan fuertes como desconsideradas. Pero entre los muchos que estaban acostumbrados a convertir paganos por el sistema de Enrique el León, había también algunos hombres de espíritu verdaderamente cristiano que por amor a Dios iban a predicar el Evangelio despreciando la miseria y los peligros.

Era uno de éstos Meinhard, canónigo de la orden de los agustinos de Segeberg. Ya las canas poblaban su cabeza cuando—según expresión del cronista—el espíritu del Señor se apoderó de él y le mandó emprender la marcha e ir a arrojar la simiente de la palabra divina entre los paganos de Livonia.

Los marinos que hacían la travesía de Livonia solían partir durante la primavera, a fin de tener abiertas sus tiendas de venta en la desembocadura del Duna durante el verano y regresar a su patria en el otoño. Meinhard se unió a los expedicionarios, y gracias a las relaciones comerciales que hacía muchas décadas se venían sosteniendo, halló también amistosa acogida en aquellas lejanas tierras, habiendo conseguido del príncipe Wladimiro de Polozk, que ejercía allí una especie de supremacía, autorización para establecerse definitivamente en el país y para convertir al cristianismo a los paganos livonios.

El príncipe se había contentado hasta entonces con que éstos le pagaran un tributo, cuidándose muy poco de que la población permaneciera envuelta en las tinieblas del paganismo, «porque — dice Enrique de Letonia — la Iglesia rusa es una madre estéril que procura dominar a los paganos no con la esperanza de resucitarlos en la fe de Jesucristo, sino con la de conquistar el botín.» Meinhard construyó una iglesia en la aldea livonia de Uexkull y muy pronto tuvo la satisfacción de bautizar como primeros neófitos a dos habitantes de la misma llamados Ylo y Viezo; mas apenas se hubieron marchado los comerciantes comenzó para él el período de la lucha.

Durante el invierno una turba de bandidos letones invadió el país de los livonios; Meinhard, como en tales sorpresas solía acontecer, tuvo que huir al bosque con todos los habitantes de Uexkull que habían logrado escapar de manos de los invasores; y cuando éstos se retiraron volvió a la desierta y saqueada aldea y aprovechó el abatimiento de sus livonios para hablarles de las casas de piedra de su patria y para hacer con ellos un pacto en virtud del cual prometió construirles una fortaleza de piedra. Ellos, en cambio, se obligaron a recibir las aguas del bautismo, y, en efecto, muchos cumplieron su promesa en la primavera siguiente, cuando llegaron los albañiles que Meinhard había enviado a buscar a Gotia. Los demás declararon que al terminarse el castillo cumplirían la palabra que habían dado con doble juramento.

Los picapedreros comenzaron su tarea, y como Meinhard costeó la quinta parte del edificio, vino a ser en igual proporción copropietario del mismo. Meinhard disponía al parecer de recursos no pequeños, y de ello es buena prueba el hecho de que además de los presentes que ofreció al príncipe de Polozk compró de su bolsillo el terreno en que la fortaleza debía levantarse. Esto robustece la opinión, basada ya en otros indicios, de que Meinhard era de noble estirpe. Mas sea de esto lo que fue e, parecía que todos los sacrificios hechos para construir el fuerte de Uexkull debían resultar inútiles, pues apenas terminado el edificio los recién bautizados volvieron a sus antiguos dioses y los demás no pensaron absolutamente en cumplir sus promesas.

Esto no obstante, el año 1185, en que sobre el territorio livonio se levantó el primer edificio de piedra, merece que lo grabemos bien en nuestra memoria, pues aunque al principio no lo parecía, es lo cierto que con esta construcción se echaron los cimientos de la dominación alemana en el país.

La actividad de Meinhard comenzó entonces a llamar la atención. El arzobispo de Bremen, Hartwich II, procuró, aunque en vano, conseguir que el Papa confirmara «los derechos de soberanía de su sede sobre la Iglesia del Norte, que habían llegado a ser cosa punto menos que fabulosa» desde los tiempos de aquel Adalberto que había hecho de la fundación de un patriarcado en el Norte el objeto de toda su existencia.

A pesar de la resolución negatoria que tuvieron sus pretensiones, consagró a Meinhard obispo de Ykeskola (1186), además de lo cual envió a su fortaleza muchos alemanes, algunos de ellos armados. Esto fué una suerte a la par que una desgracia para él, pues así como el anciano sacerdote había sido considerado hasta entonces como harto insignificante para causarle daño, a la sazón comenzó a ser objeto de desconfianza. Una horda de semigalos intentó la loca empresa de arrastrar con cuerdas hasta el Duna el edificio de piedra, y su tentativa fué sangrientamente rechazada por los ballesteros del obispo. Desde entonces el edificio fué de tal manera respetado por los indígenas, que los habitantes de Holm, isla del Duna, pidieron a Meinhard que les construyera otro bajo las mismas condiciones en que lo había construído para los de Uexkull, beneficio que pagaron con la misma perfidia, pues después de haberse dejado bautizar también volvieron a su paganismo.

Gran consuelo hubo de ser para Meinhard encontrar en el monje cisterciense Teodorico, que ejercía su misión más hacia el Norte, en el Aa livonio, en el territorio de los livonios de Thoreida, un compañero que compartiera con él el trabajo y las penas, pues los livonios se mostraban cada día más rebeldes y más despechados.

El sacerdote extranjero se les había hecho molesto; saqueábanle sus bienes, maltrataban a sus criados y se lavaban con ardor en el Dunar para devolver a Alemania el agua del bautismo con que habían sido consagrados a un dios extranjero. Su más vivo deseo era deshacerse del obispo: el compañero de éste, Teodorico, se libró de la muerte por un verdadero milagro, y el mismo Meinhard parecía que comenzaba a cansarse

de su trabajo. Cierto que hubiera podido encontrar un apoyo en los comerciantes que —según accidentalmente sabemos— empezaban a pasar los inviernos en el Duna y en el país de los estonios, pero interesábale sobre manera evitar, en cuanto fuera posible, todo conflicto serio. En vista de ello reunió a todos sus compañeros para volver a su patria en un buque de Gotia (1); pero temiendo los livonios, quizás no sin razón, que pretendiera volver más adelante con un ejército, le suplicaron con lágrimas en los ojos que no se separara de su lado, mostrándose todos dispuestos a recibir el bautismo.

Meinhard se dejó seducir y regresó a Ykeskola; pero apenas el buque hubo desaparecido vióse claramente el engaño. El obispo pretendió entonces huir, pero su tentativa fracasó; en cambio su compañero Teodorico consiguió, gracias a su astucia, escapar y pudo emprender el viaje a Roma. Llegado que hubo a esta ciudad, dió cuenta al Papa, que lo era entonces Celestino III, del curso de la misión en Livonia, y Meinhard tuvo la satisfacción de verse autorizado por una bula pontificia para nombrar auxiliares que le ayudaran en sus predicaciones. Así quedó confirmado lo que Meinhard había ya hecho por su propio impulso, pues Celestino habló expresamente de los muchos hombres que aquel obispo había asociado a su obra piadosa.

A pesar de todo, no se le ofrecían a Meinhard verdaderos auxilios: una carta pontificia de indulgencias llevó a Livonia muy pocos peregrinos, y en cuanto a la cruzada que se intentó, fracasó a consecuencia de los temporales. De suerte que Meinhard sólo muy lentamente pudo ir ganando terreno, y así vivió por espacio de algunos años en aquel país inhospitalario, sufriendo miserias y aflicciones grandes. Cuando sintió que su vida se iba acabando, llamó a los ancianos livonios del Duna y thoroides y les hizo prometer que aceptarían otro obispo. Viejo y cansado de la vida, falleció en 14 de agosto de 1196, siendo enterrado en Uexkull: posteriormente sus restos fueron conducidos a Riga, donde se ha conservado hasta nuestros días su losa funeraria a pesar de las inclemencias del tiempo.

De insignificantes se han calificado los resultados conseguidos por Meinhard durante sus diez años de misión y se ha dicho que debía el honroso nombre de apóstol de Livonia más a sus nobles esfuerzos que a lo que en realidad había hecho.

Duro nos parece este juicio, pues Meinhard con su afanosa actividad echó los cimientos de lo que se hizo después: él fué quien encontró el camino y quien tuvo el valor de avanzar por nuevos y extranjeros horizontes, y esto era precisamente lo más importante. Continuadores de una obra los hay siempre y en todas partes, pero ¡cuán raros son los hombres que se trazan por sí mismos un objeto y que solos se abren el camino! Y no se entregó a su obra llevado por el entusiasmo de la edad juvenil, sino que habían ya pasado para el los años de fuerza viril cuando se dirigió a Livonia, sin más armas que la persuasión, sin más compañero que su Dios. ¡Cuán profundamente hubieron de herir a un hombre de su carácter los muchos desengaños que sufrió!

En un principio, el éxito al parecer más brillante, y luego fracaso sobre fracaso. Lentamente, sin embargo, logró ir ganando terreno, y si bien los más apostataron, algunos permanecieron fieles y su ejemplo comunicó a hombres como Teodorico de Treiden entusiasmo para imitarle.

En Uexkull y en Holm los bosques habían sido roturados; la agricultura se practicaba al estilo de Alemania; las campanas de los templos llamaban a la pequeña comunidad de creyentes a la oración, y los muros de piedra aseguraban un asilo dondequiera que se levantaba la cruz como signo de la civilización de Occidente. Aunque Meinhard creyó más de una vez que eran inútiles sus esfuerzos para vencer la superstición, la astucia y la barbarie, y por más que en sus momentos de desaliento pensara en abandonar tan ingratas tierras, en definitiva permaneció en su puesto y la semilla por él sembrada acabó por fructificar a pesar de todo.

Otro detalle merece también llamar la atención: cuando Meinhard, en los más apurados trances, solicitó ayuda, no se dirigió al arzobispo de Bremen, que era a quien debía su consagración, sino directamente al Papa. Con esto quedaba implantado el germen de la futura independencia de la Iglesia livonia (2): la

(1) Esto sucedió después de 1191.

(2) Véase la carta del papa Celestino III, de 27 de abril de 1103 (L. U. B. I., 11), que, a pesar de haber ocasión para ello, no dice ni una sola palabra de Bremen y de a entrever que Livonia debía ser algún día la provincia de San Pedro por excelencia.

cuestión estaba, pues, en si se encontraría el verdadero hombre que cultivara este germen y le diera vigoroso desarrollo.

Su sucesor, el obispo Bertoldo, monje cisterciense y antiguo abad de Loccum, no era a la verdad el hombre que para ello se necesitaba: era el suyo uno de aquellos caracteres especiales que imprimieron el sello a la Edad media. Antes monje y luego obispo, dominábale siempre el afán de luchar y pelear: dispuesto a todas horas a empuñar la espada, era una figura que recordaba a los obispos guerreros de Federico Barbarroja. Así fué desde el principio hasta el fin. Comenzó por ir a Livonia sin ejército alguno, y una vez allí mandó preparar un gran banquete para los indígenas, creyendo que con manjares y bebidas se conquistaría sus simpatías.

Los livonios le recibieron amistosamente como él esperaba, pero las cosas cambiaron de aspecto cuando quiso inaugurar sus funciones espirituales con la consagración de un cementerio. Los indígenas se reunieron en asamblea para deliberar acerca de la manera de librarse del obispo: unos querían quemarle, otros arrojarle al río, pero todos estaban acordes en la necesidad de deshacerse de él.

Advertido a tiempo, pudo escapar y fué a pedir consejo y ayuda al arzobispo Hartwich de Bremen, pero como éste se estaba preparando para unirse a la cruzada organizada por el emperador Enrique IV, Bertoldo tuvo que dirigirse al Papa. Provisto de una bula de cruzada, emprendió durante el invierno de 1197 su excursión por todas las ciudades y aldeas de la Baja Sajonia, de Westfalia y de Frisia, logrando de esta suerte reunir un numeroso ejército que en la primavera de 1198 le siguió a Livonia. Los buques subiendo por el Duna se situaron, a lo que parece, no lejos de la desembocadura, mientras el obispo conducía sus tropas por tierra hasta delante de Holm, desde donde envió a un mensajero a la isla para ver si los que habían recibido el bautismo se mantenían fieles y si los demás querían aceptar el cristianismo.

La ausencia de los buques envalentonó a los insulares, ante cuya negativa tuvo que retirarse Bertoldo sin haber logrado su propósito. Celebrando estaba consejo de guerra en las orillas del Duna en el sitio en que actualmente se levanta Riga, cuando le llegó la noticia de que los livonios se habían unido para aniquilar de una vez a él y a los suyos, tomando posiciones para ello en una montaña que el cronista (1) llama *mons Zabulus* y cuya situación debe buscarse seguramente en las colinas de arena que se alzan junto a Riga. Antes, sin embargo, de apelar a los medios extremos los livonios entablaron negociaciones cuyo

Sello del maestre y de los caballeros de la orden de Cristo de Livonia (tamaño del original).— En campo adamascado, una espada con la punta hacia abajo y encima de ella una cruz. Inscripción: S(igillum) MAGISTRI (ET FR(at) · OR (um) · MILICIE CRI (Christi) · DE) LIVONIA †. En un documento de diciembre de 1225, en el Archivo del Consejo de Riga.

resultado fué un armisticio que ellos mismos violaron.

La lucha, pues, comenzó: los livonios lanzaron su grito de guerra y, según su costumbre, golpearon con las espadas en sus escudos; pero no pudiendo resistir el brusco ataque de los alemanes, perfectamente armados, con los cuales medían por vez primera sus fuerzas, emprendieron una precipitada fuga, siendo perseguidos de cerca por el ejército cruzado, al frente del cual marchaba siempre el obispo Bertoldo. Habiendo éste soltado, en el ardor de la persecución, las riendas de su caballo de batalla, el fogoso animal se desbocó, y el jinete, no

(1) Hermann de Wartberge, S. R. P., tomo II, página 23.

pudiendo contenerlo, se encontró muy pronto en medio de los enemigos: dos de ellos le sujetaron, un tercero le clavó por detrás su lanza y su cadáver fué hecho pedazos por los demás. Así terminó el obispo Bertoldo, según una tradición livonia, en 24 de julio de 1198.

El ejército cruzado vengó, sin embargo, su muerte saqueando el país, hasta que los livonios, para evitar ulteriores males, pidieron la paz: cincuenta de ellos se dejaron bautizar en Holm, donde entretanto habían anclado los buques alemanes, y al día siguiente otros ciento recibieron las aguas del bautismo en Uexhull. Los indígenas abrieron sus fortalezas a los sacerdotes, se mostraron dispuestos a entregar a cada uno de éstos, para su manutención, una fanega de trigo y aun se pusieron de acuerdo para pedir un nuevo obispo. Los cruzados se dieron con esto por satisfechos y se hicieron a la vela, no dejando en aquel país más que a un comerciante y a los sacerdotes; pero, apenas habían salido del Duna, los recién bautizados se precipitaron al agua, como en tiempo de Meinhard, para lavarse del bautismo y enviaron a los extranjeros a su patria.

El cronista nos reproduce llenos de vida los pensamientos de aquellos semisalvajes, cuando nos refiere el hallazgo que hicieron los livonios de un árbol en el cual uno de los cruzados había esculpido un rostro humano. «Creyendo los livonios que éste era el dios de los sajones, los cuales atraían por medio de él sobre ellos la inundación y la peste, cocieron, según su costumbre, hidromiel y se entregaron a abundantes libaciones; después de celebrar un consejo cortaron la cabeza del árbol y, colocándola sobre maderos atados, la enviaron por el mar a Gotia, como si fuese realmente el dios de los sajones, para que, llevándose consigo la fe cristiana, fuera en pos de los que acababan de evacuar el territorio.»

Durante un mes se mantuvieron tranquilos, pero transcurrido este tiempo atacaron a los hermanos del cabildo de Uexhull, que subsistía desde los tiempos de Meinhard, les robaron sus caballos, con lo cual les imposibilitaron de trabajar en los campos, saquearon sus casas y les obligaron a huir a Holm. Los livonios celebraron de nuevo, en cuaresma, una gran asamblea para deliberar acerca de la manera de acabar de una vez con los extranjeros, y acordaron que todo sacerdote que después de Pascua se encontrara todavía en el país fuese sacrificado a los dioses. Así las cosas, ningún sacerdote se atrevió a quedarse, y en 18 de abril de 1199 todos habían abandonado aquel territorio: los pocos comerciantes que no se movieron sólo salvaron sus vidas a fuerza de regalos, con que se atrajeron el favor de los caudillos.

La colonia había dejado de existir, necesitándose, para que pudiera volver a nueva vida, una persona que, con más energía que Meinhard y con más talento que Bertoldo, supiera vencer las inauditas dificultades que se oponían en Livonia a la fundación del cristianismo.

El héroe y hombre de Estado que llevó a cima tan ardua misión fué el tercer obispo livonio Alberto. Durante mucho tiempo se ha discutido si era señor de Buschowden o de Appeldern, pero es muy probable que ninguno de estos dos nombres fuese el suyo. Su madre, hermana del arzobispo Hartwich II de Bremen, pertenecía a la noble familia bremesa de los Utledes y estaba casada en segundas nupcias: de su primer matrimonio con un desconocido habían nacido Alberto, Rotmar y Hermann, y de su segundo con un señor de Appeldern, Engelberto, nacieron Dietrich y Juan. De todas maneras, Alberto resultaba emparentado con los señores más ilustres del país, los administradores de Stade, los Utledes, Blidersdorf, Haseledorp, Appeldern y otros.

Como sobrino que era del arzobispo, ascendió, al parecer, muy rápidamente en la jerarquía eclesiástica, siendo canónigo de Bremen cuando llegó al arzobispado la noticia de la muerte de Bertoldo. Aun cuando nada sabemos acerca de la historia anterior de Alberto, la del arzobispo Hartwich (1) nos presenta un cuadro vivo de las impresiones que hicieron del joven canónigo un hombre de Estado. En la época de que hablamos había llegado a ser costumbre que los canónigos pertenecieran exclusivamente a la nobleza de Alemania: formaban el consejo del obispo y del arzobispo y habían sabido conquistar poco a poco para el cabildo—así se denominaba su comunidad—una gran parte del gobierno de la Iglesia.

Cuanto más borrascoso era el período de gobierno de un arzobispo, tanta mayor consideración alcanzaba el cabildo,

(1) Dehio, G.: *Historia del arzobispado de Hamburgo-Bremen hasta el término de la misión*, tomos I y II. Berlín, 1877. Excelente trabajo, el mejor que se ha escrito sobre la historia livonia de aquellos tiempos.

al cual correspondió muy pronto, además del derecho de elegir obispo, el de representarle en su ausencia, con lo que atrajo a sí toda la administración. Ahora bien, el arzobispado de Bremen, desde los tiempos de aquel arzobispo Adalberto que tan importante papel había representado en la historia de Enrique III y de Enrique IV, había entrado en la senda de una política universal y de amplias miras.

Cierto que el plan de Adalberto de fundar un patriarcado septentrional había fracasado, pero desde entonces apenas se notaba en el Norte de Europa una acción importante cuyos hilos no se extendieran hasta Bremen.

Una tradición de grandes ideas era la herencia que Adalberto legó a su Iglesia. Muchos de sus sucesores, sin embargo, no estuvieron a la altura de tan elevada misión, y el mismo Hartwich, a pesar de su ambición desmedida, no era un hombre de Estado. Con él comenzó para su archidiócesis un desdichado período de intranquilidad, cuya causa interna hay que buscar no sólo en la inconstante persona de Hartwich, sino también en las contiendas entre los Staufen y los güelfos. Hartwich se alió con el güelfo nuevamente reducido a la obediencia y fué arrastrado a la lucha civil que entonces estalló, siendo destituído por el cabildo, que puso a otro en su lugar.

Cuando después el clero volvió a reconocerle, los laicos se le opusieron, entablando entonces el arzobispo sangrienta lucha con el duque Alberto de Holstein. El emperador Enrique VI restableció la paz, porque supo contrarrestar unas con otras las fuerzas que le combatían y hacerlas entrar por la senda que su voluntad había trazado. En la primavera de 1197 tomó parte Hartwich en aquella cruzada en que el duque Federico convirtió en orden teutónica la de los caballeros hospitalarios que los alemanes tenían en Jerusalén.

En estas circunstancias, la importancia del cabildo se aumentó en todos sentidos: dos veces en un corto plazo había tenido en sus manos toda la política y la administración de la archidiócesis, y había aprendido en tiempos difíciles a amoldarse a los hombres y a los acontecimientos. Tal era la escuela en que se había formado el joven canónigo a quien la suerte había puesto a la sazón al frente del obispado de Livonia, que todavía no existía más que en la imaginación.

CAPITULO II

EL OBISPO ALBERTO

Con energía y circunspección poco comunes puso manos a la obra el nuevo obispo, consagrado en los primeros días del mes de marzo de 1199. En el verano del propio año lo encontramos ya en Gotia, donde impuso a unos 50 hombres la cruz para la expedición a Livonia, y desde allí fué a visitar al rey Canuto de Dinamarca, al duque Waldemaro de Schleswig y al arzobispo Absalón de Lund. Este último era el poderoso rival de Bremen en el Norte; al de Schleswig se le consideraba como uno de los más turbulentos príncipes de la Alemania septentrional, y en cuanto al rey Canuto, podía en cualquier tiempo con su escuadra bloquear los puertos del Trave.

Alberto consideró de mucha importancia tener propicios a los tres, y esto era proceder con prudencia suma, pues había estallado nuevamente la lucha entre güelfos y Staufens, cuya clave eran Felipe de Suabia por parte de los últimos, y Otón de Brúnswick por la de los primeros. Para Livonia y para los planes del porvenir que había forjado Alberto era una cuestión de vital trascendencia resolver a cuál de las dos partes se inclinaría, haciéndose más difícil la situación cuando el papa Inocencio III se decidió por el güelfo.

Cuando Alberto hubo obtenido del Papa una bula en que éste excitaba a los fieles de Sajonia y de Westfalia a que procuraran el perdón de sus pecados defendiendo a la Iglesia livonia contra los paganos, se decidió a tomar posesión de su cargo y dió una prueba de gran independencia con el hecho de atreverse, en cuanto parecieran aseguradas las condiciones previas para un éxito feliz, a celebrar la fiesta de Navidad en Magdeburgo con el rey Felipe, tanto más cuanto que éste y su esposa Irene se presentaron por vez primera ostentando todas las insignias reales, llevando el rey Felipe, según expresión de Wálter de Vogelweide, «el rico cetro y la corona.»

Después obtuvo la recompensa: por de pronto el rey Felipe no pudo hacer otra cosa más que prometer amparar los bienes de los peregrinos ausentes. Esto era ya algo, y el obispo Alberto consiguió atraerse en el campamento real a una multitud de caballeros para la expedición a Livonia. Como se ve, los preparativos no podían demostrar mayor pru-

dencia. A la primavera siguiente dióse el paso decisivo: en el mes de abril del año 1200 el obispo remontó el Duna al frente de una poderosa escuadra compuesta de veintitrés buques. Los livonios quisieron oponerle resistencia, pero Alberto consiguió, con escasas pérdidas, forzar el paso hacia Uexhull y libertar a algunos monjes que, a pesar de las asechanzas de que habían sido objeto, se habían mantenido firmes hasta entonces.

Aprovechando una tregua de tres días dirigióse el obispo a Holm, donde fué sitiado por los livonios, que, faltando a su palabra, habían logrado apoderarse de un buque alemán: los cruzados, sin embargo, le libertaron y, devastándoles los campos, obligaron a los livonios a firmar la paz. Esto no obstante, el obispo Alberto supo proporcionarse una seguridad duradera, empleando la astucia con el desleal enemigo. En efecto, consiguió apoderarse de los caudillos y ancianos de los livonios del Duna y de los thoroides, los cuales, espantados por el gran número de cruzados que entretanto habían acudido desde la desembocadura del Duna, se sometieron y entregaron como rehenes treinta niños, hijos de sus hombres más ilustres, que Alberto se llevó consigo cuando en el otoño se embarcó nuevamente para Alemania.

Antes de esto, sin embargo, había comenzado a ejecutarse un plan que debía ser para la colonia de trascendentales consecuencias. El derecho canónico prescribe que los obispos no pueden residir en castillos ni en las aldeas pequeñas: ahora bien, en el país no había ninguna ciudad, pues la población vivía o en pequeñas fortalezas o en villorrios, y en cuanto a la antigua residencia episcopal de Ykeskola no respondía al objeto para que había sido fundada, pues inaccesible para los buques de gran porte, no podía halagar en manera alguna a un buen número de colonos alemanes.

El que con fines mercantiles recorriera el Duna necesitaba un puerto cómodo y cercano al mar más abajo de Ykeskola, donde la corriente del río era impetuosa y de escasa profundidad. El obispo Alberto, comprendiendo perfectamente todo esto y atento siempre a su propósito de conseguir una fundación permanente, hízose ceder por los livonios del Duna un terreno que le pareció muy a propósito para construir una ciudad, escogiendo un sitio que por la historia de Bertoldo nos es ya conocido y que los indígenas denominaban Rige, y enviando sin pérdida de momento a Roma al hermano Teodorico—el mismo a quien conocimos en tiempo de Meinhard —con el encargo de obtener del papa Inocencio III los plenos poderes, que le parecían indispensables para la ejecución de su proyecto. Necesitaba ante todo una nueva bula de cruzada, pues los cruzados únicamente solían comprometerse por un viaje: además, era preciso que la población alemana se concentrara en un solo lugar para dirigir hacia éste el comercio y para poder ofrecer resistencia a los desleales indígenas.

Inocencio accedió gustoso a las pretensiones de Alberto, le otorgó la bula y prohibió a los comerciantes, bajo pena de excomunión, que visitaran el cercano puerto semigalo del Aa curio. Entretanto, Alberto había recorrido toda la Alemania del Norte predicando la cruzada y había conseguido no sólo reunir un ejército numeroso, sino también atraerse a una porción de hombres que se declararon dispuestos—y de esto era de lo que se trataba—a ser feudatarios del obispo y a residir, como tales, constantemente en Livonia. Había sabido llevar a los ánimos el convencimiento de que no se trataba ya de aventuras, sino de una empresa que ofrecía garantías completas de éxito.

Conrado de Meyendorf, cuya familia florece todavía en Livonia, y un noble llamado Daniel le siguieron para recibir en feudo a Uexhull y Lennewarden. Apenas hubo regresado Alberto a Livonia, en el verano de 1201, comenzó a construir la ciudad. El riachuelo Riga, brazo o afluente del Duna, formaba más arriba de su desembocadura en la orilla derecha de éste una especie de estanque tan grande que en él podía crearse un puerto cómodo y seguro: la vasta llanura que junto a este estanque se extendía fué cercada en el espacio que se consideró necesario con un muro, formando así un recinto cerrado dentro del cual comenzó el arzobispo la construcción del palacio episcopal y de la catedral diocesana, la iglesia catedral, pues allí y no en Uexhull debía residir el cabildo. Y como al propio tiempo se echaban los cimientos de muchos edificios de particulares, surgió en medio de aquel desierto con rapidez apenas creíble una ciudad, Riga, que había de ser la capital de la futura Livonia.

Animado era el espectáculo que entonces presentaban las orillas del Duna: los cruzados, el obispo con su séquito de

sacerdotes, los muchos picapedreros y demás artesanos, los comerciantes con sus géneros, y los primeros buques en el puerto, y por otro lado los admirados y espantados livonios, que por vez primera desde que empezaron los viajes a Livonia no se atrevieron a quebrantar la paz jurada. Alberto abrió también nuevos horizontes al trato con los indígenas. Atento siempre a su principal objeto, que era crear un robusto núcleo desde el cual la colonia pudiera desenvolverse hasta constituir un Estado, no tuvo reparo alguno en firmar paz y alianza con los paganos curios y lituanos, para conseguir con ello auxiliares que pudieran servirle en la lucha con las demás poblaciones.

Así transcurrió el año 1201, trabajándose con ardor aun en invierno, y en la primavera de 1202 pudo Alberto marchar a Alemania lleno de esperanzas en busca de más trabajadores para su grandiosa obra. Los preparativos para ello debió ya haberlos hecho mucho antes, pues apenas hubo salido de Riga llegaron a ésta su hermanastro Engelberto de Appeldern, sacerdote de la orden de Neumunster, en Holstein, y los primeros ciudadanos que se habían decidido a establecerse definitivamente como colonos en aquella ciudad.

La tradición no nos ha conservado sus nombres, a pesar de lo cual no creemos errar al suponerlos procedentes de Hamburgo y de Bremen, pues las armas municipales de Riga contienen, seguramente en memoria de la población primitiva, las llaves de Bremen y las torres de Hamburgo. De esta suerte quedaba creado un centro para las clases industriales, un punto de refugio para los días calamitosos y un amparo para el cristianismo de Livonia. Todavía para que la colonia prosperara debía hacerse algo más: para conquistar la Livonia y dominarla no de una manera transitoria por medio del terror, necesitábase un ejército permanente o, ya que esta idea era en aquellos tiempos desconocida, algo que hiciera sus veces.

La población hostil que alrededor de la ciudad se extendía no podía ser dominada por peregrinos comprometidos solamente por un año. Comprendiéndolo así, fundó Alberto la orden de los hermanos de la Espada, punto de reunión de toda la nobleza guerrera de la Alemania del Norte y en realidad la verdadera espada de Livonia, que, dispuesta siempre a pegar, no se dió punto de reposo hasta haber realizado los propósitos de Alberto en una de sus fases, es decir, hasta que Livonia y Estonia fueron conquistadas y hasta que sus habitantes hubieron doblado, aunque de mala gana, su cabeza ante el cristianismo y la civilización.

Cierto que la orden se fundó estando Alberto ausente, pero es indudable que su fundación se hizo por encargo suyo y según su inspiración, pues lo que caracteriza a esta orden de caballería livonia, imitación en lo general de la de los Templarios, es que, al revés de lo que acontecía con las demás, no dependía directamente del papa, sino que debía, en lo temporal y en lo espiritual, obediencia al obispo de Livonia. Así tenía este hombre de Estado en sus manos un arma que podía servirle de muy distinta manera que los vasallos y ministeriales de su patria servían a los señores espirituales que podían disponer de ellos para sus necesidades guerreras.

El obispo Alberto no quería introducir ningún elemento perturbador en el Estado unitario livonio por él concebido; de suerte que la orden debía ser siempre lo que fué en su fundación, a saber, vasalla del obispo, señor único del país. Anticipándonos a los acontecimientos, vamos a exponer los rasgos fundamentales de la constitución y de la administración de la orden tal como la sancionó el papa Inocencio en su bula de 12 de octubre de 1204 y tal como fué modificándose andando los tiempos.

En virtud de la soberanía feudal del obispo, la orden, por medio de su jefe el maestre, tenía que prestarle el juramento de vasallaje, jurándole fidelidad y obediencia, con lo cual quedaba desde luego obligada a los servicios feudales. Por tanto la orden estaba sometida a la jurisdicción eclesiástica y civil del obispo, jurisdicción que no alcanzaba sólo al maestre, sino que se extendía a todos los hermanos de la orden y a los habitantes de los territorios que ya se le habían dado o que en lo sucesivo se le dieran en feudo: todos tenían derecho para apelar, aun en los asuntos civiles, de la sentencia del magistrado de la orden ante el obispo.

Esta relación de dependencia hubiera sido sumamente clara si el obispo, a su vez, no hubiese tenido dos superiores, a saber: por una parte el emperador y el imperio, de quienes tenía en feudo la Livonia, como más adelante veremos, y por otra el papa, que a tenor de las ideas

entonces dominantes era el supremo poseedor de todos los poderes. De modo que respecto del emperador y del imperio la orden tenía la condición de subvasallo, pues entre una y otros había el obispo (después los obispos) como vasallo del imperio y señor feudal respectivamente (1).

Pero como, a pesar de esto y quizás precisamente por esto, el papa obraba como supremo señor del país, llegando más adelante hasta a formular pretensiones sobre Livonia como verdadera propiedad de la Sede romana, todas las cuestiones litigiosas sobre las cuales la orden no podía llegar a una inteligencia con su señor feudal eran llevadas a la decisión del pontífice y las resoluciones por éste dictadas, ora directamente, ora por mediación de sus legados, constituyeron luego, como con razón se ha hecho notar, los fundamentos de toda la organización política de Livonia. Hubiera sido, por lo mismo, un desinterés inusitado por parte de la orden no aprovechar la ocasión que su situación especial le brindaba para ensanchar su poder a costa de la autoridad del obispo, y contribuyó poderosamente a que lo consiguiera la excelente organización interna de que estaba dotada.

Los miembros de la orden se dividían en tres clases, hermanos caballeros, hermanos sacerdotes y hermanos servidores, y prestaban los cuatro votos de obediencia, pobreza, castidad y de luchar contra los infieles: de este último voto, como se comprenderá, estaban exentos los hermanos sacerdotes. Al frente de todos ellos estaba el maestre de la orden, que era elegido por todos los hermanos de entre la clase de los caballeros y cuya elección no necesitaba probablemente confirmación alguna. El maestre residía en Riga, todos los hermanos le debían obediencia y sólo en determinados casos de mucha importancia estaba obligado a convocar la asamblea de los hermanos, el capítulo de la orden, pero ni aun entonces tenía la obligación de seguir su consejo.

En la guerra era general en jefe de todo el ejército cristiano, pero el que mandaba ponerlo sobre las armas era el obispo. Posteriormente, al lado del maestre vemos como supremos funcionarios de la orden a los comendadores, que en Livonia llevaban también el título de maestres, *magister:* había cinco de ellos, en Reval, Fellin, Wenden, Segewold y Ascheraden, y a este orden correspondía probablemente su categoría. Los que vemos mencionados desde más antiguo son los de Wenden y de Segewold. Junto a ellos cítanse también los administradores, *advocati,* que no hemos de imaginarnos, por analogía con la orden teutónica, como presidentes de pequeñas villas de la orden, sino como empleados que, además del carácter militar de que estaban revestidos, funcionaban como recaudadores de contribuciones y se encontraban al frente de grandes territorios.

De estos administradores vemos mencionados cuatro, los de Harrien, Jerwen, Sakala y Oesel.

Era regla general que todos los hermanos caballeros habían de ser de estirpe noble. Llevaban una túnica blanca escotada; en los hombros la característica capa blanca con una cruz encarnada y debajo de ésta una espada, encarnada también, con la punta hacia abajo (2). En tiempo de guerra hemos de suponer que iban montados, vestidos con espesa cota de malla y provistos de escudo, espada, lanza y quizás también de maza. Después de éstos venían los hermanos servidores, que se subdividían en dos grupos, uno más respetable, que era el de los escuderos, y otro de los hermanos artesanos, en el cual figuraban entre otros los herreros, cocineros, panaderos, criados, etc.

Los hermanos de estos dos grupos no podían ser de estirpe de caballeros, pero debían probar que eran libres por nacimiento. Los escuderos vestían cota de malla obscura y armadura ligera; iban armados de escudo y espada y llevaban también la cruz y la espada, signos distintivos de la orden. Cuando el ejército iba de marcha formaban la vanguardia y se les confiaban además los equipajes y los caballos de los caballeros.

Hablemos finalmente de los hermanos sacerdotes, que en los castillos y casas de la orden, en el campo y dondequiera que fuera necesario cumplían su misión entre los caballeros, los cuales, por ejem-

(1) Véase Bunge: *La orden de los hermanos de la Espada, su fundación, constitución y fin;* Léipzig, 1875.

(2) Esto último es una tradición. El papa Inocencio III fué el primero que con la bula de 20 de octubre de 1210 permitió a los hermanos de la orden llevar, además de la cruz de los templarios, otro distintivo como signo de que no dependían de éstos. Es muy verosímil que desde entonces se introdujera como tal distintivo la espada.

plo, no podían confesar más que con ellos. No se les exigía que fuesen de estirpe de caballeros, pero el que lo fueran no era un obstáculo. El traje de la orden, que recibían de manos del maestre, consistía en una túnica blanca cerrada y estrecha con la cruz roja. Estos tres grupos constituían el círculo íntimo de la orden; todos estaban sometidos a la misma regla y cometerían una injusticia los que supusieran que vivían muelle y licenciosamente.

Observábase la estrecha regla de los templarios y únicamente en sus últimos tiempos la orden de la Espada se dejó dominar por el orgullo y por el afán de los placeres. Tampoco hay que creer que los caballeros de la orden fuesen en su totalidad hombres especialmente ilustres. Los comienzos de la orden fueron insignificantes y el número de nombres de los hermanos que hasta nosotros ha llegado es sumamente corto. A los dos mismos maestres sólo por sus nombres de pila los conocemos: además sabemos los nombres de nueve funcionarios de la orden, de quince hermanos caballeros y de tres hermanos sacerdotes, y en ninguno de ellos aparece demostrado que pertenecieran a conocidas familias de caballeros.

Si la orden y la ciudad de Riga, que en punto a desarrollo rivalizaba con ella, florecieron tan rápidamente, debióse en primer término a la actividad del obispo Alberto, que llevó a aquel país guerreros y ciudadanos, y que atrajo a él a las congregaciones religiosas de los cistercienses y premonstratenses, que prestaron grandes servicios en la conversión de las poblaciones y en la roturación y cultivo del suelo. La catedral de Riga y el convento de Dunamunde (1) fueron los puntos de partida de muchos templos, parroquias y monasterios que con vigorosa mano cooperaron a la obra del obispo. Todavía está por escribir la historia de los servicios que los cistercienses especialmente prestaron como arquitectos de los más antiguos templos de Livonia, que aún hoy muestran, en sus ruinas o sobrecargados con edificios anejos o con restauraciones debidas a tiempos posteriores, una imagen de un arte digno de admiración y de un sentimiento grandioso.

(1) Ya en 1204 el obispo Alberto trabajó para la fundación de un convento de cistercienses. En 1205 comenzó a edificarlo, instituyendo abad del mismo a Teodorico. En 1208 entraron en el monasterio los monjes de esta orden.

Cada uno de los muchos viajes que hizo el obispo a Alemania contribuyó al robustecimiento de su Estado, mereciendo la gloria de haber dirigido al Nordeste el movimiento de las Cruzadas, dando nueva dirección a las expediciones que hasta entonces se habían encaminado a Palestina y que ya no ofrecían probabilidad alguna de éxito duradero.

Estas circunstancias le permitieron hacer avanzar la conquista del país y la conversión de los paganos con paso muy distinto del que habían seguido en tiempo de sus antecesores. Pero ya no fueron los livonios los únicos que entraron en el horizonte de la colonia alemana del Duna, pues se había demostrado que el que en aquellos territorios quisiera sentar firme planta debía combatir y sojuzgar a las poblaciones establecidas en toda la costa desde Memel hasta Narowa.

Detengámonos un momento para recordar a grandes rasgos cuáles eran las residencias y las particularidades etnográficas de las distintas parcelas de pueblos que habitaban estos territorios.

El país comprendido entre Samland, patria del comercio del ámbar amarillo, y Luserort hasta muy cerca del Domenas, estaba habitado por los curios, que habiendo expulsado a la insignificante tribu de los wendos se habían apoderado, además de la costa, de las comarcas de Windau y Abau, en la actual Curlandia. Confinaban con ellos sus afines de tribu los livonios, que habitaban desde la costa de Luserort, y siguiendo el golfo de Riga hacia el Norte, hasta la desembocadura del Salis, avanzaban por la cuenca del Aa livonio, probablemente hasta Ronneburgo, y tenían además su residencia en la orilla izquierda del Duna y en el Aa curio, río arriba. Este territorio se dividía en cuatro provincias: Thoreida, Metsepole, Idumea y «el país junto al Duna.»

Al Este de los livonios de Idumea y en los territorios fronterizos, confundidos con ellos, vivían los letones, que se extendían hasta muy adentro del actual gobierno de Witebsk; en la orilla izquierda del Duna central, los seles, y al Este de los curios y al Sur de los livonios los semigalos.

Después de éstos, más hacia el Sur y el Este, venían los lituanos. En las comarcas del Norte, como hoy en día en el Norte de Livonia y en Estonia y en las islas vecinas, residían los estonios,

unidos en compacta masa (1). En las comarcas estonias abundaban poco los suecos; en cambio, por la orilla derecha del Duna se extendía, como hemos visto, la influencia rusa hasta las fronteras de los livonios.

Cada uno de estos pueblos tenía su idioma o por lo menos su dialecto especial, y se diferenciaba de sus vecinos por su traje y por sus costumbres, por más que la igualdad de nivel intelectual y la casi igualdad de condiciones climatológicas y materiales produjeran en todas partes modos de vida comunes e ideas análogas. Las diferencias principales que entre ellos existían pueden resumirse diciendo que los leto-lituanos (letones, seles y semigalos) se dedicaban exclusivamente a la caza, a la agricultura y a la ganadería, al paso que las tribus de sangre finesa (curios, oeseles, livonios y estonios) eran pescadoras y navegantes, lo cual equivalía entonces a ser piratas. Así como podemos decir, sin miedo de equivocarnos en mucho, que las creencias religiosas de los letones, seles y semigalos eran las mismas que hemos visto en los lituanos—culto de la naturaleza, en el cual en medio de la idolatría no se pierde del todo la idea de una divinidad única,—las tribus finesas nos ofrecen un verdadero ejército de semidioses sin que penetre en ellas con la debida claridad la noción de un solo Dios. La idea de otra vida después de la muerte era común a ambos grupos, no pudiendo abrigarse sobre este particular duda alguna, pues además de lo que nos dice la tradición, consignada en las fuentes a que acudimos, tenemos los irrebatibles resultados de las excavaciones. Todos estos pueblos quemaban o enterraban los cadáveres. Como diferencia esencial entre ellos hemos de consignar que en la vida religiosa de las tribus finesas aparece cierta hechicería parecida al chamanismo, al paso que en las leto-lituanas no encontramos sacerdotes especiales.

No existen en estos pueblos formas fijas de vida política: ninguna tribu ha llegado a constituir una unidad monárquica, sino que se divide en provincias más o menos grandes entre las cuales existe indudablemente una cohesión, pero sin que aparezca una organización sólida. Dentro de las provincias encontramos muchos caudillos que podrían ser considerados como una especie de casta de soberanos si pudiera demostrarse con seguridad que sus cargos eran hereditarios, cosa que, en lo que alcanzan nuestros conocimientos, pudo ser cierta en algunos casos excepcionales, pero no formar una regla general.

La población vivía en aldeas abiertas o en cercados, pero en los tiempos de guerra encontraba asilo en los fuertes de madera construídos en las colinas, cuyas fortificaciones podían ofrecer, dada la primitiva estrategia de estos pueblos, una defensa hasta tanto que se apaciguara la furia guerrera, pues las guerras tenían allí simplemente el carácter de expediciones de botín y de venganza, y con la misma rapidez con que estallaban quedaban sofocadas. Cuando se trataba de llevar a cabo una de estas expediciones, los caudillos y los hombres aptos para el servicio militar celebraban un consejo general, siendo elegido jefe, no sabemos con qué formalidades, el que era reconocido como más valiente: hecho esto, y sin previa declaración de guerra, el ejército expedicionario se dirigía, andando día y noche, a pie y a caballo, al territorio de los desprevenidos adversarios, y una vez en él atacaba las aldeas, robaba, saqueaba y asesinaba y regresaba a su patria cargado de botín. Si las tribus amenazadas habían sido oportunamente advertidas, los invasores encontraban las aldeas completamente abandonadas, pues sus habitantes habían corrido a refugiarse en los fuertes o en la espesura de los bosques. Entonces los agresores pegaban fuego a las poblaciones, y martirizando a los infelices de quienes habían logrado apoderarse procuraban averiguar el lugar en que los fugitivos se habían refugiado y ocultado sus bienes. El poste del tormento representaba también aquí su siniestro papel, pero, como entre los pueblos salvajes de hoy, encontramos enfrente de las inhumanas crueldades heroicas resistencias. Un ejemplo podrá ilustrar esta manera de hacer la guerra.

En 1215 los estonios de dos provincias invadieron el país de los letones y consiguieron apoderarse del caudillo de la villa de Trikaten, que imprudentemente había salido de su escondite y a quien, según dice el cronista, comenzaron a quemar vivo con gran crueldad y amenazaron con matarle si no les entregaba todo su dinero. «Y él les entregó 50 pen-

(1) Como se comprenderá, la índole de nuestro trabajo sólo nos permite trazar las líneas generales. Los territorios fronterizos y las separaciones provinciales han sido casi en todas partes causa de disputas.

dientes, y ya no le quemaron más. Y entonces dijo: «Si os enseño todo mi dinero »y el de mis hijos me quemáis,» y no les quiso dar más, en vista de lo cual volvieron a ponerlo en el fuego y lo asaron como un pescado, hasta que entregó su espíritu y murió.» La venganza que tomaron los hijos de la víctima fué horrorosa: en efecto, reuniendo un ejército letonio invadieron a su vez el país de los estonios, incendiaron los fuertes y las aldeas, escudriñaron todos los escondrijos y no hubo selva por espesa que fuera que no recorriesen. En cuatro de estas correrías, que se sucedieron con poco intervalo una de otra, mataron a todos los hombres que cayeron en su poder, se llevaron como esclavos a las mujeres y a los niños, robaron caballos y bueyes y no cesaron en su empresa hasta que hubieron dado muerte a más de mil personas, ora quemándolas vivas, ora infiriéndoles «otros diversos martirios.» En su última expedición se encontraron con que ya no había en aquel país ni habitantes ni provisiones.

Pero lo peor de todo no eran estos casos aislados, sino el continuo estado de guerra que, interrumpido únicamente por algunos períodos cortos de paz, imprimió en el carácter de la población aquel sello de dura astucia y de deslealtad sin límites que hacía de todo punto imposible el desenvolvimiento pacífico de la civilización y de las buenas costumbres. La paz sólo podía ser establecida en estos países por medio de la tiranía de un hombre más fuerte que los indígenas.

Los primeros que se inclinaron ante la superioridad moral y material de los alemanes fueron los livonios, los cuales a fines del año 1206 habían reconocido ya la supremacía romana y recibido las aguas del bautismo: su más ilustre caudillo, Kaupo, se hizo gran amigo de los alemanes desde que Teodorico, por encargo de Alberto, le llevó a Roma y le presentó al papa Inocencio III. En su viaje por Alemania, el bárbaro se convenció de que sus compatriotas eran impotentes para resistir la fuerza inextinguible que a sus ojos desplegaba aquella nación con sus ciudades, castillos y hombres aptos para el servicio de las armas; mas aún se confirmó en esta idea cuando después de haber pasado los Alpes pudo conocer las maravillas del Sur, ver la ciudad eterna, Roma, y hablar con el representante de Dios sobre la tierra. Inocencio dispensó al caudillo livonio una amable acogida, le besó como al primer creyente de su tribu, le hizo referir varias cosas de los livonios y de los pueblos vecinos, y se despidió de él regalándole cien piezas de oro y una preciosa Biblia escrita de puño y letra de un papa Gregorio, no sabemos cuál. Todas estas eran impresiones que no se borraban, y el obispo Alberto cuidó, además, de que muchos indígenas estudiaran en Alemania la civilización de que eran representantes los que habían ido a establecerse en su país. Todos ellos fueron después celosos cooperadores de su obra. Finalmente, el obispo consiguió asegurar la situación de Livonia aun desde el punto de vista del derecho político. En efecto, en 1207 hizo un nuevo viaje a Alemania: cierto que el rey Felipe no se había reconciliado aún con el Papa, pero todos los indicios demostraban que se acercaba el término de la lucha, razón por la cual Alberto se atrevió a presentarse de nuevo en la corte del monarca. En 1.° de abril de 1207 recibió de manos de éste la Livonia a título de feudo, con lo que vino a ser príncipe del imperio alemán.

A su regreso a Riga esperábale una grata noticia: los wendos y una parte de los letones se habían sometido y el terreno parecía bien preparado para ulteriores empresas hacia el Este, el Sur y el Norte. Gracias al auxilio de los peregrinos, las murallas de Riga habían alcanzado una altura tal que un ataque enemigo no debía inspirar cuidado alguno: además, con el nombramiento de sacerdotes y con la erección de templos se procuró que el cristianismo echase también sus raíces en los territorios recientemente conquistados.

Entonces se atendió a otra cosa importante. La orden, que—como dice Enrique de Letonia—veía cada día aumentarse por gracia del Señor el número de sus caballeros y servidores, exigió el premio de sus trabajos, pidiendo por tal concepto la tercera parte de los territorios conquistados y de los que en lo sucesivo se conquistaran. El obispo Alberto accedió en parte a lo que se le demandaba, bien que de muy mala gana, pues esta era la primera brecha que se abría al plan, hasta entonces constantemente realizado, de no consentir otro soberano en el país. La primera parte de la demanda fué, pues, concedida; no así la segunda, a pretexto de que no podía otorgarse lo que aún no se poseía. El mae tre Wenno se contentó con lo que

le daban y escogió el territorio del otro lado del Koiwa—así se llamaba entonces el Aa livonio—y con la mejor armonía se precedió a la realización de los ulteriores planes de guerra de Alberto. Los rusos, en quienes la resistencia de los livonios había encontrado hasta muy recientemente un apoyo siempre espontáneo, pero nunca suficientemente enérgico, fueron expulsados de Kukenois, junto al Duna, y el príncipe Wissenwaldo (Wsewolod) de Gercike se vió obligado a evacuar el territorio de los letones y de los livonios, que hasta entonces le había pagado tributo, y a recibir sus propias tierras de mano del obispo en calidad de feudo de bandera. De esta suerte fueron desalojados los rusos, a fines de 1208, de los puestos avanzados que ocupaban en el Duna. Este enemigo, que parecía el más peligroso por la extensión de territorios que a su espalda tenía y por su gran práctica guerrera, había demostrado poseer escasas dotes de resistencia. A estas victorias hay que agregar todavía algunas otras. Un ejército de salteadores lituanos que, siguiendo su costumbre, se habían lanzado sobre el país como lobos hambrientos, llevando el robo y el incendio hasta más allá del Koiwa, fué derrotado cuando emprendía la retirada; también en el Sur consiguió Alberto sentar su firme planta, después que hubo logrado conquistar la principal fortaleza de los seles, construyendo en aquella comarca, y como siempre en el lugar más a propósito, un castillo para los caballeros, cuyas murallas levantadas en condiciones que pudieran resistir la acción de los siglos ofrecían asilo y defensa a las posteriores generaciones.

El más risueño horizonte parecía extenderse ante la colonia, cuando el país se sintió de repente conmovido por la terrible noticia de que el maestre de la orden de los hermanos de la Espada, Wenno, había sido asesinado en el palacio episcopal de Riga. Un hermano de la orden loco o exaltado le había herido con su destral. ¿De qué servía que el asesino hubiese perecido en la rueda del tormento? De todas maneras, el crimen se había cometido y el cambio ocurrido en el cargo de maestre no fué en modo alguno favorable a Alberto. El sucesor de Wenno, Volquin, entendió de muy distinta manera que éste la misión que su posición le imponía y su ambición le impulsó a procurar para la orden la mayor independencia posible. Quería como igual estar al lado de sus iguales y no tener que reconocer al obispo como soberano. Aun cuando aparentemente subsistía el buen acuerdo, el antagonismo de principios que existía entre dos hombres perspicaces y aferrados a sus respectivos fines originó muy pronto un estado de cosas tan intolerable, que en el otoño de 1210 se encaminaron ambos a Roma para que el Papa dirimiera la contienda. Inocencio, sin embargo, dictó una sentencia que ninguna de las dos partes esperaba: también a él le halagaba el país virgen de Livonia, que no tenía detrás de sí un pasado de derechos, preocupaciones y costumbres tradicionales y que le incitaba a crear allí algo enteramente nuevo. No quería tolerar un Estado unitario sometido a la soberanía de un poderoso obispo, ni siquiera a la de un arzobispo, sino que deseaba clavar en aquel remoto rincón de la cristiandad católico la palanca que había de servirle para deshacerse del poder de los metropolitanos, que tantas veces había sido un obstáculo para sus planes. Su objeto era crear una serie de soberanías espirituales sin más jefe supremo que la sede de San Pedro, y si bien concedió al obispo de Riga la facultad «de elegir y consagrar obispos, cual si fuera arzobispo, en los países ultramarinos que Dios había sometido a la fe cristiana por medio de la Iglesia livonia,» no quiso con esto dar al obispado de Riga una situación de soberanía, sino simplemente—y así se hizo después de una manera más precisa—disputar primero y luego ignorar y negar la supremacía que hasta entonces había pretendido y ejercido la archidiócesis de Bremen (1). Inocencio estaba decidido a no consentir que Riga fuese la sucesora de Bremen. Prohibióse al obispo de Riga que se extendiera más allá del país de los livonios y de los letones; los territorios situados al otro lado de esta línea fronteriza debían ser cedidos a la orden para que se erigiera en ellos en potencia territorial independiente con obispos también independientes del de Riga; y por último, en la Estonia septentrional debía fundarse un obispado completamente desligado así de Riga como de la orden. Si entre todas estas potencias se mantenía el equilibrio, lo cual era muy posi-

(1) Esta hipótesis ha sido por vez primera explicada de un modo claro y convincente por Dehio en su *Historia del arzobispado de Hamburgo-Bremen.*

ble, el Papa dominaría sobre todas ellas como soberano único y absoluto. Con esto se hacía penetrar por vez primera en una corporación político-religiosa la idea del poder metropolitano, y lo que a la sazón acontecía en Livonia podía algún día servir de modelo para Alemania o para cualquiera otra nación. Era este un plan digno de las elevadas miras y de la perspicacia de un Inocencio.

No puede, con todo, asegurarse que fueran éstos los motivos que le indujeran a pronunciar la famosa sentencia de 20 de octubre de 1210 que, a pesar de todos los cambios, fué el fundamento de la posterior confederación livonia. El papa Inocencio III no era aficionado a seguir la costumbre, tan inveterada en la cancillería pontificia, de consignar previamente en los preámbulos de sus bulas el programa de sus acciones, sino que quería ser juzgado por sus actos, y esto justifica aquella hipótesis. En los grandes hombres de Estado de la Edad media es permitido suponer grandes planes.

El texto de esta bula merece ser consignado íntegro. Dice así:

«Inocencio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a su amado hermano Alberto, obispo de Riga, salud y bendición apostólica.

»Como entre tú y los hermanos de la orden de caballería de Cristo se han entablado debates acerca de la suerte de los países que por la gracia del Espíritu Santo se han convertido recientemente a la fe cristiana; habiendo examinado la cuestión litigiosa, hemos llegado en definitiva y por nuestra mediación al siguiente acuerdo: Los hermanos tendrán en feudo del obispo de Riga la tercera parte de estos países, es decir, de Letonia y de Livonia, sin que por ella estén obligados a más servicios laicales que a la defensa en todos tiempos de la Iglesia y de la provincia contra los paganos y a jurar cada nuevo maestre al obispo de Riga obediencia en este concepto (es decir, obediencia religiosa). Los hermanos y los clérigos de que se sirvan para sus necesidades religiosas no le pagarán (al obispo) ni el diezmo ni las primicias, ni tampoco limosnas ni derechos de sede; los labradores del país (de la orden) darán a sus iglesias el diezmo de sus rentas, y si el obispo no renuncia a ello por motivos poderosos y racionales, le corresponderá la cuarta parte del mismo diezmo (la *quarta decimarum* usual). Los hermanos y sus descendientes tendrán el derecho, en caso de estar aquellas iglesias vacantes, de presentar personas aptas al obispo de Riga, el cual cumpliendo sus deberes de curador de almas no podrá oponerse a su confirmación. Cuando tú o uno de tus sucesores considere necesario visitar sus casas, han de mantenerlos en ellas (es decir, en los castillos de la orden) a cualquiera de vosotros y además a veinte acompañantes: dos veces al año procurarán recibiros en las iglesias parroquiales.

»De todos aquellos territorios que, fuera de Livonia y de Letonia, puedan con la ayuda de Dios conquistar los citados hermanos, no han de dar cuenta alguna al obispo de Riga, el cual no podrá imponerles por esta adquisición gravamen alguno. La institución de los obispos que en esos territorios hayan de colocarse se hará amistosamente, o se esperará para ello la decisión que tenga a bien pronunciar la Sede apostólica. Y como los hermanos siguen la regla de los templarios, llevarán en la túnica otro distintivo para indicar que no dependen en modo alguno de éstos. Tendrán libre el entierro para ellos, para sus criados y para todos cuantos quieran ser enterrados con ellos y sólo deberán pagar los derechos canónicos a los templos en que se entierren los cadáveres. Y como aprobación de este acuerdo les hemos robustecido con la autoridad apostólica y provisto de esta carta.» La carta terminaba con las fórmulas acostumbradas.

Una segunda bula redactada en el mismo día y concebida casi en idénticos términos fué entregada al maestre Volquin, y en 20 de enero del siguiente año el emperador Otón confirmó a la orden la posesión, que desde entonces quedó asegurada jurídicamente por todos lados.

En la primavera del año 1211 regresó Alberto a Livonia presa de tristes presentimientos: un hombre más fuerte que él se había atravesado en su camino y le había desviado de la senda emprendida. ¿Podía esperar, a pesar de todo, ver conseguido su objeto? Por de pronto, las circunstancias se le mostraban desfavorables. Ya antes de emprender su viaje a Roma se había puesto de acuerdo con Teodorico, abad del convento de Dunamunde, para consagrarle obispo de Estonia (1), y la consagración tuvo efecto entonces con la asistencia de los obispos

(1) Así resulta del documento del emperador Otón, de enero de 1211.

de Verden, Paderborn y Ratzeburgo. Teodorico debía residir en Leal y su diócesis abarcar todo el país de los estonios.

Saccala y Ugaunia, que eran las provincias más meridionales de la Estonia y que estaban respectivamente situadas al Oeste y al Este de Wirzjarw, habían sido conquistadas por la orden, bien que con la ayuda eficaz del obispo. Volquín, apoyándose en la decisión de 1210, pidió un nuevo obispo para estos territorios, petición a la que accedió el Papa, después de algunas vacilaciones, confiando la institución del nuevo prelado, no a Alberto, sino al arzobispo de Lund, es decir, a una potencia completamente extranjera que nada tenía que ver con la Livonia.

Al propio tiempo confirmó Inocencio a Teodorico de Leal, concediéndole atribuciones que le igualaban a obispo de Riga y disponiendo que en lo sucesivo tampoco el obispo de Estonia estuviese sujeto a ningún metropolitano: sin ver que de esta suerte confería a dos personas distintas un mismo territorio, pues que el obispado de Estonia, que había de ocupar Teodorico, o Dietrich como le llamaba el Papa, y el de Saccala y Ugaunia, que había de proveerse desde Lund, no formaban más que uno solo.

De esta suerte la confusión y las rivalidades se enseñorearon de Livonia, tanto más cuanto que se concedía al clero de Lund una especie de patronato sobre la orden. El viaje a Roma que en 1215 hicieron Alberto y Teodorico para asistir al gran concilio de Letrán dió por resultado restablecer en este estado de cosas el orden más puramente preciso. La independencia de la Iglesia livonia respecto del arzobispado de Bremen, que incidentalmente se había decretado en 1213, no quedó definitivamente establecida; en cambio, se renunció al proyecto de un obispado de Saccala y Ugaunia y se arreglaron, aunque no de una manera muy concreta, las relaciones entre los obispos y la orden.

Después de esto, falleció el papa Inocencio, cuya oposición a los planes de Alberto no había sido nada beneficiosa para Livonia, y, antes al contrario, fué muy funesto para aquel país el pretexto que con su conducta dió a la potencia danesa para ingerirse durante mucho tiempo de un modo decisivo en la historia livonia. También la política del rey Federico II opuso al desenvolvimiento de Livonia un obstáculo muy difícil de vencer, pues en virtud del acta de cesión por él promulgada en la dieta que se celebró en Metz, en enero de 1215, concedió al rey Waldemaro de Dinamarca el territorio que se extendía más allá del Elba y del Elde y dentro del cual no estaban comprendidas las ciudades de Hamburgo y de Lubek.

Si se tiene en cuenta que precisamente entonces Hamburgo pretendía hacer valer sus derechos metropolitanos sobre el Este del imperio poniéndose frente a frente de Bremen, a la sazón desgarrada por luchas intestinas; que Livonia estaba de derecho sometida a Bremen; que si Hamburgo hacía triunfar sus pretensiones pasaba a la jurisdicción de la metrópoli danesa, y que Lubek era el punto de partida de todos los cruzados livonios, se comprenderá cuán trascendental había de ser para Livonia esta cesión del rey Federico. Hacía ya algunos años que la influencia danesa se había comenzado a dejar sentir en Livonia, habiendo hecho las circunstancias que la Estonia fuese la primera en sentirla.

En 1208 la orden y los letones convertidos habían comenzado a realizar la sumisión de los estonios, vengándose entonces los letones de los malos tratamientos que durante muchos años les habían hecho sufrir las tribus estonias. El obispo Alberto se había mantenido apartado de esta empresa, ignoramos por qué motivos: para los livonios y letones episcopales negoció un armisticio con los estonios y no tomó parte en la expedición dirigida contra Ugaunia y mandada por Bertoldo de Wenden, que ocupaba el puesto de maestre provincial. Un ataque que contra Riga dirigieron los curios, aliados con los livonios rebeldes, indujo a todos los señores de Livonia a unirse para proceder a una acción común, pues harto claramente se había demostrado que en el fondo sus intereses eran los mismos.

Gracias a esta unión, vemos poco después a los hermanos de la orden y a las tropas del obispo luchar juntos y vencer delante del fuerte de Odenpah, en Ugaunia, habiéndose estrechado más aún esta unión con la derrota que en el Imer les causaron los estonios. Un hecho demuestra que cada día se dejaba sentir más la necesidad de una firme alianza, tal es el de haberse confiado a un hermano de la orden, Rodulfo, la presidencia de una embajada que se envió al príncipe de Polozk y cuyos resultados fueron una paz

y un tratado de comercio muy beneficioso para Riga.

Este hecho, sin embargo, puede ser considerado como un triunfo para los rusos, pues en aquella ocasión se reconoció formalmente el derecho de aquel príncipe a percibir un tributo anual de los livonios. Los alemanes, asegurados de esta suerte por la parte del Norte, tuvieron tiempo para emprender una campaña de invierno que les permitió dominar a los habitantes de la orilla septentrional del Salis y para sentar, con la conquista de Fellin (marzo de 1211), sus reales en Saccala, que equivocadamente se consideraba hacía tanto tiempo sojuzgada. A pesar de esto, aún fué necesario un año de devastación en las comarcas de Ugaunia y de Jerwen para que los estonios se decidieran a firmar un armisticio por tres años que puso en manos de los alemanes todo el país hasta Pala.

Desgraciadamente la paz que en lontananza se vislumbraba quedó nuevamente rota por culpa de la orden, cuyos hermanos de Wenden se enredaron en lucha con los súbditos letones del obispo. Otra vez, y ésta fué la última, aliáronse los letones con los livonios primero contra la orden y luego contra todos los alemanes, y no habiendo producido resultado alguno una asamblea que se reunió para resolver los puntos litigiosos, hubo de apelarse a la decisión de las armas. Por los medios que se emplearon podemos formarnos un concepto de la magnitud del peligro que amenazó a los alemanes en aquella ocasión.

El preboste del castillo de Lennewarden puso presos a todos los ancianos livonios de su distrito; las fortificaciones del castillo de Holm, que databan del tiempo de Meinhard, fueron derribadas; el fuerte de Treiden fué incendiado, y como si todo esto no fuese bastante, y como si durante algún tiempo pareciera que los livonios y los letones se hubiesen propuesto acabar por completo con la colonia alemana, se hizo una guerra en toda regla que acabó, como no podía menos, con la sumisión de los rebeldes. Los castillos de éstos tuvieron que rendirse y la capitulación de Sattesele precipitó la solución definitiva. Como signo de sumisión completa exigió el obispo Alberto la entrega de rehenes y la renovación del sacramento del bautismo en los que habían apostatado del cristianismo, lo cual merece llamar muy especialmente la atención. Restablecido por fin el orden, el obispo aprovechó la ocasión oportuna para construir en el territorio de Treiden otro fuerte, Fredeland, cuyos sólidos muros debían ser testimonio a la par que garantía de paz en el país.

En tan críticas circunstancias, así en el exterior como en el interior, tocó a su término el plazo del armisticio firmado con los estonios, y la guerra estalló de nuevo en 1215. Una expedición de los alemanes a Rotala (al Noroeste de Estonia) llevó el espanto al país estonio. Rechazado el ataque combinado que los oeseles dirigieron contra Riga y los estonios contra la Livonia septentrional, comenzaron por ambas partes las expediciones de rapiña, más crueles y más devastadoras que todas las anteriores, hasta que por fin los estonios fueron perdiendo su fuerza de resistencia. Ugaunia abrazó el cristianismo, Saccala siguió su ejemplo; Rotala, que era la única que aún se resistía, acabó por aceptar de grado o por fuerza el bautismo y en las mismas provincias ribereñas del Wiek comenzó a ganar terreno la fe de Cristo. A fines del año 1216 los alemanes preponderaban en todas partes.

Entonces, sin embargo, vino el retroceso. Los sorprendentes progresos realizados por los alemanes atrajeron a los rusos al teatro de la guerra. Wladimiro de Pskoff formuló pretensiones sobre Ugaunia y puso sitio al fuerte de Odenpah, el cual tuvo que capitular en febrero de 1217, cuando invadió el país un poderoso ejército de nowgorodes aumentado con los contingentes de los oeseles y de los estonios. Así se perdieron nuevamente Saccala y Ugaunia, siendo Teodorico, el hermano de Alberto, conducido a Nowgorod en rehenes. Grande fué el júbilo de los estonios: en Saccala había estallado de nuevo el incendio de la rebelión, y otra vez Lembito, el caudillo de Leole, que había sido el alma de la sedición anterior, iba de aldea en aldea predicando la guerra de venganza contra los alemanes. Los estonios enviaban ricos presentes a Nowgorod para inducir a esta poderosa ciudad libre a que les prestara su poderoso auxilio, y fué una suerte para los alemanes que el príncipe se encontrara a la sazón ocupado en una expedición a Galitzia. Su representante, Swiatoslao Mstislawitz, prometió la ayuda que se le pedía, pero no estaba preparado para una acción inmediata, y los estonios no tuvieron paciencia para esperar.

A principios del otoño de 1217, su ejér-

cito, compuesto de 6.000 hombres, se encontraba ya en el Pala, pero los alemanes sabían perfectamente que por su parte no tenían tiempo que perder. El obispo Alberto fué también esta vez quien oportunamente partió para Alemania, consiguiendo que un vasallo danés, el conde Alberto de Holstein, con diez de sus hombres se decidiera a emprender la cruzada. El maestre Volquin puso en pie de guerra a sus caballeros, y dos señores espirituales, el abad Bernardo de Dunamunde—un señor del Lippe que se proponía redimir en Livonia bajo el sayal eclesiástico una vida de aventuras—y Juan, canónigo preboste de Riga, y además las tropas ligeras de los livonios y de los letones, se presentaron completamente armados para comenzar la lucha contra los estonios antes de que acudieran los rusos a su auxilio.

Todas estas fuerzas, 3.000 hombres en junto, se reunieron en Saccala, distante una jornada escasa de Fellin, llegando al anochecer al fuerte, donde pernoctaron. A la mañana siguiente muy temprano se celebró la misa y con nuevos ánimos salió el ejército al encuentro del enemigo. El día de San Mateo (21 de septiembre) de 1217 trabóse al otro lado de Fellin una famosa batalla en la que Lembito por una parte y el anciano Kaupo por otra perecieron luchando como héroes y sucumbiendo uno y otro por una buena causa. El valor y el mejor armamento de los cristianos pudieron más que el doble número del enemigo, siendo el fruto de esta victoria la reconquista de Saccala. Sin la cooperación del conde de Holstein, que de buena gana hubiera sojuzgado a Oesel, quedaron conquistadas las provincias marítimas, y Jerwen, el verdadero núcleo de la Estonia, envió embajadores y se sometió a la Iglesia de Riga.

Ugaunia continuaba libre y los de Saccala sólo de mala gana se habían sometido: los territorios del Norte y del Nordeste eran de hecho independientes, y por el Este cerníase sobre los caudillos alemanes una amenazadora nube, que era el ataque que hacía dos años preparaban con todas sus fuerzas los rusos.

Diez y ocho años habían transcurrido desde que el obispo Alberto había recobrado los casi perdidos puestos del Duna: diez y ocho años de luchas poco menos que continuas (1) y de incesantes esfuerzos físicos y morales para él y para los suyos.

Pero ¡cómo habían cambiado durante este tiempo el carácter y el aspecto del país! Los bosques comenzaban a clarearse, los campos eran cultivados, y caminos transitables ponían en comunicación los puntos más importantes del territorio. Las fortalezas de los caudillos enemigos en parte habían sido derribadas y en parte substituídas por fuertes alemanes, que levantándose a lo largo de los ríos, o en cualquiera otro sitio de importancia militar, tenían abrazado estrechamente el país.

Apenas se entraba en el río Duna encontrábase ya el convento amurallado de Dunamunde, junto al cual se construyó más adelante un castillo: seguía luego Riga, la más soberbia creación de Alberto, y algo más arriba aparecían Holm, Uexkull, Lennewarden, Kokenhusen, castillos fortificados con sus torres y sus almenas, con sus murallas y sus fosos y bien provistos de víveres, armas y siervos equipados. El territorio de Koiwa estaba dominado por los castillos de Segewold, Fredeland y Wenden: este último, como el de San Jorge de Riga—residencia principal de la orden—estaba defendido por una ciudadela y era el punto de partida de la mayor parte de las empresas de los hermanos de la Espada. Más hacia el Norte se encontraba el castillo de Fellín, donde vivían juntos los hermanos de la orden y los estonios.

En este territorio el obispo y la orden ejercían su soberanía sobre una población convertida al cristianismo, pero en la cual no se podía tener gran confianza, como lo había demostrado la última sublevación y como se desprendía del hecho de no haber ningún adulto livonio o letón que en sus mocedades no hubiese visitado los lugares donde se hacían sacrificios en honor de los dioses paganos. Por grande que fuera la influencia de la civilización cristiana y por más que por ella se había operado un cambio radical en la vida material y moral de los indígenas, éstos eran todavía unos salvajes para quienes la garantía del derecho y de la verdad dependía del éxito que sus representantes obtuvieran.

Así, cuando ocurría una alteración, cuando los alemanes en vez de vencedores resultaban vencidos, la existencia de la colonia se veía inmediatamente en peligro, pues no hay que echar en olvido que el número de colonos alemanes con

(1) Aquí sólo podemos hablar, como es natural, de los hechos principales.

residencia fija era muy pequeño comparado con aquella población flotante de cruzados, aventureros y comerciantes que cada año llegaban allí en la primavera para volverse a su país en otoño o a lo más en la primavera siguiente. Si este contingente dejaba de presentarse en Livonia, quedaba interrumpida toda cohesión con la madre patria alemana, y todo retardo constituía un peligro. Cualquiera agresión que en tales circunstancias viniera del exterior, del Oriente ruso por ejemplo, debía ser funesta irremisiblemente, así era permitido por lo menos suponerlo, para aquella pequeña falange de alemanes.

Con el año 1218 se presentó este peligro extremo. En Bremen se había restablecido la tranquilidad, bien que sólo la más indispensable; el arzobispo Gerhard exigió nuevamente de Livonia que se le sometiera, y para dar mayor fuerza a sus pretensiones, cerró a los cruzados el puerto de Lubek. Fácil es imaginarse la situación en que se encontraría Livonia: por una parte cortadas las comunicaciones con Alemania, precisamente cuando comenzaba a entreverse el ataque de los rusos, y por otra terminado el año de la cruzada de Alberto y agotadas las fuerzas del país después de las últimas luchas formidables.

Aun en el caso de que las quejas que formulara el obispo livonio fuesen atendidas, la resolución había de llegar siempre demasiado tarde: era de todo punto imposible obtener un cambio favorable con la rapidez que las circunstancias exigían.

Alberto, a quien no se le ocultaban todas estas consideraciones, apeló en tan apurado trance al último recurso desesperado que le quedaba, que era implorar el auxilio del rey danés, del ambicioso Waldemaro, que hacía tiempo tenía fija su vista en Livonia. Ya en 1206 había intentado un primer ataque contra Oesel y logrado establecerse en la isla y construir en ella un fuerte; pero como no hubo nadie que quisiese permanecer en él corriendo el peligro de verse atacado por los paganos, lo incendió y regresó a Dinamarca sin haber conseguido nada de importancia.

Con esto quedó demostrada la ineptitud de los dinamarqueses como colonizadores; pero Waldemaro no se arredró por ello: los dos prelados que le habían acompañado a Oesel, el arzobispo Andrés de Lund y el canciller Nicolás de Schleswig, fueron enviados a Riga, donde se presentaron con grandes exigencias y pasaron el invierno de 1206 a 1207. Tres años después, Andrés fué nombrado legado pontificio en aquellos países paganos y se confió a su Iglesia la misión de resolver como árbitra las cuestiones surgidas entre Alberto y Volquín. Ya se comprenderá que en todo esto había intervenido la mano del rey Waldemaro, a quien la cuestión alemana, que le interesaba demasiado, había impedido hasta entonces realizar sus planes guerreros contra Livonia.

Pero a la sazón se encontraba libre y más poderoso que antes. ¿Qué podía, pues, llegar para él más oportunamente que la demanda de auxilio del obispo livonio? Cuanto mayor necesidad tuviera Alberto del socorro implorado, tanto mejor para Waldemaro, que de esta suerte podía hacérselo pagar más caro.

Con el ánimo afligido presentóse Alberto, acompañado de los otros dos obispos de la colonia—Teodorico de Estonia, que hacía siete años administraba su diócesis, y Bernardo de Dunamunde, que acababa de ser consagrado obispo del país de los semigalos,—en la esplendente dieta que en 24 de junio de 1218 se había reunido en Schleswig, donde el rey Waldemaro quería hacer coronar a su primogénito. Quince obispos, tres duques y tres condes rodeaban el trono real, ante el cual expuso Alberto su súplica. Waldemaro le escuchó benévolamente en apariencia, y prometió por el honor de la Madre de Dios y por el perdón de sus culpas ir a Livonia con su ejército al año siguiente, y el obispo tuvo a su vez que comprometerse en nombre de los alemanes a renunciar a los territorios que conquistara el monarca (1).

Es indudable que se convino en que el ataque del rey se dirigía contra los territorios estonios no conquistados todavía. De suerte que lo que se ofrecía no era un apoyo directo, sino simplemente desviar de la orden y del obispo las fuerzas de los estonios; pero no debía estar lejos del pensamiento de Waldemaro la idea de encontrar desde Estonia, en cuanto las circunstancias lo permitieran, el camino hacia el Sudoeste pasando por Livonia y de agregar de esta suerte a su corona la de los países del Báltico.

Entretanto las cosas habían seguido su curso en Livonia, demostrándose que

(1) U. B. XLI. *a*, la única fuente a que podemos acudir para este asunto. Véase Hausmann: *Luchas de alemanes y daneses*, pág. 16, nota.

Alberto había hecho un sacrificio innecesario y apreciado a los livonios en menos de lo que realmente valían. En efecto, la pequeña hueste de los héroes que se habían quedado había sido bastante fuerte para resistir a las fuerzas superiores del enemigo. Los 16.000 rusos habían llegado hasta las puertas de Wenden, pero no pudieron apoderarse de la fortaleza, que se resistió tenazmente, y perseguidos por los alemanes tuvieron que emprender la retirada. Los únicos resultados de su expedición habían sido los asesinatos y la devastación del país: no se había sembrado una sola semilla que asegurara para el porvenir una institución permanente.

Cuando en la primavera de 1219 llegó el duque Alberto de Sajonia con un formidable ejército de cruzados que hizo de nuevo sentir a los estonios todo el peso de la espada de los alemanes, el auxilio de los daneses resultó completamente inútil. Pero como no podía deshacerse lo que ya estaba hecho, llegaron los daneses y con ellos el comienzo de una serie de calamidades para Livonia.

El rey Waldemaro, al frente de una poderosa escuadra, desembarcó en el golfo de la punta occidental de la comarca de Reval, en el punto en que la costa se inclina hacia el Sur (1). Levantábase allí, donde está situada hoy Reval, un fuerte estonio denominado Lindanissa, que fué inmediatamente derruído, echándose en seguida los cimientos de una fortaleza danesa. Los estonios de las comarcas vecinas habían preparado entretanto sus fuerzas, a pesar de lo cual se mostraron en un principio pacíficos, enviaron a sus ancianos al campamento del rey, aceptaron los ricos presentes que les fueron ofrecidos y se dejaron bautizar, pudiendo casi abrigarse la esperanza de que los nacionales no habían de oponer ninguna resistencia.

Pero a los tres días, cuando los daneses acababan de cenar, los estonios divididos en cinco columnas se lanzaron sobre ellos, trabándose sangrienta y encarnizada lucha en la que salieron vencedores los cristianos gracias a la feliz intervención del príncipe Witzlaw de Rugen. Una terrible derrota de los estonios puso fin a aquella jornada, cuyo recuerdo vive todavía en la memoria de los daneses y con la cual se relaciona la leyenda del Danebrog, bandera encarnada con una cruz blanca que en el momento crítico cayó del cielo para conducir a los daneses a la victoria.

La bandera real de Dinamarca y el escudo de la ciudad de Reval ostentan aún hoy la cruz blanca en campo encarnado. Según parece, al retirarse el rey Waldemaro durante el otoño, después de terminada la construcción del fuerte, dejó en éste como guarnición a los alemanes que le habían acompañado, confiando la dirección de las ulteriores empresas al arzobispo Andrés y á Wescelin, a quien el rey y sus obispos habían nombrado obispo de Estonia en susbtitución de Teodorico, que había sido asesinado por los estonios. En un año consiguieron los extranjeros dominar el territorio de Revele y una parte de Harrien.

El obispo Alberto, entretanto, se había mantenido a la expectativa, dedicando principalmente sus fuerzas a la cristianización de los semigalos. De pronto, las exageradas pretensiones de Waldemaro produjeron un conflicto entre los daneses y los alemanes; el rey pretendía que en virtud del tratado de Schleswig le pertenecían Saccala, Ugaunia y las provincias de la orilla occidental, exigencia injusta a que no quisieron someterse ni la orden ni el obispo Alberto, no cediendo a Waldemaro ni más ni menos que la parte de Estonia no conquistada todavía.

Aun cuando por desgracia no estamos en situación de examinar con el texto del tratado a la vista cuáles fuesen los derechos de cada una de las partes, es de todas maneras indudable que las pretensiones de los daneses estaban en abierta oposición con lo que ellos mismos podían hacer en el territorio estonio. La conquista propiamente dicha de Estonia no partió de ellos, sino de la orden, que logró sojuzgar después de una serie de afortunadas campañas todo el país libre comprendido entre el pequeño territorio danés y las comarcas reconocidas como alemanas.

Los daneses, que habían sido meros espectadores de los triunfos de los alemanes sin formular la menor protesta, sentían de repente despertarse en ellos el más ferviente celo por las misiones: el arzobispo Andrés envió a los territorios conquistados por los alemanes no sólo sacerdotes, sino también laicos, a fin de bautizar lo más rápidamente posible, y los que ya habían sido bautizados por los alemanes fueron cuando menos amenazados y los más de ellos cruelmente

(1) Véase Brevern: *Liber census Daniae*, página 96.

maltratados, llegándose hasta ahorcar a un pobre anciano.

Habíase, pues, emprendido una verdadera batida para cazar almas de estonios, o mejor dicho, para ver si eran los daneses o los alemanes los que habían de bautizar, de lo cual dependía, segun las ideas de aquella época, que los bautizados perteneciera a uno u otro Estado. Otra circunstancia vino a agravar el conflicto: el obispo Alberto había nombrado para sucesor del asesinado Teodorico a su propio hermano Hermann, mientras que Waldemaro había instituido obispo de Estonia, como hemos visto, a su capellán Wescelin.

El danés, viendo que los alemanes no querían ceder, acudió al medio ya probado de cerrar los puertos del Báltico y cortar al nuevo obispo Hermann el camino de Livonia. Las dos bulas, bastante «enredadas,» que Alberto pudo obtener del papa Honorio fueron desobedecidas por Waldemaro, quien consiguió además del pontífice que confirmara a su candidato como obispo de Reval (1), pues era para la curia asunto de gran importancia estar en buenas relaciones con el poderoso rey de Dinamarca.

En el verano de 1220 presentóse Waldemaro por segunda vez en Estonia y citó al obispo Alberto y a la orden para que comparecieran a su presencia. Alberto no pudo presentarse porque se había embarcado en busca de auxilios, pero compareció Volquin, el cual, llevado por su pérfido egoísmo, no vaciló, con tal que se hiciera cesión a su orden de los territorios de Saccala y Ugaunia, en reconocer al rey como soberano del resto de Estonia, prescindiendo de los derechos de los obispos Alberto y Hermann. Todos cuantos pasos dió Alberto para anular este abominable convenio fueron inútiles.

A duras penas consiguió librarse en Lubek de las persecuciones de los daneses, que le acechaban; en Roma nadie le prestó oídos, y en la corte imperial sólo encontró indiferencia y a lo más buenas palabras. Federico, que acababa de ser coronado emperador, le aconsejó que viviera en paz con los daneses y con los rusos hasta que la tierna plantación contase con un fuerte abrigo. Nada describe mejor la situación desesperada del obispo, abandonado por todos, que las siguientes palabras del cronista: «Y como el obispo no logró ningún consuelo ni de parte del Papa ni del emperador, regresó a Alemania y aconsejado por hombres buenos parecióle más ventajoso acudir al rey de Dinamarca que exponer a la Iglesia livonia a grandes peligros, pues ya el rey había prohibido a los de Lubeck que proporcionaran buques a los peregrinos que se dirigían a Livonia hasta tanto que el obispo se le sometiera. Por esto el digno obispo, acompañado de su hermano el obispo Hermann, se presentó ante el citado monarca y le cedió la soberanía así de Livonia como de Estonia, con la sola condición de que en ello consintieran los prelados de su comunidad, sus hombres, los de Riga y los livonios y letones.»

De modo que el rey Waldemaro llamaba suyas no ya la mitad ni siquiera toda la Estonia, sino toda la Estonia y la Livonia. Con la astucia y la violencia había conseguido conquistar de hecho toda la colonia alemana. Pero a este apogeo del poder danés sucedió pronto una rápida decadencia. Cuando Alberto llegó a Riga nadie quiso consentir en someterse a los daneses, y el administrador danés que Waldemaro envió a la ciudad tuvo que retirarse vergonzosamente, pues todos preferían abandonar el país y regresar a la patria, de donde habían salido, a tener que servir al rey de Dinamarca.

Durante el verano de 1221 fraguóse una conspiración en la que hicieron causa común la ciudad de Riga, los letones y los livonios para obligar a la orden a abandonar su política de amistad con los daneses; y aun cuando la orden consiguió apoderarse oportunamente de los ancianos livonios y destruir la liga, ni ella ni los daneses podían ya formarse ilusiones sobre la opinión general del país. Los apuros en que por aquel mismo tiempo se vió el arzobispo Andrés contribuyeron también a romper aquel tratado imposible.

La escuadra de los oeseles se presentó delante de Reval, y esto bastó para que revalenses, harrios y wirlandeses desertaran. El arzobispo pudo defenderse con grandes trabajos por espacio de dos semanas, hasta que al fin vino a salvarle una feliz casualidad: cuatro buques que aparecieron a la altura de Reval fueron considerados por los oeseles como la vanguardia del rey de Dinamarca, temor que les hizo refugiarse precipitada-

(1) Véase el documento de 19 de marzo de 1220. Con razón puede suponerse que entonces comenzó a formarse una colonización municipal junto al fuerte danés de Reval.

mente en sus naves y hacerse en seguida a la vela.

Reval quedaba salvada; pero el arzobispo Andrés se convenció claramente de su impotencia y comprendió que si en tales circunstancias estallaba entre él y los livonios alemanes un rompimiento, la colonia danesa quedaría fácilmente destruída. Por tanto envió mensajeros a Riga para que, prometiendo devolver a Livonia su antigua libertad, se formara entre daneses y alemanes una alianza ofensiva y defensiva contra los paganos y los rusos.

En el verano de 1222 el rey Waldemaro se decidió a ratificar este tratado. El obispo Alberto, el maestre Volquín con muchos caballeros, algunos delegados de los livonios «y otras personas» se presentaron en Oesel delante del monarca para protestar unánimemente, autorizados por todos los habitantes de Livonia, contra la cesión de este país. Waldemaro, después de haber consultado con sus consejeros, renunció a la Livonia, sin duda considerando que también a él le interesaba la alianza con los alemanes.

Las dos partes se separaron amigas, después de haber prometido los alemanes al monarca su leal ayuda para lo sucesivo. Como garantía de paz se quedaron, a instancias de Alberto, en el fuerte danés recientemente construído su hermano Dietrich y algunos caballeros de la orden, después de lo cual Waldemaro regresó a su patria. Los hermanos de la orden perdieron con todo esto las ventajas que habían sacado de la traidora política del monarca, pues si bien conservaron todos sus derechos civiles sobre Saccala y Ugaunia, tuvieron que restituir al obispo de Livonia los espirituales. Poco después, y a consecuencia de la sublevación de los estonios en 1223, perdió Waldemaro todas sus conquistas.

La señal para esta rebelión partió de Oesel, y a poco de haber estallado el movimiento capituló la nueva fortaleza danesa, suceso que propagó el incendio a toda la Estonia. Harrien, Jerwen y Wirlandia se declararon independientes y pronto la rebelión se extendió por las comarcas alemanas, siendo asaltado el castillo de la orden, Fellín, el domingo 29 de enero de 1223. Toda la Saccala se levantó como un solo hombre, y en Dorpat y en Odenpah, donde existían desde 1220 castillos de la orden, estalló en un momento la sublevación, como si los indígenas hubiesen recibido sangrientas espadas en testimonio de las victorias conseguidas por sus compatriotas. En seguida se despacharon emisarios estonios que solicitaran la intervención de los rusos de Nowgorod y de Pleskau: Dorpat, Fellín y otras fortalezas les fueron entregadas y se hicieron los mayores preparativos para la resistencia.

Era aquel movimiento un poderoso ataque de los estonios contra los extranjeros, del paganismo contra la odiada religión cristiana. Los rebeldes volvieron a tomar las mujeres de las cuales habían tenido que separarse por orden de los sacerdotes cristianos; los cadáveres fueron desenterrados de los cementerios cristianos y quemados, según la antigua costumbre, y las casas quedaron purgadas de todo lo que a cristiano trascendía. Como en tiempo de Meinhard, arrojaban de sus fronteras el nombre de Jesucristo. Los embajadores de los saccalos declararon en Riga que querían vivir en paz, pero no aceptar el cristianismo mientras hubiera en el país un niño de un año o una vara de tierra.

Cuando durante el invierno de 1222 a 1223 se presentó delante del fuerte de Reval todo el ejército de los estonios, cualquiera hubiera dicho que la dominación danesa iba a desaparecer para siempre de Livonia. Muy pronto se vió que ningún auxilio podría dar el rey Waldemaro, a quien se había acudido por el momento invocándole como salvador. En 7 de mayo de 1223 uno de sus vasallos, el conde Enrique el Negro de Schwerín, le había hecho prisionero, viéndose entonces claramente que no había sido la fuerza interna de la nación, sino la poderosa personalidad del rey la que había puesto a Dinamarca al frente de los Estados del Norte de Europa.

La debilidad de que de repente se vió dominada Dinamarca fué de gran trascendencia para la misma Alemania: de entonces data la gran potencia alemana en el Báltico, pues las ciudades que constituyeron la liga anseática pudieron entonces desenvolverse libremente, y tres años después del acto de audacia del conde de Schwerín, la orden teutónica sentó sus reales en Prusia.

Pero en ninguna parte se dejó sentir tan rápidamente el cambio como en Livonia: a pesar del peligro que ofrecían la sublevación de los estonios y la conducta de los rusos, no pudo dudarse nunca de que la victoria acabaría por inclinarse a los alemanes. Restablecidas las comunicaciones con Alemania, quedaba salvada Livonia.

El rey Waldemaro permanecía entretanto encerrado en el calabozo regio del castillo de Dannenberg, prisionero del conde alemán, el cual, contra el derecho de guerra, supo sacar del acto violento cometido todo el partido posible para sí y para el imperio. El monarca preso sostenía desde su cárcel relaciones con el exterior: así es que sabemos que recibía varias visitas, las más de ellas con el objeto de entablar negociaciones referentes a su liberación eventual. Así llegaron a su oído los sucesos ocurridos en Livonia y supo la terrible sublevación de los estonios, que tantos estragos había causado en las posesiones danesas de la Estonia septentrional. Supo también que su administrador, el valiente obispo Tuvo de Ripen, había rechazado a los sitiadores de Reval, a pesar de lo cual todas las comarcas de los alrededores estaban en poder de los rebeldes.

No agradó a Waldemaro que un gran ejército de cruzados fuera precisamente entonces a robustecer el poder de los alemanes, por él humillado poco tiempo antes; y muy encontrados sentimientos despertó en su ánimo la noticia de que había desaparecido en el momento del peligro la hostilidad existente entre el obispo y la orden y de que había resuelto reconquistar de común acuerdo la Estonia, concediendo a los obispos Alberto y Hermann el mismo derecho sobre los territorios que se recobrasen. El maestre Volquín con sus caballeros y apoyado por los maestres provinciales de Sezewold y de Wenden; el ejército de cruzados perfectamente armado; el preboste capitular de Riga, Juan, con los livonios y los letones, todos se habían lanzado al campo, habían derrotado por completo al enemigo en el Imer y finalmente tomado en 15 de agosto de 1223, después de catorce días de sitio, la fortaleza de Fellín, con tenacidad defendida por los rusos y estonios unidos.

Lo que más caracteriza el sentimiento que guiaba a los vencedores es el hecho de que después del asalto se concedió gracia a todos los estonios y en cambio los rusos fueron ahorcados delante de las puertas de la fortaleza. Después que los alemanes hubieron conseguido apoderarse de un segundo fuerte en el Pala, todo el territorio de Saccala hubo de doblar la cabeza ante ellos.

Entonces los rebeldes recibieron nuevos refuerzos: 20.000 rusos conducidos por Yaroslao, Gran duque de Susdal, respondieron al llamamiento de los estonios, ocuparon a Dorpat y Odenpah—la «cabeza de oso» de los cronistas rusos—y se dirigieron hacia el Sur contra los alemanes, los cuales al verse tan seriamente amenazados hubieron de pensar en defender sus propios hogares. Pero los invasores, solicitados por los oeseles, a quienes interesaba sobre manera aniquilar el poderío de Dinamarca, retrocedieron de repente para derribar las fuertes murallas de Reval.

Cuatro semanas permanecieron delante de la fortaleza; pero todos sus ataques fueron rechazados y en el mes de octubre tuvieron que retirarse vergonzosamente, según expresión del cronista, sin haber conseguido en estos territorios septentrionales otra cosa más que devastar y saquear el país. En cambio, la ocupación de Ugaunia y especialmente de Dorpat y de Odenpah fué un acontecimiento de gran trascendencia, pues si los rusos lograban sostenerse en estas posesiones, a la corta o a la larga había de caer en sus manos todo el territorio que se extendía hasta el Duna.

Los rusos habían adoptado todas las medidas necesarias para desarraigar por completo en este país la influencia de Alemania. Los nowgorodes entregaron a Dorpat y cuantas comarcas tenían sometidas en Estonia al príncipe Wiatschko, antiguo soberano del Kukenois (Kokenhusen), en el Duna, que se había hecho enemigo mortal de la colonia livonia desde la pérfida matanza (1208) de los alemanes, a quienes en virtud de un tratado había admitido en su fortaleza. Doscientos guerreros rusos le habían sido consignados, y en Dorpat, donde estableció su residencia, agrupáronse a su alrededor todos los elementos hostiles a Alemania que todavía quedaban en el país, tales como los caudillos estonios de la sublevación y aquellos que por sus sangrientas fechorías no podían esperar gracia ni perdón. De esta suerte se formaba un peligroso núcleo entre las partes septentrional y meridional de la provincia, y aun cuando la posición de los rusos no era bastante fuerte por entonces para atajar el paso a los alemanes, no por esto era menor el peligro para el porvenir.

Los daneses, cuyas fuerzas apenas les permitían mantenerse dentro de estrechos límites después de haber recibido los oportunos auxilios, vieron con envidia e indignación cómo a fines del año 1223 sus protectores, los caballeros de la orden, emprendían de nuevo la lucha y

sometían a su soberanía los territorios que poco antes pertenecían a Dinamarca, recibiendo rehenes de Jerwen y Wirlandia y dejando a los daneses—cuya situación fué, como se vió en todo, la de gente tolerada—únicamente Harrien y el circuito de Reval.

A fin de legalizar esta situación, el obispo Alberto se dirigió en la primavera de 1224—y acompañado de su hermano Hermann, aquel a quien Waldemaro impidió durante tanto tiempo salir de Lubek—al castillo de Dannenberg y solicitó del rey prisionero lo que éste no podía ya negar. Hermann fué reconocido obispo del Sur de Livonia, con lo cual se reconoció tácitamente que las provincias ribereñas y la Estonia meridional pertenecían a la Livonia alemana. Casi tan importante como esto fué para la colonia el hecho de que quedara abierto el puerto de Lubek: el obispo Alberto, con el ejército cruzado que de Alemania llevó a Livonia, sofocó por completo la rebelión de los estonios, arrojando a los rusos de Ugaunia. Antes de esto, el obispo había tenido otra satisfacción: la de que la orden renunciara a las ventajas que le había reportado su antigua y casi podríamos decir traidora alianza con Dinamarca, quedando reducida a la condición de feudataria del obispo Hermann por sus posesiones de Estonia y de Alberto por las de Livonia. Todo, pues, estaba preparado para el golpe decisivo.

La conquista de Dorpat fué de tal importancia que bien merece ser descrita detalladamente. Dorpat era la fortaleza más formidable del país: había sido construída con especial cuidado por la orden y dotada pródigamente de armas y de máquinas de guerra. Defendíanla a la sazón los rusos, mejores guerreros que los estonios, valientes, pero faltos de educación militar.

El obispo Alberto disponía en esta ocasión de todas las fuerzas del país, es decir, de los hermanos de la orden, de los siervos, de los vasallos de la Iglesia, de los peregrinos, de los comerciantes y ciudadanos de Riga y además de los contingentes livonios y letones.

El punto de reunión fué el lago de Burtneeck: allí se dijo la misa y se celebró un consejo de guerra, después de lo cual lo mejor del ejército fué enviado contra Dorpat, con orden de marchar de día y de noche y de cercar la fortaleza, mientras el resto de las tropas emprendía una expedición de saqueo para llegar tres días después delante del fuerte con las provisiones necesarias de ovejas, bueyes y demás.

La llanura que rodeaba a Dorpat cubrióse de tiendas de campaña: los bosques de las inmediaciones proporcionaron la madera para las máquinas de guerra, para la artillería pesada, que lanzaba vigas y piedras contra las murallas, para las balistas y paterolas. Pero lo que fué objeto de mayores cuidados fué la construcción de una torre, que se hizo con los árboles más altos y más recios y que en ocho días alcanzó una altura igual a la de los muros exteriores. Con la ayuda de rodillos y de ruedas fué empujada hasta los fosos del fuerte y colocada junto al terraplén, y protegidos por ella, comenzaron los sitiadores a minar la fortaleza, consiguiendo, a fuerza de escarbar noche y día, que una parte del terraplén se viniera abajo, lo cual permitió hacer avanzar la torre hasta muy cerca de la muralla. Entonces los alemanes intentaron inducir a los rusos a que voluntariamente evacuaran la plaza, pero éstos se negaron a ello, confiados en que no habían de tardar en ser socorridos desde Nowgorod.

En efecto, comenzó a circular muy pronto por el campamento la noticia de que un ejército ruso había invadido la Ugaunia saqueándolo y devastándolo todo, y se suspendió, en su consecuencia, el ataque hasta que regresaran los exploradores que habían sido enviados a la descubierta. Estos volvieron diciendo que todo había sido una falsa alarma, con cuya nueva se continuaron activamente los trabajos. Ante la metralla de piedras que arrojaban las balistas y las marmitas de fuego y el hierro candente de las paterolas, comenzaron a clarearse las filas de los defensores en las murallas, además de lo cual las enormes hogueras y de malezas que se encendieron alrededor del muro de tierra produjeron un humo asfixiante que hacía en extremo difícil la defensa. A pesar de todo, Wiatschko, que la dirigía con valor y habilidad, excitaba a sus estonios y rusos a la lucha, pues, según dice Enrique de Letonia, que se hallaba presente al sitio, era para los saccalos y demás estonios un lazo y un gran diablo. A las máquinas de los alemanes opuso otras análogas y sus arqueros causaron grandes pérdidas a los sitiadores.

De esta suerte continuó la lucha por espacio de dos semanas sin que ninguna de las dos partes se diera punto de reposo. Por la noche, cuando se interrum-

pía el combate, las hogueras del campamento levantaban sus llamas alrededor del fuerte y por todas partes se oía un espantoso estrépito. Los livonios y los letones golpeaban con sus espadas los escudos y prorrumpían en sus gritos de guerra; los alemanes ensordecían los aires con sus tambores, pífanos y trompetas, y los sitiados contestaban desde el fuerte con su música guerrera.

cogió una tea y escaló la muralla seguido de su escudero Pedro, a quien una tradición posterior llama Pedro Oge, y habiendo llegado felizmente a lo alto del muro, su ejemplo enardeció a los demás, que llenos de entusiasmo se lanzaron en pos de ellos.

Muy pronto todo el ejército dió el asalto, y mientras unos subidos en los hombros de sus compañeros escalaban la mu-

La fortaleza de los labradores Wolde, llamada Bauernberg, en la isla Oesel.—Copia de un dibujo del natural hecho el año 1826 por Carlos Barón Ungern-Sternberg

Las cosas llegaron por último a tal extremo que los alemanes, a propuesta de Fredehelm, jefe de los cruzados, se decidieron a dar el asalto. El primer ataque fué rechazado por los estonios del fuerte, pues cuando los alemanes menos lo esperaban abrióse de repente en las murallas del fuerte una enorme brecha que vomitó grandes cantidades de materias inflamadas sobre la torre de sitio. Ante aquel diluvio de ruedas de fuego y de leños encendidos, a duras penas los caballeros, cubiertos de sus armaduras de hierro, pudieron dominar el voraz elemento. Pero entretanto una parte de los sitiadores había conseguido pegar fuego al puente levadizo y, al observarlo, agrupáronse los rusos a la puerta para rechazar la agresión. Entonces Juan de Appeldern, hermanastro del obispo,

ralla, otros se precipitaban por la brecha que los mismos sitiados habían abierto, y después de haber acorralado con las lanzas y las espadas al enemigo, entraron en la plaza todos los contingentes estonios y letones, comenzando entonces una horrible matanza. Más de mil estonios fueron asesinados, todos hombres; pero también algunas mujeres y niños fueron víctimas de la exasperación. Los vencedores pensaban en aquel preboste Hobbo a quien hacía poco tiempo los estonios habían arrancado el corazón para asarlo y comérselo, y en las otras innumerables víctimas de las crueldades de este pueblo. Los que lograban escapar del castillo sucumbían a manos de los que estaban fuera: no hubo compasión para nadie. Los rusos fueron los que se defendieron por más tiempo, por haber-

se refugiado en el interior de la fortaleza, pero en definitiva perecieron todos, incluso Wiatschko. Sólo quedó con vida un vasallo del Gran duque de Susdal, a quien los caballeros facilitaron ropas y un buen caballo para que pudiera en Nowgorod y en Susdal dar cuenta de lo sucedido. De esta suerte quedó dominada en septiembre de 1224 la gran rebelión de los estonios; y como por aquel tiempo la Rusia se encontraba con la gran catástrofe de la invasión de los tártaros, Livonia podía considerarse por mucho tiempo segura de todo ataque de parte de sus poderosos enemigos del Este.

La lucha por la posesión de Livonia había, pues, durado casi una generación, terminando con la sumisión definitiva de los estonios y con la retirada de los rusos; «todo el pueblo descansó entonces bajo el amparo del Señor.» El obispo Hermann puso orden en los asuntos de Ugaunia; la orden se estableció en Saccala, reconstruyendo la derruída fortaleza de Fellín; los oeseles pusieron en libertad a Teodorico, hermano de Alberto; los rusos firmaron la paz, y Wirland y Jerwen enviaron caballos y otros presentes a los caballeros de la orden. Los estonios abandonaron sus fuertes de madera y reedificaron sus incendiadas aldeas en medio de las cuales volvieron a levantarse los templos cristianos; los letones y los livonios de las provincias fronterizas salieron de sus guaridas de los bosques y de los pantanos y regresaron a sus casas y a sus campos. Por fin, después de mucho tiempo, habíase restablecido la paz.

Una cosa se necesitaba ante todo, a saber: consolidar la paz, arreglar las relaciones entre los distintos soberanos, es decir, entre la orden, los obispos, la ciudad de Riga y los daneses, y fijar las que habían de existir entre los indígenas y los alemanes para que cada cual supiera lo que tenía que hacer y lo que podía exigir.

Esto no podía realizarlo ni el obispo Alberto ni ninguno de los personajes en Livonia existentes; necesitábase una autoridad superior ante la cual todos hubieran de inclinarse. Por esta razón Alberto se dirigió al Papa suplicándole que le enviara un legado: Honorio III le envió con plenos poderes al obispo Guillermo de Módena, que tan relevantes servicios había prestado en el Este de Europa y que por su calidad de canciller pontificio debía conocer perfectamente los fundamentos legales de la cuestión livonia. En 31 de diciembre de 1224 se firmó el nombramiento de Guillermo y en la primavera de 1225 llegó éste a Livonia, acompañado de su séquito y de algunos peregrinos. No podemos entrar en pormenores acerca de lo mucho que hizo, y por esto sólo trataremos de lo más esencial. Después que hubo recorrido los territorios de los letones y de los livonios y además Saccala y Ugaunia, enterándose así personalmente del estado de las cosas, regresó a Riga y reguló las relaciones jurisdiccionales entre los obispos de Riga y de Dorpat y la orden. Emprendió luego un segundo viaje por el territorio del Duna hasta Kokenhusen y a su regreso aseguró a los ciudadanos de Riga la facultad de usar el derecho gótico y puso fin a la contienda que había surgido entre la ciudad de Riga y el obispo Lamberto, sucesor de Bernardo de Lippe, por la posesión de un territorio que se extendía entre el Duna y el Aa semigalo. Hecho esto, se consagró a la parte más difícil de su misión, es decir, a arreglar los asuntos de Estonia, habiéndose apropiado para cederlo al Papa el territorio del Wiek, que se disputaban el obispo livonio y los daneses.

Poco después y durante la permanencia del legado en Riga, los vasallos del obispo Hermann, Engelberto de Tiesenhausen, Teodorico de Appeldern, Helmond de Luneburgo y Juan de Dolen, arrojaron a los daneses de Wirlandia por medio de una rápida sorpresa; Guillermo hizo comparecer ante su presencia a los perturbadores del orden y exigió de ellos, bajo pena de excomunión, la cesión del territorio ocupado. Después envió emisarios a Reval y apelando a los mismos medios obligó a los daneses a que renunciaran a Wirlandia, Jerwen, Wiek y Harrien, dejándoles únicamente la posesión del fuerte y de la comarca de Reval. Ayudado por sus soldados, peregrinos y sacerdotes, arrojó de aquellos territorios a los livonios y a los daneses y en enero de 1226 hizo una visita de inspección a estas nuevas conquistas pontificias, dirigiéndose primeramente a Fellín, donde se detuvo dos días. Encaminóse luego a Karethen (Jerwen), atravesó la Wirlandia, y llegando finalmente a Reval, obligó a los daneses a poner en libertad a los rehenes estonios que todavía conservaban en su poder, predicó a los indígenas y a los daneses, organizó la administración de las distintas provincias estonias, envió sacerdotes ale-

manes al país de Wiek, que no estaba todavía completamente cristianizado, y en febrero de 1226 regresó a Riga. Allí reunió, durante la cuaresma, un sínodo en el templo de Santa María, cuyo objeto fué, además de asegurar el orden material de aquellos países, curar sus enfermedades morales.

La exasperación de tantos años de guerra había embrutecido a los hermanos de la orden y originado multitud de abusos en la manera de tratar a los indígenas. Los caballeros habían tratado de esclavizar a éstos; la administración de las escuelas y de las parroquias era sumamente viciosa, y los tribunales ordinarios habían sido substituídos por el duro procedimiento del derecho de guerra. El legado Guillermo, por medio del sínodo, aseguró vigorosamente la libertad personal de los indígenas, aun la de aquellas tribus estonias que hasta el último momento se habían mostrado rebeldes. Por esta misma razón Guillermo puso estos territorios bajo el patronato directo del Papa. No entraba en sus planes, que nosotros sepamos, fundar una institución permanente en este sentido, sino que quería crear un estado de transición para que los futuros señores del país se encontraran con una situación perfectamente organizada.

Guillermo, que se aprestaba a partir para Italia, nombró a su capellán Juan representante del Papa en estos territorios, que abarcaban el Nordeste de Estonia. Pronto se vió, sin embargo, que este capellán no poseía la autoridad que su situación exigía; así es que aun antes de que el legado abandonara el suelo livonio, Juan de Dolen se estableció por segunda vez en Wirlandia. La excomunión que contra él lanzó Guillermo no produjo gran efecto, porque el legado no podía aplazar por más tiempo su partida, y si bien envió al capellán desde Gotia un ejército cruzado, éste no sirvió para el objeto a que se le destinaba, pues el obispo Alberto y la ciudad de Riga negociaron, ignoramos con qué condiciones, un tratado en el Norte y todo el ejército de Livonia se dirigió en enero de 1227 contra Oesel. El anciano obispo Alberto formó también parte de la expedición.

Veinte mil hombres atravesaron la superficie helada del estrecho, apoyados esta vez no sólo por los livonios y letones, sino también por los contingentes estonios, y en una corta campaña consiguieron destruir todas las fortalezas de los oeseles e imponer el cristianismo a todo el país. El vicelegado maese Juan y Gandulfo, servidor del obispo de Módena, que iban delante del ejército llevando el estandarte de la Iglesia, dieron a la expedición la consagración religiosa, hecho que luego sirvió a la curia para formular exigencias materiales sumamente exageradas.

La conquista de Oesel fué un suceso de gran trascendencia: con ella quedaban la Livonia asegurada, expedito el comercio del Báltico, y las costas de Suecia y Dinamarca libres del azote terrible que había sido siempre para ellas y para los suyos aquella guarida de bandoleros. Guillermo de Módena, a su regreso, se encontró todavía con una de aquellas escuadras de piratas, habiendo llegado hasta sus oídos los lamentos de las mujeres y de las vírgenes suecas por ellos robadas. La sujeción de este Estado pirata fué el complemento político de la fundación de la Livonia alemana, cuyos rasgos fundamentales aparecían ya perfectamente marcados. Aun cuando en lo sucesivo se consiguieron mayores ventajas, y aunque principalmente los territorios del Sur tuvieron que esperar todavía algún tiempo la sumisión, las cosas continuaron en el fondo tales como se habían presentado en tiempo del obispo Alberto.

La soberanía danesa en el Norte y aquel notable Estado pontificio que se extendía entre el territorio alemán y el danés sucumbieron viviendo Alberto todavía. Juan reconoció que no podía sostenerse contra la enemistad de los vasallos episcopales y de los daneses y en 1227 traspasó a la comunidad alemana su administración, dejando a salvo los derechos de soberanía del Papa, probablemente por indicación del legado. Harrien había tocado nuevamente a los daneses; en cambio los alemanes recibieron a Wirlandia, Jerwen y la Wiek: la mayor parte del territorio cedido correspondió a la orden. Alberto sólo formuló pretensiones sobre Wiek para crear allí y en la isla de Oesel un nuevo obispado. La ciudad de Riga renunció a toda posesión en tan apartados territorios. En aquel mismo año estalló una lucha entre los daneses y la orden, la cual los derrotó delante de los muros de Reval obligándoles a cederle esta plaza y todo cuanto poseían en Estonia: los vencidos fueron enviados a su patria con sus obispos Wescelín y Ostrad, y llegaron a ella en el momento preciso en que la batalla

de Bornhoved destruía definitivamente el gran poderío de Dinamarca.

Los asuntos de Livonia estaban en este punto íntimamente enlazados con los de Alemania, y Livonia figuraba probablemente en la confederación que venció a Waldemaro; de suerte que la toma de Reval pudo muy bien entrar en la combinación guerrera que constituía el plan de los aliados. Todavía se conserva la carta que antes de la acción decisiva escribieron a los honrados ciudadanos de Lubek el obispo Alberto, el maestre Volquín, los ciudadanos de Riga y los demás alemanes de Livonia: «Conociendo como conocemos la opresión de que sois víctimas, no queremos hacer las paces con el rey de Dinamarca y con su pueblo sin que vosotros entréis en ellas; pero a nuestra vez os suplicamos que obréis de igual manera. Sabed que los oeseles han recibido con satisfacción vuestra carta, han prometido prestaros auxilio y someterse a nosotros en todos los asuntos y están resueltos a compartir con nosotros la paz y la guerra.»

Un año después, el rey Enrique VII de Alemania, «por su real gracia y usando de sus plenos poderes, y por su salvación y la de sus antepasados,» entregó a título de posesión perpetua al maestro Volquín y a sus hermanos la provincia de Reval, sin excluir el fuerte, y además Jerwen, Harrien y Wirlandia. Con esto se dió un título de derecho a las nuevas adquisiciones de la orden: en 1.° de diciembre de 1224 el obispo Alberto había solicitado y conseguido que Letonia, Leal y Wiek constituyesen un marquesado del imperio. Alberto fué nombrado príncipe del imperio, con atribuciones para acuñar moneda y conceder derechos municipales. De esta suerte quedó nuevamente confirmada del modo más solemne la unión de Livonia con Alemania.

Alberto podía estar satisfecho al contemplar su obra, pues si no todo, había conseguido mucho. Cierto que no pudo realizar su plan de hacer de Riga un arzobispado, pero tampoco Bremen había podido hacer triunfar sus pretensiones de soberanía. La orden no le estaba sometida, como él había deseado: Alberto no había podido dominar al tenaz y díscolo Volquín y veía con dolor que los territorios arrebatados a los daneses por la orden estaban bajo la jurisdicción de los caballeros aun en los asuntos espirituales.

Era indudable que existía el germen de futuras contiendas entre la orden y el obispo de Riga; pero Alberto no quería mostrarse agresivo y comenzar una lucha cuyo término probablemente no había de ver. La expedición contra Oesel fué su última empresa guerrera, y una vez terminada permaneció tranquilamente en Riga dedicado exclusivamente a la cura de almas y a poner en orden los asuntos de su extensa diócesis. Ocupado en esto sorprendióle la muerte en 17 de enero de 1229. El cuerpo de este gran obispo, a quien con razón puede llamarse el patriarca de Livonia, fué enterrado en la catedral de Riga.

El período del gobierno de Alberto puede propiamente ser calificado de período heroico de la historia de Livonia. Lo que allí sucedió en el espacio de una generación no se repitió más: el valor, la fuerza creadora y el impulso religioso de la época contribuyeron a dar a aquella empresa la consagración, sin la cual hubiera revestido los caracteres de un crimen. El que quiera penetrarse bien de este espíritu no tiene más que leer la crónica de Enrique de Letonia, que presenció los milagros de aquellas jornadas y los describió con imparcial veracidad. Un estudio detenido de su libro es el mejor elemento para conocer la historia de Livonia, país que hasta en sus últimos tiempos ha conservado un soplo del espíritu de que él y sus contemporáneos estaban animados.

CAPITULO III

DECADENCIA DE LOS HERMANOS DE LA ESPADA

La muerte de Alberto fué una desgracia para todo el país, especialmente porque una elección de obispo disputada era fuente de descontento y de intranquilidad. El arzobispo de Bremen creyó la ocasión favorable para renovar sus antiguas exigencias, y al tener noticia del fallecimiento de Alberto nombró obispo de Livonia al canónigo Alberto Suerbeer, mientras que el cabildo de Riga elegía por sucesor del difunto a Nicolás, canónigo de Santa María de Magdeburgo, que pertenecía a la orden de los premonstratenses. El papa Gregorio IX dió a su legado, el cardenal-diácono Otón, el encargo de arreglar este conflicto, y el cardenal comenzó por suspender a ambos obispos y por confiar la administración de Livonia a su confesor, el monje Balduíno de Alna, designación poco

afortunada, pues el país no esperaba nada bueno del favorecido.

Antes de que Balduíno entrara en Riga, en 1230, los livonios le hicieron prometer en Gotia bajo juramento que no atentaría a ninguno de sus derechos; mas a pesar de esta promesa comenzó su misión con una serie de violencias que indignaron muy pronto a todo el país. Los materiales de que disponemos son harto insuficientes para que podamos formar juicio del plan en que se inspiraba su conducta. A los de Riga les arrebató la vasta extensión de territorio que poseían en Curlandia, y cuando le recordaron su promesa retiróse al convento fortificado de Dunamunde. Desde allí envió al Papa amargas quejas contra los ciudadanos, diciendo que habían atentado contra su vida, y se ingenió de tal manera, por medio de una serie de hábiles negociaciones, que los mismos curios se sometieron personalmente a él o, por mejor decir, directamente al Papa, con lo cual se emanciparon de toda influencia de los livonios alemanes.

De la protesta que éstos formularon no hizo caso alguno, antes bien arrebató la Curlandia oriental a la ciudad de Riga y a la Iglesia, que eran sus dueños desde los tiempos de Alberto, para lo cual llevó a Dunamunde, donde imperaba en absoluto, los rehenes de los curios. Así continuó la lucha hasta que la solución definitiva dada a la cuestión de la elección del obispo vino a terminarla temporalmente. Nicolás, que en un principio parecía inclinado a retirarse, retiró la promesa que había hecho a su vicelegado Balduíno porque presintió que iba a ocurrir un cambio favorable para él. No se equivocó: el cardenal Otón anuló la elección de Suerbeer y confirmó a Nicolás, que había sido elegido por el cabildo de Riga, y el papa Gregorio IX impuso al arzobispado de Bremen silencio perpetuo.

Nicolás, en interés de los mismos livonios, se dirigió contra Balduíno, pero cometió la imprudencia de extralimitarse en sus atribuciones. En efecto, en un documento de 9 de agosto de 1231 cedió a los ciudadanos de Riga no sólo una tercera parte de la Semigalia y de Oesel, sino además una sexta parte de la Curlandia. Los doce consejeros de la ciudad no vacilaron en aceptar de él en feudo estos territorios y en enfeudar a su vez a setenta comerciantes de Curlandia y de Semigalia y a cincuenta y seis más de Curlandia.

Nicolás y la orden sancionaron estas resoluciones, y habiendo Balduíno protestado contra ellas, vióse obligado en virtud de una sentencia, según él parcial, a entregar los rehenes que de Curlandia había recibido. Cierto que a Balduíno le fueron cedidos Jerwen y Wirlandia, pero la orden, con la enfeudación de doscientos comerciantes góticos de Jerwen, se había asegurado un partido con el cual podía en absoluto contar

Sello de la catedral de Riga (tamaño del original). En el campo, la Virgen María con el Niño sentada en un trono entre dos estrellas. Inscripción: SIGILLVM : ECCLESIE : S(an)C(t)E : MARIE IN RIGA †. (De un documento de 24 de julio de 1224, que se halla en la colección de Toll.)

y confiaba que en días mejores podría recuperar lo perdido. Finalmente, el haber Balduíno abrazado el partido de los neófitos en contra de los señores del país aumentó de tal suerte el antagonismo que el vicelegado comprendió que necesitaba más amplios poderes.

Balduíno entonces se dirigió a Roma, y de tal modo logró atraerse al Papa que éste aprobó la conducta hasta entonces por él seguida y con sus propias manos le consagró obispo de Semigalia y le nombró legado pontificio en Gotia, Finlandia, Estonia, Curlandia y Semigalia. Como se ve, Balduíno se había colocado de un solo golpe por encima de sus adversarios livonios. Las bulas pontificias que llevó consigo a Livonia como arma poderosa nos permiten conocer los planes del papa Gregorio. Balduíno iba autorizado para emplear contra cualquiera resistencia que se le opusiera las armas espirituales de la excomunión, de

la suspensión y del entredicho; pero sus exigencias eran tales que no había posibilidad de que los livonios se sometieran espontáneamente. Por de pronto éstos tenían que entregarle la Semigalia y además rehenes, pues consideraba la elección del obispo Lamberto de Semigalia como nula y como nulos también todos sus actos, las disposiciones del papa Inocencio III y de Guillermo de Módena relativas a su diócesis y hasta los decretos promulgados por el mismo Gregorio IX confirmando estos documentos legales.

En virtud de otra bula se cedía al nuevo legado toda la Curlandia y se le encargaba que en nombre del Papa tomara posesión de todos los territorios de Livonia y de Estonia que no constituyesen diócesis bien demarcadas. A los livonios se les ordenaba además que hicieran entrega de Wirlandia, Jerwen y Wiek; de Wirlandia y de Reval debía cuidar personalmente Balduíno. Finalmente se mandaba que le fueran entregados los rehenes presentados por Oesel. La lectura de estas bulas produce verdadera sorpresa. ¡Cuán fácilmente pasaba el papa Gregorio por encima de las cartas de concesión del emperador Federico II y de Enrique VII, de los privilegios otorgados por sus antecesores y de las disposiciones de Guillermo de Módena! Pero como si todo esto aún no fuera bastante, prohibióse a todos los que habitaban el distrito de la legación de Balduíno firmar, sin consentimiento de éste, paz y tratados con los rusos y con los paganos.

¿Qué quedaba, pues, de la independencia de Livonia? El Norte y el Sur iban a parar a manos del Papa; el centro quedaba puesto bajo la tutela pontificia, y sobre todo ello el monje de Alna imperaba como un rey; y para caracterizar más la situación, atrajo Balduíno sobre el obispo de Riga, recientemente elegido, una reprensión pontificia.

El pontificado intentaba, pues—y sobre todo ello no cabe la menor duda,—crear en el territorio livonio un Estado vasallo.

Pero Balduíno, a pesar de ser probablemente el autor del plan, no era el hombre llamado a realizarlo. La cuerda estaba demasiado tirante, pues si los livonios obedecían, su independencia había concluído, y ellos estaban decididos a resistir hasta el último momento.

Si actualmente pretendemos estudiar el aspecto jurídico de estas contiendas, no podremos negar que el Papa estaba autorizado para ocupar en Livonia una posición de soberanía, pero con la condición de respetar los hechos consumados. La Livonia tenía además otro soberano, que era el emperador, de quien la orden consiguió una cédula de patronato por sus posesiones, y otra carta análoga que le otorgó el duque de Sajonia le aseguraba formalmente el *statu quo*. Los caballeros invadieron la Curlandia, después de la partida del vicelegado, y arrebataron a los indígenas las cartas de libertad que Balduíno les había concedido.

Cuando a principios de 1232 regresó Balduíno como legado y provisto de los amplios poderes de que hemos hablado, pareció prevalecer al principio la repulsión hacia la autoridad de la sede pontificia. Jerwen y Curlandia fueron entregadas al legado, pero al plantearse la cuestión del derecho de propiedad sobre el castillo de Reval estalló con nueva furia el antagonismo hostil que entre las diversas tendencias existía.

Reval había sido, como hemos visto, arrebatada en 1227 por la orden a los daneses, y en la cuarta parte de la catedral, que había correspondido al maestre Volquín, se había construído un fuerte, cediéndose las otras tres cuartas partes de la catedral a los vasallos de Harrien, Wirlandia y Reval. A petición del legado los vasallos le entregaron las tres cuartas partes que le pertenecían y que él les devolvió luego para su custodia, pero los hermanos de la orden se negaron enérgicamente a cederle la suya, conviniéndose por fin en someter la cuestión a un tribunal de árbitros. En éste el obispo de Leal resolvió el asunto, y aunque la sentencia fué favorable a Balduíno, estaba redactada en tales términos que Volquín se dió por satisfecho.

La condescendencia del maestre, de quien después dijo Balduíno que era más adicto a la Iglesia romana que los hermanos de la orden, produjo entre éstos tanta indignación que se apoderaron de él y le encerraron en una cárcel. Durante los tres meses de su prisión cometiéronse muchas violencias: los hermanos se hicieron dueños de la catedral, los vasallos que intentaron oponerle resistencia fueron asesinados y los alrededores de Reval sufrieron las más terribles devastaciones.

Unos cien vasallos perecieron a consecuencia de tales desmanes y los herma-

nos formaron con sus cadáveres una pirámide, cuya cúspide era el cuerpo del jefe de aquellos vasallos, colocado de pie. Otros doscientos fueron hechos prisioneros, y no se les puso en libertad hasta que hubieron pagado un crecido rescate: doscientos corceles de combate, doscientos cincuenta caballos de trabajo, cuatrocientas armaduras, artículos de comercio y los bienes de los ciudadanos de Reval fueron el botín que cayó en manos de los vencedores.

Calculóse que los perjuicios causados por esta lucha ascendieron a la suma enorme de 15.000 marcos (1).

El enlace cronológico de los siguientes sucesos no puede determinarse con toda seguridad.

La orden tomó también y redujo a cenizas el castillo de Hagelithe, que había sido edificado por el sublegado Juan y reconstruído por Balduíno y que estaba destinado a ser un punto de apoyo para la dominación pontificia en Estonia. Los vasallos pontificios de Harrien, Wirlandia y Reval se vieron obligados a prestar a la orden el juramento de vasallaje, siendo expulsados del país los que se negaron a prestarlo. En Jerwen la orden enfeudó a cuarenta comerciantes, dando a cada uno de ellos veinte lotes de tierra, a fin de asegurarse una dominación duradera.

El fuerte de Goldenbeck fué destruído y el convento de Dunamunde se vió en un verdadero aprieto. Balduíno atribuyó también a maquinaciones de los hermanos de la orden la sublevación de los estonios de Wirlandia, en la que fueron sacrificados unos cien vasallos pontificios, y la invasión de los rusos y paganos aliados con ellos (carelios o fineses) en los territorios de la diócesis de Leal, sosteniendo además que los hermanos habían sido los que habían atraído a los rusos hasta los muros de Dorpat, que les habían auxiliado en el sitio de la fortaleza y que tenían la culpa de que el convento de Falkenau hubiese sido destruído durante esta lucha por los cismáticos y los paganos.

El interesante documento de donde tomamos la descripción de estos acontecimientos (2) no nos proporciona más detalles acerca de estos desórdenes. Parece que Balduíno reunió un concilio provincial en el cual excomulgó a todos los jefes de los hermanos de la Espada, suspendió y degradó a todos los sacerdotes de la orden y, apoyado en sus plenos poderes y sostenido por sus partidarios, se dispuso a acabar con ella. Pero por desgracia el poder material estaba en manos de sus adversarios, que iban derechos a su objeto sin consideración alguna.

Al caballero Juan de Buxhowden, hermano del obispo Alberto, cuyos hijos se habían afiliado al partido del legado, se le causaron perjuicios por valor de 200 marcos; un tal Leuderus, vasallo de la iglesia de Riga que había sido el primero en participar la llegada del legado y probablemente uno de los instigadores de la resistencia a la orden, fué privado de la vista; y la tentativa de Balduíno de enviar algunos indígenas a Roma para reclamar contra la orden fracasó por completo, pues desde Holanda fueron los emisarios expedidos nuevamente para Livonia. Las cosas habían, pues, llegado a un estado de desorden y de injusticia que no podía continuar por más tiempo sin grave perjuicio para los más caros intereses de la Iglesia; y tan mal aspecto llegaron a tomar, que el papa Gregorio no tuvo más remedio que destituir a Balduíno de su cargo de legado y encargar el arreglo de tan embrolladas cuestiones a Guillermo de Módena, que tan conocedor era de cuanto atañía a Livonia.

Pero antes de que este amigo del país pudiera hacerse cargo de la situación e intervenir en ella, Balduíno consiguió que el Papa citara ante la sede pontificia al obispo Nicolás de Riga, a nueve jefes y seis sacerdotes de la orden y a todos los caballeros y a la ciudad de Riga, para que estos últimos comparecieran por medio de procuradores y personalmente los demás, el día 8 de septiembre de 1235, a justificarse de las acusaciones contra todos lanzadas por el legado destituído.

El obispo de Sabina fué el juez nombrado para entender en este asunto, habiéndose promulgado provisionalmente una serie de disposiciones poco favorables para Livonia, a la que Gregorio nunca quiso bien, por más que no estuviesen dictadas en el sentido de los planes primitivos cuya resolución se había confiado a Balduíno.

Por aquel mismo tiempo comenzó a

(1) Para el siglo XIII eran en efecto una enorme suma 15.000 marcos, aunque fueran sólo de plata, y más si eran de oro y equivalían a 12 pesetas 50 céntimos de nuestra moneda. – *(N. de R.)*

(2) H. Hildebrand: *Livonia, especialmente en el siglo* XIII, en el Archivo vaticano, número 21, página 39.

dar nuevas señales de vida Waldemaro de Dinamarca, a quien los años y la desgracia todavía no habían quebrantado. En la esperanza de que el Papa le devolvería la Estonia, apeló de nuevo al tantas veces empleado recurso de bloquear el puerto de Lubek; pero Guillermo de Módena dió en aquella ocasión pruebas de tal energía, que el monarca danés se vió obligado a ceder y a retirar sus fuerzas guerreras. A pesar de todo, consiguió Waldemaro que se abriese en la curia un proceso sobre sus pretensiones relativas a la Estonia, proceso que terminó con la orden transmitida a Guillermo de Módena para que tomara posesión de Reval y de sus dependencias en nombre del Papa y las entregara luego al rey Waldemaro, a quien pertenecían. Al mismo tiempo se traspasó al obispo de Lund la soberanía espiritual de Reval y de Wirlandia. Probablemente la orden habría contestado a tales disposiciones con una resistencia enérgica si una terrible catástrofe no hubiese puesto de repente término a su existencia.

La historia y la organización de la orden de los hermanos de la Espada no han sido todavía explicadas con suficiente claridad. Las escasas noticias que encontramos en las fuentes adonde acudimos y las observaciones accidentales de Enrique de Letonia—de las que, por lo demás, no se ha sacado todo el partido que se podía—sólo permiten construir un esqueleto imperfecto, siendo imposible formar con ellas una imagen viva. Lo que sí puede afirmarse es que con el engrandecimiento territorial el poderío y las pretensiones de la orden tomaron tal incremento que era inevitable un antagonismo cada vez más marcado entre ésta y el pensamiento de un Estado livonio tal como lo había concebido el obispo Alberto.

Al mismo tiempo que en Riga, había obispos en Dorpat (que en un principio se llamó obispo de Leal) y en Oesel, a cuya diócesis pertenecía Wick; y en cambio, Reval y Wirlandia carecían, desde 1227, de supremo pastor espiritual. Había además el obispado de Semigalia y una diócesis de Curlandia, dirigida primero por el legado Balduíno y desde 1236 por un obispo. De los cálculos aproximados que se han hecho respecto de la extensión que abarcaban estas posesiones eclesiásticas resulta que el territorio del obispo de Riga comprendía 260 leguas cuadradas, el de Dorpat 170, el de Oesel 140, el de Semigalia 120 y el de Curlandia 180: de suerte que el total de las posesiones episcopales ascendía a 870 leguas cuadradas. En frente de ellas alzábanse las de la orden con una superficie de 730, de suerte que ésta era superior a cada obispo tomado aisladamente y casi igual en poderío a todos les prelados juntos.

A esto había que agregar el convencimiento de que a la orden se debían en primer término los triunfos conseguidos en las luchas así con los indígenas como con los enemigos extranjeros: ni las milicias de los peregrinos, ni las tropas de los feudatarios episcopales y de la ciudad de Riga estaban por sí solas a la altura de esta tarea, pues no representaban de igual manera la idea de los intereses unitarios del país. La orden, en cambio, cuyos castillos se extendían como espesa red de Sur a Norte dominando todos los puntos estratégicos importantes, pudo creer con motivo que ella era la que mantenía la cohesión en este conjunto.

Especialmente desde la muerte de Alberto, en cuya persona se encarnaba la idea de la supremacía episcopal, se hicieron más ostensibles los esfuerzos de la orden por conseguir una autonomía que la hiciera soberana del país. Ya hemos visto cómo se había embrutecido la orden a consecuencia de la guerra de treinta años con los indígenas y de los días infaustos de la legación de Balduíno: la parte temporal de su misión había tomado notable desarrollo en perjuicio de la parte espiritual. Dondequiera que nos encontramos con los hermanos de la orden, vemos en ellos guerreros decididos, diplomáticos hábiles que sabían aprovechar todas las ocasiones propicias, pero al propio tiempo vasallos díscolos y desobedientes de los obispos, cuya jurisdicción suprema, según parece, fué haciéndose poco a poco ilusoria. Las descripciones que se hacen de los hermanos de la orden nos los presentan como señores despóticos que agobiaban a los indígenas con corveas y con impuestos, sin cuidarse tanto como convenía de la salvación de las almas de sus vasallos.

Que bajo la bandera de los hermanos de la orden se vivía peor que bajo el báculo episcopal, lo demuestran sobradamente aquellas comarcas que después de sofocada la última rebelión cayeron en poder de la orden. Los obispos habían intentado varias veces una intervención,

y Volquín, para librarse de su pesada tutela, se afanó por llegar a un acuerdo con Hermann de Salza, maestre de la orden teutónica, para hacer la fusión de las dos órdenes, pues como esta última no tenía más señor espiritual que el Papa, esperaba Volquín que después de la unión completa podría disfrutar de una posición análoga y ponerse frente a frente de los obispos livonios y estonios. Los esfuerzos de Balduíno de Alna y del papa Gregorio IX, el nuevo robustecimiento de Dinamarca y sobre todo la unión política de Lituania, eran para la orden otros tantos peligros que parecían exigir premiosamente la unión vigorosa de todas las fuerzas del país.

Tales pudieron ser los motivos que indujeron a Volquín—probablemente en el año 1231—a hacer las referidas proposiciones a Salza, el cual las rechazó: su orden acababa de sentar sus reales en Prusia y no se creía aún bastante segura en su nueva posición; por eso el maestre Hermann procuró dar largas al asunto haciendo concebir a los embajadores de los hermanos de la Espada esperanzas para más adelante.

En 1235, y durante su permanencia en Alemania, Hermann de Salza se ocupó seriamente en el examen de la cuestión y envió a Livonia a dos hermanos de la orden teutónica, los comendadores de Altenburgo y de Nagelstadt, para que personalmente se enteraran de la situación de Livonia. Los emisarios quedaron muy mal impresionados del estado de cosas livonio, y probablemente esto hubiera dado como resultado rechazar definitivamente la petición de Volquín, si la inesperada y casi completa ruina de la orden de los hermanos de la Espada, causada por los lituanos, no hubiese impuesto el deber ineludible de interesarse por aquel país, que se veía privado de su mejor apoyo.

En 1236 llegaron a Livonia numerosos peregrinos que excitaron al maestre a emprender, casi contra su voluntad, una campaña de otoño contra los lituanos. Alcanzados en su retirada por las fuerzas superiores del enemigo, los peregrinos en el momento decisivo se negaron a obedecer las órdenes de Volquín y a emprender el ataque, y a la tarde siguiente ocurrió la catástrofe. Los belicosos peregrinos, al verse atacados por los lituanos, se acobardaron y se dejaron asesinar casi sin resistencia, sin que el arrojo del maestre y de su gente pudiera evitar la derrota. En aquella jornada de 22 de septiembre de 1236 perecieron Volquín y cincuenta de los suyos. Saule, lugar cuyo nombre se conserva todavía en las cercanías de Bauske, en el Aa curlandés, fué, según la crónica rimada, el sitio donde pereció sin gloria alguna el núcleo de los caballeros de la Espada.

Los hermanos de la orden, privados de consejo y de auxilio en el propio país,

Sello de majestad del arzobispo Alberto Suerbeer (tamaño del original).—En el campo, el arzobispo de pie derramando con la mano derecha un jarro de agua y llevando en la izquierda el Evangelio. A cada lado del arzobispo un neófito metido en una capilla, sosteniendo el uno el báculo y el otro la cruz. Debajo de la capilla de la derecha PCIA (*provincia*) y debajo de la de la izquierda LIVOI (*Livonia*). En la parte inferior, bajo un arco dividido en tres partes, cuatro personas que han de recibir el bautismo puestas junto a un río y sobre las cuales la diestra de Dios aparece en el cielo. Debajo: (ES)TOI (*Estoni*). Inscripción: (ALB(er)T(us) D(e)I : GRA(tia) :) ARCHIEP(iscopu)S PR(im)VS (BATIZO GE(n)TES) QVARV(m). D(eu)S : ABLVE ME(NTES). (En un documento de 12 de diciembre de 1254, en la Biblioteca pública de San Petersburgo, colección de Toll.)

enviaron a uno de los suyos, Gerlach Rothe, a que se avistara directamente con el Papa y le suplicara que decretara su incorporación a la orden teutónica, súplica que se vió apoyada por los aterrorizados obispos de Riga, Dorpat y Oesel. Un contemporáneo, en quien se ha querido ver al que después fué maestre de la orden teutónica, Hartmann de

Heldrungen, nos relata en los siguientes términos tan interesante episodio: «Entonces—dice—los hermanos se dirigieron al Papa para conseguir su admisión en la orden teutónica. El Papa dió largas al asunto, pues en su corte estaban los embajadores del rey de Dinamarca que oponían todos los obstáculos que podían: esto era con motivo del fuerte de Reval que retenían en su poder los hermanos de Livonia y que el rey sostenía que era suyo.

»Por esta razón no quería el Papa que el maestre (se refiere indudablemente a Hermann de Salza) y los hermanos hicieran entrega de aquel fuerte al monarca. Habiendo el maestre consultado con el Papa, fué un día a palacio y encontró al pontífice solo, es decir, que no estaba con él más que el cardenal de Antioquía, el arzobispo de Bar, uno de nuestros hermanos llamado Conrado de Estrasburgo, que era mariscal del Papa, y un hermano de la orden de los Sanjuanistas que era camarero pontificio. El intendente de palacio nos condujo a la presencia del Papa y nos dijo: «Hermano »Hermann, ¿están las capas dispuestas?» A lo cual respondí afirmativamente. Entonces mandó a llamar precipitadamente a los hermanos y les dijo: «El Papa »quiere acceder a nuestras súplicas;» y llegaron los hermanos de Livonia y se arrodillaron delante de él, y el Papa les recordó todos los pecados que habían cometido antes y después de su ingreso en la orden de la Espada y les encargó encarecidamente que se mantuvieran perfectamente dentro de la nueva regla, y les dió la capa blanca con la cruz negra... Cuando regresamos a nuestra casa dijo el maestre: «Decidme, hermanos, »¿cuántas fortalezas y cuántos territorios »poseéis?» Yo también quise decirlo, pero los demás explicaron nuestras riquezas. El maestre dijo que el Papa no había querido ceder y que había que devolver al rey su casa (Reval), al oir lo cual díjome el hermano Gerlach: «Hermano »Hermann, a no haber esto sucedido, no »sucedería nunca más.»

»Poco tiempo después envióme el maestre a avistarme con el hermano Luis de Ottingen (su representante en Prusia) para tomar sesenta caballeros y conducirlos a Livonia en substitución de los que habían perecido, y dispuso que se les proveyera de vestidos y de comestibles. El mismo maestre les proveyó de caballos y armaduras y el emperador les socorrió con 500 marcos.»

En esta relación, cuyo primitivo estilo resulta algo embrollado, sin que por esto deje de entenderse perfectamente lo esencial, no se hace mención de un punto que hubo de ser para los livonios tan doloroso como la misma cesión de la Estonia septentrional a Dinamarca. En virtud de disposición expresa del Papa, la orden teutónica de Livonia debía estar en las mismas relaciones que antes con los obispos. «Vosotros y los demás individuos de la orden teutónica de Livonia debéis continuar bajo la jurisdicción de los obispos y demás prelados,» había dicho el Papa en el documento resolutorio, y así hubieron de quedar las cosas por de pronto; de modo que para nada se tuvo en cuenta la causa que había motivado la unión de las dos órdenes de caballería. De este mal adoleció el desenvolvimiento de los asuntos livonios durante los tres siglos siguientes.

La orden teutónica se hizo cargo de la herencia de los hermanos de la Espada: que Hermann Salza consideró de gran importancia la posición recientemente alcanzada lo demuestra el hecho de que nada menos que el propio maestre provincial de Prusia fué quien recibió la misión de marchar a Livonia para encargarse de la dirección de la nueva provincia de la orden. Hermann Balk, que en los asuntos prusianos había probado ser hombre prudente a la par que enérgico, partió sin vacilar para tomar posesión, en nombre de la orden teutónica, de toda la Livonia con sus castillos, fortalezas y feudos. El recibimiento que se le hizo en Livonia no fué, sin embargo, nada afectuoso: el precio de la salvación parecía excesivo y no faltó quien pensara en someterse voluntariamente.

El mismo Guillermo de Módena abrazó el partido de los livonios, entre los cuales y el nuevo maestre hubo grandes rozamientos. En marzo de 1238 el papa tuvo que dar una orden más enérgica todavía que las anteriores para la entrega del castillo de Reval, y a pesar de esto, los livonios sólo cedieron cuando vieron al rey Waldemaro en actitud de enviar contra ellos una escuadra. El maestre y el legado, que hacía poco había resuelto una contienda entre aquél y el obispo Nicolás, se dirigieron a la residencia real de Steenby (en la Zelanda meridional), donde en 7 de junio de 1238 se firmó la paz que unió definitivamente a Dinamarca las provincias de Reval, Harrien y Wirlandia.

Dinamarca recibió, pues, un territorio colonizado por los alemanes, y en los ciento y pico de años que en él dominó no le fué dado llevar al país ningún elemento heterogéneo. El legado Guillermo, acompañado probablemente del maestre, para dar cumplimiento a las condiciones de la paz se dirigió a Reval, donde además del fuerte se había fundado a los pies de la catedral una ciudad poblada por alemanes. Se sacaron las armas, los víveres y los utensilios pertenecientes a la orden y el castillo fué entregado al rey de Dinamarca, quien desde entonces confió la administración del país a un prefecto o capitán. Sin embargo, las pretensiones de los daneses no habían sido reconocidas en toda su extensión.

En efecto, Jerwen fué devuelta a la orden con la única condición de que no podría construir allí castillo alguno sin permiso del rey de Dinamarca. Sobre el territorio de esta provincia ejercían los hermanos de la orden la soberanía espiritual, mientras que el obispado de Reval quedó naturalmente bajo la dependencia del arzobispado de Lund. A pesar de todo, las relaciones entre alemanes y daneses, después de la dolorosa cesión, fueron en lo general lo más amistosas que podían ser, de suerte que unos y otros se pusieron enfrente del enemigo común que amenazaba desde el Este. La orden teutónica estaba obligada a defender su conquista livonia primero contra los nowgorodes y pleskawios, que se habían envalentonado desde la batalla de Saule, y segundo contra las comarcas del Sur del Duna y del Aa semigalo, que estaban en abierta rebelión.

CAPÍTULO IV

COMIENZOS DE LA ORDEN TEUTÓNICA EN LIVONIA

Por la historia de Rusia sabemos que los nowgorodes habían conseguido derrotar por completo en las orillas del Neva a los suecos, que avanzaban desde Finlandia. Dos meses después la orden, aliada con los vasallos daneses, con las tropas del obispo de Dorpat y de un príncipe ruso, logró primero apoderarse del castillo de Yborsk y después de derrotado el ejército de los de Pleskau, que había salido a su encuentro, penetrar en la misma Pleskau, según parece, por haberles facilitado el camino un partido de descontentos que en la ciudad había. La orden, sin embargo, no consiguió someter por completo a Pleskau, pues lo que hizo fué dejar en ella una guarnición para que defendiera a sus partidarios y para tomar rehenes que sirvieran de garantía a la seguridad de aquéllos. En cuanto al grueso de su ejército, lo destinó a extender la soberanía alemana por el suelo nowgorode.

Quería la orden sojuzgar a las vecinas tribus finesas, y en efecto consiguió sentar sus reales allende el Narowa, detrás del Woten, y construir una fortaleza destinada a ser el punto de partida para ulteriores empresas, habiéndose llegado a pensar seriamente en fundar un obispado en aquellos apartados territorios. En tal apuro, Nowgorod, que se veía también amenazada desde Pleskau, llamó a su auxilio a Alejandro Newski y entonces la suerte cambió por completo: la débil colonia establecida en el territorio finés sucumbió al primer ataque; al año siguiente fué libertada Pleskau, y poco después, en 5 de abril de 1242, el ejército de la orden sufrió en la helada superficie del Peipus tan terrible derrota, que los caballeros teutónicos hubieron de renunciar a todas sus conquistas y de enviar a toda prisa emisarios a Dinamarca en demanda de auxilios porque se veían amenazados hasta en Riga. Fué una verdadera suerte para Livonia que Alejandro Newski, en vez de aprovechar con la debida energía la victoria conseguida, se contentara con que la orden renunciara a los territorios por él conquistados y a una parte de Letonia y dirigiera de nuevo su atención hacia el Este.

Después de tan brillantes comienzos y de las pérdidas que luego vinieron, la orden tenía en el Norte tanto más motivo para contentarse con la paz honrosa que se había firmado, cuanto que precisamente los sucesos de Curlandia exigían imperiosamente la concentración de todas sus fuerzas. Los curios, después de haber desertado en la batalla de Saule y de haber asesinado a su obispo, habían sido nuevamente reducidos y su país encadenado con la construcción del gran fuerte Jesús (después Goldingen) y del castillo de Amboten; pero, a pesar de todo, la Curlandia no ofrecía gran confianza, amén de lo cual comenzó a moverse en el Sur un nuevo y peligroso enemigo en la persona de Mindowe de Lituania. Grandes trabajos costó conservar allí una posición tan amenazada, sujetar desde el fuerte Jesús los territo-

rios recientemente conquistados, impedir que Mindowe siguiera avanzando y asegurar la posesión duradera del país últimamente adquirido.

También se suscitó cuestión acerca de las relaciones entre la orden teutónica y los obispos, pues si bien las pretensiones de la orden relativas a la independencia eclesiástica en las comarcas del Norte del Duna no se vieron satisfechas, y si bien en Livonia, Estonia y Oesel tuvo que reconocer la soberanía feudal de los obispos, no sucedió lo propio en Curlandia, país nuevo y entonces sin obispo todavía y por tanto a propósito para llevar en él a la práctica los principios que regían en los territorios que tenía la orden en Prusia.

Por eso la orden declaró que la Curlandia era una parte de Prusia y quería por lo mismo ser tratada como ella, lo cual equivalía a pretender que dos tercios del país fuesen de propiedad exclusiva de la orden y sólo un tercio de la del obispo. Decidió la cuestión el papa Inocencio IV, aceptando esta teoría y disponiendo que Guillermo de Módena, como legado pontificio, procediera a la división en este sentido, como así lo hizo en 7 de febrero de 1245. En junio del propio año el emperador Federico II confirmó al Gran maestre en su nueva posesión.

El obispo de Riga, a pesar de ver que las dos supremas autoridades de la cristiandad admitían la teoría de la orden de que Curlandia era una parte de Prusia, no quiso renunciar a sus pretensiones, viéndose apoyado en su actitud por Alberto Suerbeer, a quien ya conocemos, que a fines de 1245 había sido nombrado por Inocencio IV arzobispo de Prusia, Livonia, Estonia, Curlandia y Semigalia, y poco después legado pontificio en estas comarcas. Este antagonismo, más trascendental en principio que en la práctica, hizo surgir entre la orden y el arzobispo grandes hostilidades, más interesantes para la historia prusiana que para la de Livonia.

El arzobispo, en sus esfuerzos por extender su poderío, puso en tela de juicio los derechos y privilegios que hacía mucho tiempo habían sido concedidos a la orden, olvidó por completo la predicación de la cruzada, causó a la orden cuantos perjuicios pudo y probablemente llegó a firmar una alianza con los paganos para ir contra ella. La orden no hizo caso alguno de los anatemas y excomuniones del legado, de modo que en una época en que el Imperio y el Pontificado estaban frente a frente, dominados por implacable odio, encendíase una lucha de disidencias extrañas en aquellos retoños del Nordeste, que hablaban el idioma alemán y profesaban la religión latina.

La confusión llegó a hacerse tan intolerable, que el papa se vió obligado a instituir en Lyón un tribunal de árbitros, del cual salió en 24 de febrero de 1251 un tratado que aceptaron las dos partes contendientes y que, basado en la concesión de Guillermo de Módena, disponía que Curlandia fuera considerada como parte de Prusia, pero que no podía ser separada de Livonia y agregada a los territorios prusianos de la orden. En cuanto a la partición del territorio entre la orden y el obispo, decretábase que se procediera a ella según la norma vigente para Prusia. Se determinó también proveer la sede episcopal vacante de Curlandia, y Alberto recibió el encargo de elegir para este obispado al minorita Enrique de Luxemburgo.

En el final de la sentencia se ordenaba —y este era el punto principal—que Riga fuese la residencia del arzobispo Alberto, haciéndole con ello entrever que a la muerte del obispo Nicolás, que era el que entonces ocupaba la diócesis de Riga, le sería ésta conferida en calidad de arzobispado. Con esta disposición se quería separar para siempre de Prusia al turbulento Alberto Suerbeer y al propio tiempo dar a Livonia un metropolitano propio. De modo que aun cuando la situación del futuro arzobispo de Livonia distaba mucho de ser la que había pretendido el gran obispo Alberto, de todas maneras quedaban definitivamente rechazadas las pretensiones con tanta frecuencia formuladas y siempre renovadas de Bremen.

Por lo demás, Alberto Suerbeer permaneció todavía hasta el año 1253 en Lubek, donde pasó días de amargura bajo la pesada dependencia de Bremen, y sólo se trasladó a Riga cuando, a mediados de aquel año, el obispo Nicolás, tan apreciado en Livonia por sus prendas personales, falleció sin dejar huellas duraderas de su administración. La calificación de arzobispo de Riga se encuentra por vez primera en una bula de Inocencio IV, de 28 de enero de 1254: Alberto se llamaba a sí mismo arzobispo de Livonia, de Estonia, de Prusia y de la Iglesia de Riga.

La situación de todo el territorio en

que la orden había sentado por aquel tiempo sus reales era en apariencia en extremo favorable. En Prusia se creía haber dominado definitivamente a los paganos; la antigua lucha con Swiatopolk de Pomerania había terminado con una paz ventajosa; y el camino para la conexión entre Prusia y Curlandia y entre la colonia livonia y las avanzadas orientales de la madre patria quedaba abierto con la construcción de Memelburg, realizada por el maestre Eberhardo de Sayn. El reparto de la Curlandia entre la orden y el obispo se había llevado a cabo amistosamente; las relaciones con los daneses de Estonia eran las mejores posibles, y en cuanto al peligro que amenazaba desde Lituania, pareció conjurado desde el momento en que Mindowe de Lituania, apadrinado en cierto modo por la orden, abrazó el cristianismo (1).

Este último suceso trajo, sin embargo, consigo una complicación en extremo funesta para los alemanes. En efecto, los samaítas paganos, vecinos inmediatos de la orden en Prusia y en Curlandia, se emanciparon casi por completo de la influencia de Mindowe y uno de sus magnates emprendió por su propia cuenta una devastadora expedición por la Curlandia, y las correrías que en represalias verificaron los caballeros teutónicos no se vieron coronadas por el éxito. De funestas consecuencias fué para Livonia el hecho de que se sucedieran precipitadamente los maestres, todos los cuales tuvieron que luchar contra los samaítas.

El maestre Burchard de Hornhusen, antiguo comendador de Konigsberg, se vió obligado a firmar un armisticio por dos años, de resultas de una derrota de la que salió gravemente herido. Abrigaba la esperanza de que durante este tiempo podría convertir a los samaítas o prepararlo todo para un golpe decisivo. Lo primero no pasó de ilusión, pues si bien los samaítas respetaron lealmente el armisticio y sostuvieron animado trato con Livonia, luego que hubieron transcurrido los dos años rompieron de nuevo las hostilidades.

La orden no había permanecido inactiva durante este tiempo, antes al contrario, había construído en Curlandia, en las fronteras samaítas, una serie de fortificaciones, haciéndose de este modo fuerte en medio del territorio enemigo: además construyó dos fortalezas, una al Norte y otra en la orilla derecha del Memel, en el extremo Sudeste del país samaíta, a la que se dió el nombre de Georgenburg. Los paganos habían atacado estos fuertes desde fines del año 1259 y en el entretanto el maestre Burchard había reunido todas las fuerzas militares de Livonia y de Curlandia y asegurádose el auxilio de los vasallos daneses de Estonia y de los hermanos de Prusia. Pero antes de que comenzara la lucha decisiva ocurrió en Curlandia una escaramuza de funesto augurio.

Tres mil samaítas invadieron el país llevando a todas partes, como en los tiempos antiguos, la devastación y el asesinato. Los caballeros de la orden, que los perseguían de cerca mandados por Bernardo de Haren, fueron derrotados a pesar de su valor en Schoden, junto a las fronteras orientales curlandesas, a consecuencia de haber sido abandonados en el momento decisivo por los pérfidos curios. Treinta y tres caballeros perecieron en el campo de batalla, lo cual significa una pérdida enorme si se tiene en cuenta cuán pequeño era el número de la caballería de la orden. Una segunda expedición intentada por los samaítas poco después de la anterior fracasó gracias a la oportuna llegada del maestre, retirándose aquéllos aun antes de comenzar la lucha.

Imposible nos es conocer hoy los motivos que indujeron al maestre a renunciar a su persecución, pero es lo cierto que envió a una parte de su ejército a ocupar de nuevo los castillos curlandeses, que se dirigió con el resto a Riga y que licenció a sus guerreros como si ya no hubiera nada que temer: falta gravísima que pronto se pagó muy cara. Los semigalos, que hacía diez años estaban completamente sojuzgados, se rebelaron, expulsaron a sus prebostes y volvieron a su paganismo. Entonces el maestre comprendió que no había que vacilar por más tiempo si no quería que el movimiento acabara por hacerse superior a la orden.

Enviáronse nuevos mensajeros a Estonia; en Livonia y en Curlandia todo el mundo empuñó las armas, y el mismo clero, que tenía grandes patrimonios en Semigalia, cumplió también como bueno. Comenzóse por construir en Semigalia una fortaleza, en Doben, que fué ocupada militarmente, hecho lo cual el maestre marchó precipitadamente a Prusia, y obtuvo la cooperación del mariscal

(1) Véase *Historia de Rusia*.

de la orden, Enrique Botel, para una campaña común. Los dos ejércitos se reunieron en Memel, de donde salieron en julio de 1260 para ir a auxiliar a la amenazada Georgenburg; pero los samaítas, noticiosos de su llegada, levantaron el sitio y emprendieron una de sus acostumbradas correrías por la Curlandia. Alcanzados en Durben, trabóse allí el combate decisivo.

Los indígenas estaban, como siempre, en gran mayoría en el ejército de la orden, y entre ellos había una traidora connivencia; así es que los curios desertaron en cuanto comenzó la acción, ejemplo que fué seguido por los estonios; y aun cuando los prusianos se mantuvieron firmes, aquel ejército debilitado y descorazonado no pudo resistir a la superioridad de fuerzas del enemigo, pereciendo en el combate el maestre Burchardo de Hornhusen, el anciano mariscal prusiano Botel, ciento cincuenta caballeros y otros muchos cruzados. Muy pocos fueron los que pudieron huir a la ventura por aquellas agrestes comarcas y llevar a la patria la noticia de tan terrible derrota.

Las consecuencias de esta batalla constituían un grave peligro para la situación general de la orden. En Prusia estalló una formidable sublevación de los indígenas, que después de veintitrés años de lucha terminó en 1283 con la victoria de los alemanes (1). La situación de Livonia parecía todavía peor, a lo menos por de pronto. Ninguna extrañeza debe causar que los traidores curios apostataran después de la batalla de Durben, renegando del cristianismo y enviando emisarios a sus antiguos enemigos los lituanos para formar con ellos una alianza ofensiva y defensiva.

Semigalia estaba en plena rebelión; hubo que evacuar las fortalezas del país de los samaítas, y de toda la Curlandia meridional sólo se conservó Memel. La crueldad y la deslealtad antiguas de los indígenas paganos se dejaron entonces sentir con más brutalidad que nunca. En Goldingen, por ejemplo, un curio que se fingía adicto a los alemanes indujo al comendador a enviar ocho hermanos al auxilio del fuerte Wardach, que había caído en poder de los rebeldes sin que en Goldingen se tuviera noticia de ello; así es que cuando los caballeros penetraron en él, sin sospechar nada, fueron cogidos y hechos pedazos, excepto uno, que fué quemado vivo.

Otros desastres vinieron a aumentar la consternación del país. Un ejército lituano avanzó hasta el Duna y derrotó a las tropas de la orden en Lennewarden, en una batalla que también se perdió por la deserción de los indígenas. Durante aquel mismo invierno se sublevaron los oeseles, y por último el mismo rey Mindowe se separó de la orden y del cristianismo.

Ya hemos visto que este monarca envió al propio tiempo emisarios a Alejandro Newski, con quien firmó una alianza contra Livonia (2), debiendo juntarse delante de Wenden las fuerzas rusas y lituanas. Por fortuna Mindowe llegó demasiado pronto al punto de la cita, al que todavía no habían acudido los rusos. Esto y la circunstancia de mantenerse leales los livonios y los letones fueron causa de que tuviera que retirarse sin haber conseguido éxito alguno de importancia.

La invasión de los rusos, ocurrida a poco de haberse retirado Mindowe, no produjo daños permanentes, pues si bien Dorpat fué tomada, a pesar de sus triples murallas, y reducida a ruinas, la población pudo refugiarse en la fortaleza, que resistió todos los ataques de los rusos, los cuales, después de haber devastado terriblemente el país, se volvieron a su patria. Casi al mismo tiempo sucumbía la ciudad de Pernau, incendiada a principios de 1263 por una horda de lituanos. Los alemanes no consiguieron rescatar el botín que se llevaban los expedicionarios, pues si bien les salieron al encuentro en una noche de clara luna, cerca de Dunamunde, por más que lucharon heroicamente, pereciendo ocho hermanos de la orden y muchos ciudadanos de Riga, los lituanos acabaron por abrirse paso.

Es realmente admirable que en medio de tales circunstancias consiguiera Livonia sostenerse contra todos estos enemigos. Durante el invierno de 1261 fueron sojuzgados los oeseles con auxilio de los vasallos daneses; dedicóse especial vigilancia a la frontera lituana y se defendió principalmente la Curlandia. La reacción fué poco a poco operándose desde Memel, que, a pesar de estar casi abandonada a sí misma, rechazó heroicamente todos los ataques. Cierto que el

(1) Sobre esto, especialmente sobre la situación de la orden en Prusia, véase el excelente trabajo de K. Lohmeyer.

(2) Véase *Historia de Rusia*.

comendador de Memel cayó en poder de los samaítas, que lo asaron vivo en unas parrillas calentadas hasta el rojo, pero sus caballeros le vengaron sangrientamente.

Los fuertes paganos de Kretenen y de Ampillen fueron conquistados, y después de una campaña de venganza en territorio de Pleskau consiguióse la reconquista de Curlandia. Los desórdenes que estallaron en Lituania después de la muerte de Mindowe menguaron durante algún tiempo el furor de los ataques de tan peligroso enemigo y los alemanes consiguieron enseñorearse de la Curlandia meridional.

El asalto de la fortaleza de Grosen, llevado a cabo por el maestre de la orden, Conrado de Mandern, fué el hecho decisivo de esta campaña. Sojuzgado el país definitivamente desde Goldingen y Memel, la orden pudo ya considerarse segura, mucho antes en Livonia que en Prusia. En 1267, el maestre Otón de Lutterberg aseguró a los curios una paz duradera.

El documento que confirmó esta paz y que consignó los deberes a que habían de someterse los vencidos, después de ocho años de encarnizadas y sangrientas luchas, ha llegado hasta nosotros, y causa verdadera sorpresa el espíritu de suavidad y conciliación que respira.

«Nos, Otón de Lutterberg, maestre de los hermanos de la casa alemana de Livonia, a los cristianos que la presente leyeren u oyeren leer, salud en nombre de Jesucristo.

»Para que el hecho presente quede en la memoria de la posteridad hay que determinarlo con fijeza por medio de testigos y de cartas. Sepan todos, por tanto, que con el consejo general de todo el país de Curlandia perdonamos a los curios de Curlandia y damos al olvido los perjurios en que juntos e individualmente han incurrido durante la rebelión, sin que en lo sucesivo ninguna de las dos partes piense en la venganza.

»Si una de ellas hurta o toma a la otra, viviendo lealmente, sus caballos, el culpable deberá pagarlos y restituirlos o tendrá que permanecer en una actitud desagradable. Por cada hake de tierra en Curlandia habrá de entregarse a los hermanos de la orden en concepto de censo dos loofes de centeno y el que no tenga centeno un loof de trigo y un loof de cebada. Por cada caballo de labranza se pagará igual censo. Cuatro días al año, dos en verano y dos en invierno, deberá cada individuo trabajar en corvea en la comarca en que resida en provecho de los hermanos de la orden. Si éstos construyeren algún castillo contra los paganos, los que hubieren abandonado la religión cristiana tendrán que servir durante un mes, corriendo su subsistencia de su propia cuenta. Los pueblos quedan libres para siempre de todo

Sello de majestad de Federico de Haseldorpe, obispo de Dorpat (tamaño del original).—En el campo, el obispo de pie sobre una repisa, sosteniendo con la mano izquierda el báculo y con la derecha la cruz. Inscripción: FRIDERICVS DEI GRA (*Gratia*) TARBATENSIS EPC: (*Episcopus*). (De un documento de 15 de diciembre de 1284, en la colección de Toll.)

otro trabajo y de los diezmos en tiempo de guerra. Pueden percibir cualquiera herencia hasta el cuarto grado de parentesco, pero de modo que en nada perjudiquen los derechos de su señor. Los lugares donde establezca su residencia un curio le pertenecerán por herencia perpetua, a no ser que sean herencia de otro.»

Seguían luego varias disposiciones acerca del derecho de playa (una tercera parte de lo que a ésta iba a parar era para el que lo encontraba, el cual entregaba los dos tercios restantes al preboste: éste los guardaba un año y un día, a la disposición de los reclamantes, y transcurrido este plazo correspondían al rey), sobre los votos hechos en los momentos de peligro, y por último se decretaba

que los curios quedaran sometidos al derecho livonio.

Es indudable que se debió a este tratado que los curios se mantuvieran tranquilos durante las terribles luchas que se prolongaron en Semigalia hasta 1290, a pesar de habérseles ofrecido varias ocasiones para sublevarse de nuevo. En efecto, los rusos penetraron por el Norte y avanzaron hasta muy adentro de Estonia, y el maestre Otón se vió obligado a dirigir todos sus ejércitos contra este peligroso enemigo, en vista de que un ejército alemán mandado por el obispo Alejandro de Dorpat había sido, si no derrotado por completo, notablemente debilitado en la sangrienta batalla de 18 de febrero de 1268.

En este combate pereció el obispo, y el grueso del ejército debió su salvación a la heroica defensa del puente del torrente Kehola, que sostuvieron ochenta alemanes contra cinco mil rusos. Entonces el maestre se dirigió contra Rusia, destruyó a Ysborsk, incendió la ciudad de Pleskau y puso cerco a la fortaleza; pero sabiendo que al auxilio de ésta acudía un ejército nowgorode, firmó un armisticio, al cual siguió, después de muchas y largas negociaciones, la paz definitiva, concertada en la primavera de 1270.

Entretanto, habiendo cesado en la nuevamente pagana Lituania los desórdenes interiores producidos por las luchas de sucesión al trono, emprendieron los lituanos una campaña de rapiña contra Oesel, para lo cual atravesaron la helada superficie del Báltico. Cuando los expedicionarios se retiraban salióles al encuentro el maestre con un ejército reunido a toda prisa, trabándose en 16 de febrero de 1271, sobre el hielo, una batalla que la orden perdió por causa del ímpetu con que antes de tiempo atacaron los caballeros. Otón de Lutterberg, cincuenta y dos caballeros, seiscientos alemanes y un número extraordinario de indígenas quedaron en el campo de batalla.

En aquel mismo año fué muerto en batalla campal por los vencedores lituanos el vicemaestre Andrés, sucesor de Otón, con veinte hermanos. Durante el período que medió entre 1271 y 1297, en que estalló la lucha entre la orden y la ciudad de Riga, sucediéronse en Livonia ocho maestres, de los cuales Ernesto de Rassburg falleció en 1279 en la lucha contra los lituanos; Gerardo de Katzenellenbogen murió siendo prisionero de éstos; Willeken de Endorp sucumbió en 26 de marzo de 1287 a manos de los semigalos, y Bruno perdió la vida en la contienda contra Riga y contra los lituanos, aliados de ésta.

Si retrocedemos hasta el año 1260, veremos que en este intervalo perecieron siete maestres víctimas de los paganos. No nos es dado entrar en detalles acerca de todas estas guerras, pudiendo tan sólo decir que fué una verdadera lucha por la existencia la que hubo de sostener la colonia y que Livonia, a pesar de las innumerables pérdidas en ella sufridas, no sólo reconquistó en definitiva los territorios perdidos, sino que tuvo todavía fuerzas para consolidar su dominio por medio de la construcción de nuevas fortalezas.

Semigalia fué completamente sojuzgada en 1290, y contra Lituania se construyó una serie de líneas de defensa que si no podía impedir por completo las incursiones y los ataques, por lo menos los reducía a su mínima expresión. El maestre Conrado de Mandern había construído en 1266 el castillo de Mitau, en el Aa semigalo, y reedificado a Pernau, que, como hemos visto, había sido reducida a cenizas; además se construyeron en Curlandia en 1273 Dunaburg y en 1283 y 1286 respectivamente los castillos de Wolmar y de Heiligenberg. También fueron reedificados los castillos fronterizos que los curios habían reducido a cenizas.

Es indudable que la orden mostró una abnegación y una energía a las cuales debió Livonia su salvación, y si a los triunfos militares no correspondieron la prosperidad y el robustecimiento en el interior, culpa fué del funesto antagonismo que precisamente entonces estalló entre el arzobispo y la orden y en el que muy pronto se vió envuelta toda la Livonia.

CAPITULO V

LUCHA CON EL ARZOBISPO Y SUJECIÓN DE RIGA POR LA ORDEN TEUTÓNICA

Al lado de la orden y de los señores espirituales con sus feudatarios y sus vasallos de la clase labradora, a los que se designaba con la calificación genérica de «no alemanes,» habíase ido desenvolviendo en las ciudades de la colonia livonia una clase media dotada de vigorosa vida, a la cual hasta ahora sólo hemos dedicado una atención secundaria.

En la época de que hablamos las únicas ciudades importantes eran: Reval, que estaba todavía bajo la dominación danesa; la ciudad episcopal de Dorpat y Riga, residencia del arzobispo y del maestre de la orden. Fuera de ellas únicamente merecen ser mencionadas las grandes colonizaciones que en Pernau y Wenden se extendían junto a los castillos de la orden y en Hapsal junto a la catedral, por más que sea de todo punto indudable que todos los demás fuertes de la orden servían asimismo de amparo a una porción de personas que se agrupaban a su alrededor buscando el amparo de sus murallas. Pero la verdadera vida municipal sólo existía entonces en los tres primeros lugares citados, que eran al propio tiempo los centros del comercio livonio que florecía rápidamente.

La ciudad de Reval parece haberse formado entre los años 1227 y 1228 y haber recibido el derecho municipal antes de finalizar la siguiente década. En un principio obtuvo el derecho de Riga; pero en 1248 el rey Erico Plogpennig le concedió el derecho lubekense, de modo que su vida municipal se desenvolvió bajo la norma de Lubek.

A pesar de la dominación danesa, la ciudad era completamente alemana, y su puerto, seguro y bien situado, permitía que continuamente se refrescara la sangre de sus venas con la que le enviaba la madre patria. Un extenso distrito municipal y una administración perfectamente organizada, unas murallas sólidas y un vigoroso civismo aseguraban a la ciudad un florecimiento rápido, mientras que su pertenencia al Estado danés la mantuvo alejada de los desórdenes que a fines del siglo XIII y principios del XIV promovieron en el resto de Livonia una terrible crisis.

Dorpat, como ciudad alemana, data de principios de 1230: respecto de sus primeros tiempos carecemos de datos precisos, y sólo en 1248 encontramos en ella un preboste municipal llamado Enrique. En cambio no cabe duda alguna de que esta ciudad, residencia de un obispo y plaza mercantil la más importante, se extendió rápidamente por el gran camino que conducía a Pleskau.

De todas maneras estas dos ciudades en primer lugar citadas no podían en modo alguno ser comparadas, desde el punto de vista de la fuerza interna, con Riga, que las adelantaba en todo por lo menos en una generación y que con razón era la capital y el centro de la colonia. Así como Reval y Dorpat merecían por su condición especial ser incluídas en la esfera de un desarrollo provincial, Riga se veía envuelta en todas las cuestiones importantes, y el sentimiento municipal de sus habitantes alcanzaba en ella su más alta expresión.

El emperador Federico II otorgó en su cédula de 1.° de diciembre de 1225 al obispo Alberto la facultad de conceder a su metrópoli el derecho municipal: gracias a la actividad del prelado y del legado Guillermo de Módena comenzó a practicarse, como hemos visto, en el curso del siguiente año en Riga el derecho gótico, creándose definitivamente el distrito municipal e instituyéndose el Consejo. Como primeros burgomaestres encontramos a T. de Berewich y a Juan de Hornhusen. El señor del territorio era el obispo, que tenía su residencia en la ciudad y que sin ponerse en pugna con ésta ejercía sus derechos de soberanía espirituales y temporales.

La orden, cuyo maestre residía entonces también en Riga, dejaba sentir asimismo por su parte su influencia, que, entre otras cosas, se manifestaba en tiempo de los hermanos de la Espada en el hecho de ser éstos considerados como ciudadanos de Riga y de tener dos de ellos derecho para formar parte del consejo de la ciudad. El fuerte de San Jorge, residencia del maestre, estaba situado dentro de los muros de Riga, y por la situación del maestre, como general en jefe de todas las fuerzas militares del país, en las expediciones guerreras contra los paganos le estaban sometidos los ciudadanos de Riga.

No sabemos con seguridad cómo se arreglaron las cosas cuando la orden teutónica reemplazó en Livonia a la de los hermanos de la Espada; pero, teniendo en cuenta ciertos indicios, puede venirse en conocimiento de que el espíritu militar que en la orden teutónica imperaba era un obstáculo para el desarrollo cada día mayor del comercio de aquella rica ciudad. Hay además que tomar en consideración el sentimiento que de su propio valer tenía Riga, que estaba convencida de haber contribuído poderosamente a la conquista y conservación de Livonia y a la que, en virtud de la decisión dictada en 11 de abril de 1226 por el legado Guillermo, se le aseguraba la tercera parte de las conquistas que en lo sucesivo se hicieran en el país.

En efecto, en 1231 sus consejeros habían recibido la tercera parte de Oesel,

Curlandia y Semigalia. Este estado de cosas duró, sin embargo, muy poco tiempo, pues unas veces sin indemnización alguna, otras a cambio de la enfeudación de algunos ciudadanos con cuantiosos bienes, tuvo en definitiva que renunciar a sus feudos en el año que precedió a la desastrosa batalla que acabó con la orden, pues si bien Riga durante muchas generaciones no dejó que prescribieran sus derechos, lo cierto es que sus pretensiones carecieron de importancia práctica. La situación de la ciudad debía verse seriamente comprometida en cuanto la orden y el arzobispo llegaran a un acuerdo.

En tiempo de Alberto Suerbeer estalló el antagonismo que, aunque en estado latente, existía de muy antiguo entre las dos principales potencias de Livonia. El arzobispo, además de la posición en que como pastor supremo se encontraba respecto de los obispos, y aun prescindiendo de sus relaciones con Riga, reunía en sus manos un poder real considerable: una nobleza avezada a la guerra había recibido feudos de él, cuyas posesiones estaban protegidas por un anillo de fortalezas. En Livonia pertenecíanle, exclusivamente, Treiden, Lennewarden, Uexhull, Ronneburgo, Dahlen, Kirchholm, Kokenhusen, Seswegen y Lubán, y además el fuerte de Gerzike con todas sus dependencias, y en Semigalia Uppemele, Tolowe y Selburg.

Además de esto contaba con las armas espirituales del entredicho y de la excomunión. Unicamente en un caso de peligro inminente de muerte era permitido absolver a una persona excomulgada por el arzobispo, y cualquiera que atentara a los derechos de la Iglesia arzobispal o menoscabara sus territorios perdía, después de tres amonestaciones, todas sus dignidades, e incurría en la excomunión de la Iglesia. Pero en todas estas disposiciones había el apéndice de: «sin perjuicio de los derechos de nuestros amados hijos, el maestre y los hermanos de la orden teutónica.»

La causa del antagonismo irreconciliable que entre la orden y el arzobispo existía era el afán que una y otro tenían por lograr la soberanía de toda la Livonia, y la circunstancia de que ninguna de las dos partes consiguiera reducir por completo a la otra fué el origen de todas las calamidades que durante la Edad media se cernieron sobre este país.

No nos es posible seguir los primeros pasos de la lucha entre el arzobispo y la orden: ésta procuró varias veces llegar a un arreglo de todas las diferencias; mas lo peor de todo era que el arzobispo descuidaba su deber de predicar la cruzada a pesar de que era sumamente necesaria después de las grandes pérdidas sufridas por la orden, la cual le acusó de que mediante algunas sumas de dinero había relevado a los peregrinos de los votos hechos de pelear contra los infieles, y se vengó de tamaños agravios usurpando sin consideración alguna las atribuciones del clero, el cual a su vez contestó con la excomunión.

Cuando el Papa quiso poner coto a este abuso del poder episcopal, disponiendo que sin la aprobación pontificia no se pudiera lanzar la excomunión ni el entredicho contra los miembros de la orden teutónica, fueron excomulgados los panaderos y los molineros de ésta, alcanzando también el anatema, a pesar de la prohibición pontificia, a los hermanos que con ellos trataran. Era ésta una medida igual a la que ya anteriormente se había dictado contra los cluniacenses: y la reproducción de la bula publicada para amparar a estos últimos puso coto a las extralimitaciones del arzobispo y de los obispos de Livonia. Una acusación formulada contra la orden y enviada a Roma no produjo ningún resultado, pues aquélla encontró defensores cuya veracidad no podía ponerse en duda, y de esta suerte se libró del peligro que la amenazaba.

La orden, sin embargo, no había obtenido ventaja alguna: las grandes pérdidas que en sus luchas contra los infieles había sufrido movieron al Papa a concederle un privilegio que, como con razón se ha dicho, debía acabar con su moralidad. En virtud de este privilegio, toda persona excomulgada quedaba libre de la excomunión entrando en la orden, y cualquiera que antes de ingresar en ella hubiese robado, incendiado o prestado con usura, podía ser absuelto por los hermanos sacerdotes. El que llegaba a ser hermano de la orden por medio de simonía no sufría más castigo que verse relegado al último puesto en las asambleas de la orden; y aun cuando todo esto se refiriera directamente sólo a la parte prusiana, es indudable que también vino a desempeñar un papel importante en Livonia, que todavía estaba en más directas relaciones con Suerbeer.

En los primeros años del arzobispo sucediéronse sin interrupción los rompimientos y los acuerdos transitorios hasta

que en 1268 ocurrió una catástrofe que arroja un rayo de luz especial sobre el antagonismo de los dos partidos, que había llegado a un estado de tirantez verdaderamente intolerable. Otón de Lutterberg, en aquella sazón maestre de Livonia, era un hombre bondadoso y conciliador, a quien la crónica livonia rimada denomina *suneman*, es decir, pacificador. Como tal se nos presenta también en los documentos que de él se han conservado, y, sin embargo, vióse impulsado a adoptar una medida violenta contra el arzobispo Alberto.

El curso de esta cuestión, que nunca ha podido ser aclarada por completo, parece que fué el siguiente. Cuando un obispo no podía por cualquier causa regir su diócesis, solía algunas veces confiar al maestre de la orden su administración provisional en lo tocante a los asuntos temporales. El arzobispo Alberto, por el contrario, parecía haber concebido el proyecto de confiar, a pretexto de una representación temporal, a un príncipe extranjero un patronato permanente para de esta suerte crear a la orden un enemigo más poderoso que ella. A este fin dirigióse al conde Gunzel, hijo de aquel Enrique de Schwerin que en otro tiempo había hecho prisionero a Waldemaro. Escasos son los datos que acerca de este personaje poseemos: teníasele por un caballero valeroso que en su pequeña corte cultivaba la poesía, a la cual era muy aficionado, pero que hasta entonces había sido poco afortunado en sus empresas guerreras.

En 1267 le encontramos en Riga y en 21 de diciembre de aquel año el arzobispo, por consejo de su cabildo, le nombró administrador. defensor y consejero de la archidiócesis y de todos sus territorios, castillos, gente y vasallos, y al propio tiempo patrono contra los bárbaros y contra cualesquiera otros enemigos. A cambio de esto, el conde no se obligó más que a pagar al arzobispo una determinada cantidad anual, mediante la cual podía disponer a su antojo, y para el mayor bien de la Iglesia, de todas las rentas del arzobispado.

Nunca se llamará bastante la atención sobre lo inaudito de este tratado, en virtud del cual el arzobispo se entregaba formalmente a todo el poder temporal de su defensor sin tener garantía alguna de que éste usaría de la autoridad que en sus manos se ponía en verdadero provecho de la archidiócesis y no en provecho suyo exclusivo.

La situación que a Gunzel se había concedido era el objeto de todos los deseos de la orden, en contra de la cual iba dirigido precisamente este arreglo. La expresión «otros enemigos» sólo a los hermanos de la orden podía referirse, y al arzobispo le parecían buenos todos los medios para causarles daño. Por fortuna para ellos los planes de Alberto encontraron toda clase de obstáculos. La traslación de Gunzel no podía realizarse en

Sello del comendador de Wenden (tamaño del original). – En el campo, Santa Catalina, de cuerpo entero y coronada, llevando en la mano derecha una palma y en la izquierda un libro. Inscripción: S(igillum) COMMENDATORIS D(e) WENDA †. (En un documento de 27 de agosto de 1271, en la Biblioteca pública de San Petersburgo. Colección de Toll.)

seguida, amén de que se tenía la convicción de que el conde daría garantías para la devolución de la archidiócesis, cosa que él no podía hacer con la premura con que ambas partes hubieran deseado.

Por lo demás, el asunto no parecía apremiante, pues hacía poco que el maestre había firmado con el arzobispo un convenio y se encontraba precisamente entonces luchando con los rusos. A su regreso a Riga tuvo, al parecer, noticia de aquel tratado, a pesar del sigilo con que se había pactado; y en tales circunstancias, toda vacilación hubiera sido una falta imperdonable; únicamente una acción rápida podía destruir el peligro que amenazaba. El maestre Otón puso, en efecto, manos a la obra.

Cuando menos lo esperaba el arzobispo, los hermanos de la orden penetraron de repente en la capilla de San Miguel, situada en el centro del palacio arzobispal de Riga, y apoderándose del sor-

prendido prelado se lo llevaron al castillo de San Jorge, donde descansó corto rato, durante el mediodía, siendo inmediatamente conducido por el distrito de Segewold al castillo de Wenden. El obispo, envuelto en una capa y acompañado por solos dos caballeros, tuvo que hacer a caballo tan molesta jornada, durante la cual le asaltaron los más tristes pensamientos. Con él fueron presos también el preboste capitular Juan de Vechte y un canónigo, que después falleció en su prisión.

Poco después de este suceso volvemos a encontrar al arzobispo en Riga: ya no se hablaba de Gunzel, y Alberto Suerbeer siguió viviendo en tranquila paz con la orden. Lo que no ha llegado hasta nosotros son los datos relativos al acuerdo que debió de pactarse y a los medios por los cuales pudieron evitarse las recriminaciones del indignado prelado.

Dos años después de estos acontecimientos murió el maestre Otón como un héroe, en el campo de batalla, y su sucesor, el maestre Wálter, vivió en buena armonía con Alberto. Después de sojuzgados los semigalos, ambos fijaron de común acuerdo los deberes de los recientemente sometidos, y, en un documento que todavía se conserva, Wálter llama al arzobispo «nuestro venerable padre y señor.» Esta es la última vez que la orden llama al arzobispo su señor. Un documento en que el maestre decide una contienda surgida entre el arzobispo y la ciudad de Riga y en el que, después de más de veinte años, es designado nuevamente Alberto como legado pontificio, constituye el último dato que acerca de éste poseemos. A fines de 1272 o a principios de 1273 falleció el primer arzobispo de Riga, cuyos restos fueron enterrados debajo del altar mayor de la catedral.

Sus dos inmediatos sucesores mantuvieron medianamente la paz, pero la lucha estalló de nuevo en tiempo del cuarto arzobispo Juan III, conde de Schwerin, que había sido elegido en 1295. Antes, sin embargo, de hablar de esto hemos de consignar dos sucesos que tuvieron gran importancia para el curso de los acontecimientos. En 23 de noviembre de 1274 el rey Rodulfo de Habsburgo concedió a la orden la jurisdicción temporal en la ciudad de Riga; pero como la orden se encontraba a la sazón muy ocupada en la guerra contra Lituania, no se tuvo en la práctica noticia alguna de esta concesión, en principio tan importante, y los arzobispos continuaron en el ejercicio de sus derechos de soberanía sobre Riga.

De todos modos, la ciudad apeló, según parece, del mandato del rey ante el Papa, pues en 1292 encontramos todavía en la corte pontificia a un síndico de Riga. Quizás se relaciona también con esto el hecho de que en 8 de septiembre de 1282 entrara esta ciudad en la Liga anseática, pues en aquellos tiempos críticos podía ser un excelente punto de apoyo el pertenecer a la confederación de las ciudades del Báltico. De todas maneras, vemos que a poco de haber estallado la lucha el amenazado municipio de Riga dió el primer paso enviando un memorial a la ciudad de Lubek.

El motivo aparente de la catástrofe que hacía tanto tiempo venía preparándose fué el siguiente:

El arzobispo Juan III, que se había roto la tibia en 1297, emprendió un viaje a Flandes en busca de auxilios médicos y confió durante su ausencia la administración de los territorios arzobispales al vicemaestre de la orden teutónica, Bruno, al paso que dejó que en aquel intervalo la ciudad de Riga se gobernara por medio de su preboste y de su consejo. El Memorial de Riga, que no reproduce por completo los acontecimientos, refiere que la ciudad, deseando construir un dique contra el peligroso movimiento de los hielos en el Duna y a fin de facilitar el acarreo de los materiales, echó un puente sobre el Rigebach, en el cual el mayordomo comendador de Riga causó grandes averías con el propósito de destruirlo. El consejo se quejó de ello al vicemaestre, pero sus quejas dieron por resultado que este dignatario derogase todas las libertades y todos los derechos que tenía la ciudad en los territorios de la orden y anunciara que confiscaría las propiedades de Riga situadas en sus caminos y en sus comarcas si no se quitaba el referido puente, amenazando para el caso de incumplimiento de su mandato con derribarlo él mismo, aunque de ello hubiera de resultar la completa ruina de la orden.

A duras penas pudo conseguirse un armisticio hasta el 15 de junio; pero en cuanto hubo transcurrido este plazo la orden aumentó la guarnición que tenía en San Jorge hasta 500 hombres y mandó acumular allí piedras y otros materiales de guerra y construir nuevas fortificaciones contra la ciudad. Muy pronto se rompieron las hostilidades, a pesar

de la nueva embajada que se envió al vicemaestre. En un principio la orden consiguió algunas victorias, pero poco después la ciudad, no sin sufrir grandes pérdidas, logró apoderarse del castillo de San Jorge. Durante la lucha estalló en 20 de julio un incendio que en una noche destruyó la mayor parte de Riga. Por fin el regreso del arzobispo parecía que había de restablecer la paz, y en efecto pudo el prelado primero concertar un armisticio hasta el 29 de septiembre y luego conseguir que se le eligiera árbitro en la contienda. Auxiliado por el obispo Conrado de Oesel, por el abad de Dunamunde, por los prebostes de Riga y de Dorpat y por delegados de la orden y de la ciudad, resolvió, después de largos y difíciles debates, que Riga pudiese reconstruir el destruído puente, pero que en lo sucesivo no pudiera sin consentimiento del cabildo catedral y de la orden construir nuevos molinos y empalizadas de pesca.

Esta decisión no aludía para nada al verdadero fondo de la cuestión, que era la pretensión de la orden de ejercer una co-soberanía en la ciudad, pero es indudable que desde luego hizo la orden sus preparativos para conseguir una situación dominante, no sólo en Riga, sino en toda la Livonia. Sabemos que logró atraer a su causa al preboste capitular de Oesel, que comenzaba a ocuparse en grande escala en negocios mercantiles, y que en Riga reinaba gran indignación. Estas y otras cosas—quizás la tentativa de apoderarse de la jurisdicción temporal de Riga — aumentaron de tal suerte el odio que mutuamente se profesaban aquellas dos entidades, que era inevitable una nueva catástrofe. Esta vez la agresión partió de Riga, cuyos habitantes incendiaron durante la noche de San Miguel las caballerizas de la orden, saquearon y destruyeron las posesiones que ésta tenía junto a la ciudad y al día siguiente convirtieron en montones de ruinas la residencia de San Jorge y la iglesia de la orden. No contentos con esto, y como si quisieran hacer imposible toda conciliación, se apoderaron del comendador mayordomo y de sesenta hermanos y les hicieron decapitar.

Estos actos de barbarie trajeron como consecuencia una sangrienta guerra civil. Los mensajeros anseáticos no consiguieron extinguir el incendio; el arzobispo y los obispos de Oesel y de Dorpat formaron una alianza con Riga y al propio tiempo con Dinamarca, que a cambio de la cesión de Semigalia y de dos provincias contiguas se obligó a volar con sus tropas estonias al auxilio del

Sello de majestad del arzobispo de Riga Juan II de Vechten (tamaño del original).—En el campo, dividido en rombos y adornado con rosetas, está el arzobispo sentado en un trono adornado con cabezas de sabuesos y cubierto con un tapiz dividido también en rombos y ornamentado con estrellas: con su mano izquierda sostiene el báculo y tiene la derecha levantada en ademán de dar la bendición. Inscripción: IOH'(ann)ES DEI GRA(tia) S(an)C(t)E RIGEN(sis) ECCL'(es)IE ARCHIEP(iscopu)S TERCIVS ✝. Grabado en cera encarnada, en una capa de cera verde, en un documento de 5 de febrero de 1294, en la Biblioteca pública de San Petersburgo.

prelado y de la ciudad, que se encontraban en posición sumamente crítica. A pesar de todo, el arzobispo fué vencido por la orden en sangrienta batalla; el obispo de Dorpat se separó, en vista de esto, de la alianza y los daneses no aportaron los socorros ofrecidos. La ciudad, pues, vióse reducida a sus propios recursos, haciéndose su situación tanto más apurada cuanto que los hermanos de la orden consiguieron apoderarse de los castillos arzobispales de Treiden y Ko-

kenhusen y hacer prisionero al arzobispo, que fué conducido a Fellín y allí encerrado en dura prisión. Además de esto construyéronse muy cerca de Riga nuevas fortificaciones y se intentó cortar la comunicación entre ésta y el mar, obstruyendo a este fin el Duna, para sitiarla por hambre.

En trance tan crítico, y llevada por su odio y por el sentimiento de la propia conservación, Riga concertó una alianza con los más peligrosos enemigos de la orden, los lituanos. Todos los hombres aptos empuñaron las armas; el fuerte de Neuermuhlen, construído por la orden para dominar a la ciudad, fué destruído, y cuando en la Pentecostés de 1298 llegó el ejército de auxilio lituano, no sólo se rompió la línea de sitio de la orden, sino que los territorios de ésta fueron devastados hasta más allá de Karkus. ¡Los antiguos enemigos de Livonia eran a la sazón aliados de Riga, que tantas veces se había puesto enfrente de ellos! Este solo hecho basta para demostrar el estado de exacerbación a que había llegado el antagonismo existente. La orden, que salió al encuentro de las tropas de Riga y Lituania cargadas de botín, fué por éstas derrotada, pereciendo en la batalla el maestre Bruno; pero cuando hubo recibido los auxilios de Prusia trabó un segundo combate, en 29 de junio, de resultas del cual quedaron vencidos la ciudad y sus aliados paganos y se vieron éstos perseguidos hasta más allá de las fronteras del país.

Riga se encontró entonces sumamente apurada, pero los anseáticos, a pesar de las difíciles circunstancias por que se estaba atravesando, consiguieron celebrar en Lubek una dieta a la que concurrieron representantes de la orden y de la ciudad y de la que resultó la aceptación de un armisticio hasta el 6 de diciembre de 1299. Al propio tiempo intervino en el asunto el papa Bonifacio, cuyos terminantes mandatos pudieron haber contribuído a que la orden consintiera en llegar a un arreglo con el arzobispo, el cual fué en su consecuencia puesto en libertad. De hecho se hizo el armisticio sin que se hubiese realizado la reconciliación con Riga, que continuaba aliada con los lituanos. El arzobispo Juan, que para defender personalmente su causa se había encaminado a Italia, falleció en Roma en 1300: su sucesor Isarn continuó el período de paz, y el sucesor de éste, Federico, supo en un principio contener la lucha. Entretanto la orden había sabido aprovecharse de la situación política, logrando firmar con los obispos de Dorpat y de Oesel y con los vasallos daneses una alianza ofensiva y defensiva que sólo podía dirigirse contra Riga. Una decisión en general favorable a Riga, que por encargo del Papa había dictado el arzobispo Isarn, no satisfizo a ninguna de las partes, de suerte que no se necesitaba más que un pretexto cualquiera para que estallara de nuevo la lucha.

En virtud de un tratado del año 1263, el convento de Dunamunde estaba obligado a no vender su territorio ni inmueble alguno sin el consentimiento del consejo de la ciudad de Riga, disposición cuya importancia se comprende con sólo tener en cuenta la situación del monasterio que dominaba la entrada del Duna. Más adelante y después de muchas negociaciones que terminaron provisionalmente en 1303, la orden compró en subasta, por la cantidad de 4.000 marcos, el día de la Ascensión del año 1305, todo el territorio de Dunamunde comprendido entre el Aa semigalo y el Aa traidene por un lado y el mar por otro, con más el convento fortificado. La ciudad vió en esto una declaración de guerra, y el mismo arzobispo, cuyos territorios estaban enclavados en el de Dunamunde y a espaldas del cual se había realizado la enajenación, se sintió profundamente ofendido. La indignación subió de punto cuando la orden, haciendo de Dunamunde una encomienda, ensanchó su poderío de una manera altamente peligrosa para la ciudad y para el arzobispado.

Riga llamó de nuevo a su auxilio a los lituanos; el obispo volvió a visitar personalmente al Papa, y otra vez se vió Livonia devastada por la guerra. Luchábase con igual violencia con la espada y con la pluma, pues como la sede pontificia de Aviñón era la que debía resolver el asunto, los partidos procuraban disputarse recíprocamente el terreno por medio de escritos de acusación que, mezclando lo verdadero con lo falso, hacían en extremo difícil adquirir una idea exacta de la verdad de los sucesos. La descarada venalidad de la corte pontificia era causa de que en ésta la opinión variara constantemente: un día se rechazaba lo que se había acordado en el anterior y en un instante se adoptaban las más contradictorias disposiciones, pues lo que a la curia le interesaba era prolongar indefinidamente el negocio. Por fin, en junio de 1310 el Papa nombró un árbitro,

pero todavía se pasaron dos años antes de que el auditor pontificio Francisco de Moliano llegara a Riga y formulara aquel inaudito interrogatorio que se conserva en el archivo de la orden, en Konigsberg, formando un rollo de pergamino de vara y media de ancho por cincuenta de largo, y eso que no contiene ni el principio ni el fin. Las materias para este interrogatorio fueron agrupadas en 230 capítulos de cargo con notoria parcialidad contra la orden, a la cual el juez trataba de antemano como condenada y de la cual en definitiva se exigía la devolución de Dunamunde. Como es de suponer, negóse la orden a obedecer y fué excomulgada en toda forma. Por entonces falleció el papa Clemente V y quedó la sede pontificia vacante por espacio de dos años, durante cuyo período la excomunión apenas tuvo importancia práctica. El papa Juan XXII volvió con gran codicia a las exigencias de dinero que formulaba la curia con motivo de aquel proceso.

La orden, entretanto, de tal suerte había robustecido su situación política y militar por medio de alianzas con los demás Estados de Livonia, que por mediación de los obispos de Dorpat y de Oesel consiguió firmar con Riga una paz en virtud de la cual esta ciudad se comprometió a romper su alianza con los lituanos a cambio de la restitución de sus antiguos derechos y libertades. Pero esta «paz eterna» fué turbada de la peor manera posible a consecuencia de la intervención del Papa, el cual ordenó al maestre de la orden no sólo que disolviera su alianza con los obispos y vasallos, sino que restituyera a Dunamunde. Gerardo de Yorke, maestre en aquella época, estaba perfectamente convencido de que cumplir este mandato equivalía a abandonar pérfidamente los intereses de la orden: la disolución de la alianza significaba aislamiento; la devolución de Dunamunde valía tanto como renunciar a las conquistas de una lucha de veinte años.

Habiendo Riga renovado su alianza con los lituanos, estalló la lucha nuevamente. Ya hemos analizado en otro lugar detalladamente todos estos sucesos en cuanto puedan relacionarse con el desenvolvimiento de Livonia: la orden contestó a esta inteligencia de los de Riga con los lituanos pactando una alianza perpetua, firmada en 28 de enero de 1323, con Nowgorod para auxiliarse recíprocamente contra Lituania. Así logró que Gedimín se encontrara dispuesto en 2 de octubre del propio año a firmar con los emisarios de los Estados livonios, que le habían sido enviados desde la dieta de Ermis, una paz que comprendía al arzobispo, a la ciudad de Riga, a la orden y al partido de ésta. A pesar de todo, subsistió la inteligencia secreta entre Riga y los lituanos; los reñidos procesos llevados ante la curia siguieron su curso y cada vez se fué marcando más el antagonismo entre la ciudad y la orden, avivado en gran parte por la codicia mercantil. A esto vino a agregarse la supuesta intención de Gedimín de abrazar el cristianismo, mentira que propalaron los enemigos de la orden y que fué explotada de una manera repulsiva en contra de ésta.

A fines de noviembre de 1324 ocurrió la primera invasión de los lituanos en el territorio de la orden y pocos meses después el arzobispo de Riga lanzó la excomunión sobre la orden y puso en entredicho sus dominios, siendo esto causa de que las hostilidades siguieran su curso. Cuando la orden de Prusia estaba precisamente luchando con encarnizamiento contra Polonia, Lituania y Hungría, creyeron los de Riga llegada la ocasión propicia para reconquistar lo que en días aciagos habían perdido. Una noche del verano de 1328 dirigiéronse contra Dunamunde y pegaron fuego a todas las casas que se extendían al pie de los muros del castillo. Anteriormente sus emisarios habían conseguido a fuerza de grandes promesas—la orden sostuvo después que se habían obligado a entregar a los paganos los castillos arzobispales—que Gedimín se decidiera a invadir la Livonia.

Al frente de la orden se encontraba un hombre enérgico, el maestre Eberhardo de Munheim, el cual adoptando una resolución pronta se apoderó violentamente de los castillos enclavados muy cerca de la frontera; así es que cuando Gedimín se dirigió con su ejército al Duna encontró que todas las posiciones estaban perfectamente ocupadas por los hermanos de la orden.

Los ciudadanos de Riga, a quienes, cegado por la cólera, pidió explicaciones, diéronle víveres y guías que lo condujeron a Karkus, donde sus tropas esperaron con impaciencia desde el 15 al 20 de septiembre para devastar «la magnífica parroquia de Helmet,» como se dice en el documento. Desde allí se dirigió a Paistel. «En la misma iglesia pasó dos

noches el rey de los infieles con dos de sus hermanos, y dió el pienso a sus caballos. Y lo más pecaminoso fué que cometieron innumerables maldades delante del sacramento de la Eucaristía, rompiendo y estropeando cálices, libros, todos los adornos del templo, preciosos ventanales y magníficos órganos.» Por último pegaron fuego a la iglesia y acamparon en Tarwast, donde cometieron iguales excesos.

El maestre Eberhardo hizo ciertamente cuanto pudo para atajar el paso al enemigo, que se retiraba, pero con la precipitación no pudo reunir tropas suficientes y Gedimín pudo marcharse tranquilamente con el fruto de su rapiña.

Terrible fué el castigo que sufrió entonces Riga.

Eberhardo de Munheim avanzó con todo su ejército hasta la ciudad, que fué sitiada por todos lados. Una incursión de los lituanos en Curlandia, donde incendiaron los arrabales de Pilten sin lograr apoderarse del castillo, no fué bastante para que el maestre levantara el sitio, que duró seis meses. La miseria llegó en Riga a un extremo tal que muchos de sus habitantes perecieron de hambre, y el maestre, que no podía presenciar impasible tanta desgracia, hizo que un hermano de la orden avanzara hasta la ciudad y dijera a aquella pobre gente que se les permitiría salir a buscar pan donde pudieran encontrarlo. Esto se repitió cinco veces, pero en 18 de marzo de 1330 la miseria se había agravado de tal suerte que el consejo y los ciudadanos más ilustres no pudieron menos de convencerse de que el único recurso que les quedaba era someterse a la orden.

El burgomaestre Enrique Meye, que era el que llevaba la palabra, abrió la sesión, diciendo: «Nobles señores y hombres prudentes: todos os habéis reunido, clérigos y seglares, para consolaros mutuamente en la aflicción que nos oprime;» pero no pudo seguir hablando, pues sus sollozos ahogaron su voz. Entonces habló por él el segundo burgomaestre, Juan de Fellín:

«Nos encontramos, como ha dicho Enrique Meye, profundamente afligidos: todos nuestros amigos nos han abandonado. No creáis, sin embargo, que haya habido negligencia en la manera de hacer la guerra. En medio de nuestra aflicción hemos escrito al Papa y a los cardenales pidiéndoles consejo y ayuda, y hemos contado más de una vez nuestras penas a las ciudades marítimas y a los señores y ciudades del interior. Ninguno, sin embargo, nos ha enviado un consuelo ni con palabras ni con hechos. Ya veis que en la ciudad no hay víveres; los almacenes de provisiones están vacíos y las más minuciosas pesquisas hechas de casa en casa nos han convencido de que nada tenían tampoco los particulares. Para alimentar a toda la ciudad sólo hay, Dios es de ello testigo, tres lastas y media de harina (14.000 libras); a muchos el hambre les ha obligado a huir de la ciudad; otros, como sabéis, han perecido; y finalmente, es de temer que la lucha estalle abiertamente dentro de la ciudad y que nos destruyamos mutuamente. Para no ocultaros nada os diré que varias veces hemos intentado entrar en negociaciones con el maestre, pero no han hecho más que persuadirnos de que no nos queda más remedio que firmar un tratado intolerable de todo punto.»

Después de esto conjuró a todos los presentes a que si alguno ocultaba víveres los entregara para el bien de la ciudad. Cuando se vió claramente que no había nada, Juan de Fellín, con las lágrimas en los ojos, les preguntó qué era lo que en tal apuro había que hacer, a cuya pregunta contestaron, como ya antes lo había hecho toda la plebe, que los burgomaestres pusieran cuanto antes término a aquella situación y que todos cumplirían y mantendrían lo que ellos conviniesen con el maestre.

Para dar mayor fuerza al acuerdo extendióse un acta notarial de la sesión, acta que firmaron todos los presentes y a la cual debemos los anteriores datos.

En su consecuencia, la ciudad de Riga se entregó a discreción en 20 de marzo de 1330.

El consejo y el pueblo de la ciudad se avistaron en la colina del Molino con el maestre y los hermanos de la orden: los ciudadanos se sometieron y entregaron su ciudad a Dios, a la Santa Virgen María y a la bondad del maestre y de los hermanos, con todos sus bienes y libertades, conservando tan sólo el cuerpo y la vida.

En 23 de marzo la ciudad entregó a la orden la llamada «carta desnudante,» o sea de su sumisión absoluta, y el día 30 del propio mes formuló el maestre en la «carta expiatoria» las pretensiones de antemano presentadas: la ciudad le rendiría homenaje y le cedería un sitio den-

tro de su recinto para que la orden construyera un castillo. Además, se comprometería a pagarle la mitad de todas las costas procesales, rompería la alianza con Lituania y se obligaría a ayudar a la orden, así en la ofensiva como en la defensiva, con un contingente, aun cuando fuera para ir contra el arzobispo.

El día 15 de junio el maestre Eberhardo puso la primera piedra del nuevo castillo de la orden, y dos años después, en 8 de mayo de 1332, el emperador Luis de Baviera sancionó el tratado de sumisión con la adición expresa de que a la orden correspondía la soberanía de la ciudad, de sus habitantes y de sus territorios.

De esta suerte consiguió la orden un fin que hacía mucho tiempo venía persiguiendo: si lograba, como lo había logrado en Curlandia, desposeer a los señores espirituales de su posición temporal, su poder en Livonia llegaría a su grado máximo.

CAPITULO VI

VIDA POLÍTICA

La época de aquella encarnizada lucha entre la orden y Riga fué en extremo trascendental, especialmente porque durante aquella lucha de más de treinta años las formas políticas alcanzaron su completo desarrollo.

Es imposible entender el curso de la historia livonia si antes no se tiene un conocimiento claro de las relaciones constitucionales tales como se fueron gradualmente desenvolviendo sobre la base del derecho feudal (1). Para esto debemos, ante todo, notar la diferencia esencial que existe entre Livonia y Alemania. En Livonia «o en las Livonias,» como se decía, no existió nunca una población alemana sierva ni siquiera semilibre. Los alemanes livonios eran todos iguales entre sí, pues la aptitud para empuñar las armas era la única condición que se imponía para poseer un feudo, no exigiéndose allí, como en Alemania, la prueba de ser de ilustre prosapia: el ciudadano apto para el servicio militar podía llegar a ser vasallo de un señor feudal de la misma manera que el caballero o funcionario eclesiástico emigrado de Alemania.

Con razones convincentes se ha demostrado que la mayoría de los vasallos livonios descendía de familias westfalianas que, como sabemos, llevaban en los siglos XII y XIII en Alemania una existencia caballeresca. Los Buxhowden, Brakel, Bardewich o Uexhull, los Dalen, Hahn, Ludinghausen, Rosen, Zoghe, Scherenbek y Tiesenhausen y otros apellidos tenían su origen en Westfalia, donde encontramos a sus familias en la condición de funcionarios episcopales. La institución de estos funcionarios no echó raíces en el suelo livonio, pues los descendientes de los servidores eclesiásticos de Westfalia fueron vasallos livonios, en Estonia del rey de Dinamarca

Sello de la reina Margarita de Dinamarca, madre de Erico Glipping (tamaño del original).—En el campo, la Virgen María con el Niño sentada en un trono y sosteniendo con la mano derecha levantada una azucena: sobre ella una estrella. Delante de ella, Margarita, arrodillada y coronada por un ángel que baja de las alturas. En la parte inferior una figura de animal. Inscripción: MARGARETA · DEI · GRACIA · DANORVM · SCLAVORVM · Q(ue) · REGINA †. (En un documento de 29 de septiembre de 1274. Estocolmo, Archivo del Reino. Colec. de Toll.)

(1) Aun cuando en esta ojeada sobre la historia livonia nos abstenemos de toda cita, no podemos menos de mencionar el excelente libro de Carlos Schilling: *Los principios de derecho feudal y de derecho hereditario del Derecho de Waldemaro Ericsen*, Mitau en Steffenhagen, s. a., que es indudablemente la mejor obra que poseemos en punto a historia jurídica de Livonia.

y en Livonia de la orden o de un señor espiritual del país.

La forma en que se realizaba la enfeudación nos es conocida por un ejemplo que se ha conservado por escrito y que vale la pena de reproducirse porque indudablemente es reflejo fiel de los antiguos usos.

Henneke Pitkever, que a la muerte de su padre se había olvidado de pedir su feudo, es decir, de solicitar la enfeudación al arzobispo, su señor, fué enfeudado posteriormente en virtud de un convenio, celebrándose la ceremonia de la manera siguiente: el interesado depuso su capa, su cinturón y su daga, y después, hincando las rodillas delante de su señor, el arzobispo, se sometió en cuerpo y vida a su voluntad y le suplicó humildemente y con las manos unidas en actitud respetuosa que le admitiera en su gracia. El arzobispo dispensó su favor al que estaba arrodillado delante de él y le suplicaba le concediera la enfeudación de los bienes de su padre, y le otorgó la merced pedida dándole un beso. Henneke entonces se levantó y prestó a su señor, el arzobispo, con los dedos levantados, el juramento feudal que le dictaron.

Este juramento decía que el enfeudado prometía, «en cuanto estuviera habilitado para ello,» prestar un servicio leal y espontáneo y cumplir los deberes que por costumbre pesaran sobre los hombres de la diócesis, o en otra forma más antigua, «ser tan fiel y adicto al señor como debe serlo todo hombre.»

Tócanos ahora dar una idea clara de lo que constituía los derechos que en virtud del juramento feudal adquiría el vasallo: o en otras palabras, qué derechos podía ejercer en el territorio que le concedía el señor feudal. Los que los obispos y la orden, en sus distritos, adquirían al tomar la posesión de un país eran el de hacer levas para sus ejércitos, el de exigir la prestación de ciertos trabajos y además los derechos llamados feudales, es decir, el censo, el diezmo y la jurisdicción. De éstos el censo era un derecho fiscal y el diezmo un tributo debido a la Iglesia. Los derechos feudales se transmitían a los vasallos con las tierras, que se medían por *hakes,* estableciéndose una diferencia entre el alodio, es decir, el terreno en su origen no cultivado, que el vasallo podía, a su antojo, anexionar a su «corte» o lote, y las tierras de los indígenas afectas al pago del censo, sobre las cuales el vasallo ejercía en mayor o menor escala los derechos feudales.

«La particularidad de los feudos masculinos livonios estribaba en que la jurisdicción, el censo y el diezmo estaban reunidos en la mano del vasallo.»

Los obispos livonios que no disponían de tropas o que las tenían insignificantes se vieron obligados a ceder a los vasallos sus derechos políticos de soberanía, única manera de asegurarse un poder temporal, del que entonces no podía prescindirse. Consecuencia de esto fué que los vasallos fueron señores respecto de los que a su vez eran vasallos suyos, y en segundo lugar, que la clase de los vasallos fuese, en conjunto, más poderosa que los obispos. Había determinadas familias de vasallos que poseían inmensos territorios, pero esto sucedía solamente en las diócesis, pues en los dominios de la orden, especialmente en Curlandia, cuyo obispo dependía por completo de aquélla, la clase de vasallos no pudo nunca adquirir un completo desarrollo.

Este hecho se explica por la circunstancia de que la orden, perfectamente armada, no tenía necesidad de hacer abandono de sus derechos de soberanía, razón por la cual no se desprendió nunca de considerables territorios. Los feudos de la orden eran tan pequeños que no ofrecían base suficiente para que los feudatarios pudieran lograr una posición influyente. El poderío de los vasallos llegó a su cúspide cuando en el siglo XIV, durante las luchas entre la orden, el arzobispo y la ciudad de Riga, que ya hemos descrito, los obispos tuvieron que consentir que los vasallos hicieran por su propia iniciativa un llamamiento a sus súbditos para defender al país.

Después de los vasallos de los obispos de Dorpat, Riga y Oesel, trataremos de los que el rey de Dinamarca tenía en Harrien y en Wirlandia. Es imposible formarse clara idea de la clase de caballeros harrio-wirlandeses sin estudiar la complicada historia de la Estonia danesa. Ya se recordará que en 1238 Estonia había sido agregada a la corona de Dinamarca, formando no una provincia dinamarquesa, sino un territorio independiente, suyos soberanos llevaban el título de *dux Estoniae,* duque de Estotonia. Nunca las leyes danesas estuvieron en vigor en Estonia, y entre los doscientos nombres de propietarios estonios apenas hay doce que puedan con seguridad considerarse como daneses.

En la serie de consejeros de Reval se encuentra, hasta 1347, un nombre a lo sumo cuyo origen pueda ser danés. Encontrábase al frente del país un capitán nombrado por el rey que ejercía las funciones de juez supremo, de jefe de policía y de general en tiempo de guerra. Las relaciones entre este territorio y Dinamarca eran excesivamente frágiles: en 1259 los vasallos del rey constituyen ya una corporación cerrada *(universitas vasallorum per Estoniam constituta)* que muy pronto supo adquirir derechos propios y a cuyo robustecimiento contribuyeron en no pequeña parte los desórdenes que conmovieron y debilitaron a la dinastía dinamarquesa.

La historia de Dinamarca, desde la muerte del rey Waldemaro II, nos ofrece un cuadro en extremo sombrío. Erico V fué asesinado en 1250; su sucesor Abel pereció a manos de los frisones en 1252; Cristóbal I murió en 1259, probablemente envenenado, y Erico VI, que ocupó el trono siendo todavía menor de edad, fué también asesinado en 1286, sucediéndole Erico VII Menved, cuyos triunfos militares fueron en gran parte debidos a sus riquezas, que acumulaba a fuerza de enormes tributos, sin tener para nada en cuenta los antiguos y tradicionales privilegios.

Su hermano y sucesor, el malvado Cristóbal, fué expulsado en 1326 del país por el conde Gerardo de Rendsburg («el gran Gerardo»), quien consiguió hacer elegir rey a su pupilo Waldemaro III de Schleswig, erigiéndose él en regente del reino de Dinamarca. En medio de todo esto se aumentaba de día en día el poder y el orgullo de la nobleza, razón por la cual Cristóbal no pudo reconquistar en 1330 el título de rey sino sometiéndose a las más duras condiciones. Este monarca quiso después deshacerse del conde Gerardo, pero fué derrotado en Danewirk, y a su muerte, acaecida en 1332, Dinamarca se encontró huérfana de rey, quedando entonces como soberanos de hecho los condes de Holstein y como regente del reino el conde Gerardo.

Así las cosas, fué de extraordinaria importancia histórica el asesinato del gran conde, perpetrado en 1.° de abril de 1340 por Niels Ebbeson: esta fechoría, aún hoy celebrada en las canciones populares danesas, abrió al rey Waldemaro IV Atterdag el camino para llegar hasta el trono de sus mayores. Este soberano volvió a imprimir a la monarquía dinamarquesa el carácter de institución cierta y positiva, pero ¡cuántos y cuán grandes actos de violencia y de inmoralidad hubo de aceptar para conseguirlo! Un notable conocedor de aquella época describe este estado de cosas en los siguientes términos: «La posesión de bienes, la gloria militar y el poder eran los únicos estímulos de la nobleza; por eso no sólo se oprimía a los súbditos y se menospreciaban y violaban los antiguos derechos que sobre bienes y rentas tenían la Iglesia y los señores indígenas, sino que en todas partes prevalecían el robo y el saqueo... nunca la inseguridad había tomado tan alarmantes proporciones.»

Sello de majestad de Enrique I, obispo de Reval (tamaño del original). – En un tabernáculo, los apóstoles Pedro y Pablo: encima de ellos la Virgen María con el Niño; debajo, el obispo arrodillado. Inscripción: S(igillum) : FR(atr)IS HENRICI : DEI : GRA(tia) : EPI(scopus) : REVALIEN(sis). (En un documento de 15 de mayo de 1313. Archivo del Consejo de Reval.)

Este estado de cosas repercutió naturalmente en Estonia, donde los capitanes daneses se sucedían con tanta frecuencia que no era posible que ninguno de ellos alcanzara gran influjo. En un período de 170 años vemos mencionados 27 capitanes, de modo que por término medio variaba cada cuatro años la per-

sona que desempeñaba ese elevado cargo: el mismo obispo de Reval no consiguió tener un poder independiente; así es que los vasallos estonios adquirieron cada día mayor influencia, eligiendo sus presidentes, estrechando cada día más sus relaciones con los alemanes de la Livonia propiamente dicha, y haciendo la guerra y firmando tratados sin hacer gran caso del rey, cuyos consejeros se ponían más bien al lado de ellos.

El cambio decisivo ocurrió en 1304; el rey Erico Menved quiso en 1303 satisfacer las pretensiones de su hermano Cristóbal dándole en feudo la Estonia; y aun cuando esta concesión no se hizo por de pronto más que por seis años, los vasallos estonios vieron con ella amenazada su situación y en su consecuencia se apoderaron de todos los castillos reales, decididos a rechazar por medio de la fuerza, si era necesario, a su nuevo soberano. Temerosos de que sus fuerzas no fuesen suficientes para resistir a Dinamarca, se dirigieron a la orden, única fuerza bastante poderosa para proporcionarles el auxilio que necesitaban. A consecuencia de esto, firmóse la famosa alianza de Dorpat (25 de febrero de 1304). La orden por una parte y por otra los obispos de Dorpat y Oesel con todos sus vasallos y los vasallos daneses de Estonia constituyeron una alianza ofensiva y defensiva no sólo contra Dinamarca, sino también contra los rusos y lituanos y contra la ciudad de Riga, contra la cual, como sabemos, se estaba preparando la lucha decisiva. La jefatura de la liga correspondió a la orden, a cuyo lado vemos a dos obispos, a dos órdenes diocesanas de caballería y a los vasallos daneses. Los vasallos del obispado de Riga formaban también entonces una corporación cerrada que la orden consiguió muy pronto atraer a su partido. En 23 de abril de 1316, la orden, todo el cabildo de la iglesia de Riga y los vasallos arzobispales firmaron una alianza al frente de la cual vemos a un Palen, a un Rosen, a dos Ungern, a un Uexkull y a un Ostinghusen: en virtud de este pacto cada una de las partes se comprometió a mantenerse fiel a la otra, a prestarse mutuo auxilio con consejos y con hechos para la defensa de sus libertades fuese quien fuese el que las atacara, a no firmar sin previo consentimiento tratados con los demás contrayentes, a resolver sus contiendas por medio de árbitros y á combatir con todas las fuerzas unidas a los enemigos de esta confederación.

Estos artículos debían tener fuerza obligatoria para los descendientes de las partes contratantes y fueron jurados por los Evangelios. De esta suerte reunió la orden teutónica bajo su dirección «toda la Livonia» a excepción del arzobispo y de la ciudad de Riga, pudiendo considerarse como un gran triunfo para la orden el haber conseguido separar a la caballería diocesana de su señor feudal, el arzobispo. Esta situación, sin embargo, no duró mucho tiempo, pues ya en 21 de diciembre de 1317 Juan XXII declaró nula aquella confederación porque era perjudicial para la libertad de la Iglesia, absolviendo a cada uno de los que de ella formaban parte del juramento prestado y prohibiendo para lo sucesivo esta clase de alianzas.

El pontífice formuló además una censura especial contra el cabildo de Riga. Con esto pudieron darse por fracasados los planes de la orden, pero de todas maneras las de caballería diocesanas se habían convertido, en buena parte a consecuencia de los sucesos referidos, en factores con los cuales podía contar la orden en todas circunstancias. Prescindiendo de aquella asamblea de la que nació en 25 de febrero la alianza de Dorpat, puede afirmarse que en la época de que tratamos se celebró la primera dieta de que tenemos noticia, a saber, la de Pernau, reunida en febrero de 1314. Ignoramos quiénes fueron los que en ella tomaron parte, y únicamente sabemos que los señores territoriales *(domini terræ)* se reunieron en asamblea y que en ésta se decidieron cuestiones litigiosas relativas al derecho de posesión.

Es probable que además de la orden y de los obispos acudieran a la dieta los vasallos diocesanos y quizás también representantes de las ciudades. No tenemos noticia de que se celebraran entonces dietas periódicas, pero sí sabemos que por aquel tiempo se publicó el documento más importante de la historia jurídica de Livonia, es decir, el famoso Derecho feudal de Waldemaro Ericsen (probablemente de 1315), por el cual la institución de los vasallos adquirió una base jurídicamente indisputable que conservó en lo sucesivo. El citado documento es, en esencia, una codificación del derecho que regía en el resto de Livonia y que se derivaba del derecho provincial de Westfalia.

Sin ánimo de entrar en el pormenor de las disposiciones que contiene, haremos notar que por ellas se establecía el

carácter hereditario de los feudos que desde un principio existía en Livonia, desenvolviendo el sistema feudal de tal manera que el feudo fué una posesión del vasallo, inalienable y transmisible también por la línea femenina. Los servicios anejos al feudo eran, como en todas partes, de carácter militar y de carácter cortesano: esto último comprendía la obligación de cumplir ciertas prestaciones honoríficas; lo primero significaba que el vasallo debía prestar personalmente el servicio a caballo sin consideración alguna a la magnitud del feudo.

Más adelante, en 1350, el Gran maestre Enrique Tusmer promulgó para Harrien y para Wirlandia un decreto que caracteriza perfectamente el modo de hacer la guerra en aquel tiempo. Según él, por cada cien *hakes* de tierra debían los habitantes de aquellas provincias, prescindiendo por completo de sus clases, proporcionar tres hombres, «un alemán honrado, vigoroso, valiente y bien armado,» y dos estonios, provistos por lo menos de escudo y casco. No se trataba, pues, de un servicio feudal, sino en cierto modo de un ejército de mercenarios que anualmente debían proporcionar los propietarios de terrenos.

Más importante todavía era la segunda disposición, en virtud de la cual todos los habitantes del país comprendido entra Narowa y el Duna estaban obligados a seguir con todas sus fuerzas y con todo su poder al maestre y a los hermanos de la orden en Livonia, ayudándoles contra los enemigos de ésta siempre y dondequiera que para ello fuesen requeridos, con la sola condición de que en cuanto pasaran el Duna su manutención había de correr a cargo del maestre. Las tropas alemanas constituían el contingente más escogido de estas levas generales, pues las tropas irregulares de los indígenas tenían más importancia por su número que por sus dotes militares.

Con el tiempo fueron disminuyendo estas «milicias,» cayendo cada vez más en desuso lo que el siglo XIII y a principios del XIV era regla general. Todavía no ha podido explicarse con suficiente claridad si con esto tuvo alguna relación la decadencia de la posición que jurídicamente se había asegurado a los indígenas, y en caso afirmativo, en qué proporción ocurrió. Lo que podemos afirmar es que después de la conquista de Livonia los indígenas no fueron convertidos en esclavos ni en siervos, y si se ha creído generalmente lo contrario, culpa es en parte de la ignorancia y en parte de la notoria parcialidad de las noticias. Lo cierto es que los indígenas fueron tributarios de los conquistadores y que éstos, a su vez, contrajeron y cumplieron el compromiso solemne, en virtud del derecho provincial ya establecido a principios del siglo XIII, de consentir a aquéllos, dentro de ciertos límites, libertad de propiedad y de acción.

En Curlandia especialmente encontra-

Sello del comendador de Pernau (tamaño del original).—En el campo un guerrero de frente con una túnica que le llega hasta las rodillas: en la mano derecha lleva una espada y en la izquierda el escudo con la cruz de la orden. El casco aparece rodeado de un disco abollado. Inscripción: S'(igillum) : COMENDATORIS : I(n) : PERONA : †. (De un documento de 4 de octubre de 1349. Archivo del Reino, Estocolmo. Colección de Toll.)

mos muchos ejemplos que nos presentan a los indígenas como feudatarios de la orden, y aun en aquellos puntos en que eran vasallos de los vasallos de ésta vemos subsistentes sus derechos de propiedad sobre la casa, los campos y los árboles melíferos y sus privilegios de pastar, hacer leña, pescar y cazar. Las herencias se transmitían hasta los parientes en quinto grado, y únicamente cuando no había ninguno de éstos adquiría fuerza el derecho de caducidad de aquel a cuya jurisdicción pertenecía la herencia vacante. Estas relaciones fueron modificándose poco a poco: la irreflexión económica de la población rural por un lado y los progresos que hacía el derecho feudal lombardo por otro, empeoraron la condición de la gente del campo.

Los indígenas, al ponerse como sub-

vasallos bajo la jurisdicción de los vasallos, perdieron gran parte de su libertad, por más que las sentencias se dictaran siempre con asistencia de adjuntos rurales y que sólo en Harrien y en Wirlandia tuvieran los vasallos el derecho de jurisdicción alta y baja. Además de esto, no todas las tierras de los indígenas pasaron a ser propiedad de la corte y de la orden, sino que aquéllos conservaron importantes patrimonios con el

Sello del preboste de Jerwen (tamaño del original).—En el campo, un árbol formado por arabescos. Inscripción: SIGILLVM ADVOCATI YERWIE †. (En un documento de 4 de octubre de 1349. Museo del Reino, en Estocolmo.)

carácter de herencia no sujeta a tributo, patrimonios que poco a poco fueron a parar a la marca, es decir, al conjunto de tierras de un vasallo de palacio, y al de territorios tributarios. Consignemos, por último, que también en Livonia la traslación de un vasallo al territorio de una ciudad le relevaba de todos sus deberes para con su soberano.

El siglo XIV es la época en que la vida municipal llegó en Livonia a su más notable florecimiento a consecuencia de la unión de este país con las ciudades anseáticas. Todas las ciudades de alguna importancia eran miembros de la liga anseática, figurando en ésta no sólo Riga, Reval y Dorpat, sino también otras ciudades más pequeñas, como Pernau, Fellín, Wolmar, Wenden, Walk, Kokenhusen y Lemsal: las tres primeras tuvieron la categoría de directoras y en las dietas que el Ansa celebraba en Alemania eran las representantes de las demás. Desde la segunda mitad del siglo XIV las dietas anseáticas que sólo trataban de las cuestiones del comercio con Rusia se celebraron casi siempre en territorio livonio, en Pernau, Dorpat, Walk, Wolmar y Fellín.

La primera dieta anseática celebrada en Livonia fué la que en 1352 se reunió en Fellín, punto por donde pasaba la vía mercantil que, atravesando a Pernau, Fellín, Dorpat y el río Embach, se dirigía al lago Peipus y a Pleskau, donde los anseáticos tenían una de sus principales factorías. Un segundo camino iba desde Narva por la vía de Jamburg directamente hacia Nowgorod, adonde se llegaba también por otro camino que pasaba por Reval y Weissenstein. Asimismo había un camino terrestre que desde Riga conducía a este centro de la actividad anseática. Mas para Riga era mucho más importante la vía natural, por la cual el comerciante enviaba por el río sus géneros a Polozk y Witebsk, desde donde, después de un corto viaje por tierra, llegaban a Smolensko.

En Nowgorod los de Riga tenían la competencia de los demás anseáticos, mientras que en Smolensko no tenían más rival que la orden, la cual, como hemos visto, no se desdeñaba de traficar. Por lo demás, el comercio con las ciudades rusas no estaba exento de peligros, pues bastaban los más fútiles pretextos para hacer estallar las antipatías nacionales, con la circunstancia de que en Nowgorod solía castigarse en el conjunto de los anseáticos cualquier delito real o supuesto de un particular.

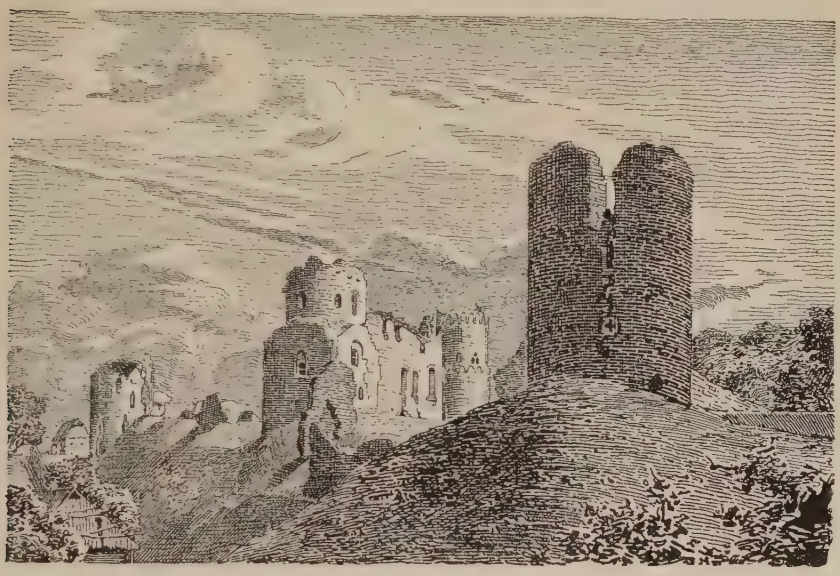
Un escritor moderno describe acertadamente a los caballeros de la orden teutónica en aquella época en los siguientes términos: «Hombres enigmáticos, soldados pendencieros y al propio tiempo gobernadores calculistas, monjes que renunciaban a todo a la par que atrevidos comerciantes, y más que todo esto, audaces y perspicaces hombres de Estado.» Casi con las mismas palabras podría describirse la clase media de las ciudades livonias.

Un ejemplo, entre otros muchos, nos lo demostrará más claramente. En 1335 aconteció en Livonia el siguiente suceso: el bandido Gerardo de Moden había atacado en Livonia a un tal Enrique Lucower, dándole seis puñaladas y emprendiendo luego la fuga. Cayó no obstante en poder de los súbditos de la orden, que le arrestaron. Acusado públicamente por Enrique, fué llevado a Pernau ante un tribunal compuesto de todos los ciudadanos y forasteros, y, después de los consiguientes debates, condenado a muerte y ejecutado. El bandido Gerardo tenía

un pariente, el sastre Godofredo, que amenazó de muerte a Enrique por este hecho, y habiéndole Enrique preguntado, según dice un documento, si le amenazaba, contestóle Godofredo que quería asesinarle dondequiera que le encontrara y le prohibió que fuera a Flandes, Holanda, Schonen y Noruega. Sucedió, sin embargo, que Godofredo encontró a

Los herederos de un rico comerciante que fallecía en Riga, en Reval o en Dorpat, se trasladaban a cualquiera ciudad pequeña de Westfalia. Era aquello un continuo ir de acá para allá, facilitado y motivado por la comunidad de intereses que el hecho de formar parte de la liga anseática imponía.

La libertad de las ciudades, basada en



Ruinas del castillo de Wenden (vistas desde el Sudoeste).—De un dibujo de Carlos Barón Ungern-Sternberg, tomado del natural, del año 1810

Enrique en tierra, en el puerto de Molesund, situado en la costa, noruega entonces y actualmente sueca, e inmediatamente se abalanzó contra él para matarle, pero Enrique se defendió, le venció y le mató. Entonces el preboste real le exigió cuenta de su acto: Juan Kaufmann, consejero de Riga, Godofredo de Una, consejero de Reval, y Bertoldo Krukenberg atestiguaron que Godofredo había atacado a Enrique como un enemigo a otro y que por lo tanto había en el hecho un acto de justa defensa. En su consecuencia, Enrique Lucower, después de haber pagado la correspondiente multa al rey, fué absuelto. Tal era el espíritu que entonces dominaba en la clase de comerciantes e industriales: sabían hacer uso del puñal y del machete, y el ejemplo citado demuestra también que no solían permanecer callados.

el derecho de Lubek o de Gotia, desarrollaba un convencimiento de fuerza propia y de altanera confianza en sí mismos, cuyas consecuencias se tocaban en todas las esferas de la vida pública y privada. Las magníficas iglesias, tales como las catedrales de Dorpat y de Riga, los templos de San Olaf y de San Nicolás en Reval, la catedral de Hapsal y todos los pequeños templos del país, que, como recientemente (1) se ha demostrado, fueron en su mayor parte construídos durante los siglos XIII y XIV, nos ofrecen un brillante testimonio del espíritu religioso, de la prodigalidad y del gusto artístico ideal de aquella época. Cierto que la industria artística cuando se trataba de grandes trabajos apelaba a Ale-

(1) El arquitecto Guleke, en un trabajo no impreso todavía.

mania y a Flandes; pero de todas maneras aparece demostrada en todas las ciudades de Livonia la existencia de una clase de artesanos que muy pronto hubo de constituir los gremios y las comunidades.

En todas las ciudades encontramos escuelas, y aun cuando la instrucción de la clase media se adquiría entonces principalmente por la práctica, es lo cierto que comerciantes y artesanos sabían leer y escribir. Los negocios mercantiles exigían que el comerciante estuviera en condiciones de escribir una carta comercial en alemán o en latín. Un consejero necesitaba poseer el latín, a pesar de que cada día ganaba más terreno en las negociaciones diplomáticas el bajo alemán que, con pequeñas diferencias calificables de dialécticas, era el que se hablaba en las ciudades comprendidas entre Brujas y Narva. Entre los individuos y servidores de la orden prevalecía en cambio el alemán central.

Si bien por la naturaleza misma de las cosas los conventos y los cabildos eran los centros del desenvolvimiento científico, no por eso dejaba la orden de esforzarse por instruirse, según nos lo afirma la tradición. La combinación de actividad guerrera, política, administrativa y comercial que la esfera de acción de la orden abarcaba, fué causa de que los señores de ésta no pudiesen prescindir de poseer profundos conocimientos jurídicos y teológicos. Al lado del maestre y de los comendadores encontramos un consejo de personas instruídas, para el cual daban, según parece, el contingente de hombres necesario los hermanos sacerdotes.

De que los hermanos de la orden se dedicaban a los estudios históricos, ofrécenos el período que estudiamos dos ejemplos: primero, la excelente crónica livonia antigua rimada, cuyo autor era un hermano de la orden de Curlandia, y segundo, la crónica rimada de Bartolomé Honeken, de la que poseemos una traducción en prosa y en bajo alemán. Este Honeken fué probablemente hermano sacerdote en el castillo de la orden de Weissenstein, y su obra, que termina en 9 de marzo de 1348, constituye la base de nuestros conocimientos acerca de la historia de la primera mitad del siglo XIV. Aunque por la traducción no podamos apreciar las excelencias poéticas de la obra, la forma en que se nos presenta permite formarse claro concepto de la fuerza de imaginación del poeta, de su amor a la verdad y de su instinto histórico.

Doquiera que se mire, se encuentra una elevación de las fuerzas morales y materiales del país, el cual, quizás para su propio bien, no pudo nunca gozar en paz de los frutos de su trabajo.

CAPÍTULO VII

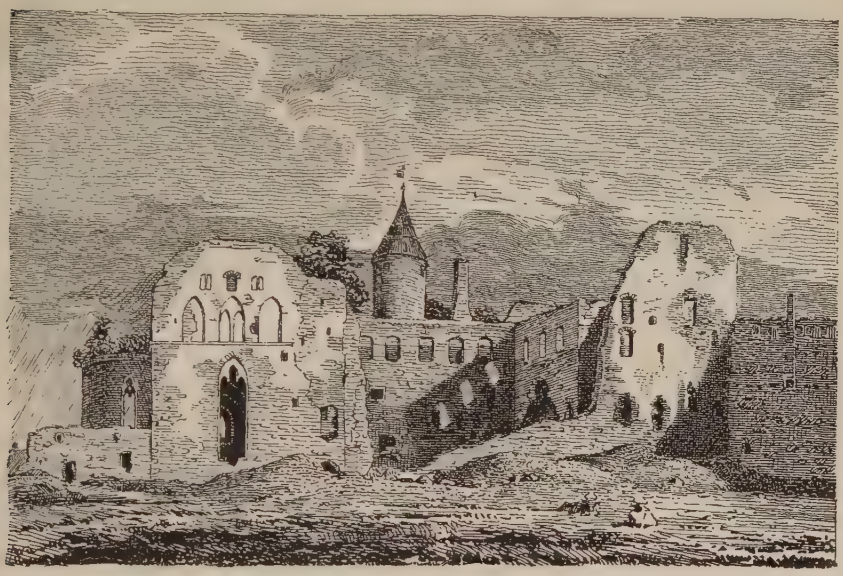
LA SUBLEVACIÓN DE LOS ESTONIOS Y SUS CONSECUENCIAS

El maestre Eberhardo de Munheim, que decidió la antigua lucha con la ciudad de Riga, gobernó gloriosamente la Livonia por espacio de doce años. Su gobierno, agrupando todas las fuerzas militares de la orden y sofocando rápida y enérgicamente toda resistencia, aseguró la preponderancia permanente de los caballeros teutónicos. En sus últimos tiempos robusteció la soberanía de la orden especialmente en el Sur. Ya en 1335 comenzó la construcción del fuerte de Doblen, en Semigalia, y en 1339 fortificó en este país el castillo de Terweten, infundiendo el terror entre sus enemigos con sus expediciones a Pleskau, Lituania y Samait.

El rey Gedimín había envejecido y firmado con el maestre de Livonia una paz por diez años, de suerte que la soberanía de los alemanes quedaba nuevamente asegurada por todos lados. Munheim, sin embargo, se sentía también cansado de tantos y tan continuos esfuerzos. Koneken refiere que cuando los trabajos y fatigas ocupaban todos sus días y cuando se sentía débil a consecuencia de la edad, el Gran maestre de Prusia, Dietrich de Altenburgo, le envió un mensaje invitándole a ir a Prusia para asistir a un capítulo de la orden, en vista de lo cual emprendió el viaje acompañado de algunos hermanos y suplicó le relevaran del cargo que ejercía; y resistiéndose el Gran maestre a acceder a su petición, le hizo ver la imposibilidad material en que se encontraba para desempeñarlo, y ante esta manifestación fué exonerado.

Esto sucedía en el verano del año 1340, en cuya época fué elegido para substituirle Burchardo de Dreyenleven. Era éste, según la crónica, un hombre inteligente, que en poco tiempo alcanzó tales honores que todo el mundo quedó asombrado, pues fué a Livonia siendo niño, pero desde muy joven se apartó de todo vicio y se esforzó de tal suerte por

ser virtuoso, que no había quien no le celebrara y le alabara. Por esta razón el maestre le envió a Fellín, donde fué nombrado compañero del comendador. Poco después fué elegido comendador de Windau, y tan bien desempeñó su cometido, que Munheim lo ascendió a comendador de Mitau. En la lucha contra Lituania brilló por su valor personal, y cuando, hacer frente al enemigo, razón por la cual imploraron el auxilio del maestre. Este deseaba evitar la lucha por medio de un arreglo; así es que se enviaron dos emisarios de la diócesis y uno de la orden que hablaban el ruso para que se avistaran con los delegados rusos: así lo hicieron, y en unión de éstos se dirigieron a la frontera. A pesar de todo, no



Ruinas del castillo de Hapsal (vista tomada del Este).—De un dibujo de Carlos Barón Ungern-Sternberg, tomado del natural, del año 1805

finalmente, asistió como compañero de Munheim al gran capítulo de Marienburgo, en el que el anciano maestre presentó su dimisión, fué elegido sucesor suyo por recomendación del mismo. Los seis años de su gobierno constituyen uno de los períodos más importantes de la historia livonia y merecen por esta razón ser descritos más detalladamente.

Antes de que el nuevo maestre regresara a Livonia, los de Pleskau habían pasado las fronteras del obispado de Riga para arrebatarle con la construcción de algunas fortificaciones un trozo de territorio, probablemente cerca de Marienhausen. La ocasión parecía propicia para la realización de estos planes, pues el arzobispo habitaba, hacía muchos años, en Aviñón y el preboste y el cabildo catedral no tenían fuerzas suficientes para pudo llegarse a una avenencia, antes bien la discusión trajo consigo la lucha: el maestre a duras penas pudo conseguir, enviando una embajada a Nowgorod, que la gran república contuviera por algún tiempo a la ciudad hermana y dependiente de ella.

Cuando a la muerte del Gran maestre de Prusia, acaecida en octubre de 1341, el maestre livonio se dirigió con cinco de sus caballeros a Marienburgo para tomar parte en la nueva elección, los rusos invadieron por segunda vez el territorio alemán. En vista de esto, el maestre Burchardo se despidió precipitadamente del nuevo Gran maestre Ludolfo Konig, convocó a los hermanos de la orden a una asamblea que debía celebrarse en Wolmar para ver qué resolución había de adoptarse, y se dirigió

después de esto a Fellín, en cuyos alrededores debían encontrarse, según sus órdenes, el cabildo y los vasallos de la diócesis y el consejo de la ciudad de Dorpat. Juan Uexkull, que era el encargado de llevar la palabra en nombre de los vasallos diocesanos, negó al maestre todo auxilio, y fué necesario, para que los vasallos se sometieran, bien que de mala gana, que Burchardo manifestara su resolución de considerar como enemigos de la orden a los que no se pusieran al lado de ella.

Decidióse construir dos fortalezas para resistir al enemigo y se confió el mando de las fuerzas de la diócesis al valiente comendador de Fellín, Goswin de Herike. Muchos ejemplos tenemos de la rapidez con que se construían estos fuertes de la orden: para ello eran requeridos los comendadores y los prebostes que, con sus huestes armadas y gran número de trabajadores, acudían prontamente al punto designado, de suerte que en pocas semanas podían quedar las murallas levantadas y el castillo fortificado y provisto de todo lo necesario. De esta manera se construyeron a la sazón dos fuertes, el de Marienburgo en la frontera rusa, que fué desde entonces residencia de un comendador, y el de Frauenburgo, después llamado Neuhausen, en la diócesis de Dorpat, en un territorio sobre el cual formulaban pretensiones los de Pleskau. Alrededor de ambas fortalezas se sostuvieron sangrientas luchas, de las cuales salió vencedora la orden, que conservó el territorio adquirido y rechazó a los rusos a pesar de haber sido éstos auxiliados por los lituanos.

Entretanto, se había preparado secretamente un movimiento que de nuevo amenazaba muy de veras a la dominación alemana en el Báltico.

A pesar de haber transcurrido más de un siglo desde la sumisión de los estonios, esta tribu, la más tenaz y la más vigorosa de todas las tribus finesas de aquel país, no había olvidado su antigua independencia y de mala gana toleraba la dominación de los alemanes, que, como en el resto de Livonia, era todavía más dura, según parece, cuando la ejercían los daneses.

Una buena prueba no sólo del descuido de los alemanes, sino también del talento y de la astucia de los estonios, fué que éstos consiguieron organizar una conjuración, con extensas ramificaciones en todo el país, sin que nadie llegara a traslucir el menor indicio de ella. En la noche del 23 al 24 de abril de 1343 declaróse de repente un incendio en una casa situada en una colina de Harrien, visible a gran distancia: era la señal que esperaban los estonios, los cuales inmediatamente se arrojaron de improviso sobre la población alemana del país, asesinando a infelices que dormían ajenos a todo cuidado. Mujeres y doncellas, siervos y criados, nobles y plebeyos, jóvenes y viejos, todos aquellos por cuyas venas circulaba sangre alemana sucumbieron.

El convento de Padis fué incendiado y todos los palacios de los nobles quedaron reducidos a cenizas por aquellas sanguinarias hordas que, embriagadas por el afán de venganza y de asesinato, recorrieron el país en todas direcciones. Los rebeldes eligieron además, como reyes, a cuatro labradores estonios, les pusieron las espuelas de oro y la capa de abigarrados colores, les ciñeron cinturones de oro y colocaron en sus cabezas las coronas virginales que solían ceñir las novias. Estos reyes condujeron a su pueblo, en número de 10.000 hombres, hasta delante de los muros de Reval y desde allí enviaron emisarios al preboste sueco de Abo (Finlandia) notificándole que habían acabado con todos los alemanes de Harrien y diciéndole que, si les proporcionaba ayuda y consejo, serían súbditos suyos y le entregarían la plaza de Reval sin que hubiese para ello de apelar a la fuerza.

Habiéndoles el preboste prometido que en breve acudiría a su lado con numerosas tropas, la sublevación se extendió por Wirlandia y por la Wiek, presentándose un ejército estonio delante de Hapsal, que se defendió heroicamente. En la Wiek fueron asesinados 1.800 alemanes: los que pudieron huyeron a Weissenstein, cuyo preboste imploró a toda prisa el auxilio del maestre. Este, para quien lo principal era salvar todo aquello que aún pudiera ser salvado, envió a un hermano conocedor del idioma estonio para que, avistándose con los rebeldes, invitara a los cuatro reyes a presentarse el domingo en Weissenstein, pues su intento era, si la culpa de lo ocurrido estaba en los alemanes, poner remedio a las cosas.

Los estonios, que comprendían que a la larga no podrían resistir a las fuerzas de la orden, aceptaron esta mediación. El día fijado presentóse en Weissenstein Burchardo de Dreyenleven, que daba gran importancia al asunto, como lo de-

muestra el hecho de haber sido en aquella ocasión acompañado de sus más ilustres hermanos, de muchos señores y aun del fugitivo obispo de Reval.

Los cuatro reyes estonios, que comparecieron acompañados de tres siervos, fueron recibidos en el pórtico del castillo de Weissenstein por el maestre, el cual, delante de un numeroso auditorio, les preguntó: «¿Por qué habéis asesinado tan desapiadadamente a todos los alemanes, jóvenes y viejos?» A esta pregunta contestó uno de ellos: «Nos han martirizado y vejado durante tanto tiempo que ya no podíamos aguantar más.» «¿Por qué razón—volvió a preguntar el maestre—habéis asesinado a los pobres monjes de Padis?» «Bastante culpables eran—le contestaron,—y todo alemán que se hubiera encontrado, aun cuando no tuviese más que una vara de largo, habría sucumbido;» añadiendo el que contestaba que si el maestre quería admitirlos como súbditos le prestarían obediencia, pero que, de lo contrario, no querían tolerar ningún noble ni señor. El maestre contestó que no podía dejar sin castigo a los asesinos que habían cometido un hecho sin ejemplo desde el principio del mundo, pero que ellos, los reyes, se quedarían allí libres y en toda seguridad hasta tanto que él volviera alegre y satisfecho, después de haberse vengado de los estonios. Dicho esto, les entregó al preboste de Jerwen, Guillermo de Ilsede, recomendándole que atendiera con solicitud a tales huéspedes.

Evidentemente hubo aquí deslealtad de parte del maestre, pues por más que la tradición no nos lo diga, hemos de suponer que a los estonios se les habría dado un salvoconducto. Los reyes, como se comprenderá, montaron en cólera y exigieron que se les condujera adonde estaba su ejército, y habiéndoles sido negada esta petición, uno de los estonios se arrojó sobre el preboste con el propósito de asesinarle, pero un escudero de éste se interpuso entre él y el asesino y recibió una profunda herida en el pecho y dos en el brazo. Entonces los señores desenvainaron las espadas y dieron muerte a los reyes y a sus siervos.

El maestre, en tanto, avanzaba sobre Reval al frente del ejército que poco a poco se había ido formando, y después de haber aniquilado a algunos pequeños destacamentos que encontró por el camino, hizo alto el miércoles, 14 de mayo, a una legua de distancia de la ciudad. Dos divisiones, mandadas por los prebostes de Treiden y de Wenden, ocuparon un gran pantano que se extendía a espaldas del enemigo. Los estonios, al parecer, estaban ya descorazonados, pues cuando el preboste de Wenden les prometió clemencia a condición de que entregaran a los jefes del complot, aceptaron inmediatamente la proposición. Pero el ejército alemán estaba demasiado indignado y pedía venganza por la sangre de los parientes y amigos que se había derramado. En vista de esto, el preboste

Sello de Goswin de Herike, como capitán de Reval (tamaño del original).—En el campo, la resurrección de Jesucristo. Inscripción: S'(igillum) MINORIS CASTRI REVALIE. (En un documento de 26 de septiembre de 1345. Archivo municipal de Reval.)

volvió a decir a los estonios que no contaran con clemencia alguna y que se apercibieran a la defensa.

En 14 de mayo libróse la batalla decisiva, en la que perecieron 3.000 estonios y un solo caballero de la orden, desproporción que se explica teniendo en cuenta que aquellas hordas indisciplinadas no estaban a la altura de los caballeros, que iban perfectamente armados. Reval fué, pues, libertada y el maestre recibió en su tienda, levantada delante de las puertas de la ciudad, al capitán danés Beltrán Parembek y a los vasallos daneses, que le dieron las gracias por haber salvado la plaza y le pidieron al propio tiempo que siguiera protegiéndoles, pues un desertor les había dado la noticia de que dentro de cinco días había de presentarse el preboste Abo, al frente de numerosas fuerzas, para apoderarse de Reval en nombre de Suecia.

En tales circunstancias, firmóse en 16 de mayo un tratado cuyo texto ha llegado hasta nosotros, otorgado por el obispo, el decano y el cabildo de Reval, por los abades de Ruma y de Padis, por

el viceprior de Reval, por los caballeros Juan Sorsefer, Hermann de Tois, Otón de Rosen, Enrique y Juan Parembek, Enrique de Virkes, Enrique de Rode y Tritico Tolk, y finalmente por los reales consejeros daneses Juan de Mekes, Juan Wacke, Roberto de Alwen, Cristián de Scherenbeck, Asfer de Neuhof, Tilo de Sorsefer y Enrique de Buschowden, y además por el burgomaestre y por los consejeros de la ciudad de Reval: todos declaran que en la imposibilidad de salvar de otra manera el territorio han elegido al maestre de la orden livonia por patrono, capitán y defensor del país. Entregáronle también los castillos de Reval y de Wesenberg, pero bajo la condición de que los había de conservar fielmente para la corona de Dinamarca y que siempre que se los reclamaran había de devolverlos al cabo de un mes, no sin antes indemnizarse de los gastos que en ellos hubiese hecho. Por deseo especial del maestre fué elegido capitán de los mismos castillos Goswin de Herike, comendador de Fellín.

En aquel día dirigióse el maestre a Hapsal, quedando en Reval Goswin de Herike. Pero la ciudad muy pronto volvió a necesitar de él, pues en 19 de mayo se presentó el preboste de Abo, Dan Niklisson, al frente de un ejército para auxiliar a los estonios; gracias, sin embargo, a la habilidad de Goswin, que prometió servir de mediador entre Suecia y Dinamarca, logróse firmar un armisticio hasta el mes de marzo del siguiente año y hacer retirar a los suecos. Este triunfo fué tanto más importante cuanto que muy pronto recibieron los estonios auxilio por otro lado. En efecto, cinco mil rusos habían penetrado en la diócesis de Dorpat, asolando todos los territorios que se extendían hasta Odenpah. Por fortuna, el comendador de Riga se encontraba precisamente en Kirempah, y reuniendo a toda prisa cuantos hermanos de la orden, siervos y soldados de la diócesis pudo hallar a mano y juntándose con los prebostes de Operpahlen, Karkus y Saccala, envió un mensaje a Tarwast y se dirigió luego contra los rusos, los cuales evacuaron el país después de una sangrienta batalla en la que ambas partes pretendieron haber salido vencedoras.

Todavía no estaba por completo sojuzgada Harrien cuando estalló la rebelión en Oesel: también aquí fueron exterminados los alemanes, jóvenes y viejos, arrojados al mar los sacerdotes, tomado el castillo de la orden, Poide, a consecuencia de una pérfida traición, y asesinados el preboste, cinco hermanos y toda la servidumbre.

En situación tan crítica, escribió Burchardo al Gran maestre de Prusia pidiéndole auxilio: tres comendadores, veintisiete caballeros de la orden y 600 guerreros perfectamente armados desembarcaron a fines de octubre en Riga, y ya con este refuerzo el maestre emprendió nuevamente la lucha. Los estonios hicieron en Harrien y en Oesel grandes talas de árboles para defenderse, escondiendo en estas fortificaciones a sus mujeres y a sus hijos y poniendo en ellas a cubierto sus bienes.

Lo primero, pues, que había que hacer era tomar estas posiciones, y por tanto el maestre, cuya sorprendente actividad contribuyó en parte principal al resultado decisivo de la lucha, dirigióse sin vacilar hacia Harrien, devastó el país y tomó por asalto el campamento fortificado. En el mes de febrero estaba el Sund tan helado que el maestre, en la creencia de que tenía guardadas las espaldas por una cruzada del Gran maestre enviada a Lituania, atravesó el mar y se presentó delante de Oesel, donde comenzó también por devastar el país atacando después la fortaleza.

Este ataque fué en extremo difícil, pues los de Oesel habían reforzado la fortificación con árboles y con un parapeto. Por fin se consiguió practicar una brecha por medio de largos garfios y por ella penetró en el recinto el compañero del comendador de Segewold llevando en la mano el estandarte de la orden: los demás le siguieron y entonces se trabó sangrienta lucha, en la que perecieron 9.000 rebeldes.

En vista de que el maestre proyectaba internarse más por el país, los rebeldes imploraron clemencia y fueron perdonados. Poco antes, los labradores harrios habían intentado asaltar la fortaleza de Fellin, pero su tentativa fracasó. En el año 1345 volvió a estallar la rebelión en Oesel, y fué sofocada por Burchardo, que de nuevo pasó el Sund y construyó en la isla el fuerte de Sonnenburg, con lo cual se evitó toda ulterior resistencia.

Entretanto, una gran desgracia había asolado por otro lado a Livonia. La expedición que el Gran maestre había emprendido a Lituania no había sido dirigida con la debida energía (1), y el ejér-

(1) Véase la parte 3.ª, cap. IX, pág. 162.

cito cruzado prusiano, al tener noticia de una invasión del enemigo en los territorios de la orden, regresó sin haber conseguido nada de provecho, con lo cual quedó la Livonia abierta a los ataques de los lituanos. Estos se pusieron en movimiento dirigidos por Olgerdo, asolaron la Semigalia, se apoderaron de Terweten por la traición de un siervo y la incendiaron.

En febrero de 1344 llegaron a Mitau, donde prendieron fuego a la ciudad que se estaba construyendo y al castillo de la orden, y asesinaron a toda la población, a dos hermanos de la orden, a un secretario y a diez y seis semigalos. Después de esto, avanzaron precipitadamente, se detuvieron media noche delante de Riga, se apoderaron de las primeras fortificaciones de Newermuhlen, cuya guarnición pudo afortunadamente refugiarse a tiempo en la alta torre del castillo, y se encaminaron hacia Segewold y Walk, llevando a todas partes el saqueo y el incendio y retirándose luego impunemente con su botín. De Segewold solamente se llevaron 2.600 personas y todos los ganados, y en la diócesis de Riga hicieron 1.000 prisioneros. Por último consiguieron atraer a una emboscada al preboste de Wenden que les iba a la zaga, asesinándole y dispersando sus fuerzas.

La desgracia de Livonia afectó profundamente a los dos jefes de la orden, al Gran maestre y al maestre livonio. Ludolfo Konig, poseído de gran melancolía, abdicó en el gran capítulo que se celebró en Marienburgo en 13 de diciembre de 1345; Burchardo de Dreyenleven no quiso tampoco seguir desempeñando su cargo, y le sucedió Goswin de Herike. Para la dignidad de Gran maestre fué elegido Enrique Dusemer.

En el período en que gobernaron estos dos hombres verificóse la unión definitiva de Estonia y Livonia.

Este acontecimiento aparece tan complicado que sólo podemos hacer notar los hechos principales.

Ya en 1329 el rey Cristóbal II de Dinamarca, contra derecho y quebrantando la promesa jurada, había entregado el ducado de Estonia a uno de los asesinos de Erico Glipping, al duque de Halland, Canuto Porse, y a la muerte de éste, acaecida en 1330, los Estados estonios descontentos consiguieron arrancar de su hijo, menor de edad todavía, una renuncia. Pero en 1333 hízose una nueva tentativa para volver a separar la Estonia de la corona de Dinamarca. Otón, hijo de Cristóbal, entregó a su cuñado, el marqués Luis de Brandeburgo, la Estonia como dote de su hermana Margarita, dando de esta cesión cuenta al emperador.

Esto produjo desórdenes en Estonia, y el capitán danés que había en Reval se creyó tan poco seguro, que solicitó el

Sello de Burchardo de Dreyenleven, como provincial de Reval (tamaño del original). — En el campo, dividido en rombos y adornado con cruces esculpidas, aparece de pie sobre una cartela un hermano de la orden alemana de Prusia, armado con una cota de cadenas y encima la túnica, en la que se ve la (?) cruz de Jerusalén tapada con el escudo de las águilas: sostiene con la mano derecha la espada levantada en alto; la izquierda se apoya en un escudo con las armas de la orden alemana de Prusia. Inscripción: † SIGILLVM † PROVINCIALIS † DE † REVALIA. (En un documento de 4 de noviembre de 1346. Archivo municipal de Reval.)

apoyo de la orden teutónica de Livonia entregándole a cambio algunos castillos, mientras los vasallos descontentos se afanaban por procurarse la protección de Suecia.

El emperador Luis, para atender al provecho de su hijo el marqués, quiso inducir a la orden teutónica a que comprara la Estonia, pero la orden vacilaba y las negociaciones avanzaban con mucha lentitud. La gran sublevación de los estonios puso de nuevo la cuestión sobre el tapete. La orden a fuerza de grandes sacrificios había llegado a ser de hecho la señora del país, y el rey Waldemaro de Dinamarca, ocupado entonces en la guerra contra Suecia, no podía dedicar la necesaria atención a los asuntos de Estonia.

En junio de 1344 dió las gracias a la orden por la sumisión de los estonios y le exigió que, conforme a la promesa hecha, le devolviera el país: pero como no se indemnizó a la orden de los desembolsos que había hecho, continuó en posesión de los castillos por ella ocupados y recibió además a Narva con todos los territorios anexos «para conservarlos para

Sello oficial del mariscal de provincia (tamaño del original).—En el campo, un caballero galopando con la lanza inclinada, cubierta la cabeza con el casco y sosteniendo en el brazo izquierdo el escudo. Inscripción: † S'(igillum) MARSCALCI DE LIVONIA. (En un documento de 8 de octubre de 1348. Archivo del Consejo de Reval.)

el rey de Dinamarca,» pues tal fué la fórmula que se consignó.

Waldemaro permaneció en Reval desde el mes de septiembre de 1345 hasta el mes de mayo de 1346, y parece que su permanencia en Estonia le convenció de que a la larga no podría Dinamarca conservar la posesión de tan apartados territorios. En su consecuencia, prosiguiéronse las negociaciones, y contra lo que era de esperar, fueron rápidamente desechadas las pretensiones que otros pretendientes aducían sobre Estonia. Los hijos de Canuto Porse renunciaron sus derechos; el marqués Luis aprobó la venta de la Estonia a la orden, con la condición de que se le entregarían 6.000 marcos de plata pura, y Junker Otón, hermano mayor del rey, ingresó en la orden teutónica y fué después nombrado preboste de Karkus.

En Copenhague, en 15 de agosto del año 1346, el rey Waldemaro relevó de su juramento a todos sus súbditos de Estonia, y catorce días después se redactó en Marienburgo (Prusia) el documento en virtud del cual Waldemaro cedía la Estonia al Gran maestre Enrique Dusemer y a sus sucesores mediante el pago de 19.000 marcos de plata ajustados al peso de Colonia.

El antiguo maestre livonio Burchardo recibió el honroso encargo de marchar a Reval y recibir el país de manos del rey. Un año después, en 7 de junio de 1347, la Estonia fué cedida por el Gran maestre a la orden teutónica de Livonia, y aun cuando el Gran maestre conservó el nombre de señor del país estonio, en realidad toda la administración de este país estuvo en manos del maestre livonio.

Llegamos, pues, a un capítulo importante de la historia de Livonia: con la unión de los tres países, Curlandia, Livonia y Estonia, quedó trazada la frontera que la colonización alemana del Este no pudo nunca traspasar. Aquí cesa el movimiento de avance de la rama livonia de la orden teutónica, cuya misión en lo sucesivo se limita principalmente a conservar lo adquirido contra los ataques de Lituania y de Moscou, tarea tanto más difícil cuanto que la orden teutónica de Prusia se veía obligada a dirigir todas sus fuerzas contra Polonia. Aun cuando podía darse por terminada la sumisión de los indígenas y por vencida la tenaz resistencia por éstos opuesta al cristianismo y a la orden teutónica, ésta tuvo que luchar con nuevas y no menores dificultades para poder asegurar su posición dominante en el país. Durante el siguiente siglo robustecióronse de tal manera los elementos centrífugos, en apariencia dominados ya por la orden, que sólo a costa de grandes esfuerzos pudo ésta conservar la posición conquistada.

Las crónicas de los tiempos siguientes no han llegado hasta nosotros, y en cuanto a las noticias contenidas en los documentos, aunque son abundantes las que poseemos, falta a menudo en ellas el hilo de la cohesión. Por regla general, y prescindiendo de las relaciones anseáticas, la historia livonia, en cuyo portentoso vuelo tomaron gran parte las ciudades livonias, llevó impreso el mismo sello de decadencia que caracteriza a la historia alemana de la segunda mitad del siglo XIV y del siglo XV.

FIN DEL TOMO VIGÉSIMO

ÍNDICE DEL TOMO VIGÉSIMO

RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

Págs.

INTRODUCCIÓN 5

PARTE PRIMERA

HISTORIA DE RUSIA HASTA YAROSLAO

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO. – Primitiva historia de los eslavos. 7
CAP. II. – La emigración de los pueblos eslavos. 16
CAP. III. – Residencia de los eslavos durante el siglo IX. 18
CAP. IV. – Antigua residencia y tribus de los eslavos rusos. 21
CAP. V. – Los vecinos de los eslavos . . 29
CAP. VI. – Los warago-rusos y fundación del Estado ruso 33
CAP. VII. – Wladimiro el Santo. . . . 48
CAP. VIII. – Inmediatos sucesores de Wladimiro. 59

PARTE SEGUNDA

RUSIA EN TIEMPOS DE LOS DIVERSOS PRÍNCIPES PARTICULARES

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO. – Los hijos de Yaroslao. 68
CAP. II. – Wladimiro Monomaco. . . . 77
CAP. III. – Decadencia de Kieff e importancia creciente de Susdal. 84
CAP. IV. – Progresos de la civilización rusa hasta mediados del siglo décimotercero. 91

PARTE TERCERA

RUSIA BAJO EL YUGO DE LOS MOGOLES

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO. – Gengis-Kan y la formación de su imperio. 109
CAP. II. – Fundación de la soberanía de los tártaros sobre Rusia. 113
CAP. III. – Opresión de Rusia 116
CAP. IV. – La Horda de Oro de Sarai. . 123
CAP. V. – Nowgorod y Alejandro Newski. 129
CAP. VI. – Halicz y el rey Daniel. . . . 140
CAP. VII. – Principios del engrandecimiento de Lituania. 148
CAP. VIII. – Witen y Gedimín (1293-1341). 153
CAP. IX – Olgerdo y Kestuit (años 1341 a 1377). 161

PARTE CUARTA

LA RUSIA MOSCOVITA

	Págs.
Capítulo primero. – Moscou y Twer en lucha por la supremacía.	170
Cap. II. – Iván I Danilowitz Kalita y Simeón Ivanowitz el Soberbio.	174
Cap. III. – Ojeada histórica sobre la civilización moscovita de la época.	178
Cap. IV. – Dmitri Ivanowitz Donskoi (1362-1389).	185
Cap. V. – Wassili I Dmitriyewitz (1389-1425).	195
Cap. VI. – Wassili II Wassilyewitz el Ciego (1425-1462).	201
Cap. VII. – Moscou y el Concilio de Florencia.	206

PARTE QUINTA

LA ÉPOCA DE IVÁN III WASSILYEWITZ

	Págs.
Capítulo primero. – Destrucción de los principados parciales y los príncipes dependientes.	213
Cap. II. – Caída de la gran Nowgorod.	217
Cap. III. – Fin del yugo tártaro.	226
Cap. IV. – La familia del Gran duque. – Guerra con Lituania. – Muerte de Iván.	232
Cap. V. – Wassili IV Ivanowitz (1505-1533).	243
Cap. VI. – (Adicional).	258

PARTE SEXTA

HISTORIA DE POLONIA HASTA SEGISMUNDO II AUGUSTO (1548)

	Págs.
Capítulo primero. – Formación del Estado polaco.	260
Cap. II. – Boleslao el Temerario.	264
Cap. III. – Situación interior de Polonia.	272
Cap. IV. – Decadencia del poderío de Polonia y comienzos de su restauración.	273
Cap. V. – Boleslao II el Atrevido y Wladislao Hermann.	277
Cap. VI. – Boleslao III el Boquituerto (krzywousty, curvus)	280
Cap. VII. – Estado interior de Polonia	285
Cap. VIII. – Formación de los principados parciales polacos.	291
Cap. IX. – Engrandecimiento de Silesia y colonización alemana.	299
Cap. X. – Polonia y la fundación del Estado de la Orden teutónica en Prusia.	306
Cap. XI. – Los tártaros en Polonia y las consecuencias de la batalla de Lignitz.	312
Cap. XII. – Wladislao Lokietek (El Enano).	316
Cap. XIII. – Cambios en el interior.	323
Cap. XIV. – Primeros tiempos de Casimiro el Grande. – La Orden teutónica y Halicz.	328
Cap. XV. – Acción de Casimiro en el interior.	331
Cap. XVI. – La familia Real. – Muerte del rey Casimiro y gobierno del rey Luis de Hungría.	338
Cap. XVII. – El interregno.	343
Cap. XVIII. – El rey Wladislao Jagellón.	346
Cap. XIX. – Zbignieff Olesnicki.	375
Cap. XX. – Polonia en lucha con la Orden teutónica, la reacción y sus consecuencias.	388
Cap. XXI. – Política exterior de Casimiro.	399
Cap. XXII. – Juan Alberto y Alejandro.	404
Cap. XXIII. – El rey Segismundo I. – Política exterior.	418
Cap. XXIV. – Comienzos de la reforma polaca	428

PARTE SÉPTIMA

HISTORIA DE LIVONIA HASTA LA SUBLEVACIÓN DE LOS ESTONIOS

	Págs.
Capítulo primero. – Tiempos prehistóricos y comienzos.	441
Cap. II – El obispo Alberto.	449
Cap. III. – Decadencia de los Hermanos de la espada	470
Cap. IV. – Comienzos de la Orden teutónica en Livonia	477
Cap. V. – Lucha con el arzobispo y sujeción de Riga por la Orden teutónica. .	482
Cap. VI. – Vida política.	491
Cap. VII. – La sublevación de los estonios y sus consecuencias.	498

OBRAS PUBLICADAS

POR LA CASA EDITORIAL DE MONTANER Y SIMÓN

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, por *D. Modesto Lafuente*, continuada hasta nuestros días por *D. Juan Valera*, con la colaboración de *D. Andrés Borrego* y *D. Antonio Pirala*. – Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección *numismática española*. – Seis magníficos tomos en tamaño folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino, y canto dorado. Su precio 310 pesetas ejemplar. *Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a 8 pesetas uno.* La obra completa, 200 pesetas.

HISTORIA DE FELIPE SEGUNDO. Notable obra escrita por *H. Fornerón*, premiada por la Academia Francesa, y traducida por *D. Cecilio Navarro*. Un tomo con ilustraciones. Se vende encuadernado al precio de 16 pesetas.

HISTORIA NATURAL, novísima edición cuidadosamente corregida y profusamente ilustrada. División de la obra: ANTROPOLOGÍA, por el *Dr. P. Topinard;* ZOOLOGÍA, por el *Dr. C. Claus*, catedrático de Zoología y Anatomía comparada de la Universidad de Viena; BOTÁNICA, escrita por el catedrático de la Universidad de Barcelona *D. Odón de Buen;* MINERALOGÍA, por el *Dr. Gustavo Tschermak*, profesor ordinario de Mineralogía y Petrografía de la Universidad de Viena; GEOLOGÍA, por *Archibaldo Geikie Ll. D., F. R. S.*, director general de la Comisión geológica de Inglaterra e Irlanda.—Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su género han visto la luz en Europa, ilustrada con MILES de preciosos grabados: la obra consta de 13 tomos, y se vende al precio de 100 pesetas en toda España.

HISTORIA GENERAL DEL ARTE. – Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra Casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto cuanto por su esmeradísima ilustración. – Se compone de los tomos siguientes, que se venden juntos o separados a pagar a plazos mensuales:

Historia de la pintura y escultura.—En todas las épocas y escuelas, con noticias biográficas de los artistas más ilustres.—Un tomo con 1.157 grabados intercalados en el texto y 48 láminas sueltas, algunas de ellas preciosas cromolitografías. Se vende a 85 pesetas, lujosamente encuadernado.

Historia del mueble, tejido, bordado y tapiz, metalistería, cerámica y vidrios.—Esta interesante parte de nuestro libro, lo mismo que las anteriores, va ilustrada con numerosos y perfectos grabados, que representan los mejores tipos de los muebles, tejidos, bordados y tapices, objetos de metal, de loza y porcelana. Se vende encuadernada al precio de 80 pesetas.

La ornamentación. – Estudio analítico de los elementos que la integran y sintético de sus diferentes evoluciones a través de los principales estilos, ilustrado con 115 láminas tiradas aparte y variedad de grabados intercalados en el texto. Se vende encuadernado al precio de 80 pesetas.

Historia de la arquitectura.—Tres tomos profusamente ilustrados con grabados intercalados y láminas sueltas en negro y colores. Se vende, artísticamente encuadernada, al precio de 190 pesetas.

HISTORIA GENERAL DEL TRAJE. – Forma dos tomos de un tamaño algo más reducido que los de la HISTORIA GENERAL DEL ARTE y constan de 240 bellísimas cromolitografías, dibujadas por el celebrado artista Federico Hottenroth. Estos dos tomos se venden encuadernados al precio de 90 pesetas.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS. Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por *D. Nemesio Fernández Cuesta.* Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas. *Las voces antiguas. Los Neologismos. Las Etimologías. Los términos de ciencias, artes y oficios. Las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces. Y la pronunciación figurada.*—Esta notable obra, recomendada por la prensa de España y reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario español *más completo de los publicados hasta hoy*, consta de cuatro tomos que se venden encuadernados al precio de 70 pesetas.

DICCIONARIO DE DICCIONARIOS, Castellano, Latino, Portugués, Francés, Italiano, Catalán, Inglés, Alemán. Comprensivo del léxico castellano considerablemente aumentado, con su correspondencia en cada uno de los siete idiomas mencionados, y de un vocabulario-resumen de todas las voces extranjeras contenidas en el diccionario, seguidas de su significación castellana. Obra redactada por el *Dr. Arturo Masriera y Colomer*, catedrático, por oposición, de lengua y literatura castellana, con la colaboración de *Luis C. Viada y Lluch* y *Enrique Massaguer*. El DICCIONARIO DE DICCIONARIOS consta de cuatro abultados tomos de unas 800 páginas cada uno. Los tomos I y II comprenden el *Diccionario Castellano con las correspondencias latina, portuguesa, francesa, italiana, catalana, inglesa y alemana*. Los tomos III y IV comprenden el *Vocabulario de las lenguas latina, portuguesa, francesa, italiana, catalana, inglesa y alemana* con la correspondencia castellana. – El precio total de los *cuatro tomos*, sólidamente encuadernados, es de pesetas 100, admitiendo el pago en plazos mesuales.

NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL. *Los países y las razas.* Obra presentada en forma enteramente nueva, compuesta por eminentes especialistas de Europa y América, con arreglo a los más recientes trabajos e investigaciones de la Ciencia. – Edición ilustrada con MILES de grabados intercalados en el texto; láminas aparte, impresas en negro y colores, con vistas de todos los países, lugares, monumentos; mapas y croquis de geografía antigua y moderna.—La NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL se reparte por cuadernos semanales de *sesenta céntimos*, los cuales constan de *cuatro grandes pliegos de ocho páginas de texto cada uno*, impresos en papel superior y con numerosos grabados intercalados. Siempre que al cuaderno de reparto se acompañe una lámina suelta impresa en colores, se considerará cada una como un pliego de texto; lo propio que cuando se repartan dos láminas en negro, en cual caso se acompañarán sólo tres pliegos. La obra consta de *diez tomos*, tamaño cuarto mayor, y se venden esmeradamente encuadernados al precio de 275 pesetas, admitiendo el pago en plazos mensuales.

LA DIVINA COMEDIA, por *Dante Alighieri*, traducida y anotada por el reputado académico *D. Cayetano Rosell* y enriquecida con un prólogo biográfico-crítico escrito por *D. Juan E. Hartzenbusch*. Esta notable edición va ilustrada con la reproducción de 110 composiciones dibujadas por el notable artista inglés *Juan Flaxman*. Forma un tomo de más de seiscientas páginas impresas en papel *couché*, con dichas ilustraciones intercaladas en el texto, y se vende, encuadernado en tela, a 15 pesetas.

LAS MIL Y UNA NOCHES. Cuentos árabes, traducidos en alemán del texto árabe por *Gustavo Weil*. Nueva edición de gran lujo ilustrada con láminas impresas aparte en colores y en negro, dibujadas por el celebrado artista alemán *Fernando Schultz Wettel*. La traducción española, confiada a reputados escritores, ha sido hecha con el cuidado debido para que el libro pueda dejarse en todas las manos, conservando, empero, sus maravillosas narraciones con el mismo color oriental y el mismo pasional interés que han inmortalizado las hermosas ficciones de la bella Scheherazada. Dos tomos, ricamente encuadernados, 45 pesetas. Se admite la subscripción pagando a plazos mensuales de *cinco* pesetas cada uno, y se entrega el ejemplar encuadernado al hacer la subscripción.

HISTORIA CRÍTICA DEL REINADO DE DON ALFONSO XIII durante su menoridad bajo la regencia de su madre Doña María Cristina de Austria, por *D. Gabriel Maura Gamazo*. – Constará de cuatro partes: la primera se refiere a la Política; la segunda, a la Economía; la tercera, a la Cultura, y la cuarta, a la Vida social durante la Regencia de Doña María Cristina de Austria. Un breve Epílogo coordinará las conclusiones aisladas de cada cual de estos exámenes parciales. Se ha publicado el primer tomo, que comprende la parte referente a la Política. Consta de 400 páginas en 8.°, y se vende, a la rústica, a 6 pesetas el ejemplar.

OBRAS ILUSTRADAS POR GUSTAVO DORÉ

LA SAGRADA BIBLIA, TRADUCIDA DE LA VULGATA LATINA AL ESPAÑOL, por *D. Félix Torres Amat*, dignidad de Sacrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc.— Nueva edición acompañada del texto latino e ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por *Gustavo Doré*, corregida por el *Rdo. P. Ramón Buldá*, con licencia de la autoridad eclesiástica.—Esta notable edición, impresa en tamaño gran folio e ilustrada profusamente con viñetas intercaladas en el texto, además de las 230 láminas de Gustavo Doré, forma cuatro grandes tomos que, encuadernados ricamente, se venden al precio de 125 pesetas.

HISTORIA DE LAS CRUZADAS, por *Michaud*, de la Academia Francesa, e ilustrada con 100 grandes composiciones de *Gustavo Doré*, grabadas por *Bellenger*, *Doms*, *Gusman*, *Jonnard*, *Pannemaker*, *Pisan*, *Quesnel*.—Notable edición en dos tomos casi folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. Se vende al precio de 75 pesetas.

FÁBULAS DE LA-FONTAINE.—Nueva traducción debida a *D. Teodoro Llorente*, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de *Gustavo Doré.*—Notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas. – Se vende al precio de 40 pesetas.

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA A 10 PESETAS TOMO LUJOSAMENTE ENCUADERNADO

VIDA DE LA VIRGEN, por la *Venerable Sor María de Agreda*, con un prólogo de *doña Emilia Pardo Bazán.* Un tomo.

HISTORIA DE AMÉRICA, SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN E INDEPENDENCIA, por *D. José Coroleu.* Cuatro tomos.

AYER, HOY Y MAÑANA, por *D. Antonio Flores.* Tres tomos.

ECOS DE LAS MONTAÑAS, por *D. José Zorrilla.* Un tomo ilustrado con preciosas viñetas y reducciones de las láminas debidas al lápiz del célebre *Gustavo Doré.*

OBRAS ESCOGIDAS DE D. VENTURA DE LA VEGA. Dos tomos.

NERON, por *D. Emilio Castelar.* Tres tomos.

¡SI YO FUERA RICO!, por *D. Luis Mariano de Larra.* Novela en un tomo.

EL ÍDOLO, por *Ernesto García Ladevese.* Novela de costumbres contemporáneas. Un tomo.

PARA ELLAS, por *doña Adela Sánchez Cantos de Escobar.* Colección de novelitas y cuentos, dedicada a las señoras. Un tomo.

LA SOCIEDAD JAPONESA. Usos, costumbres, religión, instituciones, etc. Obra premiada por la Academia Francesa, escrita por *Andrés Bellessort.* Un tomo.

FAUSTO. Tragedia de *Juan Wolfang Gœthe.* Primera parte, traducida por *Teodoro Llorente*, seguida de breve reseña de la segunda parte de la tragedia.

CAPITULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES: ENSAYO DE IMITACIÓN DE UN LIBRO INIMITABLE, por *J. Montalvo.* Un tomo.

LA VIDA EN LA AMÉRICA DEL NORTE, por *Pablo de Roussiers.* Dos tomos.

NOVELAS CORTAS, por *E. de Arcimis.* – LOS AMIGOS DEL COLEGIO. – CAMILA. – FURIO. – ALBERTO.— FORTALEZA. – LA CASA PATERNA. – Edición ilustrada. Un tomo.

GIL BLAS DE SANTILLANA, por *Le Sage*, traducida por el padre Isla. Lujosa edición ilustrada con 50 primorosas láminas. Dos tomos.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS, recopilados por *Melchor de Palau.*

LA CIVILIZACIÓN DE LA INDIA. Obra escrita en francés por *Gustavo Le Bon.*

ASTRONOMÍA POPULAR. DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO. Edición ilustrada. Dos tomos.

OLIVERIO CROMWELL, SU VIDA Y SU CARÁCTER. Edición ilustrada. Un tomo.

PABLO Y VIRGINIA, por Bernardino de Saint-Pierre, traducida por *D. Melchor de Palau.* Un tomo.

LA ATMÓSFERA: GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA. Obra escrita por *Camilo Flammarión.* Dos tomos.

DON PERFECTO. Novela argentina escrita por *D. Carlos M. Ocantos.* Un tomo.

VALENTINA. Novela original de *E. C. Price*, con ilustraciones de *A. Mas y Fondevila.*

EL CALVARIO, por *Francisco Acebal.* Un tomo.

EN EL CORAZÓN DE ASIA. A TRAVÉS DEL TIBET. Obra escrita por el doctor sueco *Sven V Hedin* y traducida por *D. Pelayo Vizuete.* Un tomo.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS.—Novela de costumbres americanas, por *G. A. Martínez Zuviría.* Edición ilustrada. Un tomo.

CALENDAL. – Poema provenzal, de *Federico Mistral*, vertido al castellano por *D. Arturo Masriera* e ilustrado por *D. A. Mas y Fondevila.* Un tomo.

LUZ Y SOMBRAS.—Novela de costumbres, por *lord Bulwer Lytton*, traducida por *Pelayo Vizuete.* Un tomo ilustrado.

SOLEDAD.—Novela de *Víctor Catalá*, traducida por el *Dr. D. Francisco Javier Garriga.* Edición ilustrada. Un tomo.

DEUDA DEL CORAZÓN. – EL ÁNGEL DE LA GUARDA. – Una de las más notables obras del ilustre novelista *D. José de Selgas*, ilustrada por *A. Mas y Fondevila.* Dos tomos.

COLOMBA. – Celebrada novela del escritor francés *Próspero Mérimée*, ilustrada con sesenta y tres composiciones originales del afamado dibujante *Daniel Vierge.* Un tomo.

ISABEL II ÍNTIMA.—Apuntes histórico-anecdóticos de su vida y de su época, por *C. Cambronero.* Edición ilustrada con copias de cuadros y dibujos de la época. Un tomo.

LA EMPERATRIZ EUGENIA.—Apuntes históricos de su vida íntima según las memorias, correspondencias, relaciones y documentos más autorizados de la época, por *Juan Bautista Enseñat*, C. de la Academia de la Historia. Edición ilustrada con reproducciones de los grabados de la época. Un tomo.

CARMEN, escrita por Próspero Mérimée. En este tomo van comprendidos asimismo varios artículos. Traducción de D. Pedro de Tornamira. Ilustración de Carlos Vázquez.

ABRAHAM LINCOLN, ÍNTIMO.—Apuntes históricos y anecdóticos de su vida y de su época.—Su origen.—Primeros años de su vida.—Comerciante.—Abogado.—Político.—Su elección presidencial.—Diplomático y militar.—Campaña de 1862.—Frases y dichos de Lincoln.—Un tomo ilustrado con retratos y reproducción de dibujos de la época.

MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS.—Descripción histórico-pintoresca de lugares, costumbres, instituciones religiosas, políticas, sociales, etc. Obra escrita por *Eugenio Aubin*. Edición ilustrada con copias de fotografías, tomadas algunas de ellas por el mismo autor. Un tomo.

TOMÁS A. EDISSON. Sesenta años de vida íntima del gran inventor, original inglés de F. A. Jones, traducido por José Pérez Hervás.

FRANCISCO EL EXPÓSITO. Novela de costumbres, por Jorge Sand, traducción de Juan B. Enseñat, ilustrada por A. Robaudi.

LAS CREACIONES DE SHAKESPEARE. Obra escrita en inglés por María Macleod, traducida al español por Enrique Massaguer, ilustraciones de Gordon Broune.

NAPOLEÓN II (L'Aiglon). Martirio de un príncipe, obra escrita por Juan Bautista Enseñat. Un tomo ilustrado.

LA VIDA NUEVA, de Dante Alighieri, vertida directamente del italiano por L. C. Viada y Lluch. Edición ilustrada.

Y EL AMOR DISPONE. Novela escrita en francés por Matilde Alanic, traducción de Pedro de Tornamira. Ilustraciones de A. Mas y Fondevila.

CHINA. Dos años en la ciudad prohibida. Vida íntima de la emperatriz Tzu Hsi, obra escrita por la princesa Der Ling, camarera mayor de la emperatriz. Traducción del inglés por José Pérez Hervás. Edición ilustrada.

JOCELYN. Diario encontrado en casa de un cura de aldea. Poema de Alfonso Lamartine, traducido en prosa por D. Juan Bautista Enseñat. Un tomo ilustrado.

JORGE WÁSHINGTON. Apuntes históricos y anecdóticos de su vida y de su época. Edición ilustrada. Un tomo.

LAS CREACIONES DE SCHILLER, arregladas en forma novelesca por D. Enrique Massaguer. Un tomo profusamente ilustrado.

LAS MUJERES DE CERVANTES, por José Sánchez Rojas. Un tomo ilustrado con dibujos de J. Pasos y once láminas de Mas y Fondevila.

LOS LUSIADAS. Poema en diez cantos, de Luis de Camoens, traducido en verso por el maestro Luis Gómez de Tapia. Reproducción de la edición de 1580, esmeradamente corregida. Ilustrada con las láminas existentes en el Gabinete de Estampas, de París.

LA VIDA DE LAS ABEJAS, por Mauricio Maeterlinck. Traducción española de Pedro de Tornamira. Edición ilustrada. Un tomo.

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES, por Mauricio Maeterlinck. Traducción española de Juan Bautista Enseñat. Un tomo ilustrado.

LA ABUELA (La casa Schilling). Novela escrita en alemán por Eugenia Marlitt, traducida directamente por José Pablo Rivas. Un tomo ilustrado.

LA MUJER Y EL TRABAJO. Reflexiones sobre la cuestión feminista, por Oliva Schréiner, traducción de Flora Ossette. Un tomo ilustrado.

OBRAS POÉTICAS DE ENRIQUE HEINE. Versión española de José Pablo Rivas. Edición ilustrada. Un tomo.

RÓBINSON CRUSOE, por Daniel de Foe. Nueva adaptación traducida del inglés por Juan Kanbach. Edición ilustrada. Un tomo.

EL VUELO DE UN ÁGUILA, por Ethel M. Dell, vertida por José Pérez Hervás. Un tomo ilustrado.

MODO DE SER FELIZ EN EL MATRIMONIO, por un licenciado de la Universidad del Matrimonio, vertida directamente del inglés por José Pablo Rivas. Un tomo ilustrado.

VIDA Y SEMBLANZA DE CERVANTES, por M. S. Oliver. Biografía animada y viviente del inmortal autor del Quijote. Un tomo ilustrado con facsímiles y con fotografías de los lugares y monumentos cervánticos.

HISTORIA Y COSTUMBRES DE LOS GITANOS. Obra escrita por F. M. Pabanó. Colección de cuentos viejos y nuevos, dichos y timos graciosos, maldiciones y refranes netamente gitanos. Va al final un Diccionario español-gitano-germanesco, y viceversa. Un tomo ilustrado con reproducciones de tipos y escenas gitanos.

EL HOMBRE FANTASMA, novela escrita en francés por Guido de Teramón. Un tomo ilustrado.

LOS PECADOS CAPITALES. Recopilación de todo cuanto notable se ha escrito, desde la antigüedad hasta nuestros días, sobre los principales vicios que son triste herencia de la humanidad, por *L. C. Viada y Lluch.* Ilustraciones de Caliari, Brueghel, Gouwi, De Ponte, Rubens, De Vos, Coypel, Conca, Giordano, L. de Vinci, etc. Un tomo, con siete portadas alegóricas de Triadó.